S. y J.
ÁLVAREZ
QUINTERO

OBRAS COMPLETAS

Tomo V

Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero son autores andaluces que cosecharon un gran éxito hace aproximadamente un siglo. Su producción es básicamente de comedias y se divide en las ambientadas en su Andalucía natal, tamizada por los recuerdos de su infancia y presentando siempre una visión luminosa y alegre, y las ambientadas en Madrid, más amargas. En cualquier caso, la mayoría son divertidas y siempre muy bien escritas.

Este volumen comprende las estrenadas desde el 16 de diciembre de 1927 hasta el 20 de abril de 1935 inclusive.

Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero

Obras completas. Tomo V

Obras completas Hnos. Álvarez Quintero - 5

Los hermanos Álvarez Quintero han alcanzado por esta época, en la que copia su efigie el lustre artista López Mezquita, la cima de la popularidad, han sobrepasado el centenar de comedias, y el éxito añade nuevos laureles a su gloria. (Retrato cuyo original se conserva en la Hispanic Society of América, de Nueva York).

TOMO V

Este volumen comprende las estrenadas desde el 16 de diciembre de 1927 hasta el 20 de abril de 1935 inclusive, cuyos títulos, por orden cronológico, son los siguientes:

Los mosquitos. Pitos y palmas. Novelera. El rinconcito. Rondalla. Las encuestas. Los duendes de Sevilla. Lo que hablan las mujeres. El niño me retira. La pícara vida. Cien comedias y un drama. Los embustes de Pepitin. Mariquilla Terremoto. Un pregón sevillano. La esposa y la chismosa. El susto. Doña Hormiga. La manga ancha. Madreselva. Juanito Arroyo se casa. Noviazgo, boda y divorcioa. Cinco lobitos. Las rayas de la mano. Las cosas claras. El peligro rosa. Requiebros. El reparto de mujeres. Colores y barro. El nombre de un teatro. La risa. Visita de prueba. Para mal, el mío. Solera. Martes, 13.

LOS MOSQUITOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 16 de diciembre de 1927

¡Oh, celos! Con razón os han llamado mosquitos del amor, de amor desvelos; el humo de su fuego os ha engendrado.

LOPE DE VEGA.

Lope, que a fuer de humano fué divino, nos dió el nombre feliz de esta criatura: ¡valgan para su vida y su ventura

la gracia y la grandeza del padrino!

¡Mosquitos del amor! ¡Hiel en el vino!

¡Sal en el agua! ¡Ramo de locura!

¡Fugaz y venenosa picadura

que nos finge verdad el desatino!

Con este mal, universal y eterno, hace un marido de la paz batalla,

sombra del sol y de la gloria infierno.

Mas luego vuelve Amor… y entonces halla «pan de *Sevilla* regalado y tierno y agua de la Alameda en blanca talla».

A CARMEN DÍAZ,

que infunde a su arte cautivador

la luz, el ángel y la simpatía que

resplandecen en su rostro,

con admiración y amistad,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Reliquia. Carmen Díaz. La Abuela. Micaela Castejón. Frasquita. Antoñita Fuentes. Rosa. Carmencita León. Vicente. Rafael Bardem. El Compadre Patricio. Gaspar Campos. Lorenzo. Miguel Pozanco. Tirito. Manuel Alarcón.

LOS MOSQUITOS

ACTO PRIMERO

Cuarto de un famoso colmado, en Sevilla. Al foro, media puerta-persiana. Mesa en el centro, y en torno de ella, tres sillones de enea, comodísimos; allí se bebe el vino a gusto y sin prisa. En las encaladas paredes hay anuncios de vinos y licores y un par de llamativos carteles de fiestas. Es por la tarde, en el mes de mayo.

Salen Vicente, el Compadre Patricio y Tirito. Vicente es pintor decorador, como de treinta años de edad, y el Compadre, pintor también, algo más viejo. Tirito es uno de los camareros del colmado.

Tirito. En este cuarto están ustés como en un convento. La tertulia de aquí no viene a estas horas.

Vicente. ¡Tiempo hasía que no pisaba yo esta iglesia, compadre!

Compadre. Pos ¿y yo, que he estao fuera de Seviya tres años?

Tirito. Qué, ¿dos tiritos?

Compadre. ¿Dos tiritos? No, hijo, no: somos gente de paz.

Tirito. ¡Tengo yo la manía de yamarles tiritos a los vasos e vino! ¡Como que Tirito me han puesto de mote!

Compadre. Bueno, pos déjate de pórvora, que ahora se ha concluido la guerra, y tráete media boteyita… ¿De qué, Vísente?

Vicente. De lo que a usté le guste, compadre: a mí me da lo mismo una cosa que otra. La cuestión es que echemos un rato juntos.

Compadre. Bueno, pos media boteya de *Fino Coralito*, que se bebe solo.

Tirito. Ahora mismo.

Compadre. Y unas cosiyas pa engañarlo. Unas tapitas.

Tirito. ¿Un tonteo?

Compadre. ¡Un discreteo, más bien!

Tirito. ¡Como las balas! *Vase.*

Compadre. ¡Como las balas!… ¡Dos tiritos!… ¡Éste ha hecho er servisio hase poco!

Vicente. ¡Ja, ja, ja!

Compadre. Amigo, ¡qué alegría me ha dao encontrarlo a usté!

Vicente. Y a mí, a usté, compadre. ¡Usté sigue siendo er compadre pa tos los amigos!

Compadre. ¡Y a ninguno le he bautisao un chiquiyo; pero soy er compadre!

Vicente. ¿To er tiempo que ha fartao usté de Seviya lo ha pasao en Málaga?

Compadre. Sí, señó: ar filo de tres años. Y ahora, por lo que ya le contaré, me vuervo aquí pa estableserme.

Vicente. ¿Viene usté a haserme la competensia?

Compadre. A buenas. Pa tos hay sitio. Cuantimás que yo estoy seguro de que a Visente Arcarde, que es er número uno de los pintores decoradores seviyanos, no le hase sombra ninguna un pinta puertas como yo. ¡Compadre, qué contento estoy!

Vicente. Ya, ya lo veo.

Compadre. ¡Viva Dios! ¿No conose usté la copliya?

¿Dónde hay na como reunirse

un pá de amigos cabales

y desirle ar montañés:

—Enjuague usté esos cristales?

Vicente. Pero, bueno: usté, además, me ha dicho que nos vamos a bebé dos copas por el encuentro… y pa selebrá una cosa muy grande que le ha pasao a usté.

Compadre. ¡Cabalito! ¡Una cosa mu grande!

Vicente. Y ¿de esa cosa tan grande nase esa alegría…?

Compadre. ¡Esta alegría tan grande!

Vicente. ¡Ea, pos dígamela usté ya, pa selebrarla yo también!

Compadre. Así que venga er vino.

Tirito se presenta con el servicio oportunamente.

Tirito. ¡Ya está aquí!

Compadre. Pos sírvenos dos copitas volando.

Tirito. Sí, señó. Como éstas. ¿Mandan argo más los señores?

Compadre. Que te vayas y sierres la puerta.

Tirito. Ya está. *Obedece.*

Vicente. *Levantando su copa.* ¡Salú, compadre!

Compadre. ¡Salú y libertá! ¡Viva Dios!

Vicente. Vamos a vé: ¿qué es eso? ¿Qué es lo que lo tiene a usté con cara de Pascuas? ¿Le ha tocao a usté la Lotería?

Compadre. Mucho mejó. La Lotería es pan pa hoy y hambre pa mañana. Esto es más positivo.

Vicente. ¿Ha heredado usté a argún pariente?

Compadre. ¡Yo no necesito que se muera nadie pa está de enhorabuena!

Vicente. Entonces, ¿quié usté aclararme ya qué es lo que selebramos?

Compadre. Vamos a echarle otra copita. Ahí va esta mosca.

Vicente. ¿Qué selebramos, pa bebérmela a toa satisfasión?

Compadre. Ahí va esta mosca: selebramos que mi mujé se ha escapao con

un carabinero.

Vicente. ¡Compadre!

Compadre. ¿Qué le paese a usté er gorpe?

Vicente. Hombre, a mí…

Compadre. ¿Usté no se ríe?

Vicente. Yo… si se ríe usté…

Compadre. ¿No lo está usté viendo? ¡Ja, ja, ja! *Efectivamente el Compadre Patricio se ríe a carcajadas. Vicente no puede reírse.*

Vicente. La verdad, compadre… ¿De formalidá se ríe usté por eso, o se trata de una broma de usté?

Compadre. ¡No me asuste usté, hombre! ¡Qué ha de ser broma! ¡Esto que le digo a usté es más serio que toas las cosas de este mundo! Mi mujé se ha escapao la semana pasá con un sargento de Carabineros. ¡Dios la bendiga! ¡A eya y a é! Un niño bonito, ¿sabe usté, Vísente? ¡Uno de estos hombres que na más miran a una mujé y la desvanesen! Pelito risao, ojitos negros, bigotito con sortijiyas… ¡Qué a tiempo ha yegao!

Vicente. Pero, bueno, ¿y usté lo toma así?

Compadre. ¡Ay, qué grasia! Pos ¿cómo quié usté que lo tome?… Pruebe usté este embuchao, que es de primera. En esta casa dan mu buenas tapas.

Vicente. Ahora, ahora.

Compadre. ¿Se le ha cortao a usté el apetito? ¡Hombre, que no es su mujé de usté la que se ha escapao; que es la mía!

Vicente. Y usté ¿qué ha hecho? ¿Ha dado usté parte?…

Compadre. ¿Cómo parte? ¿No se entera usté, amigo? Yo no he nesesitao dá parte. ¡Se la ha yevao completa! ¡Hasta con su baú! Yo no he hecho más que venirme a viví a Seviya, porque las bromas de los amigos en Málaga empezaban a amargarme ya la satisfasión.

Vicente. ¿Ah, sí?

Compadre. Sí, hombre. En cuanto uno tiene una alegría, sartan los envidiosos.

Vicente. ¿Los envidiosos?

Compadre. ¡Los envidiosos! Ayí está entre otros Estanislao Pérez, que se creía que er carabinero iba a yevarse a su mujé. ¡Y se ha yevao a la mía! ¡Negro lo tiene er chasco! Aplíquese usté a los boqueronsiyos: están pa chuparse los deos.

Vicente. Bueno, hombre, bueno… Le digo a usté que… To podía imaginármelo yo menos este lanse… En fin… ¡usté ayá! ¡Si está usté tan contento… yo no he de sentirlo!

Compadre. Sí, señó, estoy contento: mu contento. Contentísimo, ya le digo a usté… Me ha resuerto la má de cosas. Además de que, por poco vengativo que uno sea…

Vicente. ¿Vengativo? ¿Usté vengativo?… No entiendo… Eso sí: ¿lo primero que se le ocurriría a usté sería matarla?

Compadre. ¡Qué disparate! ¿No oye usté que por poco vengativo que uno sea…? Si la mato, me pierdo yo y libro de eya ar carabinero. ¡Ca, hombre, ca! ¿No se la ha yevao? ¡Pos ahí la tienes pa ti solo! ¡A viví con eya! ¡Y ya tienes bastante! Ésta es mi vengansa.

Vicente. Sí que es vé las cosas de una manera…

Compadre. Y si, como espero, detrás de eya se van con er galán mi suegra y mis dos cuñaítas, ¿pa qué quié más contrabando er carabinero?

Vicente. ¿Son tres calamidades?

Compadre. Tres que valen por siento. ¡Con lo puercas que son las tres! No le digo a usté más: la casa de mi suegra es la única casa que yo he visto en que hasta el jabón está susio.

Vicente. ¡Ja, ja, ja!

Compadre. ¿Comprende usté ahora mi alegría?

Vicente. Sí; siendo así…

Compadre. Usté no dise las cosas convensío, compadre. ¿Qué le pasa a usté?

¿Sufre usté arguna considensia?

Vicente. ¡No!

Compadre. Por eso; porque usté siempre me ha contao a mí que su mujé…

Vicente. ¡Es más buena y más santa que er pan de fló!

Compadre. ¡Entonses…!

Vicente. Ca uno tiene su flaco en esta vida, compadre; yo soy seloso como un turco.

Compadre. Pero ¿sin motivos?

Vicente. Sin motivos de ninguna clase. ¡De lo que la quiero, na más! Un veneno que me va por la sangre.

Compadre. Contra ese veneno está la reflesión.

Vicente. ¿La reflesión? ¡Usté no ha sío seloso nunca!

Compadre. ¡Nunca! ¡Si lo que estaba deseando era quitármela de ensima! ¡Si en cuanto asomaba un tenorio por Málaga lo invitaba a comé!…

Vicente. Pos no sabe usté lo que son los selos. Un martirio. Un espejo endiablao que tiene usté siempre delante y en er que no ve usté nunca la verdá. ¡Una locura!

Compadre. ¡Vaya por Dios, amigo!

Vicente. Un bichito que cuando no está en er corasón está en la cabesa. Y siempre, roe que roe. ¡Ni durmiendo descansa!

Compadre. ¿Ni durmiendo?

Vicente. Ni durmiendo, compadre. Lo liase a usté que oiga lo que no suena, que vea lo que no hay… y que invente lo que no esiste. ¡Mal haya!… No es posible la confiansa con é. ¡Es una calentura! ¡Una calentura!

Compadre. Pos ya ve usté yo: ocho años casao… y ni un día por casualidá me he puesto er termómetro.

Vicente. Er que les yamó a los selos mosquitos der cariño asertó también a nombrarlos. Porque son mosquinos, compadre. Está un hombre confiao y tranquilo, orvidao de to, y siente de pronto er picotaso que lo irrita y que lo descompone; está dormío, y er picotaso lo despierta. ¡Y ya no pega un ojo!

Compadre. ¡Yo he dormío siempre con mosquitero!

Vicente. Compadre Patrisio, es que usté, por las señas, sobre que estaba hasta los pelos de su mujé, no se artera por na que le pase. ¡Tiene usté una carina! … *Llega inopinadamente Tirito.*

Tirito. Dispensen los señores. ¿Arguno de los señores es pintó?

Compadre. Los dos lo somos.

Tirito. Pos la señora de uno de ustedes está ahí preguntando por uno de ustedes.

Compadre. *Levantándose sobresaltado.* ¡Sierra!

Vicente. ¡Ja, ja, ja! ¡Grasias a Dios que lo veo a usté arterarse!

Compadre. ¿Y usté se ríe? Si es la mía, ¡ahora es cuando vienen bien los tiritos!

Vicente. No es la de usté; no tenga usté cuidao. Es la mía. Dile que suba, niño.

Tirito. Sí, señó. *Vase.*

Compadre. ¿Está usté seguro de que es la suya?

Vicente. ¡Y tan seguro! He sío yo mismo quien la ha mandao vení, con un cochero amigo que estaba abajo.

Compadre. ¡Pos er susto me lo he cargao yo!

Vicente. Si seré seloso, Patrisio, que media hora que pase sin verla me desconsierta toa la máquina.

Compadre. ¡Ya me malisiaba yo que usté no estaba aquí cuando yo antes le hablaba!

Vicente. Y no estaba aquí, verdad.

Compadre. ¿Dónde estaba usté?

Vicente. ¡Donde estuviera eya!

Compadre. ¡Pero eso es no viví, Visente!

Vicente. Pos así vivo.

Compadre. Pero ¿no me dijo usté que se iba a Carmona esta tarde?

Vicente. ¡Pos antes de irme he nesesitao verla otra vez!

Compadre. Dios le dé a usté pasiensia. Temperamento por temperamento, prefiero er mío.

Vicente. Porque usté no quiere y yo sí.

Aparece en la puerta Reliquia. Viene de mantón. La sigue Tirito, que trae las manos atrás. Reliquia es guapa, arrogante y risueña. Y, además, es mujer de lunares. El bichito que martiriza a Vicente tiene donde roer y los mosquitos donde picar.

Reliquia. Buenas tardes.

Compadre. Buenas tardes.

Reliquia. ¿Me he tardao?

Vicente. No. *Presentándolos.* Mi señora.

Compadre. Dios la bendiga a usté.

Reliquia. Muchas grasias.

Compadre. *A Vicente.* ¡Sí es pa viví asustao!

Reliquia. ¿Qué dise?

Vicente. Na. Mi compadre y compañero de ofisio, Patrisio Rueda, que ha yegao de Málaga y ha querío convidarme.

Compadre. ¡Y festeja un suseso!

Vicente. Siéntate un ratito.

Reliquia. Me sentaré un ratito.

Compadre. Niño.

Tirito. Servido.

Compadre. Otra media boteya y otra copa.

Tirito. *Presentándoselas.* ¿Cómo éstas?

Compadre. ¡Bien, hombre, bien! ¿Eres adivino?

Tirito. Hay que ahorrarse escalones. ¿Argo más?

Compadre. Sí: que ya nadie tiene que vení a buscarnos. ¡Nadie!

Tirito. *Maliciosamente, notando que no son más que tres.* ¿Nadie?

Compadre. ¡Nadie!

Tirito. Pos me farta una. *Se va.*

Compadre. ¡La farta es la que aquí se selebra! Tome usté una copita, señora. ¿Su grasia de usté?

Reliquia. Reliquia.

Compadre. Un nombre bien puesto. Así la mira a usté su esposo.

Reliquia. ¿Sí?

Compadre. Sí, sí. De usté se hablaba cuando usté yegó. Beba usté, que er vinito es suave.

Reliquia. Yo apenas bebo; pero vaya, a la intensión de usté, que festeja un suseso.

Compadre. Sí, señora.

Reliquia. ¿Pué saberse cuá?

Compadre. *A Vicente.* ¿Se lo digo?

Vicente. ¿Por qué no? Dígaselo usté.

Compadre. Lo que festejo es que mi mujé se ha escapao con otro.

Reliquia. ¡Ave María Purísima! *A su marido.* ¿Es eso verdá?

Vicente. ¡Cuando ér lo asegura!…

Reliquia. Y ¿tú lo selebras con é?

Vicente. Yo vine sin sabé por qué me convidaba.

Reliquia. ¿De manera que se le ha escapao a usté su mujé?

Compadre. ¡Ha tenío esa buena ocurrensia!

Reliquia. Y ¿está usté conforme, por lo visto?

Compadre. Conforme es poco. ¡Estoy sartando de alegría!

Reliquia. Aprende tú.

Vicente. ¿Que yo aprenda? ¿Qué vi yo a aprendé de esto?

Reliquia. A toma las cosas con más tranquilidá…, y a no vé fantasmas en toas partes, castigo.

Vicente. ¿Fantasmas? ¡Mira de lo que son capases las mujeres!

Reliquia. ¡Pos no, que los hombres!… ¡Tu compadre párese que va a í a los toros!

Compadre. Ca uno es ca uno.

Vicente. Eso, eso.

Reliquia. Bueno, vamos a vé: ¿qué quieres conmigo; que me has asustao con tu rasón?

Vicente. Verte una vez más antes de irme; presentarte a este amigo…

Reliquia. Y, de paso…, sabé donde yo estaba. ¡No me hubiera escapao ya con otro, como la der señó!

Vicente. Tú no eres capaz de eso.

Reliquia. No te fíes. Miste qué cara pone. Pero ¿le paese a usté medio regula? Se despide de mí pa Carmona, y a la media hora me manda una rasón pa que venga. ¡Ay, Dios mío!

Vicente. ¿Qué estabas hasiendo?

Reliquia. Cosé y cantá. Pero después de esta yamaíta determino otra cosa.

Vicente. ¿Qué determinas?

Reliquia. Pa que estés en Carmona tranquilo y en lo que vas a hasé y no soñando disparates, los dos días que vas a pará fuera me voy a í a casa de tu hermana Matirde. ¿Te gusta? Así, cuando vuervas, eya te enterará de tos mis pasos y no me darás tú la monserga de siempre. ¿Por qué se ha escapao sil señora de usté?

Compadre. ¿Mi señora? ¡Hervó de sangre, digo yo que habrá sío!

Reliquia. Argo más habrá. El hervó de la sangre no basta. Yo la tengo frita.

Compadre.

No me yame usté bonita,

que mi marío es seloso:

¡la sangre me tiene frita!

Reliquia. Ni más ni menos. *A Vicente.* Frita, frita me tienes la sangre, condenasión.

Compadre. Sí; ya me ha contao que los mosquitos no lo dejan viví.

Vicente. Bastante que lo siento yo, compadre.

Reliquia. Y nadie sabe lo que es eso más que la que lo sufre.

Vicente. Bueno, deja ahora…

Reliquia. De na le sirve a usté sé una santa; viví como una monja. Una se tenía que ofendé. Yo no paso un minuto de sosiego ni tengo un movimiento libre. Vivo siempre sobresartá… Me cayo veinte cosas que pienso.

Vicente. ¿Te las cayas?

Reliquia. ¡A vé! ¡Si de lo más simple se ensela! ¡Si de una hilacha hase un oviyo! ¿Qué le diré a usté yo? Alabo la corbata de un vesino, y ya tenemos hecho er día.

Vicente. No tanto, mujé; no ponderes.

Reliquia. ¿No tanto? Y sin fundarse en eso siquiera; sin por qué de ninguna espesie: porque a é se le imagine una cosa… Vamos por la caye agarraos der braso los dos. Va delante un hombre: «¿Quién es ése que va delante?». «Yo qué sé». «¡Como lo vas mirando!». «¡Si va delante, hijo! ¿Adónde vi a mirá? ¡Si fuera detrás me miraría él a mí!». «¿Que ér te miraría?». «¡Naturalmente! ¡Se mira siempre ar que va delante de uno! ¡Sobre to si la caye es estrecha!». «¡Pos tú te has puesto pálida!». «¡Pos será que está saliendo la luna o que me lastiman los sapatos!». Y de una en otra, así hasta que yegamos a casa. En casa se arrepiente, me pide perdón, se le caen las lágrimas en la sopa… y dígame usté a mí si esto es vida.

Vicente. ¡Nadie lo siente más que yo!

Reliquia. Yo; que sin curpa ninguna, y pudiendo viví felí, vivo márti.

Vicente. Eso también es un poquiyo esagerao.

Reliquia. ¿Esagerao? Usté, ¿qué dise?

Compadre. Yo escucho a los dos jamando partía. Pero ¡usté tiene una cara de buena!…

Vicente. ¡Y no hay otra más buena que eya, no, señó!

Compadre. Entonses, malas entrañas, ¿por qué la hase usté sufrí de ese modo?

Reliquia. ¡Los arrastraos mosquitos! Miste ahora: ¿qué sustansia tiene que me haya hecho vení a una taberna después de habernos despedío en casa? ¿Qué sustansia tiene?

Compadre. Er gusto de que yo la conosiera a usté. ¡Me vió tan contento

porque se me ha escapao Bardomera! La mía se yama Bardomera. Bardomera Pineda y López. Para serví a Dios y a ustedes. ¡Porque a mí ya no me sirve pa na!

Reliquia. ¡Si hubiera sío eso! Pero no era eso. ¿Era eso? ¿A que no era eso?

Vicente. Eso era. Yo estoy muy orguyoso de ti, y quería que er compadre te conosiese.

Reliquia. Pos ya me ha conosío. ¿Puedo irme?

Compadre. ¿Tiene usté mucha prisa?

Reliquia. Prisa, ninguna.

Compadre. Pos si no tiene usté mucha prisa…

Reliquia. No me lo diga usté dos veces, que se va a enselá.

Compadre. ¿Es posible?

Reliquia. Místelo cayao. Me voy, me voy.

Vicente. Sí; vete.

Reliquia. ¿Eh? ¿Eh?

Compadre. Amigo, ¡está usté listo! Pero ¿qué quié usté, hombre de Dios? ¿Meté a la mujé en un faná, como a los santos?

Vicente. Como disen que ella se parese a la Virgen de la Carretería…

Compadre. ¿Por qué no se la yeva usté a Carmona?

Vicente. ¿A Carmona? En Carmona tengo que hasé yo solo; no estaría bien…

Reliquia. Yo se lo iba a pedí, pa que se fuera más a gusto; pero me contuve.

Vicente. ¿Por qué?

Reliquia. ¡Por qué dise!

Vicente. ¿Por qué?

Reliquia. Porque, si na más te lo indico, ya te veo cavilando: «¿Qué tendrá eya en Carmona? ¿Pa qué querrá que la yeve a Carmona? ¿Qué habrá en Carmona? ¿Eya no tuvo un novio en Carmona? Aquer dergaíto…, aquer metío en carnes…». ¡Ay! Y como er refrán dise que toas las tormentas van a Carmona, me quedo en Seviya, con tu hermana Matirde.

Vicente. ¿No tiene grasia esta mujé?

Compadre. ¡Vaya si la tiene!

Vicente. ¿No tiene una cara de gloria?

Compadre. ¡Ya lo creo!

Vicente. ¡Pos ahí está la rasón de mis selos, compadre!

Compadre. ¿En la cara que tiene?

Vicente. ¡Naturá!

Reliquia. ¡Si te parese, le pediré a Dios que me den las viruelas!

Compadre. ¡Eso es!

Reliquia. *Despidiéndose.* Vaya, buenas tardes. Mucho gusto de conoserlo.

Compadre. Er gusto es mío. Ya sabe usté que soy un buen amigo de su esposo. Hay que cura a este hombre.

Reliquia. Grasias; pero no tiene cura.

Compadre. ¿Qué no? Yo le daré a usté un bebediso que da mu buenos resurtaos.

Reliquia. ¿Lo probó usté con su mujé?

Vicente. Vaya, bien está ya de bromas.

Reliquias. ¡Digo! Tú, ¿quieres argo más?

Vicente. Na más. Que te vayas a casa.

Reliquia. ¿A casa?

Vicente. A casa, sí.

Reliquia. ¿No es mejó que me vaya a la de tu hermana?

Vicente. No.

Reliquia. Piénsalo bien.

Vicente. No, no; a casa. No quiero ponerme en ridículo.

Reliquia. Pos a casa. Usté es testigo: a casa, por su voluntá.

Compadre. Hase lo que debe.

Vicente. Con lo burlona que es Matilde, iba yo a tené chufla con mis selos pa to lo que queda de año.

Reliquia. ¡Y seríamos dos a reírnos!

Vicente. Por eso. Vete a nuestra casita.

Reliquia. Acuérdese usté de esto que le digo, señó.

Compadre. Diga usté.

Reliquia. ¿Ve usté que me voy a casa por su gusto? Pos a la vuerta de Carmona tendremos, ersena de película. ¡Los dos sin habla media hora y hasiendo mojines!

Vicente. No.

Reliquia. ¿Qué no? ¡Ar tiempo! Adiós, hombre; que te vaya bien.

Vicente. Adiós, prenda mía.

Compadre. ¡Si quieren ustés despedirse, como si er viaje fuera a sé más largo, yo me vuervo de espardas!

Reliquia. No es menesté, no. Eso aquí no pega. Buenas tardes. *Se va.*

Compadre. ¡Chóquela usté, amigo! ¡Valiente mujé! ¡Si la mía fuera así, no estaría yo tan contento a estas horas!

Vicente. ¿Verdá que no, compadre?

Compadre. ¡Viva Dios! ¡Vaya simpatía, vaya ánge, vaya sentimiento, vaya ojos, vaya boca, vaya garbo, vaya…!

Vicente. ¡Vaya, vaya!…

Compadre. ¡Vaya usté con Dios!

Vicente. ¿No está justificao que se me antojen los deos huéspedes?

Compadre. ¡Los deos de las manos y de los pies! Pero yo voy a desirle a usté una cosa, de amigo a amigo.

Vicente. Venga.

Compadre. Los selos son una estupidez mu grande.

Vicente. Muchas gracias.

Compadre. Esplicasión: cuando hablo, la boca abro. Son una estupidez los selos, porque son inútiles o contraprodusentes. Porque —no se orvide usté de esto — la mujé que se la quiere pega a su marío, se la pega, aunque esté casá con Otelo, er moro de Venesia. Como la niña que se quiere escapá con su novio, se escapa, aunque la ensierren en una habitasión con candao de letras. Esto es desde Adán. Las mujeres nos dan siempre a los hombres veinte vuertas.

Vicente. ¿Veinte vuertas, compadre?

Compadre. Veinte vuertas. Menos cuando les entregamos dinero, que no nos devuerven nunca na.

Vicente. Ésa sí que es la fija.

Compadre. ¡Tienen una astusia, unos recursos…, una hipocresía…, una muleta!… ¡Buh! Usté no desconfíe nunca de la suya sino cuando la vea más melosa de lo corriente.

Vicente. ¿Ah, sí?

Compadre. Es un síntoma que no faya. La mía, media hora antes de escaparse con er carabinero me estuvo cortando las uñas.

Vicente. ¡Ja, ja, ja! ¿La úrtima copita y nos vamos?

Compadre. La úrtima, no: la penúrtima con este motivo. Abajo nos darán la espuela.

Llega Lorenzo, muchacho atolondrado y alegre. Él nos dirá quién es.

Lorenzo. Señores, buenas tardes.

Compadre. Buenas tardes.

Vicente. Buenas tardes.

Lorenzo. Ustés me dispensen la libertá. No molesto más que un minuto. Me he enterao de que beben ustés *Fino Coralito*, y yo quisiera que me asertasen un pá de copas.

Compadre. Grasias, amigo; pero…

Vicente. Yo no puedo entretenerme; grasias.

Lorenzo. Un minuto. Soy er representante de la marca en Andalusía. Un minuto. Media boteyita se bebe pronto. *A Tirito, que ha aparecido detrás de él y que le trae la media botella y copas limpias.* Sírvenos al vuelo, Tirito.

Compadre. Estimando, amigo.

Vicente. Si yo no quiero bebé más; si tengo que irme…

Lorenzo. Un minuto. Este viniyo se cuela como agua; es mu ligerito…, mu fino…, no está encabesao… ¡Miste qué coló tiene! Y ¡qué nariz! ¡Ya pué usté bebé vino de éste! No hase daño nunca.

Compadre. Comprenderá usté que le habla a dos convensíos. Pero siéntese usté…

Lorenzo. No quiero incomoda.

Compadre. Mientras nos bebemos las copas, hombre. ¿Qué, bebemos?

Lorenzo. Un minuto. Les daré a ustedes mi tarjeta, por si argo tienen que mandarme arguna vez.

Compadre. Grasias.

Vicente. Grasias.

Lorenzo. Mucho mira usté su relé. ¿Está usté de prisa?

Compadre. Es que se va a Carmona esta tarde.

Lorenzo. ¿A Carmona? Pa í a Carmona tiene usté un tren a las siete y media, que es er más cómodo. Le sobran a usté dos horas corrías.

Compadre. Sí, hombre, sí: esté usté tranquilo. Saboree usté esta gloria.

Vicente. Vaya, que sea.

Compadre. Usté vive en Jerez, por lo que estoy viendo.

Lorenzo. ¡Vivo en er camino! ¡No paro dos días en ninguna parte! Y estoy metiendo este viniyo en tos laos. De Madrí me yueven los pedidos. ¿Está bueno, verdá?

Vicente. Está bueno.

Compadre. Está bueno. Y mientras más se gusta, mejó.

Lorenzo. ¡Está bueno!

Compadre. Pa mí no hay como esto, señores: juntarse dos o tres amigos a contarse sus cosas entre trago y trago de un vino agradable. ¡Se alivia er peso de la vida!

Lorenzo. Se alivia, sí.

Compadre. ¡Se orvidan las penas! ¿Verdá? ¡Se aumenta la alegría! ¡Se orvida uno hasta de la familia, si la tiene!

Lorenzo. Y si hay unas fardas en la reunión, mier sobre las hojuelas.

Compadre. En eso ya no estamos conformes: er vino es pa hombres solos.

Vicente. Verdá.

Lorenzo. ¡No me diga usté! Yo, por lo menos, como no voy de aquí ayí si no

es por unas fardas… Pa to en este mundo nesesito una moreniya o una rubia que me haga er son.

Compadre. ¿No será usté casao?

Lorenzo. ¡No, señó! ¿Por quién me toma usté a mí, compadre?

Vicente. ¿No es usté casao?

Lorenzo. ¿Pa qué? ¡Los demás se casan por mí… y pa mí!

Compadre. ¿Cómo es eso?

Lorenzo. ¡Más claro, agua! Eyos se han casao, y yo… ¿No está claro, amigo? Una en Jerez, otra en er Puerto, otra en Seviya… ¿Y ustedes, son casaos o sorteros?

Vicente. *Con no se sabe qué inquietud repentina.* Yo, sortero también, como usté.

Patricio lo mira y lo observa luego.

Lorenzo. ¡Ole! Éste es el estao cabá. ¿Y usté?

Compadre. Yo…, yo soy viudo… de una mujé viva.

Lorenzo. Ya comprendo: está usté separao.

Compadre. ¡Chipén! ¡Pero bien separao! Mu conforme con eyo. No me vaya usté a tené lástima.

Lorenzo. Pos de no está sortero, como nosotros, eso es lo mejó. Mujeres propias, nunca. ¿A qué santo?

Vicente. ¡Claro! ¡Mujeres, las de los demás!

El Compadre, de pronto, se levanta y principia a sacudir el aire con su pañuelo.

Lorenzo. ¿Qué hase usté, amigo?

Compadre. ¡Ahuyentá un mosquito que anda por aquí buscando una tapa! …

Lorenzo. ¿Ustedes viven en Seviya o son forasteros?

Vicente. Forasteros somos los dos: vivimos en Málaga.

Lorenzo. ¡Hombre! A Málaga tengo yo que í un día de éstos.

Compadre. Pos pregunte usté ayí por Patrisio er pintó; er compadre Patrisio, y verá usté qué fama tiene.

Lorenzo. ¿Es usté, quisá?

Compadre. Servidó.

Lorenzo. ¿Y usté?

Vicente. Yo no soy conosío.

Lorenzo. Pos a fin de semana voy yo pa ayá. Digo, si no me enreo mucho en los flecos der mantón de una sevillana que me encontré er domingo. ¡Qué mujé más hermosa! ¡Qué mujeres hay en Seviya! ¡Jesú! ¡Pierde uno hasta los andares!

Compadre. Los pierde uno.

Lorenzo. Esta que digo corta el habla.

Compadre. ¿Sí, eh?

Lorenzo. Y me ha enganchao por la taleguiya.

Compadre. ¿Tan guapa es, amigo?

Lorenzo. Yo no sé si es que la úrtima es la que le parese a uno más guapa, pero es un desatino de criatura. ¡Tiene una boca que es un plato de arroz con leche!

Vicente. ¿Rubia?

Lorenzo. Trigueña; de ojos negros. ¡Pa emborracharse na más e mirándola! ¡No es mesté er *Fino Coralito! Oliendo su copa y bebiéndosela.* ¡Qué bueno está este condenao! *Vicente, preocupado, bebe por disimulo.*

Compadre. Pos a vé si lo engancha a usté der to y se casa en Seviya. Lorenzo. ¡Ca! No es posible.

Compadre. ¿Tan seguro está usté de su toreo?

Lorenzo. ¡No, señó; sino que es casá!

Compadre. ¡Ah, vamos!

Lorenzo. ¡Estoy en las grandes condisiones! Pa esta noche me ha sitao en su casa. ¡Se atreven a to las mujeres! ¡Le digo a usté!…

Compadre. ¡A mí no me diga usté na de eso! ¡Eso, ar que no lo sepa!

Lorenzo. ¡Bueno! Pos se acabó lo que se daba; no molesto más. Ustés me mandan. *Despidiéndose.* Ya saben mi nombre. Soy un amigo de mis amigos.

Compadre. ¿Y de las señoras de sus amigos?

Lorenzo. ¡No; de las de mis amigos, no! Adiós, amigo.

Compadre. Vaya usté con Dios. Y tantas grasias por el orsequio.

Lorenzo. No hay de qué darlas. Adiós, amigo.

Vicente. Que usté siga bueno.

Lorenzo. ¡Ya recomendarán ustés er vinito a sus relasiones!

Compadre. Se recomienda ér solo; pero, no ostante…

Lorenzo. Grasias a toas horas. ¡Tirito! *Se marcha muy alegre, cantando:*

Esta noche mando yo,

mañana mande er que quiera…

Compadre. ¡Vaya punto! ¿Eh?

Vicente. ¡Qué sinvergüensa!

Compadre. ¡No! ¡Los pocos años!… ¡To lo que ha dicho será argo menos!

Vicente. Sí…

Compadre. ¡Y en er pecao yevará la penitensia! Déjelo usté corré. De esa madera es er carabinero mío.

Vicente. ¡Je! *Quiere sonreír, y hace una mueca.* En fin, yo también me marcho ya, compadre.

Compadre. ¿También? ¡Si le sobra a usté tiempo!

Vicente. De toas maneras. Me voy a í dando un paseíto, pa refrescarme un poco. He bebío más de lo que acostumbro.

Compadre. ¡Pero este vino no liase daño!

Vicente. ¿No hase daño?

Compadre. ¿Eh? Amigo, míreme usté a la cara.

Vicente. ¿Cómo?

Compadre. Míreme usté a la cara. *Vicente lo mira lleno de turbación.* ¡Usté está loco de verdá! ¿Usté ha imaginao…?

Vicente. ¿Yo?… ¡No, hombre! Grasias y hasta la vuerta, compadre. *Le estrecha la mano.*

Compadre. ¡Vaya usté con Dios, compañero!

Vicente. *Volviéndose a él desde la misma puerta.* ¿Compañero?

Compadre. ¿No somos pintores los dos?

Vicente. Es verdá. Buenas tardes. *Vase rápidamente.*

Compadre. ¡Ya le ha picao un mosquito! Trastornao va ese hombre. ¡Pobresiyo! ¡Prefiero mi temperamento sien veses! *Alzando una copa de vino.* ¡Viva Dios! ¡A la salú der carabinero! *Se la bebe de un trago. Cae el telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación del piso en que viven Vicente y Reliquia. Sendas puertas al foro y a la izquierda del actor. Balcón a la derecha. Muebles modestos. Una mesa camilla. Sobre una silla, un sombrero de hombre. La puerta de la izquierda está cerrada.

Es media hora después de las escenas del primer acto.

Frasquita, muchachilla que sirve al matrimonio, y que por cierto se pasa de lista, sale por la puerta del foro. Viene de la izquierda. Trae una botella de agua, que pone en la camilla, donde hay ya una bandejita de madera y un vaso.

Frasquita. ¡Lo zola que ze queda la caza cuando ze va el amo de viaje! ¡Está una zin zombra y como zorda! Porque cuando el amo está en Zeviya, aunque no esté ziempre en la caza, una zabe que está en Zeviya y que pué yegá cuando menos ze pienze. Y ezo acompaña mucho. *Viendo, al ir a marcharse, el sombrero que hay sobre una de las sillas.* ¡Hombre! ¡Un zombrero! ¡Este zombrero no es de é! *Se lo prueba.* Zí; zí es de é. No; no es de é. É tiene la cabeza más gorda. ¿De quién ez este zombrero, zeñó? *Escamada.* ¡Ay, mi tía! *Siente que se abre la puerta de la izquierda y deja el sombrero donde estaba con cierto susto.*

Sale Reliquia con una carta.

Reliquia. ¿Qué hases tú aquí, Frasquita?

Frasquita. Vine a poné el agua, zeñora.

Reliquia. La cuestión es está donde no debes.

Frasquita. Zi no pongo el agua, me riñe usté; y zi la pongo, también me riñe. No zabe una cómo acertá.

Reliquia. Cayándote.

Frasquita. Ezo ze dice mu fácirmente.

Reliquia. ¡Schsss! Ahora vas a í a yevá esta carta.

Frasquita. ¡Ole!

Reliquia. ¿Te gusta salí?

Frasquita. Zí, zeñora, que me gusta zalí. ¿Es mu lejos?

Reliquia. Donde el otro día: a la caye Antonio Susiyo.

Frasquita. ¡Ah, zí! Ar número ziete.

Reliquia. Eso es. Ten ahí.

Frasquita. A la vera zirve una amiga mía. Y ¿usté ze va a queda zola to este tiempo?

Reliquia. No me come nadie; descuida. *Los ojos de Frasquita se van sin querer al sombrero.* Pero no te entretengas tú de conversasión.

Frasquita. Es que ya que estoy por ayí, zi usté me da permizo, me yegaré también a vé a mi madre.

Reliquia. ¿Dónde vive tu madre?

Frasquita. En la Europa.

Reliquia. Bueno, sí; te doy permiso. Ve a verla.

Frasquita. ¡Ole!

Reliquia. ¿No será ar novio a quien vas a vé?

Frasquita. No, zeñora; esta zemana no me toca novio. Hasta er domingo que venga é de Bormujos…

Reliquia. Pos anda con Dios. *Éntrase por la puerta de la izquierda y la cierra luego tras de sí.*

Frasquita. Dizimula, dizimula. ¡Mi padre guardia y mi madre partera, y no voy yo a cogerlas ar vuelo! ¡Ay, mi tía! *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Poco después, por la misma puerta, y de la parte de la derecha, llega Vicente, con el semblante descompuesto.

Vicente. *Después de echar un vistazo a la habitación.* ¡Que entre yo como un ladrón en mi casa!… ¡Ay!… ¡No sé a lo que vengo! *Deja el sombrero en cualquier*

parte. Pasea limpiándose el sudor. A eya le diré, ¡qué sé yo lo que le diré!… Lo primero que se me ocurra. *De pronto ve el sombrero que preocupó a Frasquito, y va a cogerlo, lívido.* ¿Qué sombrero es éste? *Librándose instantáneamente del susto.* ¡Ah! Es uno viejo mío que le dije ayé que regalara. *Obcecado, grita, abalanzándose luego al que él traía puesto.* ¿Y este otro? ¡Jesús! ¡Este otro es er que acabo yo de quitarme! ¡Vas a vorverte loco, Visente! Si es que no lo estás ya. ¿Dónde andará eya? *Al sentir pasos hacia el foro.* ¿Quién viene? *Se mete en un rincón, deseando hacerse invisible.*

Frasquita, de mantón, pasa por el pasillo del foro de izquierda a derecha, deteniéndose ante la puerta un instante.

Frasquita. *Como vacilando.* No, no le digo ná. Y me yego también en ca er zapatero. ¡Porque como lo que eya quiere es quedarze zola!…

Vicente. La muchacha… ¿Dónde irá? *Va a seguirla, cuando, de improviso, algo más fuerte lo deja clavado. Es que oye hablar detrás de la puerta de la izquierda.* ¿Eh? ¿Quién habla ahí? ¡No pué sé más que eya!… ¡Sí; es su voz! ¿Con quién habla? *Trémulo, anhelante, pégase a la puerta y escucha. Inconscientemente, manda callar.* ¡Schss! *Reliquia habla dentro. Vicente, tembloroso, repite en voz baja cuanto le oye.*

Reliquia. Bueno, mañana; desde luego, mañana.

Vicente. Desde luego, mañana.

Reliquia. A las sinco, mejó.

Vicente. A las sinco, mejó…

Reliquia. No; ¡si er se ha ido a Carmona!

Vicente. ¡Er se ha ido a Carmona!

Reliquia. No vuerve, seguro, hasta er domingo.

Vicente. No vuerve, seguro, hasta er domingo…

Reliquia. ¡Tú verás lo que te conviene!

Vicente. ¡Tú verás lo que te conviene!…

Reliquia. ¡Las mujeres somos de esta hechura!

Vicente. ¿Eh?… ¿Quién es?… ¿Qué le ha dicho er que sea? ¡Ya está aquí! ¡Ya no se me escapa! ¡Vi a serrá la puerta con yave!

Vase disparado por la puerta del foro, hacia la derecha.

Reliquia. *Dentro aún.* ¡Basta ya de palique ahora! Hasta mañana. *Vuelve a poco a salir por la puerta de la izquierda, serena, sonriente. Pero le dura poco este estado de ánimo. La inesperada aparición de su marido, que vuelve, a su vez, por donde se marchó, llameantes los ojos, descompuesto y airado le causa tal impresión de sorpresa y de miedo, que tarda un buen espacio en reponerse de ella.* ¡Eh! ¿Quién?

Vicente. ¡Yo!

Reliquia. ¡Jesús! ¡Vísente!

Vicente. ¡Yo, sí!

Reliquia. ¡Qué susto me has dao!

Vicente. ¿A quien menos esperabas, eh?

Reliquia. ¡A quien menos!… ¡Qué susto me has dao!

Vicente. *Con intención, alimentada por su sospecha.* Se comprende, sí; se comprende…

Reliquia. ¡Ay, Dios mío! Pero, ¿qué es esto? ¿A qué vienes ahora? ¿Qué traes?

Vicente. Traigo, traigo…, ¡lo que traigo!

Reliquia. ¿Qué traes? ¡Cuando yo te hasía camino de Carmona!… ¿Qué traes?

Vicente. ¿Camino de Carmona me hasías?…

Reliquia. ¡A vé! ¿Te has puesto malo?

Vicente. No…

Reliquia. Pos la cara es de pronóstico, hijo. ¿De veras no te has puesto malo, Vísente?

Vicente. No, mujé, no…

Reliquia. Yo, sí… ¡Er susto no es pa menos! ¡Como que me creí que era un ladrón!

Vicente. ¿Un ladrón?

Reliquia. ¿No entran ladrones en las casas?

Vicente. Sí entran, sí…

Reliquia. Yo, que no pensaba que nadie viniera… ¡Figúrate!

Vicente. Nadie, ¿no es verdá?

Reliquia. ¡Nadie! Vi a bebé una poquita de agua… Mira; toa vía estoy temblando…

Vicente. ¿Temblando? ¿Tanto te ha yamao la atesión que yo vuerva?

Reliquia. ¡Hombre, después de la segunda despedía de hase media hora!… ¿Qué venate te ha dao? Porque esto ha sío un venate de los tuyos. ¿No vas ya a Carmona esta tarde?

Vicente. ¿Qué te paresería a ti si no fuera?

Reliquia. ¿A mí?

Vicente. ¡A ti, sí; no me mires! ¡Contéstame!

Reliquia. Y ¿a quién vi a mirá más que a ti pa contestarte, Vísente?

Vicente. Contesta, contesta.

Reliquia. Pos, hijo, si no vas a Carmona, tan conforme yo, si tú lo desides; y si vas a Carmona, lo mismo.

Vicente. ¿No preferirías tú que yo fuera?

Reliquia. Vísente, si era una conveniensia pa ti, como me desías, lo natura sería que lo prefiriese.

Vicente. Sí, claro; te librabas de mi presensia un par de días…

Reliquia. No creas tú que a veses no conviene. Pero, no es eso, no; no me mires tú ahora. Es que de lo que vivimos es de tu trabajo; y si er viaje a Carmona te reportaba un bien…

Vicente. Pos ya ves tú lo que son las cosas, Reliquia: me interesa er viaje; me pué valé argunas pesetas; estoy sitao con dos señores prinsipales… y, sin embargo, lo dejo to y me quedo contigo.

Reliquia. Pos tú sabrás por qué.

Vicente. *Desafiándola con su actitud.* Na; resuertamente no voy a Carmona. *Se sienta.* ¡Resuertamente!

Reliquia. Pos no hay más que habla. ¡No vas a Carmona! *Se sienta como él.* ¡Mi marido no va a Carmona! Tar día hiso un año.

Vicente. Y vamos a pasarnos la tarde los dos cara a cara.

Reliquia. Y ar que le pese, que reviente.

Vicente. ¿Que reviente?

Reliquia. Que reviente, sí. ¡O que no reviente, si no quieres tú! A tu gusto, hombre, a tu gusto.

Vicente. Pos bien dicho está: ¡que reviente!

Reliquia. ¡Que reviente! Como si te cansas de mirarme, porque ya me tienes muy vista, y quieres que me eche er mantón y nos vayamos por ahí de paseo.

Vicente. ¿De paseo? *Con sonrisa irónica.* ¿Con que de pa seo?

Reliquia. ¡De paseo: la tarde convida! No hase ni frío ni caló. Qué, ¿nos vamos?

Vicente. No…

Reliquia. Anda, hombre; y por ahí charlamos de nuestras cosas. Así te distraes.

Vicente. No, no. *Mirándola muy fijamente, sorprendido de la serenidad de ella.* Esta tarde, en casita. Aquí charlamos más a gusto.

Reliquia. Como tú quieras. ¡Tantas veses me propones tú pasea conmigo!

Vicente. Pos hoy ha cambiao er viento.

Reliquia. Bueno; pos… en casita, que yueve.

Vicente. En casita.

Reliquia. En casita. A mí no me la das: tú vienes malo.

Vicente. ¡Te digo que no!

Reliquia. ¿Quiés mirarte la cara al espejo? ¡Si estás desencajao, Vísente! Pos, ¿y las ojeras? ¡Mia qué ojeras! ¡Son dos cáscaras de castañas tostás! A la cuenta te ha sentao er vino malamente: como no tienes mucha costumbre de bebé… ¿Qué vino habéis bebío?

Vicente. ¿No te fijaste?

Reliquia. Yo, ¿qué me había de fijá?

Vicente. ¡Ah! ¿No te fijaste?

Reliquia. ¡Ni que fuera una cosa nueva! ¿Cuándo me fijo yo en er vino, si no bebo nunca? Tomé aqueya copa, porque me la ofresió tu compadre. ¡Qué hombre más grasioso! ¡La satisfasión que tiene é porque su mujé se le ha escapao! Es notable er tipo.

Vicente. Pos bebíamos un buen jerez: de una marca nueva que está de moda.

Reliquia. ¿Sí, eh?

Vicente. Sí; *Fino Coralito*.

Reliquia. *Fino Coralito*. Y ¿es bueno?

Vicente. ¿No lo probaste tú?

Reliquia. Pero yo no entiendo de esas cosas.

Vicente. Pos sí es bueno, sí. *Con marcada intención.* Por sierto que luego, a poco de tú irte, subió er representante a saludarnos, y se empeñó en darnos otra

media boteya.

Reliquia. ¡Ya! ¡Pos eso es lo que te pasa a ti!

Vicente. ¿Er qué?

Reliquia. Lo que yo me temía: ¡que te ha hecho daño tanto *Coralito*!

Vicente. ¡Que no, mujé; que no!

Reliquia. ¡Bueno! Vamos a cayarnos, Vísente. Pero si no te ha hecho daño er vino te ha hecho daño er representante.

Vicente. Er representante, ¿por qué?

Reliquia. ¡Cuarquiera se mete en tu cabesa pa averiguarlo!

Vicente. *Haciendo de tripas corazón.* Er representante es un muchacho muy agradable…

Reliquia. ¡Vaya!

Vicente. Muy dicharachero, muy listo… Se cuela po el ojo una aguja… Y hasta guapiyo es: de buena presensia…, simpático… ¡Está bien el hombre!

Reliquia. ¡Ea, pos búscale una novia, Visente!

Vicente. No le hase tarta.

Reliquia. ¿No?

Vicente. No. Paese que tiene labia sufisiente pa logra de las mujeres lo que quiera.

Reliquia. Dale la enhorabuena entonses.

Vicente. ¿La enhorabuena?

Reliquia. ¡Claro! Pero yo estoy asusta de oírte.

Vicente. ¿Por qué?

Reliquia. ¡Porque es la primera vez en tu vida que me alabas a un hombre!

Vicente. Yo…

Reliquia. *Riéndose.* ¿No te acuerdas de cómo te pusiste aqueya noche que te ponderé ar tenó de la ópera?

Vicente. ¿Yo?

Reliquia. ¡Y ar representante de ese vino me lo alabas porque yo no lo conozco!

Vicente. ¿No lo conoces?

Reliquia. ¿Y tú me lo preguntas? ¿A quién conozco yo que tú no lo sepas?

Pausa. Se miran. De pronto él se levanta, y exclama:

Vicente. Tenías tú rasón: vamos a darnos un paseo.

Reliquia. Vamos ayá.

Vicente. Voy a ponerme el otro traje.

Reliquia. *Deteniéndolo en la misma puerta de la izquierda.* ¿Ahora te vas a entretené en eso, Visente? Vámonos así.

Vicente. Pero, ¿qué trabajo me cuesta?…

Reliquia. Mira, Visente: es inútil que quieras engañarme. Tú traes un entripao, y hasta que no rompas vamos a está jugando a Justisia y Ladrones, como los chiquiyos. Acaba ya: las cartas boca arriba. ¿Qué traes? ¿Es que to esto der viaje a Carmona ha sío una invensión? ¡Porque ya me lo estoy figurando! ¿Es que me has puesto arguna trampa pa vé si caigo en eya? ¡Capaz serías! ¿Por qué me yamas ar cormao de repente? ¿Por qué vienes luego de esta manera? ¿Qué entresejo y qué puños apretaos son ésos? ¡Al acusao más inosente lo desconsierta un juez como tú! ¡Habla ya de una vez! ¡Pero habla claro, como yo te hablo a ti! ¡Déjate ya de triquiñuelas!

Vicente. ¿Tú me hablas a mí claro?

Reliquia. ¡Aviá estaría si te hablara turbio!

Vicente. Pos a vé si me contestas ahora como yo te voy a pregunté.

Reliquia. A vé. Temblando estoy otra vez como cuando yegaste.

Vicente. Como cuando yegué… Pos dime. Reliquia: ¿con quién hablabas cuando yegué?

Reliquia. ¡Como no fuera con Frasquita!

Vicente. No. Frasquita estaba ya en la caye… Los testigos estorban siempre. ¿Con quién hablabas en esa habitasión?

Reliquia. ¿En esa habitasión?

Vicente. Sí: en esa habitasión.

Reliquia. *Rompiendo a reír.* ¡Ja, ja, ja! ¡Esto ya tiene grasia!

Vicente. ¡Ah! ¿Te ríes?

Reliquia. ¡Ja, ja, ja!

Vicente. ¡No te rías y respóndeme, si no quieres que entre yo a verlo!

Reliquia. *Echándolo resueltamente a broma.* ¡Ay, no, por Dios! ¡No entres! ¡Prefiero que me mates! ¡No entres, por tu salú! ¡Perdóname! ¡La cosa ya no tiene compostura! ¡Córtame la cabesa! ¡Vamos a salí en los papeles!

Vicente. ¡Que no estoy pa burlas, Reliquia!

Reliquia. ¡Ay, Dios mío de mi arma! ¡Qué desgrasiaíta soy! ¡Qué mujeres más locas habernos en er mundo! ¡Lo tiramos tó a la caye por un gustito! ¡Ahora las pago toas! ¡Mi marido me ha piyao de conversación con er siyero der patio, que tiene ochenta años!

Vicente. ¿Eh?

Reliquia. ¡Ven acá, guiyao, más que guiyao: si yo no te quisiera tanto, era yo la que te mataba! *Abre violentamente la puerta de la izquierda.* ¡Ven acá! La ventana de esta arcoba, ¿no da ar patio?

Vicente. ¿Ar patio?

Reliquia. ¡Ar patio, sí! ¿No da ar patio?

Vicente. *Corrido.* Ar patio da.

Reliquia. En er patio, ¿no trabaja er siyero?

Vicente. Er siyero; sí…

Reliquia. ¡Pos pregúntale ya, condenasión, si no le he encargao que venga a componerme cuatro siyas, mientras tú estabas en Carmona, pa que te las encontraras arreglas a la vuerta! ¡Mal haya tu sangre!

De la risa pasa a las lágrimas y se sienta a enjugarse los ojos. Él la contempla, súbitamente arrepentido.

Vicente. *En tono compungido y humilde.* ¡Reliquia!

Reliquia. *Parodiándolo.* ¡Reliquia!…

Vicente. ¡Perdóname!

Reliquia. ¿Que te perdone? ¡No te perdono, que me hases sufrí mucho!

Vicente. ¡Porque te quiero mucho!

Reliquia. Hay cariños que matan.

Vicente. ¡Quien bien te quiera, te hará yorá!

Reliquia. Menos má que también me hases reí algunas veses. ¿Te párese a ti medio regula er drama que te has armao en la cabesa? ¡No tienes presio pa inventó de películas!

Vicente. Perdóname siempre; tenme lástima. Te quiero tanto, que ná más la sombra de perderte me pone en los ojos un velo y no veo ya una cosa con sus contornos naturales.

Reliquia. Sí que me das lástima. Pero ¿de veras te pensabas que tenía ahí dentro ocurto a un hombre? *Él calla.* ¿De veras, Vísente?

Vicente. Perdónamelo, Reliquia: de veras.

Reliquia. ¡María Santísima! *Bromeando.* ¡Qué inosente eres, hijo mío! ¡Ahí en la arcoba que da ar patio iba yo a meté a un hombre pa que los vesinos lo vieran! ¿Tú no sabes que donde los esconde una siempre es debajo de la camiya? *A un*

movimiento involuntario de él. Mira, Visente, ¡como yegues a levanta la farda, te doy con la boteya en la cabesa!

Vicente. *Riéndose.* ¡No, no, no!…

Reliquia. ¿No?

Vicente. ¡No! Te creo, te creo siempre. Y cuando no te creo, te quisiera creé. Ven aquí: mírame. ¡Quiéreme como te quiero yo!

Reliquia. ¡Si te quiero más y mejó, peliculero! ¡Media vida daría porque no perdieras nunca, ni por ná der mundo, esta fe que ahora mismo tienes! ¿Hay cosa como este cariño y esta confiansa pa to de una mujé y un hombre? ¡Vorcarme yo en ti como si fuera agua, y tú en mí, sin que ná nos quede a ninguno, y que las dos aguas se confundan y nadie sepa distinguí cuál es del uno y cuár del otro!

Vicente. Sin embargo, Reliquia…

Reliquia. ¡Ya sartó er sin embargo! ¡Pos no hay sin embargo, Visente! El agua durse, y la salobre son las únicas que no puén confudirse; pero ¡si tú y yo somos aguas de un mismo río!…

Vicente. Es verdá; ésa es la verdá.

Reliquia. ¿La verdad? ¿Te atreves a firmármela en un papé?

Vicente. ¡Ahora mismo! Con mi sangre, Reliquia.

Reliquia. Con tu sangre, ¿eh? Más clara estará que la mía, que está achicharra desde que te conozco.

Vicente. ¡Bendita sea tu cara!

Reliquia. Hay que verte, Visente; es menesté verte pa creerlo. Toavía te dura er desencajo. To despeinao, con coló de espárrago de lata, la corbata torsía, la barba negra, como si no te hubieras afeitao…

Vicente. ¡Pos si me he afeitao!

Reliquia. ¡Pos te han salío las barbas desde er cormao aquí! Hasta caniyas se te ven. Una, dos, tres… ¡Huy, cuántas, Vísente!

Vicente. Déjalas: son penas que he pasao por ti.

Reliquia. ¡Pero que yo no he pensao darte nunca! ¡Lo que te quiero, polisía! ¡Lo que te quiero yo! ¡Qué demonche de canas! Por supuesto, bien vengan.

Vicente. Bien vengan, ¿por qué?

Reliquia. No las de las penas; las de los años. Porque yo estoy sierta de que hasta que no nos caigamos de viejos los dos, tú no vas a tené compostura.

Vicente. ¿Te lo crees tú?

Reliquia. ¡Si es que entonses la tienes! Porque también he conosío selosos de setenta años.

Vicente. No diría yo que no.

Reliquia. ¡Vamos! A don Manué Carriles, er que fué apoderao de mi padre, que no pué ya con los carsones, lo he visto una tarde encrespao porque su vieja se asomó a la ventana a vé pasa la tropa.

Vicente. ¡Ja, ja, ja!

Reliquia. ¡Er coroné había sío novio suyo!

Vicente. ¡Ja, ja, ja!

Reliquia. No te rías ahora tanto: mírate en ese espejo.

Vicente. *Cogiéndola de las manos, cariñosamente.* ¡En tus ojos, más bien!

Reliquia. ¡Huy qué manos, chiquiyo! ¡Estas manos no son las de un pintó decoradó: son las de un minero!

Vicente. *Mirándoselas.* ¿Las de un minero?

Reliquia. Y ¡qué uñas! Paesen palaustres. Con estas uñas no sales tú a la caye conmigo. Espérate: voy por las tijeras y te las corto en un momento.

Vicente. *Alarmado repentinamente, a su pesar.* ¿Eh?

Reliquia. ¿Qué cara es ésa? ¿Qué te ha dao de pronto?

Vicente. ¿Eh?

Reliquia. ¿Qué ha sío? ¿Es que tienes arguna supertisión a cuenta de las uñas?

Vicente. ¿Cómo?

Sin darse cuenta, levanta la jalda de la camilla y mira bajo ella.

Reliquia. ¿Qué hases, Vísente? ¿Vuerve la calentura? ¿Ya te picó un mosquito?

Vicente. *Sonriéndole.* No, no; descuida… Ahora no ha yegao a picarme…

Reliquia. ¡Pero ha tocao la trompetiya!

Vicente. Yo te diré… Vas a reírte…

Reliquia. Eso, por de contao.

Vicente. Anda, coge er mantón y nos iremos a la caye. Que me dé a mí er fresco.

Reliquia. A ti y a mí. Que nos dé a los dos. Farta nos hase. ¿Han yamao?

Vicente. Sí. Yo veré quién es. Vé tú por er mantón.

Reliquia. Ahora mismo.

Ella se va por la puerta de la izquierda y él por la del foro. Se oye un grito de Frasquita en el interior. En seguida vuelve él con la muchacha, que se ha aterrado al verlo.

Vicente. Ven acá, ven acá…

Frasquita. Voy a la cocina, zeñorito…

Vicente. No; ven acá primero. ¿Soy yo er demonio? ¿Por qué has dao ese grito cuando te abrí la puerta?

Frasquita. Zeñorito, porque yo no esperaba…

Vicente. ¿No esperabas, eh?… Y ¿por qué tiemblas tanto?

Frasquita. ¿Ha perdío usté er tren?

Vicente. Sí; lo he perdío. ¿Por qué tiemblas tanto? ¿De dónde vienes? ¿A dónde has ido?

Frasquita. Yo le diré a usté…

Vicente. ¡No pienses un embuste! ¿A dónde has ido?

Frasquita. *Sobrecogida.* Zeñorito, yo…

Vicente. ¡Pronto!

Frasquita. Vengo de… Aquí está la zeñorita.

Sale Reliquia, de mantón. Apenas ve el cuadro se da cuenta de lo que ocurre.

Reliquia. ¿Qué pasa?

Vicente. TÚ me explicarás lo que pasa, porque ésta no pué habla.

Reliquia. ¡Ea! ¡Otra vuerta en la parriya, San Lorenso!

Vicente. Se ha echao a temblá cuando me ha visto, ha pegao un grito como si yo fuera un ladrón, no da pie con bola, no sabe desirme a dónde ha ido ni de dónde viene… ¡En fin, tú me dirás si esto es corriente!

Reliquia. En esta casa… er pan de cada día. ¡Ay, Virgen de mi arma!

Vicente. Déjate de suspiros ahora. ¿Qué explicasión le das a esto?

Reliquia. No me río ya pa que no te arborotes. Frasquita…

Frasquita. Mándeme usté.

Reliquia. ¿Yevaste mi carta?

Frasquita. Zí, zeñora.

Reliquia. Y ¿qué rasón te han dao pa mí?

Frasquita. *Sacando de su bolso otra carta.* Este zobre.

Vicente. *Arrebatándoselo, antes de que Reliquia lo coja.* Trae acá.

Reliquia. *Después de un gesto de tristeza y de comprensión.* Márchate, Frasquita.

Frasquita. ¿A la caye otra vez?

Reliquia. No; ayá dentro.

Frasqueta. *Obedeciéndola.* ¡Ay, mi tía!

Reliquia. *A Vicente, que la mira torvo.* Dame tú esa carta.

Vicente. ¿Esta carta?

Reliquia. Sí, hombre, ¡si es pa mí!

Vicente. Er sobre viene en blanco.

Reliquia. Pos es pa mí, porque es la contestasión a una que yo he puesto.

Vicente. ¿A quién?

Reliquia. No te importa; dámela. ¡Qué pronto se han ido por tierra tos tus buenos propósitos! ¡La confiansa siega que tenías en mí!… ¡Y no ha pasao un minuto! ¡Y le hablan a una der Purgatorio! ¿Y este purgatorio en vida, no es peó? *Airada.* ¡Dame la carta ya, Vísente!

Vicente. ¡Una carta pa la mujé pué leerla el marido!

Reliquia. ¡Cuarquiera menos ésta!

Vicente. Menos ésta, ¿por qué?

Reliquia. ¡Porque me ofende ya la duda! ¡Porque no te la paso! ¡O me das la carta, o te vas a acordá de mi nombre! ¿Me la das o no?

Vicente. *Tras ligera vacilación.* Tómala.

Reliquia. Grasias, hombre. ¡Argo se ha conseguío! Ahora vas a sabé ya de quién es… y vas a escucharla.

Vicente. ¿De quién es?

Reliquia. Der siyero. ¡Er corasón no envejese nunca!

Vicente. ¿De quién es?

Reliquia. ¡De tu hermana, hombre, de tu hermana!

Vicente. ¿De Matirde?

Reliquia. De Matirde, hijo. Como te paresía ridículo que yo pasara los días de tu ausensia en su casa, le escribí pidiéndole que se viniera eya a pasarlos conmigo. ¡Pa tu seguridá… y la mía!

Vicente. ¡Ah!… *Casi no puede hablar de emoción y arrepentimiento.* ¡Reliquia!… Dame er castigo que merezca. ¡Soy un loco!…

Reliquia. Escucha lo que me dise Matirde…

Vicente. No quiero, no; no me lo leas.

Reliquia. ¡Vaya si te lo leo!

Vicente. ¡No me lo leas, por Dios! ¡No me lo leas!

Reliquia. ¡Sí, hombre, sí! ¡Hay que está a las duras y a las maduras! Oye.

Vicente. ¡Reliquia! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Que conozco a Matirde!

Reliquia. ¡Y yo también! ¡Por eso quiero que la oigas! ¡Argo hay que sufrí! *Leyendo, al fin, la carta.* «Querida Reliquia: Tu apresiable carta no me ha sorprendido. No sé cómo tienes pasiensia de aguantá a mi hermano. Mi hermano es, pero es de los muchos maridos que se meresen un adorno».

Vicente. ¿Eso dise?

Reliquia. Míralo.

Vicente. Deja, deja… ¡Mi hermana también!… *Pasea agitado.*

Reliquia. *Continuando la lectura.* «Parese mentira que teniendo una mujé como tú, dude de tu honradez y de tu cariño. No sabe é que eso es jugá con fuego. Yo en tu lugá ya me hubiera cansao de sufrirlo; porque a las mujeres, lo que nos liase malas es que el hombre piense sin rasón que lo somos». ¡Chúpate ésa!

Vicente. ¿Quiés dejarlo ya?

Reliquia. ¡Qué disparate! ¡Hasta la firma vi a leerte! ¡Si viene mejó de lo que yo esperaba! «A ti te ha debío toca un hombre como er mío, y a mí uno como er tuyo. Si me yega a toca, a estas horas ya sería famoso en Seviya».

Vicente. ¡Cáyate!

Reliquia. ¡Lo dise tu hermana! ¿No tenías tanto empeño en sabe de quién era la carta y lo que desía? ¡Pos óyela ahora!

Vicente. ¡Acaba ya!

Reliquia. «Mi marido, en cambio, tiene una grasia que le farta ar tuyo: me orsequia cada año con un hijo».

Vicente. *Resoplando.* ¡Pfff!…

Reliquia. ¡Sopla, sopla! «Me orsequia cada año con un hijo. Y yo le digo que una grasia tan repetida, pierde la grasia ya. ¿Y ustedes, qué hasen que no tienen ninguno?». ¿Qué hasemos, tú?

Vicente. ¡Acaba!

Reliquia. «Hase farta sé tan soso como mi hermano pa yevá tres años de matrimonio con una mujé de tu mérito sin dá ninguna seña de vida. Y es que, por lo visto, se le va to er fuego en las peleas. Adiós, mujé. Dios te dé toa la pasiensia que nesesitas. Hasta luego, que iré con mucho gusto a dormí en tu casa y a quedarme contigo hasta que vuerva er moro de Carmona. ¡Haré de guardia de la porra a tu lao! ¡Qué le vamos a hasé! No voy a dejá pasa por la puerta ni un carriyo e manos. Un beso de tu hermana, que mucho te apresia, Matirde».

Vicente. *Llorando.* ¡Perdóname otra vez, Reliquia! ¡Sin queré te ofendo mir veses! ¡Pero no soy un mal hombre: soy un desventurao!

Reliquia. ¡Un desventurao que me va a mata a mí con su desventura! ¡No yores más, que eso no es de hombres! ¡Ten voluntá más bien pa combatí como debes ese microbio; pa espanta a manotasos a tos los mosquitos!

Vicente. Pero, ¡perdóname tú primero!

Reliquia. Quisa tenga yo la curpa de que no estés curao con tanto perdonarte. No, no; no te perdono ya a las primeras: no me ablando ya tan fásirmente, y será mejó pa los dos.

Vicente. ¿Qué dises?

Reliquia. Lo que digo. Esta lersión me ha abierto los ojos más que ninguna. Se había deshecho la tormenta; prinsipiábamos a gosá de la paz que da la confiansa; y cuando venía yo tan conforme a salí de paseo contigo, porque se aturruya la chiquiya ar vé que le abres la puerta tú cuando te creía de viaje, lo primero que te se ocurre es vorvé a dudá, y te piensas que una carta de tu hermana es de Don Juan Tenorio. ¡No, Visente, no! Vi a seguí otro sistema. Me ofendes a cá instante; abusas demasiao de mi condescendensia y de mi cariño. *Entre lágrimas.* ¡Esto no es vida! ¡Y yo tengo derecho a viví! ¡Y a que tú vivas a gusto a mi lao! Se acabaron ya los perdones. O crees en mí de veras, o no crees. Si crees, seremos muy felises; si no crees, a la primera de estas que me hagas me voy de aquí, y como no me traiga la Justisia no vuervo a tu lao.

Vicente. ¡Reliquia!

Reliquia. Ahora no hay más que hablá. Ten ahí tu sombrero. ¡A la caye conmigo ahora mismo! ¡A respira otro aire! *Empujándolo y yéndose con él.* ¡Anda, condenasión, martirio, agonía, tormento, castigo; anda, anda, anda!…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En casa de la abuela de Reliquia. Salita humilde, con escasos muebles, limpios y ordenados. Puerta de cristales al foro, que da a un patinillo. Otra puerta a la derecha del actor. Ventana a la izquierda. Han pasado diez días desde el acto segundo. Es por la tarde.

El Compadre Patricio, sombrero en mano, está de visita y aguarda. A poco, por la puerta del foro, sale la Abuela, vieja reposada y risueña.

Abuela. Pero ¿qué hase usté de pie toavía? Siéntese usté. Ahora viene eya. Siéntese usté.

Compadre. Con permiso.

Abuela. Traiga usté er sombrero.

Compadre. Grasias; no me estorba.

Abuela. Tráigalo usté, señó.

Compadre. Yo no lo había dejao en ninguna siya por no mancharla.

Abuela. ¡Jesús y qué ponderativo! Limpia tengo la casa, pero er sombrero no está susio tampoco.

Compadre. En esta casa me lo parese a mí, señora. Yo, como he sío una vírtima de la mugre…

Abuela. ¡Vaya por Dios!

Compadre. ¿Y su marío de usté, está bueno?

Abuela. Tan bueno que está. En su Parque to er día. Aunque es tan viejo como yo, toavía sirve.

Compadre. Pos aquí vengo yo a vé a Reliquia, de parte de Vísente…

Abuela. *Atajándolo.* Eso, a eya. Lo que tenga usté que desí der marío, a eya.

Compadre. Bueno.

Abuela. Entre hombre y mujé… to er que se mete ha de perdé.

Compadre. Y si no, ¡que lo diga er carabinero!

Abuela. ¿Qué?

Compadre. Na. Un escape de gasolina.

Abuela. ¿Es usté «chofé»?

Compadre. No, señora; pero he tomao un «tasi» hase tres meses y ni por la radio me arcansan.

Abuela. Usté se entenderá. Pos desía que entre marío y mujé, to er que se mete, pierde; porque ninguno de eyos le dise a usté nunca la verdá completa. Siempre se quea ca uno con un cachito de eya, que sólo entre los dos se sabe… ¡Y así no hay quien sentensie!

Compadre. Bien dicho está eso.

Abuela. Como de quien tiene setenta años, y ha casao a tres hijas, a cuatro hijos y a dos nietas.

Compadre. ¿A nueve criaturas ha casao usté?

Abuela. A nueve.

Compadre. Yo no estaría tranquilo.

Abuela. Yo sí, porque tos se han casao por su gusto.

Compadre. Eso no quita…

Sale Reliquia, también por la puerta del foro.

Abuela. Aquí la tiene usté.

Compadre. *Levantándose.* Buenas tardes, Reliquia.

Reliquia. Téngalas usté muy buenas, señó.

Compadre. ¿Está usté buena?

Reliquia. Yo, tan buena; ¿y usté?

Compadre. Yo, también tan bueno. Mejó ca día que pasa.

Reliquia. Pero tome usté asiento.

Compadre. Sí, señora. ¿Se acuerda usté de mí, Reliquia?

Reliquia. ¡Digo! ¿No lo ha visto usté en er saludo? Abuela, éste es el hombre que está como loco desde que se le escapó su mujé.

Abuela. ¡Ah, vamos! Ahora me explico lo der «tasi».

Compadre. Sólo que es ar revés que lo ha dicho Reliquia.

Reliquia. ¿Ar revés?

Compadre. Justamente. Yo no estoy ahora como loco, sino como cuerdo. ¡Cuando estaba como loco era cuando vivía con eya!

Reliquia. ¡Ja, ja, ja!

Abuela. Ésta se ríe.

Reliquia. ¡Me hase a mí mucha grasia cómo toma el asunto!

Compadre. Ideas prácticas; ideas modernas… ¡Se ha acabao er romantisismo! Aqueyo de: «¡Mi mujé me engaña y le voy a saca er corasón por la boca!…», no pega en estos tiempos. ¡Afortunadamente!

Reliquia. ¿Usté no sabe, abuela, lo que ér dise que es?

Abuela. No. ¿Qué dise que es?

Reliquia. Viudo de una mujé viva.

Abuela. ¡Qué grasioso!

Compadre. Y así me lo voy a poné en la sédula. Sí, sí; no crea usté que es broma. Profesión: pintó decorado. Estado: viudo de una mujé viva. Edá: dies años menos que el año pasao. ¡Ole! ¡Viva Dios!

Ríen la abuela y la nieta.

Reliquia. Tiene sombra este hombre.

Abuela. Pos ese estao se lo van a envidia a usté más de cuatro.

Compadre. ¡Como que es impagable! Estoy como viudo, porque ya no veo nunca más a mi mujé, y no me pueo casa con otra. ¡Que venga Mahoma a hablarme a mí der paraíso de los moros!

Abuela. Bueno, bueno; me voy yo pa que hablen ustedes.

Reliquia. No se vaya usté, abuela.

Abuela. Hija, pero ¡si no he de tersiá en la conversasión!

Reliquia. Aunque no tersie usté; no se vaya.

Abuela. Ya le he dicho ar señó mi pensá sobre estas cuestiones.

Compadre. Sí; ya me ha dicho…

Reliquia. A pesá de eso, abuela.

Abuela. Ea, por darte gusto, me quedaré aquí como pintá. Me entretendré en vé pasa a la gente.

Acerca su silla a la ventana y se sienta.

Reliquia. Conque, empiese usté la sinta.

Compadre. Una sinta es, no piense usté que no.

Reliquia. Por eso lo he dicho: ¿cree usté que no me lo figuro?

Compadre. Y ¿por dónde quiere usté que la empiese?

Reliquia. ¡Toma! ¡Por er prinsipio!

Compadre. Es lo más naturá. Pos er prinsipio es éste, Reliquia: yo soy, como usté sabe, uno de los pocos amigos cabales de Visente. Vísente no forma gaviyas con to er mundo.

Reliquia. Ya lo sé también.

Compadre. Lo era de antes y lo soy ahora más toavía.

Reliquia. Sí que lo creo.

Compadre. Porque la amistá, en la desgrasia es donde tiene que probarse.

Reliquia. Y ¿qué más?

Compadre. Que vengo a verla a usté de parte suya.

Reliquia. Hasta aquí no hay na nuevo, porque to eso estaba ya por mí adivinao.

Compadre. Pos ayá va lo nuevo.

Reliquia. ¿Quié usté que se lo antisipe yo también?

Compadre. Venga: será buena señá que usté lo vislumbre.

Reliquia. Lo nuevo…, que no es nuevo, es que, desde que estamos separaos, ni come, ni bebe, ni duerme, ni hase cosa arguna más que suspira y yorá como una Madalena arrepentía.

Compadre. «¡Chipén!».

Reliquia. Usté sabrá, porque está probao que pa usté no tiene secretos…

Abuela. ¡Arguno le quedará pa ti sola!

Compadre. ¿Eh?

Abuela. Na. Otro escape de gasolina, señó.

Compadre. Es que se me había orvidao que estaba usté ahí, y me he asustao un momento. Porque tiene usté un timbre de voz… En fin, un sustiyo. Adelante, Reliquia.

Reliquia. Usté sabrá que en la úrtima pelea que tuvimos Visente y yo, er mismo día que yo tuve er gusto de conoserlo a usté…

Compadre. Grasias.

Reliquia. Le dije muy formá que no le perdonaba aqueyo; que no estaba

dispuesta a seguí viviendo de aqueya manera; en constante riña y sobresarto; y que la primera vez que vorviera a dudá de mí, cogía er mantón y me iba de la casa.

Compadre. Lo sé, lo sé.

Reliquia. Pero quisá no sepa usté que por la noche vorvió a ofenderme.

Compadre. Sí, señora; también lo sé. Y que, con las mismas, agarró usté er mantón, como lo había anunsiao, y se vino a casa de su abuela. Er lo cuenta to con una noblesa que lo honra, y echándose además toas las curpas.

Reliquia. ¡Estaría bonito que me las echara a mí también!

Compadre. Lo digo ar tanto de que no es hombre de dos caras. Visente es un chiquiyo.

Reliquia. Sí: un chiquiyo que se entretiene en sacarles las tripas a los muñecos, pa yorá luego cuando ve el aserrín derramao.

Abuela. ¡Presioso! ¿Quién te quiere a ti?

Compadre. ¿Eh?

Abuela. Usté disimule: era ar pajarito.

Compadre. ¿Ar pajarito?

Abuela. Sí: desde ahí no lo ve usté. Es de la vesina de enfrente. No me haga usté caso.

Compadre. Tiene un timbresito de voz su abuela de usté… Bueno, a lo que nos importa, Reliquia. Le voy a descubrí a usté lo más nuevo der caso, que quisá le sorprenda a usté.

Reliquia. Quisá no.

Compadre. Visente se ha ido a viví a una casa de huéspedes.

Reliquia. También estoy ar tanto.

Compadre. ¿Quién se lo ha dicho a usté?

Reliquia. Frasquita, la chiquiya que nos servía. La ha despachao é, y vino a

contármelo toa yorosa.

Compadre. Y ¿usté da en er por qué de esa determinasión de su marío?

Reliquia. ¿No he de dá, señó? ¡Porque no pué verse tan solo! ¡Porque se le cae la casa ensima! ¡Porque no le va a pedí selos al aparado y a la mesiya de noche!

Compadre. Eso es. Y jura y perjura que mientras usté no vuerva a la casa, ér no vuerve tampoco.

Reliquia. Pos como yo no espero que me vaya a yevá condusía por los siviles, dígale usté que le ponga papeletas y la arriende, y así le sacará argún provecho pa pagá er pupilaje.

Abuela. ¡Pero dígale usté también que no se dé prisa!

Reliquia. ¿Qué?

Abuela. ¡Que no se dé prisa en arrendá la casa!

Reliquia. ¡Ah! ¿Usté se malisia que yo…?

Abuela. Yo no me malisio na, hija mía; pero como me has rogao que me quede aquí y estoy escuchándote… ¡argo se me tiene que ocurrí de cuando en cuando!

Reliquia. Pos se equivoca usté en más de la mita.

Abuela. Es posible. Er tiempo es er que da la rasón y la quita.

Reliquia. Y, bueno, ¿qué otra cosa tenía usté que desirme?

Compadre. Pa concluí: que Vísente quiere verla a usté.

Reliquia. Pos que me vea.

Compadre. Pero no de lejos: ér pretende vení y hablarle.

Reliquia. ¡Pos que venga y me hable!

Compadre. ¿Usté está dispuesta a resibirlo?

Reliquia. Sí, señó. Me agrada la música. Toas las tardes le echo perras al

organiyo.

Compadre. No; con formalidá.

Reliquia. Con formalidá. Que venga, que venga. No es ningún tigre que vaya a comerme.

Compadre. ¡Claro!

Reliquia. Y ¡como toa la rasón es mía!… Me verá, lo veré, nos diremos sentensias… y se irá con las orejas calientes. Convenserme de otra cosa, no me convenserá.

Abuela. *Torsiendo levemente.* ¡Jem…! ¡Los catarros de junio!…

Compadre. *Entre sí.* También la tosesita…

Reliquia. No me convenserá.

Compadre. ¡Pero no vaya usté a resibirlo con er pestiyo echao! Escúchelo usté a pecho abierto. El hombre le ha visto las orejas ar lobo, y trae doló de corasón y propósito desidío de enmienda. Es otro hombre, Reliquia.

Reliquia. ¿En diez días otro hombre? ¡Vamos! La que es otra mujé soy yo.

Abuela. ¿En diez días?

Reliquia. ¡Y en diez minutos! ¡Después de muchas horas y de muchos meses padesiendo, en diez minutos se resuerve lo que no se ha resuerto en seis años!

Compadre. Es verdá; pero no hay dos cosas iguales. Es menesté proba… Yo espero mucho de esta conversasión de usté con Vísente. Voy por é.

Reliquia. ¿Está ahí serca, no?

Compadre. Sí.

Reliquia. ¿En er café que hay en la esquina?

Compadre. Cabalito. ¿Es que lo ha visto usté?

Reliquia. ¡Como si lo estuviera viendo!

Compadre. ¡Resíbalo usté a buenas, Reliquia! Pena le va a usté a dá mirarlo. ¡Se ha quedao en la mita e las carnes!

Reliquia. ¿Tan malamente come en la casa de huéspedes?

Compadre. ¡Agotao que está por los remordimientos!

Reliquia. ¡Yo, en cambio, tan tranquila!

Compadre. Además, ha empesao a perdé la cabesa.

Reliquia. ¿Qué?

Compadre. Sí, sí: no es un dicho. Aqueya rueda catalina no marcha bien. Y eso ya es más serio. Eso no pué usté echarlo a puerta ajena.

Reliquia. No será tanto.

Compadre. Lo es, Reliquia. Se le están ocurriendo a Vísente unas cosas mu raras.

Reliquia. ¿Sí?

Compadre. ¿Qué creerá usté que es lo úrtimo que se le ha ocurrío?

Reliquia. ¿Qué? ¿Irse a América?

Compadre. ¡No! De irse no se le ocurre na. Más asurdo; más desatinao. Anoche me propuso en serio que yo me junte con mi mujé. ¿Está bueno ese hombre?

Reliquia. ¡Vamos!

Compadre. Voy por é, voy por é.

Reliquia. Ande usté, sí; ande…

Compadre. Hasta luego, señora.

Abuela. Vaya usted enhorabuena.

Reliquia. *Acompañando al Compadre, con quien se marcha por la puerta de la derecha.* Como si prefiere dejarlo pa otro día. Yo no tengo prisa ninguna. ¡Er

resurtao ya lo sé!…

Abuela. ¡La que sabe er resurtao soy yo! ¡Tos los caminos que intenten dan en er mismo sitio!… ¡Es un cayejón sin salía!

Vuelve Reliquia presurosa.

Reliquia. ¿No le parese a usté, abuela, que yo hago lo que debo?

Abuela. Sí, hija, sí.

Reliquia. Sin guasa.

Abuela. Sin guasa.

Reliquia. Negarle la conversasión es perdé toa la rasón que yo tenga.

Abuela. Y tienes mucha.

Reliquia. Er no va a pará hasta hablá conmigo…

Abuela. Eso, que te coste.

Reliquia. Mientras no lo consiga, vamos a tené ar Compadre yendo y viniendo…

Abuela. Y el hombre pué cansarse.

Reliquia. ¡Y que tampoco se debe abusá de las personas!

Abuela. ¡Ya se ve que no!

Reliquia. De manera que lo más asertao es que hablemos.

Abuela. ¡Lo más asertao!

Reliquia. ¡Yo no he de blandearme!

Abuela. ¡Jem…! ¡Pícaro catarriyo!

Reliquia. ¡No; si ya sé yo que usté se está riendo de mí por dentro!

Abuela. ¡Y por fuera!

Reliquia. Pos usté lo va a vé: me ha de encontré más firme que una estatua.

Abuela. ¡De gelatina!

Rosa, criadita de la Abuela, llega por la puerta de la derecha en este momento. Es mujer de poca retentiva, como se verá.

Rosa. Ahí está un hombre.

Abuela. ¿Eh?

Rosa. Ahí está un hombre.

Abuela. ¿Er de las bocas de la Isla, quisa?

Rosa. No, zeñora, no; no ez er de las bocas.

Abuela. ¿Quién es, entonses?

Rosa. Me lo ha dicho, y ze me ha orvidao.

Se va a preguntárselo.

Reliquia. *Insistiendo en su tema.* ¡Yo estoy sierta de que si yo no lo curo no lo cura nadie!

Abuela. Ésa es la verdá.

Reliquia. ¡Nadie! ¡Porque nadie lo quiere, tampoco!

Abuela. ¡Porque la enfermedá no tiene cura, niña! ¡Dejémonos de historias!

Reliquia. *Suspirando.* ¡Ay!… ¡Eso sería lo más malo, abuela!

Abuela. No tiene cura. Se lo he oído desí a muchos médicos: con los mosquitos no se ha podío acabá en er mundo. Y las enfermedades que traen los mosquitos son las peores. ¡Y si ensima los mosquitos no se ven, como los que le pican a Visente!… *Vuelve Rosa.*

Rosa. El hombre eze ez una vizita.

Abuela. ¿Una visita?

Rosa. Zí, zeñora.

Abuela. ¿Quién viene a verme a mí?

Rosa. No, zi no ez a usté.

Reliquia. ¿Es a mí?

Rosa. A usté, zí, zeñora; pero tampoco quiere verla a usté, zino a zu marío.

Reliquia. ¿A mi marido? ¡Qué cosa más rara! ¿Para qué?

Rosa. Ya ze me ha orvidao.

Se va de nuevo.

Reliquia. ¡Abuela, dele usté un tónico a esta niña!

Abuela. ¡Si lo está tomando! ¡Pero no le sirve de na! ¡Ayé se le orvidó levantarse!…

Vuelve Rosa con aire de triunfo.

Rosa. ¡Antes de que ér me lo dijera, me acordé yo!

Reliquia. ¡Vamos!

Rosa. Eze hombre lo que quiere es vé a zu marío porque… *Se detiene pestañeando.*

Reliquia. ¿Otra vez?

Abuela. Mira, Rosa, dile que entre.

Rosa. ¿Que entre?

Abuela. Sí: que entre, que entre…

Rosa. *Yéndose.* ¡Tengo una cabeza más mala!…

Abuela. ¡Y que el hombre te esplique a ti lo que sea! ¡Como Vísente va a vení!… A sabé si es argo que le conviene.

Reliquia. Y que esto será porque como é se ha ido de casa…

Abuela. ¡Naturarmente! Vi a dá yo una vuerta en la cosina. Que con *Bermonte* no hay momento seguro.

Se va por la puerta del foro, hacia la derecha. Reliquia, un tanto desasosegada e impaciente, se asoma a la ventana. Por la puerta de la derecha sale a poco Lorenzo, seguido de Rosa.

Rosa. *Señalando a Reliquia.* Aquélla es.

Se marcha por el patinillo, mirándolo con curiosidad.

Lorenzo. *Después de un instante de espera, en que Reliquia sigue mirando a la calle por la ventana.* Buenas tardes, señora.

Reliquia. *Volviéndose a él, sorprendida.* ¿Eh? Buenas tardes.

Lorenzo. *Contemplándola a su sabor.* ¡Muy buenas tardes! Usté dispense la molestia.

Reliquia. Molestia, ninguna.

Lorenzo. ¿Es usté la señora de Visente Arcarde?

Reliquia. Servidora de usté.

Lorenzo. Por muchos años.

Reliquia. Grasias. ¿Qué desea usté?

Lorenzo. Yo nesesito hablá con su marido. He estao en su casa, me he cansao de yamá, y cuando ya me iba, salió la vesina der piso de ar lao a arvertime que ahora no vive ayí y que en esta casa me darían rasón.

Reliquia. ¡Mía la vesina!… Sí…, es que él ha estao fuera…, y yo me he venío aquí mientras tanto…

Lorenzo. Ya. Y ¿ha vuerto ya de fuera?

Reliquia. Sí, señó. Ahora mismo lo estoy aguardando yo, casuarmente.

Lorenzo. Pos si no incomodo… Es cosa de un minuto.

Reliquia. No, señó; no incomoda usté.

Lorenzo. No es más que un minuto.

Reliquia. Lo que sea. Si usté no tiene prisa, cuando ér venga, le habla. No creo que tarde ya. Siéntese usté.

Lorenzo. Sí: prefiero esperarlo. Me sito en cuarquier parte con é y luego tratamos a la noche.

Reliquia. Como usté guste.

Lorenzo. Es que voy a darle un encarguiyo. Pienso abrí un despacho de vinos de Jerez —sucursá de una bodega que yo represento— y quiero hasé una cosa bonita. Cuatro barriles ilustraos, cuatro rasimiyos por las paredes, cuatro hojas de parra, cuatro detayes, cuatro cosas… ¡Y como ér tiene tan buen gusto!…

Reliquia. Sí que lo tiene.

Lorenzo. A la vista está.

Reliquia. ¿Usté conose a mi marido?

Lorenzo. No, señora: na más que de nombre. Sé que es en Seviya er rey de los pintores decoradores.

Reliquia. Favó que usté le hase.

Lorenzo. ¡Que le liasen los demás; yo, no! Yo toavía no le he hecho favó ninguno.

Se oye a Vicente gritar dentro.

Vicente. ¡Reliquia!

Reliquia. Ahí viene ya é.

Lorenzo. Estoy de suerte.

Por la puerta de la derecha sale Vicente, y, sin ver a nadie, corre a Reliquia, emocionado, y la abraza.

Vicente. ¡Reliquia!

Reliquia. *Rechazándolo.* ¡Por Dios, Vísente! ¡Que hay visita, Vísente!

Vicente. ¿Visita? ¿Eh? *Viendo a Lorenzo.* ¿Eh?

Lorenzo. ¡Pero, hombre! ¡Buenas tardes, amigo!

Vicente. *Atónito.* Buenas tardes…

Lorenzo. ¡Esto sí que es chusco! ¡Qué casualidá! ¡Y le dije yo a usté que no lo conosía! ¿Cómo está usté? ¿No me recuerda usté?

Vicente. *Turbadísimo.* No… Sí…

Lorenzo. ¡Er representante der *Fino Coralito*, hombre!…

Vicente. Sí, sí…

Reliquia. ¡Ah! ¿Usté es er representante der *Fino Coralito*?

Lorenzo. Pa servirla, señora.

Reliquia. Mi marido me ha hablao arguna vez de usté.

Lorenzo. Tantas grasias.

Reliquia. ¡Y con mucha ponderasión!

Vicente. Sí…

Reliquia. Er señó quiere trata contigo de no sé qué cosa, Visente.

Vicente. ¿Usté…, conmigo?

Lorenzo. Sí, señó; un minuto na más.

Reliquia. Los dejo a ustedes yo.

Lorenzo. Un minuto: no quiero sé indiscreto. A la disposisión de usté, señora.

Reliquia. Muchas grasias, señó. Hasta luego, Visente.

Vicente. Hasta ahora mismo.

Reliquia. No se deis prisa. Trata de su negosio con carma. *Con una diabólica sonrisa se aleja por el patinillo, diciendo entre sí.* ¡Er demonio no lo enreda mejó!

Vicente. De forma que usté…

Lorenzo. Tengo que habla con usté de un asuntiyo. Pero ahora, no; ahora, no. Ni me siento ni na. Su mujé lo estaba a usté esperando, y el onseno…

Vicente. ¿Le ha dicho a usté eya que me esperaba?

Lorenzo. Sí, señó; eya me lo ha dicho. ¡Qué persona más yana y más simpática!

Vicente. ¿Hase mucho que estaba usté aquí?

Lorenzo. ¡Poco más de un minuto! Pero basta pa encantarse con su señora. ¡Me ha resibío con un agrado y una amabilidá!…

Vicente. Sí, ¿eh?

Lorenzo. ¡Y me dijo usté el otro día que era sortero! Pos ¡si yega usté a sé casao!…

Vicente. ¿Cómo?

Lorenzo. No molesto más. Me retiro. ¿A qué café va usté por la noche?

Vicente. ¿Por la noche?

Lorenzo. ¡O por la tarde!

Vicente. Por la noche suelo í a la Campana.

Lorenzo. Ni una palabra más. Esta noche, a las diez y media, lo aguardo a usté ayí. Charlaremos. Vamos a hasé una cosa bonita. Bien venío. Hasta luego, ¿eh?

Vicente. Hasta luego.

Lorenzo. A las diez y media.

Vicente. A las diez y media.

Lorenzo. ¡Ah, hombre! Esto sí vale la pena de desírselo ahora. Un minuto.

¿Se acuerda usté der día der cormao?

Vicente. Sí me acuerdo, sí.

Lorenzo. ¿Se acuerda usté de que yo dije que me había topao con una mujé que apagaba las luses?

Vicente. Sí, señó.

Lorenzo. ¿Y que me había enganchao por la taleguiya?

Vicente. Sí, señó.

Lorenzo. Pos vaya arrope: ¿quién se cree usté que es er marío?

Vicente. ¿Quién?

Lorenzo. ¡Vamos! ¡Valiente cosa! Esto se pone en er teatro y no hay un crítico que lo pase. ¡Y me ha pasao a mí! ¿Quién se cree usté que es er marío?

Vicente. ¿Quién?

Lorenzo. ¡Aquer compadre que estaba con usté!

Vicente. ¿Er compadre Patrisio?

Lorenzo. ¡Que me dijo que era viudo de una mujé viva!

Vicente. ¡Baje usté la voz!

Lorenzo. ¿Está ahí, acaso?

Vicente. Sí, señó. Está ayá dentro, con la abuela.

Lorenzo. ¿Le paese a usté la casualidá?

Vicente. ¿De manera que la mujé que lo había sitao a usté aqueya noche…?

Lorenzo. ¡Era la difunta, como quien dise! ¡Y yo se lo contaba ar viudo! ¡Estas ganas de hablá que tenemos siempre los representantes de vinos!…

Vicente. ¿Eya se había escapao hasía unos meses…?

Lorenzo. ¡Con un sargento de carabineros! ¡Si lo conozco yo también! Y tuvieron una trifurca espantosa; a consecuensia de la cuá se le tiró a la cara como un gato, y er carabinero le dió una palisa que toavía le duran los cardenales.

Vicente. ¿Y se escapó también der carabinero?

Lorenzo. ¡Naturá! ¿Había de seguí con é después de esos mimos?

Vicente. ¿Y ahora está en Seviya?

Lorenzo. ¡Ca! Apenas se enteró por mí de que había recalao aquí su marío, sin desirme siquiera condiós, levantó er vuelo y se plantó en África.

Vicente. ¿En África?

Lorenzo. ¡En er correo de Larache se fué con er piloto! ¡Qué cosas! ¿Eh? Si usté se lo quié desí a su compadre, se lo dise. ¡Y si no, no se lo dise! A mí me es iguá. ¡Es una mujersita pa un pobre! ¡Como vuerva a Seviya, soy yo er que toma er correo de Larache! ¡Y la he tratao dos ratos na más! ¡Lo que enseña la vida! Conque, amigo: hasta la noche, en la Campana.

Vicente. Hasta la noche.

Lorenzo. *Deteniéndolo.* Quieto aquí. La salía no tiene pérdida. Vaya usté en busca de ese lusero que le ha tocao a usté por esposa. Buenas tardes.

Se va por la puerta de la derecha.

Vicente. Buenas tardes. ¡Qué hombre más atolondrao y más descompuesto! Me ha vuerto tarumba en un istante. ¡Misté que encontrármelo aquí!… ¡Vaya considensia!… ¿Y eya?… ¿Y mi Reliquia? ¡Dame disimulo y való, Cristo mío, pa oí cuanto me diga y pa pasá por to lo que quiera, con tá de yevármela por las buenas a casa!

Aparece Reliquia en la puerta del patinillo.

Reliquia. ¿Se fué ya ese hombre?

Vicente. ¡Reliquia! ¿Has visto qué sorpresa?

Reliquia. Hijo mío, er mundo es así. Cuando tú lo buscabas debajo e la camiya, ayí no estaba ni la copa; y ahora que venías a verme a mí…, te lo encuentras a é. ¡Vaya un paso!

Vicente. Pos lo más bueno… Si te dijera yo… Pero, ¡qué alegría me da verte y oírte! ¡Yo temía que me ibas a resibí como a un enemigo! ¡Hablemos de nosotros, Reliquia! ¡Na más que dé nosotros! ¡Esto hay que terminarlo! ¡Así no podemos seguí! ¡Vente conmigo a casa! Yo te juro… ¡Hablemos de nosotros!…

Reliquia. ¡De nosotros ya hemos hablao tanto!… Y no nos entendemos nunca, Vísente.

Vicente. ¡Esta vez nos entenderemos!

Reliquia. ¿Estás seguro?

Vicente. ¡Seguro!

Reliquia. Yo, no.

Vicente. Pero ¿tú quieres que nos entendamos?

Reliquia. Más que tú.

Vicente. ¿Más que yo? ¡Entonses nos entenderemos!

Reliquia. Dios dirá.

Vicente. No te rías. Nos entenderemos.

Reliquia se dispone a probarlo. Él se da cuenta, y se apercibe a defenderse.

Reliquia. Es muy agradable ese muchacho, ¿verdá?

Vicente. ¿Quién?

Reliquia. Ése, muchacho: er representante der *Fino Coralito*.

Vicente. ¡Ah, sí! Es muy agradable. Agradable de veras.

Reliquia. Tan dicharachero, tan ocurrente…

Vicente. Sí, sí.

Reliquia. ¡Y hasta guapiyo es!

Vicente. ¡Hasta guapiyo! Ya te lo dije yo aqueya tarde.

Reliquia. Por eso te lo repito yo ahora: porque sé que estamos ya de acuerdo. De arguna forma hay que empesá.

Vicente. ¡Ay, Reliquia! Lo que tú buscas es vé si me pica un mosquito. Y lo que es éste, no me pica.

Reliquia. ¿Éste no?

Vicente. Ni éste, ni ninguno. Y si arguno me pica, no ha de haserme daño; y si me lo hase, no has de notarlo tú.

Reliquia. ¿Te has comprao una careta? Toavía tarta mucho para er Carnavá.

Vicente. No, no es que vaya a fingirte. Yo no sé fingí; a ti te costa. Lo que he querío desí es que antes de darte un disgusto más a cuenta de mis selos, yo sabré apagarlos en mi corasón.

Reliquia. ¡Apagarlos en er corasón, que no es más que fuego! ¡Qué de ilusiones se hase uno en cuanto quiere hasé las pases!…

Vicente. No son ilusiones.

Reliquia. ¡Qué de cosas se ofresen que no se cumplen luego!…

Vicente. Eso hay que esperimentarlo. Vámonos a casa, Reliquia.

Reliquia. ¡Ca, hijo! ¡Yegá y pegá!… ¡Qué disparate! ¡Vivo yo muy a gusto con la abuela!

Vicente. ¿Más que conmigo?

Reliquia. Hasta er presente, sí. ¡Porque no podía viví contigo me vine con eya!…

Vicente. Lo pasao, pasao. Te juro que me he vuerto otro.

Reliquia. ¿Qué has hecho estos días?

Vicente. No pensá más que en ti. ¿Y tú, qué has hecho?

Reliquia. ¡Recrearme en lo a gusto que se vive sin selos, Vísente!

Vicente. ¡Pos sin selos vas ya a viví a mi lao!

Reliquia. ¡Ojalá! Pero es pronto pa que yo me fíe. ¡Qué sosiego he tenío! ¡Qué bienestá, Vísente! Me he compuesto como de mosita, sin temé que una rosa que me prendiera ar pelo me costara lágrimas después. Me he mirao al espejo deseando verme ca vez más guapa, pa gustarle a to er que me viera, sin preocupasión de ninguna espesie. He hablao de to con liberta completa; me he reío to lo que he tenío gana; no me he cayao, por considerasión ninguna, na que se me viniera ar pensamiento… En fin, Vísente, que he vivío en la gloria. ¿Y tú?

Vicente. Yo, en er Purgatorio, por lo menos.

Reliquia. A nadie curpes más que a ti. En er purgatorio no se está nunca por las curpas de nadie, sino por las propias.

Vicente. Sí, sí; desde luego.

Reliquia. ¡Yo he yevao en la gloria unas tardes, que no quieras sabe! Recordando mis quinse años. Me sentaba aquí en esta ventana, y to er que pasaba tenía que desirme arguna cosa.

Vicente. ¡Claro!

Reliquia. ¿Te parese claro?

Vicente. ¡Como que lo es!

Reliquia. Aqueyo tuyo de que yo no tenía que gustarle a nadie más que a ti, se ha caío por tierra.

Vicente. ¡Claro! Tú tienes que gusta a to er que te mire.

Reliquia. A unos sí y a otros no. Pero no es un delito mío si le gusto a argún hombre. Y a una lo que le agrada es gustá. Y pa ti mismo debía sé un orguyo.

Vicente. ¡Y lo es!

Reliquia. ¡Y lo es, dise!… ¡Cuando yega la hora de las pases, hasta la cuesta arriba es cuesta abajo!

Vicente. ¡Ven a mí, Reliquia!

Reliquia. ¡Quietesito! Entérate primero de toas las cosas que me han dicho en esta ventana. Como de mosita.

Vicente. La otra tarde pasé yo y no te vi.

Reliquia. Porque te vi yo vení desde lejos y me escondí pa que no me vieras.

Vicente. Sí, ¿eh? Y ¿qué cosas te han dicho?

Reliquia. Cosas de toas clases. Si te cuento arguna de eyas te vas a enfada.

Vicente. ¿Te enfadaste tú al escucharla?

Reliquia. No.

Vicente. Pos entonses yo no me enfadaré tampoco.

Reliquia. ¿Que no?

Vicente. ¡Que no!

Reliquia. ¡Vamos, hombre! De toas maneras… Uno muy descarao fué y me dijo: «Reliquia, por una discusión: ¿er que tiene las yaves der sielo es San Pedro o es su marío de usté?».

Vicente. Es bonito eso.

Reliquia. *Con cierta extrañeza.* ¿Es bonito?

Vicente. ¿No es bonito?

Reliquia. A mí me lo resurta.

Vicente. Y a mí también. Tú, ¿le contestaste?

Reliquia. Al oí lo de las yaves le iba a contesta que mi marío no era más que un serrojo; pero no quise que se riera de ti.

Vicente. ¡Ja, ja, ja!

Reliquia. ¿Te ríes tú?

Vicente. ¡Como que tiene grasia! Un serrojo soy.

Reliquia. Otro se me acercó mucho y me dijo: «Morena, no sierre usté los ojos, que se van a acostá los pájaros creyendo que es de noche».

Vicente. Está bien. También está bien.

Reliquia. *Algo nerviosa ya, de ver que no le altera.* ¿Está bien?

Vicente. ¿No está bien?

Reliquia. Estará bien o má, pero me agradó que me lo dijera.

Vicente. Como a mí me agrada ahora que te lo hayan dicho. ¿No me crees?

Reliquia. No. Es demasiao pronto y demasiao cambio. Si es verdá esa carma que representas, vete a buscá un médico y que te analise la sangre. Porque una vuerta así, tan radica, no la da más que una veleta cuando se cae er tejao.

Vicente. Pos a vé si te convenses ahora.

Reliquia. A vé.

Vicente. Como esta separasión nuestra ha corrío, no ha fartao quien se haya alegrao de eya y haya pensao en aprovecharla. ¿Eh? ¿He dicho argo? A río revuerto…

Reliquia. No sé a qué quieres referirte, Vísente.

Vicente. ¿No, verdá? ¿No se ha asercao a ti un día de éstos un amigo mío, con malas intensiones?

Reliquia. ¡Ah!… ¡Sí!…

Vicente. ¿Caes ahora?

Reliquia. Sí; ahora caigo. Con franquesa, Visente, no había querío desírtelo, porque…

Vicente. ¡Si tienes que ponerte en que este Visente ya es otro, Reliquia! ¡Si te tienes que convensé! ¡Me has sarvao con tu salía de casa! ¡Antes que no verte a mi lao ni un día más, me abro yo mismo la cabesa y me saco los sesos, pa ponerme otros más tranquilos! Pero no ha sío precisa la operasión. Entérate.

Reliquia. Me entero, me entero… Me estoy enterando.

Vicente. Er sábado convidé a sená a ese individuo: a Juan Manué Garsía, pa que no haya dudas.

Reliquia. ¿Lo convidaste tú?

Vicente. Como lo oyes. Lo vi muy pegajoso y muy salamero, y le puse la mesa. Y se vendió. En los ojos y en las palabras que desía…, y en las que no desía, le leí la traisión que estaba amasando.

Reliquia. Y ¿afilaste un cuchiyo entonses?

Vicente. ¡Ca! ¿No te digo que estoy curao? No hise más que sonreírme de é y pensá luego pa mis adentros: «¡Qué tonto eres, Juan Manué Garsía, si te imaginas que aqueya mujé va a engañarme contigo!».

Reliquia. Visente.

Vicente. ¿Qué?

Reliquia. De veras que estoy asustá. Anda y ve a casa er médico.

Vicente. Pero ¿qué más médico ni más medisina que tú? Acuérdate de que me dijiste: «¡O crees en mí de veras o no crees!». ¡Y tú me has hecho creé desde aquer día!

Reliquia. ¿Hasta cuándo?

Vicente. Hasta siempre.

Reliquia. ¡Qué trabajo me cuesta creerlo!

Vicente. ¡A las pruebas me remito, Reliquia!

Reliquia. ¡Sería tanta felisidá!…

Vicente. ¡Tanta!…

Reliquia. ¡Tanta, Vísente, tanta…, que también me cuesta trabajo creerlo!

Vicente. ¡Pos sierra ya los ojos… y vamos a vé lo que susede!

Reliquia. ¿Los sierro der to?

Vicente. SI, Reliquia, sí: ¡pa que se acuesten los pájaros, creyendo que es de noche!

Reliquia. Ea, pos ¡viva Dios!, como dise er Compadre.

Vicente. ¡Viva Dios! *Se cogen de las manos.* ¿Vámonos a casa?

Reliquia. Hombre, aguarda un poquiyo. Por lo menos hay que despedirse.

La Abuela y el Compadre Patricio salen por el patinillo en este momento. El Compadre, loco de júbilo y entusiasmo, echa su sombrero a los pies de Reliquia.

Compadre. ¡Viva Dios!

Reliquia. ¿Eh?

Vicente. ¿Qué?

Compadre. ¡Viva Dios!

Abuela. ¡Viva la corte selestiá!

Reliquia. ¡Compadre!… ¡Abuela!…

Compadre. ¡Felisidades, niña! *A Vicente.* ¡Deme usté un abraso! ¡Qué me alegro yo de que haya vuerto usté a la rasón!

Abuela. ¡Aunque no sean más que veinticuatro horas!

Reliquia. ¿Tú oyes, Vísente?

Vicente. Es naturá que eya tema eso. ¡Pero tú no lo temes ya!…

Compadre. ¡Ahora vivirá usté dichoso! ¿Se convense usté de que los selos son una estupidez? ¡Una mujé así es un regalo! ¡Las ganas que tenía yo de podé echarle flores sin que usté se enfadara! ¡Porque hay que verla, amigo! ¡Vaya suerte! ¡Bendita sea la madre que la parió!

Abuela. ¡Y la abuela que parió a la madre! ¡No me deje usté fuera a mí!

Reliquia. ¡Ja, ja, ja!

Compadre. Misté qué risa, amigo: paese que repican a gloria. ¡Y no enseña na cuando se ríe! ¡Vaya piñones! ¿A qué saben esos piñones, Vísente? ¡Quién fuera er confitero!

Vicente. *Inquieto, pero tratando de disimularlo.* ¡Je!

Compadre. Pos ¿y los lunares? ¡Ay, los lunares! ¡Estreyitas der sielo, de esas que salen al atardesé! ¡Cómo selebro yo que usté no se incomode ya con estas cosas!

Reliquia. *Viendo la nube encima.* Bueno está, Compadre, bueno está…

Compadre. ¡Bueno está, dise eya! No tenga usté cuidao ninguno: ¡si este hombre ya se ha transformao! ¡Déjeme usté hablá de sus lunares! ¡Qué gloria de lunares! ¡Pa dormirse contándolos!… ¿Eh? Uno, dos, tres, cuatro… ¿Este de la barba estaba aquí? ¿Y éste de la garganta? ¡Qué bien reluse en lo blanquito! ¿Y éste que se va camino der pecho como una purga?… ¡Y estoy hablando de los que se ven…, que los que habrá por ayá dentro desperdigaos!… ¡Buh!

Vicente, irritado ya, pierde todo freno, y se abalanza a él y lo sacude.

Vicente. ¡Misté, Compadre: o se caya usté, o lo agarro y lo tiro ar poso der patiniyo!

Compadre. ¿Eh? ¡Hombre!

Abuela. ¡Por Dios, Visente!

Compadre. ¡Qué barbaridá! ¡Esta vez no le ha picao un mosquito: le ha picao un tábano!

Abuela. ¡Vísente! ¡Eres una fiera, Visente!

Reliquia, que ha presenciado muy satisfecha el lance, exclama con orgullo: ***Reliquia****. Abuela, pos a mí me ha gustao lo que ha hecho.*

Compadre. ¿Eh?

Abuela. ¿Qué?

Reliquia. Que a mí me ha gustao lo que ha hecho. Siempre le agrada a una verse ampará, protegía por el hombre de una. Es muy distinto vé visiones a tené la sangre de horchata. Lo mismo que si otra mujé empesara a echarle flores a mi marío y a comérselo con los ojos: ¡sartaba yo como una loba!

Vicente. ¡Reliquia!

Compadre. ¿Sartaba usté?

Reliquia. ¡Ya lo creo que sartaba!

Compadre. ¡Bueno! Pos disimule usté, Visente, si me he estralimitao, y vamos ahora a tomarnos en er patiniyo en sana paz una boteyita de vino y unas gambas que yo he mandao traé. Y ahí va esta profesía. Usté será seloso hasta sien años después de muerto; y su mujé de usté, er día que usté no le pidiera selos, si eso fuera posible, ¡de aburrimiento se moría! Esta sentensia puén firmarla desde Salomón hasta er Compadre Patrisio Rueda, servidó de ustedes. ¡A viví como se pueda, amigo! ¡Ca uno lo entiende a su manera! ¡Diferensia va de su temperamento ar mío! Abuela, vámonos usté y yo.

Abuela. Vamos ayá. ¿Qué le dije yo a usté der que se mete entre dos que se quieren?

Se marchan por el foro. Vicente, al verse solo con Reliquia, le abre los brazos, tembloroso de amor.

Vicente. ¡Reliquia!

Reliquia. *Cayendo en ellos, y en voz queda.* ¡Viva Dios!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid y Sevilla, diciembre, 1927.

A MANERA DE EPÍLOGO

El brillante éxito de esta obra, inmediato al de *Tambor y Cascabel*, ha ofrecido ocasión a la bondad de unos amigos para promover desde las columnas de *El Liberal* de Madrid, y a iniciativa de su redactor José Téllez Moreno, un homenaje nacional en nuestro honor. A este propósito, el veterano escritor don Antonio Zozaya, a quien sólo en el caso presente no nos es dable dedicar elogio alguno, ha escrito el artículo que nos honramos en poner al frente de la edición de esta comedia, en prenda de nuestra gratitud a él y a los propulsores del homenaje, y por cuanto además alumbra y perfuma nuestro camino con sus nobles y alentadoras palabras.

S. y J. A. Q.

LOS HERMANOS DE TODOS

Pedido por el inteligentísimo y culto periodista Sr. Téllez Moreno un homenaje nacional a los hermanos D. Joaquín y D. Serafín Álvarez Quintero, la idea ha sido acogida con entusiasmo por todos los admiradores de los insignes comediógrafos; es decir, por todos los españoles amantes del arte. En rigor, la palabra homenaje, tratándose de los hermanos Quintero, no es apropiada. Lo que pide el compañero entusiasta es la confirmación de su unanimidad. Porque ese homenaje se lo otorgan a los incomparables escritores sus contemporáneos todos los días; se lo rinde el público, aclamándolos en escena, una y mil veces, llenando los teatros en que se representan sus maravillosas creaciones, y llevando a la Sociedad de Autores el ingreso más cuantioso que ha percibido autor alguno; se lo ofrendan los adquirentes de libros, agotando las ediciones impresas; se lo ha rendido la Academia Española, llamándolos a su seno para contribuir, desde un puesto oficial, a dar esplendor y lustre al habla española; se lo ha ofrecido también el Gobierno al condecorarlos, y las naciones extranjeras traduciendo sus creaciones más selectas, y todos, absolutamente todos los hombres de entendimiento y d corazón, testimoniándoles, no solamente admiración, sino un cariño fervoroso, entrañable.

Porque los hermanos Álvarez Quintero han hecho latir tantas veces los corazones nobles y han sido tan excelsos de espíritu, tan ejemplares de conducta y tan generosos y grandes, y tan humanos y perfectos, que bien pueden enorgullecerse de ser, no ya maestros de la literatura, sino hermanos entrañables de todos.

Hace ya mucho tiempo que dije, sin temor a ser desmentido, que los hermanos Álvarez Quintero son los escritores más queridos del público, y hoy añado que no han sido

superados jamás por comediógrafo alguno, antiguo ni moderno. Acaso alguien discrepe de mi opinión; pero estoy convencido de que nunca, ni en el Siglo de Oro ni ahora, ha existido autor alguno de más fina sensibilidad, de inspiración más alta, de lenguaje más natural, bello y humano, de más honda y bienhechora filosofía. No son paradojistas ni disertadores hueros, sino verdaderos poetas que, hasta cuando pulsan la cuerda de lo francamente cómico, hacen vibrar a la par, sin afectación ni vano encumbramiento, sino de un modo naturalisimo y sencillo, el sentimiento de lo sublime. En nada amengua esta afirmación mi entusiasmo por otros autores. Alcanzada la excelsitud genial, se está en la región que ha sido llamada «de los iguales». Nadie me ha ganado a ensalzar los merecimientos de nuestras glorias; pero, si he de ser sincero, tengo que declarar que en el teatro no he encontrado nunca, ni siquiera en Lope, mucho menos hondo y comprensivo, placeres espirituales tan intensos como los que he gozado con las obras de estos hermanos, que, como los célebres siameses, están unidos por la cabeza y por el corazón.

Nadie es tan español como ellos y, al mismo tiempo, tan universal; nadie ha dominado tan soberanamente todos los géneros. Se ha dicho, por gentes poco documentadas, que no son sino saineteros. Tal sentencia se me antoja una tontería. Para comprender a los Quintero hay que mirar muy adentro y sentir muy alto, tener de lo dramático otro concepto que el de los aficionados a las películas truculentas, saber ver lo sublime en lo aparentemente vulgar y poseer una mente muy disciplinada y una sensibilidad muy exquisita. Son tantos los pasajes de sus obras en que pasa el soplo estremecedor de lo trágico, que, enumerados, superarían, en cantidad y calidad, a los más célebres de otros autores que son considerados más filósofos porque escriben frases oscuras y enrevesadas, y más dramaturgos, porque sus personajes vocean, gritan, matan y realizan, en sus engendros de tumba y hachero, todo género de atrocidades. Lo trágico no reside solamente en la sangre vertida, sino también en la secreta angustia de la madre que coloca entre la lámpara familiar y la pared la silueta recortada en papel del hijo muerto, para evocar su sombra, o en la tristeza de la infortunada Marianela (y esto es puramente quinteriano), quien, al contemplar su imagen sobre el agua del estanque, cuando el ciego la llama hermosa, deja caer las flores con que quiso adornar sus cabellos, resignada ya a la humillación y al sacrificio. Son incontables los pasajes de obras en que lo trágico y aun lo llamado «superreal», aparece; pero sin estridencias, sin desplantes ridiculos, sin exaltaciones enfermizas, groseras. La «Melpómene» de los Quintero lleva la sonrisa dulce y resignada en los labios, y como la pálida Ofelia, «vertiendo flores y cantando pasa».

La musa de estos incomparables educadores de muchedumbres, de estos genios excelsos del proscenio, posee las más varias tonalidades y los más opuestos matices. Tiene, como la música de Beethoven, la más rica polifonía, y en ella hay momentos trágicos; pero como en las obras del inmortal sordo, el final es siempre alentador y alegre, puesto que la vida es grata y siempre triunfadora. Necio será quien, en el más breve y jocundo diálogo de los Quintero, no sepa ver sino lo frívolo y no la íntima ternura, la infinita bondad, la serena

fe en lo Absoluto Eterno, que destella su fondo. Como en «Mañana de sol» hacen reír y llorar a un tiempo. Nos atraen con aquel pobre anciano, ya ridículo y achacoso, que se inclina para recoger del suelo las flores, que son para él evocación de la juventud y del amor eterno, el punzador y amargo contraste entre lo ideal y lo efímero, entre lo que somos y lo que aspiramos a ser, entre lo contingente y lo Infinito.

Son los Quintero «El genio alegre», que también sabe llorar en silencio la fugacidad de las dichas humanas y el dolor de tener que rozar con las alas el fango; pero que lleva la alegría en la frente para proyectar sobre todas las almas gemelas el resplandor de un sano optimismo, sin el cual la vida carece de sentido y es falsa y farisaica toda, aparente religiosidad. Son «Cancionera», la musa andaluza, tierna y alada, en que encarna todo el pensar y sentir de la patria.

Si no merecieran el más fervoroso homenaje que debe ser tributado a los genios, estos hermanos, gemelos de alma, que, como los antiguos «saldunas», están decididos a trabajar, a vivir y a desvanecerse, en la glorificación perdurable, juntos, yo se lo rendiría como hombres que nos dan ejemplo de fraternidad, de cariño, de bondad, de piedad compasiva a todos los descaminos humanos, de compasión a todas las miserias y de grandeza inmaculada ante todos los trances. El tributo que se les rinde todos los días no es solamente de admirador pasmo, sino de amor. Lo que ahora se haga tiene que ser digno de su grandeza, de su virtud y de sus enseñanzas artísticas y éticas. Luz, flores, pájaros, ambientes luminosos, glorificaciones y laureles inmarcesibles. Tan sólo por este reconocimiento de la ajena grandeza, únicamente por esta glorificación de los altos conceptos de Belleza, de Justicia y Verdad de que son encarnación latente los hermanos Quintero, vale la pena de vivir.

ANTONIO ZOZAYA.

NOVELERA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Fontalba** el 7 de diciembre de 1928

DEDICATORIA

Alzaba el brazo ingenuamente con un afán de rebeldía…

.....

¡Oh, la inefable voz de Ofelia cantando el aria de la ira!

(JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN: *Inquietud* s.)

La noche del estreno de esta comedia fué harto infortunada para sus autores y para sus sorprendidos y valientes intérpretes. Nosotros, por nuestra parte, podemos asegurar que en cuarenta años de escritores dramáticos, y aun habiendo sufrido tras el telón del foro diversas jornadas borrascosas, pocas veces nos hemos encarado con un público tan hostil, díscolo e impertinente. ¿Qué circunstancias determinaron este hecho? Inquiéralo el aficionado a estudiar la psicología de las multitudes, si gusta: nosotros, en nuestro fuero interno, lo tenemos bien averiguado.

La comedia, prejuzgada ya desde la calle por una indudable mayoría de los espectadores, no se oyó: tal desasosiego y tal marejada había en la sala, hablando y siseando tinos, tosiendo otros, mandando callar los que deseaban enterarse. Desconcertados los actores por la falta de eco que hallaban sus palabras, la representación se deslizaba fría, opaca, muerta. A duras penas logró la atención y el silencio en la escena final del acto segundo y en casi todo el acto tercero. Pero ya estaba perdida la batalla. Quienes hayan juzgado esta obra y a sus intérpretes por aquella sola representación, es natural que se equivoquen en su juicio.

Cuanto ocurrió en la sala va llegando a nosotros por medios directos o indirectos… ¡Se sabe todo! ¡Hasta lo que no se quisiera saber!… Y, sin duda alguna, la anécdota más picante, graciosa y halagüeña para nuestro amor propio es la de que, en el piso principal del teatro, varias modistillas, al terminar la representación, arremetieron airadamente contra unos pollastres que se habían distinguido por alborotadores; y poniéndolos donosamente como los mismos trapos, los hicieron callar y desaparecer con las orejas gachas.

Pues bien: a aquellas arriscadas modistillas, de seguro bonitas, desde luego simpáticas, que tomaron a su cargo la defensa de nuestra heroína, nos complacemos en dedicarles esta comedia. Ni las conocemos, ni es probable que llegue a sus oídos nuestra dedicatoria; pero ¿qué importa, en este caso? Por lo mismo que en NOVELERA se canta el hechizo y la poesía del misterio, ¿a quién ofrecérsela mejor que a unas muchachas desconocidas, que ingenuamente alzan la voz y el brazo para defendernos? Si no fuese un

gusto, que nos traslada a nuestros tiempos estudiantiles, sería un deber de hombres agradecidos. Vayan, pues, a ellas, las que sean, cuantas sean, nuestro cortés saludo y nuestro cordial reconocimiento.

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Llama. Margarita Xirgu. Doña Melchora. Pascuala Mesa. Prisca. Julia Pachelo. Pinpilinpauxa. Carmen Carbonel. Humberto. Alfonso Muñoz. Don José Mari. Francisco López Silva. Darío. Luis Peña. Don Cándido Loma. Fernando Fresno. Salaverría. Salvador Marín De Castro. Miguelecho. Fernando Porredón.

NOVELERA

ACTO PRIMERO

Casita de verano, a estilo de caserío vasco, en una colina de campos de Fuenterrabía. Ante la casita, una explanada que da paso por izquierda y derecha al amplio jardín que la circunda. Al fondo, los montes y la línea del mar. Muebles de jardín, pintados de blanco.

La fachada de la casita, donde luce un escudo familiar tallado en piedra, tiene la graciosa variedad de líneas y planos, de puertas, ventanas y balcones, que caracteriza a estas viviendas. Hasta una de las ventanitas del piso principal trepa una tenue y sencilla enredadera, que la adorna y casi la cubre. Sus florecillas blancas parecen estrellas.

Es de noche, en los comienzos de septiembre. La luz de la luna alumbra los campos y el mar. La de un gran farol, la puerta de la casita y la explanada.

Doña Melchora, distinguida dama vitoriana, que ha cumplido ya los sesenta años, disfruta, cómodamente sentada, de las delicias del sitio y de la noche. A pesar de su natural pacifico, se halla un tanto nerviosa.

De la casita sale, en dirección a la derecha (derecha del actor), Pinpilinpauxa, fragante muchachuela, arrancada como quien dice por la señora de un caserío cercano, para educarla a su servicio. Tanto ella como los otros dos personajes indígenas que más adelante aparecerán, hablan el castellano torpe y graciosamente.

Doña Melchora. ¿A dónde vas?

Pinpilinpauxa. A serrar verja iba ya, señora.

Doña Melchora. A cerrar *la* verja has de decir. *La* verja.

Pinpilinpauxa. *Repitiéndolo con dificultad.* La verja.

Doña Melchora. Y ¿no sabes que aún no ha vuelto la señorita Llama?

Pinpilinpauxa. Pero ¿no fué de viaje?

Doña Melchora. ¡De viaje!… ¡De viaje!… De viaje anda ella siempre. Márchate tú a tu cuarto y acuéstate.

Pinpilinpauxa. Sí, señora.

Doña Melchora. Pero no por ahí. No me entres ni me salgas por esta puerta principal, sino por la trasera. ¡Mira que te lo he dicho veces! ¡No acabas de aprender!

Pinpilinpauxa. Ya aprenderé, señora, ya.

Doña Melchora. Como que si no aprendes te devolveré al caserío, con tus padres, a ser moza de campo, y a andar descalza noche y día.

Pinpilinpauxa. Voluntad mucha tengo.

Doña Melchora. No en todo ni siempre. Hoy bien te has escurrido sin dar la lección de castellano.

Pinpilinpauxa. Como estamos a sábado… *Muchos* tareas.

Doña Melchora. *Corrigiéndola.* Muchas tareas.

Pinpilinpauxa. Muchas tareas. Ni a ver a mi madre *no* he ido.

Doña Melchora. *He* ido.

Pinpilinpauxa. No he ido.

Doña Melchora. Digo que se dice *he* ido. Ni a ver a mi madre *he* ido.

Pinpilinpauxa. No he ido.

Doña Melchora. ¡Bueno! Ahora hay que dejarlo. No tengo mis nervios para lecciones. Pero como no te apliques más, pasarás el invierno aquí; en los montes de Fuenterrabía. A Vitoria y a mi casa no te llevaré mientras no hables como es debido.

Pinpilinpauxa. Ya hablaré, ya. Ilusión, sí me hago.

Doña Melchora. Sí te haces ilusiones, sí. Tú… y ese otro.

Se refiere a Miguelecho, mozo jardinero, que asoma oportunamente por la derecha, boina en mano.

Miguelecho. ¿Manda algo la señora?

Doña Melchora. Que te vayas a más andar al pueblo, a tu casa, donde debías estar hace ya un siglo. Los jardineros nada tienen que hacer por la noche, si no es que se quedan en la cocina, de cháchara.

Miguelecho. Traje a Nicolasa mansanilla para cosimiento.

Doña Melchora. Sí, sí. Nunca te falta a ti alguna yerba que traer para venir a lo que te conviene.

Miguelecho. Sí, señora.

Doña Melchora. ¿Me das la razón?

Miguelecho. Sí, señora.

Doña Melchora. Pues mañana, de día, ajustaremos cuentas sobre el particular.

Miguelecho. Sí, señora.

Viene de dentro de la casa Prisca, sobrina de Doña Melchora, soltera que va para solteroncilla contra toda su voluntad. Está más nerviosa que su tía.

Prisca. ¡Ni rastro!

Doña Melchora. ¿Qué?

Prisca. ¡Ni rastro, tía, ni rastro! Desde mi balcón no se divisa alma viviente. ¡La hemos hecho buena!

Doña Melchora. Calla ahora.

Prisca. Oye, Miguelecho.

Miguelecho. Señorita.

Prisca. Tú, que al anochecer andabas por el campo, ¿no te has encontrado en ninguna parte a la señorita Llama?

Miguelecho. No, señorita. En parte ninguna *no* vi. Sí vi salir de casa.

Prisca. Sí; salir de casa vimos todos; lo que no vemos es volver.

Doña Melchora. Mira, madrileña; si vas tú también a hablar como éstos, avisa.

Prisca. Es que me contagio, de nerviosa.

Doña Melchora. Bueno, Miguelecho, anda tú con Dios. No te entretengas más, que no sabes despegarte de aquí. Hasta mañana.

Miguelecho. Si Dios *querrá*.

Doña Melchora. ¡Si Dios quiere!

Miguelecho. Si Dios quiere.

Marchase por la izquierda, dedicándole su última mirada a Pinpilinpauxa.

Doña Melchora. Tú, Pinpilinpauxa, a tu cuarto, como te he dicho.

Pinpilinpauxa. Si Dios quiere.

Vase por la izquierda también.

Prisca. Estos dos están como dos caramelos.

Doña Melchora. Se gustan, se gustan… Son tal para cual. Gracias a eso van a aprender el castellano. Corre de mi cuenta. Y tú tienes la mala costumbre de hablar de todo delante de los citados. Y no debe ser. Cuando para el otoño te lleve a Madrid, se lo diré a tus padres, para que te corrijan.

Prisca. Tía, por Dios, ¡si es que estoy de un desasosiego!…

Doña Melchora. No tiene nada que ver una cosa con otra. Es cuestión de principios; de educación. Yo estoy muy intranquila también, y sin embargo…

Prisca. ¡Es mucha huéspeda! Le aseguro a usted que no sé lo que hacer; que pienso atrocidades; que mi imaginación se desboca…

Doña Melchora. Pues por ahora no hay sino armarse de paciencia y esperar.

Las dos se vuelven hacia Don José Mari, que llega por la izquierda.

Prisca. ¿Qué?

Doña Melchora. ¿Qué?

Don José Mari. Nada: por aquí tampoco se la divisa.

Doña Melchora. Por ahí no era natural que viniese.

Prisca. ¿Cómo que no? ¡Más entra ella por la puerta falsa que por la otra! ¡Afán de singularizarse!

Don José Mari. Ello es que ahora tampoco se la ve por ahí.

Prisca. ¡Se la tragó la tierra! ¡Va a buscarnos un conflicto esa mujer!

Don José Mari. Paso, paso; no te subas a la parra tan pronto, sobrina.

Doña Melchora. ¡Ay, José Mari, José Mari!

Prisca. ¡Ay, tío José Mari!

Don José Mari. ¡Basta, hermana y sobrina! ¡Basta ya! ¡No me vengáis con más recriminaciones! ¡Yo acepto la responsabilidad de lo que ocurra con esta misteriosa invitada! Yo la traje a casa sin preocuparme de quién fuese; *mea culpa*. Pecharé con las consecuencias, pero dejadme en paz.

Doña Melchora. ¡Con las consecuencias pechamos todos! Si crees que lo arreglas haciéndote la víctima, te equivocas. ¡Alabado sea Dios!

Éntrase en la casa.

Prisca. Comprenderá usted que no podemos estar tranquilas desconociendo en absoluto a esa mujer. Y si su conducta fuera normal, no nos alarmaríamos; pero ¡con las cosas que hace y los disparates que dice a todo trapo!…

Don José Mari. ¿Quién viene? ¿Es ella?

Prisca. No; es Salaverría. El casero que nos vende los huevos y los pollos.

Don José Mari. *Con un suspiro de cansancio.* ¡Ay, Dios mío de mi alma!

El consumo de energía empleado en defenderse de sus familiares lo ha rendido, y se deja caer en una butaca. Es hombre tímido y de pocos ánimos. Por la izquierda aparece el anunciado Salaverría, viejo vasco de excelente humor.

Salaverría. ¿Permiso?

Prisca. Pase, pase, Salaverría. ¿Va usted allá dentro?

Salaverría. No, señorita.

Prisca. Pues ¿qué trae a estas horas?

Salaverría. Esta bolsa traigo.

Prisca. ¿Cómo? ¿Viene de Hendaya? ¿Es contrabando?

Salaverría. Hoy no, señorita. Es otra cosa. Esta señorita que anda mucho por todas partes; de *chapela* y capa va siempre, y aquí yo he visto el otro día, ¿se hospeda aquí?

Prisca. Sí; aquí se hospeda. ¿Por qué?

Salaverría. Porque a la tarde estuvo en caserío, charló con mujer y con chicos, y de pronto pasó *auto*, conosió personas, llamó, se fué en él y olvidado dejó esta bolsa.

Prisca. A ver. Sí; es suya. La lleva casi siempre. Voy a cerciorarme.

Curiosea cuanto hay dentro del bolso.

Don José Mari. Mujer, si la reconoces por suya, ¿a qué te metes a registrar…?

Salaverría. ¡Oh! Mujer, curiosa. Es sabido. En casa tengo seis.

Prisca. No cabe duda: es de ella. ¡Por el olor más que por nada! Porque ni lleva tarjetas, ni pasaporte, ni… Ya le diremos cuando vuelva que usted la ha traído. ¡Si vuelve! ¡No ganamos para sustos con ella!

Salaverría. ¿Extravagante?

Prisca. Y algo más.

Don José Mari. *Reprendiéndola.* ¡Prisca, Prisca!…

Salaverría. Un poquito *eroa…* o así.

Prisca. ¿*Eroa*?

Salaverría. Aquí decimos *eroa*. Loca… o así.

Prisca. ¡Así!

Don José Mari. ¡Prisca!

Prisca. Se lo tiene que parecer a todo el mundo, tío. Muchas gracias, Salaverría.

Salaverría. Ninguno. ¿Está contenta la señorita en Fuenterrabía?

Prisca. Muy contenta. Esto es encantador.

Salaverría. Prueba es que viene la señorita.

Prisca. Mientras mis tíos no se cansen de mí y me traigan…

Don José Mari. O ella no se canse de los tíos…

Salaverría. Ni unos ni otros *no* se cansarán. *Mostrándole a Prisca verticalmente el dedo índice de una mano.* Y ¿sigue así la señorita?

Prisca. ¿Cómo así?

Salaverría. Sola: sin novio.

Prisca. ¡Ah, sí! No hay quien me quiera.

Salaverría. Pues eso es contra Dios.

Prisca. ¡Pues que Dios lo arregle! ¡Y cuanto antes pueda, mejor!

Salaverría. Sí, sí: mujeres bonitas no han de quedar solteras. Y ya se van pasando años. Pocos más… ¿eh, señorita?… y *neskacharra*.

Prisca. ¿*Neskacharra*? ¡Me suena eso muy mal, Salaverría!

Salaverría. *Neskacharra* llamamos nosotros mosita vieja.

Prisca. ¡Pues eso me suena todavía peor!

Salaverría. Dispense, señorita.

Prisca. No hay de qué.

Salaverría. Si no desean nada, me marcho.

Prisca. Vaya usted con Dios.

Don José Mari. Buenas noches.

Salaverría. Con Dios, señoritos. *Al marcharse por donde llegó, viendo venir a Llama.* ¡Casualidá! ¡Ya viene la señorita forastera! Buenas noches.

Prisca. ¿Sí, eh? ¿Ve usted, tío? ¡Por la puerta falsa!

Don José Mari. ¡Gracias a Dios!

Prisca. ¡Sea bienvenida! ¡Jesús con la mujer!

Vuelve doña Melchora.

Doña Melchora. ¡Vaya! ¡Ya tenemos ahí a Doña Extravagante!

Don José Mari. Bueno, os suplico que no la importunéis con reticencias y regaños.

Doña Melchora. Le daremos un aplauso al llegar, si te parece. ¿Con quién habla ahora?

Prisca. Con Salaverría, que ha venido a traernos ese bolso, que se dejó olvidado. ¡Con cualquiera se detiene ella, si lleva pantalones!

Don José Mari. ¡Prisca!

Prisca. Lo mismo le da un pescador, que un carabinero, que un príncipe.

Don José Mari. ¡Silencio!

Esperan un momento. Llega por la izquierda nuestra heroína, sonriente y feliz, con aire de mujer independiente y original. Como ha dicho Salaverría, trae boina y capa.

Llama. Ya sé lo de mi bolso. Buenas, noches. Lo dejé adrede a ver si se quedaban con él. No me gusta. ¿Se han alarmado ustedes por mi tardanza?

Doña Melchora. ¡Naturalmente, hija!

Prisca. No era para menos: ¡cenamos a las nueve y son las once de la noche!

Llama. Yo he cenado en un caserío.

Doña Melchora. Pero aquí no sabíamos una palabra.

Llama. Afortunadamente no he podido avisar. Pues ¿no es bonito eso? ¿Qué pasa? ¿Qué no pasa? ¿Dónde estará? ¿Dónde no estará?

Doña Melchora. ¡Ah! ¿Eso es bonito?

Don José Mari. Es que mi hermana y mi sobrina son muy pacatas, y se ponen siempre en lo peor.

Doña Melchora. ¡Pacatas, dice!…

Llama. Lo peor no sé yo lo que es. Lo mejor es la noche. ¡Qué noche! ¡Qué luna! ¡Cuánto se sueña en estas noches! ¡Cómo están esos valles y esas montañas, y ese mar que se rinde a sus pies sin callarse nunca! Don José Mari, usted que me comprende: he ido desde el cabo Higuer hasta Guadalupe, y me ha ocurrido la cosa más interesante… ¡Usted no va a creerme, Prisca!

Prisca. Es casi seguro.

Llama. ¡Ni Doña Melchora tampoco!

Doña Melchora. Cuando usted lo dice…

Don José Mari. *Embelesado ya.* ¿Qué ha sido, qué ha sido?

Llama. ¡Lo más extraordinario! ¡Yo comprendo que es increíble! Eché por un atajo desconocido… Lo muy conocido me cansa, me aburre.

Prisca. Muchas gracias por el favor.

Llama. ¡A usted casi acabo de conocerla, Prisca!

Don José Mari. ¡Claro, mujer! ¡Qué pata de gallo!

Llama. Eché, como digo, por un atajo nuevo para mí, y de pronto, junto a unas zarzamoras, me encontré a un pequeñuelo llorando. ¡Precioso niño! ¡Un amor

de criatura!… Rubio, con los ojos azules… En mis días de escultora lo habría tomado de modelo para un niño Dios. Lo acaricié, lo consolé lo mejor que pude, le di unos caramelos que llevaba en el bolso que antes me había dejado en el caserío…

Prisca. Y si se lo había dejado, ¿cómo llevaba…?

Llama. *Riendo.* ¡Lo he dicho justamente por oírla a usted, Prisca! Le di unas inoras que yo iba comiendo, le lavé la carita en un manantial que allí cerca brotaba, y me hice grande amiga suya. Comprendí que estaba perdido; le pregunté… y no pude entenderlo, porque no me contestaba más que en vascuence, y yo no lo sé todavía. Le hablé por gestos y por señas. ¡Inútil! ¡Tampoco logré que él me entendiera a mí! Hacía pucheros y más pucheros lastimosos y chapurreaba su jerga incomprensible. ¡Qué desesperación! Entonces me decidí a llevármelo en brazos, por ver si andando, andando, tropezaba con algún casero que lo conociese. Así caminé… no sé cuánto tiempo. El angelillo se durmió. Me senté sobre unas piedras a descansar y a mirarlo dormido al resplandor del sol, que se ponía. El rosa pálido del cielo y el de la carita del niño eran iguales: tenían luz y color. Despertó en esto, y aquí viene lo grande: me miró sonriente y me dijo, señalándome a un caserío chiquitín que se divisaba entre dos montes, como la casita de un Nacimiento: «Allí vivo yo. Llévame con mis padres».

Prisca. ¿En castellano se lo dijo?

Llama. ¡En castellano!

Doña Melchora. ¡Bah!

Llama. ¡He ahí la rareza, el milagro, lo sorprendente, lo inaudito!

Doña Melchora. Pero ¿usted cree de buena fe, señorita Llama, que aquí nos chupamos el dedo?

Llama. *Riéndose.* ¿Piensa usted que es invención mía?

Doña Melchora. ¡Claro!

Prisca. ¡Nadie puede pensar otra cosa! Mire usted: hasta su abogado defensor está callado como en misa.

Don José Mari. *Con timidez graciosa, sonriéndole bondadosamente.* Declaro, la verdad, que me ha gustado el cuento, pero que… ¡si el pequeñín sólo hablaba

éuscaro!… En fin, *se non e vero…*

Llama. ¡Ja, ja, ja! Yo declaro también a mi vez, en honor de Don José Mari, que hay en lo que he dicho mitad verdad y mitad mentira. Nadie que no sea un alma de cántaro referirá nada nunca sin poner en ello algo de su cosecha. Lo que yo no diré, para que Prisca se desespere, es qué hay de sucedido en mi cuento y qué hay de mi invención.

Prisca. ¡Toma! ¡Pues será sucedido que se encontrara usted a un chico desharrapado y lleno de moscas, y que usted le lavase la cara y hasta lo llevase a su caserío! ¡Todo lo demás es hijo de su imaginación calenturienta!

Doña Melchora. Una bola poética, a lo sumo.

Llama. ¡Averígüelo Vargas! ¡Vuelvo! *Coge su bolso y se encamina a la casa diciendo:* ¡Este bolso, que no quiere perderse nunca!

Prisca. ¿Tiene usted más que regalarlo?

Llama. No, si lo que quiero es que se pierda, para interesar a quien se lo encuentre: «¿De quién será? ¿De quién no será?». ¿No es bonito? ¡Vuelvo! *Éntrase.*

Doña Melchora. Bueno, José Mari; tú lo compondrás a tu antojo, pero esta mujer no es más que una embustera como una casa.

Prisca. Una embustera o algo peor. ¡Una embaucadora! Yo, la verdad, no estoy en mis quicios con ella.

Doña Melchora. Ni yo tampoco.

Don José Mari. ¡Patarata! Os preocupáis sin ningún fundamento.

Doña Melchora. Hijo, tú, porque te embobas escuchándola. No sé qué te ha dado. Si tuvieras algunos años menos, habría para temer…

Don José Mari. ¡Bah, bah, bah! ¡Qué pampirolada! A mí me encanta el ángel de esta mujer, su fantasía, la sal con que adoba los hechos más vulgares, su chispa, su humor… ¡Qué sé yo que os diga!… Le he tomado un afecto… un afecto…

Prisca. *Irónica.* ¡Paternal!

Don José Mari. No, hija mía; no te anticipes a mis palabras. No es paternal

mi afecto; va por otro camino. La quiero… como se quiere a la heroína de una novela famosa, de una comedia, de un poema… ¿Comprendéis? Como una figura del arte: una hermosa estatua, un bello retrato…

Prisca. ¡Así empiezan muchos!

Doña Melchora. Vístelo como quieras. Eso, en otra edad, tiene un nombre.

Don José Mari. ¡Y dale!

Prisca. ¡Pues no va descaminada la tía! ¡A última hora se anima la estatua y empieza a guiñar el retratito!

En esto se oye dentro, hacia la derecha, a Don Cándido Loma Don Cándido. ¡Ah de la casa!

Frisca. ¿Quién?

Doña Melchora. El señor de Loma.

Don José Mari. ¿A las tantas de la noche?… ¡Por Dios! ¿Qué horas de visitas…? Decidle que yo me he acostado. No es hora de aguantar a un tonto. ¡Que venga de día! Buenas noches. *Vase al interior de la casa.*

Tía y sobrina se miran comentando.

Doña Melchora. Es otro.

Prisca. Otro. Hasta su educación y su cortesía va perdiendo.

Doña Melchora. Desde que esta mujer está aquí, parece que no quiere hablar más que con ella.

Prisca. Esto es muy grave, tía. Los solterones de cierta edad suelen dar unos batacazos terribles.

Doña Melchora. Ya has oído lo que he dicho. Y con este señor Don Cándido vamos a hablar ahora de todo esto. Porque es hombre corrido, y creo que no tan tonto como se figura mi hermano. A ver qué se le ocurre.

Prisca. Me parece muy bien. Porque además, en estas circunstancias, no sabríamos hablar de otra cosa. Yo, por lo menos.

En la ventanita que acaricia la enredadera se enciende una luz.

Doña Melchora. *Adelantándose a recibir a Don Cándido Loma, que aparece.* Pase, nuestro buen amigo, pase usted.

Prisca. Buenas noches, vecino simpático.

Don Cándido. Muy buenas noches. ¿No soy importuno?

Doña Melchora. ¡De ninguna manera!

Don Cándido. Temí encontrarlas ya recogidas.

Prisca. No, señor. ¡Está tan hermosa la noche!…

Doña Melchora. ¿Quién la deja ni aun por las sábanas?

Prisca. Con esta luna no necesita usted su gusano de luz.

Don Cándido. Pues lo traigo.

Muestra una linternita de bolsillo.

Doña Melchora. Siéntese usted.

Don Cándido. Mil gracias. ¿Y mi señor don José Mari?

Prisca. Se retiró hace rato. Le dolía… ¿Qué le dolía?

Doña Melchora. Nada… Aprensiones suyas. Un poquillo alterado el corazón. Le da por subir adonde no puede… y se cansa.

Prisca. No está el buen señor ya para esos trotes.

Don Cándido. ¡Por Dios! ¡Y habiendo *autos* tan hermosos y carreteras que son salones asfaltados! Yo no he entendido nunca ese trepar de cabras.

Doña Melchora. ¿Y su enfermo de usted?

Don Cándido. Bien; muy bien. Va adelante. Le prueba este terreno. Me lo llevaré repuesto a Madrid. Si no fuera por él, ¿cómo había yo de resignarme a un veraneo tan aburrido? ¡Ay, Deauville de mi alma!

Hora es ya de decir que este señor Don Cándido Loma es hombre elegantísimo y mundano. Viste siempre a la última moda, en casa y en la calle, y tiene para cada hora y ocasión un traje distinto.

Doña Melchora. Pero ¿se aburre usted aquí?

Don Cándido. Gracias a la buena vecindad y a los cuidados a que me obliga mi hijo, voy matando el tiempo. Pero ¡no me digan ustedes que aquí hay distracciones! ¡La Naturaleza, y nada más!… Y yo nunca le hice el amor a la Naturaleza. Su libro… es el único libro verde que no me distrae.

Doña Melchora. Eso va en gustos.

Don Cándido. Prisca, esta visita es particularmente para usted. Mi pobre hijo, en fuerza de no tener salud, ha acabado por ser todo un doctor en Medicina.

Prisca. ¡Ah! ¿Me trae usted las pildoritas para el insomnio?

Don Cándido. Precisamente: aquí las tiene usted. *Le entrega una cajita.*

Prisca. Tantas gracias. Déselas usted a su hijo. Y crea usted que si cojo el sueño esta noche… las daré por maravillosas. Le escribiré al farmacéutico para que lo anuncie con mi retrato.

Don Cándido. ¿Está usted excitada?

Prisca. Estoy que brinco.

Doña Melchora. Y yo poco menos, aunque lo disimule poco más.

Don Cándido. ¿Y eso?

Doña Melchora. Justamente deseábamos hablar con usted del asunto.

Don Cándido. Soy todo oídos.

Prisca. Habrá observado usted que hace días tenemos una huéspeda.

Doña Melchora. Baja un poco la voz, que debe de estar en su cuarto.

Prisca. Sí; allí está: hay luz en la ventana. Ahora no hay temor de que baje. Se habrá puesto a escribir paparruchas.

Don Cándido. ¡Ah! ¿Es quizá la huéspeda de ustedes esa señorita de la capa y de la boina…?

Doña Melchora. Sí, señor: la misma que viste y calza.

Don Cándido. Mujer atractiva; mujer interesante parece. ¿Quién es ella?

Doña Melchora. ¡Eso quisiéramos saber nosotras!

Don Cándido. ¿Cómo, cómo? ¿Es su huéspeda y no saben quién es? ¡No contaba yo con esa huéspeda!

Prisca. ¡Como que es absurdo!

Don Cándido. Pues ¿quién la ha invitado?

Doña Melchora. Mi hermano José Mari, que es un infeliz…, un cuitado, y que no sabe tampoco quién es ella.

Don Cándido. ¿Ah, no? ¡Sí que es un caso éste!

Doña Melchora. En su último viaje a La Habana…

Don Cándido. ¿Viaje de quién?

Prisca. De mi tío José Mari, que tiene allí negocios de azúcar.

Doña Melchora. Bueno; pero el conocimiento no lo hizo allí, sino a la vuelta.

Prisca. A la vuelta, sí; en el trasatlántico. ¡Vea usted qué sitio para trabar una amistad!

Doña Melchora. Parece ser que esta mujer incógnita era allí la heroína: traía revuelto aquel cotarro.

Prisca. No pasaba día sin que ella discurriera algún disparate para distraer a los pasajeros.

Doña Melchora. Unas argentinas que venían en el barco la pusieron de sobrenombre Novelera.

Don Cándido. *Con acento argentino.* ¡Novelera, *ché*!

Prisca. ¡Y está muy bien puesto! ¡Porque inventa historias y miente como no tiene usted idea, amigo Don Cándido!

Doña Melchora. ¡No alces la voz, por la Virgen Blanca!

Don Cándido. ¡Es un caso!, ¡es un caso! Insisto.

Doña Melchora. Pues bien, de pronto…

Prisca. A los cuatro días de navegación…

Doña Melchora. Cayó un poco enfermo, algo más que un poco, José Mari.

Prisca. Y a esta novelera le faltó tiempo para colocarse una blusa blanca y sentirse enfermera de la Cruz Roja.

Doña Melchora. Eso hay que agradecerlo, Prisca.

Don Cándido. Sí; eso revela buen corazón.

Prisca. ¡Y buena vista! ¡Un viejo solterón, bien conservado y con azúcar en La Habana! ¡Ahí es nada! Si como es viejo llega a ser vieja, lo asiste el médico de a bordo.

Doña Melchora. ¡Qué maliciosa eres!

Prisca. Piensa mal, y acertarás.

Doña Melchora. Ello es que esta mujer fué extremosa asistiendo a mi hermano; que él curó, a Dios gracias, y que al desembarcar en Cádiz, se creyó en el deber, por gratitud y por cortesía, de ofrecerle esta casa, donde pasamos los veranos, y nuestro domicilio en Vitoria.

Prisca. Un cumplido, como usted comprende: un mero cumplido.

Don Cándido. Elemental, elemental…

Prisca. Porque si a cada persona a quien se le dice: «Ya sabe usted dónde tiene su casa», va a mudarse a ella, ¡lucidos estábamos!

Don Cándido. Elemental, elemental…

Prisca. Pues la prójima, ni corta ni perezosa, se nos ha plantado aquí con sus

baúles.

Doña Melchora. Y esta es la bendita hora en que aún no hemos logrado averiguar quién es.

Don Cándido. ¡Curiosísimo!, ¡curiosísimo! ¡Un verdadero caso! ¿Es española, por supuesto?

Doña Melchora. Parece que sí; pero ¡vaya usted a fiarse!

Prisca. ¡Ella cuenta cada día una patraña! ¡A creerla, lo mismo puede ser española que china!

Don Cándido. ¿Cómo se llama?

Prisca. Esa es otra gracia: cada día usa un nombre distinto. Cambia de nombres como de camisa.

Doña Melchora. Según, dice ella, el estado del ánimo. ¿Usted ha oído cosa igual?

Prisca. ¡Según que ha visto un perro o un gato!

Don Cándido. *Como quien de pronto pone el dedo en la llaga.* ¿No estará loca?

Doña Melchora. ¡No me lo diga usted, por Dios!

Prisca. No, no está loca; ¡qué ha de estarlo! Sabe muy bien adonde va. Ahora, estos días, se nombra Llama.

Don Cándido. ¿Cómo?

Prisca. Llama. ¡La Virgen de la Llama!

Don Cándido. No conocía esa advocación.

Prisca. ¡Ni nadie!

Don Cándido. Y les prevengo a ustedes que he de investigarlo. Porque yo soy un gran lector de almanaques.

Doña Melchora. ¿Sí?

Don Cándido. Sí. Compro todos los años hasta una docena. Unos los voy consumiendo hoja por hoja, a medida que pasan los días; otros los guardo sin abrir, como una prueba material y tangible de los años que vivo.

Doña Melchora. *Temiendo que acierte en su juicio Don José Mari.* ¡Ya!

Prisca. Y aquí nos tiene usted a las dos con el sueño perdido. Mi tía, creyendo a ratos que se nos ha entrado por las puertas una enviada de la Rusia roja, y yo inclinándome más bien a creer que no es sino una pájara de cuenta que busca unos calzones.

Don Cándido. ¡Es un caso! Ahora bien: ¿qué pretenden ustedes de mí?

Doña Melchora. Que nos aconseje, que nos ayude a averiguar…, que indague, mejor que nosotras, como hombre de mundo que es…

Don Cándido. ¡Oh! ¡Con el alma y la vida! ¡Tarea más de mi gusto!… ¡Y en este páramo de Fuenterrabía!… Ya tengo distracción. Encantado, encantado. Antes de una semana de tratarla yo, he de darles a ustedes su ficha exacta.

Prisca. ¡No se haga usted demasiadas ilusiones! Es muy enredadora, y no precisa nunca nada que usted vea.

Doña Melchora. ¡Nada!

Prisca. ¡En mis días viajeros, en mis días tranquilos, en mis días melancólicos, en mis días de peliculista, en mis días de París, en mis días de Londres, aquel año, aquel hombre, aquella mujer!… ¡No precisa nada!

Don Cándido. No importa. ¡A buena parte viene! Descubriré todo su interior como se saca el serrín de una muñeca. Tengo un don especial para esto.

Doña Melchora. ¿Ah, sí?

Don Cándido. Sí, señora.

Prisca. ¡Mire usted por dónde!…

Don Cándido. El enigma femenino no existe para mí. Veo una mujer, la contemplo atentamente, y me digo: es de Talavera de la Reina y tiene novio. Y no falla. Y como llegue a hablar con ella… ¡vamos! No hay reconditez de su espíritu que se me oculte.

Doña Melchora. ¡Pues hemos dado con nuestro hombre, Prisca!

Prisca. Si no es ésta la excepción de la regla.

Don Cándido. No lo dude usted. Antes de una semana, en cuanto yo me ponga al habla con esa mujer, he levantado el velo del misterio. ¿Ella es persona como de unos veinticinco años?

Prisca. ¿Veinticinco? ¡Y los que anduvo a gatas!

Don Cándido. También lo sabremos exactamente.

Prisca. Trabajo le mando a usted, señor de Loma: mujer, embustera y enamorada del misterio… ¡Cualquiera le saca a ésa los años que tiene!

Don Cándido. Yo, Prisca, yo mismo: ¡si es mi don! ¿No se lo digo a usted? Me basta un primer palique; me basta una mirada, y no me equivoco en quince días.

Prisca. Pues hágame usted el favor de echar los ojos para otra parte.

Don Cándido. ¡Ja, ja, ja! ¡Está bien, está bien!… ¡Bonita chuscada!

Doña Melchora. Silencio, que aquí sale ella.

Don Cándido. Pues yo ya me iba. Es lo hábil. Un acto de presentación brevísimo…, y déjenme ustedes a mí. A última hora, si me envuelve muy entre brumas, saco el Cristo.

Prisca. ¿El Cristo?

Don Cándido. Sí: le hago el amor.

Prisca. ¡Vaya! ¡Cayó pez!

Don Cándido. ¡No, no! Es un recurso policíaco. Cada maestrillo…

Del interior de la casa sale Llama. Ha dejado la boina y la capa habituales en ella, y se cubre los hombros con un pañolillo bordado en colores.

Llama. Buenas noches.

Don Cándido. Muy buenas noches.

Doña Melchora. *Presentándolos.* La señorita… Digo, ¿señorita o señora…?

Llama. ¡Qué más da!

Estupefacción.

Doña Melchora. ¡Ah!, ¿qué más da? ¡Bueno! Pues la señora o señorita… ¿Cómo se llama usted esta noche?

Llama. Esta noche me llamo Piadosa.

Doña Melchora. Perfectamente. La señora o la señorita Piadosa; ya lo oye usted.

Don Cándido. Mucho gusto.

Doña Melchora. Nuestro vecino de verano don Cándido Loma…, que se llama así desde que nació.

Llama. ¡Ja, ja, ja! ¡Le da usted demasiada importancia a los nombres, doña Melchora!

Doña Melchora. ¡La que tienen, hija!

Llama. No tienen ninguna. El nombre es lo único que se puede averiguar fácilmente de cada persona. Todo el mundo lo lleva en la cédula. Lo que importa es conocer algo más. ¿Verdad, señor?

Don Cándido. Es un punto de vista.

Llama. Más sabemos a veces de una persona que vive lejos de nosotros que de otra con quien estamos todos los días.

Prisca. ¡Esa sí que es una verdad como un templo!

Don Cándido. Pues yo, en cuanto a mí, empiezo todos mis conocimientos revelando mi nombre de pila. Cándido Loma y Díaz Majuelo, servidor de usted. Aquí, en la villa inmediata, *Mariacho-Enea*, tiene usted a sus órdenes a un viudo…, con un hijo. En Madrid, Zurbano, setenta y siete, hotel, me ofrezco a su servicio rendidamente.

Llama. Satisfechísima de conocer su cédula personal. Yo, como vivo errante, no me ofrezco en parte ninguna. ¡En el mundo entero me hallará usted!

Don Cándido. ¡Bravo! Y con la venia de todos, me retiro. *Despidiéndose de Llama.* Me abstengo de besarle la mano, mientras no sepa si debo o no. Señora… Señorita… *A Doña Melchora, besándosela.* Mi señora y dueña…

Doña Melchora. Adiós, don Cándido.

Don Cándido. Prisca…

Prisca. Pase usted buena noche. Reiteradas gracias a su hijo.

Don Cándido. No las merece. Mis saludos a don José Mari.

Saca el hombre su linternita y se marcha, entreviendo ya un gran triunfo de psicólogo. Prisca lo acompaña.

Llama. Es muy fino este caballero.

Doña Melchora. Muy fino. Y excelente persona.

Llama. No sé.

Doña Melchora. Yo, sí; por eso se lo digo.

Llama. Yo, no; por eso se lo digo también. Es usted muy buena para que yo fíe en su juicio sobre los demás.

Prisca. *Volviendo.* ¡Vaya! A dormir se ha dicho. Voy a probar estas pildoritas para el insomnio. Hasta mañana.

Llama. Que descanse bien, Prisca.

Prisca. Allá veremos. *Éntrase en la casa.*

Doña Melchora. ¿Usted se queda aquí?

Llama. Sí: un rato todavía. Quiero disfrutar de la noche. Pero puede usted apagar el farol: no lo necesito. ¡Bendita y santa calma ésta!

Doña Melchora. Hasta mañana, pues.

Llama. Hasta mañana.

Doña Melchora. Si Dios es servido.

Éntrase también Doña Melchora. Un instante después se apaga el farol de la puerta. Triunfa la plata de la luna en el cielo y en el jardín. La lucecita de la ventana alta sigue brillando.

Llama. *Abandonándose a sus sentimientos.* ¡Horas vulgares, incoloras, monótonas! ¡Hombres iguales todos!… ¡Mujeres repetidas como figurines!… ¡Venga lo nuevo, lo insospechado, lo original, lo único!… ¡Venga, venga!… *Queda en grato recogimiento. Por la izquierda, sigilosamente, sale Pinpilinpauxa y cruza hacia la derecha sin verla. La voz de Llama la detiene, sobrecogiéndola.* ¡Pinpilinpauxa!

Pinpilinpauxa. ¿Eh?

Llama. ¡Pinpilinpauxa! ¿Adónde vas?

Pinpilinpauxa. Disculpe, señorita Llama. No había visto.

Llama. ¿Adónde vas?

Pinpilinpauxa. Voy…, voy…

Llama. Nada temas: dímelo. Casi me lo figuro.

Pinpilinpauxa. Eso es.

Llama. ¿He acertado?

Pinpilinpauxa. Eso es.

Llama. ¿A ver al novio?

Pinpilinpauxa. Sí, señorita. Al carrejo, ahí junto.

Llama. Sin que se entere doña Melchora, por supuesto.

Pinpilinpauxa. Eso es.

Llama. Descuida por mí. Ni mucho menos Prisca, ¿no?

Pinpilinpauxa. Eso es. La sobrina, más temo que la tía.

Llama. Pero ellas, ¿no te consienten los amores?

Pinpilinpauxa. Sí, señorita.

Llama. Eso he creído ver. Y aun te dejan hablar con Miguelecho libremente.

Pinpilinpauxa. Así, así. Dejar, ya dejan; pero novios, no quieren todavía. Él, jardinero; yo, en casa. Hablar, que hablemos; pero cosa de enamorados, aun no permiten, no.

Llama. ¿Por qué?

Pinpilinpauxa. Primero, aprender castellano.

Llama. ¡Ah!

Pinpilinpauxa. Y luego, casar en seguida. Dote nos da, si aprendemos pronto.

Llama. ¡No está mal discurrido! ¡Buen acicate!

Pinpilinpauxa. Dise la señora que así aprenderemos seguro.

Llama. ¡Seguro! Y ahora, en el carrejo, ¿os veis para dar la lección?

Pinpilinpauxa. No, señorita Llama. ¡Qué haser! Ahora hablamos vasco; sin nadie que *no* nos vea; que *no* nos oiga. Lo nuestro. Seguido, seguido. En castellano, torpe él, torpe yo. En vasco, seguido, seguido, seguido.

Llama. ¡Ea! Pues anda, no te entretengas más.

Pinpilinpauxa. Grasias, señorita. ¿No dirá nada, no?

Llama. Vete tranquila.

Pinpilinpauxa. *Eskarrikasco*.

Llama. ¡Ya comenzaste! *Eskarrikasco*, ¿es gracias?

Pinpilinpauxa. Eso es.

Llama. ¿Y *Pinpilinpauxa…* tu nombre?

Pinpilinpauxa. Mariposa.

Llama. ¡Ah! ¡Bien te han bautizado!

Pinpilinpauxa. También desimos *micheleta*. Mi nombre verdadero es Sabina.

Llama. Me gusta más Pinpilinpauxa.

Pinpilinpauxa. Dise doña Melchora que en quinse años que viene a Fuenterrabía, aprender no ha podido más que esos dos: *eskarrikasko* y *pinpilinpauxa*.

Llama. Anda con Dios, mujer.

Pinpilinpauxa. Buenas noches. *Corre en busca de Miguelecho.*

Llama. *Después de un silencio.* ¡Y esto es lo más extraordinario que me ha sucedido en el día!… Lo anotaremos en mi *Diario* de la verdad, idealizando un poco el pasaje.

Vase adentro muy lentamente.

Pausa. Por la derecha, a poco, aparece Humberto, hombre joven aún, de traza sencilla, de ojos inteligentes. Avanza en la explanada como persona que por primera vez llega a un lugar que desconoce. Alza luego la vista, y dice, refiriéndose a la luz de la ventana:

Humberto. Aquélla es. ¿Quién vela a diario? ¿Quién medita? ¿Quién estudia… o quién sufre? Porque si es un enfermo…

Llama, que ha sentido pasos, asómase a la ventanita.

Llama. ¿Quién? *Humberto calla, agradablemente sorprendido.* ¿Quién es? *Nuestro hombre no da con la respuesta.* ¿Pinpilinpauxa? ¿Miguelecho?

Humberto. No.

Llama. ¿Quién es, entonces? No distingo bien desde aquí…

Humberto. Perdone. ¿Se ha asustado?

Llama. Yo, no. ¿Y usted… quien sea?

Humberto. Tampoco. Desde luego, no soy un ladrón.

Llama. No sé si sentirlo.

Humberto. ¿Eh?

Llama. ¿Viene buscando a alguien?

Humberto. A nadie: concretamente, a nadie.

Llama. ¿Se ha extraviado en el monte?

Humberto. No. Vengo aquí.

Llama. ¿Conoce a los dueños de la casa?

Humberto. No.

Llama. Y, sin embargo, ¿viene aquí?

Humberto. Ciertamente.

Llama. Pues… ¿qué le trae?

Humberto. La luz de esa ventana.

Llama. ¿La luz de esta ventana? Es curioso.

Humberto. Y un poco largo de contar. ¿Es mala hora?

Llama. La mejor. ¿A quién ha de contarle el cuento?

Humberto. ¿Es usted quien enciende la luz?

Llama. Yo soy.

Humberto. Pues a usted quisiera contárselo.

Llama. ¡Ah! Pues al momento bajo a oírlo.

Humberto. Sentiría causarle una molestia.

Llama. ¡Déjese de cumplidos triviales! Bajo a oírlo.

Humberto. No esperaba yo ser tan afortunado.

Llama. Aguarde, aguarde… *Retirándose entusiasmada de la ventanita.* ¡Eso está

muy bien!

Humberto. ¡Es una mujer la que vela!… Y ¡qué voz más grata la suya!… Si ella fuera como su voz… Nunca la oí, y ya quiero volver a oírla… *Enciéndese el farol de la puerta, iluminando otra vez la explanada.* ¿Eh? ¡Ah! Ya está aquí.

Sale Llama y se acerca a él. Se contemplan sin palabras unos instantes. Luego exclama ella: ***Llama****. Le agradezco a usted mucho que haya venido.*

Humberto. Pero ¿usted sabe quién soy yo?

Llama. No; no lo sé. Por eso lo agradezco tanto.

Humberto. ¡Ah! ¿Por eso?

Llama. Sentía esta noche la ilusión de algo insólito; y como si respondiera a mi anhelo, llega usted. ¿No he de agradecer su llegada?

Humberto. Ya entiendo. Pues empezaré por decirle quién soy.

Llama. ¡No! ¡No me lo diga usted… tan pronto!

Humberto. ¿Por qué?

Llama. ¡Porque me afligiría saberlo ya! No rompa de súbito el cristal de este encanto: ¡el encanto de no conocernos!

Humberto. Sea como usted quiere. No me descubriré en seguida; pero…

Llama. ¿Qué?

Humberto. ¿Quién es usted, querrá decírmelo?

Llama. Ya lo irá usted averiguando.

Humberto. Bien. Le diré entonces por lo que he venido.

Llama. Eso, sí. A escucharlo he bajado yo.

Humberto. Mil gracias. Yo vivo…

Llama. ¡No me diga usted tampoco dónde vive!

Humberto. ¿Tampoco?

Llama. ¿No comprende que si me lo dice podría yo fácilmente, y sin pretenderlo, saber quién es usted? ¡Y eso es lo que no quiero! ¡No quiero saber quién es usted!

Humberto. Temo mucho que con estas limitaciones… me va a ser muy difícil hablar.

Llama. Concrétese usted a contarme su cuento, por largo que sea. Yo no me he comprometido sino a oírlo. Vamos a ver: le ayudaré. Le ha movido a usted a venir aquí la luz de mi ventana.

Humberto. Aun antes de saber que era suya.

Llama. Justo. ¿Por qué?

Humberto. Porque desde la casa en donde vivo… *A un movimiento de ella.* ¡En alguna casa he de vivir!…

Llama. ¡Claro! Pero no me la diga usted ahora.

Humberto. Pues bien; desde la casa en donde vivo, en una altura, distante de aquí… —no puedo decir menos—, me llamó la atención esa lucecita: la última que se apaga en estos contornos.

Llama. ¿La última siempre?

Humberto. Desde que yo la observo, sí.

Llama. Siga usted.

Humberto. En las noches claras, como la de hoy, desde mi casa se divisa la mancha blanca de esta casita, y la luz de esa silenciosa ventana, temblando como una pupila vigilante.

Llama. Siga usted. Le oigo cautivada, sea quien fuere.

Humberto. En las noches de azul profundo, de innúmeras estrellas, la luz parece una estrella más en el espacio.

Llama. ¡Una estrella más!

Humberto. En las noches oscuras, cerradas, tenebrosas, la luz es como un misterio de las tinieblas.

Llama. ¡Oh! ¡Un misterio!… ¡Misterio!… ¡Mágica palabra para mí!… Yo esta noche, a esta hora, así quiero llamarme.

Humberto. ¿Cómo?

Llama. Misterio. Acostumbro confirmarme a mí misma, para que el nombre exprese algo de cada hora mía que lo merezca.

Humberto. ¿Sí? Pero, ¿su nombre…?

Llama. ¿Qué le importa? ¡Misterio! Llámeme Misterio.

Humberto. Misterio; bien. ¡Misterio! Lo tiene esta noche; lo tiene este instante; lo tienen sus ojos para mí.

Llama. Siga, siga su cuento: verdad o ficción, sígalo.

Humberto. ¡Verdad! No sé mentir.

Llama. ¡Qué lástima! Menos mal si miente sin saberlo.

Humberto. Continúo. Yo desde mi observatorio viendo noche a noche la lucecita me preguntaba con curiosidad: ¿qué mano la enciende y la apaga? ¿A quién alumbra? ¿Qué placer o qué necesidad satisface? Si es alguien que estudia, ¿qué estudia? Si es un enamorado que escribe ¿a quién escribe? Si un artista que crea, ¿qué es lo que crea? Si un enfermo que sufre, ¿no tendrá remedio su dolor? Y noches ha habido en que el sueño no ha venido a mis ojos hasta que he visto apagarse la lucecita.

Llama. A mí me hubiera sucedido lo mismo.

Humberto. ¿Verdad?

Llama. Y habría forjado una novela.

Humberto. Yo he preferido venir a investigar la realidad.

Llama. Yo nunca lo habría hecho. Amo el misterio sobre todo. El misterio en las cosas y en las personas. Lo que carece de misterio, ¿qué vale? Dar con la verdad es el desencanto.

Humberto. No: ¡casi nunca!

Llama. Sí: ¡casi siempre!

Humberto. Mi padre me repite mucho… ¿Me puedo referir a mi padre?

Llama. *Tras un silencio.* Sí.

Humberto. Mi padre es un famoso astrónomo.

Llama. ¡Ah!

Humberto. Más famoso en el extranjero que en España. Tiene la ardiente fe de los hombres de ciencia. Y en sus continuas especulaciones de los mundos celestes, ha llegado a la convicción de que el progreso es lento y difícil; pero me repite con frecuencia que cree que, corriendo los siglos, ha de haber una hora en que los hombres consigan saber de esos mundos que nos rodean y nos maravillan tanto como de este en que habitamos.

Llama. Quizá… No quiero discutirlo… Pero ¿sabrán nunca qué aliento, qué fuerza, qué amor o qué designio los engendró? ¡Este gran misterio será eterno!

Humberto. Y tal vez, sin embargo, en la certidumbre desesperada de que es impenetrable, reside el mayor estímulo de la ciencia.

Llama. ¡Cierto, cierto! ¡Esa es mi idea! ¡Ese es mi amor en todas las cosas! El misterio, que parece la sombra, engendra la luz. El misterio es el hechizo, es la curiosidad, es el acicate, es la fragancia… ¡Bendito sea el misterio! ¡No saber nunca, y querer penetrarlo siempre, adónde vamos ni de dónde venimos!…

Humberto. ¡Oh! También he recibido yo de mi padre esa herencia espiritual de una sed insaciable en torno del misterio. La ciencia, a pesar de ello, es tenaz y no desmaya nunca; se equivoca, y retrocede y vuelve a empezar su camino o echa por otro; un pequeño descubrimiento, un feliz hallazgo, le infunde aliento para años, para siglos quizá. Desde niño se hallan mis ojos habituados al cristal de los telescopios, y he pasado innumerables horas de mi vida escudriñando en el infinito. Infeliz aprendiz de astrónomo, el más torpe discípulo de mi padre, aunque el más ferviente… ¡Ay!… ¡Perdóneme usted!

Llama. ¿Qué he de perdonarle?

Humberto. Que acabo de descubrirle a usted, sin querer, quién soy; lo que

soy.

Llama. Así, no lo siento. Lo intolerable, por vulgar, habría sido presentarnos ridículamente al comienzo de nuestras palabras. Nada podía usted ser, además, que más me agrade y me encandile. Ya lo comprenderá por cuanto me ha oído. Ahora deseo vivamente ser su amiga; acompañar a usted en sus estudios; verlo iluminarse; verlo vacilar; escucharlo… ¿Se atreve a tomarme por discípula?

Humberto. ¿Qué dice usted? Yo no puedo ser todavía maestro de nadie.

Llama. Mío, sí. ¡No me niegue usted esta gracia!

Humberto. Poco podrá aprender en mi compañía.

Llama. Poco o mucho, me veré acompañada de un alma que sabe elevarse…, volar…

Humberto. Por lo menos, que lo pretende. Y acaso la nueva compañera dé más fuerzas a mis pobres alas.

Llama. ¡Lastre en su vuelo no ha de ser, de seguro!

Humberto. ¡De seguro que no! Y ¿podrá saber ya el aprendiz de astrónomo quién es su inesperada discípula?

Llama. ¡Oh! Comúnmente se la conoce por Llama… Humberto. ¿Por Llama? ¡Singular nombre es ése!

Llama. Si no fuera singular, yo no lo llevaría.

Humberto. ¡Es tan bello como su dueña!

Llama. Su dueña no es bella, ni lo necesita. La embellece, si acaso, la noche, esta noche, esta peregrina ocasión, el reflejo del alma de usted, exaltada…

Humberto. No sin misterio me atrajo a mí la luz de su ventana. No sin misterio bajé al camino, llegué ante esta casita y cedió la verja a mi impulso. ¡Había aquí una vida que me llamaba!

Llama. ¡Una vida!… ¡Mi vida!… ¡De mi vida sabrás siempre, maestro, menos que de algunas estrellas! ¡Mi vida!… Yo misma la cambio a mi gusto y capricho, como mi nombre. Me complazco en desfigurarla. ¿Quién no ha sido alguna vez un poco novelero, e inventó soñando los mejores capítulos de su

existencia? Yo lo soy, ahora y siempre. Me burlo de mi propio destino; niego lo que es verdad; callo y escondo lo que me avergüenza o me desplace; idealizo, invento, sueño con originales aventuras, con instantes incomprensibles y sólo míos… Soy mujer que a veces necesita fundirse en el torbellino de París, en el estruendo de Nueva York, y se pierde en ellos con deleite. También soy mujer que se sienta horas enteras en la soledad de una roca, oyendo al mar y mirando al cielo: el misterio que habla…, y el misterio que escucha.

Humberto. *Subyugado, repite estas palabras:* ¡El misterio que habla…, y el misterio que escucha!…

Llama. ¿No es así?

Humberto. Así es.

Llama. Por eso esta noche, maestro…

Humberto. Esta noche, discípula…

Llama. Esta noche…

Humberto. ¿Qué?

Llama. ¿Qué?

El telón, que empieza a descender lentamente cuando él repite las palabras relativas al cielo y al mar, cae del todo sobre estas últimas interrogaciones.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero. Es a media tarde.

Sale de la casa Don José Mari, con boina y cayada. La voz de Llama, que le habla desde su ventanita, lo detiene.

Llama. ¡Don José Mari!

Don José Mari. ¿Eh? ¡Hola, Llama! La hacía a usted por ahí. ¡Está tan hermosa la tarde!…

Llama. Me iré dentro de un rato.

Don José Mari. Yo me voy ya. En estos días precursores del otoño es cuando gozo más por esos cariñosos campos.

Llama. Estaba por acompañarlo a usted.

Don José Mari. Sería mucha suerte para mí.

Llama. ¡Qué galante! ¿Hacia dónde irá?

Don José Mari. Si usted me acompañase…, iría hacia donde usted me llevara.

Llama. Yo sé bien que usted prefiere ir solo.

Don José Mari. No voy nunca solo, amiga mía. Voy siempre acompañado…, aunque no lo parezca. Pero la compañía… no lo sabe.

Llama. ¿No lo sabe?

Don José Mari. Seguramente, no… ¿Se decide usted?

Llama. No; la verdad: usted había pensado su paseíto sin compañía visible. Otra tarde será.

Don José Mari. Le tomo la palabra.

Llama. No se aleje usted mucho, que luego se asustan su hermana y su sobrina.

Don José Mari. Por mí, no. Saben que soy prudente. Hasta luego. *Sigue su camino.*

Llama. Hasta luego. *Reflexivamente, viéndolo ir.* ¡Este santo varón!… ¿Quién podía imaginarlo? Yo nada hice que… ¡Ya se le pasará! *Mirando de pronto hacia la izquierda y llamando.* ¡Tú! ¡Pinpilinpauxa! *Sale ésta.* ¡Mariposa!

Pinpilinpauxa. Señorita.

Llama. ¿Qué visita hay en casa?

Pinpilinpauxa. El señor de *Mariacho-Enea*.

Llama. ¡Ah! ¡Don Cándido! ¡Mi perseguidor! Pues espera, que bajo a decirte… *Retírase.*

Pinpilinpauxa. Sí, señorita. Simpática.

Como llamado con reclamo acude Miguelecho por la derecha.

Miguelecho. ¡Pinpilinpauxa!

Pinpilinpauxa. No te aserques ahora. Señorita viene.

Miguelecho. Desirte quería. A propósito. Ya se adonde va por las noches.

Pinpilinpauxa. ¿Sabes?

Miguelecho. Anoche seguí tras ella un rato. Como tú no saliste, yo aproveché. Paso a paso, tras ella, vi todo.

Pinpilinpauxa. ¿Qué viste?

Miguelecho. Novio quisá…, o así. Él esperaba. Marcharon juntos. Mucho hablar, mucho hablar. Alegría grande. Vi todo.

Pinpilinpauxa. Calla ahora.

Miguelecho. ¿Sale señorita?

Pinpilinpauxa. Sí.

Aparece Llama, con su pergeño de capa y boina, y le dice a Miguelecho, que va a

marcharse: ***Llama****. ¡No te vayas, Miguelecho, no!*

Miguelecho. ¿Cómo?

Llama. Que no te vayas.

Miguelecho. Mándeme, señorita. Ahora no hablábamos vasco, no piense. Riñe la señora. Español para todo.

Llama. Ya, ya lo sé. *A Pinpilinpauxa.* Escúchame tú. Esta noche, probablemente, volveré muy tarde.

Pinpilinpauxa. Bueno.

Llama. No cierres la verja cuando tú vuelvas de hablar con Miguelecho, y acuéstate.

Pinpilinpauxa. Aguardo, mejor.

Llama. ¿Y si vengo cerca del día?

Miguelecho. ¡Mejor! Yo acompañaré.

Llama. ¡Ah! En ese caso…, sí es mejor.

Miguelecho. Y ¿no tiene miedo, señorita, sola por los campos?

Llama. ¡Ninguno! ¡Miedo!, ¡miedo! ¿Qué es miedo? Además, alguna noche, ya hay quien va a mi cuidado detrás de mí.

Miguelecho. ¿Perro?

Llama. No; hombre.

Miguelecho. *Abochornado.* ¿Me vió anoche quisá, señorita?

Llama. ¿No había de verte?

Pinpilinpauxa. ¡Por curioso! ¡Más curioso es! ¡Es muy curioso!

Miguelecho. No; curiosidá, no. Llevaba camino…

Llama. Ya, ya.

Miguelecho. Con permiso, señorita. Voy a trabajar.

Llama. Anda con Dios. Y ten cuidado, no te sigan a ti alguna noche.

Pinpilinpauxa. ¡Y no sea yo!

Miguelecho. ¡Al revés, no diría! *Márchase.*

Pinpilinpauxa. ¡Más curioso es!…

Llama. *Viendo a Don Cándido, que en este momento sale de la casa para irse a la suya.* ¡Oh! *A Pinpilinpauxa, con disimulo.* Dime, profesora: ¿cómo es amor en vasco?

Pinpilinpauxa. ¿Amor?

Llama. Amor, sí.

Pinpilinpauxa. *Maitetasuna*.

Llama. ¡*Maitetasuna*! ¡Qué largo es el amor en tu lengua! ¡Se me va a olvidar! *¿Mai…*?

Pinpilinpauxa. *Maitetasuna*.

Llama. ¡Se me va a olvidar! ¿Y sueño, cómo es?

Pinpilinpauxa. ¿Sueño? *Loa*.

Llama. Eso es más sencillo. ¡*Loa*! Me gusta, me gusta. ¿Y boca; cómo se dice boca?

Pinpilinpauxa. «*Aua*».

Llama. ¿Agua?

Pinpilinpauxa. «*Aua*».

Don Cándido. *Interrumpiendo el diálogo.* ¿Lección de éuscaro?

Llama. ¡Ah! ¡Señor don Cándido!… ¿De dónde sale usted?

Don Cándido. De echar un rato de parleta con mis buenas amigas.

Llama. No sabía yo que estuviera usted en la casa. Pues sí, ya ve usted: daba mi clase de vascuence.

Don Cándido. ¡Gentil profesora! ¿Podría yo matricularme también?

Llama. No se admiten varones en esta clase. ¿Ha oído usted cómo se dice boca?

Don Cándido. ¿Agua, no?

Pinpilinpauxa. «*Aua*».

Don Cándido. Es decir, que a los naturales de este país no se les hace la boca agua: ¡la tienen ya hecha!

Llama. *Aplaudiéndolo burlonamente.* ¡Mucho, mucho, señor don Cándido!…

Don Cándido. Ya podría yo llamarle al agua de usted… agua de rosas.

Llama. ¡Mucho, mucho!… *A Pinpilinpauxa.* ¿Cómo se dice mucho?

Pinpilinpauxa. *Asko*.

Llama. *Aplaudiendo a Don Cándido nuevamente. ¡Asko, asko!…* Puedes retirarte, profesora.

Pinpilinpauxa. Bien, señorita. A ver si no olvida: *maitetasuna. Vase por la izquierda.*

Don Cándido. ¿Cómo ha dicho?

Llama. *Maitetasuna*.

Don Cándido. Y ¿qué es eso?

Llama. El amor, don Cándido.

Don Cándido. ¡Ah, el amor! No hay quien lo sospeche, en verdad.

Llama. *Despidiéndose de él.* Amigo mío…

Don Cándido. ¿Se marcha?

Llama. Sí. «*J'ai un tas de choses à faire*…».

Don Cándido. «*Oh, là, là!*».

Llama. Voy a Hendaya en el *topo*. ¿Quiere usted que le pase un impermeable?

Don Cándido. No sea usted bromista. Me hacía ahora la ilusión de reanudar con usted la parleta.

Llama. ¿La ilusión? ¿A tanto llega su deseo?

Don Cándido. La conversación de usted es miel para mí.

Llama. ¿Nada menos que miel?

Don Cándido. ¡Miel!

Llama. Pues no seré yo quien se la niegue. Le concedo unas cucharaditas.

Don Cándido. ¡Oh!

Llama. *Sentándose.* Un cuartito de hora. Sin malicia, ¿eh?, que usted es terrible.

Don Cándido. ¡Terrible yo! *Creyéndoselo un poco, y adoptando una actitud donjuanesca.* ¿Se llama usted hoy como ayer?

Llama. Estos quince minutos me llamaré como usted guste.

Don Cándido. A mí me falta imaginación para confirmarla, gentil Novelera. ¡Usa usted siempre nombres tan sublimes!… Y yo soy un ser apegado a las divinas miserias terrenales.

Llama. ¡Pues llámeme usted entonces Canuta!

Don Cándido. ¡Canuta, no! ¡No tanto, no tanto…, no tan terrenal!

Llama. Vaya, me quedaré con el más corriente: Llama.

Don Cándido. ¿Es el suyo de pila?

Llama. ¿A usted qué le importa, señor?

Don Cándido. Pero ¿qué especie de voluptuosidad es ésta suya de hacerse la ignorada, la incógnita?

Llama. ¡Ay, Telesforo!

Don Cándido. ¿Cómo Telesforo?

Llama. ¡Estoy harta ya de decirle a usted Cándido!

Don Cándido. ¡Pero ha podido usted confirmarme más poéticamente!

Llama. ¡A un individuo tan apegado a la corteza terrestre como usted, no era cosa de llamarle… Saturno!

Don Cándido. Bien, bien; tiene usted la rara habilidad de desviar el discurso a su antojo.

Llama. No, no, no: iba a decirle a usted, querido amigo, que el mayor encanto de nuestra vida es desconocernos…, para poder soñar.

Don Cándido. ¡Brava tesis!

Llama. El desconocimiento es el misterio, y el misterio es la gracia suprema. En todo, en todo. Un crimen, por ejemplo, sólo apasiona e interesa hasta que la verdad se descubre.

Don Cándido. Eso, sí.

Llama. ¡Y un suicidio, igual! ¿Por qué se ha matado esa mujer o ese hombre? ¿Por amor, por celos, por ambición, por algún ideal? Se averigua la causa, es algo trivial o mezquino, y nos olvidamos desdeñosamente del muerto. Si usted se suicida algún día, no se le ocurra dejar ninguna carta a nadie. ¡Que se den de calabazadas policías y jueces!

Don Cándido. Muchas gracias por el consejo; ¡pero no se me pasa por las mientes el suicidarme! ¡Qué horror!

Llama. Ya me lo figuro. ¡Un hombre que duerme tan bien…, que digiere tan bien!… ¿A que no sabe usted las personas a quienes yo más detesto?

Don Cándido. ¿A quiénes?

Llama. A los policías.

Don Cándido. ¿A los policías? ¡Hola!

Llama. Sí; pero no se me pique usted. Mi tema es a los profesionales; a los legítimos; no a los oficiosos u honorarios, como usted en este momento.

Don Cándido. ¿Yo? ¿Policía honorario yo?

Llama. Sí, señor; no se haga usted el tonto. ¡Y Doña Melchora es el Director de Seguridad!

Don Cándido. ¡Ja, ja, ja! ¡La buena señora!… Vamos a ver: y ¿por qué odia usted tanto… a la clase?

Llama. ¡Porque su profesión pugna con mis ideas! ¡Está bien claro! ¡No tienen otra cosa que hacer que registrarlo y descubrirlo todo! ¡Qué misión más desagradable!

Don Cándido. *Apelando al Cristo.* ¿Y si yo le dijese a usted, seductora amiga, que no soy tal; que soy algo más que eso; que he tenido a dicha la feliz casualidad de encontrarla aquí… porque la vi una vez y no la he olvidado?

Llama. ¿Eh? ¡Esas son palabras mayores! ¿Dónde me vió usted, interesante amigo?

Don Cándido. Fíjese un poco en mí, aunque sea para martirio de sus ojos… y haga memoria. ¿En París, en Barcelona, en Valencia…?

Llama. ¡Ah! ¿En Valencia acaso?

Don Cándido. ¿Acaso? ¡Y sin acaso! ¡En Valencia, la de la huerta florida!

Llama. ¡Qué diablo! ¡Me ha conocido usted en una ciudad española donde no he estado nunca!

Don Cándido. *Tragando saliva.* ¡Nunca, dice!… Por supuesto, esperaba la chanza.

Llama. *Muerta de risa.* ¿Qué había usted de esperar?

Don Cándido. La esperase o no, allí la vi a usted por vez primera.

Llama. Habrá sido en una existencia anterior. ¿Quién nos asegura que no hayamos vivido otra vida antes de la presente?

Don Cándido. ¿Vuelta al misterio, a la interrogación? ¿Vuelta a las nieblas de la burla?

Llama. *Levantándose.* Pero, ¿de veras le intereso a usted algo? ¿De veras desea conocer rincones de mi vida?

Don Cándido. Y ¿usted me lo pregunta?

Llama. Pues el día que usted quiera —no aquí: en el campo libre, sin testigos— le contaré cuanto pueda importarle: desde que vine al mundo; desde que tuve uso de razón: travesuras de la niñez, melancolías de la adolescencia, amores, riesgos, amenazas, caídas, victorias, ilusiones… ¡Todo! ¿Qué quiere decir todo? ¡Me llevaré hablando con usted cuatro horas seguidas… y no le diré una palabra de verdad! ¡Mire usted que es difícil!

Don Cándido, que ya sonreía triunfador, cuando aún no había hecho más que asomar el Cristo, se pone repentinamente serio, y le dice: ***Don Cándido****. Pues, aunque sea así, aunque haya usted derivado a esta última broma, acepto esperanzado la confidencia.*

Llama. Y yo le ofrezco a usted no retardarla. Pero ahora ya me voy, que me esperan en otra parte. Adiós, mi amigo Cándido. Note que le suprimo el don.

Don Cándido. Cándido, sí.

Llama. Cándido… o el optimismo.

Don Cándido. Adiós… Llama… ¡Llama del infierno!

Llama. *Au revoir*.

Vase rápidamente por la derecha.

Don Cándido. *Paladeando a pesar suyo el terrible acíbar de la plancha.* ¡Es un caso! ¡Vaya si es un caso!

Doña Melchora, que sale de la casa, se sorprende de verlo allí.

Doña Melchora. ¿Qué es eso? ¿Usted por aquí todavía?

Don Cándido. ¡Es un caso!

Doña Melchora. ¿Quién?

Don Cándido. ¡La huéspeda! ¡Ella me ha detenido! Y voy a seguirla cautelosamente.

Doña Melchora. ¡Ya! ¿Sacó usted el Cristo?

Don Cándido. Nada más que los pies. Hasta la noche.

Doña Melchora. Hasta cuando usted quiera.

Don Cándido. ¡Es un caso!

Vase en seguimiento de Llama.

Doña Melchora. Ha resultado todavía más tonto de lo que pensaba José Mari. ¡También es un caso!

Viene Frisca del interior de la casa, con dos libros. La domina una nerviosa excitación.

Prisca. ¿Quién estaba aquí con usted?

Doña Melchora. El vecino. Hasta ahora se nos ha entretenido con la dama. Y se va detrás de ella.

Prisca. ¡Naturalmente! ¡A lo que estamos, tuerta! ¿Ha averiguado algo?

Doña Melchora. Por las señas, ni pizca. Y eso que ya empieza a sacar su Cristo.

Prisca. Lo que es ése, aunque saque todos los personajes de la Pasión…

Doña Melchora. ¿Qué te ocurre a ti?

Prisca. ¡Que ya no necesitamos para nada ni de Don Cándido ni de nadie! Mire usted.

Doña Melchora. ¿Qué es eso?

Prisca. Dos libros suyos.

Doña Melchora. ¿De quién?

Prisca. De la pájara. De su puño y letra. Las paparruchas que escribe a

deshora.

Doña Melchora. Y ¿cómo has podido tú cogerlos?

Prisca. Porque, por primera vez desde que está aquí, se ha dejado puesta la llavecita en el escritorio de caoba, donde guarda todos sus secretos.

Doña Melchora. ¡Santísima Virgen! Y ¿tú te has atrevido a violar…? ¡Ahora mismo subes y dejas esos libros donde estaban!

Prisca. ¡Por Dios, tía! No se asuste usted demasiado. El fin justifica los medios. Tenemos en casa una mujer enredadora, peligrosa quizá, de quien sabemos menos cada día.

Doña Melchora. ¡De todos modos! No, niña; esto, no. Con mi consentimiento, no. Llévate esos libros.

Prisca. *Sin obedecerla, y leyendo en la cubierta de uno de ellos.* Aquí dice: «Mi diario. Diario de la verdad».

Doña Melchora. ¿Ves? ¡No leas ni una línea! No sigas adelante. Es una violación el hacerlo; es un pecado. Un diario es la confesión de un alma a solas…, acaso con Dios. Llévate esos libros.

Prisca. ¡Mi madre!

Doña Melchora. ¿Qué?

Prisca. ¡Mi madre! Oiga usted, tía.

Doña Melchora. Pero ¿cómo voy a decirte…?

Prisca. No tema usted nada. Yo luego se lo confieso al cura y acepto la penitencia que me imponga. ¡Aunque me mande ir descalza a los Pirineos! Oiga usted. *Leyendo en el Diario.* «Lunes, veinticinco. Vengo de la Luna».

Doña Melchora. ¿Eh?

Prisca. «Vengo de la Luna. Vengo del astro del silencio. Más bien traigo tristeza que asombro. Sin embargo, por entre sus yertas escarpaduras, por cima de sus mares secos, yo he creído ver cruzar un ave. El maestro ha sonreído a mis palabras, y me ha dicho que mis ojos deliran también como mi frente».

Doña Melchora. ¿El maestro?

Prisca. Sí; el maestro: ¡uno! Masculino. ¡El maestro!

Doña Melchora. *Angustiada.* ¡Por Dios, Prisca, obedéceme, si no quieres que yo me vaya! Este libro nos va a perturbar más que a tranquilizarnos. Déjalo donde lo cogiste.

Prisca. Ya nos entenderemos con Dios, que es el que lo ha puesto en mis manos, tía. *Lee.* «Martes, veintiséis. Si me vieran salir por las noches, cuando duermen todos…».

Doña Melchora. ¡Jesús mío!

Prisca. «… Sigilosamente, como una sombra criminal, me tomarían por una vulgar aventurera; y, no obstante, voy a vivir unas horas divinas, de grandiosa embriaguez, en el espacio infinito, insondable…».

Doña Melchora. ¡Sale de casa durante nuestro sueño! ¡Qué escándalo!

Prisca. Ya lo oye usted. ¡Y tan fresca! ¡Viene de la Luna!

Doña Melchora. ¡Sea como sea, yo, por este procedimiento ilícito, no quiero enterarme de nada!

Prisca. *Siguiendo la lectura.* «Esta noche he llorado en presencia de él. ¿Era la emoción del eterno enigma, del arcano celeste, o la voz humana del maestro temblorosa, y turbada, la que me hizo llorar? ¿Qué imán invisible nos acerca? ¿Qué ley de atracción nos impulsa?».

Doña Melchora. ¡No quiero, no quiero oírte sobrina!

Prisca. El maestro… la voz temblorosa y turbada… ley de atracción… imán invisible… ¡Ya cayó un astrónomo!

Doña Melchora. ¡Que no quiero oírte! ¡Harás que me enfade contigo! ¿Quién viene?

Prisca. ¡Nadie! Serénese usted. Los criados están todos ahora en la cocina con Salaverría. *Volviendo al Diario.* «Hoy he tenido una gran sorpresa». ¿A ver? «He recibido, al cabo de dos años largos, carta de Darío Candiani, aquel oficial marino del *Morsamor*. ¡Qué grata sacudida espiritual es volver a saber de quién habíamos

olvidado!… ¡Darío Candiani! ¡Otro enamorado! ¡Uno más!… ¡Cuántos!, ¡cuántos! …». ¿Eh, qué tal? «Pero ¿habrían seguido siéndolo si hubieran sabido?…».

Doña Melchora. ¿Qué?

Prisca. ¿Qué? Mire usted: puntos suspensivos… «… si hubieran sabido…». ¿Cómo será ello cuando ni aquí lo escribe?

Doña Melchora. ¡Basta ya, sobrina!

Prisca. «Quiere verme. Me busca y quiere verme. ¿Para qué? Me sobra con mis desatinos. No he conocido un hombre que más ciegamente se creyera lo que inventaba. E inventaba para fascinarme, conociendo mi genio. ¡Cuánto hablábamos los dos de la muerte; del más allá atormentador e impenetrable!». ¡Pues como nos salga también espiritista va a ser un remate de veraneo!

Doña Melchora. ¡Jesús! ¡Jesús!

Prisca. *Atenta a lo suyo y muy alborotada de nuevo.* ¡Ah!

Doña Melchora. ¿Qué?

Prisca. ¡Ah!

Doña Melchora. ¿Qué, muchacha? ¡No me alarmes más de lo que estoy!

Prisca. ¡Aquí entra la verdad de la historia! «Hastiada de París, he aceptado el ofrecimiento que me hizo en el barco aquel santo varón…». ¡Estamos en lo mejor de la pista!

Doña Melchora. ¡Ay, ay, ay!…

Prisca. «Necesita mi espíritu días de serenidad, de calma, de reposo, de hogar tranquilo y honrado, si es que eso existe».

Doña Melchora. A lo mejor parece una mujer razonable.

Prisca. Escuche usted, escuche esto. «El santo varón se turba en mi presencia, y sus ojos me buscan cuando no lo miran los míos y me huyen cuando lo miro yo». ¡Más claro, el agua! ¡Está enamorado de ella el tío José Mari!

Doña Melchora. Sobrina, eso lo ve cualquiera: ¡hasta Don Cándido!

Prisca. «Me iré». ¡Me iré, dice, tía! Pero ya sabe usted que no hay que creerla. «Me iré. No quiero producirles a estas almas blancas sino la inocente tribulación de mis disparates». ¿Ha oído usted? ¡Es que nos está tomando el pelo!

Doña Melchora. ¿Almas blancas, nos llama?

Prisca. Sí, señora: ¡tontas de capirote!

Doña Melchora. Bien, bien está, y Dios nos perdone lo hecho. Deja ya esos libros.

Prisca. Ahora mismo, tía. Y cuidado que yo quisiera dar…

Doña Melchora. ¡Deja, deja!…

Prisca. ¡A ver en este otro!

Doña Melchora. ¡Prisca, que vas a condenarte!

Prisca. No me importa. Cuando me condene yo, ¿dónde estará ya ella? *Leyendo en el otro libro y dando un grito.* ¡Ay!

Doña Melchora. *Sobresaltadísima.* ¿Qué?

Prisca. ¡Nuestro Padre Jesús nos valga!

Doña Melchora. ¡Bueno, a la noche hay que llamar al médico!

Prisca. Ahí va esta bomba, tía. *Lee.* «El hombre oscuro me persigue, me acosa. Sus ojos relucen, como llamas que amenazan carbonizarme, en las tinieblas de mi sueño. ¿Qué fosforescencia fatídica despiden sus pupilas verdes?». ¡Tía, yo tengo los pelos de punta!

Doña Melchora. ¡Yo también! No leas más.

Prisca. *Sin poder dominarse.* «Le huyo y lo deseo; no me llama, y lo oigo; tiemblo en su presencia, de pavura y de amor. ¿Qué hombre es éste? Cuando mira a otra mujer me enloquecen los celos. ¿Llegaré hasta el crimen?». ¡San Pedro me acuda!

Doña Melchora. ¡Hasta el crimen! ¿Ves, Prisca, ves?

Prisca. ¡Y me alegro de haberlo visto! Pero estoy helada. Yo también parece

que vengo de la Luna.

Doña Melchora. ¿Ese es otro Diario?

Prisca. Sí, otro Diario. Aquí lo dice: «Mi libro. En estas páginas escribiré las cosas bellas que no me han pasado en la vida, pero que han debido pasarme». ¿Le parece a usted la retegrandísima embustera?

Doña Melchora. ¡Qué susto nos ha dado! ¡Es decir, que cuando no tiene a quien contarle sus bolas, se las cuenta ella misma! ¡Vamos, vamos! ¡Quita ya de mi vista esos libros, que me figuro que van a arder de un momento a otro!

Prisca. Los dejaré tal cual estaban. No advertirá nada la individua. Y bajo en seguida a que hablemos. Hay que tomar una resolución. Almas blancas, bueno; ¡pero no tanto!

Éntrase corriendo en la casa.

Doña Melchora. Sí, sí; hay que pensar en serio en el asunto. No es prudente que siga esta mujer aquí. ¡Ha embaucado al simple de José Mari!…

Por la izquierda llega Salaverría.

Salaverría. Buenas tardes, señora.

Doña Melchora. Buenas tardes, Salaverría. ¿Qué nos ha traído usted?

Salaverría. Dos pollos grandes, grandes. A bulto, dos águilas.

Doña Melchora. ¿Dos águilas? Luego les quitarán las plumas y se quedarán en gorriones.

Salaverría. No, señora, no. Son bien grandes. Si me los atropella automóvil, pido mil pesetas.

Doña Melchora. Nosotras le daremos a usted algo menos.

Salaverría. Como si no quieren dar nada. Regalo yo con mucho gusto.

Doña Melchora. Gracias, Salaverría.

Salaverría. Pero vaya, vaya, señora, al mercado de Irán. Verá qué presios. Pollos, gallinas, por las nubes.

Doña Melchora. ¡Primera vez que vuelan tan alto!

Vuelve Prisca. Trae dos sombrillas, una de las cuales le da a Doña Melchora.

Prisca. ¿Nos iremos a pasear un poco? ¡Ah, Salaverría!

Salaverría. Señorita. Tan guapa siempre.

Prisca. Regular.

Salaverría. Hoy un poco pálida. ¿Qué es eso? ¿Bilis?

Prisca. Quizá sea bilis, sí.

Salaverría. Malas son. Yo también padesco. Curo con sidra.

Prisca. Sí: es la panacea de usted para todo. Óigame.

Salaverría. Mande, señorita.

Prisca. Quería preguntarle… Sobre esa casita del monte que administra usted…

Salaverría. ¡Ah! *Atsegina*.

Prisca. No sé cómo se llama. Esa tan alta, de las maderas pintadas de verde…

Salaverría. *Atsegina*, sí. Alegría, dise.

Prisca. Una amiga mía de Madrid, por recomendación del médico, quiere pasar una temporada en la altura…

Salaverría. Bien alta está ésa. Más alta no hay por aquí. Prisca. ¿Renta mucho?

Salaverría. Mucho, no. Ni poco. Pero está alquilada.

Prisca. ¡Qué pena! ¿Quién la ha alquilado?

Salaverría. Inquilino nuevo. Caballero solo. Ni su nombre *no* sé. Vamos, no recuerdo. Tipo raro.

Prisca. ¿Ah, sí?

Salaverría. El día pasa en Fransia. Coge automóvil pequeño que tiene, y se va. De noche vuelve.

Prisca. ¡Qué extraño! ¡Alquilar una casa así sólo para pasar las noches!…

Salaverría. Es que es *astronómico*.

Prisca. *Viendo el cielo abierto.* ¿Cómo?

Salaverría. De estos chiflados que miran siempre estrellas y luna con anteojo.

Doña Melchora y Prisca cruzan una mirada de inteligencia.

Doña Melchora. ¿Qué nos cuenta usted?

Salaverría. Yo sé por criado. Suiso. Respeta mucho su señor. Ha hecho, parese, instalasión importante de aparato grande. ¿Cómo llama?

Prisca. ¿Telescopio?

Salaverría. Telescopio, eso es. Anteojo grande.

Prisca. ¡Ya está! ¡Ya está!

Salaverría. Buen humor, señorita. Pasar noches de vela, mirando seleste, a ver si hay arriba, en estrellas, gente o no hay. ¡Buen humor! ¡Como si no sobrara gente abajo, para preocuparse de arriba!

Prisca. Puede que a alguien de abajo le preocupe él también.

Salaverría. No creo, señorita. Hombre solo. Si *tendría* mujer, cuñadas, cuatro chicos, vacas, gallinas, como tengo yo, no pensaría en más gente. Ni miraría tanto a lo alto. En fin, ¡buen humor!

Doña Melchora. No lo tiene usted malo.

Salaverría. Tesoro del pobre, señora.

Doña Melchora. Dice usted bien. Del pobre… y del rico.

Salaverría. ¿Otra cosa más, señorita?

Prisca. No, nada más. Vaya usted con Dios.

Salaverría. Buenas tardes.

Doña Melchora. Adiós, Salaverría.

Vase éste por la izquierda.

Prisca. ¡Verde y con asas!…

Doña Melchora. Sí, hija, sí. ¡Blanco y migado!…

Prisca. Ande usted; vámonos a tomar el aire. Por ahí charlaremos y combinaremos nuestro plan.

Doña Melchora. Ahí viene tu tío.

Prisca. Pues a él, todavía, ni una palabra.

Doña Melchora. Ni una palabra. ¡Y lo del *Diario* mucho menos!

Prisca. ¡Nos excomulga!

Se van por la derecha.

Un momento después se oye a Don José Mari decir:

Don José Mari. Descansaré un rato, y os iré a buscar a casa de los Castro Rey. Hasta luego. *Aparece a poco. Avanza despacio en la explanada. Sus ojos se alzan para mirar a la ventanita de la enredadera.* No, no está; de seguro. Cuando ésas se marchan tan tranquilas dejándome aquí, es que no está ella. *Pausa.* Debí insistir antes en que me acompañara… *Sentándose, con desilusión y cansancio.* Y ¿para qué? ¡Ay! ¡Tarde llega a mí esta ternura!… ¡Volver a empezar la vida… y encontrarla! *Queda pensativo. Un poco desalentado irrumpe luego por la derecha en el jardín el aprendiz astrónomo, sacando de su ensimismamiento a Don José Mari, que se levanta al verle.* ¿Eh?

Humberto. *Sorprendido a su vez.* Dispense, caballero.

Don José Mari. No tengo el gusto… ¿En qué puedo servirle?

Humberto. ¿Es aquí…? ¿La… la señorita Llama?…

Don José Mari. *Repentinamente acometido de extraña inquietud.* No está.

Humberto. *También inquieto, mas por otras razones.* ¿No está?

Don José Mari. No, señor; ha salido.

Humberto. ¿Usted sabe si volverá?

Don José Mari. ¡Claro que sí!

Humberto. ¿Lo sabe usted?

Don José Mari. Nada nos ha dicho que haga pensar en otra cosa.

Humberto. ¡Ya!

Don José Mari. Pero… lo encuentro a usted como temeroso…

Humberto. Y lo estoy.

Don José Mari. *Sobresaltado.* ¿Eh? ¿Usted es… muy amigo de ella?

Humberto. Sí, señor; de poco tiempo, pero muy su amigo.

Don José Mari. *Mirándolo, con sombra de celos.* Muy su amigo…

Humberto. Y anoche, al despedirse de mí, me dijo unas palabras…

Don José Mari. ¿Anoche?

Humberto. Anoche, sí. Por el momento no me hicieron pensar; pero hoy… inopinadamente, hace un rato… han empezado a desconcertarme… a preocuparme…

Don José Mari. ¿Pues?

Humberto. Como esta mujer es tan peregrina en sus cosas… y se diría que busca siempre a sus acciones una rara originalidad…

Don José Mari. Cierto; muy cierto.

Humberto. Interpretando yo aquellas palabras, he llegado a temer una huida… una desaparición imprevista.

Don José Mari. ¡No!

Humberto. Una marcha definitiva de estos lugares; una fuga…

Don José Mari. ¡No, no!

Humberto. ¿Usted cree que no?

Don José Mari. No. Lo hubiéramos vislumbrado en casa; yo lo habría adivinado.

Humberto. ¿Usted?

Don José Mari. Yo, sí, señor. Me precio de ello.

Humberto. Entonces… ¿está usted seguro de que yo me engaño; de que carecen de fundamento mis temores?

Don José Mari. Seguro… tanto como seguro… *Con súbita alegría.* ¡Seguro, sí; porque mire usted dónde aparece ella para confirmármelo!

Humberto. ¡Ah!

Don José Mari. ¿La ve usted?

Un instante miran los dos hacia la derecha, por donde luego llega Llama, alborotadora y radiante.

Humberto. Discúlpeme, señor… Soy un poco insensato…

Don José Mari. ¡Por Dios!

Humberto. He entrado en su casa de usted de un modo…

Don José Mari. Sus temores lo explican y lo disculpan… Siéntese usted, si quiere…

Humberto. Gracias. Debo marcharme…

Llama. *Apareciendo.* Pero ¿qué veo? ¿Qué novedad es ésta? ¿Tú por aquí de

día? ¿Y en esta casa? ¡Ay, Don José Mari, tengo la cabeza más loca que tiene mujer! A mitad de camino he notado la falta de la llavecita de mi escritorio, y he vuelto a escape atrás para buscarla, temerosa de haberla perdido. Y no más que llegar al jardín, he caído en que la dejé puesta. ¡Paseo más inútil! Digo, inútil, no, con esta novedad. ¡Cuánto me alegro de que se conozcan ustedes!

Don José Mari. No; no nos conocemos.

Llama. ¿No?

Humberto. No.

Llama. ¡Pues también me alegro de que no se conozcan! *Y añade, por toda presentación, dirigiéndose a don José Mari y señalando a Humberto.* Mi maestro de Astronomía.

Don José Mari. ¡Oh!

Humberto. No la crea usted… Yo no soy maestro de nada… ni de nadie. Mi padre sí lo es. Yo soy un simple aficionado.

Don José Mari. *A Llama.* Se interesa por usted grandemente. Me decía que anoche…

Llama. ¡Pobre de mí! ¡Soy yo la que le debe tanto!… ¡Ha regalado a mi corazón y a mi espíritu con horas tan nuevas, con tan luminosas revelaciones!…

Humberto. ¡Todo lo desfigura y lo exalta!…

Don José Mari. De manera que anoche…

Llama. ¡Anoche, y anteanoche, y muchísimas noches!… ¡Noches de ensueño y de grandeza, Don José Mari! ¡Qué suprema embriaguez la que nos llega de allá arriba! ¡Yo había mirado mucho el cielo y no lo había visto! ¡Desarraigarse de la tierra y volar, volar sin alas, volar sin posarse, y sin que nos pese en las plantas ni un átomo del barro terrestre! ¡Y ahondar, y ahondar en lo insondable, y penetrar en lo infinito, y viajar sin cansancio por el misterio sideral de un mundo a otro, en busca de otros seres extraños que desconocemos y desconoceremos siempre! ¿Quién hay en Marte, quién hay en Venus, quién hay en el Sol mismo? ¿Qué personajes de magia los pueblan? ¿Cómo son? ¿Nos miran, nos quieren, nos estudian? ¿Son monstruosos o son bellos? Y si son bellos, ¿sabrán nuestros ojos apreciar su belleza? ¿Se aman y se odian como los humanos? ¿Lloran, ríen, cantan?

¿Los veremos alguna vez? Aun pensando que no, aun deplorando la pobreza de nuestros medios de investigación y de nuestra propia fantasía, ¡qué deleite supremo es el de perseguirlos sin tregua en el azul profundo de los cielos sin límites! ¿Disparato mucho, maestro?

Don José Mari. *Mortificado.* ¡Qué entusiasmo; qué aturdimiento, amiga!

Humberto. Como usted verá, es ella la maestra, y no yo. Ahora se enardece, interroga y duda; otras veces afirma, y le describe a usted los habitantes de Saturno como si fueran vecinos de su calle.

Llama. El maestro se ríe… No diré yo que sin razón. Pero este maestro, y todos, no deben olvidar que de cuando en cuando los artista, los poetas, los noveleros, los visionarios… ¡los embusteros mismos!… tenemos felices intuiciones y alumbramos o nos adelantamos a la propia ciencia. ¿Soy irreverente? ¿Disparato?

Humberto. ¡Nunca!

Hay un silencio lleno de palpitaciones y de miradas, que aprovecha Don José Mari con tanta amargura como discreción.

Don José Mari. Bien; pues yo dejo, con la venia de ambos, al maestro y a la discípula… o a la maestra y al discípulo.

Llama. ¿Se va usted?

Don José Mari. Sí: me aguardan mi hermana y mi sobrina. Hasta luego, Llama.

Llama. Hasta luego, Don José Mari.

Don José Mari. *A Humberto.* Señor, queda usted en su casa. Como amigo de *ella…* disponga… disponga de este pobre viejo; de este menguado habitante de la Tierra.

Humberto. Y usted de mí, señor.

Don José Mari. *Retirándose; disimulando la emoción que lo embarga.* Adiós, adiós, adiós…

Llama. ¡Pobre Don José Mari! Si algún día delante de mí pone cualquiera en duda que haya bondad en este mundo, yo citaré, para desmentirlo, a este santo

varón. *Dejando su capa y su boina.* Bueno, maestro; y vamos a cuentas nosotros. ¿A qué se debe…? No acabo de explicarme tu presencia aquí. Te me has revelado más audaz de lo que te creía. ¿A qué se debe…?

Humberto. A lo que ya se debe todo en mi ser: a ti.

Llama. ¿A mí?

Humberto. A ti. No vayas a reírte de lo que ahora te diga.

Llama. ¿Y si me hiciera gracia?

Humberto. No debe hacértela.

Llama. Sí: tu cara en este instante no predispone a risa. ¿Qué te sucede? Estás pálido, densamente pálido… *Tomándole una mano.* Y yerto. ¿Qué tienes, maestro? ¿Qué tienes?

Humberto. Me atormentan unas palabras tuyas.

Llama. ¿Es posible? ¿Cuáles? ¿Cuándo las pronuncié?

Humberto. Anoche.

Llama. ¿Anoche?

Humberto. Al despedirnos.

Llama. Pues no te tortures, porque cuando yo no las recuerdo, el veneno o el mal que pueda haber en ellas lo ha creado tu imaginación.

Humberto. Quizá. Mi corazón más bien.

Llama. ¿Qué dije?

Humberto. De repente apareció y desapareció ante nuestros ojos una estrella fugaz, y tú te comparaste a ella.

Llama. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo.

Humberto. Rayó un segundo el cielo su luz, y se hundió en el espacio. ¿De dónde viene y adonde va? —te preguntaste.

Llama. Y ¿no añadí nada?

Humberto. Añadiste, sí, que así somos, que así eres, que así será siempre tu vida.

Llama. Y ¿por qué te han inquietado palabras que con frecuencia suelo repetir?

Humberto. Por el momento en que las dijiste. Nos despedíamos… Entonces no me hirieron. Hoy, al recordarlas al pensar en ellas, he llegado a temer…

Llama. ¿Qué?

Humberto. Que hubieran sido intencionadas; que envolviesen la insinuación de una fuga; que fueras a desaparecer de mi vista como la estrella errante.

Llama. ¿Lo has temido, Humberto?

Humberto. Lo he temido: por eso vine en busca tuya, no pudiendo sufrir la duda hasta la noche.

Llama. ¿Tan hondo ha sido tu temor?

Humberto. Como el de quien piensa de repente que va a perder la razón de su vida.

Llama. ¡La razón de su vida!… Pero ¿ya he llegado a ser eso para ti? No te creo.

Humberto. Pues me habrás de creer.

Llama. ¡No te engañes!

Humberto. No es un engaño este sentimiento: es una profunda realidad.

Llama. ¿Y si por ventura yo desapareciese de verdad algún día como la estrella?

Humberto. Yo te buscaría hasta encontrarte.

Llama. ¿Dónde? ¿Cómo?

Humberto. Donde fuera y como fuera. Si indago y penetro en millones de mundos distantes, ¿qué me costaría recorrer éste tan pequeño donde nos hallamos para dar contigo?

Llama. *Conmovida.* ¡Maestro!

Humberto. Y daría contigo, no lo dudes: el amor no ve de cerca, pero ve de lejos.

Llama. ¡Amor has dicho!

Humberto. Pues ¿cómo he de llamarlo? Simpatía de los espíritus o atracción humana, ¿qué ha de ser sino amor?

Llama. Te miro como alucinada, Humberto. Vuelvo a repetirte que no te engañes.

Humberto. No, no me engaño: te quiero, Llama. Eres ya sangre de mi vida.

Llama. Pero ¿qué sabes tú de la mía cuando me hablas así?

Humberto. No sé más sino que ha de pertenecerme. Te quiero. Tu propio misterio me fascina. Yo entraré en él; yo me hundiré gozoso en sus ondas.

Llama. No, Humberto; no delires. De mi vida sabrás siempre menos que de algunas estrellas, te dije la primera noche que nos hablamos. Aquí mismo.

Humberto. De tu vida llegaré a saber tanto como tú.

Llama. ¡Tanto como yo!…

Humberto. ¿Ves? ¿No ha de interesarme tu existencia? ¿No has de atraerme, criatura? Apareciste ha poco, para calmar la inquietud que yo sentía, alegre, impetuosa, comunicativa, encendida como la llama de tu nombre…

Llama. ¡De mi nombre!

Humberto. Y ante mi deseo de saber de ti, de pronto te ensombreces y te marchitas. ¿Por qué es esto?

Llama. Déjame… Conténtate con el resplandor de la llama: no quieras coger con tus manos los troncos de la hoguera. ¡Huye de mi dolor!

Humberto. ¿De tu dolor hablaste? ¡Nada he sabido de él hasta ahora mismo! ¡Ya saltó una chispa en la sombra! Llama, tu dolor será mío.

Llama. Pobre contemplador de estrellas, ¿qué entiendes tú de dolores humanos?

Humberto. Pero ¿imaginas acaso que la ciencia no tiene corazón? Sus enamorados, sus devotos, son hombres primero que sabios, y porque lo son se preocupan de hallar verdades provechosas a la Humanidad, en que los demás hombres no piensan. No son, no, seres distintos de los otros, abstraídos del mundo en que nacen, alucinados por su fe y que sólo respiran y viven en la esfera de sus especulaciones. No: maestros y discípulos llevamos en el pecho más calor humano que todos. Y por eso ahora, Llama, ahora, después de haberte visto, después de conocerte, no hay en el firmamento estrella que a mí me importe más que tú.

Llama. Piensa bien lo que dices.

Humberto. No lo necesito.

Llama. ¡Hermosa fe la del amor!

Humberto. Ella gobierna el mundo en que estamos.

Llama. ¡Y ella ha encendido el mío!

Humberto. ¿Me quieres tú, Llama?

Llama. ¡Primero que tú a mí!

Humberto. ¡Oh! ¡No retardes más el hablarme! ¡Descansa en mi pecho! ¡Dame tu dolor para mí!

Llama. Sea: sea, ya que lo pides. ¿Anhelas penetrar en mi vida, verdad?

Humberto. ¡Lo anhelo!

Llama. ¿Te importan su misterio, su razón de ser, su amargura, su dicha, sus nieblas…?

Humberto. ¡Sí, sí!

Llama. ¿Lo que adivinas, lo que presientes, lo que sospechas, lo que escondo…?

Humberto. ¡Sí!

Llama. Pues oye. La casa está sola. Aquella ventanita, cuya luz te atrajo hasta a mí y encendió esta amistad, es la de mi cuarto. Sube a él. Encontrarás puesta la llave de un mueblecillo de caoba. Ábrelo, como si fuera tuyo, que ya lo es. En él guardo cartas, documentos, sagrados papeles, mis diarios, mi vida entera… ¡Húndete en ella! ¡Húndete con fervor! ¡Hasta lo que pienso de ti y no te he dicho nunca puedes saberlo ahora!

Humberto. ¡Llama!

Llama. Pero como sé que tu corazón va a estremecerse, que va a turbarse tu pensamiento, que tus manos se van a crispar con alguna revelación no esperada, ve y regístralo todo ello, si es una verdad cierta y firme ese amor que me has declarado; si eres capaz de llevar en tus brazos mi vida, sea cual sea, hasta el fin de los dos. Si no es así; si eres sólo víctima de una sugestión pasajera, que te pinta como un amor tan grande lo que no lo es, no entres, no subas, no llegues a respirar el aire de ese cuarto, lleno de mis suspiros y de mis novelas… Respeta el misterio que me rodea y que yo misma enciendo y canto… y apártate de esta infeliz mujer.

Humberto. Llama, yo acepto y amo desde ahora tu pasado, sea cual fuere.

Llama. Maestro, yo quiero que lo ames y que lo aceptes cuando lo conozcas. Allí lo tienes. Entra; sube.

Humberto. ¡Sin dudar un segundo!

Obedece sugestionado.

Llama. ¡Ah!… *Con súbito espanto.* ¡Si luego huye de mí, yo me muero!

Coge su capa y se va hacia el campo, de un vuelo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar también, media hora más tarde.

De la vivienda sale sobresaltada Pinpilinpauxa. Da unos pasos vacilantes buscando a su amigo, y al fin desaparece por la izquierda llamándolo, sin levantar la voz.

Pinpilinpauxa. ¡Miguelecho! ¡Miguelecho! *Vuelve tan inquieta como se fué y va a llamarlo por el otro lado.* ¡Miguelecho! Pero ¿dónde se ha ido? ¡Miguelecho! ¡Ah! ¡Allí sale! ¡Miguelecho! ¡Ven! *Espera impaciente.* ¡Susto bueno! ¡Bueno!

Por la derecha llega el jardinerillo.

Miguelecho. ¿Llamas?

Pinpilinpauxa. Sí. No grites.

Miguelecho. ¿Qué quieres? ¿Asustada estás?

Pinpilinpauxa. Mucho. ¡Ladrones en casa!

Miguelecho. ¡No digas! ¿Ladrones?

Pinpilinpauxa. Quisá no, pero… quisa sí.

Miguelecho. ¿Dónde?

Pinpilinpauxa. Arriba. En ese cuarto.

Miguelecho. ¿Donde señorita?

Pinpilinpauxa. Sí.

Miguelecho. Yo veré.

Pinpilinpauxa. ¡No vayas!

Miguelecho. ¡Entonses!…

Pinpilinpauxa. Iremos.

Miguelecho. No; tú no. ¿Es más de uno?

Pinpilinpauxa. Yo uno sólo he visto.

Miguelecho. ¡Por tu miedo parese cuadrilla!

Pinpilinpauxa. Avisa carabineros, mejor.

Miguelecho. Veré antes. No será ladrón, no; no será.

Pinpilinpauxa. ¿No?

Miguelecho. Más bien creo…

Pinpilinpauxa. ¿Qué?

Miguelecho. Novio señorita.

Pinpilinpauxa. ¡Ah! ¿Tú conoses?

Miguelecho. Sí. Seguí una noche. ¿No recuerdas?

Pinpilinpauxa. Sí, sí. Dijiste.

Miguelecho. Conosco bien, conosco. Con señor y señorita aquí estaba antes. Deja. Subo y veo. No te asustes; llevo tijeras.

Éntrase decidido en la casa.

Pinpilinpauxa. *Iluminándolo todavía.* ¡Por serradura puedes ver! *Va de aquí para allá, desasosegada.* Del cuerpo no me sale… *Bildura… bildura… bildura…* En castellano, miedo… miedo… miedo…

Vuelve Miguelecho.

Miguelecho. ¡Pensé asertado!

Pinpilinpauxa. ¿Es ése?

Miguelecho. ¡Ese es! Bebe agua. Que te pase susto.

Pinpilinpauxa. Ya me pasa, ya. ¿Está solo?

Miguelecho. Solo.

Pinpilinpauxa. Y ¿qué hase?

Miguelecho. Pasear. Manos atrás, pasea que pasea… Seño duro. Preocupado parese. Estará esperando.

Pinpilinpauxa. ¿A quién?

Miguelecho. ¡A ella!

Pinpilinpauxa. Pudiera ser.

Miguelecho. ¡Mira si pudiera ser, que allí viene!

Pinpilinpauxa. Me alegro. ¿Desimos?…

Miguelecho. ¿Para qué? ¡Ella sabrá!

Pinpilinpauxa. ¡Claro! Ella sabrá. No desimos, no.

Miguelecho. No desimos.

Reaparece Llama por la izquierda, abstraída. Al advertir la presencia de los muchachos les habla, pero un poco maquinalmente.

Llama. ¡Hola! ¿En amor y compaña, eh?

Pinpilinpauxa. Sí, señorita.

Llama. ¿Salieron los señores?

Pinpilinpauxa. Sí, señorita: salieron. Nadie *no* está… de la familia.

Llama. La tarde es hermosa, pero yo me he cansado de pasearme. *Disimuladamente presta oído para cerciorarse de que Humberto sigue en su cuarto.* ¿Tú, has subido, Pinpilinpauxa?

Pinpilinpauxa. Sí, señorita. Y he bajado.

Llama. Ya, ya te veo. *Vuelve a prestar oído hacia la ventana.*

Pinpilinpauxa. Señorito está arriba.

Llama. ¿Eh?

Pinpilinpauxa. *Tímidamente.* Que arriba está señorito.

Miguelecho. ¡Y desías no diremos!

Llama. ¡Si yo lo sé! Es mi abogado, que estudia unos papeles míos… un asunto…

Miguelecho. Asunto difísil. Pasea que pasea… Seño duro. Manos atrás.

Llama. Idos.

Pinpilinpauxa. Sí, señorita.

Llama. ¿Sabes tú si volverán pronto los señores?

Pinpilinpauxa. No suelen.

Llama. ¿Dónde fueron?

Pinpilinpauxa. A casa amiga. Se entretienen siempre. Toman té, juegan… Se distraen así.

Llama. Pues yo quiero… Digo, yo no quiero… Yo no quiero que sepan que está aquí… mi abogado. ¿Lo oís?

Miguelecho. Bien, señorita.

Pinpilinpauxa. Descuide, señorita.

Llama. Si los veis venir, me avisáis. *Dándole a Pinpilinpauxa la capa y la boina.* Ten ahí. Deja esto en el vestíbulo. No vayas a subirlo a mi cuarto.

Pinpilinpauxa. Ya comprendo. *Obedece y vuelve a salir en seguida.*

Llama. ¿Qué?

Miguelecho. Nada, señorita.

Llama. *Alejándose hacia la izquierda.* Cometí una imprudencia al marcharme… No era dueña de mí.

Miguelecho. *Cuchicheando con Pinpilinpauxa.* También preocupada señorita.

Pinpilinpauxa. También.

Miguelecho. Cosa grave parese.

Pinpilinpauxa. Parese. Cuidaremos puerta.

Miguelecho. ¡Ya hablamos castellano casi como señores!

Pinpilinpauxa. ¡Casi!

Miguelecho. ¡Casaremos pronto!

Pinpilinpauxa. ¡Casaremos!

Miguelecho. ¡Si en eso consiste!… *Ilusionados con esta risueña perspectiva se van por la derecha. Se presume que su vigilancia de la puerta será deficiente.*

Queda la escena un momento sola, invadida por una luz suave. Allá en lo alto brilla, como curioso, un lucero. Vuelve Llama, atraída por una voz que más bien adivina que oye.

Llama. ¿Será verdad o es ilusión de mis sentidos?… *Escuchando hacia la derecha.* No…, no es ilusión… ¡es verdad!… *Turbada: contrariada.* ¡Este hombre!… ¡Este hombre ahora!… ¿Quién lo ha empujado aquí? ¡Ahora!…, ¡ahora!… *Acércase desconcertada a la casa; mira ansiosa hacia la ventanita de su cuarto; no sabe qué hacer. Crece su inquietud.* ¡Tentada estoy de desconocerlo! Sí, sí: es lo mejor: ¡no lo conozco!

Apenas acaba de pronunciar estas palabras cuando se le aparece por la derecha Darío Candiani, el oficial marino de quien sabemos por su «Diario». Es joven, bien portado, expresivo. No viste uniforme.

Darío. ¡Por fin!… ¡Enhorabuena! Aquí estoy.

Llama. ¿Cómo?

Darío. Aquí estoy.

Llama. Sí; ya lo veo…, aquí está. Pero ¿quién es usted?

Darío. ¿No me recuerdas?

Llama. Francamente…, no.

Darío. ¿No?

Llama. No. Pienso que está usted confundido.

Darío. ¡Qué disparate! Ahora, que si tú no me recuerdas, o, peor, si lo finges, quizá debiera volver sobre mis pasos y dejarte.

Llama. Insisto…

Darío. No insistas, Iluminada; vengo a verte a ti.

Llama. ¡Ah! ¡Iluminada!… Yo usé ese nombre alguna vez.

Darío. Por lo menos, durante aquellas noches inolvidables de una travesía en el *Morsamor*. Una de ellas, ya cerca del día, tú y yo, conmovidos, con unción religiosa, echamos unas flores al mar en el mismo sitio donde el año anterior había caído el cuerpo de mi madre. ¿Me reconoces y me recuerdas ya?

Llama. *Arrepentida de su disimulo.* ¡Sin necesidad de haberte visto! Me ha bastado el oírte.

Darío. ¡Entonces!

Llama. Entonces…, Darío Candiani, es que no quería que ahora vinieses; es que has vuelto a mí en el momento menos favorable.

Darío. ¿Pues?

Llama. Porque nunca pasé por otro más inesperado, más inquietador, más hondo…, ni que más pueda decidir de mi vida. *No la abandona la constante preocupación de Humberto.* Vivo una hora de tortura y de ilusión a la par. En ella nada pueden interesarme tus desvaríos.

Darío. No son desvaríos los que hoy te traigo. Ya veo por tus palabras que llegó a tus manos mi carta de París.

Llama. Llegó: más oportunamente que tú ahora.

Darío. No me lo repitas de nuevo. Me iré, me iré… No quiero estorbarte. He vuelto a ti, sin pensar en las circunstancias, desconociéndolas, por cumplir nuestro pacto de despedida.

Llama. ¿Cuál fué?

Darío. ¡Me lo preguntas!… ¿Tampoco lo recuerdas?

Llama. Tampoco.

Darío. ¿Del mismo modo que me desconocías?

Llama. Probablemente.

Darío. Lo que deduzco, Iluminada, según te escucho y te contemplo, es que, por ese mismo pacto, si no hoy, mañana, tú también me hubieras buscado a mí.

Llama. ¿Yo a ti? Pues ¿cuál fué nuestro pacto? Aquellas noches del *Morsamor*, hablábamos, hablábamos sin tregua, más locos que cuerdos, en competencia de decir disparates, a ver quién vencía a quién en el torneo de la fantasía.

Darío. Así es la verdad.

Llama. Tú, acercándote enamorado a mí: yo, huyendo de tu amor. ¿No es así también la verdad?

Darío. Ciertamente. Pero al despedirnos…, al despedirnos en…

Llama. ¡Donde fuera! Al despedirnos, ¿qué?

Darío. Al despedirnos acordamos buscarnos recíprocamente, el día que cada uno pasara por algún suceso extraordinario, por alguna aventura imprevista o insólita, por alguna hora maravillosa o desconcertante que hasta entonces no había llegado a nuestras vidas. ¿Fué así?

Llama. Así fué.

Darío. Luego tú has debido buscarme en estos momentos en que te hallo.

Llama. Estos momentos son para mí sola. Nada tienen que ver, ni con aquel pacto, ni contigo. ¿Y tú, por qué vienes a mí?

Darío. Porque me ha sucedido, amiga mía, algo estremecedor, increíble: algo que me da un nuevo ser.

Llama. ¿Un nuevo ser? ¡Extraordinario es eso! ¿Hallaste acaso a la mujer

nunca vista de los ojos grises?

Darío. No; más.

Llama. ¿Encontraste la selva en que flores y árboles lloraban como seres humanos?

Darío. Más; más.

Llama. ¿Volvieron ante ti las sombras silenciosas de tus muertos queridos, que con su silencio te hablaban?

Darío. Más aún.

Llama. ¿Más aún, Darío?

Darío. ¡Mucho más! No cabe en mente humana lo que vengo a contarte; lo que te voy a descubrir, soñadora. Aun estando absorbida por tus actuales preocupaciones, aunque te ausentes de mis palabras, aunque tu espíritu me rechace, aunque tus ojos huyan de los míos, me has de mirar y me has de oír en cuanto te lo diga. Sábelo ya, mujer: yo he muerto y he resucitado.

Llama. ¡Darío! ¡Gran quimera esperaba siempre de ti, pero no tan grande!

Darío. Yo, en cambio, esperaba tu risa.

Llama. ¿Mi risa? No está para reír mi ánimo. Ni para seguir escuchándote tampoco.

Darío. Un minuto no más. Al morir sentí una paz inefable y augusta. Mi cadáver ha flotado horas enteras sobre las olas. Resucité en una cabaña de pescadores. Un dolor intenso me hizo comprender que volvía a vivir. Conozco ya, por milagro de Dios, el gran misterio. Sé algo de después de la muerte. Busco un espíritu hermano para confesarme.

Llama. ¡Calla! ¡No blasfemes ni desatines! ¡Por acercarte de nuevo a mí has discurrido esto! ¿Cómo he de creer yo tales patrañas? En tu vida, vulgar como la mía, necesitas crear tú mismo lo extraordinario.

Darío. Yo te juro…

Llama. No jures ni delires más. Vete; déjame. ¡Por favor! Si eso que me cuentas fuera posible; si algún día pudieran los hombres saber su destino ulterior a

la vida terrena, ése sería el de mayor desolación de la. Humanidad. No, no; la gran verdad está sepultada bajo nieves eternas, y sólo las podremos hollar tras el frío de la muerte. De la muerte; no de una ficción o apariencia de muerte. Pero ahora no es tampoco la muerte ni sus nieblas lo que me preocupa; ahora es la vida; solamente la vida. ¡Con su dolor o con sus amores! ¡Pero nada más que la vida! ¡La vida, que nos lleva y nos trae; que nos ata o nos suelta las alas, que nos humilla a su placer, enseñándonos, cuando más alta llevamos la frente, que nuestros pies están sujetos a la tierra! Déjame.

Darío. ¿Es que diste al fin, lejos del amor mío, con paraje en que detenerte y descansar?

Llama. ¡No lo sé!

Darío. ¿O sigues todavía, como siempre, huyendo del amor?

Llama. ¡No lo sé tampoco! Si siempre he huido del amor ha sido ante el espanto de que el amor huyera de mí.

Darío. ¡El mío no hubiera huido nunca!

Llama. ¡No lo quiero saber!

Darío. ¿Continúa tu espíritu en aquella salvaje libertad, indómita, rebelde…?

Llama. ¡No lo sé!

Darío. ¿No te cansa el vuelo constante?

Llama. Quizá… ¡No lo sé! Déjame.

Darío. Sí. Te dejo. A pesar mío, te dejo. Me has oído ya lo que deseaba revelarte. Tú me buscarás.

Llama. No.

Darío. ¿No me buscarás?

Llama. No quisiera. Porque si te busco…, será para hablar de la muerte más que de la vida…, y tú no quieres eso tampoco…

Darío. Es que tu vida…, es que tu vida…

Llama. ¡Calla! Mi vida viene ahí. ¿No sientes sus pasos? ¡Pues esa que viene ahí es mi vida! Vete; vete.

Darío. Me voy, sí. ¡Qué remedio! Me voy… ¡en apariencia! Llama. ¿Eh?

Darío. Sí; no me mires. No ofendo a nadie: no traiciono a nadie. Esto es más fuerte que mi voluntad. Aunque, obedeciéndote, me quisiera llevar de aquí mi corazón y mi alma, ellos se niegan a acompañarme. ¡Se quedan junto a ti! Pero aunque sea para hablar de la muerte…, ¡búscame tú algún día! ¡Búscame, Iluminada! ¡Búscame! *La contempla un punto, y antes de marcharse se pregunta con desolación:* ¿Por qué he vuelto a la vida?

Llama. *Tras un gran suspiro; clavados los ojos en la puerta de la casa, por donde a poco aparece Humberto.* ¡Ay! ¡Ahora sabré yo de verdad si vivo o si muero!

Sale, efectivamente, Humberto. Al verla, corre anheloso a estrechar sus manos. Se miran conmovidos. Ninguno de los dos acierta a pronunciar palabra. Humberto se separa de ella y busca con la vista a alguien. Luego, la interroga: ***Humberto****. ¿Con quién hablabas tú?*

Llama. ¿Me has oído?

Humberto. He sentido tu voz y otras desconocidas.

Llama. Eran, antes, Pinpilinpauxa y Miguelecho, criados de la casa.

Humberto. ¡Ah!

Llama. Ahora, un antiguo amigo, marino: un oficial a quien conocí hace tres años, y con el que he charlado mil locuras. Ya se fué.

Humberto. No sabía que me esperabas aquí.

Llama. Aunque no hubiera estado aquí, te esperaba.

Humberto. Yo habría podido bajar antes.

Llama. Yo comprendí que hice mal en dejarte solo, y vine a remediar mi imprudencia. ¿Estás inquieto?

Humberto. No.

Llama. ¿Acaso triste?

Humberto. ¡Menos aún!

Llama. *Entre lágrimas.* ¿Y yo, cómo estoy?

Humberto. ¡Más hermosa que nunca!

Silencio. Ella espera a que él hable, baja la mirada. Como el silencio se prolonga, se atreve al fin a preguntarle: ***Llama****. ¿Lo sabes ya todo?*

Humberto. No.

Llama. ¿Qué sabes?

Humberto. Nada.

Llama. ¿Nada?

Humberto. Lo mismo que sabía.

Llama. ¿Qué has hecho, entonces…?

Humberto. Detenerme ante el misterio: respetarlo.

Llama. ¡Maestro!

Humberto. Proceder como tú.

Llama. ¿Tú, el investigador, el curioso, el insaciable…?

Humberto. Yo; el insaciable, sí.

Llama. ¿Miedo de saber, por ventura?

Humberto. ¡No! Es ése el único miedo que no conozco.

Llama. ¿Ni ahora; ni conmigo?

Humberto. Ahora y contigo, menos que nunca.

Llama. Pues ¿cómo has tardado tanto tiempo…?

Humberto. ¿Te ha parecido mucho?

Llama. *Con graciosa y conmovedora ponderación.* ¡Un año de Júpiter!

Humberto. *Sonriéndole.* ¡Mucho ha sido!

Llama. ¿Qué has hecho allá arriba?

Humberto. Arrepentirme, antes que nada, de mi ciego arrebato al subir. Luego, meditar, soñar, beber tu espíritu en la atmósfera de tu cuarto, besar la almohada donde sueña y descansa tu cabeza. ¡Levántala ante mí tranquila, esperanzada! Ni un momento más quiero verte así, como si yo, en vez de tu enamorado, fuese tu juez.

Llama. ¡Humberto!

Humberto. ¿A qué ofenderte escudriñando una verdad, cuando te tengo a ti que me la reveles? Lo que haya de saber yo de ti y de tu vida, quiero escucharlo de tus labios.

Llama. ¡No!

Humberto. ¡Sí! Y de tus labios, cuando seamos enteramente el uno del otro, en cuerpo y en alma.

Llama. ¡Yo quiero que sea antes!

Humberto. ¡Antes, nunca!

Llama. Entonces, separémonos.

Humberto. ¿Separarnos? ¿Por qué?

Llama. Porque mañana, unido ya a mí, pudiera angustiarte y dolerte lo que hoy te resistes a conocer de mi vida.

Humberto. ¡Eso sería si yo no te quisiera tal como eres! Pero ¡si yo te quiero así! Tu pasado no me inquieta nada si tú no deseas descubrírmelo. El pasado es humo y es viento. Para mí naciste la noche que te vieron mis ojos.

Llama. ¡No, Humberto, no! No me mires como mujer: mírame como una nueva estrella que aparece en tu firmamento. ¿No te esforzarías por analizarla?

Humberto. De las estrellas sabemos por los mensajes de luz que nos envían; de ti sé también por tu luz. No aspiro a saber más.

Llama. ¿Te da miedo?, vuelvo a preguntarte.

Humberto. Ya te he contestado que no.

Llama. ¿Sinceramente?

Humberto. Podría jurarlo.

Llama. ¿Nada, pues, piensas que te asustará ni te pesará el día de mañana?

Humberto. ¡Nada!

Llama. ¿Nada descubrirás en mí que te entristezca y te lleve al arrepentimiento?

Humberto. ¡Nada!

Llama. ¿Que te avergüence, acaso?

Humberto. ¿Que me avergüence? ¡Imposible, Llama! ¡No te ofendas! ¡Ven a mí! ¡Ven a mí!

Llama. Aguarda todavía. Quiero preguntarte… ¿Si hubiese habido en mi vida otra pasión?…

Humberto. ¡No habría podido ser mayor que la mía! ¡Yo sabría ofuscarla y desvanecerla!

Llama. ¿Y si nos separasen tal vez religiones distintas?

Humberto. Tú vendrías a mi fe, o yo iría a la tuya.

Llama. ¿Y un crimen?

Humberto. ¿En tu vida pasada?

Llama. Sí.

Humberto. ¡No eres tú capaz de cometerlo!

Llama. Pero ¿y si lo hubiese?

Humberto. ¡Soy tu cómplice desde ahora!

Llama. ¿Y una fortuna torpemente adquirida?

Humberto. La restituiríamos.

Llama. *Después de mirarlo hondamente.* ¿Y si…? *Su voz se quiebra y calla.*

Humberto. ¿Qué?

Llama. ¿Y si…?

Humberto. ¿Qué, alma mía, qué?

Llama. *Con supremo esfuerzo.* ¿Si yo desconociera mi origen?

Humberto. ¿Eh?

Llama. ¿Si hubiese buscado inútilmente a mis padres por el mundo entero?

Humberto. ¡Oh! ¡Engendrarte y no conocerte!… ¡Es mayor la pena que la culpa!

Llama. ¡Así sólo puede hablar un enamorado!

Humberto. Pues ¿quién es quien te habla?

Llama. Pero ¿y si lo que te digo fuera así?

Humberto. ¡En mi corazón encontrarías todo el calor que te faltó al nacer!

Llama, conmovidísima, llora silenciosamente, cubriéndose el rostro. Humberto, callado, respeta su emoción, de la que participa. Al cabo, ella se rehace y, como si volviera a otra vida y de otro mundo, le sonríe y exclama, buscando sus manos: ***Llama****. ¿Y si después de todo esto no fuese más que una mujer traviesa, original, soñadora, que quiere vivir horas excepcionales, llenas de encanto y de misterio; que las inventa, si la vida no se las da…? ¿Si no fuera más que esto?*

Humberto. ¡Lo mismo te querría para mí! ¡No prolongues más tu interrogatorio, que para los dos es un martirio inútil; que te están aguardando mis brazos! ¡Como hayas sido y como eres, te quiero para mí!

Llama. *Abrazándosele.* ¡Pues para ti soy ya desde ahora!

Humberto. ¡Para mí! ¡Para mí!

Llama. *Elevando sus ojos al cielo.* ¡Estrellas escondidas, miradnos!

Pausa.

Humberto. Alguien viene, Llama.

Llama. ¡Qué importuno, quien sea!

Humberto. Te dejo.

Llama. ¡Qué importuno!

Humberto. Hasta la noche.

Llama. ¡Iré más temprano que nunca! Hasta la noche. Humberto. ¡Hasta la noche! *Se aleja por la izquierda.*

Llama. *Jubilosa.* ¡Miradnos, estrellas escondidas!

Por la derecha llegan en esto Prisca y Doña Melchora, indignadas.

Doña Melchora. ¡No nos quedaba otra cosa que ver!

Llama. ¿Eh? ¡Ah! ¡Mis amigas!…

Prisca. ¿Quién es el que huye de nosotras?

Llama. ¿Huir? ¡Qué tontería! ¡No huye nadie!

Prisca. ¿Quién es ese hombre?

Llama. ¡Ah! ¿Ese hombre? ¿Qué importa quien sea?

Doña Melchora. A usted, no; pero a nosotras, sí. ¡Esto ya colma el vaso, señora! ¿Quién es?

Llama. *Con alegría que no quiere contener.* ¡Mi maestro, mi amigo, un caballero, un mito, un fantasma!

Prisca. ¡Un fantasma de carne y hueso!

Por la izquierda surge Don José Mari, que, sin duda, ha visto marcharse a Humberto. Suave melancolía le inunda el corazón. Silenciosamente se sienta aparte, y allí permanece oyéndolo todo sin hablar palabra.

Doña Melchora. ¿Está usted contenta?

Llama. ¡Mucho! ¡Muchísimo! ¡Oh, Don José Mari, mi defensor, mi amigo cariñoso! *Le estrecha las manos.* ¡Estoy contenta, muy contenta! ¡Y ustedes, impacientes amigas, van a quedarlo aún más! ¡Mañana, pasado, muy pronto, desapareceré de esta casa, donde he sido unos días la perturbación, el trastorno, el miedo…!

Prisca. ¡No lo sabe usted bien!

Llama. ¡Sí, lo sé, Prisca! ¡Sí lo sé! ¡Desde el primer instante! Pero mi egoísmo no me ha permitido dejar a ustedes. ¡Era aquí tan dichosa! ¡No las olvidaré jamás! ¡Esta casa será para mí siempre objeto de gratitud, de culto!… ¡No me olviden ustedes a mí!

Doña Melchora. No, señora, no; esté usted segura.

Prisca. ¡No hay temor de que la olvidemos!

Llama. ¡Ja, ja, ja! ¡Desapareceré muy pronto! ¡Muy pronto!

Va a entrarse en la casa, y al oír a Doña Melchora, se detiene, volviéndose hacia ella.

Doña Melchora. Pero ¿se irá usted sin decirnos quién es?

Llama. ¡Claro! ¡Ahí está la gracia! ¿Verdad, Don José Mari?

Prisca. ¿Ni siquiera su verdadero nombre?

Llama. ¡Mi nombre! ¿Qué vale mi nombre? ¡Una mujer! ¡Una mujer que llora, y que ríe, y que espera, y que ama! ¡Una mujer que no sabe ni adónde va ni de dónde viene, ni ha querido saberlo nunca! ¡Una sembradora de sueños! ¡Una llama del sol, que se desvanece! ¡Una estrella errante que se traga la noche!… ¡Mi nombre!… ¡Llama, Piadosa, Iluminada, Misterio!… ¡Novelera!…

Éntrase en la casa. Doña Melchora y Prisca, sobrecogidas y turbadas, se santiguan, mirándose, como quien ve visiones. Don José Mari se lleva el pañuelo a los ojos.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía y El Escorial, octubre, 1928.

RONDALLA

POEMA DRAMÁTICO POPULAR EN TRES ACTOS Y EN PROSA. EL TERCER ACTO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Estrenado en el **Teatro Principal**, de Zaragoza, el 14 de diciembre de 1928

A ZARAGOZA,

la grande, la heroica, la invicta

y noble capital de Aragón, que

nos ha honrado llamándonos sus hijos.

Con cariño nacido en la juventud y

ensanchado y fortalecido en estos días,

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Leonor. María Guerrero. Pilarín. Carmen Larrabeiti. Serapia. Rosario Pino. Siñá Feliciana. Matilde Rodríguez. Siñá Vicenta. María Valentín. Anacleta. Josefina Taboada. Petrica. Francisca Alcántara. Agustín. F. Díaz de Mendoza y Guerrero. Mosén Aquilino. Emilio Thuillier. Rosendo el Jotero. Emilio Mesejo. El Tío Cabezo. Fernando Díaz de Mendoza. Zequielico. C. Díaz de Mendoza y Guerrero. Guirlache. José Capilla. Mozos de la ronda.

RONDALLA

ACTO PRIMERO

Plazuela en Canales, pueblo imaginario de Aragón. Al foro, la casa de Leonor, hija de labradores. Balcón sobre la puerta. Al pie de ésta, un poyete. Junto al balcón, una ventana. En el muro, hacia la derecha del actor, un retablillo con una imagen de la Virgen venerada en el pueblo.

Es por la mañana, en los comienzos del verano.

Simultáneamente, e impulsados por un anhelo mismo, salen Agustín y Leonor, él, por la izquierda; ella, a la ventana de su casa. Viven las envidiables horas de un gran amor naciente.

Agustín. ¡Leonor!

Leonor. ¡Agustín!

Agustín. ¡Buena corazonada he tenido!

Leonor. ¡La mesma que'o!

Agustín. Yo me dije: al que madruga, Dios le ayuda. Pasa por su puerta, Agustín, a ver si por casualidá sale a la ventana.

Leonor. Y'o pensé: me voy a asomar a la ventana, que a lo mejor pasa Agustín y lo veo.

Agustín. ¡Acertamos los dos!

Leonor. ¡Tú discurres con mi cabeza y'o con la tuya!

Agustín. ¡Yo siento con tu corazón y tú con el mío! Guapa estás de mañana.

Leonor. Pa tus ojos, siempre que me ves es la mesma hora. Agustín. A la *tardada* volveré a decítelo.

Leonor. Pus a la noche llégate por el corral, que con desimulo tengo que alvertite una cosa.

Agustín. Alviértemela ahura, que estamos solos.

Leonor. Eso te paice. Cien ojos nos están mirando y cien oídos nos ascuchan.

Agustín. Entonces déjalo pa luego.

Leonor. *Bajando la voz.* Acércate, que te hable abonico.

Agustín. *Obedeciéndola.* ¿Qué sucede?

Leonor. Por el pronto sólo te diré que en la sala está el siñor cura hablando en riserva con mis padres.

Agustín. ¿En riserva?

Leonor. Pero no tanto que a mí se me haya ido por alto. Cuando se quiere como te quiero yo, hasta en el silencio se oyen voces si alguien trebaja contra una.

Agustín. ¿Contra nosotros viene Mosén Aquilino?

Leonor. Contra nosotros.

Agustín. Y ¿qué mal le himos hecho con querernos al siñor cura? ¡Si él nos ha de casar!

Leonor. A la cuenta él no viene de por sí, que viene mandau.

Agustín. Bastante me has dicho. Ya sé'o de dónde sopla el aire.

Leonor. Este querer nuestro ha levantao humareda.

Agustín. Pus ¡antes dejará el sol de alumbrar la tierra que'o de quererte!

Leonor. Y ¡antes dejará la luna de tomar luz del sol que'o de ser tuya! Hasta luego.

Agustín. Hasta luego. *Ella se retira rápidamente. Él, con explosión de cariño, exclama al tiempo de marcharse.*

¡Si me muero, que me entierren

a la puerta de su casa,

porque yo sienta sus pasos

cuando venga o cuando vaya!

Desaparece por la derecha. Se cruzan con él, que no los ve de puro abstraído, Rosendo el jotero, viejo baturro, inventor de coplas y saco de experiencias, y Zequielico, mocete socarrón, tímido y receloso.

Zequielico. ¿Ha reparao usté?

Rosendo. ¡Lo mesmo que tú!

Zequielico. Se fegurará que no l'himos visto, y bien que l'himos visto.

Rosendo. ¡Bastante le importa a él que lo vean u no! ¡Con su querer tiene de sobra!

Zequielico. ¡Miusté, miusté: va echando coplas solo! ¡Pajee que ha perdido la cabeza!

Rosendo. To el que se enamora la pierde. Y esta pareja, por las trazas, va a quitále fama a la de Teruel.

Zequielico. Él lleva ya camino: en los güesos se está quedando.

Rosendo. El querer con esa calentura a denguno engorda, mocete.

Zequielico. A mí me gustaría ver a estos dos de momias, como a los de Teruel.

Rosendo. Y ¿a qué ese gusto, Zequielico?

Zequielico. Pa ver si adevinaba'o por los güesos cuál era el uno y cuál el otro.

Rosendo. ¡Vaya una adevinanza! ¡Ahura se les distingue muy bien! ¿No te basta mirálos?

Zequielico. Mal nigocio el de esos amores.

Rosendo. Mal nigocio. Desputas y enconos de los padres, siempre los pagan los enamoraus.

Zequielico. Los que no tienen culpa denguna. El dimoño es enamorarse.

Rosendo. No digas herejías, mocete. ¡El dimoño es no poderse'a enamorar! ¡Quién tuviera tus años, pa envitar el dimoño tos los días a dos tragos de vino! ¡La delicia del mundo! No se discurrirá otra, no.

Zequielico. Pero trae desgustos, Rosendo.

Rosendo. Y ¿qué cosa en esta vida no los trae? ¡Ay, Zequielico! Di tú que lo más malo es llegar a viejo.

Zequielico. Es mucho más malo no llegar.

Rosendo. ¡Qué sé'o, qué sé'o! Vamos a dejálo. Quédate con Dios, que sabes más que un ratón de bodega.

Zequielico. ¿Adónde va usté tan de supíto?

Rosendo. Ya te lo he dicho, hombre: voy a casa del siñor cura.

Zequielico. ¿De mosén Aquilino?

Rosendo. Justamente.

Zequielico. ¿A lo de la fiesta, por un si es caso?

Rosendo. Si lo sabes, ¿a qué me lo preguntas, camastrón? Zequielico. Por si me habían equivocau los informes.

Rosendo. Paice ser que el siñor alcalde se cierra en no dar premiso a los mozos pa rondar este año.

Zequielico. Los estrapalucios del año pasau tienen la culpa. No quedó cabeza sin golpe. Y salieron a relucir trabucos y navajas, que jué lo más pior.

Rosendo. ¡Es que si le quitas al rondar esos alicientes…! Y risulta que como a mí me llaman Rosendo el jotero, quién colgarme ahura toas las coplas piconas que hicieron sangre. ¡Y toas no jueron mías!

Zequielico. Las más dañinas sí que lo jueron.

Rosendo. Unas, sí… y otras, sí; pero todas, no.

Zequielico. Aquella que ponía como los trapos al boticario no va usté a negála.

Rosendo. Ni hay por qué. Yo no hice más que ripetir en ella lo que a una voz icía to el pueblo.

Zequielico. ¡Pus anda, que la del medico!…

Rosendo. De ésa no me ricuerdo. ¿Cómo era?

Zequiblico. ¿No se ricuerda usté? ¡Y me ha llamau a mí camastrón! ¡Güeno, güeno! A ver si era así:

Si necesitas medíco,

no acudas a Don Andrés,

porque de tres enfermicos

se le mueren otros tres.

¿Es de usté o es mía?

Rosendo. Hombre, cuando se le gasta una groma al boticario, hay que gastále otra al medico, pa que no se incomode. Son oficios muy al consonante.

Zequiblico. Ya podía usté sacarme a mí una.

Rosendo. ¿A ti?

Zequiblico. Pa una moceta.

Rosendo. ¿La festejas tú?

Zequielico. Por si llegara el caso.

Rosendo. ¿Quién es?

Zequielico. *Mirándolo con algún recelo.* Aún no es cosa segura.

Rosendo. ¿Cómo se llama?

Zequiblico. ¡Iba usté a saber tanto como yo!

Rosendo. Pero el nombre pudiera darme la ideíca. ¿Cómo se llama?

Zequiblico. No me conviene publicálo.

Rosendo. Pus dime siquiá dónde vive.

Zequiblico. Se ha mudau, como dijo aquél.

Rosendo. Pero ¿vive en el pueblo?

Zequiblico. Cuando no está juera, sí, siñor.

Rosendo. Estás tú como el que no quiere icir una palabra. ¿La conozco yo?

Zequielico. Se lo preguntaré en cuanto la vea.

Rosendo. ¿Es bonita?

Zequiblico. A mí me lo risulta.

Rosendo. Sí lo será, sí. Por aquello que se ice que el pior tocino se come la mejor bellota.

Zequiblico. ¡U se la quié comer!

Rosendo. ¡Pero, con esos promenores que me das, no hay Zorrilla que te saque la copla! Sin madera ¿cómo he de hacer cucharas? Dame a lo menos las señas presonales, hombre.

Zequiblico. ¿Las señas presonales de quién?

Rosendo. De tu novia, borrico. ¿Cómo le voy a sacar la copla si no?

Zequielico. *Vacilando un momento.* Compromete mucho dar que icir. No, siñor, no. Vamos por sus pasos. Ni es mi novia ni tiene señas presonales.

Rosendo. Pero ¿vas a desconfiar de un viejo?

Zequielico. ¡Tiene usté un sobrino!

Rosendo. ¡Lo que es así!… ¿En dónde me apoyo para hacer la copla?

Zequielico. Hombre, llámela usté lucero, estrella, clavelina, ramo de

albahaca… U en otro estilo, jarrica de leche, güevo pasau por agua… U si no, jamón en dulce, rosquilla, guirlache, almendruca…

Rosendo. Pero, güeno, ¿tú quieres una copla o un osequio pa el día del santo? Porque siendo así, te conviene el confitero más que'o.

Zequielico. De más sabe usté lo que'o quiero.

Rosendo. Pus no pregunto más. A ver si con lo poco que me has declarau y algo que'a barrunto, te vale esta que se me ocurre ahura.

Zequielico. Vamos a ver.

Rosendo.

No te diré quien yo soy,

porque vengo de inconíto;

ni te digo que soy tonto

porque no lo necesito.

¿Está bien?

Zequielico. No está mal. Pero risérvela usté pa su sobrino; que a mí no me encaja.

Rosendo. ¡Como que a ti lo que te encajaba era que'o te hubiera dau cuatro coscorrones en el tozuelo hasta sacarte chispas! ¡Miá qui es pritensión! ¡Pedirme una copla y no icirme pa quién es! ¡En los años de jotero que llevo no me ha pasau na parecido! ¡Adiós, hombre, adiós; y haticuenta que no te ahorcarán por endiscreto! *Vase por la izquierda.*

Zequielico. ¡Vaya usté con Él! ¡Y güen prencipio e fiesta!… Se ha picau. Pus en un pelo estuvo que se lo declarara; pero me arripentí en seguida. Es muy peligroso. *Mirando de pronto hacia la izquierda.* ¡Pañales! ¡Allí viene ella! ¿Es casolidá? ¡Me paice mucha casolidá! ¿Me habrá acechau? Pus yo, ni la aguardaba, ni la hi visto venir. Estoy aquí liando un cigarrico. *Siéntase en el poyete a ello. Canturrea como distraído.*

Estaba la Virgen Mária

debajo de unos arbóles,

comiendóse unos pampános

con los santos apostóles.[1]

Sale Pilarín, linda moceta, prendada a su vez de Zequielico, pero también muy reservada y maliciosa. Trae un cantarilla a la cintura, que deja al llegar en el suelo. A poco se sienta sobre él, haciéndose, como su galán, la desentendida.

Pilarín. (¡Estás aviau si aguardas que'o te mire primero que tú!). ¡Lo que pesa el cantáro, madre! Vamos a descansar un poquito. Cada día me paice que se han llevau más lejos la fuente.

Zequielico. (¡Yo estoy distraído con las volteretas del humo!).

Pilarín. *Canturreando también para sí.*

El salero de la sal

lo ponen en una mesa;

el que quiere coger, coge,

y el que no quiere, lo deja.

Zequielico.

Carretera real arriba,

carretera real abajo,

lo primero que se alcuentra,

los palos del telegráfo.

Pilarín. *Como sacudiéndose las moscas.* ¡Qué moscas más pesadas! ¡No paran de zumbar a la oreja de una! Como ha sido invierno de mucho llover, el verano va a ser de miseria. ¡Uf! ¡Qué peste!

Vienen por la derecha, también con cántaros, Petrica y Anacleta, mozas de buen ver, como Pilarín, que van hacia la fuente. En seguida reparan en la pareja y se dirigen al

galán.

Petrica. ¡Hola, Zequielico! ¿Qué haces aquí?

Zequielico. ¡Hola, mocetas!

Anacleta. Dios te guarde, hombre.

Zequielico. ¿Qué es eso? ¿Vais por agua?

Petrica. Por agua… y por lo que se tope en el camino. Anacleta. Pero, escucha, ¿estáis peleaus?

Zequielico. ¿Cómo?

Anacleta. Que si estáis peleaus.

Zequielico. ¿Quién?

Anacleta. Pilarín y tú.

Zequielico. ¿Pilarín y'o? ¿De dónde sacas eso?

Petrica. ¿De dónde ha de sacálo? ¿Hay más que mirarte y mirála?

Anacleta. ¡Pus claro, hombre!

Zequielico. Pero ¿es aquella Pilarín?

Petrica. ¡Güeno, güeno! Éste se hace el desimulau.

Anacleta. Y se le trasmuda la color. ¡Güeno, güeno!

Petrica. ¡A mí no me gusta estorbar!

Anacleta. ¡Ni a mí tampoco! Vamos a dejálos en la soledad, que es lo que querrían.

Petrica. Pilarín, no güelvas la cara, que te vas a alcontrar a la espalda con quien tú sabes. ¡Ja, ja, ja!

Anacleta. Y ¡vaya si lo sabes! ¡Ja, ja, ja!

Pilarín. ¿Eh? ¿Qué?

Anacleta y Petrica se alejan por la izquierda riéndose.

Zequielico. ¡Pilarín!

Pilarín. ¡Zequielico!

Zequielico. No te había visto, maña.

Pilarín. Ni'o a ti tampoco.

Zequielico. Me había sentau aquí a echar un cigarrico…

Pilarín. Y'o a descansar del peso del cantáro. ¿Qué me decían ésas?

Zequielico. No he prestau atención.

Pilarín. Más refitoleras no las hay.

Zequielico. ¿Has estau en la fuente ya?

Pilarín. De ella vengo.

Zequielico. ¿Vas na más por el agua?

Pilarín. No sé'o que en la fuente den bizcochos de Calatayud.

Zequielico. Bizcochos no dan, pero hay alcuentros que pudieran ser dulces.

Pilarín. U amargos.

Zequielico. Eso, sí. Pero, vamos, que si te alcontraras con Marianín, el azutero de la acequia de la huerta vieja…

Pilarín. ¡Pus le diría adiós si me saludaba!…

Zequielico. ¿Na más que adiós?

Pilarín. Eso que lo averigüe a quien le importe.

Zequielico. Tamién es verdá.

Pilarín. Desimula que te pregunte: ¿asperabas por un si es caso a Leonor, plantau a su puerta?

Zequielico. No asperaba a nadie. Te hi dicho ya que echaba un cigarrico.

Pilarín. Podía ser que picaras al presente tan alto.

Zequielico. Ni alto ni bajo: no pico por ahura.

Pilarín. ¿No picas, eh?

Zequielito. No pico.

Pilarín. Es lo más comódo.

Zequielico. No trae priocupaciones.

Pilarín. Y ¿no vas a rondar esta fiesta?

Zequielico. Lo ha prohibido el alcalde.

Pilarín. Icen que le va a hablar mosén Aquilino pa que lo autorice.

Zequielico. ¡Qué sé'o, qué sé'o!

Pilarín. Menos me importa a mí que a tú.

Zequielico. Pus que sea enhoragüena.

Pilarín. Paice ser que van a acudir muchos forasteros.

Zequielico. ¡Y muchas forasteras tamién!

Pilarín. ¡Tamién! Como que viene una con la que se mermura que tu madre busca un ajuste de boda pa tú.

Zequielico. ¿Por dónde lo has sabido tan pronto?

Pilarín. ¡Por los hilos del telegráfo!

Zequielico. ¿Te ríes?

Pilarín. No es caso de llorar.

Inopinadamente llega por la derecha la Siñá Feliciana, madre de Pilarín.

Siñá Feliciana. Pero ¿qué es esto? ¿De palique aquí en la plazuela con este gurrión? ¿Es este tu ir y venir a la fuente?

Zequielico. ¡No, señora!

Pilarín. Yo le diré a usté, madre…

Siñá Feliciana. A mí no tienes nada que icime: me bastan los ojos. Anda pa casa ya, que me has salido masiau festejadera, y esto va a terminarse. Cuando te llegue el punto de un cortejo, has de consultálo primeramente conmigo, ¿lo oyes?

Pilarín. Pero si…

Siñá Feliciana. ¡Ni pero si ni palabra denguna! ¡En casa lo que hace falta es un hombre y no un alfeñique! ¡Brazos pa el trebajo, y no manos pa tañer la vigüela, que es to lo que sabe este esmirriau!

Por la izquierda aparece oportunamente la Siñá Vicenta, madre de Zequielico.

Siñá Vicenta. ¡Oiga usté siñá Feliciana! ¡Que la estoy ascuchando a usté! ¡Menos disprecios!

Zequielico. ¡Madre!

Siñá Vicenta. ¡Tú te callas ahura!

Siñá Feliciana. ¿Me estaba usté ascuchando, verdá? ¡Pus miusté una cosa que no siento!

Siñá Vicenta. ¡Es que si mi hijo le paice a usté de alfeñique, a mí su hija de usté me paice una pelufica de caña! ¡Madre de Dios! ¡No pué con el cantáro! ¡De su casa a la fuente necesita sentarse qué sé'o las veces en el camino! ¡Escoba una habitación y se cansa! ¿Es esto una mujer o es una moñaquica? Ponga usté que Dios le mande un hijo, u dos u tres, que tenga que criálos…

Zequielico. *Asustado, sin poder contenerse.* ¡Qué de prisa va esto!…

Siñá Vicenta. ¡Y me se queda viudo el mozo a las primeras!

Siñá Feliciana. ¡Pus, oiga usté; por lo mesmo que ella es una cosica tan delicada, yo hi de buscále un hombre cabal, lo que se ice un hombre, no una

lombriz de caño sucio! ¡No hi de autorizar en mis días que se junte un par de miserias! ¡De modo y manera que no se cuide usté de ir buscando aponderador, porque no ha de haber boda!

Siñá Vicenta. ¡Ni'o he pensau en buscar aponderador, ni menos he pensau en boda, ni le hi aconsejau tanto así sobre que mire u deje de mirar a su hija de usté; poniendo por escomenzar que a él le guste!…

Zequielico. ¡A mí no me gusta!

Pilarín. ¿Eh?

Zequielico. Quiero icir que'o no hi hablao una palabra; ni que sí ni que no. Lo que'o piense de ella, está en mis adentros. Yo estaba aquí sentau…

Señá Vicenta. ¡Pus no son horas de estar sentau en parte denguna! Vete a casa, que te aspera tu hermano.

Zequielico. Sí, siñora, sí.

Siñá Feliciana. Y tú tamién. Y derechica y sin más razones, que el agua de la fuente se calienta con las platicas de los mozos. Y a mí me agrada fresca.

Pilarín. Sí, siñora, sí.

Zequielico. *Yéndose por la izquierda.* (¡Las ganas que me se pasan de golver la cabeza pa mirála! ¡Pero no la güelvo!).

Pilarín. *Yéndose por el lado opuesto.* (¡Pilarín, Pilarín, con dos desputas como la presente, el camino se alcorta!).

Pausa. Las dos viejas los miran irse, con gesto duro. Luego, ya solas, vienen la una a la otra muy satisfechas y esponjadas.

Siñá Feliciana. ¡Así, así, siñá Vicenta!

Siñá Vicenta. ¡Ni más ni menos! ¡No hay otro andar con estos parvulicos!

Siñá Feliciana. ¡Hay que encendélos y encadilálos, que son los dos muy corticos de genio!

Siñá Vicenta. ¡Y muy riservaus!

Siñá Feliciana. ¡Masiau riservaus, sí, siñora!

Siñá Vicenta. ¡Pero se gustan!

Siñá Feliciana. ¡Vaya si se gustan!

Siñá Vicenta. ¡No hay más que hacer: lleváles la contraria!

Siñá Feliciana. ¡Y dispreciálos a cada instante!

Siñá Vicenta. ¡Eso es: que la enjosticia rigüelve como nada!

Siñá Feliciana. Y así que se casen y vivan felices, ¡que mermuren y hablen mal de las suegras!

Siñá Vicenta. Lo que es eso sí que no lo empide usté aunque se ponga en un altar.

Siñá Feliciana. Es una contrebución que pagamos todas.

Siñá Vicenta. Por aquello que canta la coplica:

¿Cómo ha de ser una madre

igual cuando llega a suegra,

sabiendo que pierde un hijo

y otra mujer se lo alcuentra?

Siñá Feliciana. *Mirando a la casa de Leonor.* Ahí sale ya mosén Aquilino.

Siñá Vicenta. Es verdá: ya sale.

Siñá Feliciana. Y viene con la moza.

Siñá Vicenta. ¿Lo vió usté entrar? Entró bien trempranico.

Siñá Feliciana. Lo vi salir de la Parroquia de icir su misa; lo vi hablar con el tío Cabezo a la regüelta de la alpargatería; y ultímamente lo vi entrar aquí.

Siñá Vicenta. Pus vámonos ahura, no digan que curioseamos.

Siñá Feliciana. Tiene usté razón; que no nos llamen alparceras.

Siñá Vicenta. Y lo dicho de nuestro nigocio.

Siñá Feliciana. Lo dicho.

Siñá Vicenta. Siempre que se pueda, un romerico al fuego.

Siñá Feliciana. ¡Y malo será si pa la otoñada no están casaus!

Siñá Vicenta. ¡Amén!

Se marcha cada una por donde llegó.

De la casa de Leonor sale con ésta mosén Aquilino. Es alto, fornido, de grandes cejas y ojos llameantes. Más parece guerrillero que cura.

Leonor. ¿Es así que se cierra usté en no icime sobre qué ha sido la conversación?

Mosén Aquilino. Negocios de tus padres y míos.

Leonor. ¿De los tres?

Mosén Aquilino. De los tres.

Leonor. Y ¿cómo siendo de los tres a mí no me tocan?

Mosén Aquilino. ¿Por qué habían de tocarte, criatura? ¿Es que entre tus padres y'o no puede haber cosa ajena a tu persona?

Leonor. Es que'o me feguro que esta de hoy no lo es.

Mosén Aquilino. Y aun suponiendo que acertaras, ¿por qué teníamos que darte a ti cuentas?

Leonor. Porque si es algo en que entro yo, mi paicer o mi voluntá deben consultarse.

Mosén Aquilino. Los padres y las personas mayores sabemos mejor lo que conviene que no la mocedad.

Leonor. Sigún, siñor cura, sigún.

Mosén Aquilino. ¡Según, dice!…

Leonor. No, siñor; yo no hi dicho según.

Mosén Aquilino. Pues ¿qué has dicho?

Leonor. Sigún.

Mosén Aquilino. Sí; pero se dice según.

Leonor. Se dirá; pero hi dicho sigún.

Mosén Aquilino. ¡Eh, vamos! No se puede uno escurrir en un pelo contigo. Eres la justicia en persona.

Leonor. *Fija en su pensamiento.* ¡Sigún… y tan sigún! Las presonas mayores a lo pior se olvidan…

Mosén Aquilino. ¿Se olvidan…?

Leonor. ¡Y tanto!… Pa que usté se convenza, risuélvase a contarme la conversación que han tenido mis padres y usté, y verá cómo yo les prebo que van descaminaus.

Mosén Aquilino. ¡Qué empeño, moceta! ¡Qué empeño el tuyo!

Leonor. Ande, siñor cura, cuéntemelo aunque sea en riserva: yo sabré guardála.

Mosén Aquilino. ¡En el nombre del Padre! Todas las mañanas le pido a Dios que me ponga delante una mujer que no sea curiosa, y nunca me hace caso.

Leonor. Pus ya ve usté; yo, a esta Virgen que está aquí, cuanto le pido me lo atorga.

Mosén Aquilino. Me alegro de saberlo. Ya le diré que te sople luego unas palabras al oído.

Leonor. Vaya, siñor cura, si usté no acaba de icirme lo que ha hablau con mis padres, se lo diré'o.

Mosén Aquilino. ¿Tú?

Leonor. Yo.

Mosén Aquilino. Eres tozuda.

Leonor. Unas miajas.

Mosén Aquilino. ¿Has estado escuchando, quizá?

Leonor. No ha sido menester. Dende que entró usté esta mañana por la puerta barruntó mi corazón a lo que venía.

Mosén Aquilino. ¡Barruntar es, moceta!

Leonor. ¿Le paice a usté mucho barruntar? Mosén Aquilino, que usté sabe del mundo más que'o pa venirme con ésas. Que antes de ser cura fué mozo, y soldau, y jotero, y rondador, y qué sé'o qué…

Mosén Aquilino. ¡Bueno, bueno!… ¡Eso es agua pasada, Leonor! Yo al presente no soy más que quien soy. Lo demás no es de tu incumbencia ni de la de nadie. A Dios le daré cuenta en su día. ¡Medrados estaríamos!… ¡Leonorica confesando a Mosén Aquilino! ¡El mundo al revés!

Leonor. Pus el mundo al revés no hay más que dos cosas que lo pongan.

Mosén Aquilino. Tú dirás.

Leonor. El querer de un mozo y una moza, y los dineros. ¿Se rasca usté una oreja?

Mosén Aquilino. ¡Si me pica!… ¿Has de rascarme tú?

Leonor. En las orejas, no: en la frente es donde'o le rascaria de buena gana, pa dar con lo que esconde.

Mosén Aquilino. ¿No habíamos quedado en que lo barruntabas?

Leonor. Barrunto a lo que usté ha venido; pero no me atrevo a barruntar lo que piensa del caso. ¡Me da miedo, Mosén Aquilino!

Mosén Aquilino. ¿Te da miedo? ¿Por ti o por mí?

Leonor. ¡Si'a no es que siente usté una cosa y aconseja otra!

Mosén Aquilino. ¡Ave María Purísima! ¿A que me voy a condenar esta mañana? Vaya, vaya, se acabó la conversación.

Leonor. No, siñor cura. No se vaya usté dejándome en este desconcierto. Miusté que tengo en el pecho una esazón que como no me la quite no respiro. ¿Ha venido usté por desgracia a concertar que Agustín y'o dejemos de querernos? ¿Ha venido usté…?

Mosén Aquilino. Bien está. Leonorica, bien está lo que hasta aquí has hablado, pero de aquí no has de pasar. No tengo yo los años que tengo ni visto estos hábitos para dejarme sonsacar por una moceta que ahora empieza a vivir. ¿Has entendido?

Leonor. Bien dicho, siñor cura: ahura empiezo a vivir, porque empiezo a querer. Y'o no pasaré de lo que ya he hablau, toda vez que usté me lo empide; pero alcuérdese bien de esto que le digo: si usté pretende, por obedencia al tío Cabezo y a mis padres, que Agustín y'o no vayamos alante en nuestros amores, va usté a perder su tiempo.

Mosén Aquilino. Yo no pierdo mi tiempo más que deteniéndome, por complacencia, con las muñecas como tú, con la cabeza llena de pajaricos.

Leonor. Pus pa que no sea el rato perdido enteramente, ricuerde usté las enseñanzas de todas esas coplas y esos refranes que junta usté pa un libro, y aproveche bien la lición.

Mosén Aquilino. Aprovéchala tú, que más necesitada estás de ella.

Leonor. Ya la aprovecho, ya. Justamente usté mesmo me ha ponderau qué sé'o las veces, que los refranes más recios de Aragón pregonan josticia, y las jotas más recias tamién, pregonan firmeza.

Mosén Aquilino. La firmeza es muy grande virtud para poder aplicarla a unos amores recién nacidos, moceta. ¡Firmeza! ¡Firmeza en unas candorosas palabras de quince días!… ¡Firmeza en una matica que aún no se levanta del suelo y que el menor soplo la abate!

Leonor. ¡Ahonde usté tierra abajo, a ver adónde llegan las raíces! A lo mejor tienen más fuerza estos quince días de cariño, que los cuarenta años de odio del tío Cabezo y de mis padres. ¡Ahonde usté, Mosén Aquilino, ahonde usté!

Mosén Aquilino. No quiero escuchar más disparates, Leonorica. Tengamos

ahora la fiesta en paz. Quédate con Dios, haz a la noche un buen examen de conciencia, y ve mañana a hablar conmigo donde'o pueda oírte y responderte mejor que aquí.

Leonor. Usté desimule, siñor cura, si en algo le hi faltau.

Mosén Aquilino. Llevo disimulando diez minutos. Y no es el disimulo mi cuerda. Hasta mañana.

Leonor. Hasta mañana.

Mosén Aquilino. *Yéndose por la izquierda murmura entre sí.* (Mal cariz toma esto. El amor es rey, y manda sin ley).

Leonor. Se marcha… porque no ha sabido qué contestarme. *Va a entrarse en su casa cuando la detiene la voz de Agustín, que llega desalado por la derecha.*

Agustín. ¡Leonor!

Leonor. ¡Agustín! ¿No te has ido al campo? ¿Qué traes?

Agustín. ¡Ya puedes compréndelo!

Leonor. ¿Has visto a Mosén Aquilino?

Agustín. Y he estau asperando a que se marchara. Pa el campo iba, y la comezón de su visita a tus padres me ha hecho volver. ¿Qué ha pasau?

Leonor. No he podido sacále siño medias palabras.

Agustín. ¿Alrededor de lo que temíamos?

Leonor. ¡Siguro! Mosén Aquilino es la nubecica que anuncia la tronada.

Agustín. ¡Y la pedregada tamién! Ya anoche me disparó mi padre una endiréta.

Leonor. El siñor Melchor no es tu padre.

Agustín. No importa. Es más que si lo fuera.

Leonor. ¡Pero no lo es!

Agustín. ¡Sí lo es, porque'o se lo llamo! ¡Y porque le debo tanto o más que a un padre! Huerfanico me recogió, y a su sombra vivo dende entonces. Después de Dios, a nadie más que a él debo yo obedencia.

Leonor. Mientras no te mande una enjosticia, será.

Agustín. Nunca me la ha mandau.

Leonor. Pus ahura va a pedirte que' no me quieras, Agustín.

Agustín. Ya lo sé.

Leonor. Y ¿qué harás tú si te lo pide?

Agustín. Convencélo de que es un contra Dios.

Leonor. ¿Podrás convencélo?

Agustín. No tiene más cariño que el mío. Verá por mis ojos en cuanto me ascuche.

Leonor. ¿Pus no ices que te ha disparau ya una endiréta?

Agustín. Eso fué antes de oírme. A la cuenta se habrá pensau que este querer nuestro es capricho de mozos, que pué arrancarse del corazón como una yerbecica o que pué dejarse sin incomeniente; pero cuando sepa como es, aspero que varíe de paicer y transija.

Leonor. Alcuérdate de que es muy tozudo. Le llaman el tío Cabezo porque se le ve mucho discurrir por las alturas de los montes, pero le debían llamar el tío Cabezota. Y que el rincor y el odio contra mis padres es de toda la vida. ¡Los pleitos perdidos, la pulítica, las tierras, los dineros… y la malquerencia de la gente, avivando el fuego en lugar de apagálo!

Agustín. Y ¿por qué no ha de ser este cariño nuestro el que con todo eso concluya?

Leonor. Si en el mundo pasaran las cosas como es de razón, así lo miraría. ¿Himos de querernos nosotros pa na malo? Pero el caso es que los dos tenemos la priocupación y el miedo a lo que ocurra. No será tan llana la vereda.

Agustín. Pus en lo que toca a que'o deje de quererte, no ha de haber fuerza ni razón que me tuerzan. Te veo, y pa mi voluntá no hay ya imposibles, ni más

afán que seguir viéndote.

Leonor. Ni pa la mía, tocando a tu cariño.

Agustín. ¿Qué me ices tú de tus padres?

Leonor. Que'o creo que han de estar más prontos a transigir que el tuyo.

Agustín. ¿Te lo feguras o lo sabes?

Leonor. Me lo feguro.

Agustín. Y ¿no te engañará el deseo?

Leonor. Podría ser que sí; pero, en ultimo caso, yo le pediré a la Virgen que les aconseje.

Agustín. ¿Y si la Virgen les aconseja contra nosotros?

Leonor. Eso no puede ser.

Agustín. ¿No puede ser?

Leonor. ¿Como va a iciles la Virgen una cosa a ellos y a mí la contraria?

Agustín. Entonces, Leonor, si tú tienes esa esperanza y'o la que tengo, ¿cómo es que estamos sobresaltaus y temerosos?

Leonor. Qué sé'o, Agustín… Vislumbres de lo malo… Cosa que no se esplican… Prisentimientos u lo que sean. Icen que cuando se tiene una satisfaición y una dicha muy grandes, es natural el miedo de perdélas.

Agustín. Será eso.

Leonor. Eso es.

Agustín. Pero tú, por cima de todo, ¿me quieres?

Leonor. ¡Por cima de todo! ¡Como tú a mí!

Agustín. ¡Como yo a ti! ¡Has venido a ser ya pa mi vida más que el pan y el agua que necesito pa sostenerme!

Leonor. ¡Y tú pa la mía, más que el aire donde respiro!

Agustín. ¡Pus siendo así, a no ser el poder de Dios, en la tierra no hay otro denguno que nos separe! ¡Bendita seas tú, Leonorica!

Aparece inopinadamente por la derecha el tio Cabezo, cuya presencia conturba y desconcierta a los enamorados.

Tío Cabezo. Está bien. ¿Así es como tú cuidas la hacienda? No es esto, no, lo que'o ti he enseñau. Ni a engañarme ti he enseñau tampoco.

Agustín. Yo no hi engañau a usté, padre.

Tío Cabezo. ¡Sí mi has engañau! ¡Y ahura te callas! Voy a hablar yo unas palabricas. Pocas. Natural es que los ojos te se vayan detrás de las mozas, mancebo, y hasta que alguna vez dejes tu mesma obligación por festejálas. Yo he tuvido tus años y sé cómo la sangre moza se caldea y se rigüelve. En el mundo, mires pa onde mires, no alcontrarás más sombra que te acobige que la de mi casa, ni más brazos en que confiar que los míos: por algo te arrecogí casi de la calle y te hice un hombre, y a más he determinau de casarte sobre mis bienes. Pero ha de ser a tu gusto y al mío. No basta el tuyo solo. Premiso tienes pa enamorarte de cualquier moza digna de tú, de este lugar u del contorno entero. Elige bien y luego hablaremos dispacio. De la que nunca himos de hablar al respetive, es de ésta.

Silencio. Agustín no se atreve a mirar a Leonor. Al cabo ella pregunta, reprimiendo su cólera, pero con altivez: ***Leonor****. Y eso, ¿por qué ha de ser así?*

Tío Cabezo. Porque'o lo mando.

Leonor. ¿Y si él no estuviera conforme?

Tío Cabezo. Pior pa él.

Leonor. ¿Qué ices tú, Agustín?

Tío Cabezo. Agustín no tiene nada que icir sobre esto.

Leonor. ¡Pué que tenga mucho!

Tío Cabezo. Puá ser; pero él no rechista.

Leonor. ¿Que no rechista?

Tío Cabezo. Ya lo ves. Al campo, mocete. A tu obligación; que'o acabo de acomplir la mía. Y'a me conoces: palabra que sale de mi boca, enjamás se me ha güelto al pecho: ¡ha de ser lo que'o diga! ¡Al campo!

Agustín. Sí, siñor. *Marchase cabizbajo por la derecha. No obstante, sus ojos pueden más que él y se alzan para despedirse de Leonor.*

Leonor. ¡Se va sin risponderme palabra!…

Tío Cabezo. ¡Qué hacer!

Leonor. ¡Ni esto es josticia, ni esto es ley, ni hay Dios que lo ampare!

Tío Cabezo. ¡Lo amparará el dimoño!

Leonor. ¡Allá usté! ¡Yo lo que le juro es que si lleva usté alante su intinción, se alcordará de esta moceta! *Éntrase airada.*

Tío Cabezo. ¿Sí, verdá? ¡Pus primero que consentir'o que mi hacienda vaya a poder de éstos, me hacen piazos! *Se va tras Agustín.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa de mosén Aquilino. Sendas puertas a derecha e izquierda y ventana al foro, que da a la huerta de la casa. Muebles modestos. Mesa de trabajo a la izquierda del actor. Es de noche. Luces en el centro de la habitación y en la mesa. Luz de luna en la huerta.

Mosén Aquilino ordena, sentado a la mesa, papeletas del libro de jotas y refranes en que trabaja. Por la puerta de la derecha llega Serapia, su hermana, que viene de la calle. Es persona avispada, vehemente, un tanto novelera y que carece en absoluto de la hermosa virtud de saber callar.

Serapia. Aquilino.

Mosén Aquilino. Hermana. ¿Ya de vuelta?

Serapia. De vuelta ya. Y te encuentro como te dejé: metido en los papeles.

Mosén Aquilino. Para rato hay.

Serapia. Pero ¿no te cansas, hombre de Dios?

Mosén Aquilino. Ya lo ves.

Serapia. ¡Ganas tengo de que eches ya a la calle el dichoso libro! Vas a perder la vista y la salud.

Mosén Aquilino. Te equivocas, hermana. Este libro es para mí un placer: un entretenimiento que, lejos de cansarme, me anima. ¡Refranes y coplas de Aragón recogidos en mi vida entera!… ¡Jugo y sangre y sudor de la terreta en que nacimos!

En Galicia, la tierriña;

en Andalucía, la tierra;

la tierruca, en la Montaña,

y en Aragón, la terreta.

Serapia. ¡Ésa es tuya!

Mosén Aquilino. ¿Quieres callarte?

Serapia. ¡Si estamos solos!

Mosén Aquilino. ¡Aunque lo estemos! ¡Sabes que me incomoda…!

Serapia. No te incomodes por tan poco, y prepárate a oír un notición.

Mosén Aquilino. ¡Cuándo no es Pascuas, viniendo de la calle tú! Y sí que traes cara de grandes acontecimientos.

Serapia. Rivuelto tiene al pueblo el asunto, no creas.

Mosén Aquilino. Será esta noche, porque'o salí de mañana y nada advertí.

Serapia. Es que delante de ti desimulan todos.

Mosén Aquilino. Bueno, bueno, acaba ya de declararte: ¿qué pasa?

Serapia. ¡Friolera! Una desaparición pa poner en cuidao.

Mosén Aquilino. ¿Eh?

Serapia. El tío Cabezo falta de su casa hace dos días y nadie da cuenta de su persona.

Mosén Aquilino. ¡Bah!

Serapia. ¿Cómo bah? ¿Es eso todo lo que me replicas?

Mosén Aquilino. ¡Andará de viaje! ¡Así que él no va y viene cuando le cuadra! Tiene buena hacienda y muy repartida.

Serapia. Eso estaría bien si el primero en no esplicarse la falta no fuera Agustín. El mozo anda mustio y melancólico… Y esta tarde, en el horno, decían algunas…

Mosén Aquilino. ¿En el horno? A ver qué amasaban las horneras…

Serapia. Que Leonor, la enamorada, como ya la nombran, ha encerrao con argucias al tío Cabezo en la bodega, pa que allí se muera de hambre.

Mosén Aquilino. ¡Válgame nuestro Padre Jesús! Las mujeres, con tal de no callar, inventan… Mira qué papeleta tengo entre los dedos, que no parece sino que te estaba esperando con tus noticias.

Madre, venga usté corriendo,

que hi visto una cosa rara:

tres mujeres en el horno

y las tres están calladas.

Serapia. ¡La de siempre! ¡Ya va! ¡No hablamos más que las mujeres! ¡Los hombres no habláis! ¡Os entendéis por señas en el café, y en la rebotica, y en los soportales de la plaza, y en los cuarticos y dondequiera que os juntáis más' de dos! ¡Sólo las mujeres hablamos!

Mosén Aquilino. Y más de la cuenta: no lo olvides. Te lo voy a probar ahora mismo, con referencia a ti. Tres meses hace que vives en mi compañía, y'a se ha repetido esta escena una vez por semana. Y me voy cansando.

Serapia. ¿De mí? Pues pronto me vuelvo al Garrotal con mis gallinas.

Mosén Aquilino. No es eso, Serapia. Yo te he invitado a venir a mi casa para que viviéramos en compañía y no cada uno solo siendo hermanos y necesitando a más el uno del otro: ésta es la verdad. Bien estamos así y no hay por qué descomponer el trato. Pero me enoja, francamente, que cosas que'o digo aquí, para nosotros dos, te falte a ti tiempo para ir a ventearlas por esas calles.

Serapia. ¿Ventearlas'o? ¿Qué he venteao yo, Aquilino?

Mosén Aquilino. Sin ir más lejos sé que le has dicho a la alcaldesa que'o protejo los amores de Leonor y Agustín en contra de sus padres.

Serapia. ¡Lo que te he oído! Y no pensé que era ningún secreto.

Mosén Aquilino. Pues es algo más: es una invención tuya.

Serapia. ¿Una invención?

Mosén Aquilino. A mí me habrás podido oír cosa muy distinta. Yo estaré con los padres, por no atizar sus odios y por evitar lágrimas, si el querer de los mozos es cosa ligera y de capricho, que se desata fácilmente; pero estaré con ellos y contra los padres, a quienes dividen malas pasiones, si veo que es honda y verdadera la de los mozos. ¡Honradamente ése es mi deber!

Serapia. ¡Que es lo que'o he dicho!

Mosén Aquilino. ¿Sí, eh? Pues te han entendido muy mal, porque lo que se atribuye por tu causa es muy otra cosa.

Serapia. ¡Ve tú a contar con la discreción de la gente!…

Mosén Aquilino. ¡Por eso lo mejor es callar!

Serapia. Sabiendo la verdad de las cosas, ¿por callar va una a dejar que ruede una mentira?

Mosén Aquilino. ¡Es que, no callándote, lo que consigues es qué en lugar de una ruede una docena!

Serapia. Pues no sé cómo lo arreglaría, Aquilino; porque ¡pensa que'o sepa algo y no lo cuente!… ¡El tiempo de los milagros ya pasó!

Mosén Aquilino. No del todo; porque'o te voy a pedir aún que hagas uno.

Serapia. ¿Un milagro?

Mosén Aquilino. Sí: el milagro de poner punto en boca.

Serapia. ¿Sobre qué?

Mosén Aquilino. Quizá lo presumas. Nadie sabía en Canales antes de llegar tú, que'o, que soy tan aficionado a las coplas del pueblo, las había compuesto en mi mocedad, cuando no me pasaba por las mientes acogerme a la Iglesia. Nadie lo sabía ni lo sospechaba en Canales.

Serapia. Y ¿qué?

Mosén Aquilino. Que a poco de tu llegada aquí, principiaron unos y otros a embromarme sobre el particular…, y en cuanto suena una copla picante, ya me están mirando con malicia.

Serapia. Y ¿tengo yo la culpa de que tus coplas hayan corrido como las demás?

Mosén Aquilino. De eso, no; pero de que se presuma que algunas son mías, sí que la tienes. Nadie ha podido decirlo más que tú. Yo lo he callado siempre, como un sacrificio de mi pobre vanidad de coplero; y no por algunas de ellas, que me enorgullece oír de cuando en Cuando en boca de los mozos, sino por otras, de cuya paternidad me avergüenzo al cabo de los años, máxime vistiendo los hábitos

que visto.

Serapia. Pues eres masiao escrupuloso, Aquilino.

Mosén Aquilino. Eso es cuenta mía.

Serapia. Y a más tú mesmo el que publicas más de lo que crees.

Mosén Aquilino. ¿Yo? ¡Si de mis labios no ha salido nunca!…

Serapia. Pero ha salido por tus ojos. ¿Es que no ven todos que se te llenan de agua cuando de pronto oyes entonar una copla tuya? Pues la otra noche, en la boda del sastre, cantó Jacobico aquella que escomienza:

Toa la sal que en el bautizo

me pusieron en los morros…

Mosén Aquilino. ¡Basta, Serapia! No sigas adelante. Por haber dicho tú mi flaqueza, se fijan ahora en que me enternezca más o menos… y dan en lo que dan. Te prohíbo terminantemente que vuelvas a decir que'o he compuesto coplas de ninguna clase. Es más: te pido que si en algún caso se asegura delante de ti, tú lo desmientas. Y no hay más que hablar. Porque de cosa en cosa y de chisme en chisme, iríamos a parar a que anduviesen también en lenguas sucesos y locuras de mi juventud, que alguna noche en el insomnio me martirizan, pero que Dios me ha perdonado ya. Sentiría tener que volver a repetirte esto.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Serapia. ¡Virgen del Pilar! A lo mejor se le va el talento a este santo varón. ¿Qué adelanto yo con negar, si se le pone una cara de embalsamao cuando oye cantar una jota suya, que un ciego que lo mire se lo adevina? ¡Vamos!… Lo otro… En lo otro no va descaminao ciertamente.

Por la puerta de la derecha llegan Zequielico y Rosendo. Zequielico. Güenas noches, doña Serapia. Serapia. Buenas noches.

Rosendo. ¿Hablaba usté sola, doña Serapia?

Serapia. No tengo tantos años pa que se me llame doña Serapia.

Rosendo. ¿Ah, no? Usté desimule. Le llamaremos Serapica. ¿Estará bien así?

Serapia. Ni lo uno ni lo otro.

Rosendo. Usté es como los castillos y las iglesias: mientras más años, más meríto.

Serapia. Vaya, vaya, que no viene usté afortunao pa los cumplidos esta noche.

Rosendo. ¿Qué le vamos a hacer? Cuando se entra en una vesita y se pisa al gato u al perro, lo más acertau es pedir perdón y callar un ratico.

Zequielico. ¿Está ahí el señor cura?

Serapia. Ahí está.

Zequielico. Con premiso, voy a entrar a devolvéle este librico y a pedíle otro.

Serapia. ¿Ya has leído ése que te llevaste anoche?

Zequielico. Sí, siñora, sí. Leo muy de prisa'o.

Serapia. ¡Toma! ¡Y tan de prisa! ¿Te enteras de todo?

Zequielico. De lo que leo, sí. Porque es que doy salticos cuando me aburro.

Serapia. Y ¿no es que se te va el pensamiento a otra cosa?

Zequielico. *Sin querer oír la indirecta.* ¡Siñor cura! *Entrase por la puerta de la izquierda.*

Serapia. Esto del libro no es más que una artimaña pa venir aquí con desimulo.

Rosendo. ¿A qué santo?

Serapia. Aunque mi hermano le dé ahora un misal, mañana lo devuelve.

Rosendo. ¿Y eso?

Serapia. Porque el asunto es venir a diario, a ver si se topa con Pilarín, la del estanco.

Rosendo. ¡Ah, ya! ¿Es a Pilarín a la que corteja?

Serapia. ¡La mesma! Y adonde el corazón se inclina, el pie camina. Solía venir ella a acompañarme algunas noches. Y él dió en venir también por eso. Pero se ha enterao de la concidencia la madre de la moza, y se han terminado las visitas.

Rosendo. ¿No le gusta el mozo pa Pilarín?

Serapia. Así parece.

Rosendo. ¡Vaya usté a saber!

Serapia. Mal sistema es ese de contrariar a los mancebos.

Rosendo. ¡Vaya usté a saber!

Serapia. No, no; que por una tozudez así de mi padre me quedé'o soltera.

Vuelve Zequielico con un libro mayor que él.

Zequielico. Me ha dicho mosén Aquilino que a ver si ahura tengo pa unos días.

Serapia. Ya, ya. Lo que es ése, aunque saltes más que una pulga, no lo vuelves mañana.

Rosendo. Difícil va a ser.

Zequielico. Es que si no me agrada la letura, güelvo por otra.

Serapia. ¿Vuelves por otra? Anda con Dios, hombre, anda con Dios.

Rosendo. Y si pasas por el estanco, mira si han puesto ya buzón especial pa las cartas de novios. ¡Güelve por otra!

Zequielico. ¡Sí que es usté *chalanguero* y mal pensau!

Rosendo.

¡Puertecica de tu casa,

a cuántos haces penar…

O por habéla pasado,

o por queréla pasar!…

Zequielico. ¿No digo? ¡Güenas noches! *Vase por la puerta de la derecha.*

Por la de la izquierda vuelve a salir, mosén Aquilino.

Rosendo. ¡A la paz de Dios, siñor cura!

Mosén Aquilino. ¡Dios te guarde, Rosendo! ¿Ya pareciste?

Rosendo. Siñor cura, en cuanto recebí su recau me faltó el tiempo pa venir; pero había usté salido de casa cuando llegué.

Mosén Aquilino. Sí; ya sé que estuviste la otra mañana. Rosendo. Y no hi güelto hasta ahura, porque hi andau estos días de viaje.

Mosén Aquilino. Bueno, hombre, bueno. Siéntate.

Rosendo. Gracias.

Mosén Aquilino. ¿Una copica?

Rosendo. Venga la copica. No sé icir que no. ¡Si hubiá sido mujer!…

Mosén Aquilino. ¿Serapia?

Serapia. Ya voy, ya. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Rosendo. Y vamos al cuento, mosén Aquilino. ¿Qué tiene que mandale la Iglesia a este enfeliz jotero?

Mosén Aquilino. Lo de siempre; lo mismo de siempre. Pero con más encarecimiento que nunca.

Rosendo. ¿Al tanto de la ronda?

Mosén Aquilino. Cabal.

Rosendo. ¡Esto de que se me haga a mí risponsable de tos los trastazos y estrapalucios del año pasau!…

Mosén Aquilino. Y lo eres.

Rosendo. Permítame usté que le diga que no, siñor cura. Usté sabe mejor que'o que en Aragón salta un jotero en cada esquina. Los mozos echan coplas lo mesmo que pían los gurriones.

Mosén Aquilino. No, no, Rosendo; no le des vueltas. Las coplas de picadillo que el año pasado levantaron ronchas, eran tuyas. Los mozos todos te buscan a ti, porque saben que tienes chispa y travesura… y tus miajas de mala intención. Cuando el amo es tañedor, los mozos son bailadores.

Rosendo. ¡Cómo ha de ser! No hay más que bajar la cabeza. Cuando da la gente en una malicia…

Vuelve Serapia. Trae en una bandeja una botella de anís y una copa, que deja en la mesa. Después de servir a Rosendo se sienta aparte a hacer labor, atenta al palique.

Serapia. Aquí tiene usté su condenación.

Rosendo. Gracias, Serapia. *Bebiendo.* ¡Salú, que no estorba!

Mosén Aquilino. Salud. De manera, Rosendo, que o tú me prometes tener formalidad este año, o no hay ronda.

Rosendo. ¡Es mucha responsalidá pa un hombre solo! Miusté, siñor cura: se me ocurre una solución. A mí me meten en la cárcel tos los años al final de la fiesta: ¡pus que me metan este año antes de escomenzar!

Mosén Aquilino. Eso haríamos, si fuera necesario.

Rosendo. Pero tenga usté en cuenta que lo que pretenden el señor alcalde y usté es como querer ponéle puertas al campo. ¿Es que el pueblo no ha de tener un día pa solazarse a gusto, y pa pedir josticia siquiera sea cantando jotas? El pueblo trabajador, callau y sufrido to el año, asau por los Gobiernos y por la probeza, necesita un desahogo alguna vez. Es como en los toros. A mí me agradan las corridas; soy güen aficionau; pero ¡si no me dejaran chillar y meterme a diestro y siniestro con todo el mundo, yo no iba!

Mosén Aquilino. Mira, Rosendo: nadie ama al pueblo más que'o. Y aquí está la prueba. *Le muestra sus papeles.* Poesía pura y saber del pueblo es todo esto: coplas y refranes. Y porque quiero la expansión de la pobre gente, quiero que el alcalde tolere la rondalla; pero quiero también que no termine de mala manera.

¿Qué menos se ha de desear? ¡Lo del año pasado no fué una rondalla, fué una capea! ¡Más trabajó el médico que nadie!

Rosendo. Los de Chirriaque tuvieron la culpa.

Mosén Aquilino. No nos metamos en averiguarlo. Tú ya me entiendes. A culpa grave, reprensión suave, reza el refrán.

Rosendo. Pero tampoco vaya a pretender el siñor cura que no se canten más que jotas de iglesia.

Mosén Aquilino. ¡A buena parte vas!

Serapia. Sí, sí.

Mosén Aquilino. *Después de mirar a su hermana como reprendiéndola.* Por lo mismo que la jota es fruto de mi tierra, deseo más que nadie que sea fuerte y sabroso, pero sano. Sano, ¿lo oyes? Una copla obscena en boca de un mozo cortejador, que despierta de su sueño a la moza con ella, tiene más veneno que el aguardiente que bebéis en casa del *Manco*.

Rosendo. Que no se paice a éste, por cierto. Aún me relamo de él.

Mosén Aquilino. Sírvete otra copica.

Rosendo. Sí, siñor.

Mosén Aquilino. En el cancionero que voy a publicar recojo cuantas coplas de la tierra han llegado a mí, bien oídas por mí mismo, bien que me las hayan traído los amantes de estos estudios. A ti te debo algunas.

Rosendo. Es verdá: a mucha honra.

Mosén Aquilino. Pero he hecho un expurgo en honor de mi pueblo, y no incluyo ninguna copla de mal gusto. No doy más que la espuma. ¡Basta ya de burricas, y de tocinos, y de suegras, y, sobre todo, de suciedades! ¡Basta ya!

Rosendo. ¡Entonces!…

Mosén Aquilino. Entonces, ¿qué? ¡Cerca de tres mil tengo coleccionadas! ¡Y correrán más que las otras! *Con entusiasmo.*

¡Es tanto lo que te quiero,

que te quisiera llevar

en las ancas de mi macho

cuando me voy a labrar!

¿Es esto de iglesia?

Rosendo. Al ir o al golver, de la iglesia viene a ser. ¡Porque esa parejica acaba en bendiciones! Yo sé la mesilla de otro modo.

Mosén Aquilino. ¿Cómo la sabes tú?

Rosendo.

¡Es tanto lo que te quiero,

que te quisiera llevar

en el pico de una muela,

y en cuando en cuando, apretar!

Serapia. ¡Ja, ja, ja!

Mosén Aquilino. ¡Ja, ja, ja!

Rosendo. ¡No me diga usté que no tiene gracia!

Mosén Aquilino. ¿Te lo niego yo? ¡Ya ves si me he reído! Y a mi libro irá. Como esta otra variedad de la misma. ¡Son muchos colores los de la musa aragonesa!

¡Es tanto lo que te quiero,

que te quisiera llevar

de día, en el pensamiento,

de noche, en el ensoñar!

Este ensoñar, ¿no vale un mundo?

Serapia. ¡Ya, ya está en sus glorias! Luego dice… *Se tapa la boca con arrepentimiento cómico.*

Rosendo. ¡Como que se rejuvenece Mosén Aquilino hablando de esto!

Serapia. ¡Vaya si se rejuvenece!

Mosén Aquilino. Es pasión de toda mi vida, no lo oculto.

Serapia. ¡Jem!

Rosendo. Por cierto, siñor cura… *Solapadamente.* Le oí el otro día una copla a un segador, que nunca la había oído.

Mosén Aquilino. No es extraño: ¡hay tantas mariposas!… A ver, a ver si'o la conozco.

Serapia. ¡Seguramente! ¡La que a ti se te escape!…

Rosendo. *Haciendo memoria.* ¿Cómo era?… ¿Cómo era?…

En Galicia, la tierriña;

en Andalucía, la tierra;

la tierruca, en la Montaña,

y en Aragón, la terreta.

Mosén Aquilino la ha oído con inquietud y emoción, que disimula; Serapia, nerviosísima. En los ojos de Rosendo brilla la chispa de intención maliciosa que lo indujo a citar la copla.

Mosén Aquilino. Es bonita.

Rosendo. ¿La había usté oído?

Serapia. ¡Vamos!

Rosendo. ¿Eh?

Mosén Aquilino. Sí la había oído, sí: está en mi colección. Es por el estilo de aquella otra tan sabida:

Las cintas de la alpargata

son Castilla y Cataluña,

y el Aragón que está en medio,

el ñudo que las añuda.

Rosendo. Y ¿cree usté que sea original de un jotero así como yo… u de algún poeta fino?

Serapia. ¡De algún poeta fino!

Mosén Aquilino. Tú ¿qué sabes, Serapia?

Serapia. Hombre, algo se me pega de oírte.

Mosén Aquilino. ¿Qué más da de quien sea? Si ha llegado a los labios de un segador, ya es del pueblo. ¿Qué nos importa el nombre del que la compuso? El pueblo es como el río, y los que componen para él vuelcan su cantarico o su jarra en el agua, con la alegría de que entre en la corriente; pero ¿quién distingue después qué onda lleva agua de una fuente, de un arroyo o de un regatillo?

Rosendo. Eso nos pasa a todos, sí, siñor.

Mosén Aquilino. Y como esto de darle al pueblo una copla bella viene a ser lo mismo que regalarle un pedazo de pan, de pan del alma, se parece el coplero a la persona caritativa: que no tiene por qué decir que dió la limosna: le basta para su satisfacción con haberla dado. ¿Es así o no es así?

Rosendo. Así es. A mí me ha sucedido más de una vez que me han porfiau que era de otro una copla que'o había sacau de mi cabeza. ¿Estaría'o seguro de que era mía?

Serapia. ¡Ah, sí! ¡Eso pasa mucho! ¿Te acuerdas tú, Aquilino…?

Mosén Aquilino. *Clavándole los ojos.* ¿De qué me acuerdo yo, Serapia?

Serapia. De nada, de nada… Quiero decir eso: que nunca se descubre al autor… que se pierde entre todos… que se confunde…

Rosendo. ¿Y esta otra, la conoce usté, mosén Aquilino?

Mosén Aquilino. *Un tanto temeroso.* ¿Cuál?

Rosendo. Esta otra. *Mirándolo con socarronería.*

Toa la sal que en el bautizo

me pusieron en los morros,

se la daba a mi mañica…

aunque me quedara soso.

Mosén Aquilino. No: ésa nunca la oí. Vale bien poca cosa, por cierto.

Rosendo. ¿Qué ice usté a esto, Serapia?

Serapia. ¿Eh? ¡Yo no estoy en la conversación!

Rosendo. Como antes terció usté un par de veces, creíalo que sí. Y no molesto más. *Se levanta.*

Mosén Aquilino. Tú no molestas, hombre. ¿El arranque? Rosendo. Se aceta el arranque.

Mosén Aquilino. Te la serviré'o.

Rosendo. Nunca me vi tan favorecido.

Serapia. ¡Jesús! ¡Tres copas de aguardiente en cinco minutos! ¡Así luego se le ocurren a usté esas jotas, que echan lumbre!

Rosendo. ¿Está usté en la conversación, sí u sí?

Mosén Aquilino. ¡Está en todas las conversaciones, diga ella lo que quiera!

Rosendo. ¡Que sea por muchos años! *Bebe.* Adiós, siñor cura.

Mosén Aquilino. Quedamos, en fin…

Rosendo. Descuide usté. De mí no habrá queja. Adiós, doña Serapia. Digo, adiós, siñora.

Serapia. Vaya usté con Dios, aldraguero; mala persona. Rosendo.

Descansar.

Mosén Aquilino. Igualmente, hombre, igualmente.

Rosendo. *Volviéndose en la misma puerta, y conteniendo un poco la risa que le bulle en el cuerpo.* Antes de irme. Yo soy muy claro, siñor cura. No pienso dar ruido esta fiesta, porque usté me lo manda. Ahura, el último día, pa echar la llave, me va usté a consintir que le gaste una groma ligera al sastre giboso de la plazuela del Limón.

Mosén Aquilino. ¡No, no; nada de bromas, que te conozco bien!

Rosendo. ¡Si es una jotica na más!

Mosén Aquilino. No, no; ni una media. ¡Bastante tiene el sastre con ser jorobado!

Rosendo. Siñor cura, si a más es por su bien. ¡Es que'o tengo la seguridá de que oye la jotica y se pone derecho!

Mosén Aquilino. De todas maneras. Déjalo jorobado como lo ha hecho Dios.

Rosendo. Es no entender la caridá; pero, en fin… Trabajo me va a costar callarme. Güenas noches.

Mosén Aquilino. Buenas noches.

V ase Rosendo por la puerta de la derecha.

Serapia. *Refiriéndose con un guiño a él.* ¿Eh? ¿eh?

Mosén Aquilino. ¿Qué?

Serapia. ¿Qué te paice?

Mosén Aquilino. ¿Qué te parece a ti?

Serapia. Calla más que dice este pájaro.

Mosén Aquilino. ¡Pero nunca había dado en tal sospecha! ¡Y llevo cinco años en el pueblo!

Serapia. ¡Total, que vuelves a lo mesmo!

Mosén Aquilino. No, hermana, no; no vuelvo. ¡No me he ido!

Serapia. ¡Pues en la visita no dirás que no he hecho el milagro que me pediste!

Mosén Aquilino. A medias.

Serapia. ¿A medias? ¿No voy sisquiera a respirar? Vaya, vaya, ¡al Garrotal me marcho! ¡Jesús, qué penitencia! *Coge el servicio de aguardiente y se va con él al interior.*

Mosén Aquilino. Menos callarse, todo. Contra lo nativo 110 luches, Aquilino. *Volviendo a su mesa.* Vamos a ver por donde andábamos. *Torna a hojear las papeletas.* De rondalla. *Lee.*

Siempre que salgo a rondar

hago una cruz en mi puerta:

si me matan o yo mato,

la cruz ya la tengo hecha.

Medita un momento. Luego dice: Es tan bella… que debe ir al libro.

Apenas ha reanudado su sabrosa tarea, cuando le sorprende la imprevista llegada de Leonor, por la puerta de la derecha. Viene la garrida moza anhelante, pálida, convulsa, como si huyera con espanto de una sombra que ella sola ve. Un segundo contempla al sacerdote, que trabaja. Al fin se determina a hablarle.

Leonor. Siñor cura.

Mosén Aquilino. ¿Quién? ¡Leonor! ¿Tú?

Leonor. Yo, mosén Aquilino.

Mosén Aquilino. Pero ¿vienes sola? ¿Qué traes? ¿Qué te sucede? ¿Qué cara es ésa? ¿Quién te ha abierto?

Leonor. ¡He tenido un mal alcuentro, siñor cura! ¡Rosendo, el jotero, salía

cuando yo iba a llamar! ¡Yo que no quería que nadie me viese!…

Mosén Aquilino. Y ¿qué te importa, hijica? ¿Quién ha de extrañar que vengas a mi casa?

Leonor. ¡Ay, siñor cura!

Mosén Aquilino. ¡Lo que me pone en cuidado es cómo vienes! Estás lívida, desencajada… ¿Has hecho alguna cosa mala quizá?

Leonor. ¡Sí, siñor, que la hi hecho!

Mosén Aquilino. ¿Tú, Leonorica?

Leonor. ¡Yo! ¡La pior de todas!

Mosén Aquilino. ¿Qué dices?

Leonor. ¡No puedo más! ¡Me pesa sobre la concencia la muerte de un hombre!

Mosén Aquilino. ¡Cristo y Redentor mío! ¿Es posible, Leonor?

Vuelve Serapia, que se sobrecoge ante el inesperado lance, no menos que su hermano.

Serapia. Óyeme, Aquilino… ¿Eh? ¡Leonor!

Leonor. Serapia…

Mosén Aquilino. Déjanos ahora, que ésta tiene que hablar conmigo. Vete al cuidado de la puerta. Y venga quien venga, que no pase.

Serapia. Está bien, hermano. ¿Ocurre algo de particular?

Mosén Aquilino. Ya lo sabrás luego. Vete y cierra ahí.

Serapia. Bueno, bueno; *Marchase llena de inquietud y cierra tras de sí la puerta.*

Mosén Aquilino. *Después de una pausa y de mirar a la moza de abajo arriba.* Temblando estoy como tú tiemblas, Leonor. ¿De una muerte me hablaste?

Leonor. Sí, siñor cura.

Mosén Aquilino. ¿Por tu causa?

Leonor. Aún más que por mi causa: ¡por mi mano!

Mosén Aquilino. ¡Criatura!

Leonor. Por mi mano, sí: ¡la del tío Cabezo!

Mosén Aquilino. *Horrorizado.* ¿Eh? ¡No es verdad, Leonorica!

Leonor. ¡Sí es verdá, mosén Aquilino; sí es verdá!

Mosén Aquilino. ¡Señor Dios de los cielos!… A mí llegó esta noche que había desaparecido ese hombre… pero no lo creí…

Leonor. Pus créalo bien, siñor cura; ya no parecerá más entre nosotros: ¡lo maté'o!

Mosén Aquilino. ¡No, no; no lo quiero creer! ¡Habla; habla!

Leonor. Sí, siñor; a eso vengo: a hablar, a descargarme. ¡Ay, Virgen! *Tras un sollozo rompe en llanto, dejándose caer en una silla.*

Mosén Aquilino. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!…

Pasea agitado, con miedo de escuchar a la moza. Luego se sienta junto a ella.

Leonor. *Haciendo un esfuerzo para hablar.* Oiga usté, siñor cura. Agustín y'o… De cómo nos queremos usté ya sabe… Bueno: dende que el tío Cabezo declaró la guerra a nuestros amores… ¡Dios! ¡Qué maldición!… ¿Por qué han de ser en la vida estas cosas?… Dende que el tío Cabezo se cerró en que Agustín había de querer a cualquiera menos a mí… ni él ni'o vivíamos. ¡Han sido días de purgatorio, siñor cura!…

Mosén Aquilino. ¡Yo estaba dispuesto a remediar eso!

Leonor. Nos veíamos a salto de mata, buscándole las vueltas a él, aprovechando sus ausencias, huyendo de su sombra… Dimos por fin en un lugar siguro.

Mosén Aquilino. ¿Cuál?

Leonor. Detrás del Castillo… Como icen que por los alredores andan brujas,

no va al Castillo alma viviente. Abajo está el río; enfrente el Pico Negro, que paice un fantasma.

Mosén Aquilino. El Pico Negro, sí…

Leonor. Pus al amparo del Castillo, nos citábamos Agustín y'o estas tardes, pa llorar y maldecir juntos nuestra desgracia.

Mosén Aquilino. ¡Para llorar y maldecir!…

Leonor. ¿Qué otra cosa podíamos hacer, siñor cura, si no alcontrábamos el medio de riducir a aquel hombre maldito? ¡Era inútil ir a él con razones ni lloros! ¡No había en su alma más que el terco empeño de separarnos; de que Agustín me aborreciera! ¡Bien muerto está!

Mosén Aquilino. ¡Calla, Leonor, que eso no puede oírse!

Leonor. Perdóneme usté, siñor cura… No puede oírse, no… Yo mesma me arripiento y me espanto de habélo dicho… No puede oírse… ¿Nos ascuchará alguien?

Mosén Aquilino. Nadie, no; por eso no temas. Sigue tú.

Leonor. ¡Yo en concencia soy incapaz de este delito, siñor cura! No sé cómo ha sido… Verá usté; verá usté… La otra tarde… de esto hace tres días… Bueno; Agustín llevaba siempre al Castillo su manta y su trabuco… Nos sentamos junticos, pegau el uno al otro, como si formáramos una sola presona… Y'o le dije, con la cabeza pega a su pecho, y apretujándome contra él: «¿Ves el Pico Negro, Agustín? ¡Miá que es duro y grande!… ¡Pus primero se volverá de humo que separarme'o de tí!». Asperé que me rispondiera, como otras veces, y calló: lo sentí llorar, y sobre mi cara cayeron sus lágrimas, que ardían. Entonces alcé la vista a él, busqué sus ojos, y por primera vez esquivaron los míos. Fué aquello como una candelada que me iluminó: Agustín estaba atemorizau por el tío Cabezo; de acuerdo con él: Agustín me abandonaría. ¡Lo vi claro! En esto, siñor cura, como si las brujas del Castillo lo hicieran, apareció en lo alto del Pico el tío Cabezo.

Mosén Aquilino. ¡Ah!

Leonor. Paicía el dimoño mesmo; paicía un pajarraco del mal agüero; una amenaza viva de nuestro cariño, siñor cura. «¿Has visto, Agustín?», le pregunté atemorizada, queriendo esconderme en la tierra. Agustín escomenzó a temblar como un azogau. Y'o, entonces, ni sé cómo ni obedeciendo a qué, eché mano al

trabuco y apunté al tío Cabezo.

Mosén Aquilino. ¡Jesús!

Leonor. Me paice ricordar que dije: «Miá que si'o ahura…». Y no ricuerdo más ni tengo concencia de mi ación. Sonó el tiro, y el tío Cabezo rodó del otro lao del Pico Negro.

Mosén Aquilino. ¡Calla, calla, infeliz; calla! ¡Maldición sobre mí si he sido torpe o tímido; si no he cumplido a tiempo con mi deber!

Leonor. ¿Usté, siñor cura? No pasó más. Agustín, empavorecido, quiso llegarse allí. ¡Imposible! Tenía que vadear el río. Apuntaba la noche… El balido de una oveja paicía el aullar de un lobo. Yo le pedí que no me dejara… Nos volvimos al pueblo espantaus. Las sombras de nuestros cuerpos en la tierra eran más negras que la cima del Pico… No hablábamos palabra… no podíamos hablar… Él se fué a su casa y'o a la mía… ¡Qué noche de miedo y de calentura!

Mosén Aquilino. Pero ¿no habéis indagado después…?

Leonor. Sí, siñor. Agustín fué solo aquella mesma noche y asperó allí al alba… ¡Ni rastro halló del tío Cabezo! No se ha sabido más de él. Ni nadie en el lugar le ha dau promenores. El sitio es solo y temeroso, como usté sabe… A la cuenta rodó por la vertiente abajo y dió en el hoyo del barranco, donde el que cae no vuelve. Aquello es la mesma boca del infierno… ¡Cosas de brujas, siñor cura, cosas de brujas!…

Mosén Aquilino. ¡No, Leonor, no; no son cosas de brujas; son cosas de las malas pasiones de la tierra! ¡El Señor nos valga!

Tocan con los nudillos a la puerta de la derecha.

Leonor. *Sobresaltada.* ¿Quién?

Mosén Aquilino. ¿Quién es?

Serapia. *Dentro.* Soy'o, Aquilino. Sal un momentico.

Mosén Aquilino. ¿Qué querrá esta mujer ahora? *Obedece.*

Leonor. *Al verse sola.* ¿Me buscará la Josticia ya? ¡Ay, Virgen de mi alma! ¡Ni rezar sé!… ¡Se me han olvidan mis oraciones!

Vuelve el Padre.

Mosén Aquilino. Es gente que viene a hablarme de la fiesta, de parte del alcalde. Ya ves tú qué oportunidad… Ven conmigo a la habitación de mi hermana. Reza allí mientras yo te aviso.

Éntranse por la puerta de la izquierda.

A poco, por la de la derecha, sale Serapia. Una vez que ve que ya se han marchado, se vuelve hacia la puerta y dice:

Serapia. Pasa, Agustín.

Aparece éste silencioso, sombrío, taciturno.

Agustín. ¿Y Mosén Aquilino?

Serapia. Ahora vendrá.

Agustín. ¿La visita que me dijo usté que tenía…?

Serapia. Era un labrador. Lo habrá despedido por la corraliza. *Pausa. Observando la actitud del mancebo, se atreve a decirle:* Mal te preban esos amores, galán.

Agustín. ¿Por qué?

Serapia. Estás desencajao.

Agustín. No, siñora; es mi natural.

Serapia. ¿Qué ha de ser tu natural, mocete? ¿Es que'o no te he conocido ciruelo? Los amores tienen esto, Agustín.

Agustín. ¿Qué tienen los amores?

Serapia. Esto que a ti te pasa. Te llevan a un huerto lleno de rosas, y tú has de ir a fijar los ojos en la que tenga más espinicas pa tus manos.

Agustín. El sino de cada creatura.

Serapia. Ya, ya. La vida está llena de esas historias… Yo mesma…

Agustín. *Maquinalmente.* Sí, siñora, sí.

Nueva pausa.

Serapia. Y de tu padre ¿no se ha sabido aún nada?

Agustín. Nada.

Serapia. ¡Qué rareza de hombre! ¡Desaparecer de repente sin decir esta boca es mía!… ¡Y sin decirte adiós a ti!

Agustín. Sin icime adiós; es verdá.

Serapia. Aquí está ya mi hermano.

Sale, en efecto, Mosén Aquilino.

Agustín. *Yendo a él con vehemencia.* ¡Siñor cura!

Mosén Aquilino. *Abrazándolo.* ¡Agustinico! *A Serapia.* Cierra la puerta de la calle.

Serapia. Ahora mesmo, sí. *Entre sí, al tiempo de marcharse.* (¡Cuando el río suena!…).

Mosén Aquilino. ¿Qué traes tú por aquí?

Agustín. Nada bueno.

Mosén Aquilino. ¿Nada bueno?

Agustín. Mejor estaría icir mucho malo.

Mosén Aquilino. Agustín, mírame a la cara. ¿Qué hablas?

Agustín. Lo que usté me oye.

Mosén Aquilino. Pero ¿tiemblas?

Agustín. Ya lo ve usté; como un creminal.

Mosén Aquilino. No te entiendo: no me atrevo a entenderte.

Agustín. Mosén Aquilino, ¿cuál es el delito mayor que puede cometer un hombre?

Mosén Aquilino. ¡El mayor!… Muchos hay abominables, por desgracia.

Agustín. Pero ¿habrá alguno más infernal que atentar contra la vida del propio padre?

Mosén Aquilino. ¡Agustín! ¡Criatura!…

Agustín. No ya del propio padre; pior aún. Del que con nosotros hizo de padre, sin obligación; del que nos amparó en la orfandá; del que nos enseñó lo que es el cariño de un hombre pa otro; del que pa nosotros amasó una fortuna con su trebajo.

Mosén Aquilino. ¿Hablas del tío Cabezo y de ti?

Agustín. Sí, siñor.

Mosén Aquilino. ¿Es verdad que ha desaparecido?

Agustín. Siñor cura: áteme usté las manos y entrégueme a la Josticia como un malhechor; como el más dispreciable de los hombres.

Mosén Aquilino. No es ese mi oficio. Pero ¿por qué me pides a mí que haga eso? No acabo de entenderte, Agustín.

Agustín. Pus ya es hora de que me entienda usté del todo, mosén Aquilino: yo hi matau al que fué mi padre.

Mosén Aquilino. ¡Agustín! ¿Estás en tu juicio?

Agustín. ¡Ojalá no lo estuviera, siñor cura! Loco, tendría disculpa.

Mosén Aquilino. Pero ¿tú… tú?…

Agustín. Yo, yo mesmo. ¿Le cuesta trebajo creólo, verdá?

Mosén Aquilino. ¿No ha de costarme? ¿Qué pesadilla es ésta?… A ver; dime, dime…

Agustín. Siñor cura, no sé cómo esplicále a usté lo que ha pasau por mí. Yo quería a mi padre más que a nadie en el mundo; y, sin embargo, dende que toa la

fuerza que tenía sobre mí prencipió a empleála en apartame de Leonor, el cariño me se iba volviendo contra él y me iba naciendo en él corazón un rincor terrible que'o desconocía. Pocos días han bastau. Mentira paice que los sentimientos se cambien y trasmuden así. Me latían en las sienes malos pensamientos; me subía del pecho a la garganta un cuajarón de sangre que me iba a ahogar.

Mosén Aquilino. ¡Yo tengo la culpa de todo! ¡Dios me perdone a mí primero que a nadie!

Agustín. ¿A usté, por qué? ¿Cómo podía usté adevinar na de esto? ¡Pa el que no hay perdón en tierra ni en cielo es pa mí! Oiga usté, siñor cura… La otra tarde acudí'o a mi cita con ella…

Mosén Aquilino. ¿Con quién?

Agustín. Con Leonor: con mi novia…

Mosén Aquilino. ¡Ah, sí! ¿Dónde os veíais?

Agustín. ¡Donde nadie nos viera!… ¿No da coraje tener que esconder un cariño que era santo y bueno?

Mosén Aquilino. Sigue.

Agustín. Nuestras citas eran en el Castillo de las Brujas.

Mosén Aquilino. ¿Frente al Pico Negro, quizá?

Agustín. Eso es. Y la otra tarde, llorando estábamos los dos nuestra mala suerte, cuando por obra del dimoño, en la cresta del Pico se apareció de pronto mi padre.

Mosén Aquilino. ¡Tu padre!

Agustín. ¡Entonces sí que perdí unos instantes el juicio! ¡No pudo ser de otra manera! ¡Dios que quiso perderme! Agarré ciego mi trabuco… disparé…

Mosén Aquilino. ¡Basta!

Agustín. ¡Y rodó el probe viejo por detrás del monte!

Mosén Aquilino. ¡Basta ya!

Agustín. Lo hi buscau después inútilmente. Si está ante Dios, que me oiga y me juzgue. ¡Merezco los mayores castigos!

Mosén Aquilino. ¿De modo que confiesas que tú, cegado por tu odio… con tus propias manos…?

Agustín. ¡No me fuerce usté a repetílo, siñor cura!… ¡Yo, con mis propias manos!…

Mosén Aquilino. ¡Pues no es eso lo que cuenta Leonor!

Agustín. ¿Eh? ¿Leonor? Pero ¿usté ha hablado con Leonor?

Mosén Aquilino. ¡Aquí estaba cuando tú llegaste!

Agustín. ¿Era Leonor? ¿Era ella?

Mosén Aquilino. Sí.

Agustín. Y ¿qué le ha dicho a usté esa probe creatura?

Mosén Aquilino. ¡Que ha sido ella quien disparó contra tu padre!

Agustín. ¡Ah! ¡Cómo me quiere! ¿Ve usté cómo me quiere? ¡No la crea usté, Mosén Aquilino! ¡Eso lo ha dicho por salvarme! ¡Ha querido ser ella porque sabe que el crimen es mucho más negro siendo mío! ¡Cómo me quiere! ¡Cómo me quiere! ¿Ve usté cómo me quiere?

Mosén Aquilino. ¿A cuál debo creer de los dos?

Sale en esto Leonor, como de un vuelo, exclamando:

Leonor. ¡A mí, siñor cura!

Agustín. ¡Ah! ¿Estabas ahí? ¿Me escuchabas?

Leonor. ¿Podías tú padecer tan cerca de mí sin que'o te sintiera? ¡Mosén Aquilino, la verdá soy yo quien la ha dicho! ¡El que ha mentido por salvarme a mí es él! ¡Yo fui quien disparó contra el tío Cabezo! ¡Lo maté'o!

Agustín. ¡No, siñor cura; no la crea!

Leonor. ¡Lo maté'o! ¡Ni qué más tiene en fin de cuentas que fuera uno u

otro, si los dos himos de arder en el infierno en las mesmas llamas! ¡Pero lo maté'o!

Mosén Aquilino. *Abrazándolos, conmovido, angustiado.* Venid acá, hijos de mi alma… y comprended que ante mí no debéis sostener esa generosa mentira. ¡Uno de los dos miente! No veáis en mí ahora al pobre sacerdote, amigo de vuestro hogar y de vuestra casta. Haceos cuenta de que estáis ante el mismo Dios que os escucha. La verdad: me debéis la verdad. Os ruego que me la digáis. ¡Decídmela!

Agustín. *Conmovido y no pudiendo disimularlo enteramente.* La verdá, siñor cura: ¡lo maté'o!

Leonor. *Con resolución y entereza.* La verdá, mosén Aquilino: ¡lo maté'o!

Se miran noble y altivamente, orgullosos de su terquedad. Mosén Aquilino, que aún los tiene abrazados, lleva perplejo su mirada del uno al otro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

En el mismo lugar que el primer acto. Es al amanecer. Poco a poco va llegando la luz de la mañana.

Salen por la izquierda Rosendo el jotero, y Guirlache, viejo leñador.

Rosendo. Qué, ¿tomamos la otra copica en casa del *Manco*?

Guirlache. No, no más copicas.

Rosendo. ¡Pa matar el gusanico, hombre!

Guirlache. Y ¿no le paice a usté que ya está bien muerto y enterrau? Las dos copicas de la Bastiana matan a un lagarto, cuantimás a un bichico tan enfeliz.

Rosendo. *Reparando hacia la derecha.* ¡Oiga! Mucho ha madrugau doña Serapia. U Serapia, pa que no se incomode. A buen seguro que viene de misa de alba.

Guirlache. La de los segadores. Allá himos debido ir nosotros, y no a casa de la Bastiana.

Rosendo. ¡Está usté muy apocau de animo, tío Guirlache! …

Guirlache. Ya sabe usté mi trebulación.

Llega por la derecha. Serapia, de velo.

Rosendo. Güenos días, siñora.

Serapia. Buenos días.

Guirlache. Güenos días.

Serapia. ¡Qué tempranico!

Rosendo. En cuanto que prencipian las fiestas, 'a no se duerme. ¿Viene usté de ponerse bien con Dios?

Serapia. Y de pedirle misericordia para los pecados de todos.

Rosendo. Hay tela, hay tela. Y ¿qué li ha dicho a usté?

Serapia. ¿Quién?

Rosendo. Dios.

Serapia. Dios no contesta nunca, herejote. Voy a entrar a ver a la madre de Leonor, que me ha dicho ella que anda otra vez con los nervios atropellaos.

Rosendo. Sus motivicos tiene.

Serapia. Ya, ya. ¿Esta noche hay ronda, por fin?

Rosendo. Sí, siñora: y ya me se tarda.

Guirlache. Ensoñando está con la ronda este hombre, como si juá un mancebo.

Serapia. No se olvidará usté de los consejos de mi hermano, ¿verdá? ¿Tendrá presente el sermoncico de antianoche?

Rosendo. No, siñora.

Serapia. ¿Cómo qué no?

Rosendo. Como que no.

Serapia. ¿Va usté a meter la pata, como siempre?

Rosendo. Voy a meter las dos, porque no tengo cuatro.

Serapia. ¡Eso se piensa usté!

Rosendo. ¡Ah, pus si las tengo, las meto!

Serapia. ¿Ve usté qué descaro, Guirlache?

Guirlache. ¡Ni que hubiá bebido!

Serapia. Pues a mi hermano bien le prometió usté…

Rosendo. Han variau las cosas. Y se ha movido el aire. Han pasau acontecimientos que no puén quedar inoraus. Si la Josticia anda *barranquera* en Canales, en mi pecho no.

Serapia. ¿Qué piensa usté hacer?

Rosendo. ¿Usté se asusta?

Serapia. Y ¿quién no se asusta escuchándolo?

Rosendo. Le voy a cantar al siñor juez una jotica, del estilo de la fematera, preguntándole dónde está el tío Cabezo.

Serapia. ¿Lo sabe usté?

Rosendo. Si lo supiera no lo preguntaría. ¿Ha de desaparecer una presona del día a la noche como por magia, y el juez se ha de cruzar de brazos? ¡Mientras'o tenga voz y vigüela, no!

Serapia. ¡Barrabás es el hombre éste!

Rosendo. Pus no queda ahí. En el tranquil de la puerta del tío Cabezo mesmo, voy a echar esta otra. Ya tengo discurrida la letrica. A ver lo que le paice a usté:

No hay como tener dineros

pa que lo maten a uno:

la mano que más aspera

es la que carga el trabuco.

Serapia. ¡Ave María Purísima!

Rosendo. Sin pecado concebida. ¡Verá usté si se aspabila el juez!

Serapia. Pero usté, mal hombre, ¿será capaz de suponer…?

Rosendo. Miusté, Serapia: yo en estos casos no canto más que lo que los demás me soplan al oído y no se atreven a icir en voz alta.

Serapia. ¡Este hombre no está bueno de la cabeza! No quiero contestále, no;

no quiero contestále. Es un costal de víboras en aguardiente. Quede con Dios, Guirlache.

Guirlache. Con Dios, siñora.

Serapia. ¡A usté ni lo saludo ni lo miro a la cara más!

Rosendo. ¡Usté se lo pierde!

Serapia. ¡Y si no me voy pronto, me larga otro descaro! *Éntrase haciéndose cruces en casa de Leonor.*

Rosendo. Pus aún no sabes tú la preguntica que le riservo al siñor cura.

Guirlache. ¿A Mosén Aquilino tamién?

Rosendo. ¡Tamién! Yo tengo pa todos.

Guirlache. Pus a tiempo llega: aquí viene él.

Rosendo. No; ahura, no. A la noche. ¿Usté lo aguarda?

Guirlache. Sí, siñor.

Rosendo. A mí no me atrapa hasta luego. ¡Güen escomienzo e fiesta!

Guirlache. Igualmente.

Rosendo. Voy por la copita que usté me ha dispreciau. Me tomaré la de usté y la mía. *Vase por la izquierda.*

Guirlache. Es un güen hombre, pero se perece por dar que icir.

Espera un instante mirando para la derecha, por donde aparece luego mosén Aquilino.

Mosén Aquilino. ¿Huye de mí aquel trapacero?

Guirlache. Güenos días, siñor cura.

Mosén Aquilino. Dios te guarde, Guirlache. ¿Huye de mí? Guirlache. No, siñor: es que tiene que hacer.

Mosén Aquilino. ¿Que tiene que hacer… o que dará que hacer?

Guirlache. Sí que es revoltosico, revoltosico…

Mosén Aquilino. Con su pan se lo coma. ¿Y tú, me quieres algo?

Guirlache. Justamente lo aspero a usté.

Mosén Aquilino. ¿Qué hay?

Guirlache. Al por qué de algo que Rosendo mi ha dicho.

Mosén Aquilino. ¿Qué te ha dicho Rosendo?

Guirlache. Que le enojan al siñor cura las coplas de burricas.

Mosén Aquilino. Hombre, no, Guirlache. No es eso. No se tome al pie de la letra. Lo que me desagrada a mí, y aun me subleva, es que se cante más a las borricas que a las personas, que se las quiera comparar.

Guirlache. A ese punto voy'o.

Mosén Aquilino. ¿Qué?

Guirlache. Que a ese punto voy'o. Usté sabe que a mí el año pasau me se murió mi *Leñacera*.

Mosén Aquilino. ¿Tu borrica?

Guirlache. Mi burrica, sí siñor; mi burrica; que es lo mesmo que icíle a usté mi compañera y mi fortuna, y mis pies y mis manos.

Mosén Aquilino. Ya, ya me lo contaste, y te consolé…

Guirlache. Pus sobre el caso es mi consulta: ¿es pecau rezále por las noches?

Mosén Aquilino. *Sonriendo.* ¿A la borrica?

Guirlache. Sí, siñor.

Mosén Aquilino. Hombre, tanto como pecado… Es ignorancia… es niñería… es candor… A los irracionales no se les reza.

Guirlache. Y mi *Leñacera*… ¿era eso?

Mosén Aquilino. ¡Claro! No se les reza, para encomendarles el alma a Dios, más que a los racionales; a las personas; a nuestro prójimo.

Guirlache. ¿Por qué?

Mosén Aquilino. Por eso: porque tienen alma, y los irracionales no la tienen.

Guirlache. ¿Cómo se sabe, siñor cura?

Mosén Aquilino. Mira, llevo prisa… Vete luego por casa y charlaremos. Te aclararé esas dudas terribles.

Guirlache. De modo y manera que a una presona, aunque lo mate a uno a desgustos en esta vida —pinto el caso—… está bien rezále.

Mosén Aquilino. Para que la perdone Dios.

Guirlache. Y a la *Leñacera*, que no me dio más que satisfaiciones y me ayudó a vivir, no está bien rezále.

Mosén Aquilino. No está bien.

Guirlache. Pus usté, mosén Aquilino, ya tuvo un perro del que icía que era más inteligente qué algunas presonas.

Mosén Aquilino. Y lo era. Y lo sentí mucho cuando se me murió. Y en un rincón de mi huerta lo enterré. Peto allí terminó mi cariño.

Guirlache. Mi *Leñacera* tamién era más inteligente que las presonas. Mal me sabe a mí no rezále. Era mucho animal. Miusté, siñor cura, que me dispertaba a la hora que'o le icía: como un reló. Esto paice cuento. Miusté, siñor cura, que cuando yo iba cansau de andar, ella lo barruntaba y se detenía pa que'o me subiese a sus lomos. Miusté, siñor cura, que me llevaba por los desfiladeros más peligrosos, y enjamás perdió la cabeza. Por alguno de ellos, más de un prójimo me hubiera dau un empetón pa que me cayera. Miusté, siñor cura —hay que contálo todo—, que cuando el hambre apretaba en los inviernos, y'o, aguantando el viento y la nieve, me metía en algún bosque del Gobierno, a cortar a solapo unos troncos de leña pa vendélos y mal comer, mi *Leñacera* burlaba al guarda mejor que'o, y me asperaba callá como en misa, con perdón sea dicho. El burro de cualquier otro *leñacero* podía

acertar a pasar por allí, que mi animalico no se rebullía. ¿Es dicurrir u no? Miusté, siñor cura, que me avisaba el tiempo de lluvia con sus ojos, que se le llenaba de lagrimas cuando amenazaba llover. Miusté, siñor cura…

Mosén Aquilino. No continúes, Guirlache. Bien sé'o lo que es un animal listo y cariñoso. Pero de eso a rezarle… Vete por casa, como te he dicho, y allí, despacio, te convenceré de tu simplicidad.

Guirlache. No dejaré de ir. Y perdone, si acaso he sido incomeniente.

Mosén Aquilino. No, no; has hecho bien en preguntarme… Adiós.

Guirlache. ¿Se ríe el siñor cura?

Mosén Aquilino. Me río, sí, me río. No has dejado de hacerme gracia.

Guirlache. Menos malo.

Mosén Aquilino. Hasta cuando quieras.

Guirlache. Sí, siñor cura. Será pronto.

Mosén Aquilino. Adiós. ¡Pobre viejo! *Vase por la izquierda.*

Guirlache. *Viéndole irse, y a modo de resumen de su pensar sobre la cuestión.* ¡Pus lo hi priocupau! *Se aleja por la derecha muy en ello.*

Viene Zequielico por la izquierda, templando su guitarro. Pasa hacia la derecha, y antes de que desaparezca lo detiene Serapia, que sale de casa de Leonor.

Serapia. ¿Qué es eso, Zequielico? ¿Te amanece templando?

Zequielico. ¡Hola, Serapia! Güenos días.

Serapia. ¿Adónde vas tú tan de mañana? ¿A la iglesia quizá?

Zequielico. Puá ser que pase por allí, sí señora.

Serapia. ¿Te aguarda alguien?

Zequielico. Que'o sepa, no.

Serapia. Pues que'o sepa, sí.

Zequielico. ¿Quién me aguarda?

Serapia. ¡A buen seguro que no es el sacristán!

Zequielico. No crea usté que no pudiera ser el sacristán, que va de ronda con nosotros esta noche.

Serapia. ¿Con quién vas tú?

Zequielico. Con *Acerolla* y sus amigos. Gente seria. Porque los de Rosendo son masiau alborotadores.

Serapia. ¿Cantarás una coplica en el estanco?

Zequielico. No sé; no sé…

Serapia. ¿Pa cuando lo dejas, mastuerzo?

Zequielico. Quizá habrá que cantála; porque la siñá Feliciana es rumbosa y echa siempre tortas a los rondadores.

Serapia. ¿La madre o la hija echa las tortas?

Zequielico. No me fijé el año pasau: como no había luna…

Serapia. Porque la costumbre es que las echen las doncellas… Y más si se ven festejadas por algún mozo.

Zequielico. No sé, no sé… *Pulsa el guitarrico para disimular.* Mala está esta prima.

Serapia. Eso se arregla pronto con otra.

Zequielico. Que es lo que no pasa con los amores, Serapia: toma usté una cuerdecica pa usté, y que estire o que afloje, que suene bien o mal, la tiene usté ya pa toa la vida.

Serapia. ¡Si no salta!

Zequielico. ¡Salta uno antes que ella!

Serapia. Pero con esos miedos y esos arreparos, Zequielico, nunca vas a casarte. Y eso se ha de hacer de *jovenzano*, que luego no habrá quien te quiera.

Zequielico. Ésa es la custión. Mucho, mucho grave.

Serapia. ¡Paices un viejo discurriendo! ¡No se han de cavilar tanto estas cosas! ¡Hay que dále vez al corazón!

El matrimonio y el baño

tienen que ser de repente,

porque al que lo piensa mucho

le entra miedo y no se mete.

Zequielico. Mucho grave, mucho grave.

Serapia. Pero ¿a ti te gusta Pilarín, sí o no?

Zequielico. A mi madre paice que no le gusta.

Serapia. No te pregunto eso: ¿a ti te gusta?

Zequielico. *Pulsa el guitarrico de nuevo, sonríe dichoso, y al cabo exclama derretido.* Como gustarme Pilarín… ¡vaya si me gusta! ¡Más que la miel sin moscas!

Pilarín ha salido por la derecha unos segundos antes y se ha detenido a espaldas del mozo.

Serapia. ¡Ea, pues ahí la tienes como enviada! Díselo a ella, que es quien ha de oílo, que de las dos suegras'o me encargo. *A Pilarín.* Tú, mosquita muerta, ya sabes cómo le gustas a Zequielico. Tú, saltamontes, ella me ha dicho a mí que tú también le gustas. ¡Con que mi madre en misa… yo solica… y la puerta abierta… mal hayan las dificultades! *Vase por la izquierda resueltamente.*

Pilarín. ¿Es algo comprometedora esta mujer?…

Zequielico. Pus tú ibas a su casa toas las noches.

Pilarín. ¡Por eso sé que es comprometedora! Y tú tamién ibas.

Zequielico. Por libros pa ilustrarme.

Pilarín. ¿Por libros, eh? Güenos días a to esto.

Zequielico. Güenos días. *Vuelve a su guitarríco, por recurso.*

Pilarín. ¿Me vas a dar música ahura?

Zequielico. Aún es trempano.

Pilarín. Pus ¡trempano empiezas a templar!

Zequielico. Esta prima, esta prima… ¿Qué te paice a ti lo que ha dicho Serapia?

Pilarín. Yo vengo de misa.

Zequielico. Y ¿qué quiés icíme con eso?

Pilarín. Que no me hi enterau. Eras tú el que hablaba con ella.

Zequielico. Ella conmigo.

Pilarín. Pero tú no te tapabas las orejas pa no olla. ¿Qué le contestabas cuando yo llegué?

Zequielico. Se me ha olvidau.

Pilarín. Era sobre la miel sin moscas. *Él le sonríe.* ¿Te ricuerdas ya?

Zequielico. ¡No se me había olvidau: jué groma!

Pilarín. Y ¿es verdá que'o te gusto así? *Zequielico acude al guitarro.* ¡No temples más, que me esazonas!

Zequielico. Y'o a ti, ¿es verdá tamién que te gusto?

Pilarín. Yo te hi preguntau a ti primero.

Zequielico. Y ¿necesitas que'o te conteste?

Pilarín. ¿Lo necesitas tú?

Zequielico. ¡No, Pilarín!

Pilarín. ¡Ni'o tampoco!

Zequielico. ¿Qué pensará tu madre?

Pilarín. ¿Y la tuya?

Zequielico. Las dos piensan lo mesmo.

Pilarín. ¿Sabes tú lo que'o me malicio?

Zequielico. ¿El qué?

Pilarín. Que sí, que piensan lo mesmo; pero es al rivés de lo que nosotros creíamos.

Zequielico. ¿Al rivés?

Pilarín. Que nos han estau hiciendo la contra pa encendénos.

Zequielico. To cabe en los posibles. ¿Por qué te lo malicias tú?

Pilarín. Porque anoche se lo estaba confesando mi madre a mi tía Pilar con mucha risa y mucha riserva, y'o me enteré Zequielico. ¿De veras, Pilarín?

Pilarín. ¡Como lo oyes!

Zequielico. ¡Miá si eres avisada! ¿Sabes que me alegro?

Pilarín. ¡No te alegrarás más que'o!

Zequielico. ¡Entonces ya estamos arreglaus!

Pilarín. ¡Y más que arreglaus!

Zequielico. ¡Como que tú me inamoraste a mí dende que hicimos conocencia!

Pilarín. ¡Pus no has sido nengún propasau; porque ya va pa cuatro años, Zequielico!…

Zequielico. To se esplica en el mundo, Pilarín. Lo más enrevesau tiene su esplicación. Ya lo ice la copla:

Hoy na ha puesto ningún güevo

la gallina blanca y negra.

Pué que consista en que anoche

nos la comimos de cena.

To tiene esplicación; ya lo ves.

Pilarín. ¿Me echarás esta noche una coplica? Zequielico. ¡Y una docena! ¿Me echarás tú tortas? Pilarín. ¡Y un ramo de clavelinas tamién!

Zequielico. ¿Pa mí?

Pilarín. ¡Pa tú!

Zequielico. ¡Pus vamos nosotros ahura a engromar a las madres iciéndoles que no nos queremos!

Pilarín. ¡Eso está mucho bien! ¡Vamos a engromálas!

Zequielico. *Riéndose de felicidad.* ¡Ja, ja, ja!

Pilarín. *Lo mismo.* ¡Ja, ja, ja!

Zequielico. ¡Hasta luego!

Pilarín. ¡Bien prencipian las fiestas pa nosotros!

Zequielico. ¡Bien prencipian! ¡Adiós, capullico de rosa!

Pilarín. ¡Adiós, ramico de albahaca!

Zequielico. ¡Adiós, vasico de leche!

Ella se retira por la izquierda y él por la derecha mirándose con embeleso.

Un momento después sale por la derecha Leonor, que viene de la iglesia, y que se detiene a orar ante la imagen del retablo. El tío Cabezo, que sale tras ella, siguiéndola cautelosamente, aguarda callado a que termine de rezar, y cuando la moza va a entrar en su casa, la llama.

Tío Cabezo. ¡Leonor!

Leonor. ¿Quién? *Espantada.* ¡Ah! ¡Virgen del Pilar!

Tío Cabezo. ¿Te asusta el verme?

Leonor. *Apoyándose en el muro para no caer.* ¡Tío Cabezo! Tío Cabezo. ¿Tanto te sobrecoge la vista de un resucitau?

Leonor. De un resucitau… así es… Lo dábamos a usté por muerto. ¿Y Agustín? ¿Lo sabe Agustín?

Tío Cabezo. Anoche lo supo.

Leonor. ¡Qué alegría pa él!

Tío Cabezo. ¿Pa ti no?

Leonor. Siéndolo pa él… ¡To himos de compartílo! ¿Dónde está?

Tío Cabezo. En el campo. Donde'o li he mandau. Veo que no sales de tu asombro. Sí; soy'o, soy'o; no soy nengún fantasma. Soy el tío Cabezo en presona. Se conoce que no era la volunté de Dios la mesma de quien disparó contra mí, cuando estoy vivo.

Leonor. Agustín lo buscó a usté en el Pico Negro…

Tío Cabezo. En lo alto estaba'o cuando un trabucazo me hizo rodar.

Leonor. ¿Herido?

Tío Cabezo. Herido, sí. No sé si en esta pierna u en esta otra. Tan poca cosa jué. Pero rodé montaña abajo, y un golpe en la cabeza me privó del sentido. Cuando lo recobré me vi recogido en la cabaña de un leñador misericordioso. Mi primer cuidau jué icíle entonces que me escondiera bien a los ojos de todos, hasta estar gueno y sano. Quería'o experimentar qué sucedía en Canales creyéndome muerto y desaparecido.

Leonor. *Trémula.* ¡Pus… ya lo ha visto usté!

Tío Cabezo. Ya lo hi visto. Cerca de la muerte tienen las cosas distinto componer.

Leonor. Y ¿sospecha usté, tío Cabezo…?

Tío Cabezo. ¿Quién jué el güen alma que me quería mandar al ultimo viaje?

Leonor. Sí.

Tío Cabezo. Entre ojos llevo a un esagradecido que me debe dineros… Pero esto, hasta pensálo na más es grave. El hecho es que aquí estoy. Vivo y sano. Pero no te inquietes: no vengo contra ti. *Ella lo mira anonadada.* ¿Esto te asombra más que mi resurreción? No miente tu semblante. To se aclarará. Por el pronto, entra en tu casa, como ibas, y di a tus padres que Melchor Cabañas, por sobrenombre el tío Cabezo —es de mi agrado que me llamen así—, está aquí asperando al siñor cura pa entrar a vélos en su compañía.

Leonor. ¿Por qué se burla usté, tío Cabezo, de quien no ha cometido más delito que querer como nadie a quien usté quiere como a nadie?

Tío Cabezo. No es ocasión de burlas, chiqueta. Y ten entendido que me aplace que se me obedezca sin chistar. Entra a icíles eso a tus padres.

Leonor. *Conmovida, le interroga a la imagen del retablo.* ¿Es verdá, Virgen mía?

Tío Cabezo. ¿A qué se lo preguntas a la Virgen, si estoy aquí'o? *Leonor lo mira temblorosa. No sabe qué hacer ni que decir. Rompe al cabo en llanto y éntrase en la casa.* Otro componer… otro componer… *Temiendo conmoverse.* Pero ¡que viejo estoy!

Vuelve por la izquierda mosén Aquilino.

Mosén Aquilino. Aquí me tienes ya, Melchor. Más a punto…

Tío Cabezo. Pus aquí me tiene usté a mí.

Mosén Aquilino. ¿Hablaste con la moza?

Tío Cabezo. Ahura mismo: acaba de dejarme. Pocas palabras. Ya me conoce usté. Nunca me perdí por *charrador*. ¿Vamos adentro?

Mosén Aquilino. Vamos. Pero antes de entrar, 'o quisiera…

También por la izquierda sale en esto Rosendo, que va a cruzar la plaza muy decidido; más al hallarse con el tío Cabezo de manos a boca, se para en firme lleno de asombro y no dando crédito a lo que ve.

Rosendo. *Entonándose.*

Tengo de subir, subir…

¿Eh? ¡Rejota!

Tío Cabezo. ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa, hombre?

Rosendo. Que… que… que no asperaba… que no asperaba…

Mosén Aquilino. ¿Qué es lo que no esperabas?

Tío Cabezo. Alcontrarme a mí, por las señas. Este tamién me contaba con los defuntos.

Rosendo. Sí, siñor… digo, no, siñor… ¿Ha hecho usté un viaje?

Tío Cabezo. Un viaje, sí. Me daban billete de ida na más; pero yo llevaba una güelta en el bolsillo.

Rosendo. Vaya, vaya… Pus yo me alegro mucho, tío Cabezo… mucho, ¡mucho! ¡Me alegro mucho!

Tío Cabezo. Gracias, hombre.

Mosén Aquilino. ¿Has compuesto algunas coplas para la ronda?

Rosendo. Algunas hi compuesto, sí, siñor.

Mosén Aquilino. ¿Recordando mis advertencias?

Rosendo. *Después de un trago de saliva.* Sí, siñor. Yo no soy tan farandulero como la gente se fegura… Yo podré en un momento dan hablar de más, icir más de lo comeniente… Pero a tiempo sé recoger velas… Yo le prometo a usté, siñor cura, que la rondalla de este año va a dejar mimoria… ¡pero al reves la del año pasau!… *Como enternecido.* Toas van a ser fenuras y feligranas… ¡Faltaría más! ¡Vaya! ¿Pus no me está llorando este ojo?

Mosén Aquilino. Eso será del aguardiente.

Rosendo. No diré'o que río. Y como no me llora más que uno voy por otra copica, a ver si el otro se imprisiona tamién. Salú a la güena gente.

Tío Cabezo. Adiós, hombre.

Mosén Aquilino. Anda con Dios.

Rosendo. ¡Dimoño de lagrimas! *Vase por la derecha, enjugándoselas.*

Tio Cabezo. ¿Qué es lo que usté quería antes de entrar, mosén Aquilino?

Mosén Aquilino. Conocer bien las causas de este cambio tuvo tan radical y tan inesperado.

Tío Cabezo. Va usté a sabélas en dos palabras; que ni saliva me gusta a mí gastar en balde. La visión de la muerte ha sido mi mejor consejera. Yo creía que tenía el corazón más duro que la cabeza, y he visto que no.

Mosén Aquilino. Ni las fieras lo tienen.

Tío Cabezo. No he sido nunca hombre que haya reblau. Si hoy ve usté que reblo… por algo es. Cuando llegué anoche a casa y sorprendí con mi llegada a Agustinico, dió un salto y un grito, 'o no sé si de alegría u de espanto, u de las dos cosas, y se tiró a mi cuello y se me abrazó de una forma, que me esplomé. No me avergüenzo de confesálo; me esplomé. Como una monjica. Le agradecí a Dios hasta el trabucazo, sinor cura. ¿Querrá usté creólo? El mozo paicía mesmamente un perrico que güelve a ver al amo que se feguró perdido pa siempre. Enternecía a una piedra.

Mosén Aquilino. Es muy bueno Agustín.

Tío Cabezo. Es güeno. Prencipiamos a hablar de esto y de lo otro, y me dijo al cabo de mucho ir y venir, con una firmeza y un mirar que daban frío, que si'o no quería, él no se casaba con esta mujer, pero que eso era a costa de espatriarse. Con menos no le pagaba el desengaño. ¡Espatriarse, siñor cura! ¿Usté comprende bien lo que es eso? ¡Espatriarse! Yo juí soldau de mozo, y peleé en la morería, y sé muy bien to lo que vale ese cachico e trapo de dos colores que se sigue y se mira entre el humo y el fuego… ¡Espatriarse Agustinico! ¿Había de querer o pa él tamaña desventura? ¡Abandonar por siempre este suelo, estas tierras benditas que'o labré y engrandecí pa él!… Mi hacienda, al morir yo, en manos de desconocidos, de que se'o quién o de parientes que no me importan… No me dijo más Agustinico. Ya había dicho bastante. Ca uno se jué a su cuarto… Yo sentía sus pasos dende el mío, y él sentiría los mío tamién dende el suyo. ¿Quién dormía, con los corazones y las cabezas como fraguas? Icen que los aragoneses sernos tercos. Y sí que lo sernos. Si no lo juéramos, no hubiera habido Sitios. Pero en tos los sitios hay una razón y hay un menuto pa rendirse. Y con el alba me llegó a mí el mío. Mandé a Agustín al campo, con la promesa de que ni a ella ni a nadie había de icíle una palabra de lo

pasau entre nosotros, y'o me juí a la iglesia en busca de usté. ¿Vamos adentro?

Mosén Aquilino. ¡En que'o te abrace! *Se abrazan.* Vamos adentro ahora.

Éntranse en casa de Leonor.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

A telón corrido óyese la ronda de mozos, que se aproxima. Una voz canta: ***Voz****.*

Ya está la luna en el cielo

asomada a su balcón:

asómate a tu ventana,

clavelina de Aragón.

Se levanta el telón entonces y aparece el mismo lugar, embellecido por la luna. Sentado en el poyete de casa de Leonor reposa mosén Aquilino. Leonor, sonriente y dichosa, está asomada a su ventana. Los mozos de la ronda —hasta cinco o seis—, capitaneados por Rosendo el jotero, inician su marcha hacia la derecha. Llevan bandurrias, guitarras y requinto. Con ellos van además otros dos mozos, portadores de una manta, donde recogen los regalos con que las muchachas los obsequian: tortas, roscones, flores, etc.

Rosendo. Vamos por esta calle. No estará usté descontento de mí, siñor cura.

Mosén Aquilino. No, hombre; hasta ahora, no.

Rosendo. Pus así seguiremos.

Aléjase por la derecha con su compañía. Leonor les echa unos roscos en la manta y se va. Durante todo el cuadro llegará a la escena, desde distintos sitios, como un apagado rumor de los instrumentos, y de cuando en cuando, el eco, más o menos debilitado, de alguna jota.

Mosén Aquilino. ¡Buena jornada la de hoy! ¡Estas compensaciones ofrece la vida! Estoy fatigado, en verdad. *Pausa.* Noche de ronda… ¿Por qué hoy como nunca me asaltan a mí estos recuerdos?… ¡Cuánto se parece esta plazuela a aquella otra!…

Voz. *Dentro, a gran distancia.*

Si alguno quiere pedíle

cuentas a este rondador,

no se las pida en la ronda,

sino solicos los dos.

Mosén Aquilino. *Levantándose estremecido.* ¿Quién canta esa copla? ¡Dios mío! ¡Esa fué; esa fué!… Pero ¿quién la canta? Tal como allí cayó herido aquel hombre… *Con repentino espanto.* ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿La mancha de sangre otra vez? … *Rehaciéndose, serenándose.* ¡Dios mío!… ¿Es esto una alucinación? Vaya, vaya; a rezar por los muertos… y a pedir por los pecadores. *Se marcha por la izquierda, conturbado el ánimo.*

Después de una pausa, óyese la voz que canta de nuevo.

Voz.

Echemos la despedida

al estilo de mi tierra:

al que nace, lo bautizan,

y al que se muere, lo entierran.

A poco, por la derecha, más anhelante aún que la primera vez que lo vimos, saltando de alborozo, aparece Agustín y grita llegándose al pie de la ventana de su novia.

Agustín. ¡Leonor! ¡Leonor!

Leonor. *Asomando en la ventana de nuevo.* ¡Aquí estoy, Agustín, aquí estoy!

Agustín. ¡Siglos me se han hecho los menutos!

Leonor. ¿Cómo has tardado tanto?

Agustín. Por no dejar solo a mi padre, que se enfermó un poquico con las emociones del día. ¡Pero ya pasó! ¡Baja, baja, que te quiero abrazar!

Leonor. ¡Ahura mesmo! *Retírase.*

Agustín.

¡Si me muero, que me entierren

a la puerta de su casa,

porque yo sienta sus pasos

cuando venga o cuando vaya!

Leonor. *Saliendo y yendo a él.* ¡Aquí me tienes!

Agustín. ¡Leonorica!

Leonor. ¡Agustín de mi alma!

Agustín. ¿Me quieres ahura?

Leonor. Te quise en la desgracia, ¿cómo no hi de quererte en la felicidá?

Agustín.

¡Yo te quiero más que a nadie,

mañica de mis amores;

yo te tengo de sembrar

el caminico de flores!

Leonor. ¡Ya me lo siembras, ya! ¡Cómo nos salvó nuestro cariño, Agustín!

Agustín. ¡Él ha hecho el milagro! ¡Yo no pensé enjamás que mi padre reblara!

Leonor. ¡Bendígalo Dios como lo bendecimos nosotros! Agustín. ¡Si no llegamos a querernos así, esto no sucede! ¡Mírame, Leonorica, mírame; que'o me sacie de tu mirar!

Leonor. ¡Eso no será nunca: como yo tampoco me sacio del tuyo!

Agustín. ¡Ya somos el uno del otro! ¡Qué fuerza tan grande pa vivir!

Leonor. La ronda viene. ¡Suena más alegre que nunca! ¿Quién podrá olvidar esta noche?

Voz. *Cantando dentro, más cerca que antes.*

Yo tenía el corazón

duro como el pedernal,

y el cariño de dos mozos

lo ablandó pa perdonar.

Leonor. ¡Es por nosotros, Agustín! ¿Has oído?

Agustín. ¡De fijo que ha sido Rosendo! ¡Lo ice por mi padre!

Leonor. ¡Miá tú cómo cuando quiere compone fenuras!

Agustín. ¡Miá tú…!

Corta la frase del muchacho la inesperada aparición del tío Cabezo, que a este punto llega por la derecha.

Leonor. ¡Tío Melchor!…

Agustín. Padre, ¿usté aquí?

Tío Cabezo. Yo aquí. No lo estrañes. Me alcontré con ánimos luego de tantas aventuras, y me salí a recorrer las calles, oyendo a los mozos; recordando mis primaveras. ¡Quién sabe si será ésta la ultima ronda que'o vea y ascuche!

Agustín. ¡Eso, no!

Tío Cabezo. ¡U eso, sí! ¡Quién lo sabe! Y no hi perdido el tiempo en mi paseíco. *Los mira de un modo que los desconcierta.*

Leonor. ¿Eh?

Agustín. ¿Qué?

Tío Cabezo. No os soliviantéis. Lo que no se hace es lo que no se averigua nunca. Lo que se hace, tarde u trempano se llega a averiguar. Y'o ya sé quién disparó contra el tío Cabezo.

Leonor. ¿Lo sabe usté ya?

Tío Cabezo. Sí, por cierto. ¿Y tú, lo sabes?

Leonor. Sí, siñor.

Tío Cabezo. ¿Que tú lo sabes, dices?

Leonor. Sí, siñor.

Tío Cabezo. ¿Quién jué?

Leonor. Yo mesma.

Tío Cabezo. Basta. Te ha salvan tu nobleza, maña. Es lo que'o deseaba oírte. Si me vienes ahura con hipocresías y con embustes, aún no sé'o lo que hubiera pasau. Agustín, abrázala, que güena alhaja es la que te llevas.

Agustín. ¡Padre!

Tío Cabezo. ¡Abrázala!

Agustín. ¡Leonorica!

Se abrazan los enamorados.

Tío Cabezo. *A la ronda, que se siente muy cerca.* ¡Aquí, mozos, aquí; que aquí está la flor de este pueblo!

Vase satisfecho por la izquierda.

Leonor. *A Agustín.* ¡Fuí'o! ¡Fuí'o!

Agustín. ¡Sí: tú fuiste! ¡Ahura ya no me importa reconocélo!

Leonor. ¡Yo fuí! ¡La mesma que lo quiso matar… y que ahura lo bendice!

La rondalla está ya tan cerca que parece que va a entrar en la plaza.

FIN DEL POEMA

El Escorial, julio, 1928.

LOS DUENDES DE SEVILLA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Exposición**, de Sevilla, el 11 de octubre de 1929

A SEVILLA

La Ciudad de la Gracia; la de la Giralda y el Guadalquivir; la orgullosa y la humilde; la apasionada y la indiferente; la que medita y sueña; la de los días de oro y las noches de plata; la blanca y la rosa; la inolvidable desde que se la ve; la de los vivos y graciosos. Contrastes; la que se envuelve en un velo tejido de Leyenda y de Historia; la que hace de la verdad, quimera, y de la quimera, verdad; la de los inefables hechizos y la de las redes invisibles; la de los misteriosos duendes; la que siempre sorprende y cautiva; la que descansa cantando y trabaja riendo; la del piropo, la guitarra, el vino y la copla; la que suspira de amor en las sencillas rejas de sus casas y de fe en las dobles rejas de sus conventos; la de las imágenes sublimes, que aun a los incrédulos conmueven; la de los silenciosos patios y las calles que hablan; la de los claveles que coronan e incendian azoteas y balcones y la de los jazmines que nievan y aromatizan los muros ruinosos; la del aliento de mujer…

Con toda la bastón de la juventud, que para quererla es perenne en nuestros corazones.

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Luz Mañara. Carmen Díaz. Doña Jesusa. Teresa Gisbert. Agustina. Elisa Sánchez. Hermana Martirio. Margarita Larrea. Carmela. Montserrat Blanch. Encarnación. María Montilla. Josefilla. Concha Soto. Rosarito. Carmen León. Una Señorita. Eulalia Blanch. Otra. Palmira Guerra. Una Chiquilla. Carmelita Fortes. Una Muchacha. Magdalena Roger. Una Niña. N. N. Eloy Garzón. Vicente Soler. Bartolomé. Miguel Pozanco. Don Rómulo. Ricardo Simó Raso. Jerónimo. El Guarda. Don Félix Montellano. Rafael Bardem. Don Goyo. Miguel. Manuel M. Galeano. El Zapatero. Ceferino Barrajón. Don Roque Juan Sánchez, «Monacillo». Julián Pérez Ávila. «Utreranito». Manuel Díaz. Un Borracho fino. Vicente Ariño. Un Chiquillo. Emilio Durán. «Valiente». Ricardo Laygualda. El Panadero. El Escobero. Un Muchacho. Luis Camarero. Otro. Modesto Blanch. Un Duende. Carmen Díaz. Una Voz. El Niño De Utrera. Una Señorita, «el Jorobeta», el Mozo de estoques, dos Amigos de Juan, un Transeúnte y tres Parejas de novios

LOS DUENDES DE SEVILLA

ACTO PRIMERO

Patio de una casa sevillana, entre su merced y señoría, bello de proporciones, sencillo de traza, limpio, gracioso, encantador, risueño. Al foro, la cancela, tras de cuyo encaje de hierro se ven el zaguán y la puerta de la calle, casi siempre entornada. A derecha e izquierda de la cancela, sendas habitaciones. A la derecha del actor, el arranque de la escalera. Junto, en primer término, puerta que conduce al patinillo. A la izquierda, otra puerta. En medio del patio, una fuente, cuyo surtidor acompaña las escenas con su leve y cristalino rumor. Algunas plantas; pocas. Escasos muebles. Es una mañana de principios de mayo.

La escena está sola y silenciosa, bañada en apacible luz. No se oye más que el surtidor de la fuente. Luego, el Panadero grita desde la puerta de la calle: ***Panadero****. ¡Panadero!*

Y a poco, por la puerta del patinillo, sale Carmela con un canasto para tomar el pan.

Carmela. *Ahuyentando al gato, que la persigue.* ¡Sape, empalagoso! ¿Que siempre has de tené ganas de juego? ¡Lo que le gustan a este gato mis piernas!…

Doña Jesusa, la madre de Luz, señora impedida, habla sin ser vista desde la habitación de la izquierda del foro. Su voz es ronca, fuerte, y su entonación, graciosa y popular.

Doña Jesusa. ¡Carmela!

Carmela. *Llegándose a la puerta.* Señora.

Doña Jesusa. ¡Que no se te orvide toma la media de cantos pa er señorito Goyo!

Carmela. ¡Descuide usté! ¡Primero se me orvía mi nombre!

Doña Jesusa. ¿Le limpiaste ya su alaseniya?

Carmela. Sí, señora; en cuantito me levanté. —Está bardá no se menea de su siyón, y está en toa la casa. ¡To lo yeva eya en su cabesa!

Abre la cancela y sale a la calle.

Pausa. El surtidor triunfa de nuevo en el silencio.

Vuelve Carmela con el pan. La sigue el Maestro zapatero, remendón popular en la calle, digno del pincel de García y Ramos. En la mano trae un zapatito de la muchacha.

Zapatero. Ya verás qué perfesión de compostura.

Carmela. No entre usté, que va a ensusiarme er patio.

Zapatero. Traigo yantas de goma. Ten ahí tu sapato, niña. ¡A vé si distingues er remiendo!

Carmela. ¡Ya lo creo! Aquí está.

Zapatero. ¡Porque sabías er sitio!

Carmela. Y esto, ¿qué me cuesta?

Zapatero. Si me miras ar tiempo de pagarme, dos reales na más. Si vuerves la cara po otro lao, veintisinco duros.

Carmela. Pos cóbrese usté los dos reales.

Zapatero. ¡Ole! *Con ímpetu de piropearla.* Si yo…

Carmela. *Bajando la voz.* Eso que me iba usté a desí, se lo caya, que está ahí la señora.

Zapatero. ¡Siempre se me orvía! Ve después a la mesiya por er cambio, que no tengo suerto.

Carmela. ¿No tiene usté suerto, o es na más que pa que vaya yo por é?

Zapatero. Son las dos cosas. Y así te digo luego lo que se me ha quedao en er buche. *Se marcha y cierra la cancela. Tras ella se detiene todavía un instante, contemplando maliciosamente a la muchacha. Luego exclama:* ¡Y pensá que era una cosa así por tu estilo!

Carmela. ¿Quién?

Zapatero. ¡Mi mujé, hase cuarenta años! ¡Mardito sea er charó! *Vase a la calle.*

Carmela. ¡Qué humó de hombre éste!

Doña Jesusa le pregunta:

Doña Jesusa. ¿Quién era, tú?

Carmela. ¡Er sapatero de la esquina, que me ha traío un sapato compuesto!

Doña Jesusa. ¿Y antes, quién vino?

Carmela. ¡El hombre de la vela, a pedirme una poquita e agua! ¡Está ahí en la plasuela cosiéndola, y tenía caló! —¡Er vuelo de una mosca oye! Y eso que está bardá. *Vase al patinillo.*

Nueva pausa. En la calle, a distancia, se oye pregonar al Escobero.

Escobero. ¡El escobero, niñas!… ¡Buenos escobones y escobas!… ¡Buenos escobones!… ¡El escobero, niñas!…

Por la puerta de la izquierda sale don Goyo, con un pandero construido por él, y se va escaleras arriba canturreando el pregón del escobero.

Don Goyo. ¡Buenos escobones y escobas!… ¡Buenos escobones!…

Este don Goyo es un hermano de doña Jesusa, solterón pintoresco, y se abre luego la puerta de la calle, y avanza con curiosidad por el zaguán hasta la cancela, Eloy Garzón, joven arquitecto madrileño, que por primera vez visita Sevilla. Procurando que no se le sienta, y saboreando el encanto del lugar, se detiene tras el herraje a contemplar a sus anchas el patio.

Un momento después, Carmela, que vuelve del patinillo, advierte su presencia.

Carmela. ¿Quién es?

Eloy. Nadie. Perdone.

Carmela. ¿Por quién pregunta usté?

Eloy. Por nadie: no pregunto por nadie. Me asomé al zaguán, me llamó la atención el patio, y me he acercado a verlo.

Carmela. To er mundo tiene que hasé con este patio.

Doña Jesusa. ¿Quién es?

Carmela. ¡Nadie!

Doña Jesusa. ¿Nadie? Pos ¿con quién hablas tú?

Carmela. *A Eloy.* Es la señora.

Doña Jesusa. ¿Con quién hablas tú?

Carmela. ¡Con un cabayero que se ha arrimao a la cansela pa vé er patio!

Doña Jesusa. ¡Pos ábrele, mujé, y que entre y lo vea a gusto!

Carmela. *Abriendo la cancela.* Dise la señora que entre usté.

Eloy. Muchas gracias; no se moleste.

Carmela. Molestia, ninguna. ¡Digo! Pase usté, señó.

Eloy. Muchas gracias. Es delicioso. ¡Qué fresco! ¡Qué agradable a la vista! ¡Qué simpático! Dígame: ¿es ésta la casa de don José Rincones?

Carmela. No, señó: ésa es dos casas más abajo. La que hase esquina. Donde está er sapatero. Ésta es la casa de doña Jesusa Varales, que está barda y no sale por eso.

Eloy. *Entre sí, admirando el patio.* ¡Precioso! ¡Precioso de veras! Para quedarse en él.

Carmela. Pos luego se arregla pa er verano, se bajan los muebles de arriba, er piano y to, y está más bonito toavía.

Eloy. Lo estará, lo estará…

Carmela. La señora vive con un hermano de su marío, don Rómulo, un señó mu raro…

Eloy. *Maquinalmente.* Sí.

Carmela. Y con un hermano de eya también, don Goyo, que ha sío teniente arcarde. ¿Los yamo?

Eloy. ¡No! De ningún modo… Me marcho ya. Muchas gracias.

Carmela. No las merese.

Eloy va a marcharse, cuando llega de la calle Luz, de peineta y velo mañanero. No reprime un leve gesto de sorpresa ante el desconocido, y mira, como interrogando, a Carmela. Él, sorprendido a su vez, la saluda inclinándose cortésmente. De manera súbita, le acomete un inconsciente deseo de no irse.

Luz. Buenos días.

Eloy. Buenos días.

Carmela. Éste señó, que estaba mirando er patio desde la cansela…

Luz. ¡Ah!…

Carmela. Y la señora me mandó que le abriera pa que lo viese bien.

Eloy. Usted me disculpe…

Luz. ¿De qué? ¿Le ha gustao el patio?

Eloy. ¡Muchísimo!

Luz. ¡Tan sensiyo!… ¿Verdá?

Eloy. Por eso me ha gustado precisamente.

Luz. ¿Y el patiniyo, no lo ha visto?

Eloy. ¡No, señorita!

Luz. Yévalo y que lo vea, Carmela.

Eloy. ¡Por Dios!

Luz. ¿Qué tiene de particulá? ¿No ha visto usté el patio? El patiniyo es otra cosa. No vale dos cuartos, pero yo estoy enamorada de él. Pase usté sin reparo ninguno.

Eloy. Yo no sé qué decirle a usted… cómo agradecerle tanta amabilidad…

Luz. Pase usté, pase usté. *Le inclina la cabeza y le vuelve la espalda.* ¡Mamá!

Doña Jesusa. ¡Hija!

Éntrase Luz en la habitación donde está la señora.

Carmela. Venga usté por aquí.

Eloy. *Gratamente admirado y confuso.* ¡Aquí tenía que vivir una mujer hermosa!

Vase tras de Carmela, por la puerta del patinillo.

A Luz se la ve en la habitación quitándose la peineta y el velo, mientras conversa con su madre. Después coge un costurero y con él sale al patio.

Luz. Hase una mañana delisiosa.

Doña Jesusa. Pa mí, atá como estoy a este siyón, toas son iguales.

Luz. Dios querrá ponerla a usté buena. Por lo menos para que yo la yeve a usté en coche al huerto de Ana. ¡Cómo está de flores!… Y ha sido en dos días. Ha dicho mayo de pronto: «Aquí estoy yo»…

Doña Jesusa. ¿Te yegaste ar Convento también?

Luz. Sí: a yevarles a las madres unas asusenas.

Doña Jesusa. ¡Milagro! Esa visita no podía fartá.

Luz. Bueno; voy a cosé un ratito.

Se sienta a ello al lado de la fuente.

La actitud reposada de Luz, la suave claridad de su rostro, noblemente alegre, son reveladores de un espíritu comprensivo y sereno y de un corazón dueño de sí mismo. Una gran tristeza, de su primera edad debe de estar muy honda, cuando nadie la adivina ni la advierte en su trato afable y sencillo, en su charla comunicativa y risueña.

Salen del patinillo Carmela y Eloy.

Eloy. Me marcho encantado, señorita. Repito que no sé cómo agradecerle…

Luz. ¿Qué le ha paresido el patiniyo?

Eloy. Digno de la predilección de usted.

Luz. ¡A mí me gusta mucho!

Eloy. Y lo merece.

Luz. Y el caso es que no es nada: cuatro arriates, cuatro paredes blancas, cuatro gitaniyas…

Eloy. ¿Gitanillas?

Luz. Sí: los geranios de enredadera.

Eloy. ¿Les llaman aquí gitanillas?

Luz. Sí, señó.

Eloy. ¡Resalta todo tanto sobre lo blanco de la cal! La cal es uno de los tesoros de Andalucía. Porque es limpia, es alegre, es luminosa. Y por la tarde, a la puesta del sol, ¡recoge matices tan finos de la tierra y del cielo!…

Luz. En mi casa hay pasión por la cal. Aquí no descansa la escobiya.

Carmela. ¡Digo! ¡En seguía pasa la señorita un desconchón!

Luz. Caya tú.

Eloy. Hasta las palomas del Parque, todas blancas, pregonan en Sevilla la excelencia y el imperio de la blancura. Volando en torno de la rica policromía de aquellos edificios, no parece sino que se escaparon de los encalados palomares de la ciudad, para decir y recordar a todos que la blancura es la sal de Sevilla. *Luz lo mira con simpatía por todo comentario.* En fin, señorita; estoy abusando demasiado de la amabilidad de usted.

Luz. ¿Por esto?

Eloy. Por esto, sí; por esto, que para usted es tan natural, y que hay que venir a Sevilla para encontrarlo. Le pregunto a un obrero en la calle cómo daría con ésta, y deja el camino que llevaba y me acompaña hasta la esquina. ¡Y me acompaña contándome cosas de su mujer y de sus hijos! Me asomo tímidamente a esta cancela, se me ve… y se me hace entrar hasta el interior de la casa.

Luz. Y eso ¿qué vale? ¿Qué trabajo cuesta?

Eloy. A ustedes, ninguno.

Luz. Y si por casualidá es usté pintó y quiere vení a pinta el patio…

Eloy. No, señorita, no soy pintor. Y bien que lo siento. Porque me agradaría copiar este patio… tal como está ahora.

Luz. ¿Con esta luz, verdá?

Eloy. Sí… con esta luz. ¿Va usted a permitirme que le diga que en Sevilla no debieran hacerse casas sin patio?

Luz. ¿A mí me lo va usté a desí, que tengo éste? Eso, al Ayuntamiento.

Eloy. Aun las más humildes, aun las más pobres. El patio en Sevilla es como el corazón de la casa.

Doña Jesusa. ¡Dise muy bien ese cabayero!

Luz. *A un movimiento de Eloy.* Es mi madre. Está impedida la pobresita. ¡Y es muy seviyana! ¡Pero muy seviyana! Ya lo ha visto usté: si ahora mismo es muda, revienta.

Doña Jesusa. ¡Como que tenemos en Seviya las casas más bonitas der mundo, y se empeñan en copiá las más feas que se ven por ahí!

Eloy. Tiene mucha razón esa señora. Pero el genio de Sevilla sabrá transformarlas. Yo he observado que aquí lo feo no prevalece.

Luz. Eso sí es verdá.

Eloy. Ni lo feo ni lo triste. Abusando de la hospitalidad de usted, y amparado de ella, le voy a decir otra cosa.

Luz. Diga usté.

Eloy. Es la primera vez en mi vida que vengo a Sevilla. Soy arquitecto. Me propongo estudiar el gran tesoro de la ciudad, antiguo y moderno. Traía la cabeza llena de prejuicios de todo linaje, y de censuras y de elogios descompasados. Venía también envenenado de literatura. Pues bien: mi espíritu vibra estos días como nunca, reaccionando al contacto directo de la población, de sus bellezas, de sus

aberraciones. Se enamora, protesta, pelea consigo mismo, se emociona, se exalta… Siempre recordaré estas horas. Y a lo que iba. He leído últimamente, y no una vez sola, que los patios sevillanos son tristes.

Luz. ¡Ave María Purísima!

Eloy. ¿Cabe mayor perturbación? Podrán ser solitarios, tranquilos…

Luz. Eso es: silensiosos, aislaos, yenos de paz y de sosiego, de sombra agradable… ¡pero tristes!… ¿Cuándo? ¿Por qué?

Eloy. ¡Triste un lugar donde se quisiera vivir siempre!…

Luz. Lo mismo que disen de los patios lo disen muchos también de Seviya.

Eloy. También; ciertamente. ¡Sevilla triste!… ¿A quién se le podrá parecer?

Doña Jesusa. ¡A los que vienen con poco dinero!

Luz. ¡Ja, ja, ja!

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Carmela, que desde que salió espera junto a la cancela para abrirla, exclama, viendo que el forastero no acaba de irse: ***Carmela****. ¡Vaya!*

Baja don Goyo, ajeno a la visita, entonando para sí otro pregón.

Don Goyo. ¡Sombreros, muebles, libros… y los paraguas viejos que vendé! … *Al ver de pronto a Eloy.* ¡Ah! Usté disimule. Buenos días.

Eloy. Buenos días.

Luz. Es un señó a quien le yamó la atensión nuestro patio…

Eloy. Sí, señor, sí. Y su familia de usted ha sido tan amable, que me ha hecho entrar a verlo.

Don Goyo. ¿Por qué no? Si se asomó usté porque le gustaba… Ésta es una de las casas más castisas que hay en Seviya.

Eloy. Sí que lo es.

Don Goyo. ¿Le habéis enseñao er patiniyo?

Eloy. Sí; también lo he visto.

Don Goyo. ¡Pos ya no se va usté a i sin vé la asotea!

Eloy. ¿Eh?

Don Goyo. ¡La asotea es lo mejó de la casa! No perderá usté er tiempo viéndola. Suba usté conmigo.

Eloy. Pero…

Don Goyo. Suba usté. Está usté en su casa, señó.

Eloy. ¡Sí; eso parece!

Luz. Y se la estamos enseñando a usté como si fuera la Casa de Pilatos, la de las Dueñas, San Telmo…

Don Goyo. Suba usté, suba usté sin cumplidos.

Eloy. Con permiso… No sé cómo pagar…

Don Goyo. *Acompañándolo hacia arriba.* ¡Verá usté qué vistas! Y ¡qué claveles! Y ¡qué palomos!

Suben Eloy y él.

Carmela. ¡Éste señó se va a queda aquí de pupilo!

Luz. A mí me estaba dando fatiga verlo de pie, ¡pero yo no le iba a desí que se sentara!

Carmela. *Confidencialmente.* Pa mí, señorita, que le ha gustao usté más que er patio.

Luz. ¡Ya lo arreglaste tú! Anda ayá dentro.

Carmela. ¿Tendría eso argo de particulá? *Al ir a entrarse por la puerta del patinillo.* Miste ar gato asechándome. ¡La ha tomao con mis piernas! ¡Sape, *Cara Ancha*!

La llegada de nuevos personajes no la deja irse. En efecto, aparecen tras la cancela, y ella les abre luego. Agustina, gitana corredora de prendas, y su acompañante Miguel, también gitano y unido a ella por lazos que desconocemos. Trae diversos envoltorios y paquetes.

Agustina. ¡Ea! ¡Ya está aquí la de tos los días! ¡Güenos días tenga usté!

Miguel. *Con dicción monótona y oscura: como si hablase dentro de una tinaja.* ¡Güenos días señorita Luz y la compaña!

Luz. ¡Adiós mi dinero!

Agustina. ¡Dios la bendiga a usté, reina de la casa y der mundo! ¡Tú, Carmeliya, abre la cansela!

Carmela. ¿Abro, señorita?

Agustina. ¿Pa qué se lo preguntas, esangelá? ¿No sabes que está deseando comprarme arguna cosa? ¡Abre ya, paralítica!

Carmela. Señorita, ¿qué hago?

Luz. Abre; ¿qué remedio? *Carmela obedece. La pareja invade el recinto como país conquistado.*

Agustina. ¡*Undebé* tiene que protegerla, por güena! ¡Ea, señorita, hoy sí que rematamos er trato! Le traigo a usté er mantón de su capricho, y no me voy con é.

Doña Jesusa. ¡En los sincuenta duros! ¡Ni un séntimo más!

Luz. Ya oyes a mi madre. Y el capricho es de eya, no mío.

Agustina. ¡Doña Jesusa de mi arma, no me pida usté el imposible! ¡Si este mantón es regalao en mir pesetas! *Saca de uno de los envoltorios el mantón y lo muestra ponderándolo con orgullo.* ¡Regalao!

Miguel. Regalao, regalao; en mir pesetas, regalao. Regalao, regalao; lo que se dise regalao.

Luz. ¿Quieres cayarte tú también? Ya has oído a mi madre. ¡Ni un séntimo más de sincuenta duros!

Agustina. ¡Vamos, no repita usté esa herejía! ¡Miste, señorita, que anoche mismo me daba su Artesa la señora Infanta las mir quinientas; y por la gloria de mis *churumbeles* que no serré er trato, acordándome der capricho de usté!

Luz. Pues yo de ningún modo quiero perjudicarte. Yévaselo a la Infanta; yévaselo.

Agustina. Pa su Artesa he buscao ya otro. ¡Porque se quedó la probesita con una pena!… ¡Es tan afisioná a to lo bonito de Seviya!… Pero éste es pa usté, éste es pa usté.

Luz. No, no; yévaselo a la Infanta, que más bien es mantón para toda una Infanta que no para una pobre como yo.

Agustina. ¡Ay, que no me cree, que no me cree! ¡Migué, que no me cree! ¡Cómo se ríe la picara!

Miguel. Pos es verdá, señorita, es verdá. Ha dicho la verdá. Por su salú y la mía que es verdá.

Doña Jesusa. ¡Agustina, que me duele la cabesa! ¡Si no le dejas pronto, no doy más que cuarenta y sinco!

Agustina. ¡Ay, por Dios! ¿Qué he hecho yo en esta casa, pa que así quieran castigarme? ¡Doña Jesusa, que er dinero en el arca se pudre! ¡Que yo le pío por su salú ar Gran Podé tos los viernes! ¡Sincuenta, duros por este palio! ¡Si los vale na más verlo una vez siguiera! ¡Miste qué seda, miste qué seda, que se pierde en las manos! ¡Miste qué filigrana de bordao, que parese obra de ángeles y no de creaturas! ¡Miste qué fleco, que apenas se parpa, y pesa dos arrobas! ¡Miste qué colores, que esto es un paraíso! ¡Miste qué rositas, que hasta güelen! ¡Miste qué chinos, que dan er té! ¡Écheselo usté sobre esos hombros de prinsesa y va usté a vé como no quiere espegársele de eyos!

Luz. No, no, no.

Agustina. ¡Ande usté, tesoro! ¡Aunque no sea más que pa que yo la vea! ¡Que vi a yamá a un fotógrafo pa que la retrate!

Miguel. Póngaselo usté, señorita.

Luz. No, no, no. Me lo pondré si yega a sé mío. Sincuenta duros vale. Tú dirás.

Agustina. *Como quien toma una resolución a vida o muerte.* Vaya, Migué, tápate los oídos; no oigas tú esto. O hate cuenta que me he güerto loca por serví a este pimpoyo. *A Luz.* Noventa duros, señorita, y otra me dará lo que pierdo aquí.

Miguel. No pué sé, Agustina, no pué sé: en noventa duros no pué sé. No pué sé, no pué sé…

Agustina. Migué, mi palabra es regia. He dicho ya que noventa duros, y aunque me arruine, en noventa duros remato er mantón.

Miguel. *Con gesto desolado.* ¡Estas mujeres no reparan en na!… ¡En na, en na, en na que usté vea!…

Luz. Ni tú te apures demasiao, Miguel: los noventa duros no se los doy. De manera que no yores ni te muerdas el puño, porque no hay tragedia.

Agustina. ¡Qué chuflona y qué grasiosa es! ¡To lo toma eya así! ¡Ánge de la madre que la trajo ar mundo! ¿A quién ha de salí este só, más que a ese montón de sá que está ahí dentro impedía?

Doña Jesusa. ¡Pos er montón de sá no da más que los sincuenta duros!

Agustina. ¡Ay, qué salerosa! ¿Me deja usté que entre a darle un beso, señorita?

Luz. ¡Qué disparate!

Agustina. ¡Es que ha estao ahora mismo pa comérsela! ¡Canela y clavo pone en to lo que dise! ¡*Undebé* le cure la *reoma* y se la conserve a usté por mil años!

Luz. Dios te oiga, mujé.

Agustina. ¡Ea! Y mientras piensa usté lo der mantón, le voy a enseña otras cositas.

Luz. No, de ningún modo; no pierdas más tiempo.

Agustina. ¿Perdé yo er tiempo en esta casa? ¡Si este patio es bendito! ¡Y que tampoco er vé le cuesta a usté dinero! *Presentándole una mantilla blanca.* ¡Miste que espuma de los mares! ¿Es o no es una prenda?

Carmela. ¡Vaya prenda! ¡Huy!…

Luz. Sí que es muy hermosa. ¿Por dónde ha yegao a tus manos?

Agustina. ¡Vaivienes der mundo, señorita! ¿Le gusta a usté?

Luz. Sí; pero no para mí. Me gusta, como gusta lo bueno.

Agustina. Pos si la quiere usté lusí, yo se la empresto pa que vaya er domingo a los toros.

Luz. ¡Yo no voy a los toros ya!

Agustina. ¿Y esta negra pa er Jueves Santo? ¿No parese que se haya labrao pa la Girarda? ¿Y este abanico, no es una filigrana de marfí? Místelo qué presioso.

Miguel. En la mano de la señorita es una mariposa, una mariposa; Es una mariposa. En su mano es una mariposa.

Agustina. ¿Y esta peina, no es una corona imperiá? ¿Cuánto cree usté que me ofresía la Reina de España este abrí pasao por er lote completo? ¡Y yo no quise dárselo!

Luz. No lo sé; pero ¡te pierdes tú muchos negosios con la Casa Reá!…

Miguel. Pos eche usté un tiento a estos sarsiyos de plata vieja y piedras de coló. Antiguos. Reármente antiguos. Lo que se yama antiguos. Antiguos. Legítimos antiguos. Antiguos.

Luz. Ni veo más cosas ni tolero más conversasión. Acabemos ya lo del mantón para darle gusto a mi madre, y al avío.

Agustina. Er mantón duerme aquí esta noche; pero va usté a paga por é los noventa duros.

Luz. ¡Dale, bola, Agustina! ¡No hablemos más! Si no te conviene dejarlo en los sincuenta, anda con Dios y busca quien te pague lo que tú quieres.

Agustina. ¡Yo no me voy con este desconsuelo!

Luz. ¡Ni nosotras te damos más que lo dicho!

Agustina. ¡Pero, Virgensita mía de las Angustias!…

Miguel. ¡Pero, señorita Luz!…

Agustina. ¡Por lo que más quiera usté en er mundo!…

Luz. Lo que más quiero en el mundo es mi madre, que ha dicho la última palabra.

Agustina. La úrtima palabra…

Miguel. La úrtima palabra…

Luz. ¡La última palabra!

De la habitación de la derecha del foro sale en esto don Rómulo, furioso. Es Un vejete cascarrabias. Carmela se quita de en medio, despavorida.

Don Rómulo. ¡La úrtima palabra voy a desirla yo! ¿Quieren ustés haserme er *pajolero* favó de irse ya a la caye? ¡No hay pasiensia!

Agustina. ¡Don Rómulo!

Miguel. ¡Señó Don Rómulo!

Luz. ¡Ja, ja, ja!

Agustina. ¡La risa de eya! ¡Ya están en er patio las golondrinas!

Don Rómulo. ¡Ni golondrinas ni sigüeñas! ¡Basta ya de salamerías! ¡Estoy ahí trabajando y me han equivocao ustedes veinte veses! ¡No hay pasiensia! Por supuesto, que nadie más que tú tiene la curpa, sobrina.

Luz. ¿Yo, tío?

Don Rómulo. ¡Tú! ¡Porque desde er primer istante sabes lo que les vas a dá por er mantón, y eyos, en lo que han de venderlo! ¡Y yevamos siete días de estira y afloja! ¡Son ganas de pasá er tiempo de palique! ¡A la caye, a la caye!…

Agustina. Pero, don Rómulo, ¿qué mala yerba ha pisao usté? Yo he venío porque creía que estaba usté en Marmolejo, por mo del hígado.

Don Rómulo. ¡Pos estoy en Seviya! ¡Largo, largo de aquí!

Agustina. Ya nos vamos, señó, ya nos vamos.

Luz. Mamá se ríe.

Don Rómulo. ¡Y tú también! ¡La cosa tiene mucha grasia!

Agustina. Señorita Luz, la palabra es palabra. No me dé usté una pesaumbre. Aquí se quea er mantón. Ya vorveremos cuando pase er pedrisco.

Luz. Ayá tú.

Don Rómulo. ¡Cuando yo no esté en casa!

Agustina. Descuide usté, que bien lo indagaremos. ¡A mí er tren no me coge dos veces! ¡Quéese usté con Dios, Doña Jesusa, y que Dios la bendiga! Usté lo pase bien, reina de España.

Don Rómulo. ¡Basta ya, basta ya!

Agustina. ¡Ay, Don Rómulo, que usté se alivie de las bilis; que tiene usté coló de botijo blanco!

Luz. ¡Ja, ja, ja!

Don Rómulo. ¡Pos en cuanto veo a un gitano me pongo negro!

Agustina. ¡Ea, pos güerva usté a su naturá! ¡Güenas tardes!

Miguel. Güenas tardes. *Se van los dos gitanos hablando entre sí.*

Don Rómulo. ¡Valiente chusma! ¡No sé cómo los dejas entra! ¡Claro que solamente en Seviya, pueblo atrasao, en estao sarvaje toavía, donde es gitano medio mundo, se toleran estas libertaes y se aguanta a esta gente!

Luz. Tío, pues a mí me liasen mucha grasia.

Don Rómulo. ¡Tú eres un enigma, sobrina!

Luz. Lo seré, pero me hasen grasia.

Doña Jesusa. ¡Y a mí también!

Don Rómulo. ¡Bueno, pos una vez más que estoy a tres puyas con la familia! ¡Me han sacao de quisio! ¡Tropa de bigardones y de gandules!…

Luz. Dese usté dos paseítos por el patio, y así se calmará. *Recoge el mantón y se entra en la habitación de su madre.*

Don Rómulo. ¡También er chorrito de la fuente está pesao! ¡Cómo si me cayera ensima de los sesos! *Lo cierra.* ¡Se acabó la poesía por ahora!

Llega a la cancela Bartolomé, señorito sevillano, enamorado de lo popular. Viste de corto; de sombrero ancho, chaquetilla blanca y zahones.

Bartolomé. ¡A la paz e Dios!

Don Rómulo. ¡Bueno va! ¡Este niño de postre!

Bartolomé. Don Rómulo, deje usté de mira los peses de la pila y ábrame usté.

Don Rómulo. ¡Hola, buena piesa! *Le abre la cancela y pasa al patio Bartolomé.*

Bartolomé. Salú pa to el año. Vengo riéndome solo, porque me he encontrao caye arriba a un gitano y a una gitana, poniendo como los trapos a no sé quién. ¡Qué mardisiones van echándole!

Don Rómulo. ¿Sí, eh?

Bartolomé. La gitana desía: «¡Premita Dios que se le caigan las narises donde mar güela!». ¡Ja, ja, ja! ¿No tiene salero?

Don Rómulo. ¡Ninguno! ¡Porque además esas narises son las mías!

Bartolomé. ¿Ah, sí? ¿To eso es contra usté? ¡Pos ya pué usté rosiarse con agua bendita, pa que no le arcanse er malefisio! ¡Buh! ¡Cómo lo van poniendo! Doña Jesusa, Dios la guarde.

Doña Jesusa. Buenos días, Bartolomé.

Luz. Entra, si quieres, un momento.

Bartolomé. Pero ¿estás tú ahí, sentrañas mías? *Entra en la habitación.*

Don Rómulo. ¡No puedo con los hombres vestidos de corto! ¡Me paresen titiriteros! ¡Me estomagan! ¿Quién habla ahí? ¿Con quién viene Goyo?

Don Goyo y Eloy bajan conversando.

Don Goyo. Va perdiéndose to lo genuino. Es una verdadera lástima. El antiguo pregón de flores ha desaparesío por completo. ¡Y daba gloria oírlo! Me

acuerdo yo der sélebre «Quijá»… *Entonándose.*

¡Yevo rosas, yevo dalias,

yevo las marimoñitas,

las más bonitas de España!

Don Rómulo. ¡Vaya! ¡Castisismo tenemos!

Don Rómulo y Eloy se saludan con una inclinación de cabeza. Don Goyo, embebido en su disertación, no lo advierte.

Don Goyo. Es como la costumbre de que er sereno cantara la hora. ¿Por qué se ha suprimío? ¿Por qué? A mí no me arcansa, naturarmente. Yo le doy a mi sereno un duro tos los meses, y me sigue cantando la hora toas las noches.

Eloy. ¿Sí, eh?

Don Goyo. ¡Naturá! *Cantándola él.* «¡Ave María Purísima!… ¡Las tres han dao… y yoviendo!». Si está usté desvelao, sabe usté que son las tres, que yueve… y que er sereno vigila la caye. ¡Que siempre tranquilisa y ayuda a cogé er sueño! Por sierto que la voz de «¡Ave María Purísima!» ar cantá la hora, fué un tiempo suprimida por los Ayuntamientos de la Revolución; y años después vorvió a restituirse grasias a *Fernán Cabayero*. ¿Usté no lo sabía?

Eloy. No, señor; ni eso ni lo otro.

Don Goyo. Pos ya lo sabe usté.

Don Rómulo. ¡Erudisión barata!

Don Goyo. ¡Hola, Rómulo! No te había visto. He subío a enseñarle la asotea a este cabayero.

Sale Bartolomé y se encara con Eloy en seguida.

Bartolomé. ¡Hombre, qué sorpresa! ¿Usté por aquí? ¿Es usté amigo de esta familia? ¿Me recuerda usté?

Eloy. ¡No, que no! ¡Mi compañero de viaje!

Bartolomé. ¡Como me ve usté ahora con estos arreos!…

Eloy. No importa. Lo he recordado inmediatamente. ¿Quién olvida su charla de tantas horas?

Bartolomé. ¿Le di a usté la monserga?

Eloy. ¡Todo lo contrario! Me hizo usted el viaje divertidísimo. Fué usted como un prólogo de lo mucho bueno que me aguardaba en su Sevilla.

Bartolomé. *A los otros.* Desde Madrí vinimos juntos, y cuando me enteré de que no conosía Seviya, me vorqué. ¡Dies horas hablando! Nos hisimos la má de amigos.

Eloy. Pues ya que vuelve a deparármelo la casualidad, preséntеme usted a estos señores… que me han enseñado su casa sin conocerme.

Bartolomé. Es que usté también vende simpatía. *Presentándolos.* Don Rómulo Mañara, arministradó de los Marqueses de Guadalasar… y tío de su sobrina. ¿He dicho argo?

Don Rómulo. Tanto gusto…

Eloy. El gusto es mío.

Bartolomé. Don Goyo. Varales, de lo más neto que nos queda, y tío de su sobrina también, por la otra banda.

Eloy. Ya, ya…

Bartolomé. ¿Usté cómo se yama, amigo?

Eloy. ¡Hombre! ¿Ahora estamos ahí?

Bartolomé. ¡No me acuerdo en este momento! Tengo una cabesa que es una criba: to se me va de eya.

Eloy. Eloy Garzón, vecino de Madrid, arquitecto…

Bartolomé. Ya lo saben ustedes.

Don Rómulo. A sus órdenes.

Don Goyo. A su disposisión.

Oportunamente vuelve Luz.

Bartolomé. ¡A tiempo yegas! Ahora me luzco. *Presentándolos.* Don Eloy Garsón, íntimo amigo mío, vesino de Madrí, arquitecto… La señorita Luz Manara, sobrina de sus tíos, que se levanta más bonita ca día que amanese. ¿Usté no la ha visto hasta hoy?

Eloy. Hasta hoy.

Bartolomé. ¡Pos verá usté mañana!

Luz. Pero ¿ha resultao usté amigo de esta calamidá?

Eloy. Simpatizamos en el tren.

Luz. ¿Qué le ha paresido a usté nuestra asotea?

Eloy. ¡Digna peineta de la casa!

Luz. Habrá habido su curso de claveles, y de palomos, y de panderos… ¡y de gatos!…

Don Goyo. ¡Y de gusanos de seda y de griyos! Va bien documentao; como to er que cae por mi banda.

Don Rómulo. ¡La afisión a los griyos no la he podido entendé nunca! ¡Nunca! ¡Fué uno de tantos errores del Arca de Noé!

Don Goyo. Siéntese usté un ratito, señó.

Eloy. No, no; mil gracias. Ya es bastante…

Bartolomé. Siéntese usté, sí; nos iremos juntos.

Eloy. *Que cada vez tiene menos ganas de irse.* Como ustedes quieran…

Bartolomé. Sí, hombre, sí; siéntese usté, siéntese.

Eloy. Encantado yo.

Se sientan todos familiarmente, en grata tertulia.

Bartolomé. ¿No le hablé yo a usté en er tren de una muchacha que me da

calabasas toas las primaveras y que yo no sabía si era bonita porque los ojos no me habían dejao toavía verle la cara? Pos ésta es.

Luz. ¡Qué tarabiya te ha hecho Dios!

Bartolomé. Cuando tú quieras me vuervo el hombre más serio der mundo. En tu mano está.

Luz. No tienes compostura.

Bartolomé. Amigo, fíjese usté en los pies, si la vista le arcansa. ¡Creo que le limpian los sapatos con sepiyos de dientes!…

Luz. Mira, Bartolomé, bien está ya de bromas. No sigas por ahí.

Don Rómulo. ¡Este afán de piropos a to transe!…

Bartolomé. ¡No, señó, no; no es afán, ni a to transe! ¡Es que cuando estoy delante de una mujé bonita, se me salen como el aliento!

Don Goyo. A mi cuñao lo subleva to lo que sea seviyano de casta. Ar que echa un piropo en la caye, lo mandaba a presidio.

Don Rómulo. A presidio, no; me conformo con una buena murta. ¡Atacarles a los jacarandosos ar borsiyo!

Bartolomé. ¡Josú! ¡Mi ruina!

Don Goyo. Pos a mi portamonedas también le hasían un agujero. Porque, francamente, eso de vé vení a una mujé que viene disiendo: «¡Dime argo!» y no desirle na… ¡no es pa mi sangre!

Bartolomé. Bueno, Luz, pa esta tarde, ¿se pué contá contigo?

Luz. ¿Conmigo?

Bartolomé. Mi hermana vendrá a recogerte en er coche. Hemos organisao un tentadero en *La Mejorana*, pa festejá a los marinos alemanes.

Luz. ¡Ah, vamos! Así te has puesto tú de bonito.

Bartolomé. Voy a matá un beserro y to.

Eloy. ¿Usted?

Bartolomé. Yo. ¿Usté no me ha visto a mí toreá?

Eloy. ¡En el tren era muy difícil!

Bartolomé. Pos yo hago de to lo que se tersie. Er domingo pasao maté otro en Los Palasios.

Luz. Ése me han dicho a mí que fué suisidio del beserro.

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Bartolomé. Ríase usté: ¡en hombros me sacaron! Si no tiene usté cosa mejó en que pasá la tarde, venga usté luego con nosotros.

Eloy. Pues acepto: iré complacidísimo.

Bartolomé. ¿No ha estao usté nunca en un tentadero?

Eloy. Nunca.

Bartolomé. Le agradará a usté. Es una fiesta muy bonita.

Luz. Y muy de la tierra.

Don Goyo. Toas las faenas de ganadería lo son. El acoso, er derribo… Son la antesala der toreo. Luego, como er cabayista andaluz tiene esa gayardía, esa arrogansia, esa beyesa varoní… ¡Lo que da er terreno! Ya lo desía Mateo Alemán: en Andalusía, los niños sartan de las cunas a los cabayos.

Bartolomé. Por er tentadero de esta tarde me pierdo yo una jira por er río con unas argentinas guapísimas; la bendisión de un aparato nuevo en nuestro Campo de Aviasión —er más bonito que hay en er mundo; ya iremos otro día—, y una prosesión de mi barrio. Digo yo como aquer borracho que iba por la caye tambaleándose y oyó cantá flamenco a la vez en tres casas distintas: «¿Adónde acúo?». ¡No hay manera de está en tos laos!

Luz. Pues vete al tentadero, y yo iré a la prosesión en tu nombre.

Bartolomé. ¡Eso sí que no! Tú vienes esta tarde a verme torea. ¡Y después de lo der suisidio der beserro!…

Luz. Eso ha sido una broma. Déjame tranquila, que no tengo ganas de fiesta.

Doña Jesusa. ¡No le hagas caso, Bartolomé! ¡Que venga tu hermana por eya! ¡Que no farte!

Luz. ¡Pero, mamaíta!…

Doña Jesusa. ¡Que venga tu hermana!

Bartolomé. Ya lo oyes. Donde hay patrón…

Luz. Bueno, bueno; que venga. No vamos a dijustarla por tan poco.

Bartolomé. ¡Qué pronto se convense! ¡Si en to fuera lo mismo!… *A Eloy.* Y usté y yo luego quedaremos de acuerdo. Quiero yo enseñarle a usté cuatro o sinco rincones de grasia.

Eloy. Nada más agradable para mí. Vengo a Sevilla a verlo todo.

Don Goyo. ¿Todo? ¿Se va usté a está en Seviya dos años?

Don Rómulo. Este poyito, desde luego, lo yevará a usté a vé lo que más nos desacredita y nos avergüensa.

Bartolomé. Usté lo ha dicho.

Don Rómulo. ¡Es la costumbre der país! A los toros…

Bartolomé. ¡Eso es!

Don Rómulo. A bebé vino en una taberna, mientras más susia más castisa…

Bartolomé. ¡Cabalito!

Don Rómulo. A oí berreá en un café cantante a cuatro gitanos…

Bartolomé. *Entonándose.* ¡Yayaaay!…

Don Rómulo. Y a vé retoserse en er tablao a una porsión de flamencas viejas…

Bartolomé. ¡Ajajá!

Don Rómulo. O hasé piruetas repugnantes a uno de esos bailarines odiosos, de chaquetiya de tersiopelo y pantalón de arpaca, que piden er tiro a quemarropa. ¡Castisismo!

Bartolomé. Sí, señó; sólo que yo cambio los términos, y lo yevo a una venta yena de flores, de donde no va a queré salirse; y le doy una dosena de cañas de mansaniya que lo ponen nuevo; y lo meto después en una academia de baile, a vé un manojo de muchachas que no se le van a orvidá en los días de su vida. Totá: a sacudirse un poco, a alegrarse, a conosé lo que fuera de Seviya no verá en ningún sitio: er garbo, er salero, er poderío, el ánge de María Santísima; a grita sincuenta veses ¡ole! y sien veses ¡viva! ¡qué jinojo!

Don Rómulo. ¡Viva!… ¡viva!…

Bartolomé. ¡Viva! sí, señó, ¡viva! que es er grito de aquí. Usté va a cuarquier lao, y se encuentra usté las paredes yenas de letreros de: «¡Muera Fulano!». «¡Muera Mengano!». En Seviya no verá usté más que vivas: «¡Viva Gayito!». «¡Viva Bermonte!». ¡No queremos que se muera nadie!

Don Rómulo. ¡Pos, mar que te pese, aquí se muere más gente que en ningún sitio!

Bartolomé. ¡Poco a poco! ¡Se muere to er que nase! ¡Lo mismo aquí que en Nueva Yó!

Don Rómulo. ¡Pero se muere antes, samacuco; por los visios, por er vino, por la mala vida!…

Luz. Le advierto a usté que siempre están así.

Don Goyo. ¡Siempre! En cuantito se encuentran, arman estas riñas de gayos.

Bartolomé. Es que Don Rómulo quié convenserme a mí de que se pasa mejó en er Museo Arqueológico que viendo una buena corría de toros o hasiéndole son a una cantaora bonita, de esas que le remueven a usté hasta las raíses. ¡Vamos, hombre! ¡Y to esto es porque ignora que er cante andaluz lo trajo na más que Arfonso er Sabio!…

Don Rómulo. ¡Jesús!

Bartolomé. ¡Arfonso er Sabio, no se subleve usté! Está empeñao en que de San Fernando pa acá no hemos hecho más que da tropesones. Y es lo que yo le

digo, con un ejemplo. Ahí está la Girarda: la novia de Seviya, la madre, la hermana, la luz y la sombra. Ahí está. ¿Qué es lo que vale de eya? ¿De las campanas pa abajo o de las campanas pa arriba? ¡Pos de las campanas pa arriba! ¡Y eso se lo puso, después de San Fernando, un cordobés que se yamaba Ruiz, como yo!

Don Goyo. Además, los árabes, to lo que hisieron de particulá lo hisieron en Andalusía. ¿Por qué? ¡Porque les ayudamos nosotros!

Bartolomé. ¡*Chipén*!

Don Rómulo. ¡Bah, bah, bah! ¡No puedo sufrí más disparates! *Despidiéndose de Eloy.* Señor mío, usté queda en su casa.

Eloy. Muy agradecido.

Don Rómulo. *Marchándose a su madriguera, inquieto, como si llevara hormigas por la espalda.* ¡Es contra mis nervios este niño! Pierdo la educasión, la serenidá… ¡Es contra mis nervios!

Bartolomé. Así acabamos toas las discusiones. ¡Claro que yo le digo la mitá e las cosas na más que pa oírlo!

Luz. Mamá no para de reírse.

Eloy. Yo también dejo ya… Van ustedes a permitirme… Nunca olvidaré esta aventura mía de hoy; la agradable acogida de ustedes, tan bondadosa… tan imprevista… tan sevillana… *A Luz.* ¿Hasta luego?

Luz. Hasta luego, sí. Mi madre se empeña… Veremos correr a este hombre.

Bartolomé. Yévate gemelos. ¡Joselito que vuerve! ¡Na más! A las cuatro tienes aquí a María Teresa con er coche. ¡Doña Jesusa, buenos días!

Doña Jesusa. ¡Anda con Dios, cabesa de chorlito!

Luz. Cabesa de chorlito, es verdá… *Se entra por la puerta de la izquierda.*

Bartolomé. Don Goyo…

Eloy. Amigo don Goyo…

Don Goyo. Disponga usté de mí cuando se le antoje; a la buena de Dios.

Eloy. Mil gracias.

Bartolomé. Pero, vamos a vé; antes de marcharnos. ¿Qué me dise usté de esa criatura?

Eloy. ¿De quién?

Bartolomé. De Luz.

Eloy. ¡Ah!… Quisiera yo ser ahora mismo tan sevillano como usted, para contestarle.

Bartolomé. Ya me ha dicho usté argo. ¿Usté consibe que esa mujé, con esa cara, esa juventú y esa alegría, se quiera meté en un convento?

Eloy. *Con protesta espontánea.* ¡No!

Bartolomé. ¿No lo consibe usté?

Don Goyo. ¡Ni nadie!

Eloy. Quiero decir que eso no es posible.

Bartolomé. Pos sí que lo es. Piensa en haserse monja o argo por el estilo.

Eloy. ¡Qué dolor!

Don Goyo. ¡Qué pena! Ésa es la sombra de esta casa. Por eso la madre, que no está conforme, la obliga a que sarga y a que entre… a que se divierta…

Bartolomé. Yo le contaré a usté. ¿Vámonos?

Eloy. Vámonos. Adiós otra vez, amigo mío.

Bartolomé. Adiós, don Goyo.

Don Goyo. Vayan ustés con Dios.

Bartolomé y Eloy se van por la cancela. Antes de trasponer la puerta de la calle, Bartolomé dice: ***Bartolomé****. Este caso se da en Seviya con arguna frecuensia. Aquí las cosas der queré se toman muy a pechos, y esta muchacha… esta muchacha… ¿sabe usté?…*

Pon Goyo. *Llegándose entre tanto a la fuente.* Hombre, ¿quién ha serrao er

grifito? *Lo abre él y el surtidor vuelve a su murmullo. Luego se va escaleras arriba, canturreando el pregón de flores del célebre «Quijá».*

¡Yevo rosas, yevo dalias,

yevo las marimoñitas,

las más bonitas de España!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Compás del convento de Las Veneradas, en Sevilla. A la izquierda del actor, la vivienda de la portera, por delante de la cual hay paso hacia la calle. Al foro, la del capellán de las monjas, con una graciosa cancelilla. A la derecha, la puerta de la iglesia. Entre ella y el muro del foro, paso hacia un segundo patio del compás, donde están los locutorios y el torno de comunicación con las Madres y donde viven el sacristán y su familia.

Paredes encaladas. Arriates con flores. Un jazmín, un naranjo y una palmera prestan peculiar encanto al recinto. Sillas a la puerta de la casa del capellán y en la portería.

Seguimos en mayo. Es por la tarde.

Llega Josefilla a la portería con un canasto lleno de flores. Trae cierto susto, cierta particular zozobra. Llama a la portera.

Josefilla. ¡Encarnación! ¡Encarnación!

Encarnación. *Dentro.* ¿Quién?

Josefilla. ¡Jozefilla! ¡De parte de Doña Vicenta!

Encarnación. ¡Ya voy!

Josefilla. *Mientras sale la portera.* No zé qué ze me infunde a mí este compá. ¡Entro aquí ziempre con un mieo!…

Encarnación. *Saliendo.* ¡Hola, Josefiya!

Josefilla. Dios le dé a usté güenas tardes.

Encarnación. ¿Qué traes?

Josefilla. Estas flores, pa el artá de la Doloroza. Y que me degüerva usté er canasto.

Encarnación. Pero ¿a ti qué te pasa, que siempre vienes como sobresartá? ¿Me como yo a la gente?

Josefilla. No, zeñora; zi no es por usté. Es que me han dicho que las monjas la cautivan a una, y a mí me da mucho zusto de los conventos. La úrtima vez que vine me encontré aquí una monja ar tiempo de entrá, y me quedé blanca.

Encarnación. Ésas son otras monjas que andan por la caye. Estas de acá viven en clausura.

Josefilla. ¡Pos miste que verze ahí dentro ziempre, ziempre, ziempre!…

Encarnación. Pa las que tienen la vocasión no hay na como eso.

Josefilla. Deme usté ya er canasto.

Encarnación. Sí, hija. Ahora mismo. ¡Jesús con la criatura! *Éntrase en su vivienda.*

Josefilla permanece sola unos momentos, inquieta, azorada. Durante ellos, viene de la calle la Hermana Martirio, de la Congregación del Buen Amor, acompañada de Rosarito, muchacha pueblerina. Pasan hacia el segundo patio.

Hermana Martirio. Buenas tardes.

Josefilla. Güenas tardes.

Rosarito. Güenas tardes.

Hermana Martirio. La yamaremos por el torno.

Desaparecen. Vuelve Encarnación y le da el canasto vacío a Josefilla, que no ve el momento de irse.

Encarnación. Aquí tienes.

Josefilla. Que usté lo paze bien. *Echa a andar presurosa.*

Encarnación. ¡Dale muchos recuerdos a doña Visenta!

Josefilla. ¡Muchas gracias! ¡Lo que ez otro día viene Izabé con er canasto! ¡A mí no me encierran ahí dentro! *Vase al fin a respirar tranquila a la calle.*

Encarnación. ¡Jesús! ¡Si va despavoría! ¡Ni que aquí hubiea una trampa pa cogé mujeres!… ¿Quién entró antes? *Se interna hacia el segundo patio.*

Llegan ahora, conversando, Eloy y don Félix, viejo erudito sevillano, entusiasta apologista de la ciudad.

Don Félix. Créalo usted, amigo mío; no es pasión, es justicia: Sevilla no tiene en su historia una página negra. En cambio, ¡qué cadena de hechos memorables y generosos!… Qué, ¿le llama la atención este compás?

Eloy. Este compás y todos ellos. ¡Cuántos hay en Sevilla tan encantadores!… Y el viajero distraído no los ve. Pasa por delante de cualquiera de estos recintos, y no se da cuenta de lo que deja sin mirar. Bien es verdad que esto ocurre en Sevilla frecuentemente.

Don Félix. ¡Mucho, mucho!

Eloy. No parece sino que esta ciudad esconde sus encantos para sorprender luego con ellos.

Don Félix. O que tiene tantos y tales, que siempre sorprenden. Sevilla, como ha escrito hace poco un ilustre compañero mío, «es a la vez libro, jardín, museo y tesoro».[3]

Eloy. Pero siempre es una población recatada y modesta. Don Félix. Con la modestia de quien sabe bien lo que vale. No olvide usted que los modestos suelen ser los más orgullosos.

Eloy. Exacto. Y así también aquí las mujeres.

Don Félix. Verdad. Nada ostentosas ni dadas al escaparate. Los forasteros suelen censurarlas porque salen a la calle poco. ¿A usted le parece eso un defecto?

Eloy. No, señor.

Don Félix. Ni a mí. El defecto está —hablo por mi mujer y por mis hijas—, no en que salgan poco, sino en que cuando salen, es para ir de tiendas.

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Don Félix. Esta tarde no puedo acompañarlo a usted, porque necesito concurrir a la Academia de Buenas Letras; pero mañana le dedico a usted todo el día. Quiero que visitemos Santa Paula, entre otros portentos de este orden.

Eloy. Ya he estado en Santa Paula, Don Félix.

Don Félix. ¿Ah, sí? Siento que no haya sido conmigo.

Eloy. Me llevó un cervantista incansable. Como allí se desenlaza *La española inglesa…* No me llevó por que admirase principalmente la soberbia portada del templo, sino por ese detalle literario de su devoción. Y fué curiosa nuestra charla. Yo le hablaba del ojival mudéjar en Sevilla, de Niculoso y de Pedro Millán, y de la Cartuja y de la Cruz del Campo; y él me contestaba evocando las figuras del Cautivo y de la Enamorada, o diciéndome que la Casa del Monipodio estuvo en Triana y la del Celoso Extremeño yo no sé dónde. Cada loco con su tema, señor Don Félix.

Don Félix. ¡Ah, los cervantistas!… ¡Todo lo que ellos puedan relacionar con su héroe!… Ya ve usted cómo está Sevilla de lápidas conmemorativas, sólo porque el príncipe de nuestros ingenios citó tal o cual lugar en sus libros. Ha sido un bello y delicadísimo homenaje.[2] Muy en su punto, ciertamente. El espíritu andaluz de Cervantes —aunque por azar naciera en otro sitio— ¡se bañó tan a gusto en la luz sevillana!… ¡Se nutrió tanto de Sevilla!… Luego, ¡la gloria de que en esta cárcel se engendrara el *Quijote*!…

Eloy. Las Teresas están en Santa Cruz, ¿no, Don Félix?

Don Félix. Justo: en Santa Cruz. Mañana iremos. Verá usted el sagrado autógrafo de *Las Moradas*, y las sandalias de la Santa, y el penadito, donde en las últimas horas de su vida bebía. También iremos a Santa Inés, otro famosísimo convento. Allí sitúa Bécquer, como usted recordará, la leyenda de *Maese Pérez el Organista*, y allí se conserva el cuerpo incorrupto de doña María Coronel, que huele a rosas. Historia y leyenda en todas partes, amigo mío. No en vano es Sevilla tierra de poesía fecunda. Hacemos aquí de la fantasía realidad, y de la realidad, quimera. A la figura humana, la idealizamos con leyendas poéticas, como al rey Don Pedro en sus pendencias y en sus amores; y al mito legendario, fruto de cien romances y consejas, trasplantado a cien literaturas, como don Juan, lo infundimos en un hombre de carne y hueso: el piadoso Mañara. ¡Y ya sabemos que don Miguel no pudo ser el burlador, de Tirso; pero no nos importa! Muere un gitano herido en riña, y se cree que un escultor reproduce, en el Cristo de la Expiración, de Triana, el último gesto del moribundo; pasa en procesión la Virgen de la Macarena, o la del Valle, o la de la Hiniesta, y las requebramos como si fueran vecinas de nuestra calle. Así somos aquí.

Eloy. Singular condición y complejo espíritu, don Félix.

Don Félix. *A Encarnación, que vuelve hacia su casa.* Buenas tardes, Encarnación.

Encarnación. Buenas tardes, don Félix.

Don Félix. Pídale usted a Jerónimo la llave de la iglesia.

Encarnación. Sí, señó. Está el hombre to atareao, pendiente de la vestimenta der niño. *Se va otra vez al segundo patio.*

Eloy. ¿De qué niño habla?

Don Félix. No sé. De algún Niño Jesús de una de las monjas. Ahora va usted a sorprenderse de que en este sencillo rincón, para usted ignorado hasta hoy, haya dos esculturas del mérito de las que vamos a ver. Las dos se le atribuyen a Montañés, como viene siendo ya muletilla… sin duda por el alto prestigio del gran imaginero. Pero para mí tengo que el Cristo es de su discípulo Juan de Mesa, y la Virgen, de la Roldana. ¡Oh! ¡la Roldana!… ¡Tenía que nacer en Sevilla la mujer escultora que modelase la Virgen de la Amargura! Devoción y ternura juntas en inspiración femenina. Aquella Dolorosa está cincelada con caricias de madre y acabada con besos.

Eloy. En cuanto a Montañés, parece imposible que hiciera todo lo que se le atribuye.

Don Félix. Y lo es, en verdad. ¡Imposible!

Eloy. Pero, ¡qué imponderable tesoro de belleza, de religiosidad y de arte, legaron a Sevilla sus imagineros!

Don Félix. Tesoro cual ninguno. Romanos, visigodos, árabes, nos dejaron huellas indelebles de su paso por la ciudad; pero el alma ardiente y compleja, arbitraria, contradictoria, ascética y profana a la vez, la crearon con sus obras los escultores religiosos. La fe y la admiración que engendraban, formaron y templaron el alma de Sevilla: de la de ayer, de la de hoy. Estos Cristos y estas Dolorosas dieron vida perenne a la Semana Santa, única fiesta que, por excelencia, remueve y junta en una fiebre de belleza, en un delirio pagano y piadoso, no menos absurdo que genial, a toda la ciudad sevillana, y la enciende y la exalta, creándole unas horas sublimes, insospechadas, únicas.

Eloy. Sí, sí; pienso verla muy pronto.

Don Félix. Un sevillano le enseñará a usted con entusiasmo la hermosa iglesia del Salvador; pero dentro de ella, su entusiasmo se desbordará frente al Cristo de la Pasión y al del Buen Amor. En la propia Catedral, tan prodigiosa por sí

misma y tan magna guardadora de joyas, el sevillano se encandilará más que con nada con la Concepción o con el Cristo de los Cálices, de Montañés.

Eloy. ¡O con el San Antonio de Murillo!

Don Félix. ¡Oh, claro está! ¡Murillo, Murillo también!… Murillo es el pintor de Sevilla: está aquí en todos los corazones. En cualquier otro lugar del mundo podrán valer más que él Roelas, Velázquez, Zurbarán o Valdés Leal… En Sevilla, no: él se lleva la palma. Los resplandores de oro de sus fondos, copiados de nuestros crepúsculos; el azul de los mantos de sus Concepciones, que es el de nuestro cielo, no toleran sombras de nadie. Ya tenemos aquí a este amigo.

En efecto, aparece por la derecha Jerónimo el sacristán. Lo sigue Encarnación, que se entra en su casa. Jerónimo es hombre de mediana edad, tan solicito y dúctil que, sin la menor afectación, sino naturalmente, acomoda el tono y el carácter de sus palabras a las personas con quienes habla y a la índole de la conversación. Viste traje oscuro de americana.

Jerónimo. *Con acento humilde de sacristía.* Pa servir a usté, señó don Félix.

Don Félix. Dios te guarde, hombre.

Jerónimo. Y a usté lo mismo, cabayero.

Eloy. Muchas gracias.

Jerónimo. Perdonen ustedes si me he tardao; pero ¡es que tengo un día!…

Don Félix. Este señor es de Madrid y está viendo todo lo bueno de nuestra ciudad.

Jerónimo. Entonses viene a vé nuestro Cristo y nuestra Dolorosa.

Don Félix. ¡Claro!

Jerónimo. Ayé casuamente estuvo a verlos una señora también de Madrí. Er cabayero la conoserá de seguro, porque es muy nombrá: la viscondesa de Platerías.

Eloy. Sí la conozco, sí.

Jerónimo. Se entusiasmó la buena señora. ¡Qué cosas dijo de las dos imágenes! No sabía cuár de eyas le gustaba más. Verá er cabayero los ojos de pena

de la Virgen y las lágrimas que le caen por las mejiyas. Y las manos, las manos también, que son dos asusenas. Y ar Crusifijo, asercándole ar rostro una luz, le verá usté hasta er sielo de la boca. Con permiso de los señores pasaré yo delante pa descorre las cortinas y que los señores vean bien. *Abre uno de los postigos de la puerta de la iglesia. Llega entonces al exterior, levemente, la suave música de un armonio.*

Don Félix. Escucha, Jerónimo: ¿qué Niño es ése que me ha dicho Encarnación que estabas vistiendo?

Jerónimo. *Sorprendido de la pregunta y con entonación distinta en absoluto. Parece otro hombre.* ¿Cómo qué niño? ¿Qué niño ha de sé? ¡Mi niño; mi Juan! ¡No tengo otro!

Don Félix. ¿Tu Juan?

Jerónimo. Sí, señó don Félix: mi Juan. Mi Juan, que sale otra vez esta tarde.

Don Félix. ¿Que sale? ¿Adónde? No te entiendo.

Jerónimo. Pero ¿de qué mundo viene usté, don Félix? Y usté disimule que se lo diga. ¡Sale a la Plasa de la Maestransa! ¡Y con miuras, na más! Juan Sánchez, *Monasiyo*. Pero ¿no se ha enterao usté de las faenas que hiso la otra tarde? ¡Si está Seviya entera revolusioná!

Eloy. Es verdad, sí: *Monacillo*. Yo he oído hablar de eso en tres o cuatro partes.

Jerónimo. ¡Como que no se habla de otra cosa en Seviya! Don Félix. Pues ya ves tú: yo, tan ajeno… ¡Vaya, hombre, vaya! Te felicito.

Jerónimo. Luego, luego. Esta noche. Hoy se juega la carta grande. Si hoy se porta como el otro día, ya es torero. Y espero en Dios que sí se porte. Porque, vamos, don Félix, que yevando su padre treinta años en esta santa Casa, aunque no sea más que por mí, de tejas arriba le echarán un capote.

Don Félix. Seguro, seguro. ¿Vamos adentro?

Jerónimo. Vamos. Con permiso. *Éntrase él en la iglesia.*

Don Félix. *Deteniendo un instante a Eloy.* ¿Ha visto usted? Creía yo que sería un Niño Dios el de la vestimenta, ¡y era un novillero! ¡Je! ¿Usted se lo podía imaginar?

Eloy. Yo, no. En este sitio…

Don Félix. Contrastes de Sevilla. Nunca acaba uno de enterarse. ¿Y ha observado usted que el sacristán habla de una manera de las cosas santas y de otra muy distinta de su niño y de los miuras?

Eloy. Sí. Hace el efecto de dos hombres.

Don Félix. ¡Qué cosas más originales da de sí Sevilla! Aquí hubo un cura que puso en latín las sevillanas de Reverte.

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Don Félix. No, no es broma: como usted lo oye.

Entran en la iglesia. Las notas del armonio se perciben ahora más claramente. De la calle llega, como en competencia casual, el alegre repiqueteo de unas castañuelas infantiles y el eco de una copla sevillana, cantada también por garganta infantil.

Una niña.

Yo no he querido nunca

novio torero,

que si lo coge er toro,

con ér me muero.

Más bien sería

novia der ganadero

de la corría.

Llega Luz de la calle, de peineta y velo, como la vimos llegar al patio de su casa. Se acerca a la portera y dice: ***Luz****. Encarnasión, tenga usté buenas tardes. Si quiere usté vé a su chiquiya bailando seviyanas, salga usté a la puerta.*

Encarnación. *Asomándose.* ¿Ha visto usté, señorita Luz? Buenas tardes. Me ha salío flamenca.

Luz. Y bien flamenca. ¡Con qué salero está bailando!

Encarnación. ¡Pos si la viera usté tocá la guitarra!… Luz. ¿La guitarra?

Encarnación. ¡Una de juguete que tiene! ¡Toma unas posturas más grasiosas!… ¡Na; flamenca perdía!

Luz. ¿Y la menorsiya?

Encarnación. Ésa está siempre cayendo y levantando. Es mu poquita cosa.

Luz. ¡Vaya por Dios!

Encarnación. ¡Ay, señorita Luz! ¡Dan tanto que hasé estas criaturas, desde que una las labra!…

Luz. ¿Y su marido?

Encarnación. En er trabajo. Ahora está en la Fundisión de San Antonio. Mu contento.

Sale Jerónimo de la iglesia. El armonio deja de sonar.

Jerónimo. Buenas tardes, señorita Luz.

Luz. ¡Hola, Jerónimo! Buenas tardes.

Jerónimo. ¿Y doña Jesusa, cómo sigue?

Luz. Lo mismo.

Jerónimo. A vé cuándo la Virgen Santísima quiere ponerla buena, y viene por esta Casa, como antes.

Luz. ¡Lo que es eso!… Como no vayan ustedes a verla ayí… Los médicos no me dan esperansa.

Encarnación. Pero a quererlo Dios…

Jerónimo. La Superiora no pasa día sin que me pregunte por eya.

Luz. A visitarla vengo yo.

Jerónimo. ¿Quiere la señorita que la yame?

Luz. No; muchas grasias. Tengo también que hablá con la tornera.

Jerónimo. Como guste la señorita.

Luz. Dime, Jerónimo: ese gentío que hay en la caye…

Jerónimo. *Halagado y volviendo a su segunda naturaleza.* ¿Ha visto usté? ¡Esperando a qué sarga mi Juan!

Encarnación. Sí; porque don Roque ha dicho que no entre aquí to er mundo.

Jerónimo. En realidá, er domingo pasao se coló en este compás media Seviya.

Encarnación. ¡Paesía que había *sine*!

Jerónimo. Y se dijustó la madre Superiora. Pero ¡vaya usté a contené el entusiasmo!

Encarnación. Ha sío menesté poné dos guardias a la puerta.

Jerónimo. Le prevengo a usté que yo no lo siento. To esto es carté pa er niño. Loca está la gente con que er monasiyo de Las Venerás resurte un fenómeno. Er caso no es nuevo. La Iglesia ha dao ya mu buenos toreros en Seviya.

Luz. ¡Digo! El otro día lo desía mi tío Goyo en casa. Habló de *Minuto*, que creo que fué monasiyo, como tu hijo…

Jerónimo. ¡Monasiyo fué!

Luz. Habló de Montes, que fué sacristán de Santa Ana…

Jerónimo. ¡Sacristán de Santa Ana! ¡Si cuando se nase torero!… ¿Más que he hecho yo, señorita Luz, por apartá de la afisión a esa criatura? No por na, sino por los peligros que la rodean. Pa un torero que cuaja, se malogran veinte. Pero to ha sío inúti. Castigos, reprensiones, palisas… ¡Inúti! Se me escapaba a las tientas y a los herraeros, y ar vorvé se me abrasaba a las roíyas pa que lo perdonara y pa que lo dejara seguí. Y ¿qué va usté a haserle? ¡A úrtima hora, entre matarlo usté a palisas o que lo mate un toro!… Cuando se yeva esa afisión en la sangre no hay lucha posible.

Luz. Y menos en Seviya, tierra de toreros.

Encarnación. Toavía si le hubiera dao por otra cosa… ¡Por er *fubó*!

Jerónimo. No me lo nombre usté. Si yega a darle a mi Juan por er *fubó*, hay un sacristán en la carse a estas horas. Este cura. ¡Porque yo lo mato! ¡Y es mi hijo!

Luz. Afortunadamente le ha dao por lo de aquí. Y será un gran torero, Jerónimo.

Jerónimo. ¿Usté lo ha visto?

Luz. No; pero oigo respira a mi tío Goyo.

Jerónimo. ¿Ha hablao don Goyo de mi Juan? ¡Porque don Goyo es un afisionao de los buenos!

Luz. ¡Pues no sabe hablá de otra cosa desde el otro día!

Jerónimo. ¿Qué dise, qué dise?

Luz. ¡Jesús! Empiesa y no acaba. Dise que no tuvo más que vé el recorte que dió pa proba el capote de brega, y le bastó pa sabe que hay ahí un torero de calidá.

Jerónimo. ¡Ole!

Luz. Que desde los tiempos de… no sé quién, no ha pisao la arena de esta Plasa un muchacho que más prometa.

Jerónimo. ¡Ole!

Luz. Que le hiso un quite a un picado que cayó al descubierto, pa pintarlo; que se abrió de capa en el terser toro, y puso cátedra —esa fué la frase de mi tío…

Jerónimo. ¡Ole!

Luz. Y que a la hora de la verdá —como le yaman eyos a la de la muerte— toreó como los mismos ángeles, entró a mata como San Juan, salió como San Pedro… ¡Vaya! ¡Que se ve que viene de la Iglesia!

Jerónimo. ¡Ja, ja, ja!

Encarnación. ¡Qué chuflona es la señorita!

Luz. No, no; chufla, no. Repito lo que oigo. Y lo que tiene sin sueño a mi tío

es que no le dieran al chiquiyo la oreja del último toro que mató.

Jerónimo. ¡Como que aqueya oreja era suya! ¡Don Goyo Varales sabe bien lo que ve! Aqueyo fué una injustisia de las gordas. Er público en masa lo pedía. Pero estaba en la presidensia un consejalito, que es padrino der *Tonelero*, er que toreaba con mi Juan… y ¡claro!… no le iba a dá la oreja a mi niño. Miserias, señorita.

Luz. También lo sé. En mi casa no hay otro tema desde aqueya tarde. Y como tengo ayí las dos notas… Porque a mi tío Rómulo, hablarle con ponderasión de los toros es como ponerle unos sinapismos. ¡Y se arman unas tremolinas!… Mi madre, la pobresita, sentá en su siyón como está, se muere de risa al oírlos. A eya, que le gustaban tanto los toros…

Jerónimo. ¡Que si le gustaban! No fartaba una tarde. Me acuerdo yo de verla en su barrera, ar lao de su papá de usté, que esté en gloria, con su mantiya negra y sus claveles… ¡Yamaba la atensión de guapa!

Encarnación. ¿A quién habrá salío la hija?

Luz. *Repentinamente, porque algo ha oído o ha visto.* ¿Quién está en la iglesia, Jerónimo?

Jerónimo. Don Félix Monteyano con un cabayero de Madrí.

Luz. ¿De Madrí?

Jerónimo. Sí, señorita.

Luz. *Tras una breve vacilación y como deseando esquivar todo encuentro.* Bueno, voy a hablá con la Superiora. Hasta después. *Se encamina al segundo patio.*

Encarnación. Vaya usté con Dios, señorita. *Éntrase en su vivienda.*

Jerónimo. Vaya usté con Dios. ¡Es de lo más serrano que ha nasío en esta tierra!

Va a volverse a la iglesia, cuando ve a don Roque, el capellán, que viene de la calle y se detiene un punto con él.

Don Roque. Que sea enhorabuena, Jerónimo. Ya hay yeno en la caye, y disen que va a haberlo en la Plasa.

Jerónimo. ¡Toma! ¡Desde ayé no quea ni un biyete! Media provinsia de Seviya y de Güerva se han descorgao aquí.

Don Roque. ¡Y hablan de que decae la afisión! ¡Cuando sale un torero de veras!… *Se mete en su casa, moviendo los manteos con un aire no exento de influencia taurina.*

Jerónimo. *Contemplándolo con agradecimiento y regocijo.* ¡También es gitano er capeyán!

Salen en esto de la iglesia don Félix y Eloy.

Eloy. Cada vez más enamorado y más preso.

Don Félix. Valía la pena la visita, ¿verdad?

Eloy. ¿No le digo a usted?

Jerónimo. ¿Le han gustao las imágenes ar cabayero?

Eloy. Son inolvidables.

Jerónimo. Pos vuerva usté a visitarlas cuantas veses quiera. Si yo no estoy aquí, no tiene usté más que pregunté…

Eloy. Muy agradecido.

Jerónimo. ¿Argo más nesesita usté de mí, señó don Félix?

Don Félix. Nada más, no.

Jerónimo. Voy entonses… *Don Félix se lleva la mano al bolsillo, como para darle una propina. Jerónimo, con ademán imperativo y de gran dignidad, lo detiene.*

Don Félix. Dispensa, hombre.

Jerónimo. ¡Ya soy er padre der *Monasiyo*! *Éntrase en la iglesia.*

Don Félix. ¿Vámonos, Eloy? ¿Qué mira usted?

Eloy. *Que mira hacia el segundo patio.* Sí es ella, sí.

Don Félix. *Asomándose.* ¿Quién? ¡Ah! Luz Manara. ¿La conoce usted?

Eloy. La conocí por un azar, en su propia casa, adonde he ido luego dos o tres veces más. Y raro es el día que no me la encuentro en alguna parte.

Don Félix. Sí; es una sevillana muy activa. Interesante mujer. Yo fuí gran amigo de su padre, que murió hace ya tiempo. Mañara Martín, un pintor de costumbres muy distinguido. Ni Valeriano Bécquer, ni Jiménez Aranda, ni García y Ramos. ¡Pero no le faltaba chispa andaluza! Pintaba muy bien. Casó con su modelo.

Eloy. Sí; me he enterado.

Don Félix. Una cigarrera guapísima; mujer de bandera. Pueblo puro. Se enamoró de ella, la tomó de modelo, intimaron… y acabó por casarse. Vive todavía.

Eloy. Ya, ya sé.

Don Félix. Y la hija ha sacado sangre de la madre y del padre. ¿Nos vamos?

Eloy. Yo me quedo aquí. Quiero tomar unos apuntillos.

Don Félix. Bien; como usted guste. Yo tengo que marcharme ya.

Eloy. ¿Hasta mañana, entonces?

Don Félix. Hasta mañana.

Eloy. ¿En la Catedral?

Don Félix. En la Catedral, a las cuatro. Adiós, amigo.

Eloy. Adiós, don Félix.

Don Félix. *Entre sí, marchándose y pensando ya en la Catedral.* Alzaremos un templo como para que nos tomen por locos las generaciones venideras…

Eloy. *Pendiente de los movimientos de Luz.* Se ha metido en un locutorio. Y me ha visto. Pero ¿será posible…? Yo lo he de saber por ella misma.

Saca del bolsillo un pequeño álbum de dibujos y comienza a buscar punto de vista para tomar algún apunte.

Jerónimo sale de la iglesia y se vuelve al segundo patio.

Viene de la calle Bartolomé, de americana y sombrero ancho. Como es de rigor, va a los toros. Lo acompaña un chiquillo vendedor de décimos de la Lotería, conocido por «el Jorobeta».

Bartolomé. ¡Por poco no me dejan pasá! *Al ver a Eloy.* ¡Hola, perdío! ¿Qué hases tú por aquí?

Eloy. ¡Hola, calamidad!

Bartolomé. ¿A vé ar matado?

Eloy. ¡No, hombre! A eso vendrás tú.

Bartolomé. ¡Naturarmente!

Eloy. Vine con don Félix Montellano a ver el templo y las esculturas.

Bartolomé. Marníficas son. Pero don Félix te habrá secao.

Eloy. No.

Bartolomé. ¡Vaya! ¿Lo tomó desde muy lejos? Porque cuando coge carne fresca, arranca en la prehistoria y hasta que no yega a la Plasa de América no se quea satisfecho. Y er que lo soporta está ar finá pa que lo arrastren las muliyas.

Eloy. ¡Qué exagerado eres! Es un señor muy agradable.

Bartolomé. Y muy sabio; no lo discuto. Pero seca al Espíritu Santo. ¿A que te ha hablao de los tartesios? ¡Por tu salú no me lo niegues!

Eloy. *Riendo.* No, no; te equivocas. Hoy no ha habido tartesios.

Bartolomé. ¡Ah! Entonses San Isidoro, San Leandro…

Eloy. Nada de erudición. Hemos tenido una conversación muy llana.

Bartolomé. ¡Ca! Por lo menos habrá habío un ratito de galeones, de Colón y de Hernán Cortés, de las riquesas de las Indias, del oro en barras, der Padre Betis…

Eloy. ¡Te digo que no!

Bartolomé. ¡Vamos! De la Contratasión, de los sederos, de los seramistas, de los forjadores; de que Seviya fué la primera siudá de la corona casteyana que tuvo

imprenta… ¡Si lo conozco bien! Es un borracho de Seviya, ¿tú te enteras? ¡En lugá de bebé mansaniya, bebe libros!

Eloy. Y le harán más provecho.

Bartolomé. ¡Qué sé yo! ¡Por lo pronto se le suben a la cabesa! Pasé con é un veranito en Rota, y no se me orvida. Me agarraba en la playa y no me dejaba ni bañarme. Yegué yo a juirle a la playa más que los gatos.

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Bartolomé. No te rías, que es el evangelio. Se pone muy pesao ese hombre. ¡Tú no sabes lo que es un baño de só oyendo hablá de mosaicos romanos y de ánforas griegas! ¡Señó, yo he venío aquí a curarme, no a sacá sobresaliente en Historia! Bueno, ér conmigo apuntaba a otro lao. Quería engancharme con una de sus niñas: con la mayó. ¡Tiene sinco!

Eloy. Ya, ya le he oído respirar…

Bartolomé. ¡Carcula! ¡Me confundió con Trajano o con Julio Sésa! ¡A cuarquier hora me acuesto yo toas las noches con una niña que sepa tanto como su padre! ¡Josú!

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Bartolomé. ¿Vienes pa dentro?

Eloy. No; voy a tomar aquí unos apuntes.

Bartolomé. *Por «el Jorobeta».* Mía lo que le traigo ar matadó.

Eloy.¿ Qué? ¿Lotería?

Bartolomé. ¡Ca! Mientras se viste, le pasa a éste dos o tres veces la mano por la jorobiya, y le da buena suerte. Er domingo pasao se la dió. ¿Tú no crees en eso?

Eloy. Yo ¿qué voy a creer?

Bartolomé. ¿No eres supertisioso?

Eloy. ¡Vamos, hombre!

Bartolomé. ¡Porque no has tenío que matá ninguna tarde tres miuras!

Eloy. A Dios gracias.

Bartolomé. Si te vieras en esa nesesidá, y arguien abriera delante de ti un paraguas bajo techao o le diera vuertas a una siya sobre una pata, ya hablaríamos. ¡Pué que me yamaras pa que buscase a éste!

Eloy. ¡No digo que no!

Bartolomé. Anda, *Jorobeta*. Pero, oye, Eloy, ¿tú y yo no vamos a vernos ya nunca?

Eloy. ¡A mí no me hables de ir contigo más a ninguna parte!

Bartolomé. ¡Ah! ¿Tan mar lo pasas?

Eloy. ¡Demasiado bien!

Bartolomé. Entonses no te quejes. Tengo que yevarte a la Fábrica de Tabacos, y a una de mantones, y a una aseitunera… Donde haya operarlas, ¿tú me comprendes?

Eloy. Te sé ya de memoria. Después de las siete horas de manzanilla y de cante y baile flamenco que me diste la otra noche en la Alameda, va a ser difícil que me pesques. Te temo más que tú a don Félix en la playa de Rota.

Bartolomé. ¿Soy yo er ponderativo? ¡Y que no gosaste tú aqueya noche! ¡No te caían lágrimas ni na cuando cantaba *la Chumberita*! ¿Eh?

Eloy. ¡Gozar llorando!

Bartolomé. ¡Gosá yorando! ¡Eso es muy andaluz! Y la bailadorsiya que yegó a úrtima hora, *la Marva*, la de San Bernardo, la der luná en er rabiyo del ojo, ésa me ha preguntao ya por ti dos o tres veses. Le caíste en grasia.

Eloy. Pues dale muchísimos recuerdos.

Llegan de la calle también dos peones de lidia, «Utreranito» y «Valiente» que, vestidos ya con el traje de luces, vienen a recoger al matador. Sin detenerse, pasan hacia el segundo patio.

Bartolomé. ¡Hola! ¿A buscá ar matado?

Utreranito. Sí, señó: ya va siendo hora.

Bartolomé. Vamos ayá. Hasta luego, tú.

Eloy. Hasta luego.

Bartolomé. ¿Quieres una caña en la Venta a la salía?

Eloy. No; gracias.

Bartolomé. Tú te lo pierdes. *Uniéndose a los lidiadores y pegando la hebra con ellos.* A vé si tenemos una buena tarde.

Valiente. A vé.

Bartolomé. *Dentro ya.* Er toro que me pienso yo que va a dá más juego es er colorao.

Eloy. ¡Qué buen humor y qué alegría tiene siempre ese Bartolomé! ¡Buena fuerza para la vida! *Intenta de nuevo dibujar, pero su pensamiento está en otra parte.*

De su vivienda sale en esto don Roque, el capellán, vestido de seglar, y de sombrero negro flexible, bastón y puro. Se dirige a la puerta de la calle.

Don Roque. Buenas tardes.

Eloy. Buenas tardes.

Don Roque. *Llevándose repentinamente la mano a un bolsillo, y registrándolo.* ¡Ah, sí! Aquí la yevo. Creí que se me orvidaba la entrá. *Vase satisfecho y tranquilo.*

Eloy. Allí viene ya Luz. ¡Pero no viene sola! Yo me aguardaré por aquí, y sabré hacerme el encontradizo. *Se marcha también a la calle.*

Salen del segundo patio, charlando, Luz y la Hermana Martirio, con Rosarito. La Hermana Martirio es una muchacha netamente andaluza, consagrada a la dura vida de sacrificio de su Congregación, con honda y sincera alegría. Rosarito es una flor silvestre de las cercanías de Sevilla, reciente victima amorosa de un don Juanillo de su pueblo.

Hermana Martirio. Lo que menos esperaba yo era encontrarte aquí.

Luz. Ni yo a ti tampoco.

Hermana Martirio. Nos tienes olvidás. Ya no vas por aqueya Casa.

Luz. Porque no puedo. Tú lo sabes bien. Me ata mucho mi madre. Pero ayí están mis esperansas. Ya iré, ya iré… del todo.

Hermana Martirio. ¿Sí?

Luz. Sí; no te sonrías. No he variao de pensamiento. Oye, ¿quién es esta chiquiya?

Hermana Martirio. Una sobrina de la madre Pronunsiasión…

Rosarito. *Con la vista baja, ruborosa.* Zervidora de usté.

Hermana Martirio. Que ha dao un mal paso en su pueblo —¡los hombres, hija!…

Rosarito. Yo no tuve la curpa.

Hermana Martirio. Y su madre vino al Convento a pedí consejo, y ha estao en *Las Arrepentidas* un año. Yo misma la yevé.

Luz. ¡Vaya por Dios, muchacha!

Rosarito. Yo no tuve la curpa. Eza tranquilidá la tengo.

Hermana. Martirio. Sí; es buena, y formalita. Que da más lástima, cuando a una criatura así le pasa un chasco de éstos. Hay en esos pueblos —y en Seviya misma— tanto señorito borracho, sin consiensia, sin aprensión, que no saben el daño que hasen; tanto sinvergüensa… Y como eso no se castiga…

Rosarito. Zinvergüensas, zinvergüensas; abuzones, mu abuzones. Pero yo ya he aprendío a escribí, y con er primer novio que me zarga, hata que no lo cale, me entiendo por cartas na más.

Luz. Eso está bien pensao.

Hermana Martirio. ¡Qué inosente! Hoy ya la mandamos al pueblo, a su casa. El padre nos ha prometido que la perdona, que no le dará la palisa con que la amenasaba…

Rosarito. ¡Qué zé yo! ¡qué zé yo!

Hermana Martirio. No, no tengas miedo. Se lo ha prometido a tu tía y a la Superiora de Santa Isabel.

Rosarito. ¡Qué zé yo! ¡Mi padre tiene un genio!… Ni las moscas le paran encima.

Luz. Siéntate un ratito, Martirio. Ya que nos hemos encontrao…

Hermana Martirio. Esto de sentarse y descansé no es pa nosotras.

Luz. Por eso te lo propongo yo. Anda, siéntate.

Hermana Martirio. Por está contigo… Siéntate tú también, Rosarito.

Rosarito. Yo, con er permizo de usté, voy a entrá en la iglezia a reza un Padrenuestro.

Hermana Martirio. Bueno, bueno; entra.

Rosarito saca de su bolso un pañuelo, se lo echa sobre la cabeza y entra en el templo a descargarse de sus culpas.

Luz. ¡Pobresiya!

Hermana Martirio. Cuéntame, mujé; ¿qué vida yevas?

Luz. La de siempre. Ya la conoses.

Hermana Martirio. Pero ¿no hay novedá ninguna desde que no nos vemos?

Luz. Y ¿qué novedá puede habé?

Hermana Martirio. ¡Huy! ¡Con cada amanesé puede vení una! No ya con cada amanesé, con cada hora.

Luz. Lo que es para mí…

Hermana Martirio. ¿Entonses no es verdá lo que me han dicho?

Luz. ¿Qué te han dicho?

Hermana Martirio. A mí me lo han dicho, ¿eh? Yo no lo invento.

Luz. ¡Vaya usté a adiviná!

Hermana Martirio. Me han dicho que un arquitecto de Madrí…

Luz. ¡En el nombre del Padre! ¿Hasta las Hermanitas del Buen Amor ha yegao ya eso?

Hermana Martirio. Hija, no lo estrañes: entramos en tantas casas, en tantos sitios… Y si corren las malas notisias, también corren las buenas.

Luz. ¡Qué empeño el de la gente!

Hermana Martirio. Vamos, Luz, conmigo no está bien que disimules. Lo que se cuenta es que ha sido un volcán: que el primer día que estuvo en tu casa se yevó ayí dos horas, y que tu tío Rómulo yegó a poné una escoba detrás de la puerta, pa vé si se iba.

Luz. Y pon tú que fueran verdá una cosa y otra; verdá con unos cominitos de exageración; ¿y qué? Porque yegue a mí un hombre cualquiera a quien le sea simpática, ¿se han de cambiá mis resolusiones? No, Martirio, no; son algo más firme que todo eso. Se lo ofresí a Dios y me lo prometí yo misma en mi consiensia. Y se lo juré también además a aquel hombre que tanto me quiso, cuando en mis brasos se moría. Le importaba su vida… por mí sola. ¿Sería yo capaz de olvidarlo? *Silencio.*

Hermana Martirio. Entonses… ¿persistes en lo mismo?

Luz. Ya te lo he dicho antes.

Hermana Martirio. ¿Piensas tal vez en esta Casa?

Luz. No… no sé. Todavía no sé. Dios me iluminará cuando yegue la hora. Pero más que recluirme, consagrándome directamente sólo a Dios, metida en un convento, me agradaría viví en comunicasión con los que sufren… en contacto continuo con los pobres, con los enfermos, con los tristes… con los desamparaos.

Hermana Martirio. Nunca te conosió nadie esa vocasión.

Luz. ¿Y a ti, sí? Porque tu historia se parese a la mía.

Hermana Martirio. Es verdá. Pues mira, Luz, que estas tocas pesan mucho sobre la cabesa.

Luz. Ya me hago cargo.

Hermana Martirio. Que si te desides por nuestra Casa, ayí la vida es dura. Fregá, barré, come poco, apenas dormí…

Luz. Dura la quiero yo.

Hermana Martirio. *Con humor y gracejo.* Despídete de las medias de seda…

Luz. ¡Qué tontería!

Hermana Martirio. Y de la ropa blanca fina, y de perfumarte la cabesa, y de darte briyo en las uñas…

Luz. ¡Ja, ja, ja! Pero ¿pero tú crees que yo ahora me arreglo y me compongo por mi gusto? No, hija del alma. Lo hago por mi madre. A mi madre la traigo en un engaño y en él la tendré mientras viva. Dios ha de perdonármelo. Mi madre tiembla ante la idea de que yo no me case; de que mi vida acabe así; de que no reine en mi corasón otro hombre; de que no tenga hijos… Y yo la consiento, y la ilusiono con piadosas mentiras. Y por eya entro y salgo, y por eya voy a fiestas y a diversiones. Me lo pide, me lo ruega, me obliga casi a ir… Y la gente que sabe mi propósito, no me comprende y me pregunta: «Pero, Luz, ¿con esa cara de alegría? …». Y yo le respondo: es que las seviyanas tenemos la cara muy alegre y el corasón muy serio.

Hermana Martirio. Pues que Nuestro Señor te ilumine, como esperas tú.

Luz. Acabaremos siendo otra vez compañeras.

Sale de la iglesia Rosarito.

Hermana Martirio. Vámonos ya, niña.

Rosarito. Zí, señora.

Hermana Martirio. Hazme pronto una visita, Luz.

Luz. Te la prometo.

Hermana Martirio. Y que se mejore tu madre.

Luz. Dios lo quiera.

Rosarito. Zervidora de usté.

Luz. Anda con Dios, muchacha. Y cuidadito ahora, ¿eh?

Rosarito. Ya voy alecioná por las madres, y mu escarmenté. ¡Pero mu escarmentá!

Hermana Martirio. A vé si no olvidas las lecsiones. Adiós, Luz.

Luz. Adiós, hija mía.

Se marchan la Hermana Martirio y Rosarito. Luz queda pensativa.

Un instante después vuelve Eloy, con la emoción y la esperanza de hallarla allí. Al verla sola, sonríe contento y se acerca a ella, que lo recibe con entera serenidad.

Eloy. Luz, buenas tardes.

Luz. ¿Eh? ¡Hola, Eloy!

Eloy. Estamos de encuentros.

Luz. Estamos. Los dos cayejeamos bastante…

Eloy. Sin embargo, ayer no lo hubo.

Luz. ¿Ayer, no?

Eloy. No; ayer, no.

Luz. Anteayé sí nos encontramos en Capuchinos.

Eloy. Es verdad. En aquel huerto tan hermoso, donde no nacen más que mujeres.

Luz. ¡Bien está usté viendo mi tierra!

Eloy. Viéndola a usted…

Luz. ¿Yeva usté muy adelantaos sus estudios?

Eloy. En Sevilla nunca se acaba de estudiar. Hay mucho de todo, y todo se nos antoja nuevo cada vez que se vuelve a ver.

Luz. Eso me lo desía mucho mi padre; que Seviya es una gran burlona, que se presenta siempre con caras distintas, y que la luz juega con los pintores.

Eloy. ¡Y con los arquitectos!

Luz. ¿Será también que el sol se toma aquí de cuando en cuando dos cañitas a tiempo?

Eloy. ¡Vaya usted a saber! ¡Sol líquido le llaman los poetas a la manzanilla! …

Luz. Sí, sí. Esa Casa que le han encargao a usté, de tipo seviyano, ¿para dónde me dijo usté que era?

Eloy. Para Santiago de Chile. Una familia poderosa, oriunda de Sevilla, quiere tener allí un reflejo de su ciudad; vivir recordándola siempre, porque algo material que se la evoque se ofrezca constantemente a su mirada. Su traza exterior, sus jardines, sus azoteas, sus patios, sus estancias íntimas, sus ocultos rincones, sus juegos de luz… y sus cancelas, que a mí se me figuran mantillas de hierro extendidas, y sus rejas, y sus celosías, y sus azulejos policromos, y sus techos labrados, y todo cuanto crean estos prodigiosos artífices de Sevilla, tan hábiles y tan modestos, de los que el mundo entero tiene algo que aprender.

Luz. Me agrada mucho oírlo a usté hablar así. ¡Soy yo tan seviyana!… Tanto como mi madre. Y ¿ha venido usté aquí, al Convento, en busca de algunos detayes, quisá?

Eloy. He venido por ver, por ver más, por seguir viendo… Particularmente, por ver lo escondido, que bien puede ser a lo mejor lo más interesante.

Luz. A mí los compases de los conventos me enamoran.

Eloy. Y a mí también.

Luz. Tienen de Dios y de la caye. A lo de Dios, le da la caye su alegría, y a lo de la caye, le da Dios un olorsito a insienso, que no le sienta mal. ¿Usté estaba antes en la iglesia?

Eloy. Sí, sí. ¿Me vió usted?

Luz. Me quiso paresé.

Eloy. ¿Y usted, ha visto a Bartolomé por ahí dentro?

Luz. No.

Eloy. Pues por ahí anda.

Luz. Con el torero, por supuesto.

Eloy. ¡Claro! Es delicioso. ¡Y con un jorobadillo que se trae, para que le dé suerte!

Luz. ¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿qué le ha paresido a usté que el hijo de Jerónimo, el sacristán perpetuo de Las Veneradas, sea el torero del día?

Eloy. ¡Notable! Y, sobre todo, sorprendente. ¡Para mí, a lo menos!

Luz. ¿Ve usté? Ésos son los duendes de Seviya.

Eloy. ¿Los duendes?

Luz. Sí: los duendes. Es una frase que digo yo mucho, para esplicá tantas cosas como aquí sobrecogen y casi no se esplican.

Eloy. A ver, a ver… ¡Los duendes!… Es gracioso. *Se sienta junto a ella.*

Luz. ¿Le gusta a usté el cante andaluz?

Eloy. ¿El cante andaluz?

Luz. Andaluz, o flamenco, o gitano… o como le quiera usté yamá. Mi tío Goyo puede darle lecsiones. ¡Ahora resulta que casi toda la música española arranca de las *soleares!…* ¿A usté le gusta?

Eloy. ¡Ha acabado por interesarme! ¡Porque ya me han dado tres o cuatro sesiones! De la última, con Bartolomé, todavía me resiento. Yo me burlaba siempre un poquitín de eso del cante *jondo*; no penetraba en sus misterios, la verdad. Una fiesta de vino y de alegría, mezclada con ayes y lamentos y lágrimas, me parecía absurda simplemente. Oír, cuando va uno a divertirse, a unos hombres y a unas mujeres que no pueden fingir los duelos que cantan, sino que los padecen de veras en aquel momento, no entraba en mis convicciones ni en mis cálculos.

Luz. ¡Ah! ¡La tristesa de la alegría andalusa!… Por eso es más honda la alegría.

Eloy. No cabe dudarlo: la prueba es que se agarra al corazón. A mí ya me ha

conquistado, se lo repito. Ahora, que lo quiero en sesiones algo más breves que la última. ¡Siete horas de *jipíos*, y cuando todavía no se es un iniciado… son muchas horas!

Luz. Bueno, pues en ese cante, cuando el cantador, o la cantadora, o aun el guitarrista, *disen*, como eyos disen, algo con que no se contaba, algo personal, imprevisto del todo, del instante aquel, de aquel segundo, que al que lo oye le da un escalofrío de gusto y le remueve las entrañas o le trae un recuerdo muy hondo, no falta quien comenta así: «¡Ésos son los duendes del cante!».

Eloy. ¡Ya! Y Sevilla…

Luz. ¡Seviya está yena de duendes de ésos!

Eloy. Efectivamente: está llena. Usted me lo hace ver. Lo inesperado, lo fortuito… lo recóndito… lo inaprehensible…

Luz. Eso es. Lo que siempre sorprende y nadie adivina; lo que no hay manera de presisar… Yo, que por mi vida y mis ideas voy a muchos sitios distintos, opuestos, ando por cayes y por barrios de todas clases, entro y salgo en casas humildes y pobres, sé mucho de esos duendes. ¿En qué consisten? En lo más simple; en lo más sensiyo. ¿Dónde están? ¡Vaya usté a buscarlos a propósito! ¡Para algo son duendes! Aparesen cuando menos se piensa. En Seviya están en todas partes. En los contrastes pintorescos, en los rasgos de grasia, en las cosas geniales de esta gente… Por ejemplo: en el sapatero remendón de mi esquina, que un día le dise a mi tío Rómulo, porque lo oye hablá mal de la Semana Santa, que ya no le compone más botas, aunque se esté muriendo de hambre. ¡Y no se las compone! ¿Qué le parese a usté?

Eloy. ¡Que ese zapatero es un artista!

Luz. Están los duendes… ¡qué sé yo! en las cosas más insignificantes, como le desía. En que desemboca usté cuando no lo espera en una caye que nunca ha visto y que le yama la atensión y lo encanta, y otro día da usté en la misma caye, y no la conose y le parese otra, que también lo encanta por cosa distinta. En que, de repente, yendo distraído, se le ponen a usté delante dos o tres fachadas, como piedras presiosas, encaladas de seleste, de heliotropo o de verde limón. En los nombres de muchas cayes, tan sensiyos y tan poéticos: Lirio, Perla, Aurora, Puresa, Jazmín… Y en la asoteíya alta, como un castiyito, con baranda yena de claveles, en que tropiesan los ojos de usté cuando miran para lo alto, y a usté se le antoja que es que los claveles se asoman a la baranda a verlo a usté pasa. Y en un alminar, y en una torre, y en una espadaña. Y en una plasoletiya donde huele a jazmines, porque

hay al lao un huerto que usté no conose ni lo ve. Y en una cayesita sola que le habla a usté sin palabras al crusá por eya. Usté no apresia lo que le dise, pero comprende que le habla y que no es nada malo. Y en otra más sola todavía, que se alegra de que la pase usté, y se lo prueba hasiendo que retumben sus pasos, para oírlos. Y en un patio, que lo yama a usté sigilosamente para que se aserque usté a verlo, como le susedió en mi casa. Y en ese muchachito trabajado, que ve a una mosita echá en el busón de Correos una carta, y va y le pregunta: «¿Pa qué me escribes, si estoy en Seviya? ¿No me ves, mujé?». Y en el que pasa junto a usté y sin conoserlo le guiña, como comentando un hecho cualquiera de la caye. Y en la familiaridá y en la confiansa que se establese a cada momento. La otra mañana misma me detuvo a mí una señora y me dijo: «Si yo tuviera un hijo mosito y usté quisiera… ¡iba usté a vé una suegra con buen genio!».

Eloy. ¡Ja, ja, ja!

Luz. Y en ese macareno que no cree en Dios… y cree en la Virgen de la Esperansa. Y en esa casuchita que se cae de vieja y de pobre, donde se ve que hay penas y hay nesesidá, y que, sin embargo, tiene una ventanita con flores, como una risa de la miseria; como para no entristesé con lo de adentro al que pase y la mire. Y en la Giralda, que cada día se lava con jabón de un coló y cada tarde se echa por detrás un velo más presioso. Y en esas horas de la tarde, presisamente, en que Seviya se pone el vestido rosa, como mi madre dise. Y en el pregón que suena lejos, y tiene usté que pararse a escucharlo. Y en la guitarra que oye usté de pronto en una casa, y lo clava un rato donde le coge, por prisa que yeve. ¡Duendes, duendes! … ¡Encanto imponderable y misterioso de Seviya! ¿A qué cansarlo a usté ensartándolos, si me yevaría hablando dos horas y no terminaría? Usté ya los comprende bien. Descúbralos usté por su cuenta, que es lo más bonito.

Eloy. Lo más bonito, Luz, ni son los duendes ni que los halle yo por mí. Lo más bonito es oírla a usted hablar de ellos.

Luz. ¡Será que yo también tengo duendes!

Eloy. ¡Ah! ¡Duendes tiene usted! ¡Quién lo duda!

Juan Sánchez, «Monacillo», el héroe del día; «Utreranito», y «Valiente», vienen a este punto silenciosos del segundo patio, y entran en la iglesia.

Luz. *Señalándoselos a Eloy.* ¿Y esta fiesta, tiene o no tiene duendes? Entran a resarle a la Virgen.

Eloy. Esta fiesta los tiene en Sevilla y en dondequiera. ¿Qué, sino los

duendes, la embellece y hasta la disculpa?

Del segundo patio también sale el mozo de estoques de «Monacillo», con las espadas del matador y el lío de los capotes y las muletas. Pasa hacia la calle sin hablar, acompañado del «Jorobeta» y de dos Amigos de Juan.

Luz. Ya van para la Plasa. Y ¿se ha fijao usté? Ninguno dise una palabra. ¡Gente que charla por los codos!…

Sale Bartolomé flechado hacia la calle. Al ver a Luz y a Eloy, se detiene un poco sorprendido, pero sin perder su desenfadada ligereza.

Bartolomé. ¡Hombre! ¡Está bien! ¡Esto ya es otra cosa!

Eloy. ¿Qué?

Bartolomé. Luz, Dios te bendiga.

Luz. Y a ti no te olvide, sigarrón.

Bartolomé. *A Eloy.* ¡Esto ya es otra cosa! ¡Te alabo er gusto! ¡Pero no vayas a contarme luego que has estao viendo las murayas romanas o el Archivo de Protocolos!

Eloy. ¿Yo? ¿Cuándo te he dicho yo una cosa por otra?

Bartolomé. ¡A vé si tú tienes más suerte y consigues que no se meta ahí dentro, a cantá en er coro con las monjas y a hasé durse de sidra o carne de membriyo!

Luz. ¡Caya, mamarracho!

Bartolomé. Bueno, en er parco veintitrés de la Plasa hay reservás pa ustedes dos siyas y dos copas de vino. ¡Vamos a vé lo bueno esta tarde! *Se marcha presuroso, canturreando a su placer.*

Luz y Eloy han quedado un tanto violentos con sus bromas. Encarnación sale de la portería y se va también para la calle. Jerónimo aparece de nuevo, al fin, conmovido y nervioso, y aguarda a la puerta de la iglesia a que salga su hijo. Luz aprovecha la oportunidad para desviarse de Eloy, el cual, por su parte, es objeto de una emoción nueva, de una inquietud extraña.

Luz. Hasiéndonos los fuertes, ¿no, Jerónimo?

Jerónimo. Hasiendo de tripas corasón, señorita. Pero er drama grande está ayá dentro. La madre y la novia son dos trapos.

Salen de la iglesia. «Utreranito» y «Valiente», y se marchan. A su paso, les dice Luz: ***Luz****. Buena suerte, muchachos.*

«Utreranito». Grasias.

«Valiente». Grasias.

Sale luego Juan. Padre e hijo se abrazan fuertemente en silencio. Luz despide a éste tendiéndole la mano.

Luz. Juan, una tarde que deje memoria.

Juan. ¡Ojalá, señorita Luz! Muchas grasias.

Eloy. *Estrechándole la mano también.* Lo mismo le digo.

Juan. Grasias, cabayero. *Se va sonriente.*

Jerónimo no sabe si echarse a reír o a llorar; si entrar en la iglesia o seguir a su hijo. Por fin decide volver a donde está el drama más fuerte y se interna hacia el segundo patio.

En este momento llegan al recinto, como antes, las notas del armonio, unos suaves cantos de las monjitas. Luz le dice a Eloy:

Luz. Adiós, amigo mío. Hasta otro encuentro.

Eloy. A ver si es mañana.

Luz. Voy a pedirle a la Dolorosa que le dé fortuna a ese muchacho.

Eloy. Y… ¿a qué imagen sevillana debo pedirle yo…?

Luz. ¿Qué?

Eloy. ¿Qué, me pregunta? *Con viva emoción, reprimida.* ¿No se lo declaran a ustéd mi temblor, mis ojos, mis labios mismos, que no se atreven a pronunciarlo?

Luz. Y ¿por qué elige usted una imagen sevillana para pedirle un

imposible?

Eloy. ¿Un imposible?

Luz. Sí: un imposible. *Éntrase en la iglesia.*

Eloy. *Yendo tras ella, suplicante.* ¡Luz! *Deteniéndose, desconcertado, a la puerta del templo.* ¡Un imposible!… *Con súbito arranque de pasión, con brío, con aspereza.* ¡Razón de más para procurarlo en Sevilla, tierra de imposibles!

Quédase a la puerta contemplando desde lejos a Luz. Continúa allá dentro el canto religioso. Hacia la izquierda suena el alegre cascabeleo del coche de los toreros, que arranca para la Plaza y se aleja.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una rinconada llena de gracia y de misterio. A la izquierda del actor, la casa que por este lado cierra la escena. Callecilla techada, al foro. A la derecha, la tapia almenada de un huerto, adosado a la cual hay un poyete. Una opulenta enredadera desborda por entre las almenas de la tapia. A derecha e izquierda de la callecilla techada, en la pared del foro, una puerta y una ventana con reja, respectivamente. Salidas por la derecha y por el fondo.

Termina mayo. Es de noche y hay luna.

A la puerta de la casa de la izquierda pelan la pava una de las criadas de ella y su novio, que es un obrero. Viste de americana y sombrero ancho. En la reja del foro hay otra «pava», cuyo galán es un soldado. Y en la callecilla techada, un estudiante, arrimado a otra reja, olvida todas las asignaturas del curso, no obstante estar en mayo, mirando y oyendo a su novia.

Por el foro aparece Eloy, ensimismado, y desciende hasta la rinconada lentamente. Mira sin ver a un lado y a otro, y se sienta luego en el poyete, como con cansancio. A poco, suspira.

Eloy. ¡Ay, Sevilla!… ¡Me llevaría recorriendo tus calles eternamente! ¡Cuánta alma hay en ellas!… *Llama su atención, de improviso, el redoble de unos tamborcillos que, imitando los de las bandas de las cofradías, se percibe hacia la derecha.* ¿Qué es eso?… *Se asoma a la calle.* ¡Ah, sí! Otra procesión infantil de la Cruz de Mayo. ¡Qué encanto de cruces! Y ¡qué en serio lo toma la chiquillería! Es gracioso el cuadro.

Salen por la derecha una Chiquilla y un Chiquillo. Ella trae un platillo en la mano y él la vara de Hermano mayor.

Chiquilla. *A Eloy.* Dé usté un ochavito pa la Cruz de Mayo.

Eloy. ¿Un ochavito? Yo no llevo ochavos ahora.

Chiquilla. Bueno, una perriya.

Eloy. Eso sí. ¿Dónde está la Cruz?

Chiquillo. La de la prosesión, místela en er paso.

Chiquilla. Místela: hecha con flores.

Eloy. No; la otra. El paso ya lo veo.

Chiquilla. La otra, en er corra de ahí a la vera der güerto.

Chiquillo. No tiene usté más que vorvé la esquina, y ya verá usté las luses der patio.

Chiquilla. Vaya usté, que esta noche hay fiesta.

Eloy. Iré luego; iré. Toma.

Chiquilla. Muchas grasias.

Eloy. Toma tú.

Chiquillo. Grasias. *A la chiquilla.* ¿Qué te ha dao a ti?

Chiquilla. Una gorda. ¿Y a ti?

Chiquillo. Una chica.

Se retiran por donde vinieron. El redoble de los tamborcillos se oye todavía unos momentos más, y luego se aleja hasta perderse en la distancia. Eloy vuelve a sentarse.

Eloy. Delicioso es este rincón. Nunca había dado con él.

Salen también por la derecha, y pasan hacia el fondo, por donde se van, tres Señoritas y dos Muchachos que las acompañan. Ellas llevan vestidos de volantes y mantones de colores, y ellos, «smoking».

Una señorita. Pero ¿tú estás seguro de que es por aquí?

Un muchacho. Sí, mujé; yo conozco bien este barrio.

Otra señorita. Nos hará andá media Seviya, como la otra noche.

Un muchacho. ¡Como voy tan acompañao, no me importa!

Una señorita. ¡Ya te importaría si fueras estrenando sapatos, como yo! *Desaparecen sin dejar de charlar.*

Eloy. De seguro van a una Cruz aristocrática. La noche está de Cruces. *Por la calle del foro viene, en esto, presuroso, Bartolomé, que seguramente irá a varias. Pasa distraído hacia la derecha, sin ver a Eloy, quien lo reconoce y lo llama.* ¡Bartolomé!

Bartolomé. ¡Muchacho! ¿Qué hases aquí tan solo?

Eloy. Descansar de mi callejeo.

Bartolomé. ¿Estás aguardando pareja?

Eloy. No.

Bartolomé. Pos se te pondrán los dientes largos. ¡Hay que vé er rincón! En un parmo e terreno, tres *pavas*.

Eloy. Se conoce que en el huerto vecino florece el árbol del amor.

Bartolomé. Sí; le yevó el aire esta semiya…

Eloy. ¿Adonde vas tú?

Bartolomé. ¡A las Cruses! ¿Dónde he de í esta noche? Primero me voy a asoma a la der corrá de aquí ar lao, que me han dicho que, a lo populá, está puesta con mucho ánge, y luego voy a la de Antonio Barajas, que la armao en su casa por lo fino. Ven conmigo. ¿Quieres?

Eloy. Sí; ahora iremos. Siéntate un poco.

Bartolomé. Ya está. ¡Tienes una cara de aburrío!… ¿Qué te pasa?

Eloy. Nada, hombre.

Bartolomé. ¿Es argo bonita esta rinconá?

Eloy. Eso consideraba yo hase un instante.

Bartolomé. ¡Seviyana neta! ¡Esto no se encuentra más que aquí! Grasia sin pretenderlo. ¡Salero natura!

Eloy. Justamente: sin pretenderlo; porque sí; porque lo quiso Dios. La Ciudad de la Gracia, como la llamó el sutil espíritu de José María Izquierdo.

Bartolomé. ¡Pos esto también lo echarán abajo!

Eloy. No; esto tan escondido, no.

Bartolomé. No te fíes. Hay er furó de las cayes anchas y de la palanqueta.

Eloy. ¡Si vieras qué delicado, y qué injusto puede llegar a ser el hablar así en términos tan absolutos!… Es muy grave la misión y la responsabilidad de los hombres que tienen que conservar o que reformar las ciudades bellas. Sevilla, Salamanca, Toledo… En España, todas o casi todas.

Bartolomé. ¡Por eso deben mirarse mucho y tentarse la ropa antes de tirá ni un tabique!

Eloy. ¿Y crees que no se miran? Yo no digo que siempre acierten, pero… ¡Es tan difícil armonizarlo todo!… Las casas se hunden, y hay que sustituirlas; los hombres modernos no quieren vivir como se vivía hace tres siglos, y hacen bien. ¿Cómo corresponder a lo que se tira con lo que se crea? Pretender anular o desvirtuar el espíritu de las poblaciones, cuando lo tienen tan genuino, es bárbaro; copiar ciegamente lo hecho, en vez de crear, es estancarse estérilmente; parodiar, peor que todo, porque la parodia es siempre ridícula. ¡Cuánto daría yo por no haberme topado en Sevilla con muchas parodias de las que han herido mis ojos!…

Bartolomé. ¡Pos y yo, que hasta doy rodeos pa no pasá por argunas cayes y no vé argunas casas!

Eloy. Pero, convéncete: aquí, donde en un solo barrio se juntan la Catedral y la Giralda, el Alcázar, el Palacio Arzobispal y el Archivo de Indias, y a muy poca distancia se halla el Ayuntamiento, y por el otro lado Los Venerables, en Santa Cruz, los hombres de mi profesión han de sentirse abrumados, confusos, temerosos, ante sus tentativas. Y, créeme, muchacho, no siempre cualquiera tiempo pasado fué mejor. Si no, pregunta por qué se derruyeron casi todas las Puertas de la Ciudad —¡qué enorme atentado!— y por qué se encalaron o se pintaron muros y puertas y hasta frescos maravillosos.

Bartolomé. En eso dises bien; pero nunca una atrosidá discurpa otra; como me contestó a mí un franchute porque pa defendé los toros le hablé der *borseo*.

Eloy. Por fortuna, Sevilla ha encontrado ya su estilo peculiar, su manera de renovarse sin negar su espíritu y afirmando su originalidad. Y lo debe principalmente al genio de Aníbal González. No se puede crear en una ciudad, entre jardines de ilusión, la portentosa Plaza de España, sin que su gran belleza oriente por algún tiempo a sus artistas.

Bartolomé. ¡Conformes! Y te voy a declará una cosa: yo no estoy *puesto* en arquitectura. No distingo bien entre lo grecorromano y lo gótico y lo mudéjar y lo plateresco. Donde me encuentro como en mi casa es en er Palasio de las Dueñas. ¡Tonto que es uno! Lo que no quiero es que se levanten en Seviya más hoteles como esos dos o tres que se han levantao a úrtima hora, que paresen presidios.

Eloy. De acuerdo contigo yo ahora. Parecen presidios. Ahí vendría bien la palanqueta.

Bartolomé. Un cañón, pa acabá más pronto, ¿no crees? La otra mañana vi a un conosido mío asomao a la ventana de uno de eyos y le pregunté: —Oye, Sebastián, ¿estás ahí hospedao o cumpliendo condena?

Eloy. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué me alegro de haber dado contigo esta noche! Me has cambiado el humor.

Aparece en el fondo, baja por la callecilla techada y se marcha por la derecha, un Transeúnte con un cucurucho de pescado frito y una rosca. Se le va haciendo la boca agua.

Bartolomé. ¿Y de esta combinasión de olores, qué me dises?

Eloy. ¿De cuál?

Bartolomé. El asahá der huerto y er pescao frito. Cuando se juntan hay pa vorverse loco.

Eloy. Cada uno en su clase son extraordinarios.

Bartolomé. Pero se me figura a mí que ahora mismo ha podío la má con la tierra.

Eloy. Sí, sí. El pescado que lleva ese hombre huele a algo celestial. ¿Hay por aquí alguna freiduría?

Bartolomé. De seguro. En Seviya las freidurías siempre están a mano. ¿Tienes ganas de tomá un pescaíto?

Eloy. Hombre, sí. Pero no tengo ganas de moverme.

Bartolomé. Ni hase farta ninguna. Aquí mismo vamos a tomarlo.

Eloy. ¿Aquí?

Bartolomé. Aquí. *Se levanta y va hacia la callecilla.*

Eloy. Pero no te vayas ahora.

Bartolomé. ¿Yo qué he de irme, guasón? *Desde el fondo husmea mirando a izquierda y derecha, y luego baja y se asoma a la otra calle.* Ayí está.

Eloy. ¿Quién?

Bartolomé. Er guarda de la caye.

Eloy. ¿Para qué lo quieres?

Bartolomé. Tú lo verás.

Eloy. ¿Lo conoces?

Bartolomé. Me voy a presenta ahora mismo. *Llamándolo.* ¡Guarda! ¡Guarda! Un momento; haga usté er favó.

Sale por la derecha el Guarda, viejecillo risueño.

Guarda. Buenas noches.

Bartolomé. Buenas noches.

Guarda. ¿Qué se le ofrese a usté?

Bartolomé. ¿Usté fuma?

Guarda. No debía fumá… pero fumo.

Bartolomé. Er tabaco a estas horas no le hase daño a nadie. Tome usté un sigarrito.

Guarda. Grasias.

Bartolomé. ¿Quieres tú, Eloy?

Eloy. No; ahora, no.

Bartolomé. Ensienda usté primero.

Guarda. Muchas grasias, señó.

Bartolomé. ¿Usté será hombre que nos haga un favó a este amigo y a mí?

Guarda. ¿Qué quién ustés? ¿Un pescaíto?

Bartolomé. ¡Ajajá! Usté lo ha asertao.

Guarda. Es que acaba de pasa un vesino con un cucurucho, y como el oló es tan goloso…

Bartolomé. ¡Eso es: se nos ha abierto el apetito! ¿La freiduría está serca?

Guarda. Con voluntá, está serca.

Bartolomé. Y ¿sería usté tan buena persona…?

Guarda. ¿Que fuera yo mismo por é?

Bartolomé. ¡Cabale!

Guarda. No debía í, señorito… pero voy. ¿Qué pué pasá aquí en sinco minutos que yo farte? ¡Na! ¡Y que en to caso, digo que he ido a la Casa e Socorro porque se ha puesto mala una señora!

Bartolomé. Ni más ni menos. Es usté un sabio.

Guarda. Casuarmente, en el ocho de esta caye hay una que está pa sortá el encargo de un momento a otro.

Bartolomé. Al avío. Tome usté.

Guarda. ¿Un duro? ¿Cuánto pescao traigo? ¿No *seis* más que los dos?

Bartolomé. Na más. Tráete dos pesetas.

Guarda. Sí; más vale que sobre que no que farte. ¿Y lo traigo aquí?

Bartolomé. Aquí.

Guarda. Podéis tomarlo más cómodamente en casa de Juan, que está ahí a la vera.

Bartolomé. Preferimos no movernos de aquí.

Guarda. Como queráis. Traeré dos rosquitas también. ¿Y media boteyita e vino? Juan tiene uno de Viyanueva que se bebe solo.

Bartolomé. Entonses en lugá de media boteya tráete una.

Guarda. ¿Y dos vasitos?

Bartolomé. Tres. Porgue tú también vas a tomarte un gorpe con nosotros.

Guarda. Se estima, señorito. Yo no debía bebé… pero bebo.

Bartolomé. ¡Ese vino de Viyanueva es una medisina!

Guarda. ¡Ya estoy aquí! *Se va por el foro, todo lo más aprisa que puede.*

Bartolomé. *A Eloy, que ha presenciado la escena con gran complacencia.* ¡Ea! ¡Listos! Vete a Londres, y pídele a un *policeman* que te vaya por un pescaíto. ¡Verás qué nochesita pasas!

Eloy. ¡Ja, ja, ja! He estado aquí conteniendo la risa. ¡Qué pronto se estableció el contacto!

Bartolomé. Ya lo ha dicho é: el oló der frito es muy goloso. Espérate; que viene ahí un prójimo aviao ya con er Viyanueva.

Por la callecilla techada desciende un Borracho fino, hablando solo y entonándose para cantar. Al llegar a la rinconada se va hacia la izquierda.

Borracho. ¡Yayaaay!… ¡Yayaaaay!… He perdío voz esta primavera. ¡Hombre! ¿No hay salía por aquí? ¿Cuándo han levantao esta casa?… ¡Lo que están cambiando a Seviya! *A los novios de la puerta.* Buenas noches. *Al de la ventana.* Buenas noches. *A Eloy y a Bartolomé, al pasar hacia la derecha.* Buenas noches.

Bartolomé. Buenas noches, amigo.

Eloy. Buenas noches.

Bartolomé. Por ahí sí hay salía.

Borracho. ¿No voy contra mano?

Bartolomé. No, señó.

Borracho. Grasias. Como no han puesto la flechita… ¡Yayaaay!… ¡Ole!

Con cuatro cañas de vino…

A una linda Muchacha, de mantón y falda de volantes, que sale en este momento por la derecha y se va por el foro. Niña, ¡viva lo bonito! Abra usté los brasos así, y es una cruz de Mayo. ¡Ole! ¿He estao bien?

Bartolomé. ¡Ar pelo! Vaya usté a dormirla.

Borracho. ¿Querrá eya? *Echa a andar detrás de la muchacha.*

Bartolomé. ¡No, si no es a dormí a la mosita; si es la mona!

Borracho. ¡Ah! Una confusión la tiene cuarquiera. Como yo sé canta la nana… ¿He fartao?

Bartolomé. ¡No, señó!

Borracho. La educasión a mí no me cuesta trabajo. Buenas noches.

Bartolomé. Buenas noches.

Borracho. Buenas noches. Cardereros… ¿siete?… Siete. Cardereros, siete, antiguo sinco, tienen su casa. ¡Yayaaay!… *Vase por la derecha.*

Eloy. ¡Qué borracho más fino!

Bartolomé. Y la chavaliya va de seguro pa arguna Cruz.

Eloy. Sí, a juzgar por el atavío…

Bartolomé. Por más vuertas que dé la moda, ¡cómo se agarran las seviyanas a estas prendas! Ca vez que pueden…

Eloy. Y hacen bien. Las han hecho suyas para siempre.

Bartolomé. Es lo der mantón de Manila, que se ha quedao como cosa de acá. Y disen que lo trajo un chino que tenía los ojos sejaos. ¡Pero empesó a vé en Seviya caras bonitas y se le pusieron derechos! Ahora, así que nos tomemos er pescaíto, vamos a yegarnos nosotros a tres o cuatro Cruses.

El Estudiante de la «pava» se marcha por el fondo.

Eloy. ¡Sí, hombre, sí! Adonde quieras y como quieras. Te pertenezco ya esta noche, que está llena de duendes.

Bartolomé. ¿De duendes?

Eloy. De duendes.

Bartolomé. Esa frasesita es de Luz Mañara. ¿Qué es eso? ¿Se te nubla er semblante? ¿Es que ya te ha dao calabasas, como a mí?

Eloy. ¡No me lo digas! Es que es mi obsesión desde que no la veo.

Bartolomé. ¿Desde que no la ves? No hará mucho.

Eloy. Sí, sí, hace mucho. ¡Siglos me han parecido diez días! No sé dónde anda, no sé dónde se mete. Voy a su casa a preguntar por ella, y sospecho que se esconde de mí; que me esquiva.

Bartolomé. Pos eso es pa repica de gusto, Eloy. Cuando una mujé no quiere vé a un hombre, es que le interesa de arguna forma. Te teme.

Eloy. No, no lo creas. Luz no teme a nada ni a nadie. Tiene una conciencia muy firme, muy clara, y en ella vive una resolución inquebrantable. Ésa es mi desesperación: que me he enamorado como un loco —¡los duendes de Sevilla, quizá!— y que en vez de huir de ella, como ella de mí, no sé más que buscarla.

Bartolomé. Pero oye, oye, oye; no sabía yo que andábamos así de calentura.

Eloy. Pues ya lo sabes. Y lo que es marcharme de Sevilla sin hablar con ella, no me marcho. ¿Por qué no he de saber por ella misma la causa de su alejamiento, de su desvío?

Bartolomé. ¡No le gustarán los madrileños!

Eloy. No te burles o no sigo hablándote.

Bartolomé. Hombre, una chirigota se le gasta a to er mundo. Pero desahógate conmigo si te hase tarta. Esas mismas viruelas me han dao a mí ya dos o tres veses. ¡Hasta que me revacuné!

Eloy. ¿A qué le llamas revacunarte?

Bartolomé. ¡A echarme otra novia!

Eloy. Yo estoy ahora en lo más agudo de la enfermedad. Y necesito de alguien que me oiga.

Bartolomé. Pos aquí me tienes a mí. Soy más leá que Seviya con Arfonso er Sabio. Oye, ¿tú no sabes que aquí le pusieron er nombre de Arfonso er Sabio a la caye der Burro y que tos los días, en los anunsios de los periódicos, salía; «Caye de Arfonso er Sabio, antes Burro»? Cosas de esta tierra. Pero tú no estás ahora pa chascarriyos. Sigue con tus lamentos. Me desías que Luz…

Eloy. Me ha cautivado de un modo nuevo, por caminos distintos que otras mujeres. Lo que más me seduce de ella es esa renunciación serena y alegre a todos los atractivos de la vida, que comprende y que ama. Vive en contacto generoso con hombres y mujeres, regalándoles su bondad y su risa, y escondiendo, allá en lo íntimo de su corazón, su amarga resolución y su pena. Yo no he visto nunca sacrificio más grande bajo una apariencia más sencilla.

Bartolomé. Sí, hijo, sí; to lo que me digas lo comprendo. No hay más que eya. ¡Es la Custodia de Arfe!

Eloy. La última tarde que la vi, en el Compás de Las Veneradas, donde nos encontramos, me sentí atraído, arrebatado por ella, y sin poder reprimir un impulso, se me salió el alma por los labios.

Bartolomé. ¿Y te caíste de boca?

Eloy. Nunca lo hubiera hecho. Después me pareció inoportuno aquel instante. Me arrepentí de mi torpeza. Desde entonces no la he vuelto a ver. La busco en los sitios donde solía hallarla, y no doy con ella. Callejeo cuanto puedo, a ver si el azar me la depara, y no lo consigo. Vivo sobreexcitado, sonámbulo. No duermo tranquilo, no descanso. Y he soñado con ella algunas veces de modo tan intenso, que a las pocas horas no sé discernir si fué verdad lo que soñé o si fué pesadilla.

Bartolomé. ¡Vaya! ¡Pos ar lao de esas tuyas, yo no tuve más que viruelas locas! ¡Bien, hombre, bien! Resurta ahora que el hombre moderno, el arquitecto de las matemáticas, er que vino a estudiá Seviya con tiralíneas y compás, ha perdío er compás y er tiralíneas y se ha vuerto más romántico que er monumento a Béque. ¡Sí que hay duendes en Seviya, chiquiyo! Eloy. En la ciudad y en los corazones.

Bartolomé. Bueno, pos ahora vamos a dejarnos de duendes y a tomarnos

mano a mano, pa reponer fuersas, este pescaíto que nos trae la Autoridá nocturna.

Eloy. Tú mandas.

Vuelve el Guarda con el pescado, el pan, los vasos y el vino, más una servilleta que hará de mantel, para que nada falte.

Guarda. No he tardao mucho pa los años que tengo, ¿verdá?

Bartolomé. Un chavá no lo trae más pronto.

Guarda. Le he pedío a Juan una serviyeta, pa ponerla de mantelito en er poyete.

Bartolomé. Estás en to, Martínez.

Guarda. Sarmiento, pa serví ar señorito.

Bartolomé. Estás en to, Sarmiento.

Guarda. Toavía me ha sobrao una peseta.

Bartolomé. ¿Tiene hoja?

Guarda. No, señó.

Bartolomé. Pos quédate con eya. ¡Es verdá que er de la hoja es er vino! Toma un vasito, que te lo has ganao.

Guarda. Grasias, señorito. Verá usté qué suave. Se pierde en la boca.

Bartolomé. Aplícate tú, soñado; er der rayo de luna. Ten ahí. Y a comé y a bebé ca uno pa su borsa. No te vayas, Sarmiento. Come tú también, que tos somos hijos de Dios. La vigilansia nocturna consume mucho.

Guarda. Grasias, señó Ruiz.

Bartolomé. ¿Por dónde sabes tú cómo me yamo?

Guarda. ¿No es usté el hijo de don Bartolomé Ruiz?

Bartolomé. Er mismo soy.

Guarda. Pos su papá de usté fué quien metió en el Ayuntamiento a un chiquiyo mío.

Bartolomé. ¡Anda con Dios! ¡Estamos en familia! *A Eloy.* A vé si cuando vayas a Nueva Yó a copia un rascasielos, te pasa arguna cosa así.

Eloy. ¡A buen seguro que no me pasa!

Bartolomé. Grasias a Dios aquí no hay rascasielos. Ni los habrá nunca. Aquí es er sielo er que baja a rascarnos. Sobre to, en agosto: rasca y pica.

Guarda. ¡*Chipén*!

Bartolomé. ¡*Chipén*! ya lo oyes. Qué, ¿te está gustando er pescaíto? No te ha dao romántica la senita, no. Te ha cogío endeble. ¡Más que una lima estás comiendo!

Eloy. *Riéndose.* ¡Ya, ya!

Bartolomé. ¡Lo que traga un arquitecto enamorao! *El Novio de la puerta de la izquierda se despide de su novia y se va por la calle de la derecha. Ella se entra en la casa y cierra la puerta tras de sí.* ¿Muchas *pavas* en er barrio, Sarmiento?

Guarda. ¡Uh! Más que mosquitos. Este muchacho que se acaba de í es una alhaja. Un obrerito que vale cuarquier cosa Le coge a usté un ladriyo y le hase a usté una filigrana en un desí Jesús. Como si er ladriyo fuera sera.

Bartolomé. ¿Te enteras, Eloy?

Eloy. Sí, sí.

Bartolomé. ¿Y er militá?

Guarda. *Después de mirarlo.* Ar de hoy no lo conozco.

Bartolomé. ¿Cómo ar de hoy? ¿Es que hay guardia en esa ventana?

Guarda. ¿Usté sabe cómo le yaman a esa ventana? ¡La Capitanía Genera! ¡Ahí se ve un uniforme siempre!

Bartolomé. ¿Y la que yeva la bandera es la misma?

Guarda. ¡La misma! Una rubia con muchísimo pico. Más…

Bartolomé. Rubia, ¿eh? Luego disen de las morenas. Aprende, tú. ¡Camará qué bueno está er pescao!

Eloy. ¡Qué bueno está todo! ¡El pescado, el vino, el pan, la compañía… la noche!…

Guarda. Pos miste, señorito; lo que digo yo: cuando uno encuentra buenas toas las cosas, er que está bueno es uno.

Eloy. ¡Evidentemente!

Bartolomé. ¿Eh? ¡Séneca que vigila la caye! ¿Se te alivia un poco la melancolía?

Eloy. Un poco. Dame vino.

Se marcha de la ventana el Militar y la novia se retira de ella también.

Guarda. Si saliera ahora mismo una mujé que hase argunas noches que viene a esta casa, iban los señoritos a vé cosa buena.

Bartolomé. ¿Sí?

Guarda. ¡Una rear mosa!

Bartolomé. Y ¿no vive aquí? ¿Viene de visita?

Guarda. Viene a vela a una enferma. Aquí vive un pintó ya viejo, que está tronao, y su hija está mu malita der corasón.

Eloy. ¿Y esa mujer que dice usted viene a velarla?

Guarda. A velarla y a to cuanto hay. Porque de día viene también. Hase una semana que cuasi no sale de aquí.

Eloy. Y ¿quién es ella, usted no sabe?

Guarda. Sé que es hija de otro pintó famoso, ya muerto. *Eloy se pone de pie repentinamente.*

Bartolomé. ¿Qué te pasa? ¿Una espina?

Eloy. Calla. ¿Muy hermosa ha dicho usted que es?

Guarda. ¡Una Virgen! ¡Si es mu conosía en Seviya; trajina mucho!

Eloy. ¿Eh?

Guarda. Se cuentan de eya la má de historias. Dos o tres enamoraos se han matao ya por eya. Porque no le liase caso a ninguno. Quiere sé de Dios o de los santos. Disen que tuvo un novio volaó, que se cayó con su aparato entre unas montañas mu duras, y se consideró como perdío. Y entonses eya parese que tuvo una revelasión selestiá, y dijo que sabía dónde estaba y que fueran con eya a buscarlo. Y un compañero der desaparesío se ofresió a acompañarla, y se echaron a volá y dieron con é. Y toavía lo encontraron con vida; y junto a eya se murió ayí mismo er desventurao, y eya le juró que no sería nunca de otro hombre. Esto se cuenta.

Bartolomé. Un poquito adornao por la fantasía populá, pero ésa es la historia.

Eloy. *Desasosegado.* Y ¿decía usted que esa mujer está ahora en esta casa?

Guarda. Yo mismo la vi entrá a prima noche. Aguarde usté un istante.

Eloy. ¿Qué?

Aparece la Hermana Martirio por el fondo y entra silenciosamente en la casa, sin reparar en los tres hombres, que la miran con curiosidad.

Guarda. ¡Ahora mismito va a salí!

Eloy. ¿Por qué?

Guarda. En cuantito yega la Harmana der Buen Amó, y queda ar cuidao de la enferma, sale eya y se va a su casa.

Eloy. ¿Sola?

Guarda. Sola; como viene. Verá usté: no tarda dos minutos. Esta noche viene mu vestía.

Eloy. Bartolomé…

Bartolomé. Ni una palabra, hombre. Ya está acá. Sarmiento, ca mochuelo a su olivo.

Guarda. *Que las caza al vuelo.* A la disposisión de los señores. *Recoge en la servilleta que trajo los restos del «festín» y se va por la callecilla del foro.* Voy a devorvé lo que no es mío. *Aludiendo al lance pasado, exclama:* «¿Quién es eya?». ¡Qué rasón tenía Santo Tomás de Aquino!

Bartolomé. *A un gesto de impaciencia de Eloy.* No me lo digas, que yo también me quito de en medio. Estos pasos no requieren testigos. Voy a yegarme ar corra de aquí junto a vé si entre dos o tres bailes de estranjis caen unas seviyanas corraleras. *Abrazando a su amigo.* ¡Buena suerte! ¡Pero estás más blanco que er papé!

Eloy. Es la luna.

Bartolomé. ¡Y más frío que una estatua! ¡Eres el hombre e piedra! Hasta la vista.

Eloy. Hasta la vista.

Bartolomé. *Se va por la derecha, entonando una de las sevillanas que piensa bailar.*

«No me mires, que miran

que nos miramos;

miremos la manera

de no mirarnos…»

Eloy, impaciente, se recata hacia la esquina de la derecha, acechando el momento de ver salir a Luz. Lejos, en el fondo, hacia la izquierda, principia a sonar una guitarra, cuyas notas sugestivas, sensuales y ardientes, llegan hasta la solitaria rinconada.

Eloy. *Al oírlas.* ¿Eh?… ¡Ah!… ¡Duendes de Sevilla! *Continúa recatado, y escucha.*

De pronto sale Luz de la casa y se encamina rectamente hacia la callejuela. Las notas de la guitarra, y la voz que canta una copla, la hacen detenerse a la boca de ella, y también las escucha con embeleso. Viene ataviada a lo popular, como si fuera a ir a una de las Cruces. Acaso trae sobre los hombros el mantón de Agustina.

Voz.

¿De qué te sirve esquivarme,

si cuando menos lo pienses

has de vorver a encontrarme?

Luz. ¿Eh?… ¡Ah!… ¡Duendes de Seviya!

Eloy. ¡Qué hermosa!… ¡No es ficción, no; no es sueño! ¡Es la realidad! ¿Por qué esta noche me trajeron mis pasos a este sitio?

Luz vuelve los ojos y lo ve. Tras un movimiento de estupor, de emoción contenida y supersticiosa, se rehace. Y luego de mirarlo en silencio, le pregunta: ***Luz****. Eloy, ¿usté por aquí?*

Eloy. Yo por aquí, Luz.

Luz. ¿Cómo es eso? ¿A estas horas? ¿Tan solo?

Eloy. El azar me ha traído… Mis pasos… Una inconsciente voluntad… ¡Qué sé yo!

Luz. ¿A que va usté a resulté el mayor duende de Seviya?

Eloy. ¡Duende… y de Sevilla! No valgo para tanto yo.

Luz. Pues, hijo, las trasas…

Eloy. ¿Y… tú? ¿De dónde sales? ¿Cómo te encuentro así vestida? ¿Vienes de alguna Cruz?

Luz. Sí: de una Cruz vengo: Pero no es de flores.

Eloy. Lo sé.

Luz. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién se lo ha dicho a usté?

Eloy. Quién te lo ha dicho. Preguntaste bien. ¿No habíamos quedado ya en eso?

Luz. ¿En qué? ¿En tutearnos?

Eloy. Sí.

Luz. ¿Cuándo? No es que me importe, no; es que no hemos quedado

nunca…

Eloy. ¿La última vez que hablamos, no?

Luz. ¿La última vez? ¿En el Compás de Las Veneradas?

Eloy. ¿Lo recuerdas?

Luz. ¿No fué allí cuando nos vimos últimamente?

Eloy. Sí.

Luz. ¿Y allí se habló de tutearnos?

Eloy. Es verdad. Perdona… Perdóneme usted. Ha sido un sueño… una ilusión… que se me ha presentado en mi memoria como un hecho cierto. Me ocurre ahora mucho.

Luz. Pues no vale la pena de frustrarla. ¡Es tan poca cosa!… ¡Un sueño que sale verdá! Tuteémonos.

Eloy. ¿Accedes?

Luz. A esto, ¿por qué no? Ya lo ves.

Eloy. Luz… no sé cómo decírtelo… La turbación que siento no me deja… ¿No me ves temblar?…

Luz. ¿Por qué, Eloy? Serénate.

Eloy. Lo procuro… y no lo consigo. ¡Es que ha sido tal conmoción, tal alegría, tan inesperada, la que me ha causado este encuentro!… Llevo diez días buscándote inútilmente… Has sido mi obsesión. Llegué a temerlo todo… a imaginar mil desatinos… No es extraño, en tal estado de ánimo, que haya soñado contigo algunas noches… y todos los días, desde que no te veo.

Luz. ¡Vaya por Dios! Si yo lo yego a sospechá, te mando a desí donde estoy.

Eloy. ¿No lo sospechabas?

Luz. ¿Que soñabas tú conmigo?

Eloy. Sí.

Luz. No. Francamente. Nunca pensé…

Eloy. Pues bien, Luz: ahora que no sueño, que estoy en realidad frente a tu persona, en este relámpago de suerte que me alumbra, en esta noche de Sevilla, llena de sugestiones y de misterios, que me acaricia y me perfuma los sentidos y el alma, te juro que continuamente sueño contigo. Óyeme, sin impacientarte, por si acaso te hablo por última vez.

Luz. Te oigo, Eloy. De todo se ha de oír…

Eloy. ¿Se ha de oír de todo?

Luz. De todo. Palabras muy distintas oía yo hase unos minutos en esta casa.

Eloy. Sevilla se me ha metido en el corazón y tú con ella. Tú me has enseñado a amar a Sevilla, y Sevilla me ha enseñado a amarte a ti.

Luz. ¡Eloy!

Eloy. ¡Se ha de oír de todo, Luz! No hay en la historia de tu ciudad figura alguna de mujer, santa, mártir, enamorada, pecadora, real o legendaria o novelesca, que no haya tomado en mis sueños tu forma carnal; que no se me haya representado como tú misma. Hasta las dos hermanas alfareras que sostienen entre sí la Giralda han cambiado por el tuyo su rostro. Al que miraba yo de cualquiera de ellas, era el tuyo. He andado a cintarazos por tus ojos, en la calle de Busto Tavera; tú eras la Estrella de Sevilla. Le he llevado mensajes a Fígaro para ti, porque tú eras Rosina, que por mí se burlaba de su tutor he visto entrar en la Fábrica de Tabacos, como a la propia Carmen, con la rosa grana en la boca. Y ahora mismo, Luz ahora, en la realidad de esta noche, te me figuras, viéndote con ese mantón, con ese traje y esas flores, así como una estampa de la Sevilla de otros días, de la romántica; reflejo vivo de algún lienzo de los pintados por tu padre. La novia del torero, que reza por él mientras él se juega la vida; la morena por quien se matan dos hombres al pie de su ventana; la dama que al pasar entre la admiración de todos por la calle, no pisa suelo, sino alfombra de mantas de colores y de capas bordadas; la bailadora que de pronto salta sobre una mesa en un figón, a la luz tembladora de los velones, y enloquece con el garbo de sus movimientos a quienes la contemplan; la novia envidiada del caballista o del bandolero… En todas ellas y otras más te he visto y te veo: todas tienen algo de ti como tú algo de cada una, pero ninguna eres tú ni es como tú tampoco. La encarnación de mi Sevilla, de la Sevilla que yo he visto por tus ojos, es aún más seductora, más suave, más íntima, menos artificial, más bella… más como eres tú.

Luz. ¿Has estao en alguna Cruz, Eloy?

Eloy. *Desconcertado.* No. ¿Por qué?

Luz. Porque me párese que tienes dos copitas de más.

Eloy. *Sonriéndole, a pesar de su exaltación.* No… Es decir, sí… Algo he bebido, pero poco.

Luz. ¡Ya desía yo! ¡Ese fuego, esas comparasiones!… Sueñas demasiao para ser arquitecto. Se te van a vení abajo todas las casas.

Eloy. Una haría para ti y para mí, que ya tendría firmeza. Luz, *Despidiéndose.* Adiós.

Eloy. ¡No te vas, Luz!

Luz. ¿No me voy?

Eloy. Así, no te vas. ¿Es que todo lo que te he dicho no merece sino una broma por tu parte?

Luz. Eloy…

Eloy. ¡Dime lo que sea! ¡Pero dímelo! ¡Que oiga yo también, como tú me has oído, a la mujer a quien quiero oír!

Luz. *Resolviéndose.* Bueno. Vas a oírme. Es lo mejor, después de todo.

Eloy. ¡Es lo que debe ser!

Luz. Eso: ¡es lo que debe ser! *Se sienta llena de turbación, de inquietud y de angustia, que se esfuerza en vencer.*

Eloy la mira fascinado. La guitarra lejana sigue trayendo al rincón solitario vibraciones diversas: ecos de sollozos, de ayes, de quejas, de risas, de maldiciones, de lamentos.

Eloy. Habla: tengo sed de escucharte.

Luz. Vamos por sus pasos.

Eloy. ¡Ojalá sea muy largo el camino!

Luz. El camino al que se le ve el fin, siempre es corto. Es como la vida.

Eloy. ¡Qué lástima!

Luz. Te ha yamao la atensión este traje. No es el más propio para velar enfermos, ¿verdá? Unos disípulos de mi padre, eyos y eyas, fueron a casa a convidarme a su Cruz —la de los Artistas, en San Juan de la Palma…

Eloy. Sí: la vi anoche, buscándote.

Luz. Mi madre se enteró del convite y no hiso falta más. Eya misma me eligió las prendas que había de ponerme.

Eloy. Y tú…

Luz. Una vez más la obedesí, engañándola. Me asomé a la Cruz un momento, porque no dijeran, y me vine adonde debía.

Eloy. Y ya que tanto le sacrificas a tu madre, y que vives para su contento, ¿por qué no le das, aunque sea a costa de tu mayor sacrificio, la única felicidad con que sueña en la vida?

Luz. Con esas mismas palabras, que son tuyas, me lo ha preguntao eya esta mañana.

Eloy. Sí: son mías. Anoche se las dije.

Luz. ¡Y así está la pobre! Padese estos días, por tu causa, un recrudesimiento de su obstinasión.

Eloy. ¿Por mi causa, has dicho?

Luz. ¿Nesesitas preguntármelo, o buscas que te regale, el oído? ¡Por tu causa, sí! Porque ha visto en ti, en tu solisitú, en tu insistensia, la tabla a que agarrarse ahora para conseguir lo que quiere. ¡Fuerte cosa es que se quieran dar leyes al corasón ajeno, rigiéndolo cada cual por el suyo!

Eloy. Pero, Luz…

Luz. Mira, Eloy: lo que mi madre pretende de mí, es injusto; lo que tú me pides, es injusto también. Yo, desde niña, quise a un hombre, y viví absorbida por él. Para mí no había más luz ni más noche que las que él quería. Él adoraba en mí. Milagros que tuviera que hasé para verme dichosa, los hubiera hecho. Y cuando ya

íbamos a ser el uno del otro, en esos días de oro en que la mujer lo sueña todo y todo lo espera, y no hay una reina por quien se cambie, aquel hombre se me murió en los brasos, en las soledades de un campo desierto. «¡Quiéreme siempre, Luz!» —fueron sus últimas palabras. Y me miré en sus ojos, que se apagaban, y me vi en eyos. Y yo con mis manos los serré, para quedarme ayí por siempre. Y ayí estoy, y ayí vivo. ¿Te atreves ahora a hablarme de tu cariño, Eloy?

Eloy. ¡Sí!

Luz. ¿Sí?

Eloy. ¡Sí! ¡Porque el corazón humano puede y debe triunfar de lo que parece irremediable!

Luz. ¡De lo que lo es!

Eloy. ¡De lo que lo parece! Esa ficción es un espejismo del sentimiento. Es deber nuestro buscar en la vida la felicidad, donde se encuentre.

Luz. Yo encontré ya la mía.

Eloy. Te engañas. Un noble respeto a la memoria de aquel hombre, te ofusca. Pero tú no me oyes a mí con indiferencia.

Luz. ¿Qué?

Eloy. Tu corazón ama la vida demasiado para que eso sea así.

Luz. Mi corasón no quiere ya más dicha que la de aliviar el dolor ajeno.

Eloy. ¿Y el mío, no?

Luz. El tuyo no existe todavía. ¡Tu dolor! ¿Qué dolor viene a ser el tuyo? ¡El fracaso de un amor que tiene de vida unas cuantas horas!… ¡Déjame repartir la mía entre los huérfanos de felisidá, que son de los que me siento más serca! No quieras tú que ningún sentimiento humano esté por sima de la caridá. ¿Has visto el Hospital que fundó Manara?

Eloy. ¡No me vayas a hablar ahora de aquellos lienzos tétricos de la miseria humana y de la muerte, en esta noche de primavera en que hasta la luna tiene vida!

Luz. No, Eloy, no: te iba a hablar de aqueyos rosales que plantó en un patio

el fundador, y que durante siglos liase la caridá que florezcan.

Eloy. Y ¿por qué no han de ser las lágrimas de las enamoradas de Mañara las que dan las rosas? ¡Luz, déjame quererte! ¡No le niegues a la vida fecunda lo que le debes dar, ni le niegues a tu madre esta gran alegría!

Luz. ¡Eloy!…

Eloy. ¿No ves algo inhumano también en el mismo plazo que te han puesto para llevar a cabo tu designio?

Luz. ¡Caya! ¡Qué terquedá, qué empeño de todos! Porque no es mi pobre madre sola, no; son todos, todos… Me acosan, me atormentan, me hostigan… Y es por tu causa, Eloy. Desde que tú yegaste ha sido esto… ¡Van a conseguir que te aborrasca!

Eloy. ¡No!

Luz. Hasta esa misma Hermana Martirio, cuya historia tanto se parese a la mía, no quiere para mí lo que ha aseptado para eya. ¿Por qué? ¿Por qué?

Eloy. Si meditas fríamente sobre ése por qué…

Luz. ¡Fríamente! ¿Es que tú me hablas fríamente por ventura? Medita tú también fríamente sobre cuanto me acabas de oír… ¡No, Eloy, no! Mi voluntá no es más que una. Mi corasón sabe ya su rumbo. ¡Ahora mismo me están mirando aqueyos ojos que yo serré, y me vuelvo a ver dentro de eyos… y ayí terminaré mis días! ¡No, no! ¡No me mires tú más! ¡No me sigas tampoco! ¡Vete! ¡Vete! ¡No! ¡No! ¡No! *Se aleja calle arriba y desaparece por el fondo, como huyendo de él; como si le temiera.* ¡No! ¡No! ¡No!

Eloy. ¡Luz! ¡Luz! ¿Me huyes? ¿Es quizá que me temes, por dicha? ¡No! ¡No! ¡Es que se va! ¡Es que no me quiere! ¿Cómo podré soportar esta tristeza? *Se sienta abatido.* Mis fuerzas desfallecen de pronto… Parece que en un instante me he muerto… ¡Pero ella no me cierra los ojos!…

Queda postradísimo, La guitarra sigue sonando, y lentamente van apagándose sus ecos hasta extinguirse. Entonces el paraje adquiere una luz extraña y fascinadora, de hechizo. Y rompe el silencio de pronto la voz de Luz, que no se sabe de dónde viene, pero cuya dirección cambia y Eloy sigue. No es ella quien habla: es un Duende que ha tomado su voz.

Duende. ¡Eloy!… ¡Viajero!…

Eloy. *Estremeciéndose.* ¿Eh?

Duende. ¡Eloy!

Eloy. ¿Quién me llama? ¿Qué nueva luz tiene la noche?

Duende. ¿No conoces mi voz?

Eloy. ¡Luz! ¿Eres tú? ¿En dónde estás, que no te veo?

Duende. ¡No soy Luz, no; soy un duende de Sevilla que ha tomado su voz, porque es la única que ahora escucharías!

Eloy. ¿Un duende?

Duende. ¡Un duende, sí: óyeme!

Eloy. Pues ¿no he de oírte si con su voz me hablas?

Duende. ¡No llores; no te entristezcas ni desesperes!… ¡Tú has logrado lo que ningún otro hombre logró hasta aquí: turbar el espíritu de Luz! ¡Luz ha de quererte algún día!

Eloy. ¿Eh? ¿Cómo lo sabes tú?

Duende. Porque vivo en torno de ella y respiro su aire; porque duermo en su corazón. ¿No advertiste su emoción cuando te halló esta noche? Pues, a pesar suyo, vaciló ante ti, y a poco le falta la tierra. Y es que unas horas antes, cuando se ataviaba como la has visto, para fingir su visita a la Cruz, traicionando su corazón, le pasó esta idea por la frente: «¡Si me viera así!…».

Eloy. ¡Si me viera así!…

Duende. Síguela; no desmayes. La piadosa resolución de Luz no obedece a una vocación firme, sino a una generosa inspiración engendrada por una gran desventura amorosa. Pero en las tierras del corazón humano, donde pudo nacer un árbol de hondas raíces, puede nacer otro, acaso hijo de la propia semilla.

Eloy. ¡Oh! ¡Cómo te oigo, duende sevillano! ¡Sigue, sigue hablándome!

Duende. Luz ama y siente mucho la vida, su profundo deleite sensual, para

huir del amor de un hombre como tú. Se embriaga con gentil abandono aspirando el aire de estos perfumados jardines; de estas calles de hechizo, que parecen trazadas por el amor y para su recreo. Síguela; búscala. Ella, en estas horas de su vida, lucha, padece, llora; quiere no quererte… pero te quisiera querer. A la cabecera de la enfermita a quien velaba se adormeció un instante esta noche, y soñó contigo. «¡Si me viera así!…». Un paso más, un encuentro más, una noche más como ésta, en que la luna es tan blanca como los azahares, y oirá la voz del muerto diciéndole que la perdona. Síguela, síguela. Es tuya… es tuya… es tuya…

La voz se debilita y se apaga al mismo tiempo que la guitarra vuelve a sonar. La luz del paraje vuelve también a ser la que era. Eloy sacude su cabeza y su espíritu; reacciona; despierta.

Eloy. ¡Eh! ¿Qué ha pasado por mí? ¿Qué ha sido esto? ¿Otro sueño engañoso? ¡No! ¡No! ¡Ésta es la verdad; la consoladora verdad de esta noche! ¡Luz! ¡Luz!

Corre hacia la calle del foro, a tiempo que por la de la derecha reaparece Bartolomé.

Bartolomé. ¿Adónde vas tan aprisa, hombre?

Eloy. ¡Bartolomé! ¡Ven acá! ¡Abrázame!

Bartolomé. ¡Ya lo creo! ¿Yevaste er gato al agua?

Eloy. ¡Ya sé que le importo a esa mujer!

Bartolomé. ¿Te lo ha dicho eya?

Eloy. ¡Me lo ha dicho un duende!

Bartolomé. ¿Un duende? Por argo se empiesa, ¡qué demonio!

Eloy. ¡Uno de estos infinitos e invisibles duendes de Sevilla, que ya llevaré siempre en el corazón! ¡Voy tras ella!

Bartolomé. ¡Anda con Dios!

Eloy. ¡Otro abrazo!

Bartolomé. ¡Y siento!

Eloy. ¡Adiós, Bartolomé! *Echa a correr y desaparece por el fondo, como tras de*

Luz.

Bartolomé. ¡Primer premio pa Miraflores!

El Guarda baja por la calle techada y se acerca a Bartolomé.

Guarda. ¿Toavía por aquí, señorito?

Bartolomé. Acabo de yegá.

Guarda. ¿Se conose que a su amigo de usté le gustaba esa señorita? ¡Qué casualidades!

Bartolomé. ¿Cómo si le gustaba? De cabesa lo tiene. Es un arquitecto de Madrí que ha yegao no hase un mes a Seviya, y entre Seviya y esa mujé lo han dislocao. ¡No va a hasé una casa derecha!

Guarda. Es que eya lo merese, y que Seviya es mu grande, señorito.

Bartolomé. ¡Muy grande! ¡Se acaban las palabras pa ponderarla! ¡Hay que inventa unas nuevas! O hay que apelá a lo que les gritaba a los viajeros aquer moso de la estasión cuando yegaba un tren: «¡Seviyaaa!… ¡Na!».

Guarda. ¡Na! Eso está bueno.

Bartolomé. ¿Un sigarriyo?

Guarda. Se agradese.

Hacia donde suena la guitarra, se oye esta «soleá»:

Voz.

Pa er queré no hay lo imposible:

tira una roca y levanta

otro castiyo más firme.

Mientras dura la copla, jaleándola por lo bajo, dicen Bartolomé y el Guarda: ***Bartolomé****. ¡Ole!*

Guarda. ¡Ole! Es er mismo que toca, que a veses se arranca.

Bartolomé. Tiene…

Guarda. Tiene, sí…

Bartolomé. ¡Bueno!

Guarda. ¡Bueno!

Bartolomé. ¡Ole!

Guarda. ¡Ole!

Voz. *Cantando otra copla, que Bartolomé y el Guarda comentan también.*

Una nochesita clara,

una caye de Seviya

y una novia en la ventana.

Bartolomé. ¡Grasia!

Guarda. ¡Grasia!

Bartolomé. ¡Que sí, que sí!

Guarda. ¡Que sí!

Bartolomé. ¡Ole!

Guarda. ¡Ole!

Bartolomé. ¡Hay duendes!

Guarda. ¡Hay duendes!

Bartolomé. ¡Hay duendes!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, julio, 1929.

EL NIÑO ME RETIRA

SAINETE EN DOS CUADROS,

CON MÚSICA DE RAFAEL CALLEJA

Estrenado en el **Teatro de la Zarzuela** el 23 de octubre de 1929

A JUAN DE LOS RÍOS Y QUINTERO,

gran amigo de los modelos de este sainete, sus primos, que comparten con él la amistad y la simpatía de todos ellos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Luisilla la Albahaca. Pilar Aznar. Chulita Castillo. Perlita Greco. La Pinta. Sarita Rivera. La Gayola. Encarnación Sixto. Encarnación la Tomate. Valita Gijón. Don Manuel González. José M.ª Alba. Manolito Morón. Joaquín Valle (Hijo). Caña Hueca. Joaquín Valle (Padre). Pepe Barajas. Lorenzo Sola. Veleta. Manuel Hernández. Juan Canasto. Francisco Rodríguez. Pepito Rivero. Federico Perales. Juanito Arahal. Eduardo Antolinos. Una Voz. Encarnación Sixto.

EL NIÑO ME RETIRA

CUADRO PRIMERO

Cuarto de un colmado, en Sevilla. Puerta al foro. A la izquierda del actor, una claraboya que da al cuarto contiguo. En las paredes, encaladas, cuadros y carteles anunciadores de vinos y fiestas. Dos mesas de pino y sillas y sillones de enea. Es de noche. Luces.

La Gayola, Caña Hueca y Pepe Barajas toman un modesto café. Son gente de tablado mandada retirar ya por vieja e inútil. Por la claraboya llegan unos momentos risas y voces de gente que en el cuarto de junto está de juerga.

Caña H. *Suspirando desesperadamente.* ¡Ay, Dios mío de mi arma! ¡Quién nos vió y nos ve!… ¡Cuatro o sinco juergas en la casa, y no hay quien se acuerde de estas tres eminensias der tablao! ¡Ay!…

La Gayola. ¡Ay, Caña Hueca, has hablao como Salomón! ¡Er tiempo quita to lo que da!

Pepe B. ¡Ay!…

Música

Caña H.

¡Mal hayan los años,

que toíto lo acaban!

Pepe B.

¡Mal hayan los tiempos,

que toíto lo cambian!

La Gayola.

¡Mal haya la vía, que corre, que corre,

y naide la para!

Caña H.

¡Er rey de las sigueriyas,

hoy no tiene que comé!

Pepe B.

¡El amo de la guitarra

la toca sólo pa é!

La Gayola.

¡Los bailes de la Gayola

se fueron pa no vorvé!

Los Tres.

¡Mal haya er tiempo arrastrao

que no para de corré!

*

Caña H. *Recordando una copla de sus abriles.*

¿Te acuerdas cuando desía

asómate a esa ventana,

cara de rosa ensendía?

Le da un golpe de tos que lo desespera.

¡Ya no tengo voz!

¡Y en lo más florío,

me ajoga la tos!

Pepe B.

¿Te acuerdas de mis farsetas,

que eran puras filigranas,

más finas que las peinetas?

Toca unas falsetillas, y de pronto le acomete un calambre en un dedo de la mano derecha.

¡Mal haya *Undebé*!

¡Er deo de en medio

no se pué valé!

La Gayola.

¿Te acuerdas der baile mío,

cuando yo me levantaba

con toíto mi poderío?

Rompe a bailar llena de entusiasmo. Caña Hueca, contagiado, la acompaña con palmas y cantándole. Pepe Barajas, contagiado asimismo, toca su guitarra y canta también.

Caña H y Pepe B.

¡Ole con ole y ole con ole!

¡La Mariquiya tomaba er tole!

¡Vente conmigo, vente conmigo,

verás las cosas que yo te digo!

Al uno le repite la tos y al otro el calambre del dedo. La Gayola, por su parte, no puede más y se sienta jadeante y cansada.

*

Caña H.

¡Mar fin tenga yo!

Pepe B.

¡Mar fin tenga er mengue!

La Gayola.

¡Ya esto se acabó!

Cesa la música.

Pepe B. ¡Que nos den un tiro a los tres!

La Gayola. ¡No, Pepe Barajas; que nos den tres tiros a ca uno!

Pepe B. ¡Ay!… Yo no me he pegao ya uno en er gañote, porque también en er deo *líndise* me da un calambre en cuanto miro la pistola. Y disen que es mala pata matarse con la mano izquierda. ¡Ay!…

Caña H. ¡Ay!… ¿Quién va a yamá a estas tres ruinas pa una juerga? *Invocando a la muerte.* ¡Ven, purmonía!

En lugar de la pulmonía llega Veleta, mozo del colmado.

Veleta. ¡Ea!, ya estáis de más aquí.

Caña H. ¿Ya? ¿Aquí también? ¿Ni tomá un *cafelito* tranquilos vamos a podé, hombre?

La Gayola. ¡Condenao sino er nuestro!

Veleta. Irse ar patio.

Pepe B. ¡Der patio nos han echao ya siete veses!

Veleta. ¡Pos irse a la caye!

Caña H. Niño, niño: más considerasión y mejores modos; que a tu padre le yené yo la barriga muchas noches. ¡Y acuérdate de la barriga de tu padre, que no se yenaba así como así! ¡Prinsipiaba a comé a las ocho, y hasta la madruga no pedía los paliyos e dientes!

La Gayola. ¡Y se comía también los paliyos! ¡Que de eso se murió!

Veleta. ¡Se murió de aguanta gitanos y flamencos! ¡Caya tú, que eres el ama der *gañote*!

La Gayola. ¡Mía er que habla, y se alimenta aquí como los, gatos: de las *tapas* que sobran!

Veleta. Vamos, largo ya, que estáis estorbando.

La Gayola. ¡Si te llaman Veleta porque siempre apuntas pa donde soplan las propinas!

Pepe B. ¡Verdá que sí!

Caña H. *Mirando a Veleta con desprecio.* ¡Qué malamente escoge sus vírtimas er tifu!

Veleta. *En son de amenaza.* ¿Sí, eh? Verás tú si…

Pepe B. *Cuadrándosele, como para defender al compañero.* ¿Qué? Como le toques a Caña Hueca…

Veleta. ¿Qué?

Pepe B. *Despreciándolo, como el otro.* Na; porque después der café no me gustan los boquerones.

Se van los tres echándole maldiciones a Veleta. Éste recoge el servicio de café, y, llegándose a la puerta del cuarto, dice: ***Veleta****. Pase usté, cabayero.*

Y pasa don Manuel González, hacendado de pueblo, con tara de juerguista.

Don Manuel. *Satisfecho del recinto.* ¡Ar pelete! ¡Está bien este cuarto, está bien!

Veleta. Es er más escondío de la casa.

Don Manuel. Eso quiero. Tiempo hasía que no pisaba yo este santuario.

¡Cuántas, como ésta, tan puras!…

como dise Don Juan Tenorio. ¿Quién era esa gente?

Veleta. Tres ruinas der tablao.

Don Manuel. ¿Sí, eh?

Veleta. Tres estorbos. Se pasan aquí las noches a vé si arguien los yama, aunque sea pa reírse con eyos. Y ya, ni grasia tienen. Eya es la Gayola.

Don Manuel. ¿La Gayola? ¿La bailaora sélebre?

Veleta. ¡La misma!

Don Manuel. ¡Josús! No me he fijao, pero ¿quién la conose?

Veleta. Y uno de eyos es Caña Hueca.

Don Manuel. ¿Caña Hueca? ¿Er gitano? ¿El amo de las seguiriyas?

Veleta. ¡Er siglo pasao!

Don Manuel. *Tocado de su siglo.* ¡Ay!…

Pausa breve.

Veleta. ¿Qué quié usté que le traiga?

Don Manuel. Por lo pronto, tráeme un tintero…

Veleta. ¿Se va usté a envenené?

Don Manuel. Un tintero, papé de cartas, sobre y pluma.

Veleta. ¿Va usté a escribirle ar Juez?

Don Manuel. Pero, niño, ¿tengo yo cara de suisida? ¡No está mar juez ar que voy a escribirle! Despacha ya, atontao.

Veleta. Ya mismo estoy aquí. *Vase rápidamente.*

Don Manuel, pasado el recuerdo de su siglo, vuelve a la alegría con que llegó. Deja gabancillo, bastón y sombrero y se frota las manos, jubiloso. Entre sí, canturrea.

Un día de San Juan, madre,

un torito de Cabrera

le hiso bailá la matraca

ar marqués de Torre Cuéyar…

¡Ay, mis tiempos, mis tiempos!… ¡En fin, toavía queda aseite en la lampariya! ¡No hay que entregarse! ¡Cuidado con la Gayola! ¡Qué barbaridá! ¡Cómo se viene abajo una torre!… Claro que la Gayola no es ninguna chiquiya… La Gayola tiene ya…, tiene ya…, lo menos tiene ya… Yo la conosí…, yo la conosí… *Desistiendo de echar la cuenta.* ¡Vaya, vaya!…

¡Pasad y desvaneseos;

pasad, siniestros vapores!…

La representación der *Tenorio* que vi anoche en er pueblo me ha hecho meya. ¿A quién se le ocurre í a vé er *Tenorio* en er mes de abrí?

Vuelve Veleta con lo pedido.

Veleta. Está usté servido, cabayero.

Don Manuel. Grasias.

Veleta. ¿Argo más?

Don Manuel. Una copita de *Soberano* vas a traerme. Pero antes búscame quien yeve esta carta.

Veleta. ¿Es lejos?

Don Manuel. No; ahí a dos pasos.

Veleta. Entonses Caña Hueca mismo la yeva. *Vase llamándolo.* ¡Caña Hueca! ¡Ha caío qué hasé!

Don Manuel. *Escribe.* «Acabo de yegá. Te espero en er número 7 de donde te dije. No tardes». Firmo y plegó. ¡Ciutti! ¡Je! *Sé repiten en el cuarto de junto las risas y voces del comienzo de la obra.*

¡Cuár gritan esos marditos!…

Pero mar rayo me parta…

¡Je! ¡A mí no hay rayo que me parta esta noche! *Vuelve de nuevo el mozo, acompañado del gitano.*

Veleta. Aquí tiene usté a Caña Hueca.

Caña H. A la orden der cabayero.

Veleta, mientras tanto, sirve a don Manuel el coñac.

Don Manuel. Vas a haserme un favó, mi amigo.

Caña H. Er, señó me dirá.

Don Manuel. Yevá esta carta, y entregársela, a la interesada en propia mano. Es una señorita que habrá llegao de Córdoba en er correo de hoy.

Caña H. Está bien.

Don Manuel. Toma.

Caña H. ¡De ninguna manera!

Don Manuel. Toma, hombre; pa unos sigarriyos.

Caña H. Muchas grasias. *Marchándose, humillado.* (¡Caña Hueca de medianero!… ¿Quién me lo había e desí? ¡Ven, purmonía! ¡Ojalá sea farsa la peseta, y la tiro en la caye!).

Don Manuel. *A Veleta.* Tú vete ar cuidao. Cuando venga esa señorita, la acompañas aquí. Preguntará por don Manuer Gonsález, que soy yo. Don Manuer Gonsález.

Veleta. Ni una palabra más. Descuide er cabayero. *Vase.*

Don Manuel. *Volviendo al canturreo.*

Un día de San Juan, madre,

un torito de Cabrera…

¿Con qué se paga este istante en er mundo? ¡No hay que entregarse!…

Empesó por una apuesta,

siguió por un devaneo…

Se empina la copa de coñac. ¡Brrr! ¡Los hombres!… ¡Mañana, dos onsas de bicarbonato! ¡No hay que entregarse! *Torna a oírse al lado algazara.* ¡Contentitos están aquí junto! ¡Brrr! Vi a pedí un sifón. Y si no, lo dejaré pa luego. ¿Quién habló de ardentía? ¡Je!… Dos días separao de la costiya, ¡qué bien se pasan! Sobre to, er primero, porque no se piensa en la vuerta. Es lo que yo digo, señó; yo no podré quitarme veinte años de ensima, pero sincuenta y sinco de mi lao… ¡vaya si me los quito! ¡Je!

Un día de San Juan, madre…

Inopinadamente se abre la puerta y se mete de rondón en el cuarto, afligida y llorosa, Luisilla la Albahaca, bella muchacha de quien sabremos pronto por ella misma. De momento no ve a don Manuel y se sienta a desahogar su disgusto.

Luisilla. ¡Se empeñó en haserme yorá, y lo ha conseguío!

Don Manuel. ¿Eh?

Luisilla. ¿Pa qué lo conosí, Virgen santa? ¿Por qué no segué antes de verlo?

Don Manuel. ¿A quién, a mí?

Luisilla. *Levantándose sorprendida.* ¡Ay, no, señó, que a usté no lo había visto! Usté disimule. ¡Qué susto me he yevao!

Don Manuel. Pos sosiéguese usté y no se vaya.

Luisilla. ¡No fartaría más, cabayero! Me pensé que no estaba ocupao este cuarto. ¡Si entraría yo osecá!

Don Manuel. Y eso, ¿por qué, si pué saberse?

Luisilla. Sí pué saberse, sí… Estoy en la reunión de ahí junto…

Don Manuel. ¿Y ha habío quien la ha hecho a usté yorá?

Luisilla. Ya usté lo está viendo; no sé contenerme siquiera.

Don Manuel. ¿Quié usté una copita pa que pase?

Luisilla. Muchas grasias. Una poquita de agua si ví a tomá. Con permiso.

Don Manuel. *Mientras ella bebe.*

Cármate, pues, vida mía,

reposa aquí, y un momento

orvida de ese aposento

la guasa de un arma mía.

¡Je! Una mujé tan bonita, si la hase yorá un hombre, encontrará en seguía otro que la consuele.

Luisilla. ¡O no lo encontrará! ¿No ve usté que yo no quiero más que a ése? ¡Así lo piye un *auto*!

Don Manuel. ¡Ya se ve que lo quiere usté mucho!

Luisilla. ¡Mucho! ¡Aunque le desee la muerte de rabia! ¡No quieo que sea de otra!

Don Manuel. Eso ya es ponerse en rasón.

Luisilla. Pero yo lo estoy a usté molestando…

Don Manuel. Na de eso, niña. Las mujeres bonitas no me han molestao a mí nunca. Desahóguese usté, que le está hasiendo mucha farta.

Luisilla. Sí, señó; sí me está hasiendo tarta. ¡Granuja! ¡Sinvergüensa!

Don Manuel. Así, así.

Luisilla. ¡Ladrón! ¡Traisionero!

Don Manuel. Así, así; que eso descarga mucho.

Luisilla. ¡Miste, cabayero: a la mujé que nase regula de bonita, la debían cogé a los quinse años y tirarla asín!…

Don Manuel. Contra un hombre.

Luisilla. ¿Contra un hombre? *Sonriendo, por primera vez.* Ahora ha tenío usté ánge.

Don Manuel. Vamos, siéntese usté un ratito. ¡Que la eche a usté de menos ese picarón!…

Luisilla. ¡Malas entrañas! ¡Bandolero!

Don Manuel. ¡Duro ahí! Y confiésese usté conmigo mientras tanto.

Luisilla. ¿Confesarme yo? Pero si yo a usté no lo he visto hasta ahora…

Don Manuel. Y ¿qué más da?

Luisilla. Cara de cura sí tiene usté.

Don Manuel. ¿Tengo cara de cura? ¡No es la primera vez que me lo disen!

Luisilla. Y ¿espera usté aquí a arguien?

Don Manuel. Sí que espero. Unas fardas.

Luisilla. ¿Er sacristán?

Don Manuel. ¡Otra clase de fardas!

Luisilla. Entonses me voy.

Don Manuel. No tenga usté prisa ninguna.

Luisilla. ¿Viniendo otra mujé?

Don Manuel. Viniendo otra mujé. No es selosa.

Luisilla. ¡Si es que los pies me están tirando pa ese cuarto! ¡Mar fin tenga!… ¡Yo me debía morí antes de vorvé a verlo!

Don Manuel. ¿Es quede da a usté achares con otra?

Luisilla. Usté lo ha asertao. ¡Sinvergüensa! ¡Cómo se vale de lo que lo quiero! ¡Como que soy suya de arriba abajo desde que lo conozco!

Don Manuel. ¡Ole las mujeres!

Luisilla. ¡Limosna pediría pa é por las cayes!

Don Manuel. ¡Ole! ¿Quién es ese hombre afortunao?

Luisilla. ¡Un estudiante más simpático que las pesetas!

Don Manuel. ¡Ah! Un estudiante. ¿Estudiante de qué?

Luisilla. De Medisina.

Don Manuel. *Cayendo en sospecha.* ¡Hombre! Y estudiando la Medisina, ¿cómo hase que enferme usté der corasón?

Luisilla. ¡Será que querrá curarme después! Yo no sé a quién me recuerda usté, cabayero. Da usté una confiansa…

Don Manuel. *Insistiendo en su anterior sospecha.* ¿Le recuerdo a usté a arguien?

Luisilla. Sí, señó. No sé si es la risa, si es er modo de hablá…, si son esos ojos tan piyos que tiene usté… *Don Manuel mira a la claraboya, por donde llega una vez más el eco de la juerga de junto.* ¿Está usté oyendo lo que hay ahí? ¡Yo le saco los ojos a ésa!

Don Manuel. ¿A ésa o a ése?

Luisilla. ¡A ésa! ¿Es desente eso?

Don Manuel. ¡Carma, pimpoyo; carma!… ¿Su grasia de usté?

Luisilla. Luisa Carmona, pa servirle. Me se conose por Luisiya la Arbahaca.

Don Manuel. Pos tenga usté carma, Luisiya. Por lo visto, ése nene… ese estudiante… ese estudiante es un *castigadó*, como se dise ahora.

Luisilla. ¡Ese estudiante es na más que el amo de Seviya!

Don Manuel. ¿El amo, eh?

Luisilla. ¡El amo! Ér canta, ér baila, ér gasta y triunfa, ér se yeva en er pico a la mujé que se le antoja…

Don Manuel. Y ¿se le antojan muchas?

Luisilla. ¡Las suficientes pa tenerme a mí negra!

Don Manuel. ¡Caramba!, ¡caramba!… Estoy yo viendo que er tar niño va a sé… ¿Cómo le yaman?

Luisilla. *Bajando la voz discretamente.* ¡Manolito Morón!

Don Manuel. *Bajando también la voz, aunque la alzaría.* ¿Manolito Morón?

Luisilla. ¿Lo conose usté?

Don Manuel. *Disimulando.* De renombre. Por argo me malisiaba yo que iba a sé ése. Manolito Morón…

Luisilla. Morón es por la madre. Es hijo único de un cosechero de Guadarcaná.

Don Manuel. ¡Cabalito! De don Manuer Gonsález.

Luisilla. ¡Justamente! ¡Un cosechero que está forrao!

Don Manuel. ¡Y er niño parese que se va a encargá de quitarle er forro!

Luisilla. ¡Ja, ja, ja! ¡Que tiene usté grasia, señó! ¡Que tiene usté mu buenos gorpes!

Don Manuel. ¿Qué sabe usté de eso? ¡Mis *gorpes* no han empesao toavía!

Luisilla. ¿Usté conose ar padre de Manolito?

Don Manuel. De oídas también.

Luisilla. *Cerrando el puño.* Disen qué es un avariento; que es asín.

Don Manuel. *Entre remedo y amenaza.* ¡Asín!

Luisilla. Y tendría usté que ve las cosas que inventa ese diablo e chiquiyo pa sacarle dinero.

Don Manuel. ¿Sí, verdá?

Luisilla. ¡Más grasioso! *Riendo, a su recuerdo.* ¡Ja, ja, ja!

Don Manuel. *Secundándola con las de Caín.* ¡Ja, ja, ja!

Luisilla. Ahora mismo le acaba de sacá mir pesetas, disiéndole que iba a hasé una escursión fuera de Seviya con unos catedráticos. Y ¡miste la escursión! ¡Y los catedráticos!

Don Manuel. ¡Ja, ja, ja! ¡Si cuando aquí nase un niño con grasia…!

Luisilla. Él a su padre nunca le yama padre: siempre le dise el amo. ¿No tiene salero?

Don Manuel. ¿El amo?

Luisilla. El amo.

Don Manuel. ¡Pos no es más que el arministradó!

Luisilla. ¡Ja, ja, ja! ¿Y a la madre de Manolito, sabe usté cómo le yaman en er pueblo?

Don Manuel. ¿A la madre?

Luisilla. ¡Creo que es mu larga, mu dergá y mu chata! ¡Y le yaman la *Sigüeña sin pico*!

Don Manuel. *Sin poder contenerse.* ¡Ja, ja, ja!

Luisilla. ¿La conose usté?

Don Manuel. ¿Que si la conozco? ¿No está usté viendo cómo me río?

Luisilla. ¿Le ha hecho a usté grasia er mote?

Don Manuel. ¡Mucha! (¡Se lo puse yo mismo antes de casarme con ella! ¡Mar tiro me peguen!).

Luisilla. Creo que es una fiera; que tiene metíos en un sapato ar padre y al hijo.

Don Manuel. ¡Pero eyos se sardrán arguna que otra vez!

Luisilla. Ahí, en la reunión, hay un amigo de Manolo, *Sarta charcos*, como le dise é, que la conosió en un viaje y la imita que es está oyendo a la señora. Hasta

Manolo se tira de risa escuchándolo. ¿Lo quié usté oí?

Don Manuel. ¡No! ¿Pa qué? (¡Me he venío a Seviya por no oí al originá!…).

Luisilla. Bueno, cabayero; ya se me ha pasao er berrenchín.

Don Manuel. Pronto se le ha pasao.

Luisilla. Grasias a la amabilidá de usté. Me voy con mi prenda. Es mi sino.

Don Manuel. Vaya usté con Dios.

Luisilla. Mucho gusto en conoserlo.

Don Manuel. ¡Iguarmente!

Luisilla. *Marchándose.* ¡Y que no sé a quién se da usté un aire!

Don Manuel. *Cambiando enteramente de actitud cuando se queda solo.* ¡Me doy un aire a ese canaya que está ahí! ¡Tos los insurtos que eya le ha dicho son pocos! *Encarándose con la claraboya.* ¡Bien, señorito; bien! ¿Esto es lo que usté estudia? ¿Ésta es la escursión sientífica con los profesores? ¿De esta manera engaña usté a su padre? ¿Le paese a usté bien esta condurta? *Reaccionando súbitamente.* ¡Bueno; la condurta der padre también deja bastante que deseá! ¡Aprovecharse de que cree que er niño está fuera de Seviya, pa vení der pueblo a echá una canita al aire, como en sus verdes años!… Dios me ha traío aquí pa castigarme. ¡Si me ve er niño, me la cargo! Pos ¿y si nos ve a los dos la *Sigüeña sin pico*? ¡Josús, qué terremoto! Vaya, vaya, que venga pronto mi Chulita…, ¡y a escapa con eya, sin que me sienta ni mi sombra!

En el cuarto de junto se produce el jaleo precursor de unas coplas a la guitarra. Voces de: «¡Vamos ayá, Manolito!», «¡Vamos a verlo!», «¡Cayarse, que va a cantá el amo!», «¡Venga, venga de ahí!», «¡Ole, ole!».

Don Manuel. ¡Que va a cantá el amo!… ¡El amo! ¡Si supiera que el arministradó está paré por medio, pué que no le saliera, la voz!… ¡A vé qué es lo que canta er niño!

Manolito rompe a cantar dentro. Don Manuel comienza a comentar el canto en tono despectivo; mas, poco a poco, la ternura paternal y el arte del niño triunfan de su disgusto, y acaba entusiasmándose.

Manolito.

No yames a esa ventana…

Don Manuel. ¡Fandanguiyos!…

Manolito.

Que está la casa vasía…

Don Manuel. ¡Peste de fandanguiyos!…

Manolito.

Porque su dueña serrana

se fué con quien la quería

ar despunté la mañana.

¡Oles!, palmas y jaleo dentro.

Don Manuel. Está bien; lo dise er condenao con grasia. ¡Pero arráncate por *soleares*, niño, que es lo que has mamao!

Manolito.

Virgen de Consolasión,

la del barquito en la mano…

Don Manuel. Er caso es que afina er *pajolero…* Le da ar cante una cosa suya.

Manolito.

Perdí velas y timón

navegando en mar lejano.

¡Dame tú la salvasión!

Se repite con creces el jaleo de antes.

Don Manuel. Afina, afina el amo. ¿Qué tendrá este cante, que lo alegra a uno y lo hase yorá?

Manolito.

Estaba la cruz aqueya…

Don Manuel. ¡Ole!

Manolito.

A la mitá der camino…

Don Manuel. ¡Ole, ole!

Manolito.

Ayí me senté con eya,

agradesiendo mi sino.

¡Salió en er sielo una estreya!

Don Manuel. *Pendiendo los estribos y a gritos, mucho más fuertes que los que luego acogen la copla al lado.* ¡Ole! ¡Viva tu sangre! ¡Así se canta! *Al darse de repente cuenta de lo que ha hecho.* ¡Jinojo! ¡Me he perdío por la boca! ¡Seguro que me ha conosío! ¡Er gabán, er sombrero… y a la puerta a esperá a la pajarita! *Coge precipitadamente sus prendas y se va como perro con lata.*

La escena queda sola unos instantes, durante los cuales continúa en el cuarto de junto el eco del éxito de Manolito. Éste, una miaja sobresaltado, aparece a poco buscando a su padre, cuya voz ha conocido perfectamente.

Manolito. ¡Aquí ha hablao mi padre! ¡Yo he sentío la voz de mi padre! *Lo busca hasta debajo de la mesa.* ¿Ha sío ilusión mía? ¿Ha sío er vino? ¿O ha sío mi consiensia arborotá? *Oliendo reiteradamente la copita.* ¡Qué disparate de consiensia! ¡Mi padre!

De repente vuelve, azoradísimo, don Manuel, que dejó su bastón olvidado.

Don Manuel. Er bastón, er bastón…

Lo recoge, y al ir a marcharse, ve a su hijo, y su hijo lo ve a él. Uno y otro afrontan con frescura la situación.

Manolito. ¡Papaíto!

Don Manuel. ¡Hijo de mi alma!

Manolito. ¿Usté por aquí?

Don Manuel. ¡Que es lo que yo iba a preguntarte! ¿Tú por aquí?

Manolito. Sí, señó; lo vi entrá a usté, y me dije: ¿qué traerá mi amo a Seviya?

Don Manuel. Y con las mismas… ¡te pusiste a cantá fandanguiyos!

Manolito. ¡De alegría que me entró!

Don Manuel. ¿De alegría?

Manolito. ¡De alegría, mi amo! ¿De qué había de sé? ¡Deme usté ya un abraso, hombre!

Don Manuel. ¿Un abraso? ¡Dos palos son los que ví a darte!

Manolito. ¿A mí, por qué? ¿Qué he hecho yo, papaíto?

Don Manuel. ¡Granuja, sinvergüensa! ¿Tienes való de preguntarme lo que has hecho? ¿Está ni medió regulá que me mandes a pedí dinero con urgensia, pa hasé una escursión con tus catedráticos, y que te lo gastes en esta francachela?

Manolito. Papaíto, no hable usté de memoria. Esta francachela es una consecuencia de la escursión. Hemos venío contentos de eya, y los catedráticos han querío que les cante unas coplas.

Don Manuel. ¿Ah, sí? ¿De manera que tú estás ahí con tus catedráticos?

Manolito. Eso es: con mis catedráticos estoy. ¿Qué pasa?

Don Manuel. ¿Con tus catedráticos?

Manolito. Sí, señó: medio claustro de Medisina está ahí. ¿Qué pasa?

Don Manuel. No pasa na; pero yo tendría gusto en saludarlos.

Manolito. ¿Sí, eh? ¡Pos va a sé ahora mismo!

Don Manuel. ¿Eh?

Manolito. ¡Ahora mismo! (¡Como no lo gane por la grasia, me he caío de boca!). *Vase canturreando.*

Don Manuel. *Concienzudamente.* Pierdo. Pierdo la basa. ¡Es mucho más fresco que yo! ¡La generasionsita… es de alivio! Pero lo primero es lo primero. *Corre a la puerta y llama sigilosamente a Caña Hueca.* ¡Caña Hueca! ¡Caña Hueca!

Caña H. *Asomando la cabeza en la puerta.* ¿Se pué pasa?

Don Manuel. Sí. ¿Qué hay?

Caña H. Hay que esa señorita no ha yegao toavía…

Don Manuel. ¿Cómo qué no?

Caña H. Porque ha descarrilao er correo dos estasiones antes de Córdoba.

Don Manuel. ¡Ah! Y ¿no ha habío desgrasias?

Caña H. No, señó; ninguna. Pero trae cuatro horas de retraso.

Don Manuel. ¿Cuatro horas na menos? ¡Me da tiempo de to! Hay Providensia… ferroviaria. ¿Qué has hecho de la carta entonses?

Caña H. Dejarla ayí, pa que se la entreguen a la señorita en cuantito yegue.

Don Manuel. Bien hecho.

Caña H. Si lo prefiere usté, voy a recogerla.

Don Manuel. No, no; bien hecho está. Toma.

Caña H. Ya me dió usté antes…

Don Manuel. Toma: ¡por mucho trigo nunca es mal año!

Caña H. *Sonando las perras que le da.* (¡Mucho trigo… y me da dos reales en cuartos! ¡Ven, purmonía!).

En esto, al ver que llega Manolito Morón, se aparta a un lado, tal vez al olor de lo que acaso pueda caer. Manolito aparece dispuesto a continuar la broma, y uno tras otro va presentando a su padre a todos los personajes de su reunión, los cuales salen sucesivamente según él los nombra. Son los siguientes: Pepito Rivero y Juanito Arahal, estudiantes como él; Luisilla la Albahaca, su enamorada, a quien ya conocemos; «la Pinta», preciosa bailadora; Juan Canasto, gitano viejo, guitarrista, y Encarnación «la Tomate», flamenca de tablado, de la misma quinta que Juan. Veleta sale también con todos. Don Manuel, desde el primer momento, aguanta la risa que le produce la ocurrencia y el desenfado de su hijo, y al cabo rompe a reír con todas sus ganas.

Manolito. Cabayero, váyase usté enterando. Tengo er gusto de presentarle a usté a las eminensias que me honran con su compañía. Er doctor *Pincha-Uvas*.

Pepito R. Servidó de usté.

Manolito. Espesialista en enfermedades de las viñas. Prácticas diarias.

Don Manuel. ¡Pff!…

Manolito. Er dortor *Sarta-Charcos.*

Juanito A. Pa lo que usté guste mandá.

Manolito. Anatomista en carne viva.

Don Manuel. ¡Pff!…

Manolito. Luisiya *la Arbahaca*, condisípula mía. Estudiamos eya y yo en los mismos apuntes.

Don Manuel. ¡Pff!…

Luisilla. Nosotros ya nos conosemos.

Don Manuel. ¡Sí!

Manolito. Rosita *la Pinta*, profesora en ojos y en pies.

Don Manuel. ¡Pff!…

«La Pinta». Servidora.

Manolito. Juan Canasto, de la ilustre familia de Faraón.

Juan C. A mucha honra.

Manolito. Éste casi nunca da la clase: suele mandá un suplente. Es catedrático de garbana espesífica.

Don Manuel. ¡Pff!…

Manolito. Y Encarnación *la Tomate*, tocóloga.

Don Manuel. ¡Ja, ja, ja!

Encarnación. ¿Qué ha dicho que soy yo?

Manolito. Tocóloga. ¡De las que tocan las parmas ca dos minutos pa pedí argo!

Luisilla. ¡Es que se le ocurren unas cosas!…

Encarnación. *A don Manuel.* ¡Mardito sea su padre! ¡Qué grasia tiene!

Manolito. *Reparando en Caña Hueca y presentándolo asimismo.* ¡Ah! No lo había visto: er decano de la Facurtá, que ha yegao a vé lo que se pesca.

Don Manuel. ¡Ja, ja, ja!

Caña H. ¡Condená criaturita!…

Luisilla. *Yendo a don Manuel, entusiasmada.* ¿Tengo o no tengo yo rasón pa quererlo? ¿Usté ha visto nunca un sinvergüensa mayó que este niño?

Don Manuel. Sí; uno he visto: ¡su padre!

Luisilla. ¡Su padre, dise! ¡La grasia de los hombres! Manolito, ¿quién es éste señó; que está sembrao?

Manolito. ¡Éste señó es otra eminensia! *A un disimulado ademán amenazador y a una mirada de su padre.* ¿Cómo es su apeyido de usté, que ahora no me acuerdo?

Don Manuel. ¿Mi apeyido? Me alegro de que usté no se acuerde, pa desirlo yo. Es un apeyido fransés un poquiyo largo. Apeyido compuesto: *Chez nous-Sera elle*.

Manolito. Es verdá. *Presentándolo.* Er venerable sabio dortor *Chez nous-Sera elle*, que tradusido ar casteyano quiere desí: «¡En casa será eya!». Huésped nuestro en esta ocasión, que viene a Seviya a da en la *Venta de Antequera* unas conferensias muy interesantes aserca de las rearsiones de lo inesperao en el organismo.

Grandes risas de todos acogen la presentación.

Luisilla. ¿Hay grasia o no hay grasia en la prenda?

Don Manuel. Hay grasia, hay grasia.

Luisilla. ¿No es pa que viniera su madre y la yeváramos en prosesión?

Don Manuel. (¡Era lo único que nos fartaba!).

Manolito. Por ahora, acabado er capítulo de las presentasiones, que es protocolario, vamos a que ca uno esplique ante er señó un poco de su asirnatura.

Unos. ¡Eso, eso es! ¡Ole!

Otros. ¡Ole, ole! ¡Viva tu grasia!

Manolito. Veleta, tráete er cañero grande. Luisilla, anda tú con tu espesialidá.

Luisilla. ¡Con er gusto cormao!

Manolito. Juan Canasto, acompáñala. ¡A lusirse!

Juan Canasto se dispone a ello. Veleta obedece. Vuelven la Gayola y Pepe Barajas, que no quieren ser menos que Caña Hueca, junto al cual se sientan, a la expectativa. Gran animación y alegría. Veleta, una vez que sirve, se va.

Música

Canta Luisilla, acompañada a la guitarra por Juan Canasto.

Luisilla.

Entre el hombre y la mujé

hay en esto der queré,

según cada cuár prefiere,

dos ejemplos a escogé:

er que quiere

y er que se deja queré.

Pa er que se deja, son der cariño las rosas finas,

y los jarmines y los claveles,

y pa er que quiere son los tormentos y las espinas

y son las *ducas* y son las hieles.

Y vaya usté a comprendé

que gose más er que quiere

que er que se deja queré.

*

Conosiendo que es así,

nadie cambia su sentí

ni deja lo que prefiere,

aunque le den a escogé;

uno quiere

y otro se deja queré.

El uno ríe tos los momentos y el otro yora;

el uno canta y el otro pena;

el uno es libre, y el otro, esclavo, besa y adora

los eslabones de su cadena.

Y es una contradirsión

que gose más que er que es libre

er que vive en la prisión.

*

Yo lo sé por esperensia,

porque me susede a mí,

y le digo esta sentensia

ar que la tiene que oí:

A Manolito.

¡Nunca, niño, mi veneno

por tus mieles cambiaré:

yo a ti te quiero, moreno,

y tú té dejas queré!

Cesa la música.

¡Oles!, ¡vivas! y aplausos.

Don Manuel. ¡Bien, niña; bien! ¡Cuando usté se lisensie y yo caiga malo, ya la yamaré pa que me asista!

Luisilla. ¡Y yo le pongo a usté toas las cataplasmas que nesesite! ¡Tome usté una caña a mi salú!

Don Manuel. ¡Venga!

Caña H. *Bajo, entre los suyos.* (¡A esto se le yama cantá en estos tiempos!

Pepe B. ¡No me digas na, Caña Hueca!

Caña H. ¡Yo, que tengo toavía en los oídos a *la Andonda* y a *la Serneta*!…).

Manolito. Tú, *Pinta*, profesora, en ojos y en pies, a ti te toca ahora: anda a dá la clase.

«La Pinta». ¡Volando! Juan Canasto, er *Corre que te piya*.

Juan C. ¡Cuidao que me haséis trabaja!

Mientras Juan Canasto templa la guitarra y «la Pinta» se dispone a bailar, Pepe Barajas, acercándose a don Manuel, le dice: ***Pepe B****. Qué, ¿se divierte usté, cabayero?*

Don Manuel. ¡Mucho! ¡Estoy pasando un rato…!

Pepe B. Tiene grasia er chiquiyo éste.

Don Manuel. ¡Sí!

Pepe B. Pero pa grasia, lo que desimos grasia, su padre.

Don Manuel. ¿Su padre?

Pepe B. Su padre. ¡Ése sí que era un tipo de grasia!

Don Manuel. ¿Sí, eh?

Pepe B. ¡Con una apariensia de seriedá… y unas barbas de fraile!… No cabía a entrá por esa puerta. Tipo de otros tiempos. ¿Usté lo conosió?

Don Manuel. No. Yo soy mucho más joven. ¿Usté, sí?

Pepe B. ¡Digo! Fuimos uña y carne. ¡Manoliyo!…

Don Manuel. Y ¿qué ha sío de é?

Pepe B. Murió el año pasao.

Don Manuel. ¡Pobre hombre! ¿De qué murió?

Pepe B. De un berrenchín que le dió er niño éste.

Don Manuel. Ya. (¡Este tío antisipa las fechas!).

Pepe B. Bueno, *Pinta*, a vé si bordas ese baile, que er señó entiende de lo bueno.

Encarnación. ¡Ole, ole! ¡Vamos a quererla!

Luisilla. (¡Asín se le escoyunte un tobiyo!).

Baila «la Pinta», jaleada durante el baile por unos y otros, con voces de «¡Grasia!», «¡Ole, ole!», «¡Que te caes, chiquiya!», «¡Saleros ahí!», *etc., etc. A mitad del baile la suben a la mesa y a la terminación la aplauden todos.*

Don Manuel, que, sintiéndose fuera del lugar y de la situación, se ha dispuesto a hacer la procesión del niño perdido, gana la puerta y se retira, coincidiendo con el final del baile, sin ser advertido más que por los tres artistas viejos, que comentan entre si la fuga.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

Intermedio musical de aires andaluces, como ecos de la juerga, que continúa.

CUADRO SEGUNDO

En el mismo cuarto que el anterior, que aparece a oscuras.

Suena en el cuarto de junto una guitarra, que acompaña el diálogo hasta que comienza la música en la orquesta. Caña Hueca duerme en un rincón. Pepe Barajas, en otro. A poco de levantado el telón, se despierta Pepe Barajas.

Pepe B. ¡Aaaah!… ¡Superió! Este sueñesiyo me ha repuesto. *Llégase junto al otro, llamándolo.* Caña Hueca… Caña Hueca… Le dura más que a mí.

Caña H. *Murmura en sueños frases ininteligibles.*

Pepe B. ¡Er pobre! Está soñando que lo yaman pa impresioná un disco. ¡Seguro! No, Caña Hueca; no. ¡Eso ha yegao tarde pa nosotros! Más vale que sueñes con que vuerven tus tiempos. *Vase.*

Luego sale Veleta, que da luz al cuarto, seguido de Chulita Castillo, la amiguita de don Manuel.

Veleta. Pase usté, que no hay nadie.

Chulita. ¿Éste es er cuarto número 7 der cormao, verdá?

Veleta. Er número 7. Místelo aquí fuera.

Chulita. Yo entiendo malamente de números. Ar 7 lo confundo con er 9, y ar 4, con er 5. Distinguí bien no distingo más que el 8; por las dos barriguitas.

Veleta. Pos esté usté segura de que éste es er 7.

Chulita. ¿Usté sabe si a primera hora de la noche ha estao aquí un cabayero y ha mandao una carta a la «Pensión Jerez»?

Veleta. ¿Don Manuer González?

Chulita. Er mismo.

Veleta. Aguardándola a usté —digo yo que a usté— se ha yevao qué sé yo cuánto tiempo.

Chulita. ¡Qué guasa de viaje! Y ¿adónde se ha ido? ¿No ha dejao dicho na?

Veleta. Por lo pronto se ha ido a la estasión a esperá er correo.

Chulita. ¡Pos tiene hasta el amanesé; porque er tren ha descarrilao!…

Veleta. «*Marchosillo*». ¿La vió a usté quisa er maquinista?

Chulita. Me vió después der *descarrilo*, cuando yo le pregunté si íbamos a está ayí atrancaos mucho tiempo. Y ér me aconsejó que si estaba sitá con mi novio, cogiera un automóvi.

Veleta. ¿Y usté lo cogió?

Chulita. Por casolidá cogí er de una amiga. Pero hemos tenío cuatro *panes*.

Veleta. ¡Dos *panes* pa ca una!

Chulita. No se ría usté, que creí que no yegábamos. Porque además en las cuestas le entraba hipo ar motó. Y er chofé tenía una nubesita en un ojo. ¡Con más mal ánge! Viaje completo. En fin, aquí estoy. No sé lo que hasé.

Veleta. Aguarde usté un ratito a ese cabayero.

Chulita. Sí; será lo mejó.

Veleta. ¿Quié usté que le sirva arguna cosa?

Chulita. Toavía, no. A vé si viene é.

Veleta. ¿Y un espejo, no quié usté, pa mirarse?

Chulita. Lo traigo en er borso.

Veleta. Entonses…

Chulita. Entonses, váyase usté ya.

Veleta. ¿Es seloso ese hombre?

Chulita. Como un turco. Sobre to de los camareros con mala pata.

Veleta. ¡Pos ya estoy tranquilo! Hasta luego. (¡Vaya una chiquiya bonita que

se trae don Manué! ¡Pa envidiarlo… y pa compadeserlo!). *Vase.*

Chulita. ¡Contento estará er viejo en la estasión! Va a pagá armasenaje. Se habrá aburrío aquí de esperarme y va a aburrirse ayí también. Que es lo que me va a pasá a mí si lo espero. Por supuesto, que yo no aguanto mucho. *Mirando su reloj de pulsera.* ¿Cuándo acabaré yo de entenderte? Me parese que *son* la una. O *son* la una o *es* las dos. ¿Quién habrá ahí ar lao? ¡Qué bien toca er que sea! *Oye encantada la guitarra, Caña Hueca ronca.* ¿Ha roncao arguien? ¡Digo! ¡Pos si hay aquí un flamenco dormío! ¡Pobresiyo! ¡Qué buen sueño está echando! A mí no me estorba.

Saca de su bolso las piezas del tocador ambulante que lleva en él, y se retoca y se compone.

Música

Cuando me miro al espejo,

más de dos veces me digo:

¿y yo me peino pa un viejo?

Pero ¿qué le voy a hasé,

si mantengo una familia

que es el Arca de Noé?

*

¡Mi padre, mi madre,

mi abuelo, mi abuela,

mis dos hermaniyos,

que van a la escuela,

mi tito, mi tita,

mi chacho, mi chacha,

mis cuatro sobrinos,

que no tienen lacha!

*

Pa tos eyos suda er viejo,

y por eso me resino

cuando me miro al espejo.

Y es que así tiene que sé:

los muchachos dan cariño

y los viejos dan *parné*.

*

¡Pero argunas veses

la sangre me sarta,

y me pide er cuerpo

to lo que le farta,

y doy cuatro sartos

pa tranquilisarme…

porque de otras cosas

no quiero acordarme!

¡Y bailo un poquiyo

por pataleá,

y esto me descarga

de elertrisidá!

Baila brevemente.

¡Ahí viene ya er viejo!

¡Mucha, seriedá!

Se sienta en actitud graciosa, como si fuera la persona más seria de este mundo. Cesa la música. De improviso llega don Manuel, que respira al fin al hallar a Chulita, y que no ve el momento de largarse de allí.

Don Manuel. ¡Vaya! ¡Ya quiso Dios!

Chulita. ¿Eh? ¡Chiquiyo! ¡No esperaba que vinieras tan pronto!

Don Manuel. ¡Caya! Ahora te contaré. Ha sío un sainete.

Chulita. ¡Yo he venío en automóvil!

Don Manuel. ¡Ya desía yo! ¡Porque yo estuve en la estasión esperando er correo, y no te vi bajá!

Chulita. ¿Cómo habías de verme, si venía por la carretera? Aproveché la oportunidá del *auto* de una amiga.

Don Manuel. ¿De una amiga?

Chulita. ¿Vas a tené selos ahora, Manué? Mari Juana la corredora.

Don Manuel. Pos yo, de la estasión, con las tripas que pués imaginarte, me fuí a la «Pensión Jerez» a vé qué había sío de mi carta.

Chulita. ¡Pos a mí no me han dicho na cuando me la dieron!

Don Manuel. ¡Si ha sío después de yevártela tú!

Chulita. ¡Ah!

Don Manuel. ¡Que hemos estao jugando al escondite!

Por la claraboya asoma Manolito su cara truhanesca, y sorprende el diálogo.

Chulita. ¡Como si yo quisiera escaparme de ti! ¿No? ¡Sentrañas! ¡Con lo que yo quiero a mi chiquiyo! ¡Qué remosao estás! ¡Qué guapo! ¡Qué briyante!

Don Manuel. Tus ojos…

Chulita. ¿Te has dao barniz ar salí der pueblo?

Don Manuel. ¡Me han dao un jabón ar yegá a Seviya! Vámonos de aquí y te lo contaré.

Chulita. ¿Nos vamos a í de aquí?

Don Manuel. Sí; porque ahí ar lao hay gente que no quiero yo que me vea. Abajo tengo un *tasi*.

Manolito se retira muerto de risa, dispuesto a otra barrabasada.

Chulita. ¡Lo que tú dispongas, chiquiyo de mi arma!

Don Manuel. ¡Chist! ¡Que me conose ahí gente!

Chulita. ¿Por lo de chiquiyo te van a sacá? Antes de irnos, dame un beso.

Don Manuel. Aquí, no.

Chulita. ¡Dámelo que no suene, hombre!

Don Manuel. ¡Si te daría un miyón seguío! *La abraza como para empezar el millón.* ¡Ay, qué lunares, qué lunares! ¡Estos lunares van a acabá con don Manué!

De repente, como una flecha, aparece Manolito con la chaquetilla blanca de un camarero y con una servilleta al hombro, haciendo de camarero «marchoso». Don Manuel, al verlo, corridísimo, rojo de indignación y de vergüenza, se separa bruscamente de Chulita.

Manolito. ¡Hola! Buenas noches. ¿Qué van ustedes a tomá?

Don Manuel. ¿Eh?

Manolito. *Limpiando afanosamente la mesa.* ¿Qué van ustedes a tomá?

Don Manuel. ¡La puerta der cormao, ahora mismo!

Manolito. ¿La puerta y acabáis de yegá? ¿Por qué es eso?

Don Manuel. ¡Por que a mí me sale de las narices, niño!

Chulita. Hombre, no te incomodes, que er muchacho lo ha preguntao de buena manera.

Manolito. ¿No es verdá? Pero si er cabayero ha visto argún mar modo… ¿Se le ha fartao a usté en argo?

Don Manuel. ¡Se me está sobrando hase un ratito! Vámonos; que hasta esta noche no me he convensío yo de que a esta casa no viene más que chusma.

Manolito. ¡Que está usté en eya, cabayero!

Don Manuel. Por eso me voy; pa no desentoná.

Chulita. Pero ¿qué bicho te ha picao, Manué? No te pongas así. ¿Pa qué me has sitao entonses en este sitio?

Don Manuel. ¡Porque yo no sabía que aquí se reúne lo peó de cada casa!

Manolito. ¿Lo peó?

Don Manuel. ¡Lo peó!

Manolito. Y lo mejó también.

Don Manuel. ¡También… argunas noches!

Manolito. La de hoy, por ejemplo. Porque esta niña debe sé lo mejó de su casa.

Chulita. ¡Ay, qué buena sombra!

Manolito. ¿Es o no es?

Chulita. No, señó; que to er mundo dise que mi hermaniya Pepa es mejó que yo.

Manolito. ¿Ah, sí? ¿Me quié usté desí dónde vive su hermaniya Pepa?

Don Manuel sopla sofocadísimo.

Chulita. No soples, hombre, que ha tenío mucho ánge. Vamos a quedarnos aquí.

Don Manuel. ¡No, no! Anda ya, que tengo abajo el *auto*.

Chulita. *Desasiéndose de él.* Aguarda un minuto. ¡Te ibas a yevá

aguardándome toa la noche!… *A Manolito.* ¿Usté ha servío en argún cormao de Córdoba? Porque a mí se me figura que he visto su cara de usté en arguna parte.

Don Manuel. ¡Yo te diré dónde la has visto!

Manolito. Pué que haya sío en cormao o en venta…, pero no sirviendo. Porque yo, hasta ahora, no me he visto así.

Chulita. ¡Ya me paresía usté a mí mu fino pa yevá la serviyeta al hombro!

Manolito. Soy de buena familia, niña. Que se lo diga este muchacho que viene con usté. ¿No soy yo de buena familia?

Don Manuel.

¡No te conozco, Don Juan!

¡Pero en er mejor paño cae una mancha! Vámonos, tú.

Chulita. Aguarda, hombre. ¿Por casolidá es usté el hermano de Isabelita la der platero?

Manolito. Le diré a usté: si soy su hermano… es por casualidá.

Chulita. ¿Cómo es eso?

Manolito. ¡Porque mi papaíto fué un tenorio en su juventú! y ya me he tropesao yo por er mundo con tres o cuatro *casualidades* de ésas.

Don Manuel. *Escandalizado.* ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué sinismo! ¡Tú, vámonos ya, o me voy yo solo!

Vuelve de repente apresurado Veleta, cierra la puerta tras de sí y se lleva aparte al padre y al hijo.

Veleta. Don Manué. Manolito.

Don Manuel. ¿Qué hay?

Veleta. Un momento. Una señora que está ahí pregunta por don Manuer González o por su hijo.

Manolito. ¿Eh?

Don Manuel. ¿Una señora?

Dentro, hacia el foro, óyese en efecto la voz de una señora, amenazadora y terrible.

Voz. ¡Es inúti que me lo niegue usté, camarero! ¡Están aquí los dos: los dos! ¡Er padre y el hijo! ¡Los han visto entrá y no los han visto salí! ¡Si no es en este cuarto, será en otro! ¡Pero están aquí; están aquí! ¡Los dos! ¡Los dos!

Al escuchar la voz, y durante las palabras anteriores, don Manuel y Manolito, amenazados del mismo peligro, se abrazan y exclaman alarmados: ***Manolito****. ¡Agua va!*

Don Manuel. ¡Asúca!

Manolito. ¡Mi madre!

Don Manuel. ¡Tu madre!

Manolito. ¡Nos caímos, don Manué!

Don Manuel. ¿Quién le ha dao er soplo?

Chulita. Pero ¿qué pasa, tú?

Manolito. *Tranquilizándose de pronto y dando un suspiro.* ¡Ay! ¡Cármese usté, mi amo!

Don Manuel. ¿Que me carme?

Manolito. Sí. ¿Trae usté su revórve?

Don Manuel. No. ¿Por qué?

Manolito. Porque ésa no es la voz de mamá; es la der doctor *Sarta-Charcos*, que la imita ar pelo. Y yo le quiero pegá un tiro en la cabesa. ¡Porque er susto nos lo hemos yevao!

Veleta, colaborador en el lance, ríe de buena gana.

Don Manuel. A mí no me sale der cuerpo hasta que me confiese. ¿Tú estás seguro, Manoliyo?

Manolito. Sí, señó. Miste la escandalera de risas que hay ahí. *Se refiere a las que suenan en el cuarto de junto.*

Don Manuel. ¡Ay! Pos un tiro, no; pero dos guantás sí debes dárselas. Y yo a este bribón se las voy a dá por de pronto. *Acomete a Veleta, que le huye, defendiéndose.*

Veleta. ¡Don Manué, yo no tengo la curpa! ¡Yo no tengo la curpa!

Don Manuel. ¡Verás si te agarro!

Veleta. ¡Yo no tengo la curpa! *Márchase corriendo.*

Manolito. *Deteniendo a su padre y abrazándolo.* Déjele usté, mi amo; déjele usté.

Don Manuel. Dejao está.

Chulita. ¿Ahora abrasas a éste y le ibas a pegá ar que se ha ido? ¡Yo no entiendo na de lo que te pasa a ti esta noche!

Don Manuel. Ya lo entenderás. Vete ar coche y aguárdame abajo.

Chulita. Pero, Manué…

Don Manuel. ¡Ar coche, y aguárdame abajo!

Chulita. ¡Bueno, hombre; bueno!. ¡No te surfures! ¡Qué mala pata! ¡To esto lo ha traío la nube en el ojo der chofé!

Don Manuel. ¡Ahora soy yo er que no te entiende!

Chulita. ¡También me entenderás en er coche!

Don Manuel. Pos arsa pa abajo.

Chulita. Buenas noches.

Manolito. Buenas noches. *Chulita se va, coqueteando con Manolito. Éste se vuelve luego a su padre con cara de arrepentimiento.* ¡Papaíto!

Don Manuel. ¡Hijo de mi arma!

Manolito. ¿Me perdona usté?

Don Manuel. ¿Me perdonas tú a mí?

Manolito. ¿Yo a usté, papaíto?

Don Manuel. Sí, hijo, sí: tú eres er que tiene que perdonarme. Me siento avergonsao en el estribo. Me retiras tú der toreo. Ésta es la úrtima aventuriya que corro.

Manolito. ¡Mi amo!

Don Manuel. Lo que a tu edá pué tené discurpa, en la mía resurta ridículo. ¿No lo has estao viendo toa la noche? ¡La juventú no se repite! ¡Ya lo experimentarás cuando tengas mis años!

Oportunamente llega Luisilla la Albahaca.

Luisilla. ¿Verdá, don Manué, que hay que matarlo o que quererlo?

Don Manuel. Sí, niña; sí. Y como no lo vamos a matá ninguno de los dos… ¡vamos a quererlo!

Manolito. *Abrazando a su padre.* ¡Ole los viejos con buen corasón!

Don Manuel. *A la Albahaca.* ¡Er niño me retira!

Manolito. Pos vaya una promesa, papá: por este curso, aquí se acabaron mis juergas. ¡Desde mañana me agarro a los libros como un león!

Don Manuel. ¡Sí; pero con otros profesores!

Luisilla. ¡Buen gorpe ha estao ése! ¡Tiene el angelito a quien salí!

Caña H. *Despertando y desperezándose libremente.* ¡Aaaah!

Manolito. ¡Caña Hueca! ¿Qué hases?

Caña H. ¡Josú! Dispensen los señores. Me creí que estaba solo.

Don Manuel. ¡Bien dormías!, ¿eh?

Caña H. Don Manué de mi arma —que ya me he enterao yo de quién es usté—, bien dormía. ¡Bien dormía…, y ojalá que no me hubiera dispertao nunca!

Don Manuel. ¿Por qué, Caña Hueca?

Caña H. ¡Porque estaba soñando un sueño mu durse! Me había trasportao a otros tiempos… Cuando yo cantaba por sigueriyas:

Ni dos años iguales

en er mundo habrá,

ni las agüitas que pasan er río

vuerven a pasá.

Manolito. ¡Ea, pos vamos a despedirnos por seguiriyas, como los buenos! Luisiya, anda tú.

Luisilla. Vamos ayá.

Al público:

Er padre se marcha

y er niño se queda,

¡Hasé unas parmas que levanten humo,

que es noche de fiesta!

FIN DEL SAINETE

Sevilla, mayo, 1929.

CIEN COMEDIAS Y UN DRAMA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Reina Victoria** el 14 de noviembre de 1929

A CARMEN GÓMEZ SEVILLA

DE LÓPEZ PINTO,

bella e inteligente lectora y comentarista

familiar de nuestro teatro, con gran

cariño y simpatía,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Mentina. Pepita Díaz de Artigas. Amelia. María Isabel Pallarés. Chuli. María Paz Molinero. Leoncia. Elisa Méndez. Eustaquia. Ana María Quijada. Porfiria. Rosita Díaz Gimeno. Lázaro Vera. Santiago Artigas. Tino. Manuel Díaz González.

CIEN COMEDIAS Y UN DRAMA

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Mentina, en Madrid, decorado con gusto moderno y femenino, no exento de audacia ni de original inventiva. Sendas puertas al foro y a la izquierda del actor. A la derecha, en chaflán, amplio mirador de cristales. Muebles a tono —a buen tono— con el caprichoso decorado.

Es al mediodía, en los comienzos del otoño… y de la temporada teatral.

Chuli, niña como de doce años, ajusta unas cuentas. Es una graciosa personita que alardea de mujer de su casa.

Chuli. ¡Digo! ¿eh? Hemos gastado esta semana veintisiete pesetas menos que la anterior. No me dirá luego Mentina que no sé tirar de la cuerda. *Prestando oído hacia el foro.* ¿Quién? ¡Jesús! ¡La vecina de al lado ya! Pero ¿esta chica cree que a las doce del día no hay que hacer en las casas de orden más que atenderla a ella? *Se aplica a sus números, fingiendo una gran abstracción.*

Llega Leoncia por la puerta del foro, vestida de calle. Es una señorita que da lecciones de piano. Usa gafas de concha.

Leoncia. Buenos días, Chuli. *Ésta no la oye.* Chuli, buenos días. *Como si no.* Pero ¿qué haces, mocosa?

Chuli. *Saltando.* Mocosa, ¿por qué?

Leoncia. ¡Ay, qué gracia! No te enfades. ¿Qué haces, muñeca?

Chuli. Muñeca, ¿por qué?

Leoncia. Vaya, que no acierto. ¿Qué hace usted, *señora*?

Chuli. Ni lo uno ni lo otro. Buenos días.

Leoncia. Ya te los di al llegar.

Chuli. No lo oí. Pero que te conste que en las casas de familia, cuando viene la mala, los niños se hacen hombres, y las niñas, mujeres.

Leoncia. Metafísica estás.

Chuli. Es que soy yo quien maneja el dinero.

Leoncia. Pues que te conste a ti, mocosa y más que mocosa, que eso que me dices no es nuevo para mí, porque desde los quince años doy yo lecciones de piano para ayudar a mi familia.

Chuli. Me parece muy lógico. Doce años tengo yo y llevo las riendas de mi casa.

Leoncia. ¡Ja, ja, ja! Eres de lo más salado que ha hecho Dios. Un tipo cómico, como dice tu hermana. ¿Dónde está ella?

Chuli. No lo sé. Salió y no me dijo adónde iba.

Leoncia. ¿Ninguna novedad de ayer a hoy? ¿Se os ha presentado algún huésped para esas habitaciones que anunciáis?

Chuli. Ayer a última hora vino uno, pero era una facha. Un adán. Olía a borregos. Con decirte que le hablamos del cuarto de baño y nos contestó: «¡Dios me libre a mí de una enfermedad fuera de mi casa!».

Leoncia. ¡Se oyen unas cosas más chuscas!

Chuli. Y esta mañana temprano ha venido otro, ¡pero con un tipo de sablista!…

Leoncia. Os va a costar trabajo dar con lo que queréis. Ya se lo he dicho yo a Mentina: no esperéis que venga a tomaros las habitaciones ningún príncipe.

Chuli. No es un príncipe lo que queremos. «Persona honorable» pone el anuncio. Eso nos basta.

Leoncia. Y ¿cómo sabréis si es honorable? ¡Ahí es nada! ¡Hay cada petardo en este Madrid! Antes de comprometeros con nadie, llamadme a mí para que os aconseje. Yo conozco Madrid palmo a palmo.

Chuli. No hará falta que te llamemos.

Leoncia. Porqué vendré yo antes, ¿verdad? ¿Sabes, niña, que estás muy descarada y muy tonta? Y una cosa es sentirse mujer, y otra muy distinta olvidarse de la educación. ¡Vaya!

Chuli. ¡Vaya! ¿qué?

Leoncia. ¡Vaya! nada más. Me iba a ir en seguida, porque me espera una discípula que seguramente habrá salido, pero ahora me siento hasta que llegue Mentina. Para que rabies tú.

Chuli. Estás en tu casa.

Leoncia. Ya sabes la tuya: en el cuarto de junto. *Pausa. Las dos tosen. Leoncia coge un libro y la otra vuelve a sus cuentas.* Con tu permiso.

Chuli. Tú lo tienes. Con el tuyo. *Por molestar a Leoncia principia a sumar en voz alta:* Dos, tres, nueve, trece, quince, veinticuatro, veintiséis, treinta y una… y llevo tres.

Leoncia. *Correspondiendo al propósito de Chuli, lee a su vez en voz alta.* «El Conde subió sobre cubierta, rojo de ira. El mar; también colérico, rimaba con la furia, del Conde».

Chuli. Treinta y siete, cuarenta y tres, cuarenta y cinco, cincuenta y cuatro, cincuenta y nueve, sesenta y dos…

Leoncia. «Las olas rugían, vomitando espumas; el Conde espumaba también: había en torno un ruido ensordecedor…».

Chuli. Te advierto que he leído la novela y no me gusta.

Leoncia. Y a mí los números me marean. No siendo de música, ¿eh?

Chuli. ¿Sí, verdad?

Leoncia. Sí, verdad.

Sale Porfiria, criadita de buen ver, por la puerta del foro. Viene muy risueña.

Porfiria. Chuli.

Chuli. Señorita Chuli sonaría mejor, ¿no crees tú?

Porfiria. ¡Señorita Chuli!… Bueno, pues señorita Chuli…

Chuli. ¿Qué pasa?

Porfiria. Ahí hay un caballero.

Leoncia. ¿Honorable?

Chuli. ¡Eso lo sabrás tú en cuanto lo veas! ¡Con lo que conoces Madrid! ¿Por quién pregunta ese caballero?

Porfiria. Por la señora de la casa. Y yo le he dicho que ha salido.

Chuli. Pues has hecho mal. Te lo he repetido mil veces, Porfiria: la señora de la casa, cuando no está la señorita Mentina, soy yo.

Leoncia. ¡Ja, ja, ja!

Chuli. Que pase ese señor aquí.

Porfiria. Me alegro. ¡Es guapísimo! Por eso venía yo tan contenta.

Leoncia. ¿Sí, eh?

Porfiria. ¡Guapísimo! Pa mí, señorita, que es el mismo que cantó *Marina* la otra tarde.

Leoncia. ¿El tenor?

Porfiria. El que venía en la barca. No trae el pantalón blanco ni el sombrero de paja, pero pa mí que es él.

Chuli. Sea quien sea, hazlo pasar ya sin entretenerte más tiempo. Si fuera un ladrón, habría podido llevarse media casa.

Porfiria. ¡Qué va a ser un ladrón con ese porte!… Una también distingue. ¡Más elegante viene!… Trae un guante puesto y otro quitao. Ya verás. *Marchase gozosa.*

Chuli. ¡Jesús, qué chica! Es contra mis nervios. En cuanto asoma un hombre por la puerta, se encandila y pierde el poco seso que tiene. ¡Qué asquito de hombres! ¡Y de mujeres!

Leoncia. Aquí está ya quien sea. *Asomándose a verlo.* ¡Vamos, que confundirlo con el tenor de la otra tarde!…

Aparece en la puerta del foro Lázaro Vera, con Porfiria. Es persona de traza señoril.

Lázaro. Buenos días. *Mirando a Leoncia.* ¿La dueña de la casa?

Leoncia. Esta señorita.

Lázaro. *Un poco sorprendido.* ¡Ah!

Chuli. La dueña de la casa, de hecho, es una hermana mía, que en este momento no está. Pero yo puedo atender a usted.

Lázaro. Bien.

Chuli. Tenga la bondad de sentarse.

Lázaro. Con mucho gusto.

Leoncia. Yo te dejo, Chuli. Luego volveré.

Chuli. Ya me lo figuro. Acompaña a la señorita, Porfiria.

Leoncia y Lázaro cruzan una inclinación de cabeza.

Leoncia, en la misma puerta del foro, dice confidencialmente a la criada:

Leoncia. Conozco mucho a este caballero. Si viene por las habitaciones, que no le dejen ir. ¡Es una ganga!

Se marchan las dos.

Chuli. Siéntese usted.

Lázaro. Ya, ya me siento.

Chuli se encuentra satisfecha y casi orgulloso de su misión en este instante. Lázaro, a cuyo semblante asoma una sombra de tristeza y fatiga, la escucha abstraído.

Chuli. Usted dirá.

Lázaro. He leído anoche en un periódico el anuncio de unas habitaciones que se ceden aquí a… a persona honorable…

Chuli. Justamente.

Lázaro. Y vengo a ver si me convienen… y si convengo yo.

Chuli. Por ahora, como mi hermana Mentina no haya adquirido algún compromiso en la calle —hay que ponerse en todo—, las habitaciones están libres. Pero lo primero es que usted las vea… para no hablar inútilmente.

Lázaro. Bien.

Chuli. Es una alcoba con gabinete y cuarto de baño. Están al final de este pasillo. Pase usted. Iré yo delante para guiarle.

Se van los dos por la puerta de la izquierda.

Porfiria y Leoncia asoman las narices por la del foro.

Leoncia. ¡Qué suerte, si se queda!

Porfiria. ¡Se queda! ¡se queda! Pero ¿no es el de *Marina*, señorita?

Leoncia. ¡No digas disparates, muchacha! ¡Raya mucho más alto! ¡Es un título! ¡Le conozco mucho! ¡Es él! ¡es él!

Porfiria. ¿Quién, señorita?

Leoncia. ¡Él!

Porfiria. Pero ¿quién es él?

Leoncia. Ahora no me acuerdo; pero no conozco otra persona. ¡Es él! ¡No tuve más que verlo entrar! ¡Es él!

Porfiria. ¡Que vienen!

Se quitan de en medio, presurosas.

Vuelven Lázaro y Chuli.

Chuli. ¿De manera que le gustan a usted?

Lázaro. Sí; me gustan. Llenan el objeto que deseo. ¿La casa es tranquila?

Chuli. Demasiado tranquila. No se oye una mosca. Aquí junto vive esa señorita que se acaba de ir, que da lecciones de piano… pero que no tiene piano; no se alarme usted; y en los demás cuartos alquilados, matrimonios solos.

Lázaro. ¿Matrimonios?

Chuli. Sí.

Lázaro. Y ¿es tranquila la casa?

Chuli. Mucho.

Lázaro. La excepción de la regla.

Chuli. En cuanto a nosotros, ahora somos nada más que Mentina y yo, porque papá está ausente. Ese departamento que alquilamos es el que ocupaba un hermano nuestro, militar, que desde que se ha casado vive en África.

Lázaro. ¿Su papá de usted?

Chuli. Ya le he dicho a usted que está fuera.

Lázaro. No es eso; pregunto…

Chuli. ¡Ah! Toca el contrabajo.

Lázaro. ¿Eh?

Chuli. El violón. En realidad lo que toca es el violón. He dicho el contrabajo para evitar el equívoco de la frase. ¡Pobrecito mío! Papá pertenece a la célebre Orquesta Cabanillas.

Lázaro. ¿Sí, eh? Algunos conciertos le he oído.

Chuli. ¿Es usted aficionado a la música?

Lázaro. A ratos. La música me aleja… a ratos, de lo que tengo cerca.

Chuli. Pues papá lleva en esa Orquesta quince años. Y este verano se nos puso tan neurasténico, que temimos perderle. Y ¡usted calcule! Su compañía es insustituible… y además…

Lázaro. Ya, ya comprendo.

Chuli. Le mandamos a un sanatorio, donde ha de pasar todo el tiempo que pueda, y entretanto, nosotras nos agenciamos medios extraordinarios de vida. Mi hermana Mentina me ha dejado a mí el cargo de la casa, para poder ella ocuparse

libremente de todo lo demás. Tiene mucha imaginación. No se ahoga en un vaso de agua. Ella ideó esto de ceder esas habitaciones. Y ella las ha puesto con este gusto tan moderno y tan original…

Lázaro. Sí. ¿Tardará mucho su hermanita?

Chuli. No puede tardar, no señor. Es extraño que ya no esté aquí. ¡Si es una chica que lleva siempre su reloj media hora adelantado para llegar media hora antes a todos los sitios!

Lázaro. ¡Ah! ¿sí?

Chuli. Otro temperamento que yo. Yo no necesito de esos engaños para estar en mi sitio siempre. Mentina ha ido al Teatro de la Zarzuela a entregar unos figurines.

Lázaro. ¿Dibujados por ella?

Chuli. Sí, señor. Dibuja figurines. Es muy habilidosa. ¿No se ha fijado usted en los cuadros del gabinete?

Lázaro. No.

Chuli. Pues son de ella. Aquí no hay ninguno. Tiene mucha idea, no porque sea mi hermana… Ha hecho, con destino a una función nueva, unos modelos para un *Coro de corazones traspasados*, que son una maravilla de fantasía. Van a estar encantadoras las chicas del conjunto.

Lázaro. *Maquinalmente.* Las chicas del conjunto… de *Corazones traspasados…*

Chuli. Además, va a estrenar dos o tres comedias.

Lázaro. ¿Quién?

Chuli. Mentina.

Lázaro. ¿Su hermana de usted?

Chuli. Sí, señor.

Lázaro. ¿Escribe comedias?

Chuli. ¿Le choca?

Lázaro. No, no. Me chocaría que no las escribiese.

Chuli. ¿Es usted actor?

Lázaro. No. *Entre sí.* De la comedia humana.

Chuli. Pues, Mentina, más que escribir comedias, es que se le ocurren la mar de argumentos. De todo lo que oye, de todo lo que ve, saca ella asunto para una comedia. Es un don especial. Un asombro. Ahí está ya.

Lázaro. ¿Quién?

Chuli. Mentina. Si usted me permite… *Vase por la puerta del foro.*

Lázaro. ¡Lo que habla esta criatura! Como la hermanita mayor hable tanto, no me quedo aquí.

Vuelve Chuli acompañada de Mentina, la preciosa hermanita mayor. Es como para quedarse en la casa sin oírla. Su atavío original, su actitud intrépida y el raro brillo de sus ojos, acreditan cuanto de su imaginación ha dicho Chuli.

Mentina. Buenos días, caballero.

Lázaro. Buenos días, señorita.

Mentina. ¿Le he hecho esperar mucho?

Lázaro. Poco; pero no me importaba.

Mentina. Ya me ha dicho la nena…

Lázaro. ¿Eh?

Chuli. La nena soy yo.

Lázaro. Sí, sí…

Mentina. Ya me ha dicho…

Chuli. Un momento. ¿Tú me necesitas ahora, Mentina?

Mentina. Para riada, hijita.

Chuli. Entonces me voy allá dentro, a ver qué hacen aquéllas. Como no las vigile una… *A Lázaro.* Beso a usted la mano.

Lázaro. A los pies de usted.

Se va Chuli por la puerta de la izquierda.

Mentina. Está graciosa. La vida la ha metido a mujer, y lo ha tomado tan en serio…

Lázaro. Sí; ya me he dado cuenta…

Se miran: ella, examinándolo a él, complacida; él, aguardando a que ella le hable.

Mentina. ¿De manera que le han parecido a usted bien las habitaciones?

Lázaro. Sí.

Mentina. Es un departamento muy completito.

Lázaro. Sí.

Mentina. Cualquier detalle que eche usted de menos… ¡Esto es tan nuevo para nosotras!…

Lázaro. Sí, sí.

Mentina. Una, por mucho que cavile, no puede adelantarse a las necesidades o a los caprichos de los demás. Días pasados vino un señor a verlo, y me dijo que si se quedaba de huésped, quería tres almanaques. ¡Tres almanaques, ya ve usted! ¡A mí es uno y me sobra!…

Lázaro. Sí, es extraño… ¡Tres almanaques!… ¡Contar tres veces los días que se viven!…

Mentina. No; no iba por ahí; no me pareció ningún filósofo. A lo mejor es que hace pajaritas con las hojas.

Lázaro. Tal vez.

Mentina. En cuanto al precio…

Lázaro. Conforme también, señorita.

Mentina. Entonces… ¿ya no hay más que hablar?

Lázaro. Sí; hay algo todavía, por mi parte.

Mentina. Diga usted. ¿Es que no va usted a comer en casa?

Lázaro. No, no es eso. Voy a comer aquí; pero deseo comer en mi cuarto: solo.

Mentina. Perfectamente. ¿Por qué no?

Lázaro. De mi modo de vida es preciso que se enteré usted. Por esto la he esperado. Vengo buscando tranquilidad, aislamiento absoluto. Deseo permanecer aquí sin estorbar a nadie; sin que nadie note mi presencia… y sin tropezar yo a nadie tampoco.

Mentina. Entendido.

Lázaro. Más claro: no quiero que se me importune ni que sea objeto de curiosidad si entro o si salgo, si madrugo o trasnocho, cuál es mi vida, cuáles son mis asuntos…

Mentina. *Un poco inquieta.* Muy bien. De mi hermana y de mí, respondo; pero de la portera…

Lázaro. La portera apenas me verá.

Mentina. *Mirándolo, más sorprendida cada vez.* Peor, si le ve a usted poco. De todas suertes, esté usted seguro de que, en la medida de lo posible, será respetado su aislamiento.

Lázaro. Pues ahora es cuando no hay más que hablar. Luego mandaré mi equipaje y vendré ya a dormir esta noche.

Mentina. Encantada.

Lázaro. Nada más.

Mentina. Una sola cosa. Ahora me toca a mí.

Lázaro. ¿Algún anticipo?

Mentina. ¡No!

Lázaro. Lo que usted quiera en ese respecto.

Mentina. No, no. ¿Qué tiempo piensa usted vivir aquí? ¿Será larga su permanencia, será transitoria?…

Lázaro. *Bajando los ojos y con repentino abatimiento.* No lo sé.

Mentina. ¿No lo sabe?

Lázaro. No puedo precisarlo. *A un gesto de ella.* No puedo precisarlo, pero insisto… Un anticipo, una fianza…

Mentina. Yo insisto en que no. ¿Su nombre de usted?

Lázaro. ¿Mi nombre?

Mentina. Sí; ¡es lo menos que puede usted decirme!

Lázaro. *Humorísticamente.* ¡Pues no lo sé tampoco!

Mentina. ¿Cómo es eso? ¿Un caso de amnesia?

Lázaro. No. Sé bien mi nombre… pero no lo quiero saber.

Mentina. ¿O no quiere usted que yo lo sepa?

Lázaro. Eso.

Mentina. Pues…

Lázaro. Nada. Usted no se alarme.

Mentina. Es que… tanta reserva…

Lázaro. No se alarme usted. No soy un petardista, ni un aventurero, ni un criminal, ni un ladrón, ni un loco. Soy persona harto conocida en Madrid, y por esto mismo, porque quiero estar en Madrid… sin estar en él, procuro esta reserva y guardo este incógnito. ¿Me acepta usted así o no me acepta?

Mentina. Yo, por mí…

Lázaro. No tema usted nada. Nadie vendrá a buscarme. Sólo vendrá un amigo íntimo, y ése preguntará por el señor Montero.

Mentina. ¿Que es usted?

Lázaro. No; yo no soy Montero. Montero no existe; Montero es el que va a habitar ese departamento que yo alquilo.

Mentina. Ya. *Su rostro se ilumina repentinamente; sus ojos brillan de improviso con nueva luz.* Ya.

Lázaro. ¿De acuerdo?

Mentina. Ya, ya.

Lázaro. ¿Qué le sucede a usted? ¿Se le ha ocurrido una comedia?

Mentina. *Riendo.* ¡Ah! ¿Le ha contado a usted esa mona…? ¡Qué charlatana es! ¡Pues sí, se me ha ocurrido! ¡Se me acaba de ocurrir! ¡Se me está ocurriendo! Aunque yo no tuviera esta afición ni esta facilidad… el caso de usted excita la imaginación de cualquiera. No diga usted que no.

Lázaro. Ni que sí ni que no digo, señorita… ¿Mentina?

Mentina. Mentina.

Lázaro. ¿Se llama usted Mentina?

Mentina. Clementina. Mentina es la mitad de mi nombre. Esto de las comedias, o de los argumentos, aunque parezca que una los saca de su cabeza, no los saca: se los da la vida.

Lázaro. No a todas las cabezas.

Mentina. Yo no sé más que de la mía. La vida es mi cantera. Entro, salgo, escucho, miro, voy, vengo… y de cada suceso, de cada cosa…

Lázaro. ¡Una comedia!

Mentina. ¡O dos o tres!

Lázaro. ¡Asombrosa inventiva!

Mentina. Le diré a usted, caballero… sin nombre. También la vida, mi vida, enseñándome de pronto la cara dura, no sólo me sugiere las comedias, sino que ha enardecido mi imaginación, despertando en mí estas aficiones. El teatro, señor mío,

no es simplemente un arte: hoy día es una manera de vivir. Es un manantial de donde beben o quieren beber todos; una fuente pública; una casa de caridad. ¡Pesetas! ¡Qué rico dinero el del teatro! El primer argumento que a mí se me ocurrió fué porque me hacían falta mil pesetas para atender a la enfermedad de papá.

Lázaro. ¡Que también es un argumento!

Mentina. ¡Vaya si lo es! Y bien fuertecito.

Lázaro. Y ¿ha estrenado usted algunas de esas obras que se le ocurren?

Mentina. Una he estrenado ya, sí, señor. Y con gran éxito. Pero no la firmo.

Lázaro. Pues ¿quién la firma, entonces?

Mentina. Uno que no la ha escrito. Un fresco que la firma y la cobra.

Lázaro. ¿A partir con usted?

Mentina. ¡Naturalmente!

Lázaro. Y ¿él no ha puesto nada?

Mentina. La firma… y la frescura. Nada más.

Lázaro. ¡Caramba! Pues… ¡es usted una mujer para un autor!

Mentina. No me gustan las colaboraciones matrimoniales: *Arrepintiéndose de lo dicho.* ¿Usted es autor? Perdone usted: no tengo derecho a preguntarle…

Lázaro. Perdonada. No soy autor, no. Hable usted de ellos sin reparo.

Mentina. ¿Conoce usted a alguno?

Lázaro. No. Sí. Quizá… Conocer bien no conozco más que a un solo autor.

Mentina. ¿Quién es?

Lázaro. El autor de mis días.

Mentina. Ya. ¡Pero lo ha dicho usted con una tristeza!…

Lázaro. Porque no hizo ninguna buena obra. Y su error lo padezco yo más que nadie. Mucho más que él.

Silencio.

Mentina. ¿Ve usted? ¡Otra comedia!

Lázaro. Me marcharé; que ya son bastantes.

Mentina. Iba a decirle a usted —y por eso le pregunté si conocía autores— que yo necesito ya urgentemente un colaborador. Lo busco, lo deseo.

Lázaro. ¿Un colaborador literario?

Mentina. Sí; ¡claro es! Una mujer sola, mientras no avance más el feminismo, no puede valerse bien en ese medio de los bastidores. Además, yo sé que no sé bien escribir las obras: sé mejor inventarlas. A mí se me ocurren los argumentos; me hierven en la imaginación; se me atropellan algunos días por salir. Y muchas noches me desvelan. ¡Tengo unas pesadillas!

Lázaro. Por algo me pareció usted a mi mujer para un autor.

Mentina. Sí, pero… ¿Quién se puede fiar? ¡Si viera usted qué informales, que bohemios, qué mamarrachos son casi todos los que se han acercado a mí!

Lázaro. ¿Mamarrachos?

Mentina. ¡Mamarrachos!

Lázaro. Creía yo que los mamarrachos serían sólo las obras.

Mentina. Cada cosa engendra su semejante.

Lázaro. Es verdad.

Mentina. La otra mañana estuvo aquí uno a proponerme colaboración —porque ha corrido mucho esto de mi vena teatral—, y ¿en qué cree usted que se fundaba para pedírmela?

Lázaro. ¿En qué?

Mentina. En que tiene una desgracia muy grande.

Lázaro. ¿Cuál?

Mentina. Que todas las comedias que a él se le ocurren, se le han ocurrido antes a otro.

Lázaro. ¡Pues está perdido!

Mentina. ¡Y si yo le contase a usted de un caballerete!… Me callaré su nombre, porque suena mucho. A ése, después de ponernos de acuerdo para colaborar, le expliqué una fábula que era un hallazgo. Sin modestia. ¡Unas situaciones más inesperadas y más bonitas!… Bueno; pues se fué de aquí contentísimo, se escribió solito la obra… ¡y la ha estrenado como suya!

Lázaro. ¡Qué desahogo! ¿Lo llevará usted a la cárcel?

Mentina. ¡Si pudiera!… Pero ¿cómo pruebo yo esa bellaquería?

Lázaro. Sí; es difícil.

Mentina. Lo que sí he hecho ha sido vengarme, aprovechándome de su ignorancia. Venganza de mujer.

Lázaro. ¿Cómo?

Mentina. No me he dado por enterada de su hazaña, y le he explicado otro argumento.

Lázaro. ¿Eh?

Mentina. El de un drama hermoso.

Lázaro. Pero ¿en dónde está la venganza?

Mentina. La venganza consiste en que lo escriba también como suyo, y me consta que lo está escribiendo entusiasmadísimo. Y en que lo estrene luego. ¡Es el argumento de *Un drama nuevo*, de Tamayo! ¡Lo van a poner verde!

Lázaro. Bien hecho. El que quiera honra, que la gane. *Despidiéndose.* Mentina, me retiro ya. Hasta la noche.

Mentina. Hasta la noche.

Lázaro. Luego recibirá mis bártulos.

Mentina. Aguarde. La chica le acompañará. *Toca el timbre.*

Lázaro. *Entre sí, mientras tanto.* (La mayor habla todavía más que la pequeña; pero me quedo).

Por la puerta del foro llegan Leoncio y Porfiria, y por la de la izquierda, Chuli.

Porfiria. Señorita.

Mentina. Acompaña al señor.

Leoncia. ¡Oh! ¡Aún vuelvo a tiempo de saludar a usted! Antes no me atreví, temerosa de que no me reconociese. ¿Me recuerda usted?

Lázaro. *Perplejo.* La verdad…

Leoncia. ¿No me recuerda?

Lázaro. La verdad… no caigo.

Leoncia. En el té de las Echalares nos hemos visto mucho.

Lázaro. ¿De las Echalares?

Leoncia. Soy la profesora de piano de Mimí.

Lázaro. Está usted confundida.

Leoncia. No; no, señor, que lo soy.

Lázaro. Digo que está usted confundida conmigo. Yo no tengo el gusto de conocer a las Echalares… ni a Mimí.

Mentina. Pero, Leoncia, ¿es posible?

Leoncia. Eso mismo me pregunto yo: ¿es posible?… ¿No es usted el marqués de la Colmena?

Lázaro. No, señorita.

Leoncia. *Mascullando la plancha.* ¿Qué no? ¿No es usted el primogénito del duque de los Ámbares?

Lázaro. ¡Ni por pienso! No conozco ni al duque, ni al marqués; ni al padre, ni al hijo… Y al padre, podría desconocerlo, aun siendo hijo suyo; pero al hijo, si era yo, ¡imposible!

Mentina. ¡Ja, ja, ja!

Chuli. ¡Ja, ja, ja! ¡Esta Leoncia!…

Leoncia. A cualquiera le pasa, no digas. Son dos gotas. Usted me disculpe.

Lázaro. ¡De nada!

Mentina. Aquí la que sale ganando soy yo.

Lázaro. ¿Eh?

Mentina. ¡Otra comedia!

Lázaro. ¡Ah!

Mentina. En esas palabras de usted, tan llenas de ironía, hay otra comedia. Verá usted…

Lázaro. *Atajándola.* No es urgente, Mentina. Hasta luego. *Vase por la puerta del foro.*

Mentina. Hasta luego. Porfiria…

Porfiria. *Embelesada.* Ya. *Siguiendo a. Lázaro.* (¡Vaya si es éste el de *Marina* con otra ropa!).

Mentina. *Desbordando su entusiasmo, hasta ahora contenido.* ¡Estamos de enhorabuena, Chuli! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre, Leoncia! ¡Si no es hijo de un duque, merece serlo! ¡Qué señorío, qué delicadeza, qué elegancia más natural, qué lenguaje más noble, qué juego de manos, qué manera tan distinguida de cruzar las piernas, qué atractivo el de su persona!… ¡Se mete por el corazón!

Chuli. Pero ¿quién es, en fin de cuentas?

Mentina. No lo sé.

Chuli. ¿Que no lo sabes?

Mentina. No ha querido decírmelo.

Chuli. Y ¿lo has admitido en nuestra casa?

Mentina. Sí.

Chuli. ¿Sin saber quién es?

Mentina. Sin saberlo. Su porte lo abona.

Chuli. ¡Déjate de portes!

Mentina. Lo abonan sus palabras, su cortesía, su propia reserva…

Chuli. ¿Estás loca, Mentina?

Mentina. Estoy loca.

Chuli. ¿Veis por lo que yo no quiero crecer? ¡En cuanto las mujeres llegáis a vuestra edad, no sabéis hacer más que tonterías! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Buena me ha caído! *Llevándose las manos a la cabeza.* ¡Oh!… ¡Oh!…

Leoncia. Pues yo, a pesar de lo pasado, le conozco. ¡Vaya si le conozco! ¡Sé perfectamente quién es! ¡Pero no me acuerdo ahora mismo!

Mentina. ¡Sea quien sea; es igual! ¡Es una persona atrayente, excepcional, aristocrática! ¡Si le hubierais oído!… ¡Qué doble fondo en todas sus frases! ¡Qué amargura mal disimulada! ¡Qué ironía muchas veces! ¡Qué tristeza recóndita! ¡Qué ojos más sugestivos! ¡Qué mirada desde tan lejos!… ¡Emana comedias ese hombre! ¡Transpira comedias! ¡Es una mina de comedias! ¡Y yo daré con el filón! ¡Diez comedias, quince comedias, veinte comedias, cien comedias!… *Va de un lado a otro, irradiando comedias. Leoncia, ensimismada, incuba otra plancha sobre el personaje. La señora de la casa contempla a Mentina haciéndose cruces.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, ocho días después y por la tarde.

Por la puerta del foro, y acompañada de Porfiria, sale Eustaquia, portera de la casa. Es mujer de cuarenta y tantos años, y tan fácil a la indignación como a la sonrisa halagadora. Viene un poco fuera de quicio.

Porfiria. Pero ¿qué es lo que sucede, Eustaquia?

Eustaquia. Sucede que había de romperse la cuerda por lo más delgao.

Porfiria. Y aquí lo más delgao es usté.

Eustaquia. Aunque no lo parezca. Pero él oficio de portera tié estas fallas. Dile a la señorita Mentina que necesito hablarla.

Porfiria. ¿Respetive al huésped o respetive…?

Eustaquia. Tú llévala el recao y déjate de respetives.

Porfiria. Es que con ese señorito no tié usté que meterse.

Eustaquia. ¡Amos, anda!… ¡Miá ésta! Nadie respeta al señorío más que yo.

Porfiria. ¡Ay, Eustaquia! Yo la contaré a usté. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Eustaquia. Se va a aclarar la incónita. Se va a despejar el nublao. La primera que tié que saber las cosas en una casa es la portera. Y el segundo, el portero.

Vuelve Porfiria.

Porfiria. Ahora viene la señorita. Está con ella la señorita Leoncia.

Eustaquia. La pianista.

Porfiria. Sí. Y cuando yo llegué se callaron. Pa mí que hablaban de lo mismo.

Eustaquia. ¿De qué?

Porfiria. Al respetive del señorito éste. ¿No viene usté a hablar de eso?

Eustaquia. ¡Sí, hija, sí! ¡Qué curiosa eres! ¿Es que en la vecindá hay más conversación que la de ese galán desde que ha venido? ¡Mi madre! ¡Si se ha dejao de hablar hasta de la comprometida del siete, que en ca portal reunía una asamblea!…

Porfiria. Y ¿no lo vale el interesao, por un casual?

Eustaquia. Esa es otra cuestión, Porfiria. ¡Claro está que porque lo vale se ha movío este ciclón! ¡Qué ir y venir, qué cabildeos, qué inventar historias y películas! ¡Virgen de la Paloma! En los años de portera que tengo —y ya mi madre me dió a luz en una portería—, no me ha tocao una papeleta por el estilo.

Porfiria. ¡Como que es mucho hombre! No paece un hombre; paece una estatua.

Eustaquia. Una estatua con movimiento.

Porfiria. Lo digo por lo guapo, no por otra cosa. Miusté, Eustaquia: cuando por las mañanas le entro el desayuno, y él está sentao puesto de bata azul (*con temblor de manos*), me hace así el chocolate.

Eustaquia. Y ¿no se te caen los bizcochos?

Porfiria. Toma pan tostao. Ni me da más que los buenos días. Y miusté que yo le echo miradas, y sonrisas, y le pregunto veinte veces si quiere algo más.

Eustaquia. Y ¿nada?

Porfiria. Nada que usté vea.

Eustaquia. ¡Vaya usté a saber!…

Porfiria. ¡Es más seco, más frío!…

Eustaquia. Por algo te paece a ti una estatua.

Porfiria. Eso ya le digo a usté que es por lo bien plantao.

Eustaquia. ¡Y Sí que lo es el hombre! Es la verdá.

Porfiria. A mí me dice un día: «Porfiria, abajo tengo un *taxi* esperándonos;

vámonos en él», ¡y cierro los ojos y me voy!

Eustaquia. ¡Y yo también me voy, sin cerrar los ojos!

Porfiria. ¿Con nosotros?

Eustaquia. ¡Con él, si me lo dice a mí!

Porfiria. Pero ¿y el señor Doroteo?

Eustaquia. ¡Mi madre! ¡Lo que me pasa ahora! ¡Se me olvida de pronto que estoy casá!

Porfiria. Mientras el olvido sea instantáneo, ¡ande usté con Dios! Pero ¡como le dure a usté siquiera dos días!…

Eustaquia. ¡Qué fenómenos, chica! ¡Qué fenómenos!

Por la puerta de la izquierda sale Chuli, vestida de calle.

Chuli. ¡Hola, Eustaquia!

Eustaquia. Muy buenas tardes, *señorita*.

Chuli. Así. Mi hermana está terminando un trabajo urgente y no puede venir ahora. ¿Qué desea usted?

Eustaquia. Es asunto pa tratarlo con ella. Volveré luego.

Chuli. Le advierto a usted que lo que pueda oír ella puedo oírlo yo.

Eustaquia. ¿Sí, eh?

Chuli. ¡Claro! No tema usted que se me escape nada. Haga usted la prueba, si no.

Eustaquia. Bueno, pues oiga usté.

Chuli. Porfiria, retírate.

Porfiria. ¿Adonde?

Chuli. Adonde tengas que hacer algo.

Porfiria. ¡Jesús!

Chuli. Menos replicar.

Vase Porfiria de mal talante, por la puerta del foro.

Eustaquia. Yo, mayormente, no quería hablar porque la chica estaba presente.

Chuli. Ya lo he comprendido. Mi hermana le da vuelos… le da confianzas… No hago carrera de ella. En fin, ¿qué hay?

Eustaquia. Pues hay, señorita, en dos palabras, que no me gusta dejar sola la portería…

Chuli. Pero ¿no está abajo su marido de usted?

Eustaquia. Tié usté razón: mi marido está abajo. *Entre sí.* (A mí me hace falta ver a un médico). Hay que al administrador de la casa le ha llegao ya el runrún y el comadreo de media calle a cuenta del huésped que vive con ustedes hace ocho días.

Chuli. ¿Qué me dice usted? ¿No tiene la vecindad más cosas en qué ocuparse?

Eustaquia. Sí, señorita, que tié muchas; pero, qué quié usté: las ha dejao a un lao desde la aparición de ese caballero.

Chuli. ¿Tan extraña es? ¿Se ha cometido alguna incorrección? ¿Es la primera familia que acepta un huésped en su casa?

Eustaquia. Es la primera familia que lo recibe sin saber quién es. Y esto es lo que choca, y lo que da ocasión a murmuraciones y a cuentos y a chismes, y lo que, por lo mismo, quiere averiguar el administrador.

Chuli. *Con malicia.* El administrador.

Eustaquia. Sí, señorita: el administrador.

Chuli. El administrador.

Eustaquia. ¡Y yo también, vaya! ¡Yo también! ¡La principal obligación de una portera es enterarse! ¡Sea de lo que sea! ¡Enterarse! Me dicen ustés a mí,

encargándome la reserva, de lo que se trata, y se acabó el asunto.

Chuli. Pero, oiga usted, oiga usted: ¿de qué se ha figurado usted que se trata? ¿Qué manera de hablar es ésa?

Eustaquia. Ya le dije a usté que quería entenderme con su hermanita. Es usté muy niña pa penetrar en ciertas cosas.

Chuli. Se equivoca usted, portera; no soy tan niña. Me entero y me puedo enterar de todo. Estoy al tanto de las cosas del mundo.

Eustaquia. ¡Ah! ¿sí?

Chuli. Sí. Para saber que lo del principal es un matrimonio y lo del entresuelo es un lío me sobran todavía dos años; porque lo sé hace tres.

Eustaquia. Usté dispense.

Chuli. Puede usted decírselo… al administrador.

Eustaquia. ¡El administrador lo sabe desde que se estrenó la casa!

Chuli. Y, por lo visto, se figura que todos somos unos. Pues, no: se engaña. Hay clases todavía.

Eustaquia. Conformes. Y yo no he querido molestar. Ni don Severiano tampoco. Lo que él necesita, pa no dar lugar a disgustos, o a que el día menos pensao se nos venga la Policía a investigar y tengan ustés que matricularse como patronas…

Chuli. ¡Jesús!

Eustaquia. Es que se acabe ya el *ocultismo*; que ese señor declare quién es… y de dónde viene y adónde va, y lo que hace en Madrid, y santas Pascuas. ¡No se pide ninguna demasía! ¡Lo corriente! ¡Lo natural! Porque mira, Chuli… Mire usté, señorita Chuli: cuando en una casa de solteras entra un hombre, aunque sea la casa de San Isidro Labrador, no hay quien ate las lenguas, y se murmura.

Chuli. ¿Se murmura, eh?

Eustaquia. ¡Vaya si se murmura!

Chuli. Y ¿de quién se murmura en este caso, de mi hermana o de mí?

Eustaquia. *Soltando la risa.* ¡Amos, anda! ¡Hasta ahora sí que no me has matao! ¡Que no me ha matao usté! ¿Quié usté saber lo que se dice? ¡Se dice que a la señorita Mentina le han regalao un collar… y a usté un *diàvolo*! ¡Que es de lo que tié usté edá, criaturita!

Chuli. ¡Y usted parece que no ha llegado todavía a la de respetar a los inquilinos!

Eustaquia. ¡Bueno! ¡Pa matarse de risa! Dígale usté a la hermanita que luego volveré. ¡Pero que esta noche no me acuesto yo sin saber quién es quien duerme en esta casa, eso es viejo! ¡Felices! *Vase por la puerta del foro.*

Chuli. Vaya usted con Dios. Y como le sobra la razón por la punta del pelo, pierde una autoridad para contestarle. Y se tiene una que callar. Y hace el ridículo. Sencillamente.

Vienen también por la puerta de la izquierda Mentina y Leoncia. Ésta, de calle.

Mentina. ¿Qué quería esa rata contenta?

Chuli. ¿Quién?

Mentina. Eustaquia.

Leoncia. ¡La rata contenta! ¡Qué bien puesto está eso!

Chuli. Pues quería… Nada, en resumen. Oler lo que se guisa. Meter la nariz en la olla.

Mentina. ¿Sobre el tema diario, por supuesto?

Chuli. ¡A ver!

Mentina. Pues Leoncia puede sacarla de dudas.

Chuli. ¿Leoncia?

Mentina. Sí: ya sabe quién es… el caballero de la bata azul.

Chuli. ¿Que lo sabes?

Leoncia. ¡Desde que lo vi entrar por la puerta! Acuérdate de que te dije: «¡Es él!». Y es él. ¡Si fisonomía que yo veo!…

Chuli. Será así; pero llevas cuatro planchas en una semana.

Leoncia. Porque, a lo mejor, confundo los nombres; pero las personas no me fallan nunca. Éste a quien tenéis aquí es González Cívita, el hijo mayor del famoso banquero americano, que acaba de quebrar.

Mentina. ¡Anda con ésa!

Chuli. Pues corre a decírselo a Eustaquia, para que se quede tranquila.

Leoncia. Vamos, sí…

Chuli. ¡Qué importa una novela más! Hasta luego.

Leoncia. Hasta luego.

Mentina. Id con Dios.

Chuli. Si me tardo un poco, es que me he llegado a casa de Paulina Sanabria, que me quiere pedir consejo sobre un pretendiente que le ha salido.

Mentina. Muy bien.

Chuli. No te intranquilices.

Mentina. Descuida: no me intranquilizo.

Se marchan por la puerta del foro Chuli y Leoncia. Mentina se asoma al mirador, con la frente llena de invenciones. En seguida vuelve rápidamente Chuli, que la saca de su abstracción.

Chuli. Escucha, Mentina.

Mentina. ¿Qué quieres?

Chuli. No te lo he querido decir delante de ésa. Esto es un escándalo.

Mentina. ¿Esto?

Chuli. ¡Esto que pasa aquí con ese hombre! El administrador va a dar parte a la Policía.

Mentina. ¿Eh?

Chuli. Sí. Quiere saber sin más disculpas de quién se trata.

Mentina. ¡Igual nos pasa a todos!

Chuli. No lo tomes a risa.

Mentina. ¡Puede que sea quien supone Leoncia!

Chuli. ¡Será cualquiera menos ése! ¿No la conoces?

Mentina. Pues no pases cuidado. ¡Se acabó ya la tolvanera! El administrador me da pie. Yo lo voy a averiguar esta misma tarde.

Chuli. ¿Tú?

Mentina. Yo. Para ello cuento con las armas mejores. Inventiva, intuición artística, cierta sagacidad psicológica de dramaturga… ¡Qué mal me suena dramaturga!…

Chuli. Todo eso te podría servir de algo, si no estuvieses ciega.

Mentina. ¿Cómo ciega?

Chuli. ¡Ciega! ¿Crees que no he visto que te has enamorado como una tonta? ¿Hay más que mirarte, mirarlo y oírte suspirar? Pues ¿y de noche, lo que hablas dormida?

Mentina. Es cierto, Chuli; me he enamorado de él. ¡Y ya sabes tú de qué manera me enamoro! ¡Me entra como una llama!

Chuli. ¡Menos mal que te sale lo mismo!

Mentina. No siempre. Pero ¡qué comedia hay ahí! *Enamoradiza.* Ve a uno: se enamora. Ve a otro: se enamora más. Ve a otro: se le olvidan los otros dos. Conflicto. ¡Una fuente de situaciones cómicas! *Enamoradiza.* Está bien. Es bonito el título. ¿Qué te parece, Chuli?

Chuli. Me parece que tú estás loca y que nos van a llevar al Juzgado. Eso me parece.

Leoncia. *Dentro.* ¡Pero, Chuli!

Chuli. ¡Ya voy! ¡Qué mareo de casa y de familia!

Se marcha nuevamente.

Mentina. Dice bien Chuli: estoy loca. Y si no lo estoy ya, se me han aflojado tres o cuatro tornillos. ¡Esta fiebre de las comedias!… Y ese hombre… ése hombre… *Con resolución repentina.* ¡Vaya! ¡Ahora mismo voy a saber quién es! ¡Ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo!

Se dirige a la puerta de la izquierda, por la que, simultáneamente, aparece Lázaro, ensimismado, con aire maquinal. Viene en traje casero, pero no de bata, Ésta se queda para impresionar a Porfiria.

Mentina. ¡Oiga! ¿Sale el torito de la jaula? ¡Qué casualidad!

Lázaro. *Como despertando.* ¿Eh?

Mentina. ¿Abandona el cartujo su celda?

Lázaro. ¡Qué quiere usted, Mentina! Me canso de todo: de leer, de devorar mi silencio, de mis soliloquios; de mi pensamiento, de querer distraerme y no conseguirlo, asomándome a los cristales del balcón… ¡De todo!

Mentina. Como que lleva usted una vida absurda. Lázaro. Absurda.

Mentina. Inexplicable.

Lázaro. Inexplicable.

Mentina. Sin la menor justificación.

Lázaro. Sin la menor justificación.

Mentina. ¡Ah! ¿Me está usted tomando el pelo?

Lázaro. ¡Mentina! No soy yo capaz…

Mentina. Luego en serio reconoce usted que su vida no tiene… ¿Lo digo?

Lázaro. Dígalo usted sin el menor escrúpulo.

Mentina. No tiene sentido común.

Lázaro. No lo tiene.

Mentina. Y ¿por qué la hace usted, entonces?

Lázaro. Porque esto que hago ahora es lo único de toda mi vida que no carece enteramente de sentido común.

Mentina. ¡Sopla! Pues verá usted lo más curioso. Yo iba en este instante en busca de usted… ¡y usted me ha salido al encuentro! Una que va, otro que viene… Esto es muy teatral.

Lázaro. ¿Muy teatral?

Mentina. Sí; no es por mi manía del teatro. Usted lo habrá oído muchas veces en las comedias: «¡Necesito hablar con el Emperador!». «¡Aquí llega él!».

Lázaro. ¿Y yo soy ahora el Emperador?

Mentina. Saber quién es usted, en realidad, es lo que yo quiero.

Lázaro. Pero ¿no habíamos quedado, Mentina…?

Mentina. Entre nosotros, sí; pero ha salido a escena un nuevo personaje.

Lázaro. ¿Quién?

Mentina. El administrador de la casa, que tiene malas pulgas.

Lázaro. ¡Que se bañe, como los perros, a ver si se le van!

Mentina. No, señor Montero…

Lázaro. ¿Qué? ¡Ah, sí! Señor Montero…

Mentina. El administrador no es persona que admita cuchufletas: desea conocer ya, sin más demora, a quién hemos abierto las puertas de la casa, en ausencia de nuestro padre, mi hermanita y yo.

Lázaro. Y a él ¿qué le importa?

Mentina. No le importará, pero quiere saberlo.

Lázaro. ¿No puedo ser un pariente de ustedes, que ha venido… de Filipinas?

Mentina. Él sospecha que no lo es usted.

Lázaro. Pero, bueno: ¿usted desconfía… usted duda de mí?

Mentina. ¡Ni un segundo, Montero!

Lázaro. ¡Pues entonces dígale usted lo que se le antoje; lo primero que se le ocurra!

Mentina. ¿Eh?

Lázaro. ¡Bautíceme usted a su gusto; deme usted la posición social que le parezca!…

Mentina. ¿Sí?

Lázaro. ¡Invente usted mi comedia, en una palabra, ya que tantas inventa usted, y engañe con ella al impertinente administrador!

Mentina. ¡Ajajá! ¡Esto me gusta extraordinariamente!

Lázaro. ¿De veras?

Mentina. ¡Y tanto!

Lázaro. Por inhábil que haya usted de ser al idearme una vida, siempre saldré ganando.

Mentina. Pero, oiga: ¿y si al cabo el administrador descubre los embustes?

Lázaro. ¡Le dice usted que soy yo el embustero; que se entienda conmigo!

Mentina. Muy bien.

Lázaro. ¿Muy bien, verdad?

Mentina. Perfectamente. Manos a la obra. Ante todo, el nombre de usted.

Lázaro. Sí: el bautizo.

Mentina. ¡Es lo primero que se hace con las criaturas: bautizarlas! Aun antes de nacer.

Lázaro. Sí, sí.

Mentina. Y vamos a pactar una cosa.

Lázaro. Pactemos.

Mentina. Si yo, en mi creación de circunstancias, diese en algún rasgo de la verdad, ¿usted me lo confirmaría?

Lázaro. Se lo confirmaría.

Mentina. ¿Palabra?

Lázaro. Palabra.

Mentina. Pues esto me anima más aún. ¡A ver si llego a descubrirlo a usted con pelos y señales!

Lázaro. Sería sorprendente. Y no le negaría mi aplauso.

Mentina. Hemos convenido en que lo primero de todo es el nombre. ¿De qué tiene usted cara? Antonio… Santiago… Guillermo… Miguel… ¡Es que no mueve usted ni una pestaña, amigo!

Lázaro. ¡Ni una pestaña! Sería yo quien me delatara y no usted quien me descubriese.

Mentina. Con todo hay que contar. ¿Tal vez algún nombre compuesto? Pedro Ramón… José Luis… No, no: un nombre simple.

Lázaro. Simple, sí: se lo concedo a usted graciosamente.

Mentina. Yo lo había dicho antes: un nombre simple. No tiene usted cara de llamarse dos cosas. Edmundo… Adolfo… Álvaro…

Lázaro. ¡Que se quema usted!

Mentina. ¿Me quemo? Jacinto… Rodolfo…

Lázaro. ¡Rodolfo, no! ¡No me haga usted héroe de zarzuela grande!

Mentina. *Riendo.* ¡Es verdad!

¡Ven, Rodolfo,

ven, por Dios!…

Tiene usted gracia.

Lázaro. ¡Gracia yo! No, Mentina. Es el reflejo de la de usted.

Mentina. Muy amable. ¡*El reflejo*! ¡Qué título! Digo, qué título: ¡qué comedia!

Lázaro. ¿Existe?

Mentina. No; que yo sepa, no. Es que acabo de verla ahora. *El reflejo*. No somos como somos para la persona que nos quiere, sino como nos ven los ojos que nos miran. Revestimos el alma ajena de los colores de la nuestra, enamorada.

Lázaro. *Como tocado en una herida.* Cierto, cierto: así es.

Mentina. ¿Verdad que es un hallazgo?

Lázaro. Indudable. Haga usted esa comedia, Mentina. Nadie verá maldad en nadie, si lleva bondad en su corazón. ¡El propio reflejo nos engaña, nos ciega!

Mentina. ¡*El reflejo*! ¡*El reflejo*! ¿Ve usted qué cosas se me Ocurren? ¡Esta es la mejor comedia que se me ha ocurrido! ¡A mí me hace falta un colaborador!

Lázaro. Yo voy a presentarle a usted uno.

Mentina. ¿Sí?

Lázaro. Sí. Este amigo mío que ha venido ya un par de veces preguntando por el señor Montero.

Mentina. ¡Muy simpático! ¿Es autor?

Lázaro. Es autor.

Mentina. Me lo había parecido.

Lázaro. ¿Por qué?

Mentina. Por la capa. Ahora los autores todos usan capa; ¿no se ha fijado usted?

Lázaro. No; no me había fijado. Pues éste de que hablamos empieza su calvario en Madrid. Estrenó en su rincón provinciano una comedia, por una compañía de cómicos vagabundos, obtuvo un éxito ruidoso, se trastornó con los aplausos de la familia y de los amigos, y ni corto ni perezoso metió en un maletín todos sus manuscritos y se vino a la Corte a probar fortuna.

Mentina. Y aquí ¿no ha estrenado nada todavía?

Lázaro. Todavía no. Pero estrenará, porque no deja de tener cualidades. Y es muy estudioso. Y muy tenaz. Y listo. Y no es mala persona. A mí me lee todo lo que escribe. Es un colaborador pintiparado para usted. Ahora, que le hará a usted el amor en la primera escena.

Mentina. ¡Por Dios!

Lázaro. Usted lo verá, si llega el caso. Es muy vehemente. Le hará a usted el amor. Yo lo quiero mucho; lo admiro… lo estimulo, lo aconsejo… Y, además, lo envidio.

Mentina. ¿Que lo envidia?

Lázaro. Por el oficio que ha escogido para vivir.

Mentina. ¡Oh! ¡El teatro da mucho dinero! ¡Pero mucho! ¿Qué cree usted que ha ganado el autor de *La oreja de oro*?

Lázaro. No me refería a las ganancias. Lo que yo le envidio, no sólo a él, sino a todo autor de comedias, es el don creador que hace de cada uno de ellos, como dice mi amigo, un Dios chiquitín. ¡Poder darles a los seres de su invención, en farsas que semejan la vida, la felicidad que en la vida falta! ¡Crear una Humanidad a su albedrío!

Mentina. ¡Eso, eso! ¡Lo que me divierte a mí eso!

Lázaro. ¡Una Humanidad parecida a ésta, pero mejor! Más generosa, más leal, más buena. Y en vez de consentir su tortura, procurar su alivio. ¡Y al que tenga un vicio, arrancárselo; y al que padezca un mal, darle su remedio, y al que acaricie una esperanza, hacer que la consiga!

Mentina. ¡Claro, señor! ¡Para no amargarle al público la noche!

Lázaro. ¡Para algo más que para eso!

Mentina. Que un personaje es tonto: pues usted le da talento porque sí; que otro necesita dinero: allá te va una herencia. ¿Qué trabajo le cuesta a una? Que le estorba a usted un botarate: ¡zas! ¡Una pulmonía! Al otro barrio a molestar. Un Dios chiquitín. Dice bien mi futuro colaborador.

Lázaro. A un cobarde se le hace valiente; a un avaro, pródigo; a un loco, cuerdo…, y a una mujer sin corazón, sé la convierte en un prodigio de ternura.

Mentina. ¡Si fuera así en la vida!

Lázaro. ¡Oh! ¡Si fuera así!… Pero el espejo de las comedias suele ser un espejo piadoso.

Mentina. ¡También ése es un título! ¡*El espejo piadoso*! ¡Vaya comedia! El artista depura la realidad, la compone, la limpia de escorias; aparta de ella lo burdo, lo grosero, sin desvirtuarla… *El espejo piadoso*. Está bien.

Lázaro. Tan bien está, que si la Humanidad se viese a sí misma, representada tal como es, oiría las farsas dramáticas entre alaridos de terror y gritos de espanto.

Mentina. ¡Qué pesimista se ha puesto usted de pronto!

Lázaro. ¿Me he puesto?… No: es que mi espejo no tiene piedad. Créame: el poeta que invente en libertad podrá escribir escenas de dicha; el que copie, necesariamente será agrio, duro, sombrío, sarcástico, negro.

Mentina. ¡No siempre, tampoco! Yo no me inspiro más que en la vida; a mí es la vida la que me sugiere las comedias, y todas las mías acaban bien.

Lázaro. ¿Sí? Pues ¿cómo acaban?

Mentina. ¡En boda!

Lázaro. Y ¿a eso le llama usted acabar bien?

Mentina. ¡Al público nada le gusta más!

Lázaro. Porque el público, inconscientemente, es malo. Y en todo matrimonio adivina siempre un principio de infelicidad. De ahí que aplauda.

Mentina. ¡Qué teoría! ¡Me pone los pelos de punta! ¿Es usted casado?

Lázaro. No le he dado a usted derecho a preguntarme, sino a investigar por sí misma.

Mentina. Efectivamente. Discúlpeme usted. Y vamos a volver al principio… y a las bromas risueñas.

Lázaro. Volvamos, sí. La conversación de usted, amiga Mentina, es para mí como una brisa grata y saludable: me calma la frente, me refresca el espíritu… ¡Aunque haya dado ahora de pronto en esa sima desde donde le hablaba! Corra, corra la brisa… ¿Cómo quiere usted que yo me llame?

Mentina. Salgamos ya cuanto antes del nombre. ¿Por qué dijo usted que me quemaba, cuando yo dije Álvaro?

Lázaro. Imagínelo usted.

Mentina. ¿Porque es esdrújulo su nombre?

Lázaro. Usted sabrá.

Mentina. Sí; sí es por eso. ¿Próspero?

Lázaro. No.

Mentina. ¿Cándido?

Lázaro. Cándido me iría bien.

Mentina. ¿Sí?

Lázaro. Sin la coletilla del optimismo.

Mentina. ¿Y Lázaro, qué tal le iría?

Lázaro. ¿Eh?

Mentina. ¿Le gusta Lázaro?

Lázaro. No.

Mentina. Entonces es que se llama Lázaro. Nadie está contento con su nombre. Usted se llama Lázaro.

Lázaro. ¿Por qué?

Mentina. ¡Porque lo he oído el otro día, señor!

Lázaro. ¿A quién?

Mentina. A su propio amigo, que tocó en la puerta del gabinete con los nudillos y preguntó: «¿Lázaro?».

Lázaro. Es que siempre me saluda así: «¡Lázaro, levántate y anda!».

Mentina. En fin, sea lo que quiera, puesto que no le agrada a usted, voy a bautizarlo a mi capricho. Va usted a llamarse Gustavo del Castillo y Álamos del Cid.

Lázaro. Un poco retumbante es, pero me conformo.

Mentina. ¿Profesión?

Lázaro. Usted la elegirá.

Mentina. ¿Abogado?

Lázaro. Abogado. Así, si el administrador de la casa quiere enredar luego, yo lo enredo más todavía, y los dos cumplimos con nuestro deber profesional.

Mentina. ¿Edad?

Lázaro. Me es indiferente.

Mentina. Bueno, le pondré… Eso es, sí; año más, año menos. ¿Estado? *Pausa.* ¿Sol… tero? ¿Eh? ¿Ca… sado? ¿Eh? ¿Viudo? ¿Eh? ¡Sigue usted sin mover ni una pestaña!

Lázaro. Para probar sus dotes de adivinadora.

Mentina. Bien: lo dejo a usted viudo.

Lázaro. Gracias.

Mentina. Porque parece usted más bien casado que soltero, pero los casados son menos interesantes que los viudos. Acabamos de idear una comedia en colaboración. Si no una comedia, un personaje.

Lázaro. Sí, por cierto. Sólo que usted ha puesto en ello más que yo.

Mentina. Lo parece. Usted me da los materiales y yo los interpreto. Hay muchas formas de colaborar. Pero no tema usted: iremos al cincuenta por ciento.

Lázaro. ¡Está usted demasiado metalizada!

Mentina. Lo que da la época. *Con gracioso y súbito arranque.* Y habiendo comenzado tan bien, ¿por qué no escribimos de veras una comedia juntos?

Lázaro. ¡Criatura! ¡Yo no sé una palabra de eso!

Mentina. ¿Ha probado usted alguna vez?

Lázaro. Nunca.

Mentina. ¡Entonces no sabe usted si sabe!

Lázaro. Sí; en rigor… Pero en la vida me ha tentado el demonio.

Mentina. Y ¿por qué había de ser el demonio? No sea usted tan modesto. ¡Míreme usted a mí!

Lázaro. A usted no dejo de mirarla.

Mentina. Decídase. ¿Me acepta usted por colaboradora? Se va usted a alegrar. Aunque no sea más que para distraerse y aligerar el ánimo. Pasa usted los días y las noches sin salir de su alcoba… se aburre de todo, como me ha declarado usted mismo. Además, también se puede usted sacar alguna espinita… Si está usted destemplado, crea usted un personaje a propósito y por su boca larga usted toda la hiel que tenga dentro; frescas y descaros a porrillo.

Lázaro. Eso ya me seduce. Lo que me temo es que no vamos a coincidir en la elección de asuntos… ni en la manera de desenvolverlos.

Mentina. ¿Por qué?

Lázaro. Porque nuestras ideas sobre la vida y la Humanidad han de ser distintas, contrarias…

Mentina. ¡Bah! ¡Yo me acomodo a todo! *Con repentina decisión.* ¡A ver qué le parece a usted este asunto que tengo en mis apuntes!

Lázaro. A ver.

Mentina. Atienda usted. Ésta es la base. *Tentando el vado.* Un banquero famoso, a quien de repente le fallan cálculos y especulaciones, y suspende pagos y quiebra.

Lázaro. No es muy nuevo, ¿verdad?

Mentina. No es muy nuevo; pero lo que sigue sí lo es. Un hijo suyo sale a la palestra con toda su fortuna y lo salva.

Lázaro. Pero ¡esa es la historia de los González Cívita, que está de actualidad en Madrid!

Mentina. *Turbada.* ¿Sí?

Lázaro. ¡Me ha contado usted a mí también el argumento de *Un drama nuevo*!

Mentina. ¿De *Un drama nuevo*?

Lázaro. ¡Claro! ¡Una cosa del dominio público! Y yo soy más psicólogo que usted.

Mentina. ¡Me alegro!

Lázaro. *Mirándola con mucha fijeza.* Usted ha creído que yo soy en realidad el hijo del banquero González Cívita.

Mentina. No.

Lázaro. Tiene usted también el deber de declararme la verdad, si yo doy en ella. ¡Aunque huelga la declaración! Al verse sorprendida, ¡ha puesto usted una cara de tonta!…

Mentina. ¿De tonta?

Lázaro. De tonta, sí. Se ha vendido usted por la cara. Y además ha pagado la consecuencia de brindarme a mí un argumento que no es suyo. Y esto no es leal entre colaboradores, entre compañeros.

Mentina. Muy bien dicho: acepto la lección. He sido una tonta. *Sintiendo que*

alguien se aproxima. ¿Quién nos corta la vena? ¡Ah! ¡el autor de la capa! ¡El otro colaborador!

Lázaro. *Con sobresalto.* ¿Tino?

En efecto, llega éste por la puerta del foro, con zozobra que no acierta a velar enteramente.

Tino. ¡Ah! Perdonen ustedes… Buenas tardes.

Mentina. Buenas tardes.

Lázaro. De ti hablábamos hace un momento.

Tino. ¿De mí?

Mentina. Sí: me contaba sus aficiones…

Tino. ¡Je!

Lázaro. ¿Ocurre algo?

Tino. Quería decirte dos palabras.

Mentina. Dejo a ustedes yo.

Lázaro. No. Ven a mi cuarto. Con permiso, Mentina.

Tino. No es más que un minuto.

Lázaro. Ahora seguiremos nuestro palique. Pasa. *Se entra por la puerta de la izquierda, con Tino.*

Mentina, contagiada del desconcierto de los dos, habla sola incoherentemente.

Mentina. Algo extraordinario sucede… ¿Qué podrá ser? El amigo no viene hoy como otros días… ¡Dios mío! ¡Qué angustia me acomete de pronto!… ¿Por qué ese hombre se me ha entrado así en el corazón?… ¡Esto no es una comedia más… esto es una verdad muy fuerte!… ¿Me habré enamorado ahora como nunca? ¿Quién es ese hombre que así me trastorna? ¿Cuál es su vida? ¿Quién lo hace padecer y llorar? ¡Yo lo he oído llorar y sollozar en su encierro! ¡Y sus palabras todas tienen fondo de lágrimas!… ¿Quién es? ¿Quién es? ¿Grita? Sí; sí grita… No debo oírlo… no lo quiero oír… ¿Acabaré yo por llorar también, encerrada en mi

cuarto? ¿Vienen? Sí; ya vienen… ¡Qué extraña visita! *Apártase a un lado.*

Lázaro. *Dentro.* ¡No y cien veces no! ¡No vuelvo otra vez a lo mismo! *Sale con su amigo, y siguen los dos hacia el foro, sin hacer caso de Mentina.* ¡Has de decir en la portería que no dejen subir a nadie! ¡Bajo ningún pretexto!

Tino. Bien, bien. Así me gusta oírte.

Lázaro. ¡Sería capaz de una violencia, y me repugna!

Tino. Así, así. Ese es tu deber; ese es tu lenguaje.

Se van por la puerta del foro. Las voces continúan.

Lázaro. ¡No quiero volver a empezar! ¡Me iré de aquí; me marcharé de España!

Mentina. *Sobrecogida, repite frases de uno y otro.* Capaz de una violencia… Ese es tu deber… tu lenguaje… Me iré de aquí… de España… ¿Quién es este hombre? ¿Por qué sufre este hombre? ¿Por quién?

Vuelve Lázaro, que cruza hacia la izquierda, pálido, torvo, crispados los puños.

Lázaro. ¡No más! ¡No más!

Mentina. ¿Lázaro?

Lázaro. *Volviéndose hacia ella súbitamente.* ¿Eh?

Mentina. ¿Se marchó ya el amigo?

Lázaro. Sí.

Mentina. ¿Alguna mala novedad?

Lázaro. Novedad, no; mala, sí.

Mentina. ¡Vaya por Dios!

Lázaro. Hasta luego.

Mentina. No se meta usted ahora en su cuarto.

Lázaro. Pues ¿qué he de hacer, sino esconderme?

Mentina. En mal hora ha llegado ese autor.

Lázaro. O en buen hora. Yo debo agradecérselo.

Mentina. Pero estaba usted tan distraído con nuestra charla… con mis proyectos de colaboración… ¿No empezaba usted a distraerse?

Lázaro. Sí, Mentina… empezaba… Pero ahora, no; ahora, no…

Mentina. Intentémoslo.

Lázaro. Ahora, no. Usted, Mentina, es capaz de idear cien comedias; yo no sabría ni podría escribir más que un drama.

Mentina. ¿Un drama?

Lázaro. Un drama.

Mentina. *Con emoción.* Y ¿no le podría yo ayudar?

Lázaro. ¡No!

Mentina. ¿Por qué?

Lázaro. Porque es tan amargo y tan sombrío, que no hay piadoso espejo que lo idealice. Es un drama para mí solo. ¡Porque sería vulgar para todos, menos para mí al escribirlo!

Mentina. *Sin poder contener la pregunta.* Y ¿qué drama es?

Lázaro. El de un hombre engañado.

Mentina. ¿Por la vida?

Lázaro. Por una mujer que es su vida. Por una mujer que no supo agradecerle ni apreciarle ternura, ni sacrificio, ni pasión… ¡Ésa es la mujer que lo engaña!

Mentina. ¡Ah! Y ¿si al final el engaño no fuese cierto?

Lázaro. Al final lo es. Lo comprueba el hombre; lo ve por sus ojos; lo toca

con sus manos. La mujer que es su vida, lo traiciona, lo vende.

Mentina. ¿Amante?

Lázaro. Esposa.

Mentina. ¡Oh! ¿Hay hijos en el drama?

Lázaro. ¡No, por suerte! ¡Por suerte para ellos!… ¡Pero hay un amor invencible, ciego, cobarde!

Mentina. ¿Cobarde?

Lázaro. Cobarde, sí.

Mentina. ¿Qué solución, entonces…?

Lázaro. No la sé; no la vislumbro todavía. Quizá me resisto a vislumbrarla. Es complejo el caso, Mentina. Ese hombre no puede… no quiere… no sabe matar. El abandono es trágico… desgarrador; la tolerancia, inicua. ¿Qué hace el desventurado?… ¡Oh! ¡Por fuerza ha de caer el telón sobre los sollozos impotentes, desesperados, del pobre hombre!

Mentina. Pero ¿esa mujer?…

Lázaro. Esa mujer…

Aparece en la puerta del foro y corre a él de un vuelo, Amelia. Él la ve y la recibe con un grito de protesta y de cólera. Ella se le abraza, segura de sí. Lo agobia, lo aturde, lo acaricia apasionadamente; no lo deja moverse ni apenas hablar. Mentina retrocede, mirando la escena con espanto y angustia. Porfiria, que asoma tras Amelia, sobresaltada, se retira apenas ve el cuadro.

Amelia. ¡Lázaro!

Lázaro. ¿Eh? ¿Qué?

Amelia. ¡Yo!

Lázaro. ¡Tú! ¡Amelia!

Amelia. ¡Yo, sí, yo!

Lázaro. ¡Déjame! ¡Suelta! ¡Vete!

Amelia. ¡No! ¡No! ¡Ya di contigo! ¡Di contigo!

Lázaro. Pero ¿te has atrevido…? ¡Suéltame!

Amelia. ¡Te quiero, Lázaro!

Lázaro. ¡Calla!

Amelia. ¡Te quiero! ¡Di contigo! ¡Te han engañado!

Lázaro. ¡Tú!

Amelia. ¡No! ¡La gente!

Lázaro. ¡Tú, tú sola! ¡Vete ya!

Amelia. ¡Contigo!

Lázaro. ¡Conmigo! ¡Nunca! ¡Líbrame de ti! ¡No quiero oírte! ¡No quiero verte más!

Amelia. ¡Yo a ti, siempre! ¡Te han engañado! ¡Sólo me iré contigo!

Lázaro. ¡Conmigo! Ahora, ¿verdad?

Amelia. ¡Ahora y toda la vida!

Lázaro. Pero ¿qué nueva farsa es ésta? ¡Suelta tus brazos, que me ahogan!

Amelia. ¡Te quiero! ¡te quiero!

Lázaro. ¡Qué asco! ¡Qué bochorno!

Amelia. ¡Te quiero!

Lázaro. ¡Qué vergüenza! ¡Qué ridículo!

Amelia. ¡No, Lázaro, no!

Lázaro. ¡Basta ya! ¡Entra allí!

Amelia. ¿Qué?

Lázaro. ¡Entra allí!

Amelia. ¿Vienes tú?

Lázaro. ¡Entra allí! *La empuja y la hace entrar por la puerta de la izquierda. Luego, volviéndose a Mentina, le dice:* Perdón. *Y se va tras Amelia.*

Mentiría queda avergonzada y conmovida.

Mentina. ¡Oh!… ¡Qué espanto, Dios mío! ¡Qué espanto! ¡La vida es más triste que mis comedias!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Seguimos en casa de Mentina, media hora después de los sucesos anteriores.

Tino, el autor de la capa, pasa rápidamente, sin capa, de la puerta del foro a la de la izquierda. Porfiria lo sigue y lo detiene. Hora es ya de decir que este Tino es un muchacho de buena fe, un poco atolondrado, y a quien las circunstancias atolondran aún más en estos momentos.

Porfiria. ¿Adónde va usté, señorito?

Tino. ¿Adónde he de ir? A ver a mi amigo, como siempre.

Porfiria. ¡No entre usté ahora!

Tino. ¿Qué no entre? ¿Por qué?

Porfiria. Porque no está solo.

Tino. ¿Quién está con él? ¿La señorita de la casa?

Porfiria. ¡Quiá!

Tino. Pues ¿quién, entonces?

Porfiria. ¡Su señora!

Tino. ¡Rayos! ¿Qué dices?

Porfiria. Lo que usté oye, señorito. Entró sin que yo pudiera pararla, se le abrazó llorando… ¡Una ecena!…

Tino. Pero… pero… pero…

Porfiria. Hace media hora de esto y toavía estoy temblando.

Tino. Pero ¡esa portera!… ¿Cómo la ha dejado subir?

Porfiria. ¡Ahí verá usté!

Tino. ¡Si le dije terminantemente que no dejara subir a nadie!

Porfiria. Alguna distración. Cuando se pone a hablar…

Tino. ¡Si le di cinco duros para que no se distrajese!

Porfiria. Pues dígale usté que se los devuelva; porque marcharse usté y subir la señora, fué to uno.

Tino. ¡Le voy a cortar la lengua a esa mujer!

Porfiria. La mata usté; pero sigue hablando.

Tino. ¡Rayos en ella! ¡Qué disgusto para mi pobre amigo! ¿Qué va a decirme? Y ¿cómo me justifico yo? *Pasea muy nervioso, un poco seguido por Porfiria, que no se puede contener,* ¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya, vaya!… ¡Ha metido la pezuña el diablo!… ¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya!… ¿Quieres no seguirme, Porfiria, que me mareas?

Porfiria. Yo es por si se le ocurre algo al señorito.

Tino. Desde la puerta me lo puedes decir. ¿Qué iba yo a preguntarte? ¿Qué iba yo a preguntarte? ¡Ah! ¿Y la señorita Mentina?

Porfiria. Ahí al lao. En el cuarto de la pianista. Vino la señorita Leoncia con la Chuli, y ahí se fueron las tres a charlar.

Tino. Llégate y dile a la señorita Mentina que deseo hablar con ella.

Porfiria. Sí, señorito. Aquí tiene usté a la portera.

Llega en efecto Eustaquia, por la puerta del foro, muy agitada.

Tino. ¡Ah, la portera!

Eustaquia. Servidora de usté.

Tino. ¿Servidora? ¡Un millón de gracias! ¡Si siempre ha de servirme usted como en esta ocasión!…

Eustaquia. Yo me explicaré, señorito.

Tino. Ya se ha explicado Porfiria por usted. Pero ¿qué haces tú ahí? ¡Ve a lo que te he mandado!

Porfiria. Ahora mismo. *Vase.*

Tino. ¿No le encarecí a usted que por nada del mundo dejara subir alma viviente?

Eustaquia. Sí, señorito.

Tino. ¡Pues ha subido la única persona que no había de subir!

Eustaquia. Es que verá usté… Pasó… Bueno, ¡yo me he tomao un berrinche! … ¡A mí van a tener que ponerme hielo en la cabeza! Porque han sío muchas cosas. Calcule usté que de pronto hay revuelo en la calle y se dice que un *auto* en la esquina ha atropellao a un hombre. Yo me acuerdo entonces de que tengo marido, y echo a correr gritando: «¡Ay, mi Doroteo de mi alma!». ¿Usté no hubiera hecho lo mismo?

Tino. Y ¿era él?

Eustaquia. No, señor; gracias a Dios no era mi Doroteo. Era el marido de la Gorgonia, el señor Onofre, que se deja atropellar por los *autos* pa que lo indenicen. Como ahora está parao… Y se ha salío con ella. Mi Doroteo fué allí a prestar auxilio. Aún estoy yo sin sangre. Y se conoce que en el entretanto, si a la cuenta acechaba la señora ésa —que pa mí que acechaba—, aprovechó la soledá de la portería y subió de un vuelo. ¿Quién evita una cosa así? ¡Más que nadie lo siento yo!… Miste cómo trepido. Paezco mismamente una bombilla que se va a fundir.

Tino. Pero si usted pudo advertir que esa señora estaba acechando, ¿cómo se descuidó?

Eustaquia. Señorito, eso lo he calculado yo después del suceso. ¡Si yo no la conozco tan siquiera!

Tino. ¡Ah! ¿no?

Eustaquia. No, señorito. Yo barrunto que es una señora no mal parecida, elegante ella, que esta mañana hablaba con la portera de ahí enfrente, que es como hablar con la Asociación de la Prensa.

Tino. Ya.

Eustaquia. Sin censura.

Tino. Ya. Y ¿por qué no le preguntó usted a esa portera…?

Eustaquia. Porque hay tirantez de relaciones. Hace un mes que no nos hablamos.

Tino. ¡Bueno! ¡Dos porteras que no se hablan! ¡Luego dirán que no hay temas originales! *Prestando atención hacia la izquierda.* ¿Eh? ¿Qué oigo? ¿Esa mujer se ríe?… *Éntrase, con curiosidad, atraído por la risa de Amelia.*

Eustaquia. *Con transición graciosa.* ¿Habrá pardillo? ¡Me da cinco duros pa que no deje subir a nadie, y la otra me da veinte pa que la consienta subir! ¡Vamos! ¡Sube hasta las guardillas! ¡Bendito sea el veintiocho de diciembre! ¡Inocentón!… *Al advertir que se acerca Tino, torna a su disimulo.* ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Qué mundo engañoso! ¡No se gana pa sobresaltos!

Sale Tino, atribuladísimo.

Tino. ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡La mujer lo anula! ¡Pobre Lázaro!

Eustaquia. ¿Tiene algo que mandarme el señorito?

Tino. Sí; que se vaya usted.

Eustaquia. Eso ya me lo maliciaba. ¿He de impedir que suba alguien o que salga alguien de la casa?

Tino. Ya todo es igual. Cuidado con los *autos*, que se descompone usted mucho.

Eustaquia. Es mi temperamento.

Tino. Y dele usted la enhorabuena a su marido.

Eustaquia. ¿A mi marido?… *Lamentando una vez más la flaqueza de su memoria en este punto.* ¡Na; que voy a tener que ponerme su retrato en un imperdible! Perdone el señorito si he faltao. *Vase por la puerta del foro, imitando con burla los movimientos de Tino, qué no para de ir y venir, charlando entre sí.*

Tino. Esto era de esperar, era de esperar… Ya sabía yo que era un paso perfectamente inútil.

Llega por la puerta del foro Mentina, excitadísima.

Mentina. ¡Hola, amigo!

Tino. Mentina…

Mentina. ¿Me llamaba usted?

Tino. Sí.

Mentina. ¿Para qué?

Tino. No sé para qué.

Mentina. Lo comprendo. Está usted tan nervioso e impresionado como yo. Día de acontecimientos, ¿verdad?

Tino. No por previstos menos sensibles.

Mentina. Ya sé la hazaña de la portera.

Tino. Sobre ella descargamos nuestra indignación, pero un día u otro habría sucedido lo mismo.

Mentina. ¿Usted cree?

Tino. Seguro. Yo le busqué a Lázaro este escondite, porque no quise contrariarlo; pero a ciencia y paciencia de que él mismo, sin darse cuenta de ello, quería esconderse… donde dieran pronto con él. Engaños recónditos de las pasiones.

Mentina. Pero es extraño, inconcebible que un hombre digno…

Tino. Lo es, Mentina… pero hay que conocer el caso, sus antecedentes… Más le digo a usted; mientras esa mujer viva, no hay rincón suficientemente lejano u oculto para que ella no lo encuentre y lo rinda a su voluntad.

Mentina. Porque él no quiere huir resueltamente: usted lo ha dicho.

Tino. Mire usted; este hombre era un mujeriego afortunado…

Mentina. ¡Ah! ¿sí?

Tino. Sí. Y dejó a una amante de varios años, por esta mujer; y dejó a una novia que lo adoraba, por esta mujer. ¡En mala hora se le atravesó en el camino! Se enamoró de ella y las venció a todas. Lo absorbió, lo sometió como a un esclavo. ¡Caso increíble en un hombre rebelde, voluntarioso, mimado por la suerte, con orgullo de triunfador! ¡Increíble!

Mentina. ¿Sale ella?

Tino. Sí; sale. Ahí viene. Perdone usted que yo me oculte. *Se recata en el mirador.*

Mentina. ¡Qué trastorno! ¡Qué conmoción! ¡Qué nervios!… En tan poco tiempo, ¡qué saltos del espíritu, qué vaivenes!… ¿Pues no tengo ganas de arañar? Más que de llorar. *Suspirando.* ¡Ay, a tus comedias, corazón, a tus comedias!… ¡Gran cantera hay aquí!… Y no te me vuelvas a enamorar sin pedirme consejo. ¡Larga es la despedida!… Pero ¿qué hago yo aquí? Yo también me quito de en medio. Y ¿por qué? Ya viene.

Amelia aparece en seguida. No es la misma mujer que llegó hace un rato. Resplandece de felicidad: trae encendidas las mejillas, los ojos brillantes, la boca, húmeda, bañada en luz de satisfacción. Habla con la coquetería de la victoria. Durante el diálogo se retoca continuamente. Al aparecer, se vuelve hacia dentro y saluda con la manita. Está encantadora.

Amelia. ¡Qué tonto! Ya cerró. ¡Ah! Señorita… Debo pedirle a usted mil disculpas.

Mentina. De nada…

Amelia. ¡Mil disculpas! ¡Qué escena la de antes!… Cada vez que me acuerdo… ¡Mil disculpas!…

Mentina. No hay de qué, no hay de qué…

Amelia. ¡Entré como una loca! ¡Sin ver a nadie, sin reparar en conveniencias! Ahora, al considerarlo, no me conozco… Debí de parecerle a usted algo terrible…

Mentina. No…

Amelia. Pero usted, como mujer, sabrá dispensarme y justificarme… ¿Se me conoce mucho que he llorado? ¡Qué escena! ¡Qué escena! No fué ridícula, porque

cuando manda el corazón… ¿verdad?…

Mentina. ¡Claro!

Amelia. ¡Este marido mío es una criatura!… ¡Más inocente no le hay! ¡Todo el mundo le engaña!

Mentina. ¿Todo el mundo?

Amelia. Y juegan con él… Es muy celoso, ¿sabe usted? celosísimo, y los que le conocen el flaco hacen de él lo que quieren. ¡Le llenan la cabeza de infundios! Envidia; pura envidia… Nos envidian esta felicidad. Tema usted como a nada a una mala lengua… Siento los ojos como hinchados. ¿De veras no se me conoce mucho?… ¡He llorado tantísimo! Primero, de rabia; luego, de alegría… ¡No se enamore usted nunca de un hombre celoso! ¡Se sufre mucho, mucho! ¡Ay, pero esto ya es vivir! ¡Ya es vivir! ¡Las mieles de las paces! ¡No hay otras!

Mentina. Enhorabuena.

Amelia. Gracias. La acepto, ¿cómo no? ¡Reconocidísima! Y, por Dios, olvide la escena…

Mentina. Procuraré olvidarla.

Amelia. Y yo, por mi parte, también. No crea usted que no; me tiene corrida, abochornada… ¡Huy! ¡Qué cosas hace una!…

Mentina. No se preocupe.

Amelia. Bueno; mi marido, naturalmente, dejará esta casa.

Mentina. ¡Naturalmente!

Amelia. Ya les haremos un regalito…

Mentina. ¡De ninguna manera! ¿Por qué?

Amelia. Está encantado con ustedes… De usted se hace lenguas. De lo modosa, de lo amable, de lo inteligente, de lo bien que se viste… Este modelo es muy bonito.

Mentina. A mí no me gusta.

Amelia. ¿No? Pues ¿por qué lo lleva?

Mentina. ¡Para ver si lo rompo!

Amelia. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia! En fin, dejo a usted… Otra vez mis disculpas. ¿Voy muy descompuesta? ¿No, verdad? Luego mandaré a un criado por el equipaje… ¡No, no me acompañe usted! ¡No lo consiento! Descuide usted que no me llevo nada… Es decir, ¡ya me llevo bastante! ¡Ay, qué cojín más lindo! ¿Es estampado o es bordado a mano?

Mentina. Bordado a mano.

Amelia. ¿Por usted?

Mentina. Por mí.

Amelia. Muy habilidosa. Yo no he sabido nunca enhebrar una aguja.

Mentina. De todo ha de haber.

Amelia. Adiós, señorita.

Mentina. Adiós… señora.

Amelia. ¡Que no consiento que salga usted! Buenas tardes.

Mentina. Sea como usted quiere. Me quedo.

Amelia. Buenas tardes. *Vase sonriéndole con travesura.*

Mentina. Buenas tardes. ¡Si llego a salir, la tiro por las escaleras! Pero ¡qué cambio de mujer! ¿Quién la conocería? ¡La que la vió llegar y la ve marcharse!… ¡Es otra, es otra!…

Reaparece Tino.

Tino. ¡Cínica! ¡Embustera!

Mentina. ¡Embustera!

Tino. ¡Ahogaría a esa mujer!

Mentina. ¡Y yo! ¡Coincidimos! Y ¿quiere usted que le diga una cosa?

Tino. Todo lo que me diga usted lo encontraré justo.

Mentina. ¡Que no me explico que haya podido desbancar a tantas!

Tino. ¡Ni nadie! Y si conociera usted a alguna de las otras…

Mentina. No tengo para qué; no me las presente usted nunca.

Tino. ¡Nada más lejos de mi ánimo! En cuanto a Amelia… Había de ser fea, que no lo es, ciertamente…

Mentina. ¡Psché!

Tino. Y hubiera sido igual para Lázaro. Es la china que le había de tocar. Es suave, coqueta, refinada, sinuosa, inteligente, astuta, agradable… Yo tengo escrita una comedia donde muestro que a todo hombre, entre mil mujeres que trate, lo acechan dos: la que puede perderlo y la que lo puede salvar. En el «yo te quiero» a una o a otra está la felicidad o la desventura.

Mentina. Es bonito asunto. Muy interesante. ¿Cómo se titula esa comedia?

Tino. *Las dos*.

Mentina. ¿*Las dos*?

Tino. ¿No le gusta el título?

Mentina. Francamente, no; no me gusta. Sin conocer de antemano la obra, parece la hora de almorzar.

Tino. *Riéndose.* Eso mismo me dijo Lázaro cuando se la leí.

Mentina. ¡Pobre Lázaro! Es digno de lástima. Acabo de comprender toda su tragedia.

Tino. Es asunto sin solución.

Mentina. ¡Sin solución!

Tino. Fuerza es cambiar de tema.

Mentina. ¡Ay! ¡Ahora nos va a ser tan difícil!… A lo menos a mí. Se había ganado mi voluntad este hombre… le había llegado a tomar un especial afecto…

Tino. ¿Especial?

Mentina. Especial, sí. ¿No está así bien dicho?

Tino. Usted lo sabrá. Y… ¿afecto?

Mentina. Afecto, es claro.

Tino. ¿Simplemente afecto?

Mentina. Simplemente. ¿Qué va usted a creer?

Tino. ¡No; yo, nada!

Mentina. Afecto, afecto: una predilección, una simpatía… Afecto. No digo yo que…

Tino. ¿Qué no dice usted?

Mentina. Pues ¿no oye usted que no lo digo?

Tino. Es que en este punto… me siento un poco envenenado por el autor dramático que hay en mí.

Mentina. Ya.

Tino. Y estoy ahora precisamente planeando una nueva comedia en la que quisiera pintar —no demostrar; pintar— que nunca se halla el corazón humano más propicio a un amor, que a raíz de un gran desengaño amoroso.

Mentina. También es bonito ese tema; pero no guarda ninguna relación con lo que decíamos.

Tino. ¡Ah, ninguna! El pensamiento vuela caprichosamente y suele ser ilógico. ¡Usted creo que tiene una facilidad… una inventiva!…

Mentina. Un poco peligrosas.

Tino. ¿Peligrosas, por qué? ¿Dónde está el peligro?

Mentina. En las gritas que pueden darme.

Tino. ¿Gritas a usted?

Mentina. Como a todo el mundo. El que ama el peligro…

Tino. ¡Será porque no se publique en los programas el retrato de usted!

Mentina. *Halagada.* ¡Ah! ¿sí?

Tino. ¿No tiene usted espejo?

Mentina. Piadoso.

Tino. Y ¿la de usted es vocación innata… o afición nacida circunstancialmente?

Mentina. Esto último. Es brote nuevo, como el caso de la obra de usted. Pensé escribir comedias… porque me hacía falta dinero. Ahora, que después… ya me ha vencido la afición. Las inventaría y las escribiría aunque no me diesen una peseta. ¿Y usted?

Tino. ¡Yo tengo una sed de aplausos infinita!

Mentina. Pero ¿no le hace falta dinero?

Tino. ¡Todas las mañanas!

Mentina. ¿Todas las mañanas?

Tino. ¡Y todas las noches!

Mentina. ¡Ja, ja, ja! ¿Por las tardes, no?

Tino. ¡Por las tardes trabajo, y entonces soy archimillonario, Mentina! Pero los aplausos… los aplausos… ¡Sueño con los aplausos!

Mentina. ¡Ay! De aplausos nada más no se vive.

Tino. Los aplausos traen lo otro por añadidura.

Mentina. ¿Siempre?

Tino. No siempre: casi siempre. ¡El hecho es que suelen traerlo! Usted y yo podríamos escribir reunidos una comedia que nos diese gloria… y provecho.

Mentina. ¡No me ponga usted los dientes largos!

Tino. ¿Para qué? ¡Los tiene usted de un tamaño precioso!

Mentina. ¡Jesús!… *Entre sí.* (¿Se va a atrever tan pronto este hombre?).

Tino. ¿Eh?

Mentina. ¿He dicho algo?

Tino. Me pareció oír…

Mentina. Sería lo subconsciente.

Tino. Pues sí, Mentina, sí: podríamos escribir una comedia nunca vista.

Mentina. ¡Nunca vista sería lo peor!

Tino. ¡Digo! ¡Y con ese ingenio! ¡Una comedia que entusiasmara, que arrebatara, que al público del estreno lo pusiera de pie!

Mentina. ¡Yo prefiero que se siente el otro cien noches!

Tino. ¿Por qué no las dos cosas?

Mentina. ¡Bueno! Y ¿usted cree que coincidiríamos en orientaciones, en gustos?…

Tino. ¡Seguramente sí!

Mentina. ¿Usted tiene gracia?

Tino. *Algo sorprendido.* Escribiendo… dice mi familia que sí.

Mentina. Yo necesito un colaborador que tenga mucha gracia.

Tino. ¡Consulte usted con mi familia!

Mentina. Ahora mismo se me acaba de ocurrir un título magnífico.

Tino. ¿Sí? ¿Cuál?

Mentina. *La Risa*.

Tino. ¡*La Risa*! ¡Vaya un título de cartel!

Mentina. *La Risa*. Todos sus aspectos, todas sus causas, todos sus matices… Risa de ternura, de coraje, de gracia, de llanto… Risa que nace de la felicidad, del ridículo ajeno y del propio, de lo grotesco de la vida… Risa que avillana el espíritu, risa que lo eleva… que lo ennoblece…

Tino. ¡Oh! ¡Oh! ¡Admirable colaboradora! ¡Qué bien se expresa usted! ¡Cómo coincidimos! ¡Vamos a hacer muchas comedias! ¡Esta de *La Risa* será la primera de todas! ¡Exaltar la superioridad del hombre —¿no es esto?— como único ser de la creación capaz de la risa! ¿Usted ha visto alguna vez a un burro soltar la carcajada?

Mentina. ¡Nunca! Pero he tenido un gato que se sonreía algunas veces. *El humorista*, le llamaba papá.

Tino. ¡Ja, ja, ja! ¡Es aprovechable el detalle! Soy dichoso. ¡Veo que en lo fundamental estaremos de acuerdo!

Mentina. ¡Yo también! Porque usted sentirá un teatro alegre, luminoso, radiante, alentador…

Tino. ¡Claro está! ¡Agua fresca en mitad del camino! Aun cuando tratemos del dolor, que es inseparable de la vida, lo amortiguaremos, lo aliviaremos…

Mentina. ¡Abriremos una ventana al sol! ¡Como se les abre a los enfermos!

Tino. ¡Muy bien!

Mentina. ¡Muy bien!

Tino. ¿Acordada la colaboración entonces?

Mentina. ¡Acordada!

Tino. Pues oiga usted una idea genial.

Mentina. A ver.

Tino. No para ninguna comedia; para la vida. Para mi vida… para nuestra vida. *A un gesto de extrañeza de ella.* ¡Para nuestra vida de colaboradores!

Mentina. ¡Ah! A ver. ¿Cuál es esa idea?

Tino. Venirme a ocupar yo las habitaciones que deja Lázaro.

Mentina. ¡Ah!

Tino. ¿Hay inconveniente?

Mentina. Si usted no lo ve… yo por mí no lo veo.

Tino. ¡Pues yo no veo ninguno!

Mentina. Dándole cuenta del cambio al administrador de la casa…

Tino. ¡Ah! ¡Es natural! En esta ocasión más que en ninguna. El buen nombre de ustedes… ¡Se concluyó el misterio! ¡Un millón de gracias, Mentina!

Mentina. ¿Por qué?

Tino. ¡Por todo! ¡Por acogerme aquí, por aceptar mi colaboración!… ¡Por todo!

Mentina. Pero ¡si era yo quien necesitaba de usted! ¡Si ha caído usted como llovido del cielo!

Tino. ¡Oídos que tal oyen, colaboradora!

Mentina. ¡La verdad, colaborador!

En este momento sale por la puerta de la izquierda Lázaro, que se marcha luego a la calle.

Lázaro. ¡Colaboradores! ¡Me congratulo de ello!

Mentina. ¡Lázaro!

Tino. ¿Has oído?

Lázaro. Sí. Ya se lo anuncié a usted, Mentina. A colaborar, a colaborar… Pero no se olviden ustedes del espejo piadoso.

Mentina. De él hemos tratado.

Lázaro. Que no sorprenda la Humanidad en las farsas de ustedes, ni su rostro espantable, ni sus muecas horribles.

Tino. ¡Oh, no! Ya me conoces. Mil veces te lo he dicho, Lázaro: la vida es

fecunda y es varia; tiene y da para todos. Elija cada cual para su arte los modelos que más le acomoden y le seduzcan.

Lázaro. Bien, Mentina. Hace unos instantes hablaba usted aquí con…

Mentina. Con su esposa de usted.

Lázaro. Con mi esposa.

Mentina. Ya me ha advertido…

Lázaro. Sí.

Mentina. Que nos deja usted.

Lázaro. Sí; es inevitable.

Mentina. Y lo dice usted como lamentándolo.

Lázaro. Y lo lamento.

Mentina. Pues nadie lo creía… por las apariencias…

Lázaro. ¡Oh! ¡Las apariencias! Son eso: apariencias.

Mentina. *Disimulando piadosamente su sentir.* Su señora de usted va contentísima. Y no creo que sea cosa fingida, exterior…

Lázaro. No lo es. Ella ha triunfado: está contenta.

Mentina. ¿Usted, no?

Lázaro. Yo, no.

Pausa. Tino, callado, escucha y observa, participando de la emoción de ambos.

Mentina. Bien. No seré indiscreta. Pero, aunque deje usted mi casita, Lázaro, no dejará usted la amistad, naciente, de estas pobres muchachas.

Lázaro. Eso no. He vivido con ustedes unos días que no sabré olvidar. ¡Por cuántos motivos!… Ya le he dicho a usted que lamentaba…

Mentina. Entonces, algún día no lejano, cuando se tranquilice usted…

Lázaro. Cuando yo me tranquilice… ¿en día no lejano?…

Mentina. Es mi buen deseo.

Lázaro. Gracias.

Mentina. ¿Vendrá usted a vernos entonces?

Lázaro. Vendré a verlas.

Mentina. Lo espero. Que no quede en palabras, Lázaro. Me había hecho yo la ilusión de distraerlo a usted… de sacarlo un poco de sí… ¿No llegaremos a escribir juntos aquella comedia? Tino nos lo permitiría…

Lázaro. Mentina, le repito a usted que yo no tengo ese don divino de la creación. *Conmoviéndose.* ¡Le repito a usted que yo sólo sabría hacer un drama!

Mentina. ¿Un drama? ¿El drama…? ¿Vuelta al pesimismo?

Lázaro. ¡Acabo de hundirme más en él!

Mentina. ¿Cómo? Pues ¿no ha dado con una solución dichosa?

Lázaro. Para el protagonista, no. Al contrario. El héroe… —¡el héroe, no: el hombre!— el pobre hombre de mi drama, no acierta sino a perdonar.

Mentina. ¿A perdonar?

Lázaro. Sí.

Mentina. Y el perdón ¿no es siempre generoso… no es un consuelo?

Lázaro. Cuando es como este mío, no. Es un perdón inicuo, humillante; un perdón de flaqueza, de cobardía, que cuando el hombre lo considera a solas, siente el frío de la muerte en su cuerpo, y toda la sangre de él en su rostro. Porque ha de saber usted que este héroe mío —¡héroe, no!—, este infortunado personaje ha sido en la vida digno en todo, menos en eso.

Mentina. ¿No parecerá falso?

Lázaro. Aunque lo parezca, no lo es. Es indigno y lo reconoce. Cuando lo reconoce, es que entiende de dignidad. Y devora su oprobio, su ignominia, como un monstruo que se nutriera de su propia sangre; como un loco que, consciente de

su locura, rehuyese el hablar de ella.

Mentina. Y ¿por qué es eso, Lázaro?

Lázaro. ¡Ah! ¡Por qué es eso!… Porque su dignidad es impotente ante la fuerza de una mujer; porque su voluntad se quiebra y se rompe y se deshace en los brazos de ella. Porque el contacto de su piel lo electriza; porque su aliento lo desvanece; porque un rizo de ella que le roza en la frente al desventurado, le infiltra los pensamientos que ella quiere que él tenga, y él los hace suyos; porque no hay tampoco para él más boca de mujer que esa boca, que besa y que miente.

Mentina. Y ¿él sabe que miente?

Lázaro. Lo sabe… y la cree.

Mentina. Pues ¿cómo la cree si lo sabe?

Lázaro. ¡Porque ella quiere que la crea! Me dirá usted… la gente me dirá que este drama es inverosímil, absurdo, falso; pero yo sé que no lo es.

Mentina. ¡Terrible drama!

Lázaro. ¡Ay!… ¡Sí! El drama de todos los días; de todas las horas: no el que acaba en la muerte de uno de los dos. El drama del muerto que vive fingiendo que vive, mucho más hondo y más amargo. ¡Imagine usted qué manantial de situaciones angustiosas! Ella y él siempre juntos, siempre cara a cara, con la traición latente entre los dos. ¿Qué hablan? ¿Qué se dicen? ¿Cómo se miran, cómo se contemplan? Se ríen a ratos, pero ¡qué risa más triste la suya! Hay algo en su atmósfera que todo lo hiela en torno de ellos. Y él vivirá como perseguido, como obsesionado. Si en la calle lo miran al pasar casualmente, él verá en aquella mirada una acusación o una burla. Dondequiera que entre, se figurará que todo el mundo lo señala a hurtadillas; oirá alusiones y risas que sólo existirán en su espíritu, y creerá que se soslayan conversaciones maliciosas porque él está presente. Engañará a parientes y amigos contándoles historias absurdas para justificarse, para disimular su abyección. Los engañará a todos, a todos… menos a ella.

Mentina. ¡Qué tortura!

Lázaro. ¡Oh! Y alguna noche irán al teatro; y tal vez se representará un drama de adulterio; y ella, la pecadora que destroza la vida de un hombre, insultará cínicamente a la pecadora de la ficción escénica, y él… él llorará escondiéndose, pero no del drama del tablado, sino del suyo propio, que sangra.

¡Pobre personaje! Éste es el drama mío; éste es mi drama doloroso, callado: sin muerte, sin estruendo. El que yo escribiría, si supiera. ¡No lo escriban ustedes nunca! *Les estrecha conmovido las manos y se va sin decir más palabras, porque acaso no puede.*

Mentina. *A punto de llorar.* ¡Oh! ¡No debe ser esto! ¿Verdad, Tino? ¡Algún día se rehará esa voluntad, se levantará ese corazón, saltará la cuerda, y ese hombre se libertará de su tormento!

Tino. No, Mentina: lo conozco bien. Ese hombre vivirá siempre así.

Mentina. ¡Déjeme usted idearle a su drama un desenlace consolador! ¡Más humano, más nuestro!

Tino. Voy tras él; voy con él.

Mentina. Sí; acompáñelo. Hasta mañana.

Tino. Hasta mañana. *Vase por la puerta del foro.*

Mentina corre al mirador. Oportunamente llega Chuli. Viene roja de indignación, y al ver a su hermana la interroga con gravedad graciosa.

Chuli. Pero ¿qué va a ser esto, Mentina?

Mentina. ¡Ah! ¡Chuli! ¿Qué?

Chuli. Lázaro me encuentra en la escalera, y me da un beso; Tino me detiene en el pasillo, y me da otro. ¿Qué se han figurado? ¿Por quién me toman? ¿Qué viene a ser esto?

Mentina. Ven acá, Chulina, no te enfades. *Acariciándola.* No quieras ser mujer tan pronto. Ya lo serás… y llorarás mucho.

Chuli. Bien, pues aun siendo niña, ¿quieres explicarme?… ¿Quieres decirme qué sucede aquí?

Mentina. Sí, mi vida, sí; en dos palabras: se va Lázaro.

Chuli. ¿Eh? ¿Qué dices?

Mentina. Eso; que se va Lázaro.

Chuli. ¡Jesús nos valga! ¡Adiós mis presupuestos! ¡Y con los gastos en que yo me he metido!… Así no es posible llevar una casa. ¡Jesús, Jesús, Jesús!

Mentina. No te apures, ministra de Hacienda. En ese punto estamos de suerte. Tus presupuestos no sufren variación: se va Lázaro… pero en su lugar se queda el otro.

Chuli. ¿Quién?

Mentina. El que te ha besado en el pasillo.

Chuli. ¿El autor?

Mentina. El autor. Un muchacho muy bueno, muy simpático, muy listo, muy trabajador, muy entusiasta…

Chuli. ¡Mentina!

Mentina. ¿Qué, Chuli?

Chuli. ¡Que te tiemblo! ¿Vas a enamorarte también de éste?

Mentina. ¡Ojalá!

Chuli. ¿Ojalá? No comprendo…

Mentina. Si fueras mujer, ya comprenderías.

Chuli. *Con suficiencia.* Y sin serlo. Quisieras enamorarte de él… para olvidar al Otro.

Mentina. *Acariciándola nuevamente.* Pero ¡qué bachillera! Oye, Chuli: voy a colaborar con él.

Chuli. ¿Con quién?

Mentina. Con Tino.

Chuli. Entonces puede que te enamores.

Mentina. Vamos a escribir muchas comedias. *Enterneciéndose.* La primera de todas… *La Risa*.

Chuli. ¿*La Risa*? ¿Y lo dices haciendo pucheros?

Mentina. Acaso empecemos mañana mismo a poner el telar. Ya te digo: muchas comedias escribiremos juntos… ¡muchas! Comedias risueñas, sugestivas, graciosas, agradables… que cautiven al público, que le alivien el pesar de la vida. Ganaremos gloria y provecho. Y luego, yo solita, voy a escribir un drama.

Chuli. ¿Un drama tú?

Mentina. El drama de Lázaro. Un drama torcedor, sombrío, amargo, angustioso, sin luz ninguna, ni siquiera en el horizonte. Para gozar creándolo; para pensar en él mientras lo escribo; para que nadie lo conozca nunca; para que nadie lo represente. ¡Para mí sola, Chuli; para mí sola!

Vuelve a acariciar a la hermanita, que la mira sintiendo y comprendiendo su emoción.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía - El Escorial, septiembre, 1929.

MARIQUILLA TERREMOTO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Infanta Beatriz** el 22 de febrero de 1930

En el mundo de los seres increados palpitaba *Mariquilla Terremoto*:

luz incierta entre unas nieblas de colores; voz lejana que el artista escucha sólo.

Como el arpa en un rincón abandonada, silenciosa y polvorienta en su abandono, que allí aguarda que la mano del poeta

de ella arranque los latidos sonorosos, así el alma de esta ingenua *Mariquilla* esperaba que un poder le diese el soplo que a la vida de la escena la empujara, con su gracia, su pasión y su alborozo.

Y fué el grito de una actriz inponderable quien le dijo a *Mariquilla*: «¡Vive pronto!

¡Ven conmigo, *Mariquilla*, que yo quiero darte cuerpo, darte sangre, darte rostro; que tu gracia salte en chispas por mi boca; que tu espíritu se asome por mis ojos;

que al oírte y al mirarte en mi figura

una sola parezcámosles a todos!

¡Me darás tú los donaires de tu pueblo; te daré yo la malicia de mis modos;

tú, las fuertes enseñanzas de tu vida;

yo, del arte que profeso, los tesoros!

¡Ven a mí, que yo te quiero, *Mariquilla*, la nacida y la caída en el arroyo;

la que luego corre el mundo y sigue siendo pueblo neto, pueblo puro, pueblo propio!

¡La que funda en la miseria de su cuna el blasón más arrogante de su trono;

la que experta en los vaivenes de las almas, es capaz de discutir con un filósofo…!»

Se miraron cara a cara los poetas

al sentir estos acentos misteriosos,

y apreciándolos conformes, se dijeron:

—¡A la escena, *Mariquilla Terremoto*!

A CATALINA BÁRCENA,

sal de muchos mares, hechicera del

arte escénico, con devoción y cariño

de siempre,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Mariquilla Terremoto. Catalina Bárcena. Gracita. Helena Cortesina. Sagrario. Rafaela Satorres. María Manuela. Milagros Leal. Esperancilla. Pilar Casteig. Enriqueta. María Luisa Arias. La Sobrina de Lupe. María Díaz Valcárce Pepa la de Juan. Concha Ramos. Quique. Manuel Collado. Isidoro Huerta. Francisco Hernández Cristobalito. Luis Manrique. El Tito. José F. Pidal. Carrión. Manuel Dicenta. Chiquillos y gente del pueblo

MARIQUILLA TERREMOTO

ACTO PRIMERO

Un patinillo en Las Canteras, pueblo sevillano.

A la derecha del actor, en primer término, el portón de entrada; en segundo término, ventana a la calle. Al foro, un arco que deja ver un corralillo. A la izquierda, puerta que conduce al Interior de la casa. Pintorescos arriates, blancas paredes y suelo de ladrillos muy aljofifado. Tres o cuatro sillas. Es por la mañana, en otoño.

Sagrario y Cristobalita, los dueños de la casa, antiguos criados de una muy rica de Sevilla, jubilados ya, son lo que pudiera llamarse un matrimonio burgués del pueblo. Ella tiene cincuenta años y es mujer de muy buena pasta; él araña casi los sesenta, y es hombre terne, avisado y de mundo. El Tito, viejecito ochentón pariente de ella, no puede y a materialmente con la fe de bautismo. Lleva al brazo un canastito con golosinas para la venta por las calles.

Sagrario. *Recontando la mercancía.* De manera que yeva usté dose piñonates, dosena y media de *suspiros…*

Tito. Sí, mujé: cuatro yemas de coco, ocho caramelos y siete *carguitas de leña*. No me trabuco, no. Así anduviera de las piernas tan seguro como de la chirola.

Cristobalito. ¿Qué edá tienen los piñonates, Tito?

Tito. ¡Qué sé yo! Pero los piñonates, mientras más duros… más se apresian. Yevo uno der verano pasao. Ni las calores de agosto lo ablandaron. ¡Y ablandaban los adoquines! Er chiquiyo que me lo compre tiene entretenimiento pa dos horas. Hasta luego.

Sagrario. Hasta luego, Tito.

Cristobalito. Vaya usté con Dios.

Tito. *Yéndose por el corralillo y ensayando uno de sus pregones.* ¡A los güenos durses caseros! ¡La ruina de las confiturías!… ¡La girnasia de las dentauras!…

Cristobalito. ¡Lo que se pasean esos durses!

Sagrario. Déjalo, hombre.

Cristobalito. Ahora se va a un banco de la Plasa, y se duerme; luego, a la farda der castiyo, y se duerme también. ¡Y mientras tanto, comen durses las moscas de tres barrios!

Sagrario. Y tan contento é. Y así no nos estorba en la casa. Y er día que por casolidá vende argo y trae cuatro perriyas, no se cambia por nadie.

Vuelve en esto el Tito, con la alegría de quien viene a prestar un servicio de suma importancia.

Tito. La niña, de conversasión con la *Barrigona*. Y la *Barrigona* le ha dao un papé. *Con zumbona ironía.* ¡Er viejo no sirve pa na!… *Se vuelve a ir tan satisfecho, pregonando.* ¡A los güenos durses! ¡Yevo unos piñonates que son manteca!

Sagrario. ¿Será ese papé una carta de despedía, Cristobalito?

Cristobalito. ¡Si lo quisiera Dios, Sagrario!

Sagrario. ¿Se irá ar fin ese hombre donde no vuerva a verlo más mi lusero?

Cristobalito. ¡Si lo quisiera Dios!… Por farta de sera y de aseite no ha de quedá. ¡Mía que has ensendío tú velas y lampariyas!

Sagrario. ¡Y no se me ha pasao día sin hasé una promesa!

Cristobalito. ¡A vé si cansas a los santos también y te sale er tiro por la culata! No hay que abusá de nadie; ni de los santos; que hay argunos que no tienen correa.

Sagrario. Ahí viene la niña. ¡Qué carita de pena trae!

Cristobalito. ¡Pos ríete tú, mujé; que nosotros no sabemos una palabra!

Disimulan. Por el corralillo, con aire de contrariedad y disgusto, llega Gracita, linda muchacha que vive con ellos, prohijada. Se detiene un momento; los mira con rencor, y no determinándose a hablar, va a marcharse al interior de la casa. La natural ternura de Sagrario da ocasión, inocentemente, a que salte la primera chispa, y luego las palabras se enredan.

Sagrario. ¿Qué te pasa, hija?

Gracita. *Volviéndose a ella, desabridamente.* ¿Hija? ¡Usté no es mi madre!

Sagrario. No lo soy, no; y bien que lo siento no serlo.

Cristobalito. Pero te ha querío y te quiere como si lo fuera; y no está bien que tú le digas eso, y menos de esa forma. Hate cargo, hija mía.

Gracita. ¡Tampoco usté es mi padre!

Cristobalito. Tampoco. Sólo que a farta de los que te trajeron ar mundo, y que te abandonaron, no creo yo que tengas quejas ni de eya ni de mí.

Gracita. Si fuera usté mi padre y usté mi madre, no me harían yorá.

Cristobalito. Quien bien te quiera… Er refrán lo dise.

Sagrario. Y si nosotros te hasemos yorá, bien sabe Dios que es sin quererlo. Ven acá, rosa con espinitas; ¿qué te pasa ahora?

Cristobalito. ¡No te derritas tú tan pronto, que la tienes mal acostumbrá con tanto arrumaco y tanto besuqueo! Con ésta vale más sé duro; duro, como los piñones der Tito.

Gracita. ¡Usté no es mi padre!

Cristobalito. ¡Dale grasias a Dios; porque si lo fuera te había roto ya una costiya!

Gracita. ¡Y me iba yo a dejá!…

Sagrario. Bueno, bueno, bueno… ¿Qué tienes, Grasita; qué tienes?

Gracita. Miste qué carta he resibío.

Cristobalito. ¡Temprano ha yegao er correo de Seviya!

Gracita. No ha sío por er correo. Me la ha traío Lupe la *Barrigona*.

Cristobalito. ¡Que es una saca!

Gracita. ¡Que es una mujé que a mí me quiere mucho! ¡Más que ustedes dos!

Sagrario. *Afligiéndose, escandalizada.* ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Padre mío Jesús; perdónala! ¿Tú oyes esto? ¡Ay, ay, ay!… ¡Que la *Barrigona* la quiere más que mi marío y más que yo! ¡Ay, ay, ay!… ¡La *Barrigona*! ¡la *Barrigona*!…

Cristobalito. *Apelando a un tarareo que emplea en las situaciones que no quiere afrontar y de las que se burla.* ¡Tu tu tu tu tu tu!…

Gracita. Pos sí, señó; pos me quiere más; porque está de mi parte; porque ve siempre por mis ojos; no es como ustedes, que me quebrantan en lo que más quiero.

Sagrario. Pero esa carta ¿es de tu novio, niña?

Cristobalito. Pos ¿de quién va a sé, peaso e tonta?

Gracita. ¡De mi novio es! ¿No me ve usté yorando?

Sagrario. Y ¿qué te dise?

Gracita. ¡Que se va a América, pa no morirse de hambre por las cayes! ¿Le paese a usté bien?

Sagrario. ¿Que se va a América?

Cristobalito. ¿Que se va a América?

Gracita. ¡Que se va a América! ¡Y ustedes son los que tienen la curpa! ¡Ustedes! ¡Ustedes!

Cristobalito. La tengamos o no, si es verdá que se va, tú te alegrarás argún día.

Gracita. ¡Er día que ér vuerva! ¡Se han empeñao ustedes en que yo no quiera a ese hombre, y yo me he empeñao en no queré a otro!

Sagrario. ¡Hija!

Gracita. ¡Usté no es mi madre!

Cristobalito. ¡Ni yo tu padre! ¡Ya lo sabemos!

Gracita. *Con terquedad graciosa.* Pos sí, pos sí; pos tengo de quererlo, tengo de quererlo. Y si se va a América, yo me voy detrás de é. ¡Por la má o por el aire! ¡Me

voy detrás de é! ¡Con esa no se salen ustedes!…

Marchase airada al interior.

Cristobalito. Cría cuervos… Er mimo; éste es er mimo.

Sagrario. Pos ¿qué hemos de hasé más que mimarla? ¿Es que se recoge a una criatura pa darle malos tratos? Diga eya lo que diga, Dios haría un bien en yevarse lejos a ese hombre. ¡Condenasión de novio! ¿Será verdá que se larga, Cristobalito?

Cristobalito. ¡Ahora vienen bien las velas y los sirios pa que lo sea!

Sagrario. ¡Qué suerte pa la niña! ¡Eya no lo comprende! ¡Pobresita mía! Pero ¡mira que desirme a mí que la quiere más la *Barrigona*!…

Cristobalito. Cría cuervos…

Sagrario. ¡Y vuerta a los cuervos! ¡Haberme dao tú un hijo, que no me has servío nunca pa na!

Cristobalito. Oye, oye; que de mi primera mujé tuve dos. Y cuando tú te mueras de tonta, y me case por tersera vez, ¡ayá veremos lo que pasa!

Sagrario. ¡Pos pasará que tendrás con la tersera lo que no has tenío ni con la primera ni con la segunda! ¡Asierta lo que es! *Vase adentro en busca de Gracita.*

Cristobalito. ¡Vaya una charadita pa un viejo!… ¡Tu tu tu tu tu tu!…

Llaman al portón.

Cristobalito. Vamos a vé quién es ahora. *Lo abre y aparece Isidoro Huerta, persona simpática y segura de sí, que se pintará en sus palabras.* ¡Hola, Isidoriyo!

Isidoro. Cristobalito, buenos días.

Cristobalito. En ti reinaba yo no hase sinco minutos.

Isidoro. Y yo en esta casa, la más bonita de Las Canteras. ¿Y Grasita?

Cristobalito. Pa ayá dentro acaba de irse a hasé peasos un ladriyo.

Isidoro. *Sonriendo.* Con los tacones, ¿no?

Cristobalito. Con los tacones.

Isidoro. ¿Rabietiya?

Cristobalito. Rabietiya. No sé qué carta le han traío…

Isidoro. ¡Ole!

Cristobalito. ¿Te alegras?

Isidoro. No lo siento. ¿Y Sagrario?

Cristobalito. Ayí está hasiéndole er son con sus pucheros.

Isidoro. ¡La pobre! ¡Lo que quiere a Grasita!

Cristobalito. Mucho más que si la hubiera yevao en sus entrañas. ¡Los aperreos que se toma por eya! Yo creo que Dios no le ha dao hijos pa que en eya se encuentren madre más de cuatro que no la tienen. ¡Mi mujé es una Inclusa particulá!

Isidoro. Es verdá que sí.

Cristobalito. Aquí ha habío siempre una criatura recogía de la caye. Y si no una criatura, un perro, o un gato, o un jirguero, o un gorrión. ¡Se conose que conmigo solo se aburre!

Isidoro. Buen corasón que tiene.

Se sientan y fuman.

Cristobalito. Pos yo te aconsejo una cosa, Isidoriyo.

Isidoro. A vé.

Cristobalito. Si tú te casas argún día… con quien sea…

Isidoro. *Tranquilamente.* Yo no me caso más que con Grasita.

Cristobalito. ¿Estás seguro?

Isidoro. Seguro. ¿Usté no?

Cristobalito. Yo bien querría estarlo.

Isidoro. Pos descanse usté en mí.

Cristobalito. ¿A pesa der novio que tiene?

Isidoro. Ese novio no cuenta: es humo der sigarro. *Disipando con la mano el del que fuma.* Miste.

Cristobalito. Amén. Pos si tú te casas… con quien sea…

Isidoro. Con Grasita.

Cristobalito. Y no tienes hijos…

Isidoro. Yo tendré los hijos que a mí me dé la gana.

Cristobalito. ¿Ah, sí?

Isidoro. Sí, señó; dos niños y una niña.

Cristobalito. ¡Qué seguridá!

Isidoro. Pedro y Juan, como mi padre y como mi abuelo, y Grasia, como eya y como mi madre.

Cristobalito. ¿Hasemos ya er padrón?

Isidoro. Por mí…

Cristobalito. ¡Entonses está de más lo que iba a desirte!

Isidoro. De más der to. Usté me iba a desí que no prohijara a nadie.

Cristobalito. Eso.

Isidoro. Pierda usté cuidao. No habrá caso, pero pierda usté cuidao.

Cristobalito. Mucha confiansa tienes en tus ilusiones.

Isidoro. No es la primera vez. Lo que intento logro.

Cristobalito. ¿Siempre?

Isidoro. Siempre.

Cristobalito. ¿Cómo te las compones?

Isidoro. Con carma y con tiempo. Cuando yo tenía siete años, y andaba descarso por Las Canteras, y me ganaba er pan yevando arforjas y maletas de la estasión der ferrocarrí a la *Posá de Jesús y María*, más de una vez pensé: «Argún día seré yo el amo de esta casa». Y ya lo soy.

Cristobalito. Y sea por muchos años.

Isidoro. Pos así seré también el amo de Grasita.

Cristobalito. Dios lo haga. Pero mira que está muy encaprichá con er señorito.

Isidoro. Humo der sigarro. Y ahora, más bien que der sigarro, de un barco que salió ayé de Seviya pa Buenos Aires.

Cristobalito. *Con alegría.* ¿Qué me cuentas, Isidoriyo? ¿Es verdá eso que dises?

Isidoro. Por verdá lo tengo.

Cristobalito. ¿Tú me lo fías?

Isidoro. De hombre a hombre: yo mismo le he pagao er pasaje.

Cristobalito. ¿Tú?

Isidoro. Yo, que sé gastarme un puñao de duros a tiempo.

Cristobalito. ¿Habrá sinvergüensa?

Isidoro. ¿Quién?

Cristobalito. ¡Er señorito ése!

Isidoro. Esto, que no lo sepa nadie. De hombre a hombre.

Cristobalito. ¿Sí, eh? Pos escúchame tú a mí ahora. De primo a primo.

Isidoro. ¿Cómo?

Cristobalito. Yo le he pagao er pasaje también.

Isidoro. ¿A Quique?

Cristobalito. A Quique.

Isidoro. ¿Habrá sinvergüensa?

Cristobalito. Ahora te toca a ti desirlo. Me juró por las senisas de su padre que era su sarvasión, y a enemigo que huye…

Isidoro. A mí también me nombró las senisas. Y esas fueron mis cuentas: con tar que se quite de en medio…

Cristobalito. ¡Granuja! ¡Que a esto haya yegao el hijo único de mis señores; de mis amos más de cuarenta años en aquer palasio de Seviya; de aquer cabayero y de aqueya dama tan prinsipales!… ¡Granuja! *Rectificando*. ¡Desgrasiao!

Isidoro. ¡Granuja!

Llaman al portón otra vez, abre Cristobalito y aparece el Tito de nuevo.

Cristobalito. Tito, ¿qué es esto? ¿Usté por aquí?

Tito. Yo por aquí.

Cristobalito. ¿Es quisá que ha vendío usté er piñonate de este verano y trae la notisia?

Tito. Es otra cosa. Ese piñonate, harto ya de é, se lo he echao a un perro… y ayá va pa casa der dentista. ¡Se ha estrosao los cormiyos!

Cristobalito. Entonses, ¿qué trae usté?

Tito. Tú verás. Esta mañana, Sagrario y tú, estábais disiendo que er señorito se había ido a América.

Cristobalito. Eso se corre por er pueblo. Y como no parese por aquí hase ya unos días… Además, le ha escrito a Grasita despidiéndose.

Tito. ¡Caramelo!

Cristobalito. ¿Qué pasa?

Tito. ¡Que no valía er trabajo de despedirse pa vorvé tan pronto!

Cristobalito. ¿Cómo pa vorvé?

Tito. ¡Pa vorvé! Ahora mismo está en casa de Juan er Serrano. ¡Y bien acompañao por sierto!

Cristobalito. ¡Que no!

Tito. ¡Que sí!

Isidoro. Carma.

Tito. ¡Qué tiempos arcansamos los viejos! En diez días se va un hombre a América, vuerve… y además tiene lugá de emborracharse.

Cristobalito. Pero ¿tú ves esto, Isidoriyo?

Isidoro. ¡Y lo que toavía tenemos que vé! Carma.

Cristobalito. ¿Qué carma ni qué caracoles? ¡Ahora mismo voy yo a ajustarle las cuentas a ese trapalón!

Isidoro. ¿Las cuentas? ¿Pa qué?

Cristobalito. ¡Son otras cuentas!

Tito. A propósito de cuentas, óyeme lo que dise la *Lunares*.

Cristobalito. ¿Qué dise?

Tito. Que ha sío Sagrario, tu mujé, la que le ha dao ar señorito er dinero pa er pasaje der barco.

Cristobalito. ¿También mi mujé? ¡Pos se va a í en camarote de lujo! ¿Y ahora, Isidoro? ¿Sigo con la carma?

Isidoro. Ahora, más que nunca.

Cristobalito. ¡Tendría yo que yevá en las venas qué se yo qué!… ¡Antes de dos minutos va a escuchá ese niño de un criao de su padre, lo que pué que no le haya dicho nunca ningún señó! *Coge de sobre una silla su sombrero y va hacia el portón dispuesto a marcharse.*

Isidoro. Usté ayá. Yo voy a entrá a vé…

Cristobalito. ¿A Grasita?

Isidoro. No. A Sagrario. A Grasita tengo tiempo de verla cuando nos casemos.

Cristobalito. *Irritado.* Pero ¿será posible…? ¡Te quearás sin eya, Isidoro!

Isidoro. ¡Ca!

Cristobalito. ¡Se la yevará er día menos pensao ese piyastre!

Isidoro. ¡Ca!

Cristobalito. Bueno… Mira… ¡No pueo con tu flema, Isidoro! ¡Somos de distinto barro tú y yo! ¡Tú a tus treinta años y yo a mis sesenta! ¡Vuervo! *Se va por el portón, de estampía.*

Isidoro. Ca maestriyo… *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Tito. *Sonriendo filosóficamente.* ¡Er Tito es er que no sirve pa na! ¡Hay que haserle unos durses pa que se vaya por ahí y no estorbe en la casa!… ¡No sirve pa na! *Pregonando su mercancía, se marcha por donde llegó.* ¡A los güenos durses! ¡Que me los quitan de las manos!… *Queda la escena sola. Lejos, vuelve otra vez a pregonar.* ¡A los ricos durses der viejo! ¡La quiebra de las confiturías!

Pausa.

Por el corralillo se presenta Quique, a desvanecer las dudas sobre su viaje y a demostrar cumplidamente quién es. Viene, como suele decirse, a medios pelos, ajado, mal vestido. Lo primero que hace es silbar, a modo de ponderación de su hazaña.

Quique. Ya no se ve más que mar y sielo… ¡Buena travesía!… ¡Qué bonito es el amanesé en er má, cantando flamenco! *Canturrea.* Tota: ¡que en vez de meterme en er camarote de un vapó, me metí en er camarote de un cormao!… Nadie por aquí. ¡Claro! ¡Si estoy en arta má! ¡Vaya una entradita! ¡Vaya una aparisión! Hase farta tu pecho, Quique. No tuvieron más ni Colón, ni Pisarro, ni los Pinsones. ¡Las cosas que me van a desí Cristobalito y Sagrario! ¡Buh! ¡Cuidao que yo espero que me digan cosas! ¡Pos toavía van a desirme más! ¿Adónde vas, hombre? ¡Que te caes! Lo que tiene un propósito firme en la consiensia: estoy como embarcao. Marinero, acompáñame a mi camarote. ¿Se admiten propinas? *Se echa*

mano a un bolsillo. ¡Qué momento er momento en que vuerve uno a encontrarse otra vez sin dos pesetas!…

Sale Gracita del interior de la casa, disparada.

Gracita. ¡Er demonio del hombre ése! ¡Es mi sombra! ¡Si yo no quiero más que ar mío! *De repente ve a. Quique, y su indignación se trueca en asombro y en alegría.* ¡Quique! ¿Qué es esto? ¿Tú?

Quique. ¡Yo, chiquiya! ¿Qué te pensabas? ¡Yo! ¿No soy yo?

Gracita. ¡Tú! Pero ¡qué sorpresa! ¿No te has embarcao?

Quique. ¡Ya lo ves!

Gracita. ¿No te embarcas?

Quique. ¡Ni me embarco, si no es contigo!

Gracita. Entonses ¿por qué me has escrito despidiéndote?

Quique. ¡Porque me iba de veras! Pero ar tiempo de meterme en er bote, resibí carta de mi tío Salustiano, er que vive ayá, er de Buenos Aires, previniéndome que no me hisiera muchas ilusiones; que si me iba con é, tenía que trabajá como un negro. Y lo mismo fué leerlo que dejé er bote y sarté a tierra. ¿Trabajá yo? ¡Vamos! ¡Qué desconosimiento de las personas! ¡Y como un negro! Pero ¿he nasío yo con este coló tan bonito pa cambiarlo por otro? ¡Vamos!

Gracita. ¡Qué grasia tienes!

Quique. ¿Te hago grasia a ti?

Gracita. ¡Hasta cayao!

Quique. ¡Ole las mujeres queriendo! Escúchame, Grasita: dise mi tío que a su lao me tengo que levanta a las sinco de la mañana. ¡Vamos! Y yo le he puesto un *cable* contestándole que mi salú no resiste un cambio tan brusco: ¡que a las sinco de la mañana es cuando yo me acuesto!

Gracita. No; pos en eso no hases bien.

Quique. ¡Si hasta esa hora no me entra er sueño, hija! ¿Uno no se acuesta pa dormí?

Gracita. Y ¿por qué bebes, Quique? ¿Por qué bebes? Esto me quita a mí la rasón pa defenderte luego.

Quique. Pos mira, ahora he bebío pa no irme a América: por mi salú. ¡Porque yo no quería dejarte!

Gracita. ¿No, verdá?

Quique. ¿A mí qué me importa er Nuevo Mundo teniéndote a ti? ¿Qué más mundo nesesito yo? ¿Ni dónde voy a encontrarlo más nuevo? Anteanoche, en Seviya, me fuí a la Plasa de los Conquistadores, donde está Colón, y le dije que era un mal ánge. ¡Un mal ánge y un chiripero, que se encontró con lo que no esperaba! ¡Se lo dije! ¡Estoy yo muy enrabiao con er descubrimiento, y se lo dije!

Gracita. Bueno, Quique, bueno; márchate ahora: que no te vean así; que después toas son críticas, y me ponen a mí la cabesa loca.

Quique. ¿Tú quieres que me vaya?

Gracita. Sí.

Quique. ¿Pero no a América?

Gracita. ¡Tonto! Quiero que te vayas a dormí; a descansá. ¡A que no te vean aquí de esta forma! Vete; vete.

Quique. Pos ya me voy, lusero; ya me voy. Ya me voy. ¡Qué trabajito cuesta arrancá de tu lao! Ya me voy.

Sale del interior, en este punto, Isidoro, quien, a pesar de su calma constante, tiene un movimiento de cólera al ver a Quique. Se rehace en seguida, y se dirige a él con sorna.

Isidoro. ¡Caramba! ¡Paresió er perdío!

Gracita. *Apartándose contrariada.* ¡Por vía de…!

Isidoro. ¿Qué hay, amigo Enrique? ¿Empiesa bien la travesía? *Quique se finge afónico, para no contestarle.* ¡Ah, vamos! ¿No le sale la voz? ¿Afónico? *Quique asiente.* Pos eso con las brisas marinas se le pasará. Pero me parese que va usté un poquiyo mareao. La tarta e costumbre. *Quique niega, y hace gestos que pretenden ser una explicación.* No, no se esfuerse usté. ¿Oí sí oye usté bien, verdá? ¡Bueno! Entonses, cuando se le pase er mareo, me escuchará dos palabritas. Grasia, quéate

con Dios. ¿Ni mirarme siquiera, mujé? Vaya, que sea tu gusto. ¡Nos hemos de mira tantas véses!… ¿Ves? ¡Ya me miraste! Que usté se alivie, náufrago. *Se va tan tranquilo por el corralillo.*

Gracita. Trabajo me ha costao aguanta la risa. ¡Qué ocurrensias tienes! ¡Mía que haserte er mudo!…

Quique. ¡Pa evitarme aquí una cuestión! *Despectivamente.* ¡Er posadero!… ¡El hijo de Bartolo er carrero, un personaje! ¡Vamos! Te advierto que una noche que dormí en su posá —¡que quise dormí, porque no hubo forma de cogé er sueño!—, por la mañana se empeñó en que había de pagarle la cama. Pero ¡si no he dormío, señó! ¡Yo no sé lo que se figura esta gente que sube de gorpe!

Gracita. Y ¿se la pagaste?

Quique. ¿Yo? ¿Yo pagá una posa en Las Canteras? ¡El hijo de mi padre, que fué en la provinsia lo que fué, lo tiene to pagao aquí! ¡Y si no lo tiene pagao, no lo paga! ¡Y que lo tomen como quieran! ¡Vamos!

Gracita. ¡Cáyate!

Sale también Sagrario del interior. Su pasmo al encontrarse con Quique allí llega al extremo. Lo ve y no lo cree.

Sagrario. ¿Eh? Pero ¿qué es lo que ven mis ojos? ¡Señorito Enrique! *Quique la abraza y vuelve a su afonía.* ¿Qué le susede a usté? ¿No pué hablá? ¡Yo sí que he estao a punto de quedarme sin habla! ¿Qué es esto, señorito? ¿Qué es esto? ¿No se había usté embarcao? ¡Ay, várgame Dios! ¡várgame Dios!

Por el portón, que dejó abierto el Tito al marcharse, llega Cristobalita. Quique va a abrazarlo también, pero Cristobalita lo rechaza.

Cristobalito. ¡Hombre! ¡Ya di contigo! En tu busca venía. Quieto. Menos abrasos y más lacha. ¿No pués echá la palabra der cuerpo?

Sagrario. No, no pué hablá: no sé qué le susede.

Cristobalito. Yo sí. Yo lo haré que rompa. Y ya estáis de más aquí las mujeres. Tú, Grasita, vete a lo que tengas que hasé.

Gracita. No tengo que hasé na.

Cristobalito. ¡Pos a contá los frailes, que farta uno! ¡Ayá dentro!

Gracita. ¡Usté no es nadie pa mandarme!

Cristobalito. ¡Ayá dentro!

Sagrario. Anda, mujé; no respondas ahora.

Gracita obedece, haciendo de tripas corazón.

Cristobalito. Y tú, ar corra, con tus gayinas.

Sagrario. No; me voy con eya.

Cristobalito. Iguar me da. Escucha antes de irte.

Sagrario. ¿Qué quieres?

Cristobalito. ¿Es verdá que le has dao a éste dinero pa que se embarcara?

Sagrario. Sí es verdá, sí. Pero ha sío de mis ahorros; de mi arcansía. Me dijo que le faltaba una cantidá; me nombró las senisas de su padre… Y como soy tonta y to me lo creo…

Cristobalito. Eres tonta, sí; pero no has estao sola esta vez. Consuélate. Y anda con la niña.

Sagrario. No te sofoques mucho tú. *Se marcha encomendándose a Dios.* ¡Ay, Dios mío de mi arma!… La Virgen nos tenga de su mano.

Quique. *Adoptando inmediatamente una actitud humilde, por creer que es lo que más le conviene.* Cristobalito, échame de tu casa.

Cristobalito. ¡Me has adivinao er pensamiento!

Quique. ¡Pero perdóname primero, Cristobalito! ¡Acuérdate de mi niñez!

Cristobalito. Como a ti antes se te fué la voz, a mí se me ha ido ahora la memoria. No me ablandas. De ésta, no me ablandas. *Inculpándolo.* Has perdío der to la vergüensa…

Quique. La he perdío.

Cristobalito. Has engañao a mi mujé; me has engañao a mí; has engañao a Isidoro Huerta…

Quique. No, Cristobalito: el único engañao he sido yo, que creí que tenía való pa irme… y me ha fartao. Gasté la primera peseta… y tú sabes que una peseta no se gasta sola.

Cristobalito. ¡Yo lo que sé es que aquí has acabao!

Quique. ¡No!

Cristobalito. ¡Sí! To tiene fin en este mundo. Te he amparao sien veses…

Quique. Verdá.

Cristobalito. Te he dao de comé muchos días…

Quique. Verdá.

Cristobalito. Te he librao argunas veses de í a la cárse…

Quique. Verdá.

Cristobalito. Te he traío a mi casa cuando estabas enfermo, y me has pagao enamorando y enloquesiendo a esa criatura, que es como una hija pa nosotros.

Quique. ¡No me hables de esa criatura, por las senisas de mi padre!

Cristobalito. ¿Quiés no mentá más las senisas?

Quique. ¡No me hables de Grasita, si no quiés que riñamos!

Cristobalito. Pero ¿qué te crees? ¿Que esto va a sé una vez más borrón y cuenta nueva? ¡No, Quique, no! ¡Cruz y raya! ¡Te lo he dicho ya! ¡Aquí terminaron tus embustes y tus trapisondas! Te vas de mi casa y no vuerves.

Quique. ¡Y Grasita conmigo!

Cristobalito. ¡Primero la mato y te mato!

Quique. ¡Mardito sea mi corasón! ¡Eso debía yo hasé: matarme! ¡Dame diez duros pa comprá un revórve y termino der to!

Cristobalito. Tómate una caja de fósforos, que no vale más que una perra gorda.

Quique. ¡Dame la perra gorda!

Cristobalito. Lo que te voy a dá va a sé un palo que te abra la cabesa en dos partes.

Quique. ¡Dámelo ya!

Cristobalito. Pero ¿eres tú quién eres, Quique? ¡Si levantara tu padre la cabesa!…

Quique. *Sublevándose repentinamente.* ¡Si levantara mi padre la cabesa, te despedía ahora mismo! ¡Basta ya! ¿Cómo iba a tolera mi padre que un criao suyo le dijera a su hijo las cosas que tú me estás disiendo? ¡Tú sí que te has orvidao de quién eres! ¡Tú no eres más que un criao de mi casa!

Cristobalito. ¡Lo fuí! ¡Y a mucha honra! ¡Cuando era casa; cuando tú no la habías arruinao! ¡Pué sé que yore yo más que tú cuando paso por delante de eya! Pero ahora soy el amo de la mía; de ésta que me compré con mi trabajo y mis sudores, y ya te estás largando de eya.

Quique. ¡Cristobalito!

Cristobalito. ¡Ya te estás largando! Te echo de aquí, como hase poco me pedías. Vete en busca de *la Lunares* y de la pandiya de sinvergüensas que desde Seviya te has traío a costa de nuestro dinero.

Quique. ¡Calurnia!

Cristobalito. ¡Calurnia dise!…

Quique. ¡Ya, ya tengo bastante con lo que es verdá!

Cristobalito. ¡Y yo también! ¡Vete!

Quique. ¡He debío pegarme er tiro antes de yegá a esto! ¡Un criao de mi padre me echa de su casa! ¿Está este mundo en sus cabales?

Cristobalito. ¡Vete ya y no vuervas, te digo!

Quique. ¡No me lo repitas más, que ya me voy! ¡Me queman los oídos esas

palabras tuyas! ¡Qué asco! ¡Qué vergüensa! ¡Tú, cochero, dame er sombrero ése!

Cristobalito. Cógelo tú.

Quique. ¡Un criao de mi padre!… *Coge su sombrero con rabia.* ¡De este modo pagas er pan de tantos años!…

Cristobalito. Ese pan está ya más que digerío, y más que pagao, señorito.

Quique. ¡Un criao de mi padre!… *Vase despechado por el corralillo.* ¡Mardito sea mi corasón!

Cristobalito. Así teníamos que concluí. Mientras no nos lo quitemos de ensima, no hay pan tranquilo en esta casa. ¡Lástima de hombre! ¡Que mi señora, desde el otro mundo, no lo vea!

Vuelve atribulada Sagrario.

Sagrario. Aqueya se ha metío en la cama.

Cristobalito. Ha hecho bien.

Sagrario. Me va a enterrá a dijustos. ¿Y Quique?

Cristobalito. A la caye lo he mandao a que se refresque.

Sagrario. Pos la niña…

Cristobalito. ¡No me hables más de la niña ahora!

Sagrario. Pos Quique…

Cristobalito. ¡Tampoco me hables ahora de Quique!

Sagrario. ¡Ése va a sé er que te entierre a ti!

Cristobalito. ¡A mí no me entierra ningún piyo! ¡Se acabó lo que se daba, Sagrario! ¡Ya estoy cargao de estera! En úrtimo caso, si ér se hase fuerte con la niña y la niña con é, con abrirle a la niña la jaula…

Sagrario. ¡Ay, eso sí que no!

Cristobalito. ¿Eso sí que no? ¡Ya veremos!

Sagrario. *Asomándose a la ventana de pronto, y dirigiéndose a alguien que está en la calle.* ¡Oiga usté! ¿Qué hase usté? ¡A vé si no le pega usté a esa criatura! Mira, Cristobalito: ¿te parese? ¡Esa mujé va a matá a ese angelito!

Cristobalito. ¡Ayá eya! ¿A ti qué te importa? ¿O es que estás ya pensando en traerme otro regalo si se te va ésta?

Sagrario. ¡Ésta no se me va!

Cristobalito. Como dan tan buen pago…

Sagrario. ¡Ésta no se me va!

Cristobalito. Pos si se te va, te prevengo que aquí, en lugá de eya, no viene más que un loro. ¡Y er día que me dé un picotaso, lo guiso! ¡Lo guiso y te lo comes tú!

Sagrario. ¡No digas herejías! Cuando se te revuerven las bilis… Mañana tienes que tomá mansaniya cuando te levantes.

Cristobalito. ¡Lo que tú quieras! *Pasea muy nervioso y se entra por el corralillo.* ¡Tu tu tu tu tu!

Sagrario. Lo mata, lo mata ese niño. Y a mí me mata eya. Dios nos dé fuersas a los dos. ¡Ay!… *Se sienta a la ventana. Pausa.* ¡Vaya un automóvi que se ha parao en aqueya esquina! ¡Vaya coche! ¡Qué lujo hay en er día!… ¿Quién se baja de é? Paese una cómica. No, pos ahora no hay en Las Canteras compañía de teatro. Y viene pa acá. ¡Y me viene mirando y se ríe! ¿Quién será eya? *Reconoce súbitamente a la persona, y llena de estupefacción y de júbilo se da a repetir incesantemente en todos los tonos:* ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es! ¡Cristobalito, ven acá! ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Cristobalito. ¿Qué quieres?

Sagrario. ¡Ay, quién es!

Cristobalito. ¿Quién es?

Sagrario. ¡Ay, quién es! *Abre el portón y se va a la calle, exclamando incesantemente:* ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Cristobalito. Pero ¿quién es? ¿Quién es? ¿Quién viene aquí que así la

trastorna? ¿Quién es? Yo quiero conosé esa cara… *De repente, como Sagrario, la reconoce, y participando de los mismos sentimientos que su mujer, los expresa con las mismas palabras.* ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es! ¡Ar cabo de los años!… ¿Quién se lo había de figura? ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Reaparece Sagrario, que todavía no cree en tanta ventura, abrazada a Mariquilla Terremoto.

Sagrario. ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Mariquilla. ¡Nadie! ¡No es nadie! ¡Cristobalito!

Cristobalito. ¡Mariquiya! ¿Tú?

Mariquilla. ¡Yo! *Abrazándolo.* ¡Nadie! ¡Mariquiya Terremoto! ¡Na más!

Sagrario. ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Mariquilla. ¡Ustés no me esperaban!

Cristobalito. ¿Quién había de esperarte, diablo?

Sagrario. ¡Ay, quién es!

Mariquilla. ¡A Sagrario no le sale er susto der cuerpo!

Sagrario. Er susto… la alegría… ¡Ay, quién es! Estos ya son nervios… son nervios… ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Cristobalito. ¡Así se va a yevá to er día!

Mariquilla. Me dijeron en Seviya que vivían ustés en Las Canteras, y cogí er coche y me vine pa acá.

Sagrario. ¡Ay, quién es!

Cristobalito. ¿No te digo?

Mariquilla. Bueno, cármese usté, Sagrario: que ya sabe quién soy. ¡La misma! ¡La de siempre! ¡La que los quiere a ustedes dos más que nadie! *Volviendo a abrazarlos.* ¡Lo que tenemos que charlá, viejos de mi arma!

Cristobalito. ¡Mariquiya Arroyo! ¡Mariquiya Terremoto! «¡Estreya de

Seviya!». ¡Vaya nombre!…

Mariquilla. ¡Vaya nombre!

Mariquilla Terremoto es una hija del pueblo sevillano, que un buen día salió de un corral próximo a la Alameda de Hércules para maravillar al mundo entero con su arte original de bailarina, su donaire, su salero y su garbo. Transformada aparentemente por la riqueza y gusto de sus atavíos y por el tinte moderno y cosmopolita que ha adquirido su graciosa persona, no ha perdido, en siete años de vivir y triunfar en el Extranjero, ni un grano de su sal nativa, ni un solo rasgo de su aire andaluz y de su expresión popular, genuinamente suya y siempre pintoresca.

Cristobalito. ¡Avasayando por ahí con tus bailes!

Mariquilla. ¡Ármando más ruío que si bailara ensima'un tambó! ¡Qué terremoto!

Sagrario. ¡Lo menos te has yevao fuera de España sinco años o seis!

Mariquilla. ¡Siete, Sagrario, siete! ¡Lo que corre er tiempo!

Cristobalito. ¿Cuándo has yegao a Seviya?

Mariquilla. Er domingo pasao. Por las primeras personas que pregunté fué por ustedes. Y ya estoy aquí.

Sagrario. ¡Mía que te has hecho célebre, chiquiya!

Cristobalito. ¡Nosotros hemos sabio de tos tus triunfos! ¡Como nos has mandao tantos papeles!… ¡Y nos hemos alegrao!… ¡Figúrate!

Sagrario. ¡Lo que nos hemos alegrao nosotros!

Mariquilla. ¡Más que nadie! ¡De eso estoy yo segura!

Cristobalito. ¿Vienes a Seviya a trabajá?

Mariquilla. ¡Qué disparate! ¡Vengo de incórnito! ¡A está en mi tierra; a gosá de mi tierra! Y a darme una mijita e tono. A pasea mis coches, a lusí mis alhajas, a reirme de muchos que se reían de mí, a que traguen quina más de cuatro cuando me vean… y a darles las grasias a más de sinco.

Cristobalito. ¿Las grasias?

Mariquilla. ¡Las grasias! De este viaje he vuerto *filosófica*, A to er que te pone er pie pa que te esnuques, es bonito luego agradesérselo desde lo arto.

Cristobalito. ¡No pasan días por ti, Mariquiya! Estás como estabas.

Sagrario. Verdá que sí. Oyéndola, paese que ha sío ayé cuando nos ha dejao.

Mariquilla. Eso me ha dicho to er mundo en Seviya. Y es que por lo visto la gente me esperaba ya tradusía. Chapurreando fransés, con impertinentes de oro, un criao negro, un mono en er coche y una cadenita con un perro ar finá, de esos mu largos de los juanetes y las patas torsías, que tienen cuatro patas como tos los perros, pero que paese que les fartan dos pa que les sujete la barriga. ¡Que no, hombre, que no! Mariquiya Terremoto se morirá como salió der corra de los Chícharos. Soy pueblo en mi hablá, pueblo en mi sentí, pueblo en mi bailá, pueblo en mi casa, pueblo en la caye, pueblo en tos laos. ¡Bendito sea er pueblo! *Quitándose atropelladamente sombrero y abrigo y tirándolos sobre una silla.* ¡Ya me está a mí estorbando to esto! ¿Vamos a sentarnos?

Cristobalito. ¡Vamos a sentarnos!

Sagrario. ¡Valiente abrigo, Mariquiya!

Mariquilla. Un guiñapo, comparao con otros que tengo. Siete mir francos en la *ru de la Pe. Todas las palabras extranjeras las pronuncia ella como van escritas y con su marcado sello andaluz.* ¡Chúpate esa! Y fíjese usté en este caramelo que traigo aquí. *Por un imperdible del pecho.* ¿Qué tá?

Sagrario. ¡Presioso, Mariquiya!

Cristobalito. ¡Presioso!

Mariquilla. Cuatrosientas libras. En Londón. ¡En Londón! ¡Bueno! ¡Hablo un fransés y un inglés que quitan la cabesa! Ustedes, si me pongo ahora a hablá en inglés o en fransés, no me entienden.

Cristobalito. ¡Claro que no!

Mariquilla. ¡Pos lo mismo me pasa en París y en Londres! ¡Pero bailo y me entiende to er mundo!

Cristobalito. ¿Yevas intérprete, Mariquiya?

Mariquilla. ¡Naturá! Mi representante: Rodríguez. Chapurrea un poquiyo y es más fresco que un rábano. Pero a ése le pasa ar revés que a mí: a él, en Fransia y en Inglaterra, lo entiende to Cristo: pero ér no entiende a nadie.

Cristobalito. ¡Ja, ja, ja!

Sagrario. ¡Ja, ja, ja!… ¡La misma, la misma!

Mariquilla. Una noche de niebla mu espesa en Londres, que yevábamos dos horas pa firmá un contrato pa Rusia, y no había forma de yegá ar fin, porque aqueyo era la Torre de Babé, se arrancó Rodríguez, de pronto, mu compungío: «¡Alamea de mis carnes! ¡Mariquiya, yo me vuervo a España!». Nos reímos la má. Otra noche, en er *Cur Teatre*, er prínsipe de Gales —¡la gentesita con que yo arterno!— me yamó a su parco, le hablé en mi inglés, y riéndose, me contestó que no me entendía una palabra. Y yo, riéndome también, porque aquello tenía mucha grasia, le respondí: «¡Ni yo a ti tampoco, rubito! ¡Estamos iguales!». Como ér no me entendía, se lo sorté así con toas sus letras. Se creyó que le echaba un piropo, y me dijo: «*Sanquiú*». Y yo le dije: «No hay de qué». Y así acabó er diálogo. He pasao lo mío. Pero he puesto por ahí mu arta la bandera y he vuerto a mi tierra hablando como hablaba.

Sagrario. Escucha.

Mariquilla. ¿O es que voy yo a sé como Tomasiya la biyetera, que estuvo tres meses en Bayona, y ar vorvé a Seviya le preguntó a un munisipá: «*U es plasé Mosiú der Gran Podé?*». ¡Pa matarla!

Cristobalito. Pero ¿eso es verdá, Mariquiya?

Sagrario. ¡Serán sus cosas!

Mariquilla. ¡Por mi salú y la de ustedes que es verdá! ¡Si ahora mismo anda por París y yeva un tigre por las cayes!

Sagrario. ¿Un tigre?

Mariquilla. ¡Un tigre que ha servío ya pa quinse películas y está más manso que una oveja! Los chiquiyos le tiran der rabo… ¡La irrisión! Pero, niña, ¿de qué presumes tú? ¡Déjate de reclamos yanquis! ¡Si donde hay que tené un tigre en las venas es frente a los públicos! ¿No es verdá? ¡Bueno! Yo bailo ahora que hasta San

Pedro toma una delantera pa verme. ¡Una delantera de Paraíso! Un día vi a bailá aquí pa ustedes solos. Pero lo nuestro, ¿eh?, lo nuestro. Neto, puro, castiso. Sin pandereta ni abalorios. No estoy tradusía.

Sagrario. Y ¿dónde paras en Seviya, mujé? Pa í a verte.

Mariquilla. Es mejó lo que yo he pensao. Y así me ven ustedes más tiempo. Y yo los veo a ustedes.

Cristobalito. ¿Qué has pensao?

Mariquilla. ¡Venirme a viví con ustedes una semana!

Sagrario. ¿De veras, Mariquiya?

Cristobalito. ¿De veras?

Mariquilla. ¿Pué sé? ¿Hay sitio? Yo sin el equipaje aburto mu poco.

Sagrario. ¡Ay, qué alegría nos das! ¡Hay sitio pa ti y pa tu equipaje y pa to lo que quieras!

Cristobalito. ¡Y si no lo hubiera, se hasía!

Mariquilla. Pos mañana mismo estoy aquí: no lo vi a dejá pa pasao. ¡A charla hasta cansarnos de to! ¡A come con ustedes lo que ustedes coman, sin los camareros del hoté, ni las sarsas del hoté, ni er poyo del hoté, ni los pasteles del hoté! Además, es que lo nesesito: pa tranquilisarme, pa descansa. Es que si no, van a sartá mis nervios. Entre tos me traen loca. Tos quién hablá con «Estreya de Seviya»; tos quién verla. Este nombre me lo puso un poeta fransés mu amigo mío: *Etual de Sevy*. Y ha tenío buena sombra. Pos bueno: en el hoté, una *interviú* por la mañana, otra por la tarde, otra por la noche; visitas a toas horas, fotógrafos, armiradores, sablistas… ¡Josú! No pueo más. ¿Y la de parientes que ahora que soy sélebre me han salío? To er mundo tiene un árbo genealógico: ¡yo tengo una alamea! ¡No se puén contá mis parientes! ¡Yo, que me encontré aquí más sola que la una! Pos ¿y la de mujeres que se me han presentao disiendo que eyas me dieron a mí er pecho? ¡Lo menos han sío veintisinco! ¡Un congreso de amas de cría! ¡Pero si a mí me dió er pecho una cabra, que por eso me tira la cuesta arriba! ¡Que no pueo más, Sagrario, que no pueo más!

Sagrario. ¡Pos vente aquí a viví con nosotros los días que quieras, que aquí no vas a hasé más que tu gusto!

Cristobalito. Y aquí nadie vendrá tampoco a incomodarte. ¡Un mastín pongo yo a la puerta!

Sagrario. Y nos traes tu alegría, que farta nos hase a estos viejos.

Mariquilla. Lo que les traigo a ustedes, ahora y a toas horas, es mi gratitú. *Levantándose.* ¡Les debo a ustedes tanto… tanto!… Porque encontré ahora, que me sobra de to, quien me busque y quien me dé la mano, no tiene grasia, ¿no es verdá? Antes, antes era cuando la tenía. ¿Piensan ustés que yo me orvido? Tengo a toas horas er cuadro delante, como si acabara de pasá. Yo sola, yorando en una esquina, con mis diesiséis años y mi cara de entonses. Y una vieja que sale por un lao y va y me dise: «¿Qué te pasa, chiquiya? ¿Por qué yoras? Vente conmigo». Y usté que sale por el otro lao y me dise también: «¿Por qué yoras? ¿Qué te pasa, chiquiya? Vente conmigo». ¡Lo mismo! ¡Las mismas palabras las dos! ¡Las estoy oyendo! Pero ¡qué distintos me miraron los ojos de la otra y los ojos de usté! ¡Qué distintas me sonaron a mí las dos voses! ¡Y me desían lo mismo! Y yo vorví la cabesa de un lao pa otro, y me fuí con usté. ¡Y usté me sarvó! *Abrazándose a ella.* ¡Y a usté le debo to lo que soy! ¡Na más!

Sagrario. Caya, chiquiya, caya… *Conmovida.* ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!…

Cristobalito. ¡Mariquiya Terremoto! ¡En buena hora vuerves a esta casa!

Sagrario. ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, y a la misma hora, cuatro días después.

Mariquilla, de quimono y chinelas, entrega sus manos, para que las arregle y las pula, a Enriqueta Castellón, joven manicura sevillana.

Mariquilla. Y ¿viene usté a Las Canteras tos los sábados?

Enriqueta. Tos los sábados.

Mariquilla. ¿Hay muchas uñas que arregla en er pueblo?

Enriqueta. No fartan.

Pausa breve.

Mariquilla. Poco carmín, ¿eh? No me las tiña usté de colorao. A mí no me gusta que parezca que yo he matao a nadie. El otro día vi a una señora que las yevaba como si hubiera estao guisando con pimiento molío.

Enriqueta. A su gusto de usté.

Nueva pausa.

Mariquilla. ¿Usté tiene novio?

Enriqueta. *Suspirando.* ¡Lo tuve!

Mariquilla. ¡Vaya por Dios! ¿Han peleao ustedes?

Enriqueta. No; nos hemos casao.

Mariquilla. ¡Ah! Y ¿por eso suspira usté? ¿Se está mejó de novios?

Enriqueta. Cuando hay poco dinero…

Mariquilla. ¿Qué es su marío de usté?

Enriqueta. Peluquero de señoras.

Mariquilla. ¡Vaya! Pos entre er marío y la mujé la ponen a una como pa

retratarse. A vé si pué vení mañana o pasao a pelarme a mí.

Enriqueta. Yo se lo diré.

Mariquilla. A esta misma hora.

Enriqueta. Bueno.

Otra pausa.

Mariquilla. Pa sé manicura es usté mu cayá.

Enriqueta. Con las clientes. Luego me desquito con mi marido.

Mariquilla. Eso tiene grasia.

Enriqueta. La verdá.

Llaman al portón. Por la puerta de la izquierda sale rápidamente María Manuela, a ver quién es. Ella y Esperancilla son dos muchachas de familias de la vecindad, apalabradas por Sagrario para que sirvan a Mariquilla durante su estancia en la casa.

Mariquilla. ¿Han yamao?

María Manuela. Zí, zeñorita.

Mariquilla. Pos si es preguntando por mí, que no estoy.

María Manuela. Güeno, zeñorita. *Abre el portón, y entornándolo tras de sí queda de la parte de dentro. A poco vuelve.* Ez un periodista. Me ha dao esta tarjeta.

Mariquilla. ¡Hombre! ¿En Las Canteras también? *Leyendo la tarjeta.* «Antonio Carrión. Redartó de "La Ilustrasión de Las Canteras". Corresponsá de varios periódicos de España y de América. Comisionista de vinos. Fotógrafo. Representante de la marca de automóviles "Regium" y de la "Sosiedá de Autores Españoles"». Oye, ¿no es más que uno?

María Manuela. Uno na más.

Mariquilla. ¡Pos paese una comparsa! Y ¿tú le has dicho que no estoy?

María Manuela. Zí, zeñorita; pero ér me ha dicho que la ha visto a usté por la ventana.

Mariquilla. ¡Várgame Dios!

Por el corralillo llega Esperancilla en esto muy afanosa.

Esperancilla. ¿Qué? ¿Qué?

María Manuela. Na. ¿Quién te ha yamao aquí?

Esperancilla. Que han tocao a la puerta.

María Manuela. ¡Pero ya he zalío yo antes que tú!

Esperancilla. Yo estaba en la azotea: ¡no me iba a tirá por la baranda!

Mariquilla. Cayarse; no reñí.

María Manuela. ¿Qué le digo a eze hombre?

Mariquilla. Dile…

Esperancilla. Deje usté: yo zardré. *Echa a correr, ganosa de servir a Mariquilla, y desaparece como la otra.*

María Manuela. Pero ¿adónde vas? *A Mariquilla.* ¿Usté ha visto?

Mariquilla. *A Enriqueta.* Sagrario ha puesto a mi cuidao a estas dos muchachas, mientras yo estoy aquí, y se disputan cuár me atiende más y mejó.

Vuelve Esperancilla.

Esperancilla. ¿Zabe usté quién es? Es Carrión, un periodista de aquí der pueblo, que dice que usté no ha zalío, porque ér la ha visto a usté por la ventana.

María Manuela. ¡Lo que le he dicho yo!

Esperancilla. ¡Lo que tú le has dicho!… Y que lea usté lo que pone por er revés de esta tarjeta.

Mariquilla. Sí; porque por er derecho no cabe na más. *Leyendo.* «Sólo le pido tres minutos. A los sinco me echa usté a la caye». Bueno, que entre. *Mira su reloj de pulsera.*

Las dos muchachas corren al portón.

María Manuela. Entre usté.

Esperancilla. Paze usté.

Y pasa Carrión, que ya se ha descrito en su tarjeta.

Carrión. Muchas grasias. Buenos días.

Mariquilla. Buenos días. Usté dispense que lo resiba de esta forma.

Carrión. ¡Caye usté, por Dios! Usté es la que tiene que dispensarme a mí el atraco. Los periodistas somos insasiables.

Mariquilla. Siéntese usté.

Carrión. Con mucho gusto.

María Manuela. ¿Manda usté argo?

Esperancilla. ¿Ze le ofrece a usté argo?

María Manuela. ¿Necezita usté argo?

Mariquilla. No; ahora no nesesito na.

María Manuela. Ahí adentro estoy.

Esperancilla. Y yo en er el corraliyo.

Mariquilla. Bueno; ya lo sé.

Se van María Manuela y Esperancilla, desafiándose con la mirada, de puro serviciales.

Carrión. A vé si le cumplo a usté lo de los tres minutos.

Mariquilla. Aunque sean treinta. ¿Qué más da? De manera que es usté redartó…

Carrión. De «La Ilustrasión de Las Canteras». Pa serví a usté. No conoserá usté er periódico.

Mariquilla. No lo conozco, no.

Carrión. Es una revista semaná. Yo le mandaré a usté luego el úrtimo número, que salió hase tres meses.

Mariquilla. Y ¿es semaná?

Carrión. Eso desimos en la cabesera. Pero, lo que pasa, ¿sabe usté? Hay *gasolina*: echamos a la caye un número; no hay *gasolina*: nos fumamos er número.

Mariquilla. Y ¿no protestan los suscritores?

Carrión. Lo yevan con buen genio. ¿No ve usté que casi tos colaboran?

Mariquilla. Menos má.

Carrión. Dise mi dirertó que la nuestra es la revista más católica que hay en España.

Mariquilla. ¿Por qué?

Carrión. ¡Porque no sale más que cuando Dios quiere!

Mariquilla. No está mar gorpe. Bueno, vamos a ve; y usté ¿qué desea de esta artista?

Carrión. Poca cosa: que viene a sé mucho, desde luego, por lo que usté vale.

Mariquilla. Grasias.

Carrión. Haserle a usté tres o cuatro preguntas y pedirle un retrato pa publicarlo con las contestasiones.

Mariquilla. Pos andando. Empiese usté ya. Tire usté de lápi.

Carrión. Yo quiero preguntarle a usté arguna cosa que nadie le haya preguntao.

Mariquilla. Eso va a sé difísi, porque estoy loca desde que he yegao, de *interviús* y de encuestas. ¡Si me he venío aquí huyendo de Seviya! ¡Josú, qué nube!

Carrión. Pos no le ha valío a usté der to.

Mariquilla. Ya lo está usté viendo.

Carrión. *Disponiéndose a tomar sus notas.* Vamos a vé, María: ¿qué edá tiene usté?

Mariquilla. ¿Esa es la primera pregunta que se le ocurre? ¿Usté no ha reparao que me están afilando las uñas?

Carrión. ¡Ja, ja, ja! *Pretendiendo recoger velas.* No me he espresao bien. He querío preguntarle otra cosa distinta: ¿a qué edá nasió usté?

Mariquilla. ¡A la misma que tú! ¿O es que tú eres sietemesino?

Carrión. ¡Ja, ja, ja!

Mariquilla. Y discurpe usté que lo haya tuteao.

Carrión. No hay de qué, María.

Mariquilla. Eso sí: la pregunta es nueva der to. ¿A qué edá he nasío? Es la primera vez que me la han hecho.

Carrión. No eche usté cuenta de eya. Pa empesá me he *colao*.

Enriqueta. La otra mano, me hase usté er favó.

Mariquilla. Ahí va.

Carrión. ¿Es usté seviyana, por supuesto?

Mariquilla. Seviyana. De la Alamea de Hércules. En er corrá de los Chícharos nasí.

Carrión. ¿Su madre de usté?…

Mariquilla. Arquilaba pianiyos pa los bailes. ¡Así nasí yo de bailarina!

Carrión. ¿Y su padre?

Mariquilla. Mi padre era encaladó. Pero también bailaba una mijita encalando. Le desían *Espinacas*.

Carrión. ¿Por qué?

Mariquilla. ¡Por que nasió en Cuaresma, sería!

Carrión. ¿Digo eso?

Mariquilla. ¡Dígalo usté! Y diga usté también que a mi padrino le yamaban *Pelos Tiesos* y a mi madrina Concha *la Distraída. Con acción de robar. La Distraída*, ¿usté comprende?

Carrión. Eso no hase farta desirlo.

Mariquilla. ¿Por qué no, si yo se lo cuento a to er que quié oírme? ¿No ve usté que mientras más baja haya nasío, más grande soy ahora?

Carrión. ¿Y er mote de usté?

Mariquilla. ¿Mariquiya Terremoto? Ese me lo puso mi abuelo, que era mu grasioso y vendía cuernos pa que jugaran ar toro los chiquiyos. Desía que yo era un terremoto porque no me estaba nunca quieta. ¡Mi sino! Er mote ha resurtao verdá. ¿Es argo difísi habla con una mano sola?

Enriqueta. Lo dejamos un momento, si quiere usté.

Mariquilla. No, no es presiso. ¡Pero es que es difísi! Viene a sé como respirá na más por una ventaniya. ¡O reírse con la mita e la boca!

Carrión. ¿Usté *debutó* en el antiguo Novedades?

Mariquilla. Ayí mismo. ¡Y toavía estoy oyendo el abucheo! ¡Josú, qué noche! Mi padre y mi madre se habían muerto ya; si no, ayí se mueren. ¡Pobresitos! Mi padrino se peleó con unos guasones y fué a la cárse.

Carrión. ¿Y la madrina?

Mariquilla. La madrina estaba ya en la cárse. Su enfermedá. Pero ¡qué gritos me pegaron! Yo era entonses mu dergaiya. Del hambre que pasaba. No tenía más que ojos. Y los tíos se ponían: «¡Vete a tu corrá!». «¡Mariquiya! ¿quién te ha engañao?». «¡Sin comé no hagas ejersisio!». No quieo acordarme. ¡Y unas risotás de to er mundo!… ¡Josú!… Fuí yo la primera a quien le dijeron esa frase que tanto ha corrío: «¡Estarse quietos, a vé si la cogemos viva!».

Carrión. ¿Quién iba a adiviná aqueya noche, en Mariquiya Terremoto, a la gran bailarina de hoy; a la famosa «Estreya de Seviya»?

Mariquilla. Por mu sajorí que se fuera…

Carrión. ¿Y ese apodo, fué cosa de usté?

Mariquilla. No, señó; ése me lo sacó un poeta fransés mu romántico, que se enamoró de mí como artista: *Henri Marchán*. Me escribió muchos versos. ¡Un soneto me sacó más bonito!…

In etual de Seviy a Parí e arrivé;

le siel de Andalusí eté pur ey che nu;

l'er que nus respiron, pur ey eté embomé;

sa gras e son parfen… yo no sé qué… par tu.

¡Mu bonito! ¿Se lo traduzco a usté?

Carrión. No; está mu claro.

Mariquilla. Si quiere usté apuntarlo completo…

Carrión. *Au dessus de mes forces…*

Mariquilla. ¡Ah! ¿Usté también *chamuya…*?

Carrión. *Pour me faire comprendre…* Como represento unos automóviles franseses… ¡En estos tiempos de turismo hay que hablá toas las lenguas!

Mariquilla. ¡Digo!

Carrión. ¿Cómo fué er marcharse usté a París… después de su fracaso?

Mariquilla. Yo no me fui a Parí de bailarina. Eso der baile vino luego. Me fuí de modelo de un pintó. ¡Le gustaban las angulas! ¡Bueno! ¡Hiso un retrato mío de cuerpo entero, que se yamaba *Seviya de noche…*! ¡Pa qué te vi a contá! Ahora me hasen farta las dos manos. Y tres que tuviera. *Se levanta para pintar el cuadro a lo vivo.* Estaba así: con este braso en la sintura y éste levantao. Ér desía que como acabando un baile o como queriendo cogé una estreya. Era más romántico que la *Traviata*. La bata de cola blanca con lunares verdes; los ojos paresían dos lunares más de la bata; un pañoliyo asú; de la boca se me caía un clavé colorao: ¡una cosa mu grande! Lo presentó en er Salón de Otoño y armó un terremoto. Se lo compró un yanqui en seguía. Y eso me valió a mí la contrata en *Folí Beryé*, pa er cuadro españó de una revista de nasiones. ¡Qué esitaso tuve! ¡Otro terremoto! Bailé a la

guitarra con Pepe er Naranjero. ¡Josú! ¡Valiente escándalo! ¡Escándalo de parmas! De ayí al Olympia; del Olympia, a la Ópera Cómica. ¡Na más! To esto en un año. ¡Terremoto va y terremoto viene! ¡No se hablaba más que de mí en to Parí! Y luego, dos películas; y luego, a Inglaterra; y luego, a Rusia; y en toas partes una revolusión. Y ahora me voy a Nueva Yó, a vé qué dise la Libertá iluminando ar Mundo. *A la manicura.* Siga usté con lo suyo.

Enriqueta. Ya nos queda poco.

Carrión. ¿Sabe usté lo que yo siento, María? ¡No sabé taquigrafía esta mañana! Taquigrafía. Pa contá lo que usté me ha dicho como usté me lo ha dicho.

Mariquilla. ¡Hombre, sí! A vé si pone usté mis palabras. ¿Que hablo malamente? ¡Pos así hablo y así soy! ¡No que el otro día, ar paso por Madri, me cargaron en una *interviú* unas cosas!… Que si yo *añoro* no sé qué… que si *nostargias…* que si *utrapelias…* que si mis *coevos…* ¿Cuándo he hablao yo de esos pájaros?

Carrión. ¡Ja, ja, ja!

Enriqueta. Bueno; listas estas manos, María.

Mariquilla. ¡Ar pelo! ¿Qué le debo a usté?

Enriqueta. Ya se lo pagará usté a mi marido.

Mariquilla. Conforme.

Enriqueta. ¿Vengo la semana que viene?

Mariquilla. ¡La semana que viene iré yo dando tumbos por esos mares! ¡Huy! Me ha dao un *repeluco*.

Enriqueta. Pos buen viaje y mucha suerte.

Mariquilla. Grasias. Vaya usté con Dios. Ya yeva usté qué contarle al esposo.

Enriqueta. Ya yevo, ya. Que usté lo pase bien. Buenos días. *Vase por el portón.*

Carrión. Buenos días. Yo también dejo a usté. ¿Quiere usté desirme argo

más?

Mariquilla. ¿Vi a yená yo sola to er periódico?

Carrión. No se apure.

Mariquilla. Pos entonses diga usté también que toa mi fortuna la he conseguío sin ningún reclamo escandaloso. Con mi arte na má. No he nesesitao casarme con ningún faquí, ni con ningún peliculero guapo, ni que me roben las alhajas, ni que me sirva a la mesa un mono, ni na de esas novelas. ¡Arte y grasia na más!

Carrión. Yo me voy encantao. Va a sé pa mí un ésito esta *interviú*. ¿Y er retrato, María?

Mariquilla. Ya te lo mandaré a tu casa. ¿Te lo dedico a ti o ar periódico?

Carrión. A mí. Pa conservarlo como recuerdo.

Mariquilla. Cuenta con é.

Carrión. Muchas memorias mías a Sagrario y a Cristobalito.

Mariquilla. ¡Ah! ¿Los conoses tú?

Carrión. Toa la vida. Esta casa la compraron eyos por mi mediasión. Fué una ganga.

Mariquilla. ¿Corredó de fincas también?

Carrión. ¡Y veinte cosas más que no se puén poné en las tarjetas!

Mariquilla. Eyos están hoy en un bautiso. Yo los quiero como a nadie en er mundo. ¡Son más buenos!…

Carrión. Y serían mu felises si no fuera por lo de Grasita.

Mariquilla. Sí; argo me han indicao. Se ha emperrao la niña con un perdi…

Carrión. ¿Perdi? ¡Si no fuea más que perdi!… ¡Er desecho de una familia!

Mariquilla. ¡Vaya por Dios!

Carrión. Cosa perdía y sin arreglo. Es er niño rico que pasó de calavera a granuja, der préstamo ar sablaso y der sablaso a la limosna.

Mariquilla. ¡Qué barbaridá!

Carrión. Como usté lo oye. Er que pide ya las dos pesetas pa comé o los dos reales pa dormí, y se fuma o se bebe los dos reales y duerme en er quisio'una puerta. Ha gastao la pasiensia de los amigos, ha perdío hasta la lástima… y ya no se la tiene nadie.

Mariquilla. ¡Pos sí que es un partío pa la muchacha! ¡Así Cristobalito no consiente ya ni mentarlo siquiera! Pero Sagrario me dijo anoche que quiere hablarme de este asunto. Ese hombre es un castigo pa eya.

Carrión. Y pa to er que piya por delante, no se figure usté. A mí me sacó el otro día sinco duros pa ayuda de un pasaje a América, y se fumó er pasaje y los sinco duros. Y se ha enterao mi mujé, y en cuanto le niego un capricho salen los sinco duros a esena. Me moriré oyendo habla de eyos.

Mariquilla. ¡Es que tampoco tiene grasia que lo que uno gana pa viví se lo gaste un señorito en juergas!

Carrión. Bueno, María; no la canso a usté más.

Mariquilla. Adiós, hijo. ¡Y cuidao con la pluma!

Carrión. No hay cuidao ninguno. Quedará usté contenta de mí. Salú. *Se marcha por el portón también.*

Mariquilla. Es simpático er periodista. *Da un paseo satisfecha de su desahogo, se asoma al corralillo, y acaba, luego por sentarse frente a un espejo que tiene apoyado en el espaldar y el asiento de una silla. Mirándose en él se pregunta:* ¿De qué te ríes? ¿De qué te ríes, mujé? Conmigo no gastes disimulos. ¿Mía que sé tú la chiquiya del encaladó, con estas uñas rosa? Vamos a vé. Tú, que eres quien eres, ¿no vas a dejá aquí ninguna señá de tu visita? ¿No vas a hasé na grande con estos viejos? ¿No estaría eso bonito? ¿Se te ocurre argo? ¿No se te ocurre na? ¡Qué cara de guasa! No, pos el asunto no es pa echarlo a broma. ¿No se te ocurre na?

Oportunamente sale por la puerta de la izquierda Gracita.

Gracita. ¿Con quién está usté hablando?

Mariquilla. Con ésta; ¿no lo ves?

Gracita. ¿Con ésa? ¿Con usté misma?

Mariquilla. Es mi visio. Cuando no tengo con quién hablá, hablo con ésta en el espejo.

Gracita. Pos si quiere usté mejó hablá conmigo…

Mariquilla. ¿No he de queré? ¡Si yo iba a yamarte!

Gracita. ¿A mí? ¿Por qué?

Mariquilla. Porque justamente iba a hablá con ésta de ti.

Gracita. ¿De mí?

Mariquilla. De ti.

Gracita. ¡Qué casualidá!

Mariquilla. Siéntate a mi vera, que quiero preguntarte una cosa.

Gracita. *Obedeciéndola con algún récelo.* A mí ¿qué tiene usté que preguntarme?

Mariquilla. Ya lo verás.

Gracita. Pos diga usté.

Mariquilla. ¿Por qué liases yorá y padesé a Sagrario, que tanto te quiere?

Gracita. Sagrario no me quiere a mí.

Mariquilla. Más que tu madre.

Gracita. Mi madre tampoco me quiso. Y mi padre no pudo ni darme su nombre. Mi sino está mardito.

Mariquilla. No digas eso, que no has podío caé en mejores manos. Yo lo sé por mí misma.

Gracita. ¿Cómo por usté misma?

Mariquilla. Porque a mí también me recogió Sagrario, y a eya le debo er sé lo que soy.

Gracita. ¿A eya?

Mariquilla. A eya na más. Siempre me aconsejó pa mi bien.

Gracita. Pos a mí no sabe más que quebrantarme er gusto.

Mariquilla. Será porque tu gusto no te convenga.

Gracita. Y eso ¿quién pué saberlo, si no es Dios? Mi sino no tiene fundamento ni seguridá. ¿No ve usté que nasí a traisión, sin debé nasé, temiendo mis padres que nasiera?

Mariquilla. Y ¿qué importa eso, chiquiya? Sea como sea, nadie nase si no es porque Dios quiere. Esto se lo dije yo en Roma ar Padre Santo y se echó a reí. ¡Porque no supo qué contestarme, no te creas! Pué que no me entendiera, porque se lo dije en italiano. Pero luego me dió su bendisión. Y unas medayitas.

Gracita. ¿A usté le han contao lo que a mí me pasa?

Mariquilla. Contármelo, no; yo me he enterao así por ensima. Sé que estás enamorá de un tronera.

Gracita. De un señorito seviyano. Mi padre fué también señorito.

Mariquilla. Señorito que de cuando en cuando se orvidaba de que lo era, ¿no?

Gracita. Se orvidaría, pero era un señorito. Y antes de morí le dejó a Sagrario pa que me educara.

Mariquilla. Cuando supo que eya te había recogió, ¿no es eso?

Gracita. Eso es.

Mariquilla. Pos eso debiera a ti bastarte pa respetá a Sagrario.

Gracita. Y en to la respeto, cuando estoy sosegá, menos en una cosa.

Mariquilla. En la que a ti te contraría: en lo der noviajo.

Gracita. Se empeña en que yo quiera a otro.

Mariquilla. Porque será mejó pa ti.

Gracita. ¡Y si yo no lo quiero!… Y no es que me repune, ni que no varga: es que quiero ar mío.

Mariquilla. ¡Ar tuyo!

Gracita. Ar mío, sí. ¿Cómo vi a desirlo, si no? ¿No va a sé er mío, si en cuanto se me pone delante soy yo suya?

Mariquilla. Porque estás osecá. Pero piensa un poco: ese tuyo ¿qué viene buscando de ti? ¿Tu persona… o la cartiyita der Monte?

Gracita. ¡Mi persona! *Se levanta ofendida.*

Mariquilla. Estás osecá. Cuando Sagrario te lo dise… ¿Ha de queré eya pa ti na malo?

Gracita. Pos mientras más cosas inventa contra é, más lo quiero.

Mariquilla. Osecá, osecá.

Gracita. Mi sino. Iré adonde me yeve la suerte o la desgrasia. Mi sino.

Mariquilla. ¡Osecá!

Gracita. ¡Bueno! ¡Pos tendré sino de osecá! *De improviso mira hacia la ventana y ahoga un grito.* ¡Ah!

Mariquilla. ¿Qué es eso, chiquiya?

Gracita. *Con alegría supersticiosa.* ¡Místelo ayí! ¡Qué sorpresa y qué susto me ha dao! ¡Paese que me ha estao oyendo! ¡Tóqueme usté aquí ar corasón! ¡Ponga usté la mano! ¿No vé usté qué gorpes? ¿Quiero yo a ese hombre o no lo quiero?

Mariquilla. ¡Esto es er susto, tonta! ¡Lo mismo le susede a una cuando le ladra un perro por detrás!

Gracita. ¡Lo mismo va a sé! ¡Ha vuerto de Seviya por mí! ¡Por mí! ¡Días pasaos lo echó Cristobalito de esta casa! ¡Ha vuerto por mí! ¿Quié usté que no lo quiera? Místelo: ayí está. ¡Er más guapo de tos los hombres!

Mariquilla. *Asomándose con ella a la ventana.* Ayí hay tres reuníos.

Gracita. Pero ¿cuár tiene planta de señorito más que é? Místelo; místelo.

Mariquilla. *Con repentino asombro.* ¡Virgen de la Esperansa!

Gracita. ¿Qué ocurre?

Mariquilla. ¡Quique!

Gracita. ¡Quique, sí! ¿Usté lo conose quisá?

Mariquilla. *Apartándose de la ventana agitadísima y profiriendo reiteradamente la misma exclamación de Sagrario cuando llegó ella.* ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es!

Gracita. ¿Cómo?

Mariquilla. ¡Ay, quién es! ¡Éste sí que es un terremoto! ¡Ay, quién es!

Gracita. ¿Qué quié usté desí con quién es?

Mariquilla. ¡Tú no pués figurarte, chiquiya! ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es! ¡Se me ha pegao lo de Sagrario er día que yo me aparesí! ¡Ay, quién es!

Gracita. ¡No me asuste usté más con quién es!

Mariquilla. *Volviendo a verlo desde la ventana.* Pero ¡qué viejo y qué *chungo* está! ¡No sé ni cómo lo he reconosío! ¡Ay, quién es! ¡Ay, Grasita, quién es!

Gracita. Pero ¿quién es?

Mariquilla. ¿Tú no sabes quién es?

Gracita. ¿Quién es? ¡Dígamelo usté ya! ¡Porque paese que ha visto usté ar demonio!

Mariquilla. ¡Pos no es na más que er primer novio que yo tuve!

Gracita. ¿Quique?

Mariquilla. ¡Quique, sí! ¡Ése que tú tienes por tuyo! ¡Ése, que se burló de mí y me dejó en mitá'el arroyo! ¡Ése! ¡Tu señorito! *Llorando y riendo alternativamente.* ¡Ay, quién es! ¡Ay, quién es! ¿Quién lo podía esperá? Pero ¿por qué me apuro yo, si

he venío a Seviya a buscarlo?

Gracita. ¿A buscarlo?

Mariquilla. ¡Y a darle las grasias! ¡Ponme tú a mí ahora la mano en er corasón!

Gracita. Pero ¿usté lo quiere toavía?

Mariquilla. *Con desprecio insolente y gracioso.* Yo ¿que vi a queré a eso? ¡Virgen de la Esperansa! ¡Qué ruina! ¡Lo que se ha destruío!… ¡En dies años! ¡Si paese mi abuelo! ¡Y los pantalones que trae no son suyos! ¡Ni er sombrero tampoco! ¡Si se le cuela hasta las orejas! ¡Josú, qué trapería! *Rompiendo a reír con endemoniado regocijo.* ¡Ja, ja, ja! ¡Te has lusío!

Gracita. *Indignada, dolida, con súbita sospecha, que se graba como idea fija en su imaginación.* ¿Sí, verdá? Pos ¿sabe usté lo que yo estoy pensando?

Mariquilla. ¿Qué estás pensando tú?

Gracita. ¡Que to esto de usté es una comedia!

Mariquilla. ¡Chiquiya!

Gracita. ¡Que Sagrario sabía esto de usté y la ha traío aquí pa que me lo quite!

Mariquilla. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué estás disiendo, loca?

Gracita. ¡La verdá! ¡Na más que la verdá!

Mariquilla. ¿La verdá? ¡Sagrario está a mir leguas de esto, inosente! ¡Y yo a sincuenta mir de quién sería tu novio!

Gracita. ¡Y que me voy yo a creé lo que ahora usté me diga!

Mariquilla. ¡Escucha, muchacha!

Gracita. ¡Me lo voy a creé!…

Mariquilla. ¡Escucha!

Gracita. ¡A mí no tiene usté más na que hablarme!

Mariquilla. ¡Óyeme por tu salú, Grasita!

Gracita. ¡Que me deje usté en paz! ¿Es o no es mi sino? ¡Luego quieren que yo me fíe de eyos! *Éntrase por la puerta de la izquierda, conteniendo el llanto.*

Mariquilla. Na, que se ha vuerto loca. ¿Pos no se ha yegao a figura…? ¡Loca de remate! *Encarándose consigo en el espejo.* ¿Qué te paese a ti? Después de to, ¿no tiene grasia? Tú te ríes. Pero ¡mira que la aparisión! Pos ¿y la considensia? ¿Qué hasemos, chata? Aquí hay argo que hasé. *Dándose una palmada en la frente, con inspiración momentánea.* ¡Ole! ¡Ya está encontrao! ¡Ya está! ¡Se te ocurre lo mismo que a mí! ¡Claro! ¡Eya nos dió la idea! ¡Eya misma! ¡Esto va a sé argo grande; argo mu grande! *Al Tito, que aparece por el corralillo, con su canasto al brazo.* ¡Tito!

Tito. ¡Mariquiya!

Mariquilla. A tiempo yega usté.

Tito. ¿Qué quieres?

Mariquilla. Er novio de Grasita está ahí en la plasuela.

Tito. ¡Lo acabo de vé! ¡Si yo venía a desírselo a Sagrario!

Mariquilla. Sagrario no ha vuerto toavía der bautiso.

Tito. Pos voy ar bautiso.

Mariquilla. No, señó. Antes va usté a desirle a ese hombre que entre.

Tito. ¿Ar señorito?

Mariquilla. Ar señorito.

Tito. Ten en cuenta que Cristobalito lo echó de la casa.

Mariquilla. No importa. Dígale usté que eya lo yama, porque no están aquí ni Cristobalito ni Sagrario.

Tito. ¿Que eya lo yama?

Mariquilla. Sí. A mí, ni mentarme.

Tito. Güeno.

Mariquilla. ¿Está entendió?

Tito. Está entendío. Ayá tú.

Mariquilla. ¡Tito, ésta va a sé soná! *Vase rápidamente al interior.*

Tito. ¡Er viejo, que es un desperdisio de la familia… y no se da aquí un paso sin é! *Se acerca a la ventana y llama por señas a Quique.* ¡Chis!… ¡Chis!… ¡A usté, sí! ¡Venga usté, que lo yaman!… Ya viene. ¡Naturá! ¡Ér no quiere otra cosa! *Va al portón y lo abre.* ¡Pobresito viejo! ¡Da lástima! ¡No sirve pa na!

En el portón asoma Quique, que esta vez viene fresco, pero cuyo pelaje justifica las burlas de nuestra heroína.

Quique. ¿Quién me yama?

Tito. Pase usté, señorito.

Quique. ¿Quién me yama?

Tito. Grasita, que está sola.

Quique. ¿Sola?

Tito. Sola, por milagro.

Quique. ¿Y usté me hase pasa? ¡Grasias a Dios que hay arguien en la casa que me protege!

Tito. Er Tito, que es un trasto inúti.

Quique. Cuando yo sea rico otra vez, le vi a poné a usté una confitería.

Tito. Grasias, señorito. Entonses vi a busca esta misma tarde los huevos y el asúca, pa empesá. ¡Porque eso va a sé de un día pa otro!

Quique. ¿Usté también se burla?… Del árbo caío… ¡Pero ya me levantaré! ¿Un pitiyo?

Tito. Venga.

Quique. No; si lo pido yo.

Tiro. ¡Ah! Tome usté lo que gasto. Pero esto es mu fuerte pa er señorío.

Quique. ¿Fuerte? ¡Yo fumo ya serrín de corcho! Muchas grasias, Tito.

Tito. No las merese.

Y en este momento llega por el corralillo Isidoro Huerta. Ni él ni Quique esperaban encontrarse allí. Ambos reprimen sus sentimientos y los disimulan. El Tito, en el colmo del asombro, se santigua sin pronunciar palabra.

Isidoro. *Recobrando su aplomo.* Buenos días.

Quique. Buenos días.

Tito. *Casi sin voz.* ¡Regulares!

Isidoro. *A Quique.* ¿Saben los amos de la casa que está usté aquí?

Quique. A mí me tiene sin cuidao. ¡Yo no vengo por eyos!… ¿Lo saben, Tito?

Tito. Yo acabo de yegá… ¡Yo no me entero de na de lo que aquí susede!… Pero, si no lo saben, no van a tarda sinco minutos en saberlo.

Inicia su marcha hacia el corralillo.

Isidoro. Pos mientras se enteran o no… *Se sienta como quien va a quedarse sentado un par de meses.*

Quique. *Imitándolo, y como si obedeciese a indicación de él.* Grasias. No estaba bien de pie.

Tito. *Deteniéndose, temeroso.* ¡Ay, ay, ay!…

Isidoro. Hase usté ca día más viajes a Las Canteras.

Quique. La querensia, amigo.

Isidoro. Y ¿viene usté en coche o en tren?

Quique. Vengo a pie y sin dinero.

Isidoro. Ya. Y ¿no se cansa usté?

Quique. Sí, señó. Por eso me he sentao.

Isidoro. Así es como mejó se espera: sentao.

Quique. Ya lo sé.

Isidoro. Y ¿ha venío usté creyendo que iba a encontrá a Grasita sola?

Quique. Lo mismo que usté.

Isidoro. Y se ha encontrao conmigo.

Quique. Y usté conmigo.

Tito. *Huyendo de la quema.* ¡Hasta luego, señores!

Isidoro. No estorba usté, Tito. Pué usté quedarse.

Tito. ¡Ah! ¿No estorbo? ¡Primera vez que me lo disen! Pero, si no estorbo, tampoco hago farta. Hasta luego.

Quique. Vaya usté con Dios.

Isidoro. Vaya usté con Dios, Tito.

Tito. *Entre sí.* (¡Vamos a dá er soplo!). *Se retira por el corralillo, pregonando.* ¡A los güenos *coscorrones* calientes!

Pausa. Se miran los dos hombres.

Quique. ¿Tiene usté mucha prisa?

Isidoro. Yo nunca tengo prisa.

Quique. ¡Qué suerte!

Isidoro. Ahí verá usté. Hoy, por lo pronto, no me voy de aquí hasta que usté se vaya.

Quique. Pos yo me voy a queda un rato largo. Porque cuando lo yaman a uno… por argo será.

Isidoro. Según quien lo yame. Pero no se haga usté ilusiones: usté dura aquí

lo que tarde en yegá el amo de la casa, que lo echará de eya otra vez.

Quique. De la casa, es posible; pero de un rinconsito de eya, que es er que usté busca, no ha nasío toa vía quien me eche.

Isidoro. Sí, señó, que ha nasío: un 13 de febrero nasió: hase treinta años.

Quique. Eso es más fási desirlo que probarlo, ¿no?

Isidoro. Pos usté es er primero que lo verá. Tiempo y carma.

Quique. *Sublevándose, altivo.* Pero, bueno, buen moso; que yo soy quien soy, aunque anoche haya dormío en un banco en la Plasa; que por bajo que haya caío, siempre soy quien soy; que se me sube a la cabesa de cuando en cuando la fe de bautismo: vamos a deslindá este campo: o se quita usté ya de en medio…

Isidoro. O se quita usté.

Quique. ¿Yo? ¿Me quito yo pa dejarle a usté paso?

Isidoro. Carma.

Quique. ¿Carma?

Isidoro. Sí; toa la carma es poca. ¿No me ve usté a mí? Usté ¿no anda estos días pidiéndoles a los amigos diez duros pa comprá un revórve y echarse fuera de una vez?

Quique. *Cambiando como con desesperación de táctica.* ¡Ay! ¡Sí, señó!

Isidoro. ¿Está usté ya tan cansao der mundo; de la vida que en er mundo yeva?

Quique. ¡Tan cansao estoy! ¡Mardito sea mi corasón!

Isidoro. ¿Ve usté por lo que yo desía que era usté er que se iba a quita de en medio? Yo sabía ese detaye.

Quique. Y si usté me da los diez duros ahora mismo…

Isidoro. Los diez duros, no. ¡Después der pasaje pa América!… A mí er dinero me cuesta trabajo ganarlo. Y que usté quiere er revórve pa yevarlo a una casa de empeños. Le fartan a usté agayas pa matarse.

Quique. ¿Que me fartan agayas a mí, viéndome como me veo ya despresiao y pisoteao por to er mundo? ¡Hasta por usté!… ¡Hasta por el hijo der carrero!… ¡Er maleteriyo de la estasión!…

Isidoro. En un carro y con una maleta se va a toas partes. Despasito, pero se va a toas partes. Ya usté lo está tocando.

Quique. ¡Que me farta coraje a mí!… ¡Usté que tanto habla sí que no lo tiene pa cargá mi muerte sobre su consiensia!

Isidoro. ¡Ca, hombre, ca!

Quique. ¿Qué tiene usté való pa eso?

Isidoro. Y pa mucho más que usté se imagine.

Quique. ¡Ea, pos la verdá se prueba en seguía! Deme usté los diez duros.

Isidoro. ¡Ca!

Quique. ¿Usté lo ve?

Isidoro. Carina. La verdá se prueba en seguía. Si usté desea de veras desaparesé, pa que no le faye el ánimo en el úrtimo istante, yo le hago a usté esta proposisión.

Quique. ¡Venga!

Isidoro. Escuche usté.

Quique. ¡Venga!

Isidoro. Usté no tiene que molestarse en comprá er revórve. Es un gasto inúti, porque yo tengo en casa uno que da el avío.

Quique. Bien.

Isidoro. Lo utiliso pa cobrá argunas cuentas.

Quique. Bien.

Isidoro. Usté no tiene que hasé más que una cosa: echarse ar borsiyo una carta pa er juez, escrita de su puño y letra.

Quique. *Fingiendo enternecerse.* ¡Y otra pa esa niña!

Isidoro. Yo con la der juez tengo bastante. En eya dirá usté que no se curpe a nadie de su muerte.

Quique. ¡Claro!

Isidoro. Se la mete usté en un borsiyo, nos vamos a un sitio a propósito… y yo le pego a usté en la cabesa er tiro que está usté deseando.

Quique. ¿Usté?

Isidoro. Yo.

Quique. ¿A mí?

Isidoro. A usté.

Quique. ¿Sería usté capaz?

Isidoro. ¿Por qué no? ¡Pa las ocasiones son los amigos!

Quique. *Mirándolo despectivamente.* ¡Vamos, hombre, vamos!

Isidoro. ¿Vamos?

Quique. ¿Qué hemos de í? ¡So tonto! ¡Se le va a encogé a usté er deo ar tirá der gatiyo!

Isidoro. ¿Ve usté como no es verdá que quiere usté matarse?

Quique. ¿No ha de serlo? ¡Ojalá fuera hoy mismo! ¡Pero quiero matarme yo, yo; no que me mate usté como a una rata de las de su bodega! ¡Mucho ha subío usté, amigo, pero a tanto no arcansa! ¡Usté no pué entendé la diferensia que hay entre que lo mate a uno la mano del hijo de un gañán o la mano propia, que es la del hijo de un cabayero! ¡Digo! ¡No es na! ¡Mi padre! ¡Mi padre, que no quiso nunca títulos de noblesa, porque desía que con su nombre le bastaba!

Isidoro. ¡Su nombre!… ¡Bueno lo está dejando el hijo!

Quique. ¿El hijo? *Yendo a él con aire de amenaza.* El hijo…

Isidoro. Quieto. Viene gente. Estos desplantes no se tienen aquí.

Quique. ¿Quién viene? ¿Grasia?

Isidoro. No; no es Grasia. Es María.

Quique. Y ¿quién es María?

Vuelve Mariquilla, muy acicalada y compuesta. Saluda a Isidoro.

Mariquilla. ¡Hola, Isidoro! ¿Usté por esta casa?

Isidoro. Siempre.

Mariquilla. *Haciendo que repara en Quique.* ¿Quién?

Isidoro. ¿No conose usté…?

Mariquilla. No tengo er gusto.

Quique. *Mirándola y reconociéndola asombrado.* ¿Tú?

Mariquilla. ¿Usté sí me conose a mí? Yo caigo ahora en que he visto su cara en arguna parte.

Quique. Pero, Mariquiya, ¿eres tú? ¿Eres tú?

Mariquilla. *Como si de pronto lo reconociera.* ¡Quique! *Contemplándolo con lástima.* Pero ¿eres tú?

Quique. Yo soy, Mariquiya, yo soy. Aunque te cueste trabajo creerlo.

Mariquilla. ¡Ánimas benditas der Purgatorio! Isidoro.

Isidoro. ¿Qué quiere usté, María?

Mariquilla. *Aparte con él.* Aqueya está ayí hecha un má de lágrimas. Vaya usté a distraerla. ¡Ah! Y le dise usté que yo estoy entendiéndomelas con este hombre. Y si le da un ataque de nervios, me yama usté. Y si no le da, que eya misma le cuente a usté lo que susede.

Isidoro. ¿Lo que susede? Pero ¿qué susede?

Mariquilla. Que se lo cuente eya.

Isidoro. Ayá voy. *Y sin hacer caso de Quique, márchase al interior.*

Quique no sabe lo que le pasa.

Mariquilla. *Después de mirarlo largamente.* Tirá me dejaste, pero ¡mira que como te vuerven a vé mis ojos!…

Quique. Ya ves.

Mariquilla. Y yo no era na… y tú lo eras to. ¡Qué cosas!

Quique. Ya ves.

Mariquilla. Está probao que en la tierra hay dos castas: los que nasemos sin na, y morimos con to, y los que nasen ustés con to, y se mueren sin na.

Quique. Mariquiya, yo estoy desbaratao mirándote. Me ha dao mucha pena y mucha alegría. Estoy desbaratao. ¡Y me creía yo que ya no me quedaba na que sentí!

Mariquilla. Mientras se tiene el ojo abierto, la vida siempre enseña.

Quique. Pero ¿eres tú de veras aqueya chiquiya…?

Mariquilla. Aqueya misma, Quique: aqueya. La que tú engañaste.

Quique. ¿Me guardas rencó?

Mariquilla. ¡Ni por pienso, hombre! ¡Si traía pensao buscarte pa darte las grasias, por la faena que hisiste conmigo! ¡No tengo más que verte hecho un perdulario, pa carculá la suerte que yo hubiera corrío si sigo a tu vera! ¡Josú! ¡Este es aquer mosito adinerao, simpático, insolente, rumboso, perdonavidas, que se iba a comé ar mundo! ¡Josú!

Quique. ¡Y que ahora no se come más que los puños, de hambre y de rabia!

Mariquilla. ¡Qué terremoto, Quique! ¡Qué terremoto! Espera un istante. *Llamando.* ¡Esperansiya!

Viene ésta por el corralillo rápidamente, a la vez que del interior acude solícita. María Manuela.

Esperancilla. Mándeme usté.

María Manuela. Mándeme usté.

Esperancilla. ¡Tú no te yamas Esperanciya! ¡A ti no te ha yamao!

María Manuela. ¡Yo oí que yamaba y vine, zin fijarme en er nombre!

Mariquilla. Bueno, es iguá. Yegarse a desirle a Manolo, a mi *chofé*, que venga con er coche a las cuatro.

Esperancilla. ¿Na más?

Mariquilla. Na más.

Esperancilla. Pos ayá voy yo.

María Manuela. Y yo.

Esperancilla. Yo me voy por aquí.

María Manuela. Y yo por aquí, a vé cuá yega antes.

Esperancilla se va corriendo por el portón y María Manuela por el corralillo.

Quique. *Mortificado y envidioso, pero asomándose ya al porvenir.* ¡Te encuentro hasta con coche!…

Mariquilla. Hasta con coche. Pero eso no es na. ¿Quién no lo tiene ahora? ¿De qué marca es er tuyo?

Quique. ¡Er mío!… Er mío es poco menos que un carrito de esos de los lisiaos, que andan apoyando el amo dos piedras contra er suelo.

Mariquilla. Y ¿quién te viste?

Quique. No te burles más de la desgrasia. No seas mala conmigo.

Mariquilla. ¿Tendrá való? Pero ¿cómo has yegao a esta miseria, Quique? ¿Te fartaron tus padres?

Quique. ¡Sí! ¡Cuando más nesesitaba de eyos! Pero antes de que me fartaran, ya había yo gastao y empeñao lo que habían de dejarme. Las mujeres, er juego, er vino, las juergas… ¡Er señorito con dinero, adulao y esplotao por cuarenta satélites a su alrededó! ¡Qué pronto vuela una fortuna!… ¡Ay! ¡Si se viviera dos

veses!

Mariquilla. ¡Ay, si se viviera dos veses!…

Quique. ¡Si yo vorviera a mis veinte años!…

Mariquilla. ¡A tus veinte años!…

Quique. ¡Pero sabiendo lo que sé de la vida!…

Mariquilla. ¡No pides tú na!

Quique. ¡Y te encontrara en la caye como entonses!…

Mariquilla. ¿Eh?

Quique. ¡Con aquer pañoliyo rosa desflecao!… Paese que te estoy viendo.

Mariquilla. Y yo a ti.

Quique. ¡Y te siguiera hasta tu caye… y te dijera al oído que te quería!…

Mariquilla. ¡No era bofetá la que te ganabas!

Quique. ¿Ah, sí?

Mariquilla. ¡Naturarmente, hombre! ¡No ibas a sé tú solo el enterao de la vida y sus cosas!… Pero eso de vorvé a viví con un viejo ya en la barriga son ganas de busca un consuelo inúti. Los planes no deben echarse mirando pa atrás, sino pa alante. ¿Qué hases tú ahora? ¿Na? ¿Cómo siempre?

Quique. ¡Renegá de mi sino!

Mariquilla. ¿De tu sino te quejas, y nasiste como nasiste?…

Quique. ¿No me vi a quejá? ¡Yo podía viví nadando en la abundansia, y ya ves cómo vivo! ¿Que por qué? Entérate. Cuatro tíos miyonarios tengo, que ca uno me va a deja ar morirse unas cuantas talegas. Er más joven de eyos ha pasao ya de los setenta años. ¡Y ninguno se muere!

Mariquilla. ¡Ah! ¿Y to lo que tú hases es pedirle a Dios que se muera arguno?

Quique. ¡Que se muera er más viejo! ¡Yo no tengo malos sentimientos ni reclamo ningún imposible! ¡Ochenta y sinco años, Mariquiya! ¿No es hora de parmá?

Mariquilla. Dios lo sabe. Pero tienes tíos vivos pa un rato. A quien se le desea la muerte, se vuerve de corcho. Es más: yo desde ahora vi a pedirle a mi Virgen que vivan tus tíos muchos años.

Quique. Y eso ¿por qué?

Mariquilla. ¡Pa que te mueras tú antes que tos eyos!

Quique. ¿Me deseas tú la muerte, Mariquiya?

Mariquilla. Si he de verte así… desde luego. Cuidao que yo debía alegrarme… Pero no me alegro, no: soy más noble. Lo que hago es sentí la vergüensa que tú no sientes. ¿Cómo se pué roda esta cuesta abajo sin empinarse arguna vez a mirá de dónde se ha caío? ¿No se te aparese nunca tu casa cuando estás durmiendo arguna noche en la caye? ¿No te echas a yorá pensando en la madre que tuviste y en la cuna en que te mesieron? ¿Ni se te ensiende de bochorno la cara? ¿Ni te caes ar suelo redondo? ¡Pos entonses que no se muera ninguno de tus tíos! ¡Er que tiene que morirse eres tú!

Quique. ¿Yo?

Mariquilla. ¡Tú!

Quique. Pero ¿qué hago, Mariquiya, qué hago? ¿Qué quiés que haga?

Mariquilla. ¡Trabaja, perdío! ¡Trabajá!

Quique. ¡Trabajá! ¡Ya paresió la muletiya der trabajo! ¡Yo no he nasío pa trabajá! Mi padre trabajó pa mí. Tengo ya los huesos muy duros pa ponerme ar trabajo ahora. ¡Trabajá! ¡Trabajá!… ¿En qué? ¡Se dise muy pronto! ¡Es la cantinela de los amigos de mi padre, que le deben a mi padre mucho de lo que son! —¡to lo que son, argunos de eyos— y que ahora, en vez de ampará al hijo desventurao, le vuerven la espalda y le recomiendan que trabaje! ¡Sinvergüensas! ¡Desagradesíos! ¡No! ¡No se sardrán con ese gusto! Eso quisieran: humiyarme, solasarse eyos viendo al hijo de aquer gran hombre trompicao por ahí y echando los bofes pa gana sinco duros. ¡No! ¡No! ¡Comisionista en carsetines o en paraguas, no! ¡Chupatintas en un escritorio, no! ¡Detrás de un mostrado, tampoco! ¡Qué más quisieran eyos! ¡Prefiero morirme por ahí!

Mariquilla. ¡Mira, me está dando un coraje oírte!… Si yo fuera hombre, te rompía una siya en la cabesa. Y siendo mujé, me va a fartá er canto de un duro. ¿Qué has yegao a figurarte, Quique? ¿Qué sueñas? ¿Qué pretendes? ¿Que se muera to er que te estorbe, pa dejarte dinero? ¿Qué er mundo se arregle pa tu gusto na más? ¡Valientemente! ¡Buenos están los tiempos! Si hubieas corrío tierras, como yo, no pedirías esos imposibles. ¡Habrías visto cosas mu grandes! ¡Hoy hasta los reyes sudan tinta! Aqueyo de que en casa der pobre er que no trabaja no come, se ha corrío como un reguero e pórvora y ha arcansao ya a toas las casas, las pobres y las ricas. Estamos en la época der terremoto. ¡En mi época! To está revuelto. Se viene a tierra lo que tú creías que era más firme, y se levanta lo que nadie creyó que se levantaría. Hoy el hijo de un duque vende automóviles, y se los compra un arbañí; y un mecánico gana más que un obispo. Así está er tinglao. ¡Duérmete en la corriente, camarón! Yo he visto en Parí días atrás a un prínsipe ruso vendiendo por las cayes coyares de los chinos. Y he tenío de compañera en er teatro, vistiéndose conmigo en er cuarto, y sirviéndome a mí de *telonera*, a una damisela de sangre asú marino. ¡Con el escudo hasta en las camisas! ¡Y er rey del Asafrán se ha casao hase tres semanas en Londres con una costurera! ¡Duérmete, camarón! En fin, ¿a qué más prueba de esto que te digo que la que tenemos delante? ¡Mírate en ese espejo y mírame a mí! Y ahora me voy pa dentro, porque no quiero dá lugá a que sarga esa niña a quien traes deslumbrá con tu señorío… y con la que no has de hasé la felonía que conmigo hisiste.

Quique. Pero ¿tú qué sabes?…

Mariquilla. ¡Estoy más entera de lo que parese! Ahora cuando venga mi *auto*, como si fuera tuyo, ¿lo oyes? Si quieres, das una vuerta en é pa refrescarte. Si no, me aguardas, y nos vamos los dos juntos a corré kilómetros por los campos y a charlá de setenta cosas. ¡Y si no quieres í conmigo, porque te rebajo, y estás tan desesperao como dises, vete tú solo a la carretera, y yo te atropeyo, y ayí acabaste! ¡Mi *chofé* se ha ensayao con la má de perros! ¡Se pinta solo pa estas cosas! ¡Ea! ¡No hay más que hablá! ¡Lo que sirve y vale, sigue en la vida su camino; lo que estorba y no vale pa na, se echa a un lao y se barre pa siempre! ¡Duérmete, camarón! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Quique. *Intentando seguirla.* ¡Mariquiya!… ¡María!… *Deteniéndose trastornado, descompuesto, con rabia.* ¿Y ésta es aqueya Mariquiya de entonses? ¿Y yo soy aquer Quique? *A Isidoro, que sale por donde se marchó, y se va hacia el corralillo, sonriente.* ¡Isidoro!

Isidoro. ¡Hola!

Quique. ¡Vámonos al campo ahora mismo, y va usté a está pegándome tiros

en la cabesa hasta que yo le diga basta!

Isidoro. *Con ligera zumba.* ¡Si viera usté que me ha cambiao el humó!… ¡No tengo yo ganas ahora de matá a nadie! ¡Y que iba usté a yevá una muerte mu baja: de manos de un maleteriyo!… Busque usté a un señó que lo complasca, si le corre prisa morirse. Con Dios, amigo. *Sigue su camino y desaparece.*

Quique. ¡También ése se va contento!… ¡Mardito sea mi corasón! ¡Er mundo entero en contra mía! *Marchase por el portón a la calle.*

Simultáneamente vuelve Mariquilla, quien exclama airada, como respondiéndole:

Mariquilla. ¿Er mundo entero en contra tuya? ¡Tú, contra er mundo entero! *Luego va a la ventana a verlo ir, y dice, obedeciendo a un repentino movimiento de cariño y de compasión:* ¡Pobresiyo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

También en el mismo lugar. Han pasado seis días más y es por la tarde.

Gracita, sola, sentada en actitud de enojo, ceñuda, ensimismada, cavila sobre su situación en aquella casa y en el mundo. Tras un largo silencio exclama: ***Gracita****. Lo dejaré bien dicho: me voy con quien me quiere más que aquí.*

Cristobalito, de tiros largos, sale del interior de la casa, y dirigiéndose a Gracita, le pregunta: ***Cristobalito****. Qué, ¿por fin no vienes ar teatro?*

Gracita. *Gruñendo y volviéndole bruscamente la espalda.* ¡Hum!

Cristobalito. ¡Bonitos modos! ¿Dónde los habrás aprendió?

Gracita. ¡Hum!

Cristobalito. No entiendo ese lenguaje. ¡Qué te sursan, niña! ¡Cómo me alegraría de que te tocara un marío de esos que discuten con rasones de fresno!…

Gracita. ¡Hum!

Cristobalito. Bueno, pos ¡hum! Yo, ar son que me tocan, gruño. *Se aleja por el corralillo y desaparece.*

Gracita. ¡Ni un día más; ni dos horas más! ¡En cuantito me quede sola en la casa!

Sale, también del interior, Sagrario, no menos compuesta que su marido. Al ver a Gracita, se le acerca cariñosamente y le dice: ***Sagrario****. Tú harás lo que quieras, hija mía; pero mi gusto sería que vinieras ar teatro con nosotros.*

Gracita. *Con peor modo aún que a Cristobalito, le contesta en la misma forma y se va resueltamente al interior.* ¡Hum!

Sagrario. *Afligidísima.* ¡Hija mía!… ¡Me mata! ¡Me mata! Pero ¿qué he hecho yo, Madre de los Dolores, más que quererla como a las niñas de mis ojos? *A Cristobalito, que vuelve por el portón, que está entreabierto, con el «Diario del Pueblo» en la mano.* ¡Cristobalito!

Cristobalito. *Imitándola.* ¿Qué pasa?

Sagrario. ¡No te rías!

Cristobalito. Mujé, ¿más afligío quiés que te lo pregunte? ¿Qué pasa?

Sagrario. ¿Sabes lo que me ha contestao la niña cuando le he dicho que me gustaría que viniera ar teatro?

Cristobalito. Sí: ¡hum!

Sagrario. Eso mismo. ¡Y a echao a corré pa no oírme!

Cristobalito. ¡Que es lo que voy a hasé yo también si sigues hablándome de eya!

Sagrario. Pero ¿la vamos a deja aquí sola?

Cristobalito. No te apures. Er Tito se queda ar cuidao. ¡Si no quié verte a ti, ni a mí, ni a Mariquiya!… Ya se le pasará.

Sagrario. ¿Tú crees que se le pasará?

Cristobalito. ¡Y si no que no se le pase! ¡A mí me tiene hasta por sima de los pelos!

Sagrario. ¿Y si mientras está aquí sola viene er señorito…?

Cristobalito. ¡Que venga!

Sagrario. Pero ¿y si se la yeva Con é al estranjero?

Cristobalito. ¡Pos tar día hiso un año!

Sagrario. ¡No me lo digas, Cristobalito! ¡No me lo digas!

Cristobalito. ¡Bueno, pos te vas tú con eya también! ¡Asunto acabao! ¡Vaya una solusión bonita! No hipes ahora más y escucha lo que pone er *Diario* de la funsión de hoy.

Sagrario. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Cristobalito. ¡No hipes más! *Lee.* «Teatro Servantes. —Reina gran animasión en Las Canteras con motivo de la funsión que se selebrará esta tarde en nuestro coliseo, y cuyos produrtos se destinan a las obras de reparasión der Convento der

Carmen. Todo er mundo alaba la generosa cooperasión de la famosa *Estreya de Seviya*, que con su arte maraviyoso dará a la velada inusitado esplendó».

Sagrario. ¡Hija de mi arma!

Cristobalito. ¿Cuá?

Sagrario. María.

Cristobalito. ¡Ah! *Continúa leyendo.* «La notable compañía López-Barboso-Rincón Viyaplana Gonsáles, representará la linda comedia con que anoche comensó su artuasión, comedia que pueden vé todas las señoritas de la localidá, pues es tan *blanca* que lastima la vista». ¡Esto es una chufla de Carrión! Y lo dise por la boticaria.

Sagrario. ¿Sí, eh?

Cristobalito. Sí. La boticaria ha dicho que hoy no yeva a su niña ar teatro porque la obra es mu fuerte.

Sagrario. ¡Ave María! ¡Qué tonta!

Cristobalito. Fíjate: ¡la niña de la boticaria, que cuando va ar *sine* y empiesa un beso en la película, se pone a aplaudí pa que se repita!…

Sagrario. Sigue con er *Diario*.

Cristobalito. «Entre los artos primero y segundo ejecutará lo más escogido de su repertorio de baile nuestra sélebre *Estreya*; siendo esto así, porque apenas termine su trabajo en Las Canteras, debe marcharse en automóvi a Seviya, a tomá también parte en otra fusión de carácter benéfico, que esta misma tarde se selebra en aquer Teatro Servantes, y que ha sido organisada por ilustres damas seviyanas. Nuestro aplauso y nuestro adiós a la gran *Estreya de Seviya*, cuyo corasón es tan grande como su arte».

Sagrario. ¡Bendita sea eya! ¡Y esto se lo va a perdé ese pimpoyo!

Cristobalito. Y ¿qué le vas a hasé, si es más caprichosa que nadie y más terca que una gotera?

Del interior de la casa salen, saltando de entusiasmo, Esperancilla y María Manuela, también con sus trapitos de cristianar. Entre las dos traen, en diversos

envoltorios y cajas, todas las galas que ha de lucir en el teatro la heroína y todos los elementos auxiliares de su atavío. Mariquilla sale luego tras ellas, vestida ya con uno de sus trajes de baile predilectos, y con un mantón de Manila al brazo.

Esperancilla. ¡Ole! ¡Ole! ¡Poco bonita que ze ha puesto!

María Manuela. ¡Ze ha puesto que paece una reina! ¡Místela, místela!

Sagrario. ¡Ay, Cristoba! ¡Mírala qué guapísima viene!

Mariquilla. Qué, ¿gustaré en Las Canteras?

Sagrario. ¿No tienes de gustá? ¡Hija de mi arma! ¡Qué salerosa y qué bonita te ha hecho Dios!

Cristobalito. ¡Es un cuadro, es un cuadro!

Mariquilla. Ahora me lío en er mantón, y ar teatro en er coche. Y así er *debú* ha sío pa ustedes. Este vestío me lo hise en Parí. Pa los públicos estranjeros hay que darle a la ropa una mijita e fantasía. Sin quitarle su seyo. Yevo una bata de cola… Bueno, ya la verán ustedes. ¡Mirá la de chiquiyos que se han juntao ahí en la ventana!

María Manuela. *A los chiquillos.* Niños, ¿qué queréis?

Esperancilla. ¡Quitarze de ahí!

Mariquilla. Déjalos, mujé. ¿A ti te estorban? No han encontrao butacas y han venío a este parco de luto.

Sagrario. ¿Oyes, Cristobalito? ¡Qué ánge tiene!

Cristobalito. Eso, eso: ánge; ánge que da Dios. Eso que no se aprende en la escuela ni se compra en la plasa. ¡Ánge!

Llega Carrión por el portón, radiante de gozo.

Carrión. ¡A la paz e Dios! ¡Josú! ¡Vaya canela! ¿Le tiro a usté er sombrero a los pies?

Mariquilla. ¡No; que es er nuevo!

Carrión. Vengo de avisadó, como convinimos. Está acabando er primer arto.

¡En er teatro no cabe un arfilé! ¡Qué espertasión hay!

Mariquilla. ¡Ea, pos ar coche, que tenemos los minutos contaos! Venga usté también con nosotros.

Carrión. ¡No fartaba más! Si está ahí a dos pasos, María.

Mariquilla. Como usté quiera. Echá a corré ustedes dos pa el esenario. Ya conoséis la puerta, ¿eh?

Esperancilla. Antes que er coche yegamos nozotras.

María Manuela. ¡Pos no tenemos de yegá!

Esperancilla. Anda; por aquí.

María Manuela. No; por aquí.

Esperancilla. ¡Por aquí, mujé!

María Manuela. Es verdá; por ahí.

Márchanse por el corralillo, entusiasmadas.

Mariquilla. ¡Andando, viejos! ¡A lusirnos!

Carrión. Verá usté er público que hay esperándola en la prasuela.

Se va con Mariquilla.

Cristobalito. Vamos ayá.

Sagrario. ¡Y mi niña de mi arma se va a queda sin vé esta fiesta!

Cristobalito. ¡Ya se la contarás tú con tos sus pormenores! ¡Echa pa alante, simple!

Se van tras de los otros.

La aparición de Mariquilla en la calle es objeto de un largo rumor admirativo y de diversas exclamaciones, tales como éstas: «¡Ole las mujeres bonitas!». «¡No te vayas nunca de este pueblo, que te queremos mucho!». «¡*Dame* usté una entrá!». «¡Cuando deseche usté ese vestío, regálemelo a mí!». «¿Quié usté venirse conmigo

a mi casa, que estoy ayí solito?». «¡Cáyate, mala sombra!».

Estalla un aplauso, que sigue unos momentos al coche y al cabo se extingue. La inevitable bocina no suena esta vez, afortunadamente.

Pausa. Por el portón se presenta el Tito, también endomingado.

Tito. ¡Ea! ¡Er mundo ar revés! Ar viejo, que no sirve pa na, lo dejan hoy de carselero. Si yego a serví pa argo, ¡me lusco en esta casa! *Mirando hacia la puerta de la izquierda.* ¿Hola? Su mersé viene pa acá, de mantonsito. A vé, a vé… ¿Adónde iremos? ¡Que no sepa que er viejo la vigila! *Ocúltase por el corralillo.*

Poco después sale Gracita, de mantón, como ha dicho el viejo.

Gracita. ¿Habrá mayó despresio que éste? ¡Se van tos y me dejan sola! Pa lo que les importo, bien hago.

La sobrina de Lupe, muchachilla de pocos años, la llama desde la ventana.

Sobrina. ¡Chis! ¡Chis!

Gracita. *Con cierto sobresalto.* ¿Eh? ¿Quién?

Sobrina. Yo. La sobrina de Lupe.

Gracita. ¡Ah, sí! Entra.

Sobrina. ¿Que entre?

Gracita. Sí. Estoy yo sola.

Sobrina. No, señora, que no está usté sola; que está ahí er Tito. Ahora mismo ha yegao.

Gracita. Yo no lo he visto.

Sobrina. Pos yo sí.

Gracita. De tos modos, entra. ¡No va a comerte er Tito! ¡Ni a mí tampoco!

Sobrina. Como usté quiera. *Se retira de la ventana y pasa al instante.*

Gracita. ¿Qué traes tú?

Hablan con precaución, con cuidado.

Sobrina. Me manda… Me manda mi tía a desirle a usté que eya no viene porque eya levanta sospechas. Y me ha mandao también ar teatro; y he visto ar señorito.

Gracita. ¿Está en er teatro?

Sobrina. En er teatro está.

Gracita. ¡Claro! ¡Donde esté eya! ¡Si ya no hay más que eya! ¡Mardito sea su corasón, como ér dise!

Sobrina. Delante mía subió a la entrada generá.

Gracita. ¡Y querían que yo fuese, sabiendo que él iría! ¿Pa qué? ¡Pa que yo me viera en ridículo! ¡Eso es lo que me quieren a mí!

El Tito pasa disimuladamente por el fondo y se da cuenta de este diálogo.

Sobrina. Mi tía me ha encargao que le pregunte a usté si er *Cojo* le dió esta mañana la carta der señorito.

Gracita. Dile que sí; que me la dió. ¡Así se le hubiera quebrao la mano antes de escribirla!

Sobrina. También me ha dicho que si no sabe usté adonde irse, en su casa tiene usté siempre un techo y un peaso e pan.

Gracita. Grasias.

Sobrina. Y quéese usté con Dios.

Gracita. Anda con Dios tú.

Sobrina. ¡Ah! Se me orvidaba lo prinsipá.

Gracita. ¿Qué?

Sobrina. *Con repentino susto.* ¿Viene er Tito?

Gracita. ¡No viene, mujé! ¿Qué es lo prinsipá?

Sobrina. Que anoche dieron un paseo por los alreores der pueblo, en el automóvi de eya, er señorito Quique y esa mujé. Pa que usté se entere.

Gracita. ¡Ya me había enterao!

Sobrina. ¡Ea, pos na más! Buenas tardes. *Se marcha.*

Gracita. Adiós. *Con arranque, después de un momento de enojo.* ¡A casa de la *Barrigona*, no; pero a casa de Consuelo Sánchez, ahora mismo!

Se encamina decidida al portón. El Tito inicia un movimiento para ir detrás de ella, cuando ve que por el mismo portón aparece Isidoro Huerta, que viene a buscarla. Él se oculta de nuevo entonces, dejando en libertad a la pareja. Gracita retrocede desconcertada.

Isidoro. *Sombrero en mano, y con gran afabilidad.* ¡Hola, Grasita! Buenas tardes.

Gracita. Buenas tardes.

Tito. *Entre sí, todo jubiloso.* (¡Esto se anima! ¡Esto se anima!).

Isidoro. ¿Vas ar teatro?

Gracita. ¿Yo ar teatro?

Isidoro. Sí; como to er mundo.

Gracita. No; pos no voy. ¿Tú, sí?

Isidoro. Yo, tampoco.

Gracita. ¿Por qué?

Isidoro. Porque tú no vas.

Gracita. ¿Porque yo no voy?

Isidoro. ¡Claro!

Gracita. Pos yo te hasía ayí.

Isidoro. Pos yo sabía que tú no ibas.

Gracita. Entonses, ¿pa qué me has preguntao…?

Isidoro. Pa converserme de que asertaba. ¡Me gusta tanto asertá en lo que adivino!

Gracita. Y ¿por qué sabías tú que yo no iba?

Isidoro. Porque sé lo que piensas de Mariquiya Terremoto, y to lo quieres menos verla.

Gracita. Y ¿no tengo rasón?

Isidoro. Ninguna.

Gracita. ¿Que no tengo rasón pa aborresé yo a esa mujé, que ha venío aquí a quitarme lo mío?

Isidoro. ¡No digas disparates! Ni ha venío a quitarte na, ni na te quita.

Gracita. ¿Que no?

Isidoro. Que no. Es er señorito Enrique, es tu novio… quien por su conveniensia se muda de casa.

Gracita. ¡Cáyate!

Isidoro. Aquer só lo calienta más que éste.

Gracita. ¡Cáyate!

Isidoro. No quiero. Ahora no me quiero cayá… porque a ti te conviene oírme. Entérate, Grasita: Quique y yo, que nos íbamos a matá hase seis días, nos hemos hecho buenos amigos.

Gracita. ¿Qué?

Isidoro. Lo que oyes. Se yamó a chiquitas… y en mi posá lo tengo hospedao.

Gracita. ¿Qué?

Isidoro. Y además, hoy anda por las cayes con un terno mío. ¡Der maleteriyo de la estasión!

Gracita. Pero ¿lo ha tomao é?

Isidoro. ¡Cuando se lo ha puesto!…

Gracita. ¿De ti? ¡Paese mentira! ¡Si hubiea sío de otro!… ¿No le ha dao vergüensa?

Isidoro. No; porque yo se lo ofresí sin jactansia; a las buenas; de amigo a amigo. Como se debe hasé con aquer que está de cruz baja. Un poquiyo se le subió er coló. Poca cosa. Nos dimos un abraso luego, y en er teatro lo tienes a estas horas vestío de limpio.

Gracita. ¡No me nombres más er teatro! Y déjame salí.

Isidoro. ¿Adónde vas?

Gracita. ¡Fuera de esta casa! ¡Donde me yeve er sino!

Isidoro. Poco a poco. Er sino de ca uno, Grasita, está en la mano de ca uno.

Gracita. Y ¿dónde está er mío?

Isidoro. Yo te contaré un cuento cuando te serenes.

Gracita. ¡No le perdonaré nunca a Sagrario que me haya traío aquí a esa mujé, sabiendo quién era!

Isidoro. No le eches tampoco a Sagrario curpas que no son suyas. A Sagrario debías venerarla.

Gracita. ¡Sí; lo que es después de esta partía!… ¿Sabes tú lo que yo quisiera ahora mismo?

Isidoro. ¿Qué?

Gracita. ¡Un hombre que me dijera «buenos ojos tienes», pa escaparme con é, aunque fuera mi perdisión!

Isidoro. Siento no servirte pa eso.

Gracita. *Muy sorprendida.* ¿No me sirves pa eso? Isidoro. No.

Gracita. Entonses, ¿pa qué me sirves tú?

Isidoro. Pa to lo bueno que te sirva er que más… y los cominitos ensima.

Gracita. ¡No lo veo!

Isidoro. Er despecho siega.

Gracita. Más claro que te he dicho…

Isidoro. Es que yo no quiero que tú te tires contra mí, serrando los ojos, sino que caigas en mis brasos, abriéndolos. No quiero tu despecho, Grasita, sino tu cariño, que es lo que vale. Y tu cariño lo tendré.

Gracita. ¿Que lo tendrás? ¡Si no lo quiés ahora!…

Isidoro. Ahora, no.

Gracita. Entonses, ¿cuándo?

Isidoro. ¿Cuándo? ¿Y yo oigo esto?… Cuando lo des contenta, no con rabia.

Gracita. ¿Sí, verdá? ¡Pos yo te juro que ahora o nunca!

Isidoro. Pos ahora, no. Así, no. Carma.

Gracita. ¡No me da la gana de tenerla! ¡Quéate tú con tu carma! ¡Ayá veremos si la pierdes er día que yo haga un desatino!

Isidoro. No lo harás, Grasita.

Gracita. ¿Quién va a estorbarlo?

Isidoro. Yo.

Gracita. ¿Tú que me estás empujando a que lo haga?

Isidoro. Yo. Apasíguate y óyeme un consejo.

Gracita. ¡De consejos estoy más que harta!

Isidoro. Pos vaya el úrtimo. ¿No cabe en er canasto? Es el úrtimo. Tú te quieres marchá de aquí.

Gracita. ¡Ni con cadenas me sujetan!

Isidoro. Mal hecho. Ya te arrepentirás.

Gracita. ¡Mejó pa ti!

Isidoro. Y ¿adónde piensas irte?

Gracita. A casa de Consuelo Sánchez.

Isidoro. ¿A casa de Consuelo Sánchez?

Gracita. ¡O adonde sea!

Isidoro. ¿Te quieres í y no sabes de sierto adónde? A casa de Consuelo Sánchez no te vas.

Gracita. ¿Por qué no? Es una pensión mu desente.

Isidoro. No lo discuto; pero no te vas ayí porque yo no quiero.

Gracita. Y ¿tú quién eres pa mandarme?

Isidoro. Un afisionao a protegé novios desaveníos. Ar tuyo lo he aposentao en mi casa y lo he vestío; y a ti voy a yevarte donde no esté mar que tú vivas.

Gracita. Será si yo quiero.

Isidoro. ¿Por qué no has de queré, si empieso por sacarte de aquí, que es lo que más deseas?

Gracita. *Sugestionada a su pesar.* Y ¿adónde quieres tú yevarme?

Isidoro. A casa de un pariente mío.

Gracita. ¿Qué pariente?

Isidoro. Ér cura Porras.

Gracita. ¡Ah!

Isidoro. ¿Tú eres amiga de su sobrina?

Gracita. Sí.

Isidoro. Pos con el cura Porras y con eya vas a viví hasta que nos casemos.

Gracita. *Estupefacta.* ¿Hasta que nos casemos? ¿Ca uno por su lao?

Isidoro. No, mujé: hasta que nos casemos tú conmigo y yo contigo.

Gracita. ¡Vamos, tú estás loco, Isidoro! ¿Ahora me sales…?

Isidoro. Con lo que vengo disiéndote siempre.

Gracita. ¡Menos hase sinco minutos! ¿Quién te entiende?

Isidoro. Me entiendo yo.

Gracita. Pero ¿y si yo no te quisiera a ti, como tantas veses te he repetío?

Isidoro. Ya me querrás.

Gracita. ¿Cuándo?

Isidoro. Cuándo me preguntabas también hase sinco minutos. Ya me querrás.

Gracita. ¡Qué seguro lo dises!

Isidoro. Lo seguro que estoy.

Gracita. ¡Ja, ja, ja! ¿No tiene grasia esto?

Isidoro. ¡Mucha! ¿Vamos a reírnos los dos?

Gracita. ¡Ja, ja, ja!

Isidoro. A mí me satisfase verte reí. Anda. Vámonos pa casa de mi pariente er cura.

Gracita. Pero ¿es en serio eso?

Isidoro. ¡Y tan en serio!

Gracita. Pero ¿es que tú te has propuesto mandá en mí?

Isidoro. ¡Claro! ¿Quién mejó? Un hombre que te quiere; un hombre que va a

sé tu marío…

Gracita. ¡Y tan convensío como lo dise!

Isidoro. ¡Claro! Tiempo ar tiempo. Y eso es lo que a ti te hase farta, Grasita: un hombre que te mande. Porque un hombre que te obedesca, se pierde é y te pierde a ti. Anda pa casa'er cura.

Gracita. Pero…

Isidoro. Anda, anda. Luego lo pensarás.

Gracita. Pero…

Isidoro. Anda, mujé, anda.

Gracita. ¡Por er teatro no paso!

Isidoro. Ni es presiso. Daremos un rodeo. Anda.

Gracita. ¡Tendría que vé!…

Isidoro. Anda.

Gracita. ¡Tendría que vé!…

Ella, mirándolo como hipnotizada, acaba por obedecerlo y por marcharse como quiere él, que la acompaña sonriendo satisfecho.

El Tito reaparece en el fondo con creciente alegría.

Tito. ¡Güenas van las máscaras! ¡Ole! ¡Ole! *Bailando y cantando de gozo.*

¡Ay, señó San Juan,

ay, señó San Pedro!…

Mi sobrina va a tené a la pá un gusto y un dijusto. Pero er gusto va a podé más. *Asomándose a la ventana.* ¡Ayá van los dos como si ya se hubieran casao! ¡Je, je! *Empinando el codo.* ¡Me paese que se van a tomá los dichos antes de yegá a casa'er cura! Yo voy a vé, yo voy a vé… ¡Aquí me han dejao pa vigilé a Grasita!… De la gata, que es lo que quea en la casa, no me han dicho na. Además, es viuda y sabe lo que hase. Voy a vé, voy a vé…

Cuando va a marcharse llegan por el corralillo Esperancilla y María Manuela, alborotadas con las primeras impresiones de la junción. Traen todos los bultos con que antes se fueron, más algunos ramos de flores.

Esperancilla. ¡Jezú, Jezú, qué bien ha estao!

María Manuela. ¡Qué coza más bonita!

Esperancilla. ¡Ay, zeñó Joaquín!

María Manuela. ¡Qué coza más bonita!

Esperancilla. ¡Ay, qué de aplauzos!…

María Manuela. ¡Ay, qué de aplauzos!…

Tito. Pero ¿ha concluío ya la funsión?

Esperancilla. ¡La funzión, no; er trabajo de eya!

María Manuela. ¡Zi eya ze marcha ahora a Zeviya a trabajá también!

Esperancilla. ¡Ay, Tito, qué bien baila!

María Manuela. ¡Qué bien baila! ¡Zi paece que no piza zuelo!

Esperancilla. ¡Cómo la han aplaudío!

María Manuela. ¡La gente ze la quería comé!

Esperancilla. ¡La boticaria ze rompía las manos!

María Manuela. ¡Y hasta la niña dicen que estaba viéndola escondía!

Tito. Güeno, ahora güervo yo.

Esperancilla. ¡Zi eya ze viene ya pa acá!

Tito. No importa: ahora güervo, ahora güervo. *Vase por el portón.*

Esperancilla. ¡Qué envidia me ha dao!

María Manuela. Poz ¿y a mí?

Esperancilla. Oye, ¡mira que con er vestío de volantes!…

María Manuela. Poz ¿y con er de cola?

Esperancilla. ¡Oh!

María Manuela. Yo me mataba teniendo que bailá con é.

Esperancilla. La pataíta tan grazioza que dá azí pa echarla pa atrás.

María Manuela. No ez azí como tú lo haz hecho: ez así.

Esperancilla. No, que ez azí, mujé.

María Manuela. ¿Y cuando ze pone de puntiyitas con los brazos pa arriba y tú no oyes más que los paliyos mu zuaves: taca-taca taca-taca taca-taca?

Esperancilla. ¿Y cuando ze echa los brazos atrás y hace ezo mismo: taca-taca taca-taca taca-taca?

María Manuela. ¿Y cuando pone aqueya cara tan flamenca mirando ar público? *La imita.*

Esperancilla. ¡Ole! ¡Quizieas tú parecerte!

María Manuela. ¡Poz a Seviya voy yo a í a una academia e baile pa hacerme estreya!

Esperancilla. ¡Ay, qué gracia! ¡Tú estreya!

María Manuela. ¿Por qué no?

Esperancilla. ¡Ya te contentarás con zé er faró de la cocina!

María Manuela. ¡Pos tan pobre era eya como yo!

Esperancilla. Niña, ¿quiés cayarte? ¿Quiés poné tu cara con la zuya?

María Manuela. ¡Ahí está ya er coche!

Esperancilla. ¡Vamos a tocarle nozotras las parmas cuando entre eya!

María Manuela. ¡Ezo, ezo!

Abren el portón y esperan la llegada de la artista. A poco viene Mariquilla rodeada de Sagrario, Cristobalita y Carrión, que comentan animadamente su triunfo. Mariquilla resplandece de orgullo y de dicha. Trae también un gran ramo de flores y viene vestida con un traje de escena distinto del que llevaba puesto al marcharse. Las criadas la aplauden y la vitorean.

Sagrario. ¡Hija de mi arma!

Esperancilla. ¡Viva! ¡viva!

María Manuela. ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

Carrión. ¡Eso! ¡Se está uno disiendo ¡ole! de aquí a mañana por la mañana y lo ha dicho poco!

Cristobalito. ¡Yo no pueo hablá de entusiasmo que tengo!

Sagrario. ¡Yo me he pasao la tarde yorando! Siéntate, arma mía. ¿Estás cansá?

Mariquilla. Un poquiyo. La emosión más que ná. Vorvé a la tierra de una ¡es tan bonito!… Además, las parmas de la tierra de una suenan más adentro que las de ninguna parte.

Carrión. Pero ¡qué artista tan enorme! ¿Verdá, Cristobalito?

Cristobalito. ¡Nunca he visto na que la iguale!

Mariquilla. ¡Ér cariño con que me ven sus ojos, viejo!

Cristobalito. Y ¿to er público te quería como yo? ¡Qué oportuno estuvo aquér que gritó desde er gayinero: «¡Josú! ¡Cuarquiera coge er sueño esta noche!».

Esperancilla. Pero ¡zi hasta los mozos del ecenario la aplaudían! ¡Zi ha zío una esplozión!

María Manuela. ¡Zi ha zío un arrebato!

Mariquilla. Pos el arcarde, queriendo echárselas de fino, ¡me ha sortao una! … ¡Madre mía!

Carrión. *Sacando cuartillas y lápiz.* A vé, a vé… ¿Qué ha dicho el arcarde?

Mariquilla. Na. Eso se quea pa mí. Er papé der periódico es mu sufrió, pero ya no resiste tanto.

Nuevas risas.

Sagrario. ¡Yo voy a contárselo a mi nena! *Vase anhelante al interior.*

Cristobalito. ¡Asombrao estaba yo ya de la tardansa!

Carrión. ¿Y lo que gosa usté bailando, María?

Mariquilla. Te diré: goso y sufro. Pero es un sufrimiento agradable. Una cosa particulá. Como una calentura a gusto. Casi no me doy cuenta de lo que hago ni de lo que veo. Digo, ar principio, sí. Luego, ya no sé lo que me siega ni lo que me empuja. Yo creo que son las miras de la gente. *Expresando los grados crecientes de la expectación.* Er público, cuando sargo, está así. Y luego, así. Y luego, así. A la tersera ya son míos der to. ¡Ya son míos! *Se levanta exaltada.* Y el arma entera es ya pa eyos. Yo hinotiso ar público y er público me hinotisa a mí. Me los yevo prendíos de los pies y de los brasos donde me da la gana. Paese que toas las cabesas tienen hilos que están en mis manos. ¿Comprendéis? De repente oyes tú un rumó y te parese que te dan mir besos. Luego, con un ¡ole! que no se ha podío sujetá, te entra un escalofrío que te corre toa. Ya va a vení el aplauso grande. ¡Ya, ya! Tú lo sientes yegá como un bando e palomas y te creses. ¿Quién ha bajao las bambalinas, que estoy tocando en eyas?… La música ya no la oigo, pero la sigo. Ya no eres tú de carne; ya no pesas. ¡Ole! ¡Ole! Una misma se dise ¡ole! por lo bajito. ¿Eh? Y cuando rompes a sudá tu calentura, er público rompe a aplaudirte, y aqueyo es la má que se desborda. Aqueyo es un trueno; una tempestá que te elertrisa; un terremoto. Y yo siempre agradesco las parmas con la misma frase: «¡Bendita sea la madre que los ha parío!».

La aplauden todos frenéticamente, contagiados de su exaltación.

Cristobalito. ¡Tu madre sí que se meresía una corona!

Carrión. ¿Su madre? ¡Un artá!

Cristobalito. ¡Qué criatura! ¿Eh, Carrión? ¡Qué criatura!

Carrión. ¡Caye usté, hombre, caye usté! ¡Se acaban las ponderasiones! ¡Y pensá que yo en mi casa no pueo desí na de esto por los selos de mi mujé!…

Vuelve Sagrario en este momento, con un pliego de papel en la mano, y con tal

gesto de desolación y de pesadumbre que apaga instantáneamente la alegría de todos.

Sagrario. ¡Cristoba!

Cristobalito. ¿Qué? ¿Qué hay?

Sagrario. ¡Que la niña no está ayá dentro!

Cristobalito. ¿Cómo?

Sagrario. ¡Ni er Tito tampoco! ¡Los he buscao por toa la casa y no paresen!

Cristobalito. ¡Se habrán ido quisá a dá un paseo!

Sagrario. ¡No! ¡Mira qué papé nos ha dejao!

Cristobalito. ¿Un papé?

Mariquilla. ¿Un papé?

María Manuela. ¡Er Tito estaba aquí hace un istante!

Esperancilla. ¡Ha hablao con nozotras!

Sagrario. ¡Ay, Dios mío de mi arma!

Cristobalito. *Leyendo el papel.* «Me voy con quien me quiere más que aquí».

Sagrario. ¡Más que aquí no la quiere nadie!

Mariquilla. ¡Ah, traisionero!

Carrión. Pero ¿será ese hombre?…

Cristobalito. ¡Seguro!

Sagrario. ¡La *Barrigona* tiene la curpa! ¡Yo voy a sacarle los ojos!

Cristobalito. ¡Aguarda, mujé; que no va a valerle!

Sagrario. ¡Ay, Madresita mía de los Dolores!

Cristobalito. ¡Tú, Carrión, yégate a darle er soplo a la Guardia siví!

Carrión. ¡Volando!

Sagrario. Pero, escucha…

Carrión. ¿Qué?

Cristobalito. Na. Ve a eso. Y yo voy a otra parte. Me figuro er rincón en que se han metío.

Esperancilla. ¿Y nozotras, que hacemos?

María Manuela. ¿Qué hacemos nozotras?

Cristobalito. ¡Irse a vé si dáis con er Tito!

Esperancilla. ¡Ezo, ezo!

María Manuela. ¡Anda!

Esperancilla. ¡Anda!

Sagrario. ¡La *Barrigona* sabe de sierto donde están! ¡Espérenos tú, niña mía!

Cristobalito. ¡No te vayas a í sin que te demos un abraso!

Mariquilla. ¡A las siete he de está en Seviya!

Sagrario. ¡Descuida, que vorvemos pronto!

Cristobalito. ¡Qué trastorno más intempestivo!

Sagrario. ¡Qué revolusión! ¡Qué vergüensa!

Carrión se ha ido por el corralillo; Esperancilla y María Manuela, una por el corralillo y otra por el portón; por éste se va también Cristobalito, y por el corralillo Sagrario. Mariquilla, una vez sola, parece abrumada por el hecho. Sacude luego la cabeza y exclama entre lágrimas: ***Mariquilla****. ¡Yegué tarde! ¿Qué es eso, Mariquiya? ¿Estás yorando? Sí que estás yorando. Pero ¿por qué yoras? ¿Por eya… por el otro… o por ti?*

Inopinadamente, se le aparece por el portón el Tito, que no cabe en sí de satisfacción y que con ella ha adquirido bríos extraordinarios.

Tito. ¡Mariquiya!

Mariquilla. ¡Tito! ¡A buscarlo a usté han salío las muchachas!

Tito. ¿A mí? ¿Pa qué?

Mariquilla. Pero ¿no sabe usté lo que ocurre?

Tito. ¡Vaya si lo sé! ¡Antes que nadie! ¡Que Grasita se ha ido con Isidoro Huerta!

Mariquilla. ¡No, señó: con Quique!

Tito. ¡Ca! ¡Con Isidoro Huerta!

Mariquilla. ¿Está usté seguro?

Tito. ¡Si ha pasao ante mis ojos, niña! ¡Si yo los he visto salí y los he seguío! Ahora mismo están tomándose los dichos —los dichos y dos copas— en la confitería de Molina.

Mariquilla. *Con repentino júbilo.* ¡Y tos nos habíamos malisiao que era con Quique!

Tito. ¡Porque estáis locos tos!

Mariquilla. *Riendo.* ¡No tiene usté idea! Las dos muchachas han escapao a buscarlo a usté; Carrión, a darle parte a la Guardia siví…

Tito. ¡Jesú! ¡Qué plancha!

Mariquilla. Sagrario a abrirle la barriga a la *Barrigona*, y Cristobalito no sé dónde.

Tito. A Cristobalito lo he visto yo ar yegá. Iba siego. ¡Ni reparó en mí ni reparaba en nadie! ¡Qué plancha!

Mariquilla. Menos má que er susto les va a dura poco. No tan poco como a mí, pero poco.

Tito. Yo ya no corro más. Enhoragüena por tu funsión, niña.

Mariquilla. Muchas grasias. Tito.

Tito. Ya sé que has estao como los ángeles. Voy a tomarme una palomita. Tú

sabes lo que es una palomita.

Mariquilla. ¡Un vaso de agua con una copita de anisao y un paná!

Tito. ¡Ni más ni menos! A tu salú voy a tomármela. Y ésos, cuando vengan, se convenserán de una vez de que en esta casa, el único que sirve de argo, soy yo. *Vase al interior, canturreando.*

¡Ay, señó San Juan,

ay, señó San Pedro!…

Mariquilla. *Tan encantada como el Tito.* ¡Esto ya es otra cosa! *Mirándose en el espejó, que continúa sobre una silla.* ¡Qué carita de Pascua se te ha puesto de pronto! Y eso ¿por qué es? ¿Por eya… por el otro… o por ti? ¿O por to junto? ¡Vamos a hablá claro nosotras! *Se sienta ante el espejo y sigue hablando con su imagen.* Tú te has yevao un susto. No me lo ocurtes, porque es inúti. Conmigo no te vale. Te has yevao un susto. Esplícamelo a mí. Tú hasías lo que hasías de engatusa a Quique, por librá a estos viejos de esa pesaumbre y por sarvá a Grasita. ¡Eya misma te dió la idea! ¿Verdá? Hasta aquí estamos mu conformes. ¿Y ahora? Esto ya no es tan claro. Grasita ya está a sarvo der to: ¿qué hasemos tú y yo con el otro? ¡Aquí quiero yo vé a las mujeres! ¿Quiés vengarte de é? ¿Quiés humiyarlo? ¿Quiés que se sarve por tu mano, cuando ér fué quien a ti te perdió? ¡Esto sería grande! No, no; ni guiños ni sonrisas: la verdá. En er lao izquierdo, ¿ha revivío aqueya candelita que te juntó a é? Si ha revivío, ar cabo der tiempo y de tu desengaño, ¿tú eres capaz de soplarla un poquito pa que vuerva a ensenderse y le arcanse? ¡Que me hables claro, chata, que me hables claro, que esto es una cosa mu seria! ¿Te ha dao lástima verlo? ¿Y una cosquiyiya particulá por habérselo quitao a la otra? Y si tú lo levantas der suelo, ¿no te subes tú siete parmos y a la vez te vengas de é y lo sacas a flote? ¿Y si a tu lao lo hases persona? Mu seria te has puesto. Y ahora mu blanca. Mariquiya Terremoto, ¿estás perdía der to? ¿Estás entrega? ¡Es la primera vez que no me dises a mí las cosas claras! ¡Valientemente!… Na; que te has atarugao.

En esto Quique, desde la ventana, la llama.

Quique. ¡María! ¡Mariquiya!

Mariquilla. *Sorprendida.* ¡Quique! *Tras una pausa, en que se rehace de la sorpresa.* Pasa, hombre, pasa.

Quique. ¿No hay nadie?

Mariquilla. No: pasa.

Quique. Ayá voy. *Se retira de la ventana.*

Mariquilla. *A su imagen, mientras llega Quique.* ¡Te has portao! ¡Ha venío é, y no me has dicho una palabra de sustansia! ¡Tienes unas cosas!…

Quique asoma al portón.

Quique. ¿De veras no hay nadie en la casa, Mariquiya?

Mariquilla. Nadie. La polisía se ha ido.

Quique. Están en er teatro, ¿verdá?

Mariquilla. En er teatro.

Quique. Yo no los he visto porque no tenía ojos más que pa verte a ti. ¡Qué artista te has hecho! Y ¡qué bonita estás!

Mariquilla. ¿Te he gustao?

Quique. Y ¿a quién no? A mí, sin embargo, quisá me has gustao más que a nadie. ¡Qué grande eres, Mariquiya!

Mariquilla. ¡Lástima que no lo hayas visto hasta ahora! Porque la semiyita estaba ya en lo que tú tiraste.

Quique. Y ¿qué sabía yo entonses de na? Pa mí en er mundo, en aquer tiempo, nadie valía na, más que yo; mi casa y mi dinero. ¡Si yo tuviera ahora er dinero que entonses!…

Mariquilla. ¡No te pondrías los trajes de Isidoro Huerta! ¿Verdá?

Quique. ¿Tú sabes que este traje es de Isidoro Huerta?

Mariquilla. Sí: ya lo oyes. Es que se lo vi antes de ayé y lo he conosío. ¡A lo que has yegao, Quique!

Quique. No me lo digas tú.

Mariquilla. ¿Te duele?

Quique. Me hase sangre.

Mariquilla. Pos entonses te lo vi a repetí. ¡A lo que has yegao!… ¡A cambia una novia por un terno!

Quique. ¿Eh?

Mariquilla. Sí, hombre. Caro te lo ha vendío Isidoro. Te ha dao er terno, pero se ha yevao a Grasita.

Quique. ¿A Grasita?

Mariquilla. Der braso, na más.

Quique. ¡Porque yo he querío, naturarmente!

Mariquilla. ¡Porque tú has querío!…

Quique. No; está mar dicho. Porque has querío tú.

Mariquilla. Haré que me lo creo. ¿Le escribiste la carta rompiendo con eya?

Quique. Como tú me pediste anoche.

Mariquilla. ¿Te costó trabajo escribirla?

Quique. *Después de mirarla, vacilante.* Si te digo que sí, me vas a yamá sinvergüensa… y si te digo que no, también vas a yamármelo… Conque no te digo ni que sí ni que no.

Mariquilla. Era una infamia que trajeras engañá a esa chiquiya. Y ahora no me dirás que lo hasías de inosente, como conmigo.

Quique. No compares.

Mariquilla. ¿No te conviene?

Quique. Me convenga o no, son cosas distintas. A ti, a pesá de mi comportamiento, te quise de veras.

Mariquilla. ¡Que me lo vi a creé!

Quique. ¡Créetelo, Mariquiya! Yo te juro por…

Mariquilla. Ten cuidao con las senisas de tu padre. Eso ya es un sigarro apagao.

Quique. Pero, después de to, ¿a qué vamos a hablá de lo de entonses? Jure yo lo que jure, va a sé como si lo escribiera en el agua. Y, sin embargo, en mi consiensia he visto ahora que es verdá. Te quise de veras, Mariquiya. No sé que me ha entrao al encontrarte.

Mariquilla. ¿Remordimiento?

Quique. Muchas cosas.

Mariquilla. ¡Y tantas!… Pero ¿te hubiera entrao lo mismo si en vez de vení yo como vengo viniera como tú me dejaste y con dies años más ensima? ¿A qué no?

Quique. *Rechazando la ofensa.* ¡María!

Mariquilla. ¿A qué no?

Quique. ¿A qué sí?

Mariquilla. Eso no pué probarse.

Quique. Ponme a prueba pa convenserte. Te repito lo que te dije anoche. Quiero vorvé a sé cosa tuya.

Mariquilla. ¡Que las paredes oyen, Quique!

Quique. Pero ¿no me has dicho que no hay nadie?

Mariquilla. ¿Es que te importaría que te oyeran?

Quique. ¡No! Me oyes tú, me oye er que está arriba, y me basta. ¡Er que está arriba, que me ha jugao argunas partías en este mundo!…

Mariquilla. ¿Y las que tú le has jugao a É, dónde me las dejas?

Quique. Créeme, Mariquiya de mi arma; ¡quiero vorvé a sé cosa tuya! ¡Tu perro, si no me quieres de na más!

Mariquilla. ¿Mi perro?

Quique. ¡Tu perro!

Mariquilla. Eso pué que lo digas de corasón.

Quique. ¡De corasón lo digo!

Mariquilla. Sí, sí: mi perro. ¡Es claro! ¡Comidita escogía, baño a diario, dormí en la camita del ama, besos en el hosico… y un laso pa salí en er coche! ¡Estás tú fresco! ¡No te dará en los dientes! ¡La buena vida hay que sudarla, niño! ¡Ya no se la regalan a nadie!

Quique. *Riendo.* ¿Ves tú? ¡Esa es la grasia que a mí me perdió!

Mariquilla. ¿A ti?

Quique. ¡A mí! ¡Porque a ti, tú misma me has dicho que no te hise daño, puesto que has venío a darme las grasias!

Mariquilla. Argo hay que desí pa serrá las heridas, Quique.

Quique. ¡Bueno, pos si no tu perro, argo más insignificante toavía: tu canario; tu loro!

Mariquilla. ¡Siempre matándote a trabajá!

Quique. ¡Lo que tú quieras, Mariquiya! ¡Tu *chofé*!

Mariquilla. ¡Mi *chofé*!… ¡Er desmayo que te iba a dá er primer día que tuvieras que lavá er coche!

Quique. Eso no, porque hay lavacoches.

Mariquilla. ¡Ah! ¿Ya has pensao en er suplente? ¡Cuando yo te digo!…

Quique. Mi afán es servirte de argo; que tú me mandes que me esclavises a tu voluntá.

Mariquilla. ¿Sí, eh?

Quique. ¡Servirte aunque sea de lacayo!

Mariquilla. ¿Sí, eh? Coge esos burtos y yévalos ar coche.

Quique. ¡Ya está!

Mariquilla. *Deteniéndolo.* ¡No, Quique, no!

Quique. ¿Que no?

Mariquilla. ¡Que no! Yo no quiero humiyarte más. Ya te humiya bastante la vida. Yo misma, sin queré, te humiyaré si te recojo.

Quique. ¡Recógeme, Mariquiya, recógeme!

Mariquilla. Meréselo.

Quique. Dime de qué manera.

Mariquilla. Tú la discurrirás si lo quieres.

Quique. ¡Hasta a trabajá estoy dispuesto!

Mariquilla. ¿Quién se ríe por ahí?

Quique. ¿Se ha reío arguien?

Mariquilla. ¡To er que te haya oído!

Quique. Si tú no te ríes y empiesas a creerme, lo demás me tiene sin cuidao.

Mariquilla. ¡Ay, Quique, si toavía fueras tú capaz!…

Quique. ¡Lo soy! ¡Ar lao tuyo, lo soy! Pero ¿quién se ríe?

Mariquilla. Er Tito, que está ayá dentro divirtiéndose solo. Es la alegría de que Grasita haya escapao de ti. Esa alegría que yenará esta casa.

Quique. ¡Y yo me alegraré también, porque ha venío contigo! ¡Y además merezco esa alegría! ¡Mardito sea mi corasón! *Se sienta abatido.*

Mariquilla. ¿Qué es eso? ¿Estás yorando?

Quique. No.

Mariquilla. Creí…

Quique. ¿Querías tú que yorara?

Mariquilla. Hombre, francamente, me hubiera gustao. Pero, bueno, de pronto, sin podé remediarlo tú. ¡No vayas ahora pa yorá a tirarte un peyisco!

Quique. No yoro, no; estoy seco ya. ¡Ni lágrimas me quedan! *Conmoviéndose.* Es desí, argunas tengo todavía. Míralas: tú las has sacao.

Mariquilla. ¡Quique!

Quique. ¡Mariquiya! *Hunde su cabeza en el pecho.*

Pausa. Mariquilla lo contempla con lástima, combatida por sentimientos distintos.

Mariquilla. ¿Qué hago yo ahora con este hombre? ¡No es na!… ¡Me tocan a mí unos numeritos!… ¡La má con los peses!… Pero, bueno, ¿quién dijo miedo? ¡O somos o no somos grandes hombres! ¡A rematé er terremoto, Mariquiya! ¡Quique!

Quique. ¡Mariquiya!

Mariquilla. ¿Tú quiés vení conmigo a Nueva Yó?

Quique. ¡Y ar fin der mundo!

Mariquilla. Eso pa empesá está mu lejos. A Nueva Yó na más. Y ayí veré lo que eres toavía. Ni sé lo que te ofresco, ni sé lo que tú vas a darme, ni quiero carcularlo siquiera. ¿Qué va a pasarnos a los dos? ¡Lo que sea sonará! Pero yo no te dejo aquí, ahogándote ya y pataleando en el agua, sin fuersas pa ganá una oriya y viendo a to er mundo tirarte piedras pa que te ahogues.

Quique. ¡No te arrepientas de eso que me dises, Mariquiya!

Mariquilla. ¡No me arrepiento, no! ¡Ahora, no me arrepiento! Luego… no lo sé. *Como embriagada, resistiéndose a reflexionar.* Te miro como a un náufrago, Quique. Estás en mitá de los mares, perdío. Sólo de Dios pué yegarte er remedio. Yo te tiro un cable, y a mi barco. Venga ron, venga asúca, vengan frisiones… Que vives: ¡adelante en la travesía! Que ya no resueyas y eres carne inúti: ¡una piedra ar pescueso, y al agua otra vez!

Quique. ¡Yo estaré muerto o vivo según tú quieras!

Mariquilla. ¡No: según quieras tú!

Quique. ¡Bendita seas! *La abraza.*

Mariquilla. ¡Cuidaíto, Quique, que esto no es aqueyo!

Quique. ¿No es aqueyo?

Mariquilla. ¡No, no es aqueyo! *Con repentina transición.* ¡Ni tampoco sé yo bien si es aqueyo! Porque estoy notando que tus manos, Quique, toavía me queman un poquiyo ar tocarme.

Sale el Tito, contemplándolos abrazados, y le dice a ella:

Tito. ¿Ves cómo no era Quique er que se marchó con Grasita? *Y se va por el corralillo, riéndose.*

Mariquilla. Ahí lo tienes: ¡yeva risa pa media hora!

Quique. ¡Con rasón! ¿Quién más yega?

Mariquilla. La gente de la casa. Vete tú a esperarme en er coche, si no quiés que te vean.

Quique. ¡Mariquiya!…

Mariquilla. Ya me lo dirás luego. Anda ar coche.

Quique. ¡Ayí te aguardo! ¡Hoy he nasío otra ves! *Se va por el portón.*

Mariquilla. *Paladeando su dicha.* ¡Ole las mujeres! ¡No hay quien puea contigo, Mariquiya! *Considerando momentáneamente el alcance de su resolución.* ¿Qué he hecho yo, Virgensita mía? ¿Adónde vi a pará con é? ¡Dios lo sabe! ¡Pero no hay que vorverse atrás! *A su imagen en el espejo.* ¿Qué? ¿Qué? ¿No te gusta? ¡Pos hija, como tú no me has aconsejao, he tenío yo que resorverme! ¡Con lo que sale ahora! …

Llega por el corralillo Cristobalito, muy gozoso.

Cristobalito. ¡Mariquiya!

Mariquilla. ¡Viejo!

Cristobalito. ¿Te ha contao er Tito?…

Mariquilla. ¡Primero que a nadie!

Cristobalito. ¡Qué alegría pa nosotros! ¡Lo que soñábamos!

Mariquilla. ¿Y Sagrario, lo sabe ya?

Cristobalito. ¡También! ¡Está como loca! Ahí, en la esquina, se ha quedao hablando con una mujé.

Mariquilla. ¡Pos yo voy a desirle condiós a mi cuarto, que tengo que está en Seviya a las siete! *A María Manuela y a Esperancilla, que vuelven por el portón.* Tú, María Manuela, yévate esas cosas ar coche.

María Manuela. Zí, zeñorita.

Mariquilla. Tú, Esperansiya, ven conmigo, pa traerte lo demás.

Esperancilla. Lo que usté me mande.

Tito. *Volviendo por el foro.* ¡Echaré yo también una manita, pa serví de argo arguna ves!

Él y María Manuela se llevan por el portón las flores, los envoltorios y las cajas de Mariquilla. Ésta y Esperancilla se van por la puerta de la izquierda.

En esto, y por el corralillo, llega Sagrario, a quien sigue Pepa la de Juan. Sagrario trae un niño en los brazos. La mirada que le dirige Cristobalito es un poema.

Sagrario. ¡Ay, Cristobalito, cuántas grasias tenemos que darle a Dios! ¡A mí me ha tocao la lotería! ¡Grasita casándose con Isidoro! ¡Ni pintao! ¡Ni pintao! *Mostrándole el niño.* ¡Mira qué jasminito!

Cristobalito. ¿Ya?

Sagrario. ¡No seas chocante, hombre! ¡Mira qué carita de sielo! De Pepa la de Juan. ¿Tú no conoses a Pepa la de Juan?

Pepa. Servidora.

Cristobalito. ¿No he de conoserla? A Pepa la de Juan y a ti.

Sagrario. Se ha quedao viuda hase tres meses, y le ha dejao cuatro criaturitas… Ésta es la más chica de las cuatro. ¡Mira qué bendisión!

Cristobalito. *Curándose en salud.* ¡Bueno, pos ahora mismo se la das a su madre y que se la yeve a su casa!

Sagrario. ¡Cristoba!

Cristobalito. ¡Sagrario! ¡Que te adivino las intensiones! ¿No salimos de Málaga y vamos a entrá en Malagón? ¿Es niño o niña?

Sagrario. ¡Niña!

Cristobalito. ¡Atisa!

Pepa. ¡Pero también tengo un varonsito!

Sagrario. ¡Acuérdate der pobre Juan!

Cristobalito. ¡Acuérdate tú der pobre Cristoba!

Sagrario. ¡Hija de mi sangre!

Cristobalito. ¡No es tuya; es de Pepa! ¡Ya se la está yevando! ¡Aquí más niños prestaos no vienen! ¡Se ha serrao la Inclusa! ¡Aquí no entran ya más niños que los que tengamos tú y yo! ¿No te ha dao un mareíyo en er teatro? ¡Pos vamos a vé lo que susede!

Sagrario. *A Pepa, entregándole la criatura.* Tome usté. No hay que echarle cuenta cuando se pone así. Vuerva usté mañana.

Pepa. ¿Mañana?

Sagrario. Sí, cuando él esté en la Plasa con los amigos.

Pepa. Bueno. Que usté lo pase bien.

Cristobalito. Vaya usté con Dios.

Sagrario. Hasta mañana.

Pepa. Si Dios quiere.

Sagrario. Hay que cogerlo en su cuarto de hora.

Se va Pepa la de Juan con el niño, por donde llegó. Vuelven del interior Mariquilla

y Esperancilla. La una, dispuesta ya para su viaje, y la otra, con dos o tres bultos, que se lleva al coche.

Mariquilla. ¡Sagrario!

Sagrario. *Abrazándola.* ¡Mariquiya! ¡Qué ventura nos has traío! ¡Porque has sío tú, tú!

Mariquilla. ¡Pos toavía no saben ustés lo más bueno!

Cristobalito. ¿Qué es lo más bueno?

Mariquilla. ¡Que Quique está ahí fuera en mi coche!

Cristobalito. ¡Chiquiya!

Sagrario. ¿Qué dises?

Mariquilla. ¡Eso na más! ¡Me lo yevo a Seviya, primero, y luego a Nueva Yó!

Sagrario. ¡Criatura!

Cristobalito. ¡Piénsalo bien! ¡Mira que er señorito está mu pervertío!

Sagrario. ¡Piénsalo bien!

Mariquilla. ¡No pueo pensarlo! ¡No quieo pensarlo! ¡En arta má se lo preguntaré a las estreyas! ¡Ahora, me lo yevo! Y tengo dos ideas mu claras: ¡o lo tiro al agua… o me caso con é!

Sagrario. ¡Mariquiya!

Cristobalito. ¡Muchacha!

Mariquilla. ¡No hay más que hablá! ¡Al otro mundo, que éste ya se ha quedao chico!

Abrazada a Sagrario, que, de puro emocionada, no puede hablar, va hacia la calle. Cristobalito va tras ellas.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, enero de 1930.

LA ESPOSA Y LA CHISMOSA

PASO DE COMEDIA

Estrenada en el **Teatro de la Infanta Isabel** el 27 de mayo de 1930

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Victoria. Angelina Vilar. Ponciana. Concha Ruiz. Anacleta. Marichu Merino.

LA ESPOSA Y LA CHISMOSA

Gabinete elegante, en casa de Victoria —esposa modelo, como se verá—, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Muebles cómodos. Es por la mañana, o por la tarde, o por la noche, y en la época del año que más les guste a las actrices para sus atavíos. En contra de la tendencia del arte moderno a acumular dificultades, nosotros damos todas las facilidades posibles.

Por la puerta de la derecha —derecha de la actriz: galantería obliga— sale Anacleta, doncella de Victoria, monísima, como no podía menos. La sigue Ponciana, señora casada de buen ver, avispada y nerviosa.

Anacleta. Pase la señora. *Viendo que no pasa.* ¿Dónde se ha quedado? ¿Qué mira? Por aquí. Pase usted.

Y pasa la señora, quien de una rápida ojeada se hace cargo hasta del menor detalle del gabinete.

Ponciana. Me llamó la atención el escudo del recibimiento.

Anacleta. ¡Ah!, sí, señora. Es el escudo *mobiliario*.

Ponciana. *Riendo con suficiencia.* Ya, ya.

Anacleta. ¿A quién anuncio?

Ponciana. ¿A usted qué le importa?

Anacleta. ¿Cómo?

Ponciana. ¡No sé qué se figuran ustedes! ¡Quieren saber tanto como una!

Anacleta. Comprenda la señora… que si no me dice quién es…

Ponciana. Sí, mujer, sí… No sé lo que hablo. Estoy tan fuera de mí…, tan nerviosa… Anuncie usted a… a… Anuncie usted a la señora desconocida.

Anacleta. ¡Zape!

Ponciana. ¿Qué es eso de zape?

Anacleta. Perdone la señora; se me escapó, de la sorpresa. Yo tampoco sé lo que hablo. ¿A la señora desconocida he de anunciar a mi señora?

Ponciana. Mejor es que le diga usted que está aquí una señora que le viene a dar un disgusto.

Anacleta. ¡Arrea! Prefiero decirle lo otro.

Ponciana. Haga usted lo que quiera, pero márchese ya. No he venido a dialogar con usted.

Anacleta. ¡Sopla! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Ponciana. ¡Zape! ¡Arrea! ¡Sopla! ¡Cómo está el servicio de descarado! *Se sienta, sucesivamente, en distintas sillas y butacas.* Nada: lo que yo le discuto a mi marido: en todas partes hay muebles más cómodos que en casa. Una butaca como ésta me la compra a mí. ¡Ya lo creo!

Vuelve Anacleta.

Anacleta. En seguida sale la señora.

Ponciana. Bien.

Anacleta. Dispense la señora la pregunta: ¿es por casualidad que al señorito lo ha atropellado un *auto*?

Ponciana. No. ¡Pero lo ha debido atropellar!

Anacleta. ¿Por qué?

Ponciana. Le repito que no he venido a dialogar con la doncella de la casa.

Anacleta. Es natural que una se interese…

Pausa breve. Ponciana se levanta y curiosea.

Ponciana. ¿Quién es este caballero del uniforme?

Anacleta. ¡Pregúnteselo usted a la señora! *Se retira por la puerta de la derecha con aire triunfador.*

Ponciana. ¡Oh! ¿No digo? ¡Qué asco de gente! Hay para dedicarse a

amaestrar perros y gatos para que la sirvan a una.

Vuelve a probar asientos. En esta entretenida tarea se la encuentra Victoria, que aparece por la puerta de la izquierda.

Victoria. ¿Quién es? ¿Qué hace?

Ponciana. Ésta, ésta, sin vacilar. Es una hamaca.

Victoria. ¿Qué?

Ponciana. *Levantándose de un salto.* ¡Ah! Señora…

Victoria. Señora…

Ponciana. ¿Se sorprende usted de mi visita?

Victoria. No… Del entretenimiento.

Ponciana. Es que estoy muy nerviosa. Usted me perdone. Tan nerviosa estoy, que en presencia de usted pienso una vez más que yo no he debido venir.

Victoria. En ese caso…

Ponciana. No; pero, ya que estoy aquí…, no me voy.

Victoria. La doncella me ha dicho que una señora desconocida deseaba verme.

Ponciana. Así es. Usted no me conoce a mí.

Victoria. No tengo el gusto…

Ponciana. Pero yo sí la conozco a usted. Voy a presentarme: soy la señora de Cáñamo.

Victoria. ¿De Cáñamo?

Ponciana. Sí, señora, de Cáñamo. Mi marido se apellida Cáñamo. Yo no lo he podido remediar.

Victoria. Ni había para qué. ¿En qué puedo servir al matrimonio? Siéntese usted, señora.

Ponciana. Gracias. Empezaré confesándole a usted con toda lealtad que soy una persona muy impertinente y muy indiscreta.

Victoria. Cuando usted lo dice…

Ponciana. Esta visita creo que lo demuestra por sí sola.

Victoria. Como no sé de qué se trata…

Ponciana. Insisto: muy impertinente y muy indiscreta.

Victoria. Y Cáñamo ¿no ha sabido arreglar eso?

Ponciana. No, señora; porque es nativo.

Victoria. ¡Ah, vamos! Pues bien; usted me dirá qué indiscreción o qué impertinencia la trae a mi casa.

Ponciana. Yo no he debido hacer esta visita.

Victoria. A tiempo está usted…

Ponciana. Ya, no. Si yo me fuese ahora, quedaría usted con un roedor…

Victoria. No lo crea usted; no soy nada curiosa.

Ponciana. Yo, mucho. Y vamos al cuento. Es superior a mí enterarme de algo y no buscar inmediatamente para decírselo a la persona interesada. De ahí mi indiscreción y mi impertinencia. Vengo a darle a usted un disgusto gordo.

Victoria. ¿A mí?

Ponciana. A usted.

Victoria. Y ¿no hay manera de evitármelo?

Ponciana. Dejaría yo de ser quien soy.

Victoria. ¿Y si yo me negara a oírlo?

Ponciana. Se lo escribiría a usted en un anónimo. Pero el anónimo es una cobardía. ¡Cara a cara se han de decir las cosas!

Victoria. ¡Ea, pues si no hay más remedio, venga ya! Los malos tragos…

Ponciana. A usted le consta, desde luego, que a su esposo le gustan mucho las mujeres.

Victoria. Mucho le gustan, sí. ¡Mucho! Le gustan… hasta en las tiendas.

Ponciana. ¡Qué chusco!

Victoria. Adelante.

Ponciana. ¿No sospecha usted lo más mínimo?

Victoria. Ni lo más mínimo.

Ponciana. Prevenida, entonces.

Victoria. No me asusto de nada.

Ponciana. Mire usted que es un disgusto gordo…

Victoria. No me asusto.

Ponciana. Pues ahí va. Su marido de usted… tiene un lío.

Victoria. ¡No, señora!

Ponciana. ¡Je! ¡Cuando yo estoy aquí!… Su marido de usted tiene un lío.

Victoria. ¡No, señora! Tiene dos.

Ponciana. ¿Eh?

Victoria. Dos.

Ponciana. *Desconcertada.* ¡Oiga usted!… ¿Es de veras eso? Victoria. Tiene, tiene dos… ¿Sabré yo los que tiene?

Ponciana. Pero, ¿cómo es posible…?

Victoria. ¡Ahí verá usted!

Ponciana. No, si pregunto: pero ¿cómo es posible que yo no lo sepa y usted

sí?

Victoria. ¡Ahí verá usted!

Ponciana. ¡Qué escándalo! ¡Qué hombres! ¡Es para rechinar los dientes!…

Victoria. ¿A que resulta que le he dado yo a usted el disgusto que usted venía a darme a mí?

Ponciana. Sí, señora: me lo ha dado usted. ¡Qué hombres! Por mucho malo que una piense y que una vea, siempre hay un más allá.

Victoria. Siempre. En esto y en todo. Usted ha entrado confesándome que es muy impertinente y muy indiscreta. Yo nunca creí, la verdad, que lo fuese usted tanto.

Ponciana. ¡Señora!

Victoria. ¿Qué menos merece de mí quien se atreve a venir a mi casa con semejante chisme?

Ponciana. ¿Chisme? ¿Qué quiere decir chisme? ¡La verdad desnuda! ¡Su marido de usted tiene una amiguita en la calle de Pérez Galdós!

Victoria. ¡Exacto!

Ponciana. ¡Exacto! No se ría usted.

Victoria. Si no me río: me sonrío nada más.

Ponciana. En el número ocho, por más señas.

Victoria. En el nueve.

Ponciana. ¿En el nueve? Eso es: en el nueve: Piso principal.

Victoria. Piso segundo. Como ve usted, estoy yo mejor enterada. Pero esa es una aventurilla fugaz de Ricardo. No vale la pena. A mí la que me preocupa no es ésa, sino la otra.

Ponciana. ¿La otra? Y ¿cuál es la otra?

Victoria. Señora, si ha venido usted a averiguar mis intimidades y no a

descubrírmelas, ha debido usted quedarse en su casa, repasándose las carreritas de las medias.

Ponciana. *Picada.* ¿En dónde están las carreritas?

Victoria. Búsquelas usted, que no faltarán.

Ponciana. Usted sí que debiera reconocerme, cuando menos, el espíritu de solidaridad femenina que me ha traído aquí, aparte de mi natural impertinencia. ¡Una mujer tan guapa como usted, engañada traidoramente por su marido!…

Victoria. Eso a nadie le importa más que a mí.

Ponciana. ¡Hay que ver! ¡Lo toma usted con una calma!… ¿Es usted filipina?

Victoria. No, señora: ¿por qué?

Ponciana. Porque yo tuve una amiga filipina que le pasaba a su marido carros y carretas.

Victoria. Pues no soy filipina: soy madrileña.

Ponciana. Pues no veo la sangre chispera por ninguna parte. ¡Con la mitad que me hiciera a mí mi marido!…

Victoria. ¿Qué?

Ponciana. ¡Oh! ¡No sé!… ¡No quiero ni pensarlo! ¡Ardía Madrid! ¡Y no paraba hasta conseguir del Papa la anulación del matrimonio!

Victoria. Eso va en caracteres.

Ponciana. Sí; ya lo noto. Usted se resigna.

Victoria. Me resigno. Con lo que sé, con lo que me consta y con mucho más que averiguase.

Ponciana. ¡Ave María Purísima! Es usted una santa. No sé qué razón puede haber para aguantarlo. ¡Jesús! ¡Jesús!

Victoria. Para mí hay una sola.

Ponciana. ¿Cuál?

Victoria. Que tengo hijos.

Ponciana. ¡No basta!

Victoria. ¡A mí, sí! Todo, menos ofrecerles a mis hijos el espectáculo de la desavenencia de sus padres. Yo sé que este sacrificio mío es bien para ellos. Las lágrimas que a mí me cueste, me las trago yo: no tiene por qué verlas ninguna vecina, ninguna chismosa.

Ponciana. ¿Eso de chismosa…?

Victoria. Lo digo precisamente por usted.

Ponciana. *Levantándose, decidida.* Basta. Veo que la he molestado en vano, y que ni siquiera reconoce usted ni agradece mi buena intención.

Victoria. Se engaña usted, señora mía. Su intención la he agradecido sinceramente.

Ponciana. ¡No lo veo!

Victoria. Va usted a convencerse en seguida. Voy a probarle a usted que le he agradecido este paso…, este paso de compañerismo.

Ponciana. Menos mal. Porque… porque no olvide usted que la lealtad mía casi no tiene más que quiebras. Y, sin embargo, llevo mi abnegación a no dejar de practicarla. La mayoría de las veces que voy a dar disgustos de esta índole, me echan a escobazos o poco menos. ¿Usted conoce a su vecina del segundo?

Victoria. No conozco a nadie de esta casa. Y vivo en ella hace dos años.

Ponciana. ¡Es usted una mujer inverosímil!

Victoria. Vamos a mi prueba de agradecimiento. A mí me gusta pagar los favores que recibo en la misma moneda. Usted ha venido a mi casa a darme un disgusto.

Ponciana. Cierto.

Victoria. Pues yo voy a darle a usted otro.

Ponciana. ¿Qué?

Victoria. Usted ha sido conmigo muy indiscreta y muy impertinente.

Ponciana. No puedo negarlo.

Victoria. Pues yo voy a dejarla a usted tamañita.

Ponciana. A ver…

Victoria. Yo ignoraba quién fuese usted al llegar aquí hoy; pero desde que pronunció el apellido de Cáñamo, que no es nada vulgar, sé quién es usted.

Ponciana. ¡La señora de Cáñamo!

Victoria. Justo. Viven ustedes en la calle de Fuencarral…

Ponciana. Veinticinco cuadruplicado.

Victoria. Segundo centro.

Ponciana. Tiene usted su casa.

Victoria. Gracias. Me basta con la mía. A la derecha de ustedes vive un médico y a la izquierda vive un escribano que tiene en su puerta una placa con el Corazón de Jesús.

Ponciana. ¡Cuánto detalle!

Victoria. Para que vea usted que sé bien las cosas. Los disgustos hay que fundamentarlos. Todo esto que yo sé lo sé por mi marido y por sus amigotes, que se mueren de risa al hablar de Cáñamo.

Ponciana. ¿Ah, sí?

Victoria. De Cáñamo y de usted.

Ponciana. ¡Caramba! ¡Pues no creo yo que seamos tan hilarantes!

Victoria. Eso ocurre mucho. Los que no creen que tienen gracia son, a lo mejor, los que más gracia tienen. ¡Lo que yo me voy a reír de usted cuando se vaya! …

Ponciana. Bien, pero ¿y el disgusto?…

Victoria. ¿Le corre a usted prisa que se lo dé?

Ponciana. Soy una mujer impulsiva, vehemente… Carezco en absoluto de esa sangre de horchata de chufas de usted.

Victoria. ¿Horchata de chufas? ¿Sí, verdad? Pues bébase usted este vasito de limón helado.

Ponciana. Venga ya, sin más ironías.

Victoria. Cáñamo tiene un entretenimiento.

Ponciana. Sí: el ajedrez.

Victoria. No, señora: otro.

Ponciana. El juego de la rana.

Victoria. Otra clase de entretenimiento: una rubia con muchos lunares y un cabello precioso.

Ponciana. ¡No es cierto, señora!

Victoria. Creo que antes le he probado a usted que no hablo a humo de pajas. Su marido de usted tiene un enredo.

Ponciana. ¿Un enredo?

Victoria. Empleo una palabra más piadosa que la de lío, usada por usted.

Ponciana. Conque un enredo… un lío… ¡Tanto monta! Espere usted: ¿en la calle de San Bernardo?

Victoria. No.

Ponciana. ¿En la de la Luna?

Victoria. No.

Ponciana. ¿En la Travesía de la Ballesta?

Victoria. Tampoco.

Ponciana. ¿En los Cuatro Caminos?

Victoria. Calle usted, por Dios, que me va a marear el trayecto.

Ponciana. Vamos por partes. Tengamos un poco de calma.

Victoria. ¿Ahora la pide usted?

Ponciana. Me habré contagiado.

Victoria. ¿Es usted filipina?

Ponciana. ¡Soy de los infiernos! ¿A qué amiguita se refiere usted: a la pantalonera?

Victoria. A la misma que viste y calza. Que viste y calza por cuenta de Cáñamo.

Ponciana. ¡Ca!

Victoria. ¿Ca?

Ponciana. Esté usted tranquila.

Victoria. ¿Yo? No puedo estarlo más, señora.

Ponciana. *Sonriendo.* Si lo digo porque lo de la pantalonera… es platónico.

Victoria. Eso le cuentan a usted las vecinas.

Ponciana. ¡Eso lo sé yo mejor que nadie! *Considerando un imposible que no sea platónico.* ¡Vamos! ¡Cáñamo… comiendo de fonda, con el estómago que tiene!… ¡Pregunte usted en toda la calle de Fuencarral!

Victoria. ¿Yo qué he de tomarme ese trabajo?

Ponciana. Para que se convenza usted, ya que somos buenas amigas. Cáñamo, el pobre… Higinio, mi marido, está bastante atropelladillo hace tiempo. ¿Qué ha de pensar él?… Y, sobre todo, mire usted: la pantalonera es mujer de trapío, que no se viste con cuatro cuartos. Y Cáñamo no dispone nunca de una peseta. ¡Su administradora soy yo! Le ajusto las cuentas al día y al céntimo. Le hago los pitillos que se fuma; lo pelo yo, lo afeito yo… ¡Estoy revelándole a usted verdaderas intimidades!

Victoria. Sí, hace un rato. Pues, a pesar de eso, su marido de usted dispone de lo suficiente para satisfacerle a la pantalonera todos los caprichos.

Ponciana. ¡Y un jamón!

Victoria. Del jamón no sé nada; no sé si le gusta. Óigame usted. ¿No le tiene hecho su marido a usted un seguro de vida?

Ponciana. ¡Señora! Pero ¿usted averigua por la *radio* todo lo que sucede en mi casa?

Victoria. ¿Existe o no existe ese seguro?

Ponciana. Existe. Como que yo misma reúno dinero durante el año para la prima, que luego paga él religiosamente.

Victoria. ¿La prima?

Ponciana. La prima. Para Higinio, mi seguro es sagrado.

Victoria. ¿Sí, eh? Pues la única prima, hace tres años, es usted.

Ponciana. ¿Cómo?

Victoria. ¡Porque hace tres años que se la gasta su marido con la rubia!

Ponciana. ¡Imposible! ¡En el nombre del Padre!… ¡Si no me cabe en la cabeza!

Victoria. ¿Usted ve cómo yo le correspondo dándole un disgusto bastante mayor que el que usted venía a darme a mí?

Ponciana. ¡Pero si no es verdad! ¡Si es absurdo! ¡Claro que eso no le quita nada al disgusto que me ha dado usted, que es de arroba!

Victoria. ¡Ya salió mi sangre de chispera!

Ponciana. Ya, ya lo veo. Y ahora ato cabos…, ato cabos…, barajo cosas en mi imaginación… ¡Jesús! ¡Jesús! Pero ¿cómo no ha pensado ese miserable que el día que él se muera me voy a quedar yo a buenas noches?

Victoria. ¡Porque está seguro de que usted se muere antes que él! ¡De un berrenchín!

Ponciana. ¡En eso sí que se equivoca!

Victoria. Sábelo Dios.

Ponciana. ¡Lo sé yo, que voy a envenenarlo esta noche! ¡Ah, traidor! ¡Embustero! ¡Farsante! ¡Las veces que me habrá dicho en la vida, aludiendo al seguro: «Así yo me muero tranquilo»!

Victoria. ¡Y tan tranquilo! ¡Si usted ha de morirse antes, por pocos años que disfrute de la viudez…!

Ponciana. ¡Esa, se la pinta! ¡Lo enveneno! ¡Vaya si lo enveneno! ¡Ahora mismo lo busco donde esté y por los pelos lo arrastro hasta casa!

Victoria. ¡Se quedará usted con el bisoñé en la mano!

Ponciana. Pero ¿es que para usted no hay secretos?

Victoria. ¡Lo del bisoñé de Cáñamo lo sabe España entera!

Ponciana. ¿España entera? ¿Desde cuándo?

Victoria. ¡Desde el retrato que le publicó el *Nuevo Mundo*, como presidente de «Los Castizos», de Navalcarnero!

Ponciana. ¡Buen disgusto me costó a mí esa presidencia!

Victoria. ¿Corre parejas con el de hoy?

Ponciana. ¡Ca! ¡El de hoy colma el vaso! Acabo de tragar en su casa de usted más quina que he tragado nunca; pero yo le agradezco infinito su franqueza. Se ha salido usted con la suya: me ha ganado usted la partida de los disgustos.

Victoria. Obligada correspondencia, señora.

Ponciana. Seremos amigas: ¡muy amigas!

Victoria. Sí: pero desde lejos… Cada una en su casa, ¿no?

Ponciana. *Con cara de vinagre.* Entendido. Me marcho; me marcho.

Victoria. Por aquí, amiga mía.

Ponciana. Sí, por donde vine… Es que voy ciega.

Victoria. Yo la acompañaré a usted para que no tropiece.

Ponciana. ¡Por Dios! No lo consiento…

Victoria. ¿Qué menos he de hacer con tan buena amiga?

Ponciana. Allá usted.

Victoria. ¡Claro!

Ponciana. ¡Sí que tiene usted la zumbita de las madrileñas!

Victoria. Nací en Recoletos.

Ponciana. ¡Qué cursilería!

Se marchan las dos por la puerta de la derecha. A poco vuelve Victoria muerta de risa.

Victoria. ¡Cómo va esa mujer!… Creo que no llega sana al portal. ¡Le da un ataque! *Trocando la risa en indignación.* ¡Chismosa! ¡Chismosa de todos los diablos! Aprende la lección: ¡la esposa que se sacrifica por sus hijos no está nunca en ridículo! Voy con ellos. *Al público.*

Pedazos del corazón

son los hijos en la vida,

y para la esposa son

bálsamo de toda herida,

fuente de todo perdón.

FIN

Sevilla, mayo, 1930.

DOÑA HORMIGA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 29 de octubre de 1930

ELOGIO DEL TEATRO DE LARA[4]

Conmemoramos hoy el cincuentenario de la vida de este teatro, que inauguró su escena, a la luz de las candilejas de gas, el 3 de setiembre de 1880. Conmemoraciones de esta índole son siempre señal de cultura, por cuanto hablan del reconocimiento a los que con anterioridad a nosotros cruzaron una senda espiritual, y señalan a los presentes y a los venideros las excelencias de ella y sus posibles y nuevos horizontes.

Don Cándido Lara, de tan grata memoria, dedicó una parte de su fortuna y mucha de su fecunda actividad a levantar este bello teatro y a mantenerlo siempre respetuoso con la decencia artística y el buen gusto. Nunca flaqueó en este respecto, a pesar de las mudanzas literarias y de las influencias no siempre favorables del ambiente. Supo imprimirle desde el primer día un sello peculiar de gracioso decoro, de sencillo y noble señorío. Madrid simpatizó con él y lo hizo suyo y predilecto. Al morir don Cándido trasmitió esta dichosa herencia a manos filiales —las de Milagro Lara—, que con todo respeto y cariño la conservaron bajo la cordial y vigilante colaboración de quien, como don Eduardo Yáñez, identificado con el padre y la hija, compartió casi desde la fundación del teatro su guarda cuidadosa y la custodia de su funcionamiento. Hoy lo veis, en honor a la fiesta que se celebra, acicalado y limpio, retocado, compuesto, vestido con alguna nueva gala; pero, aunque ya canea por sus años, observad que su pulcritud es discreta: no se tiñe las canas, sino que las muestra con cierto orgullo de buen tono.

—¿Conque salió tu señora?

—Sí, señor.

—¿Adonde fué?

—A misa. No tardará,

que está cerca San Ginés.

—Pues arrellanado en esta

butaca la esperaré.

Tales fueron las primeras palabras que en esta sala resonaron desde la escena. Son de Un novio a pedir de boca, comedia de Bretón de los Herreros, el príncipe del teatro cómico de su época que en 1880 ya era clásico. Semejante a otras obras del fecundo ingenio, como Marcela y Un tercero en discordia, su acción estriba en la competencia amorosa de varios pretendientes a una misma mujer. Comedia de la vida española; comedia de

costumbres. Al elegirla para la función inaugural ya se le señaló a este teatro su orientación y su destino.

Caracteres y tipos españoles en su cotidiano ir y venir y en desigual y pintoresco desfile habían de pasar por las tablas de este escenario un día tras otro. ¡Jugo y sal de la vida! Latidos y rasgos característicos y sugestivos de la existencia; poesía de sus más expresivos o trascendentales momentos; revelación estética de los afectos y emociones, virtudes y flaquezas de hombres y mujeres de España.

Al tratar de la gloriosa tradición literaria del teatro español suele hablarse mucho casi exclusivamente del sainete y del drama, como si en estos dos géneros se comprendiera lo mejor y más neto y brillante de esa tradición. ¡Injusticia notoria! A la comedia de costumbres le corresponde, en la fama universal de nuestro teatro, mucha mayor parte, desde luego, que al sainete, y tanta, al menos, como al drama. Sí. A la comedia de costumbres deben ciertamente algunos de sus inmarcesibles laureles los dramáticos del Siglo de Oro. No hay por qué desdeñarla. Menéndez y Pelayo dice así, refiriéndose a las de Lope de Vega: «Si la manifestación épico-dramática es la más alta del genio de Lope, no cabe duda que la más apacible, simpática y graciosa, así como la más pulcra y elegante bajo el aspecto técnico, y, por tanto, la que ha envejecido menos, es la comedia de costumbres».

El maestro, como siempre, puso el dedo sobre la llaga, «¡La que ha envejecido menos!». ¿Por qué? No tan sólo por lo que asevera el estupendo critico —antorcha que ningún viento apaga—, sino por ser la más vivida. Porque entre sus pasajes, y en el aire que respiran las personas de la ficción dramática, late eternamente el corazón de su creador, testimonio inmortal de que aquellos seres y las pasiones y afectos que mueven su ánimo son hechura, copia o reflejo de los de este mundo, y su creador fué testigo de sus andanzas y aun actor en no pocas de ellas. Que no es lo mismo ni se expresa con igual vigor y sentimiento lo que se recoge de las páginas de la Historia o lo que forja libre la fantasía, que lo que nace al calor y al ejemplo de nuestra propia y amada existencia.

Porque la historia épica de España está en cien comedias creadas al aliento de las leyendas heroicas y caballerescas; sacadas de entre el polvo de las viejas crónicas, de los vetustos códices y de los romances que inventó el pueblo. Pero la historia moral de la España de los siglos XVI y XVII bulle y se extiende en otras tantas comedias que transcurren en los caminos, en las postas, en las márgenes de los ríos peninsulares, en los sesteos de bosques y de selvas, en las puentes, a la vista de ciudades y villas, en las ventas, en los mesones; en las gradas, en los pórticos y en las lonjas de las iglesias; en los mentideros, en las antesalas, en los paseos, en los jardines, en las casas con dos puertas balconeras y ventaneras, y en las calles Mayores o en las encrucijadas y callejuelas, alumbradas en la noche de vez en vez, ya por el brillo de unos aceros que se cruzan, ya por el de unos ojos de mujer. Allí es donde palpita, caliente, rica, humana, la España de

entonces, y de ella y de su savia fecunda nutren la comedia nacional Lope de Vega, el genio sin orillas, y el portentoso fraile de la Merced, y Alarcón, y Rojas, y Guillen de Castro, y Vélez de Guevara, y Calderón y Moreto… por no citar sino a los principales. ¡Insigne abolengo el de nuestra comedia de costumbres!

El teatro de Lara, desde su primer día, como antes apuntábamos, la ha hecho suya, y a ella rinde culto perenne, no alterado sino en apariencia por los cambios y modalidades que en su cultivo ofrecen los distintos ingenios que la han mantenido y la mantienen a través de los años. A partir de Bretón de los Herreros, de tan garbosa y fácil vena poética, cuya festiva musa, como queda dicho, inauguró el teatro, llenan sucesiva y continuamente esta escena de regocijo y de alegría Ramos Carrión y Vital Aza, Ricardo de la Vega, Luceño, Burgos, Estremera, Constantino Gil, Pérez Zúñiga, Irayzoz, Jackson Veyán, Pina Domínguez, Sinesio Delgado, Miguel Echegaray, Parellada, Flores García… y muchos más que los imitaban y seguían, con juguetes cómicos, sainetes, y comedias de uno y de dos actos, remedo de una clase social cuyo chispeante cronista fué Luis Taboada.

Los ingenios que a continuación de los mencionados prosiguen la historia de Lara traen sin duda a su escena vetas más originales y ricas, nuevo concepto de la comedia, más alta y pura calidad literaria… —dicho sea salvando de entre ellos los nombres de quienes en este momento hablan aquí, y siempre con las naturales excepciones de toda regla general.

Al modernizarse nuestra comedia se hace más amplia; ensancha su estructura y su fondo, renueva su diálogo, llenándolo de psicología y de rasgos poéticos. A veces linda con la farsa y con el sainete y recibe de ellos cierto colorido, cierto jugo fresco y popular; a veces se nubla con las sombras del drama, pero del drama hondo, del dolor silencioso y oculto, sin alaridos ni desplantes.

No pocas de estas producciones corren ya el mundo traducidas a diversos idiomas, y se representan con igual éxito que aquí en países extranjeros, conquistando para sus autores aplauso universal y una mirada de atención, de curiosidad y de simpatía para España.

A esta espléndida renovación Benavente aporta los tornasoles de su varia cultura, de su ingenio agudo y señoril, de su sagaz conocimiento de las almas, de su soberano buen gusto; Linares Rivas, su siempre intencionada inventiva, su deliciosa mordacidad su malicia picante; Martínez Sierra, su modernidad, su delicadeza y su ternura; Arniches, su gracia caudalosa y personalísima su aire de vigoroso pintor, que hiere el lienzo con el pincel, destacando el contorno de las figuras; Muñoz Seca, su desenfadado y libre ingenio, para el que el estrépito de las carcajadas suele ser el aplauso. Pasa también sobre estas tablas; honrándolas con sus resplandores y enalteciéndolas, el fuerte realismo galdosiano, con Pedro Minio y toda su corte; y pasa igualmente, como aura perfumada, el aliento

poético de Eduardo Marquina. Y antes y después de los citados pasan asimismo otros muchos ingenios, cuya enumeración fuera prolija y no cae dentro de nuestro propósito: Abatí, Paso, García Álvarez, Casero, Larrubiera, etc., etc.

Y ya llaman otros a las puertas de Lara. Es gente moza toda ella, que tardaba en venir. Que entre; que pase. Vengan en buen hora las comedias de la flamante generación a continuar dignamente la honrosa historia de esta casa, y ¡ojalá traigan nuevos aspectos, nuevos matices, nuevos brotes de nuestra inmortal comedia de costumbres! Procuren ser los que concurran con su esfuerzo a la vez tradicionalistas y revolucionarios; revolucionarios, porque, no ajenos al complejo espíritu de la época, lo recojan en su labor; tradicionalistas, por españoles. Por españoles, sí. Que siquiera el arte del teatro, de tan augusta estirpe, se sacuda del rabioso extranjerismo que amenaza invadirlo todo en España: desde los edificios hasta las conciencias. En cambio, en diversas Universidades extranjeras se enseña el castellano, ese castellano que aquí parece que se quiere olvidar, y sirven de texto, por cierto, algunas de las comedias nacidas en este teatro. Algo tendrá el agua cuando la bendicen… o —renovando el adagio— algo tendrá el vino cuando lo embotellan.

Teatro como éste de Lara, que es un tal teatro y no un frontón ni una plaza de toros; elegante, cómodo, familiar; como levantado para reunir en su sala a personas que desean verse juntas en el culto de un arte, y que durante la representación fraternizan; teatro en el cual no se ha olvidado parte tan esencial de los teatros como es el escenario, y en cuyo recinto, desde dondequiera, se oye y se ve lo que en el escenario Sucede; teatro consagrado durante sus cincuenta primeros años a género dramático tan castizo y glorioso, bien merece esta conmemoración, que le granjea justamente el título de la Casa de la Comedia española.

Parte inherente al conocimiento cabal de toda obra dramática es su buena representación, la perfecta encarnación de sus personajes por los actores. Don Cándido Lara, persuadido de ello, cuidó mucho de que figurasen en las listas de su teatro las mejores compañías cómicas de España, y sus herederos, en todo respetuosos con la voluntad del fundador, prosiguen su laudable ejemplo.

No cabe en los límites de estas palabras, que necesariamente han de ser breves, la enumeración ni siquiera de los más significados comediantes que hasta ahora han contribuido al renombre de Lora; pero permítasenos, mirando hacia atrás y viniendo rápidamente hasta nuestros días, fijarnos en algunos de ellos. Es un deber inexcusable en esta hora. Aparecen ya en las primeras compañías Balbina Valverde, Dolores Abril, Eloísa Górriz, Emilia Marillard, María Tubau, Carmen Cobeña, Matilde Rodríguez, Julián Romea, Ricardo Zamacois, Manuel Catalina, José Mesejo, Carlos Miralles, Antonio Riquelme, Victoriano Tamayo, José Luján, Pedro Ruiz de Arana, Manuel Díaz… En el reparto de El oso muerto y de Zaragüeta surgen años después los nombres de Rosario Pino, José Rubio, Ramón Rosell, Mariano de Larra, Pepe Santiago… Y con El patio vienen

Nieves Suárez, Clotilde Domas, Luz García Senra, Antonia Plana, Francisco Moruno, Juan Balaguer, Manolo Vigo… Y con Pepita Reyes, Concha Ruiz, Manolo Rodríguez, José Calle… Y con Al natura, Pedro Zorrilla… Y con La losa de los sueños, Catalina Bárcena, Joaquina Pino, Merceditas Pardo, María Luisa Mollero, Alfonso Muñoz, Francisco Palanca… Y con Los intereses creados y La fuerza bruta, Matilde Moreno, Celia Ortiz, Ricardo Puga, Alberto Romea, Ricardo Simó-Raso, Ramiro de la Mata… Y con En familia, Ramón Peña, José Isbert… Y con Pasionera, Carmen Jiménez, Emérita Esparza, Guadalupe Muñoz Sampedro, Francisco Hernández… Y con Amanecer, Enrique Borrás… Y con Pipiola, María Palou, Hortensia Gelabert, Amalia Sánchez Ariño, Pepito Balaguer, Luis Peña… Y con Cobardías, Emilio Thuillier… Y con La tonta del bote, Carmencita Oliver Cobeña… Y en una breve temporada inolvidable, Emete Novelli…

Y otras, y otros muchos de difícil enumeración… Mercedes Pérez de Vargas, Rafaela Abadía, Lola Bremón, María Banquer, Luisa Rodrigo, Eloísa Muro, María de las Rivas, Carmen Seco, Juan Espantaleón, Salvador Mora, Antonio Suárez, Pedro Sepúlveda, Luis Manrique, Arturo de la Riva, Manuel Soto, Luis de Llano, Emilio Díaz, Fernando Porredón, Francisco Barraycoa, Jesús Tordesillas, Antonio Torner, Alfonso Tudela, Ricardo Vargas, Salvador Soler Mari, Manuel Collado… E infinitos más todavía que nos reclaman ahora mismo un recuerdo en nuestra memoria, pero que por ser cuantos son no podemos citarlos particularmente[5].

El año pasado, una nueva formación, ejemplar y pujante, vino a añadir nuevos laureles a los conquistados por las anteriores en la labor interpretativa de las obras de este teatro… Para ti es el mundo, la famosa farsa cómica de Arniches, dió ocasión de lucimiento personal a Concha Catalá, Carmen Carbonell, Manolo González, Gaspar Campos, Antonio Vico, Nicolás Rodríguez, Roberto Samsó… Lola Membrives y Carmen Díaz, aunque con compañías propias, realzan de cuando en cuando con su arte magnífico los timbres de esta escena, y su paso por ella se considera como una prolongación de las compañías titulares… Traen siempre consigo obras de los habituales autores de esta casa y de otros excelentes ingenios, como Federico Oliver, Luis Fernández Ardavín, etc., etc. De análoga suerte han figurado también en la escena de Lara, Irene López Heredia, María Cañete, Margarita Robles…

Y en los repartos de treinta años acá, sin excepción, sea el autor de la obra quien fuere, señorea sobre todos un nombre, al que sería ocioso añadirle ningún adjetivo: Leocadia Alba. Es la soberana de esta casa.

Con independencia de las compañías, y como fin de fiesta españolísimo, bello y alegre, han adornado también estas tablas en ocasiones las más prestigiosas bailarinas y cancionistas: Pastora Imperio, que dió a conocer El amor brujo del insigne Falla; Raquel Meller, la Argentina, la Goya, Amalia Molina, Amalia de Isaura, Pilar Alonso, la

Argentinita, María Esparza…

Para Leocadia Alba y para la solemnidad de hoy ha sido escrita la comedia cuyo estreno seguirá a estas palabras.

Dios haya asistido a sus autores al concebirla y darle forma. La preceden, en la historia de ellos, ciento setenta obras, entre comedias, sainetes y pasos, cuarenta y dos de las cuales han nacido aquí. Apelan a esos títulos y no a otros para pediros benevolencia. Doña Hormiga lleva en la lista el número 171. Va a empezar la representación. Nunca como ahora nos parece oportuna esta vulgar frase de despedida: «Que ustedes lo pasen bien». ¿Hasta luego?

S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO.

A LEOCADIA ALBA,

la de los inagotables tesoros de

sentimiento, de naturalidad y de

gracia, con devoción de toda una vida,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Doña Hormiga. Leocadia Alba. Carlota. Concha Catalá. Angelines. Carmen Carbonell. Telmita. Ana María Custodio. Primavera. Jacinta Alenza. Hipólita. Soledad Domínguez. Mauricia. Matilde Galiana. Juliana. Amelia Noriega. Eladio. Manuel González. Don Sindo. Gaspar Campos. Modestín. Antonio Vico. Ernesto. Roberto Samsó. Bernardino. Nicolás Rodríguez.

DOÑA HORMIGA

ACTO PRIMERO

En el Hotel de Eladio, en Madrid. Galería alta, que da al patio. Sendas puertas a derecha e izquierda, que respectivamente conducen a la escalera y al interior de la casa. La galería se prolonga también hacia el interior por el segundo término de la izquierda. Desde la puerta de la derecha hasta poco menos del comedio de la pared del foro, en ángulo recto, baranda que da al patio. En el muro de éste, de frente al público, ventana de antepecho con puertas de cristales. Del pie de la ventana al de la baranda, conducida por transversales alambrillos, se extiende una florida enredadera que finge gracioso y pintoresco toldo. Muebles y accesorios ricos y de buen gusto.

Es a media tarde, en los comienzos de la primavera.

Don Sindo, vejete pulcro y muy activo, se ocupa en arreglar un reloj de pesas. Sobre su traje de casa tiene puesta una larga blusa de dril.

Don Sindo. Listo. Vamos a ver. La una. *Mueve, el minutero convenientemente, ahora y después, y el reloj da la hora que señala.* Bien. La una y media. Bien. Las dos. ¡Bravo! Las dos y media. *El reloj da las cinco.* ¡Pitraco! ¿Adónde vas? ¿Las cinco? ¡Oh, viejo amigo de esta casa; más viejo que yo: me estás haciendo sudar sangre! ¿Si te habrás cansado a tus años de ser formal? Vamos a ver, vamos a ver… *Continúa su tarea.*

Por la puerta de la derecha (derecha del actor), llega Eladio. Viene de la calle, de un humor del demonio. Es hombre cuarentón, elegante.

Eladio. ¡No me quedaba más que ver! ¡No gano para sorpresas en mi propia casa! ¡Esto ya es la locura! ¿Qué haces, tío Sindo?

Don Sindo. Arreglar a este viejo achacoso.

Eladio. ¿Arreglarlo?

Don Sindo. Eso quiero; pero me temo mucho que esta vez, como el relojero del cuento, me van a sobrar unas ruedecicas. ¿Qué te sucede a ti? Mala cara traes.

Eladio. Pues la traía buena. Al entrar en mi casa se me ha cambiado. ¿Tú has visto a la doncella nueva que acaba de tomar mi mujer?

Don Sindo. No; aún no la he visto.

Eladio. Pues sal a verla. En la escalera está. ¡Verás adúnde llegan los celos de una esposa!

Don Sindo. *Asomándose a la baranda.* ¿No se ve desde aquí?

Eladio. No; está en la mesetilla.

Don Sindo. ¿Es muy fea?

Eladio. Baja, hazme el favor.

Don Sindo. Sí, hombre. *Vase por la puerta de la derecha.*

Eladio pasea muy nervioso. Toca un timbre.

Eladio. ¿Qué razón puede haber para una cosa así, entre personas que estén en sus cabales?

Por la puerta de la izquierda sale Bernardina, criado, de librea corta. Es andaluz.

Bernardino. ¿Yamaba er señorito?

Eladio. Sí; toma. *Le da gabán, bastón y sombrero.* ¿Salió la señora?

Bernardino. No, señorito. Ha pedío er coche pa las seis. *Adivinando en el mal talante del señor la causa que lo determina.* ¿Er señorito se ha enterao de que se ha escapao una fiera der Retiro?

Eladio. *Comprendiendo.* Sí. La que va a desayunarse contigo desde mañana.

Bernardino. La misma. ¿Er señorito se ha fijao en la cara que tiene?

Eladio. No he podido.

Bernardino. Pos diez minutos antes que ésa vino otra a pretendé —a la cuenta se ha corrío ya la voz de lo que aquí se busca—, y grasias a que yo abrí la puerta…

Eladio. ¿Ah, sí?

Bernardino. Sí, señó. Grasias a eso, no la vió la señora. Si no, aquí la

tenemos. Yo le dije a eya que en la casa no hay niños; que no hasía farta er coco. Y se fué echándome bendisiones.

Eladio. Pero ¿era más fea que la nueva?

Bernardino. ¡Por ahí, por ahí! Las dos en un concurso… ¡serían un conflirto par er jurao!

Eladio. Bien; déjame. *Se va el criado por donde llegó.* ¡Claro! ¡La burla! ¡La irrisión! ¡No es posible otra cosa!

Vuelve don Sindo alborotado.

Don Sindo. ¡Chico, qué atrocidad! ¡Es Carlos tercero sin peluca!

Eladio. ¿Tú has visto?

Don Sindo. ¡Ya lo creo que he visto!

Eladio. ¿Tú concibes…?

Don Sindo. ¿Qué he de concebir yo? ¿Esa moza es la que nos va a dar la comida?

Eladio. ¡Esa!

Don Sindo. ¡Pues despídete de San Sebastián este verano! ¡Tú irás a Cestona los tres meses!

Eladio. ¡Yo no sé adonde voy a ir a parar! ¿Hay derecho a esto? ¿Qué razón tiene mi mujer para pedirme celos de todo: hasta de las sirvientas? ¡Merecía que le hubiese tocado un marido juerguista y mujeriego! ¿En qué cabeza cabe que yo vaya a enamorar a las criadas de mi casa?

Don Sindo. Hombre, no; eso está en lo humano.

Eladio. ¡En lo humano de un sinvergüenza como tú!

Don Sindo. ¡Es que no hay nada más humano que un sinvergüenza! En serio, sobrino: no pidas lógica a los celos. Los celos son una fábrica de disparates;

No ven con ojos abiertos,

y con sol andan a escuras;

lluvia y mezcla de locuras;

pesadilla de dispiertos,

que dijo un clásico.

Eladio. ¡Ya, ya! ¡Veneno de todas las horas! ¡Dios nos da a manos llenas, a Carlota y a mí, bienestar y felicidades, y no pasamos una hora tranquilos!

Don Sindo. Alguna espina habías de tener en esta vida, hombre.

Eladio. ¿Una espina? ¡Un zarzal! ¡Si vamos de mal en peor!

A la ventana se asoma Angelines, con su carita linda y risueña de coqueta nativa.

Angelines. Tío, buenas tardes. ¿Qué tienes, que estás chillando tanto?

Eladio. Le reñía al tío Sindo.

Angelines. Pues ¿qué malo ha hecho?

Don Sindo. Nada, hija mía; es que hoy me ha cogido a mí la tormenta. Lo mismo pudo cogerte a ti.

Angelines. ¿A mí? A mí no me riñe el tiíto. ¿Verdad, tiíto, que a mí no me riñes?

Eladio. ¿A santo de qué?

Angelines. Yo, en cambio, sí te voy a reñir a ti.

Eladio. ¿Por qué?

Angelines. ¿Te has olvidado de mi encargo?

Eladio. ¿Qué encargo?

Angelines. ¿Qué encargo, me preguntas? ¡Los bombones!

Eladio. ¡Ay, chica, discúlpame! ¡Se me fueron de la cabeza! ¡Discúlpame!

Angelines. ¿Lo ves? ¡Ahora mismo te voy a dar un tirón de orejas! *Se retira de la ventana.*

Eladio. ¡Ande el organillo! ¡Polca, Pérez! ¿Tú crees que se me han olvidado los bombones?

Don Sindo. ¡Ca!

Eladio. ¡No los he querido traer para que no haya escena luego!

Don Sindo. Sí que he notado que a Carlota se le ha puesto la mosca en la oreja con la sobrinita.

Eladio. ¡Desde que llegó! ¡Llevo quince días de espionaje!

Don Sindo. Pero ¿no fué ella misma la que le escribió a su hermana para que la mandase?

Eladio. No. Ella invitó a uno de los hijos varones. Y la otra, que cree que el viaje podría convenirle más a la chica, con pretexto de apartarla de no sé qué aviador, ha decidido el cambio.

Don Sindo. ¡Y tú vas a sudarlo, naturalmente!

Eladio. Ya lo ves. Porque, además, la niña coquetea como una mosca.

Don Sindo. ¡Siempre que sea *mosco*! Permíteme que te diga, Eladio, que tu mujer y tú abrís demasiado la mano en esto de la hospitalidad. Bueno es que me tengáis a mí a mesa y mantel, como huésped crónico…

Eladio. Hombre, tú lo justificas de alguna manera: eres… el conservador de la casa… vamos, al decir.

Don Sindo. Cabal. Pero cada lunes y cada martes, cuando no es un huésped a pasar una temporada, tenéis invitados a la mesa.

Eladio. Te diré: ninguno viene por que sí. Unos y otros sirve a mi objeto. El atenderlos distrae a Carlota de su constante monomanía… ¡y yo respiro unos ratos en paz! Porque, como habrás advertido, todos son varones. ¡Siempre varones!

Don Sindo. Menos ahora.

Eladio. ¡Por equivocación! ¡Y ya la estoy pagando!

Aparece por el fondo de la galería Angelines, que se va directamente a su tío, a tirarle de las orejas, como le ha anunciado. Eladio, atoradísimo, no deja de mirar a todos los huecos por donde pueden atisbarlo los ojos de Carlota.

Angelines. ¿De qué oreja quieres que te tire, mala persona? ¿De ésta o de ésta? ¡De las dos! ¡De las dos!

Eladio. ¡Je!

Angelines. ¡Mala persona! ¡Mala persona!

Don Sindo. *Envidiando los tirones de orejas.* ¡Yo también soy una mala persona, Angelines!

Angelines. ¿Sí, verdad? Pues a usted no le tiro de las orejas. No tengo confianza. Vamos a ver, tío Eladio: ¿qué cosas has tenido que hacer tú para olvidarte de mis bombones?

Eladio. Chica, ¡qué sé yo! Un montón de ellas. ¡Tú no sabes lo que tenemos que hacer los hombres que no tenemos nada que hacer!

Don Sindo. ¡Muy bien dicho!

Angelines. ¡Pero si tú no tenías hoy que hacer nada más que comprarme a mí los bombones!

Eladio. Eso, sí; no puedo negarlo, y te pido perdón.

Don Sindo. La constante ociosidad debilita mucho la memoria. ¡A mí no se me habrían olvidado los bombones! ¿Porqué? Porque soy un hombre todo actividad.

Eladio. Indudablemente: tú siempre estás haciendo algo… ¡y nunca has hecho nada!

Don Sindo. ¡Paradojas! Pero, tú, Angelines, no te cases jamás con un rico de estos que se aburren. Cásate con un hombre de acción, como yo.

Angelines. ¡Ay, tío Sindo! Yo creo que nunca me casaré.

Don Sindo. ¡Pitraco! ¡Qué salida! ¿No te has de casar, con la cara que tienes?

Angelines. Sí; pero da la casualidad de que los hombres que a mí me

gustan…

Don Sindo. ¿Qué?

Angelines. Ya están casados todos.

Eladio. *Sintiéndose aludido, y extremando su vigilancia.* ¡Qué desgracia, chica!

Don Sindo. ¡La de ellos!

Eladio. Pues a mí me habían dicho que allá en Larache, un aviador… ¿eh?… un aviador…

Angelines. No, señor, no: los aviadores son muy jóvenes. Y yo tengo debilidad por las canitas, por las canitas… ¡Los otoñales!… ¡Las hebritas de plata! … ¡Oh!

Eladio. ¡Oh!

Angelines. Deseando estoy salir de Larache; que papá ascienda a teniente coronel y lo destinen a Madrid.

Don Sindo. ¿Hay más otoñales aquí que en Larache?

Angelines. ¡Sí, señor: muchos más!

Don Sindo. ¡Ay, Angelines! ¡Cómo siento yo que ya se me hayan caído todas las hojas!

Angelines. ¡Ja, ja, ja! A mí una temporada me gustaron los viejos limpios.

Don Sindo. ¿Sí?

Angelines. Sí. Pero se me pasó.

Don Sindo. ¡Qué lástima!

Angelines. ¿Usted ha sido muy enamorado, tío Sindo?

Don Sindo. ¡Uh!

Eladio. ¡Presume de eso!

Don Sindo. ¿Presumir? ¡No hay un hombre que haya tenido con las mujeres más suerte que yo!

Angelines. ¡Ay! ¿sí?

Don Sindo. Figúrate: ¡todas se me han escapado con otro! ¿Es suerte o no es suerte?

Eladio. ¡Suerte, la de ellas!

Angelines. ¿Y tú, tiíto?

Eladio. Yo no he querido nunca más que a una mujer: a la raía.

Don Sindo. ¡Alza la voz, hombre, por si está ella detrás de la puerta!

Angelines. ¡Qué hermoso es eso que acabas de decir, tiíto! ¡Cuánto me agradaría a mí encontrar en la vida un hombre como tú!

Don Sindo. *Entre sí.* (¡Bueno va!). *Vuelve a su reloj.*

Eladio no sabe dónde meterse.

Angelines. ¡No como los moros, que tienen diez o doce mujeres cada uno!…

Don Sindo. ¡Los moros son unos sabios, digan lo que digan! ¿No te gustan a ti los moros?

Angelines. No, señor; me dan miedo. ¡Tan morenuchos como son… con aquellos ojazos!… ¡Huy! Al hijo de Muley Alí, un moro rico que va mucho por casa, dicen que le gustaba yo.

Don Sindo. ¡Es lo más probable!

Angelines. Es poeta; toca la guzla… canta… Cuando entraba en su casa, yo me tapaba la cara así, como las moras, dejando ver nada más que los ojos… ¿Es verdad que así se agrandan los ojos, tiíto?

Eladio. ¡Sí!…

Angelines. Y me sentaba en el suelo… por broma… ¿Estoy yo bien sentada en el suelo?

Eladio. ¡Estás mejor en una butaca!

Angelines. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buen humor!

Eladio. Oye, Angelines, y ¿cómo llevaba el aviador esas visitas de tu Aliatar?

Angelines. ¡Y date con el aviador! No me recuerdes eso… No quieras apurarme, tiíto…

Eladio. ¡Muchacha!

Angelines. Sí, tiíto, sí… ¿Qué te han contado a ti del aviador?… No creas nada de lo que te hayan dicho… ¡Qué mala es la gente!…

Eladio. ¿Qué, qué, qué?

Don Sindo. Cuando el río suena…

Angelines. ¡Vaya! ¡Se han propuesto hacerme llorar!

Eladio. ¡No, tonta!

Angelines. ¡Y me pongo muy fea!…

Eladio. No te pongas fea, no; no seas simple. Pero no llores, que no hay motivo.

Olvidado de su preocupación, le toca la cara, para consolarla, en el mismo momento en que Carlota se asoma con curiosidad por la ventana. Don Sindo, que lo advierte, le hace señas a Eladio.

Don Sindo. *Entre dientes.* (¡Enemigo a la vista!). Angelines. ¿Eh?

Eladio. *Desconcertado.* Anda, no seas tonta… No creas lo que no hay… Son bromas mías. Vete con el tío Sindo, que te quiere preguntar una cosa.

Angelines. ¿A mí?

Don Sindo. Sí, a ti. Cuando termine con la relojería, voy a pintar al temple las habitaciones de abajo, y necesito que tú me aconsejes sobre el color. Tienes tan buen gusto…

Angelines. Muchas gracias. ¿Y tú, tiíto, no vienes?

Eladio. No. Voy a ver qué plan tiene tu tía.

Don Sindo. ¿No te lo figuras?

Eladio. No.

Don Sindo. Yo, sí. Anda, Angelines.

Angelines. Vamos.

Don Sindo. Te diré mi idea, y luego tú…

Angelines. Sí, señor, sí.

Se marchan por la puerta de la derecha. Eladio queda solo y dice, seguro de la que le aguarda: ***Eladio****. ¡Bueno! ¡Ya hemos hecho la tarde! ¡No se puede uno descuidar!*

Y sale por el fondo de la galería Carlota, su bella esposa y su martirio, a ajustarle una vez más las cuentas.

Carlota. ¡Muy bonito, hombre, muy bonito! ¿La sobrina también?

Eladio. ¿Cómo?

Carlota. ¿También la sobrinita?

Eladio. La sobrinita, ¿qué quieres decirme?

Carlota. ¿También la vas a enamorar?

Eladio. ¿Yo?

Carlota. ¿Vas a negar que te la estabas comiendo con los ojos?

Eladio. ¡En el nombre del Padre!

Carlota. ¡No te ha faltado más que darle un beso! ¡Te he sorprendido tomándole la cara! ¡No me lo negarás!

Eladio. ¡Carlota!

Carlota. No, no; desplantes de dignidad ahora, no, porque no tienes vergüenza ninguna.

Eladio. Pregunta al tío Sindo…

Carlota. El tío Sindo tiene menos vergüenza que tú ¡Parece mentira! ¡En mi casa! ¡Delante de mí!… ¡Siquiera un poco de disimulo, hombre!

Eladio. *Soltando la risa, de puro nervioso e indignado* ¡Ja, ja, ja!

Carlota. ¡No te rías!

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Carlota. ¡No te rías, Eladio! ¡No creas que lo compones riéndote! ¡Al revés! ¡No es de risa el asunto!

Eladio. Pero ¿no comprendes que si no me río vamos a reñir gravemente, y yo no quiero reñir contigo, Carlota?

Carlota. ¡Mal se conoce! Tu conducta no puede llevarnos más que a eso: a reñir. ¡Y a reñir de una vez para siempre: óyelo bien! ¡Para siempre!

Eladio. Mira, Carlota…

Carlota. ¡No miro!

Eladio. Óyeme, por favor…

Carlota. ¡No te oigo! ¡Estoy cansada de tus engaños, de tus hipocresías! Esto de la sobrina no lo paso: ¡por dignidad, ya que tú no la tengas!

Eladio. *Decidiéndose a aguantar la nube.* Sigue, sigue.

Carlota. ¡Sigo, sigo! ¿Por qué me he de callar? ¡Sigo! ¡La escenita de hoy colma el vaso! Es intolerable que no pueda una tener tranquilidad en cuanto asoman unas faldas aquí. ¡Todas, todas! ¡Sin excepción! Pero ¿quién podía pensar que te atrevieras también con esa niña? ¡La traes loca! ¡La traes perseguida! Acechas el momento en que ella sale de su alcoba; en que pasa al cuarto de baño; en la mesa no la dejas vivir: la fríes a miradas; te haces el encontradizo con ella en todas partes; estás pendiente de sus menores movimientos… Y eso, sobre ser una mala vergüenza, es criminal. ¿Te enteras? ¡Criminal! ¡Ay, Señor!… ¡Me ahogo! ¡Criminal!

Eladio. ¿Por qué no me denuncias, para que me lleven a presidio?

Carlota. ¿Ah, sí? ¿Encima pretendes burlarte?

Eladio. Pero ¿lo voy a tomar en serio, Carlota?

Carlota. ¡Niégame que en la mesa no sabes mirarla más que a ella! ¡Te hablo yo, y a ella has de mirar para contestarme!

Eladio. ¡Dios mío!

Carlota. ¡Si hasta le haces señas con los pies!

Eladio. ¡Jesús! ¡Pero si por lo mismo que eres capaz de imaginarlo todo, como igual que los loros: con los pies en un palo de la silla! Además, ¿he sido yo quien ha traído a casa a esa niña, o has sido tú?

Carlota. Yo invité a venir a Angelín.

Eladio. ¡Y ha venido Angelines! ¿Tengo yo la culpa también?

Carlota. ¡A saber si no la has escrito a mi hermana para que hiciese el cambio!

Eladio. Pues mira: ya ha pasado la nena aquí quince días. Que se vaya a Larache y que venga ahora el otro. ¡Y santas Pascuas!

Carlota. ¡Ahí está! ¡No he de disfrutar yo de la agradable compañía de la muchacha porque tú seas un libertino!

Eladio. ¡Carlota! Te lo suplico… No; no te suplico nada. Es inútil. ¡Este martirio ha de durar lo que mi vida! ¡Veinte años de fidelidad absoluta, inverosímil, ejemplar, se pagan así: con estas sospechas ridículas a cada paso, con estas ofensas, y amargándome todas las horas!

Carlota. ¿Ya no te ríes, eh?

Eladio. ¡No; ya no me río!

Carlota. ¡Ríete, hombre!

Eladio. ¡No quiero reírme más!

Carlota. ¡Pues hablamos ahora de lo mismo que cuando te reías!

Eladio. ¡Pues se me ha descompuesto el resorte!

Por la puerta de la derecha llega la nueva doncella de que se ha hablado. En efecto, se parece a Carlos III.

Primavera. Con permiso.

Eladio. ¿Eh? *Para sí.* (¡Ave María Purísima! No la había visto bien).

Primavera. La señora Marquesa del Azur pregunta por teléfono si está en casa el señor.

Carlota. No está.

Primavera. *Mirando a Eladio.* ¿No está?

Carlota. No está.

Eladio. Sí estoy, mujer: quedé ayer en que me llamase… Carlota. Pues no estás: has salido conmigo.

Eladio. *Sonriendo.* Ya lo oye usted: no estoy.

Primavera. Bien.

Eladio. Usted ¿cómo se llama?

Primavera. Primavera.

Eladio. ¿Primavera?

Primavera. Para servir al señor. Primavera Canseco. El señor conoce a mi papá.

Eladio. ¿Quién es su papá?

Primavera. ¿No recuerda el señor? De los sótanos del Casino de Madrid. Está en los baños.

Carlota. Bueno, márchese usted ya a dar esa contestación.

Primavera. Sí, señora. *Vase.*

Eladio. ¡Primavera!… ¿Quién te ha recomendado a ti a esta Primavera?

Carlota. ¿No te gusta, eh?

Eladio. ¡No! ¡Es una de esas primaveras en que no deja de llover ni un día!

Carlota. Sí; ¡como que voy a traerte a ti más doncellitas de opereta! No, rico mío: ¡eso se acabó!

Eladio. ¿Cómo que se acabó? ¡Eso no ha empezado! ¡Si te complaces en que nos sirvan estafermos!

Carlota. Y oye, oye, oye: ¿a qué vas tú a los sótanos del Casino?

Eladio. ¿Yo?

Carlota. Sí, tú: contesta; pronto, sin pensarlo. ¿A qué vas a los baños tú? ¿No tienes baño en casa?

Eladio. Mujer, algún día que me acaloro mucho, que llego de la finca en el coche y traigo polvo… por no venir entonces hasta aquí…

Carlota. Ya: te metes en el Casino, a dejar allí el perfume de las pelanduscas.

Eladio. ¡Eso es! ¡Cómo lo has acertado! ¡Qué talento tienes!

Carlota. ¡Eso es, sí, eso es! ¿A qué hueles hoy?

Eladio. ¡A chamusquina!

Carlota. No, no; sin chistes. ¿A qué hueles? ¿Dónde has estado? ¿A qué hueles? Desde que llegué me está dando el tufo. ¿A qué hueles? A ver la mano. ¡Uf! ¿A qué hueles?

Eladio. Mujer, cualquiera que entrase y te encontrara olfateándome así…

Carlota. No me contestas… ¡Esquivas la contestación!… ¡No puedes contestarme!… *Rompiendo a llorar de improviso.* ¡Me engañas! ¡Me engañas! ¡Me has engañado siempre! ¡Me traicionas! ¡Me vas a seguir engañando!

Eladio. ¡Carlota de mi vida, por Dios!

Carlota. ¡No te acerques a mí!

Eladio. ¿Tan mal huelo?

Carlota. ¡A lo peor que puedes oler! ¡A traidor! ¡A ingrato! ¡A viejo verde! ¡A juerguista! ¡A *cabaret*! ¡A cuarto de segunda tiple! ¡Qué sé yo!

Eladio. ¡Ya escampa! Que viene Bernardino. Sosiégate.

Carlota. ¡No quiero!

Eladio. Sosiégate. Eres una loca, una enferma… ¡Una enferma que me va a matar!

Carlota. ¡Eso es! ¡Asústame encima de todo!

Eladio. ¿Te asusta perderme?

Carlota. ¡Ojalá no me asustara, farsante!

Sale de nuevo Bernardino, por la puerta de la derecha.

Bernardino. Señora.

Carlota. ¿Qué hay?

Bernardino. Una señora que quiere que la resiba la señora.

Carlota. ¿Quién es, no te ha dicho? ¿Es a mí a quien pretende ver?

Bernardino. Sí, señora, sí. ¡Es una vieja!

Carlota. ¿Una vieja?

Bernardino. La vieja de Toledo me ha dicho que anunsie.

Carlota. ¿La vieja de Toledo?… ¡Ah, sí! ¡Esta va a ser la abuela Telma! Aquella prima de mi madre…

Eladio. ¡Sí! ¡Doña Hormiga!

Carlota. ¡Quién se quiere morir! Que pase esa señora. ¿Viene sola?

Bernardino. Viene con dos muchachos. Dos señoritos jóvenes.

Carlota. Los nietos serán. Que pase, sí.

Se va Bernardino.

Eladio. ¡Qué respiro! ¡Al cabo del tiempo!…

Carlota. Sí; desde que murió el padre de los chicos no ha vuelto por aquí. Ya va para tres años.

Eladio. ¡Bien venida sea ella! ¡Ella y todas las visitas que lleguen! ¡Te sacan de tu monomanía, de tu obsesión!

Carlota. ¿Qué traerá por Madrid?

Eladio. No sé… No perderá el viaje. ¡Doña Hormiga! Recíbela tú.

Carlota. ¿Estás enfadado conmigo?

Eladio. No; ya te conozco.

Carlota. ¿He estado muy dura?

Eladio. Muy dura, sí. A ver si te ablanda la vieja. Es de la tierra de los mazapanes… *Vase por la puerta de la izquierda.*

Carlota. *Con remordimiento.* He estado muy dura. Es demasiado bueno conmigo. He estado muy dura. *Viendo venir a doña Hormiga y a sus nietos.* ¡Ah, pues no son dos chicos! Son chico y chica. Y parece muy mona ella. *Mira instintivamente hacia la izquierda, pensando en Eladio. Luego exclama, abrazando a doña Hormiga, que aparece apoyada en Telmita y en Modestín:* ¡Abuela Telma!

Doña Hormiga. ¡Carlota! ¡Hija mía! ¡Ay! ¡ay!…

Carlota. ¿Qué es eso?

Doña Hormiga. Mis piernas: mi martirio. El reuma dichoso. No me puedo mover. ¡Ay! Me han matado esos escalones. ¡Ay! ¡ay!

Carlota. Vamos allá dentro.

Doña Hormiga. No, no; quedémonos aquí. Sin cumplidos. Yo soy de

confianza. No ando más. ¡Ay!… ¡aaay!… Mañana diluvia. *Se sienta con gran dificultad.*

Carlota. ¡Vaya por Dios! ¿Estos son los nietos?

Doña Hormiga. Los nietos. Los hijos menores de mi pobre Enrique.

Telmita. Servidora de usted.

Modestín. Servidor.

Doña Hormiga. Dos perdigones. El mayor vive en Barcelona, casado ya.

Carlota. Muy simpáticos… los dos perdigones. Sentaos.

Telmita. Con permiso de usted.

Modestín. Con permiso.

Doña Hormiga. Un hombre y una mujer ya. ¡Quién los vió nacer!… Pero tan poquita cosa los dos, que a veces parecen ellos los abuelos, y yo la nieta.

Carlota. Es que usted tiene la energía de quince mujeres.

Doña Hormiga. La tuve. La de las hojas toledanas. Pero ahora, ya… Este reuma pícaro… ¡Ay! *A los nietos.* Por esta santa logró un buen entierro vuestro padre y vestísteis lutos decorosos. Por esta santa.

Carlota. Calle usted.

Telmita. Ya lo sabemos, ya.

Modestín. Ya lo sabemos.

Telmita. Nos lo dice la abuela a diario. Y figúrese la veneración que a usted le tendremos nosotros.

Doña Hormiga. Eso sí es verdad. Son muy agradecidos. Suspiraban por conocerte.

Carlota. Voy a llamar a Eladio.

Doña Hormiga. No, mujer; no lo molestes por nosotros.

Carlota. Él tendrá mucho gusto… Además, quiero que se distraiga. Ha pasado antes un disgustillo…

Doña Hormiga. ¡Ah, vamos! Tus mimos de siempre. No cambia esta casa. Continuáis en la luna de miel.

Carlota. Con alguna que otra tormenta.

Doña Hormiga. ¡Ay, qué falta os hacen dos o tres canarios de alcoba!

Carlota. Ya no, abuela. Eso ya pasó. Ya vamos para viejos. Hemos de resignarnos. Voy por él. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Doña Hormiga. Bueno, niños, a ver si me ayudáis. A ver si no estáis como dos figuras de cera. Yo no he de hacerlo todo. Tú, Telmita, explicarás el caso.

Telmita. Sí, abuela; ya me lo ha dicho usted.

Doña Hormiga. Y cuando yo me queje del reuma, es que vas mal, y le dejas la palabra a éste.

Telmita. ¿Y si se queja usted con éste?

Doña Hormiga. Calláis los dos y me dejáis a mí.

Modestín. ¡Lo que sabe usted, abuelita!

Doña Hormiga. Todo lo que tú no sabes, gorrión.

Doña Hormiga es una señora setentona, llena de malicia y de experiencia. Logra cuanto quiere, con el halago y la sonrisa, y maneja siempre en su provecho las debilidades y flaquezas que advierte en los demás. Viene de velo. Telmita, la nieta, no obstante su aire de mosquita muerta, no niega el parentesco con doña Hormiga. Viste de blanco y negro. El nieto irá siempre donde lo lleven. No tiene voluntad.

Vuelve Carlota con Eladio, que viene satisfecho del cambio de aires en la casa.

Eladio. ¡Querida doña Hormiga!

Doña Hormiga. ¡Eladio!

Eladio. ¡No se levante usted!

Doña Hormiga. ¡Cómo te acuerdas de mi mote, pillabán! Pero, ¡qué guapo sigues, qué arrogante! ¡Ganas con los años, granuja! ¡Como los buenos vinos!

Carlota. ¡Es lo único que le está haciendo falta: que usted le eche flores! ¡Con lo tontísimo que es! ¡Se cree que todas las mujeres están pendientes de su persona! …

Eladio. ¿Me lo creo yo?

Doña Hormiga. ¡Qué pareja! ¿Verdad, niños, verdad? ¡Qué pareja!

Eladio. Otras hay peores. ¿Cómo se llama éste?

Doña Hormiga. Modestín. Este es Modestín.

Modestín. Servidor de usted.

Eladio. ¿Y esta golondrina?

Leve sobresalto de Carlota.

Telma. Telina, como la abuela.

Doña Hormiga. Telmita la nombramos. Los dos son muy apocaditos y muy buenos. No puedo quejarme. Ella habla algo más que él.

Eladio. Las mujeres, siempre…

Doña Hormiga. Pero cuando está delante de personas que le son muy simpáticas, tar… tartamudea un poquitín al romper.

Carlota. ¿Ah, sí?

Doña Hormiga. Timidez natural… Se azora… Habla, niña. Habla.

Telmita. ¡Por… por… por Dios, abuela! A… ahora, ¿qué voy a decir?

Doña Hormiga. ¿Lo veis? Le sois muy simpáticos.

Eladio. ¿Qué estudia Modestín?

Doña Hormiga. Geografía.

Eladio. ¿Geografía?

Telmita. ¡Derecho, abuela!

Doña Hormiga. Ya lo sé, simple. ¡A lo mejor tienes unas caídas!…

Modestín. *Decidiéndose a intervenir.* Estudio Derecho. Sólo que la abuela dice por broma que estudio Geografía, por lo que viajo para aprobar las asignaturas. Pero estudio Derecho.

Doña Hormiga. Sí; muy derecho. Se encorva poco sobre los libros.

Carlota. ¡Ja, ja, ja!

Modestín. Siempre está así mi abuela.

Doña Hormiga. Siempre. Le hemos sacado un kilométrico, y lo que no aprueba en Sevilla, lo aprueba en Granada o en Santiago de Compostela.

Telmita. Por… por eso dice la abuelita que es una verdadera ca… carrera la de mi hermano.

Doña Hormiga. Sí; todo es por tierra. A Baleares y a Canarias no ha ido todavía. Pero no hay que desesperar.

Risas.

Eladio. Y ¿cómo te has metido a estudiar esa carrera, con la nube de abogados que hay?

Modestín. ¡Qué sé yo!

Eladio. ¡Ah! ¿tú no lo sabes?

Modestín. No, señor.

Eladio. ¡Entonces!…

Modestín. A mí me dijo Toresano que iba a estudiar Derecho, y por eso lo estudio yo.

Eladio. Y ¿quién es Toresano?

Modestín. Un chico que tiene un cigarral.

Eladio. No es bastante…

Carlota. Pero ¿a ti te gusta la carrera?

Modestín. Unos días me gusta y otros no me gusta.

Doña Hormiga. Sí: según la opinión de Toresano. *Nuevas risas.* Ello es que con mis burlas, mis refranes y mis chascarrillos voy sacándolos adelante. No quiero morirme sin dejar a los dos bien colocaditos. Ya que perdieron a sus padres, aquí está doña Hormiga, como me ha llamado este bribón. ¿Qué tengo que hacer ya en este mundo más que velar por ellos? Y ahora, niña, tú, sin tartamudeos, diles lo que pasa.

Telmita. Sí… sí, señora.

Doña Hormiga. ¡No tartamudees!

Telmita. Pues… pues no me azore usted, abuela.

Doña Hormiga. Vamos; explícales…

Telmita. Desde que nos faltó papá, nos llevó consigo la abuelita, como ella ha dicho, y vivimos a su lado muy contentos; pero le estamos mermando mucho los cuatro cuartitos que tiene. Cuando se le acaben, por causa nuestra, ¿qué va a ser de ella y de nosotros?

Doña Hormiga. ¡Ay!

Telmita. ¿El reuma, abuela?

Doña Hormiga. No, hija, es que suspiro. Sigue, y no confundas.

Telmita. Pensando, pensando, se nos ocurrió que en Madrid encontraríamos Modestín y yo medios de ayudarle mejor que en Toledo. Ya se sabe lo que es Madrid. Buscamos un pisito y nos hemos trasladado hace unos días.

Carlota. ¡Ah! ¿Vivís en Madrid?

Telmita. Sí, señora: Torrijos, 15, con permiso de la abuelita, tienen su casa. La hemos arrancado de su Toledo. Ha habido sus lagrimitas y sus adioses a todos los sitios. ¡Cómo ha de ser!… ¡Tantos años allí!

Doña Hormiga. *Ahogando un suspiro, para que no se confunda la nieta.* ¡Ay! El refrán lo dice: En Toledo se entra llorando y se sale llorando.

Telmita. *Después de mirar a la abuela.* Y ahora hemos pensado, para evitar gastos una temporadita, que yo me vaya un mes a Barcelona con mi hermano Enrique, que tiene un mediano pasar: donde comen dos, comen tres; y que Modestín salga con su kilométrico de viaje, para ver lo que aprueba. Y la abuela querría —y este es el objeto de la visita— que, sin compromiso ninguno, con toda confianza, si buenamente puede ser, para no vivir en el pisito sola, mientras estamos fuera los dos, y por ahorrarse gastos de luz, de carbón, de criadas, de todo, en fin, le permitieran ustedes venirse a vivir en su compañía hasta que nosotros regresemos.

Eladio. ¡No ha tartamudeado!

Carlota. No, por cierto; lo ha explicado muy bien.

Telmita. *Creciéndose ante los elogios.* Porque la mujer de mi hermano Enrique, enterada de la situación, proponía…

Doña Hormiga. ¡Ay! ¡ay!…

Telmita. ¿Qué es eso, abuelita?

Doña Hormiga. Una punzada horrible de pronto.

Carlota. ¡Demonches de reuma!

Telmita. Iba a decir que la mujer de mi hermano proponía…

Doña Hormiga. ¡Ay! ¡ay!…

Modestín. Lo que proponía la cuñada —perdona que lo diga yo, que no soy tan fino—, es un disparate. Porque verán ustedes lo que proponía.

Doña Hormiga. ¡Ay! ¡ay!…

Carlota. ¿Otra vez?

Eladio. ¡Qué fatalidad!

Doña Hormiga. Los cambios de tiempo. Esta primavera va a ser muy húmeda. ¡Ay! ¡ay!… Y dejaos vosotros de más explicaciones, que estamos

molestando.

Carlota. ¡Abuela por Dios!

Doña Hormiga. ¿Puede ser lo que ha dicho Telmita? A mí no me habréis de sentir. No os daré ruido alguno. ¿Puede ser? ¡Con entera franqueza! Yo con un rincón donde tener mis santos me considero en San Juan de los Reyes. Y si hay convidados a vuestra mesa, yo como en cualquier parte. No se me sentirá, no se me sentirá. Hasta duermo con las criadas si es menester.

Carlota. ¡Abuela!

Eladio. ¡Con las criadas de aquí no hay quien coja el sueño!

Carlota. Cállate tú, imprudente.

Doña Hormiga. ¿Puede ser o no puede ser? ¿Qué me decís? Clarito.

Eladio. Pues clarito abuela. Yo por mi parte contentísimo. Nada me agrada más que tener en mi casa personas queridas que nos acompañen. Ahora…

Carlota. *Saliéndole al paso.* Ahora, ¿qué?

Eladio. No, no; ningún inconveniente. Sólo advertir que en estos días vive con nosotros Angelines, la hija de Ascensión…

Carlota. Y eso, ¿qué importa?

Doña Hormiga. ¿Tenéis aquí a la hija de Ascensión?

Carlota. Sí; pero no importa.

Doña Hormiga. Sí, sí; sí importa. Ni hablar ya, ni hablar de lo mío. Otra vez, otra vez…

Carlota. ¿Quiere usted callarse, tía Telma?

Doña Hormiga. No, no; todo menos seros gravosa.

Carlota. ¡Que calle usted! Como está Angelines estará usted también. ¡No faltaría más! Hay casa para todos. Además, Angelines se volverá pronto con su madre. *Mirando con intención a Eladio.* Vamos a tener un gran disgusto, porque la chiquilla es una monada; pero se irá pronto. No hay que insistir en ello.

Eladio. No hay que insistir.

Carlota. No hay que insistir, no.

Eladio. Eso he dicho, mujer. Estamos de acuerdo, como siempre.

Carlota. Justo. Ahora mismo va usted a venir conmigo y va usted a elegir la habitación que más le acomode.

Doña Hormiga. Eso, no; la que tú me destines.

Carlota. Ha de ser a gusto de usted.

Doña Hormiga. ¡Qué exagerada eres y qué buena! *A los nietos.* ¿Veis lo que os digo? Toda corazón, toda corazón.

Carlota. Ande usted. De camino verá usted el hotel, que no lo conoce.

Doña Hormiga. Sea como tú quieres. Dame tu brazo, Modestín.

Modestín. ¡Aúpa, abuelita! ¿Duelen las piernas?

Doña Hormiga. En este instante no las siento. Gracias a Dios.

Carlota. ¡Ea! Pues ande usted. Vamos todos.

Doña Hormiga. Vamos allá. Eres una santa. Dios te bendiga. *A Telmita, que va a seguirla, bajo.* (Quédate tú aquí. Remacha el clavo).

Se entran por la puerta de la izquierda Carlota, doña Hormiga y Modestín.

Eladio. ¿Tú no vas?

Telmita. Como usted se queda…

Eladio. Me quedaba pata pasar el último.

Telmita. De todos modos…

Eladio. ¿No eres curiosa?

Telmita. No, señor. *Lo mira, y luego baja los ojos como con timidez.*

Pausa. Eladio se inquieta.

Eladio. ¿No te gustaría ver el hotel?

Telmita. Naturalmente. ¿Cómo no? Pero es que antes yo quería darle a usted las gracias por lo que van ustedes a hacer. Es una verdadera obra de caridad. Estamos casi con el día y la noche. La abuelita tiene agotados todos sus recursos. Ha vendido no sé cuántos muebles y cuántas cosas para poder trasladarnos a Madrid. De un bargueño se despidió como si fuera un nieto. ¡La pobre! De manera que esta temporadita de ahorro nos viene como agua de mayo. Modestín va a Valladolid, a Salamanca y a Sevilla, pero no hace gasto ninguno, porque va a casas particulares de amigos de la abuela. Yo, que voy con mi hermano, tampoco necesito gastar. Y la abuelita aquí, ¡figúrese! Como el pez en el agua.

Doña Hormiga, Carlota y Modestín asoman por la ventana. Carlota, recelosa.

Doña Hormiga. ¿Qué? ¿Tartamudea?

Eladio. ¡Ni muchísimo menos!

Telmita. ¡Me es muy antipático el tío Eladio!

Carlota. ¿Sí, verdad?

Doña Hormiga. ¡Qué casa, Telmita, qué casa! ¡Un paraíso terrenal! ¡Ya estoy sintiendo el día que me tenga que ir!

Modestín. ¡Sí que es para no irse de ella! ¡Cuando veas el cuarto de baño te vas a volver loca! ¡Siete grifos, cuatro regaderas, una manga!… ¡El disloque!

Carlota. ¡Pues hay quien prefiere bañarse en el Casino de Madrid!

Eladio. *Para su capote.* (¡Anda con esa!).

Modestín. ¡Ya verás, Telmita, ya verás! ¡Acuérdate de que en Toledo nos bañábamos por pedacitos!

Doña Hormiga. ¡Je! ¡Qué zascandil te ha criado Dios!

Telmita. Modestín es muy corto de genio, ¡pero cuando toma confianza!…

Carlota. ¿Por qué no vienes tú también, Telmita?

Doña Hormiga. Déjala, déjala. Cuando ella se ha quedado, algo le tendrá que decir a tu marido. ¡Sabe más!…

Retira a Carlota de la ventana y desaparecen los tres hacia la derecha.

Eladio. Vámonos, si quieres…

Telmita. Vamos; como usted diga. *Pero no se mueve.* ¿Angelines lleva aquí mucho tiempo?

Eladio. Lo bastante…

Telmita. ¿Cómo?

Eladio. No; nada… Lleva unos quince días. ¿La conoces tú?

Telmita. Por referencias… por retrato… Es muy bonita, ¿no?

Eladio. *A media voz.* Sí… es agraciada.

Telmita. ¿Viven sus padres en Larache?

Eladio. Sí; ahora, en Larache.

Telmita. Los militares le dan la vuelta al mundo, y les van naciendo los hijos dondequiera. Ya ve usted: mi hermano el mayor nació en Manila, yo, en la Habana, y Modestín… ¿Dónde dirá usted que nació Modestín?

Eladio. ¿En Salamanca no sería?

Telmita. No, señor, no. ¡Qué gracia! ¡Nació en el tren! En un vagón de segunda, de Madrid a Galicia.

Eladio. ¡Ja, ja, ja! ¡Predestinado ya a los viajes!

Telmita. ¡Lo que es el sino de las criaturas! ¡Ja, ja, ja!

Ríen los dos y sus risas son sorprendidas por Carlota, que, asomándose de nuevo por la ventana, dice luego, tratando de disimular su estado de ánimo: ***Carlota****. ¡Eladio!*

Eladio. ¡Car… Carlota!

Carlota. ¿Qué es eso? ¿Tartumedas tú?

Eladio. ¡Psché!

Carlota. ¡Vente con Telmita al jardín, que vamos a merendar en familia!

Eladio. ¡Ahora mismo!

Carlota. ¡Y así nos contarás ese chascarrillo tan gracioso! *Se retira.*

Eladio. ¡Ahora mismo vamos! *A Telmita.* ¡Ea! ¡No hay más que hablar! Vamos al jardín.

Telmita. ¿Por dónde?

Eladio. Por aquí. Pasa.

Telmita. Muchas gracias. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Eladio va a seguirla, pero se detiene un instante, a los aspavientos y voces de don Sindo, que acude alarmado por la puerta de la derecha.

Don Sindo. ¡Eladio! ¡Eladio!

Eladio. ¿Qué ocurre?

Don Sindo. ¿Es doña Hormiga la que está ahí?

Eladio. Sí; doña Hormiga.

Don Sindo. Y ¿a qué viene?

Eladio. A vivir con nosotros una temporada.

Don Sindo. ¡No!

Eladio. Sí, sí; viene a eso.

Don Sindo. ¡No lo toleres! ¡Vas a meter en la casa el infierno! ¡Doña Hormiga es el espíritu del chisme! ¡Es el *Diablo Cojuelo* con faldas! ¡La conozco bien! ¡Es una urraca; es una esponja!

Eladio. ¡Pues la prefiero al ángel de Larache! ¡Quiero vivir en paz, si es posible! *Vase tras de Telmita.*

Don Sindo. ¡Nos hemos caído! ¡Ésta nos echa a todos de aquí!

Vuelve Angelines.

Angelines. ¿Qué es eso, tío Sindo?

Don Sindo. ¡Los primeros síntomas de la rabia!

Angelines. ¡Jesús! ¿Qué dice usted?

Don Sindo. ¡Ha llegado a esta casa una vieja que nos va a poner en la calle a todos! ¡A mí… a ti!…

Angelines. ¿A mí también?

Don Sindo. ¡A ti, la primera!

Angelines. ¡Quiá! ¡A mí nadie me quita aquí mi sitio! ¡Me quieren mucho los tiítos a mí! *Se sienta orgulloso.* No pase usted cuidado.

Don Sindo. Ya lo verás; ya lo verás. ¡Es una vieja enredadora, absorbente!… ¡Se las compondrá de modo que saltemos!

Angelines. Sea lo que sea, yo no tengo por qué temerle. Estoy bien segura. Primero que yo me vaya de esta casa, andará bien ese reloj.

Don Sindo. ¿Sí, eh? ¡Pues vamos a ver si te queda mucho!

Angelines. ¡A ver!

Don Sindo va al reloj a hacer la prueba.

Don Sindo. ¿Qué hora tenemos ya? Las cuatro. Lo pondremos en hora. A ver si da las tres. *El reloj las da bien.* ¿Ves? El primer aviso. A ver la media ahora. *El reloj empieza a dar campanadas como si se hubiera ido del seguro.*

Angelines. *Muerta de risa.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ese aviso es para usted, tío Sindo! ¡Ja, ja, ja! ¿Qué le decía yo?

Don Sindo. ¡Para, hombre, para! ¿Abónele vas? ¡Para!

Angelines. ¿Lo ve usted? ¡Yo no me voy de esta casa nunca! ¡Nunca!

Don Sindo. ¡Para!

Angelines. ¡Pero nunca! ¡nunca! ¡Ja, ja, ja!

El reloj continúa dando campanadas, entre las risas de Angelines y la desesperación de don Sindo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Seguimos en el mismo lugar de la casa de Eladio, dos meses después. Es a primera hora de la tarde.

Sale por la puerta de la izquierda Bernardino, con librea de dril blanco, y por la de la derecha, Hipólita, nuevo ejemplar de las criadas que tranquilizan a Carlota. Es una mozuela montaraz, a quien le estorban la cofia y el uniforme. Va como atolondrada, dudando adonde dirigirse.

Bernardino. *Observándola.* ¿Qué es eso? ¿Adónde vas, sagala?

Hipólita. ¿Cómo?

Bernardino. Que ¿adónde vas?

Hipólita. Ahí está el caso: que ha sonao un timbre y no sé dónde llaman.

Bernardino. Será en er comedó, que es donde están ahora los señores.

Hipólita. ¡Me hago un embolismo con los timbres!

Bernardino. Pero ¿tienes más que mirá er cuadro?

Hipólita. ¡Anda, éste! ¿Cree usté que no lo miro? Pero ¡como no sé leer ni entiendo de números!… *Suena un timbre dentro.* ¿Ve usté? ¡Otro timbre! ¿Quién llama ahora? ¿Dónde es?

Bernardino. En la puerta e la caye. Pero ayí está er portero. Ve tú ar comedó.

Hipólita. Yo me pensé que era el cuarto de baño.

Bernardino. ¿Después de armosá, hija? ¿Quién se baña en tu pueblo a esta hora? ¡Ni er ganao!

Vuelve a sonar el timbre.

Hipólita. ¿Y ése?

Bernardino. Ese es er de mi arcoba. ¡Pero no parescas por ayí! Anda ahora

ar comedó.

Hipólita. ¡Tampoco es ningún fenómeno que me confunda! ¡No llevo más que tres días en la casa!

Bernardino. ¿En donde estabas tú no había timbres?

Hipólita. No, señor.

Bernardino. Pos ¿cómo te yamaban, a voses?

Hipólita. No, señor; tocando las palmas. ¿Y lo que me estorba a mí esta cresta? *Se da un manotazo en la cofia y se va por el fondo de la galería.*

Bernardino. ¡Sí que será bonito tu pueblo; pa pasa por é de noche y en *auto*! ¡Bendito sea Dios, que to lo cría! ¡Los caprichos de la señora!

Sale don Sindo, cruzándose con Hipólita. Viene renegando.

Don Sindo. ¡Y de postre, esta borreguera disfrazada! ¡Ande el movimiento!

Bernardino. Don Sindo de mi arma: ¡se fué Carlos tersero, pero nos han traío una seboya!

Don Sindo. *Bufando.* ¡Brrr!

Bernardino. Yo no sé er tiempo que hase que no digo un piropo en la casa. Mucho quiero a los señoritos, pero ¡como siga la serie!… ¡Camará!…

Don Sindo. ¡Brrr!…

Bernardino. Y a usté ¿qué le pasa? ¿Ha tomao usté bicarbonato?

Don Sindo. Bernardino, hay que conspirar. Hay que echar a esa mujer de esta casa.

Bernardino. ¿A la nueva?

Don Sindo. No: a la vieja. ¡A doña Hormiga!

Bernardino. ¡Pobresiya! ¿Por qué?

Don Sindo. ¿Pobrecilla? ¿También vas tú a compadecerla? ¡Pues más vas a

perder tú que yo! Hay que mirar al porvenir; y esta vieja nos va a dejar en cueros a todos.

Bernardino. ¡A mí, no!

Don Sindo. Tú repara: vino por un mes, y ya lleva dos meses aquí. ¿Eh? Los nietos iban a pasar fuera otro tanto, y la niña volvió a los quince días: en cuanto ella se acomodó. ¿Eh? El pisito, que iba a estar cerrado, para ahorrar, se lo alquiló antes de una semana a un estudiante con mucho dinero. ¿Eh?

Bernardino. Y ha hecho divinamente. ¡Si le salió esa proporsión!… Ca uno a su avío.

Don Sindo. Carlota y Eladio son ciegos. Los adula; explota sus flaquezas… Los celos de la una, la presunción de buen mozo del otro… ¡Es mucha vieja! ¡Pero ellos no ven nada!

Bernardino. ¿Y a usté, no le da coba?

Don Sindo. ¿A mí? ¡A mí me odia a muerte! ¡Como yo a ella!

Bernardino. A usté le yama er carabinero.

Don Sindo. Ya lo sé. Porque veo todas sus trapacerías y sus contrabandos. ¡Y anda, que la hijuela que le ha salido!…

Bernardino. ¿Qué hijuela?

Don Sindo. La nietecita; la de los ojos bajos; la que tartamudea por monada. ¡Pitraco! ¡Buena está la niña! ¿Tú te has fijado? Viene dos o tres veces al día con las manos limpias, y se va siempre con algún envoltorio. ¿Eh? ¿Te has fijado tú?

Bernardino. Sí que me he fijao.

Don Sindo. Pues ¿y los regalos de doña Hormiga? ¿Dónde me los dejas? ¡La intención de los regalitos! Ayer le dió a Carlota, después de ponderarlo mucho, un dedal de su bisabuela. ¡Un dedal! Una joya de la familia, ¿tú comprendes? ¡Una reliquia! ¡Sólo por ser para Carlota se desprendía de él! Bueno: pues a la noche se llevó a su casa cuatro mantas de lana. ¿Es o no es frescura?

Bernardino. Sí, señó, sí es frescura. ¡Por eso se habrá yevao las mantas!

Don Sindo. ¡Como lo del huésped! ¿Qué me dices del huésped?

Bernardino. Yo, na. Que es muy simpático.

Don Sindo. Le alquila a buen precio dos habitaciones en su casa, y un día sí y otro no se lo trae a almorzar aquí. ¡Para ahorrar!

Bernardino. Los señores son tan gustosos de tené siempre convidaos…

Don Sindo. ¡Ahí está! Como ellos son gustosos… ¡cultivemos la gorra! ¡Me saca de quicio!

Bernardino. Pos yo le voy a desí a usté mi verdá, don Sindo: ¡a mí la vieja me hase requetemuchísimo salero!

Don Sindo. ¿Ah, sí?

Bernardino. ¡Requetemuchísimo salero! ¡Es una artista!

Don Sindo. ¡Bueno va! ¡La debilidad de los andaluces! En teniendo las cosas gracia, todo se disculpa. Nos está saqueando, pero ¡qué gracia tiene! ¡Vamos a tirarnos de risa!

Bernardino. De usté me ha contao eya una cosa, que me puse malo de reírme cuando me la contó.

Don Sindo. ¿Sí, eh? ¡Algún infundio!

Bernardino. Dise que le hiso usté el amó de muchacho…

Don Sindo. ¡Psché! ¡Por divertirme!

Bernardino. Y que le dió a usté calabasas.

Don Sindo. Eso no lo recuerdo.

Bernardino. Porque dise que usté no le gustaba a eya porque tenía usté los ojos muy chicos.

Don Sindo. ¡Qué estupidez!

Bernardino. Y que er rencó que usté le guarda es na más que por eso; y que paese mentira que se acuerde usté. ¡Me torsí de risa!

Don Sindo. ¡Vamos, hombre, vamos! ¡Encima de todo, embustera! Además,

los ojos humanos no se han de medir como los de un buey. En los ojos de las personas lo que se aprecia es la expresión. ¡Yo no he sido nunca el dos de oros; pero mis ojos han tenido siempre una picardía y un venenillo dulce… que yo me sé! ¡Diga lo que quiera doña Hormiga! En cambio, escucha esto: ella está fuera de la especie humana.

Bernardino. ¿Cómo es eso?

Don Sindo. Tiene un ojo en el rodete y ve por detrás.

Bernardino. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué está usté disiendo, don Sindo?

Don Sindo. Lo que oyes: ve por detrás. ¡No te quepa duda! Bernardino. ¡Qué bueno!

Don Sindo. Guárdate de sacarle la lengua cuando vaya de espaldas, porque te ve. ¡La otra mañana me vió a mí!

Bernardino. ¡Ja, ja, ja!

Don Sindo. No te rías.

Doña Hormiga se asoma a la ventana. Está rozagante.

Doña Hormiga. ¡Hola, hola! ¡Nos reímos de todo! ¿Se pasa bien la vida, eh?

Don Sindo. ¡Usted dirá!

Doña Hormiga. Yo, por mí, no puedo quejarme. Desde que vivo aquí me han quitado diez años de encima.

Don Sindo. ¡Hasta el famoso reuma se le ha ido a usted!

Doña Hormiga. ¡Completamente! No siento las piernas. Podría bailar unas manchegas con usted.

Don Sindo. ¡Iba a reírse mucho Bernardino!

Bernardino. ¡Yo y cuarquiera!

Doña Hormiga. ¿Y el apetito? ¡Cómo se me ha abierto en esta casa! Devoro. Todo me sienta al pelo. No me hace daño más que lo que no como.

Don Sindo. ¡Y lo que no bebe; porque, señora mía, empina usted el codo como un albañil! ¡Qué latigazos!

Doña Hormiga. ¡Je! Con los ojos tan chicos y todo lo repara.

Bernardino. (¡Vaya caramelo!).

Doña Hormiga. ¡Demonio de hombre!

Don Sindo. ¡Por cierto que no sé lo que ha sido de aquellas dos arrobas de vino de Esquivias que iba usted a mandar!

Doña Hormiga. ¡Es que me han dicho que le hace a usted daño el alcohol!

Don Sindo. ¡No, señora! ¡Lo tolero muy bien todavía!

Doña Hormiga. ¿Será en invierno, quemándolo en una jofaina, para templar la habitación antes de acostarse?

Bernardino. ¡Ja, ja, ja! ¡No diga usté que no tiene grasia!

Don Sindo. ¡Ah! ¿Tiene gracia? ¡Brrr! ¿Y la tartamudita, cómo no ha venido hoy por aquí?

Doña Hormiga. ¿La echa usted de menos?

Don Sindo. ¿Cómo no? ¡Se parece a usted mucho!

Doña Hormiga. En el genio, sí. Y no es tartamuda, no, señor. Es que vacila al romper a hablar, sobre todo cuando habla con alguna persona que le revienta.

Don Sindo. ¡Ya! ¿A usted no le sucede eso?

Doña Hormiga. Un… un poquito también.

Don Sindo. ¡Ya!

Bernardino. ¡Ja, ja, ja!

Don Sindo. ¿Quieres no reírte tanto?

Doña Hormiga. Ahora vendrá ella.

Don Sindo. Ya, ya. El hermanito ¿anda de viaje todavía?

Doña Hormiga. No; llegó anoche.

Don Sindo. ¡Pitraco! ¿Con calabazas, por supuesto?

Doña Hormiga. No, señor: con tres sobresalientes.

Don Sindo. ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora me toca a mí reírme!

Doña Hormiga. ¡Luego traerá las notas!

Don Sindo. ¡Ja, ja, ja!

Doña Hormiga. ¡Cuidado con la risa, que es expuesta para los dientes de quita y pon!

Don Sindo. ¡Señora, si yo he sido estudiante también, y sé cómo se apañan las notas! ¡Si yo he raspado de ellas más de un suspenso, y he escrito encima sobresaliente, y no lo ha conocido nadie! ¡A mí con diabluras estudiantiles!… *A Bernardino.* ¡Yo he ahorcado de un farol a un catedrático de Literatura que las traía conmigo!…

Doña Hormiga. *Llevándose las manos a la cabeza.* ¡Oh! ¡Oh!

¡En Toledo

hay una mona que reza el credo!

¡Jesús, qué enredo!

Don Sindo. ¿Eh?

Doña Hormiga. ¡Un refrán que se dice en Toledo para no dejar pasar una bola!

Don Sindo. *Reprimiéndose.* ¡Señora mía, me marcho por no contestarle a usted una insolencia!

Doña Hormiga. Lo celebro, porque me evita usted a mí responderle dos.

Don Sindo. *Gruñendo.* De fuera vendrá…

Doña Hormiga. (¡A la otra puerta!). ¿Adónde se va ahora?

Don Sindo. ¡A repasar los grifos de la casa; a asegurarlos todos, para que no se los lleve nadie! *Se va por la puerta de la derecha, furioso.*

Doña Hormiga. ¡Je! ¡No puede resistirme! No me traga. Está morado, como las aceitunas. Aguarda tú un instante. *Se retira.*

Bernardino. ¡Qué vieja más juncá! ¡Es una artista! ¿A que me trae un regalo?

Por la puerta de la derecha sale doña Hormiga.

Doña Hormiga. ¡Ay! No estoy tan bien del reuma ni del estómago como le he dicho a ese mamarracho. Oye, Bernardino. Te voy a hacer un regalillo, para que te acuerdes de mi cuando yo me vaya de esta casa.

Bernardino. ¡Que ojalá no sea nunca, señora!

Doña Hormiga. Lo estiraré todo lo que pueda, para que rabie el viejo. ¿No desea él que yo rabie?

En Orgaz,

todos en guerra y todos en paz.

¡Jesús, qué refranera me he levantado hoy! Toma: son unas tenacillas de plata para el cigarrillo. Esto no está de moda, pero puede volver a estarlo. Las usó mi marido siempre. Me desprendo de ellas, por ser para ti, que eres muy fiel y muy bueno conmigo.

Bernardino. Muchas grasias, señora; yo no meresco tanto. Son demasiao finas pa mí. Las conservaré como lo que son.

Doña Hormiga. Así lo espero. Guárdatelas, guárdatelas… No tiene que enterarse nadie.

Bernardino. Descuide usté.

Doña Hormiga. ¡Ah! Escucha. ¿Qué iba yo a decirte? Esta cabeza… ¡Ah, sí! Ya me ha dado la señora permiso para que me lleves la mesa de noche descabalada y el felpudo que hay en la guardilla. ¡Aquí no hacen más que estorbar! …

Bernardino. Sí, señora: esta misma noche duermen en su casa de usté.

Doña Hormiga. Dios te lo pague, hijo; Dios te lo pague. Con lo que sobra en la casa de un rico, se pueden alhajar bien las de tres pobres como yo.

Bernardino. A propósito: don Sindo ha echao de menos una tasa sin asa que tenía pa lavá los pinseles cuando pintaba argo. ¿Usté la ha cogío?

Doña Hormiga. Sí: la uso de lamparilla, por no dormir a oscuras. Pero tú no le digas nada. ¡Que la busque hasta perder los ojos! ¡En mi alcoba no entra!…

Se asoma Hipólita a la ventana.

Hipólita. Señora, ¿usté no había llamao?

Doña Hormiga. Ni por pienso.

Hipólita. ¡Pues han sonao dos timbres!

Doña Hormiga. ¡Pues busca quién los toca, muchacha!

Hipólita. ¡Otro!

Bernardino. Ese es er teléfono de la portería. Yo iré.

Hipólita. ¡Se vuelve una loca en esta casa! He ido al cuarto de baño y tampoco es allí.

Bernardino. ¿Otra vez ar cuarto de baño? ¡Ésta se ha figurao que aquí somos truchas!

Doña Hormiga. Espérate ahí, que te voy a hacer un encarguito.

Hipólita. Sí, señora. *Vase de la ventana.*

Doña Hormiga. Bueno, estas fieras domésticas van a acabarse. ¿No te alegrarías tú?

Bernardino. ¡Digo! ¿No había de alegrarme? ¡Haga usté lo que puea!

Doña Hormiga. Ya verás, ya verás… *Vase por el fondo de la galería.*

Bernardino. ¡Una artista!

Va a irse por la puerta de la derecha, cuando sale por ella Mauricio, que lo detiene.

Mauricia es una vieja costurera, bastante vieja, de tierras de Asturias, de expresión y ademanes dulces. Usa gafas, es calva y tiene setenta años: Carlota se defiende bien. En la mano trae un batín.

Mauricia. Me alegro de hallarlo.

Bernardino. ¿A mí?

Mauricia. A usté, mi alma.

Bernardino. ¿Qué se le ofrese a usté?

Mauricia. Yo soy la costurera nueva.

Bernardino. ¿Nueva?

Mauricia. Nueva en la casa, que nueva no puedo ser yo con mis años. No sea picarín. Quería preguntarle…

Bernardino. ¿Qué?

Mauricia. Escuche, mi alma.

Bernardino. Diga usté, mi vida.

Mauricia. ¿Usted es andaluz?

Bernardino. Por los cuatro costaos.

Mauricia. Mi marido también lo era. ¡Pobretín! ¡Tomaba unas moñas!…

Bernardino. ¿No serían de sidra?

Mauricia. De lo que se terciaba.

Bernardino. ¡Vamos!

Mauricia. Pues mire: repasaba yo de botones este batín, y de repente llega la señora, lo toma de mis manos, registra los bolsillos, de uno de ellos saca un papel, lo lee muy azorada, se pone blanca como la cera… y se va como para un desmayo. ¿Qué hago yo? ¿Se lo digo al señor? Por favor, aconséjeme.

Bernardino. Sin favó: cáyese usté la boca. Habrá una tremolina, pero ya se

irá usté acostumbrando. Usté no ha visto na.

Mauricia. Bueno. Más fácil me es callar que hablar, después de todo. Muchas gracias, mi alma. *Vase por el fondo de la galería.*

Bernardino. No las merese, corasón. ¡La costurera que me traen, con las modistas que hay a montones por esas cayes de Madrí! ¡Marditos sean los selos! *Se va por la puerta de la derecha.*

Una vez que desaparece, salen por el fondo de la galería Eladio y Ernesto, fumando. Este último es el estudiante adinerado que antes nombró don Sindo.

Eladio. ¿Le ha llamado a usted la atención la vieja? Ernesto. ¿Quién?

Eladio. La vieja costurera.

Ernesto. No; no me he fijado.

Eladio. Más vale. Es la costurera que ha tomado ahora mi mujer. ¡Yo preferiría un sastre!

Ernesto. No me he fijado.

Eladio. Que sea enhorabuena. ¿Jugamos esas carambolas? ¿Se anima usted?

Ernesto. Con mil amores. Media horita, ¿eh? Que luego me reclaman los libros.

Eladio. ¡Es usted un modelo de estudiantes! Para usted, antes que el estudio, no hay nada.

Ernesto. Es que soy muy torpe, don Eladio. Me cuesta trabajo aprender.

Eladio. ¡Doble mérito entonces! Que no se entere su madre de usted de que yo lo distraigo con mis almuerzos y mis carambolas. ¿Vamos?

Ernesto. Vamos un ratito.

Cuando van a marcharse por la puerta de la derecha, llega Telmita hecha un lucero, y se detienen.

Telmita. ¡Hola, buenas tardes!

Ernesto. Buenas tardes, Telmita.

Eladio. Ven con Dios.

Telmita. *A Ernesto.* Pero ¿qué hace usted todavía por aquí? Ande a casa a estudiar, desaplicado. ¿Le parece a usted?

Ernesto. Ahora, ahora voy. Eso le decía a don Eladio.

Telmita. No lo convide usted más a almorzar, ni a nada. Que estudie; que apruebe. No le ocurra lo que a Modestín, que ha regresado de sus viajes con la maleta llena de calabazas. Mírelo usted ahí en el patio; ni a subir se atreve, muerto de vergüenza.

Se asoman a la baranda a verlo.

Eladio. ¿Es posible? ¡Modestín! ¡Sube, hombre, no seas inocente! ¡Tres suspensos se los dan a cualquiera!

Ernesto. ¡A cualquiera!

Eladio. ¡Sube, infeliz; sube! ¡Yo te diré todos los hombres insignes que han sido pésimos estudiantes! ¡Sube!

Telmita. No, que no suba, no. No hay que reírle la gracia.

Doña Hormiga. *Asomándose a la ventana de repente, a increpar al nieto.* ¡Muy bien dicho, Telmita! ¡Que no suba! ¡Que se vaya a la calle! ¿A qué has venido aquí, sinvergüenza? ¡Vete, vete! ¡Yo no te quiero ver!

Eladio. ¡Un poco de piedad, doña Hormiga!

Doña Hormiga. ¡No, no! ¡No la tengo! ¡Es por su bien! ¡Pillastre! ¡granuja! ¡holgazán! ¿Así pagas mis sacrificios y los de esta familia? ¡Quítate de mi vista! ¡Hipócrita! ¡Recorrer medio mapa para volver hecho un hortelano!… ¿Tú te crees que eres un turista o un estudiante? ¡Aprende de Ernesto, que será ingeniero el año que viene!

Ernesto. ¡Señora!

Doña Hormiga. ¡Sí, sí; que aprenda! ¡Haragán! ¡A mí no te me presentes ahora! ¡Desagradecido! ¡Gandul! *Se retira, cerrando las puertas violentamente.*

Ernesto. ¡Pobre muchacho! Está a punto de echarse a llorar.

Eladio. Vamos a consolarlo nosotros.

Telmita. Y… y yo voy a calmar un poco a la abuela. *Se va por el fondo de la galería, haciéndose la insignificante.*

Ernesto. ¡Qué muchacha ésta! ¡Qué simpática es!

Eladio. Mucho; muy simpática. Y sabe más que doña Hormiga.

Ernesto. ¿Sí?

Eladio. Así a lo ingenuo… como quien no quiere la cosa…

Ernesto. ¿Sí?

Eladio. ¿Ve usted lo coqueta que es Angelines?

Ernesto. Es coquetilla, sí, señor. No lo disimula.

Eladio. Pues ésta le da quince y raya.

Ernesto. ¡No! Tan modosa…

Eladio. Coqueterías distintas. A Angelines le alaba usted las manos, por ejemplo, y se las mete a usted por los ojos. A Telmita se las mira usted, nada más que mirárselas, y las esconde. Si pasa por la calle un muchacho que le importe a Angelines, Angelines se asoma al balcón haciendo monerías. En el mismo caso, Telmita cierra los cristales y se deja entrever detrás de los visillos. Más peligrosa; mucho más peligrosa.

Y así ocurre en este momento tras los de la ventana: se asoma Telmita, pero Eladio y Ernesto no lo advierten.

Ernesto. No he podido notar nada de eso… La conozco hace pocos días. Pero estoy muy contento en aquella casa.

Eladio. ¿Sí, eh?

Ernesto. Yo me vine a parar a una fonda. Pero a poco se me presentó doña Hormiga, invocando su vieja amistad con mi madre, y me llevó allá. Y me alegro. Vivo muy a gusto y estudio con más tranquilidad que en el otro lado. ¿Esto se lo he

contado a usted ya, no?

Eladio. Sí; hace días. ¿Vamos al billar?

Ernesto. Antes de que se haga más tarde, sí. Vamos.

Se marchan por la puerta de la derecha. Inmediatamente se alzan los visillos de la ventana, y asoman curiosas doña Hormiga y Telmita. Aparece luego por la puerta de la derecha Modestín, marchito y triste, como si le hubiera llovido encima, y abuela y nieta desaparecen «ipso facto».

Modestín. *Sentándose abatido.* ¡Las cosas que me ha dicho la abuela!… Luego, si se suicida uno… *Se enjuga unas lágrimas.* No me suicido, no… ¡Que se suiciden los catedráticos, que son los que tienen la culpa! *Se oye cantar dentro a Angelines.* ¡Hombre! ¡Está ahí ésa! ¡Qué vergüenza! ¡Me ha dicho la abuela que le gusto mucho! Me escondo; no me vaya a ver. Y ¿por qué razón voy a esconderme? ¡Que se escondan los catedráticos! ¡Yo me escondería si no le gustara! *Se atusa, y se arregla la corbata.*

Sale Angelines por la puerta de la izquierda, más atractiva y linda que nunca, y de quimono.

Angelines. ¡Modestín!

Modestín. ¡Angelines!

Angelines. ¡Ay, qué gusto! ¿Cuándo has llegado?

Modestín. Anoche.

Angelines. ¿De Sevilla?

Modestín. *Muy triste.* De Sevilla, sí.

Angelines. ¿También en Sevilla te han dado calabazas?

Modestín. No. En Sevilla, no.

Angelines. ¡Ah!

Modestín. No me presenté.

Angelines. ¿Por qué, hombre?

Modestín. Porque las cartas de recomendación que yo llevaba eran para el catedrático de la asignatura, que está si se muere con un cólico hepático. ¿Quién le iba a entregar las cartitas? Mala pata.

Angelines. ¡Qué lástima!

Modestín. Y el suplente, me dijeron los compañeros que era un tío muy atravesado.

Angelines. ¿Sí, eh?

Modestín. Que el día que revolcaba a cinco alumnos, lo celebraba tomando *champagne*. Y yo me dije: ¡pues lo que es a costa mía, no lo prueba!

Angelines. ¡Bien hecho!

Modestín. Y me vine para acá.

Angelines. ¡Después de quince días en Sevilla!

Modestín. ¿Qué quieres? Siete días, dudando si me presento o no me presento, y otros siete, pensando si me voy a Madrid o no me voy. ¡Y en Sevilla!

Angelines. Oye, se te ha pegado mucho el acento andaluz.

Modestín. ¿Sí, verdad? Me pasa dondequiera que estoy dos semanas. Tomo el acento de la tierra sin darme cuenta yo.

Angelines. ¡Si te pasara igual con las asignaturas!… Pero es que no estudias, Modestín.

Modestín. ¿Tú también vas a decirme eso? Estudio más de lo que parece. Me quemo yo las cejas sobre los libros.

Angelines. *Mirándole las cejas.* ¡Pues no se te conoce!

Modestín. Porque me crecen luego en los exámenes. ¡Ay, qué tártagos, Angelines! ¡Ay, qué tres bolas! No son tres bolas: son tres bolillas. Tengo muy mala suerte. Mira: del Derecho Canónico no me faltaban que aprender más que tres lecciones: ¡las tres que me tocaron!

Angelines. ¡Vaya por Dios!

Modestín. En Derecho Administrativo me sucedió todo lo contrario: no me sabía más que tres lecciones.

Angelines. ¿Y también te tocaron las tres?

Modestín. ¿Qué me habían de tocar? ¡Ninguna! ¡Y me echaron al agua!

Angelines. Y en Sevilla…

Modestín. La de Sevilla era el Derecho Penal, que es la más fuerte. ¡Un miura! Ya te he dicho que no me presenté. Iba de malas. Aparte lo del catedrático, ¿quién se presenta ya con dos *cates*? No hay dos sin tres. Vengo muy descorazonado de Sevilla.

Angelines. ¿Y eso?

Modestín. ¡Me he reunido allí con unos puntos!… ¡Uh! ¡Qué balas! A ninguno le gusta la carrera.

Angelines. Pues ¿por qué la estudian?

Modestín. No, si no la estudian. ¡Ahí está! Y uno de ellos me dijo un día que yo no servía para abogado.

Angelines. ¿Por qué?

Modestín. Porqué siempre le doy la razón a todo el mundo. Y eso me ha hecho a mí mucha mella. Un abogado que le dé la razón a todo el mundo, que cierre el bufete: ¡ése no gana un pleito! Por eso estoy tan triste. No me pongo a cantar flamenco porque no entono.

Angelines. *Riéndose.* ¡Ay, Modestín, Modestín! ¡Tienes mucha gracia!

Modestín. ¿Gracia yo? Desgracia es lo que tengo, Angelines.

Angelines. No digas tonterías. Anda, vente conmigo al billar, a ver cómo juegan el tiíto y Ernesto. Y a verme a mí jugar también. Me he puesto el quimono para jugar.

Modestín. ¿Juegas tú?

Angelines. ¡Digo! ¿Quieres que echemos luego una partida? ¡Porque tú jugarás, por supuesto!

Modestín. Sí; según la reunión en que caigo.

Angelines. ¿Te gusta mi quimono?

Modestín. Mucho. Ya me lo ponderó anoche Telmita.

Angelines. ¿Nos vamos al billar?

Modestín. Como tú quieras… Pero me da vergüenza del tío… Y del otro, que es un estudiante empollón.

Angelines. Entonces me quedaré aquí contigo, consolándote.

Modestín. Sí, sí; eso es. Quédate conmigo.

Angelines. *Iniciando caricias que no llega a hacerle.* ¡Pobre Modestín! ¡Desventurado Modestín! ¡Se examina y le dan calabazas!… ¡Qué tragedia! ¡Si él supiera que eso le sucede porque no tiene novia!

Modestín. *Muy sorprendido.* ¿Eh?

Angelines. ¿Tienes novia, quizá?

Modestín. No.

Angelines. ¡Pues por eso te suspenden tanto! ¡Los estudiantes, para aprobar, han de tener novia!

Modestín. ¿Qué me dices?

Angelines. La novia es la ilusión, es el estímulo… Yo lo veo en mis hermanos.

Modestín. ¿En tus hermanos?

Angelines. Sí. Mis hermanos, los que aprueban, son los que la tienen. ¿No ves tú que la novia no para de decirles que estudien? «Estudia, Fulanito, estudia. No vayas a paseo: estudia. No vengas a verme: estudia. Ve a la misa del padre Tal, que es la más corta: estudia». Y como las mujeres tenemos siempre más ganas de casarnos que los hombres, los chicos estudian… y al altar.

Modestín. Pues tienes razón.

Angelines. La novia de uno de mis hermanos hasta le ayuda a él: le repasa las asignaturas, le pone los apuntes en limpio…

Modestín. ¡Claro! ¡Eso anima! Mi hermana me hace a mí algo de eso.

Angelines. ¡No es lo mismo una hermana!…

Modestín. *Mirándola encantado.* No es lo mismo, no.

Angelines. Los resultados te lo dicen.

Modestín. Sin embargo, yo tengo un amigo en Zaragoza, Casetas, que a pesar de la novia, no aprueba tampoco.

Angelines. Será muy bruto.

Modestín. No, que es muy listo.

Angelines. ¡Pues no la querrá!

Modestín. ¡Eso! ¡No la querrá! ¡Es lo que yo he pensado!

Angelines. Vamos a ver, Modestín, dime a mí una cosa: ¿tú tienes tipo?

Modestín. ¿Yo, tipo? ¡Lo tenía! ¡Pero me lo están quitando los catedráticos!

Angelines. *Riéndose.* ¡Qué tonto! ¡Si digo tipo de mujer! Si te gustan altas o bajas, rubias o morenas…

Modestín. Pues mira, yo… Te diré… Así de pronto… Yo…

Inopinadamente viene por la puerta de la izquierda Carlota, un tanto descompuesta, segura de encontrar a su marido con Angelines. Ni siquiera repara en Modestín.

Carlota. ¿Eh? ¿No estaba aquí Eladio? ¿Y Eladio?

Angelines. Creo que está abajo, en el billar.

Carlota. ¿En el billar? ¿Con quién?

Angelines. Con Ernesto.

Carlota. ¿No estaba contigo?

Angelines. No.

Carlota. Pues ¿con quién hablabas tú ahora?

Angelines. Con Modestín.

Modestín. Buenas tardes, tía.

Carlota. Entonces, ¿por qué te has puesto de quimono? Siempre te lo pones para el billar.

Angelines. Sí; estoy mucho más cómoda. El tiíto me lo recomendó.

Carlota. ¡Te lo recomendó el tiíto!

Angelines. Sí, señora.

Carlota. ¡Natural! Te favorece mucho el quimono… estás monísima con él… ¡Te lo recomendó el tiíto!… ¡Natural! ¡Natural!

Modestín. Tía, buenas tardes.

Carlota. ¡Pero esto se va a concluir! ¡No, que no! ¡Esto va a concluirse!

Angelines. ¿Qué tiene usted, tía? ¿Qué le pasa?

Carlota. Nada, hija, nada. Después hablaremos. ¡Vaya si hablaremos! Digo, tú y yo, para nada tenemos que hablar… Pero el otro, el otro… ¡Conmigo no juega ningún cínico! *Vase hablando sola por la puerta de la derecha.* Lo que es el otro… No sabe todavía quién soy yo. No lo sabe, no; no lo sabe.

Modestín. Oye, Angelines, ¿no me ha visto? ¿Tan chico soy?

Angelines. Ahora no ve a nadie; va ciega.

Modestín. Pues ¿qué le ocurre?

Angelines. Que está con el ataque de celos.

Modestín. ¿De celos? ¿De quién?

Angelines. ¡De todas las mujeres! ¡Cree que todas le van a quitar a su Eladio! ¡A mí me tiene mortificada!

Modestín. ¿De veras? ¡Chica! Pero ¿cómo es posible que piense?…

Angelines. ¡Ya ves tú!… ¡Qué cosa tan absurda!… ¿Iba yo a fijarme en un hombre casado?… ¡Ilusiones que se hacen los grises!… ¡Con los solteritos tan ricos que hay en el mundo!…

Modestín. ¡Je!

Angelines. ¿Verdad, Modestín?

Modestín. ¡Je! Cuando tú lo dices…

Vuelve en esto Telmita, con dos o tres paquetes en las manos. ¡Que no la vea don Sindo! Viene acompañada de doña Hormiga, quien la empuja para que se vaya sin detenerse.

Telmita. ¿Ve usted?

Doña Hormiga. ¡No lo mires! ¡Pasa de largo! ¡No lo mires!

Angelines. ¡Abuela!

Modestín. ¡Abuela Telma!

Doña Hormiga. ¡No hay abuela que valga! *A Angelines.* ¡Ni le hagas caso tú! ¡Lo primero es que se haga un hombre de provecho! ¡Yo sé que tú le gustas; pero no le hagas caso!

Angelines. ¿Que yo le gusto?

Doña Hormiga. Eso me ha dicho ésta.

Telmita. ¿Yo?

Doña Hormiga. ¡Tú, sí, tú! ¡No seas hipócrita! ¡Anda para casa! *Se va con Telmita, sin dejar de empujarla, por la puerta de la derecha.*

Angelines y Modestín se miran embobados.

Angelines. ¿Has oído, Modestín? ¿Te gusto yo?

Modestín. Eso ha dicho la abuela.

Angelines. ¿Y tú, qué dices?

Modestín. ¿Yo?… Que ¿a quién no le gustan esos ojos, que son dos discos de guajiras?

Angelines. ¡Modestín! ¿Has oído en Sevilla ese piropo?

Modestín. Sí… ¡Pero aquí viene bien!

Angelines. ¡Jesús! ¡Jesús!… ¡Qué novedades!… ¡Tan ajena como estaba yo! … Me voy al jardín a deshojar una margarita. ¡No me sigas tú!

Modestín. ¿Por qué?

Angelines. ¡No me sigas!

Modestín. Si no te sigo, tonta… Si es que yo iba al jardín también… y tú vas delante.

Angelines. ¡No me sigas! *Éntrase por la puerta de la izquierda. Dentro ya, repite:* ¡No me sigas!

Modestín. ¡Esta sí que es una asignatura! ¡Y con lo que le gusto yo! ¿A que ahora no me dan calabazas? *Se va tras de Angelines.*

Doña Hormiga vuelve pisándoles la sombra, y alborozada cruza la escena con la agilidad de una chiquilla.

Doña Hormiga. ¡Esto ha sido un beso del cielo! Porque a este pipiolo, que nunca va a servir para nada, hay que casarlo bien y pronto. ¡Aquí hay mucho que hacer, mucho que hacer!… ¡Aquí hay mucho que hacer! *Marchase por el fondo de la galería, entonando un aire de sus tiempos.*

Llega entonces por la puerta de la derecha Carlota, tan alterada como la vimos antes.

Carlota. ¿Se ha quitado de en medio la niña? ¡Claro! La sorprendí… Ahora, el disimulo. ¿Adónde se habrá ido? *Desde la baranda, con gran afabilidad.* Adiós, Ernesto. Hasta cuando usted quiera. Adiós. *En tono grave e imperativo.* Eladio, sube ahora. —¡A ver si veo visiones! ¡A ver si estoy a las puertas del manicomio!

Por la puerta de la derecha también sale don Sindo, con su blusa de trabajo, una lata de pintura y una brocha. Viene indignadísimo.

Don Sindo. Carlota.

Carlota. Qué.

Don Sindo. ¿Has visto a esa muchacha?

Carlota. ¡Sí! ¡Con su quimono ya! ¡Monísima!

Don Sindo. No; si digo a la otra: a Telmita.

Carlota. A Telmita no la he visto, no.

Don Sindo. ¡Pues sal al balcón y la verás ir con cuatro paquetes lo menos!

Carlota. ¿Y qué?

Don Sindo. ¡Que entró en la casa sin ninguno!

Carlota. ¿Y qué?

Don Sindo. ¡Que esto es una mudanza! ¡Que te despojan!

Carlota. ¿A mí qué me cuenta usted de tonterías? ¡Lo que quiera que se lleve se lo he dado yo! ¡Porque me ha dado la realísima gana! ¡Porque soy la dueña de lo mío! ¿Estamos?

Don Sindo. *Recogiendo velas.* Estamos.

Carlota. A las personas leales a mí y que me quieren de verdad, les doy yo el alma y la vida. Soy capaz de quitarme el pan de la boca para dárselo. ¡En cambio, a los libertinos, a los hipócritas, a los traidores, les quitaría la sal y el agua si me valiera! ¿Se entera usted?

Don Sindo. Me parece que sí.

Carlota. Pues váyase a su pasatiempo y déjeme en paz. ¿Qué chapucería hace usted ahora?

Don Sindo. Chapucería, ninguna. Voy a pintar al temple el pretil de la terracita.

Carlota. ¿Al temple?

Don Sindo. Sí. Es lo mejor en esta casa: el temple.

Carlota. Sin retintín, tío Sindo.

Don Sindo. Dispensa, mujer.

Carlota. Porque están mis nervios más que para aguantar ironías, para sacar ojos. ¡Aunque sean esos dos cañamones que tiene usted!

Don Sindo. ¡Hem!… *Reprime el dolor de su herida y sigue su camino, diciéndole en tono zalamero a doña Hormiga, que en el fondo de la galería se cruza con él.* ¡Pase usted, queridísima doña Telma! *Y se va luego, tras una cómica genuflexión y echándole una mirada al rodete, como si quisiera verle el ojo terrible.*

Doña Hormiga. *Correspondiéndole.* ¡Muchísimas gracias, cariñoso amigo!… *A Carlota.* ¿Qué hay, sobrina? ¿Me has llamado tú?

Carlota. Es igual, porque iba a llamarla.

Doña Hormiga. *Sentándose.* ¡Ay! ¡ay, mis piernas! ¡Ya está aquí el nublado otra vez!

Pausa. Carlota pasea, agitada, saboreando su triunfo; segura de su presa.

Carlota. ¡Je! ¡Qué despacito sube!

Al fin llega Eladio, por la puerta de la derecha. Disimula, pero de sobra sabe que hay mar de fondo.

Eladio. ¿Qué quieres?

Carlota. ¿Llegaste ya?

Eladio. En cuanto he despedido a ese muchacho. ¿Qué quieres?

Carlota. Regalarte el oído.

Eladio. ¿Cómo?

Carlota. A todos los poetas les halaga mucho escuchar sus versos, ¿no?

Eladio. ¿Qué dices, mujer? ¿Qué dice, abuela?

Doña Hormiga. *Encogiéndose de hombros.* No sé nada, hijo mío. ¡Ay!…

Carlota. Vas a salir de dudas. *Saca del seno un papelito.* Velada literaria.

Doña Hormiga y Eladio cambian una mirada, como temiendo por la razón de Carlota.

Eladio. No entiendo…

Carlota. *Leyendo en el papel.* «A Angelines. Oriental». *Mira a Eladio, que la oye atónito.*

«Angelines de Larache:

la del cabello revuelto

y los ojos de azabache…»

Doña Hormiga. Pero, chica…

Eladio. Pero, Carlota…

Doña Hormiga, en inteligencia con Eladio, se barrena la sien.

Carlota.

«Óyele este canto suelto

a un cristiano, a quien le has vuelto

el corazón de guirlache.»

Doña Hormiga. No es de Zorrilla esa oriental.

Eladio. ¡No! ¿A qué me lees esas cursilerías? ¿Quién ha escrito eso?

Carlota. ¡Tú!

Eladio. ¿Yo?

Carlota. ¡Tú!

Continuando la lectura, próxima al llanto.

«Angelines la morena:

la de la boca de grana

y la frente de azucena…»

¡No puedo más, abuela! ¡Es superior a mí! ¿Qué me dices ahora? ¿Qué me dice usted? ¿Soy yo una visionaria o es él un miserable? ¿Eran fantasmas de mi calentura? ¡Aquí está la prueba! ¡Aquí está! ¡Estos versos a esa… coquetilla, de mi señor esposo! ¡Véalos usted: de su puño y letra! ¡Aquí están!

Eladio. ¡Cristo Padre! ¿Versos de mi letra? ¡Imposible!

Carlota. ¡Aquí los tienes! ¡Míralos! ¡Míralos! ¡Reconócelos!

Eladio. *Sobrecogido, vacila un momento.* No, si me harás dudar…

Carlota. ¿Ve usted? ¡Se ha quedado yerto ante la prueba!

Doña Hormiga. Pero, Eladio, ¿has tenido humor…?

Eladio. ¡Señora! ¡Por Dios! ¡Esta letra no es mía, ni yo he hecho versos nunca! ¡Y de haberlos hecho no serían tan ridículos! ¡Esta es la letra del tío Sindo, que es sin duda el autor de la joya! ¡Pitraco, como dice él!

Carlota. ¿Conque del tío Sindo?

Eladio. ¡Claro! ¡Y tiene con mi letra el parecido que suelen tener las letras de una misma familia! ¿Ya se te han olvidado mis cartas de novio?

Carlota. ¿Te atreves a recordarlas ahora? ¡Falsario!

Eladio. ¿Usted ve esto, abuela, usted ve esto?

Carlota. *Recobrándose, después de un desconcierto súbito.* ¿Con que los versos son del tío Sindo, verdad?

Eladio. ¡O del moro Muza! ¡Qué sé yo!

Carlota. ¡Y el tío Sindo es tan ocurrente y tan bromista que te los mete a ti en un batín para que yo vaya allí a dar con ellos!

Eladio. ¿En un batín? ¿En qué batín?

Carlota. ¡En un batín tuyo!

Eladio. ¿En cuál?

Carlota. ¡En uno tuyo! ¡En ese de las vueltas verdes!…

Eladio. ¡Ajajá! ¡En ese que yo le regalé hace un par de meses y que se lo ha arreglado no sé qué sastre! ¡Tráelo, mujer, que voy a probármelo, para que veas en donde se me quedan las mangas!

Carlota lo mira confusa.

Doña Hormiga. Tiene razón Eladio. ¿Cómo te dejas tú arrebatar…? Yo misma recuerdo haberle visto ese batín al viejo. Verde, con cordones amarillos… *Riendo.* ¡Si le dije que me parecía un loro con psitacosis! ¡Je!

Eladio. ¡Pues, no, señora! ¡Se encuentran unos versos necios en un batín abandonado, y los versos son míos! ¡Y así toda la vida! ¿Es esto demencia o no es demencia?

Carlota. Bueno, sí, es demencia; será demencia, será lo que tú quieras. Pero esa demencia la engendras tú.

Eladio. ¿Yo?

Carlota. Tú, sí, tú; con tu conducta. Te gusta esa muñeca; estás perdidamente enamorado…

Eladio. ¡Jesús!

Carlota. Sueñas con ella por las noches… la nombras dormido… yo te oigo…

Eladio. ¡Naturalmente! ¡Como nombraría a Doña Urraca si me la nombrases tú a todas horas!

Carlota. No, no, no; es que te has prendado de ella; es que la quieres para ti…

Doña Hormiga. ¡Carlota!

Carlota. Sí, señora: lo veo, lo veo claro; lo veo todos los días. Esa coquetuela va a robármelo; va a ser la infelicidad de mi vida; va a destruir nuestro hogar…

Eladio. ¿Es o no es un delirio?

Doña Hormiga. Es un delirio, sí, es un delirio… ¡Pero tiene fácil remedio!

Eladio. ¡Dígame usted cuál!

Doña Hormiga. Mandarla a su casita.

Eladio. *Revolviéndose.* Pero ¿cómo? Pero ¿usted misma no me ha rogado esta mañana que se quede?

Doña Hormiga. ¡Ay!… ¡ay!…

Eladio. ¿No me lo ha pedido usted misma?

Doña Hormiga. ¡Ay!… ¡ay!… Llueve antes de la noche. ¡Porque yo no sabía de estos disgustos, Eladio!

Carlota. No lo oiga usted, abuela; ¡si el que no quiere que se vaya es él! ¡Hipócrita! ¡Si se ha valido de que mi propia hermana me ha pedido que la retenga aquí, hasta ver si se va de Larache el aviador tronera que la persigue! ¡Sí ha llegado hasta tener ese cinismo!

Eladio. Mejor es que me calle.

Carlota. Sí; cuando no se sabe por donde salir, lo mejor es eso: callar.

Eladio. Justamente.

Doña Hormiga. Vaya, ¿queréis oírme a mí? ¿Queréis arreglar esto para siempre?

Eladio. ¡No me lo hará usted bueno! ¿Qué se le ocurre a usted?

Doña Hormiga. Muy sencillo. *Con ingenuidad infantil.* Casad a esa chica.

Carlota. ¿Eh?

Eladio. ¡Eso, no! ¡Responsabilidades, no! ¡Que la casen sus padres!

Carlota. ¿Eh? ¿eh? ¿Usted ha visto? ¡Saltó, como si le hubiera picado un tábano! ¡No la quiere casar! ¡No quiere verla en brazos de otro!

Eladio. ¡Atiza!

Carlota. ¡Pero si te has vendido por la boca! ¡Si has salido a oponerte como un león!

Eladio. ¡Como un león, y voy camino de borrego!

Carlota. ¿Qué quieres decir?

Eladio. ¡Que cases a la niña, no con uno, sino con dos, si eso ha de calmarte! ¡Con un cristiano o con un marroquí!

Carlota. No; con dos, no; con dos, no. ¡Con un cristiano nada más, para que padezcas tú lo que yo padezco!

Doña Hormiga. ¡Y que no se alegraría poco aquella madre cargada de hijos como se ve!…

Carlota. Sí abuela, sí; esa sería una solución… Acaso la única. Pero ¿cómo se logra eso?

Doña Hormiga. ¡Oh! No hay nada más fácil.

Carlota. ¿Casar a Angelines le parece a usted fácil?

Doña Hormiga. Muy fácil.

Carlota. No, abuela, no; no se haga usted muchas ilusiones; no es tan hacedero en estos tiempos casar a una criatura que no tiene más que un regular palmito… y el día y la noche.

Doña Hormiga. Eso es verdad; pero en tu mano está también el remediarlo.

Carlota. ¿Cómo?

Doña Hormiga. ¡Dótala!

Carlota. ¿Qué?

Doña Hormiga. Dótala, y yo misma me pongo las medias azules y le busco

un novio en veinticuatro horas. ¿Qué dices tú, Eladio?

Eladio. Abuela, yo no puedo opinar: si contesto que sí, es interés que tengo por la chica; si contesto que no, es que deseo que no se case. ¡No puedo opinar!

Doña Hormiga. Vuestra fortuna es grande. Dios no os ha dado hijos…

Carlota. ¡Esa es otra! ¡Estos hombres tan guapos no sirven más que para monear y para dar disgustos!

Doña Hormiga. Deja eso ahora, mujer. Tenéis, como digo, muchos bienes. Os faltan hijos a quienes dejárselos. Todo lo vuestro será, al fin y al postre, por vuestra propia voluntad de los parientes más cercanos, de los que os quieren, de los que os rodean… ¡Pues hacedle un anticipo a Angelines! ¡Esa misma casa de la calle de San Ildefonso, que tantos sinsabores os proporciona, regaládsela a ella… y yo me encargo de correr la noticia! ¡Y la veréis casada antes de tres meses!

Carlota. *A Eladio.* ¿Qué has dicho tú?

Eladio. Lo que tú hayas oído.

Carlota. ¡Yo no he oído una palabra!

Eladio. ¡Como me preguntaste qué había dicho!… Pero sí voy a declararte ahora, aprovechando la ocasión, que en este caso y siempre, con tal de no vivir amargado, queriéndote como te quiero; con tal de lograr algún día, si eso no es un sueño, la paz que merezco en mi casa, lo que quieras tú, lo que hagas tú, lo que dispongas tú, esa será mi felicidad y mi contento. ¡No puedo más, Carlota! ¡No puedo más!

Vase conmovido por la puerta de la izquierda.

Doña Hormiga. ¡No puede más el hombre!

Carlota. *Con súbito remordimiento, como siempre.* ¿He estado muy agria?

Doña Hormiga. Muy agria: como un limón para la bilis. Corre a él y hazle unas carantoñas.

Carlota. Me ofusco; me ciego… Yo lo reconozco después… Es como una lluvia de sangre que me cae del cerebro a los ojos… y me impide ver claro… ¡y lo quiero matar!… y luego esa nube se convierte en lágrimas… y voy a que él me mate a mí.

Doña Hormiga. ¡Ay, hija de mi alma! Siempre es más fácil perdonar a uno que perdonarse uno.

Carlota. *Con rabia infinita, haciendo añicos los versos del disgusto.* ¡Y estas sandeces del tío Sindo han tenido la culpa esta vez! ¡Malditas sean! *Con lágrimas en la voz.* ¿Estoy loca, abuela, estoy loca?

Doña Hormiga. Te falta un pelito nada más.

Carlota. ¡Eladio! ¡Eladio! *Vase en su busca, anhelando unas paces tiernas.*

Doña Hormiga. Jaque doble: rey y reina. El vino sobrante es para el ayudante. *Adivinando que don Sindo se acerca.* ¡Ah! ¡El viejo! Este tonto vendrá a sonsacarme. Pues no hay palique ahora. *Cruza las manos, alza los ojos, y principia a silabear como si rezara. El rumor que sale de sus labios se percibe.*

En efecto, sale luego por la puerta de la izquierda don Sindo, y confidencialmente le pregunta.

Don Sindo. ¿Qué ha habido aquí, abuela? ¿Qué ha sido?

Doña Hormiga. Nada: una nube más… Déjeme ahora. Estoy rezando.

Don Sindo. ¡Ah! ¿sí? Perdone. *Yéndose por la puerta de la derecha.* (¡Quisiera yo saber lo que le estás pidiendo a Dios!).

Doña Hormiga. *Como rezando y como si lo hubiera oído.* … El perdón de nuestros pecados, y a nuestros enemigos, un rayo que los parta, amén. Padre nuestro que estás en los cielos…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo sitio que los anteriores, a fines del otoño. Es a primera hora de la tarde.

Doña Hormiga sale por la puerta de la derecha y cruza hacia el lado contrario, asomándose a la baranda un momento. Sale tras ella Bernardino y la llama. Trae puesta ya la librea de invierno.

Bernardino. ¡Doña Hormiga!, digo, ¡doña Terma!

Doña Hormiga. ¡Hola! ¿Qué quieres?

Bernardino. Ya tiene usté er baulito en su casa.

Doña Hormiga. Dios te lo pague.

Bernardino. Luego, en er coche, colocaré tos los hurtos de mano.

Doña Hormiga. ¡Ajajá! ¡Qué servicial eres! Tengo que regalarte otra cosa.

Bernardino. Deje usté, por Dios…

Doña Hormiga. Un reloj empavonado, de esos de Toledo, tan bonitos. Antiguo, como yo. También tiene reuma. No anda; pero es muy práctico para pisapapeles.

Bernardino. Muchas grasias, señora. Y ¿por qué se va usté de esta casa, con la vuerta que usté le ha dao?

Doña Hormiga. No tengo más remedio, hijito. ¡Llevo siete meses aquí! No me gusta abusar. Y que si sigo, don Sindo estalla, y yo no quiero sangre.

Bernardino. ¡Ja, ja, ja! Pos es un doló. Desde er casamiento de la señorita Angelines con don Modestín, esta casa es un paraíso. La señora ríe, er señorito está contento, no hay selos, no hay disputas… ¡Otra casa! ¡Y usté ha hecho er milagro!

Doña Hormiga. Mira si es otra casa, tunantón.

Dice esto señalando a la puerta de la izquierda, por donde aparece lo increíble: Juliana; una doncellita preciosa.

Juliana. Señora.

Bernardino. ¡Ole! ¡Este sí que es milagro! ¿Qué quiere usté, prenda? Lo que tenga usté que hasé se lo hago yo, pa que usté descanse. ¡Aunque no esté cansá!

Juliana. Calle usted, embustero. *A doña Hormiga.* Sobre la mesa de su habitación he puesto el paquete, bien amarrado.

Doña Hormiga. Gracias, hija mía. ¿Tú sabes quién es ésta, Bernardino?

Bernardino. ¿Ésta? ¡Pa mí es una tapa de cosina! ¡Una mujé que me abre el apetito!

Doña Hormiga. ¿Qué te parece?

Juliana. Así se pasa el día este hombre.

Doña Hormiga. Pues es la nietecita menor de un asistente que tuvo mi marido. Buscaba casa y yo se la he recomendado a mis sobrinos con mucho empeño. *Guiñándole.* ¡El tiempo muda las costumbres!…

Bernardino. ¡Pos ha estao usté sembrá! ¡A mí se me ha despejao er sielo! Diga usté, niña: ¿usté abre y sierra los ojos de una sola vez, o nesesita usté tres tiempos?

Juliana. ¡Vamos, ande!

Bernardino. Dígamelo usté, por su salú.

Juliana. Los cierro de un golpe al acostarme.

Bernardino. ¡Vaya gorpe!

Juliana. Y los abro lo mismo al dispertar.

Bernardino. ¡Eso habría que verlo de serca!

Juliana. ¡Y después los tengo muy abiertos todo el día!

Bernardino. ¡Pa achicharrá a to er que esté a su lao!

Doña Hormiga. Bueno está ya, Bernardino, bueno está ya.

Bernardino. ¡Doña Terma, si es que estoy atascao de piropos! ¡Si yevo más de un año en la casa sin podé desí ole! ¡Un año sin podé desí ole! ¿Usté se cree que así se pué viví?

Doña Hormiga. ¡Je! ¡Qué peine estás tú!

Juliana. ¡Sí que está un buen peine!

Bernardino. ¡Pos dime ya donde tienes er tocado, arma mía!

Viene por la puerta de la derecha Mauricia. Mientras habla con doña Hormiga cuchichean aparte Bernardino y Juliana.

Mauricia. Señora.

Doña Hormiga. ¿Qué hay, Mauricia? ¿Repasó usted el velo y los mitones?

Mauricia. Acertólo, mi alma: repasólos bien. ¿Mándame alguna cosina más?

Doña Hormiga. No; muchas gracias; ahora, no. Si acaso, otro día. El viernes, que lo tiene usted libre aquí —se me ocurre ahora—, pásese por mi casa, que siempre caerá algo que hacer.

Mauricia. Bien, señora.

Doña Hormiga. Y que le quiero dar a usted un recuerdo mío.

Mauricia. ¡Mi alma! No hay por qué.

Doña Hormiga. El que no es agradecido, no es bien nacido. Tengo allí en un cuadrito una estampa de la Virgen de Covadonga, y ¿a quién mejor que a usted he de dársela?

Mauricia. ¡Mi alma! ¡Está usted en todo! Nuestra Señora se lo pagará. Soy muy devota de ella.

Doña Hormiga. Por eso me desprendo yo de la estampa; porque sé lo que usted la estimará. Si no, ¡qué disparate! ¡La enterraban conmigo! ¡Es un recuerdo de mi abuela!

Sigilosamente han aparecido en la ventana don Sindo y Eladio. Van a hacer una interesante experiencia.

Mauricia. Mire, señora: mire a la mocina y a ese picarín. ¡Manteca pura! *A Juliana.* ¡Cuidado con los andaluces, que se casan… y luego dan muchísima guerra!

Juliana. ¡Ah! Pero ¿se casan?

Mauricia. Más valía que no.

Bernardino. Esta vieja es der siglo pasao. ¿Qué sabe lo que dise?

Doña Hormiga no les presta atención, adivinando, sin volver la cabeza, que hay alguien en su alcoba. De pronto exclama: ***Doña Hormiga****. ¡Hola, hola! ¿Qué se hace en mi cuarto? Se miran sorprendidos Eladio y don Sindo. Mauricia, Bernardino y Juliana, miran hacia allá. Doña Hormiga continúa de espaldas. ¿Qué se hace en mi ventana? ¿Pasa por el patio alguna procesión?*

Don Sindo. ¡La procesión va por dentro, señora!

Eladio. ¡Ja, ja, ja! ¡Es que dice el tío Sindo que tiene usted un ojo en el rodete y que ve por detrás!

Doña Hormiga. ¡Y veo! *Volviéndose hacia ellos.* ¡Ya está comprobado! ¡Todas las cosas que se hayan hecho en la casa a espaldas mías, las he visto! ¡Y las que se hayan pensado, las he oído!

Don Sindo. ¿Oye usted también los pensamientos?

Doña Hormiga. ¡Y cuanto más malos, más bien! ¡De usted no se me ha escapado ninguno, ojos de jilguero!

Eladio. ¡Ja, ja, ja! *Retirándose.* ¡Carlota! ¡Carlota! ¡Escucha! ¡Escucha este descubrimiento!

Don Sindo. *Siguiéndolo.* ¿Qué te dije yo? ¿No te lo dije?

Juliana. Señora, pero ¿es de verdad que ve usted por la espalda?

Doña Hormiga. Sí, hija, sí. Dios te libre de hacerme burla.

Juliana. No lo pensaba, pero Dios me libre.

Se encamina a la puerta de la derecha, por donde se va.

Bernardino. *Yéndose tras ella.* ¿Y usté se asusta de eso, arma mía, si tiene usté dos ojos que le dan la vuelta a la cabesa?

Mauricia. *Entre sí, marchándose por la puerta de la izquierda.* ¡Mi alma! ¡Vense cosas increíbles en estos tiempos! ¡Con esto de la *radio*!…

Doña Hormiga. ¡Je! ¡La asturiana me ha tomado por una bruja! ¿Qué iba yo a hacer? ¿Qué iba yo a hacer?

Sale Ernesto por la puerta de la izquierda, en plan de despedida. Está un poco preocupado e inquieto.

Ernesto. ¡Doña Telma!

Doña Hormiga. ¿Todavía por aquí?

Ernesto. Sí; vine a despedirme y me ha entretenido Carlota.

Doña Hormiga. ¿Cuándo te vas?

Ernesto. En el expreso de esta tarde.

Doña Hormiga. ¿Por muchos días?

Ernesto. No; por dos o tres. Doy un beso a mi madre y vuelvo a mis estudios.

Doña Hormiga. Llévale otro mío muy apretado.

Ernesto. Lo agradecerá. Diga usted, ¿y Telmita?

Doña Hormiga. ¿No la has visto? Aquí andaba ahora.

Ernesto. No, señora; no está en la casa. Si yo vine precisamente porque creía que ella estaba aquí…

Doña Hormiga. A lo mejor se ha ido al sentirte.

Ernesto. Pues ¿y eso?

Doña Hormiga. ¡Averigua tú!… Esa chiquilla es tan especial… Huidiza, huidiza… penumbrosita… misteriosa.

Ernesto. Pero, oiga usted; ¿acaso le molesto yo?

Doña Hormiga. ¡No, hombre!

Ernesto. ¡Por eso! ¡Es que sentiría haber cometido con ella alguna falta!

Doña Hormiga. ¡Quita allá! Tú, tan prudente, tan correcto… ¡Quita allá! Igual que tu padre: ¡gran hidalgo de la Montaña aquél!

Ernesto. Entonces… Telmita ¿estará en casa?

Doña Hormiga. ¡Seguro! Si no está aquí, está allí. ¡Ella no callejea! ¡Uh! ¡Buena es!

Telmita se va a asomar a la ventana, y doña Hormiga, que la ve, le hace una rápida seña para que se esconda. La nieta obedece en el acto.

Ernesto. Pues voy en seguida a despedirme.

Doña Hormiga. Pero, chico, te encuentro muy desatalentado y muy nervioso… ¿Qué significa esto?

Ernesto. Voy a ver si está allá.

Doña Hormiga. No, no; antes vas a confesarte conmigo Ven aquí, muchacho. Ábreme a mí tu corazón.

Ernesto. Doña Telma…

Doña Hormiga. ¡Ábreme a mí tu corazón! Yo soy una vieja que está ya más en el otro mundo que en este. Vivo para cuatro o cinco personas. Estos sobrinos, a quienes Dios bendiga; mis nietos… Para cuatro o cinco personas. Vamos a ver: ¿te interesa Telmita?

Ernesto. ¿Eh?

Doña Hormiga. No te hagas de nuevas. Por las trazas… Confíate a mí, que de nosotros dos no sale. Yo en estas cosas no me he mezclado nunca. Pero ¡te quiero tanto, hijuco, como dice tu madre!… ¿Te interesa Telmita?

Ernesto. La verdad: sí. Mire usted lo que me sucede: yo estaba ajeno a esto; pero muy a gusto viéndola aparecer siempre, cuando estudiaba, sobre todos mis libros. Nunca me detuve a analizar mi contento. Estaba a gusto… y nada más. Y

ahora, que me voy a marchar por tres días, me parece que me voy por un año. ¡Y es ella solamente! ¡Es Telmita!

Doña Hormiga. ¡Bueno va el fandango! ¡Cómpreme usted papel de moscas!

Ernesto. ¿Y ella, doña Telma? ¿Qué piensa ella de mí?

Doña Hormiga. ¡Cualquiera vislumbra!…

Ernesto. ¿A usted nunca le ha dicho…?

Doña Hormiga. ¡Ni palabra!

Ernesto. ¿Ni usted ha podido observar…?

Doña Hormiga. ¡Ni un aliento!

Ernesto. ¿De manera que…?

Doña Hormiga. ¡Tinieblas! Duerme a oscuras. Es reservada como ella sola. Huidiza, recóndita… Como la violeta, que le dijo un cadete en Toledo: huele… y no se la ve.

Ernesto. ¿Un cadete? ¿Habrá por medio acaso…?

Doña Hormiga. No creo. ¡Pero vaya usted a saber!… Es tan silenciosa, tan disimulada… ¡Pregúntaselo tú!

Ernesto. ¿Yo?

Doña Hormiga. ¿Se lo vas a encargar a un agente? Te advierto que yo fui lo mismo que ella en mis juventudes. La estampa de la timidez. El sí en el altar se lo di a mi novio con el dedo; porque la voz no me salía. Por mi parte, sólo puedo ofrecerte un dato, un indicio…

Ernesto. ¿Cuál?

Doña Hormiga. Que siempre que por acaso te nombra, tar… tartamudea.

Ernesto. ¿Y ese es buen síntoma?

Doña Hormiga. ¡Uh! Quizá el mejor de todos. Porque es probado: cuando le interesa una persona, tar… tartamudea al hablar de ella.

Ernesto. ¿Qué me dice usted?

Doña Hormiga. Mi consejo…

Ernesto. A ver su consejo.

Hablan bajo, confidencialmente. Por el fondo de la galería sale en esto don Sindo, y al ver a la pareja se detiene como en acecho. Doña Hormiga, que está de espaldas a él, le dice entonces, sin volver la cabeza, como antes: ***Doña Hormiga****. Pero ¿se ha convertido usted en mi sombra, hombre de Dios? ¡A usted, a usted le digo, don Sindo!*

Don Sindo. *Tras un salto supersticioso.* Señora, ¿es que yo no puedo pasar por donde quiera en esta casa?

Doña Hormiga. ¡Sí, señor; puede usted pasar!… ¡Ya lo creo! Pase usted.

Don Sindo. *Pasando hacia la derecha.* ¡Faltaría otra cosa!

Doña Hormiga. ¡Y cuidado con lo que se piensa, que lo oigo!

Don Sindo. ¡Y yo también, no crea usted que no! *Márchase.*

Ernesto. ¿Me decía usted, doña Telma?

Doña Hormiga. Vámonos los dos hacia allá, muy juntitos, haciendo comidita, para que rabie el viejo. Mi consejo, hijo mío, es que ante todo adviertas a tu madre…

Se van también por la puerta de la derecha.

Simultáneamente aparecen por la de la izquierda Carlota y Eladio.

Eladio. ¡Me he reído como hace tiempo no me reía!

Carlota. ¡Calla, por Dios! ¡Si es delicioso! ¡La peregrina idea de que doña Hormiga ve de espaldas!…

Eladio. ¡Pues el tío Sindo lo cree a pie juntillas! ¡Se pone muy gracioso afirmándolo! «¡Que ve, Eladio, que ve! ¡No te fíes!». ¡Ja, ja, ja!

Carlota. Siento yo que nos deje la abuela.

Eladio. Yo también.

Carlota. ¡Le debo tanto, tanto!…

Eladio. Yo, más que tú. Gracias a ella he recobrado tu cariño.

Carlota. ¡No lo habías perdido!

Eladio. Tu cariño… sin sombras.

Carlota. *Con un gran suspiro.* ¡Ay! ¡Es verdad!

Eladio. Aquí viene el tío Sindo.

Carlota. Éste es el único que se alegra de que se vaya doña Hormiga. ¡Cómo la odia! Últimamente se ha puesto hasta grosero.

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Vuelve por la puerta de la derecha don Sindo.

Don Sindo. ¡Qué risa! ¿verdad? Pues asómate. Y tú, Carlota. Para que luego digáis que le tengo manía.

Eladio. ¿Qué pasa?

Don Sindo. Ahí abajo tenéis a la abuela secreteando a más y mejor con Ernesto.

Carlota. ¿Y qué?

Don Sindo. ¡Que lo envuelve! ¡Que lo mete en la red! ¡Que lo casa con la Telmita el día menos pensado!

Eladio. Y a ti ¿qué te importa?

Carlota. ¡Si ha visto en el muchacho un buen partido para su nieta, hace perfectamente!

Don Sindo. No es que me importe a mí, ¡pitraco! ¡Es demostraros una vez más que habéis tenido en vuestra casa un ave de rapiña!

Carlota. *En son de burla.* Mire usted, tío Sindo, dejémonos de cuentos. ¡Lo que le ocurre a usted con la abuela es que cuando tenía usted veinte años y presumía de ojos y de pestañas, le dijo a usted que tenía los ojos muy chicos para

fijarse en ella!

Don Sindo. ¡Pitraco! ¡Qué recuerdo!

Eladio. *Siguiéndole el humor a Carlota.* ¡Pues no hay más! ¡Parece mentira, pero eso es todo!

Don Sindo. Queréis oírme, ¿eh?

Carlota. ¡Y cada día se le achican más! ¡Ja, ja, ja!

Eladio. ¡Cada día! ¡Ja, ja, ja!

Don Sindo. ¡Bueno!

Carlota. ¿Tú te acuerdas de aquellos camaleones que nos enseñaron en el puerto de Santa María? ¡Pues así tiene ahora los ojos el tío Sindo!

Don Sindo. ¡Bah, bah, bah!

Eladio. ¡Pero, sobre todo, aquí lo repugnante es que conserve ese rencor setenta años!

Don Sindo. ¿Cómo setenta años?

Eladio. ¿No tenías veinticinco cuando doña Telma te dió las calabazas?

Don Sindo. Bien, bien, bien. Lo que queráis. No se me acaba la correa. Pero echadlo a broma y haréis otro negocio como el de la boda de Angelines y Modestín.

Carlota. ¿Le parece a usted mal también? ¿Ha sido un mal negocio casar a Modestín con Angelines?

Don Sindo. Modestín no se ha casado con Angelines: ¡se ha casado con una casa vuestra, que os arrancó para él doña Hormiga!

Carlota. Y como era nuestra, se la dimos con toda voluntad.

Eladio. ¡Ni más ni menos! ¡Porque no nos ha pedido dos!

Don Sindo. ¡No hables muy alto todavía! ¡Y los chicos os han agradecido tanto el regalo, que llegaron anoche del viaje de novios, y son las cuatro de la tarde

y todavía no han parecido por aquí!

Carlota. Acaban de telefonear que vienen a tomar el té con nosotros.

Don Sindo. ¿Ah, sí? ¡A tomar algo siempre! Pues vete luego con ellos a su casa y examina bien el pisito que les ha arreglado doña Hormiga. ¡Todo ha salido de este hotel durante el verano!

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Don Sindo. Ríete. ¡Lo de este verano ha sido escandaloso! ¡Un acarrear de la abuela y la nieta!… ¡Como las hormigas! ¡Igual! ¡El reuma de la vieja voló! ¡Qué ir y venir!… ¡Un saqueo! ¡Yo estuve por llamar a un fotógrafo! ¡Como vosotros no echáis nunca nada de menos!… Id a verlo, id a verlo después: ¡aquello es el Palacio de Liria!

Carlota. ¡Ja, ja, ja!

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Don Sindo. Sí, sí; muy gracioso. Pues además…

Eladio. Calla ahora.

Viene doña Hormiga por donde se marchó y se va a Carlota derecha.

Doña Hormiga. Carlota, me alegro de encontrarte.

Carlota. ¿Qué quiere usted, abuela?

Doña Hormiga. Hija, de hoy no pasa ya que te lo diga.

Carlota. ¿Qué quiere usted?

Doña Hormiga. En el pasillo de la cocina tienes una lámpara colgada, inservible, inútil; que es una vergüenza en tu hotel, aunque no la vea nadie. *Hace guiños a Carlota y a Eladio.*

Carlota. No recuerdo…

Eladio. Sí, sí: yo, sí. Es una vergüenza. Tiene razón la tía.

Doña Hormiga. ¿Verdad, Eladio? Ven tú a verla conmigo, Carlota.

Carlota. Vamos a verla.

Doña Hormiga. ¡Porque en tu casa es un adefesio… y en el comedor de los chicos haría un papel!… ¡Digo!

Se van las dos por el fondo de la galería. Doña Hormiga, burlándose de don Sindo.

Eladio suelta la carcajada, viendo bufar al viejo.

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Don Sindo. Sí, sí; si ella os guiña —porque la he visto—, para que todo sirva de diversión y de júbilo; ¡pero se llevará la lámpara!

Eladio. ¡Evidentemente!

Don Sindo. Te aseguro, Eladio, que algunas veces la cogería por el pescuezo *y… Se reprime cuando se lo va a retorcer.*

Eladio. ¿Qué? ¿Viene ella?

Don Sindo. No: es que temo que vea también a través de los muros.

Eladio. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué obsesión!

Don Sindo. Y óyeme este pronóstico.

Eladio. No te oigo más simplezas, tío Sindo. ¡Doña Hormiga ha disipado temporalmente los celos de Carlota, y yo la bendigo y la adoro! ¡Me parece poco lo que se lleva! ¡Ay! ¡Estas treguas de los celos no se pagan con nada! ¡Qué dichosas son! ¿Por qué de pronto mi mujer recobra su confianza en mí y por qué la pierde de pronto? ¡Oh! ¡Misterios de ellas!… ¡Disfrutemos ahora de la felicidad! ¡Es poco lo que se lleva doña Hormiga!

Don Sindo. Poco, ¿eh? ¡Tú no lo has visto junto! ¡Y lo que se llevará todavía! Mi pronóstico es éste. No lo he dicho antes para que no me llamaras inoportuno. ¿Tú te crees que hoy se va del todo la vieja de tu casa?

Eladio. Del todo.

Don Sindo. Pues te equivocas: dejará aquí un clavito.

Eladio. ¿Un clavito?

Don Sindo. Sí: la nieta del tartamudeo. Que tartamudea cuando conviene. Como el reuma de su señora abuela: que le ataca cuando no quiere oír. Y esa niña encenderá de nuevo los celos de Carlota.

Eladio. ¡Quita, hombre!

Don Sindo. Tú lo verás. Y tendremos la segunda parte de Angelines y Modestín: otro dote, otra boda…

Eladio. ¿Qué dices, majadero?

Don Sindo. ¡Vete despidiendo de la casita de la calle de Fuencarral! Y apunta todo esto en un papel para que no lo olvides.

Eladio. *Marchándose por la puerta de la izquierda.* ¡Ahora mismo voy a apuntarlo!

Don Sindo. *Siguiéndolo.* ¡Pues apunta también esto otro! ¡Óyeme!

De nuevo se asoma Telmita a la ventana.

Telmita. ¿Se fué?… Sí; se habrá ido… ¡Empeñada la abuela en que no nos encontremos nunca! ¡Claro! ¡Así tenemos los dos más ganas de vernos!

De repente aparece Ernesto, anhelante, por la puerta de la derecha, y al ver a Telmita exclama lleno de alegría: ***Ernesto****. ¡Vaya! ¡Ya quiso Dios!*

Telmita. ¿Eh?

Ernesto. ¡Ya quiso Dios!

Telmita. ¿Qué… qué… qué… qué quiso Dios?

Ernesto. *Para sí.* (¡Oh! ¡Tartamudea! ¡Soy dichoso!).

Telmita. ¿Qué es lo que quiso Dios, Ernesto?

Ernesto. ¡Que yo la encontrase a usted, Telmita! ¡Que yo la viera! ¡Vengo ahora de su casa!

Telmita. ¿De… de mi casa?

Ernesto. ¡De buscarla a usted!

Telmita. ¡Pues estamos jugando al escondite!

Ernesto. Creyéndola aquí, vine antes a despedirme de usted a la vez que de esta familia.

Telmita. Y ¿no estaba yo?

Ernesto. Por lo menos, yo no la vi.

Telmita. Pues… ya… ya me está usted viendo.

Ernesto. *Contagiado.* Ya… ya… ya… ya…

Telmita. ¿Qué le ocurre a usted? ¿Por qué viene tan alterado?

Ernesto. Porque me marcho dentro de dos horas… y no quería irme sin decirle adiós.

Telmita. Muchas gracias. Dígamelo usted.

Ernesto. A… adiós, Telmita.

Telmita. Adiós, Ernesto. Buen viaje.

Ernesto. Hasta pronto.

Telmita. ¿Hasta pronto?

Ernesto. Cuestión de tres o cuatro días. ¿Me da usted la mano?

Telmita. Desde aquí es muy difícil.

Ernesto. Pues venga usted aquí. ¿Es pedir mucho?

Telmita. Es… es lo menos. Después de su interés por verme… Allá voy.

Se va de la ventana.

Ernesto. *Loco de júbilo.* ¡Oh! ¡Soy dichoso! ¡Ha tartamudeado… y me ha hecho a mí tartamudear! ¡Al diablo ya mi timidez! ¡Se lo digo! ¡Yo no me meto en el tren con esta impedimenta!

Reaparece Telmita por el fondo de la galería, y se llega a él tendiéndole la mano.

Telmita. Adiós, Ernesto.

Ernesto. *Estrechándosela emocionado.* No me despida usted tan pronto.

Telmita. Pues ¿no viene usted a despedirse? ¿No nos despedíamos?

Ernesto. Sí, pero… Ya que está usted aquí…

Telmita. A ver si pierde el tren por entretenerse.

Ernesto. No, no hay cuidado. Tengo dos horas por delante.

Telmita. ¿Ha hecho usted el equipaje ya?

Ernesto. No; pero es poca cosa. Una maleta.

Telmita. Pues ¿qué ha hecho usted en todo el día?

Ernesto. ¡Buscarla a usted para despedirme!

Telmita. Tie… tiene gracia eso.

Ernesto. Mu… mu… mucha.

Telmita. ¿Se burla usted de mí?

Ernesto. Me… me contagio un poquito.

Telmita. ¿Irá usted a su tierra contento?

Ernesto. Siempre. Pero esta vez me cuesta más trabajo arrancar. Me voy contento y volveré contento.

Telmita. Eso está bien. ¿Dentro de pocos días me ha dicho?

Ernesto. Sí; muy pocos.

Telmita. Por los estudios, ¿no?

Ernesto. No; por algo más. Voy a ver a mi madre y a decirle que he encontrado en Madrid una muchacha que me roba el sueño.

Telmita. ¿Qué le roba el sueño? Lo va a sentir, la pobre.

Ernesto. Cuando sepa de quien se trata, lo celebrará.

Telmita. ¿Está usted seguro?

Ernesto. ¡Seguro! ¡Porque la muchacha es un sueño!

Telmita. ¡Un sueño que a usted se lo quita!

Ernesto. ¡Eso es! ¡Cambio un sueño por otro! ¡Y gano en el cambio!

Telmita. Menos mal. Y ¿esa muchacha…?

Ernesto. ¡Esa muchacha me ha hecho ver todas las páginas de mis libros de color de rosa!

Telmita. ¿Sí? ¡Qué raro!

Ernesto. Esa muchacha tiene unos ojos deliciosos, que los baja cuando yo la miro.

Telmita. ¿Sí? ¡Qué tonta!

Ernesto. Y una boquita que me dice muy pocas palabras…

Telmita. ¿Habla poco? ¡Qué… qué ganga, Ernesto!

Ernesto. Pero todas las que me dice me suenan bien. ¡Ay, qué bien me suenan!

Telmita. ¡Qué… qué ganga!

Ernesto. Y esa muchacha tiene, además, unas manitas, que las esconde cuando yo las busco con los ojos…

Telmita. ¡Qué presumida! ¿Para que siga usted buscándolas?

Ernesto. Probablemente. ¡No sé qué daría yo por una caricia de esas manos!

Telmita. ¿Qué daría usted?

Ernesto. Si no sé… ¡si no sé qué daría!

Telmita. Y ¿usted cree que esos atractivos son bastantes para convencer a su

mamá?

Ernesto. ¡Sí! ¡Pero además tiene muchos otros! ¡Y además, yo le diré a mi madre cómo la quiero!

Telmita. ¡Ca… caramba!

Ernesto. ¿Qué ha dicho usted, Telmita?

Telmita. ¡Caramba nada más!

Ernesto. ¡Caramba! Le diré también a mi madre que esa muchacha es muy humilde, y muy modesta, y muy habilidosa; y que no fuma, y que no se pinta los labios, ni las uñas, ni nada… y que no se arranca las cejas, y que vale mucho… ¡y que tiene mucho talento!

Telmita. ¿Que yo tengo mucho talento?

Ernesto. ¡Telmita! ¿Qué dices?

Telmita. ¡U… una tontería! ¡No… no me eches cuenta! ¡Qué… qué boba he sido!

Ernesto. ¡Sí, sí te echo cuenta! ¡Me has vuelto el alma al reconocerte! ¡Te lo he dicho todo sin decírtelo! ¡Porque eres tú; tú, Telmita, a quien yo quiero! ¡Tú, de quien voy a hablarle a mi madre!

Telmita. ¡No vayas a perder el tren!

Ernesto. ¡Me iría por el aire! ¿Me quieres a mí tú, Telmita?

Telmita. Ahora no te lo digo. Estoy muy azorada…

Ernesto. ¿Cuándo, entonces?

Telmita. ¡Cuando vuelvas de Santander!

Ernesto. ¡Me harás volver antes!

Telmita. Veremos si tu madre te deja. Adiós, ahora.

Ernesto. ¿Adónde vas?

Telmita. A mirarme al espejo… a… a ver si soy como tú dices. A… adiós, Ernesto. Has… hasta la vuelta. *Vase por donde llegó, mirándolo, pero haciendo como que no lo quiere mirar.*

Ernesto. Adiós, Telmita. ¡Soy dichoso!

Modestín grita dentro.

Modestín. ¡Ah de la casa!

Ernesto. ¡Más dichoso que estos que aquí vienen! ¡Y dice don Eladio que esta muchacha es muy coqueta! ¿De dónde lo ha sacado?

Salen por la puerta de la derecha Modestín y Angelines, chorreando miel del primer cuarto de su luna.

Angelines. ¡Ernesto!

Ernesto. ¡Angelines! ¡Matrimonio feliz!

Modestín. ¡Ernesto, un abrazo!

Ernesto. ¡Un abrazo… y hasta la vuelta!

Modestín. ¿Te vas ya?

Ernesto. ¡Sí! ¡No he hecho la maleta todavía! ¡Voy a perder el tren! ¡Felicidades! *Se marcha escapado.*

Angelines. ¡Hasta la vuelta! ¡Buen viaje!

Modestín. *Bon voyage! A voiture s'il voris plait!*

Una vez solos, se miran los novios borrachos de felicidad y se hablan en ese mimoso lenguaje infantil en que se les habla a los niños y a los bichitos que se quieren.

Modestín. ¿Uno bechito, nenina? ¿Uno bechito?

Angelines. ¡No!

Modestín. ¡Chí!

Angelines. Aquí, no. Lego, en casita.

Modestín. ¿No queles?

Agelines. Quelo… pelo, no quelo.

Modestín. ¿Y a mí, me queles?

Angelines. ¡Te quelo!

Modestín. ¡Angelín, quelubín, selafín, suspilín, quele a Molestín!

Angelines. ¡Molestín, monín, guapin, nenín, pequeñín, quele a su angelín! ¡Mira que somos bobos!

Modestín. ¡Oh! ¡En nueve meses no se dice!

Angelines. ¿En nueve meses? Y ¿por qué te has fijado en esa cifra?

Modestín. ¡Angelines, no seas picante!

Angelines. No me des tú pimienta, Modestín.

Modestín. *Volviendo al mimo.* Oye, si yo me melo antes que tú, ¿tú te meles lego de pena?

Angelines. No me pleguntes eso, nenín. Me melo de pena si te meles tú. Pelo después de asegulalme de que tú no te has hecho el melto.

Modestín. ¡Ja, ja, ja!

Vienen por la puerta de la izquierda Eladio y Carlota.

Eladio. ¡Pero si están aquí estos monicacos!

Modestín. ¡Tío Eladio!

Angelines. ¡Tiíta!

Carlota. ¡Angelines!

Besos y abrazos a discreción.

Eladio. ¡Bravo, pareja, bravo!

Carlota. ¡Qué bien venís!

Eladio. ¡Qué bien os ha probado el cuarto de luna!

Angelines. ¡Usted no puede figurarse!…

Modestín. ¡Lo felices que somos!…

Carlota. ¡Ya, ya os sale a la cara!

Angelines. *Abrazándose nuevamente a. Carlota.* ¡Ay, tiíta, tiíta! ¡Cuánta alegría! ¡Cuánta felicidad le debemos a usted!

Carlota. A mí no: a la abuela, a la abuela.

Angelines. ¡A las dos!

Modestín. ¡A los tres!

Eladio. ¡Vaya, hombre, vaya! ¿Conque contentitos de haber nacido?

Modestín. ¡Oh!

Angelines. ¡Oh!

Modestín. ¡Oh!

Carlota. ¡Parecéis dos pájaros!

Modestín. Tiíta, yo había pensado mucho en todo lo que prometen estos días de luna de miel; me había hecho mi composición de lugar… Pero ¡qué corto me quedaba…!

Carlota. ¡Ja, ja, ja!

Modestín. ¡Nos hemos reído!…

Angelines. ¡Jesús, lo que nos hemos reído!… ¡De todo! ¡De todo!

Modestín. ¡Y de todo el mundo!… La noche que salimos para Barcelona…

Angelines. No hables de eso.

Modestín. ¿Por qué no?

Angelines. ¡No hables de eso!

Modestín. Bueno, no hablaré. ¡Me ha resultado muy autoritaria: me tiene en un zapato!

Angelines. ¡Que lo dijera yo!… ¡Tiene más mal genio!…

Eladio. Las dos serán tiranías muy dulces.

Modestín. ¡Muy dulces! ¡Imagínese usted: yo en un zapato de Angelines!…

Angelines. ¡Qué tonto! Todavía no hemos reñido ni una vez.

Carlota. ¿Todavía no?

Modestín. ¡Ni reñiremos nunca!

Eladio. ¡No hagas afirmaciones temerarias!

Modestín. ¡Qué risa en Barcelona con mi catalán!…

Angelines. ¡Ay, qué risa! ¡Éste se las echaba de que lo sabía, y no sabía decir más que «¡díguili que vingui!».

Modestín. ¡Y siempre venía alguien!

Angelines. ¡Y como lo que queríamos era estar solos!…

Modestín. ¡Una risa! ¡Ja, ja, ja!

Angelines. ¡Una risa! ¡Ja, ja, ja!

Carlota. ¡Ja, ja, ja!

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Modestín. ¿Y en París?

Angelines. ¡Oh! ¡En París!…

Modestín. Una noche, al salir del teatro…

Angelines. No hables de eso.

Modestín. ¿Tampoco?

Angelines. Bueno, el francés de Modestín es divertidísimo.

Eladio. ¿Sabe menos que catalán?

Carlota. No tendrá nada que envidiarle al de su tía.

Angelines. ¡Usted no puede figurárselo!

Modestín. ¿Te acuerdas? ¡Lo que sudé una tarde que estaba muerto de calor, para pedir una gaseosa de bolita!

Carlota. ¡Ja, ja, ja!

Eladio. ¡Ja, ja, ja!

Modestín. ¡El camarero no me entendía ni por señas! ¡Pif!… ¡Pif!… ¡Hubo un conclave de camareros! ¡Porque ya lo hice cuestión de amor propio!

Angelines. ¡Y acabó por tener que tomar chocolate!

Carlota. ¡Que es lo único para refrescar!

Angelines. Pues un día se me picó porque yo me burlaba mucho de su francés y me dijo: «Para que no te rías de mí: déjame hoy pedir el almuerzo». Y ¿adónde cree usted que me llevó a almorzar?

Carlota. ¡Al Restaurante Español!

Angelines. ¡Eso mismo! ¿Cómo lo ha acertado?

Carlota. ¡Porque allí es donde me lleva éste a mí cuando yo quiero enterarme de lo que como!

Risas generales. Durante ellas se abre la ventana, a la que asoman doña Hormiga y Telmita, ya arregladas para irse a la calle las dos.

Doña Hormiga. ¿Ves, Telmita? ¡En aquel espejo es en el que tienes que mirarte! ¡Yo te lo fío!

Telmita. ¡Es usted una sabia, abuela!

La abraza entusiasmada.

Eladio. Bueno, pues ahora, Modestín, a ser muy formalito ya…

Carlota. ¡Claro! A procurarte un porvenir…

Angelines. ¡Eso es! A estudiar ocho horas diarias…

Modestín. *Parodiándola a ella.* ¡No hables de eso!

Doña Hormiga. ¿Cómo que no hable de eso?

Modestín. ¡Abuela!

Angelines. ¡Abuelita!

Modestín. Pero ¿está usted ahí?

Doña Hormiga. ¡Aquí estoy, sí, aquí estoy! ¡Y voy a ser tu sombra hasta que acabes la carrera!

Modestín. ¡No hará falta! ¡Yo le prometo a usted acabarla antes de que nos nazca el primer chico!

Angelines. Modestín… ¡que te quedan tres cursos!

Modestín. ¡Sí; pero como antes de tener el primer chico vamos a tener tres o cuatro chicas!…

Angelines. ¡Verás si te pego!

Doña Hormiga. Yo ya le dije anoche que si no estudia lo que debe le escondo a Angelines.

Eladio. ¡Entonces estudia!

Doña Hormiga. Venid ahora los dos acá, que vais a acompañarme a casa y me vais a llevar al coche unas menudencias. Telmita no puede con todas.

Telmita. ¡No puedo, no!

Angelines. ¡Allá vamos nosotros!

Modestín. ¡Allá vamos! ¡Digo si pienso yo estudiar! ¡Con lo que le conviene a un casero, además, el ser abogado!

Éntrase por el fondo de la galería con Angelines.

Carlota y Eladio se recrean en la ventura de la pareja.

Eladio. ¿Por quién se cambian? ¿Eh, Carlota?

Carlota. ¡Por nadie en el mundo! ¡Como nosotros a los quince días de casados!

Eladio. ¡Ay, qué tiempos! ¡No se pasa dos veces por una misma felicidad!

Carlota. Pero se puede conseguir otra más tranquila; más firme.

Eladio. Como esta que gozamos ahora, ¿no?

Carlota. ¡Como ésta!

Eladio. ¿No hay sombra ninguna en el horizonte?

Carlota. Ninguna, Eladio. Te lo juro. Lo que tengo son remordimientos.

Eladio. ¿Sí?

Carlota. Yo nunca me he visto tan ciega ni tan desatinada. ¡Qué temporadita! Dios me la tome en cuenta. ¡Aquellas criadas extravagantes…!

Eladio. ¡Alguna queda todavía!

Carlota. ¡No! ¡Aquella escena grotesca del batín del tío Sindo!… Comprendo que me tomaras por loca. ¡Y sabiendo yo, allá en lo íntimo, muy en lo íntimo, que el batín era ya del tío Sindo y que los versos no podían ser tuyos! ¿Por qué hace una esas cosas?

Eladio. ¡Hija, como tú no me lo expliques a mí, lo que es yo a ti!… Celos, ni en los cielos, dice un refrán de los de doña Hormiga.

Carlota. Pero ya pasó todo. Cuando me vuelvas a ver celosa, no discutas conmigo y llama al médico.

Eladio. ¡Prefiero no tener que llamarlo!

Carlota. Pues descuida que no lo llamarás.

Se acarician, creyéndolo ambos de buena je. Don Sindo, que no ha parado de zascandilear por allá dentro, sale en esto por el fondo de la galería y les dice: ***Don Sindo****. Ahora viene lo bueno. Prevenidos.*

Carlota. ¿Qué?

Don Sindo. Prevenidos para un rumor, como dicen entre bastidores. *Y se arrincona a observar pegado a la baranda.*

Inmediatamente van apareciendo por el fondo de la galería, en fila y por el orden en que se les nombra, Hipólita, Juliana, Mauricia y Bernardino, que trasladan al coche que aguarda a doña Hormiga a la puerta del hotel todo su equipaje: maletas, envoltorios, cajas, paquetes, una jaula, la lámpara famosa, etc. Se van por la puerta de la derecha. Carlota y Eladio ven sonrientes el desfile, sin dejar de mirar a don Sindo, que está verde, como su balín.

Hipólita. *Al pasar.* ¿Al coche?

Juliana. Sí, mujer, al coche: te lo he dicho no sé las veces.

Mauricia. ¡Mi alma! ¿Qué lleva esta maleta dentro?

Bernardino. ¡Va a hasé farta un camión!

Don Sindo. *Cuando se han ido todos, a su sobrino, muy descompuesto.* ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Exagera el tío Sindo? ¡Esto es un escándalo!

Eladio. ¡Calla!

Carlota. ¡Calle usted!

Vienen ahora Angelines, Telmita y Modestín, que pasan, como los criados, hacia la puerta de la derecha y se van también con restos del equipaje.

Angelines. Modestín, tú has cogido lo que menos pesa.

Modestín. Lo que tú me has dado, Angelines.

Telmita. Yo voy abochornada, tiítos.

Eladio. ¡Tontuela!

Don Sindo. ¡Se atreve a decir que va abochornada, y no se ha ido de esta casa un solo día sin llevarse algo!

Carlota. ¡Chist!

Sale por último doña Hormiga, tal como apareció en el acto primero, y con una taza sin asa en la mano.

Doña Hormiga. *Encarándose con don Sindo.* Señor mío; aquí tiene usted la taza vieja en que lavaba los pinceles. Es una porquería, pero yo no me quedo con nada de nadie contra la voluntad de su dueño.

Don Sindo. *Cogiendo la taza, hecho un lobo.* Gracias, señora mía.

Carlota y Eladio contienen la risa a duras penas.

Carlota. No me acostumbro a la idea de que nos deje usted, abuela Telma.

Eladio. Ni yo tampoco. ¡Nos hemos hecho a su compañía!

Carlota. ¡Y yo le debo a usted lo indecible!

Eladio. Pues ¿y yo?

Doña Hormiga. No me conmováis.

Don Sindo. ¡Je!

Doña Hormiga. ¿Qué le sucede al de los ojos de ratón?

Don Sindo. ¡Nada!

Doña Hormiga. Pues ahora, hijitos, comprendedlo, yo necesito estar en mi casa. Os lo diré todo: para vosotros no he de tener secretos. Ernesto y Telmita se me han enamoricado. Es indispensable mi vigilancia. Que se vean siempre delante de mí, que eso aviva la sed. Es posible que más adelante os mande también a Telmita, para que no os quedéis tan solos, a vivir aquí un mesecillo.

Carlota. *Turbada momentáneamente y mirando a Eladio.* ¿A Telmita?

Doña Hormiga. A Telmita, sí. ¿Te parece bien?

Carlota. ¡Ya lo creo!

Eladio. ¡Ya lo creo!

Don Sindo. *Dándole a Eladio un golpe en el hombro.* ¡Hasta luego, Eladio! *Y se va con su taza, por no tirársela a la cabeza a doña Hormiga.*

Doña Hormiga. ¡Qué mamarracho ha sido siempre!

Eladio. ¡Abuela, es usted genial! ¡Genial! ¡Con G mayúscula!

Doña Hormiga. ¡Pobre de mí! No soy más que eso: abuela. Vosotros, que no tenéis hijos, podéis acaso comprender hasta dónde puede llegarse por ellos. Sin tener nietos, imposible que imaginéis de lo que es capaz una abuela. ¡Perdón para esta pobre doña Hormiga! *Les estrecha las manos, mirándolos entre conmovida y maliciosa, y como leyendo en sus semblantes el no lejano porvenir.*

FIN DE LA COMEDIA

Madrid y El Escorial, julio, 1930.

MADRESELVA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

Estrenado en el **Teatro Fontalba** el 30 de enero de 1931

A LA SEÑORA DOÑA ASUNCIÓN

DE SEDAS DE MONTOTO

Compañera de la vida de un excelso poeta,

y madre ejemplar, ennoblecida por el dolor.

Devotamente,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Madreselva. Lola Membrives. Clavela. Esperanza Ortiz. Simona. Helena Cortesina. Zarcilla. Aurora Palacios. Elvira. Trinidad Carrasco. Sor Valentina. Elisa Moreu. Hernando Giráldez. Ricardo Puga. Germán El Duro. Luis Roses. Juan El Romancero. Guillermo Grases. Corcel. Manuel Aragonés. Blas. José Marco-Davó. Un Mendigo. Fernando Fresno. Un Campesino. Roberto Arnés. Gente del lugar. La acción, a mediados del siglo pasado.

MADRESELVA

PRÓLOGO

Exterior de un castillo abandonado y ruinoso, albergue de gente vagabunda. Algunas piedras aquí y allá sirven de asientos naturales. Es al mediodía.

Juan el Romancero, rodeado de gente del lugar que lo escucha embobada —entre la que se cuentan Simona, Blas, un Mendigo, dos Soldados, un Limosnero, una Madre con un chico en brazos, dos Mozas de cántaro, dos Campesinos, algún Pastor y varios Chiquillos —, explica, en romance compuesto por él, una cierta historia pintada toscamente en varios cuadros sobre un lienzo que exhibe, y el cual, sujeto a un soporte de palo, sostiene Zarcilla, zagalilla que lo acompaña. Juan señala los diversos pasajes con un puntero, ***Juan****.*

Estenme todos atentos,

que aquí la historia principia.

Historia como ninguna

de verdadera y legítima, de este siglo diecinueve, que a las ciencias ilumina, y del vapor y las luces llama la sabiduría.

Notable acontecimiento, que claramente predica

a lo que llega el cariño de una madre por su hija.

Aprendan todas las madres, aprendan las prometidas de esta mujer, que es orgullo de las madres de Castilla.

Aparece por la derecha del actor Corcel, hombre de aspecto rudo, pero vivo y despierto, y se une a los curiosos, prestando a la narración más interés que nadie.

Primorosa la llamaban; *Primorosa* le decían: alegre como los campos; como los cielos bonita.

Un mozo de su lugar

de amores la requería,

tan gallardo y tan astuto que al postre logró rendirla.

Nació de aquellos amores una encantadora niña,

que a las rosas daba celos y a los ángeles envidia.

La adoraba *Primorosa,* en sus brazos la mecía, y besándola pensaba

que era su culpa bendita.

Pero como en este mundo no es duradera la dicha, el mozo, de ella cansado, completó su felonía,

y sin escuchar los ayes de la madre dolorida,

se marchó a recorrer tierras tentado por la codicia.

Aprendan las que me escuchen que estén mozas todavía, a recelar de los hombres, a sospechar sus mentiras.

Primorosa quedó triste, acongojada y marchita;

mas luego en su amor de madre halló consuelo a su herida.

Ella le canta en la cuna, ella la anega en caricias, ella le pide a su Virgen que la vele y que le viva.

Y así pasaron tres años, y la azucena crecía,

no cambiándose la madre ni por una reina misma.

Mas en esto quiso el cielo que brillara aciago día, y fué aquel en que el mal padre volvió de sus correrías, y entró arrogante, y rumboso, en faz de perdonavidas, sobre un caballo alazano, por las calles de la villa.

Se fué pobre y vuelve rico; y todos ante él se inclinan, y él piensa que no habrá nadie que a su voluntad resista.

¿A qué viene este malvado?

¡Viene a quitarle su hija a la madre cariñosa,

que en ella su vida cifra!

¡Oh maldad la de los hombres, oh traición no conocida, oh increíble

despotismo, oh escandalosa injusticia!

Sabedora *Primorosa*

de la intención que lo guía, coge a su prenda una noche, en sus brazos la cobija, y huye a los campos desiertos, dispuesta a encontrar guarida en el seno de los montes o en la más profunda sima.

Y huye y huye; pero en esto advierte que es perseguida con amenazas y gritos

que la aterran y la crispan.

Son gentes del miserable que la siguen en su huida: ya la cercan, ya la cazan, ya llegan, ya se aproximan.

Primorosa va corriendo, corriendo despavorida,

cuando de pronto tropieza de un tren que avanza en la vía.

La madre ve que el tren llega y entrambas serán cogidas, y en un arranque sublime lejos arroja a la niña, y ella se pega a la tierra, con tal fuerza y tan hundida, que sin producirle daño le pasa el tren por encima.

De angustia, el sentido pierde; y a la sombra de una ermita se halla luego al recobrarlo, por un pastor recogida.

Le pregunta y no contesta; mira en torno, desvaría; el pastor la juzga loca y quiere ver quien lo auxilia.

Primorosa, de repente, parece que resucita;

el espanto abre sus ojos, y da un grito que horroriza.

Y del pastor se separa

clamando con agonía;

—¿Dónde estás, luz de mis ojos; dónde estás, mi palomita?

¿Quién te arrancó de mis brazos?

¿Quién te robó, niña mía?

¿Dónde estás, sol de los soles?

¿Dónde estás, flor de mi vida?

Este es el primer romance que Juan Velázquez publica, y segunda parte ofrece, en que el suceso termina.

Durante los últimos cuatro versos cae pausadamente el telón.

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

En el mismo lugar que el prólogo, por la tarde.

Salen por la derecha Juan el Romancero y Zarcillo, que vienen al castillo a recogerse, cansados de la jornada ya. Zarcillo se entra resueltamente; y cuando va a entrarse el Romancero también, lo detiene Corcel, que los sigue.

Corcel.

¡Buen hombre!

Juan.

¿Soy yo el buen hombre?

Corcel.

No está mal que lo parezca.

Juan.

Pues, para lo que se ofrezca, Juan Velázquez es mi nombre.

Mostrándole un pliego.

Corcel.

¿El autor de este romance

que más de una vez oí?

Juan.

El mismo. Yo lo escribí.

Corcel.

Y ¿es invención tuya el lance?

Juan.

¡Invención!… Si tal decimos…

Mire, señor: los poetas

usamos muchas recetas

para adobar lo que oímos.

Una historia se nos pinta,

la tomamos de memoria…

y luego sale otra historia

que es igual y que es distinta.

Y más de un caso sé yo

en que es tanto el condimento, que al fin no conoce el cuento la madre que lo parió.

Corcel.

¿El de este pliego es así?

Juan.

¡Qué importa si lo he cambiado!

La gracia es el resultado

que viene dándome a mí.

Corcel.

¿Mucha venta?

Juan.

¡Mucha venta!

Del romance vivo y bebo.

Lo malo, amigo, es que aún debo todo el papel y la imprenta.

Corcel.

Pues yo te quiero ayudar

al pago de lo debido.

Le da unas monedas de plata.

Juan.

Pues yo quedo agradecido,

y alguien se lo ha de pagar.

Que es gran trabajo, señor, andar por esos caminos

embobando a los vecinos

con un romance de amor.

Corcel.

Sí por cierto; mas a fe

que no ha de costarle mucho a quien parece tan ducho,

según por éste se ve.

En él suspende y admira…

Juan.

¡Lo que tenga de verdad!

Corcel.

Y engendra curiosidad…

Juan.

¡Lo que tenga de mentira!

Una mujer, harto extraña,

que vive en este castillo,

me contó un cuento sencillo, que yo aderecé con maña,

poniendo de mi invención

florecidas de mi huerto;

y a usted, por lo que ya advierto, le ha llamado la atención.

Corcel.

Hablas muy bien.

Juan.

Estudiante

he sido, y seminarista.

Pero mi vena de artista

me llevó a ser comediante,

y ahora, por bien o por mal, he parado en romancero,

y por toda gloria espero

la cama de un hospital.

Corcel.

¿Y esa mujer…?

Juan.

Bien hermosa.

Corcel.

¿Extraña me has dicho?

Juan.

Sí.

Yo entré a recogerme ahí

una noche tormentosa,

y entre hampones y mendigos, y tal vez algún ladrón,

nos contó su relación

como quien habla entre amigos.

Corcel.

¿Y el episodio del tren?

¿Fué cosa de ella? ¿Es amaño?

Juan.

Si digo que sí, lo engaño.

Si digo que no, también.

Corcel.

Pero ¿qué mujer es ésa?…

Juan.

Ninguna vi que la iguale.

¡Mírela, señor! Ahí sale.

Sígala, si le interesa.

Dice esto señalando a Madreselva, que a punto sale del castillo con una hacha en la mano. Es, en efecto, bella y muy extraña mujer. Se atavía muy sencillamente y lleva siempre flores en los cabellos. Sale como sonámbula, abstraída en su vida interior. Dirige primero una mirada hacia la derecha, y después mira a los dos sin verlos y se va por la izquierda, hacia el fondo.

Corcel.

Antes me vas a decir

lo que ya quiero saber:

las artes de esta mujer;

su manera de vivir.

Juan.

¡Reviente yo si la entiendo!

eso que hay ya muchos días

que por estas cercanías

de continuo la estoy viendo.

¿Es visionaria o es loca?

¿Tiene su juicio cabal?

No sé. Mas nunca está mal

lo que sale de su boca.

Dicen que en aquel convento que desde aquí se divisa

oye los domingos misa

y toma algún alimento.

Educandas hay en él,

y ayer mismo escuché al paso que alguna de ellas, acaso, juega en su vida papel.

Ahora va al monte por leña; vuelve con la carga luego,

y a la noche, junto al fuego, habla, gime, canta, sueña.

A veces coge un harapo,

le da cuerpo, le da hechura, y como a humana criatura

arrulla y mece al guiñapo.

si cree que alguien recela

de su acción, o que le choca, exclama: —«No, no estoy loca.»

sigue su cantinela.

A veces, sobre una flor

bebe sedienta el rocío

y, llorando —«¡Toma el mío!

le dice—: ¡Cambio de amor!»

A veces, de pronto herida,

con causa justa o injusta,

el que la mira se asusta

temiendo una acometida.

A veces, mirando al cielo,

habla absorta a las estrellas, porque dice que desde ellas baja a la tierra un consuelo.

A veces toma en sus manos

una imagen de María,

y emprende una correría

por los pueblos comarcanos, pidiendo, triste y llorosa, a todos de esta manera:

—«¡Un ochavito, siquiera,

a la Madre Dolorosa!»

luego vuelca el bolsillo,

con alegría inocente,

entre la mísera gente

que se alberga en el castillo.

Es, pues, según qué la empuja, ya adivina, ya hechicera,

rica, pobre, santa, fiera,

madre, hermana, loca, bruja.

Corcel.

Sí, por Dios, que la has pintado para engendrar interés.

Juan.

En lo que he visto, así es.

El adorno es lo inventado.

Corcel.

Y ¿algún hombre…?

Juan.

No sé, en fin.

Mas anoche un fanfarrón,

tocado de tentación,

quiso hurtar en el jardín,

y ella saltó enfurecida,

de un zarpazo cogió el hacha, y si el otro no se agacha,

allí lo deja sin vida.

¿Algo más quiere saber?

Corcel.

Nada más.

Juan.

Pues voy adentro.

Corcel.

Adiós. Yo voy al encuentro de esa curiosa mujer.

Juan.

¡Guárdese de enamorarla!

Corcel.

Me basta lo que te oí;

¡pero no me iré de aquí

sin verla y sin escucharla!

Se aleja por la izquierda.

Juan.

Preguntón de veras es

y curioso el forastero.

Y yo encendí su interés

con tres verdades primero…

y cuatro embustes después.

Éntrase en el castillo.

Simultáneamente llegan por la derecha, jubilosas, Clavela y Elvira, bellas colegialas que se educan en el convento señalado por Juan. Traen florecillas del campo en las manos y prendidas en la cabeza y en el pecho.

Clávela.

¡Ya estamos en el castillo!

Elvira.

¡Qué rico aire!

Clávela.

¡Cargado está del aroma

de los trigales!

Volviéndose hacia la derecha y gritando.

¡No corra, Sor Valentina!

Elvira.

¡No corra, Madre,

que aquí nadie va a comernos!

Clavela.

¡Qué aquí no hay nadie!

Elvira.

Sigue, por Dios, con tu historia; sigue adelante;

que antes que la monja llegue me digas el desenlace.

¿Capitán?

Clavela.

¡Y sevillano!

Elvira.

¿Hernando?

Clavela.

Hernando Giráldez.

Elvira.

¿Y aún no lo conoces?

Clavela.

No.

¡Lo conoceré esta tarde!

Por el retrato que tengo

y he de enseñarte,

verás que es mozo, que es guapo, que es arrogante.

Herido cayó en la guerra,

y con heridas tan graves,

que pregonan que es valiente.

Ni ¿cómo ha de ser cobarde?

Cautivo estuvo de un moro,

y logró de él escaparse

con tal ingenio, que dice

que en menos tuvo a Cervantes.

Elvira.

¿Y sus cartas…?

Clávela.

Pues el Ama

que tiene en casa mi padre, seducida por Hernando,

que gasta tan buen jarabe

de pico como de pluma,

es quien lleva y es quien trae.

Elvira.

¡Cómo te envidio, Clavela!

Clavela.

¡Sí! ¡Bien puedes envidiarme!

¿Llega la monja?

Elvira.

¡Aún tenemos

minutos aprovechables!

¡Allá sube renegando

de nosotras; jadeante!

¡A ver si da un resbalón

en una piedra, y se cae!

Clavela.

¡No hará falta!

Elvira.

¡Sigue!

Clavela.

¡Sigo!

¿Qué hablaré que más me agrade?

Elvira.

Él te conoció…

Clavela.

Me jura

que una vez me ha visto; antes de partir para la guerra;

la víspera de marcharse;

y que mis ojos le dieron

valor tan grande,

tal ilusión, que encendido

se fué, soñando lograrme

con hechos que enternecieran a un corazón de diamante.

¡Su primera carta está

escrita con sol, con aire,

con mariposas, con flores,

con besos, con luz, con sangre!

¡Jura que yo fuí la estrella de sus combates,

y que en sus banderas siempre vió mi semblante!

¡Qué cartas, Elvira!

Elvira.

¡Dime!

Clavela.

¡De amores arden!

¡Qué palabras tan hermosas!

¡Qué madrigales!

¡Qué ofrecérseme rendido,

y qué fuego, y qué donaire!

Elvira.

¿Y tú…?

Clavela.

Yo, como me salta

del corazón, quiero hablarle de modo que él me comprenda, si no en su mismo lenguaje.

Y como a oscuras le escribo, la sombra viene a ampararme, y no se ven mis rubores…

¡pero la cara me arde!

¡Qué será cuando lo tenga

frente a frente!

Elvira.

¿Luego?

Clavela.

¡Cállate!

Sé que vendrá disfrazado.

Elvira.

¿De qué?

Clavela.

¡No sé!

Elvira.

¡Vaya un lance!

Si él llegara, yo a la monja me llevaría con arte.

Es tonta.

Clavela.

¡De capirote!

Elvira.

¡Descuida!

Clavela.

¡Dios te lo pague!

Elvira.

¡Ya está aquí!

Clavela.

¿Quién?

Elvira.

¡Nuestra guarda!

Clavela.

¡Silencio!

Elvira. *Disimulando.*

¡Qué rico aire!

Clavela.

¡Cargado está del aroma

de los trigales!

¡Y hasta aquí llega el susurro de los pinares!

Elvira. *A Clavela.*

(¿Qué te dicen sus amores?

Clavela.

¡Que viene pronto: que aguarde!) A Sor Valentina, que anhelosa y fatigadísima, aparece por la derecha.

¿Se cansó usted, madrecita?

Sor Val.

¿No he de cansarme?

¡Sois un par de torbellinos!

Ni ¿qué sacáis

con llegar hasta esta altura?

¡Vais a matarme!

Elvira.

Siéntese sobre estas piedras.

Sor Val.

¡Y no habrá quien me levante!

¡Sois rabos de lagartija,

sois pelusas en el aire,

sois ardillas, sois cigüeñas, sois incansables!

¡Ay, Señor, qué caminata

más inútil! ¿Os pensáis

que andan igual vuestros años que los míos? ¡Disparate!

¡Ya llegaréis a sesenta

y ya cambiaréis de andares!

Elvira. *Bajo, con Clavela, señalando* a *la izquierda.*

(Viene allí un hombre.

Clavela.

No es él.

No me parece en el talle.

Elvira.

Por si acaso, me la llevo).

Yo voy a entrar un instante en el castillo.

Sor Val.

¿Qué dices?

Elvira.

¡Me ha dado sed!

Sor Val.

¡Pues aguántate!

Elvira.

Salgo en seguida Se mete en el castillo sin oír más.

Sor Val.

¡Muchacha!

Pero ¿adonde vas? ¿No sabes que ese castillo es guarida de picaros y tunantes?

¡Nada; se entró! ¡Es testaruda, caprichosa, ingobernable!

¡Lo sabrá la Superiora!

¡Habrá castigo y bien grande!

¿Quién la deja?… ¡Voy tras ella!

¡Dios me asista! ¡Dios me ampare!

¡No salgo más con vosotras!

¡Que salga quien me lo mande!

Renqueando llega al castillo y se entra tras Elvira.

Clavela.

¡Qué bien ha hecho la comedia!

¡Ya en un buen rato no sale!

Aquel hombre no era Hernando; se fué hacia aquella otra parte.

¡Nadie se acerca al castillo!

¡No pasa nadie!

¡Si ahora viniese el que espero!…

Mi afán lo aguarda incesante, y mi corazón me anuncia

que no tarda en acercarse.

Se llega al castillo, como a observar a Sor Valentina, y mientras aparece por la derecha Hernando, de gitano de lujo. Se dirige a ella, que se estremece de alegría al verlo, adivinándolo y reconociéndolo.

Hernando.

¡Clavela!

Clavela.

¿Quién?

Hernando.

¡Un gitano!

Clavela.

¿Hernando? ¿Tú?

Hernando.

¡Yo, mi gloria!

Clavela.

¡Cómo vienes!…

Hernando.

¡En pelaje

que nadie me reconozca!

A un gitano esta mañana

pude comprarle estas ropas, que iba a estrenar el domingo en una fiesta de bodas.

Pero soy el capitán

sevillano, que te adora.

Clavela.

¡Demonio!

Hernando.

¿Tú me esperabas?

Clavela.

Pues ¿no me ves que estoy sola?

¡Te esperaba; y te he llamado pensando en ti a toda hora!

¡No he necesitado oír tus pasos ni ver tu sombra, para saber que llegaba

mi dicha con tu persona!

Hernando.

Desde el convento te sigo,

a distancia de la monja.

Clavela. *De repente, asustada.*

¿Saldrá?

Hernando.

¡No temas que salga!

¡La suerte es nuestra, paloma!

¡Y si sale, no haya miedo:

la embauco con dos carocas!

¡Y si acude el caballero

del castillo, con sus tropas, yo le corto la cabeza

y la pongo en la picota!

Clavela.

¡Hernando!

Hernando.

¡Estoy a tu lado;

oigo tu arrullo de tórtola; tomo este copo de nieve

en mis manos ardorosas,

y si se deshiela, el agua

beberé sin dejar gota;

miro en tus ojos más fuego

que me cegó en mis victorias, y estando así, no hay peligro que temor en mi alma ponga, ni poder que me arrebate

mi bandera triunfadora!

Clavela.

¡Sí, sí eres tú!…

Hernando.

¡Vida mía!

¿Tiemblas?…

Clavela.

¡Tiemblo de dichosa!

¡Tus cartas eran incendios

en que me abrasaba toda,

soñando en un mundo aparte

una ventura sin horas,

y ahora me parecen frías,

al escuchar de tu boca

tus palabras, que recibo

como una lluvia de rosas!

Hernando.

¡Lluvia que tú me devuelves en catarata de gloria;

rosas que tengo tan cerca

que me emborracho en su aroma!

Sigue jugando y moviendo

esa clavellina roja,

a la que Dios de unos labios le dió la gracia y la forma.

Clavela.

¡Dime tú cuanto en tus cartas me has dicho; que yo lo oiga!

Tus requiebros, tus halagos, tus ternezas, tus lisonjas, tus delirios, tus protestas, tus ensueños… ¡tantas cosas!

¿Es cierto que al caer herido, y nublarse tu memoria,

como oración predilecta

subió mi nombre a tu boca?

Hernando.

¡Es cierto, mi amor!

Clavela.

¿Es cierto

que aquella noche angustiosa en que lograste con maña

escapar de la mazmorra

en que estabas prisionero,

y en una barquilla rota

cruzaste el mar, iba yo

delante sobre las olas?

Hernando.

¡Es cierto; es cierto, mi vida!

Clavela.

¿Es cierto?

Hernando.

¡Es cierto, mi alondra!

Es cierto cuanto te he dicho y cuanto te diga ahora,

si no es ya que esta ventura que me envuelve y que me toca es sueño que se deshace

con las luces de otra aurora.

¿Me quieres tú?

Clavela.

¿Me preguntas?

Hernando.

¿Son también ciertas tus locas palabras, tus bendiciones,

tus lágrimas, tus congojas

cuando yo pensé quedarme

sepultado en tierra mora?

Clavela.

¡Ciertas son!

Hernando.

¿Lo son lo mismo

tus decisiones heroicas,

tus valientes arrebatos

de ser de hierro y de roca

para abrazarte a mi vida

si alguna fuerza lo estorba?

Clavela.

¡Hernando! ¡Hernando; bien mío!

¡Tengo sed de amor! ¡Es toda mi vida tuya! ¡Te quiero!

¡Tu cariño me transforma!

Murió en mi niñez mi madre, y me faltó la custodia

de sus brazos, y el calor

de su cuerpo y de su sombra.

Y viví siempre lo mismo:

sedienta, sin agua propia;

llevada en manos ajenas,

que aun las más finas son toscas.

Mi padre es duro y huraño:

cuando me mira, me acosa;

cuando me besa, me hiere;

cuando me abraza, me ahoga.

¡Te quiero, Hernando, te quiero!

Hernando.

¡Dímelo otra vez, hermosa!

Clavela.

¡Te quiero!

Hernando.

¡Otra vez, mi reina!

Clavela.

¡Te quiero!

Hernando.

¡Otra vez, mi joya!

Clavela.

¡Te quiero!

Hernando.

Pues porque el aura

no me robe, codiciosa,

ese anhelante «¡te quiero!»

en que tu amor se desflora, repítemelo, que quede

entre tu boca y mi boca.

Clavela.

¡Hernando!…

Hernando.

¿Qué?

Clavela.

¡Despertemos!…

Hernando.

¡No!…

Clavela.

¡Sí!… ¡Santo Dios! ¡La monja!

¡Márchate tú!

Hernando.

¡Bobería!

¿Me han de arredrar unas tocas?

Salen del castillo Sor Valentina y Elvira. Ésta, con el miedo en el rostro.

Sor Val. *Viendo al muchacho.*

¿Eh? ¿Quien?

Hernando. *Hablando a lo gitano.*

Yo. ¡Presisamente busco a su mersé!

Sor Val.

¿De gorja?

Hernando.

¡No! Su mersé disimule,

madre abadesa o priora,

si no sé der tratamiento

que le vaya o corresponda.

Claveta y Elvira, disimuladamente, comentan la escena entre sí, sofocando la risa.

Sor Val.

Bueno; diga. ¿Qué me quiere?

Hernando.

Lo diré sin parsimonia.

Hase un istante me han dicho que en er convento, la otra mañana, espichó de viejo

er burrito de la noria.

Sor Val.

¿Espichó?

Hernando.

¡Parmó! ¡Iguar tiene!

Sor Val.

Murió, el pobre.

Hernando.

Dios lo acoja.

en su seno.

Sor Val.

¡Qué blasfemia!

¡No oigáis a este zampatortas!

¡Dios no acoge a los borricos, sino sólo a las personas!

Sépalo usted, para el día

en que Dios de usted disponga.

No se lleve luego un chasco.

Hernando.

Perdone la Superiora

mi inoransia; yo creía

que er burrito de unas monjas…

Sor Val.

¡Que se calle usted! ¡Clavela!

¡Elvira! ¿Veis? ¡Por ser locas y venir a estos lugares,

hemos de oír palabrotas!

¡Vámonos!

Hernando.

Madre, un momento.

Su mersé a mí me perdona,

con esa cara de buena;

de buena que paese tonta.

Sor Val.

¿Eh?

Hernando.

Yo tengo una burrita,

pa la Casa la más propia.

La hemos criao en er seno

de la familia. Mi esposa

le daba los biberones

y le espantaba las moscas.

¡Vamos! ¡Que es una alhajita de bien mandá y de modosa!

Y en la familia, le juro

que es la más trabajaora.

Con sentimiento, que asusta; inteligente, que asombra.

Le da su mersé sus gafas,

y lee er latín y la Historia.

Sor Val.

¡Jesús! ¡Qué bestia! ¡Qué bruto!

¡Qué irreverente! ¡Qué idiota!

Vámonos corriendo, niñas,

o aquí me caigo redonda.

Elvira.

Vámonos, madre.

Sor Val.

¡Herejote!

Clavela.

La culpa no es de nosotras.

Hernando.

Mañana por la mañana,

cuando se corte la cólera,

yo yevaré mi tesoro

con aparejo de borlas,

y pierdo los mandamientos

si ar verla no me la compran.

La daré como un regalo:

sólo pido cuatro onsas,

que las valen er mosquero

y er lasito de la cola.

Será un cariño en la Casa;

será el encanto de toas;

y sacará de paseo

a estas dos niñas presiosas, que pa sé reinas de España

no nesesitan corona.

¡Ole los cuerpos con garbo, y ole las caras de gloria!

¡Qué amariyitas se han puesto de envidia las amapolas!

Sor Val.

¡Vámonos o me da un síncope!

Elvira. *Llevándosela.*

Vamos, como usted disponga.

Clavela. *Estrechándole la mano a hurtadillas.*

(¡Soñaré contigo, Hernando!

Hernando.

¡Soñarás con quien te adora!) Aún la despide saludándola con la mano cuando se va. Una vez solo, exclama con desparpajo y alegría:

¡Gran hazaña, Gasparillo!

¡Soberbio lance, truhan!

Mirando al cielo.

Capitán bravo y sencillo

a quien debo el ser galán;

el que enterré en un cerrillo en tierras de Tetuán:

¡que vengan aquí Don Juan,

Pablos, y Lazarillo,

y Guzmán

de Alfarache, y Ginesillo,

a ver si alguno es más pillo que este falso capitán!

¡Ay, Clavela!

¡Paloma duenda que vuela

a mi oculto palomar,

sin recelo y sin cautela:

cómo me vas a abrazar

cuando lastime el ijar

de mi potro con la espuela, y echemos a galopar!

¡Ay, gacela!

¡Y cómo voy yo a triunfar

con las joyas de tu ajuar

y el oro de tu escarcela!

¡Si me places, adelante!

¡Verás qué rendido amante!

¡Si no me sale la cuenta,

te dejaré en una venta

en manos de algún tunante,

o de un caballero andante

que quiera vengar la afrenta!

Capitán que cayó inerte

en aquel campo africano:

¡mira aquí altivo y ufano

a quien vive de tu muerte!

¡Yo te enterré a lo cristiano, junto a un moro;

pero en tu maleta había

papeles que a mí en un día

me dieron galones de oro!

¡Y así tu vida es la mía,

y así tu muerte no lloro!

¡Páguete Dios mi alegría!

Y ahora, a seguir con el cuento: a buscar un borriquillo

para entrar en el convento.

¡Puede salir del castillo

el señor de horca y cuchillo, que a mí se me da un pimiento!

Va a irse hacia la izquierda, y de repente cambia de idea y se marcha por la derecha.

¡Gasparillo:

hacia allá te empuja el viento!

Por la izquierda vuelve Madreselva, con un haz de menuda leña y su hacha. Como sugestionada cruza hacia la derecha, los ojos fijos en aquella parte. Deja su carguita en el suelo y se sienta. La tarde y el cielo, como sensibles a la melancolía de la pobre mujer, entristecen sus tintas.

Madreselva.

¡De lejos; siempre de lejos; siempre a distancia!

¡Llegan a mí sus reflejos,

no su fragancia!

¡Qué lejos, vida, tu infancia, y mis caricias, qué lejos!

¡Tú no sabes, alma mía,

quién por ti llora;

quién en la noche devora

su agonía,

y sueña con otro día

que le traiga nueva luz,

y ¡ay! le renueva la aurora el dolor que ya tenía

y el tormento de su cruz!

¿Te lleva tal vez el viento mi pensamiento,

para ti como el armiño?

¿Oyes quizá mi lamento?

¿No se filtra mi cariño

por los muros del convento, y llega hasta tu aposento

como un niño

que quiere contarte un cuento?

¡Tú no sabes quién yo soy,

pero yo sí;

ni que adonde vas, yo voy!

¡Tú no sabes que aquí estoy sólo por ti!

Yo sé cuándo te levantas,

cuándo tu jornada empiezas; y cuándo cantas;

cuándo sales o retornas…

y Cuándo rezas;

cuándo juegas y te adornas

con flores o con cerezas.

Yo sé que tu mano escribe,

y sé que esconde

muchas cartas que recibe…

¿De quién, Clavela? ¿De dónde?

¡Responde a quien por ti vive!

A guarda en vano la respuesta.

¡No me responde!

¡Pero es igual: yo te velo!

Tu mal espanto, y anhelo

sólo tu bien.

Si tus ojos no me ven…

¡ahí está el cielo!

Reaparece Corcel, por donde se marchó, y luego de contemplarla atentamente, se dirige a ella, sacándola de su abstracción.

Corcel.

Buenas tardes, Madreselva.

Pausa.

Selva, buenas tardes.

Madreselva.

¿Quién?

Corcel.

¿Me conoces?

Madreselva.

No recuerdo.

Si no me dice quién es…

Se levanta.

Corcel.

¿No recuerdas o lo finges?

Madreselva.

¿Fingir contigo? Y ¿por qué?

Corcel.

Pues mi nombre ha de sonarte sin duda: Jaime Corcel.

Madreselva.

¡Ah, sí, sí: ya sé quién eres!

¡Con quien te vi te igualé!

¡Y en qué momento has venido a que me acuerde de aquél!

Corcel.

Germán el Duro me manda.

Soy sus manos y sus pies,

y quiere que este mensaje

yo te lo traiga por él.

Madreselva.

No escucho mensaje alguno

de tal hombre. Vete, pues.

Corcel.

Es forzoso que me oigas **Madreselva**.

¿Forzoso? A mí no hay poder que por la fuerza me obligue a lo que a gusto no dé.

Tengo aquí un hacha que sabe de justicia más que un juez.

Así, por ese camino

que trajiste, has de volver a decirle a quien te manda, a quien te da de comer

echándote de su mesa

las sobras, como a un lebrel, que Selva es madre y es libre, que nunca le temeré,

y que se vaya al infierno,

donde a la postre ha de arder.

Hace un movimiento como para marcharse.

Corcel.

¡Madreselva!

Madreselva.

¿No le basta

lo que padecí y lloré?

¿No le basta el latigazo

salvaje de su desdén?

¿No le basta acorralarme,

como si fuera la hez

de las criaturas; quitarme

mi solo y único bien?

¿Condenarme a este silencio, que tiene en mi lobreguez

de cárcel, y tiene frío

de sepultura también?

¿Que ella no sepa quién soy; que ignore siempre quién fué quien la llevó en las entrañas y quien la besó al nacer?

Pues si aún quiere ese mal hombre ser más fiero y más cruel,

desanda lo que has andado;

no hables más, que ya acerté lo que has de pedirme, y eso, ¡por ella, que no ha de ser!

Corcel.

¡No imagines tú quimeras!

Madreselva.

¡Quimeras! Pero ¿tú crees

que lo que él piense en mi daño declararme has menester?

¡Antes que nazca la idea

en su maldad, ya la sé!

¡Son las madres, en su instinto, ciegas que en las sombras ven, sordas que escuchan, y mudas que cantan cuando hay por qué!

¡Él quiere que yo me aleje de este lugar!

Corcel.

¡Eso es!

Para evitar que a la niña,

algún mal alma que dé

en sospechar, la envenene,

haciéndola padecer.

Madreselva.

¡Hasta la paz de mis ojos

quiere robarme también!

¡Como si la niña fuera

hija solamente de él!

¡Pues eso no será nunca;

en eso no he de ceder!

¡Verla siquiera de lejos

templa o mitiga mi sed!

Dile al amo que descuide;

que por mí no ha de saber

la niña el triste secreto;

que guardo su candidez

en premio y en penitencia

de la que yo no guardé;

que si él calla, no habrá nadie ni aun que se lo dé a entender, y que de mí esté seguro,

que ni en tormento hablaré; pero que mientras yo aliente dondequiera la he de ver.

Díselo así, aunque lo sabe: donde viva, viviré;

si se la lleva, la busco

donde la quiera esconder.

¡Yo he de verla! ¡Yo he de verla!

¡Yo he de verla en donde esté!

¡Esto grita mi ternura

a su saña y a su hiel!

Corcel.

Sabes que el Duro no es hombre que se deje convencer

con melindres ni flaquezas, ni con palabras de miel.

¡Resuelto está en su propósito, y habrá de corresponder,

como cuadra a sus pasiones, a tu insensata altivez,

porque no olvida quién eras cuando te vino a querer!

Madreselva.

¿Quién era yo?

Corcel.

¡Sí!

Madreselva.

¿Quién era?

¡Dímelo, Jaime Corcel!

Corcel.

¿Lo olvidaste?

Madreselva.

¡No me duele

escucharlo más de cien

veces, porque estoy ahora

tan lejos de lo que fué,

que es mi orgullo ser quien soy siendo la misma mujer!

Porque aquella pecadora

que se hizo madre una vez,

cuando sintió en sus entrañas la sangre de un nuevo ser,

y luego oyó aquel sollozo

que dió su carne al nacer,

se sintió de Dios bendita,

nació a otra vida con él,

y ofreció al cielo la suya

de sacrificio y de fe.

¡Este juramento mío

no lo podéis entender!

¡Mis maldades, mis locuras, mis pecados, los pagué!

Esta es aquélla; ¿lo oyes?

Esta es aquélla; ¿lo ves?

Pues corre a decirle al Duro que así soy y así seré,

en tanto que aquel lucero

alumbre mi anochecer,

y ajeno a que yo lo miro

su luz lejana me dé.

¡Y está dicho: ni amenaza

ni castigo he de temer!

Coge el haz de leña y el hacha dispuesta a marcharse,

¡La justicia de los hombres por mi mano la logré!

¡La justicia de allá arriba está conmigo esta vez!

Lo mira con arrogancia desde la entrada del castillo, mientras Corcel exclama, marchándose por la derecha: ***Corcel****.*

Mensajero sois, amigo.

¡La respuesta llevaré!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio del Castillo. Salidas por el foro y por la derecha y la izquierda. Algunos asientos.

Es de noche. La luna alumbra y ennoblece aquellas ruinas.

Por la derecha llegan Juan el Romancero y Simona, bella mujer, de expresión dolorida.

Juan.

No; pues tampoco está aquí.

Siéntate y la buscaré.

Es hora ya de que esté.

Simona.

Y ¿darás con ella?

Juan. Sí.

En una o en otra parte

la he de encontrar en seguida.

No tengas miedo, y descuida, que nadie vendrá a asustarte.

Que aunque aquí es dicho corriente que hay brujas y un alma en pena, yo sé que la luna llena

espanta a toda esa gente.

Se va por la izquierda. Pausa.

Simona.

¿Será verdad? ¿Querrá el cielo que esta mujer hechicera

pueda de alguna manera

consolar mi desconsuelo?

Vuelve Juan.

Juan.

Ahora viene. Le hallo hoy

no sé qué rara inquietud.

Simona. *Abstraída.*

Si tiene tan gran virtud,

cuanto me pida le doy.

Juan.

Ayer por aquí pasó

un fraile… que no lo era,

y yo no sé qué quimera

en voz baja le contó.

Pero al salir del Castillo

le oí decir al hermano:

«¡Como yo soy franciscano,

es capitán ese pillo!»

Sale por la izquierda un Mendigo, con unas uvas y un pedazo de pan en la mano.

Mendigo.

¡Buenas noches!

Juan.

¿A dormir?

Mendigo.

Y a esperar la luz del día.

La de la luna es muy fría

para vagar y pedir.

Estas uvas y este pan

me darán luego un buen sueño y dormiré como un leño

sin cuidado y sin afán.

Juan.

¡Buena vida!

Mendigo.

¡Volandera!

Si otra mejor encontrara,

ésta que llevo dejara

y la mejor escogiera.

De un lugar a otro lugar

continuamente camino,

y siempre llego con tino

donde me importa llegar.

Que es tan grande mi fortuna, que en el luto o en la fiesta, yo encuentro una mesa puesta, igual que el Duque de Osuna.

¿Subiré a magnate? ¡No!

¿A qué soñar disparates?

¡En cambio, muchos magnates

acabarán como yo!

¿Esto es un bien o es un mal?

¡Para mí es una ventaja!

¡Porque el rico sube y baja…

y yo siempre vivo igual!

El rico llora su ayer,

y sufre con el recuerdo.

Yo no lloro lo que pierdo…

¡porque no puedo perder!

El cree que manda, y yo mando mucho más que él, de seguro.

Y si duermo en lecho duro,

mi buen sueño lo hace blando.

Y luego viene la muerte

y dice: «Tal para cual»,

y hace una ceniza igual

de su suerte y de mi suerte.

Conque vamos a dormir,

que ya el cuerpo tiene gana.

¡Y el sol me dirá mañana

qué sendero he de seguir!

Vase por el fondo.

Juan.

¿Lo oyes de parla y de broma?

¡Otra vez renegará!

Es hombre que siempre está

según el vino que toma.

A Madreselva, que aparece por el fondo en este momento.

Madreselva, esta mujer

te quiere hablar.

Madreselva.

Aquí estoy.

Simona.

Dios la guarde.

Juan.

Yo me voy.

Ya te vendré a recoger.

Se aleja por la izquierda.

Madreselva.

¿Qué traes? ¿Alguna pena?

Dime, hermosa, quién eres.

Dime por qué has venido

a buscarme y a verme.

Dime qué te dijeron

de mí, cuando a mí vienes.

El brillo de tus ojos

de lágrimas parece.

Dime por qué has llorado.

Dime, niña, qué tienes.

Simona.

Deja que hablarte pueda;

deja que me serene.

Tu presencia me encoge,

tus dichos me enternecen,

y de tu voz el eco

me turba y me conmueve.

¡En buen hora he querido

llegar hasta tu albergue!

Madreselva.

¡Pobre de ti! Tus manos

tienen calor de fiebre…

A presagiar me atrevo

qué es lo que te sucede;

tu congoja, tu cuita,

el dolor que te hiere;

el ansia que te trae,

la angustia que te mueve:

¡tú has perdido algún hijo,

y consolarte quieres!

Simona.

¿Quién te lo ha dicho, Madre?

Madreselva.

La nube de tu frente,

las sombras de tus ojos

y un velo que la muerte

ha puesto en tu persona,

tan frágil y tan tenue,

que no más que mis ojos

hechizados lo advierten.

Siéntate aquí conmigo;

ven a mi lado y cuéntame

todo el dolor que guardas:

¡deja correr la fuente!

Dios y yo te escuchamos:

el cielo nos atiende,

y aquí abajo, en la tierra,

hasta las piedras duermen.

Simona.

Bendigo otra vez, Madre,

mi designio y mi suerte;

que ya siento un alivio

y un gozo, solamente

de escuchar tus palabras,

que no sé qué amor vierten.

Me casé muy de moza,

enamorada, ardiente,

pidiendo a Dios un hijo

que en todo pareciese

el reflejo y la imagen

del mozo bravo y terne

a quien le di mis besos

y a quien me uní por siempre.

Y pasaron seis años

en espera creciente,

y Dios no consentía

que mi ilusión cumpliese.

¡Ay, Madre, qué mañana,

qué aurora más alegre,

aquella en que me dijo:

«¡Aguárdalo, que viene!»

¡Qué locura dichosa!

¡Qué sentirme valiente!

¡Qué mirar sin envidia

a las demás mujeres!

¡Qué parecer mis carnes

rosas que daban mieles!

¡Qué besar a mi esposo

de un modo diferente!

Yo amontoné en un cuarto

cartones y papeles,

molinitos de viento

que en el comercio venden,

barquitos que yo hacía

con cáscaras de nueces,

plumas, cuentas y vidrios,

cintas y cascabeles,

palmas y espigas secas…

¡que iban a ser juguetes!

Yo recordaba nombres

de padres y parientes,

buscando el más bonito,

según lo que naciere:

si niño, Blas, Manrique;

si niña, Luz, Sol, Nieves…

Pero ¡ay, de mí! La dicha

no llegó a florecerme:

el lucerito mío

se apagó de repente:

¡mi niño nació muerto…

y no me dió la muerte!

Madreselva.

¡Nació muerto!

Simona.

Mañana

hará los cuatro meses.

El sol se ha puesto triste;

las flores ya no huelen;

los pájaros no cantan,

ni el campo reverdece.

Mi casa es el sepulcro

en vida de dos seres:

la luz se ha vuelto sombra

y el fuego se ha hecho nieve.

La cunita comprada,

en un rincón, la mece

Blas, si yo no lo veo,

o yo, si él no lo advierte.

Blas quiere hacerse el duro, y a ratos me reprende.

No quiere que lo llore,

no quiere que le rece…

Dice que vendrá otro…

¡pero aquél ya no vuelve!

Las ropitas que hicieron

mis manos tiernamente,

en un cajón humilde

de la cómoda duermen,

entre frutas del huerto

y entre yerbas campestres:

limpias como la espuma;

blancas como la leche;

¡pero no tienen dentro

carnes que las calienten!

¡Qué dolor, Madreselva!

Al cuerpecito inerte,

yo le gritaba: «¡Llora!

¡Llora, para que alientes!

¡Llora, que yo te escuche

y que yo te consuele!

¡Llora, amor de mi vida!…»

¡No pudo obedecerme!

Silencio.

Juan el de los romances

me ha dicho que tú tienes

un hechizo que logra

que vivo lo contemple.

¿Es verdad? ¿Es posible?

¿Es cierto que tú puedes

hacer que yo lo vea

igual que si viviese?

Madreselva.

Es cierto.

Simona.

Pero ¿vivo?

Madreselva.

En un mundo celeste.

Desde él ha de mirarte

y aun de hablarte si quiere.

Simona.

¡Madreselva!

Madreselva.

Los niños

que de niños se mueren,

van a la tierra y luego

en flores se convierten,

y el alma es el perfume

que a los cielos asciende.

Los que al nacer murieron,

no son, no pertenecen

a este mundo, y se quedan

viviendo eternamente

en las cien mil estrellas

que en la noche se encienden.

Tu hijo está en un lucero

de resplandor perenne.

Tú lo has de ver: ¡tú sola!

Ni yo misma. ¿Me entiendes?

Simona.

Y ¿cuándo podré verlo?

Madreselva.

Antes de lo que pienses.

Cuando pase esta luna

que así el cielo esclarece,

por brillar ella sola,

ven otra noche a verme.

Beberás en un vaso

un jugo que contiene

virtud que sólo alcanza

a las madres dolientes,

y que hice yo una noche

con lágrimas y hieles;

olerás unas yerbas

dé olor tan vivo y fuerte,

que cerrará tus ojos,

que nublará tu frente…

Y así, como en un sueño

de paz y de deleite,

allá en un lucerito

muy lejano y muy débil,

verás a una criatura

que en un rayo se mece,

y oirás cómo te llama

con voz delgada y leve.

¡Ese es el hijo tuyo:

el que nació en la muerte!

Simona.

Madreselva, si es cierto

lo que tú me prometes,

yo inventaré un tesoro,

no sé cuál, que ofrecerte,

para pagarte… ¡esto,

que pagarse no puede!

¡Encontraré una mina

de que nadie sospeche,

y con el oro virgen

que a arrebatarle llegue,

yo te haré una corona…!

Madreselva.

¡Otra llevo en mis sienes

de espinas y de zarzas

que punzan y que hieren,

y Dios me ha dicho, hermosa, que he de llevarla siempre!

Simona.

Yo pediré a mi niño

que su lucero deje,

que acuda a ti en la noche,

que en tu sueño se acerque,

y con sus manecitas

de rosa te remedie

y arranque las espinas

que sangran en tu frente.

¡Qué esperanza me has dado!

¡Déjame que te bese!

Se besan en silencio y se va por la derecha Simona. Óyese luego de improviso gritar allá dentro a Blas.

Blas.

¡Simona!

Reaparece ésta, sobrecogida, por donde se fué.

Simona.

¡Jesús!

Madreselva.

¿Quién llega?

Simona.

¡Mi marido!

Madreselva.

¿Sí?

Llega en efecto por la derecha Blas, irritado.

Simona. *Al verlo.*

¡Perdón!

Blas.

¡Lo adiviné; lo sabía!

¡No sé qué me lo avisó!

Simona.

¡Escucha!

Blas.

¡No has de decirme

nada que no sepa yo!

¿Quién fué la mala comadre,

quién fué el bellaco bribón

que hasta esta bruja te trajo explotando tu dolor?

Madreselva.

¿Bruja?

Blas.

¡Bruja! Si mañana

no agarras el escobón

y te vas de estos lugares,

yo seré tu delator,

vendrá por ti la Justicia

y darás en la prisión.

Madreselva.

Y eso ¿por qué?

Simona. *Con dulzura.*

Blas… marido…

óyeme lo que pasó…

Blas.

¡En casa! ¡Vámonos pronto!

Simona.

Vámonos. Mi corazón

lleva un consuelo…

Blas.

¡Mentiras!

Madreselva.

¿Mentiras?

Blas.

¡Mentiras!

Madreselva.

¡Oh!

Simona.

¡Voy a ver a nuestro hijo!…

Blas.

¡Calla; calla, o juro a Dios!…

Simona.

Voy a verlo en un lucero…

Blas.

¡Calla! ¡Allí estará mejor

que en este mundo engañoso!

Simona.

¡Mejor que en mis brazos, no!

Blas.

¡Bien! ¡No quiero ya, Simona dar más rienda a tu aflicción!

¡Vas a morirte de angustia,

y en vez de un muerto habrá dos!

Dios se llevó a nuestro hijo: ¡pues si Dios se lo llevó,

baja la cabeza al suelo

y busca resignación!

Después de todo…

Simona.

¡No digas!

Blas.

¿Qué aguardaba a nuestro amor más que la vida del pobre,

que no es una bendición?

El hambre, si no trabaja;

mal comer, dormir peor,

y sudar sobre esta tierra,

triste aun cuando le dé el sol.

Simona.

¡Calla, Blas!

Blas.

¡Vamos a casa!

Simona.

¡No te conozco! ¡Qué horror!

Madreselva. *Deteniéndolos, y con furia salvaje.*

Pero ¿qué entiendes tú, hombre, enemigo, maldición

de la mujer, bestia humana

que habla un lenguaje feroz; qué entiendes tú de la pena

que a mi lado la acercó;

que piensas de su esperanza, qué sientes de su ilusión?

¿Qué sabes, hombre egoísta,

de aquel bendito dolor

que rasgando sus entrañas

le da el hijo que soñó?

¿Ni qué sabes de su espanto, ni qué de su conmoción

al ver que es sólo un despojo, sin ser, sin llanto y sin voz?

¡Y cuando el bálsamo busca

que hoy en mi pecho buscó,

verdadero o mentiroso,

porque eso sábelo Dios,

pero alivio de su cuita,

que tú lo quieras o no,

llegas aquí maldiciendo,

a darle nuevo dolor

y a pisotear la sangre

que cae de su corazón!

¿Quién te asegura, insensato, que al hijo que no vivió

no puede verlo su madre

de un lucero al resplandor?

¿En qué libro lo leíste?

¿Qué sabio lo atestiguó?

¡Yo te juro que se engañan

el libro, el sabio: los dos!

Blas.

¿Aún te atreves?…

Madreselva.

¡Aún me atrevo!

Blas.

¿Aún quieres tener razón?

Madreselva.

¡La que tengo! ¡La que nace

de un santo anhelo interior

que está tan cerca del cielo como lo está la oración!

Simona.

¡Madre!

Madreselva.

¡La Virgen María

era la Madre de Dios;

iba a los cielos su Hijo

y como Madre lloró!

Simona.

¡Madre!

Madreselva. *Con estremecimiento súbito.*

¡Silencio!

Simona.

¿Que ocurre?

Madreselva.

¿No oyes afuera un rumor?

Simona.

No oigo nada…

Blas.

Yo tampoco.

Madreselva.

¡Yo, sí! ¡Silencio! *Presta oído con toda su alma.*

Simona.

No, no…

Madreselva.

¿El galopar de un caballo?…

Simona.

Nada se oye…

Blas.

Es aprensión.

Madreselva.

¡Sí! ¡Sí! ¡Seguro! *Con angustioso grito.*

¡Clavela!

Vase por la derecha corriendo enloquecida. Dentro se la oye: ¡No te robará el traidor!

Simona. *Anonadada.*

¡Jesús!

Blas.

¿Es loca o no es loca?

Simona.

Ahora me lo pareció.

Nada se ha sentido.

Blas.

¡Todo

está en su imaginación!

¡Embaucadora! A lo sumo

habrá pasado un pastor

que lleva el rebaño lejos

y la noche aprovechó.

Vamos.

Simona.

Espera a que vuelva.

Blas.

¿Para qué?

Simona.

Tengo un temor…

Acude Juan un poco alarmado.

Juan.

¿Quién gritaba?

Blas.

La hechicera

que de pronto enloqueció.

Juan.

¿Por qué?

Blas.

¡Cualquiera lo sabe!

¡Aguarde su explicación!

Dentro, lejos, grita angustiada Madreselva.

Madreselva.

¡A mí! ¡Socorro! ¡Valedme!

Juan.

¡Es ella!

Simona.

¡Es ella!

Madreselva.

¡Favor!

Juan.

¡Algo le pasa! ¡Corramos!

Simona.

¡Anda, Blas! ¡Anda!

Blas.

¡Ya voy!

Simona.

¿Llevas armas?

Blas.

¡Un cuchillo!

Simona. *Al Romancero.*

¿Y tú?

Juan.

¡Yo agarro esta hoz!

Corren afuera los dos hombres.

Simona.

¡Madre mía del Consuelo,

préstales tu protección!

Escucha, tiembla; luego se asoma con curiosidad. Pausa.

¿Eh?… ¿Luchan?… ¿Gritan?…

¡Dios mío!…

¡Jesús!… ¿Qué es ello, Señor?…

¡Y le dije a Blas que fuera!…

¡Ya vuelven!

Llegan Madreselva, Juan y Blas, con Clavela desmayada, y la recuestan en uno de los asientos. Simona se les une, atendiendo a la colegiala. Madreselva, arrodillada ante ésta, exclama: ***Madreselva****.*

¡La salvé yo!

Luego, mientras los demás la auxilian, se aparta de ella, como si en el supremo lance hubiese agotado su acción, y permanece unos segundos en actitud orante.

Simona.

¿Quién es?

Blas.

Una colegiala.

Simona.

Bonita como una flor.

¿La robaban?

Blas.

Tal parece.

Juan.

No vuelve…

A Simona.

En ese zurrón

que ha dejado esta mañana

olvidado un labrador,

sé que hay vinagre: que huela.

Simona va por él y se lo aplica luego en su pañuelo.

Por la izquierda, acude atribulada Zarcilla.

Zarcilla.

¿Qué pasa? ¿Se ha muerto?

Simona.

¡No!

Zarcilla.

¡Del Colegio! ¡Qué bonita!

Simona.

Soltarle el cuello es mejor.

Juan.

¡Niña!

Blas.

¡Muchacha!

Zarcilla.

¡No vuelve!

Simona.

¡Gloria! ¡Carita de sol!…

Viene por la derecha, airado, Hernando; se va flechado a Madreselva, que sigue abstraída, y agarrándola fuertemente por un brazo la sacude y la hace tornar a la realidad.

Hernando.

¿Qué has hecho? ¿Por qué lo has hecho?

Madreselva.

¿Eh? ¡Tú!…

Después de mirarlo y de recobrarse.

¡Salvar a los dos!

Hernando.

¿Cómo?

Madreselva. *Engañándolo hábilmente para alejarlo.*

En el pinar, el Duro,

tiene, con ese bribón

de Corcel, gente emboscada.

Si no te detengo yo,

ambos caéis en sus manos,

que era toda su intención:

ella con él y tú preso…

¡y la aventura acabó!

Hernando.

Y tú ¿quién eres?

Madreselva.

La guarda

del castillo… ¡Soy quien soy!

Hernando.

Y ¿es verdad lo que me dices?

Madreselva.

¿Por qué ha de ser invención?

¿No lo ves en mis palabras?…

Hernando.

Pero ¿quién te ha dicho…?

Madreselva.

Dios.

Sal y ve por el caballo,

que en la refriega se hirió, y ven luego a que te diga

cómo escaparás mejor.

Hernando. *Mirándola como sugestionado.*

Así lo haré. *Entre sí.*

(Tiene visos

de verdad esta traición.)

Acúdela mientras tanto.

Madreselva.

¡Fía en mis artes!

Hernando.

¡Valor!

Marchase presuroso.

Madreselva respira profundamente, como sintiendo descansado su ánimo. Va entonces a Clavela, y trata de hacerla recobrar el sentido con conmovedoras palabras. Los demás atienden en silencio, llenos de supersticiosa curiosidad.

Simona.

Aún no vuelve.

Madreselva.

Mis palabras

las oirá su corazón.

Niña dolorida,

tronchada y herida:

¡vuélvante a la vida

mi amor y mi fe!

Yo no quiero verte

desmayada, inerte,

¡sombra de la muerte!

¡Yo te salvaré!

Tu mano está fría;

pero ya la mía,

como luz del día,

su calor le da.

Él ha de llegarte,

y él ha de templarte,

y él ha de animarte.

¿No lo sientes ya?

Tu color perdido,

temeroso, ha huido,

pero mi latido

lo hará aparecer.

Descansa en mi pecho

como en blando lecho,

que el mal que te han hecho

ya no ha de volver.

Cielo, reina, diosa,

luna, mariposa,

clavel, nardo, rosa,

luz, perla, coral:

¡no más tiempo muerta!

¡Revive; despierta!

¡Yo estoy aquí alerta!

¡Nadie te hará mal!

Clavela da muestras de ir cobrando el sentido.

Simona.

¡Ya vuelve!

Juan.

¡Sí!

Clavela.

Entre sueños. ¡Madre mía!

Madreselva.

¡Ay, cómo su boca habló!

Zarcilla.

¡Ya revive!

Blas. *A Simona.*

(Por mis muertos,

que me ha tomado un temblor…)

Simona. *A él.*

(¿Ves? No es bruja, Blas: es santa.) **Clavela**.

Rehaciéndose del todo y mirando aterrada en torno suyo.

¿Qué es esto?

Madreselva.

¡Tu salvación!

Clavela.

¿Y Hernando?

Madreselva.

Hernando ahora viene.

Clavela.

¿Dónde está?… ¿Qué sucedió?…

Madreselva.

Picaros secuestradores

acechaban en redor,

y yo lo supe, Clavela,

y les estorbé la acción.

Clavela.

Pero ¿Hernando…?

Madreselva.

Sano y salvo.

El caballo se espantó,

y corrió a campo traviesa.

Él ha ido a alcanzarlo con…

Clavela.

¿Con quién?

Madreselva.

Con un trajinante

que a ayudarle se prestó.

A los demás.

Id todos en busca suya,

y decidle que aquí estoy

yo con ella, que lo aguarda, que vuelva sin temor.

Todos obedecen y se retiran, comentando el caso. Simona y Blas, por la derecha; y por la izquierda, Zarcilla y Juan.

Simona.

¡Qué mujer, Blas!

Blas.

¡Me ha cohibido!

Zarcilla.

¡Es santa! ¡La revivió!

Juan.

¡Ay, Zarcilla! ¡Buen romance nos depara la ocasión!

Clavela, al verse sola con Madreselva, la mira alterada y medrosa, y asimismo mira a todas partes. Madreselva procura luego tranquilizarla e infundirle confianza en ella.

Clavela.

Vamos nosotras también…

Madreselva.

¿Adónde?

Clavela.

¡A encontrar a Hernando!

Con anhelo súbito.

¡Hernando! ¡Mi vida! ¡Ven!

Madreselva.

Descuida que él llegará:

no tiembles al lado mío.

Sosiégate… y ven acá.

Como tú no me conoces,

natural es que receles.

Clavela.

¡Hernando!

Madreselva.

¡No oirá tus voces!

Clavela.

¡Que vuelva, por Dios!

¡Que vuelva!

Madreselva.

Nada malo ha de ocurrirle:

te lo jura Madreselva.

Clavela.

¿Madreselva?

Madreselva.

Sí, alma mía.

Pronto vendrá, y seguiréis

el camino al ser de día.

No me mires con espanto:

yo calmaré tus temores,

y yo secaré tu llanto.

¿Ves mis ojos? ¡Entra adentro, hasta que su luz te alumbre

en las sombras de este encuentro!

Escucha mi corazón,

y verás cómo se alejan

tus miedos a una traición.

Óyelo, niña, latir:

¿no te llegan dulcemente

su cantar y su gemir?

¿No siente el tuyo quizás

que por misterio del mío

laten los dos a compás?

Pues siendo así, flor del cielo, lucerito de la tierra,

¡acabe tu desconsuelo!

Que estás en este lugar

y junto a mí, más segura

que en las gradas de un altar.

Clavela. *Conmovida.*

Sí… sí… no hay engaño en ti…

¡Me hablas y te oigo de un modo!…

¿Por qué es esto? Dime… ¡Di!…

Madreselva.

¡Porque te quiero!

Clavela.

¿Me quieres?

Madreselva.

Pues ¿no lo ves en mis ojos?

Clavela.

Pero ¿quién eres? ¿Quién eres?

Madreselva.

Si yo te dijera… ¡No!

La hechicera del castillo,

a quien tu hechizo hechizó.

Te conozco del convento:

alguna vez voy a él

a misa y por alimento.

Y alguna también te vi

ahí afuera del castillo.

¿Tú nunca me viste a mí?

Clavela.

No; yo no te conocía.

Madreselva.

Pues más de una vez, Clavela, pasaste a la vera mía.

Clavela.

Y ¿cómo no te miré?

Madreselva.

¡Eso es lo que yo no entiendo!

¡Lo que nunca entenderé!

Clavela.

Yo tampoco entiendo ahora…

Madreselva.

Olvida… Es que me alucino.

¡Resabios de embaucadora!

Clavela.

¿Por qué sabes tú mi nombre?

Madreselva.

¡Tu nombre! ¡Y tu vida entera!

¡Y tu amor por ese hombre!

Clavela.

¡Hernando!

Madreselva.

¡Con qué pasión

lo nombras!

Clavela.

¡Con todo el fuego

que cabe en mi corazón!

Madreselva.

¿Lo quieres mucho?

Clavela.

¡Sí: mucho!

¡Más que a nadie!

Madreselva. *Cerrando los ojos y reconcentrándose en su dolor.*

¡Más que a nadie!

Clavela.

¿No me escuchas?…

Madreselva.

¡Sí; te escucho!

¿No tienes madre quizás?

Clavela.

Murió siendo yo muy niña.

¡Y la necesito más!…

Madreselva.

¿La recuerdas?

Clavela.

Como un sueño.

Madreselva.

¿No te habla de ella tu padre?

Clavela.

Cuando le lloro y me empeño.

Mi padre es hosco y sombrío.

Madreselva.

Pero ¿te maltrata?

Clavela.

No.

Se entristece al lado mío.

Y yo no sé comprender

por qué mi presencia esquiva; por qué lo hago padecer.

¿Entiendes ya, la hechicera, que a Hernando, que así me quiere, como te he dicho lo quiera?

Hernando es bueno y es fiel.

Hernando es fuego dichoso:

¡por eso me abraso en él!

Y por eso es esta huida:

¡nuevos campos, nuevo norte, nueva aurora, nueva vida!

¡Si lees en la venidera,

dime, Selva, adónde voy,

dime, Madre, qué me espera!

Porque si yo oigo mi anhelo

nada más, no habrá ventura

mayor en el mismo cielo.

Dímelo tú si lo sabes,

con esa voz que acaricia,

con tus palabras suaves.

¡Di si tendré lo que espero!

Con transición rápida.

Pero tú ¿qué has de decirme?

¡Que él vuelva pronto o me muero!

Madreselva.

¡Que él vuelva pronto!… ¡Ay, de mí!

¡Ay, quién inventar pudiera

una vida para ti!

¡Triste te parecería

toda la luz que has soñado

con la que yo te daría!

Porque yo pienso que es Dios quien en tu paso me ha puesto, para alivio de las dos.

¡Tú has de pedirme quimeras

y yo siempre habré de darte

mucho más de lo que quieras!

Clavela.

¿Por qué?

Madreselva.

¡Por este poder

que llevo en mí y que te ampara con todo el ser de mi ser!

Y no me preguntes más,

que al cabo de la jornada

en besos me pagarás.

Alarmada de pronto.

¡Gente llega!

Clavela.

¿Será él?

Madreselva.

¡Quizás alguien del convento!

¡Quizás tu padre y Corcel!

Clavela. *Con espanto.*

¡Mi padre! ¿Es posible?

Huye instintivamente.

Madreselva.

¡Sí!

¡Ven conmigo!

Clavela.

¡No!

Madreselva.

¡No tiembles!

¡Yo te escudo! ¡Por aquí!

Llévasela por el fondo. Un instante después aparece Hernando descompuesto, por donde se marchó.

Zarcillo, azorada y curiosa, sale por la izquierda.

Hernando.

¿Y la bruja?

Zarcilla.

¿Quién?

Hernando.

¡La bruja!

Zarcilla.

¡No es bruja!

Hernando.

¡Me importa poco!

¡Mañas tengo yo sin ella

para hablar con el demonio!

¿Dónde está?

Zarcilla.

¡No sé!…

Hernando.

¡Pues búscala!

¡Y o me la traes, o te ahogo!

Zarcilla.

¡Estará con la educanda!

Hernando.

¡Pues vengan las dos! ¡Y pronto!

Zarcilla.

¡Llamaré a Juan!

Hernando.

¡No hace falta,

ni sé quién es! ¡Corre!

Zarcilla.

¡Corro!

Éntrase por el fondo a escape.

Hernando.

O es burla, o este castillo

es guarida de esos lobos;

pero ¡por Dios y el diablo

que yo he de poder con todos!

Sale Madreselva.

Madreselva.

Aquí me tienes.

Hernando.

¿Y ella?

Madreselva.

En sitio seguro.

Hernando.

¿Cómo?

Madreselva.

En sitio seguro: a salvo

de secuestros y de robos.

Hernando.

Pues llévame allá.

Madreselva.

Un instante.

Hemos de hablar los dos solos.

Hernando.

¿Qué quieres por tu servicio?

Madreselva.

No es eso: guarda ese bolso.

Hernando.

¡Pues si no es eso, no sé

qué hemos de tratar nosotros!

Un leñador me asegura

que no hay gente en el contorno; que no ha visto alma viviente ni en el pinar ni en el soto; y pues no hay nadie y tú has sido en mi carrera el estorbo,

doy en pensar que caí

en torpeza de bisoño

y que astuta me alejaste

para tratar tu negocio.

Si es el Duro el que te paga, de fuerza contra él dispongo; para burlar cuanto intente,

sé que me basto y me sobro;

si es gentuza del castillo,

llevo en la faja un cachorro que empieza a morder y tiende a diez hombres en un soplo.

Madreselva.

Una mujer que ha salido

al camino temeroso,

sin más armas que sus brazos ni más fuerza que su encono; que tu caballo detuvo;

que te hizo morder el polvo, y que te arrancó a Clavela

de las garras, guapo mozo,

ni tiembla ante tu bravura,

ni ante tus balas tampoco.

Hernando.

¡Basta ya! ¡Venga Clavela

ahora mismo, o no respondo!…

Madreselva.

¡Si das un paso, bandido,

mira que no das el otro!

Hernando.

¿Bandido? Pero ¿tú sabes

quién soy?

Madreselva.

Pues ¿por qué mi odio?

Hernando.

¡Soy el capitán Hernando

Giráldez!

Madreselva.

¡No! ¡Te conozco!

¡Eres un aventurero,

que usurpando un nombre honroso, ha engañado a una criatura

a quien yo tengo en un trono!

Sediento de amor, un día

dió su corazón ansioso

contigo, y oyó tu acento,

ciego a los demás y sordo.

¡Y agua te pidió la niña

en tus manos, y hundió el rostro en ellas, y en vez de agua

le dabas légamo… lodo!

Hernando.

¡No hay paciencia!…

Madreselva.

Si te falta,

como tu tiempo es precioso,

no pierdas más; vuelve al campo, sube otra vez en tu potro,

y huye adonde no te alcancen mis deseos rencorosos,

¡como no quieras salir

atado codo con codo!

Hernando.

Pero oye, loba sin dientes,

¿piensas tú que yo me encojo con tus aullidos, que suenan a delirios del insomnio?

¿He sacado del colegio

a Clavela, a quien adoro,

exponiendo las dos vidas,

ardido, intrépido, loco

por su amor, para dejarla

entre hampones y entre escombros, porque una mujer me grite

echando hiel, por los ojos?

¡Paso!

Madreselva.

¡No hay paso!

Hernando.

¿No hay paso?

¡Mira que yo no me asombro

de matar a un enemigo!

Madreselva.

¡Eso era en tierra de moros, donde le robaste a un muerto ese nombre mentiroso

que llevas; pero es más fácil robar a un muerto lo propio, que matar a quien defiende

no ya su vida tan sólo,

sino otra vida que es suya

desde su primer sollozo!

Hernando.

¡Voto va!…

Madreselva.

¡Y si me mataras,

helados ya mis despojos,

por estos labios saldrían

gritos tan fuertes, tan hondos, que gentes de todos sitios

vinieran en mi socorro,

y aunque muerta me encontrasen, salvaban a mi tesoro!

Hernando.

¡Puesto que lo quieres, sea!

Echa mano a su faja, para sacar un arma. Ella coge una hoz y lo amenaza fieramente.

Madreselva.

¡Antes que apuntes, te corto el brazo, bandido! ¡Huye!

¡Huye, que yo te perdono,

pensando que ella aún te quiere!…

Hernando.

¡Porque me quiere la logro!

¡Clavela!

Madreselva.

¡Calla! ¡No grites!

Hernando.

¡Clavela!

Clavela. *Dentro, lejos.*

¡Hernando! ¡Te oigo!

Hernando.

¡Ya voy!

Madreselva.

¡No irás!

Hernando.

¿Que no iré?

Madreselva.

¡Yo lo impido! ¡Yo me opongo!

¡Puedes llamarla, si quieres, hasta que te quedes ronco;

pero ella está bien oculta,

y antes que ella vendrán otros, gente capaz de agarrarte

vivo y de tirarte al pozo,

y en él cubrirte de piedras

hasta enterrarte en el fondo!

¡Huye!

Hernando.

¡No!

Madreselva.

¡Pues aguardemos

así, a que salga el sol rojo de sangre, y verás entonces

cómo te marchas furioso,

y vencido, y humillado,

y de ella maldito, y solo!

Quédase mirándolo, en actitud de feroz desafío, empuñado hoz y más segura de ella que nunca.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar que el segundo. Amanece.

Se oye la voz de un Campesino que a lo lejos canta.

Campesino.

Ya viene rayando el día y está llorando la aurora: aguarda, zagala mía,

que voy a ver por qué llora.

Por el fondo aparece el Mendigo, echando pestes, a la vez que por la izquierda Zarcilla.

Mendigo.

¡Los demonios han andado en el castillo esta noche!

¡Qué ir y venir, qué carreras, qué altercados y qué voces!

Si le roban al mendigo

la tranquilidad y el goce del sueño, ¡vaya una ganga!

¡Más vale que nos ahorquen!

¿Qué dices tú?

Zarcilla.

Buenos días.

Mendigo.

¡Lo serán, si se componen!

No he pegado un ojo y tengo un humor de los demontres.

¿Me dará tu amo un traguillo que me alegre y que me entone?

Zarcilla.

No está aquí.

Mendigo.

¡Pues que lo emplumen!

¡Y a ti con él!

Zarcilla.

¡No se enoje!

Mendigo.

¿Qué quieres? ¿Que esté contento con mi vida y la soporte tocando la pandereta

de gusto?

Zarcilla.

¡Jesús, qué hombre!

Mendigo.

Me paso por ahí el día

echando el alma y los bofes para encontrar un mendrugo tan duro como un cascote, o para sacar al cabo

unas monedas de cobre,

con que creen ganar el cielo los tontos que me socorren, ¿y he de estar como unas Pascuas bailando el vito o el ole?

¡Mal haya mi suerte perra!

¡Un rayo, al que nace pobre!

Llego a un vedado y me asalta furioso un mastín enorme; llamo a una casa y me bufa el gato; me ladra el gozque.

Por los caminos me acechan sombras de *Napoleones*; entro al abrigo de un

soto o a descansar en un bosque, y sale el guarda a arrojarme con malos modos y golpes.

¿Quién ha dispuesto estas leyes?

¿Quién fué el sandio o el bodoque que dijo que esto es cristiano?

Zalema al que arrastra coche, y al que se muere de hambre nadie lo ampara o lo acoge.

Cuando me llegue la hora van a escuchar mis razones allá arriba; y si me mandan al infierno, ¡qué demonches!

más infierno que este mundo ¿dónde ha de aguardarme? ¿Dónde?

¿Eh? ¿Tú qué dices?

Zarcilla.

Pues digo

que vaya a una venta y tome su aguardiente de mañana, a ver si le cambia entonces el humor.

Mendigo.

¡Sí! ¡Mi aguardiente!

¡Veneno que abrasa y roe las entrañas! ¡Los venteros!…

¡Vaya cuerda de ladrones!

El día que yo me llegue pasito a paso a la Corte, y les diga a los ministros —¡buena tropa de fantoches!—: «Esto he visto y esto pasa por caminos y mesones,

y ni hay justicia en la tierra ni hay más que palos al pobre», ¡veremos lo que me dicen; veremos qué me responden!

Zarcilla.

Bueno, sálgase al camino.

Mendigo.

¡Allá voy con mis dolores!

¡Qué remedio! ¡Un día tras otro, hasta que me den garrote!

¡Viva la igualdad! Se muere un rico: ¡pompas y honores!

¡Vengan curas, vengan frailes y rezos y bendiciones!

Me muero yo: ¡que me tiren al barranco tras el monte, sin un alma que me rece ni un corazón que me llore, a ver si me pudro solo

o si los cuervos me comen!

¡Justicia! ¡Esa palabrota que la destierren del orbe!

Vase por la izquierda.

Zarcilla.

¡Y en cuanto se eche dos tragos está con todo conforme!

¡Ay, Jesús! ¡Ya rompe el día con su luz y sus colores!

¿Y Juan? ¿Logrará su intento?

¡Salió a caballo… al galope!…

¡No vivo mientras no vuelva!

De repente aparece por el fondo Madreselva, sorprendiendo a Zarcilla.

Madreselva.

¡Zarcilla!

Zarcilla.

¿Quién?

Madreselva.

¡No te azores!

Soy yo. Tú ¿con quién hablabas?

Zarcilla.

Con el mendigo… con Roque, que está furioso y me echó uno de tantos sermones.

Madreselva.

¡Se tarda Juan!… ¿Querrá el cielo que venga pronto ese hombre?

Zarcilla.

¿y la colegiala?

Madreselva.

Llora

de modo que ablanda al bronce.

¡Y no sé secar el llanto que por sus mejillas corre!

Zarcilla.

¿Es su padre a quien se espera?

Madreselva.

Quien sea, a ti no te importe.

Mientras yo con ella sigo, tú te marchas a la torre, y me avisas al instante que alguien de lejos asome.

Zarcilla.

Voy corriendo. *Vase por la izquierda.*

Clavela. *Desde dentro, a distancia.*

¡Madreselva!

Madreselva.

¡Me llama! ¡Bendita noche!

Clavela.

¡Madreselva!

Madreselva.

¡Qué sonido

tiene en su boca mi nombre!

Éntrase por el fondo.

Por la derecha asoma Hernando decidido, como quien acaba de tomar una resolución.

Hernando.

El que escucha

oye su mal… o su bien.

¡Esto acabó! ¡Ya no hay lucha!

¡Perdí este asalto entre cien!

¡Me conformo con la hucha!

¡Que Dios me proteja! ¡Amén!

El Duro llega con gente, y es hombre templado y recio: ¡fuera sandio hacerle frente!

¡Capitán, yo soy valiente, pero nunca he sido un necio!

¡Ay, Clavela!

¡Paloma que ya no vuela, quédate en tu palomar,

y deja al pillo gastar

el oro de tu escarcela!

¡Yo sé que toda tu vida, jubilosa o dolorida,

te has de acordar del gitano; del capitán sevillano

a quien amaste rendida!

¡Y sé que sólo su mano

puede cerrar esta herida del villano!

¡Sé dichosa! ¡Canta! ¡Olvida!

¡Cúrate de mis agravios!

¡Quiere a otro!

¡Pero aquel beso feliz

que te di al correr del potro, ha de dejar en tus labios invisible cicatriz!

¡Bella es la vida! ¡Adelante!

¡Sigue tu rumbo, tunante!

¡Ni un instante

de quietud ni de sosiego!

¡Sin peligros, no hay placeres!

¡Campo libre! ¡Vino! ¡Juego!

¡Y al paso del andariego, los besos de las mujeres: miel y fuego!

Gasparillo, ¿qué más quieres?

¡Capitán: la vida es corta aun para quien la soporta padeciendo!

¡Defenderla es lo que importa, y por eso la defiendo!

¡Aquel tu afán de la guerra que te hizo morir, encierra virtud que yo no comprendo!

¡Quédate mascando tierra!

¡Yo voy a seguir viviendo!

Se aleja por la izquierda.

Óyese otra vez cantar al Campesino.

Campesino.

La oveja que yo cuidaba me la robaron un día:

y como a gusto no estaba se volvió a la vera mía.

Llega Juan el Romancero por la derecha, y simultáneamente por la izquierda, Zarcilla.

Zarcilla.

¡Juan!

Juan.

¡Zarcilla!

Zarcilla.

¿Qué ocurre?

Juan.

¡Que no he montado

hace tiempo, y el trote me ha derrengado!

Zarcilla.

¿Viene el Duro?

Juan.

¡Con gente

que lo defienda!

¡Se ha prevenido el hombre por si hay contienda!

Yo dispondré mis armas

para un apuro,

porque no he visto bestia como ese Duro.

¿Y Madreselva?

Zarcilla.

Aguarda

tranquilamente.

¡Esa no teme a nadie!

Juan.

¡Sí que es valiente!

Zarcilla.

No para de hacer mimos

a la cautiva.

Juan.

¡Santa mujer es ésa!

¡Mil años viva!

¡Qué romance en las mientes me está bullendo!

Verás cuando lo escriba: ¡verás qué estruendo!

¡Entre lo que vi anoche lo que imagino,

y lo que he cavilado

por el camino!…

Una historia, Zarcilla, tan sorprendente,

que los pelos de punta

pondrá a la gente,

«¡Separada vive ella,

separada de su amor!

¡Madre que el amor de madre oculta en su corazón!»

El romance pasado

fué cosa vana

comparado con este

de esta mañana.

«¡Tan hermosa es la doncella como los rayos del sol, como la luna de agosto, como los campos en flor!»

¡Yo nací para ochavo,

pero un borrico

seré, si este romance

no me hace rico!

¡No habrá madre en el mundo que no se aflija

y que no me lo compre

para su hija!

Zarcilla.

¿Y el padre de Clavela

quiere llevarla

otra vez al colegio?

Juan.

¡Quiere matarla!

Yo no sé qué rencores

tiene escondidos,

que amedrenta al más bravo con sus rugidos.

Le hablé de Madreselva, de su quebranto,

y rechinó los dientes

que daba espanto.

¡Habrá que defenderla

contra ese loco!

¡Habrá que hacerse fuerte!

Yo puedo poco,

pero contra su furia,

mi mano tiene

yo no sé qué ardimiento que de ella viene.

Vuelve Madreselva por el fondo, anhelosa.

Madreselva.

¿Diste con él?

Juan.

Y ahí llega

con su traílla.

Madreselva.

Pues déjame a mí sola.

Juan.

Vente, Zarcilla.

Aléjase con ésta por el fondo, diciendo:

«Frente a frente con el hombre que fuera su perdición, ni temblaban sus palabras ni cambiaba su color.»

Madreselva aguarda mirando hacia la derecha, por donde a poco aparece Germán el Duro, airado, frenético. Es hombre cuyo aspecto, cuyo tono y cuyas palabras responden al apelativo que lo distingue y a la fama que lo rodea.

G. el Duro.

¡Por fin!

Madreselva.

¡Por fin!

G. el Duro.

¡No quería

volver a verte jamás,

y el demonio aquí me arrastra burlando mi voluntad!

Madreselva.

¡Yo también me juré un día tu negra sombra esquivar, y el mismo diablo me pone dentro de ella una vez más!

Nadie se precie en el mundo de que lo que quiera hará, que hoy sopla un viento y mañana el contrario ha de soplar.

G. el Duro.

¿Y mi hija? ¡Di!

Madreselva.

¡Nuestra hija

fuera dicho más cabal!

G. el Duro.

¡Mi hija!

Madreselva.

¡Tu hija!… Caima un poco tu cólera y tu ansiedad.

¡La verás cuando yo quiera!

Escondida ahí dentro está.

aquí su madre: ¡su madre!

que la libró del truhan.

¡Como tú no la guardabas, la tuve yo que guardar!

¡Al galope de un caballo, el pillo ladrón audaz,

en las sombras de la noche me la quería robar!

¿Qué sentí cuando pasaba por el castillo? ¿Qué afán me llevó afuera, en un grito de mi corazón leal?

¿qué fuerzas me dió el cielo, que detuve el galopar

del caballo, como hubiera detenido un huracán?

¡Yo la salvé! ¡Yo! ¿Me escuchas?

¡Yo sola! ¿Te enteras ya?

¡Y tú en cambio la dejaste, queriendo siempre alejar de su cariño, a quien vive para verla nada más!

G. el Duro.

¡No amontones disparates!

¡Es tu boca manantial

de locuras y delirios

que nunca se agotará!

Yo la encerré en un colegio, donde la quise educar

como si fuera nacida

bajo corona ducal,

al cuidado de unas madres con fama de santidad,

seguro de que estaríamos ella guardada y yo en paz.

Esta traición, esta infamia que me ha contado ese Juan, ni en noche de calentura la he podido sospechar.

Pero juro por mi nombre que ese colegio arderá, y que a la cárcel del pueblo las quince madres irán, a responderme del daño

que me pudieron causar.

Y al salteador miserable, al engañoso rufián

que la sedujo, aunque huya del mundo, lo he de encontrar no por darlo a una Justicia envilecida y falaz,

mas por sacarle yo mismo el corazón criminal.

¡Clavela!

Madreselva.

¡Si no la quieres!

G. el Duro.

¡Calla o te mato!

Madreselva.

Capaz

serías tú de matarme,

sin ver ni considerar

que si otro riesgo le espera y yo no vivo, caerá.

¡Porque esa vieja ladina, que es el alma de tu hogar y que ha sido medianera esta vez, no cejará

en sus taimados manejos, y la volverá a embaucar!

¡Y a mí me lo niegas todo…

y a ella todo se lo das!

¡A ella… que vendió a sus hijas por lujo y por bienestar!

¡Matarme! ¡No una vez sola: muchas me mataste ya!

¡Pero aun muerta por tu mano la tengo de vigilar!

A quince madres la diste: las quince ¿qué te dirán?

¡Diles tú que donde hay una sobran todas las demás!

G. el Duro.

Pero ¿enteraste a Clavela…?

Madreselva.

¡Y volvemos a empezar!

¿No te he jurado llorando que por mí no lo sabrá?

¡Y no ya por tu designio, por tu amenaza brutal;

sino porque tiemblo y muero de que ella pueda bajar los ojos avergonzada

de mí! ¡No los bajará!

¡Yo callaré mientras tema que la pueda lastimar!

G. el Duro.

¡Ay de ti si te descubres!…

Madreselva.

Pero ¿no me oyes, Germán?

He temido… ¡sí!… he temido que ella pueda adivinar; que no sé qué luz de madre en mis ojos vió quizá;

ni qué miel en mis palabras, que a ella complació gustar; ni qué calor en mis manos, tal vez a ninguno igual, que me preguntó en voz baja, queriéndome penetrar:

«¿Qué tienes tú, Madreselva que tanto alivio me das?»

G. el Duro.

¡Bah! ¡Retóricas!

Madreselva.

¡No, Duro!

G. el Duro.

¡Retóricas!

Madreselva.

¡La verdad!

G. el Duro.

¡Tú le has dicho ya a Clavela lo que juraste callar!

Madreselva.

¡Que no! ¡Qué inútil empeño!

¡Qué muro el de tu maldad!

Yo la amparé cariñosa;

yo la obligué a confesar; yo le revelé quién era

el mentido capitán.

Entra y oye de sus labios cuanto acaba de pasar;

calma su angustia, si puedes; templa su pena mortal;

dale tu perdón primero, porque te pueda escuchar, y los besos que le debes…

¡esos que nunca le das!

Dale también, si te acuerdas de aquella dicha fugaz, aquellos que yo te daba cuando nos juntó un afán…

que era el grito de esa vida que nos vino a separar.

Y si ves en sus palabras indicio, prueba o señal de que he mentido, me entrego, y aquí me puedes matar.

Pero si piensas que el cáliz apurado por mí está,

y que esta noche me absuelve y me quieres perdonar,

contéstale a la pregunta que ella me hizo… ¡y dile ya que tiene madre!

G. el Duro.

¡No! ¡Calla!

Madreselva.

¡Maldito! ¡Siempre callar!

G. el Duro.

¡Siempre!

Madreselva.

Pues dame siquiera

como un pedazo de pan

al hambriento. Dile sólo, porque alcance a razonar mi ternura, que la tuve en la pila bautismal,

que velé su primer sueño, y que yo la enseñé a andar.

Y luego que esto le digas, en tu casa me tendrás,

lejos de ti… ¡junto a ella!…

¡y moriré sin hablar!

G. el Duro.

¡Voto a Dios! Pero ¿no sabes por qué soy duro y tenaz?

¿Por ventura es caprichoso mi obstinado terquear?

¿O es que quieres obligarme con esa astucia infernal a que humillado repita

lo que no puedo olvidar; lo que enturbia y lo que estorba cualquiera felicidad

de mi vida; lo que escondo como vergüenza fatal?

Madreselva.

¿Yo?

G. el Duro.

¡Tú, sí! ¡Con tu insistencia, con tu maligno acusar,

en mi corazón remueves

los hedores del fangal!

¡Sí, sí! ¡Pues quieres oírlo, para vengarte quizá,

óyelo, tú tan piadosa,

y niégame tu piedad!

¡Nací del vicio! ¡Del crimen!

¡Del torpe encuentro carnal de hombre y mujer, que se juntan por capricho o por azar; no de un amor que desea su propia continuidad,

sino del ciego contacto que teme el fruto que da!

¡Así nací! ¡Nunca tuve

santo calor maternal;

sólo tuve en torno mío

vil ejemplo y liviandad!

Yo era el hijo de la calle; yo era el hijo de la tal; y cuando más, inspiraba compasión y caridad

tan punzantes, que me hacían maldecir o sollozar,

y eran en mi triste pecho picaduras de alacrán.

Recorriendo… ¡con mi madre!…

callejas de la ciudad

en que nací… y a su paso, ¡aprendí yo a mal hablar!

Llegué a mozo torvo y duro, duro como el pedernal,

y así, con tales entrañas, ¡Ay! ¡Cuántas veces rugía en mi negra soledad,

renegando de mí mismo,

gozándome en blasfemar, y pidiendo una justicia que en la tierra no se da! Nació la niña: ¡regalo para mí de Satanás!

¡No quise verla ni amarla, y puse por medio el mar!

Y cuando en lejanas tierras labré con sangre un caudal, ansié volver a esta mía para herir y avasallar.

Vi a Clavela: era preciosa como amapola en trigal: me avergoncé de la madre, y se la supe robar.

¡Qué horror, darle a la criatura mi propia infelicidad!

¡Qué tormento, si algún día penaba con mi penar!

¡No! ¡No quiero que Clavela pase por vergüenza tal, ni sentir pueda en su rostro rubores que hacen cegar, si alguna vez averigua

quién fuiste! ¡No lo sabrá!

¡Lo juré en la cruz de Cristo, y ahora lo vuelvo a jurar en tu presencia, apretando otra cruz: la de un puñal!

Madreselva.

Y ¿quién te dice que quiero el secreto pregonar,

ni que yo soy, desgraciado, en nada a tu madre igual?

Nació Clavela a la vida, y Dios me quiso salvar

con ella: ¡limpió mis culpas fuego de maternidad!

¡Lejos de ella… los pesares me purificaron ya!

¡De cera para quererla, de hierro en mi castidad, si me reconoce un día,

de mí no renegará!

¡Tú, el que la besas temblando, tú, el que no sabes llorar, tú, más infeliz que nadie, di qué pides… y se hará!

¡El alma que me pidieras, para ella te la he de dar!

¡Para ella, en mis sacrificios, tengo siempre un más allá!

Inopinadamente aparece Clavela por el fondo, llorosa, atribulada, mirando con terror y angustia a su padre y a Madreselva. Uno y otra se ven acometidos ante su presencia de un miedo supremo: el de que Clavela los haya oído y haya descubierto el secreto de ambos. Zarcilla sale detrás de Claveta asustada, temblando, con la conciencia de haber hecho mal.

Madreselva.

¡Jesús!

G. el Duro.

¡Clavela!

Clavela.

¡Ay, de mí!

¡Qué espanto!

Madreselva.

¡Niña del alma!

Pero ¿quién te trajo aquí?

Zarcilla.

¡Lloraba de una manera!…

¡Daba voces de agonía

pidiéndome que le abriera!…

Madreselva.

¡Vete!

Zarcilla.

¿Me castigarán?

Madreselva.

¡Vete!

Zarcilla.

¡Perdón! (¡Es su madre!

¡Es lo que me ha dicho Juan!)

Vuélvese adentro.

Clavela.

¿Qué mundo es este en que estoy, que toda la luz de ayer se ha vuelto tinieblas hoy?

¿Por qué esta angustia? ¿este llanto?

¿Por qué este miedo? ¿este frío?

¿Por qué esta duda? ¿este espanto?

¡Llévenme donde no vea!

¡Prefiero la sombra a ver el mundo que me rodea!

¡Hernando! ¿Cómo pudiste mentirme amor tan hermoso?

¿Verdad que no me mentiste?

Pero ¿cómo no te veo

junto a mí? ¿Dónde te has ido?

¡Vuelve, amor, que yo te creo!

Y ¿cómo voy a creer?

¡El mundo no es el que era: hoy es distinto que ayer!

¿Qué sabré ya que me asombre?

¿Qué me dirán que me espante de una mujer ni de un hombre?

Tú, ¿por qué me has amparado?

Tú, ¿por qué te entristecías cuando yo estaba a tu lado?

Tú, ¿por qué saliste afuera, a detener fieramente

a mi amor en su carrera?

Tú, ¿por qué me dabas besos que en vez de templarme el alma me helaban, padre, los huesos?

¡O mi razón se ha perdido, o tú tienes más de madre que tú de padre has tenido!

G. el Duro.

Clavela, estás perturbada; comprendo que desvaríes: temes no ser perdonada.

El dolor y el desencanto de tu corazón, engendran tu desconcierto y tu espanto.

¡Inocente corazón!

Mereces que te perdone: mereces mi compasión.

Clavela.

¿Tu compasión? ¡Nunca vi tu compasión!

G. el Duro.

Es flor nueva:

ha nacido para ti.

Te ha salvado esta mujer, que te quiere y que te tuvo en sus brazos al nacer.

Que te llevó a cristianar, que meció tu primer sueño, y luego te enseñó a andar.

La vida la echó a otra parte del mundo, y Dios ha querido que ella viniera a salvarte.

Silencio. Clavela los mira, con íntimo presentimiento. Germán cree advertirlo, y, sobresaltado, exclama con resolución:

Vámonos ya. Sí; es mejor que estés en casa. No temas ni castigo ni rencor.

Hija y madre se miran, acatando la fatalidad de la obediencia, y atraídas mutuamente se funden en un abrazo largo y silencioso. Germán, con creciente inquietud, las separa, cogiendo a Clavela por un brazo y arrastrándola hacia la derecha, ***G. el Duro****.*

¡Vamos! ¡Que esto en paz acabe!

¡Vamos!

Clavela.

¡Adiós, Madreselva!

Madreselva.

¡Adiós, Clavela!

Una vez que se queda sola, da un grito frenético de salvaje alegría, en el que se mezclan varios y encontrados sentimientos.

¡Lo sabe!

¡Y no se lo he dicho yo!

¡Lo sabe! ¡Y no se lo he dicho!

¡Lo sabe! ¡Lo adivinó!

¡Clavela, tuya es mi vida!

¡Sólo tuya! ¡De ella haré lo que la tuya me pida!

¡Viviré como hasta aquí siendo tu sombra y tu guarda o viviré junto a ti!

¡Yo sé que lo sabes ya, y ni la muerte me importa!

¡Adorándote vendrá!

¡Y si al fin para tu suerte fuera mi muerte precisa, qué dulce iba a ser mi muerte!

¡Y no se lo he dicho yo!

¡Lo sabe! ¡Y no se lo he dicho!

¡Lo sabe! ¡Lo adivinó!

FIN DEL POEMA El Escorial y Madrid, diciembre, 1930.

NOVIAZGO, BODA Y DIVORCIO

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro Lara** el 23 de mayo de 1931

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Trinidad. Carmen Carbonell. Jacinto. Manuel Dicenta.

NOVIAZGO, BODA Y DIVORCIO

Pequeño recibimiento de la modesta casita de Trinidad, en Sevilla. A la derecha del actor, el portón de entrada, con mirilla. Al foro, ventana de antepecho, que da a un patio. A la izquierda, puerta que conduce al interior del piso. Sobre una mesita, un jarro con flores; en los rincones, sendos maceteros, y las sillas indispensables, convenientemente dispuestas.

Es a media tarde, en abril o mayo.

La escena está sola. Suena luego el timbre del portón. En seguida sale por la puerta de la izquierda Trinidad, en chinelas, y se asoma a la mirilla a ver quién es. Trinidad es un clavel con ojos.

Trinidad. *Abriendo con cierta cautela la mirilla y cerrándola rápidamente.* ¡Huy! ¡Er que me sigue! *Vase corriendo por donde salió. Suena un par de veces más el timbre a poco, con breve intervalo de una a otra, en prueba de la impaciencia de quien llama, y a la segunda vez reaparece Trinidad, levemente retocada, acomodándose un pañuelo de talle y calzando preciosos zapatitos de charol. Se llega a la mirilla y pregunta:* ¿Quién es?

Jacinto. *Dentro.* Gente de paz.

Trinidad. ¿Qué se le ofrese a usté?

Jacinto. ¡Muchas cosas!

Trinidad. *Cerrando enojada la mirilla.* ¡Vamos! *Jacinto toca el timbre de nuevo. Ella, desde la mirilla, vuelve a preguntarle:* ¿Qué se le ofrese a usté?

Jacinto. ¿Vive aquí don Francisco Ojeda?

Trinidad. Aquí vive.

Jacinto. Deseaba verlo. ¿Se le puede vé?

Trinidad. Cuando está en casa, sí señó. Pero ahora no está en casa.

Jacinto. Me alegro mucho.

Trinidad. ¿Pos no quería usté verlo?

Jacinto. Y quiero verlo. Usté me abre er portón y me espero a que yegue.

Trinidad. Va a tardá lo menos dos horas.

Jacinto. ¡Mejó pa mí!

Trinidad. ¿Tan desocupao está usté?

Jacinto. Estoy en las horas de recreo.

Trinidad. Pos yo no puedo resibirlo a usté.

Jacinto. ¿Por qué, niña?

Trinidad. Porque no hay nadie en casa.

Jacinto. ¿No hay nadie y está usté?

Trinidad. Nadie conmigo.

Jacinto. Estaré yo, que soy de confiansa.

Trinidad. Yo no tengo er gusto de conoserlo a usté.

Jacinto. Pos déjeme usté presentarme. Le arvierto a usté que traigo un encarguito pa su papá. Un encargo importante. Er negosio es er negosio.

Trinidad. ¡Ah! ¡Entonses!… *Cierra la mirilla.* Ya lo he visto de serca. Está bien. Tiene unos ojos muy serranos y unos dientes muy limpios. *Abre el portón.* Pase usté.

Jacinto. *Obedeciéndola gozoso.* Muchas grasias. Buenas tardes.

Trinidad. Buenas tardes. *Pausa. Ella espera a que él hable.*

Jacinto. Su papá de usté vive de corretajes de comersio, ¿no?

Trinidad. ¡Y de buena salú que tiene!

Jacinto. ¿Ah, sí?

Trinidad. Sí, señó.

Jacinto. ¡Que sea enhorabuena! Por él y por usté.

Trinidad. Grasias.

Jacinto. Pos yo soy pintó de abanicos, y traigo aquí unos cuantos, a vé si su papá de usté me los quiere colocá en argún comersio. O entre particulares. Porque yo pa eso no me doy trasas. Soy muy corto de genio.

Trinidad. ¿De veras? No lo párese usté.

Jacinto. Pos lo soy. Corto de genio… pa vendé abanicos.

Trinidad. *Sonriéndole.* Eso ya es otra cosa.

Jacinto. ¡Claro! Pa lo demás… soy lo corriente.

Trinidad. ¿De manera que pintó de abanicos?

Jacinto. Pa servirla a usté. ¡Está eso de los abanicos tan de moda!… ¡Y en Seviya se venden mucho! Los forasteros se los quitan a uno de las manos. ¡Yo saco pa viví! Pa viví con arguna horgura… pa estrená un terno tos los años… ¡y pa í pensando en serio en que no hay por qué se acabe er mundo!

Trinidad. ¡Digo! ¡Er corto de genio! Y siendo así, ¿qué farta le hase a usté mi papá?

Jacinto. ¡*Ninguna*! ¿No le dije a usté que me alegraba mucho de que no estuviera?

Trinidad. ¡Ay, qué grasia!

Jacinto. Y ya que estoy yo aquí, mire usté las cosiyas que hago. *Le muestra varios abanicos.* Vaya usté enterándose. Rincones típicos, cuadritos de costumbres… lanses der toreo…

Trinidad. ¡Huy, qué habilidá!… ¿Sabe usté que pinta usté muy bien?

Jacinto. ¿Le gusta a usté como yo pinto?

Trinidad. *Mirándolo con coquetería.* ¡Ya lo creo que me gusta!

Jacinto. Pos despinto mejó que pinto.

Trinidad. ¿Eh?

Jacinto. ¿Pa qué se ha pintao usté los labios sin consurtá conmigo?

Trinidad. ¡Jesús! ¿Será usté fresco? *Como disculpándose.* Una mijita e *grasia* que se dé una.

Jacinto. ¿Y Dios no le ha dao a usté grasia de sobra? ¿Pa qué quié usté más?

Trinidad. *Recreándose en uno de los abanicos.* ¡Qué bonito es este der Puente de Triana!

Jacinto. Ya es de usté.

Trinidad. ¿Cómo?

Jacinto. Que yo se lo regalo.

Trinidad. ¿A mí? ¿Sin conoserme?

Jacinto. La conosco a usté lo bastante. ¿A usté le agrada? ¡Pos pa usté el abanico!

Trinidad. Muchas grasias; pero… si en toas las casas hase usté lo que en ésta…

Jacinto. ¡En toas las casas en que me la encuentre a usté hago lo mismo!

Trinidad. ¡Jesús, qué rumboso! *Pausa. Se miran maliciosamente.* Tengo que recordarle a usté que papá no está aquí.

Jacinto. ¡No me lo repita usté más, que lo sé de memoria! ¡Yo no he subío hasta que lo he visto a é salí a la caye!…

Trinidad. ¿Habrá descarao? Entonses, su pretensión de usté…

Jacinto. *Lanzándose.* Mi pretensión es que tú me mires a mí con esos ojos, que son dos tasas de café.

Trinidad. ¡Ave María! ¡Qué esagerasión!… ¡Dos tasas de café mis ojos!… Er café quita mucho er sueño.

Jacinto. ¡Por eso no duermo yo desde que te vi el otro día! ¡Y que es un café

cargaíto!

Trinidad. ¿Con asúca o sin eya?

Jacinto. ¡Según como me mires!

Trinidad. *Mirándolo con mucha dulzura y coquetería.* Yo… Jacinto. ¡Jesús! ¡Sinco terrones en ca tasa!

Trinidad. ¡Ja, ja, ja!

Jacinto. *Cogiéndole una mano.* ¡Ay, tus ojos!

Trinidad. ¿Qué hases?

Jacinto. Perdona, hija. Estaba confundío: ¡me la iba a poné en la solapa!

Trinidad. ¡Ea! ¡Mire usté er pintó!

Jacinto. A mí las cosas, cuando vienen derechas… ¡Y esto viene derecho! ¿Pa qué vamos a perdé tiempo ninguno en tantearnos? ¡Ya somos novios!

Trinidad. ¿Ya?

Jacinto. ¡Ya!

Trinidad. ¡Hombre, vamos a dejarlo siquiera pa mañana!

Jacinto. ¿Pa mañana? ¡Qué carma tienes! ¿Eres carmosa tú?

Trinidad. ¿Yo carmosa? ¡Un cohete!

Jacinto. ¡Ole! ¡Como yo!

Trinidad. Hate cuenta que leo muchas novelas, y desde er primer capítulo ya estoy dando sartos pa vé pronto qué pasa ar fina.

Jacinto. ¡Er corchete y la corcheta que somos tú y yo! ¡Esto es coinsidí! ¡Nos hemos encontrao!

Trinidad. Y en er *sine* no paro de nerviosa hasta vé en lo que para aqueyo.

Jacinto. Pos ya sabes tú cómo acaban toas las películas: con un beso, que se

quean tontos los dos. Mañana te convido yo ar *sine*.

Trinidad. Con mi papá por medio.

Jacinto. ¿Con tu papá por medio? ¡Pos nos vamos a divertí los tres! ¡Vaya! ¡Ya hemos yegao ar fin de la película!

Trinidad. *Deteniéndolo.* Quietesito, tú, que esto no es una *sinta*. Déjalo pa cuando nos casemos.

Jacinto. ¡Huy! ¡Cuando nos casemos!… Cuando a mí me pregunte er cura: «¿Quiere usté por esposa…?». ¿Cómo te yamas tú?

Trinidad. Trinidad Ojeda Arcalá.

Jacinto. ¡Ole! «¿A Trinidá Ojeda Arcalá?».

Trinidad. ¿Qué vas tú a responderle?

Jacinto. «¡Eso no se pregunta, padre! ¿Pa qué estoy aquí de rodiyas?».

Trinidad. ¡Ja, ja, ja!

Jacinto. ¿Y tú que vas a responderle cuando te pregunte…?

Trinidad. «¿Quiere usté por esposo a…?».

Jacinto. «¿A Jasinto Gonsález Echesarreta?».

Trinidad. ¡Huy! ¡Echesarreta!

Jacinto. ¿Eso vas a desirle ar cura?

Trinidad. No, hombre; es que me ha estrañao el apeyido.

Jacinto. Mi abuelo materno, que era de Pasajes. ¿Qué vas a contestarle ar cura?

Trinidad. ¡Lo que toas las novias… y con la misma voz! «Sí quiero».

Jacinto. ¡No te he oído!

Trinidad. «Sí quiero».

Jacinto. ¡Bendita sea tu boca! ¿Vámonos a Rota a pasa la luna de mié?

Trinidad. ¡Ay, sí! ¡Que una playa es lo más bonito pa eso!

Jacinto. ¡Y que yo pinto unas marmitas en unos abanicos, y saco pa er viaje!

Trinidad. ¡Ajajá! ¡Qué rebién te ha salío la primera!

Jacinto. Siéntate conmigo en este montonsito de arena a verme pinta.

Trinidad. ¡No que no! ¡Poco que me gusta a mí verte!

Se sientan muy juntos. Él le toma las manos.

Jacinto. ¡Trinidad de mi vida!

Trinidad. Oye, si utilisas así las dos manos, vas a pinta muy poco.

Jacinto. ¡Ahora estoy emborrachándome de luz!

Trinidad. ¿Pa ponerla luego en los abanicos?

Jacinto. ¡En los abanicos y en la casa! ¿Me vas a queré mucho?

Trinidad. ¡A compás con lo que tú me quieras a mí!

Jacinto. ¡Entonses, la locura!

Trinidad. ¿La locura? *Un tanto temerosa.* Vamos a volvernos a Seviya pa arreglá er pisito.

Jacinto. ¡Lo que quieras tú! ¡En er tren de esta tarde! Er pisito son tres habitasiones. Porque los abanicos no dan pa un palasio.

Trinidad. *En un cuartito los dos…*

Jacinto. *Veneno que tú me dieras…*

Trinidad. *Veneno tomaba yo.*

Jacinto. Y con las tres habitasiones nos basta. Er comedó, un rinconsiyo pa que yo pinte… y la arcoba. Desde luego estilo moderno, ¿eh? Dos camas.

Trinidad. ¿Dos camas?

Jacinto. Pos ¿cuántas quieres?

Trinidad. ¡Tres!

Jacinto. ¿Tres?

Trinidad. ¡La de la criada, hombre!

Jacinto. ¡Ah! ¡Bueno!

Trinidad. ¡Porque tomaremos una criada!

Jacinto. ¡Naturalmente! ¿Voy yo a consentí que se estropeen estas dos rosas?

Trinidad. ¡Qué caló hase, chiquiyo!

Jacinto. ¿Mandamos a la criada por un refresco?

Trinidad. ¡Ay, sí!

Jacinto. ¿Cómo se yama la criada?

Trinidad. ¡Como tú quieras!

Jacinto. *Llamando.* ¡Ramona!

Trinidad. *Lo mismo.* ¡Ramona!

Jacinto. No oye.

Trinidad. ¡Déjala! ¡Estará con er novio! ¿Sabes tú lo que yo me tomaba ahora mismo?

Jacinto. ¿Er qué, corasón?

Trinidad. Un helaíto de esos de dos colores: amariyo y rosa.

Jacinto. ¿Antojitos ya?

Trinidad. ¡No, por Dios! ¡No me lo digas!… ¡Tan pronto… Déjame siquiera un pá de años disfrutá sin el agobio de las criaturas!

Jacinto. ¡Por mí, dejao! ¡Pero cuando las cosas las manda Dios!…

Trinidad. Eso sí. Oye, antes que se me orvide. Papá tiene que viví con nosotros.

Jacinto. ¿Papá? ¿En medio también, como en er *sine*?

Trinidad. No, tonto: a un lao. Pero es que está solo en er mundo.

Jacinto. Sobre eso, te diré.

Trinidad. ¿Cómo te diré? ¿Vas a discutírmelo?

Jacinto. Ya tú conoses, porque lo tratamos en Rota, mis ideas sobre er particulá.

Trinidad. Y tú las mías.

Jacinto. Er pisito es muy chico. A duras penas le haremos a Ramona un lugá. ¿En dónde vamos a meté a mi suegro?

Trinidad. No me gusta que le yames suegro: yámale papá.

Jacinto. ¿En dónde vamos a meté a papá?

Trinidad. Papá aburta poco. ¡Es más chico que yo!

Jacinto. ¡Por poco que aburte, no lo vamos a meté en la despensa con las asitunas!

Trinidad. ¡Claro que no! ¡No es una asituna er pobresito!

Jacinto. ¡Es un güeso!

Trinidad. ¿Un güeso mi papá?

Jacinto. ¡Y pa dormí necesitará una cama! ¡Ponte en que son ya cuatro camas en er piso! ¡Y no hemos comprao más que tres!

Trinidad. ¡Pos nos mudamos a un piso más grande! ¡Lo que es yo no me separo de papá!

Jacinto. ¿A un piso más grande? ¿Con lo caros que están los arquileres?

Trinidad. ¡Papá ayudará con lo suyo!

Jacinto. Pero si no es eso, Lola de mi arma…

Trinidad. ¿Lola?

Jacinto. Digo, Rosalía.

Trinidad. ¿Rosalía?

Jacinto. ¿Cómo me has dicho que te yamas, mujé?

Trinidad. No, no, no… ¡No quieras escurrirte! ¡Por la boca muere er pez! ¡Te has vendío por la boca! ¿Quién es Lola? ¿Quién es Rosalía?

Jacinto. ¡Nadie! ¡Los primeros nombres que se me han vento ar pensamiento, porque no daba con er tuyo!

Trinidad. ¿Así me quieres?

Jacinto. ¡A cuarquiera le pasa, Pepa!

Trinidad. ¿Otra te pego? ¿Pepa ahora?

Jacinto. ¡Si es que estoy trastornao! ¿Cómo se yama mi mujé? ¿Cómo me yamo yo?

Trinidad. Tu mujé se yama Trinidá… y tú Jasinto, ingrato. ¡Aprende de mí, Echesarreta! ¡Siempre tenéis los hombres que aprendé de nosotras! ¡Lola! ¡Rosalía! ¿Quién son esas mujeres? ¡Por argo las has nombrao tú!

Jacinto. ¡Dos novias que tuve antes de conoserte! ¡Cosas de chiquiyo, Trinidá!

Trinidad. Sí, sí; cosas de chiquiyo. ¡Pa quien te crea!

Jacinto. ¡A sabe los novios que habrás tenío tú antes de casarte conmigo!

Trinidad. ¡Ninguno! ¡Tú has sío er primero!

Jacinto. ¡Que me lo ví a creé! ¡Con lo que tú te vienes a la vista, no vas tú a habé tenío ningún novio!

Trinidad. ¡Pos no lo he tenío! Novio formá, se entiende. Tonterías de chiquiya, no digo. Pero no es de esto de lo que ahora se trata. ¿Papá va a viví con nosotros o no?

Jacinto. No.

Trinidad. ¿Qué no?

Jacinto. Er casao casa quiere. Vivirá en er piso de junto, pero en er nuestro, no. Estos pormenores hay que aclararlos desde er prinsipio.

Trinidad. ¿Sí, verdá? Pos, desde er prinsipio: tú por un lao y yo por otro. Me divorsio de ti.

Jacinto. ¿Qué?

Trinidad. ¡Que me divorsio! Y no hay más que hablá. Soy una mujé muy entera. Por fortuna no tenemos hijos. ¡No, no tenemos hijos!

Jacinto. ¡No ha habido tiempo!

Trinidad. A Dios grasias. Conque eche usté a corré, don Jasinto. Váyase usté a darle aire con sus abanicos a esas mujeres que ha nombrao y a toas las que a usté se le antojen.

Jacinto. ¿Lo ha pensao usté bien, Trinidá?

Trinidad. Yo no pienso estas cosas: las siento.

Jacinto. Bueno. Nos divorsiamos.

Trinidad. Nos divorsiamos. ¡Vaya con el hombre!

Jacinto. ¡Vaya con la mujé! Le dejo a usté aquí el abanico que le he regalao, porque lo que se da no se quita. Y los otros se los dejo también pa que le hable usté a su papá de mi pretensión. Er negosio es er negosio.

Trinidad. Ese es un achaque de usté pa vorvé a mi casa.

Jacinto. Es posible. Y si vuervo y no me quié usté ve, ¡con quitarse de en medio!…

Trinidad. ¡Delo usté por seguro! ¡Fartaría otra cosa!

Jacinto. ¡Que coste que usté ha tenío la curpa de esto!

Trinidad. ¡Yo, yo, yo!

Jacinto. ¡Usté na más!

Trinidad. ¡Yo, yo, yo! Traiga usté un notario, y se lo digo. ¡Yo, yo, yo!

Jacinto. Basta. No soy hombre de contemplasiones. Buenas tardes, Teresa.

Trinidad. Vaya usté con Dios, Anacleto. ¡No va a sé usté solo a confirmarme!

Jacinto. ¡Memorias a papá!

Se va de estampía.

Trinidad. ¡Jesús con er pintó! ¡Qué sofoco me ha dao! Pero ¡qué cosas hemos dicho los dos!… ¡Esto ha sío como una borrachera! ¡Jesús!… ¡Jesús! ¿Cuál está más loco? Y según se va… yo creo que vorverá mañana. *Suena en esto el timbre del portón.* ¡Digo! ¡Mañana! Ya está ahí. Grasioso es grasioso. Las cosas en su punto. *Vuelve a sonar el timbre.* ¡Vaya! ¡No será tampoco la primera vez que se arreglen dos divorsios! *Abre el portón.* ¿Qué pasa ahora?

Jacinto. Pasa, que sube papá por las escaleras echando humo.

Trinidad. ¿Sí? ¿Na más que humo?

Jacinto. Hasta ahora, na más. Yo no quiero viví con é porque me han dicho que tiene un genio pa ayunarlo.

Trinidad. ¡Ay, sí! Tiene un genio terrible. ¡Disputa hasta con los retratos! Porque no le contestan. Yo no sé cómo lo resisto. Pero eso es en casa na más: en la caye es el hombre más amable der mundo.

Jacinto. ¡Por argo quería yo dejarlo en la caye y no meterlo en casa!

Trinidad. No, no; tiene que viví con nosotros.

Jacinto. ¡Será tu gusto, corasón! Ya he resuerto lo de las camas. Como también tendremos que compra una cunita, pa lo que venga, mientras viene, papá, que es tan chico, ¡que duerma en la cuna!

Trinidad. Pos siéntate ahora como si acabaras de yegá y como si no hubieras roto un plato.

Jacinto. Ya estoy. Mírame hecho er muñeco de un ventrílocuo.

Trinidad. Así.

Al público.

Soñé que lo conosí

y soñé que me casaba;

soñé que me divorciaba,

soñé que me arrepentí.

Varga mi arrepentimiento,

quede er sueño en la mitá…

y deme la realidá

er novio y el casamiento.

FIN DEL ENTREMÉS

Madrid, 25 abril de 1931.

LAS RAYAS DE LA MANO

ESQUEJE DE ZARZUELA, EN VERSO,

CON MÚSICA DE JACINTO GUERRERO

Estrenado en el **Teatro del 18 de Julio**, de Montevideo, el 29 de mayo de 1931, y en Madrid, en el **Teatro Ideal**, el 22 de junio de 1932

REPARTO

PERSONAJES ACTORES La Marquesita. Paquita Escribano. Abelardo. Vicente Vendrell. En Madrid, fueron los intérpretes Rosita Cadenas y Juan García,

LAS RAYAS DE LA MANO

ACTO ÚNICO

Jardín de una casa señorial, en la que se celebra una fiesta nocturna. Luz de luna clara. Farolillos y luces de colores entre los árboles.

Sale la Marquesita, preciosamente vestida de gitana, ella misma dirá por qué. Hasta el jardín llegan los ecos de la música de un baile en los salones.

Marquesita.

Allí está. Nada le importan los encantos de la fiesta, ni hay música que lo anime, ni hay mujer que lo estremezca.

¿Qué hombre es ése? ¡O poco puedo, o consigo, con mi treta, de su mutismo sacarlo y que me mire y me quiera!

De gitana te has vestido, marquesita de las Peñas, y en las rayas de la mano le has de leer su sentencia, y será tanto el hechizo que tus palabras envuelva, que no dejarás tu traje sin que, rendido, las crea.

Marquesita, marquesita, Amor te tiró una flecha que, al darte en el corazón, te hizo perder la cabeza.

Canta.

Es el amor guerrero

tan atrevido

que siempre es victorioso, nunca vencido.

Él clava donde quiere sus estandartes,

y va haciendo locuras por todas partes.

*

¡Locuras que son venturas; locuras del alma en flor!…

¡Dios regala a sus criaturas las locuras,

las locuras del amor!

*

¡Ay, mujer!

¡Siempre que te vuelvas loca, que sea loca de querer!

*

Marquesa, marquesita, perdiste el seso,

y sólo has de curarte logrando un beso.

Gitanilla embustera

que así se afana:

¡como no lo consigas, no eres gitana!

*

¡Locuras que son venturas; ¡Locuras del alma en flor!

¡Dios regala a sus criaturas las locuras,

las locuras del amor!

*

¡Ay, mujer!

¡Siempre que te vuelvas loca, que sea loca de querer!

Cesa de cantar.

¡Ay! Allí viene. Me escondo, para darle la sorpresa.

¡Que el diablo acuda en mi auxilio, y que el cielo me proteja!

¡Jesús! ¡A Dios y al diablo pido que a ampararme vengan!

¡Qué desatino! ¿Tú ves cómo estás loca, marquesa?

Se oculta.

Sale luego Adelardo, vestido de frac, mustio y melancólico.

Adelardo.

En el salón, me aburría el bullicio de la fiesta, la frivolidad de todos, la necedad de las lenguas…

Ni un solo amigo me atrae, ni una mujer me interesa, ni un perfume me detiene, ni una música me alegra.

Y en el jardín, a mis solas, vago por él y doy vueltas, y el fastidio de allá dentro, dentro de mí, no me deja.

¡Vaya! ¡Me voy a la calle, a ver si un cambio de escena logra sacudir mis nervios y echar mi fatiga fuera!

Va a hacerlo; pero se lo impide la Marquesita, que se le interpone y le habla a lo gitano, comenzando su farsa.

Marquesita.

¿Adónde vas, escurrío, con esa cara de aserga?

Adelardo.

¡Eh! ¿Cómo?

Marquesita.

¿Con esa cara

más triste que la Cuaresma, esos ojitos de luto

y ese coló de pajuela?

¿Adónde vas?

Adelardo.

No te importa.

¡Déjame!

Marquesita.

¡Jesús, qué fiera!

Adelardo.

Pero ¿cómo te has entrado aquí? ¿Quién te abrió la puerta?

Marquesita.

Undebé que está en er sielo, y me dijo: —Micaela, yégate ar palasio aqué, donde hay esta noche juerga, y a vé si le das palique a un mosito y lo consuelas; porque está más aburrío que er maniquí de una tienda.

No me lo niegues, hermoso; no lo ocurtes, patas tiesas; ¡si tiene malenconía hasta er futraque que yevas, y están yorando de tristes los fardones que te cuergan!

Adelardo.

¡Vamos, quita!

Marquesita.

¡No te enfades!

¡No te vayas!

Adelardo.

¡Vamos, suelta!

Marquesita.

¡No desperdisies ahora, con tar noche como yevas, la ocasión que yo te doy de animarte aunque no quieras!

Adelardo.

¿Tú?

Marquesita.

¡Yo!

Adelardo.

¿A mí?

Marquesita.

¡Pos ya lo creo!

¡A ti, figura de sera!

Yo te borraré esa arruga que tienes entre las sejas, y te alegraré los ojos, quitándote las ojeras.

¡*Gachó*, qué ojeras! ¡Las juntas…

y un aro de serviyeta!

Adelardo sonríe

¡Gracias a *Undebé* que logro í levantando la niebla, y que tu cara ilumine la sonrisa plasentera!

¡Ay, qué dientes!… ¡Qué dichosa la seresita que muerdan!

Si te los ve argún dentista, pone tu retrato en muestra; y si te los ve argún yanqui…

¡a la pantaya te yeva!

Adelardo.

Toma y déjame, gitana.

Marquesita.

¿Qué me das?

Adelardo.

Unas monedas,

por que me dejes.

Marquesita.

¡Roñoso!

Pero ¿con esta miseria quieres pagarme er consuelo que te traigo pa tus penas?

¿Las notisias que he de darte de una *gachí* que te sela, y que de noche y de día na más que contigo sueña, ni tiene más pensamiento que quererte y que la quieras, y yora en sus soledades que los ojos se le queman?

Adelardo.

¡Oh! ¡Ninguna mujer llora por un hombre!

Marquesita.

¿Que no? ¡Ésa!

Adelardo.

¿Tú la has visto?

Marquesita.

¡Yo la he visto!

Adelardo.

¡Llorar por mí!…

Marquesita.

¡Como suena!

Yorando se pasa er día; yorando la noche entera.

¡La reoma de sus peses, con sus lágrimas la yena!

Cabayero solitario,

dame ya tu mano izquierda, y escucha a la gitaniya lo que en sus rayas te lea; que por eyas va a desirte er cariño que te serca, la mujé que por ti sufre y la suerte que te espera.

Adelardo.

¡Vaya! ¡Me cambiaste el aire!

¡Toma ya mi mano!

Marquesita.

¡Venga!

¡Dichosa yo si me oyes!

Adelardo.

¡Dichoso aquel que te crea!

Marquesita.

¡Te alegrarás de este encuentro!

Adelardo.

¡Gitanilla, Dios lo quiera!

Marquesita.

¡O yo te espanto las *ducas,* o yo no soy Micaela!

Cantan.

Marquesita.

En er nombre de *Undebé* te diré

to lo que en tu mano lea, y si miento, que me vea dos semanas sin comé.

Adelardo.

¡Ay, gitana zahorí,

dime a mí

lo que en mi mano esté escrito, que esta noche necesito siquiera engañarme así!

*

Marquesita.

No hay engaño, mosito gitano, en lo que en tu mano ha escrito *Undebé*.

¡Alégrate ufano:

que aquí hay un cariño, cariño tirano, que por toítas partes te quiere cogé!

*

¿Que quién es eya?

¡Pos una morenita

como una estreya!

*

Adelardo.

No me engañe, gitana graciosa, tu boca preciosa,

fragante clavel.

Dime de esa rosa,

dime de esa estrella brillante y hermosa de cuyo cariño me aguarda la miel.

*

¿Dónde está ella?

¡Yo no podré alcanzarla, si es una estrella!

Marquesita.

¡Por eso no te apures, que si tú crees en mí, con na más que lo jures eya vendrá hasta ti!

Adelardo.

¡Jurado está, gitana!

¡Dile que venga ya!

¡Hoy mejor que mañana!

¿Dónde está? ¿Dónde está?

*

Marquesita.

¿La quieres sin verla?

Adelardo.

¡Sin verla la quiero!

¡Tu hechizo me vence!

Marquesita.

¡Tus ojos a mí!

¿La yamo?

Adelardo.

¡Ahora mismo!

Marquesita.

¿Me esperas?

Adelardo.

¡Te espero!

Marquesita.

¡Adiós, cabayero!

Adelardo.

¡Adiós, gitanilla! ¡Te aguardo!

Marquesita.

(¡Vencí!)

Cesa el canto.

Ella se va. Él, a solas, dice:

Adelardo.

¿Será verdad? ¡Qué locura!

¿Va a ser verdad la quimera de una gitana engañosa que a mí de pronto se acerca?

¡No es Verdad, no! Pero, al menos, me sacó de mi tristeza, y me ha dado unos instantes de ilusión. ¡Bendita sea!

Y ¿qué he de hacer? ¿Esperarla?

¡Se reirá de mi inocencia!

Mas, sin embargo, no quiero irme sin volver a verla.

Endemoniada gitana,

¿vas a lograr que te crea?

¡Si no con la que me quiere, vuelve tú sola, siquiera!

En esto se oyen dentro ecos de la canción de la Marquesita, y luego la voz de ella que canta: ***Marquesita****.*

¡Locuras que son venturas; locuras del alma en flor!

¡Dios regala a sus criaturas las locuras,

las locuras del amor!

¡Ay, mujer!

¡Siempre que te vuelvas loca, que sea loca de querer!

Adelardo la escucha embelesado. Y un momento después se ofrece a sus ojos la Marquesita, despojada ya del traje de gitana, en su ser y atavío naturales. Él la mira atónito.

Marquesita.

Aquí me tienes **Adelardo**.

¿Eh? ¿Cómo?

Marquesita.

Una gitana traviesa

me ha dicho que tú me aguardas.

Adelardo.

¿Que yo…?

Marquesita.

Tú, sí; por las señas…

Adelardo.

Pero ¿esa voz…, ese rostro?…

¡O he perdido la cabeza, o estoy soñando!

Marquesita.

¡No, hombre;

no estás soñando…, no sueñas!…

En las rayas de tu mano hay una verdad, que es ésta.

Te lo anuncié de gitana…, y lo afirmo de marquesa.

Adelardo.

Pero…, pero…

Marquesita.

Cuando un hombre

de un cariño no se entera y pasa, a su lado igual que si pasara a cien leguas, el cariño no lo sufre, y discurre la manera de abrir los ojos al ciego y remediar su torpeza.

Años hace que te sigo, y tú no te has dado cuenta…

Adelardo.

Pero ¿es posible?

Marquesita.

¿Aún lo dudas?

¿Ves que ni rubor me cuesta?

Las mujeres que hablan mucho, que de mi conducta aprendan y guarden unas palabras para ocasiones como éstas, en que los hombres son mudos y sordos…, y no se enteran.

Adelardo.

Marquesita la gitana: dame tu mano de seda, y permíteme besarte

sus rayas, que acaso encierran de tu ventura y la mía la clave aquí descubierta.

Marquesita.

¿Ya también eres gitano?

Adelardo.

¡Ya seré lo que tú quieras!

*

Al público.

Marquesita.

Hablándole a lo gitano su cariño conseguí,

y lo que quise leí

en las rayas de su mano.

TELÓN

EL PELIGRO ROSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro del Príncipe**, de San Sebastián, el 11 de septiembre de 1931, y en el **Infanta Isabel**, de Madrid, el 2 de octubre del mismo año

A ALFONSO TARQUIS,

en prenda de antigua

y constante amistad,

con dos abrazos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Blanca Solís. Angelina Vilar. Nora. Isabel Garcés. Doña Guía. Concha Ruiz. Eusebia. María Brú. Antoñita. Julia Tejera. La Chanquete. Adela Santaularia. Purina. Concha Fernández. Tatí. Magda del Castillo. La Castiza. Elisa Méndez. La Romántica. María Lola Argenti. Camila. Carmen Pradillo. Enriqueta. Carmen de Toledo. Feliciano. Manuel Collado. Raul. Luis Manrique. Benito. Alfonso Tudela. Macario. José Isbert. Quirico. José Soria. Miramón. Jesús Valero.

EL PELIGRO ROSA

ACTO PRIMERO

Habitación de confianza en casa de Feliciano, recalcitrante soltero, en Madrid. Salidas por derecha e izquierda. Comodidad, buen gusto. Teléfono.

Es en la mañana de un día de primeros de octubre.

Eusebia, ama de llaves de la casa, persona sensible y si se quiere de buen ver —aunque no tan bueno como ella presume—, discute con Macario, mayordomo de malas pulgas, y éstas, envenenadas, porque sus sesenta y tantos años le han convertido la sangre en aguarrás.

Eusebia. ¡El día que discurra usted algo con sentido común, se caerá una estrella!

Macario. ¡Y el día que piense usted en cualquier asunto como yo, se caerá la luna!

Eusebia. ¡Pues está segura en el cielo! ¡Qué hombre!

Macario. ¡Qué mujer! Y ya se ha dicho todo: ¡qué mujer! ¡Mujeres!… ¡Mujeres!…

Eusebia. ¿De modo que usted encuentra bien que una entretenida cualquiera venga a esta casa?

Macario. ¡Esta es la casa de un soltero, que recibe en ella a quien se le antoja! De un soltero que, gracias a Dios, se pasa el día con esta cantinela:

¡Qué feliz es el palomo

que vive en su palomar:

arrulla a las palomitas…

y a volar!

Eusebia. ¿En dónde habrá aprendido Feliciano esa copla bellaca?

Macario. ¡Se la he enseñado yo!

Eusebia. ¡Por lo visto, para usted, las únicas mujeres que tienen pase de libre circulación… son las más tiradas!

Macario. Son las que le hacen menos daño. Con ésta lleva un par de meses… y hoy creo que estamos ya de licencia absoluta. ¡Así, así, Feliciano!

Eusebia. ¡Ay, si su madre levantara la cabeza!

Macario. ¡Se volvía a morir de lo que se murió!

Eusebia. ¿De qué se murió?

Macario. ¡De aguantarla a usted, que es más cursi que un nombre con canela en un plato de arroz con leche!

Eusebia. ¡Pues me tuvo a su lado quince años!

Macario. ¡Toma! ¡Y a mí treinta!

Eusebia. Aquí sale la golfa ya.

Macario. ¡Y haciendo pucheros! ¿No le dije a usted? ¡Bravo, señorito!

Aparece por la izquierda del actor la Chanquete, llamada así por lo menuda y por su naturaleza malagueña.

Chanquete. *Sollozando.* La curpa la tengo yo; yo na más; por haberle entregao hasta laz uñas… ¡Ay!… ¡Ay!…

Macario. Bueno, bueno, Chanquete; en la calle se te pasará.

Chanquete. ¡Zinvergüenza, granuja, piyo, piyo de playa!…

Eusebia. ¡Mire usted lo que dice!

Chanquete. ¡Zeñora, zi esto es de cariño! ¡Cuando una quiere mucho es cuando habla azí! ¡Ustés no zaben cómo yo lo he querío! ¡Me esbarataba junto a é! ¡Él era el agua y yo er pana!

Macario. ¡Pues ya encontrarás otro primo!

Chanquete. ¡Como éste, ninguno!

Macario. ¿Tan primo?

Chanquete. ¿Ze quié usté cayá? ¡Tan bueno pa quererlo! ¡Es que zé me hace un núo en la campaniya! ¡Ladrón, bandolero, pirata!

Macario. ¡Es de cariño! ¡Se ve, se ve lo que lo quieres!

Chanquete. ¡Lo quiero, zí, lo quiero! ¡Y zi a usté no le arcanza la vista pa verlo, cómpreze unos *prasmáticos! Se va por la derecha.*

Eusebia. ¡Uf!… ¡Qué rastro deja! ¿A qué huele ese demonio de mujer? ¡Uf! ¡Uf!… ¡La Chanquete aquí! ¡La Chaquete!

Macario. ¡Ya lleva el pasaporte! ¡Otra vez al Mediterráneo! ¡A este buen mozo no lo pesca ninguna!

Eusebia. *Con intención que sólo ella puede alcanzar.* ¿Ninguna?

Macario. ¡Ninguna! Treinta años tiene, y ya usted lo ve. Mi siembra da su fruto. ¡Desde que nació lo estoy yo previniendo!

Eusebia. Pero ¡qué odio más repugnante nos tiene usted a las mujeres!

Macario. ¿Sin motivo, verdad? Mi abuela se la pegó a mi abuelo…

Eusebia. ¡A saber por qué causa!

Macario. ¡Se la pegó! ¡Mi nuera se la pega a mi hijo y mi mujer me la pegó a mí! ¡Odio por capricho a las mujeres!

Eusebia. ¡Y si yo me hubiera casado con usted, también se la pego!

Macario. ¡Señora, cuando ponga usted un ejemplo, que se funde en algo posible! ¡Casarse usted conmigo! ¡Vamos!… ¡Pegármela usted a mí con otro!… ¿Con quién?

Eusebia. ¡Ah! ¿Es que yo no puedo gustarle a ningún hombre?

Macario. ¡Cuerdo, a ninguno!

Eusebia. ¡Bah! ¡Quiere usted oírme!

Por la izquierda sale a cortar la discusión Feliciano, en traje de calle.

Feliciano. ¡Viva la libertad masculina! ¡El himno a la libertad del soltero está por escribir! ¿Qué va diciendo la Chanquete?

Macario. ¡Palabras de cariño!

Feliciano. ¡Ja, ja, ja! Un amorío de dos mesecitos ya está bien; ¿no, Macario?

Macario. Sobra mes y medio todavía.

Eusebia. ¡Uf! ¡No puedo resistirlo! *Se va por la derecha.*

Feliciano. ¡Ja, ja, ja! ¡Eusebia te aborrece!

Macario. Por muchos años. Y tú no te confíes y ten ojo con esta lombriz malagueña que se ha ido. Estas que lloran a lo popular son muy peligrosas. ¡Ojo! *Se va por la izquierda.*

Feliciano. ¡Ja, ja, ja!

Por la derecha aparece en esto Benito, que se dirige a él con los brazos abiertos.

Benito. ¡Feliciano!

Feliciano. *Alegremente sorprendido.* ¡Benitín! ¿De dónde sales, hombre? ¡Creí que te habías muerto!

Benito. Ahora te contaré. No sabes en la que ando metido.

Feliciano. Siéntate.

Benito. Acabo de encontrarme a la Chanquete escaleras abajo. Iba lagrimeando… y me *estilicé* para que no me reconociese. ¿Qué ha ocurrido?

Feliciano. Lo que era de esperar: cerrado mi corazón por reformas.

Benito. ¡Bien, hombre, bien! Ya cansan esos laberintos. Tú sabrás que yo terminé con la Castiza.

Feliciano. ¡Sí! ¡Lo supe!

Benito. No hay quien aguante el casticismo a diario. ¡Y hay que ir sentando

la cabeza!

Feliciano. No, no, no; no hay que ir sentando nada. Quede sentado esto. Me alegro de que hayas venido, porque yo iba a llamarte.

Benito. ¿Pues?

Feliciano. Para ti la Bolsa no tiene secretos, y yo he ahorrado últimamente unas pesetillas… ¿Qué papel compro?

Benito. Espérate unos días y te diré. Cabalmente ahora… Espérate unos días. Y a otra cosa. Hoy soy yo el que necesita de ti.

Feliciano. Pues aquí estoy a tu servicio.

Benito. Y no se trata de la bolsa, sino de la vida.

Feliciano. ¿Sí, eh?

Benito. Ya verás. Tú eres el único amigo verdadero que tengo yo.

Feliciano. Hombre, muchas gracias.

Benito. ¡Amigo… amigo!

Feliciano. Lo soy de todo aquel a quien se lo llamo.

Benito. Pues bien: ¿qué es lo primero que se le pide a un amigo así para ponerlo a prueba?

Feliciano. Dinero.

Benito. Dinero, sí. Es posible… ¿Y lo segundo?

Feliciano. Más dinero.

Benito. No; ahí no estamos conformes. Lo segundo es un consejo leal.

Feliciano. *Atando cabos.* A ver, a ver… Sentar la cabeza… la bolsa… la vida… un consejo leal… ¡Tú piensas casarte, Benito!

Benito. ¡Eso es! ¡Acertaste!

Feliciano. ¡Oh!

Benito. ¿Cómo «¡Oh!»?

Feliciano. ¡Oh! ¡Oh!

Benito. ¿Qué es eso?

Macario cruza oportunamente de izquierda a derecha, subrayando con una suya la exclamación de Feliciano.

Macario. ¡Oooooh!…

Benito. ¿Qué es eso? ¡Este criado tuyo me carga enormemente!

Feliciano. ¿De manera que te piensas casar?

Benito. Justo. A eso te aludía cuando llegué. ¿Es que se me conoce en la cara?

Feliciano. Un poquitín. Se os pone a los futuros maridos un gesto tan triste como a los que comen sin sal.

Benito. Déjate de bromas y dame tu consejo.

Feliciano. Y ¿qué quieres que yo te aconseje, Benito?

Benito. Si hago bien o mal, a tu juicio; si debo o no debo casarme.

Feliciano. Pero, bueno, ¿tú te has olvidado de quién soy yo?

Benito. ¡Ca! Precisamente porque recuerdo bien tu manía contra el matrimonio es por lo que yo quiero oírte.

Feliciano. ¡Ah, vamos! ¿Necesitas un apoyo para romper la boda?

Benito. ¡Qué disparate!

Feliciano. ¿No, eh? Pues, entonces, ni entiendo cómo vienes a mí, ni te doy consejo ninguno.

Benito. Explícate.

Feliciano. Mira, Benito: todo aquel que se quiere casar es un paranoico.

Benito. ¿Un paranoico?

Feliciano. Un paranoico.

Benito. Y eso ¿qué es?

Feliciano. Pues, chico, así, a bulto, para que tú lo entiendas de una vez, un paranoico es un hombre que discurre bien sobre todo y que en una sola materia pierde los estribos y desbarra. Por ejemplo: don Quijote era un paranoico.

Benito. Ya.

Feliciano. Fuera de los libros de Caballerías, daba gusto oírlo: era un varón sensato; le tocabas a las Caballerías… y era una cabra loca.

Benito. Ya.

Feliciano. Para todos los que van a casarse, las Caballerías son el matrimonio. De nada ha de servirte lo que yo te diga sobre el particular: ¡tú te casas! Te acompaño en el sentimiento.

Benito. ¡Oye, oye! ¡Vamos a discutir!

Feliciano. ¿Para qué? Todo será inútil. ¡Tú te casas!

Benito. Lo primero que tienes que hacer es enterarte de quién es mi novia.

Feliciano. ¿La conozco yo?

Benito. ¡Claro! Cuando te digo esto… Es muy amiga tuya.

Feliciano. ¿La Chanquete?

Benito. ¡Hombre! ¡Que estoy hablando en serio!

Feliciano. Eso es lo malo. ¿Quién es tu novia, entonces?

Benito. Nora San Serení.

Feliciano. ¡Agua va!

Benito. ¿Qué quiere decir agua va?

Feliciano. Eso: que va agua. ¿Estás hablando en serio de veras?

Benito. Completamente.

Feliciano. Pero, Benito…

Benito. ¿Qué?

Feliciano. Discúlpame que me sorprenda: ¡una mujer dos veces viuda!…

Benito. Dos veces viuda. ¿Qué hay?

Feliciano. ¡Que además tiene dos hijos del primer matrimonio y otros dos del segundo!…

Benito. ¡Y yo seré el padre de esas criaturas!

Feliciano. ¡Bravo! ¿Ves cómo eres un paranoico?

Benito. ¿Por qué?

Feliciano. Benitín, yo no quisiera herirte; pero sabes que Nora ha coqueteado con medio Madrid…

Benito. ¡Feliciano! ¿Tú también vas a caer en la vulgaridad de darles crédito a los despechados y a los envidiosos?

Feliciano. Una mujer sin seso, voluble, aturdida, gastadora…

Benito. ¿Gastadora? ¿Así discurres? ¿Gastadora esa mujer, que ha llevado hábito año y medio?

Feliciano. ¡Porque no tenía dos pesetas!

Benito. ¡Ni las tiene!

Feliciano. ¡Ni las tiene! ¡Que es otro atractivo!

Benito. Pero ¿tú te crees que yo he buscado un matrimonio de conveniencia?

Feliciano. ¿Qué he de creérmelo yo, con lo que te oigo? Sobre que esa frase de «un matrimonio de conveniencia» es una frase absurda. ¡El matrimonio no le conviene a nadie!

Benito. ¡Yo me caso por el corazón!

Feliciano. Paranoico, paranoico…

Benito. Paranoico lo serás tú, que en todo piensas cuerdamente, y en cuanto se toca al matrimonio, el miedo que le tienes te oscurece el juicio.

Feliciano. ¿El miedo?

Benito. ¡El miedo, sí! ¡Si es tu pesadilla! ¡Todas te quieren atrapar! ¡Todas vienen por tu dinero! Tu sueño por las noches es que te casan, y te despiertas con la lengua blanca del susto que has pasado. Te presentan a una mujer, y por guapa que sea no ves en ella más que a un enemigo. No sabes sino huir del peligro rosa, como le llamas tú. ¡Eres incapaz de entregarte a un amor y de decirle alguna vez a alguna que serás suyo para toda la vida!

Feliciano. ¡Absolutamente incapaz!

Benito. Búrlate, búrlate; que te acabo de cantar las verdades.

Feliciano. Pues a pesar de esas verdades, y de mis pavores, y de mis pesadillas, no cambio mi felicidad por la que tú sueñas.

Benito. Pues allá tú.

Feliciano. Y allá tú también. Hablemos del tiempo.

Benito. ¡Yo no puedo hablar más que de mi ventura!

Feliciano. ¡Pues habla solo!

Benito. Mira, más vale hablar solo que mal acompañado.

Feliciano. Tú has buscado la compañía; yo, no.

Benito. ¡Eso es poco menos que echarme de tu casa!

Feliciano. ¡Tómalo como quieras!

Benito. ¿Sí, eh? ¡Pues me voy ahora mismo!

Feliciano. A contárselo todo a Nora, ¿verdad?

Benito. ¡Es posible!

Feliciano. ¡Que te aproveche!

Benito. ¡Abur! La culpa es mía, después de todo, por haber venido a consultar con un paranoico, ya que sé lo que es eso. *Vase de estampía.*

Feliciano. Incurable: ¡se casa! ¡Y con Nora San Serení, de la que él mismo me ha dicho a mí cien veces yo no sé cuántas perrerías! ¡Paranoico, paranoico!…

Llega por la derecha Blanca Solís, bella y simpática mujer, de aire desenvuelto, que ella pretende que sea, más que femenino, varonil. Trae una gran cartera con papeles.

Blanca. Buenos días, Feliciano.

Feliciano. ¡Hola, secretaria! Buenos días.

Blanca. ¿Ha venido ese hombre a traerle a usted la fausta nueva?

Feliciano. Sí.

Blanca. ¡Qué lástima! Se me ha anticipado. ¡Yo que me regocijaba de haber sido quien se la trajese!

Feliciano. ¿Sí, eh?

Blanca. ¡Figúrese usted! ¡Una noticia que hace reír a todo el mundo!… Anoche, en casa de Regino Alvear, fué una bomba.

Feliciano. ¡Como lo será dondequiera!

Blanca. Hubo apuestas y todo.

Feliciano. ¿Sobre si era verdad o mentira?

Blanca. No. Sobre cuál está más loco de los dos: si él o ella.

Feliciano. Y ¿en qué quedaron?

Blanca. Hubo empate.

Feliciano. ¡Ah! pues si yo estoy allí, ganan los de Benito. El hombre que se casa está siempre más loco que la mujer.

Blanca. Allá allá se van, generalmente. ¿Quiere usted algo?

Feliciano. No; nada.

Blanca. Voy a ver qué correo ha venido.

Feliciano. Creo que no hay ninguno.

Blanca. Antes, con permiso de usted…

Feliciano. Sí. *Siéntase con indiferencia a leer un periódico.*

Blanca habla por teléfono.

Blanca. Oiga, Evaristo. —Soy yo, Blanca Solís, la secretaria. —¿Ha salido el marqués? —Pues dígale cuando vuelva que no iré hasta las cuatro. —Si me necesitara antes, que me llame aquí, al 17921, en casa de don Feliciano Espinel. —Hasta luego. Gracias. *Dirigiéndose a Feliciano.* Esto de llevar tantas secretarías particulares trae ciertos agobios.

Feliciano. Amiga, se ha especializado usted en el género…

Blanca. Es verdad; yo me tengo la culpa. Mi independencia fiera…

Feliciano. ¿Cuántas lleva usted, cinco?

Blanca. Desde ayer, seis.

Feliciano. ¿La de ayer también del mismo género?

Blanca. ¡Ah, sí! Mi fuerte: mi campo. No acepto otra cosa. Es lo que me divierte. Trabajo a gusto… y conozco a los hombres. Y ellos, por su parte, todos me dicen que ninguno les llevaría los asuntos como yo.

Feliciano. Esté usted segura. ¿Cuál es el que la llama a usted Solís?

Blanca. Usted, sin ir más lejos.

Feliciano. Bueno, pero yo lo he tomado de otro.

Blanca. De Sixto Jaén. Ese nunca me llama por mi nombre.

Feliciano. Y ¿cuál de todos le da a usted más guerra?

Blanca. El marqués, sin género de dudas. Es muy chinche. ¿Querrá usted creer que se escribe él mismo cartas amorosas desde todos los Continentales, para darse tono conmigo? ¡Conmigo, que para el caso soy un hombre más! ¡Y yo se las contesto con una chufla!…

Feliciano. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué idiota!

Blanca. Idiota inofensivo, pero idiota.

Feliciano. Oiga usted, Solís: ¿es verdad que Sixto Jaén está ahora enredado con la *Limeña*?

Blanca. Algo más que enredado: *metidísimo*. Pero ya sabe usted que ahí se trata de una sociedad en comandita.

Feliciano. ¿Qué me dice usted?

Blanca. ¿Le descubro algo nuevo?

Feliciano. La verdad: sí.

Blanca. ¿Quiere usted que le diga quiénes forman el consejo de administración?

Feliciano. ¡No, no! ¡Prefiero ignorarlo! ¡La de historias que conoce usted, secretaria!

Blanca. El cargo lo da.

Feliciano. ¿Y de todos sus jefes hace usted con los demás las mismas ausencias?

Blanca. Sin faltar nunca a la verdad de cada uno. Es la salsa. Algunos de mis jefes no me tendrían si no fuera por el chismorreo, por la indiscreción profesional.

Feliciano. Eso sí.

Blanca. Usted es el menos curioso de todos.

Feliciano. Habrá que oír, no obstante, lo que diga de mí.

Blanca. Todo lo que buenamente se me ocurre. La conciencia no la hipoteco con el cargo. Pero sin calumniarlo nunca, insisto. No me entretengo más. Hasta luego.

Feliciano. Hasta luego, Solís. *Vuelve a su periódico.*

Blanca. *Yéndose por la izquierda.* (Así da gusto: ni un piropo, ni una galantería… ¡Qué encanto de hombre!).

Feliciano. *Entre sí.* (Secretaria modelo: ni una esencia, ni una coquetería, ni una mirada maliciosa… ¡Es la única mujer a cuyo lado estoy tranquilo!).

Vuelve por la derecha Eusebia.

Eusebia. Feliciano.

Feliciano. ¿Qué quieres?

Eusebia. He tenido que despedir a la cocinera.

Feliciano. Bueno: eso es cosa tuya. ¿Sisaba mucho?

Eusebia. Lo natural.

Feliciano. ¿Cómo lo natural? ¿Es natural que sisen?

Eusebia. No sólo natural, sino inevitable. La he despedido por otras causas. Demasiada fachenda, ¿me oyes?… demasiadas medias de seda, demasiada ondulación permanente, demasiado color en las uñas, demasiados abrigos de lujo…

Feliciano. ¿Y dices que no sisaba más que lo natural?…

Eusebia. Por eso me escamaba tanto señorío.

Feliciano. Sí, sí; no parecía una cocinera. Yo un día me la encontré en la escalera principal y le dije: «A los pies de usted».

Eusebia. Además, *miraba* demasiado al señorito.

Feliciano. ¿Sí, eh?

Eusebia. Y suspiraba demasiado después de mirarlo.

Feliciano. No me he dado cuenta. Pero entonces has hecho bien. Está el día de liquidaciones, por lo visto.

Eusebia. ¡Ah! ¡La Chanquete!… ¿Qué crees que iba diciendo por el pasillo? La Martina la oyó.

Feliciano. ¿Qué iba diciendo?

Eusebia. «¡Ya me las pagará toas juntas!».

Feliciano. Si aludía a las cuentas, no será la primera vez.

Eusebia. Otra cosa. Ahí está ya la costurera recomendada de la señora de Raúl.

Feliciano. ¡Ah, sí! Tiene mucho interés en que la tomemos.

Eusebia. Quiero que tú la veas antes de ajustarla.

Feliciano. ¿Para qué?

Eusebia. Me quedo más tranquila yo. *Dirigiéndose a Antoñita, que en seguida aparece por la derecha.* Pase usted, joven.

Antoñita. Con permiso. Buenos días. ¿Está bien el señor?

Feliciano. Bien, muchas gracias. Celebro conocerla. Doña Teresina nos ha hecho de usted los mayores elogios.

Antoñita. Es muy amable doña Teresina. Y don Raúl… ¡Oh!… ¡Qué caballero!

Feliciano. Entiéndase usted con Eusebia, mi ama de llaves, y póngase a sus órdenes. Ella es la que gobierna mi casa *Eusebia se esponja.* Hasta luego. *Se va por la derecha.*

Antoñita. Que lo pase bien el señor.

Es Antoñita una madrileña muy fina, llena de ilusiones bienestar, y que sabe a su

casa y a la de al lado.

Eusebia. Ya lo ha oído usted.

Antoñita. Ya lo sabía por doña Teresina.

Eusebia. Vendrá usted dos días a la semana.

Antoñita. Los días que usted quiera.

Eusebia. El trabajo no la matará.

Antoñita. En cuanto a eso, a mí el trabajo no me asusta nunca. Trabajando olvido mis penas…

Eusebia. ¿No tiene usted familia?

Antoñita. Ninguna. A mis padres los perdí en dos meses. Vivo con un gato nada más.

Eusebia. ¡Poca compañía!

Antoñita. Ya cambiarán los tiempos. El señor parece muy cariñoso.

Eusebia. Lo es.

Antoñita. De usted nada digo para no ofender su modestia. ¡Tiene usted una cara de bondad!…

Eusebia. No se fíe usted mucho de la cara. Riño bastante.

Antoñita. Será a quien dé motivo.

Eusebia. ¡Claro es!

Antoñita. Yo procuraré adivinarle los pensamientos.

Eusebia. ¡Ay!… No todos.

Antoñita. Los que tengan que ver conmigo.

Eusebia. Bien. Por de pronto, hasta que yo conozca el trabajo de usted, ganará cada día…

Antoñita. No me hable usted de eso. Usted me dará lo que crea justo. Lo que yo deseo ganar es la casa.

Eusebia. Bien.

Antoñita. Y su simpatía.

Eusebia. De usted depende.

Antoñita. Y la del señor.

Eusebia. Basta.

Antoñita. ¿Ha comprendido usted, señora?

Eusebia. Perfectamente. Vendrá usted él lunes.

Antoñita. El lunes, ¿verdad? Es un buen principio de semana. Hasta el lunes, señora. Servidora de usted.

Eusebia. Vaya usted con Dios.

Antoñita. *A Feliciano, que vuelve con un libro por la derecha, cuando ella se marcha.* Servidora de usted.

Feliciano. ¡Vaya usted con Dios!

Eusebia. ¿Qué te ha parecido?

Feliciano. Bien: muy mona. Si sabe coser…

Eusebia. Me figuro que sabe coser… y cantar. Pestañea demasiado. Allá veremos.

Por la izquierda vuelve la Secretaria con una carta.

Blanca. Feliciano.

Feliciano. ¿Qué hay?

Eusebia se retira por la derecha, dirigiéndole a Blanca una miradita que es una investigación policíaca. Como se Ve, está en todo.

Blanca. Esta carta que han traído ahora mismo.

Feliciano. ¿De quién?

Blanca. De Carrales.

Feliciano. ¡De Carrales!… ¡Bueno! ¿Qué quiere? ¿Lo de siempre?

Blanca. Lo de siempre: dinero. Hoy le pide doscientas pesetas.

Feliciano. ¡Pero, hombre!

Blanca. Dice que le ha nacido otro chico.

Feliciano. ¡Canastos! ¿Y a mí, qué? ¡Esto es lo que más me subleva! ¡Me pide dinero cada vez que le nace un chico! ¡Si yo ni siquiera conozco a su mujer! ¿A mí qué me cuenta?

Blanca. Se queja de lo cara que está la vida… de que lleva mucho tiempo parado…

Feliciano. ¿Parado?

Blanca. Y añade que tal y que cual… y que lo del pan debajo del brazo es un mito… y que usted, que no tiene obligaciones…

Feliciano. ¡Basta, Solís! ¡Eso de que yo no tengo obligaciones colma el vaso! Le contesta usted que perdone por Dios; que si el crío viene sin el panecillo de reglamento, que acuda a otra tahona; y que la única obligación que yo no tengo es esa: la de pagar el biberón de sus críos.

Blanca. ¡Ni más ni menos! ¿A qué se ha casado ese hombre? Esto se debía vigilar. Peor todavía que casarse con poca salud es casarse con poco dinero.

Feliciano. Habla usted como un libro. El matrimonio requiere, ante todo, salud y pesetas. Y luego no casarse.

Blanca. De acuerdo.

Feliciano. ¿Usted también tiene una hermana casada con un pelagatos?

Blanca. ¡No me hable usted! Cada vez que voy a su casa salgo de mal humor. Es más joven que yo; era muy bonita, y está desfigurada, hecha un fardo,

cargada de hijos, sin un día bueno… ¡Horrible!

Feliciano. Pues aplíquele usted el cuento a Carrales:

Blanca. En seguida. Le contestaré por mi cuenta. Usted ni siquiera ha visto la carta.

Feliciano. Y falta, además, que sea verdad lo de la criatura; porque creo recordar que tuvo otro niño el mes pasado. ¿Qué mujer es ésa?

Blanca. ¡Ja, ja, ja! *Marchase riendo.*

A tiempo de verla viene por la derecha Raúl, íntimo amigo de Feliciano, pero hombre de más edad que él, a quien es pálido calificar de pulcro y de correcto: hay que llamarle pulquérrimo y correctísimo.

Raúl. ¡Hola, muchacho! ¿Cómo estás?

Feliciano. Bien; como siempre. ¿Y tú?

Raúl. ¿Qué tal te va con la secretaria?

Feliciano. No me puede ir mejor.

Raúl. ¿No te lo dije?

Feliciano. No es secretaria, es secretario.

Raúl. Sí; pero es mucho más agradable que un hombre… y no es un hombre.

Feliciano. Ni tiene los peligros de una mujer.

Raúl. Exacto.

Feliciano. Ahora vive aquí mismo, en un interior de esta casa.

Raúl. Ya lo sé. Se ha mudado hace dos semanas y media. Teléfono cinco nueve cero cuatro dos. Oye: ¿quieres almorzar hoy conmigo?

Feliciano. Chico, sí. Muy a gusto. Te agradezco la idea. ¿Adónde iremos?

Raúl. Adonde quieras tú.

Feliciano. A Casa de Botín: al campo.

Raúl. ¡Soberbio! La cuestión es no almorzar yo en mi casa *muy muy* seguido.

Feliciano. Sí, sí; ya conozco tu táctica.

Raúl. ¡Lo que agradecen las esposas y los maridos estos paréntesis de libertad! El empacho de felicidad no será con nosotros.

Feliciano. ¡Marido modelo!

Raúl. Como tal pasaré a la historia. Voy a avisarle a Teresina. *Se llega al teléfono.*

Feliciano. Tenemos buen día, ¿eh?

Raúl. De primavera. Entra el otoño que es una delicia.

Feliciano. Octubre es el mejor mes de Madrid.

Raúl. *Al teléfono.* ¿Crescencio? —Soy yo: el señor. Dile a la señora que venga un momentín. *A Feliciano.* Ahora verás qué labor de encaje. —¿Teresina? —Sí: yo. ¿Cómo sigue el nene? Me alegro: era de esperar después de la purguita. —¿Ha estado ya Solórzano? —Bien. Bien. —Que somos tontos, ¿eh? ¡Déjalo! Nos ha conocido. —Tú más tonta que yo, es claro. —Dile a Raulín que luego recibirá las raquetas. Son monísimas. —Escucha: he visto el aparato de *radio*; pero quiero, antes de comprarlo, que lo veas tú conmigo. —Bien. —Sí. —No me esperes a almorzar hoy. —Con Feliciano. —Descuida, descuida: le hablaré de tu recomendada. ¿Cómo había de olvidarme? Antoñita, la costurera.

Feliciano. Dile que.

Raúl le indica por señas que se calle.

Raúl. ¡Si para eso principalmente almuerzo con él! —Hasta luego. —Adiós, monada. Un beso al nene. —Adiós. *A Feliciano.* ¡En la tienda podrá haber muchas porquerías, pero el escaparate es precioso!

Feliciano. ¡Marido modelo!

Raúl. Como suena. No me falta quilate. Ya sé por Eusebia lo de Antoñita; pero esa es noticia que le llevo yo a Teresina después del almuerzo de hoy.

Feliciano. ¡No te falta quilate!

Raúl. Ya verás ahora. *Llama por teléfono a otro número.* ¿Pepilla? ¿Pepilla? —¡El mismo que viste y calza, tesoro! —Oye una cosa. Voy a almorzar con Feliciano en el campo, en Casa de Botín… ¡Si quieres hacerte la encontradiza!…

Feliciano. ¡Qué cínico!

Raúl. No, no: no habrá más faldas que las tuyas; no temas. *Al amigo.* Le da cortedad, ¿sabes? —¡Bendita sea tu boca gitana! ¡Me tienes hecho una jalea!… —¡Ay, Pepilla, si yo todavía fuera estudiante!… —¡Ja, ja, ja! ¡Tu gracia! Hasta luego. —¡Qué salero tiene la condenada!

Feliciano. ¡Pero, hombre!…

Raúl. ¿Qué?

Feliciano. ¿Y si alguien te ve en Casa de Botín con la Pepilla y se lo cuenta a tu mujer?

Raúl. ¡Qué cándido! Le digo a Teresina que es cosa tuya: un hombre soltero. ¿No acabas de aprender, Feliciano? ¿Para qué te llevo yo a almorzar?

Feliciano. No acabo de aprender, no.

Raúl. El casado… dos casas quiere.

Feliciano. ¿En dónde tienes ahora a esa prójima?

Raúl. A ti te lo digo porque eres de fiar. ¡Válgame Dios! catorce, entresuelo derecha.

Feliciano. ¡No acabo de aprender! Pero te juro que por no vivir así no me caso.

Raúl. No te casas porque eres un primo. ¿No me ves a mí? ¡Con lo sabroso que es cambiar de bebida!… ¡El toque está en cuidar el escaparate! Y a propósito de tu casamiento.

Feliciano. ¡No amenaces, Raúl!

Raúl. Esa que llama es doña Guía.

Feliciano. ¿Quién te lo dice?

Raúl. La he saludado en el portal, donde se detuvo con otras señoras.

Feliciano. ¿Y viene sola o con *apéndices*?

Raúl. ¡Con *apéndices*! Te trae dos *candidatas* a tu blanca mano. Preciosas las dos.

Feliciano. ¡Dale, bola! ¡Qué persecución más intolerable! ¡Aunque sea mi tía voy a tener que prohibirle la entrada en mi casa!

Raúl. ¡Pero, muchacho! ¿A ese extremo llevas tu pavor?

Feliciano. ¡Estoy en mi derecho, Raúl! ¡Tengo mis ideas! ¡No me da la gana de casarme! ¡Y es mucho cuento que mi tía, con un pretexto u otro, no para de venir a traerme y a presentarme monadas!

Raúl. ¡Hombre, todavía si te presentara estafermos!…

Feliciano. ¡Pero se va a acabar!

Raúl. ¿Qué?

Feliciano. ¡Que se va a acabar el asalto! ¡Hoy doy fin a la exposición de niñas, casaderas! Recíbelas tú, que ahora vengo.

Raúl. ¿Qué vas a hacer?

Feliciano. ¡El indio! ¡En ese plan no vuelve doña Guía! ¡Ya lo verás! *Marchase por la izquierda, como quien ha tomado una salvadora resolución.*

Raúl. ¿Será infeliz? Haga lo que haga no evitará el cerco. ¡Mientras más miedo les tenga a las mujeres, más lo perseguirán!

Sale por la derecha doña Guía, con Purina y Tatí, las dos preciosidades aludidas.

Doña Guía. ¿No era mi sobrino el que hablaba?

Raúl. Sí, señora; ahora viene.

Doña Guía. ¡Cómo me complace hallarlo a usted en su compañía! Personas tan correctas como usted son las que yo quiero que trate mi sobrino.

Raúl. ¡Por Dios!… Le doy buenos consejos; procuro rodearlo de amistades selectas… Hoy vamos a almorzar con la embajadora de Checoslovaquia.

Doña Guía. Así, así. Hace usted una buena obra. ¿Y Teresina?

Raúl. En el mejor de los mundos. Ya la conoce usted: es una madraza.

Doña Guía. Y usted un padrazo.

Raúl. Ahora está bajo la terrible impresión de que el nene tuvo ayer tarde un empachito. ¡Qué catástrofe!

Doña Guía. Es mucha Teresina. Por supuesto, son ustedes un matrimonio edificante, ejemplar.

Raúl. Los ojos con que usted nos mira.

Doña Guía. Cuando los veo los domingos en misa, me arrobo.

Raúl. Doblemos la hoja, doña Guía. ¿Este par de luceros?…

Purina. ¡Huy, luceros!

Doña Guía. Mi amigo Raúl es muy galante. De lo que no se estila ya.

Raúl. ¿Hermanitas?

Tatí. Primas hermanas.

Raúl. Tienen el aire de familia. Un aire que es aura perfumada.

Purina. Tatí, ¿qué te parece?

Tatí. ¡Que sí que es de otros tiempos!

Purina. ¡Digo! ¡El aura! ¡Desde unos versos del colegio no he vuelto a saber yo del aura!

Raúl. *Para sí.* (¿Me van a tomar el pelo estos ángeles?).

Doña Guía. Yo las he conocido hace un rato, en casa de Salomé Zamora. Se enteraron de que venía a ver a mi sobrino y se brindaron a acompañarme.

Raúl. ¿Lo conocen ustedes?

Purina. De oídas nada más. ¡Por eso hemos venido!

Tatí. ¡Nos hablan las amigas tanto de él!…

Purina. Sobre todo una de ellas: Rarrá González. ¡Qué chica!

Tatí. ¡Qué cosas dice de Feliciano Espinel!

Purina. ¡Oh! ¡Hay que oírla! ¡Feliciano Espinel! ¡Feliciano Espinel! ¡Parece que se enjuaga la boca!

Tatí. ¡Y pone los ojos en blanco y todo!

Purina. Se le van las pupilas: como a una estatua.

Raúl. (¡Estas niñas!…).

Doña Guía. Quiero ver, amigo Raúl, si doy un baile de trajes en mi casa los carnavales próximos.

Raúl. ¡Magnífico!

Doña Guía. Pretendo reanudar aquellas agradables reuniones. ¡Lo que le gustaban a mi pobre Basilio! ¿Se acuerda usted de ellas?

Raúl. ¿Cómo olvidarlas? ¡Allí conocí a Teresina!

Doña Guía. ¡Es verdad!

Raúl. ¡Figúrese usted si les estoy agradecido! Volveré a ellas como se vuelve por gratitud a un balneario, cuyas aguas nos han quitado el reuma.

Doña Guía. Dice usted bien; porque para la juventud, la soltería viene a ser un reuma.

Purina. ¡Qué bonita frase, doña Guía!

Raúl. Un reuma… que necesita el calor del matrimonio para curarse.

Tatí. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Purina. ¡Están inspiradísimos los dos!

Raúl hace un gesto que corrobora su primera idea sobre las niñas.

Raúl. ¿Cuántas bodas salieron de su casa de usted en aquellos tiempos, doña Guía?

Doña Guía. No pueden contarse, Raúl. Más de quinientas desde luego. Y todos son matrimonios felices.

Purina. ¡Qué vulgaridad!

Doña Guía. De ahí mi empeño en restablecer aquellas costumbres. La vuelta a las casas, señor. ¡Dejémonos de bailes y de tés en los hoteles! ¿No es un espanto que estas muchachas encuentren sus novios en tales sitios, donde se cuela sin cédula todo el inundo? A lo mejor tropiezan y se casan con un *apache*.

Raúl. O con algo peor todavía. Se han dado casos.

Purina. Una amiga nuestra, Tomasita Leré, se casó con un anarquista rabioso sin saberlo.

Doña Guía. ¡Qué horror!

Tatí. Hay quien dice que lo sabía.

Purina. Y la noche de novios, que la pasó en París, se encontró con que tenía tres bombas debajo de la cama.

Doña Guía. ¡Jesús! ¡La noche de novios!

Tatí. ¡Usted calcule!

Doña Guía. Calculo, calculo. Soy aquí la única que puede calcular.

Purina. ¡Y nosotras! ¡Por las novelas y por el *cine*!

Raúl. ¡Sí que es un principio de luna de miel! ¡Tres bombas debajo de la cama!…

Se oye tararear a Feliciano, que se acerca.

Doña Guía. Ahí viene mi sobrino ya.

Raúl. ¡Y bien filarmónico, por cierto!

Doña Guía. ¡Es tan alegre siempre!…

Tan alegre, que la deja atónita cuando lo ve. Se ha puesto en piyama y en babuchas; viene despeluzado, dispuesto a desacreditarse en cinco minutos a los ojos de las jovencitas, y bailando al son de una musiquilla popular que tararea.

Feliciano. Tara, tarí… tarí, taró…

Raúl. ¡Muchacho! ¿Estás en tus cabales?

Purina. ¡Ja, ja, ja!

Tatí. ¡Ja, ja, ja!

Doña Guía. ¡Sobrino! ¿Qué es esto, sobrino?

Feliciano. ¡Hola, tía! ¡Cómo me gusta verla a usted tan frescachona! *Le toma la cara.*

Doña Guía. ¡Sobrino! Raúl, pero ¿está borracho?

Raúl. Señora, hace diez minutos no lo estaba.

Purina. ¡Ja, ja, ja!

Tatí. ¡Ja, ja, ja!

Comentan el paso entre sí, sin dejar de reírse. Feliciano continúa su tarareo y su baile, prescindiendo de las monadas en absoluto.

Feliciano. Tarí, taró… tará, tarí…

Doña Guía. ¡Yo estoy asombrada! ¿Qué pinta es ésta a la una de la tarde?

Feliciano. ¡Ay, tía de mi alma! ¡Es que la noche ha sido de órdago! ¡No se incomode usted! *La agarra y le da dos vueltas de baile.* Tara, tari… taró, tará…

Doña Guía. Pero ¡qué espectáculo! ¡Esto es nuevo, sobrino!

Purina. ¡Es él; ya lo creo que es él!

Tatí. ¡Y tanto! ¡Él! ¡él!

Purina. ¿Quién iba a decirnos?… ¡El peliculero!

Doña Guía. ¿El peliculero?

Tatí. Sí, señora; el peliculero. Así le llamamos a éste nosotras.

Purina. Porque no sabíamos su nombre.

Feliciano. ¡Huy qué par de barbianas! ¡No las había visto! ¿Quién ha traído a estas barbianas?

Doña Guía. ¿Barbianas? ¡Sobrino, repórtate!

Feliciano. ¿Las has traído tú, Raúl?

Raúl. *Como el Cid pidiendo justicia.* ¡Feliciano!

Feliciano. ¿De manera que me conocéis? ¿Le habéis destripado el cuento a esta señora?

Doña Guía. ¡Bonito lenguaje! ¡Destripar!… ¡A mí me va a dar algo!

Raúl. ¡Y a mí, doña Guía!

Hacen luego comentarios aparte, durante la escena.

Feliciano. Yo no recuerdo haberos visto nunca.

Doña Guía. Y ¿qué tuteo es ése? ¡Qué libertades!

Feliciano. ¿Qué quiere usted, tía? ¿Que nos tratemos con cumplidos? ¡Tú por tú! ¿No es verdad, chavalas?

Tatí. ¡Pues digo!

Purina. ¡Claro que sí!

Feliciano. El usted entre gente joven es cosa del siglo dieciocho, en que se le llamaba al pañuelo «blanco lino para enjugar las mieles nasales».

Purina. ¡Ja, ja, ja!

Tatí. ¡Ja, ja, ja!

Purina. ¡Es muy gracioso!

Tatí. ¡Es muy *salao*!

Doña Guía. *Escandalizada.* ¡Ay, ay, ay! ¡Qué horror! ¡Qué juventud! ¡Qué rato me está dando! Vámonos, niñas.

Tatí. ¡Deje usted, que es la mar de divertido su sobrino!

Purina. ¡Y la mar de simpático!

Feliciano. ¡Ah! ¿De veras os gusto?

Purina. La otra noche te vimos en la Comedia.

Tatí. Es verdad: en un palco entresuelo.

Purina. ¡Y muy bien acompañadito!

Feliciano. ¿Sí, eh? ¿Con quién estaba?

Purina. ¿Te lo digo?

Feliciano. ¿Por qué no, ricura?

Doña Guía. ¡Ricura!

Feliciano. ¿Con quién estaba yo?

Tatí. Díselo, mujer, que quiere que le regales el oído.

Purina. ¡Con la Chanquete!

Feliciano. ¿Con la Chanquete?

Purina. ¿Vas a negarlo ahora?

Feliciano. ¡Quiá! ¡Y es verdad que estaba con ella!

Doña Guía. ¡La Chanquete!… ¡la Chanquete! ¡Qué mal me suena eso! ¿Quién es la Chanquete, Raúl?

Raúl. No lo sé, señora; no conozco a todos los títulos de Madrid.

Feliciano. Si fuera la Pepilla, otra cosa sería, ¿no?

Raúl. *Después, de fulminar al amigo con una mirada, le dice a la tía, por lo bajo:* Mi opinión, doña Guía, es que se retire usted con estas señoritas. Veo a Feliciano en un plan indecente.

Doña Guía. ¡Indecente, sí! Ahora mismo me voy. Purina Tatí, vámonos.

Feliciano. ¡Déjemelas usted aquí un ratito más!

Doña Guía. ¡Calla, insolente! ¡Te has olvidado de quién soy!

Feliciano. ¡No lo crea usted!

Doña Guía. Venía a hablarte de una fiesta en mi casa, pero me guardaré muy bien. ¡Golfos allí no entran!

Feliciano. ¡Pues va usted a estar sola!

Doña Guía. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Niñas!…

Feliciano. Andad, sí. Yo os acompaño hasta el primer descansillo de la escalera. *Las coge del brazo y se va con ellas por la derecha.* A mi tía no hay que tomarla en cuenta: es como un mueble antiguo. ¡Ideas viejas! ¡Está llena de cucarachas y de polillas! ¿Tú bailas, rubia?

Tatí. ¡Más que una peonza!

Feliciano. ¡Ole! ¿Y tú, chata?

Purina. ¡Yo, más que una tanguista!

Feliciano. ¡Ole!

Doña Guía. *Desahogándose con Raúl.* Pero ¿usted ha visto y ha oído? ¡Estoy anonadada, Raúl!

Raúl. Señora, yo hacía un siglo que no venía por esta casa.

Doña Guía. A mí van a tener que sangrarme. Este muchacho está perdido.

Raúl. ¡Pues hay que salvarlo!

Doña Guía. ¡Hay que salvarlo! ¡Sí! ¿Cuento con usted?

Raúl. ¡Para la causa del orden, siempre! ¡Para salvar a un amigo siempre!

Doña Guía. Conspiraremos.

Raúl. Conspiraremos.

Doña Guía. Voy con esas chicas ahora. ¡Que también!…

Raúl. ¡También! ¡también!…

Doña Guía. ¡También!… *Se marcha tras ellas.*

Raúl. *Abandonándose a su indignación.* ¡Qué bárbaro!… ¡Nunca lo creí capaz! … ¡Ha pasado la raya! ¡Qué bárbaro! ¡Qué estúpido! ¿A qué conduce esta escenota, este chafarrinón?… *A Feliciano, que vuelve bailando, como apareció antes.* ¡Feliciano, eres un hombre indigno!

Feliciano. Tari, taró… taró, tari…

Raúl. ¡Eres un sinvergüenza!

Feliciano. *Sin dejar de bailar.* Dime con quién andas…

Raúl. ¡Eso no! ¿Y el escaparate, Feliciano?

Feliciano. ¡Pero si yo lo que quería era romper la luna de una pedrada! ¡Ya la he hecho añicos! ¡Mi tía no vuelve aquí!

Raúl. ¡Eres un inocente, además! ¡Te saldrá el tiro por la culata! Porque a estas señoritas del día los que les gustan son los golfos.

Macario surge por la derecha como por ensalmo y exclama:

Macario. ¡Y yo se lo estoy diciendo siempre!

Feliciano. ¿Eh?

Macario. ¡Ojo con las niñas de ahora! ¡Ojo!

Feliciano. ¡Al golfo se lo han rifado en todas las épocas! ¿A qué vienes tú?

Macario. A anunciarte una visita que ha tenido su antecedente. Pisándole los talones a tu tía llegó, y está esperándote en la sala.

Feliciano. ¿Quién es?

Macario. Nora San Serení, nada menos.

Feliciano. ¡Sopla! ¡Vámonos a almorzar, Raúl!

Raúl. Hombre, no; no seas chabacano. Recibe primero a esa señora, que te aguarda hace rato en tu casa. Corrección, Feliciano, corrección. Un poquito de corrección. Yo, entre tanto, voy con la secretaria. *Se aleja por la izquierda.*

Feliciano. ¡Pues no me parece lo más correcto! En fin, lo obedeceremos una vez más. *A Macario.* Dile a esa señora que pase. *Arreglándose el pelo.* La recibo así: esta no se asusta de nada.

Macario. ¡Ojo con ella, que es capaz de envolverte! ¡Ojo! *Se va.*

Feliciano. ¿Ojo también con una mujer que dentro de nada va a casarse? Pero ¿es que no hay forma de vivir tranquilo?

Llega por la derecha, como un cohete, la anunciada Nora San Serení. Viene furiosa, desconcertada. Trae un bolso, un ramito de flores y una caja de dulces.

Nora. ¡Por fin, hombre, por fin!

Feliciano. Chica, perdona que te reciba de esta facha.

Nora. Me es igual: no te veo. ¡Vengo ciega!

Feliciano. ¿De enamorada?

Nora. ¡De coraje; de indignación!

Feliciano. ¿Contra quién?

Nora. ¡Contra ti; mal caballero; mal amigo!

Feliciano. ¡Nora!

Nora. ¿Y mi bolso?

Feliciano. En la mano lo tienes.

Nora. Es verdad. ¿Ves como estoy ciega? ¿Qué le has dicho a Benito? ¿Qué le has dicho? ¡Un hombre que se llega a ti confiado a pedirte consejo sobre nuestra boda!… ¿Qué le has dicho? ¡Le has puesto la cabeza así!

Feliciano. ¿La cabeza así? ¿Yo?

Nora. ¡Mal caballero! ¡Desprecio tus insidias vulgares! ¡Mal caballero! ¿Y la sombrilla, dónde la he dejado?

Feliciano. ¡En el tranvía, probablemente!

Nora. He venido en *taxi*. De seguro la he dejado en la sala. La perderé. Las pierdo todas. ¿Qué le has dicho a Benito?

Feliciano. ¡Le he dado mi consejo leal! ¡Sabes que a mí no me duelen prendas y que detesto el matrimonio!

Nora. ¡Tu consejo leal! ¡Y le has dicho que soy una mujer coqueta, casquivana!…

Feliciano. ¿Yo?

Nora. ¡Insoportable, gastadora, ridícula, incapaz de hacer la felicidad de ningún hombre!… ¡Y he hecho ya la de dos! ¡Todo eso me ha contado Benito que le has dicho de mí!

Feliciano. ¡Pues le voy a romper las narices!

Nora. ¡Te guardarás muy bien!

Feliciano. ¡Los consejos confidenciales no se dan para publicarlos a los cuatro vientos!

Nora. ¡Ah! ¿Luego confiesas?… ¡Gastadora yo! ¡Yo, que he vestido hábito año y medio!

Feliciano. ¡Ese era el luto a tu último marido! ¿O es que se lo llevabas a Benito por adelantado?

Nora. ¡Mal caballero! ¡Esa es una broma de muy mal gusto! ¡Y no te la paso!

Feliciano. ¡Ni yo te paso a ti que sigas hablándome en ese tono! Creí que echarlo a broma era lo mejor. Lo que yo le he dicho a Benito, en resumen, es que temo que vais a ser muy desgraciados.

Nora. ¡Con la sana intención de romper la boda! ¡Pues no la rompes! ¡Nos queremos hasta perecer! Tú no entiendes de esto, egoísta. Benito adora a mis cuatro hijos. ¡Seremos muy felices!

Feliciano. Amén.

Nora. Yo traía unas flores…

Feliciano. Las llevas en la mano, como el bolso.

Nora. ¡Hemos nacido el uno para el otro, quieras tú o no quieras!

Feliciano. Amén.

Nora. ¡Y todo el mundo nos lo confirma así! Hay quien cree que mis dos maridos se han muerto para que se cumpla nuestro sino.

Feliciano. ¡Y el de ellos!

Nora. He consultado a mucha gente; he pedido consejo a personas de mucho juicio. Y no hay quien no alabe mi conducta. Mi padre, mi madre, mi tío el magistrado, mi primo Felipe, Lerroux… ¡Todos, todos! ¡todos son a animarme y a celebrarlo!

Feliciano. ¡Pues a casarte, hijita!

Nora. Te diré más. Y esto no pensaba confiárselo a nadie. Como soy algo espiritista, anoche consulté también con mis dos maridos.

Feliciano. ¿Te atreviste?

Nora. Lo hago muchas noches.

Feliciano. ¡Eso no lo sabrá Benito!

Nora. ¡Entre Benito y yo no hay secretos!

Feliciano. Y ¿qué te dijo el velador?

Nora. ¡Que sí, que sí y que sí!

Feliciano. ¿Que te cases?

Nora. ¿No oyes que sí?

Feliciano. Bueno; eso pudiera ser un rasgo de compañerismo…

Nora. ¡Mal caballero!

Feliciano. Yo seguiré creyendo, a pesar de todas las opiniones y aun de la de Lerroux, que es la que más me choca, que antes de dos meses de casados os tiraréis los platos a la cabeza.

Nora. ¡Pues estás solo en tu criterio!

Feliciano. ¡Pues peor para mí!

Nora. ¡Y que lo digas! ¡Rabia, rabia! Quédate con tu egoísmo seco, de hombre sin ninguna fibra sensible, y déjanos a los demás que nos queramos. Esta visita mía, aparte de un desahogo de mi corazón, es un parte de boda.

Feliciano. ¡Admirable!

Nora. ¡El mes que viene me caso con Benito!

Feliciano. ¡Bravo! Noviembre… Difuntos, buñuelos y castañas…

Nora. ¡Lo que tú quieras, pero prepara el regalito!

Feliciano. Cuenta con él. No será una vajilla.

Nora. Mira, Feliciano, me voy ya, para no sacarte los ojos.

Feliciano. Bien hecho. Anda con Dios.

Nora. ¿El bolso?… ¿Las flores?… ¿Los dulces?… Sí, sí lo llevo todo. La sombrilla, o está en la sala o la he perdido. *Se agita y mueve la cabeza como echando de menos algo todavía.*

Feliciano. ¿Qué otra cosa buscas?

Nora. ¡El sombrero!

Feliciano. ¡Lo tienes puesto, rica!

Nora. ¡Ay, es verdad!

Feliciano. La cabeza es lo que pienso yo que has perdido.

Nora. Te engañas: la tengo muy firme. Tan firme como el corazón.

Feliciano. Sí; lo que es el corazón es una roca.

Nora. ¿Qué quieres decir?

Feliciano. ¡Lo que he dicho!

Nora. ¡Mal amigo! ¡Mal caballero! ¡Egoísta!

Vase como alma que lleva el diablo.

Feliciano. ¡Bueno! ¡Que se tiren por el Viaducto los dos! ¡Yo he cumplido con mi deber! ¡Por mí no queda!

Sale Blanca, que se marcha a la calle.

Blanca. ¡Señor, qué peste de piropos!

Feliciano. ¿Eh?

Blanca. Ese Raúl… ¡Siempre echándome flores!… Sabiendo lo que me molesta…

Feliciano. No le haga usted caso: es un meloso.

Blanca. ¿Usted se ha puesto enfermo?

Feliciano. No. ¿Por qué?

Blanca. Como lo veo en piyama…

Feliciano. ¡Ah! ¿El que se pone en piyama es que está enfermo?

Blanca. Usted dispense. Como antes lo vi ya vestido… ¿Tiene algo que

ordenarme?

Feliciano. Nada.

Blanca. Hasta mañana, entonces.

Feliciano. Adiós, Solís.

Blanca. *Antes de desaparecer, sonriéndole.* Hasta mañana.

Feliciano. *Con cierto recelo.* ¿Qué sonrisita ha sido esa? ¡Es la primera vez!… ¡Ojo!

Queda preocupado, mirando sin ver, hacia la derecha. Macario, que pasa acaso hacia la izquierda, cruza con él una mirada, y se va murmurando: ***Macario****. ¡Éstas que se la dan de hombres!… ¡Ojo!*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo sitio que el anterior, cuatro meses después y en una noche de Carnaval.

Por la derecha sale Antoñita, buscando a Feliciano.

Antoñita. ¿Habrá salido? No le veo por ninguna parte.

Eusebia, que viene siguiéndola, le pregunta:

Eusebia. ¿Qué busca usted, joven?

Antoñita. ¿Eh? ¿Cómo?

Eusebia. ¡Que qué busca usted! ¿Es usted sorda?

Antoñita. De este oído, un poquito.

Eusebia. ¡Qué lástima! Pero no lo ha dicho usted hasta hoy.

Antoñita. Como es un defecto, lo tapo. Buscaba al señor. Me dijo antes no sé qué del cordón de una bata…

Eusebia. ¡Ya! Es usted muy trabajadora.

Antoñita. Me gusta cumplir. Y como no vengo más que dos días a la semana, aprovecho las horas bien.

Eusebia. Otra costurera que tuvimos antes que usted, a las siete en punto de la tarde lo dejaba todo.

Antoñita. Por el novio, quizá.

Eusebia. Quizá. Y usted no lo tiene.

Antoñita. No, señora. Yo soy muy difícil. Tengo el gusto muy hondo. Todo se andará.

Eusebia. Y peca usted por lo contrario: las once de la noche… y en la costura todavía.

Antoñita. Pues, mire, usted, señora; se lo voy a explicar a usted. Que al señor le agrada, lo uno, y lo otro, que en mi casa paso mucho frío y aquí se está muy calentita.

Eusebia. ¡Ah, vamos!

Antoñita. Como que para, mí no hay otro adelanto que se le compare a este de la calefacción. ¡Ya quisieran la *radio* y el gramófono y la *confusión* de la sangre!…

Eusebia. Bueno; pues como es un poco tarde, y además medio fiesta, ya está bien por hoy. Deje usted la costura y márchese a casita, aunque tenga que sufrir una temperatura más baja.

Antoñita. Sí; si ya me iba a ir… no piense.

Eusebia. Y cuando tenga usted que decirle algo al señorito, me llama usted a mí.

Antoñita. ¿Hace usted el favor de repetírmelo por la derecha, que oigo mejor?

Eusebia. *Sulfurándose.* ¡Por escrito se lo daré a usted mañana!

Antoñita. No se incomode usted, señora. ¡Pero en lo moderno se están suprimiendo los intermediarios! *Vase por la derecha.*

Eusebia. ¡Esta niña va a seguir el camino de la cocinera de la sangre azul! ¡Por muy agarrada que esté!

Por la derecha también, llega Blanca.

Blanca. ¡Eusebia!

Eusebia. ¡Blanca! ¿Usted a estas horas?

Blanca. Más extraño es que esté Antoñita.

Eusebia. Efectivamente: más extraño es. Pero va a durar poco esto. Ya la he calado yo.

Blanca. Cumplir sí cumple bien, yo creo.

Eusebia. Demasiado bien. Pero está sacando los pies del plato. Se forja

ciertas ilusiones…

Blanca. ¿Con?…

Eusebia. Sí, señora.

Blanca. ¡Cuándo no es pascua! ¡Cómo me sublevan estas mujeres jóvenes que no ven más medio de vida que la caza del hombre, del varón!

Eusebia. Dice usted muy bien; muy bien dicho.

Blanca. Ni su valer… ni su trabajo… ¿Y la independencia? Pero ¿hay algo en el mundo que valga más que la libertad?

Eusebia. Lo peor, Blanquita, es que ni siquiera tienen el pudor de disimularlo… de recatar sus sentimientos… Se les ve el plumero en seguida, como dicen ahora… los que lo dicen.

Blanca. ¿Y Feliciano?

Eusebia. ¿Necesita usted verlo?

Blanca. Me habló esta mañana de que le recordase… no sé qué.

Eusebia. ¿Le aviso, entonces?

Blanca. Si me hace el favor…

Eusebia. Se está vistiendo para ir al baile.

Blanca. ¿A qué baile? ¿Al de doña Guía?

Eusebia. ¡No! ¡Al del Círculo!

Blanca. ¡Ah! ¿Va al baile del Círculo? ¡Pues no le diga usted nada ahora! ¡Déjelo usted!

Eusebia. ¿Lo dejo?

Blanca. ¡Claro! No me ha de querer para nada urgente. Yo he venido porque, como vivo en la casa, no me cuesta trabajo ninguno… Mañana se lo recordaré.

Eusebia. Como usted guste.

Blanca. Sí, sí; me marcho a la mía. Buenas noches.

Eusebia. Vaya usted con Dios.

Blanca. Dígale usted a Feliciano que tenga cuidado con las máscaras. *Se aleja por donde llegó.*

Eusebia. Esta mujer es única. Digo, esta mujer… No es enteramente una mujer, porque si lo fuera… *Suspirando.* ¿Quién resiste sin perder el sueño el trato diario con este galán?

Óyese allá dentro bullicio, y la voz de Raúl que grita entre todas:

Raúl. ¡Ah de la casa! ¡Feliciano!

Eusebia. *Indignada.* ¡Oh! ¡Esta gentuza aquí!… ¡El *cabaret* en estas habitaciones!… ¡No puedo resistirlo! ¡No puedo! *Se va por la izquierda, santiguándose.*

Quirico. *Dentro todavía.* ¡Feliciano! ¡No te compongas más!

Invaden la escena, por la derecha, la Chanquete, la Castiza, la Romántica, Enriqueta, Raúl y Quirico, que también van al baile de máscaras. Ellas vienen con vistosos disfraces y ellos de smoking. La Chanquete trae puesto el antifaz.

Castiza. ¡Feliciano, aquí está la harca!

Raúl. ¡No gritéis más: ya nos ha visto Eusebia, el ama de llaves!

Castiza. Y que la gustamos a esa señora más que a mí la cerveza caliente.

Quirico. La simpatía es recíproca. Tú, Chanquete, quítate el antifaz; no seas tonta.

Raúl. Ya se lo he dicho yo. Aquí se juega a cartas boca arriba.

Chanquete. Zi es que me conocen los criaos; y yo quiero darle a é la zorpreza.

Castiza. Por eso no te apures, porque la sorpresa se la das.

Raúl. Estás muy callada, Romántica: ¿qué te ocurre?

Enriqueta. ¿Qué te ocurre, tú?

Castiza. ¿Qué quieres que la ocurra? ¡Que no ha cenado más que lechuga y un plátano de postre!

Romántica. Sí; eso es. Lo que tú quieras.

Quirico. Como va para estrella del *cine*, se preocupa de conservar la línea.

Enriqueta. ¡Es que sin línea está una en ridículo!

Chanquete. Zí; pero bueno está lo bueno: una coza es conzervá la línea y otra coza es dormí enroscá como una ruea de calentitos.

Quirico. ¡Si la Romántica lo que tiene —parecéis bobos…— es que suspira por un baile de hace dos años! ¿Es o no es, Romántica?

Romántica. ¡Tú me conoces, chico!

Quirico. ¿El de la Comedia?

Romántica. ¡Ese! ¡Ay, qué recuerdos!…

Quirico. ¡Buena *toquilla* cogí yo aquella noche!

Chanquete. *Qué zuvení, mon Dié!…* como dice un francés amigo mío. *Sobresaltada.* ¿Viene Feliciano?

Castiza. No.

Chanquete. Mirá, mirá er veyo der brazo: na más de penzá que venía.

Castiza. ¡Ole!

Romántica. ¡Así se quiere!

Castiza. ¡Y así nos pagan luego! ¡Mala peste en todos!

Raúl. En todos, no, Castiza: por lo menos, salva a unos poquitos.

Castiza. ¡Sálvese el que pueda!

Chanquete. Yo ar mío lo zarvo, aunque me pague en mala monea. ¡No zé viví zin este hombre! Zi lo tengo dicho: me esbarato ar lao zuyo. Yo zoy er paná…

Raúl. ¡Y él el agua! ¡Te lo hemos oído muchas veces!

Quirico. ¡Por favor! ¡No habléis esta noche de agua! Romántica, te prometo que no te volverás a acordar del baile de la Comedia: ¡qué *cafetera* voy a coger luego contigo!

Romántica. Falta me hace, porque estoy de un gris…

Quirico. ¡Yo me encargo de ponerte al rojo comunista! ¡Y a ti también, Castiza, si no encuentras otro valiente!

Enriqueta. ¡Y procura armar bronca! ¡Yo, como no haya bronca, me aburro!

Romántica. ¡A ver si está allí su Benito!

Castiza. ¡Mi Benito! ¡Dónde quedó eso!

Raúl. Otras cosas habría más difíciles.

Castiza. ¡Vamos, anda! ¿Qué ha de estar Benitín en el baile?

Quirico. ¿Por qué no?

Castiza. ¡Porque lo tiene muy bien sujeto doña Nora! ¡Creo que hasta le casca! ¡Ja, ja, ja!

Raúl. No, no; eso no es verdad.

Castiza. Que sí, Raúl; que me lo ha dicho a mí la chica de la portera; que riñen hasta en el ascensor. Y además, se la pega.

Raúl. ¡No desbarres, Castiza! ¡Protesto en nombre de la amistad contra esa calumnia!

Castiza. Protesta tú lo que se te antoje: ¡hasta que no proteste él! ¡Ja, ja, ja!

Raúl. Que no, Castiza, que no es cierto.

Castiza. Que sí, Raúl; que se entiende con Sixto Jaén, para que te enteres.

Enriqueta. Cuando el río suena…

Quirico. Sí, sí; eso empieza a correrse por todas partes. Y el propio Sixto, que tomó conmigo la otra noche una *merluza* de *La Coruñesa*, no creas tú que se tapa.

Raúl. ¡Bah, bah! ¡Habladurías del vino!

Castiza. ¡Habladurías, sí! Anda, que él me plantó porque me dijo un día que no podía aguantarme más; pero ¡bien me está vengando la viuda doble!

Raúl. Bueno, queda terminado el incidente. Suplico ahora un minuto de silencio.

Chanquete. ¿Ze ha muerto arguien, tú?

Raúl. Ni lo quiera Dios. No se trata de desgracia ninguna; pero le salto un ojo a quien meta la pata ahora.

Quirico. ¡Ah, ya!

Castiza. ¡Sí!

Romántica. ¡Entendido!

Enriqueta. ¡Entendido!

Quirico. ¡Corrección, corrección!

Castiza. ¡Escaparate!

Chanquete. ¡Escaparate!

Raúl. ¿Os queréis callar?

Todos. ¡Schsss!

Raúl llama por teléfono a su casa, y todos sofocan la risa mientras tanto, comentando entre sí, maliciosamente, la conducta del marido modelo.

Raúl. *Al teléfono.* —¿Teresina? —Qué, ¿no te has mejorado? ¡Válgame Dios, mujer!… —Pero, ¿nada, nada? ¿Ni con el enjuagatorio que te mandó Solórzano? —¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Chanquete. Catorce, entrezuelo derecha.

Risas contenidas a duras penas y mirada fulminante de Raúl.

Raúl. Lo siento, mujer, porque iba a proponerte una cosa… —Como estoy vestido, por la cena en el Ritz… —Bien; la cena, bien. Seriecita. Ya sabes tú lo que son estas cenas de protocolo… —Pues iba a proponerte, si querías dar conmigo una vuelta por el baile del Círculo, a primera hora… —A primera hora va gente muy formal… va muy buena gente… Lo mejor de Madrid… —¿No te atreves? ¿Tan molesta estás? ¿No crees que eso te distraería?… —¡Válgame Dios!… ¡Válgame Dios!…

Chanquete. Catorce… *Se contiene ante un gesto fiero de Raúl.*

Raúl. Nada: ha habido un cruce. Entonces no sé yo si ir… Me desanima no ir contigo… ¿Qué hago yo allí solo?… —¿Que no quieres tú que por ti me prive…? —Bueno, bueno; daré un vistazo, para referirte después… —Sí, sí. Me recogeré muy temprano. Hasta luego. Que te mejores. Adiós.

Un aplauso de todos acoge las últimas palabras.

Castiza. ¡Bravo!

Quirico. ¡Bravo!

Chanquete. ¡Qué descarao es!

Romántica. ¡El amo de la finura!

Castiza. ¡El amo!

Quirico. ¡Esta noche vamos a tomar una *alcayata*!…

Chanquete. Pero ¡qué de nombres le encuentra éste a lo mismo!

Raúl. ¿Lo veis? Todo puede lograrse en la vida cubriendo las formas. Mi propia mujer me ha pedido que vaya al baile.

Chanquete. Zí; pero ¿y zi yega a decirte que te acompaña?

Raúl. ¡Chanquete, por Dios! ¡No seas angelical! A mi mujer le molestan los bailes; y además, esta noche ¡tiene un dolor de muelas!… ¡La pobre! ¡Cuando yo arrojo el cuerpo!…

Romántica. El amo: en eso es el amo.

Castiza. El campeón de los frescos: gana todas las copas.

Chanquete. Pero ¡qué gran zinvergüenza es er teléfono! ¡Mía que zi un día ze puzieran a contá los aparatos to lo que zaben!…

Quirico. ¡Oh!… ¡Empezaba la emigración de casados!

Raúl. Dejaos de alusiones impertinentes. Ahora iremos por la Pepilla.

Quirico. ¿Y a Rosa *la Gatos*, no la recogeremos?

Romántica. No. ¿Para qué?

Castiza. Sí, mujer, sí. ¿Por qué no?

Enriqueta. ¡Con ésa son seguros los botellazos! ¡Y así nos divertimos!

Quirico. ¿Tiene teléfono?

Raúl. Sí: cuarenta y cinco cinco veinticinco.

Chanquete. ¿Y Paca *la Embustera*, tiene teléfono también?

Raúl. También; pero en la portería: treinta y siete nueve cincuenta y cuatro.

Chanquete. ¡Con éste ar lao no hace farta er libro!

Quirico. ¡Que viene Feliciano, Chanquete!

Chanquete. ¡Jezús! *Se pone rápidamente el antifaz.*

Por la izquierda sale Feliciano, también de smoking, y es recibido con un grito general de alegría.

Raúl. ¡Gracias a Dios, hombre!

Quirico. ¡Gracias a Dios!

Feliciano. ¡Salud, buena gente!

Enriqueta. ¡Salud!

Castiza. Tardas más en vestirte que un cómico.

Feliciano. Dios te guarde, Castiza.

Castiza. ¡Hola, muchacho!

Feliciano. Romántica, ¡qué guapa vienes!

Romántica. Pues ya sabes que eres mi tipo.

Chanquete. ¡Ejem!

Feliciano. ¿Y esta mascarita que tose, quién es? ¿Por qué no te descubres? ¿No eres amiga mía? ¿Eres muda, quizá?

Chanquete. ¡Y zorda!

Feliciano. ¡Adiós! ¡La Chanquete!

Risas de todos.

Chanquete. Me ha perdío la manera de hablá. ¿Me perdonas que haya vuerto a tu caza?

Feliciano. ¿Qué dices de perdones, mujer?

Chanquete. De argo ha de zervirle a una er Carnavá. ¡Las que no tenemos teléfono!…

Feliciano. ¡Claro!

Chanquete. Digo yo que aunque nos hayamos peleao podemos zeguí ziendo amigos.

Feliciano. ¡Naturalmente!

Quirico. ¡Y hasta volver a las andadas!

Feliciano. ¡Déjate de pronósticos, tú!

Castiza. ¿Vendrás al baile con nosotros?

Feliciano. ¿Con quién mejor?

Chanquete. ¡Ole! ¡ole!

Feliciano. ¡Ay, Chanquete! No te creas: yo tenía muchas ganas de hablar contigo.

Chanquete. ¿Zi? ¿No zoy peligro roza?

Feliciano. Eres peligro más bien verde.

Chanquete. ¡Ja, ja, ja! ¿Ustés ven como tiene más gracia que nadie?

Raúl. *A las otras.* ¡Se arreglan! ¡Lo veréis!

Chanquete. Me das una gran alegría, chiquiyo. ¡Porque zi vieras tú lo triste que yo estaba!… ¡Más que la Romántica!

Romántica. ¡Pues esta noche tenemos que alegrarnos todos!

Castiza. ¡Todos!

Feliciano. ¡Y yo, el primero!

Quirico. ¡No me quites el sitio!

Feliciano. Dispensa, hombre. ¡El presidente del *Tejada Club* se resiste a que lo avasallen!

Risas generales.

Quirico. ¡Oh! ¡La *melopea* de esta noche va a hacer época! ¿No es verdad, Romántica?

Romántica. ¡Tú verás!

Quirico. ¡El romanticismo no es otra cosa que una gran borrachera!…

Sorprendiendo a todos, irrumpe en escena por la derecha Nora San Serení, muy sobreexcitada, aunque de distinta manera que la primera vez que la vimos. La sigue Macario, que en vano ha pretendido detenerla, y que no para de hacer gestos de protesta hasta que se va.

Nora. Aquí está; aquí está. *A Macario.* ¿Con que había salido? Buenas noches, Feliciano.

Feliciano. Buenas noches, Nora.

Nora. Tenemos que hablar. *A todos.* Buenas noches.

Quirico. Buenas noches.

Romántica. Buenas noches.

Chanquete. *A la Castiza.* ¡La viuda doble, tú! ¡Qué encuentro!

Castiza. Me pongo el antifaz para que no me vea. No quiero un escándalo aquí.

Raúl. *Siempre en su papel.* A los pies de usted, Nora.

Nora. ¡Oh, Raúl! No había reparado… ¿Y Teresina?

Raúl. Medianeja. Ahora precisamente voy a casa. ¿Quiere usted algo para ella?

Nora. Mis recuerdos.

Raúl. Los estimará mucho. Adiós, Feliciano. Hasta uno de estos días. *A los demás.* Buenas noches. *Vase hacia la derecha, y desde allí les hace señas de que lo sigan; señas a las que todos obedecen.*

Romántica. *Iniciando la retirada.* Buenas noches.

Nora. Buenas noches.

Quirico. A los pies de usted.

Nora. Beso a usted la mano.

Quirico. Corrección, corrección…

Enriqueta. ¡Se me aguó esta bronca!

Chanquete. Que usté ziga buena.

Nora. Gracias.

Chanquete. ¡Feliciano, ya zabes!

Feliciano. Ya, ya sé.

La Castiza los sigue, mirando con rabia a Nora detrás del antifaz y haciendo acción de arañar con las manos.

Nora. ¿Quién es esa última?

Feliciano. No sé: una máscara más.

Nora. Parece como si se fuera arañando.

Feliciano. Una broma. A lo mejor se figura que les aguas la fiesta. No hagas caso.

Nora. Perdona, chico. Vamos a lo mío. La amistad tiene sus deberes.

Macario. Y sus derechos, ¿no?

Nora. ¿Eh?

Macario. ¡Sólo que no los ejercita!

Nora. ¿Qué?

Feliciano. Nada. Vete, Macario.

Nora. Y hágame usted un favor. Me he subido sin pagar el *taxi*. Baje usted y páguelo, que no traigo dinero suelto.

Macario. ¿Qué?

Nora. Que no traigo suelto; que baje usted y pague mi *taxi*. Lo tomé esta mañana a las diez y media.

Macario. ¿No tendría más cuenta comprarlo?

Feliciano. Paga tú y déjate de filosofías.

Macario. *Yéndose.* (¡Gastan más que una guerra!).

Nora. Oye, Feliciano: ¿eras tú también de la partida?

Feliciano. No te preocupe; ya sé dónde van. ¿Qué te sucede a ti?

Nora. ¡Ay, qué loca soy! *Corriendo hacia la derecha y gritando destempladamente.* ¡Macario! ¡Macario!

Feliciano. ¡Chica, no me asustes!

Vuelve Macario fingiendo un susto que no siente.

Macario. ¿Qué pasa? ¿Hay fuego?

Nora. No, no hay fuego. Mire usted si me he dejado en el *taxi…* Por más que no… ¿Seré distraída? ¡Si lo mandé desde la tienda! Un queso de bola, ¿sabes?… que le gustan mucho a Benito. Vaya usted a pagar.

Macario. (¡Gracias a Dios, yo no soy Benito!). *Se marcha.*

Nora. A ti no te sorprenderán estos arrebatos… Mis nervios no son nervios. Vengo mañana porque esta noche me voy a Alanje, a mi cura de aguas. Al revés: vengo esta noche porque me voy a Alanje mañana.

Feliciano. *A quien la visita, naturalmente, le ha sentado muy mal.* Bueno, y ¿qué es ello? ¿Un nuevo disgusto con Benito?

Nora. No; hoy no nos hemos peleado.

Feliciano. ¡Señálalo con piedra blanca!

Nora. No nos hemos visto. Yo he almorzado con mi madre, y él no sé dónde. Sí: en casa del hijo de Camorra.

Feliciano. De Camorra. ¡Claro! ¡Cómo está saliendo todo lo que os pronostiqué!…

Nora. ¿Quieres callar? ¡Si somos un matrimonio felicísimo!

Feliciano. Nora, ¿qué dices?

Nora. ¡La verdad! ¡Yo no cambio mi ventura por la de nadie! Por eso me asusta perderla. Por eso estoy aquí. Ahora me explicaré.

Feliciano. Sí; como no te expliques…

Nora. ¿Tú crees que el amor en el matrimonio consiste en esa calma chicha insoportable con que sueñan algunos, en ese deslizarse las horas sin ningún

accidente? ¡Qué gran tontería! El amor y el matrimonio, para ser agradables, requieren grescas, sobresaltos, disputas, movimiento. Es como el mar, ¿sabes? El mar en calma es aburrido. ¡No me lo niegues! En cambio el mar revuelto, con grandes olas, con mucha espuma, con nubes de tormenta, con truenos, con relámpagos, con fragor… es precioso. ¡Precioso!

Feliciano. Menos para bañarse.

Nora. ¿Quién habla de bañarse?

Feliciano. ¡Es que el matrimonio es un baño!

Nora. Tú ¿qué sabes? ¿Te gustan estos guantes?

Feliciano. ¡Mucho!

Nora. Hacen fino, ¿verdad? Esta rayita blanca sobre lo negro… Los has visto tú antes que Benito.

Feliciano. Gracias por la atención. Y a ver si me dices…

Nora. No te impacientes; no me vayas a contagiar. ¿Ha venido hoy Benito?

Feliciano. No; hoy, no. Por milagro. Se conoce que se ha quedado en casa de Camorra.

Nora. Espérate: lo voy a llamar por teléfono.

Feliciano. Mujer, deja ahora…

Nora. Sí; es mejor. Pero viene todos los días, ¿verdad?

Feliciano. ¡Todos los días!

Nora. ¿A qué?

Feliciano. ¡A cantarme su felicidad!

Nora. ¿Está contento?

Feliciano. ¡Como unas pascuas! No sabe hablar más que de ti; de lo dichoso que lo haces.

Nora. ¿Tú lo ves?

Feliciano. Que si entras, que si sales, que si gastas, que si no gastas, que si los niños, que si tu madre… ¡Todo me lo cuenta! ¡Vaya, que parece que me he casado yo!

Nora. Sí; me quiere, me quiere mucho. ¡Es un bendito!

Feliciano. ¡Eso no lo dudes! Pero, ¿me dices ya…?

Nora. Sí; ahora mismo. ¡Soy la más dichosa de las mujeres!

Pasa Macario de derecha a izquierda, deteniéndose un instante para decirle: ***Macario****. Servida la señora: ciento catorce pesetas, sin propina.*

Nora. ¡Qué enormidad! ¡Ese contador está descompuesto!

Feliciano. ¿El contador?

Nora. ¿Ves tú como tiene más cuenta el coche propio?

Feliciano. Que yo no soy Benito, ¿eh? ¡No confundas!

Nora. ¡Cualquiera confunde a Benito! ¡Más rico es!…

Feliciano. Ya, ya hay que serlo un poco para pagar tus *taxis*.

Nora. No bromees, que es muy serio lo que me trae a ti.

Feliciano. ¡Habla ya de ello, si es posible!

Nora. Mañana, como te he dicho, me voy a Alanje, a mi cura de nervios.

Feliciano. ¡Y puede que te acompañe yo!

Nora. *Tomándolo al pie de la letra.* Mira: tú eres el único hombre de quien Benito no se encelaría.

Feliciano. Más vale. Sigue.

Nora. Vamos a ver: al grano. ¿Qué opinión te merece a ti Sixto Jaén?

Feliciano. ¿Sixto Jaén?

Nora. Sí.

Feliciano. La opinión general. Un hombre de pocos escrúpulos.

Nora. ¡De ningunos! Tú sabes algo.

Feliciano. ¿Yo? ¿De qué?

Nora. Sí, tú; te lo noto en los ojos. Tú sabes algo. Dime lo que sepas.

Feliciano. Chica, con franqueza: no sé más sino que se murmura de él y de ti.

Nora. ¡Pobre Benito! Se murmura, ¿verdad? ¡Qué mala es la gente! ¡No la creas, Benito de mi alma!

Feliciano. Yo mismo he recibido un anónimo en que me llaman mal amigo y traidor si no le abro los ojos a Benito.

Nora. ¡Qué picardía! Y tú ¿qué has hecho, Feliciano?

Feliciano. ¡No dormir en dos noches! ¡Me ha caído a mí la Lotería con vuestro casamiento!

Nora. Pero tú eres muy bueno. Verás el caso. Yo quisiera ahora mismo tener el pecho de cristal.

Feliciano. A ver.

Nora. Cuando me quedé viuda de Bocanegra…

Feliciano. ¿De Bocanegra?

Nora. Mi primer marido.

Feliciano. Ya.

Nora. Me hicieron el amor estos dos.

Feliciano. ¿Quiénes?

Nora. Sixto y Benito.

Feliciano. ¡Ah!

Nora. Y yo entonces… —¡la ceguera de las mujeres!— prefería a Sixto.

Feliciano. ¿Entonces nada más?

Nora. ¡Nada más; te lo juro! Pero aquí está lo grave. La cosa no pasó de una correspondencia —correspondencia por escrito— un poco expresiva, un poco ardiente. Ahora, que yo, en todas las cartas a Sixto, ponía a Benito como un trapo.

Feliciano. Y eso ¿por qué?

Nora. ¡Qué sé yo! Como era el rival y Sixto tenía celos… ¡Como un trapo! Lo ponía como un trapo. ¿Quién iba a decirme en aquellos días…?

Feliciano. ¡Que él podría ponerte ahora a ti!

Nora. No bromees.

Feliciano. Y ¿existen esas cartas?

Nora. ¡En poder de Sixto!

Feliciano. ¡Ah! Ya me doy cuenta.

Nora. ¿Entiendes? Sixto ha vuelto a fijarse en mí; me ha puesto cerco, me persigue, y hace arma de sus cartas para que yo me rinda.

Feliciano. ¡Qué canalla!

Nora. Canalla: ese es el nombre. Ya se lo he dicho yo cien veces.

Feliciano. Bueno, ¿y qué me pides a mí? ¿Qué pinto yo en este fregado?

Nora. Tú eres la única persona que puede arreglar esto.

Feliciano. ¿Cómo?

Nora. Yendo sencillamente a Sixto, y de caballero a caballero, pidiéndole las cartas.

Feliciano. ¡Vamos! ¿Tú estás loca? Haces bien en marcharte a Alanje. ¿Con qué derecho yo…?

Nora. ¡Con el que te da el ser mi amigo!

Feliciano. ¡Me mandará a freír espárragos!

Nora. ¡Los fríes!

Feliciano. ¡No tengo costumbre!

Nora. ¡Le cruzas la cara!

Feliciano. ¡Que se la cruce Benito, si quiere! Benito es tu marido: acuérdate de esto. Yo ¿a santo de qué?…

Nora. ¡Pero si yo lo que pretendo, para salvar la dicha de nuestro matrimonio, es que Benito no sepa nunca de esas cartas; es que Benito no se entere!

Oportunamente asoma por la izquierda Macario, y advierte:

Macario. Pues como no baje usted la voz va a enterarse, porque sube en el ascensor en este momento.

Nora. ¿Mi marido?

Macario. Sí, señora.

Nora. ¿Qué hacemos, Feliciano?

Feliciano. *A Macario.* Ve tú a detenerlo como puedas.

Macario. Bien. Le hablaré mal de las mujeres, que eso entretiene mucho. *Vase por la derecha.*

Feliciano. ¿Tú prefieres que no te encuentre aquí?

Nora. ¡Claro!

Feliciano. Yo también. Entra por ahí, y cuando él llegue, das la vuelta por la galería y te vas a la calle.

Nora. ¡Eres un santo, Feliciano! ¡Dios te pague esta buena obra!

Feliciano. Anda, anda.

Nora. ¡Desde Alanje te escribiré! ¡Rescátame, por Dios, esas cartas!

Feliciano. Anda, anda ya.

Nora. ¡Yo sabré pagarte! ¡Por mis hijos!… ¿Me dejo algo?

Feliciano. ¡Me dejas a mí!

Nora. ¡Siempre de humor!

Feliciano. ¡Siempre!

Nora. ¡Espero tus noticias! *Se marcha apresurada por la izquierda.*

Feliciano. ¡Señor, qué embajada! ¡Vamos, hombre! ¡Me ha venido Dios a ver a mí con esta parejita! ¡Como si yo les hubiera aconsejado que se casaran!… ¡Le digo a usted!… Y pretender ésta que yo… ¡Un cuerno!

Aparece por la derecha Benito con las alas caídas.

Benito. ¡Hola, muchacho!

Feliciano. ¡Hola, *camorrista*!

Benito. ¿Camorrista?

Feliciano. ¿No has almorzado en casa de Camorra?

Benito. ¿Quién te ha contado esa majadería?

Feliciano. Nadie. Ha sido una chirigota, hombre.

Benito. Me acaba de decir tu criado que en cada mujer que viene al mundo se incuba una suegra. ¿Qué te parece?

Feliciano. Me sé de memoria sus máximas: se repite mucho.

Benito. Qué, ¿de baile?

Feliciano. *Con ironía.* Sí: de baile.

Benito. ¡Para ti es el mundo! Haces bien, ¡qué caramba! El buey suelto…

Feliciano. No, no; ni suelto ni buey. No me gusta el refrán.

Benito. ¿Estás de mal humor?

Feliciano. No lo tengo muy bueno.

Benito. Pues, hombre, lo que es para ir a un baile…

Feliciano. A ver si me lo cambian allí.

Benito. Te quejas de vicio, Feliciano. ¡En mi pellejo quisiera yo verte!

Feliciano. Gracias; está bien empleado.

Benito. Vamos a ver, aunque te fastidie la conversación. ¿Cuánto crees que gastó ayer mi mujer en *taxis*?

Feliciano. ¿Gasta lo mismo todos los días?

Benito. ¿Por qué me lo preguntas?

Feliciano. Para hacer mis cálculos.

Benito. Pues no; ayer gastó más que nunca, porque tomó tres.

Feliciano. ¿Tres?

Benito. Uno para ella y dos para las compras. Parecía un bautizo por las calles.

Feliciano. ¿Un bautizo? ¡Un entierro!

Benito. ¡Sí: el mío!

Feliciano. Y ¿quién pagó los *taxis*?

Benito. ¿Quién había de pagarlos? ¡Ella! ¡Es decir, yo! ¿Ibas a ser tú?

Feliciano. ¡Psché!

Benito. ¡La pregunta es idiota!

Feliciano. Te diré, Benito… No, no te digo nada. ¡La culpa la tienes tú, que

toleras esos despilfarros!

Benito. ¿Que los tolero? ¡Cuando te digo que quisiera verte en mi lugar! ¿Y en ropa, cuánto crees que gastó el mes pasado?

Feliciano. Pero ¿no quedamos en que usaba hábito y en que era una alhaja de ahorrativa?

Benito. Por fuera. Yo te preguntaba de la ropa interior.

Feliciano. ¡Cualquiera que te oyese!…

Benito. Chico, ¡es una de piyamas, de combinaciones, de saltos de la cama, de saltos a la cama, de batas, de quimonos, de *matinées*!… ¡Me arruina; me hunde! ¿Te ríes?

Feliciano. No: es un *tic* nervioso. Estoy muy nervioso, Benito.

Benito. No sé por qué. ¡Un hombre que lo tiene todo resuelto, y que además es libre como el pájaro!…

Feliciano. Bueno, bueno; cada uno tiene sus motivos.

Benito. Bueno, bueno, ¡eso es! ¡A puerta ajena los conflictos del prójimo! Bueno, bueno. Que rabia un amigo, ¡que rabie! Bueno, bueno. ¡Qué amigos tienes, Benito! Bueno, bueno.

Feliciano. ¡Ah! ¿Serás capaz de quejarte de mí?

Benito. ¡Como que tu frivolidad y tu egoísmo son los que me han traído a esta situación de tragedia!

Feliciano. ¿Qué hablas?

Benito. Sin un sueño tranquilo, sin una comida en sana paz, gastando lo que gano y lo que no gano, bregando con cuatro niños que no son míos…

Feliciano. ¡Ni míos!

Benito. ¡Y que son cuatro fieras!

Feliciano. *Próximo al estallido.* ¡Alto! ¡Todo te lo advertí!

Benito. ¿Tú?

Feliciano. ¡Yo, Benito! ¿Ya no te acuerdas?

Benito. ¡No me acuerdo, no! ¡Yo te abrí ingenuamente mi pecho, y tú me saliste con tus chirigotas de siempre!…

Feliciano. ¡Benito!

Benito. ¡Nada, nada! Que si paranoico —mira como recuerdo la palabrita—, que si por aquí, que si por allá… que si el peligro rosa… ¡No, Feliciano, no! La mujer puede ser el peligro rosa, ¡pero el matrimonio es el peligro amarillo! ¡Mírame a mí la cara! ¡Ay, si tú me hubieras aconsejado en serio!

Feliciano. ¡Benito, no te puedo oír con paciencia! ¿Ahora va a resultar que tengo yo la culpa de este desastre de matrimonio tuyo?

Benito. ¡Naturalmente! ¡El único amigo en quien yo fiaba! ¡El único a quien acudí!

Feliciano. ¡Para no hacerme caso ninguno!

Benito. ¡Porque no supiste hablarme al alma! ¡Si tú llegas a hablarme al alma!… ¿Qué me dijiste tú, en resumen, vamos a ver? ¿Qué me dijiste?

Feliciano. ¡Te dije lo que era mi deber!

Benito. ¿Me dijiste que Nora no tiene formalidad ni seso ninguno?

Feliciano. ¡Vaya si te lo dije!

Benito. ¿Qué me habías de decir? ¿Me dijiste que por donde quiera que va se deja olvidados todos los paraguas y todas las sombrillas y todos los bolsos? ¡No me lo dijiste! ¿Me dijiste que cada vez que riñera conmigo me iba a comprar un queso de bola para hacer las paces? ¡Y así está mi casa, que es un almacén de comestibles! ¡Desde la portería huele a queso!

Feliciano. ¡Todo eso y más te dije; y lo que no te dije te lo di a entender! ¡Porque más claro no te pude aconsejar que no te casaras!

Benito. ¡Eso es! ¡Para encenderme más! ¡Que no me casara! ¡Lo peor que se le puede aconsejar al que quiere casarse!

Feliciano. ¡Mira, Benito, esto exaspera a un santo: no sigas por ahí! ¡O te vas, o te callas! Que te vayas es lo mejor.

Benito. Sí: ahora lo has dicho. Que yo me vaya es lo mejor. Te dibujas en cada frase. Eres un monstruo de egoísmo. Me ves rabiar, me ves cazando moscas, y en lugar de ofrecerme un consuelo, estás lampando porque te deje para irte al baile a emborracharte con cualquier pelandusca.

Feliciano. ¡Ajajá! ¡No pienso en otra cosa!

Benito. Pues por mí, que no soy tan egoísta como tú, no queda. Adiós. Que te diviertas mucho.

Feliciano. Gracias.

Benito. Puede que me venga mañana a almorzar contigo.

Feliciano. Cuando te dé la gana; pero no me has de hablar de tu matrimonio.

Benito. ¡Me impones, entonces, el mutismo absoluto! ¡Eres un miserable! ¡Y este es el mejor amigo que tengo! ¡Qué lecciones nos da la vida!… ¿Cómo será el peor? *Vase por donde vino, hablando solo.*

Feliciano pasea unos instantes, descompuesto, excitado, descargando el fluido nervioso que le rebosa. Manotea, gesticula, se asoma a ver si es verdad que el otro se ha ido, etc., etc. Al cabo exclama: ***Feliciano****. ¡Oh! ¡Oh! ¡Me ha revuelto de arriba abajo este matrimonio! ¡Dios me libre de él! ¡Y del mío!… Y este infeliz… este botarate… ¿Pues no me dice en mis narices que yo…? ¡Bah, bah, bah! ¡A sacudirse el ánimo cuanto antes! ¡Tendría que ver! Llamando. ¡Macario! ¡Macario!*

Aparece éste en seguida por donde se marchó.

Macario. ¿Qué quieres?

Feliciano. ¡Vas a ponerme en hielo ahora mismo una botella de *champagne*, que me la voy a beber yo solo!

Macario. ¿Antes de ir al baile?

Feliciano. ¡No; si ya no voy al baile!

Macario. ¿Que no vas al baile? ¡Bien hecho!

Feliciano. ¡Bailo en casa! ¡Esta noche no quiero ver a nadie; a ningún hombre ni a ninguna mujer!

Macario. ¡Bien hecho! Voy a prepararte el *champagne*. Pero óyeme primero una cosa.

Feliciano. Di.

Macario. Antoñita la costurera está ahí todavía.

Feliciano. ¿Y a mí, qué?

Macario. ¡Ojo con ella! Sueña demasiado con la ropa interior. *Feliciano lo mira.* Y con el cuarto de baño y el coche a la puerta.

Feliciano. ¡Como todas!

Macario. Como todas, sí; pero éstas que no *se ondulan* cuando *se ondulan* las demás, son de mucho cuidado. ¡Ojo! *Vase.*

Feliciano. *Volviendo a su preocupación.* ¡Qué ratito me ha dado la pareja! Pues ¿y la pretensión de la otra? ¡Que le saque yo unas cartas comprometedoras a Sixto Jaén! *Con inspiración súbita.* ¡Hombre! ¡A este Sixto Jaén le lleva la correspondencia mi secretaria! ¡Es el que la llama Solís! ¡Esto es providencial! Este es buen camino. ¿Habrá salido o estará a estas horas en su cuarto? *Va al teléfono y llama.* ¿Solís?… —Sí; soy yo: Feliciano. —No; ya no voy al baile. —Cambio de viento nada más. —¿Usted sí? ¡Qué nuevo! ¿A qué se debe? —¿Cómo? ¿Empeño de una amiga? —¿De un amigo? —¡Ah!… Entonces, nada. —Quería hablar con usted; pero mañana da lo mismo. —Sí; para el baile es muy temprano aún… Como usted quiera. —Bien: la espero, la espero. He de entretenerla muy poco. —Hasta ahora. *Deja el aparato.* ¡Caramba! ¡caramba!… ¡Solís de baile con un amigo!… ¡Qué raro!

No le ha caído bien la novedad. Por la derecha asoma Antoñita, dispuesta ya para marcharse.

Antoñita. Don Feliciano, buenas noches.

Feliciano. ¿Eh? Buenas noches. ¿Hasta ahora ha estado usted trabajando?

Antoñita. Hasta ahora. Siempre hay menudencias que hacer.

Feliciano. Es usted una abejita incansable.

Antoñita. Pues no es todo virtud, don Feliciano. Es también que en mi casa paso mucho frío, y esta de usted está tan calentita, tan cariñosa…

Feliciano. Bueno, bueno.

Antoñita. *Resistiéndose a irse.* Mañana le arreglaré a usted la bata esa… Usted me la dará…

Feliciano. ¡Ah, sí! que le dije… No es nada; es un cordón…

Antoñita. ¡Lo que sea! Como si se le ofrece algo más importante… Yo también coso en ropa de hombre.

Feliciano. ¿También?

Antoñita. Sí, señor; he sido oficiala de un buen sastre.

Feliciano. Vaya, vaya… Pues hasta mañana, Antoñita.

Antoñita. Hasta mañana, si Dios quiere. Y *se queda quieta.*

Feliciano. ¿No sabe usted irse?

Antoñita. Pero tengo que irme, yo lo comprendo. Sino que me cuesta trabajo dejar esta temperatura. ¡La calefacción es un gran invento! Y mi cuartito es una nevera. Por eso también quiero cansarme mucho trabajando, para caer rendida y poder dormir. El frío en la cama es muy terrible. Cuando por la mañana me despierto, ¡qué horror el de sacar la nariz de debajo de las sábanas, a tres bajo cero! … ¡Y cómo sale el agua de la fuente!… ¡Oh!…

Feliciano. Bueno, bueno…

Antoñita. Pero es lo que se dice, don Feliciano: ¡haber nacido rica!

Feliciano. Eso, según… ¿Usted conoce a la señorita que vive en el bajo de esta casa?

Antoñita. ¡Ay, sí, señor!

Feliciano. ¿Es fea?

Antoñita. Con perdón de su ausencia, es un bicho.

Feliciano. ¿Cambia usted su cara por los millones de ella? Antoñita. ¡A cualquier hora! ¡Vaya un susto a mi espejo!

Feliciano. ¿Usted ve? Dios, a lo mejor, reparte bien las cosas.

Antoñita. ¡El señorito!…

Llega, también por la derecha, Blanca Solís, ataviada para ir al baile. Sobre el elegante traje que viste trae puesto un hermoso mantón de Manila. En el pecho y en la cabeza, unas flores. Parece otra mujer. Feliciano se sobrecoge al verla, y Antoñita, contrariada, decide marcharse.

Blanca. Aquí me tiene usted.

Feliciano. ¡Ah! ¡Secretaria!

Blanca. Buenas noches.

Antoñita. Buenas noches. Hasta mañana, don Feliciano.

Feliciano. Adiós. Abríguese bien a la salida.

Antoñita. Todo es poco. Gracias por su interés. *Vase.*

Feliciano. ¡No vuelvo de mi asombro, secretaria! ¡Quién la conocería!…

Blanca. ¿Por qué?

Feliciano. ¡Juraría que no es usted Solís, sino una hermana suya!

Blanca. ¿Había de ir al baile con la boina y la cartera? *A. la insistente mirada de Feliciano.* Soy, soy Solís. No lo dude usted.

Feliciano. Pues no lo parece. ¡Ni ahora es posible llamarle a usted Solís! Siéntese usted, Blanca.

Blanca. Y ¿cómo ha renunciado usted a ir al baile?

Feliciano. ¡Me han quitado el humor entre todos! Ahora hablaremos.

Blanca. Pues al revés me ha ocurrido a mí: entre todos me han animado.

Además, bueno es ver las cosas. Así tengo que contarles luego a los jefes.

Feliciano. ¡Oh! ¡Allí estarán todos los de usted!

Blanca. Menos uno.

Feliciano. Menos yo, es cierto. Puede que a última hora asome por allí también.

Blanca. Yo, en cambio, no espero estar allí a última hora. Hay que madrugar.

Feliciano. Es usted esclava de la obligación.

Blanca. De lo que vivo.

Feliciano. ¡Qué hermoso mantón lleva usted!

Blanca. De mi madre. Prendas viejas, que salen a luz cuando repican gordo.

Feliciano. ¿Esta noche repican?

Blanca. ¡Imagine usted! ¡Solís en un baile de máscaras!…

Feliciano. ¡Y acompañada de un feliz mortal!

Blanca. Feliciano, ¿qué lenguaje es ése? ¿Ha bebido usted?

Feliciano. No, amiga mía; pero voy a beber ahora mismo.

Dice, señalando a Macario, que llega con el servicio de champagne.

Blanca. ¿Ah, sí?

Feliciano. Vea usted.

Macario. *Con cara de vinagre.* (¿Qué emboscada es ésta?).

Blanca. ¿*Champagne*?

Feliciano. *Champagne*. Para que vaya usted contentita al baile. Al saber que iba, se me ocurrió obsequiarla.

Blanca. Pues no veo en la bandeja más que una copa; y yo sé que a usted le agrada mucho beber solo.

Macario. ¡Y solo se iba a beber la botella! ¡Si soy mudo, reviento!

Blanca. ¡Ja, ja, ja!

Feliciano. ¡Qué bruto eres, Macario!

Blanca. No, hombre: ¡qué sincero! No le riña usted.

Feliciano. Le dije a este cafre que quería emborracharme solo y se lo creyó de puro simple. ¡Te engañan las mujeres y los hombres! Trae otra copa.

Blanca. Para mí, no; lo agradezco mucho. Yo no pienso beber.

Feliciano. ¿A quién va usted a contarle eso, secretaria?

Blanca. No pienso beber.

Feliciano. ¿En el baile tampoco?

Blanca. Tampoco.

Feliciano. No se haga usted ilusiones, Blanca. ¿Quién no bebe en un baile? Pues el primer sorbo, que sea aquí conmigo.

Blanca. Que no, que no bebo. Muchas gracias.

Feliciano. ¡Que sí, que sí! Así irá usted algo más alegre.

Blanca. Alegre ya voy.

Feliciano. Pues más alegre aún.

Blanca. Sea como usted quiera.

Macario. ¿Qué hago? ¿Traigo la copa o no?

Feliciano. Pero ¿no has ido por ella todavía? ¡Anda ya, majadero!

Macario. *Yéndose.* (¡Juega, juega con la secretaria y verás!).

Blanca. ¿De modo que me ha llamado usted para convidarme?

Feliciano. A las pruebas me remito.

Blanca. Yo creí que sería… Como me dijo usted esta mañana que le recordara…

Feliciano. ¡Ah! No. Ese asunto no vale la pena. Mañana le diré…

Blanca. También pensé que podría tratarse de alguna gestión relacionada con ciertas cartas peligrosas…

Feliciano. ¿Cómo? ¿Sabe usted?…

Blanca. ¡Ya lo creo! He visto entrar y salir a Nora esta noche. Y como está visitando a todos los amigos para ver si encuentra el que le dé las dos bofetadas a Sixto Jaén y le quite las cartas…

Feliciano. ¡Calle usted!… ¡Esa mujer, esa Nora me trae como loco! Puede usted creerme. ¡Me da una de disgustos!…

Macario. *Apareciendo con la copa pedida.* ¿Esa nada más? Aquí está la copa. ¿Sirvo?

Feliciano. No. Para nada. Vete.

Macario. *Obedeciéndolo.* (¡Juega, juega!)… *Se va por la derecha.*

Feliciano. *Después de llenar las dos copas y ofreciéndole a Blanca una.* Beba usted, secretaria.

Blanca. Usted me manda, jefe.

Feliciano. Como mandato, no; como ruego.

Blanca. Como lo que usted quiera.

Feliciano. Así. Brindemos sin palabras, a la intención de cada uno, que es como a mí me gusta brindar.

Blanca. Y la mejor manera de no comprometerse. Sea sin palabras.

Beben.

Feliciano. ¿Está fresco?

Blanca. Está fresco.

Feliciano. La segunda estará mejor.

Blanca. La segunda se me subirá a la cabeza.

Feliciano. Y hará divinamente.

Blanca. ¡Jefe! ¿Otra vez?

Feliciano. No tiene malicia. ¡Espuma del *champagne*, Blanquita!

Blanca. Llámeme usted Solís.

Feliciano. ¡No puedo esta noche!

Blanca. ¿A qué voy a tener que presentarle a usted la dimisión? Usted ya conoce mis prácticas.

Feliciano. ¿Sus prácticas? Pero sus prácticas me figuro yo que no rezan fuera de las horas de oficina.

Blanca. Rezan a todas horas.

Feliciano. ¿Hasta cuándo se presenta usted en traje de baile, con mantón de Manila, con flores en la cabeza y en el pecho… sin contar las de los labios y las mejillas…?

Blanca. ¡Feliciano!

Feliciano. ¿Y con esos pendientes tan lindos?

Blanca. Los pendientes son de mi abuela.

Feliciano. ¿De su abuela?

Blanca. Que es la que parece que está hablando por boca de usted. ¿Ha cenado usted con Raúl?

Feliciano. ¡No! ¿Por qué me lo pregunta?

Blanca. Porque está usted como contagiado de su afán de piropos. Y ya sabe usted que sinceramente me fastidian.

Feliciano. Entonces, tente, lengua. Tomaremos la segunda copa.

Blanca. Mala cosa para que la lengua se calle.

Feliciano. Sin palabras.

Blanca. Sin palabras también. Entre copa y copa ya ha dicho usted bastantes.

Beben de nuevo.

Feliciano. ¿Está más fresco?

Blanca. Está delicioso. Tan delicioso está… que me voy.

Feliciano. A la tercera va la vencida.

Blanca. No, no; ya está bien. Piense usted en las que en el baile me esperan.

Feliciano. ¿En el baile?

Blanca. Usted mismo me lo ha anunciado. Ya está bien, ya está bien.

Feliciano. ¿No quiere usted unos bombones… unos dulces…?

Blanca. No, no; muchas gracias. Hasta mañana, Feliciano.

Feliciano. Pero ¿qué prisa tiene usted? ¿Quién va al baile tan pronto?

Blanca. Los que pensamos retirarnos temprano.

Feliciano. ¿Y si me bebo solo todo el *champagne* que queda en la botella, no me hará daño?

Blanca. ¡Solito pensaba usted bebérsela entera!

Feliciano. Pero, bueno; y ¿quiere usted decirme, antes de marcharse, quién es ese amigo que la acompaña a usted?

Blanca. ¡Ah! Un pobre diablo.

Feliciano. ¿Lo desprecia?

Blanca. Despreciarlo, no. ¡Pobrecillo! No le doy la menor importancia.

Feliciano. ¡A ver si luego tiene usted que dársela!

Blanca. Pero, Feliciano, óigame usted en serio. ¿Qué piensa usted de mí? ¿Cómo me juzga? Lo veo a usted esta noche en un terreno en que nunca lo he visto. ¿Me cree usted acaso una hipócrita?

Feliciano. ¡No!

Blanca. Pues, entonces, ¿cómo se explican esas insinuaciones?… No, no, Feliciano. Soy y quiero seguir siendo toda mi vida una mujer libre. No he nacido para aguantar el yugo de ningún sultán.

Feliciano. Y yo lo celebro y lo aplaudo. Y, en mi terreno, comparto esa ilusión de libertad perenne. A usted le consta. Somos dos convencidos. Lo cual no quita que venga usted esta noche más bonita que nunca.

Blanca. ¡Huy, huy, cómo lo pone el *champagne*!… ¡A las dos copas!… Porque yo no puedo atribuírselo sino al *champagne…*

Feliciano. Justo: al *champagne…* a la ocasión… al momento… ¿De manera que decía usted que ningún sultán?…

Blanca. Ninguno, amigo mío. En esas redes de hilos invisibles del amor, yo no caigo… ni en noche de baile. Esté usted seguro. Y para no caer… lo mejor es evitar que se formen en torno nuestro. *Despidiéndose.* Que se le pasen a usted esas decimitas.

Feliciano. Que usted se divierta mucho en el baile.

Blanca. ¿Usted renuncia a ir desde luego?

Feliciano. Sospecho que no.

Blanca. Los ojos ya empiezan por bailarle algo.

Feliciano. ¡Es un principio! Acabaré por ir. ¡Si desistí en un arranque de mal humor a que me llevaron Benito y su señora!

Blanca. ¡Échelo usted a cara o cruz!

Feliciano. ¡De acuerdo, secretaria! Cara… no puede ser sino la de usted esta noche, y cruz… la que tengo con esos dos amigos.

Blanca. ¡Ja, ja, ja! ¡Pues allí nos veremos!

Feliciano. ¡Y allí le ofreceré a usted la tercera copa!

Blanca. ¡Y puede que la tome… si no es en el palco de la Chanquete!

Feliciano. ¡Solís, por Dios, yo sé con quién trato!

Blanca. Sí, ya lo veo. Ya me ha llamado usted Solís, como aseguraba que esta noche no podía llamarme.

Feliciano. En mi deseo de complacerla a usted…

Blanca. Gracias, Feliciano. Hasta luego. *Se va por la derecha.*

Feliciano. Hasta luego. —¡Vaya si voy al baile!

Se va por la izquierda.

Macario, que no hay que jurar que ha estado al paño, sale hecho una furia, cruzándose con Blanca.

Macario. ¡Oh! ¡Oh! ¡Al baile se va como una flecha!… ¡La Chanquete, Antoñita, la Secretaria… lo que se tope allí! ¡Mientras son tantas, no hay peligro! Sin embargo, voy a brindar yo… con palabras. *Bebiéndose una copa.* ¡Por que no lo atrape ninguna!

Feliciano dice, mientras pasa por el fondo de izquierda a derecha, con gabán y sombrero ya: ***Feliciano****. ¡Muchas gracias, Macario! ¡Buenas noches!*

Macario se queda un poco atragantado viéndolo irse.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la misma estancia que los anteriores, sin otros cambios que los naturales del tiempo transcurrido. Estamos en mayo; a los tres meses del acto segundo. Es por la tarde.

Por la derecha salen Raúl y Camila, nueva doncellita.

Camila. Pase usted, señor. ¿A quién anuncio?

Raúl. Tú eres nueva en la casa, ¿verdad?

Camila. Sí, señor; apenas llevo aquí cinco días.

Raúl. ¡Esa Eusebia!… Anuncia al señor Duque.

Camila. *Sonriéndole complacida.* Muy bien.

Raúl. Di, si no, que está aquí Raúl, y es más claro.

Camila. Perfectamente. *Yéndose por la izquierda.* El duque de Raúl. Muy bien.

Nuestro correcto amigo no viene con el humor de siempre. Por el contrario, muéstrase macilento y abatidísimo y suspira sin tregua.

Raúl. ¡Ay, ay, ay!… ¡Ay!… Éste va a llevarse un disgusto. Y cualquiera que me quiera bien. ¡Ay, ay, ay!…

Vuelve Camila.

Camila. Dice el señor que haga el señor el favor de sentarse; que en seguida viene el señor; pero que no tiene el gusto de conocer al señor.

Raúl. ¡Muchacha! ¿Qué le has dicho tú? *A grandes voces.* ¡Feliciano! ¡Sal sin cuidado, que soy yo!

Feliciano. *Dentro, todavía.* ¡Ya, hombre, ya! *Sale luego por la izquierda y lo abraza.* ¡Dichosos los ojos!

Raúl. ¡Felicianete!

Feliciano. El duque de Raúl te me anunció ésta.

Raúl. *Riendo sin gana.* ¡Je!

Camila. Lo que el señor me dijo a mí. Con permiso de los señores. *Se va por la derecha.*

Feliciano. Esta chica viene de servir en una Embajada, y no ve más que personajes. El otro día me anunció a Benito «el gobernador de Don Benito». ¡Me quedé loco! Bueno, y tú ¿dónde te has metido tanto tiempo? ¡No se te ve el pelo hace tres meses! ¿Has estado en algunas aguas?

Raúl. ¡Menudas aguas!

Feliciano. ¿Qué te ocurre? ¡Esa cara de luna en menguante no te la conocía!

Raúl. ¡Ay, ay, ay!…

Feliciano. No me alarmes, hombre. ¿Qué te ocurre?

Raúl. Tú eres mi amigo, Feliciano.

Feliciano. *Poniéndose en guardia.* Te diré…

Raúl. Tú eres capaz de comprender mi drama… y mis ojeras. He pasado fuera de España mes y medio… y ¿quién dirás que me la ha pegado durante mi ausencia?

Feliciano. *Palideciendo.* ¿Tu mujer?

Raúl. *Indignado.* ¡No seas estúpido!

Feliciano. Perdona, hombre. ¡Al verte tan patético!… ¿Quién te la ha pegado?

Raúl. *Resistiéndose aún a la confesión.* ¡La Pepilla!

Feliciano. *Sin darle la menor importancia.* ¡Ah!

Raúl. ¿Cómo, ¡ah!?

Feliciano. Sí, chico; ¡ah! No es para tomarlo tan en serio. Cien veces te lo he dicho: hay una edad en que nosotros la pegamos, y otra en que nos la pegan a

nosotros.

Raúl. *Muy triste.* Y, vamos a ver: ¿no estoy yo todavía en la edad intermedia? ¿No lo estoy? ¡Desagradecida! ¡Sinvergüenza! ¡Golfa!… ¡La muy…!

Feliciano. *Parodiándolo.* Corrección, corrección… Escaparate, Raúl, escaparate…

Raúl. Ahora estamos solos en la trastienda. Déjame que me desahogue. ¡Nunca lo esperé de la Pepilla! ¡Con lo que me debe!… Ella y toda su casta. No merecen el interés con que uno las mira. ¡Ay!

Feliciano. Y ¿cómo has comprobado la cosa?

Raúl. Porque tuve la feliz idea de regresar sin previo aviso para darle una sorpresilla —¡infantilismos de los hombres de mundo!— y ¡vaya si la sorprendí!… Me encontré en la alcoba mis babuchas con señales de haber estado *habitadas*; calentitas; humeaban casi.

Feliciano. Y ¿qué te dijo? ¿Cómo justificó la temperatura de las babuchas?

Raúl. Que el gato; que el gatito solía echarse sobre ellas recordándome. ¡Animalito!

Feliciano. Eso pudiera ser.

Raúl. No; porque luego di con unos tirantes escoceses ¡que no han sido míos en la vida! ¡Ni del gato, naturalmente!

Feliciano. ¡Vaya por Dios, hombre! ¡Pero no te pongas así! A eso estáis expuestos los que les dais tanta importancia. ¡Mira como a mí no me la pegan! Antes que ellas lo piensen…

Raúl. No te fíes mucho. Ya llegarás también a la edad climatérica. Y óyeme ahora. Como tú eres mi mejor amigo, quiero encomendarte una delicada misión.

Feliciano. ¡No la acepto! ¡No sigas!

Raúl. ¿Qué dices, Feliciano?

Feliciano. Pero ¿tú no sabes lo que me pasa?

Raúl. ¿A ti también? ¿Con la Chanquete?

Feliciano. ¡Qué Chanquete ni qué caracoles!

Raúl. Hombre, como en el baile de Carnaval os arreglasteis y hasta hubo conatos de segunda luna de miel…

Feliciano. No, pues no es eso. Es mucho más gordo.

Oportunamente llega por la izquierda doña Guía.

Doña Guía. ¡Oh! ¡Raúl!

Raúl. ¡Señora!

Doña Guía. ¡Lo había perdido a usted de vista!

Raúl. He andado por el extranjero. Unos negocios…

Doña Guía. ¿Y Teresina?

Raúl. Teresina, bien. En el mejor de los mundos siempre.

Doña Guía. ¿Y los chicos?

Raúl. Tan famosos. Creciendo a saltos. Me hacen viejo por días. ¡Por horas!

Doña Guía. ¡Oh! Usted está todavía en muy buena edad.

Feliciano. ¿Verdad que sí? Todavía…

La ironía de Feliciano determina una mirada de Raúl, de perro con tiña.

Doña Guía. ¿Estabas acaso contándole a Raúl…?

Feliciano. Iba, iba a contárselo. Pero mejor es que se lo cuente usted, que tiene más calma. Yo me sulfuro mucho.

Raúl. Pues… ¿qué es ello?

Doña Guía. ¡Nada más sino que se nos han metido en esta casa hace un mes los cuatro hijos de Nora San Serení!

Feliciano. ¡Nada más!

Raúl. ¿Se ha separado el matrimonio?

Doña Guía. ¡Quiá!

Raúl. ¿Le ha dado a Benito la tos ferina y ha habido que aislarlos? ¡Porque ya era lo único que le faltaba!

Doña Guía. No, señor. Le dará hasta el moquillo, eso es aparte. Pero ahora están los dos en perfecta salud y en viaje de recreo por Italia. A Benito le tocó el mes pasado la Lotería…

Feliciano. Antes; le tocó antes. Lo malo es que a mí me ha tocado ahora la aproximación, sin jugar.

Raúl. Eso iba yo a decir. ¿Por qué se largan fuera y te dejan a ti a los chicos?

Feliciano. ¡Porque yo estoy soltero! ¡Porque no tengo obligaciones!

Raúl. ¡Valiente abuso!

Doña Guía. Es de lo que no tiene nombre. Se fueron diciéndole a este infeliz que sería cosa de dos o tres días, hasta que la abuela, la madre de ella, viniera a recogerlos. ¡Y ya va un mes corrido y no parece la señora!

Raúl. ¿En dónde está ella?

Feliciano. ¡En Egipto! ¡De viaje también! ¡Es una familia muy movida!

Raúl. Bueno, Feliciano; pero a una cosa así no hay derecho. Tú ¿cómo aguantas?…

Feliciano. Estoy asando a telegramas a Nora y a Benito. ¿Qué más puedo hacer?

Doña Guía. ¿Vamos a poner a las criaturas en la calle? ¡Añada usted que los tres mayores, los varoncitos, son tres salvajes; tres zulús! No hay modo de hacer carrera de ellos.

Feliciano. Diversión con los niños no la tiene más que Macario, que los lleva y los trae al Instituto-Escuela y a casa y goza hablándoles mal de las mujeres por el camino.

Doña Guía. Y cuente usted que aún queda el rabo por desollar. La nena, la

menor —que por cierto es monísima— cayó enferma a los tres días de estar en casa…

Raúl. ¡Demonio! Eso es lo más grave.

Doña Guía. Y aquí médicos a todas horas, y aquí consultas, y aquí medicinas…

Feliciano. ¡El delirio, chico, el delirio! ¡Cómo no tengo obligaciones!…

Doña Guía. Noches en vela, sobresaltos, angustias… Menos mal que la secretaria de éste, que tiene sobrinos y está adiestrada en estas cosas, nos ayuda muchísimo. Casi se ha convertido en la enfermera.

Raúl. ¡Ah, sí! Blanca. Es un tesoro esa mujer.

Doña Guía. Vale, vale mucho. Y es lo que yo le digo a este mala cabeza: todo esto te sucede por no haberte casado; esta es la contribución del soltero. Si tú tuvieras hijos propios… ¡a nadie se le ocurriría traerte los suyos!

Raúl. ¡Evidente, señora, evidente! Los hijos propios son el mejor escudo.

Doña Guía. Óyelo, óyelo bien. ¡Aprende de Raúl!

Feliciano. ¿Quiere usted que aprenda de Raúl?

Doña Guía. ¡No me canso de recomendártelo! ¡No se canse usted tampoco, Raúl!

Raúl. ¡Oh! Yo hago cuanto puedo, señora. Pero éste todavía no siente el hogar ni sus deleites. Este no se imagina lo que es volver a nuestra casa, a la casa propia, cansado de la brega del día, y encontrar a la esposa que nos sonríe, a los hijitos que nos besan; las prendas familiares, el batín…

Feliciano. Las babuchas frescas…

Raúl. ¡Eso, eso es! ¡Las babuchas frescas! ¡Has completado mi enumeración!

Feliciano. ¡Válgame Dios, hombre, válgame Dios!…

Doña Guía. ¡Qué diferencia de ese cuadro a vivir siempre entre las mujerzuelas con quienes se trata!

Raúl. ¡Que tan mal pago dan luego, Doña Guía! ¡Yo lo sé por lo que veo en todos mis amigos!

Doña Guía. ¡Bien empleado les está a los casados!

Raúl. ¡Sí!… ¡Pero en el pecado llevan la penitencia! ¡Esas mujerzuelas los engañan!

Doña Guía. ¡Y hacen bien! ¡Así vengan a las esposas! ¡Hacen bien! *A un gesto de Raúl.* ¿No cree usted que hacen bien?

Raúl. Hacen regular…

Feliciano. ¡Hacen perfectamente! Además, yo protesto, tía, de que crea usted que no me trato más que con gentecilla de poco más o menos. Yo voy a todas partes y tengo amigas y amigos dondequiera…

Doña Guía. Dejemos esto. ¿Quiere usted acompañarme, Raúl, a tomar una taza de té?

Raúl. ¡Encantado, señora!

Doña Guía. Deseo hacerle a usted una confidencia, sin que se entere mi sobrino. Que se quede un ratito aquí, rumiando sus remordimientos.

Raúl. Ya lo oyes.

Feliciano. Ya, ya.

Raúl. Rumia.

Feliciano. Rumia tú.

Raúl. No puedo olvidar aquel baile de trajes…

Se marchan doña Guía y él, conversando íntimamente, por la izquierda.

Feliciano. ¿Qué le tendrá que decir mi tía? ¿Habrá encontrado otra media naranja para mí? ¡Qué monomanía de señora!…

Cuando va a marcharse, lo detienen Macario y Antoñita, que por la derecha aparecen.

Macario. Feliciano.

Feliciano. ¿Qué quieres?

Macario. Aquí tienes a la Antoñita, que viene a despedirse. Eusebia la ha plantado en la calle.

Feliciano. ¿Cómo? ¿Por qué?

Antoñita. Ella lo sabrá, señorito.

Macario. Cuéntale tú todo el asunto. Risa para un semestre, Feliciano. Mientras más viejas, se vuelven más locas. ¡Te vas a tronchar! *Vase por la izquierda, riéndose.*

Feliciano. *Atónito.* A ver, a ver… ¿Qué ha sido, Antoñita?

Antoñita. Don Feliciano, pues que me ha dicho de buenas a primeras que no vuelva más.

Feliciano. Pero ¿en qué se funda? ¿Has cometido alguna falta?

Antoñita. Que yo sepa, no. Si he de serle a usted franca, señorito, yo creo que nunca la he caído bien a esa señora Desde el primer día.

Feliciano. Pero, bueno, ¿qué razón te ha dado…?

Antoñita. Razón, ninguna. Con mucha zumbita me ha dicho que no quiere que se me estropeen los ojos cosiendo aquí de noche.

Feliciano. Eso sería una lástima; pero…

Antoñita. Favor que usted me hace.

Feliciano. No justifica su determinación. Ella sabe bien que tú me estás muy recomendada.

Antoñita. Y que el señorito me distingue.

Feliciano. Lo que tú mereces.

Antoñita. Pues ahí está el mal, don Feliciano. A lo que parece, ella quiere ser aquí reina absoluta.

Feliciano. No, no; aquí no hay esas cosas. Aquí no manda nadie más que yo, porque soy el amo de mi casa.

Antoñita. No se sofoque usted. Todo lo querría yo antes que proporcionarle un disgusto.

Feliciano. Yo hablaré con Eusebia.

Antoñita. Mire usted, señorito, que las cosas por la violencia, por las malas, a mí no me gustan. A mí me gustan las cosas por las buenas.

Feliciano. Y a mí también. Por las buenas.

Antoñita. *Sonriéndole.* Se conoce que por eso le he caído yo a usted tan en gracia.

Feliciano. Por eso… y por lo otro.

Antoñita. Pues Eusebia, señorito, para mí que ha sentido envidia de este trato.

Feliciano. ¿Qué?

Antoñita. Sí, señorito; sería tonto no verlo. La verdad es ésta. Desde que le hice a usted el batín a rayas, está furiosa contra mí.

Feliciano. ¡Criatura! ¿Qué dices?

Antoñita. ¿Se acuerda usted de la mañana de la prueba?

Feliciano. ¿De qué prueba?

Antoñita. De la del batín. Usted, cariñosamente, me tomó la cara… Sin malicia ninguna.

Feliciano. Bueno, ¿y qué?

Antoñita. Pues a la cuenta ella lo vió… y como tiene la mosca en la oreja… porque está enamorada de usted…

Feliciano. ¡Muchacha!

Antoñita. ¡Ah! pero ¿usted no lo sabe?

Feliciano. Yo ¿qué he de saber eso? ¡Ave María purísima! *Le acomete una risa estridente, que le dura un rato.* ¡Ja, ja, ja!

Antoñita. Pero Macario ¿no le ha dicho a usted nada?

Feliciano. ¿Qué me había de decir semejante absurdo? ¡Vamos, vamos! ¡Ja, ja, ja!

Antoñita. ¡Pues esa es la risa que él trae! Eusebia, en una disputa sobre su casamiento de usted, creo que le dijo que usted a última hora, no se casaría más que con ella.

Feliciano. ¡Ja, ja, ja! ¿A última hora, eh? ¡*In articulo mortis*! ¡Cuando ya no se sabe lo que se hace! ¡Qué atrocidad! ¡Me explico la risa de Macario! ¡Ja, ja, ja! ¡Que la encierren!

Antoñita. Pues no le dé usted vueltas, por eso nada más me despide.

Feliciano. Y ¿qué tiene que ver…?

Antoñita. Que sin duda ella se ha creído otra cosa…

Feliciano. ¿Qué cosa?

Antoñita. Que entre el señorito y yo pueda haber algo más que lo que parece…

Feliciano. ¡Ah, vamos! Como sabe que a mí me gustan las caras bonitas… ¿Celos?

Antoñita. No diría yo tanto… Vamos a dejarlo en *pelusa*. Pero le aseguro a usted que, lo que es a mí, ni esa señora ni nadie me corta los vuelos. Ella me ha oído decir más de una vez que no soy mujer que se conforma con la pobretería.

Feliciano. ¿No, verdad?

Antoñita. No, señor; cuando se nace con un buen palmito y con disposiciones, no hay por qué achicarse en el mundo. Yo perderé esta casa; pero que le conste a ella que no tardaré mucho en tener un gran taller de costura —aquí o en Barcelona— con muchas oficialas a mi servicio y calefacción central en mi casa y coche a la puerta.

Feliciano. ¡Porque se puede!

Antoñita. Y porque se quiere también.

Feliciano. ¿A quién se quiere?

Antoñita. A nadie todavía.

Feliciano. ¿De veras, Antoñita? ¿A nadie?

Antoñita. De veras. Feliciano. ¡Huy, Feliciano! ¡Dispense usted, don Feliciano! En el calor de la conversación…

Feliciano. ¿Vamos a cenar juntos esta noche… y me hablas a satisfacción de todos esos planes? ¿Vamos allá?

Antoñita. ¡Por mí, ya lo creo! No se figure usted que me asusto.

Feliciano. Ni hay por qué.

Antoñita. ¡Y que rabie Eusebia!

Feliciano. ¡Deja a ese mamarracho, por Dios! ¿Convenido, Antoñita?

Antoñita. ¡Convenido!

Feliciano. Pues a las nueve te mandaré el coche.

Antoñita. ¿A mi casa?

Feliciano. A tu casa, ¡claro! Y ahora vete, que llega alguien.

Antoñita. Oye. Digo, oiga usted. Yo estaré al cuidado en mi balcón. Dígale a Remigio que se quede con el coche en la esquina. Sí; porque mi portera es un periódico: ¡lo publica todo! Y no hay necesidad… ¡Corrección corrección!… ¡Que esté bonito el escaparate!… como dice siempre don Raúl.

Feliciano. ¡Es verdad! Y estando tú en el escaparate… ya está bien bonito. Hasta luego.

Antoñita. Hasta luego. (¿Qué se figuraba esa cursilona?). *Se retira gozosa y esponjada.*

Feliciano. *Reflexionando súbitamente.* Pero, bueno: ¿en qué voy a meterme yo? ¿Para qué me embarco en estas aventuras, si al primer beso me arrepiento? Sin

embargo, por algo son las cosas… Ahora puede valerme… Sí, sí. La Chanquete está muy pegajosita… Sí, sí, sí; procuraremos que se despegue, que el diablo las carga… Y ¿cómo despegarla mejor que así? Cuidemos las recaídas en la convalecencia.

Llega por la derecha Camila, a anunciar una nueva visita.

Camila. Señorito.

Feliciano. ¿Quién?

Camila. Doña Guadalupe Cerrillos.

Feliciano. No sé… No conozco… Que pase. Será alguna amiga de mi tía. *Espera, mirando hacia la derecha con curiosidad, y al ver aparecer a la Chanquete precisamente, da un brinco.* ¡Chanquete! ¿A qué vienes ahora? ¡Lárgate, que tengo anunciada visita!

Chanquete. ¡No, zi zoy yo! ¡La vizita zoy yo!

Feliciano. ¿Cómo tú?

Chanquete. ¿No me has conocío por mi nombre? ¡Doña Guadalupe Cerriyos zoy yo! ¡Mía que no acordarte de cómo me yamo!… Ze empeñó tu criada…

Feliciano. ¡Pareces alguien anunciada de esa manera!… ¿Quién cae en que va a ser Guadita, alias la Chanquete? De todos modos, márchate.

Chanquete. ¿Por qué?

Feliciano. Porque no estoy solo.

Chanquete. ¿Con quién estás?

Feliciano. Con mi tía, que vive hace unos días en mi casa.

Chanquete. Y ¿por qué no me lo dijiste la otra noche? ¡Tos ze te vuerven zecretos pa mí! ¡Qué poca confianza tienes conmigo!

Feliciano. Mujer, no caí en ello. Anda, vete ahora, no salga y te encuentre.

Chanquete. ¡Tampoco va a habé ningún terremoto zi me encuentra! ¿Qué zabe eya quién zoy? ¡Que ze lo pregunte a tu criada! ¡Doña Guadalupe Cerriyos! ¡A

lo mejó una zeñora catequista!

Feliciano. ¡Catequista!… El cate voy a dártelo yo como no te vayas.

Chanquete. ¡Qué mal ánge tienes! ¡No zabes tú que venía a decirte una coza mu grande!

Feliciano. ¿Qué?

Chanquete. ¡Una coza mu grande! Lo que menos te pienzas tú. ¡Mu grande, mu grande!

Feliciano. ¿Algún premio de la Lotería, que te ha tocado? ¿Jugabas con Benito?

Chanquete. ¡Qué tiene que vé! ¡Mucho más grande!

Feliciano. Bueno, pues mañana iré yo a verte y me lo contarás.

Chanquete. Pero ¿no zientes curiozidá ninguna por zaberlo?

Feliciano. En este momento, ninguna. Estoy desazonado.

Chanquete. ¡Jezús, hijo, por Dios! ¡Qué miedo le tienes a tu tía! ¡Y penzá que yo, con esto que me paza, no le tengo ya mieo a na de este mundo!…

Feliciano. ¡Tú eres muy valiente!

Chanquete. ¿De veras, Felicianiyo, que no caes tú en lo que pueda zé? ¿Ni mirándome a mí tan contenta?

Feliciano. ¿Qué quieres que te diga, Chanquete? No caigo, no.

Chanquete. Acuérdate der baile de máscaras… y de la luna de merengues que vino luego. Digo de merengues porque a mí no me gusta la mié. ¿Toavía no caes? ¡Ea! ¡Te lo diré más claro! ¿Cómo le vamos a pone zi es niña?

Feliciano. *Dando un brinco mucho mayor que el otro.*

¡Chanquete!

Chanquete. ¿Tampoco ahora has caío?

Feliciano. ¿No he de caer? ¡Flojo batacazo!

Chanquete. ¿Te alegras?

Feliciano. ¿Qué he de alegrarme, local?

Chanquete. ¡Ah! ¿No te alegras?

Feliciano. ¡En primer lugar eso no es verdad!

Chanquete. ¿Que no es verdá?

Feliciano. ¡No; no es posible!

Chanquete. ¿Cómo que no es pozible?

Feliciano. ¡Que no puede ser, digo!

Chanquete. ¿Vas tú a zaberlo mejó que yo? ¡Zi he estao cayá viéndolo vení, zin decirte ni una palabra, hasta está zegura der to! ¡Zi yevo ya tres noches que no duermo!

Feliciano. ¿Sí, eh?

Chanquete. ¡Tres noches!

Feliciano. ¡Pues ahora van a tocarme a mí!

Chanquete. ¿Tan mar lo recibes, Feliciano? ¿No te hace a ti gracia?

Feliciano. ¡Ya lo ves!

Chanquete. Poz hijo… ¡haberlo penzao antes! Porque ciertas cozas… Yo te azeguro que cuando nazca…

Feliciano. ¡No lo quiero pensar, Chanquete!

Chanquete. ¡Que tú lo pienzes o que no, ezo tiene zus días contaos!

Feliciano. ¡Pues yo no lo quiero pensar! ¡Qué horror!

Chanquete. ¡Jezús, hombre! ¡Me da coraje oírte! ¡Qué horró! ¡Como zi fuéramos a tené un mono! ¡Más bonito va a zé!

Feliciano. ¿Quieres callar, Chanquete?

Chanquete. Pero ¿por qué va a zalí feo? ¡Ni tú lo eres ni yo tampoco!

Feliciano. ¿Te quieres ir?

Chanquete. Zí, hombre, zí; ya me voy. No me eches más. Te he dicho que a mí ya nadie me da un dijusto. Y tú, zi no lo quieres vé, pues irte al estranjero. Yo no te quieo pa na: con é me basta. Y zi es niña le pongo como yo; y zi es niño le pongo Feliciano. ¡Feliciano, zí! ¡Er pobrecito mío no tiene la curpa de que zu padre zea un descastao y un Judas!

En este momento sale Blanca, atribuladísima, por la izquierda.

Blanca. ¡Feliciano!

Feliciano. ¡Blanca!

Blanca. La niña está mal.

Feliciano. ¿Que está mal?

Blanca. Rojita, excitadísima… Da unos gritos que parten el alma. Me preocupa mucho.

Feliciano. ¿Qué ha dicho el médico?

Blanca. ¿Don Serafín? La vió esta mañana, pero ya no vuelve hasta la noche. Y no sé qué hacer.

Feliciano. ¿Por qué no llamas a uno que vive arriba? Un tal Miramón.

Blanca. ¿Estará en casa ahora? ¡Sí; vamos a intentarlo! Voy yo misma a decirle a Camila que suba y le avise. *Vase apresuradamente por la derecha.*

Feliciano. ¡Por vida de!… Ya oyes. No estoy para nada, Chanquete. ¡Márchate, por el amor de Dios! *Y se va él por la izquierda, preocupadísimo.*

Chanquete. ¡No me quedaba otra coza que vé! ¡Le importa más er niño de otro que er zuyo! *Vuelve Blanca, flechada hacia la izquierda, y al pasar no deja de reparar en la Chanquete, que a su vez la mira recelosa.* ¿Estará ésta en turno quizá? ¡Qué zé yo! ¡A mí no me quiere ni me ha querío nunca! ¡Te ha fayao la prueba, Chanquete! Zi

como es mentira lo der niño yega a zé verdá, ¡ze luce usté, doña Guadalupe Cerriyos! ¡Mardito zea er demonio! *Y se marcha definitivamente.*

Macario asoma por la izquierda a tiempo de verla marcharse.

Macario. ¿Otra vez aquí tú? Pero ¿cuándo te dará del todo la absoluta?

Por la derecha, un tanto alarmada, acude Eusebia.

Eusebia. Oiga usted, ¿qué sucede? ¿A qué va la chica por el médico?

Macario. ¿A qué ha de ir? ¡Esa dichosa niña nos trae en jaque a todos!

Eusebia. ¡Inocentita! ¿Qué culpa tiene ella?

Macario. Ella, ninguna. Todavía no ha llegado a la edad. Deje usted que crezca. La culpa es toda de ese simple de Feliciano.

Eusebia. ¿Simple Feliciano?

Macario. ¡Memo! ¡Sólo él aguanta que un matrimonio loco se vaya por ahí a divertirse y le deje mientras tanto el cuidado de cuatro hijos!

Eusebia. Poco a poco. Esto se ha enredado después. Él aceptó el acogerlos por un par de días. Y eso, ninguna persona bien nacida lo niega.

Macario. ¡Si Feliciano me hubiera oído a mí!… ¡Bien que se lo anuncié! ¡Qué vas a tener niños para una temporada!… Y aquí están. Menos mal que a los varoncitos los estoy aleccionando yo.

Eusebia. ¡Buenas cosas les dirá usted! Dios me libre de oírlas.

Macario. Se las digo buenas; muy buenas. Sobre todo de su mamá; de la nerviosa —llamémosle nerviosa— de su mamá.

Eusebia. ¿Se atreve usted?

Macario. ¿Cómo que si me atrevo? ¡Es que no sería yo quien soy si no me atreviera!

Iluminado el rostro, orgullosa de su papel en este momento, llega Camila por la derecha y anuncia: ***Camila****. El doctor Marañón.*

Miramón aparece siguiéndola, y rectifica:

Miramón. Miramón, Miramón. No confunda usted la cima con el agujero.

Es un mediquillo recién salido de la Facultad, y, naturalmente, inexperto.

Camila. Usted dispense.

Miramón. ¿Quién es la enferma?

Macario. Esta señora. Está mala del piso alto.

Eusebia. No haga caso, doctor. Venga usted conmigo.

Miramón. Es una niña, creo.

Eusebia. Una niña, sí.

Miramón. Mi especialidad cabalmente.

Se va por la izquierda con Eusebia.

Camila. *Tratando de justificarse.* No crea usted que me he equivocado porque sí. Es que a la Embajada donde yo servía iba mucho el doctor Marañón, y todavía tengo el nombre en la boca. ¿A esta casa no vienen personajes?

Macario. ¡Sí! ¿Cómo qué no? Ahora mismo acaba de irse uno: ¡la Chanquete!

Camila. ¿La Chanquete?

Macario. Ya irás viendo otros. La Castiza, *la Gatos*, *la Romántica*…

Camila. ¿Artistas?

Macario. En su género, sí. Y eso que ahora tenemos una tregua, porque vive aquí la señora y porque esa niña está mala Pero ya te alcanzará alguna cenita flamenca, y verás personal. El *Niño de las Bocas*, Paco *el Burro*, la Tuerta Juana, Micaela *la Bizca*, Pepe *el Tragahumos*… Ya verás, ya verás.

Camila. *Con cierta repugnancia.* ¿Cree usted que lo veré? ¡Qué sé yo, qué sé yo!… Esta casa no es lo que me habían dicho. No estoy yo aquí en mi ambiente. *Se va por la derecha probablemente a hacer el baúl.*

Macario. ¡Señor, qué criatura más tonta! Dando por cierto que haya nacido una mujer tonta. ¡Que es mucho dar!

Por la izquierda vuelve en este punto Eusebia, embelesada, sin advertir la presencia de Macario.

Eusebia. ¡Y hay quien cree que me hago ilusiones!… No han visto su mirada cuando entré con el mediquito.

Macario. *Rectificando su reciente aseveración.* ¡Pues sí ha nacido una!

Eusebia. ¿Eh?

Macario la mira y suelta el trapo.

Macario. ¡Pufff!…

Eusebia. ¿Vuelta a la risa? ¡Qué chasquito se va usted a llevar!

Macario. ¡Pufff!…

Eusebia. ¿Otra vez? ¡Sabe que me incomoda!

Macario. ¡Mejor!

Eusebia. Dará usted lugar a que tengamos un día un disgusto grave. De mí, por *eso* que a usted le parece tan gracioso, no tolero que nadie se ría.

Macario. ¡Pues se ríe todo el que se entera! ¿Cuándo va usted a tener formalidad? ¿Cabe en cabeza humana que un hombre que está constantemente rodeado de mujeres jóvenes y bonitas…?

Eusebia. ¡Ah! ¡Si lo hubiera usted oído una tarde soñando en alta voz en la cama turca!…

Macario. ¿Con quién?

Eusebia. ¡Conmigo! ¡No pensaba decirlo nunca, pero ya salió! ¡El corazón rebosa!…

Macario. ¡Sería una pesadilla!

Eusebia. ¡Eusebia! ¡Eusebia!… gritaba entre suspiros…

Macario. ¡Soñaría que se estaba ahogando y la tomó a usted por una boya!

Eusebia. ¡Animal! Ni sé yo por qué ha de ser ridículo… ¿No es ciego el amor, en último caso?

Macario. ¡El de usted es ciego y además lleva un perro que les ladra a los transeúntes!

Eusebia. ¡Animal! No hay otra palabra.

Viene por la izquierda Feliciano, presuroso, con una receta.

Feliciano. ¡Eusebia!

Eusebia. *Recordando el sueño de la turca.* ¿Qué quieres?

Feliciano. Manda a la botica en seguida por este calmante.

Eusebia. ¿Para la niña?

Feliciano. Sí.

Eusebia. ¿Te ha tranquilizado el doctor?

Feliciano. Sí; asegura que todo es nervioso.

Macario. *Entre sí.* (¡La sangrecita de la madre!).

Feliciano. Que lo traigan inmediatamente.

Eusebia. Yo misma iré por él. *Se aleja por la izquierda, después de mirarlo de un modo inefable.*

Feliciano lo advierte, y creyéndose solo, exclama en el colmo del estupor más cómico: ***Feliciano****. Pero… pero ¿va a ser verdad?*

Macario. ¿Te convences ahora?

Feliciano. ¡Ah! ¿Estabas tú ahí?

Macario. ¡Ojo, Feliciano!

Feliciano. ¡Qué ojo ni qué zambomba! ¡Con los ojos cerrados le doy la vuelta

al mundo huyendo! ¡Qué atrocidad! ¡Qué demencia! ¡Este sería el peligro negro!

Salen ahora por la izquierda Blanca y el mediquín. Éste viene guardándose la pluma estilográfica, de la que ha hecho buen uso, como se verá. Macario observa.

Miramón. Nada, nada; esté usted tranquila completamente. Sólo se trata de una crisis nerviosa sin importancia. Coincido enteramente con la opinión de mi compañero.

Blanca. Más vale así.

Miramón. Cuando venga el calmante, si la niña está dormida, la deja usted; y en cuanto se despierte, le da una cucharada. Media hora después, la píldora; de madrugada, el sello, y por la mañana, el elixir.

Macario. (¡Eso es! ¡Y aunque la niña se muera, que viva el boticario!). *Y se va por no seguir oyendo.*

Feliciano. Pero ¿no es cosa de cuidado, verdad?

Miramón. ¡En absoluto! Es caso frecuente en las criaturas hijas de padres nerviosos. *A Feliciano, refiriéndose a Blanca.* La madre será nerviosísima.

Feliciano. ¡Oh! ¡No puede usted imaginarse!…

Miramón. *A Blanca, refiriéndose ahora a Feliciano.* Y el padre también lo será un poquito.

Blanca. Figúrese usted: por naturaleza… y por contagio.

Miramón. ¡Está bien; por contagio; está bien! ¿Es la mayor la niña?

Blanca. ¿Cómo?

Miramón. ¿La mayor que tienen ustedes?

Feliciano. ¡No!

Blanca. ¡No!

Miramón. ¡Ali! ¿Tienen otros mayores? ¡Caramba! Tan jóvenes y…

Feliciano. *Riendo.* No, doctor, no; perdone usted. No tenemos ninguno.

Blanca. Esa niña es hija de unos amigos nuestros.

Feliciano. Nos la han dejado, con los hermanitos, mientras el matrimonio anda por ahí de viaje de recreo. ¡Gangas que a mí me caen!

Miramón. ¡Caramba! Pues yo —y ustedes me dispensen la franqueza— no hubiera aceptado el encarguito. ¡Es mucha responsabilidad! ¡Los chiquillos dan cada susto!… ¡Uf!… Nada, nada; si vale mi consejo, hijos, los propios: los que tengan ustedes. *Feliciano y Blanca reprimen la risa.* A su disposición; ya saben dónde estoy. No pasará nada; pero a la menor inquietud, un golpe de teléfono y bajo en seguida.

Blanca. Muchas gracias.

Miramón. *A Feliciano.* No se moleste usted.

Feliciano. ¡No faltaría más!

Miramón. Y repito que no tengan cuidado. Yo hablaré mañana con Serafín en la Escuela de Puericultura. *Se va por la derecha, acompañado de Feliciano.*

Blanca rompe a reír.

Blanca. ¡Es gracioso! ¡Nos ha tomado por el padre y la madre! ¡Claro! ¡Las apariencias!… *Surgen con este motivo en su espíritu ideas y emociones que la hacen sonreír. En silencio aguarda a Feliciano, que a poco llega.*

Feliciano. ¡Qué mediquillo más salado! ¿Verdad?

Blanca. Mucho; muy salado. Tiene cara de listo. A mí me ha dado tranquilidad.

Feliciano. Y a mí también.

Blanca. ¡Y no es manco haciendo recetas! ¡Cuatro en un momento!

Feliciano. ¡Parecía que estaba preparando unas oposiciones! ¡El sarampión del doctorado!

Blanca. No mandaré por ellas hasta ver cómo le cae a la nena el calmante. ¡Porque es un horror lo que se está gastando en botica!

Feliciano. ¡Como yo no tengo obligaciones!… ¿Descansa ahora la nena?

Blanca. Sí. Oye: te habrá hecho gracia que el mediquillo nos haya tomado por matrimonio.

Feliciano. ¿No me viste aguantar la risa?

Blanca. Creyó que tú eras…

Feliciano. Y que tú…

Blanca. ¡Claro! Hombre y mujer… en esta casa… a la cabecera de una criaturita…

Feliciano. Con cara de susto los dos…

Blanca. ¡Yo lo he pasado grande!

Feliciano. Pues ¿y yo? ¡Canario!

Blanca. ¡Es una responsabilidad terrible!

Feliciano. ¡Terrible!

Blanca. Sí, sí…

Feliciano. Tiene más razón que un santo el doctorcillo: hijos, los propios. ¡Lo que es yo no vuelvo a caer en otra como ésta!

Blanca. Eso no se puede decir; pero bueno es vivir prevenidos, valga por lo que valga. ¿Por qué no he querido yo tomarles mucho cariño a mis sobrinos? ¡Porque por algo sueño con una vida independiente y libre!… Aunque me llamen frívola y egoísta y marimacho.

Feliciano. ¡Claro, sí; claro es! Y desde luego, hijos ajenos, nunca. Hijos, los propios. *Acordándose de la Chanquete.* Los propios… ¡Los propios!… Y si vienen por el camino real, mucho mejor que si vienen por el atajo. ¿De qué te ríes ahora?

Blanca. Te leo en el pensamiento, jefe.

Feliciano. No me llames jefe.

Blanca. He llegado a conocerte tan bien, que, callado, te oigo. Te has

acordado de improviso de la Chanquete.

Feliciano. ¿Eh?

Blanca. Por causa del notición que te ha traído hoy.

Feliciano. Tú ¿qué sabes? ¿Has estado escuchando?

Blanca. No tengo esa mala costumbre. Se habló anoche de ello en casa de Alvear.

Feliciano. Pero ¿ha corrido ya la noticia?

Blanca. No, no te alarmes: entre tu grupo nada más.

Feliciano. ¡Sí! ¡Por Dios, que esto no salga de Madrid!

Blanca. ¡Ja, ja, ja!

Feliciano. ¿Tú ves, Blanca; tú ves? A quien Dios no le da hijos… se los da el diablo.

Blanca. Cuando el diablo no tiene que hacer…

Feliciano. ¡Si no hiciera más que matar moscas!… Preocupado me tiene el hecho, no creas. ¿Quién iba a esperar…? Está visto ya que en la guerra lo mismo le alcanzan las balas al que acomete que al que huye.

Blanca. Pero… ¿es que tú no sabes que todo es una broma?

Feliciano. ¿Una broma? ¿El qué?

Blanca. ¡Lo de la Chanquete!

Feliciano. ¿Qué dices?

Blanca. ¡Sí, hombre; una broma! La urdieron anoche, en casa de Quirico, ella, la Castiza y la Romántica.

Feliciano. ¿Estás segura?

Blanca. ¡Y tan segura!

Feliciano. ¡Qué grandísima golfa! ¡Qué bien lo ha fingido!…

Blanca. ¿Sí?

Feliciano. ¡No tienes idea: ha estado hecha una cómica! ¡Una gran trágica! ¡Me lo creí; me lo creí! ¡Pero ahora respiro: me vuelve el alma al cuerpo!

Blanca. Y yo me lo explico, Feliciano.

Feliciano. Sí, porque, tú calcula: después de tanto huir… ¡tener que llamarle hijo mío a un boquerón de Málaga!… Tú sabrás lo que es un chanquete.

Blanca. ¡El más chico de los boquerones!… ¡Bien se han divertido contigo, jefe!

Feliciano. ¡Que no me llames jefe, Solís!

Blanca. ¡No me llames tú a mí Solís tampoco!

Feliciano. ¡Hombre, la costumbre!…

Blanca. ¿Hombre?

Feliciano. ¡La costumbre, mujer!

Blanca. *Esquivando los ojos de él.* Voy a ver a la nena.

Feliciano. Déjala reposar. Ha dicho el médico que procures no darle palique.

Blanca. Eso sí.

Feliciano. Y si estás junto a ella, a poco que abra los ojos y te vea, se pone a charlar. ¡Se ha encariñado tanto contigo!…

Blanca. Y yo con ella. Mira tú: con ninguno de mis sobrinos me ha ocurrido esto.

Feliciano. ¡Te has llevado dos noches sin dormir a su cabecera!…

Blanca. Por ayudarte un poco a pasar el trago…

Feliciano. ¡Cuánto te lo agradezco, secretaria! Una noche recuerdo que te

llamó mamá.

Blanca. Es verdad; sí.

Feliciano. Y te hizo impresión.

Blanca. Me la hizo. ¿Por qué negártelo? Y te voy a decir algo más. Yo he sentido siempre… ¿cómo lo expresaré?… así como un desdén mezclado de contrariedad y de lástima hacia mi sexo… ¡Quién hubiera nacido hombre!… Pues mira tú lo que son las cosas: aquella noche, en aquel segundo, sentí por primera vez en mi vida el contento… ¡el orgullo de ser mujer!

Feliciano. Lo vi en tu semblante.

Blanca. ¿Por qué no me pasó esto nunca, acariciando a un niño, hasta entonces?

Feliciano. ¿No influiría quizá mi presencia?

Blanca. ¿Tu presencia? ¿Qué me quieres decir?

Feliciano. Pues ¿no me oyes hasta callado, secretaria?

Blanca. ¡Ay, jefe, jefe… qué complicado es esto!

Feliciano. ¡No puede ser más sencillo, Solís encantador!

Blanca. ¿Cómo?

Feliciano. ¡Blanquita encantadora! Aquellas invisibles redes de que me hablaste la noche del baile famoso, contra tus ideas y contra las mías, ajenas a la voluntad de los dos, las han ido tejiendo suavemente tus horas y mis horas corriendo juntas. ¡Y ya estamos cogidos en ellas!

Blanca. ¡No disparates, jefe!

Feliciano. ¡Tú has de verlo, Solís! ¡Esto ya está por cima de nuestra voluntad! ¿Cuándo crees que me he convencido yo de ello?

Blanca. ¿Cuándo?

Feliciano. No hace media hora. Cuando la Chanquete me trajo la noticia que yo ignoraba que fuese falsa.

Blanca. Y eso ¿por qué?

Feliciano. ¡Porque sólo me acordé de ti al oírla!

Blanca. ¡Ay, jefe!… ¡La hemos hecho buena! Le voy a dar un beso a la niña… y luego, a mi casa.

Feliciano. ¿Para huir de mí?

Blanca. ¡No lo sé! A lo menos… para intentarlo.

Feliciano. Es inútil. Los hilos de las redes, pegados a tus carnes, irán ya dondequiera contigo. ¡Te creías tan libre… y estás presa! Yo también presumía de libre… e insensiblemente he ido perdiendo a tu lado mi libertad. Huyéndonos… nos hemos acercado. ¡Cómo se van a reír nuestros corazones de tantas teorías… fraguadas sin contar con ellos!

Blanca. ¡Bah, bah! Seriedad, jefe, seriedad.

Feliciano. ¿Te parece poca?

Blanca. *Después de mirarlo largamente y yéndose aprisa para que él no la mire.* ¡La hemos hecho buena!

Feliciano. ¡Eso creo! ¿De qué me ha servido a mí correr tanto?

Vuelve Raúl, en plan de despedida.

Raúl. Os dejo, chico.

Feliciano. ¿Te vas ya?

Raúl. Sí. Parece que tenéis buenas impresiones de la enfermita.

Feliciano. Desde luego.

Raúl. Tu misma cara es otra.

Feliciano. ¡Otra!

Raúl. En cambio, yo…

Feliciano. Mira, voy a encomendarte un servicio que tal vez te alegre las

pajarillas.

Raúl. Hoy es difícil.

Feliciano. Allá veremos.

Raúl. Di.

Feliciano. Esta noche, a las nueve, aguarda mi *auto* en su casa Antoñita la costurera. Habíamos quedado en cenar juntos.

Raúl. ¡Eres incorregible, Feliciano! Luego quiere tu tía…

Feliciano. Déjame terminar. En vez de mi coche… mándale el tuyo y cena tú con ella.

Raúl. ¿Qué?

Feliciano. Yo no voy. Me he arrepentido. Ve tú en mi lugar y dale mis disculpas.

Raúl. Pero ¿esa muchacha está ya en ese plan?

Feliciano. Averígualo tú.

Raúl. Y… ¿aceptará el cambio?

Feliciano. No lo sé. Dependerá de tu mano izquierda. Yo lo que quiero es despreocuparte. La mancha de la mora…

Raúl. Te agradezco mucho la delicadeza.

Feliciano. ¿Irás?

Raúl. Iré. Por un amigo como tú… Tiene esa chiquilla unos ojillos muy gachones.

Feliciano. ¡La mar de gachones!

Raúl. Pero, bueno; lo que no acabo yo de digerir es que tú renuncies a tal confite. ¿Qué hay aquí, Feliciano?

Feliciano. Una revolución de mi ser, Raúl. ¡Agárrate! Me caso muy pronto.

Raúl. ¡Muchacho! ¿Es verdad?

Feliciano. ¡Es verdad!

Raúl. ¡Pues déjame abrazarte! ¡Así, así! ¡Me das una alegría! ¡Escaparate, Feliciano escaparate! Ya te convencerás de que el casado es mucho más libre que el soltero. Y ahora, dime: ¿quién es ella?

Feliciano. Otro día te lo diré. Por de pronto…

Raúl. Bien. Respeto tu reserva. Y escucha mi última palabra sobre esto. ¿Ves que te aplaudo? ¿Ves que te felicito? Pues si no has encontrado una mujer como mi Teresina, no te cases. ¡Y como mi Teresina no hay otra! Adiós. *Vase por la derecha.*

Feliciano. ¿Sí, eh? ¿Ahora me sales por ese registro? ¡Pues me caso, me caso y me caso! ¡Soy un paranoico!

Macario, que llegaba por la izquierda, le pregunta, aterrado, al oírlo:

Macario. ¿Qué dices, Feliciano?

Feliciano. Macario, lo que oyes. ¡Me caso!

Macario. ¡No!

Feliciano. ¡Sí! ¡Ve a contárselo a Eusebia! ¡Y si le da fiebre del disgusto, que se encierre en su cuarto!

Macario. ¡Y yo también!

Feliciano. ¿Con ella?

Macario. ¿Cómo con ella? ¡Bien se ve que has perdido el juicio! ¡Treinta años de predicaciones para este final!… *Vase por la derecha, refunfuñando.*

Óyese en esto, dentro, la charla de Nora y de Benito, que han llegado de su viaje.

Feliciano. ¿Eh? ¿Quién habla ahí? ¿Los padres de la nena? ¡A tiempo vienen! *Se va a recibirlos. Aumenta allá dentro entonces la algazara y a poco vuelve Feliciano con el matrimonio.*

Nora. ¡Chico, estoy volada, voladísima!

Benito. ¡Ha sido un abuso incalificable!

Feliciano. No os preocupéis ya de eso.

Nora. Benito, ¡mira qué mamá!… ¿Cómo no ha venido por los chicos? ¡Eso fué lo que hablamos!

Feliciano. ¡Si creo que se ha ido a Egipto!

Benito. ¡Es de lo que no hay! *A Feliciano.* (¡Todavía está cerca!).

Nora. ¡Las cosas de mamá! ¡Se le olvida todo! Bueno, sale a mí. Digo, salgo a ella. ¡Voy a darle un beso a la hija de mi vida! *Vase por la izquierda corriendo.*

Feliciano. ¡Pues yo os he puesto una porción de telegramas!

Benito. ¡Pues no hemos recibido ninguno! Figúrate: rodando de aquí para allá… dos días en cada sitio… ¡Cualquiera daba con nosotros! ¡Nos hemos pasado un mes de rechupete!

Feliciano. ¡Vaya, hombre! ¡Me alegro! Yo, en cambio, a cuenta de vuestros cuatro críos…

Benito. ¿Te han fastidiado mucho?

Feliciano. ¡Psché!… Tú puedes calcularlo.

Benito. ¡El matrimonio es una bendición!

Feliciano. ¿Una bendición? ¿Qué oigo?

Benito. Sí, chico, sí. El estado perfecto del hombre y el de la mujer. Al principio todos son tropiezos, sorpresas… esquinas…

Feliciano. ¿Sí, eh?

Benito. Pero luego te acoplas, y el paraíso. Cuando te llegas a acoplar, el paraíso.

Feliciano. ¡No me pongas los dientes largos! Y eso que puede que muy pronto…

Benito. ¿Qué?

Feliciano. Ingrese yo en la cofradía.

Benito. ¡Feliciano! ¿Qué me estás diciendo? ¿No es broma tuya? ¿Piensas en casarte, de veras?

Feliciano. Sí. Pelusa, envidia de los buenos amigos.

Benito. Pues… medítalo, medítalo bien antes de hacerlo.

Feliciano. Pero ¿no me acabas de decir que es un paraíso el matrimonio?

Benito. Hombre, sí; y a mí no me ha podido ir mejor; tú lo sabes. Una vez acoplados… Ahora, hasta que te acoplas, se pasa el purgatorio. ¡Una de tiquis miquis, de celos, de rabietas, de reconvenciones!…

Feliciano. ¡Pero serán con mi mujer!

Benito. ¡Naturalmente! Y si Dios te da chicos, ¡ya verás canela!

Feliciano. ¡Pero veré canela con los míos!

Benito. ¡Claro!

Feliciano. ¡No creas tú que no tiene importancia!

Benito. Yo te lo prevengo. Es mi deber: por cada caricia recibirás veinte arañazos.

Feliciano. ¡Mientras no me acople!

Benito. ¡Ah, claro! Una vez acoplado… ¡Hay quien no se acopla hasta que se muere!

Feliciano. ¡Pero esa será la excepción!

Vuelve Nora.

Nora. ¡Benito, la niña quiere verte! ¡Ángel mío!

Benito. ¡Pobretina! Voy, voy allá.

Nora. ¡Está muy bien! ¡No tiene nada! ¡Nos habéis asustado en tonto! ¡Qué simples!

Benito. ¡Ah! ¿Conque nos has hecho volver a escape y no tiene nada la niña?

Nora. ¡Pero nada! ¡Eres un majadero!

Feliciano. ¡Desde que nací! ¿A quién se lo cuentas?

Benito. Voy a verla; voy. *Marchase.*

Nora. Vuelve pronto, ¿eh?… que tenemos que ir… no sé dónde. ¿Querrás creer, Feliciano, que mi hija lo quiere más que a mí?

Feliciano. ¿Por qué no he de creerlo si tú me lo dices?

Nora. ¡Ah! ¡Y no pienses que en nuestro viaje nos hemos olvidado de ti!

Feliciano. ¿Ah, no?

Nora. ¡Te traemos una perra!

Feliciano. Muchas gracias. ¡Yo la echaba de menos!

Nora. ¡Telepatía! Escúchame, ahora que estamos solos.

Feliciano. Habla lo que quieras.

Nora. ¿Te costó mucho trabajo rescatar mis cartas?

Feliciano. ¡Ah! Tus cartas… ¿Las recibiste?

Nora. ¡Sí! ¡Ya lo creo! ¡El mismo día que tú me las mandaste! No te he dicho nada porque ¿para qué?

Feliciano. ¡Claro! ¿Para qué? Pues, sí; me costó trabajillo; me vi negro para que me las diera aquel hombre.

Nora. ¿Te parece? ¡Es un sinvergüenza!

Feliciano. ¡Completo!

Nora. ¡Y pensar que yo pude casarme con él!… Me horrorizo, chico. Pero ¿a qué no sabes lo mejor?

Feliciano. ¿Qué es lo mejor?

Nora. ¡Que se las he leído todas a Benito!

Feliciano. ¡Nora!

Nora. ¡Y se ha muerto de risa!

Feliciano. ¡No, si cuando un matrimonio se acopla!…

Nora. Tú acabas de decirlo. Y Benito y yo ya estamos acoplados.

Feliciano. ¡Como que vais a animarme a mí!

Nora. ¿A qué?

Feliciano. ¡A casarme también! ¡Tanta felicidad, lo empuja a uno!

Nora. ¡No hagas eso!

Feliciano. ¿Cómo?

Nora. ¡No hagas eso! Es decir, contéstame primero a esta pregunta: ¿tú estás decidido a que en tu casa no mande más que tu mujer?

Feliciano. ¡Todo lo contrario! ¡Estoy decidido a mandar yo!

Nora. ¡Pues no te cases!

Feliciano. ¡Caramba! ¡Esta vez no pienso darte gusto!

Nora. Allá tú. Luego no me dirás que no te hablé a tiempo. Pero, al fin y al cabo, ahora, como siempre, harás tu santísima voluntad.

Feliciano. ¡Eso es!

Por la izquierda viene doña Guía, con Benito, como unas castañuelas.

Doña. Guía. ¡Sobrino! ¿Se puede creer lo que me ha dicho éste?

Feliciano. ¡Se puede creer! ¡Va usted a ver pronto ese día con que hace tiempo sueña!

Doña Guía. ¡Dios te bendiga! ¡Ese día te perdonaré todo lo que me has hecho rabiar en este mundo! Y ¿quién es? ¿quién es la afortunada?

Feliciano. Ya lo sabrá usted oportunamente.

Doña Guía. ¡No me alarmes!

Feliciano. No hay motivo de alarma; usted lo verá.

Doña Guía. *A Blanca, que sale con su cartera por la izquierda para irse a la calle.* ¡Usted lo sabe, de seguro!

Blanca. ¿Qué?

Doña Guía. ¡Para usted no tiene secretos! ¿Con quién se piensa casar mi sobrino?

Blanca. Señora, yo sospecho algo, pero nada más…

Doña Guía. ¡Usted lo sabe!

Blanca. Aunque lo supiera… la discreción profesional…

Doña Guía. ¿Cree usted que será de mi gusto?…

Blanca. Mi delicadeza de secretaria no me consiente…

Benito. ¡Sepamos, por lo menos, si es guapa!

Blanca. Tampoco puedo decirlo yo.

Feliciano. ¡Pero eso no hace falta que lo diga nadie! ¡Basta con conocerme! Tía, a usted no le importa ahora con quién me caso. ¡Lo esencial es que sepa usted que me caso! ¡Y me caso!

Benito. *A Nora.* ¡Es un paranoico!

Feliciano. ¡Un paranoico que vive soltero como si se hubiera casado tres o cuatro veces! ¡Y ahora se va a casar una sola… a ver qué pasa!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, julio, 1931.

EL REPARTO DE MUJERES

CHARLA POPULAR

POR LA CIUDADANA ROSITA RASCO, COSTURERA

Estrenada en el **Teatro Ruzafa**, de Valencia, el 24 de setiembre de 1931, por Amalia Isaura

EL REPARTO DE MUJERES

Decoración de sala. En primer término, una mesita y una silla para la oradora.

Aparece Rosita Rasco, linda costurera sevillana, y se dirige a la mesita de sus apuros con la natural emoción. Entre palabra y palabra, al principio, necesita tomar aliento.

Rosita. Compañeras… Siudadanas… Amigas mías… amigas del obradó… y de fuera del obradó… *Va a beber agua y no encuentra vaso.* Bueno, lo primero que encargué y lo primero que se ha orvidao: er vaso de agua. Tiene mucho mal ánge no habé puesto más que la boteya. ¿Me la vi a empiná? *En este momento aparece un criado con un vaso lleno de agua y una servilletita en una bandeja, que pone sobre la mesita y se retira.* ¡Vaya! ¡Menos má que no he tenío que yamarlo! Grasias. No ha tropesao al irse. *Bebe.* Estoy ya seca y no he empesao toavía. Siudadanas… Compañeras… Hasé er favó de tocarme unas parmitas pa darme alientos… o no rompo. Como aquí no hay *clá*, como en las funsiones de teatro, ha fartao eso a mi salía. *Aplaudan o no aplaudan.* Muchas grasias. ¡Ejem!

Desirnada por la Junta de la Uga, o sea de la U. G. A., o sea de la Unión Generá de la Aguja, para da esta conferensia sobre er reparto de mujeres —¡vaya disparate!—, debo hasé primero que nada mi presentación. Yo me llamo Rosita Rasco, soy hija de don Antonio Rasco, el impresó, republicano de toda su vida, y estoy de ofisiala en el obradó de María Manuela, la Jeresana, famosa en Seviya. Tengo novio; pero ér no sabe na de esta conferensia. Luego me las arreglaré con é. Si se llega a enterá, no me deja darla.

Una voz. *Desde el paraíso.* ¡Estoy aquí!

Rosita. ¡Pos, hombre, haberme prevenío, que me has puesto en ridículo ante la asamblea! Y a cayarte la boca ya, ¿eh? ¡oigas lo que oigas!

Esta interrusión me sirve a mí pa hasé una arvertensia. Veo en la sala a muchos siudadanos. Probablemente los novios o los maríos de las siudadanas. O los hermanos, los padres o los tíos. Yo voy a despacharme a mi gusto contra los siudadanos: er que no me quiera oí, que se tape los oídos o que se vaya. Esta conferensia está autorisada por er gobernadó.

Antes de seguí quiero declará honradamente que voy a hablá sin coló político ninguno; con imparsialidá completa. Porque así debe ser lo primero, y lo

segundo, porque, como le desía días pasaos su novio a una aprendisa de mi obradó, las mujeres no debemos tené coló político: no debemos tené más que buen coló. Y eso sin pinturiyas ni retoques: con agua clarita de la fuente.

—¿Con qué te lavas la cara,

que tan colorada estás?

—Me lavo con agua clara,

y Dios pone lo demás.

De manera que yo no me inclino a un lao ni a otro, ni a la derecha ni a la isquierda: yo estoy en er sentro, o sea en er fié de la balansa. Con la derecha trabajo; coso, que es mi ofisio; me gano er pan; con la isquierda, que es er laíto der corasón, quiero… a quien quiero. *Sonríe mirando al paraíso.* No sólo de pan viven tampoco las mujeres, y con er sentro… con er sentro discurro, porque en er sentro está er cacumen. Y si no, fijarse: pa desí que una persona no está en sus cabales, se barrena una con er deo la derecha o la isquierda; en cambio, pa desí que se discurre bien o que se nos ha ocurrío una gran cosa, se señala una en medio, en medio: en er sentro. De to er que comete un disparate se dise: «Se ha salío de su sentro». Si una está mala, hasta que no recobra la salú no pué desí: «Ya estoy en mi sentro». ¿Qué sirnifica esto? Que to lo que se aparte der sentro no es normá. Compañeras: no hay que defendé ni la derecha ni la isquierda; hay que defendé er sentro. Esto es: la rasón, la justisia, la verdá sin mezcla. Porque yo defiendo to esto me ha elegido la Junta directiva de la U. G. A. para que os dirija la palabra en este arto. *Bebe.*

Y entro ar fin a tocá la guitarra. Ya he templao bastante.

Es er caso, queridas siudadanas, que en la úrtima reunión selebrada por la Uva, o sea la U. V. A., o sea la Unión de Varones Andaluses, ar tratá a sus anchas de toas las cosas que piensan los hombres repartirse, con motivo der nuevo régimen, pa pasá la vida lo mejó que se pueda, acordaron repartírsenos a nosotras. ¡Así: repartírsenos! ¡Repartí mujeres por las cayes! ¡Como si fuéramos prospertos! ¡Vaya desahogo! Y lo mismo, poco más o menos, se habló también en otro mitin de la Miau, o sea la M. I. A. U., o sea la Mutualiá Ibero Andalusa Universá. Como veis, esto de yamá las cosas por inisiales, que se ha discurrío pa abreviá, hase perdé la má de tiempo… ¡porque hay luego que explicá las fugas de letras! ¡U. G. A.! ¡U. V. A.! ¡M. I. A. U.! ¿Qué viene a sé este jeroglífico?

Bueno, pos en er mitin de la Miau, Machuca, un camisero der Postigo del Aseite, yegó a desí: «¡Compañeros, ha yegao nuestra hora! ¡A cogé ca uno las tres o

cuatro mujeres que más le gusten, y vamos viviendo! ¡Yo, pa comensá, ya le tengo echao el ojo a una!». «¿A cuá?», le preguntó otro camisero. «¡A la que tú sabes!». «¡Pos ésa es pa mí!». «¿Pa ti? ¡Límpiate!». «¡Límpiate tú!». Y empesó er reparto de *chuletas*. ¡Era lo naturá entre camiseros!

Eso creen algunos locos y argunos sinvergüensas que es lo que ha traío la República. ¡La República, que lo primero que trae es justisia pa tos! Y con tales ideas y tales intensiones, to er mundo está perdiendo la cabesa y hay un lío armao en la murtitú, que si no lo aclaramos las personas der sentro, vamos a tené que irnos a Marte. Pero lo aclararemos. Vendrá ar fin y ar cabo er régimen der sentío común, que es el único pa viví tranquilos.

Con esto der reparto y de la negasión de la propiedá, y de que ya no hay mío ni tuyo, sino que tó es de tos, están pasando cosas muy chuscas. El otro día —y er caso ha venío hasta en los periódicos— un sapatero remendón le explicaba a un barbero der barrio lo que ér cree que es er comunismo. «Compadre —le desía—, no pué sé más claro. Er comunismo es esto: Usté nesesita unas medias suelas: viene usté a mí, me trae los sapatos o las botas, y yo se las pongo de barde. Yo nesesito afeitarme o pelarme: voy a la barbería de usté, y usté me deja como nuevo. Y tampoco me yeva na. ¿Está claro?». Y un banderillero que escuchaba la conversasión tersió en eya entonses y dijo: «Está claro. Pero vamos a vé: yo tengo unos sapatos rotos y usté me los compone; a mí me hase farta un pelao, y éste me pela. ¿A quién le pongo yo un pá de banderiyas?». ¡Y no supo er sapatero qué contestarle!

Pero ¡si en er mismo Congreso, con sé er Congreso, hay sus cosas y es menesté ponerlas en su punto! Un diputao disen que le dijo a un ministro: «Oye, tú, hase mucho caló en la sala. ¿Podemos quitarnos las chaquetas?». Y respondió er ministro: «¡Unos a otros, no!».

Esto sí que está claro y que enseña a los más osecaos y a los más torpes. «¡Unos a otros, no!». ¡Pos naturalmente! *Vuelve a beber agua.*

¡Ay, cómo me canso! La farta de costumbre.

Y vamos a meternos ya en lo der reparto de mujeres, que trae consigo er reparto de hombres… y luego er reparto de bofetás. *Dirigiéndose de nuevo al paraíso.* ¡Ahora tú más cayao que nunca! ¡A la noche, en casa, pues desirme to lo que quieras!

La voz. ¡Si me dejas tú!

Rosita. ¡Sí te dejo, sí! ¡Me va a cogé con la campanilla más cansá que la de Besteiro!

Dispensá estas interrusiones. ¿Qué es eso der reparto de mujeres? ¿No da risa, si no diera rabia? ¿En qué meoyo se ha podío cosé semejante asurdo? ¡Er reparto de mujeres…! Es desí, que habernos estao las mujeres trabajando un año tras de otro pa mejorá nuestra situasión, pa sé más libres, pa tené más derechos, y cuando empesamos a lograrlo salen esos apóstoles de la ventaja. —¡Vaya frase! ¡Lástima que aquí no haya taquígrafos!—, salen esos apóstoles a proponé er reparto nuestro entre eyos, como quien se reparte las sobras de un banquete. ¡Miau! Ahora es que mauyo; no es que miente a la M. I. A. U. Y eso se atreven a proponerlo en nombre de ideas nuevas, de ideas de libertá, cuando es más rearsionario que la venta de esclavas. ¡Lo malo es que haya infelises que se lo crean y se vuervan locos ar vé que no les toca en er reparto ninguna mujé que les guste!

Desde luego, yo pienso, y conmigo seguramente lo piensan muchas compañeras, que to er que predica er reparto de las mujeres es porque no pué aguantá a la suya. Y por ese sensiyo prosedimiento quiere librarse de eya. ¡Aviao está! ¡Cualquiera se libra de una mujé que se emperra en darle a un hombre la matraca! ¡Ya puén vení revolusiones! Yo conosco a un arbañí, que se yama José Martínez Pinto y está casao con una chata más mala que er cólera, conosía por Juana *la Alicates*, que me ha dicho a mí no hase mucho: «Así como a un criminá le puén salí en sentensia tres penas de muerte, y aunque lo indurten de una, toavía le quedan dos pa que no se escape, así yo, si viene er divorsio, lo vi a pedí tres veses: ya tengo escritas las tres solisitudes». Las causas en que apoya el arbañí las tres demandas de divorsio no se puén desí en esta asamblea. Pero sí se pué desí que la chata ha jurao que aunque ér consiga los tres divorsios, eya no para hasta enterrarlo y bailarle unas seviyanas en la sepurtura. ¡Vaya usté a arregla eso! ¡Y vaya usté a *agrasiá* a otro hombre con esa chata en er reparto! Que en esto no han reparao eyos; en que en er reparto entra tó: lo feo y lo bonito; no han pensao más que en los merengues, pa chuparse los deos de gusto. Como tampoco han pensao en la voluntá de los merengues. ¿Es que las mujeres somos unas máquinas insensibles o unas muñecas de juguete? ¿Es que somos aves de corrá, pa que venga er primer ansioso a desí: «Hoy hago yo un arroz con ésta»? ¡Vamos, hombre! ¡Que se les quite de la cabesa! ¡Yamándoles cabesas a las que discurren así! ¡Estaría bonito que yegase a mi casa un guardia mientras yo estoy esperando a mi novio…! *Mira de repente al paraíso y exclama:* Se ha ido. Ha hecho bien. ¡Era ya demasiao paquete! Así hablo yo con más liberta. ¡Estaría bonito que yamase a mi puerta un guardia pa desirme: «De parte del arcarde, que venga usté conmigo, que le ha tocao usté en er reparto de esta mañana a un afiladó que está abajo esperándonos». «¡Pos dígale usté al afiladó y al arcarde que yo tengo mi novio!». «¡Eso al afiladó no le importa!». «¡Pero le importa a mi novio y me importa a mí!». ¡Y soy yo la que

hase rodá ar guardia por las escaleras! ¡Aunque sea de la porra! ¡Fartaría más…! ¡Y no habría nadie que me quitara la rasón! ¿Por qué ha de contentarse una con er que le suerten? ¡Digo! ¡Y con la crisis de caras que hay en estos tiempos! ¡Miedo dan los retratos que se publican en los periódicos!

Pos bueno: vamos a darle a la tortiya la vuerta; vamos a entrá en er reparto de hombres. ¡Con er mismo derecho! «¡A vé, que me traigan a mí aquer morenito, que se me ha antojao!». «¡Se va a casá mañana!». «¡Pos que lo dejen y que le repartan su novia ar droguero, que tiene muy buen tipo!». «¡Er droguero es casao ya!». «¡Pos que liquide a su mujé con una droga! ¡Aquel morenito es pa mí!». ¿No hay pa desterniyarse? ¿Y que argunos chiflaos lo tomen en serio?

¡Reparto de mujeres en la tierra de los crímenes pasionales! Aquí, donde va una pareja por la caye y ér de pronto le dise a eya: «¡No mires a ése!». «¡Yo no lo he mirao!». «¡Que sí!». «¡Que no!». «¡Pos toma: pa que no lo mires de veras!». ¡Pun! ¡Pun! Dos tiros. «¡Que nos entierren juntos!». ¡Cuarquiera se atreve aquí a hasé er reparto! ¡Menudo ofisio er de repartidó!

Pos, sin embargo, hay mujeres que desean er reparto y que lo aguardan muy convensías. Una vesina mía sorterona no pasa día sin que me pregunte: «Rosita, ¿cuándo prinsipia eso?». ¿Qué tá?

En fin, siudadanas y compañeras, hemos sío y seguiremos siendo en la vida lo mejó der planeta; la fló, er regalo; por lo que sueñan y se matan los hombres; sin lo que no se pué viví, y ahora quieren los apóstoles de la ventaja —me ha gustao a mí la frasesita— que nos avengamos a sé lo más tirao: los mendrugos de pan que se les echan a los perros que tienen hambre. Dios nos ha dao un arma pa que queramos si queremos al hombre que queramos queré, no pa que queramos ar que el arcarde quiera que queramos. ¡Muchos quereres me han salío en er parrafito, pa sé el úrtimo! Dispensarme.

Y dispensarme también toas las fartas que haya cometido, debidas a mi poca curtura.

Y ahora, un ruego a hombres y a mujeres: que desalojéis er locá con er mayor orden y que no haya en la caye disputas ni peleas. Las bofetás, en casa.

He dicho.

Se retira contoneándose mientras cae el telón.

EL NOMBRE DE UN TEATRO

APROPÓSITO

Estrenado en el **Teatro Fígaro** el 11 de noviembre de 1931

REPARTO

PERSONAJES ACTORES La Dama. Sra. Zuffoli. La Actriz Cómica. — Sanz. La Dama Joven. Sta. Mireya. La Doncella. — Larra. El Cómico Romántico. Sr. Echaide. El Cómico Maldiciente. — Bonafé. El Cómico Ingenuo. — Bódalo. El Galán. — Serrador Mary. El Autor Erudito. — Evans. El Traspunte. — Perrín.

EL NOMBRE DE UN TEATRO

Camarín de la Dama en un teatro madrileño.

Tertulia durante un entreacto. La componen, al levantarse el telón, la Actriz Cómica, la Dama Joven, el Cómico Romántico, el Maldiciente, el Ingenuo, el Galán y el Autor Erudito. Los comediantes visten trajes caprichosos; el Autor Erudito, que es hombre entrado en años, traje actual de americana.

Maldiciente. No le perdono al autor de este buñuelo de comedia que nos haga salir vestidos de mamarrachos.

Galán. Pero, hombre, ¿qué va usted a pedir en una obra que se funda en un baile de trajes?

Maldiciente. ¡Claro! ¡Como a usted le toca salir hecho una monada!

Galán. Fastidiarse, amigo: no haber nacido feo.

Maldiciente. ¿Feo? La suerte de los feos… ¡Qué más quisiera usted que tener mi caída de orejas!

Ingenuo. No le haga usted caso: de todo ha de renegar este hombre.

Romántico. Es el cómico de más mala lengua que he conocido.

Autor. Y yo también; y he conocido varias generaciones de cómicos.

Maldiciente. Mejor para mí: en algo he de ser el primero. Esto no me lo discute ningún crítico.

Dama Joven. Pues yo estoy muy contenta con esta obra, porque el traje me lo paga la Empresa.

Autor. ¡Es un punto de vista!

De su tocador sale la Dama. La sigue la Doncella, que permanece en segundo término, esperando órdenes.

Dama. Vamos a ver, señores… ¡Hola, autor insigne!

Autor. ¡Hola, preciosa actriz!

Dama. Una encuesta más. La encuesta del día.

Actriz Cómica. ¿Sobre el teatro nuevo, quizá?

Dama. Justamente: sobre el teatro nuevo.

Dama Joven. A mí me la han mandado también.

Maldiciente. ¡Qué plaga de encuestas! ¡Oh!

Autor. Es una palpitación de estos tiempos.

Maldiciente. Pero ¡es demasiado palpitar, amigo! ¡Raro es el día que no le preguntan a uno alguna cosa!

Actriz Cómica. Y ¡qué cosas, a lo mejor!

Maldiciente. El otro día me preguntaron a mí que qué opino sobre el divorcio.

Galán. Una pregunta interesante.

Maldiciente. ¡Sí; pero abrió la carta mi mujer!

Doncella. ¡Anda!

Actriz Cómica. Y ¿contestó usted eso: que su mujer le abre las cartas?

Maldiciente. No; pero he tenido que dar una respuesta muy contraria a lo que yo siento. ¡Pero muy contraria!

Actriz Cómica. Mi marido ha dicho que más vale malo conocido que bueno por conocer.

Galán. ¿Y usted?

Actriz Cómica. Lo mismo. Siempre estamos de acuerdo.

Ingenuo. Lo peor es cuando preguntan tonterías; pues ¿no me han preguntado a mí para publicarlo que si me trago el humo al fumar?

Risas.

Dama Joven. Y ¿qué contestó usted?

Ingenuo. ¡Que no fumo!

Dama. Bueno, dejémonos de murmuraciones, y a ver si entre todos me dan un buen consejo en esta ocasión.

Galán. ¿De qué se trata?

Dama. De bautizar el nuevo teatro que se ha levantado en Madrid.

Autor. ¡Ah!

Romántico. ¡Ya!

Galán. Sí; ya se han lanzado varios nombres.

Actriz Cómica. A todos nos han dirigido ya la pregunta.

Maldiciente. Es curioso, ¿verdad? Estamos en absoluta decadencia: no hay cómicos, ni autores, ni público, ni afición, ni directores, ni vergüenza, ni nada, ¡y cada año se hace un teatro nuevo! ¡Ganas de tirar el poco dinero que queda, que tienen algunos!

Dama. ¡Ja, ja, ja!

Actriz Cómica. Calle usted, mala lengua.

Dama Joven. ¡Pues ahora tiene mucha razón en lo que ha dicho!

Maldiciente. ¡Todo el que habla mal tiene razón siempre!

Actriz Cómica. Entonces la tendrán los críticos cuando le sacuden a usted.

Maldiciente. ¡Esa es la excepción de la regla!

Romántico. Bien, bien, dama; ¿tú has pensado algún nombre para el nuevo teatro?

Dama. Sí he pensado uno; pero antes de decirlo quisiera oír lo que piensan ustedes.

Asoma el Traspunte a la puerta del cuarto y se retira luego.

Traspunte. ¿Puedo dar la primera?

Dama. Dala. *A la Doncella.* Tráeme el abanico.

Doncella. Sí, señora.

La Doncella obedece y después sigue donde estaba.

Ingenuo. El nombre que más partidarios tiene hasta ahora es el de Teatro Nuevo.

Maldiciente. ¡Qué majadería! ¡Claro que por lo mismo que es una majadería es el que tiene más partidarios!

Actriz Cómica. ¡Teatro Nuevo! Nombre para un año, a lo sumo. ¡En cuanto edifiquen otro teatro, es viejo ya!

Romántico. Lo primero que debe ser el nombre de un teatro es músico, peregrino y significativo, como el de Dulcinea.

Autor. Y evocador de alguna gloria de la escena, poeta o comediante: Lope, Calderón, Rojas, Lope de Rueda, Máiquez, la Tirana, Romea, Elisa Boldún, María Guerrero… ¡Hay tantos dignos de ese homenaje!

Dama. Yo he pensado precisamente en Tirso de Molina.

Romántico. Está bien; es bonito: Tirso de Molina.

Dama Joven. Y suena muy bien: Teatro de Tirso de Molina.

Dama. A mí se me ha ocurrido porque me enamoran las mujeres de su teatro.

Autor. Y ¿a quién no?

Maldiciente. ¡A mí, que las encuentro viejas a todas!

Dama. ¿Viejas?

Maldiciente. ¡Del siglo XVII! ¡A ver!

Risas.

Galán. Nada, nada, Dama: es un acierto. Por tratarse, además, de un ingenio madrileño, ¿no, don Luis?

Autor. Madrileño, sí; nadie lo ignora.

Romántico. Y así se le tributaría el justo homenaje en su tierra nativa al portentoso fraile de la Merced.

Maldiciente. Pero ¿están ustedes locos, señores? ¿A quién se le ocurre en estos días bautizar un teatro con el nombre de un fraile? ¡Es gana de que empiecen los pateos en la fachada!

Actriz Cómica. ¡Y es demasiado pronto!

Romántico. Eso sí que es una majadería, aunque nos hayamos reído.

Dama. El arte, amigo, y gracias a Dios, está por encima de las turbulencias y veleidades de la política. Y que Tirso no es famoso como fraile, sino como poeta.

Autor. Tirso es famoso como poeta, como creador de caracteres femeninos, como teólogo…

Maldiciente. ¡Tirso no es famoso más que como empresario!

Autor. ¡Bah! ¡Qué patochada!

Maldiciente. Al público le aburren nuestros clásicos, con raras excepciones. ¡Y a usted también! ¡Y en Francia y en Inglaterra aburren lo mismo!

Actriz Cómica. ¿Usted qué sabe si no ha llegado más que a Pozuelo?

Autor. Sea lo que quiera fuera de aquí, en España es preciso lograr que das gentes amen a nuestros clásicos.

Maldiciente. ¡Pues espere usted sentado en una butaca! El teatro es un arte contemporáneo; del día. Y si no, dígame usted a mí: tal como van ahora las mujeres, y como yo las he visto en las playas este verano, ¿qué nos puede importar a nosotros una tapada, que sólo enseña un ojo?

Dama. A éste hay que matarlo o dejarlo.

Dama Joven. Yo le he preguntado a mi novio, para contestar a la encuesta, y me ha aconsejado que dé el nombre de Moratín.

Romántico. También es muy bonito.

Galán. Y también lo merece.

Dama. Y es ingenio madrileño también.

Autor. Y hasta vivía por los barrios en que se ha levantado el flamante teatro.

Doncella. ¡Ah! ¡El señor Moratín! Una servidora vive en la casa donde nació.

Maldiciente. ¡Moratín huele a rancio desde una legua!

Autor. Y usted a calabaza. Moratín fué, por lo menos, el buen gusto, en la época más deplorable del teatro español. Moratín, además, echó las semillas del diálogo moderno.

Actriz Cómica. Hombre, ¿y don Ramón de la Cruz?

Dama. También es bien digno de que lleve su nombre un teatro en Madrid.

Romántico. Ciertamente.

Autor. Bien digno; bien digno. El creador de ese género tan castizo que se llama sainete.

Maldiciente. Sí; pero el nombre es demasiado largo; Teatro de Don Ramón de la Cruz. Y se prestaría a confusiones: todos los *taxis* nos llevarían al barrio de Salamanca, donde tiene una calle ya.

Actriz Cómica. ¡Vamos, ande! ¡Que hablamos en serio!

Autor. Podría llamársele Teatro de la Cruz, y así se recordaban juntamente el famoso Corral de la Cruz y al gran don Ramón.

Maldiciente. Con azúcar está peor.

Ingenuo. Pues ¿qué inconveniente le ve usted a eso?

Actriz Cómica. ¿Que detrás de la Cruz está el diablo?

Maldiciente. Por ahí voy. Mientras trabajase en él la compañía que ha de inaugurarlo, anda con Dios; pero si algún día actuase una compañía con revistas de las de ahora, ¿qué hacíamos con la Cruz?

Ingenuo. ¿Y Teatro de las Cortes Constituyentes, qué les parece a ustedes?

Dama. ¡Criatura, por Dios!

Romántico. ¡Nada de alusiones políticas!

Actriz Cómica. ¡Qué ocurrencia!

Galán. ¡Qué tontería!

Maldiciente. ¡Qué desatino!

Ingenuo. Basta, basta; retiro la proposición, en vista del éxito.

Maldiciente. ¡Las Cortes Constituyentes ya tienen su teatro! Sin contar con que se resistirían a estrenar los autores.

Ingenuo. ¿Por qué?

Maldiciente. ¡Porque no querría asistir Besteiro a todos los estrenos!

Dama. Lo que no se ha dicho todavía es ningún nombre de autor vivo.

Maldiciente. ¿*Vivo* en qué sentido?

Doncella. ¡Andá!

Dama. Calla tú. En el sentido de que no se haya muerto.

Romántico. Eso es expuestísimo, Dama.

Autor. ¡Naturalmente!

Galán. ¡Expuestísimo!

Actriz Cómica. Un día cualquiera rifle el autor con el empresario y le quita al teatro su nombre.

Maldiciente. En ese caso, teatro hay que llevaría un nombre distinto cada semana.

Actriz Cómica. ¡Entonces como la calle en que yo vivo! Me adivinan las tarjetas.

Autor. No es eso; es que cierto género de homenajes debe rendirlos la posteridad.

Galán. Sí, sí; mientras el autor viva, yo lo encuentro también peligroso.

Maldiciente. Pues si se ha de esperar a que el autor muera, ya le pueden poner a ese teatro desde el domingo el nombre de Ramírez.

Dama Joven. ¿Por qué?

Actriz Cómica. ¿Por qué de Ramírez?

Maldiciente. Porque estrena el sábado y me han dicho que del tercer acto no sale con vida.

Doncella. El nombre de mi señorita es el que debían de ponerle.

Dama. Que te calles te digo.

Galán. Pues sería de justicia, Dama.

Dama. Gracias, Galán; pero si he de morirme antes… que esté muchísimos años el teatro sin nombre.

Galán. ¡Y yo que lo vea!

Autor. ¡Y todos los presentes!

Romántico. Y ¿qué me dicen ustedes de Zorrilla?

Maldiciente. ¡Pues que era de Valladolid!

Romántico. No, amigo mío: Zorrilla era español. Poeta de la raza y del idioma. Y todos los años triunfa su genio con el *Don Juan Tenorio* en los escenarios españoles y en los americanos donde también se habla el español.

Maldiciente. Sí, sí:

Uno para enamorarlas,

otro para conseguirlas…

¡Qué fanfarronada tan ridícula y qué listita más grotesca se trae nuestro Don Juan! ¡Apuntar en un papel las tontas a quienes conquista y, sobre todo, los tontos a quien mata! ¡Vamos, hombre! ¡Hace falta ser memo! ¡Es darle una pista a la policía!

Autor. Oiga usted: el nombre de Zorrilla precisamente trae a mi memoria el de otro escritor de vida interesante y novelesca, y cuyo prestigio literario crece por días en vez de desvanecerse, como el de tantos.

Dama. ¿Cuál?

Actriz Cómica. ¿Cuál?

Autor. Larra.

Romántico. ¡Es verdad! ¡Larra! Es un hallazgo.

Galán. Lo es.

Dama. Y suena gratamente: Teatro de Larra.

Autor. Suena mejor Teatro de Fígaro.

Dama. Cierto.

Dama Joven. Es bonito, sí.

Galán. Es eufónico.

Romántico. Es popular.

Actriz Cómica. Se pega al oído.

Dama. Está muy bien: Teatro de Fígaro.

Ingenuo. Teatro de Fígaro.

Maldiciente. ¡Pero, por Dios! ¡Fígaro era el Barbero de Sevilla, que lo inventó un franchute y le puso música un italiano!

Autor. Poco a poco, señor Maldiciente. En primer lugar, ponga usted que *Fígaro*, como Gil Blas y como Carmen, son ya figuras españolas; y en segundo lugar, que si el teatro se denominara de Fígaro, no sería por el barbero de Beaumarchais, sino por el gran satírico español que adoptó ese nombre como su seudónimo predilecto.

Dama. A mí me gusta tanto, que lo doy por mío. Ese es el nombre que yo aconsejaré.

Dama Joven. Muy simpático. Larra se mató por una mujer, ¿no?

Autor. Morena y sevillana.

Galán. Y fué periodista y autor dramático y crítico eminente.

Romántico. *Clarín* lo consideraba como el primer escritor de su época.

Autor. ¡*Clarín*, que fué el crítico más severo de la suya! A *Fígaro*, en la sátira política nadie lo aventajó.

Romántico. ¿Y como costumbrista?

Autor. ¡Ah! ¡Como costumbrista! ¡Aun contendiendo con *El Solitario* y con Mesonero!…

Romántico. Fué además un apasionado del teatro.

Autor. Y espíritu nada sectario; abierto, generoso… liberal…

Romántico. Clásico y romántico a la vez.

Autor. ¡Ahí está! Lo mismo ensalzó a Moratín, ya glorioso, que alentó entusiasmado a los nuevos ingenios que se revelaron en su tiempo. ¿Recuerda usted la crítica de *El sí de las niñas*?

Romántico. ¿Y la de *El trovador*?

Autor. ¿Y la de *Los amantes*?

Dama. Pues como hombre pasó por agrio y destemplado, y, sin embargo, su corazón rebosaba nobleza y ternura.

Autor. Quien lo dude que lea sus cartas íntimas.

Dama Joven. A mí, por encima de todo, lo que me encanta es que se matara por una mujer.

Doncella. ¡Y a mí, señorita!

Dama. Decididamente es un acierto: Teatro de Fígaro.

Galán. Sí, sí: Teatro de Fígaro.

Romántico. No mandemos todos más que ese nombre: Teatro de Fígaro.

Autor. *Al Maldiciente.* Usted está muy calladito: ¿es que no le gusta?

Maldiciente. ¿Cómo me va a gustar a mí que se le ponga a un teatro el nombre de un crítico?

Autor. Pero, hombre, ¡si se murió el año treinta y siete del siglo pasado!

Maldiciente. Eso me tranquiliza un poco.

Romántico. En su entierro, cabalmente, se reveló Zorrilla, cuyo nombre ha dado aquí ocasión a que se recuerde el de Larra.

Dama Joven. ¿En su entierro?

Romántico. Sí. Zorrilla tenía entonces diecinueve años y era enteramente desconocido. Se hallaba acogido en casa de un cestero, en un zaquizamí, y al tener noticia del suicidio de Larra, valiéndose de un mimbre por pluma y mojándolo en el tinte de las cestas, porque no había a mano otra cosa, improvisó unos versos dedicados al insigne y malogrado escritor.

Dama Joven. ¿Los recuerda usted?

Romántico. ¡Ya lo creo! Los aprendí de niño.

Dama. ¿Quiere usted recitárnoslos, y así rendimos nosotros hoy nuestro homenaje al poeta que entonces nació y al que murió?

Romántico. Nada más de mi agrado.

Galán. ¡Venga, venga!

Vuelve a aparecer y a irse el Traspunte.

Traspunte. ¿Doy la segunda? ¿Sinfonía?

Dama. Sinfonía, sí.

Romántico. Estos versos empezó a leerlos Zorrilla en el cementerio, profundamente emocionado, ante el cadáver del infeliz suicida; pero la emoción lo venció pronto de tal manera, que no pudo terminar de leerlos, y hubo de acabar su lectura Roca de Togores. Dicen así: Como acompañamiento de la bella poesía, se oye, allá lejos, la música de la sinfonía en el teatro.

«Ese vago clamor que rasga el viento

es la voz funeral de una campana;

vano remedo del postrer lamento

de un cadáver sombrío y macilento

que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra

y dejó su existencia carcomida,

como una virgen al placer perdida

cuelga el profano velo en el altar.

Miró en el tiempo el porvenir vacío,

vacío ya de ensueños y de gloria,

y se entregó a ese sueño sin memoria

que nos lleva a otro mundo a despertar.

Era una flor que marchitó el estío,

era una fuente que agotó el verano;

ya no se siente su murmullo vano,

ya está quemado el tallo de la flor.

Todavía su aroma se percibe,

y ese verde color de la llanura,

ese manto de hierba y de frescura,

hijos son del arroyo creador.

Que el poeta, en su misión

sobre la tierra que habita,

es una planta maldita

con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria,

donde no llegue a tu cegado oído

más que la triste y funeral plegaria

que otro cantará por ti.

Esta será una ofrenda de cariño,

más grata, sí, que la oración de un hombre,

pura como la lágrima de un niño,

memoria del poeta que perdí.

Si existe un remoto cielo,

de los poetas mansión,

y sólo le queda al suelo

ese retrato de hielo,

fetidez y corrupción,

¡digno presente, por cierto,

se deja a la amarga vida!

¡Abandonar un desierto,

y darle a la despedida

la fea prenda de un muerto!

Poeta: si en el *no ser*

hay un recuerdo de ayer,

una vida como aquí

detrás de ese firmamento…

conságrame un pensamiento

como el que tengo de ti.»

Dama. ¡Hermosos son!

Actriz Cómica. ¡Hermosos!

Dama Joven. ¡Preciosísimos!

Galán. Conmovedores.

Ingenuo. Y muy bien recitados.

Romántico. Gracias.

Autor. Hay quien dice que el valor a estos versos se lo prestó la solemnidad, la emoción de la escena.

Romántico. No digo que no los realzase; pero a mí, aisladamente, me hacen llorar siempre que los recuerdo y que los digo.

Maldiciente. En realidad, de verdad, son flojillos… Pero al lado de los galimatías que ahora pretenden pasar por versos son para mármoles y bronces. ¡Si *Fígaro* viviera!…

Traspunte. *Asomando otra vez.* ¿Podemos empezar?

Dama. Un instante. *Se dirige al público y dice.* Ya habéis visto cómo nuestro voto sobre el título del nuevo teatro será para *Fígaro*. Perdonen esta vez Lope de Vega, Tirso de Molina, Moratín, Cruz y las demás famosas figuras aquí recordadas. Teatros se edificarán en Madrid, andando los días, para todos ellos. Sea hoy este homenaje para *Fígaro*. Para *Fígaro*, que bajó prematuramente a la tierra, llenos el corazón y la mente de inquietudes y ambiciones espirituales; tan de todos los tiempos, que, al releerlo, siempre parece que aún vive entre nosotros; para *Fígaro*, que, como el romántico sevillano, sintió durante toda su vida ansia perpetua de algo mejor;

para *Fígaro*, el prosista viril y castizo, el pensador valiente, el sembrador de ideas, el profundo satírico, el liberal, el gran patriota, que aplicando a la carne viva de los vicios y miserias nacionales los botones de fuego de sus imperecederos artículos, pintó cuánto amaba a su patria. *En este país…*

¡Gloria a *Fígaro* y viva el Teatro de *Fígaro*! Los autores del día que contribuyan a ello con sus obras, no olviden nunca al escribirlas quién preside la casa.

FIN

Madrid, 28 de octubre de 1931.

VISITA DE PRUEBA

PASO DE COMEDIA

Estrenada en el **Teatro María Guerrero**, de Madrid, el 22 de diciembre de 1931

REPARTO

PERSONAJES ACTORES La Viuda. Nieves Suárez. La Amiga. Anita Martos. El Visitante. Enrique Chicote.

VISITA DE PRUEBA

Sala elegante en casa de la Viuda, en Madrid. Es por la tarde.

Aparece en escena el Visitante, de correcto chaqué.

Visitante. Allá veremos si tengo suerte; si el papel me sale a mi gusto. ¡Esto va a ser un paso de comedia! ¿Me quito los guantes? ¿Me los dejo puestos? Un término medio es lo mejor: me quitaré el derecho. Se lo he visto hacer mucho a Thuillier. Aquí están ya las interesadas. Ánimo, Quintillo. *Salen la Viuda y la Amiga, en traje de casa la primera, y de calle, y con impertinentes, la segunda.* Señora… Señorita…

Amiga. Señora también.

Visitante. Señoras…

Viuda. Señor…

Amiga. Señor…

Visitante. ¿La señora viuda de… de…?

Viuda. Usted dirá.

Visitante. De… de…

Viuda. ¡Es que las dos somos viudas!

Visitante. ¡Ah, vamos! Pues bien: ¿la señora viuda de…? ¡Qué memoria ésta!

Viuda. ¿Colmenares?

Visitante. ¡Justo!

Viuda. Yo soy.

Visitante. Señora mía… *Le besa la mano.*

Viuda. *Presentándole a la Amiga.* La señora viuda de Bustillo.

Visitante. *Besándole la mano también.* Señora mía…

Viuda. Siéntese, señor.

Visitante. Encantado.

Viuda. ¿Ha sido usted el que se ha caído en el recibimiento?

Visitante. ¡No, señora!

Viuda. Creí… ¡Sonó un golpazo! Han dado cera hoy, ¿sabe usted?, y ya se han resbalado dos visitas.

Amiga. ¿Es posible?

Viuda. Como lo oyes. Dos visitas han medido el suelo.

Visitante. Pues yo no he tenido ese gusto.

Viuda. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

Visitante. No; ocurrente, no: prevenido. Por si acaso tendré cuidado al irme.

Amiga. ¡Ja, ja, ja!

Viuda. Y, bien…

Visitante. Sí, señora, sí: desea usted saber ya quién soy yo y a qué vengo.

Viuda. Sí; porque su tarjeta no dice más que lo primero, y yo no recuerdo el nombre de usted.

Visitante. ¡Naturalmente! Como que le di a la doncella una tarjeta que no es mía.

Viuda. ¡Acabáramos!

Visitante. Me encontré en el momento preciso con que no traía tarjetas propias y le envié a usted ésa… por cumplir la fórmula de la tarjetita, sencillamente. Yo soy provinciano; pero conozco las prácticas de Madrid.

Amiga. ¡Qué divertido!

Viuda. ¡Así me quedé yo al leerla! «Fulgencio Matarranz, capellán de monjas». ¡A la legua se ve que no es usted!

Visitante. ¡Claro! Como que debí poner con lápiz, debajo de «capellán de monjas»: «Pero no soy yo».

Amiga. ¡Qué divertido!

Visitante. Sólo que tampoco traía lápiz. Ni estilográfica. No la uso.

Viuda. Pues es muy conveniente. Y ya estoy yo viendo que usted va a ser un forastero cuya visita tengo anunciada.

Visitante. ¡Seguro!

Viuda. De Casal del Molino.

Visitante. Exactamente.

Viuda. Me despistó un poco el chaqué.

Visitante. ¡El chaqué y la tarjeta del capellán! ¡Despistan a cualquiera! Yo, el chaqué lo uso ¿a que no saben ustedes por qué?

Amiga. ¿Por qué, señor?

Visitante. ¡Por la satisfacción que tengo siempre cuando me lo quito!

Viuda. ¡Ja, ja, ja!

Amiga. No; pues lo lleva usted muy bien.

Visitante. Lo llevo mejor en la maleta.

Amiga. ¡Qué divertido!

Viuda. Sí que tiene usted buen humor.

Visitante. Es más agradable que tenerlo malo.

Viuda. De manera que entonces es usted don Maximino Alosno…

Visitante. Servidor de usted.

Viuda. Que me trae una visita de mi amiga Teresita Alniela.

Visitante. ¡Eso es!

Viuda. ¡Cuánto lo celebró y lo agradezco! ¿Cómo está Teresita? Hace… ¡qué sé yo los años que no nos vemos! Yo no he vuelto a Casal del Molino desde que enviudé… y Teresita no viene a Madrid nunca… ¿Usted conoció a mi marido?

Visitante. No, señora; no tuve ese honor. ¿Usted sí?

Viuda. ¿Cómo?

Visitante. Entiéndame: ¡es tan difícil conocer a los hombres!

Viuda. ¡Ya!

Visitante. *Entre sí.* (¡Están aguantando la risa!).

Viuda. Conque, dígame usted: ¿cómo, cómo está Teresa?

Visitante. Bien; bien. Se conserva bien… Con sus pequeñeces, con sus alifafes…

Viuda. Sí… Regalos de los años. Pero es lo que dice un amigo mío: a cierta edad hay que tener alguna cosa.

Visitante. ¡Claro!

Viuda. Hay que elegir una enfermedad.

Visitante. ¡Je!

Viuda. Y vale más elegir una que sea simpática, limpita, de buen tono. Ya ve usted: yo padezco un poquito del corazón.

Visitante. ¿Ah, sí?

Viuda. ¡Porque lo prefiero a padecer del hígado!

Amiga. ¡Donde va una cosa con otra! ¡Yo padezco de la tiroides y también lo prefiero!

Visitante. ¡De la tiroides! ¡Vaya! ¡Muy elegante!

Viuda. ¿Y usted, ha elegido enfermedad?

Visitante. ¡Ya lo creo! ¡Hace quince años!

Viuda. ¿Cuál?

Visitante. ¡Mi mujer!

Amiga. ¡Qué divertido!

Visitante. No, no es tan divertido como usted se figura. Pero la elegí, la elegí… ¡Y no encuentro alivio!

Viuda. ¡Ja, ja, ja!

Visitante. Pero volvamos a Teresita. Después de darme para usted los recuerdos más cariñosos, me encomendó una delicadísima consulta.

Viuda. A ver, a ver…

Visitante. Parece ser que dos señoritas hermanas, parientas de ella, que residen aquí, en Madrid, se quieren dedicar al teatro.

Viuda. ¿Dos parientes de Teresita? ¿Hermanas?

Visitante. Sí, señora; a quienes usted conoce mucho.

Viuda. ¿Yo?

Visitante. Creo que les dicen las Castañuelas, porque son muy alegres.

Viuda. ¿Las Castañuelas?

Amiga. ¿Las Castañuelas?

Viuda. ¿Que las Castañuelas se quieren dedicar al teatro?

Visitante. Así parece.

Viuda. ¡Ave María Purísima!

Amiga. ¡Por los clavos de Cristo!

Viuda. ¡La Humanidad está loca!

Amiga. ¡Loca!

Viuda. ¿Usted las conoce?

Visitante. Yo, no.

Viuda. ¡Pues son dos fachas!

Amiga. ¡Dos visiones!

Viuda. ¡Dos adefesios!

Amiga. ¡Dos espantapájaros!

Viuda. ¡Dos tipos!

Amiga. ¡Dos momias!

Visitante. ¡Ah! ¡Pues celebro mucho no conocerlas!

Viuda. Pero ¿por qué se quieren dedicar al teatro esas infelices?

Visitante. Creo que porque no tienen una peseta.

Viuda. ¡Hombre, por Dios! ¡Si todo el que no tiene una peseta se fuera a dedicar al teatro, habría que ampliar hasta lo infinito el Conservatorio!

Visitante. Muy bien, muy bien. Es que las mujeres piensan acaso que como el teatro es cuestión de hablar, tienen ya mucho adelantado para ello.

Viuda. Eso sí: las Castañuelas, como hablar, hablan, hablan. ¡Son dos tarabillas!

Amiga. Pero en el teatro no basta con hablar: hay que saber hablar; hay que hablar con sentido, con conciencia de lo que se dice, con intención, con naturalidad…

Viuda. ¡Y con gracia! ¡Sobre todo con gracia! Lo primero que necesita una actriz es tener gracia; mucha gracia. Mire usted lo que le pasa a Loreto Prado: empieza a hablar entre bastidores, todavía no ha salido a escena y ya se está *riyendo* la gente. ¿Se dice *riyendo*?

Visitante. En Casal del Molino todavía no se dice.

Viuda. ¿No, verdad?

Visitante. Pero yo lo he oído en las Cortes.

Amiga. Otra cosa que debe ser, que tiene que ser una actriz, es elegante.

Visitante. ¡Eso no ofrece duda! ¡Para cuando le toquen papeles aristocráticos!

Amiga. Distinguida, de actitudes finas… de gestos señoriles… Que sepa vestirse de tarde y de noche…

Viuda. ¡Y de todas horas!

Amiga. Que sepa entrar en un salón sin azoramiento, sin tropezar en ningún mueble, con soltura, con qué se me da a mí…

Visitante. *Sintiéndose elegante, a su vez.* Eso: con qué se me da a mí… que den o no den cera en el piso…

Viuda. ¡Ja, ja, ja! ¿De veras no se resbaló usted al entrar?

Visitante. No, no, señora, no: podría jurarlo.

Viuda. Pues sería Ramón, el criado; porque temblaron todos los cristales de la casa.

Amiga. *Ofreciéndole su pitillera.* ¿Un cigarrillo?

Visitante. ¿Cómo no?

Amiga. ¿Tú quieres?

Viuda. No, no me acostumbro.

Amiga. Son inofensivos, como verá usted.

Visitante. Ya lo presumo.

Amiga. No tienen más que un poco de morfina y de opio, alcanfor y menta.

Visitante. ¿Nada más? ¿Pólvora no tienen?

Amiga. ¡Qué divertido! Ahí verá usted: una de las Castañuelas, si tuviera que fumar en escena, daría el espectáculo.

Viuda. ¡Digo! ¡Menuda tos le entraba!

Visitante. *Tosiendo mucho, sin poder remediarlo.* ¡Como a mí! ¡Ahora mismo soy yo de esa familia!

Amiga. ¿Qué ha sido?

Visitante. *Sin dejar de toser.* ¡La falta de costumbre!

Amiga. Pero ¿no fuma usted cigarrillos?

Visitante. ¡Tan suaves, no!

Viuda. ¡Si está llorando!

Visitante. ¡Eso es el alcanfor! ¡Lo mismo me pasa todos los inviernos al sacar el gabán!

Amiga. ¡Qué divertido!

Visitante. ¿Y de edad, cómo andan las Castañuelas? Porque eso sí que es importante en el teatro.

Viuda. ¡Huy, de edad! ¡Las Castañuelas! ¡Usted calcule! ¡Muy antiguas!

Visitante. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué divertido! Veo que, como aseguraban ustedes, esas señoritas están dejadas de la mano de Dios.

Viuda. ¡Es descabellado lo que pretenden! ¡Si son dos loros, y no saben hablar, ni vestirse…!

Visitante. ¡Ni fumar!

Viuda. ¡Ni accionar tan siquiera! ¿Se dice tan siquiera?

Visitante. Sí: tan siquiera se dice.

Viuda. ¡Qué modales más ordinarios los suyos!

Amiga. ¡Y más grotescos!

Viuda. ¡Se le ponen a usted en jarras a lo mejor, o le meten las manos por los ojos para convencerlo de algo!

Visitante. ¡Qué atrocidad!

Amiga. ¡Así, así!

Visitante. Pero ¿quién ha aconsejado entonces a esas desdichadas?

Viuda. ¡El demonio! Mire usted: yo sufro mucho casi siempre que ahora voy al teatro, ¡porque se ve cada comiquito!…

Amiga. ¡Y cada comiquita!…

Viuda. Pero cuando más sufro es cuando un actor no sabe qué hacerse con las manos.

Amiga. ¡O con los guantes!

El Visitante se cree comprendido en un caso y en otro, y se desconcierta. Las siguientes observaciones se figura también que lo aluden.

Viuda. Pues ¿y cuando sale un galán y le están cortas las mangas de la americana?

Visitante. ¡Ah, sí!…

Amiga. ¿Y cuando le están largas?

Viuda. ¡Peor todavía! ¿Usted cree que se puede hacer el amor no enseñando más que las uñas?

Visitante. *De puro azorado.* ¡Ni los gatos siquiera!

Viuda. ¡Ja, ja, ja!

Visitante. *Reasumiendo*. ¿Se dice *reasumiendo*?

Amiga. En este caso me parece que no; que le sobra una a.

Visitante. Resumiendo, pues. ¿Qué debo yo decirle a Teresita de la

aspiración de las Castañuelas, en opinión de ustedes?

Viuda. ¡Ya nos ha oído usted respirar!

Visitante. Sí, pero…

Amiga. Si fuese a ellas mismas, se comprende la violencia de usted; pero a Teresita…

Viuda. Lo mejor es que le diga usted que nosotras procuraremos verlas e intentaremos de algún modo quitarles de la cabeza sus planes.

Visitante. ¡Ajajá! Eso, cabalmente, creo que pretendía Teresita.

Viuda. Pues hemos coincidido. Y si por su parte puede mandarles algún dinero, nos ayudará a la buena acción.

Visitante. ¡Magnífico! A ella le sobra…

Amiga. Lo que a las otras pobres les falta.

Visitante. Contentísimo yo. No he perdido el viaje. *Despidiéndose.* Señoras mías…

Viuda. Adiós, Matarranz.

Visitante. Matarranz es el capellán de las monjas.

Viuda. Es verdad: Alosno. *Toca un timbre.*

Visitante. En Casal del Molino dispongan de este humilde paleto.

Amiga. Gracias.

Viuda. Muchas gracias. *Dirigiéndose a un criado que no sale.* Ramón, acompaña a este caballero.

Visitante. *Con su última reverencia.* A los pies de ustedes. *Apenas se va sueltan las dos la carcajada y se llevan riendo un buen rato.*

Viuda. ¡Ja, ja, ja!

Amiga. ¡Ja, ja, ja!

Viuda. ¡Se la hemos dado bien!

Amiga. ¡Ha sido un paso de comedia!

Viuda. ¡Se lo ha creído todo!

Amiga. ¡Todo!

Viuda. ¡Bien nos hemos divertido a su costa!

Amiga. ¡Bien hemos gozado!

Viuda. Y ¡qué tipo de hombre!

Amiga. ¡Calla! ¡Ha sudado tinta!

Viuda. ¡Cuando tú le diste el cigarrillo!…

Amiga. ¡Ja, ja, ja!

Viuda. ¡Creí que se moría!

Amiga. ¡Pobre hombre!

Viuda. ¡Ja, ja, ja!

Momentos antes ha vuelto el Visitante a la sala y ha oído esto último. Cuando ellas lo advierten, turbadísimas, no saben de qué modo excusarse.

Visitante. Me olvidé de decirles…

Viuda. ¡Oh!

Amiga. ¡Ah!

Visitante. ¿Qué es eso? ¿Qué les ocurre a ustedes?

Viuda. Nos ocurre…

Amiga. Nos ocurre que…

Viuda. Francamente, señor mío: yo no puedo más.

Visitante. ¿Eh?

Viuda. Yo no soy la dueña de esta casa: yo no soy la viuda de Colmenares.

Visitante. ¿Qué?

Amiga. Ni yo soy la viuda de Bustillo.

Visitante. ¿Usted tampoco? ¿Quiénes son ustedes entonces?

Viuda. ¿No lo adivina usted?

Visitante. Es difícil.

Viuda. Somos las Castañuelas.

Visitante. ¿Las Castañuelas?

Amiga. Precisamente.

Viuda. Dos mujeres solas en la vida, que ven en el teatro su única tabla de salvación.

Amiga. Después de la escena que ha presenciado usted, ¿cree que podremos representar comedias?

Visitante. ¡No que no! ¡A las mil maravillas! Y no ya sólo representarlas: pienso que hasta podrían ustedes dar lecciones.

Viuda. ¿Sí?

Amiga. ¿Usted cree?

Visitante. Y ahora me toca a mí corresponder a su franqueza: yo tampoco soy don Maximino Alosno.

Viuda. ¿No?

Amiga. Pues ¿cómo es eso?

Visitante. Soy un viejo comediante amigo suyo. Enterado don Maximino, por confidencias íntimas, de la farsa que iban ustedes a representar ante él, de acuerdo con la dueña de esta casa, me suplicó que yo le sustituyese, haciendo ante

ustedes el papel de forastero aturdido. ¿Qué les ha parecido a ustedes?

Viuda. ¡Pues que también puede usted dar lecciones!

Amiga. ¡Mejor que nosotras!

Visitante. Muy amables.

Viuda. ¡Pero mucho mejor!

Visitante. Si los tres podemos o no dar lecciones, que nos lo diga el público, maestro de todos.

Viuda. ¡Pues yo voy a preguntárselo ahora mismo! *Al público.*

¿Sabremos aleccionar?

¿Somos torpes? ¿Somos diestros?

¡A ti te toca fallar!

¡No les vayas a amargar

este paso a los maestros!

FIN

Madrid, 27 de noviembre de 1931.

SOLERA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Fontalba** el 13 de enero de 1932

A NUESTRA PRIMA MARÍA JESÚS

Hace mucho tiempo que deseamos

dedicarte una de nuestras obras, y al cabo le ha tocado a ésta, cuya lectura.

tanto te impresionó. Acéptala en prenda de cariño y en recuerdo de la tierra donde los tres nacimos y de los días de nuestra niñez.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES DON PABLO NARANJO, Personaje que no sale a escena. **Sole. Carmen Díaz. Doña Fina. Rafaela Satorres. Isidorita. Montserrat Blanch. Matilde. Margarita Larrea. Rosario. María Montilla. Lupe la Cigarrera. Ana Quijada. Trini. Carmen León. La Flequera. Mercedes Muñoz Sampedro. Don Juan Pedro Barcas. Ricardo Simó-Raso. Don Ignacio Gentil. Rafael Bardem. Don Román Herrero. Ceferino Barrajón. Martín. Vicente Soler. Luis Toledo. Ricardo Canales. Placero. Miguel Pozanco. Don Chiripa. José F. Vidal. Madroñero. Pitillo. Conchita Soto. Un Estudiante. Modesto Blanch. López. Luis Camarero. Juanito. Manuel Díaz. Antonio. Luis García Ortega. Un Transeúnte. Antonio del Pozo. Un Policía. Ricardo Leygualda.**

SOLERA

ACTO PRIMERO

Rinconada en una calle sevillana poco pasajera. Por la derecha del actor sale a una plazoleta; por la izquierda, a otra calle. Al fondo, la casa de Sole, garrida muchacha, hija del famoso don Pablo Naranjo. A la derecha, en el zaguán, la cancela. A la izquierda de la escena, una casa modesta, con balcón. Un banco de la plazoleta inmediata y un arbolillo que le presta sombra lindan con la fachada de la casa de nuestra heroína. Es una tarde de abril.

Llega pausadamente por la izquierda don Juan Pedro Barcas, hombre de hasta sesenta años, cofrade y admirador primero del padre de Sole. Entra en el zaguán y dice desde la cancela: ***Don Juan Pedro****. ¡Rosario! ¡Mi siyón!*

Sale a la calle. El Estudiante se asoma al balcón de la izquierda.

Estudiante. Buenas tardes tenga usté, don Juan Pedro.

Don Juan Pedro. ¡Hola, chiquiyo! ¿Se estudia?

Estudiante. Se debía estudiá. Pero con ese fresquito de abril tira más el balcón que los libros. Respirá es un regalo.

Don Juan Pedro. Ya sudarás en mayo y junio.

Estudiante. ¡En junio sudará usté también!

El Estudiante goza del crepúsculo y silba. Sale Rosario de la casa con el sillón pedido, y lo coloca en la calle, al amparo de la casa, hacia la derecha.

Rosario. Er siyón, don Juan Pedro.

Don Juan Pedro. Grasias. Dile a la niña que estoy aquí.

Rosario. Ya se ha enterao.

Estudiante. ¡Y yo aquí!

Rosario. De eso no se ha enterao, ni le importa. *Volviéndose a la casa.* ¡Mía que er mosquito que nos ha caío con este niño…! ¡Lástima de seriyo!

Don Juan Pedro se arrellana en su sillón, que es de estos de cómodos brazos y asiento de enea fina. Luego saca del bolsillo un periódico y se pone a leer.

Por la plazoleta viene Pitillo, betunero ambulante, que siempre va y viene canturreando.

Pitillo. ¿Limpio, don Juan Pedro?

Don Juan Pedro. Pásame la bayeta. *Comentando entre sí sobre lo que lee.* ¡Otro jaleo!… ¡Se han propuesto entre tos deshasé a mi Seviya!

El Estudiante se retira del balcón. Por la izquierda surge don Chiripa, sablista correctísimo, que viste prendas muy raídas pero muy limpias.

Don Chiripa. *Llegándose a don Juan Pedro, reverentemente, sombrero en mano.* Mi señor don Juan Pedro Barcas.

Don Juan Pedro. *Levantando los ojos del periódico.* ¡Salú, don Chiripa!

Don Chiripa. Salú.

Don Juan Pedro. ¿Qué quieres hoy?

Don Chiripa. Que no se quede usté en la salú; que remate la frase.

Don Juan Pedro. ¿Una peseta?

Don Chiripa. Cuarenta séntimos nada más. No presiso otra cosa.

Don Juan Pedro. Toma la peseta.

Don Chiripa. No, señor, no; muchas grasias. Cuarenta séntimos nada más. Aquí traigo el resibo.

Don Juan Pedro. ¡Ah, vamos! Ten ahí entonses.

Don Chiripa. Perdón… y muy reconosido. Algún día podré yo devolverle… Servidor de usté. Ha venido la mala… ya vendrá la buena. Soy un hombre digno. No doy sablasos; solisito préstamos. Hay diferensia, ¿no es verdá? Mis resibitos lo atestiguan. Nada de limosnas. Ya vendrá la buena, ya vendrá la buena, y yo reintegraré… Muy reconocido. Para servirlo siempre. *Vase por la derecha.*

Don Juan Pedro. Anda con Dios. También estos tipos originales se van acabando. ¡Un sablista que da resibos!… ¡Y que no toma más que lo que pide! Siempre es él el que fija la cantidá.

Pitillo. Usté tendrá encuadernaos ya los resibos de éste.

Don Juan Pedro. Poco menos.

Pitillo. ¡Los voy a tené yo!… ¡Pobresiyo! Pasa mucha hambre. A mí me da lástima.

Don Juan Pedro. ¿Y lo proteges?

Pitillo. ¡Como usté a mí! Ahora don Chiripa, con esas cuatro *gordas* se toma un reá de pescao, unos rabanitos y media caña de vino e Viyanueva, y se quea reondo.

Por la derecha llegan en esto don Ignacio Gentil y don Román Herrero, compañeros, amigos y contertulios de don Juan Pedro, y hombres poco más o menos de sus circunstancias y de sus años, si bien don Ignacio presume de joven todavía.

Don Ignacio. Qué, ¿te ha dao ya el resibo don Chiripa?

Don Juan Pedro. Aquí lo tengo; sí.

Don Ignacio. ¿Qué tasa es la de hoy?

Don Juan Pedro. Cuatro *gordas*.

Don Ignacio. Sí; están los tiempos malos. No hay que abusa de los amigos.

Don Román. Nosotros le dimos el quiebro.

Don Ignacio entra en el zaguán y, asomándose a la cancela, grita:

Don Ignacio. ¡Rosario! ¡Un siyón pa un viejo y una siya pa un poyo!

Don Román. ¡Qué Ignasio éste! Siempre iguá.

Pitillo. Servido. ¿Limpio, señores?

Don Ignacio. No.

Don Román. No.

Don Ignacio. ¡Si las traemos como espejos!

Pitillo. Pues por aquí me queo ratoneando. *Se marcha hacia la plazoleta.*

Vuelve a salir Rosario, que ahora trae un sillón como el anterior y una silla de la misma familia.

Rosario. Buenas tardes nos dé Dios.

Don Román. Buenas tardes, Rosario.

Rosario. Er siyón pa er viejo y la siya pa er poyo.

Don Ignacio. ¡Eso es!

Don Juan Pedro. ¿Qué esperas tú ya?

Rosario. A que se sienten, pa enterarme de cuál es er poyo y cuál es er viejo.

Don Román. ¡Qué Rosario ésta!

Don Ignacio. Pero ¿no sarta a la vista, mujé?

Rosario. No, señó, que no sarta. ¡Eso quisiera usté, que sartara! *Éntrase.*

Don Juan Pedro. ¿Ves? ¡Por marchoso!

Don Román. ¡Por marchoso!

Don Ignacio. ¡Lo que queráis! Pero mira como el viejo se ha ido al siyón como una flecha. ¡Por si acaso el poyo se distraía!

Se acomoda cada uno en su asiento.

Don Román. ¿Qué lees?

Don Juan Pedro. Desastres y amarguras. ¡Se nos va Seviya, cofrades de mi alma!

Don Ignacio. ¿Quiés cayarte, Juan Pedro? ¿Qué se ha de í Seviya? Esta tierra tiene grasia y espíritu pa enterrá a tos los que quieran enterrarla.

Don Román. Verdá que sí. Estoy contigo.

Don Juan Pedro. *Suspirando.* ¡Ay!… Acuérdate de nuestros tiempos, Ignasio. Y tú también, Román. ¿Es nuestra Seviya la misma?

Don Ignacio. ¡Sí, hombre, sí! La misma, sólo que un poquito mejó. ¡El que no eres el mismo eres tú, que hablas como un ansiano venerable!

Don Román. Es vérdá, es verdá… Estoy contigo.

Don Juan Pedro. ¡Tú estás siempre con el último que te habla!

Don Ignacio. «¡Qué tiempos aqueyos!» se lo oíste desí tú a tu padre, y tu padre a tu abuelo, y tu abuelo a tu bisabuelo. ¡Y así hasta Adán y Eva! Y tú nos lo dises a nosotros porque ya no pués acosá un beserro, ni beberte sien cañas, ni pelearte con otro por una mujé.

Don Juan Pedro. ¿Tú, sí?

Don Ignacio. Yo, sí. Tú sabes que ha sío siempre mi flaco. Detrás del taconeo de una mujé yego toavía al sementerio.

Don Juan Pedro. ¡Cabalito! ¡Al sementerio vas a yegá como te lo creas!

Don Román. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Juan Pedro éste! ¡Ha estao bueno!

Don Ignacio. ¡Sí, sí! Lo que pasa es que son ustés dos coscones, que ya están entregaos, y a mí toavía me faltan muchas cuaresmas pa entregarme.

De la casa de Sole sale en este momento Martín, sorprendiendo a los contertulios. Martín es un muchacho de traza modesta y de carácter serio y retraído. Los saluda sencillamente al pasar ante ellos y se marcha por la derecha.

Martín. Buenas tardes, señores.

Don Juan Pedro. Buenas tardes.

Don Román. Buenas tardes.

Don Ignacio. Vaya usté con Dios. *Se miran.* ¿Qué es esto, Juan Pedro?

Don Román. ¿Esto qué es?

Don Ignacio. Sale de vé a la niña. ¡A espaldas nuestras!

Don Román. Verde y con asas…

Don Juan Pedro. ¡Ah, pues no, no! ¡Eso sí que no!

Don Ignacio. ¡Ya se ve que no!

Don Román. ¡Pero que no!

Don Juan Pedro. ¡Rebosó la oya! Yo tenía la mosca en la oreja… y con lo que acabo de vé… ¡Más claro, el agua! Hay que moverse.

Don Ignacio. Sí, sí; hay que moverse.

Don Román. Hay que moverse.

Don Juan Pedro. Vamos a hablá los tres cabales, ahora que estamos solos. No diga Pablo Naranjo desde la otra vida que descuidamos el encargo que nos dió al morí… y que dejamos a su hija sin nuestra guía y sin nuestro amparo.

Don Ignacio. ¡Que sí, hombre, que sí!

Don Román. ¡Que sí!

Don Ignacio. ¡Solera es cosa nuestra!

Don Juan Pedro. ¡Tiene tres padres en vez de uno!

Don Román. ¡Que sí!

Don Juan Pedro. Cuatro cuartos le quean… y pa eso, enredaos; porque aquel hombre, aquel hombre, que era de lo que ya no se amasa… ¡Discúteme esto, amigo Ignasio, defensó de los tiempos modernos!

Don Ignacio. ¡Eso está fuera de discusión!

Don Román. ¡Eso va a misa!

Don Juan Pedro. Aquel hombre era esensia y sumo de Seviya, de nuestra Seviya, y se arruinó porque lo dió to pa to el mundo.

Don Román. ¡Verdá que sí!

Don Juan Pedro. Y si su hija se quedara con el día y la noche…

Don Ignacio. ¡No sigas!

Don Román. ¡No acabes!

Don Ignacio. ¡Ya está!

Don Román. ¡Ya está acá!

Don Juan Pedro. ¡No seríamos nosotros quien somos!

Don Ignacio. ¡No lo seríamos! ¡Lo que es yo!…

Don Román. ¡Y yo!

Don Juan Pedro. ¡Y yo!

Don Ignacio. ¡Pues claro!

Don Román. ¡Digo!

Don Juan Pedro. No hase falta hablá más.

Don Román. No hase falta.

Don Ignacio. Basta con lo dicho.

Don Juan Pedro. ¡Vamos a consentí nosotros, los padres espirituales de Solera!…

Don Ignacio. El Patronato, como nos disen…

Don Juan Pedro. ¡Que el gerente de unos almasenes de aseitunas… sin posisión, sin grasia, sin tronío!…

Don Ignacio. ¡Quita, hombre, quita!

Don Román. ¡Faltaría más!

Don Juan Pedro. ¡Tenga las ilusiones que tenga pa mañana, es el hombre más soso de Seviya!

Don Ignacio. ¡El único hombre que no es pa eya!

Don Juan Pedro. ¡Un individuo que la oye cantá flamenco y se duerme!…

Don Ignacio. ¡Que cuando traemos aquí una boteya e vino pide gaseosa!…

Don Román. ¡O agua con asúca, como el otro día!…

Don Ignacio. ¡Que toca el acordeón en su asotea… que yo lo sé!…

Don Juan Pedro. ¡Vamos, hombre, vamos!

Don Román. ¡No tendríamos perdón de Dios!

Don Juan Pedro. ¡Ni de Pablo, que fue como otro Dios pa nosotros!

Don Román. Es verdá.

Don Juan Pedro. Bueno, pues ahora…

Don Ignacio. Ahora ya hemos hablao bastante.

Don Juan Pedro. Táctica…

Don Ignacio. Plan…

Don Román. Cuidao…

Don Juan Pedro. Disimulo…

Don Román. ¡Que sí!

Don Juan Pedro. Y lo primero, espantá al moso de la tertulia.

Don Ignacio. ¡Sin que se dé cuenta!

Don Román. ¡Ahí va!

Don Juan Pedro. Malas caras…

Don Ignacio. Yevarle la contra…

Don Juan Pedro. No yamarle a la niña más que Solera, que eso le carga

como pocas cosas…

Don Román. ¡Ahí, ahí!…

Don Ignacio. Alabarle mucho a su padre, que eso le carga más…

Don Román. ¡Ahí!

Don Juan Pedro. ¡Y entre tos a librarla de ese tabardiyo!

Don Ignacio. ¡Ni más ni menos!

Don Román. ¡Ni menos ni más!

Don Juan Pedro. ¡Firmao y seyao!

Don Ignacio. Chito, que sale er só.

Y aparece la bella hija de don Pablo Naranjo, objeto de tan celosos cuidados de los amigos de su padre. Sin duda alguna los merece. Trae su silla, para compartir afablemente la tertulia.

Sole. Buenas tardes. ¿De qué se habla?

Don Juan Pedro. ¡De ti!

Don Román. ¡De ti!

Don Ignacio. ¡De ti!

Don Juan Pedro. ¿De qué vamos a habla nosotros?

Don Ignacio. ¡De mi novia! Siéntate aquí, a mi vera, bendisión.

Sole. *Siguiéndole la broma.* Como siempre; ya estoy. Cuando dos novios se quieren así…

Don Ignacio. ¡Y que rabien éstos!

Sole. ¡Que rabien!

Don Juan Pedro. No, yo no rabio; espero. El día que tú palmes… ¿pa quién va a sé sino pa mí? Acostumbré ya a un viejo…

Sole. ¡Ja, ja, ja!

Don Román. ¡Qué Juan Pedro éste!

Don Ignacio. ¡Pues espera sentao!

Sole. ¡Ja, ja, ja!

Don Ignacio. ¡Ay, qué risa! ¡Que vengan aquí músicos! ¡Esa risa no la coge el pentagrama!

Sole. ¡Lo mismo que el cante gitano!

Don Ignacio. ¿Has soñao esta noche conmigo, lusero?

Sole. Sueño toas las noches, luz de mis ojos; ¿no lo sabes?

Don Ignacio. ¡Ole mi Solera! Y ¿qué has soñao, vamos a vé?

Sole. Una cosa tremenda: ¡me perseguía un toro en el campo!

Don Ignacio. ¿Estabas conmigo, corasón?

Sole. ¡Contigo!

Don Ignacio. Y yo ¿qué hise?

Sole. ¡Te subiste a un árbo!

Don Juan Pedro. ¡Ja, ja, ja!

Don Román. ¡Ja, ja, ja!

Don Ignacio. ¡Los disparates de los sueños! *A los otros.* Digo, ¿eh? Y con esta grasia…

Don Juan Pedro. Con estas salías…

Don Román. Con estos golpes…

Don Ignacio. ¡Vamos!

Don Juan Pedro. ¡Vamos!

Don Román. ¡Vamos!

Sole. Vayan ustedes donde quieran. ¡Ustés se entenderán!

Don Juan Pedro. Sí que nos entendemos.

Sole. Pues a propósito de salías, don Juan Pedro; a usté que le gustan tanto estas cosas de la gente de aquí. Oiga usté lo que me han contao de un esparteriyo de Triana. Se estaba quejando mucho de su suerte, de sus apuros, de su pobresa, y va y le dise al que lo oía: «Vivo ahora en una casa tan chica, que cuando caigo malo y va el médico a verme, le tengo que enseñá la lengua por debajo e la puerta».

Una carcajada del Patronato, reforzada con otra de Sole, acoge la anécdota. El Estudiante, curioso, se asoma a su balcón.

Don Ignacio. Y luego dises tú, cofrade, que esto se va…

Don Juan Pedro. Hombre, siempre quedará una semiya…

Don Román. ¡Pues claro!

Don Juan Pedro. *Con un suspiro de nostalgia.* ¡Ay!… Párese, oyendo a esta criatura, que está uno oyendo a aquel gran amigo.

Don Román. Es verdá.

Don Ignacio. Es verdá. ¡Es toa su manera!

Don Juan Pedro. ¡Es su retrato! ¡Cuidao si sabía aquel hombre dichos y cosas de esta tierra de María Santísima!

Sole. ¡Ay!…

Un silencio, durante el cual piensan todos en el que falta.

Estudiante. Soledá, buenas tardes.

Sole. ¡Hola! ¿Qué hase usté ahí?

Estudiante. Descansá de los libros. Y no me voy si usté no me lo manda.

Sole. ¿Yo? Yo no le mando a nadie.

Don Ignacio. ¿Qué estás disiendo, sangre de mis venas?

Sole. Perdóname, chiquiyo. Se me había olvidao que estabas tú aquí.

Por la izquierda sale a este punto López, hombre insignificante, que pasa hacia la derecha y saluda al pasar.

López. Buenas tardes, don Juan Pedro y la compañía.

Don Juan Pedro. Buenas tardes.

Don Ignacio. Adiós, López.

Don Román. Adiós.

Sole. Que usté lo pase bien.

López. *Deteniéndose un instante.* Aquel encargo quedó hecho. ¿Le han dicho a usté argo?

Don Juan Pedro. Sí; ya lo sé. Grasias. ¿Yevas ahora prisa?

López. No.

Don Juan Pedro. Pues siéntate ahí. Que te limpien las botas.

López. ¿Qué?

Don Juan Pedro. Que te limpien las botas.

López. ¡Ah, bueno! Farta les hase, no crea usté que no. Muchas grasias.

Don Juan Pedro. *Llamando.* ¡Pitiyo!

Pitillo. *Dentro.* ¡Va!

Sale inmediatamente. López se sienta en el banco del extremo derecho de la escena y Pitillo lo sirve. Soledad se levanta y va un poco hacia la plazuela, como ensimismada.

Don Ignacio. Pero, hombre, ¡qué manía ésta tuya de limpiarle las botas a to el mundo!

Don Juan Pedro. ¿Te quito a ti algo?

Don Ignacio. A mí, na; pero es estravagante.

Don Juan Pedro. ¿Qué quieres? Yo no pueo vé unas botas susias.

Don Ignacio. Se convida a una caña e mansaniya, a una servesa, a un sigarro, a un café… ¡pero a limpiarle a uno las botas!…

Don Juan Pedro. ¡Manías!

Don Román. Eso es, eso es; manías de los años.

Estudiante. Don Juan Pedro.

Don Juan Pedro. ¿Qué hay?

Estudiante. Que yo tengo aquí unos sapatos yenos de barro…

Don Juan Pedro. Pues si quieres que te los limpien, póntelos y baja. ¡Aquí no se sirve a domisilio!

Pisas de todos.

Estudiante. ¡Luego bajaré! *Se retira.*

Don Juan Pedro. Es como el desahogao ése de la tienda: me ha cogío el flaco y pasa por aquí tos los días hasiéndose el tonto…

Don Ignacio. ¡Un abonao!

Don Juan Pedro. Sí; pero le voy a desí la primera vez que yo no tengo betunería, sino que obsequio. Que es muy diferente.

Pitillo. *A López.* Una genialidá como otra cualquiera.

López. Y ¿a ti…?

Pitillo. Me paga por semanas. Pa mí es una finca. ¡Como si tuviera un salón!

Vuelve Soledad hacia la tertulia. Ha visto venir a Martin. Ello no le pasa inadvertido al Patronato.

Sole. Voy por una siya pa Martín.

Don Ignacio. ¿Eh?

Sole. Pero vuelvo a sentarme a tu lao: no te enseles tú de ningún hombre, mi vida. *Entra en su casa.*

Don Juan Pedro. ¡Por si no nos habíamos fijao!

Don Román. ¡Por si habíamos visto visiones!

Don Ignacio. ¡Mal fin tenga!… ¡Una le voy a da yo de Solera, que va a salí de aquí como perseguío!

Simultáneamente salen Martín, por la derecha, y Sole, de la casa, con la silla.

Sole. Lo vi a usté vení…

Martín. Grasias, Soledá; ¿pa qué se ha molestao? Si no pensaba detenerme.

Sole. Aunque sea un ratito. ¿Cómo está mi tía?

Martín. Tan buena. Va a vení luego a verla a usté. Son ganas de asustá de la gente.

Sole. Sí; ganas de que se muera la pobre. Dios me libre de yegá a vieja con dinero.

Don Juan Pedro. Pero ¿has mandao a Martín?…

Sole. Sí, señó.

Don Juan Pedro. Pero, niña, ¿y nosotros?

Don Ignacio. ¿Pa qué estamos aquí nosotros, Solera?

Don Román. ¿Pa qué estamos?

Martín. No vale la pena, señores.

Don Juan Pedro. Es que esta niña no tiene por qué mandarle a nadie cosa ninguna mientras vivan los tres amigos de su padre. ¡De su padre!

Sole. No se incomode usté, por Dios. Martín iba de camino y le dije que se yegara a preguntá.

Don Ignacio. ¡Yo hubiera ido de rodiyas o a pie cojito!

Martín. Pues yo he ido en coche: más rápido y más cómodo, ¿no? Y así sabe antes de su tía.

Sole. No tiene importansia.

Don Juan Pedro. ¡Bueno!

Pausa. Momento embarazoso. Don Ignacio ofrece cigarrillos.

Don Ignacio. ¿Le molesta a usté el humo, Martín?

Martín. ¡Qué pregunta!

Don Ignacio. Como no fuma usté…

Sole. Tiene esa buena condisión.

Martín. Ya lo está usté oyendo.

Sole. En cambio de otras malas.

Don Ignacio. Ya lo está usté oyendo también.

Don Juan Pedro. Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa…

Martín. Eso usté no lo sabe.

Instintivamente miran todos a Soledad, que mira, a su vez, si pasa algún pájaro.

Don Ignacio. Usté es un hombre de otras latitudes.

Martín. Le consta a usté que soy seviyano.

Don Ignacio. Sí; pero tiene usté una abuela de no sé dónde.

Martín. Irlandesa.

Don Juan Pedro. Y si le espurgan más el linaje…

Martín. ¿Vamos a dejá eso?

Don Ignacio. Yo, desde que vi el otro día que mientras Solera nos cantaba usté estaba pensando en sus cosas…

Martín. En mis cosas pensaba, sí, señó.

Sole. Sí; no siente el flamenco. No lo niegue usté, Martín; no lo siente.

Martín. No lo siento, no. Y no lo siento; no es ninguna vergüensa.

Don Juan Pedro. En cambio, será usté capaz de está abonao a los consiertos.

Martín. Sí, señó.

Don Juan Pedro. Y de tragarse una ópera desde que sale el primer coro hasta que el tenó y la tiple se mueren.

Martín. Sí, señó, que lo soy. Usté no, ¿verdá?

Don Juan Pedro. ¡Dios me libre! Y lo que le digo a usté es una cosa. No sé si usté se habrá fijao.

Martín. Vamos a vé.

Don Juan Pedro. Que una mujé bonita se pone fea cantando ópera, y, en cambio, se pone más bonita de lo que es cantando flamenco.

Don Ignacio. ¡Alto ayá! ¡Solera está bonita hasta cantando *Los Hugonotes*!

Don Juan Pedro. ¡Hombre, es que Solera!…

Don Román. ¡Solera es aparte!

Don Juan Pedro. ¡Solera está de non!

Don Román. ¡Solera!…

Don Ignacio. ¡Ay, mi Solera de mi alma!

Sole. ¡Ja, ja, ja! ¿No párese que están borrachos… de Solera?

Martín. Es que como saben que a mí no me gusta que le yamen a usté Solera, me quieren dá esa broma. Inosentes que son. ¡A sus años!…

A don Ignacio le sienta el dicho peor que a sus amigos.

Sole. *Queriendo desviar la conversación hacia otro asunto.* Hablando de otra cosa, Martín. ¿Le pasa algo a Luis Toledo?

Don Juan Pedro. Es verdá; que no viene por aquí hase unos días.

Sole. ¿Ha dejao de ir por los almasenes?

Martín. Ha dejao… y va a tardá un poco en volvé.

Sole. ¿Algún dijusto?

Martín. Algo más. Cuatro días hase que desaparesió… y que lo andan buscando.

Sole. ¿A Luis Toledo?

Don Ignacio. ¿A Luis Toledo?

Don Román. ¿A Luis Toledo?

Martín. Sí, sí: a Luis Toledo. Han coinsidido su desaparisión y la de sincuenta mil pesetas de la Caja.

Sole. ¿Es de verdá?

Don Juan Pedro. ¿Qué nos dise usté?

Don Ignacio. Pero ¿es posible eso?

Martín. ¡Y tan posible!

Don Román. Pero ¿se sospecha de Luis?

Martín. Usté verá: falta el dinero y él se esconde…

Sole. ¡Pobre muchacho!

Don Román. ¡Pobresiyo!

Don Juan Pedro. ¡Lástima de criatura!

Don Ignacio. Yo lo estaba temiendo. ¡Qué pena!

Martín. Veo que lo compadesen ustedes.

Sole. ¡Claro!

Martín. ¿Y al amo de los almasenes, no?

Sole. ¡El amo tiene mucho dinero!

Martín. Soledá, pero no lo tiene pa que se lo roben, sino pa sostené su negosio y a muchos obreros con é.

Don Juan Pedro. Es que la nesesidá a veses aprieta que ahoga.

Martín. ¿Va usté a disculparlo, además?

Don Juan Pedro. ¿No tiene disculpa tampoco?

Martín. No la tiene. En los almasenes ganaba un buen sueldo; un sueldo decoroso… más que sufisiente…

Don Ignacio. ¡Se conose que no le bastaba!

Martín. ¡Eso es: y si no basta lo que se gana, vamos a cogé lo que no es nuestro!

Sole. ¡Está cargao de chiquiyos!…

Don Juan Pedro. ¡Y de nesesidades!…

Don Román. ¡Y de agobios!…

Don Ignacio. ¡Cuando él, que es una persona desente, ha hecho eso!…

Martín. ¡Se ha cansao ya de sé desente!

Sole. Hombre, no: un mal momento lo tiene cualquiera.

Martín. ¿Un mal momento?

Don Juan Pedro. Usté no sabe lo que son sinco hijos pidiendo pan, y pidiendo ropa, y pidiendo sapatos…

Don Ignacio. Y una mujé yena de alifafes y nesesitando un médico y una botica pa eya sola.

Sole. Mi padre siempre lo desía: «Al que roba por hambre, yo no lo metía preso; yo al que prendía era al que no le da de comé».

Martín. Aquí se le daba de comé y algo más.

Don Juan Pedro. ¡Será así; pero yo a ese muchacho, se lo digo a usté, si averiguara dónde está, lo salvaba!

Don Ignacio. ¡Y yo!

Don Román. ¡Toma! ¡Y yo!

Sole. ¡Y yo les ayudaba a ustedes! ¡Tos los hombres no son lo mismo!

Martín. ¿Usté, Soledá? ¿Usté también?

Sole. Yo también, Martín. Me es muy simpático. Se casó muy enamorao de su mujé, y eso pa mí to se lo disculpa.

Don Juan Pedro. Eso… y otras cosas.

Martín. Con esas teorías, el mundo sería un presidio suelto.

Sole. ¡Vaya por Dios! Me da a mí mucha lástima.

Martín. A mí, ninguna.

Don Ignacio. Porque usté no es capaz de darle un duro a nadie.

Martín. A nadie.

Don Ignacio. ¿Ni a un hombre que tiene sinco hijos?

Martín. ¡Como yo espero tené seis!… El que quiera dinero, que lo gane.

Don Juan Pedro. ¿Y si no hay trabajo?

Martín. Se inventa. Yo soy de ese metá. No confío más que en mis puños. Ni conozco inmoralidá más grande que darle dinero al que no trabaja. Además, es una cosecha segura de infelises, o de haraganes, o de ingratos. Yo siembro otra

cosa.

Sole. *Entre burlona y admirada.* ¡Ay, qué fiera!…

Don Juan Pedro. ¡Si este hombre yega a conosé a tu padre!… ¿Eh, Soleriya?

Sole. ¡Ah! ¡Mi padre!…

Martín. ¡Ya conosco a la hija, señores!…

Don Juan Pedro. Me dieran a mí sinco duros por ca individuo a quien Pablo sacó de la cárse, y no nesesitaba defendé más pleitos malos.

Sole. ¡Seguro!

Martín. Pero ¿se dedicaba su padre de usté a libertá presos?

Sole. Según y conforme. No vaya usté a creé que echaba fuera a los asesinos. Es que a to el mundo oía, y to lo disculpaba en su corasón. Pa él nadie pecaba por su gusto. Ya eran cosas del vino, ya de los pocos años, ya de las mujeres, ya del hambre… En este patio de mi casa raro era el día que no presensiábamos un paso de lástima o de risa. «Don Pablo, que mi niño anoche, en una venta… ¡Ya sabe usté la manía que tiene de rompé faroles!…». «Don Pablo, que en las elecsiones del domingo mi cuñao no tuvo más remedio que abrirle la cabesa a uno…». «Don Pablo, que mi sobriniyo no es ladrón; pero en una mala hora ha vasiao el cajón de una tienda… ¡No quería quedarse sin vé toreá a ese noviyerito nuevo, ahijao de usté!». Y por este otro estilo; «Don Pablo, que se me muere mi niño por falta e cuido; una recomendasión de usté en un sanatorio, me lo salvaría». «Don Pablo, que mi mujé se ha vuerto loca: métamela usté en Miraflores». «Don Pablo, que me van a poné los trastos en la caye si no pago los seis meses que debo…». Y don Pablo a recomendá, y don Pablo a influí, y don Pablo a pagá los atrasos…

Don Ignacio. Así era, así era.

Don Román. El pan nuestro de cada día.

Sole. Y los que le pedían trabajo, y los que no querían trabajá…

Don Juan Pedro. Pues ¿y las historias con los gitanos?

Sole. ¡Ah! ¡Los gitanos! ¡Qué grasia le hasían los gitanos!… ¡Me acuerdo de tantísimas cosas!… Aquel gitaniyo que había robao un traje que le estaba muy

corto de mangas y de pantalones, y va mi padre y le dise al verlo: «*Revortiyo*, ese terno no es tuyo. ¿A quién se lo has quitao?». «¡A nadie, don Pablo: er terno es mío; sino que er sastre lo cortó verde… y se me ha secao puesto!». *Ríe el Patronato con ella.* ¿Y el otro que robó el borriquillo?… ¿Cómo se disculpaba? ¿Cómo era? ¡Ah, sí! «Don Pablo —le decía a mi padre—, por la salú de mis difuntos; yo iba tranquilo por la caye, y er borrico se me vino detrás… ¡Ér mismo me puso en la mano la cuerda! ¡Animalitos cariñosos que hay!… ¡A la cuenta se había perdío y me confundió con el amo!…». Y por la grasia perdonaba el robo. Y en cosas más graves, en asuntos más serios, su corasón estaba siempre abierto a la disculpa. A última hora, cuando alguien lo hostigaba o lo criticaba por su modo de sé, demostrándole en más de una ocasión lo insensato de su conducta, solía desí: «Pero, vamos a vé: ¿usté cree en la justisia de la tierra? No, ¿verdá? ¡Pues vamos a esperá a la del sielo!».

Don Juan Pedro. ¡Ése, ése era el hombre!

Don Román. ¡Ése era!

Don Ignacio. Pero cáyate ya, Solera, porque yevas sinco minutos contándonos cosas de grasia, y Martín parese que va a echarse a yorá.

Martín. ¿Yo?

Sole. Usté, sí. Pero ¿qué tenemos de haserle?

Martín. La desgrasia es pa mí.

López se despide. Pitillo queda a la expectativa.

López. ¡Ajajá! Parezco otra persona, don Juan Pedro. Muchísimas grasias.

Don Juan Pedro. Anda con Dios.

López. Servidó de los señores. *Se va por la derecha.*

Pitillo. *Acercándose al grupo.* ¿Limpio, don Martín?

Martín. No; no me hase falta.

Don Ignacio. ¡Se las limpia é!

Pitillo. Pos ya saben ustés que no sierro er salón hasta anochesío. *Se retira*

canturreando.

Por la izquierda llega el Placero, torero especialísimo, de mediana edad.

Don Ignacio. ¡Hombre, Placero!

Don Román. Dios te guarde.

Don Juan Pedro. ¿Adónde se va?

Placero. Buenas tardes a tos.

Sole. Buenas tardes.

Placero. A casa der sastre voy ahora. Se me ha quedao un poco estrecha la taleguiya… Con er caló, que he engordao este verano.

Don Juan Pedro. ¿Alguna contrata?

Placero. Sí, señó. Ahí voy a toreá las ferias en un pueblesiyo de Badajoz. Los garbansos pa quinse días.

Don Juan Pedro. ¿Qué ganao te echan?

Placero. Ganao de Salamanca.

Sole. ¿Pa cuándo es?

Placero. Pa en seguía. Esta noche me voy.

Sole. Entonses ya estarán tu mujé y tu suegra encomendándote a tos los santos.

Placero. Usté las conose. Ya hay velas y mariposas ensendías hasta en la alasena, por no mentá otro sitio. Se amedrantan…

Don Ignacio. Como hase dos meses tuviste un lanse desgrasiao…

Placero. Es verdá: nasí aqueya tarde. Pero de argo tenemos que morirnos. Vaya, señores…

Sole. Adiós, Plasero.

Don Román. Buena suerte.

Don Juan Pedro. Que te toquen las palmas.

Placero. Grasias.

Don Ignacio. Que cortes tres orejas.

Placero. ¡Si no mato más que dos bichos!

Don Ignacio. ¡Pues que cortes dos y los rabos!

Don Juan Pedro. ¡O le cortas una al presidente!

Placero. ¡Salú!

Don Ignacio. ¡Salú!

Don Juan Pedro. Oye.

Placero. ¿Qué hay, don Juan Pedro?

Don Juan Pedro. Que te limpien las botas.

Placero. Se agrádese; pero ahora no me da lugá. Me espera Rodríguez, y luego voy a hasé piernas un ratiyo.

Don Juan Pedro. Otra vez será entonses.

Placero. Buenas tardes.

Martín. Buenas tardes.

Una carcajada un poco contenida, para que el interesado no la oiga, es el comentario de la reunión a la anterior escena.

Sole. ¡Y tan creío que va é en que es verdá que tiene contratá esa corría y en que va a matá esos dos toros!

Martín. Pero ¿no es verdá?

Sole. Pero ¿usté no lo sabe?

Don Juan Pedro. Es un tipo de grasia. Ahora se despide de tos los amigos, como se ha despedío de nosotros; se ensierra una semana en su casa, que ni el aire lo ve, y luego sale a luz con un parche en un ojo, o un braso en cabestriyo, o cojeando…

Martín. ¿Pa explotá la lástima ajena?

Don Juan Pedro. ¡Qué disparate! Eso no tendría grasia. Él no persigue más que el renombre: yenarse de esa gloria que él mismo se inventa. ¿Usté sabe lo que habla en la Plasa de la Encarnasión, donde tiene un puesto de fruta, de sus lanses en las corrías? Prinsipia y no acaba.

Don Román. Y to es pura invensión.

Sole. Mi padre lo apadrinó y lo sacó a esta plasa… Libró la primera vez de milagro; en la segunda corría tuvo una cogía muy grave; le tomó asco a los toros, y desde entonses el pobre no torea más que así.

Don Juan Pedro. Usté habrá notao que no ha dicho ni el pueblo ni la fecha, ni na determinao.

Don Ignacio. Pero toa Seviya le sigue su ilusión.

Don Román. To el mundo le guarda el secreto.

Don Ignacio. ¡Y no ve un cuerno de serca hase siete años!

Don Juan Pedro. El reló que yeva le tocó en una rifa, y él cuenta que se lo echó el gobernadó de Jaén una tarde que le brindó un toro.

Sole. ¿No tiene grasia esto? ¿A usté no se la hase tampoco, Martín?

Martín. *Levantándose.* ¡No lo entiendo, sensiyamente!

Don Ignacio. ¡Pues váyase usté ya a la tierra donde nasió su abuela!

Martín. Eso quisiera usté. Pero estoy muy a gusto en Seviya, amigo. De donde me voy ahora mismo es de aquí. Hasta mañana, Soledá.

Sole. Hasta mañana.

Martín. Pasarlo bien, señores. *Se va por la izquierda.*

Don Juan Pedro. Vaya usté con Dios.

Don Román. Buenas tardes.

Don Ignacio. Que usté siga bueno.

Don Juan Pedro. ¿Ustés han visto un hombre más descolorío que este hombre?

Don Román. Di mejó más soso.

Don Ignacio. Más soso; más mal ánge.

Don Juan Pedro. Más antipático.

Sole. Antipático, no.

Don Ignacio. ¿Que no es antipático?

Sole. A mí no me lo es.

Don Juan Pedro. Bueno, niña: basta ya de tertulia. Voy arriba a repasá las cuentas. Hasta luego, cofrades.

Sole. Ensima de la mesa de papá las he puesto.

Éntrase don Juan Pedro en la casa.

Don Ignacio. Y nosotros vámonos por ahí.

Don Román. Un ratiyo a la servesería.

Don Ignacio. Adiós, gitana.

Sole. ¡Que no me mires a quien tú sabes, corasón!

Don Ignacio. De aquí adonde vaya, sin levantá los ojos del suelo. ¿A qué cansarlos en mirá una cara que no sea la tuya?

Sole. ¡Ole los hombres! Hasta mañana, negro.

Don Ignacio. Hasta mañana.

Don Román. *A su amigo.* Te ha yamao negro, tú.

Don Ignacio. ¡Y negro voy con lo del niño ése!

Queda sola nuestra heroína, velado el alegre semblante por una sombra de preocupación. Cae la tarde, tiñendo el lugar de rosados reflejos. Soledad entra en el zaguán de la casa y llama a Rosario.

Sole. ¡Rosario! ¡Baja ahora por estas siyas!

Vuelve a la calle, a la vez que Martin asoma cautelosamente por donde se marchó y se dirige a ella.

Martín. No faltes luego, ¿eh?

Sole. ¿Qué he de faltá? Pierde cuidao.

Martín. El Patronato se ha puesto ya en guardia.

Sole. Sospecha, sí. Vete tú ahora.

Martín. Hasta la noche.

Sole. Hasta la noche.

Martín. Adiós. *Vase rápidamente.*

Rosario sale a tiempo de verlo irse. Nada le dice a Soledad; pero al entrar en la casa con la primera silla, comenta para su capote, con absoluto convencimiento: ***Rosario****. ¡Vaya!*

Sole. *Entre sí.* Y si él no tiene grasia… ¡yo le doy la que disen que a mí me sobra!

Rosario entra y sale llevándose sillones y sillas y le dice a Soledad, sacándola de su abstracción: ***Rosario****. Miste quién viene ayí, señorita.*

Sole. ¿Quién?

Rosario. ¡Doña Fina!

Sole. ¡Es verdá! ¡Tía!… *Corre a su encuentro.*

Rosario. ¡Pos como la vieja lo huela!… Porque ésta es el ama de los cuartos, y to tiene que haserse a su antojo.

Se va definitivamente con la última silla.

Por la derecha vuelve Soledad, acompañada de su tía-abuela, doña Fina, vieja octogenaria, que apenas ve, pero que por lo demás se conserva firme. Con ellas viene también Isidorita, pariente pobre que le sirve de lazarillo y que, entre otras virtudes, tiene la de soportar las genialidades de la vieja.

Doña Fina. ¿Se ha ido ya la tertuliota o está aquí todavía?

Sole. No, no; no tema usté: ya se han ido todos. Digo, don Juan Pedro ha subido a casa. ¿Quiere usté que lo yame?

Doña Fina. ¡Quita ayá! ¡Con que no he venido antes a verte por no encontrarme con ninguno!

Sole. Pero ¿por qué les tiene usté ese tema, tía? Eran muy buenos amigos de mi padre.

Doña Fina. ¡Je! ¡De tu padre! Por eso no los paso, porque eran amigos de tu padre. Que sería muy bueno y muy santo, pero… Ya tú sabes que tu padre y yo peleábamos todos los días.

Sole. ¡Porque usté pelea con todo el mundo!

Isidorita. ¡Hasta con su sombra! Es lo que le alimenta: peleá.

Doña Fina. ¡Caya tú, deslenguada!

Isidorita. ¡Pues si es verdá, señora! ¡Peleá le alimenta! ¡Como que después de cada riña se toma una yema con jerez!

Sole. ¡Ja, ja, ja! Pa reponé las fuersas, ¿no, Isidorita?

Doña Fina. Pero ¿que yo le pase a esta gurripata esas libertades? Vive conmigo de caridá, ¡y me da unas contestasiones!… Pues sí, niña, sí. No me gusta este casiniyo a tu puerta. No está ni medio bien. ¿Eh? ¿Eh? ¿Qué idea tienen esos amigotes de lo que eres tú? Hasta creo que algunas tardes hay aquí boteyita de vino y guitarreo, y cañas de largo…

Sole. ¡No, señora!

Doña Fina. Sí, sí, no me lo niegues. Me lo han dicho Yo tengo quien me lo díga todo. Veré poco, ¿eh?, pero en cambio oigo creser la yerba. Isidorita, deja tú de mirar a ese balcón de enfrente.

Isidorita. Miraba al loro, doña Fina.

Doña Fina. ¡No está mal loro el estudiantiyo! ¡Así se supiera los libros como un loro! ¡Le van a dar unas calabasa!… ¡Uh! ¿Ves como lo sé todo, Solita? ¿Lo ves? Y comprende tú que una señorita empinando el codo entre hombres, es una indesensia.

Sole. Pero, tía, si no hay nada de eso. En primer lugar porque ya beben poco; les va hasiendo daño. Y en segundo lugar, porque si algún día se tersia bebé, se meten dentro como cuando vivía mi padre.

Doña Fina. Tú dirás lo que quieras, pero yo lo sé. No me Jo dores, no me lo dores. ¿Eh? La puerta de tu casa es un colmado; una venta; una tabernucha.

Sole. ¡Jesús!

Doña Fina. Vino largo, cuentos picantes, risotadas escandalosas…

Sole. ¡Jesús!

Isidorita. ¡Jesús!

Doña Fina. No, no estoy loca, no. No haserse señas, que las estoy viendo.

Sole. ¡Ja, ja, ja! Ande usté, entre usté a sentarse un ratito.

Doña Fina. No, no; ya te he dicho que no. Voy a casa de Ana María. Ayí irá a recogerme el coche. Por no cansarme demasiado, no creas; pero me conviene haser ejersisio. Grasias a Dios, de las piernas estoy divinamente. Mira, mira. *Da un paseíto para demostrarlo.*

Isidorita. A vé si tropiesa usté en ese ladriyo.

Doña Fina. ¡No hay ladriyo ninguno! ¡Burlona! ¡Yo no sé cómo aguanto a esta sabandija! Con mi vista quisieras tú yegar a los años que tengo.

Isidorita. ¡Toma! ¡Ya lo creo! ¡Y, sobre todo, con su estómago y con sus

dientes!

Sole. Verdá que sí. Tiene una salú envidiable, tía.

Doña Fina. Dios me la conserve. Digiero adoquines.

Isidorita. Adoquines, no sé; pero dos huevos fritos de desayuno, ¡vaya!

Doña Fina. Todo es poco para resistir los dijustos que me dan a diario. ¿Eh? ¿Eh? Es horroroso no mirar alrededor de una más que sobrinos y parientes esperando la herensia; los cuartos. ¡El maná! ¡Qué porquería! ¡Jesús! Y ¡qué chasquitos voy a dar! ¡Qué chasquitos!

Sole. Empesando porque van a morirse muchos de los que esperan antes que usté.

Doña Fina. No lo digas en broma. Dios va a castigarlos. Porque están deseando verme entre cuatro velas. Apenas estornudo, todos en casa, a ver si sierro el ojo. ¡Un cuerno! Oye: ¿quién ha sido el tipo que ha ido antes de tu parte a preguntar por mí?

Sole. Un muchacho que viene a la tertulia.

Doña Fina. ¿Un muchacho en tertulia de viejos? ¿A qué viene ése? Me escamo. ¿Eh? ¿Eh?

Sole. No se escame usté, tía. No hay motivo ninguno.

Doña Fina. Yo me enteraré. Me lo disen todo. Tengo quien me lo diga.

Sole. ¿Algún pajarito?

Isidorita. ¡Un sigüeño!

Doña Fina. Un bofetón que voy a darte. Vámonos, vámonos. Ya hablaremos despasio tú y yo, Soledá. Pero cuando no esté delante esta curiosona. Sí, sí; hablaremos.

Sole. Cuando usté quiera, tía. Yo iré a su casa cuando me diga usté.

Doña Fina. Bueno, bueno. Ya sabes que te quiero mucho; que eres mi predilecta. Pero se han de haser las cosas a mi gusto. Con ningún borrachín te caso.

Sole. ¡Ave María Purísima!

Doña Fina. Sí, sí. Mi dinero no se lo gasta nadie en francachelas. Mi hasienda no va a manos de ningún juerguista. Díselo al Patronato famoso, que a lo mejor querrá casarte con algún torero o con algún tocador de guitarra.

Sole. ¡Jesús!

Doña Fina. No, no. Díselo, díselo. Conservo muy firme la cabesa. Multiplico y divido en el aire. Si tú te dejas guiar por mí, no has de arrepentirte. Pero otra cosa, no. A mi gusto, a mi gusto. Ya ves, tu primo Pepe, a quien yo pensaba mejorar, se ha enredado ahora con una pelandusca. ¡Pues ya lo he borrado de la lista! ¡Así! ¡De un plumaso! ¿Eh? ¿Eh? No he saneado yo mis bienes para visios de nadie. Cuando enviudé, tú sabes cómo estaban mis cosas: empeñada la bodega, hipotecados los cortijos, descuidadas las casas… Todo así, todo así. Tu pobre abuelo era otro que tal. Y todo he sabido yo ponerlo a flote. Y eso no será sino para quien yo disponga, para quien yo quiera. Yo, yo solita. Ni confesores, ni amigos del difunto, ni voluntá de nadie. La mía, la mía monda y lironda. Pero todos han de andar derechos. El que se tuersa tanto así, que se despida de heredarme. ¿Eh? ¿Eh? Acompáñame un poquitín hasta esa cayeja, que a ésta le da miedo.

Isidorita. ¿A mí?

Doña Fina. A ti, sí, a ti. El otro día te temblaban las piernas. Vamos, Soledá.

Sole. Vamos, tía. Y descuide usté, que ya iré por su casa…

Doña Fina. Sí, sí. Hemos de hablar en serio. Te veo muy mal acompañada, niña. ¡Estos curdas que te yaman Solera!… ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Qué asco!

Se van del brazo por la izquierda. Isidorita las sigue luego, así que exclama, tras un largo suspiro: ***Isidorita****. ¡Ay!… ¡Un suspirito de estos que dan pasiensia pa unas horas!*

Es casi de noche. Cuando don Juan Pedro va a salir de la casa para marcharse, un hombre joven, que desde la plazuela inmediata esperaba el momento oportuno, se le acerca precipitadamente y lo detiene. Es Luis Toledo. Don Juan Pedro lo recibe con gran asombro, y pronto se le comunica la angustia y el miedo con que el desventurado le habla.

Luis Toledo. ¡Don Juan Pedro! ¡Lo aguardaba a usté!

Don Juan Pedro. ¿Quién?

Luis Toledo. ¡Yo: Luis Toledo!

Don Juan Pedro. ¡Luisiyo! ¡Tú!

Luis Toledo. Vengo en este pelaje porque…

Don Juan Pedro. Pero… ¿es verdá?

Luis Toledo. ¡Es verdá, don Juan Pedro, es verdá! ¡Tengo que escaparme de Seviya!

Don Juan Pedro. ¡Yo te escondo!

Luis Toledo. ¡No; eso, no! A nadie más quiero comprometé… He pasao tres días en casa de un amigo…

Don Juan Pedro. ¡Por vida!…

Luis Toledo. ¿Me puede usté dá algún dinero?

Don Juan Pedro. ¡Toma el que yevo ensima!

Luis Toledo. ¡Y Dios sea conmigo!

Don Juan Pedro. Entra aquí, en el saguán.

Luis Toledo. ¡Grasias; muchas grasias!

Don Juan Pedro. Toma; toma to lo que tengo.

Luis Toledo. ¡Dios se lo pague!

Don Juan Pedro. ¡Qué locura, Luisiyo!

Luis Toledo. ¡Si no fuera más que una sola! ¡Usté sabrá de mí! *Abrazándolo.* ¡Mis hijos, don Juan Pedro, mis hijos!

Don Juan Pedro. ¡Tus hijos, sí! *Al sentir que alguien llega.* ¡Vete, vete ya! ¡Dios te ayude!

Luis Toledo. ¡Grasias; muchas grasias! *Vase huyendo por la derecha.*

Don Juan Pedro. ¡Pobre muchacho! *Viendo venir por la izquierda a Sole.* ¡Digo!

¡Solera! Que no me conozca la impresión. *Disimulando.* ¿De dónde vienes tú por ahí?

Sole. De acompañá un momento a mi tía. ¿Quién era el que hablaba con usté?

Don Juan Pedro. Un desventurao. Hasta mañana, niña.

Sole. Hasta mañana. ¿Va usté en busca de los amigos?

Don Juan Pedro. Ahora, no. Me voy a dá una vuelta solo, viendo caé la noche sobre Seviya. ¡Me gustan estas horas tanto!… ¡Das he paseao tanto con tu padre!… Ven acá; déjame darte un beso. Hasta mañana, hija.

Sole. Hasta mañana, don Juan Pedro.

Y él se va hacia la derecha con su preocupación y ella se entra en la casa con la suya.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Estancia en casa de nuestro amigo el Placero, marido de Matilde, costurera famosa en la confección de trajes castizos populares. Puerta en el foro, que da al zaguán, el cual se supone hacia la izquierda del actor; una puertecilla con cortina, a la derecha, que comunica con el interior de la casa; y a la izquierda, en un ángulo que forma la habitación, y de frente al público, una gran ventana a la calle, con reja, media celosía, cómodo alféizar y puertas de maderas y de cristales. Decoran las paredes, colgadas en ellas, prestándole al recinto gracia y colorido, faldas de volantes, chaquetillas, mantones, etc.; modelos, en fin, de cuantas prendas femeninas creó la Andalucía pintoresca. Alguna lámina taurina. Sillas diversas aquí y allá y varios enseres de costura. Sobre un armario, dos capirotes de nazareno.

Es de noche. Luces. Una mariposa ante una imagen.

Matilde trabaja en un vestido de bailarina; Trini, joven hermana suya, en otra prenda análoga, y Lupe, la cigarrera, madre de ambas y suegra del Placero, hace pitillos para un canónigo. Son las once de la noche. Las tres sienten cansancio y tienen sueño y no lo disimulan, principalmente Trini.

Matilde. *Suspirando con resignación.* ¡Ay!

Trini. *Suspirando con rebeldía.* ¡Ay!

Lupe. *Suspirando con burla.* ¡Ay!… Mi suspiro, como soy la más vieja, tiene que sé er más bronco.

Matilde. ¡Vaya un diíta que yevamos!

Trini. Por variá, ¿no? ¡Hasta los domingos son iguales!

Matilde. Y que no farte nunca, hermana.

Trini. Eso de los obreros paraos no va con nosotras.

Matilde. Porque somos obreras, no obreros, y de las obreras no se ha dicho na.

Trini. ¡Hasta que nosotras lo digamos!

Matilde. Eso es.

Silencio. Trabajan.

Trini. Yo dejaría esto ya, y me levantaría a las cuatro de la mañana pa acabarlo.

Matilde. Pero como a las cuatro de la mañana no te levantas tú ni oyendo en la caye sirbá a tu novio, has un podé… y acaba ahora.

Lupe. ¿Pa quién es er vestío?

Matilde. Pa Lolita Astorfi, mamá; que manda mañana a primera hora por é. Anda, Trini, sigue; si ya no es na lo que te quea. Y que está ar caé la señorita Sole, que cuando viene nos quita der trabajo.

Lupe. ¡Ah! ¿Viene esta noche también la señorita?

Matilde. Me lo ha mandao a desí. De onse a onse y media.

Trini. ¡Dios la bendiga, hermana! De tos modos, vi a vé si termino antes que eya yegue.

Lupe. *Contando los paquetes de cigarrillos hechos.* Veintisinco, sincuenta, siento, siento veintisinco… ¡María Santísima! ¡Lo que fuma un canónigo en una semana!

Matilde. Es que convida ar Coro, ¿no?

Trini da una cabezada y parece que asiente.

Lupe. ¡Ya está Trini contestando que sí a to lo que digamos! ¿Verdá que tu novio es muy feo, Trini? *Trini repite la cabezada.* Míala: con to está conforme.

Matilde. *Gritándole.* ¡Trini!

Trini. ¡Jesús, qué soñarrera tengo! No puedo ya ni abrí los ojos. *Llaman a la puerta de la calle.* ¡Ay! ¡Grasias a Dios! ¡La señorita! *Se levanta y se va por la puerta del foro a abrir la de la calle.*

Matilde. Pos se engaña. No es la señorita toavía. No es su manera de yamá.

Dentro se oye hablar a la Flequera.

Flequera. ¡Piola, hija mía! Creí que no yegaba.

Matilde. *A su madre.* ¿Ve usté? Es Carmen, la Flequera. *Sale ésta con Trini.*

Flequera. ¡Buenas noches nos dé Dios!

Matilde. Ven con Dios, Carmen.

Lupe. Buenas noches.

Flequera. Aquí está ya er fleco pa er vestío de la inglesa.

Matilde. Ponlo ahí en cuarquier parte.

Trini. Trae acá. *Recoge el envoltorio y lo deja a un lado.*

Matilde. Cuatro veses ha venío la inglesa a preguntá por é.

Flequera. Pos ¡va a está golosa con er vestío flamenco!

Lupe. ¡Como no se quite las gafas cuando se lo ponga! ¡Porque yo no he visto en mi vía ninguna flamenca con gafas!

Matilde. No reírse de la inglesa, que ha sío mi Providensia este mes.

Trini. Como que si no fuera por las artistas y por las estranjeras, estos vestíos clásicos se quedaban pa las postales der turismo.

Flequera. Es verdá; que ar señorío seviyano le va fartando gusto pa ponerse estas prendas.

Matilde. Eso es según. ¡Entran tantas cosas en los gustos!… Son rachas.

Flequera. *Dejándose caer.* ¿Y tu marío, Matirde?

Matilde. De viaje está.

Flequera. *Con cierta disimulada sorna.* ¿Toreando?

Matilde. Sí; toreando. ¡Su delirio! Le ha salío una corriíya ar pobre…

Flequera. ¿Por aquí serca?

Matilde. Sí; por aquí serca. ¿Qué pueblo es, Trini?

Trini. No me acuerdo… Sé que es de Estremadura. Un pueblo en que hay chorisos, y embuchaos… ¡y morsiyas!…

Flequera. ¡Ea! ¡Pos a vé si trae arguna cosa y la probamos los amigos!

Matilde. ¡A vé!

Flequera. Y ¿cuándo vuerve? Le tiene mi marío que hasé un encargo…

Matilde. Pos, hija, no sé. Se ha marchao esta misma noche. Y a lo mejó de una feria se enreda otra…

Flequera. Sí, ¡claro! Bueno, ya Manolo se enterará. Que tenga suerte.

Matilde. Eso es lo que es presiso.

Flequera. Quedarse con Dios.

Matilde. Adiós, hija.

Trini. Buenas noches.

Lupe. Buenas noches.

Flequera. ¡Echarle aseite a la mariposa, que se está apagando! ¡Y to es poco pa ese hombre que se juega la vía! *Se marcha a la calle.*

Matilde. ¡Qué venenosa es! La chuflita que traía eya por dentro mientras se ha hablao de lo de la corría.

Trini. ¿Y el úrtimo gorpe? ¡Er de la mariposa!

Lupe. ¡Como que lo que hase tu marío, Matirde, es pa que le saquen aleluyas!

Matilde. Pero, mamá, ¿le hase daño a nadie con eso er pobresito mío? ¡Si así gosa él!…

El Placero se asoma cautelosamente por la puertecilla de la derecha, y dice: ***Placero****. ¿Estamos en familia?*

Matilde. En familia, hijo; no tengas cuidao.

Placero. Triniya, sierra la ventana.

Trini. *Obedeciéndolo.* ¡Jesús! Cuando toreas no nos dejas ni vé la caye. Acaba de irse Carmen la Flequera, que ha preguntao por ti.

Placero. ¡Ya la he estao oyendo!

Lupe. ¿Cuándo vuerves tú de Estremadura?

Placero. ¡Qué sé yo! Si no se lían las cosas… er jueves pué que esté ya aquí.

Lupe. ¡O si no te coge argún toro!

Matilde. Pos Manolo, er de la Flequera, dise que te tiene que hasé un encargo.

Placero. ¡Mentira! Esos son achaques de eya pa meté las narises aquí. ¡Mandá por é, naturarmente! ¡Si es mi enemigo personá; si me consta! ¿Pos no anda queriendo haserle creé a la gente que no es verdá que yo atoreo, sino que me ensierro en la casa y luego sargo por ahí a darme tono? ¡Granuja! ¡Envidioso!

Matilde. ¡Sí que lo es!

Placero. ¡Y embustero! ¡Lo ha sío toa su vida! ¿Quién le va a creé una palabra? ¡Hasta esta vanagloria quié quitarme! ¡En seguía! *Borracho de ilusión da unos cuantos lances toreros, jaleándose.* ¡Ole! ¡Ole! ¡De pitón a rabo, na más! ¡Vaya asúca! ¡Ole!

Lupe. ¡Ole!

Placero. No se pitorree usté, mamá suegra, que a nadie perjudica esto.

Matilde. A nadie, sentrañas.

Trini. Ar puesto de fruta de la Plasa, na más.

Placero. ¿Ar puesto de fruta? ¿Quiés cayarte? Mientras yo estoy toreando dejo ayí a Tomasiyo, que entiende er negosio toavía más que yo.

Lupe. Si lo malo no es cuando está ayí Tomasiyo, sino cuando vas tú después de tus corrías, que das la fruta casi regalá a tos los *adulones*.

Placero. ¡Señora, yo doy lo que tengo, como todos los mataores de carté! ¿Qué mataó no tiene una tertulia de *gañotes*? Sobre que se esagera mucho: no crea usté que me pierdo tampoco. Si con arguien paso de la raya es con Pepe Limones, que dise a to er que quiere oírlo que me ha visto matá tres toros en Safra. ¡Y esto me conviene a mí mucho! Yo no me acuerdo; pero ¡cuando lo dise é!… ¡Me conviene mucho!

Lupe. ¡Le conviene más a Pepe Limones!

Matilde. Bueno, se acabó. No hay que mortificarlo, mamá. To lo malo que hisieran los maríos fuera esto: toreá en casa.

Placero. Mi mujé me comprende.

Lupe. Pos yo estoy deseando que te retires.

Placero. Pos no lo verá usté, aunque viva sien años.

Trini. ¿No piensas retirarte nunca?

Placero. No, Triniya, no. Amasá una fortunita con los toros y meterse en casa después con la *radio* y con er gramófono, no es de toreros grandes. A mí me retiran las cornás. Yo me queo en la Plasa.

Trini. ¿En er puesto de fruta?

Placero. Poco chungueo, ¿eh?, que a ti te largo dos bofetás que te ensiendo la cara. ¡Yo me queo en la Plasa, como los grandes! Como Pepe-Hiyo, como el Espartero, como Joselito Maraviya… ¡Tú has de vé mi entierro!

Matilde. ¡Jesús, hombre, no hables de esas cosas!

Placero. Seviya entera irá detrás de mí. Crespones negros les pondrán a los Hércules de la Alamea… Y me sacarán los poetas coplas y romanses.

Ocho cabayos yevaba

er coche del Espartero…

¡Ole! *Éntrase, soñando y toreando siempre.* ¡Ole! ¡Ole! ¡Música!

Lupe. Pasífico, sí es; pero con menos motivos los hay en Miraflores.

Trini. ¿Yaman?

Matilde. Sí. Y ahora sí que es la señorita.

Trini. Punto finá. *Se levanta y va a abrirle.* ¡Bendito sea er que inventó la cama!

Matilde recoge la costura y Lupe el tabaco.

Matilde. ¡Qué marmota es esta chiquiya!

Lupe. Son muchas horas seguías de darle a la aguja. Considéralo tú. Y son diesiocho años.

Llega Sole con Trini.

Sole. Aquí está ya la intrusa.

Matilde. ¡Intrusa en esta casa usté!… ¡Vamos!

Lupe. Santas y buenas noches, señorita.

Matilde. Y frescas, ¿no?

Sole. ¡Yo vengo sudando! ¿Tú sabes la de rodeos que doy pa yegá hasta aquí? Se me figura que to el mundo me sigue los pasos y sabe a lo que vengo. Eso tienen los crímenes.

Matilde. Pero ¿es argún crimen queré a un hombre, señorita?

Sole. ¡Por las apariensias!… Y lo que es este ratito por tu ventana se me va a concluí.

Matilde. ¿Por qué?

Sole. Porque los viejos me parese que están sobre aviso. Algo barruntan eyos.

Matilde. Pos no se apure usté, señorita Sole; que si no es aquí, yo le busco a usté un agujero donde no haya podenco que dé con ustedes. Usté habla con su novio mientras quiera, porque la hija de don Pablo Naranjo es pa nosotros como la Virgen.

Lupe. Na más que eso. *A Trini.* Chiquiya, que te duermes de pie.

Trini. Es verdá que sí. ¡Hasta soñando estaba!

Sole. ¿Mucha tarea?

Matilde. Pa nosotras no hay día ni noche.

Lupe. Y grasias a Dios. Ésta, los días que usté viene, la resibe como a los Reyes magos, porque se acuesta antes.

Sole. Digo, ¿eh? ¡No será eya la que se quede en vela esta noche esperando a que yo me vaya!

Trini. Por usté me pongo yo trancas en los ojos.

Matilde. No hase farta, porque me quedo yo, como siempre. Y que lo hago con retemuchísimo gusto; usté lo sabe.

Sole. Lo sé y lo agradesco. Yo podría hablá con Martín en veinte sitios y de día; ¡pero me gusta tanto un cachito de noche por la ventana!… Sin la pava en la reja, el novio parese un amigo, no un novio. Por la ventana se habla de otra manera… y de otras cosas.

Lupe. Cuéntemelo usté a mí. Casá estaba yo con er padre de ésta, y muchas veses hablábamos toavía por la ventana.

Matilde. ¡Sí; cuando lo echaba usté a la caye por argo y ér quería vorvé a casa luego!

Trini. O cuando venía borracho y usté no quería abrirle la puerta e la caye; que me acuerdo yo, que era chica, que siempre yamaba mauyando. ¡Miau! ¡Miau! Y era é.

Sole. ¡Ja, ja, ja! ¿Y el tuyo, de viaje?

Matilde. De viaje, sí.

Sole. Pasó esta tarde por casa a despedirse. ¡Tan contento como siempre porque iba a toreá!

Lupe. ¡Su monomanía!

Sole. Dios le dé buena suerte.

Matilde. Un ganao mu bronco creo que le echan.

Lupe. ¡Pero a é no hay un toro que lo coja!

Matilde. No diga usté que no, que siempre vuerve señalao er pobresito.

Lupe. Pero nunca es de gravedá. A los tres días está vendiendo plátanos en su puesto.

Isidorita aparece en la calle y toca con los nudillos en la celosía.

Sole. ¿Quién es? ¿Martín?

Isidorita. No, no es Martín: soy yo.

Sole. ¿Isidorita? ¿Qué pasa?

Isidorita. Abre, que quiero hablá contigo.

Sole. Sí, mujé. ¡Cuando digo yo!…

Vase rápidamente a ello.

Lupe. Pos vámonos nosotras. *A Trini, que ha vuelto a dormirse de pie.* Tú, anda ya pa la cama.

Trini. ¿Er médico? ¿Quién está malo?

Lupe. ¡Tú! ¡De sueño! ¡Anda pa la cama!

Trini. Había vuerto a soñá… A quien se le diga… ¡Er que inventó la cama era un sabio!

Lupe. *Entrándose con ella por la puerta de la derecha.* Esta noche se acuesta vestía.

Vuelve Sole con Isidorita. Matilde, al verlas, le dice a Sole:

Matilde. Señorita, aquí dentro estoy yo pa lo que se ofresca. *Y se va tras las otras*.

Sole. Grasias, Matilde. *A Isidorita.* Siéntate tú. ¿Qué hay?

Isidorita. Un terremoto.

Sole. No me asustes.

Isidorita. Un terremoto. Tú verás.

Sole. Pero, siéntate.

Isidorita. Si me voy en seguida. No quiero que tu tía vaya a echarme de menos. Está furiosa.

Sole. ¿Furiosa?

Isidorita. Furiosa contra ti. Se ha enterao de esto. Don Natalio, el administradó, se lo ha dicho con pelos y señales. ¡Ése es er sigüeño!

Sole. ¡Mira qué mono!

Isidorita. ¡Y ha habido que oírla! Que te concluiste pa eya; que de su hasienda no verás ni un ochavo; que su dinero no va a manos de mujersuelas ni de piyos…

Sole. ¡En el nombre del Padre!

Isidorita. Así, así. Un verdadero ataque de furia. ¡Lo que echó por aqueya boca!… ¡No me atrevo a desírtelo, Sole!

Sole. Pero ¿qué se ha figurao esa buena señora? ¿Qué motivos le he dao yo pa que me juzgue mal?

Isidorita. ¡Dise que cuando hases las cosas a escondidas no serán nada bueno! ¡Y que tú no has debido dá ningún paso sin hablá antes con eya! Y dale y machaca con su cantinela de siempre: que con lo suyo no cuente nadie que no haga su gusto. Hija, yo te juro que ya estoy harta de oírle lo mismo un día sí y otro no. Mucho le debo; pero no puedo más. A mí me va a deja cuatro esteras; pero viendo estoy que viviré mucho más conforme pisando en los ladriyos. ¡Ay, Jesús! ¡Qué agonía! ¡Qué dogal al cuello!

Sole. La avarisia la siega; comprendo que estés harta.

Isidorita. Yo te aconsejo que no peles la pava esta noche. A eso he venido

más que a otra cosa.

Sole. Pues si tú estás harta, yo lo estoy más. Mi consiensia y mi gusto no los sacrifico por nadie. Yo quiero a Martín. Esta noche desido mi suerte. Me tienen sin cuidao el Patronato, y la vieja, y cuanto vaya contra esta corriente que me yeva donde yo quiero.

Isidorita. Piénsalo bien, que es mucho lo que dejas.

Sole. Más es lo que gano.

Isidorita. Pero ¿qué trabajo te cuesta?…

Sole. ¿Y tú que la oyes a diario me lo preguntas? ¿Es un delito que yo quiera a quien quiero? ¿No merese quisás mi cariño ese hombre?

Isidorita. ¡Claro que sí!

Sole. Que abra eya los ojos y se entere de la verdá; y si no quiere o no le agrada, yo no he de sé por eso víctima de una seguera semejante. Ni hasiendas, ni cortijos, ni cosa ninguna valen pa mí un comino frente a mi cariño.

Isidorita. ¡Ese administradó es más malo!…

Sole. Él va a su avío, como los sobrinos hambrientos… Ayá eyos con sus planes.

Isidorita. ¡Los sobrinos!… Carvos van a quedarse aguardando a que se muera la tía. Va a durá más la vieja que una tasa rota.

Sole. ¡Por mí, que yegue al siglo!

Isidorita. Pues, nada, hija… Tú verás. Ya te he avisao. Has lo que quieras. Y Dios te ayude.

Sole. Dios está conmigo. ¡Mientras Dios sea Dios, como desía mi padre!…

Isidorita. Me voy ayá, no descubra esta escapatoria. Te prevengo que algunas noches se levanta de la cama cuando tos dormimos, se pone unas babuchas muy blanditas, pa que no la sienta ni el gato, y recorre mi alcoba y las de los criaos a vé si alguno sueña en vos alta o si sorprende algún engaño contra eya.

Sole. ¿Es de veras?

Isidorita. ¿Cómo si es de veras? La otra noche, la cosinera, que es medio sonámbula, estaba dando gritos de «¡Que la maten! ¡que la maten!». Es que soñaba con una rata, ¿oyes? Pero la vieja se creyó que era por eya, ¡y armó un sipisape!… Hubo que haserle tila y to. Desde entonses teme que la envenenen, y no come bocao sin que antes lo pruebe la cosinera.

Sole. Como los reyes de la antigüedá.

Isidorita. Eso mismo. ¡Está loca! Adiós, hija, adiós.

Sole. Adiós.

Isidorita. Mañana seguiremos. *Vase presurosa.*

Soledad dispone la estancia y se dispone ella para su ratita de «pava». Se cubre el busto con un mantoncillo que tiene allí destinado a ese objeto y apaga las luces. Queda envuelta en penumbra. Parpadea la mariposa ante la imagen. De la calle, por la ventana, entra un resplandor azulado. Se sienta en el alféizar a esperar al novio.

Sole. ¿Con qué se paga esto? ¿Es algo bonito esperá… cuando es esto lo que se espera? *Pausa.* ¡Vaya si resuelvo esta noche!… ¡Es mucho agobio ya!… ¿He de dependé de tantas voluntades cuando no quiero dependé más que de una?… Que te doy, que te quito… que hoy rica, que mañana pobre… No, no… ¡Va a acabarse este estira y afloja! ¡Yo soy yo por mí… y él por él! Aquí está ya.

En efecto, tras de la celosía asoma Martin, cuya figura más se adivina que se ve. La conversación de los enamorados es un leve susurro, tenue y cariñoso.

Martín. ¿Nena?

Sole. Aquí me tienes.

Martín. ¿Aguardas hase mucho?

Sole. Un istante.

Martín. ¿Tienes frío?

Sole. No.

Martín. Pues la mano…

Sole. Corasón ardiente; ya sabes. ¿Y el tuyo?

Martín. A compás.

Sole. Esta noche vas a entra un ratito.

Martín. ¿Por qué?

Sole. Porque sí.

Martín. Lo prefiero siempre.

Sole. ¿Temes que te vean en la ventana?

Martín. No; yo nada tengo que temé. Aquí, si alguien teme, eres tú. Y a mí, la reja, en vez de agradarme, como a ti, me estorba.

Sole. Pues vamos a quita el estorbo. ¿No te parese? Entra.

Martín. Ahora mismo.

Sole. ¡Aguarda!

Martín. ¿Qué?

Sole. Oye.

Alguien que pasa por una calle de las cercanías va cantando una coplilla de «soleá», que es la que interrumpe el coloquio. La copla dice: ***Transeúnte****.*

La pena con que te dejo

sólo puede compararse

ar gusto con que te veo.

Sole. ¡Ole el transeúnte!

Martín. Eso sí: en cuanto suena una coplita te importa el novio tres caracoles.

Sole. Ahora lo veremos.

Deja la ventana y va a abrirle la puerta. Al poco reaparece con él.

Martín. ¿Duerme esta buena gente?

Sole. Menos Matilde, que espera a que yo me vaya, pa serrá.

Martín. *Tomándole otra vez una mano.* Y a ti, ¿qué te susede?

Sole. Nada nuevo. Voy a ensendé las luses. Siéntate.

Enciende las luces y queda la habitación tal cual antes estaba.

Martín. Me miras como nunca.

Sole. ¿Como nunca?

Martín. Sí. Aunque tú no lo creas. Y estás muy pálida. ¿Qué ocurre, Soledá?

Sole. Algo grave, Martín.

Martín. ¿Grave? ¿Es posible, queriéndonos?

Sole. Vamos por pasos.

Martín. *Con ansiedad.* Dime.

Sole. ¡Aguarda!

Martín. ¡Mujer, por Dios!

Sole. ¡Chis!…

Es que el transeúnte deja oír todavía otra copla, y ella no se la quiere perder.

Transeúnte.

¡Qué triste la noche aqueya!

¡Estreyitas en er sielo;

lagrimitas en tu puerta!

Sole. Tengo yo que averiguá quién es ese hombre.

Martín. Yo ya he averiguao que no es tan grave lo que ocurre.

Sole. Sí lo es, sí.

Martín. ¿Y lo dejas por una copla? ¡Vamos!

Sole. ¡Si ahora te escuchara el Patronato, Martín!… ¡Una copla así, que no se espera, para hasta los tranvías!

Martín. No nesesita el Patronato de más motivos pa no tragarme. ¡Cristiano! ¡Qué antipatía me tienen los tres viejos! ¿Es cosa de eyos lo que pasa, quisá?

Sole. No, que es cosa mía. Es desí… ni de eyos ni mía. Es desí… de eyos, de mi tía… Es desí, Martín, de to j unto. De eyos, de nosotros, de las sircunstansias, de la gente, de estos tapujos… ¡De muchas cosas! Siéntate.

Martín. Cuando tú quieras me pongo yo en las tarjetas y en la sédula que soy tu novio. Estos tapujos y estos misterios te gustarán a ti; a mí me sublevan. Y no es la primera vez que te lo oigo.

Sole. Ya, ya lo sé. No ha habido más remedio, Martín… Sin negá que tienen su salsita agradable. ¿No es sabroso que ahora mismo nos estemos queriendo tú y yo… y nos lo digamos pa nosotros solos… y nadie pueda penetrarlo?

Martín. ¿Nadie?

Sole. Hasta el presente nadie lo ha sabido. Y si quisiéramos, antes de que nos descubrieran aquí, tendríamos otro escondite. Pero de eso vamos a tratá.

Martín. Me alegro. Porque, a pesá de lo sabroso de la salsa, yo prefiero quererte a la luz del día. Y deslindá los campos. Va siendo hora. Los amigos de tu padre, si no el sitio donde nos vemos, ya no dudan de que hay lo que hay entre nosotros.

Sole. ¿Tanto? ¿Por qué lo supones?

Martín. Porque si antes les era yo antipático, na más que antipático, ahora ya no me pueden vé ni en pintura. ¡Quisieran desterrarme!

Sole. ¡Están listos!

Martín. Y ten en cuenta que porque son quienes son y te amparan a su manera, que me han oído ya más de un desagrado.

Sole. Yo te lo agradesco: son como la sombra de mi padre…

Martín. ¡Son su parodia, Soledá; su caricatura! Tu padre fué un hombre yeno de defectos y de errores; pero era sinsero en sus rasgos generosos y en su bondá. Le salían de adentro. De su bondá hiso su filosofía. Y eso no se copia. Como no se copia la grasia.

Sole. Pero se imita.

Martín. En fin, sean lo que sean y como sean, tienen sobre ti una autoridá. Una autoridá que tú acatas y con que yo transijo… a la fuersa. Pues bien: mañana mismo voy a ir desirles que te quiero.

Sole. ¿Mañana mismo?

Martín. Mañana. *Sonriéndole.* No es cosa de despertarlos esta noche pa darles esa mala notisia.

Sole. A la hora que se la des… ¡vas a vé tres caras!

Martín. Sobre to la de don Ignasio.

Sole. ¿La de don Ignasio? ¿Por qué?

Martín. Porque ese viudo que bromea contigo, yamándote *su novia* en una forma que yo le daría un estacaso ca vez que le oigo…

Sole. ¡Ja, ja, ja!

Martín. Ese viudo, si yo no lo evito con el paso que voy a dá, se te arranca un día en serio por peteneras.

Sole. ¿Estás loco, Martín? ¡Ja, ja, ja!

Martín. Ríete; pero nadie ve más claro en su terreno que un enamorao.

Sole. Vamos a vé, Martín: y siendo tan distintos como somos tú y yo, ¿por qué me quieres tú a mí de esta manera?

Martín. ¿Tú crees que somos muy distintos?

Sole. Mucho. La mayoría de mis gustos te chocan a ti.

Martín. Eso es una apariensia tan sólo. Pero ayá en lo hondo está la verdá de lo que nos aserca. Y esos choquesiyos de los gustos nos asercan también. Lo que en otra persona yo no pasaría, en ti, a mi pesá, me hase grasia. ¡Como a ti te la hase que yo toque el acordeón!

Sole. ¡Ja, ja, ja! Sí me hase grasia, sí. ¡Pero oye… eso no te lo vayas a poné en las tarjetas!

Martín. No, no: no soy consertista. Te quiero, Soledá; te quiero… por lo que me esplico y por lo que no me esplico. Me gustas… por lo que me gustas y por lo que no me gustas también. Yo no sé si es que esta rudesa mía, esta seriedá —vamos a desirlo de algún modo— que tan mal le caen a tu Patronato, nesesitan templarse con tu ternura, con tu comprensión de las cosas, con tu ángel… Vaya, vaya, te digo que yegó la hora: mañana van a sabé de este cariño los viejos, y pasao mañana, la vieja.

Sole. A la vieja díselo por teléfono.

Martín. ¿Cómo por teléfono? Se lo diré cara a cara, como yo digo siempre las cosas.

Sole. Pues yévate una careta de alambre.

Martín. ¿Tampoco me traga?

Sole. ¿Mi tía? ¡Ni a ti ni a ninguno! A mí, pa eya, no se ha de asercá ningún hombre que no venga buscando su dinero. Tiene la locura de la ávarisia.

Martín. Mal me conose esa señora.

Sole. No te conose mal ni bien. Pero entre los cuervos que la rodean están amasando no sé qué planes casamenteros tocantes a mí… y hoy me han yegao ya los primeros chispasos. El administradó me quiere pa su hijo… A esto me refería cuando te dije que algo grave pasaba.

Martín. ¡Algo grave!… ¿Es posible, queriéndonos, te pregunto otra vez?

Sole. Y yo te contesto: es posible. Digo, según cómo y hasta donde me quieras tú.

Martín. Creo que ya te lo he dicho; pero como esta conversación no me cansa nunca… *Le coge las manos.* Habla; pregúntame. ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

Sole. Martín, esto es muy serio.

Martín. ¿Más que yo? Vamos, habla ya, tonta. Digo, si no asierta a pasa el de antes cantando otro tanguiyo.

Sole. ¿Cómo tanguiyo, si eran *soleares*, Martín?

Martín. ¡Adiós! ¡Qué blasfemia! ¡Confundí *soleares* y tangos! ¡Que me escomulguen los flamencos! Pero, bueno, pa distraerte a ti lo mismo dan tangos que *soleares*.

Sole. No te lo creas. Pero ahora no me distrae de esta conversasión ni una seguidiya gitana.

Martín. Por si acaso, vale más que no suene.

Sole. *Sonriéndole con melancolía.* ¡Y me disen a mí que no eres tú grasioso!…

Martín. ¿Estás yorando, nena?

Sole. No.

Martín. Sí. Tienes lágrimas en las pestañas.

Sole. Cristalitos pa verte. *Enjugándoselas.* Pero ya se fueron. Es lo único que me doy en eyas. Óyeme.

Martín. No hago otra cosa desde que entré.

Sole. Mi tía se ha enterao ya de esto nuestro. No quieras sabé las cosas que ha dicho ni las amenasas que ha echao sobre mi cabesa.

Martín. ¿Amenasas? ¿Por qué?

Sole. Porque sí; porque ha de ponerse siempre en lo más malo. Pero, sobre to, porque no es cosa de eya; porque no hemos contao con su voluntá; porque no es su mandato ni su gusto.

Martín. ¿Qué idea tiene de mí?

Sole. Ninguna; ni le importa. Ya te he dicho que está trastorna por la avarisia.

Martín. ¿Y te amenasa?

Sole. Con lo que puedes suponé. Me borra de su lista; me niega lo que pensase darme; me niega el pan y el agua. *Advirtiendo la preocupación de Martín.* ¿Qué piensas tú?

Martín. ¿Qué he de pensá, criatura? El daño que involuntariamente puedo causarte.

Sole. A vé… Repíteme eso.

Martín. ¿Por qué no? Si por mí…

Sole. ¡No me lo repitas! Tú a mí no pués haserme daño más que de una forma.

Martín. Pues ésa… no la temas.

Sole. *Conmovida, pero con íntimo temor aún.* Los viejos están arreglando tos los papeles y los asuntos de mi padre… Yo sé que de ese arreglo no saldrán más que trampas y apuros… Si también la vieja me dise perdona por Dios… ¿con qué me quedo yo en la vida?

Martín. ¿Te basta conmigo?

Sole. ¿Contigo?

Martín. Conmigo, sí: con mi cariño, con mi trabajo, con mis brasos.

Sole. Pero ¿y si a mí no me queda más que el día y la noche?

Martín. ¡Como mi día y mi noche eres tú!…

Sole. ¡Así quería yo que me lo dijeras!

Martín. ¿Nesesitabas oírmelo desí?

Sole. No lo nesesitaba, la verdá. No te ofendas. ¡Pero me ha gustao que me lo digas!

Martín. Lo que quiera que tu tía pensara dejarte no lo ambisiones ni lo despresies: aguárdalo serena. Si al fin te lo da de corasón abierto, bien venga. La vida es dura y el dinero manda; pero si a costa de eyo pretende torsé tu consiensia

y violentá tu corasón, vaya lejos de ti. Aquí me tienes.

Sole. ¡Ay, chiquiyo! ¡Ya veo que con este cariño no hay cosa grave! ¡Vas a asustarte de cómo te voy a queré! ¡De cómo vamos a querernos! ¡Tú has de reí con mi boca y yo con la tuya! ¡Tú vas a yorá con mis ojos y yo con tus lágrimas! ¡Con esto no hay quien pueda! ¿Qué valen los dineros junto a un cariño así? ¡Esto es de antes, de ahora y de siempre! Lo desía mi padre: «Dure este mundo lo que dure, y mude lo que mude en é, el queré no será nunca viejo».

Él la mira con pasión y deseo contenidos. Ella se separa de él, entre halagada y temerosa.

Martín. Párese que alguien anda ahí en la ventana.

Sole. No.

Martín. Sí, sí.

Alguien, en efecto, golpea desde la calle nerviosamente en la celosía.

Sole. Oye, pues es verdá. *Corre a ver quién es.*

Martín. Yo iré; deja…

Sole. ¿Qué más tiene? ¿Quién es?

Lo más imprevisto, el fugitivo Luis Toledo le habla con angustia.

Luis Toledo. ¡Ábreme, por la Virgen santa!

Sole. ¡Jesús! ¿Eres tú, Luis?

Luis Toledo. ¡Yo soy! ¡Ábreme!

Sole. *Apartándose asustada de la ventana y volando a abrir la puerta de la calle.* ¡Luis Toledo, Martín!

Martín. *Estupefacto.* ¿Luis Toledo? ¿Qué trae aquí a este hombre?

Vuelve Sole con Luis Toledo. Viene él anhelante, atribuladísimo. Lo persiguen y ya se creía preso. Ella, al verlo y al oírlo, participa enteramente de su temor y de su angustia. De Martín se apodera súbita cólera.

Luis Toledo. ¡Ay! ¡No puedo más! ¡Amparadme!

Martín. ¿A qué vienes aquí? ¿A quién buscas aquí?

Luis Toledo. ¡A ti y a eya! ¡A los dos! ¡Lo he sabido por un asar! ¡Amparadme!

Martín. ¡Yo, no!

Sole. ¡Yo, sí!

Luis Toledo. ¡Tú también, Martín! ¡Esta noche! ¡Me persiguen… me cogen! … ¡No puedo más! ¡La cársel, no! ¡Que yo me ponga en salvo!… ¡Me muero!

Martín. ¡Pues muérete en la caye!

Sole. ¿Qué dises?

Martín. ¡Que aquí, no; que junto a mí, no!

Luis Toledo. *Aterrado, gritando en voz baja, al sentir a sus perseguidores en la calle.* ¡Silensio, por Dios! ¡Apaga las luses!

Sole. ¡Ahora no!

Instintivamente callan los tres.

Madroñera, policía, habla en la calle con uno de los suyos, resonando su voz en la soledad y el silencio.

Madroñero. Ha tenido que meterse en una de estas casas.

Policía. Lo malo es que er número cuatro tiene puerta a otra caye.

Madroñero. Es un pasaje, sí. ¡Corre a taparle la salía!

Policía. No lo arcanso ya.

Madroñero. Yo veré aquí, que hay luz.

Sole. *Casi con el aliento.* ¿Esa voz?…

Luis Toledo. ¿La conoses?

Sole. Sí, creo que sí… *Llegándose a la celosía para cerciorarse.* ¡El mismo! ¡Madroñero! *Al fugitivo, señalándole la puerta de la derecha.* ¡Escóndete ahí! *Luis obedece ciegamente, aterrado.*

Martín. *Con protesta viva.* ¡Pero Sole!

Sole. ¡Caya!

Martín. ¡Es que!…

Llaman a la puerta de la calle. Soledad se acerca a la ventana y desde ella habla con Madroñero.

Sole. ¿Quién es? ¿Quién yama?

Madroñero. Usté dispense. Buenas noches.

Sole. Buenas noches. ¡Madroñero!… Pero ¿es usté?

Madroñero. *Sorprendido.* ¡Soleriya!… ¿Qué hases tú aquí?

Sole. ¡Esperarlo a usté pa pela la pava! ¿No lo está usté viendo?

Madroñero. Déjate de bromas, que no es de chufla er caso, Soledá.

Sole. ¿Viene usté a prenderme?

Madroñero. A ti, no; a un pájaro de cuenta, sí. ¿Ha entrao aquí argún hombre?

Sole. ¡Vaya por Dios! ¡Lo pescó usté fritito! Uno ha entrao, sí.

Madroñero. ¿Er que yo busco?

Sole. Eso no lo sé, pero conviene averiguarlo. El que ha entrao es mi novio.

Madroñero. ¿Tu novio?

Sole. Va usté a verlo. Entre usté también, que a mí me interesa poné las cosas claras. Voy a abrirle la puerta. *Mientras va a ello, le dice imperiosamente a su novio:* ¡Por tu madre, Martín! ¡Déjate yevá de lo que yo haga!

Martín. *Crispando los puños.* ¿Se ha vuelto loca esta mujé?

Madroñero, un tanto confuso, llega con ella, queriendo interrogarle.

Madroñero. Pero, dime… *Al ver a Martin.* Buenas noches.

Martín. Buenas noches.

Sole. Aquí lo tiene usté.

Madroñero. No es er que yo busco.

Sole. Me tranquiliso, entonses. Porque éste es mi novio.

Madroñero. Y… ¿te ves con él en esta casa?

Sole. ¿Qué tiene la casa?

Madroñero. No es eso, Soleriya; la casa es honra… Estas mujeres son de ley. No estarías tú aquí si no lo fueran. Pero… teniendo la tuya…

Sole. ¡Ay, Madroñero! No lo estrañe usté demasiao. Cosas del cariño. ¿A usté lo manda aquí quisa mi tía doña Fina?

Madroñero. ¡Ni por soñasión!

Sole. ¡Ah! ¿no? Pues creí…

Madroñero. Yo vengo a cosas de mi perro ofisio.

Sole. *A Martin.* No te violentes tú. Por Madroñero no se sabrá na de esto. Es un cabayero y un amigo.

Madroñero. Y, además, le debo cuanto soy ar padre de su novia de usté.

Martín. ¡Milagro!

Madroñero. Pero, dime, Solera: Don Juan Pedro ¿no sabe tampoco?…

Sole. ¿De este escondite mío?

Madroñero. Sí.

Sole. No.

Madroñero. Y ¿cómo es eso, niña?

Martín. Lo sabrá mañana. No lo del escondite, sino la causa de él. Y de mi misma boca. Lo sabrá todo. No soy hombre que guste de ocultasiones ni de trampas, aunque sean disculpables. Por una flaquesa, que ahora lamento más que nunca, me avine a este deseo de mi novia…

Sole. No ha sido capricho, Martín, sino nesesidá… Pero te repito que no temas… que no te preocupes. Madroñero es un hombre cabal, que sabe haserse cargo…

Madroñero. *Que ha estado observando a Martin.* ¿Usté es Martín Ruiz, el gerente de los almasenes de aseitunas de…?

Martín. El mismo, sí, señó.

Madroñero. Ya me estaba a mí paresiendo… Yo desía: esta cara la conosco yo. ¿Usté declaró el otro día contra Luis Toledo?…

Martín. No, señó; no declaré ni en favó ni en contra. Declaré lo que mi consiensia me mandaba. Desconosco la compasión frente a los delitos.

Madroñero. *A Sole.* Es un hombre. Tu novio es un hombre.

Sole. Le agradesco a usté la notisia.

Madroñero. Entiéndeme tú. Si tos los hombres fueran como él, no medrarían más de cuatro granujas. A Luis Toledo es a quien yo persigo está noche.

Sole. ¿Sí? ¡Pobre muchacho!

Madroñero. ¿Pobre muchacho?

Sole. ¿Qué quiere usté? Yo no soy tan hombre como mi novio —ni me toca serlo, naturalmente—, y lo compadesco de verdá.

Madroñero. Pos ya lo teníamos entre las uñas; pero quisá se ha entrao por er corrá de esta casa de junto, o por er pasaje der cuatro… En fin, yo cuento con ponerlo a la sombra antes que sarga er só. Y me voy. Soledá, discúlpame.

Sole. ¡Por Dios, Madroñero! Caye usté… ¿Quiere usté que le diga lo que siento yo?

Madroñero. Dímelo.

Sole. ¡Que ojalá no encuentre usté a ese pobre hombre!

Madroñero. ¡Lo mismo que me hubiera dicho tu padre! No, no: tu padre me habría dicho que no lo buscara. ¡A mí me biso polisía pa eso!…

Sole. Era así.

Madroñero. *A Martín, ofreciéndosele:* Martín Ruiz, un amigo.

Martín. Grasias; igualmente.

Madroñero. Buenas noches.

Martín. Buenas noches.

Sole. Lo acompaño a usté pa serrá la puerta. *Se va con Madroñero. Dentro se la oye todavía:* Vaya usté con Dios. *Se siente el cerrar de la puerta.*

Un instante después vuelve Soledad, con aire de triunfo, y antes de que Martín, que la aguarda reconcentrado y torvo, pueda decirle una palabra, sale Luis Toledo, corre a ella y, poco menos que arrodillándosele, conmovido y lloroso, le besa las manos.

Luis Toledo. ¡Bendita seas mil veses, hija de aquel hombre, de aquel santo! ¡Bendita seas tú!

Sole. ¡Quita, loco, quita!… ¿Esa mujé…?

Luis Toledo. Muerta de miedo… Se creyó que yo era un ladrón…

Martín. *Entre sí.* ¡Lo que eres!

Sole. ¡Voy a tranquilisarla! *Corre adentro, sin considerar lo que deja.*

Pausa. Luis Toledo vacila antes de hablar.

Luis Toledo. *Implorante.* Martín…

Martín. ¡A mí no te aserques!

Luis Toledo. ¡Tenme lástima!

Martín. ¡No va conmigo eso!

Luis Toledo. ¡Por mis hijos!

Martín. ¿Por tus hijos?

Luis Toledo. ¡Por eyos!

Martín. ¡Buen ejemplo les das! ¡Bien los honras! Agradese a Dios la presensia aquí de Soledá, porque si no, soy yo quien te entrega a la Polisía.

Luis Toledo. ¡No!

Martín. ¡Sí! ¡Como ésta es noche!

Luis Toledo. ¡Perdóname, Martín!

Martín. ¡No sé; no puedo! ¡Me pides algo contrario a mi naturalesa! ¡Y se quejan los hombres de la vida!… ¡Hasen lo que tú has hecho y luego imploran misericordia!

Luis Toledo. ¡Líbrame de la cársel, Martín! ¡La cársel, no! ¡El presidio, no! Ayí se hunden los hombres; se pierden ya sin ningún remedio… ¡Yo enmendaré mi vida! ¡Yo volveré a mis hijos! ¡Yo me haré digno de tu mano!

Martín. ¿Qué dises?

Luis Toledo. ¡Te lo juro!

Martín. ¡Esas son cuentas tuyas!

Luis Toledo. *A Soledad, que vuelve.* ¿Tú oyes, Soledá?

Sole. ¿Qué?

Luis Toledo. Martín se resiste a ampararme.

Sole. ¡Pero te amparo yo!

Martín. ¿Tú?

Sole. ¡Yo, sí! Ya lo has visto.

Martín. ¡Pues yo me voy! ¡Ni un minuto más encubro a este granuja!

Luis se arrincona, pendiente con toda su alma de la sorda disputa entre los dos.

Sole. Escúchame, Martín. No te vayas.

Martín. ¡Pues no me pidas imposibles! ¿Crees tú que yo puedo volvé mañana a la casa donde gano mi vida, después de encubrir a un hombre que ha robao ayí, engañando a todos, abusando de la confiansa y del cariño con que se le miraba?

Sole. ¿Por qué no?

Martín. ¿Por qué no, me preguntas?

Sole. Si hases un bien con eyo…

Martín. Yo no entiendo esa clase de bienes.

Sole. Mi cariño te hará entenderlos.

Martín. Es inútil; tendrían que fundirme. Salva tú si quieres a este hombre: préstale un disfraz y que huya. Yo no lo he visto; yo no sé una palabra de esto. ¡Yo esta noche no he estao aquí! A más no yego. ¡Ni tampoco me voy muy seguro de que cayaré!

Sole. ¡Martín, por Dios! ¡Reflexiona un momento! Serénate y mira que, puesto así, es a mí ya a quien comprometes.

Martín. ¿A ti? No quieras forsarme con una argusia…

Sole. ¿Me vas a dejá sola en un transe así?

Martín. ¡Que se vaya a la caye él… y ya estamos como antes estábamos!

Sole. ¡Que se vaya a la caye!… ¡Pa que le echen mano! ¡Pa que lo cojan! ¡Pa malográ la suerte que aquí lo ha traído! No, Martín, no; yo, después de lo hecho, tengo que salvarlo. Y tú conmigo.

Martín. ¡Te repito que no! ¡No insistas! Me voy.

Sole. Ven acá. Olvídate de ti y piensa na más que en mi cariño. Piensa en cómo hablábamos antes; piensa en que mi vida es la tuya y la tuya la mía, y en que

yo quiero hasé esta buena obra. ¡Mira aqueya cara de angustia!…

Martín. ¡No quiero mirarla!

Sole. ¡Mírala!

Martín. ¡No quiero!

Sole. ¿Ni por lo que te lo pido?

Martín. ¡Si hasta de eso me harás dudá!…

Sole. ¿Qué dises?

Martín. *Con arranque de celos.* ¡Ven acá tú ahora! ¡Confiésame por qué te obstinas en ampará a este hombre!

Sole. ¡Loco! ¿Qué has pensao?

Martín. ¡Contéstame! ¿Por qué esta obstinación absurda? ¿Qué hay entre ese hombre y tú?

Sole. ¡Loco! ¡No yegues a ofenderme! ¡Que se te vaya de la frente ese desvarío!…

Martín. ¿Por qué lo amparas de este modo? ¿Por qué quieres salvarlo?

Sole. ¡Porque lo merese!

Martín. ¿Que lo merese?

Sole. ¡Sí! ¡Lo merese! ¡Yo no digo que haya hecho bien! ¡Pero merese compasión; merese tenderle una mano, pa que no se lo trague el fango, que ya tira de él! ¡Y yo hago esto, Martín, porque me lo manda mi corasón, con más fuersa que a ti te manda el tuyo descubrirlo! ¡Me lo manda, sí! Me acuerdo de su casa, de sus hijos; de que se casó con una pobre enferma creyendo salvarla; de su madre, que fué como una hermana de la mía… Me acuerdo de mi padre, que me está aconsejando to esto… Me acuerdo de que le oí desí muchas veses: «Menos se arrepiente siempre el que perdona que el que castiga…». Me acuerdo de muchísimos hombres que pecaron por hambre, y que luego se arrepintieron y se regeneraron… ¡Y por ensima de to esto, Martín, quiero que lo salves conmigo, porque nunca podré pedirte una prueba mayó de que me quieres! Y ha de sé esta noche; ha de sé ahora mismo. Esta noche, sí; porque esta noche hemos juntao aquí

nuestra suerte, burlándonos del mundo. Has dicho antes que te tenían que fundí pa pasa por esto, ¿verdá? ¡Pues conmigo te fundes! *Se le abraza con frenesí.* ¡Y yo yoraré con tus ojos y tú te reirás con mi boca!…

Martín. *Trémulo de emoción.* ¡Solera!

Sole. ¡Solera me yama! ¡Ya está salvao ese hombre! ¡Ay! ¡Esta vida hay que pasársela perdonando! ¡Te alegrarás, chiquiyo! ¡Tú has de verlo! ¡Mientras que Dios sea Dios!…

Martín queda vencido ya, en brazos de Sole; ésta lo acaricia amorosamente. Luis Toledo rompe en un sollozo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Exterior del caserío de El Campillo, cortijo en tierras sevillanas. Bajo su graciosa torrecilla, el portalón de entrada, que deja ver su primer patio. Todo ello blanco y limpio sin mácula. Una puertecilla Hacia la derecha.

Un sillón y dos o tres sillas.

Pasa la acción varios días después del acto segundo, por la tarde.

Aparece Isidorita sentada, en traje de calle, pero sin sombrero. Del caserío sale luego don Ignacio, con sombrero de ala ancha, en mangas de camisa, y al hombro la chaqueta.

Don Ignacio. ¡Que no bebo más, niñas, que no bebo más; que hay mucha tarde por delante! ¡Se han empeñao esas niñas en verme a mí a gatas!

Isidorita. ¡Como se las tira usté de joven!…

Don Ignacio. ¡Y soy más joven que la mitá de esos poyitos tomateros, que a las cuatro copas de jerez ya no hablan acorde! ¡A vé, si no, quién se abrió de capa primero que nadie cuando salió aquel beserro tan bravo!

Isidorita. Eso sí es verdá.

Don Ignacio. ¡Lástima que no habían yegao toavía los fotógrafos!

Isidorita. No hay gloria completa.

Don Ignacio. Bueno, Isidorita, estas fiestas de campo en que se torean beserriyos, y se acosan, y se derriban, y hay veintisinco mujeres guapas mirándolo a uno, han sío mi locura toa la vida.

Isidorita. ¡Y lo siguen siendo!

Don Ignacio. ¡Lo siguen siendo! ¡Mientras el farolito tenga aseite!…

Isidorita. ¿Usté ha toreao mucho, don Ignacio?

Don Ignacio. ¡Uh! ¡De muchacho, más que *Lagartijo*! ¡Y no utreros ni erales, sino bichos de cuatro yerbas!

Isidorita. ¿Y los toreaba usté como el Plasero?

Don Ignacio. ¿Como el Plasero? ¡Ve a casa y verás la cabesa de toro que tengo en el patio!

Isidorita. ¡Toma! Eso no dise na. ¡Yo tengo la piel de un lobo en mi ropero! ¡Y no lo he matao yo!

Don Ignacio. ¡Es que también te puedo enseñá una fotografía en que estoy pasando de pecho a un miura, niña!

Isidorita. ¡Ah, sí! ¡Aqueya que se hiso usté en la feria, asomando la cabesa por el agujero de un telón con el toro pintao!

Don Ignacio. ¿Sí, verdá? ¿Y es también de la feria la que tengo de la plasa de Gelves, con los *Gayos*? ¿Y la de Alcalá del Río, con el Reverte? ¡Dando el quiebro capote al braso, na más; que me lo enseñó Antonio!

Isidorita. ¡Eso ya es más serio!

Don Ignacio. *Mirando de pronto hacia la derecha.* ¡Ole, quién viene ayí! ¡Nadie! ¡No viene nadie! ¡La heroína de la fiesta! ¡Y no brasea ni presume la jaca, ni viene orguyosa con eya ensima! ¡Envidia me está dando ese animalito! ¡Ole doña Isabé la Católica! ¡Le voy a serví de palafrenero! *Vase decidido.*

Isidorita. Ha hecho bien en dejá de bebé; porque él cree que no, pero ya está casi a medios pelos el hombre. ¡Huy qué batacaso ha pegao! ¿No digo?

Por la izquierda sale Martin, que ha oído al marchoso.

Martín. Si ese hombre no tuviera setenta años, ¡qué a gusto iba yo a dormí la noche en que le diera dos bofetás! ¡Pero qué a gustito!

Isidorita. ¡Ja, ja, ja! Mala tarde está usté pasando, Martín.

Martín. Mala tarde. Yo no hubiera venido… Pero se empeñaron esos amigos… se empeñó eya… y al fin y al cabo, por tenerla junto…

Isidorita. Pero ¿no le da a usté alegría verla tan guapa y sabé que a usté sólo quiere?

Martín. ¿Sólo a mí?

Isidorita. ¡Claro! ¿Será usté capaz de dudarlo? ¡Y con la de hombres que esta

tarde la sercan!… Por supuesto, los franseses a quienes se les da la fiesta están como locos con Sole.

Martín. Esta fiesta no se les da a esos franseses, Isidorita, pa enseñarles costumbres de aquí, como se ha dicho; usté lo sabe. Ese es el pretesto. ¡Esta fiesta se da con otra mira; con otra intensión!

Isidorita. ¡Bastante debe a usté importarle!

Martín. Pues sí, sí me importa.

Isidorita. ¡Martín!

Martín. Sí me importa. Esta fiesta se da pa vé si se consigue alejarme de Sole; pa anularme a mí. El administradó de doña Fina, de acuerdo con eya y con el Patronato, la ha armao sin otro fin que ése; y ahí está Antoñito, el hijo del administradó, que se va a convertí en rico heredero si logra que Sole me deje por é. Lo cargan de oro y de fortuna, lo protegen tos eyos… y a mí tos me despresian. ¿No quiere usté que me preocupe, Isidorita? ¿Quién soy yo frente a tanta cosa?

Isidorita. Pues no es usté más que el novio de Sole; el hombre a quien quiere por sima de to eso.

Martín. Sí; pero ¡son tantas tentasiones, tantos poderes contra ese cariño, tanto deslumbrarla con lo que deja, tantos pájaros cantándole en los oídos!… No sé, no sé…

Isidorita. Martín, yo le digo a usté que se atormenta en balde… ¡Así tuviera yo tan segura la lotería!… *Viendo de pronto venir a don Chiripa por la derecha.* ¡Jesús! ¿Cómo viene este hombre?

Martín. ¿Quién?

Isidorita. Don Chiripa. ¿Qué le susederá?

Sale don Chiripa como perseguido.

Don Chiripa. ¡Ca, hombre, ca! ¡No me conosen a mí esos señoritos! ¡No me conosen!

Isidorita. ¿Qué es eso, don Chiripa?

Don Chiripa. ¡Que la gente joven no sabe ya cómo divertirse, y ahora

quieren ver a don Chiripa por el aire! ¡Y a don Chiripa por el aire, no lo ven!

Isidorita. ¿Quieren yevarlo a usté quisás al Campo de aviasión?

Don Chiripa. A eso no me opondría. Lo que quieren es soltarme un beserro y que yo lo toree. ¡No! ¡No! Don Chiripa no es un payaso; don Chiripa es un hombre digno; tan digno como el invitado que más lo sea.

Isidorita. Nadie lo duda. Son bromas del vino y de esta fiesta, don Chiripa.

Don Chiripa. Señor don Martín, no me mire usté con esos ojos, que no hay cuidado alguno. Yo sé bien que con usté siempre se da en hueso.

Martín. Siempre.

Don Chiripa. Traigo un resibito preparado, pero líbreme Dios…

Martín. Sí; líbrelo Dios…

Don Chiripa. Siempre, siempre en hueso. Y nesesitaba para esta noche una peseta quinse…

Isidorita. ¿Algún telegrama?

Don Chiripa. Justo: un telegrama. Agradesiéndole a un pariente unas golosinas que me envía… Yo soy un hombre bien nasido.

Isidorita. Pues póngalo usté de madrugada, que son más baratos.

Don Chiripa. Me acuesto temprano, señorita.

Martín. Bueno; yo le doy a usté lo que le haga falta, con una condisión.

Don Chiripa. Usté dirá.

Martín. Que coja usté el borriquiyo que hay ahí dentro y vaya a la fuente por dos o tres cántaros de agua.

Don Chiripa. ¿Para aguar el vino que se bebe?

Martín. No, hombre, no; pa que trabaje usté alguna vez en su vida. Yo no mantengo vagos.

Don Chiripa. ¿Vago yo? ¡No sabe usté el trabajo que me cuesta vivir!

Martín. ¿Lo asepta o no lo asepta?

Don Chiripa. No, señor. Lo agradezco, pero no soy el chiquichanca del cortijo, señor don Martín; yo soy un hombre de otra esfera. ¡Estaría bonito! En hueso, en hueso siempre con este don Martín.

Isidorita. Bueno, véngase usté conmigo a la huerta. Lo convido a usté a un bocadiyo y a una copa.

Don Chiripa. Esa finesa sí la asepto. Conmovidísimo, señorita. No todos han de ser cardos ni corasones duros. Don Martín, si le falté en algo, usté me disculpe. Siempre a sus órdenes.

Isidorita. Ande usté.

Don Chiripa. Conmovidísimo. Porque me ven caído y en desgrasia, los unos quieren que toree, este otro me manda por agua… otros me mandarán a escardar seboyinos… No, no, no; yo en mi sitio siempre, señorita. Don Chiripa se muere de persona desente.

Óyese rumor de risas y algazara hacia la derecha. Juanito grita:

Juanito. ¡Don Chiripa, que ahí va el beserro!

Don Chiripa. *Dando un salto del susto.* No es miedo, no; es para que se rían. Algo hay que consederles. ¡Vamos a tomar esa copita y ese bocadiyo!

Isidorita. Vamos. *Siguiendo a don Chiripa, que se ha metido a escape en el cortijo.* ¡Pero qué miedo tiene!

Aparecen por la derecha con Sole, que viste traje andaluz de montar, don Juan Pedro, don Román, don Ignacio, Juanito y Antonio. Estos últimos son dos de los muchachos que han sido invitados a la fiesta, y que visten a la andaluza también. Juanito trae al brazo un capote de torear. Vienen todos con gran animación y alegría.

Don Ignacio. ¿Lo estás viendo, Solera? ¡En cuanto dejaste la jaca ha perdío to el carté!

Antonio. ¡Pa jaca, la mía!

Don Ignacio. ¡Mírala ayí, que paese el cabayo de copas!

Sole. ¡Ja, ja, ja!

Don Román. ¡Es mucho Ignasio éste!

Don Juan Pedro. Adentro, adentro; no pararse aquí.

Sole. Tú, Juanito, suelta el capote de una vez, que ya se han ido los fotógrafos.

Juanito. ¿El capote? ¡Este capote duerme hoy conmigo! Después de las medias verónicas que te he brindao, este capote me lo echo yo esta noche a los pies de la cama.

Sole. ¡Pues como te contagie del baile con que toreabas, no pegas un ojo! *Risas.*

Don Ignacio. *Jaleándola*. ¿Eh? ¿Tiene grasia mi niña? ¡Es la custodia de la grasia, na más!

Juanito. Eso no habrá quien lo discuta, ¡pero lo de mi baile!… ¡Vamos, hombre! ¡Si clavé los pies en la tierra como si me hubieran sembrao!

Don Ignacio. Sí; pero hasía viento.

Don Juan Pedro. Bueno, bueno; vamos a tomarnos otra copita e vino, y sea lo que Dios quiera.

Antonio. Sí, don Juan Pedro, sí. A vé si me emborracho y se me olvidan las calabasas que me ha dao esta mujé.

Don Juan Pedro. ¿Qué te ha dao calabasas, Antonio?

Antonio. ¡Roteñas! Y a cabayo los dos: eya en su jaca y yo en la mía. ¡No vuelvo a declararme al trote!

Don Román. ¿Es verdá eso, Sole?

Don Juan Pedro. ¿Le has dao de veras calabasas a esta serámica de mosito? ¿A esta escultura? ¿A este pinsé?

Antonio. Sí, don Juan Pedro, me las ha dao. De na me ha servío vení tan

presioso. ¡Porque miste que vengo!…

Sole. ¡Pa un museo del traje! ¡Los besos que te habrá dao tu chacha!…

Don Román. Pues ¿y su padre?

Don Juan Pedro. ¡Oh! A Natalio se le caía la baba mirándolo.

Sole. ¡Y no es pa menos!

Antonio. Sí; pero tú me has quitao el tipo con tus calabasas. ¿Ustedes saben lo que me ha dicho?

Don Juan Pedro. ¿Qué te ha dicho?

Don Ignacio. Avé…

Don Román. A vé, a vé…

Sole. Pues le he dicho sensiyamente que yo hasta ahora he sido la más bonita de mi familia…

Don Ignacio. ¡Ole!

Sole. Y que si me casara con él, como él es más bonito que yo, iba a habé muchísimos dijustos en casa.

Nuevas risas de todos.

Don Ignacio. ¡Grasia que hay pa una sementera!

Don Juan Pedro. La verdá es, Antonio, que cuando le dan a uno calabasas así…

Antonio. Sí; hay que agradeserlas ensima. Soledá, muchas grasias por haberme tomao el pelo con tanta grasia.

Don Ignacio. ¡Le voy yo a traé de premio una copa e vino! *Éntrase.*

Don Juan Pedro. ¡Si ahora vamos tos, hombre!

Don Román. ¡Qué pesao está! *Bajo a Antonio.* Y tú no te achiques, chiquiyo. Aprieta el serco, que somos muchos a ayudarte.

Viene en esto por la derecha el Placero, cojeando y con un brazo en cabestrillo y un capote de brega al otro.

Solé. Pero, hombre, Plasero, ¿dónde te metes? ¡Yo que pensaba haberte tocaó las palmas esta tarde!

Placero. Señorita, mucho más lo he sentío yo que usté Pero miste de qué conformidá he vuerto ayé de Estremaúra. ¡Mala pata de uno!

Sole. ¡Vaya por Dios!

Placero. Hoy he tenío que contentarme con alersioná un poco a los muchachos desde los burlaeros.

Don Juan Pedro. Está de malas este hombre.

Placero. Estoy de malas.

Sole. ¿Qué fué lo del braso?

Placero. Un varetaso fenomená, señorita: morao me se puso. Ya grasias a Dios voy jugando un poco los deos. Miste…

Don Román. Se empeñó en toreá con la izquierda…

Placero. Eso es.

Don Román. Y el toro era tuerto.

Placero. Eso es. Y yo no lo arvertí.

Sole. Ni el toro te lo dijo.

Placero. Ya está usté viendo cómo me lo dijo. ¡Ay! Toavía me duele.

Antonio. ¿Y lo del pie, Plasero?

Placero. Un pisotón. Me metí en er terreno der toro lanseándolo… Las borracheras de las parmas, don Juan Pedro. Esas tardes en que uno no repara en na y se atreve a to. Me lié er bicho a la barriga, como si fuea la faja.

Don Juan Pedro. ¡Vaya, hombre, vaya!

Juanito. ¡Otra vez tendrás más fortuna!

Placero. Si Dios quiere. Pero, por lo pronto, pierdo ya tres corrías.

Don Román. ¿Tres corrías pierdes?

Placero. Tres. Una aquí… ahí… en ese pueblesiyo de ahí; otra en… ¿cómo le disen a este otro pueblo?… ¿Cómo le disen, Paco? ¡Ese de la estatua en la plasa!… Y la otra en… Tres, tres corrías pierdo; ya digo.

Sole. Hay que tené pasiensia, Plasero.

Don Juan Pedro. En no perdiendo tú la afisión…

Placero. ¡Oh! ¡Lo que es eso!… A mí me sacarán de la plasa en una camiya.

Juanito. ¿Jugando a las cartas?

El Placero lo mira con desdén.

Vuelve don Ignacio con la copa de vino para Soledad.

Don Ignacio. ¡Señores, cómo está la huerta! ¡Hay ya quien tabla en cuatro idiomas! ¡En cuatro lenguas vivas! ¡Niña; aquí tienes la copa del premio! ¡Bébetela a la salú del que tú más quieras!

Sole. ¡A la tuya, gitano!

Don Ignacio. ¿Eh? ¿Eh? ¡A la tuya, gitano! ¡Y no se han instalao altavoses! ¡Qué lástima! ¡Hasta verte, Cristo mío!

Sole. No, no; eso no. No hago más que probarlo. Y lo pruebo por no desairarte, sueño de mis noches.

Don Ignacio. ¡Sueño de sus noches me yama!

Sole. ¿A quién le damos lo que queda?

Don Ignacio. ¡Lo que queda es arrope, porque tú has puesto los labios en la copa!

Sole. Pues ¿a quién le damos este arrope?

Antonio. ¡A mí, pa endulsarme las calabasas!

Juanito. ¡Calabasas en dulse, no! ¡Que me lo dé a mí, que he toreao como los ángeles!

Don Ignacio. ¿Y yo, no he toreao?

Juanito. ¡Si a corré le yama usté toreá!…

Don Ignacio. ¡Se subasta!

Sole. No; tampoco. Pujas, no. Se lo daremos a aquel hombre, a vé si se anima. ¡Está el pobre tan aburrío!… ¿Lo quiere usté, Martín?

Martín. Si yo no bebo, Soledá…

Don Ignacio. ¿Qué dise? ¡Sacrilego! ¡Dame acá esa copa!

Martín. *Tomándola de manos de Soledad.* No, hombre, no. *Bebe.* Muchas grasias. *El Patronato se impresiona.*

Sole. ¡Y adentro todo el mundo ya, que nos estarán echando de menos! *Aparte a Martin, rápidamente.* (Ahora vuelvo yo).

Antonio. ¡Adentro, adentro!

Juanito. ¡Adentro!

Sole. Plasero, ven tú también a tomarte una copa, pa que tengas más suerte otra tarde.

Placero. Se estima, señorita.

Antonio. *A Juanito, aludiendo a Martín.* ¿Quién es ese *seniso*?

Juanito. El novio, disen que es.

Antonio. Pero ¿tiene novio Soledá? ¡Ca! ¡No lo creo! Y ¿ése? ¡Ca! ¡Me lo hubiera dicho mi padre! ¡Y yo habría hecho las cosas de otra manera!

Juanito. Tu padre fiaba en tu físico. ¡Ni yo estoy seguro tampoco!…

Siguen hacia dentro al Placero y a Soledá, que ya entraron. Martín, orgulloso, no

obstante su estado de ánimo, pasa con altiva indiferencia junto a los viejos y se aleja por la derecha.

Don Juan Pedro. ¿Se convensen ustedes? ¡Soledá está loca por este hombre! Esta tarde se está burlando de su tía, del administradó, de su hijo y de tos nosotros.

Don Ignacio. ¿De mí también?

Don Juan Pedro. ¡De ti, el primero! ¡No seas mamarracho!

Don Ignacio. ¡Qué pocas mujeres habéis tratao, camará!

Don Román. Sí, sí; está loca. Juan Pedro dise bien. Está loca.

Don Ignacio. ¡Pues esa locura se cura!

Don Juan Pedro. Es difísi, Ignasio, es difísi. Cuando una mujé de esta casta se emperra…

Don Román. Es difísi, es difísi…

Don Juan Pedro. Yo creo que es inúti to lo que se intente pa alejarla de él, si no es de hombre a hombre. Ni fiesta ninguna como la de hoy, ni galanes alrededó, ni cosa paresida ¡Hay que í de hombre a hombre!

Don Ignacio. Pues eso, déjamelo a mí.

Don Juan Pedro. No; déjamelo a mí. Yo lo buscaré luego. Yo lo buscaré. Y ahora vámonos a la huerta.

Don Román. Vámonos.

Don Ignacio. Vámonos, sí. *Con jactancia de conquistador.* ¡A vé quién yeva el gato al agua! *Entra en el caserío, entonando una coplilla de su época.*

Don Juan Pedro. Pero, oye, Román: ¿habrá pensao de veras Ignasio…?

Don Román. ¡Eso me está a mí paresiendo!

Don Juan Pedro. ¡Qué atrosidá! Se me habían quitao las ganas de reírme; pero con estas cosas… ¡Ja, ja, ja!

Don Román. ¡Ja, ja, ja!

Don Juan Pedro. *Mirando hacia la derecha de improviso y volviendo a su cólera.* ¡Maldito sea el demonio!

Don Román. ¡Maldito sea!

Éntranse los dos.

A poco reaparece Soledad por la puertecilla de la derecha. Viene sin sombrero.

Sole. *Buscando a Martín.* Pero ¿se ha ido? ¿Dónde está? ¿Se ha propuesto darme la tarde? ¿Es que no quiere hablá conmigo? *Divisándolo hacia la derecha y haciéndole luego señas para atraerlo.* Ayí está.

Por la izquierda, en esto, llega Luis Toledo, a quien nadie reconocería dada la traza en que se presenta. Viste un traje de cortijero, y se cubre con un sombrero de ala ancha, deformado y roto.

Luis Toledo. Soledá.

Sole. ¿Quién?

Luis Toledo. Yo.

Sole. ¡Luis! ¿Qué hases aquí, chiquiyo?

Luis Toledo. ¡Perdóname!

Sole. ¿A qué vienes? ¡Vete a tu chosa! ¡Vete con tu ganao! Luis Toledo. ¡Perdóname!

Sole. ¡Al diablo se le ocurre! ¡Métete en tu agujero! ¡A vé si te pierdes otra vez, después que te salvamos!

Luis Toledo. Asechaba el momento de verte sola. ¿Que hay de lo mío?

Sole. ¡Vete, hombre de Dios! ¿No ves que ha venido mucha gente que te conose?

Luis Toledo. De esta hechura no me conose nadie. ¿Que hay de lo mío? ¡Contéstame! ¡Yevo tres días de una soledá y de una angustia que me muero!

Sole. ¡Fía en Martín y en mí! Pronto estarás fuera de España.

Luis Toledo. ¿Pronto? ¿Cuando?

Sole. No lo sé… Mañana lo sabrás de seguro.

Luis Toledo. ¿Mañana?… ¡Qué angustia! ¿Que se habla de mí en los almasenes? ¿Nadie me disculpa? ¿Todos me condenan? ¿Qué te cuenta Martín?

Sole. ¡Ahora no te importa ni es del caso!

Luis Toledo. ¿Me perdonarán si algún día devuelvo…?

Sole. Eso ¡quién lo sabe! Hay quien perdona primero una muerte que un robo. ¡Vete ya!

Luis Toledo. ¿Y mis hijos?

Sole. ¡Martín se ocupa de eyos! ¡Fía en nosotros! ¡Vete ya!

Luis Toledo. ¡Es que tengo unas ganas de besarte las manos!…

Sole. ¡Caya, simple!

Luis Toledo. ¡Y de darle un abraso a aquel hombre!…

Sole. ¡Vete ya o me enfado, Luis!

Luis Toledo. ¡Perdóname!… ¡Me muero de tristesa!

Sole. Pues lo más malo va ya pasao. To tendrá remedio. Vete.

Luis Toledo. Con Dios, señorita.

Sole. ¡Señorita me yamas!…

Luis Toledo. Con Dios. *La mira con honda gratitud y se aleja por donde llegó.*

Simultáneamente viene Martin por la derecha y exclama, airado, al reconocer a Luis:

Martín. ¿Es Luis Toledo, tú?

Sole. Sí; Luis Toledo.

Martín. ¡Qué imprudensia!

Sole. No te enfades; ya le he reñido yo. El pobre se consume solo…

Martín. Pues como lo descubran ahora, veremos quien lo salva ya.

Sole. Es natural que esté impasiente… Quería sabé… me vió sola… y vino a preguntarme…

Martín. ¡Un galán más en la tarde de hoy!

Sole. ¡Martín! ¿Qué estás disiendo?

Martín. ¿Lo sé yo acaso? ¿Crees tú que digo lo quiero?

Sole. Pero, Martín ¡por Dios! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿No ves que hasta te pones en ridículo?

Martín. ¡Y tú lo consientes!

Sole. Hago lo qué puedo por evitarlo.

Martín. Sí: dándome a bebé la copita que te ofresió el marchoso.

Sole. ¿También eso está mal? ¡Yo creí que lo agradeserías!

Martín. Soledá, no sé…

Sole. ¿También te molesta que te prefiera delante de todos? ¿Quién te entiende, Martín?

Martín. Tú no, por lo visto.

Sole. ¿Yo no?

Martín. ¡Es casualidá que se haya organisao esta maldita fiesta en el cortijo donde escondiste a Luis Toledo!

Sole. ¿Otra vez?

Martín. ¡Ese hombre!…

Sole. ¡Mira, Martín, a eso no vuelvas; a esos selos no vuelvas! ¡Es una ofensa

que no te paso ya! ¡Si no eres capaz de entendé los sentimientos que me yevaron a tenderle una mano a ese desventurao, no nos entenderemos nunca!

Martín. ¿Nunca?

Sole. ¡Nunca! ¡Por lo mismo que son sentimientos tan míos, quise que los partiéramos entre los dos! ¡Y aqueya noche lo conseguí! ¡Acuérdate!

Martín. ¡Me volviste loco!

Sole. ¡No te arrepientas de esa locura! ¡La locura de que te tienes que arrepentí es la que te ha dao esta tarde!

Martín. Soledá…

Sole. ¡De la de aqueya noche no te arrepientas! Y he visto claro que desde que me juraste ampará conmigo la fuga de Luis, te atormentas pensando en eyo y arrastras un descontento de ti mismo… ¡Pero no te arrepientas! «Mal negosio hase el que comersia en odio», desía mi padre.

Martín. Yo no odio a ese hombre, Soledá; lo que quiero es la tranquilidá de mi consiensia. ¡Y son tantas cosas a turbarla!

Sole. Ven acá; serénate un poco a mi lao.

Martín. ¿Crees tú que puedo con cuanto estoy viendo que te rodea?

Sole. Pero ¿qué me rodea? ¡No abultes tú las cosas a tu capricho! ¿Qué me rodea? Mucha gente que bien me quiere… otros que me codisian… un cortijo que es una gloria…

Martín. ¡Y que será tuyo!

Sote. ¡Si me lo dan pa ti y pa mí; si no, no!

Martín. ¿Si no, no?

Sole. ¿Me lo preguntas?

Martín. Como te pregunto el por qué verdadero de la fiesta de hoy.

Sole. ¡Vaya una tontería! Eso pregúntaselo a don Natalio y a su hijo, que la pagan.

Martín. ¡De acuerdo con tu tía, la de los miyones!

Sole. ¿Y qué?

Martín. ¡De acuerdo con los amigos de tu padre!

Sole. ¿Y qué? ¡O me quieres o no me quieres! ¡O te quiero o no te quiero, Martín! ¡No vamos a molé tos los días el mismo trigo! ¿Me crees o no me crees? Si me crees, todo lo verás ya con luz de día; si no me crees, nada habrá que te haga verlo claro. ¿Qué temes?

Martín. ¡Perderte!

Sole. ¿Perderme, Martín? ¿Por qué temes eso?

Martín. ¡Te alusinarán entre unos y otros!…

Sole. ¿A mí?

Martín. ¡Te trastornarán la cabesa!…

Sole. ¡Como no seas tú!…

Martín. ¡Te yenarán el corasón de tentasiones!…

Sole. ¡Tú, que estás dentro de él, verás de defenderlo!

Martín. ¡Te torserán la voluntá!…

Sole. ¡No! ¡Es tan firme como la tuya!

Martín. ¡Te yevarán por su camino!…

Sole. ¡No hay más camino que el que me yeve a ti!

Martín. ¡Te ofresen tanto y yo soy tan poco!…

Sole. Dilo al revés: ¡me ofresen tan poco y tú eres tanto!…

Martín. Pues si tanto soy…

Sole. ¿Qué?

Martín. ¿Por qué has venido aquí esta tarde?

Sole. ¡Porque vinieras tú!

Martín. ¿Eh?

Sole. ¡Sí; porque vinieras tú, a vé por tus ojos cómo me río de tantas cosas y de tantas intensiones en contra tuya! ¡Y tú eres tan torpe que te enfadas y me enojas y no lo comprendes! ¡Meresías… meresías…! *Reprimiéndose para no abofetearlo.* ¡Martín, yo no sé lo que meresías… pero cuando te pones así, lo que es mi cariño no lo mereses!

Martín. ¿Vas a desírmelo tú también?

Sole. ¡Sí, hombre, sí! ¡Debo darles la rasón a los otros, ya que tú no lo entiendes! Es verdá que no eres tú solo a no entenderlo: nadie entiende esto que yo hago; pero con que lo entienda yo en mi corasón, tengo bastante. ¡Y poco contenta que estoy porque Dios me ha hecho así!

Martín. ¡Feliz tú, que estás contenta de como Dios te ha hecho!

Sole. ¿Felí yo?

Martín. ¡Hoy no!

Sole. ¡Hoy no!… dise. ¿Y he de escucharlo con pasiensia? *Amorosamente indignada.* ¡Abre ya los ojos, si puedes! ¡Si los selos y tus locas imaginasiones no te siegan del todo! Yo he venido aquí esta tarde dichosa —dichosa la tarde y dichosa yo—, entérate bien, por eso que acabas de oírme… y porque quería desirle adiós a tu lao a la alegría de estos campos benditos, al encanto de fiestas como la de hoy, que tanto le gustaban a mi padre y donde tanto me divertí en otros días… ¡Fiestas de sol, de salú, de fuersa, de grasia, de rumbo, de solera andalusa! ¡Fiestas en que no hay hasaña que haga un hombre si no es porque lo mira una mujé, y en que una mujé se monta a cabayo y coge su garrocha pa derribá un beserro, porque sabe que la miran sien hombres! ¡Y entre esos sien hombres, siempre, Martín, siempre, pa el corasón de una mujé hay un hombre solo! ¡Y ese hombre esta tarde eras tú! Yo sé que me esperan, que me yegan ya, que entran por las puertas de mi vida horas más gratas, más silensiosas, más serenas: horas de casa, de esposa, de madre; ¡de solera andalusa también!… Y corriendo en mi jaca por estas yanuras me bebía su luz, me emborrachaba de eya, quería yevármela dentro del pecho, pa volcarla luego por los ojos en nuestra casa… ¿Te enteras? ¿Te enteras? Y cuando de vuelta a las asoteíyas de la dehesa me aclamaron con gritos y palmas los vaqueros y los señoritos,

echándome a los pies sus sombreros, sus capotes y sus chaquetiyas, y veía fuego de vino y de entusiasmo en los ojos y en las palabras, yo te buscaba inútilmente a ti; buscaba tus ojos, únicos que me importaba que me vieran, y tú andabas por ahí mordiéndote los puños de coraje, hablando solo, soñando patrañas y perdiéndote estas horas mías de ilusión, de triunfo, de adiós a tantas cosas; esta esplosión de una vida que va a pertenecerte; de una vida que te ha jurao, besando la cruz de los hierros de una ventana, que va a sé tuya, ¡sólo tuya! ¡Y toavía no me crees!… ¡Te tengo una rabia!… *Conmovida, con lágrimas en los bellos ojos, se aleja de él, enjugándoselas.*

Martín. ¡Si te creo, Soledá, sí te creo!… Sólo que… *Viendo llegar a don Ignacio, contrariadísimo.* ¡Bueno! ¡Ahora este hasmerreí!…

Por la puerta central del cortijo sale, en efecto, don Ignacio, un poquito más cargado de vino que se fué, los ojos chispeantes y tal vez resuelto a dar su paso decisivo.

Don Ignacio. Pero ¿qué hases aquí, lusero? ¡Una novia que abandona a su novio!… ¿Dónde se ha visto cosa iguá? ¿Yoras, reina mía? ¿Por qué yoras? ¿Quién ha hecho yorá a mis ojitos? *Mira en torno y repara en Martín.* ¡Acabáramos! ¡Está contigo este siprés! Pero ¿pa qué te arrimas a su sombra? ¡Déjala de una vez, que aquí tienes la de un olivo! ¡La de un olivo que da aseitunas como no las tiene usté en sus almasenes! ¡No, señó; porque las mías nasen ya con las anchoas dentro!

Martín. *Saltando, colérico.* ¿Quiere usté no desí más impertinensias, vejestorio ridículo?

Don Ignacio. ¿Eh?

Martín. ¡Sí, hombre, sí! ¡Es mucho cuento éste! Como broma, no tiene grasia, ni la tuvo nunca, y hoy ni en broma ni en serio la aguanto ya.

Sole. ¡Martín, por Dios!…

Don Ignacio. Caya tú; déjalo conmigo. ¡Si yo no deseaba otra cosa, barbián de la Persia! Boca arriba las cartas; ahora mismo las vamos a poné. ¿Qué es lo que no me aguanta usté ya, señó don Nadie?

Sole. No le hagas tú caso, Martín: ha bebido un poco…

Don Ignacio. No, no he bebío, morena; no he bebío: no le eches tú agua a la candela. No he tomao más que media dosena de sorbetes. Así estoy de fresco. No he bebío. ¿Qué es lo que usté no aguanta?

Martín. ¡No lo aguanto a usté, a usté en persona, pa acabá en una frase! ¡Soledá es mi novia y no tolero ya moscones a su lao!

Don Ignacio. ¡Pues esta tarde está yeno el cortijo! ¡Cómprese usté un mosquero! Sobre que eso de que Soledá es la novia de usté no está en mis libros.

Martín. ¡Con que esté en los de eya!…

Don Ignacio. ¿Está en los tuyos, alma mía?

Sole. Pero ¿a qué conduse esto, don Ignasio? Véngase usté ayá dentro conmigo, a tomá otro sorbete… que le está hasiendo mucha falta. No vale la pena de que cuatro bromas pongan frente a frente a dos amigos.

Don Ignacio. ¡Yo no soy amigo de este cursi!

Martín. ¡Oiga usté!…

Sole. ¡Martín, haste cargo!…

Don Ignacio. ¡Sí, hombre, sí; lo mantengo aquí y en la Plasa de España: es usté más cursi que una tiriya de piquitos! Se ha enfadao usté porqué el Patronato ha organisao esta fiesta de rumbo y le ha regalao a Solera el traje que luse, pa que esté más guapa que nunca. ¡Pues no hay más que fastidiarse, poyo! Y si a usté no le agrada verla así, peó pa usté, que padese de cataratas siendo tan joven. ¡Y con largarse ha terminao! ¡Aquí no nos hase usté ninguna falta! ¡Váyase usté ya a su asotea a remontá un pandero pa distraerse!

Sole. Bueno está, don Ignasio, bueno está…

Martín. Déjalo, Sole, déjalo… ¡Estos hombres que pa sentirse valientes han de bebé vino!…

Don Ignacio. ¡Que estoy fresco, poyo, que estoy fresco!

Sole. ¡Sí que está usté fresco, don Ignasio!

Don Ignacio. ¡Y le queda a usté toavía que oí lo que no sospecha!

Sole. No, no…

Don Ignacio. ¡Sí! Usté que alardea de novio de esta mujé, escuche un instante: ¿qué pasaba si tos mis requiebros en son de broma se los dijera en serio?

¿Qué pasaba si yo por las noches soñara de verdá con eya? ¿Qué pasaba si yo quisiera esas pestañas pa dormirme a su sombra cuando fuera viejo?

Sole. ¿Más viejo toavía?

Don Ignacio. ¿Qué pasaba si yo le ofresiera toa mi fortuna: hasta unas peluconas que guardo en casa debajo'un ladriyo? ¿Qué pasaba si yo quisiera con reaños a esta mujé pa mí? ¿Qué pasaba?

Sole. ¡Que yo yamaba a un médico, don Ignasio!

Don Ignacio. ¿Eh?

Sole. Sí: pa que le viera a usté la cabesa por dentro.

Don Ignacio. ¡Je! ¡Tu sangre! ¿Hay grasia o no hay grasia?

Martín. ¡A usté no le ha hecho tanta como otras veses!

Don Ignacio. ¿Usté qué sabe de eso, si a usté lo mandaron aquí de London en una partía de impermeables?

Martín. ¡Bueno; basta ya! ¡No hay pasiensia ni respeto ninguno que me detenga! ¡O se caya usté…!

Don Ignacio. ¡O sigo hablando!

Oportunamente sale don Juan Pedro.

Don Juan Pedro. ¿Qué ocurre?

Sole. A tiempo yega usté. No ocurre nada; pero yévese usté a don Ignasio.

Don Ignacio. ¡Sí ocurre, Periquiyo, sí ocurre!… Le he ganao la partía a este alcaparrón. Alcaparrón, sí, señó: ¿qué pasa? ¡Y aliñao con mucho vinagre!

Sole. Ya usté lo ve: bastante pasiensia ha tenido Martín. Yéveselo usté adentro.

Don Juan Pedro. No. Vas a sé tú quien se lo yeve. Yo nesesito hablá con Martín.

Martín. ¿Conmigo?

Don Juan Pedro. Con usté, sí, señó; y muy en serio.

Martín. No deseo base tiempo otra cosa.

Sole. *A don Ignacio.* Anda, gitanaso, «Chorro e Jumo»: vamos a querernos ayá dentro los dos en un rinconsito.

Don Ignacio. ¿Eh? ¿Eh? ¡Oídos que tal oyen!… ¡Toma canela, niño!

Sole. ¡Cuélgate de esta alcayata, que te vas a caé!

Don Ignacio. ¿Eh? ¿Eh? ¡Una alcayata con algodones! ¿Qué pasa en Cádiz?

Sole. Vamos, vamos adentro.

Don Ignacio. ¡Vamos al fin del mundo! ¿Qué pasa en Cádiz?

Sole. ¡Vamos! *Se lleva adentro a don Ignacio, que no deja de volver la cara, desafiando al otro.*

Martín. No hay cosa que me saque de quisio más que un seviyano marchoso. Y si, además de marchoso, está borracho, me revuelve. ¡Si no yega a sé por Soledá…!

Don Juan Pedro. Pues yo soy sevillano; pero ni estoy borracho ni soy marchoso.

Martín. Pues usté y yo nos entenderemos.

Don Juan Pedro. No lo sé.

Martín. Si no es un imposible…

Don Juan Pedro. No lo sé.

Martín. Esta conversasión quería yo haberla tenido con usté hase ya días.

Don Juan Pedro. ¿Y quién se lo ha estorbao a usté?

Martín. Soledá… los acontesimientos… muchas cosas.

Don Juan Pedro. Soledá, Soledá. Alrededó de la niña está ahora to lo que nos importa a usté y a mí.

Martín. A mí, desde luego.

Don Juan Pedro. Y a mí, más que a usté.

Martín. Pues usté dirá.

Don Juan Pedro. Y bien clarito: no me gustan las habilidades ni los rodeos, aunque soy abogao. Vámonos al bulto. Usté es novio de Soledá.

Martín. Sí, señó: tengo esa ventura.

Don Juan Pedro. Ya veremos si es ventura o desgrasia.

Martín. Ventura.

Don Juan Pedro. Ya lo veremos. ¿Desde cuándo son ustedes novios?

Martín. Desde que nos miramos la primera vez. Aqueya noche me quedé yo dentro de sus ojos y eya durmió en los míos.

Don Juan Pedro. ¡No sea usté vanidoso!

Martín. Me lo ha dicho eya casi con las mismas palabras.

Don Juan Pedro. Eso es distinto. Ahora ya lo entiendo, No me sonaron esas palabras a cosa de usté. El hablá de usté tiene otro aire.

Martín. Yo seguí yendo a la tertulia de su casa. Y usté comprenderá que no había de sé por ustedes, a quienes cada día les irritaba más mi presensia y mi modo de sé. ¿Es verdá o no es verdá?

Don Juan Pedro. Es verdá.

Martín. Pero por sima de esa antipatía, Soledá y yo nos desíamos, sólo con mirarnos, eso que na más que los ojos saben desí cuando dos se quieren. Una tarde nos apretamos las manos más que de costumbre. Fue la primera carta.

Don Juan Pedro. ¿Eso también se lo ha dicho a usté eya?

Martín. Esto se lo digo yo a usté, pa que se vaya usté enterando.

Don Juan Pedro. Y yo le contesto a usté que ha traisionao a tres cabayeros.

Martín. ¡No! ¡Yo no traisiono a nadie! Y le suplico a usté, antes de seguí, que borre del aire esa palabra.

Don Juan Pedro. Pues, cuando menos, ha abusao usté de la confiansa que le brindaron generosamente los amigos del padre de Soledá.

Martín. ¡Tampoco! Entérese usté, don Juan Pedro. El primer paso que yo quise dá cuando eya y yo nos asercamos fué hablá con ustedes; con usté, más bien dicho. Porque don Román no es más que un eco —y mis palabras no le ofendan—, y a don Ignasio no lo he tomao en cuenta nunca. Pero Soledá no me dejó.

Don Juan Pedro. ¡Qué raro!

Martín. No es raro, conosiéndola. Quisá temió que ustedes me rechasaran; tal vez quiso asegurarse de mí, antes de que yo diera paso ninguno. Y a mí me disimuló estos pensamientos ponderándome a su manera la grasia de quererse en secreto; el gusto de escondernos de todos; el encanto de la ventana por la noche… ¡Solera, don Juan Pedro!

Don Juan Pedro. Déjese usté ahora de…

Martín. Yo protestaba diariamente; se lo juro. Yo no voy a ningún lao más que con la verdá. Figúrese usté si me contrariaría el empeño de eya: sus salidas de casa por las noches, burlando la vigilansia de ustedes, en complisidá con unas mujeres amigas…

Don Juan Pedro. La familia del Plasero. Ya, ya. ¡Van a oírme!

Martín. Me enojaba aqueyo, lo declaro. Y, sin embargo, sedía… sedía. No sé si solamente por complaser a Soledá o porque a mí también, sin darme yo cuenta, me iban ganando aqueyas noches, aqueyos ratos, los más dichosos de mi vida. Usté que es hombre de corasón y ha tenido mis años, sabrá de esto.

Don Juan Pedro. Sé, sé un poquito.

Martín. Soledá me gana; me rinde. Peleamos mil veses…

Don Juan Pedro. ¡Claro!

Martín. Porque los genios chocan; pero eya realisa el milagro de que yo, después de las tormentas, me encuentre siempre con que es su genio el que vense al mío, el que lo conquista. Lo veo; lo toco; se mete por mi alma; la va cambiando al

tono de la suya…

Don Juan Pedro. Pero ¿es usté el que me esta hablando? ¿El Martín que ni bebe, ni fuma; el que se duerme oyendo *soleares*; el que no tiene un golpe seviyano; el hombre más seco que el junco de una estera? ¿Es usté?

Martín. ¿Hay aquí nadie más que yo?

Don Juan Pedro. Si yo hubiera empinao el codo como Ignasio, me creería ahora mismo que se me había subía el vino a la cabesa; que me había mareao.

Martín. ¿Por qué?

Don Juan Pedro. Porque estoy como si me hubieran dao un duro que en una mesa me sonara a plomo y en otra a plata.

Martín. Pues en plata le estoy yo hablando a usté. Óigame usté también en plata, y no con prevensión, como siempre. Soledá me hase suyo… Hasta tal estremo, don Juan Pedro, que…

Don Juan Pedro. ¿Qué?

Martín. *Reprimiéndose.* No; esto, no.

Don Juan Pedro. ¿Cómo que no? ¿Qué es eyo?

Martín. No, no; debo cayarme.

Don Juan Pedro. ¿Cayarse, qué? ¿Se ha acabao la plata?

Martín. Son cosas sólo mías.

Don Juan Pedro. ¡Y de eya!

Martín. ¡Y de eya también, es verdá! Pero…

Don Juan Pedro. ¡Vengan! ¡Tengo derecho a sabé hasta lo último! ¡Soy aquí el padre de Solera!

Martín. Pare usté el pensamiento, amigo: no se imagine lo que no es.

Don Juan Pedro. Pues siga usté hablando como estaba. Dijo usté, y se cayó de pronto: «Hasta tal punto, que…». ¿Qué? ¿Qué se esconde en ese silensio?

Martín. Va usté a oírlo: hasta tal punto me ha hecho suyo en algún istante, que me ha yevao, a cosas que nunca pude creé que yo haría. Mire usté pa ayá. *Le señala a la izquierda.*

Don Juan Pedro. Ya miro.

Martín. ¿Ayí lejos no hay una chosa?

Don Juan Pedro. Sí.

Martín. ¿Ve usté a la puerta un hombre?

Don Juan Pedro. Un hombre veo: un gañán, un pastó…

Martín. ¿Lo conose usté?

Don Juan Pedro. ¿Yo? ¡Si es la primera vez que vengo a esta finca!

Martín. Pues voy a desirle a usté quién es y por que está aquí. Es un amigo de usté, de Soledá y mío, que se oculta aquí de la Justisia, al amparo nuestro.

Don Juan Pedro. ¿Eh? ¿Qué dise usté, Martín?

Martín. ¿No lo reconoce usted… ni por señas?

Don Juan Pedro. *Asombrado.* ¿Luis Toledo?

Martín. El mismo.

Don Juan Pedro. ¡Luis Toledo!… Pero ¿no está ya fuera de España?

Martín. Lo estará muy pronto.

Don Juan Pedro. Y ¿quién lo esconde aquí? ¿Quién lo trajo?

Martín. Eya y yo.

Don Juan Pedro. *Emocionándose al oírlo.* ¿Tú, Martín?

Martín. Yo, don Juan Pedro. Hasta esto he yegao… y esto era lo que quería cayarme.

Juan Pedro. *Sin poder reprimir su emoción ni su júbilo.* Chiquiyo, ¡qué sorpresa

y qué alegría me das! Ven aquí, siéntate a mi lao. Ven aquí. Tú tenías rasón: íbamos a entendernos. *Mirando a la izquierda.* Sí, sí; Luis Toledo es. Ahora que lo sé ya le conosco el aire… ¡Vestío de esa manera era difísi!… Dios te lo pague, Martín, Dios te lo pague. *Le estrecha las manos.* Ese infeliz merese esto. Pero, dime ahora: ¿cómo fué… cómo ha sío?…

Martín. ¡Estaría de Dios!… El hecho es que una noche —no se cuántas, porque desde entonses ni día ni noche separo ni distingo—, cuando Sole y yo acabábamos de afirmarnos, de estrecharnos más en nuestro cariño, yamó a aqueya puerta Luis Toledo. Entró como una fiera a la que persiguen y acosan. Yo lo ví con espanto y con ira; Soledá lo acogió yena de piedá, invocando no sé qué sentimientos divinos y humanos. Protesté, rugí; inútil. Eya, suplicante, deshasía mi enteresa, quebrantaba mi rabia y mis rasones. Me vensió. Tenía que venserme. Porque, contra mí mismo, yo, que hubiera delatao a aquel pobre hombre, menguaba en su presensia a mis ojos, y eya, que sin discutí crimen ni culpa quería salvarlo, cresía, cresía…

Don Juan Pedro. Sigue, muchacho, sigue… ¡Gloria me da Escucharte! Sigue.

Martín. Como había que salvarlo —ya era cosa resuelta—, a la media noche, en mi cochesiyo, nos vinimos aquí los tres.

Don Juan Pedro. Y ¿por qué aquí?

Martín. Porque el aperadó de este cortijo fué gran amigo del padre de Sole: no sé qué favores le debe a aquel hombre, que ha dejao al morirse una estela de bendisiones de to el mundo… ¡Yo creo que soy el único seviyano que no le debe na!

Don Juan Pedro. ¿Que no le debes na y eres el novio de su hija? ¿Quién la trajo al mundo? ¡Hay cosas que no puén oírse!

Martín. Tiene usté rasón.

Don Juan Pedro. Sigue.

Martín. El aperadó del cortijo amparó y disfrasó a Luis Toledo, y aquí estará oculto hasta que yo, con los documentos de un obrero que ha muerto en la fábrica donde está mi hermano, lo aleje de España; lo ponga fuera de peligro.

Don Juan Pedro. ¿Y no habrá cuidao de que los cortijeros huelan la cosa y den el soplo?

Martín. Ninguno. Esta gente del campo, a to el que yega a eyos fuera de la ley, le da no sé qué derecho de asilo. Eyos no preguntan: acogen. Lo primero que les manda es el corasón. Es un hombre que yora y que huye de una fuersa que lo persigue. Se ponen junto al hombre siempre. ¿Son ingratos con quien les da el pan? ¿Lo meresen sus amos tal vez? ¿Hasen quisá la justisia a su modo? No es ésta ocasión de ventilarlo; pero el resultao es, don Juan Pedro, que estos rasgos generosos son aquí habituales, y que Luis Toledo está entre esta gente más seguro que en parte ninguna. ¡Esto sí que es solera!

Don Juan Pedro. ¡Vaya! Se me han saltao las lágrimas, muchacho.

Martín. A los chiquiyos, a sus hijos… Bueno, Soledá y yo nos encargamos de esto también. Mientras el padre trabaja y se rehase, como aqueya noche nos ofresió, con palabras que no sé recordá sin tristesa, les procuraremos un ofisio: que aprendan también a trabajá. Y no hay más que desí. Quedó aquí Luis Toledo, y mi novia y yo volvimos a Seviya. Clareaba el día… Eya entró en su casa más hermosa y risueña que nunca; yo me fuí a la mía yorando del bien y del mal que había hecho… No acababa de entenderme a mí mismo… no asertaba a disculparme siquiera… Era otro yo, don Juan Pedro: no era el mismo más que en que la adoraba.

Don Juan Pedro. *Enternecido y entusiasmado, abrazándolo.* ¡Bien, chiquiyo, bien! ¡Pero bien! ¡Bien, bien, bien! ¡No pué está más bien! Y recógeme ahora este cabo suelto.

Martín. Diga usté.

Don Juan Pedro. ¿En tu ofisina, en los almasenes…?

Martín. ¿Qué?

Don Juan Pedro. ¿Sospecha alguien de ti?

Martín. Sospecharán.

Don Juan Pedro. ¿Por qué?

Martín. Porque no he vuelto por ayí… ni volveré a mi puesto nunca.

Don Juan Pedro. ¡Martín!

Martín. Cuando Luis Toledo esté ya a salvo, reuniré a mis compañeros un

día y les contaré lo que he hecho.

Don Juan Pedro. ¡No hagas disparates!

Martín. ¡Si no lo hago, no vivo! Y me iré de la casa.

Don Juan Pedro. Pero ¡si no tienes otra cosa, muchacho!

Martín. Ya la buscaré.

Don Juan Pedro. *Un tanto perplejo.* Martín, eres grande.

Martín. ¡Don Juan Pedro, por Dios!

Don Juan Pedro. ¡Eres grande! Mira que yo trato a muchos hombres… ¡Eres grande! ¡Grande de verdá! Porque hay hombres que pasan por grandes y te ocurre con eyos al revés que con las montañas. Las montañas grandes, cuanto más te asercas a eyas, más cresen. Algunos hombres, mientras más de serca los ves, más menguan. ¡Se quedan como enanos! Tú eres de los grandes de verdá. Me he asercao a ti y has cresío como una montaña a mis ojos.

Martín. ¿Por esto?…

Don Juan Pedro. Por esto, sí. *A Soledad, que, intranquila, aparece en este momento.* ¡Niña!

Sole. Don Juan Pedro.

Don Juan Pedro. Abrasa a este hombre.

Sole. ¿Qué?

Don Juan Pedro. Te lo mando yo.

Sole. *Atónita.* No puede usté mandarme cosa más de mi gusto. Pero ¿este cambio…? ¿Cómo me esplica usté…?

Don Juan Pedro. Porque he pasao en diez minutos de una antipatía rabiosa a una simpatía fulminante. ¡Abrásalo ya!

Sole. ¡Digo! *Lo abraza.* ¿Hay solera, don Juan Pedro, hay solera?

Don Juan Pedro. ¿No la tiene de habé? ¡De otra bota, pero hay solera!

Martín. ¿Quién había de desírmelo a mí, Soledá?

Don Juan Pedro. Y yo me encargo del Patronato y de la vieja. ¡Grasias a Dios que me va a tocá defendé un pleito a gusto! Y ahora le voy a dá un abraso a aquel desdichao.

Martín. Prudensia, don Juan Pedro.

Don Juan Pedro. ¡Hombre! ¡Ni que fuera uno una criatura! Hasta luego, hijos míos. Soledá, no lo cambies por otro: éste es mi consejo. Que yo, ahora, con su amistá, no me cambio por nadie. *Se va por la izquierda.*

Martín. *Anonadado.* Yorando va ese hombre… Pero ¿qué he hecho yo, Dios mío, qué he hecho yo?

Sole. *Estallando en un frenético arranque de alegría, de júbilo insensato, de cariñosa rabia contenida hasta entonces, de reproches de amor, de gritos triunfales, que no quiere ni puede reprimir.* ¡Mi gusto, mal ánge, mi gusto! ¡No le des vueltas, que no has hecho más que mi gusto! ¡Mi gusto, antipático, mala persona! ¡Mi gusto es lo que has hecho! ¡No te creas que has hecho el tuyo, no! ¡El mío! ¡El mío! ¡Como lo harás siempre! ¡Siempre! ¡Ay, qué días de infierno yevo, aguantando tus ojos y tu desconfiansa sobre mi consiensia!

Martín. Pero, Soledá…

Sole. ¡Cáyate ahora! ¡Ahora no hablas tú!

Martín. Óyeme…

Sole. ¡Que ahora no hablas tú! ¡Que me toca la vez a mí! ¡Que te has pasao hora y media charlando aquí con don Juan Pedro, mientras yo he estao ayá dentro cayá como una muerta, soportando a mi tía, y a don Natalio, y a su niño, y a don Ignasio, y a los veinte galanes que me iban a arrancá de tu corasón! ¡Maldita sea tu casta! ¡Que yo esté muertesita por este inglés!… ¡Anda ya, congelao; corre ahí dentro y publica a voses que me quieres y que te quiero! ¿No querías publicarlo?

Martín. ¡Sí!

Sole. ¡Pues entra ya y publícalo!

Martín. ¡Sí, sí! Pero yo…

Sole. ¡Que no hablas ahora! ¡Publícalo! ¡Y ve luego a Seviya y dilo en los periódicos! ¡Y anúnsialo también por la *radio*! ¡Que no quede alma viviente que no lo sepa!…

Martín. Pero, criatura…

Sole. ¡Caya! ¡Y dile a todo el mundo que me quieres porque soy al contrario que tú: al contrario que tú, que eres más soso y más frío que mandao hasé!… ¡Ay! ¡Ay!…

Martín. Soledá, yo no te he visto nunca así…

Sole. ¡Tenía que sé esta tarde cuando me vieras!

Martín. Esto es un ataque de… de…

Sole. ¡Sí; un ataque de nervios, de cariño, de alegría, de locura, de triunfo de mi vida, de qué sé yo qué!… ¡Acostúmbrate, porque vas a sufrí muchos por el estilo!

Martín. ¿Sí?

Sole. ¡Muchos! ¡Un día sí y otro no! ¡Cuando nos casemos, un día sí y otro no! ¡Y siempre será por algo bueno! *Enterneciéndose contra su voluntad.* ¡Ea! ¡Que no quiero lágrimas ahora! ¡Aunque sean como éstas! ¡Y si tenemos esos seis hijos con que sueñas tú —esto hay que hablarlo a tiempo—, ninguno se yamará como tu abuela la de Irlanda! ¡Ninguno! Se yamarán Dolores, María, Pedro, Juan, Pepe, Antonio, Rosío, Magdalena, Isidoro, Rosario… ¡Ya van más de seis! ¡Santos del almanaque! ¡Y uno por uno aprenderán a tocá la guitarra!… ¡Y yo les diré que se vayan a tocarla a tu despacho, cuando estés ajustando las cuentas! ¡Pa que te equivoques! ¡Lo que nos vamos a reí!… ¡Y tú, si quieres, agarras entonses tu acordeón, y te vas al río a tocá una barcarola en una lancha! ¡Ay! ¡Ay!

Martín. Vas a ponerte mala, chiquiya…

Sole. ¡Ay! *Apaciguándose.* No, no… Ya no… No temas… Ya pasó, pasó. ¡Tenía que rompé el dique!… ¡Eran aguas presas que tenían que salí! Ven acá, mala sombra, y dime ahora tranquilo: ¿me quieres como soy?

Martín. ¡Te querré… como seas!

Sole. ¡Pues que arda siempre al lao de nuestro cariño la candelita pa los

demás; esta candelita, a la que ahora le hemos echao leña tú y yo juntos! ¡La candelita de los buenos, como desía mi padre, sin la cual el mundo sería de las fieras! ¡De las fieras, Martín!

Martín. Sí, Sole, sí… ¡Bien hayas tú, que me enseñas a comprenderlo!

Sole. *Mirándolo entre satisfecha y victoriosa.* Oye: esta noche te espero en la ventana.

Martín. *Con extrañeza.* ¿En la ventana?

Sole. ¡Solera, hijo! ¡Solera!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, diciembre, 1931.

PITOS Y PALMAS

ZARZUELA CÓMICA EN DOS ACTOS
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

MÚSICA DE FRANCISCO ALONSO

Estrenada en el **Teatro Calderón** el 26 de febrero de 1932

A PACO URZAIZ,

amigo y paisano nuestro dos veces,

por andaluz y por aragonés,

y gran apasionado de la fiesta

de toros, con cariño de la niñez,

nacido en una bodega andaluza,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Custodia. Selica Pérez Carpio. Justilla. Flora Pereira. Doña Lola. Ramona Galindo. Torerín. Faustino Arregui. Moyate. Eduardo Marcén. Juan Francisco. Lorenzo Sola. El Cojo Ventura. Miguel Pros. Rehilete. Manuel Hernández. Don José. Vicente Carrasco. Chuleta. José Palomo. Tormenta. Jesús Fernández. Mozo de estoques. Manuel Plaza. Pepe el Guapo. Ernesto Ruiz de Arana. Juan el Tipo. Emilio Estern. Curro el Feo. Enrique Seva. Sarasate. Eloy Parra. Torrija. Santiago Rodríguez. Un Chiquillo. Emilio Hernández. Un Guasón. Manuel Guardón. Chiquillos y gente del pueblo(*) (*) Tomaron parte en la representación, además del ya citado Emilio Hernández, los niños Jesús Aguirre, Alfonso y José Navarro, Antonio y José Granados, Mariano Pantoja, Félix y Federico Salmerón, Justo García, Lorenzo Morera y Félix Cristóbal.

PITOS Y PALMAS

ACTO PRIMERO

Patinillo en casa de Moyate, en Sevilla. Al foro, tapia baja, con la puerta de entrada. A la izquierda del actor, puerta que da acceso a las habitaciones. Arriates y cacharros con flores.

Es por la tarde, en junio.

Moyate y Custodia, padre e hija, acompañados de Justilla, vecinita de junto, aguardan el resultado de la novillada que por primera vez torea en la plaza de Sevilla Antonio Trigo el «Torerín», novio de Custodia. Custodia es bella y apasionada; su padre, camarero de oficio, es el mayor de los sinvergüenzas que hemos encontrado en nuestra vida; Justilla es una preciosidad con ideas propias sobre el amor.

Custodia. ¿Qué hora es, Papá?

Moyate. Las siete, hija.

Custodia. Pero esa corría ¿no se acaba nunca?

Moyate. ¡Nunca; ya lo estás viendo!

Justilla. ¡Nunca!

Moyate. A mí tanta tardanza me huele malamente, la verdá.

Justilla. Y a mí.

Custodia. No desírmelo, que a mí me da una angustia de muerte.

Moyate. ¡Esto de que Juan Francisco no haya llamao ar teléfono de aquí junto, como me prometió!…

Música

Custodia.

¡Qué tarde más triste!

¡Qué horitas más negras!

¡Qué tormento pasa

la novia que espera!

Moyate.

Pocas veses en la vía

me engaña a mí er corasón:

¡no se acaba la corría

sin una *esaborisión*!

Custodia.

¿Se quié usté cayá?

¡Por lo que más quiera!

¿No me vé yorá?

Justilla.

¡Caye usté, por Dios!

Ca una por su causa,

yoramos las dos.

Custodia.

¡Qué angustia más grande!

¡Qué tarde más larga!

¡Qué fatigas sufre

la novia que aguarda!

Moyate.

Moyate siempre ha tenío

mucho sentío común:

¡lo que hoy me dise er sentío

es más negro que er betún!

Custodia.

¡Acabe ya la corría,

y que yo le vuerva a vé

junto a su madre y con vía

y ér me mire junto a é!

¡Virgensita mía,

mis ojitos le han de dá

luminarias a tu artá!

¡Ay, que me mata

la desasón!

¡Ay, cómo tiembla

mi corasón!

Justilla.

¡Acabe ya la corría,

o yo aquí voy a caé

presa de una arferesía

y nadie me hará vorvé!

¡Ay, que me mata

la desasón!

¡Ay, cómo tiembla

mi corasón!

Moyate.

¡Acabe ya la corría,

y yo luego te diré

lo mismo que el otro día

y que ayé y antes de ayé!

Los tres.

¡Acabe ya la corría!

Cesa la música.

Moyate. Pos no acaba. Ya son más de las siete y no hay señales en er barrio.

Justilla. Es que la plasa piya lejos, señó Román.

Custodia. ¡Ay, Justiya! ¡Qué bien hases tú en no queré un novio torero!

Justilla. Ni torero, ni na que tenga ningún peligro. Ya trae bastantes sinsabores er queré de por sí, sin nesesidá de añadirle ninguno.

Dentro, a distancia, pregona un Chiquillo.

Chiquillo. ¡*Er Libera* de ahora! ¡Con la reseña de la corría de esta tarde!

Custodia. ¿Ya?

Moyate. ¿Ya?

Justilla. ¡Cómprelo usté!

Chiquillo. ¡La cogida y muerte…!

Los tres. *Gritando llenos de terror.* ¡Aaaah!

Chiquillo. *Rematando su pregón.* ¡… de un cabayo!

Moyate. ¿Le paese a usté?

Custodia. ¡Qué niño con más guasa!

Justilla. ¡Vaya un susto que nos ha dao!

Moyate. ¡Mardito sea su padre!

Chiquillo. ¡Lo bien… que han podio quedá los mataores!

Moyate. ¿Otra te pego, niño? ¡Ten cuidao y no sarga aquí un Herodes segundo!

Custodia. ¡Ahí ar lao se baja der cabayo Tormenta, er picadó!

Justilla. ¡Pregúntele usté!

Moyate. *Al picador, que luego se asoma a la puerta.* ¡Oye, Tormenta!

Tormenta. ¿Eh?

Moyate. ¿Ha acabao la corría?

Tormenta. Si no ha acabao, poco ha de fartarle.

Custodia. ¿Cómo ha estao Torerín?

Tormenta. En er segundo, no lo sé. En er primero, mu desgrasiao.

Custodia. ¿Mu desgrasiao?

Tormenta. ¡Mu desgrasiao!

Custodia. ¡Virgen de la Amargura! ¿Se habrá desquitao en er segundo?

Tormenta. ¡Qué sé yo! Pero las desgrasias nunca vienen solas. Buenas tardes. *Se marcha.*

Moyate. Vaya usté con Dios.

Custodia. ¡Madre mía! ¡No quiero ni pensarlo! ¿Pa qué habrá pasao por aquí ese hombre? *Éntrase afligida por la puerta de la izquierda.*

Moyate. ¿Lo ves, Justiya, lo ves tú? Mi hija se cree que su novio es otro Joselito, y yo sé que no mata una chinche. ¡Una chinche, que con asoplarla na más se quea quieta! ¡Pos no la mata!

Justilla. Y usté se alegra de eso, vesino.

Moyate. Y tú también, vesina.

Justilla. ¿Yo?

Moyate. Tú también. Porque fué novio tuyo antes que de mi hija y te dejó por er toreo.

Justilla. Lo dejé yo, que no es la misma cosa. A mí los toreros no me gustan. Los toreros son de to er mundo menos de su novia. Y yo quise quitárselo de la cabesa. Porque le tengo ley. Y se lo dije: vas a dejá de sé un buen sapatero pa sé un torero malo. Y me vorvió la esparda.

Moyate. Que es lo único que sabe hasé: vorvé la esparda. Frente a los bichos, sobre to. ¡Asín lo arcanse uno y lo escarmiente a las primeras!

Justilla. ¡Eso no, Moyate!

Moyate. ¡Eso sí! ¡A vé si esa hija mía dispierta de su sueño! ¡Con los pretendientes de posisión que le salen! ¡Asín los tiene!

Justilla. Sobre to uno de eyos, ¿no es verdá?

Moyate. Uno de eyos, sí: no me tires chinitas.

Justilla. ¡Er Cojo Ventura!

Moyate. ¡Er Cojo Ventura!

Justilla. ¡Pero er Cojo no viene por buen camino!

Moyate. ¡Bah! ¿Qué más da er camino si va a ponerle un coche a la puerta? Er mar camino es er que se anda a pie.

Justilla. ¡Buen charrán está er Cojo, con tos sus dineros! Ese no se casa con

Custodia ni con ninguna.

Moyate. Ni tarta que liase. Er matrimonio es una antiguaya. Er matrimonio está fracasao en er siglo veinte. La prueba es que to er que se casa se arrepiente a los quinse días.

Justilla. Y en er siglo diesinueve ¿no pasaba eso?

Moyate. ¡Más en mi abono! ¡Fracasao, fracasao! ¡Por eso ha habío que implantá er divorsio!

Justilla. ¿Usté es partidario der divorsio, Moyate?

Moyate. ¿No lo tengo de sé? Pero no de ahora: de toa mi vía. ¡Yo me divorsié de mi mujé dos o tres veses antes de casarnos! Hay que í con las conquistas modernas.

Justilla. Y ¿cuáles son?

Moyate. Que ca una se vaya con er que le guste.

Justilla. ¿Con er que le guste a su padre?

Moyate. No; a eya.

Justilla. Entonses se va Custodia con er Torerín.

Moyate. ¡Le rompo un güeso!

Justilla. ¿Usté lo ve? ¡El ancho del embúo!

Moyate. ¡Lo que te dé la gana! ¡Pero no he traío yo ar mundo una criatura tan completa como mi hija pa morirme de camarero de un cormao! ¡Ca!

Justilla. ¡Qué poca vergüensa tiene usté, Moyate!

Moyate. Y toavía me estorba la poca que tengo. ¡La vergüensa!… ¡Otro fracaso de esta época!

Justilla. *Asomándose a la puerta.* Aguarde usté.

Moyate. ¿Quién viene?

Justilla. Chuleta, er camisero. *Llamándolo.* ¡Chuleta, has er favó!

Se presenta Chuleta en la puerta.

Chuleta. ¿Qué quieres? Buenas tardes.

Justilla. ¿Vienes de los toros?

Chuleta. De ayí vengo.

Moyate. ¿Ha cogío arguno ar Torerín?

Chuleta. Ha debío cogerlo. Meresía que le hubiera entrao un cuerno por la barriga y le hubiera sacao el ombligo por la boca.

Justilla. ¡Qué atrosidá!

Chuleta. ¡Josú, que niño! ¡Camará, que niño! ¡Valiente niño!

Moyate. ¿Ha queao malamente?

Chuleta. ¡Desí na más que malamente es alabarlo!

Moyate. *Entre sí.* (¡Ole!).

Chuleta. ¡*Pajolero* niño! ¡Si er público se ha tirao a la plasa pa picarlo pa arbóndigas!

Moyate. (¡Ole!).

Chuleta. ¡Si ha querío arrancarle la coleta en los medios!

Moyate. (¡Ole!).

Justilla. ¿Lo han sirbao mucho, entonses?

Chuleta. ¡Lo ha sirbao hasta er Presidente! ¡Que tenía que nasé er Torerín pa que se viera esto! ¡Gachó, qué niño! ¡Compadre, qué niño! ¡Comadre, qué niño! ¿Y ese es er niño que pretende a su hija de usté? ¡Échelo usté ar poso como un galápago, y que se ahogue! ¡Condenao niño! Ahí viene don José, que es un buen afisionao. Que les cuente a ustedes, Buenas tardes.

Moyate. Adiós y grasias.

Chuleta. *Alejándose.* ¡Arrastrao niño! ¡Chavó, qué niño! ¡Qué güeso de niño!

Justilla. Señó Román, esto no es cristiano: le sale a usté la alegría por los ojos.

Moyate. ¡Y por las orejas y por las narises! ¡Si se lo estaba pidiendo a Dios!

Justilla. Pos miste que yo lo quiero sapatero; pero ya prinsipia a darme lastima.

Moyate. *Saludando al mencionado don José, que pasa por el fondo con su señora, doña Lola.* Don José, buenas tardes.

Don José. Buenas tardes.

Justilla. ¿No quiere usté descansá un ratito, don José?

Moyate. Honre usté mi casa, don José.

Don José. Grasias, Moyate. No me detengo porque me esperan los chiquiyos, que estarán con cuidao. ¡Por poco nos coge la noche en la plasa!

Moyate. ¿Tan mala ha sío la noviyá?

Don José. ¡La peó que he visto en los años que tengo!

Moyate. (¡Ole!).

Don José. ¡Yo no vuervo a los toros, Moyate!

Doña Lola. Hasta er jueves, que hay una estraordinaria.

Don José. ¡Pos la va a vé San Isidoro! ¡Yo no vuervo! ¡Sinvergüensas, granujas, canayas, bandidos, ladrones!…

Moyate. ¿Quiénes, don José?

Don José. ¡Los espadas, los banderiyeros, los picadores, er ganadero, los toros, la Empresa, los monos sabios, er público, er Presidente, los aguasiles, las muliyas!… ¡No vuervo a los toros!

Doña Lola. Cármate, José.

Justilla. ¿Y Torerín, cómo se ha portao?

Don José. ¿Torerín? ¡Valiente niño! ¡Josú, qué niño! ¡*Pajolero* niño! ¿Y ese niño es er que traía la escuela de Manoliyo el Espartero? ¡Vamos, hombre! ¡Si no está a estas horas en la cárse, es que ya no hay justisia ni en los toros, que era la única que nos quedaba en este país! ¡Qué camelo de niño! ¡Ni vale na, ni torea na, ni mata na, ni ve na, ni sabe na, ni na, ni na, ni na!

Doña Lola. Sosiégate, José. Vámonos a casa, a refrescarte.

Moyate. ¡Déjelo usté que se desahogue!

Don José. Yo no tuve más que verlo í pa la corría, yorando en er coche, y sentensié lo que le ha susedío. ¡No son hombres, son señoritas der conjunto! ¡Con perdón der conjunto! ¡Cuando uno se acuerda de aquer Currito, que ar salí pa la plasa le desía siempre a su mujé: «Enriqueta, vé echando el arroz, que ahora vuervo»! ¡Aqueyos eran hombres!

Doña Lola. ¡Por Dios, José, que te vas a poné malo! Siéntate un momentito y descansa. ¡Le cuesta la vía la afisión!

Don José. *Un poco entre sí.* ¡Mamarrachos, piyastres, chancletas!…

Doña Lola. ¡Así se pasa er día este hombre! ¡Como si no hubiera más que los toros! Torea en er desayuno, torea en er café, torea en la caye, torea en la ofisina… ¡hasta acostao torea!

Moyate. ¿Acostao también?

Doña Lola. ¡Soñando, por supuesto! Yo paso unas noches de tragedia er día después de las corrías. ¡Sueña en vos arta y me despierta con unos gritos!… «¡Con la izquierda! ¡Con la izquierda! ¿Estás siego? ¡Con la derecha ahora! ¡Métete en su terreno, ladrón! ¡Atrácate de toro!». ¡Y a mí me pone er corasón en la garganta!

Justilla. ¡No me lo jure usté!

Don José. *Como antes.* ¡Asesinos, piratas, matahormigas!

Doña Lola. Pos ¿y er susto que nos dió la otra noche? Prinsipió a pegá voses que no había medio de cayarlo. «¡Fuego! ¡fuego! ¡fuego!». Yo sarté de la cama despavoría; las criás corrían por los corredores con cubos de agua; mi cuñao yamaba a los bomberos por teléfono… ¡Una revolusión! Hasta que yo me hise

cargo y me puse a gritá: «¡Que no es na, que no pasa na; que no hay fuego; que es un toro que ha salío manso!». ¡Ay, qué hombre! ¡Me mata!

Don José. ¿Sí, eh? ¡Pos peó sería que me hubiera dao por er *fubó*!

Doña Lola. ¡Ah! ¡Es que si te da por el *futbó* separamos las camas!

Don José. ¡Bueno! ¡Vámonos ya, que me está hasiendo farta una gaseosa!

Moyate. Vaya usté con Dios, don José.

Justilla. Que usté siga bueno, don José.

Doña Lola. Buenas tardes.

Don José. Quearse con Dios. ¡Y tú, Moyate, si desde hoy me nesesitas pa arguna cosa, búscame en cuarquier parte, menos en los toros!

Doña Lola. ¡Hasta er jueves! ¡Ya le estoy temiendo yo ar sueño de esta noche!

Don José. *Retirándose.* ¡Maletas, bribones, damiselas, piyos de playa, bandoleros!…

Moyate. *Loco de júbilo.* ¿Qué tá, Justiya? ¿No es pa repicá la Girarda? ¡Pa er Torerín iba a sé ese tesoro mío! ¡Voy a darle estas buenas notisias!

Vase al interior de la casa.

Justilla. ¡Ya está; ya está! ¡Lo que yo quería, sin pedirlo! Antonio tiene que abandoná er toreo y vuerve a su ofisio a trabajá. Custodia lo deja en cuantito lo vea sapatero. ¡Y entonses es pa mí! ¡Señó, si ar sino no vale yevarle la contraria! Si Dios ar nasé las criaturas dise ayá arriba: «¡Ahí va un torero; ahí va un marino; ahí va un pintó; ahí va un Papa!». Y ar nasé Antonio, dijo: «¡Ahí va un sapatero!». ¡Y vaya usté a enmendarle la plana! Sapatero, sapatero. Yo pa mí no quiero un hombre que a ca istante se juegue la vía. ¡Sapatero!

Música

Ni sordao, ni torero,

ni piloto voladó:

sapatero, sapatero,

sapatero es lo mejó.

Torerito no lo quiero;

no lo quiero matadó;

sapatero, sapatero,

sapatero es lo mejó.

Un beserro en una plasa

puede darle una corná;

en las botas y en su casa

er beserro no liase na.

Por los aire, junto ar sielo,

se espampana sin queré:

en su mesa y en er suelo

no hay peligro de caé.

Una bala de un morito

me lo puede atravesá:

perfilando un sapatito

no le pasa nunca na.

Traen los amores mir sinsabores

para aumentarlos con los demás:

que otras se yeven los voladores,

los militares, los matadores…

¡Un sapatero de cuerpo entero,

dicharachero,

me gusta más!

¡A San Antonio yo se lo encargo

si es menesté!

¡Muero con parma si no me sargo

con mi queré!

Ni sordao, ni torero,

ni piloto volado:

sapatero, sapatero,

sapatero es lo mejó.

Cesa la música.

Llega el Cojo Ventura. Se apoya en su bastón, pero no parece cojo, según se mueve. La alegría lo trastorna. Es un cuarentón elegante, de elegancia un tanto chillona y llamativa, y bastante feo.

Cojo Ventura. ¡Salir!

Justilla. ¡Hola, don Calisto!

Cojo Ventura. ¡Hola, niña! ¿Y *Moyete*?

Justilla. ¿Eh?

Cojo Ventura. ¡Moyate!

Justilla. Ayá dentro está con Custodia.

Cojo Ventura. Yámalo.

Justilla. ¿A Custodia también?

Cojo Ventura. A Moyate solo.

Justilla. ¿Pasa argo?

Cojo Ventura. ¿No sabes lo que pasa? ¡Que er fenómeno taurino va a tené que esconderse en un sumidero! ¡Eso pasa, na más!

Justilla. Está usté mu nervioso. ¡No parese que cojea, sino que baila!

Cojo Ventura. Yama a Moyate ya.

Justilla. Ahora mismo. *Yéndose por la puerta de la izquierda.* (¡Tos son a alegrarse! ¡Y este tío indesente es quien se alegra más que tos!).

Cojo Ventura. *Recorriendo el patinillo con aire de triunfo.* ¡La suerte está pa er Cojo Ventura! ¡Ar Torerín le ha venío la contraria! ¡Apúntate esta basa, Calisto! ¡La niña de Moyate es pa ti!

Viene Moyate jubiloso.

Moyate. ¡Don Calisto!

Cojo Ventura. ¡Moyate! ¡Un abraso!

Moyate. ¿Eso ha sío el acabóse?

Cojo Ventura. ¡Er delirio, Moyate! ¡Tu presunto yerno se tiene que largá de Seviya!

Moyate. ¡Ole!

Cojo Ventura. Er primer ¡ole! que escucho esta tarde. A la caye no pué salí ese niño en tres meses. ¡Qué escándalo! ¡No han quemao la plasa por milagro de Dios! Pa acá lo trae ahora mismo la Guardia siví.

Moyate. ¿Cómo pa acá?

Cojo Ventura. ¡Pa acá! Yo, con er pretesto de sarvarlo, porque er público lo espera en su casa con las de Caín, he aconsejao que le den un quiebro a la gente y que te lo traigan aquí. ¡Pa que lo vea Custodia!

Moyate. ¡Ole!

Cojo Ventura. ¡Que pase la vergüensa delante de eya! ¡Y tú y yo vamos a está la má de compungíos!

Moyate. ¡La má!

Cojo Ventura. Y ahora, Moyate, a vé si me ayudas como los buenos.

Moyate. ¡Don Calisto, si pa mí es una gloria ayudarle a usté! Pero la niña está mu dura de pelá.

Cojo Ventura. Ahora, por er momento… El amor propio… Pero tú no sabes lo que ablandan un corasón los mantones de Manila, las peinas de concha, los vestíos buenos, er coche a la puerta, er borso yeno de biyetes… ¡Que no te mueres tú de camarero, hombre!

Moyate. Dios se lo pague a usté. ¿Qué voy a queré yo más que er bienestá de mi hija? ¡Y me yaman a mí sinvergüensa! ¡A mucha honra!

Cojo Ventura. ¡Si también a mí me lo yaman!

Moyate. ¿Que a usté le yaman sinvergüensa?

Cojo Ventura. ¿Has visto, hijo mío?

Moyate. ¡No será delante de mí!

Cojo Ventura. ¡No! ¡Me lo yaman delante de mí!

Se oyen varios silbidos dentro.

Moyate. ¿Qué es eso, don Calisto?

Cojo Ventura. ¡Ahí está ya! ¡Mía cómo te lo anunsian!

Voz. ¡Métete en la cama, sinvergüensa!

Otra. ¡Sapatero, a tus sapatos!

El Cojo y Moyate se frotan las manos de gusto.

Otra. ¿Quiés echarme unas medias suelas, Torerín?

Cojo Ventura. ¡Y esto no es na pa lo que habrá en su casa!

Moyate. ¡Ole! ¡Ole!

Voz. ¡Gayina, ar gayinero!

Otra. ¡No le hases sangre ni a un tomate!

Nuevos silbidos.

Otra. ¡A toreá con tu familia!

Con Juan Francisco, su apoderado, llega en este momento el Torerín, a quien acompañan también Rehilete y el Mozo de estoques. Vienen los toreros como de la guerra, rotos, sudorosos, maltrechos. A Rehilete, de un botellazo, le han puesto un ojo como un pisapapeles de cristal. Juan Francisco cierra la puerta tras ellos, y entonces se renuevan las protestas y los silbidos.

Voz. ¡Fuera!

Otra. ¡Fuera! ¡Fuera!

Otra. ¡A la escuela de baile!

Otra. ¡A remendá sapatos!

Torerín. ¡Mardita sea mi suerte!

Moyate. ¡Antonio!

Cojo Ventura. ¡Chiquiyo!

Oportunamente sale por la puerta de la izquierda Custodia, seguida de Justilla.

Custodia. ¡Antonio de mi arma!

Torerín. ¿Quién me ha traío aquí, pa que tú me veas?

Justilla. ¡Antonio!

Torerín. ¡Irse tos! ¡Vete tú, Custodia! ¡Déjame! ¡Antes que esto, hubiera querío morirme!

Custodia. ¡No hables disparates!

Juan Francisco. ¡No digas tonterías! ¡Los mismos que esta tarde te han *abucheao*, te han de toca las parmas! ¿Qué saben eyos? Los toros dan y quitan, Antonio.

Rehilete. Dan y quitan, zí. Y a nozotros han empezao por darnos un dijusto y por quitarnos hasta el apeyío.

Moyate. Pero ¿tan grande ha sío el arboroto?

Juan Francisco. De los que hasen época, Moyate: hay que reconoserlo y hay que desirlo. Ha sío una de esas tardes en que er público se vuerve un monstruo de veinte mir garras y quié destrosá a un hombre. La fiera no está en la arena buscando la sangre: está en las gradas y en los tendíos. Y se insurta ar pobre torero, y se le asusa, y se le vuerve loco. ¡Y está ayí la muerte, está ayí, asechando a su presa, pero nadie se quiere enterá! La fiera que tos los hombres yevamos dentro brama, brama sin pará, al amparo de las otras fieras. «¡Ar toro, cobarde!». Le yaman cobarde miles de personas, que están resguardás de to peligro, a una sola que se juega la vía «¡Ar toro, cobarde!». A nadie le importa si torea por afisión, por la negra honriya o por hambre. A nadie le importa que tenga una madre que en aquer momento rese por é, o una novia que pene en casa yena de ilusiones… ¡A nadie le importa! «¡Ar toro, cobarde!». ¡Y el infeliz torero, desatentao, siego, fuera de sí, pincha, huye, yora, se mete en los cuernos, no sabe lo que hasé!… Pero si er toro lo arcansa y lo deja muerto en la arena, no se diga luego que lo ha matao er toro: ¡lo ha matao la otra fiera de los tendíos y de las gradas!

Moyate. Es verdá, es verdá…

Cojo Ventura. Es verdá…

Rehilete. ¡Ze me han puesto de punta hasta los pelos de un hermano mío que está en Carmona! ¡Jozú, qué público! ¡Lo que es yo no vuervo a toreá en Zeviya!

Cojo Ventura. ¡De eso se encargará la Empresa!

Moyate. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué don Calisto! Diga usté tres o cuatro cosas de grasia de esas suyas, pa animá a esta gente.

Justilla. No, Moyate; que la tarde no está pa gorpes.

Rehilete. ¡Ya ha habío bastantes en la plaza! ¡Valiente tardecita!

Mozo. ¡Er cura, er cura!

Justilla. ¿Qué cura?

Mozo. ¡Un cura que yo me encontré ar zalí de mi caza hoy por la mañana, y ya lo vi to negro!

Cojo Ventura. ¡Naturalmente!

Juan Francisco. *A Torerín.* ¡Pero ríete tú también y levanta el ánimo, criatura!

Custodia. ¡Pobresito mío!

Juan Francisco. ¿Es que en una tarde se va a desidí la vida de un torero?

Custodia. ¡Ya se ve que no! Tiene rasón tu apoderao.

Juan Francisco. ¿Es que eres tú el único torero que ha tenío una mala tarde?

Rehilete. ¡Acuérdate der *Gayo*, que es el amo!

Cojo Ventura. ¿De las malas tardes?

Rehilete. ¡Der toreo!

Justilla. Y eso tuyo del ojo, ¿qué ha sío, Rehilete?

Cojo Ventura. ¡Un merengue que le tiraron!

Moyate. ¡Ja, ja, ja! ¡Un merengue! ¡La grasia de este hombre!

Rehilete. Un merengue, no; pero un puro, zí.

Justilla. ¿Y con un puro se te ha armao to eso?

Rehilete. ¡Es que me lo tiraron encendío!

Cojo Ventura. ¡Ja, ja, ja!

Moyate. ¡Ja, ja, ja! ¿Y ese melocotón de la frente?

Rehilete. ¿Esto?… Na. Uno que me ofreció un vazo e vino con una boteya

vacía.

Cojo Ventura. Y ¿lo tomaste?

Rehilete. Zintiendo mucho no podé devorverle er casco.

Cojo Ventura. ¿Y aqueya espanta con er jabonero, qué fué?

Mozo. ¡Er cura, er cura!

Rehilete. ¡Qué cura ni qué obispo! ¡Lo que no le ha pazao a nadie en er mundo!

Cojo Ventura. ¿Qué fué?

Rehilete. ¡Pos que er toro ze echó a reí!

Cojo Ventura. ¿Qué se echó a reí er toro? ¡Ja, ja, ja!

Rehilete. ¡Pero no azí una zonrisita! ¡Que zortó er trapo!

Moyate. ¡Ja, ja, ja!

Cojo Ventura. ¡Er que sortaste er trapo fuiste tú!

Rehilete. ¡Usté póngaze en mi lugá: un toro riéndoze de uno!… ¡Ze lo doy yo ar Guerra en zus buenos tiempos! ¡Y que ze le veía hasta la úrtima muela!

Cojo Ventura. Pos lo mismo le pasó ar público que ar toro; porque er pitorreo duró diez minutos.

Ríen todos menos Custodia y Torerín.

Moyate. *Al Torerín, obedeciendo a una seña del Cojo.* ¡Ea, tú, basta ya de gemí, que eso no es de hombres! Vente conmigo ar comedó: te daré una copa de coñá y un vaso de agua.

Torerín. Yéveme usté donde usté quiera. Ahora mismo soy un muñeco.

Moyate. Vení también ustedes tos.

Rehilete. ¡A vé zi orvidamos la tarde! Mala zuerte ha habío.

Mozo. ¡Er cura, er cura!

Rehilete. ¡Yo no vuervo a toreá en Zeviya!

Moyate. Vamos, Antonio.

Juan Francisco. Anda; esto te animará. Y ahora Moyate te prestará un terno pa que no vuervas de torero a tu casa.

Cojo Ventura. ¡Eso está bien pensao!

Custodia. ¡Se me parte el arma de verlo!

Éntranse por la puerta de la izquierda con el Torerín, todos menos Justilla y Rehilete.

Justilla. ¡Lo tranquilo que estaría ese hombre cortando unos sapatitos de charó!

Rehilete. ¡Ay, Justiya, qué tarde! ¡To ze ha vuerto contra nozotros!

Justilla. ¡Vaya por Dios!

Rehilete. ¡Yo no he visto nunca unos toros más grandes! Parecían vapores, y los cuernos, las chimeneas.

Un guasón se asoma a la tapia y muge de manera que les da un susto a ambos.

Guasón. ¡Muuu! ¡A vé si creses con er mieo!

Justilla. ¡Ay!

Rehilete. ¿Te ha azustao eze mal ánge? ¡Verás tú ahora! *Corre hacia la puerta.*

Justilla. ¡Estate quieto! ¿Adónde vas?

Rehilete. Dices bien, Justiya. No ze pué uno vorvé contra er público. Además, que eze mala zombra —yo lo conozco— es capaz de embestirme. ¡Y zi no me embiste é me embiste zu padre!

Justilla. ¿De manera que habéis pasao er purgatorio?

Rehilete. ¡Er purgatorio y el infierno! ¡Vaya público y vaya ganao! ¡Qué

mieo, Justiya! ¡Jozú! Zi er mieo ze midiera como la calentura, zartaban los termómetros.

Justilla. Y er mieo a los toros debe de sé mayó que ninguno.

Rehilete. ¡Yo no lo conozco mayó! ¡No ze paeze a na que tú veas!

Música

Rehilete.

Te entra por arriba,

te entra por abajo,

te entra por delante,

te entra por detrás,

como unos microbios

que están en el aire,

como una corriente

de elertricidá.

Estremeciéndose.

¡Aaaaaah!

Justilla. *Contagiada.*

¡Aaaaaah!

¡Sólo de pensarlo

la tierra me tarta!

¡Na más que de oírte

me he puesto a temblá!

Rehilete.

Ze nublan tuz ojos,

te tiemblan las piernas,

te zuenan las tripas,

te rompe er zudó,

te da calentura,

te dan *repelucos*,

te dan muchas ganas…

de irte ar cayejón.

¡Oooooh!

Justilla.

¡Oooooh!

¡Sólo de pensarlo

sin purso me queo!

¡Na más que de oírte

me aumenta er tembló!

Rehilete.

¡Er toro crece cuando ze acerca,

y en vez de un toro te parecen tres,

y en cambio de ezo los burlaeros

ze van tan lejos que no los ves!

Justilla.

¡Caya, chiquiyo, que no se entiende

que haya en er mundo quien atoree,

habiendo tantas sapaterías

y otros oficios donde escogé!

Rehilete.

¡Pos ze torea, Justiya,

porque er toro en los pitones

tiene una coza que briya

y biyetes a montones!

¡Pero ya hace farta

que invente la Ciencia

argún papeliyo

o arguna inyerción

que er mieo nos quite

durante la lidia,

como la toaya

nos quita er zudó!

Justilla.

No hay en er mundo sabio ninguno

que esa reseta te pueda da.

Es más sensiyo poné los cuernos

de una manera que no hagan na.

Rehilete.

Ese es er caso y es er busilis

y es lo que tiene dificurtá:

que si los cuernos no dan dijustos…

no hay un torero que importe na.

Justilla.

¡Que no haya toreros

es lo regulá!

Rehilete.

¡Nasé con dineros

y no hay que temblá!

Cesa la música.

Vuelven Custodia y el Cojo Ventura.

Cojo Ventura. Pero, Rehilete, ¿cómo no has ido tú a tomá una copa?

Rehilete. Me *entretení* con ésta. Ayá voy.

Custodia. Vé tú también, Justiya.

Justilla. ¡No que no! (Custodia quiere hablá con er Cojo. ¡Digo!).

Vase por la puerta de la izquierda con Rehilete.

Custodia. ¡Ea! Ya estamos solos. Vamos a vé qué quiere usté conmigo.

Cojo Ventura. Haserte una pregunta.

Custodia. Usté dirá.

Cojo Ventura. ¿Eran ganas de no darle yo la mano a Antonio pa que saliera

en la plasa de Seviya, o es que no sirve pa torero?

Custodia. ¿Y usté, pa qué sirve?

Cojo Ventura. Por lo pronto he servío pa ayudarle a da er paso de hoy.

Custodia. ¿Usté?

Cojo Ventura. Yo.

Custodia. Usté ha estao jugando con dos barajas. To se sabe.

Cojo Ventura. ¿Yo?

Custodia. Usté. Usté le aconsejó a la Empresa que no sacara a Antonio.

Cojo Ventura. ¡Muchacha!

Custodia. ¿Va usté a negármelo?

Cojo Ventura. No es verdá; pero si lo hubiera conseguío, le ahorro la vergüensa de esta tarde.

Custodia. Ya se desquitará de eya.

Cojo Ventura. No te hagas ilusiones. Ése no es torero, Custodia; ése no come de los toros.

Custodia. ¡Pos no le fartará qué comé!

Cojo Ventura. Ayá tú. ¡Te mereses cosa tan distinta!…

Custodia. ¿Quié usté cayarse?

Cojo Ventura. Te mereses montura de oro y de platino.

Custodia. ¿Se quié usté cayá?

Cojo Ventura. Y estuche de seda por dentro y de tersiopelo por fuera.

Custodia. Sí; er mismo que les ofrese usté a toas.

Cojo Ventura. ¡Qué disparate! ¿Te vas tú a compará con ninguna?

Custodia. Er que me compara es usté, aunque diga otra cosa. Pero se engaña usté conmigo. Yo no corro la suerte de Pepiya Marín, ni de Esperansa Arroyo, ni de tantas. No se componga usté. Esta flo no se la pone usté en la solapa.

Cojo Ventura. ¿Y si yo te dijera…?

Cortándole la frase, reaparecen Juan Francisco, Rehilete y el Mozo de estoques. Rehilete trae puesto un impermeable y sombrero ancho.

Juan Francisco. Ya se ha ido to er mundo y empiesa a anochesé. Yo me yego por un coche ahí a la plasa y me lo yevo a casa e su madre. *Se marcha por la puerta del foro.*

Rehilete. Yo vivo aquí, a dos pazos, y con esta pinta no hay quien me conozca.

Mozo. A la paz e Dios, Custodia y la compaña.

Custodia. Vayan ustés con Dios.

Cojo Ventura. Rehilete, ten cuidao no te tomen por el intérprete de una fonda.

Rehilete. ¿Que a toaz horas quié usté tené un gorpe, hombre? ¿Usté no ve que la tarde ze ha metío en agua?

Cojo Ventura. ¡Por eso te has puesto tú el impermeable!

Rehilete. ¡Y dale! ¡Ea! ¡Zalú!

Cojo Ventura. ¡Salú!

Se marchan juntos Rehilete y el Mozo de estoques.

Custodia. Voy yo con é.

Cojo Ventura. Escúchame, Custodia. Piénsalo. Er día que tú abras los ojos…

Custodia. ¡Si viera usté qué abiertos los tengo!

Cojo Ventura. Er día que tú…

Inopinadamente asoma en la puerta de la izquierda Torerín, cuya presencia

desconcierta al Cojo Ventura. Él, desconcertado a su vez, se detiene al ver a los dos, interpretando desfavorablemente la escena. Torerín trae puesto un traje de americana de Moyate y un pañuelo de seda al cuello.

Custodia. ¡Antonio!

Cojo Ventura. ¡Vamos a vé si ha quedao toavía otra copa pa mí! Estoy seco. Los amigos también pasamos lo nuestro en estas tardes. *Éntrase.*

Torerín lo deja pasar, mirándolo con ira. Luego van sus ojos a Custodia.

Música

Custodia.

No me mires de ese modo, Antonio mío.

¡Yo no pienso mal de ti!

Hoy te quiero más que nunca te he querío.

¡Tú no pienses mal de mí!

Torerín.

Si es verdá que hoy más que nunca tú me quieres,

la sospecha me engañó.

Si después de mi desgracia me prefieres,

¡nadie vale más que yo!

¡Por mi madre, que yora;

por lo que hoy he sufrío;

por tus ojos de aurora;

por er cariño mío:

no me dejes ahora

que estoy triste y dolío!

Custodia.

¡Por mi Virgen bonita;

por mi boca que resa;

por tu suerte mardita;

por tu fe y tu tristesa;

por tu madre bendita,

yo te juro firmesa!

Torerín.

¡Que Dios te pague, morena,

esta ilusión que me das!

¡Por tu corasón de buena

hoy te quiero más!

¡Después de sentirme cobarde

creyendo en er fin de mi vía,

yo nunca pensé que esta tarde

tuviera alegría!

Custodia.

¡Estando tú y yo como ahora,

juntitas tu cara y la mía,

no habrá pa los dos una hora

sin esta alegría!

¡Er cariño que mereses,

si tú me quieres tendrás;

porque cuanto más padeses

yo te quiero más!

Torerín.

¡Dímelo mir veses

y me sarvarás!

¡Dios bendiga tu boca de flo, que así me consuela y me anima!

Custodia. ¡Mi corasón habla por eya! ¡Tus espinas, Antonio, tu yanto y tu pena los pido pa mí!

Torerín. ¡Er sielo quiera que yo te lo pueda pagá!

Asoman en la puerta de la izquierda Justilla, Moyate y el Cojo Ventura, y dirigiéndose a estos dos últimos, como desafiándolos con su cariño, repiten los enamorados: ***Custodia****.*

¡Nadie nos separa! ¡Hoy lo quiero más!

Torerín.

¡No hay quien nos separe! ¡Hoy la quiero más!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta en un barrio de Sevilla. A la izquierda del actor, la puerta trasera de un colmado que se titula «La puerta falsa». En sitio visible de la pared, este letrero: «La puerta principal de *La puerta falsa* está en la otra calle». Mesas y sillas.

Es por la mañana, en octubre.

Música

Sentados a una de las mesas están el Torerín y Rehilete, mal trajeados y mustios. Por la derecha salen «Sarasate» y Torrija, con un gramófono ambulante. Se sitúan convenientemente y ponen en el aparato el disco de un animado pasodoble. Atraídos por la música, aparecen unos chiquillos que juegan al toro, simulando la salida de las cuadrillas. Traen todos los chirimbolos y adminículos necesarios, y el que hace de toro, una imponente cabeza de mimbre.

Rehilete. ¡Pa muziquita tenemos nozotros las tripas!

Torerín. ¡Caya, hombre!

Chiquillos. *Cantando.*

—¡Ya salen las cuadriyas!

—¡Yo soy er picado!

—¡Yo pongo banderiyas!

—¡Yo soy er matado!

—¡Nosotros, las muliyas!

—¡Y er toro lo hago yo!

—¡A vé si a este murube

le paro bien los pies!

—¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

—¡Qué torero es!

—¡Ar toro, piquero!

—¡Ar toro, tumbón!

Se sube uno encima de otro y simulan picar.

—¡Embiste, Fernando!

—¡Embiste, guasón!

Fernando embiste y da en tierra con el picador y con el «caballo».

—¡Ar quite, el espada!

¡Valiente ovasión!

—¡Vengan banderiyas!

¡Yo voy a quebrá!

—¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

—¡Qué bonito pá!

—¡Vaya otro ar cuarteo!

—¡Tate quieto, André!

—¡Embiste, Fernando!

—¡Te voy a cogé!

—¡Como no me cojas!…

—¡Ya se lo clavé!

¡Suenan los clarines!

—¡Tocan a mata!

—¡Cayarse, muchachos,

que voy a brindá!

¡Por la plasa de Seviya,

por er señó Presidente,

por las mujeres de grasia

y por los hombres valientes!

¡To er mundo al estribo!

¡Dejarme a mí ya!

—¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

—¡Esto es toreá!

¡Cuádrate, Fernando!

¡Valiente estocá!

—¡Las muliyas! ¡las muliyas! ¡las muliyas!

—¡Vuerta ar ruedo y ovasión!

—¡Que le den las dos orejas al espada!

—¡A la fonda en prosesión!

—¡Pa que aprendan los toreros presumíos!

—¡Pa que aprenda la afisión!

¡Por las cayes de Seviya

er matadó va en volandas;

que las mujeres lo armiren

y que los hombres lo aplaudan!

Las «mulillas» se llevan al «toro» arrastrando y los otros chiquillos, en hombros, al matador, el cual saluda entusiasmado a diestro y siniestro.

Cesa la música.

Torerín. Me ha impresionao er juego e los niños. ¿Querrás creerlo?

Rehilete. ¿Qué dises, Antonio?

Torerín. ¿A ti, no?

Rehilete. ¡A mí ze me han aflojao los tirantes na más! Tú estás *nuerasténico*.

Torerín. ¡Mardita sea mi sombra!

Rehilete. Lo que no zaben toavía ezas criaturitas es la diferencia que va de que le embista a uno la cabeza de un toro de veras a que le embista er canasto e los güevos.

«Sarasate» se les acerca gorra en mano.

Sarasate. ¿Hay una perriya pa los músicos?

Rehilete. Hijo, yo no tengo zuerto más que este botón, y me lo van a azegurá esta tarde.

Sarasate. Otra vez será. *Al compañero.* Vámonos, Torrija.

Torrija. Vámonos, «Sarasate».

Se retiran con el gramófono.

Torerín. Rehilete, ¡mira que hemos yevao un veranito!…

Rehilete. Pos ¿y el otoño que nos aguarda? ¡Yo tengo los dientes picaos de no comé! ¡Pero picaos de veras! ¡Ofendíos! ¡Ze me zartan las lágrimas delante de argunos escaparates!

Torerín. Y que no hay esperanza de que esto mejore.

Rehilete. ¿No te encuentra na Juan Francisco?

Torerín. Ahí dentro está ahora dándole coba a un empresario de pueblo.

Pero será inúti. Ni en los pueblos me quieren ya. El escándalo de mi salía en esta plasa me ha hundío pa mucho tiempo.

Rehilete. ¡Pero no te dezesperes der tó! Tú ziquiera lo cuentas. Compara lo tuyo con lo que pazó er jueves con los miuras.

Torerín. Eso sí es verdá.

Rehilete. Los dos mataores y er zobrezaliente, a la enfermería.

Torerín. Y Carmonita pierde la pierna. Me lo ha dicho er médico.

Rehilete. ¡Qué desgraciao es eze Carmonita!

Torerín. Y Manolín, si yega a entrarle er cuerno tanto así más, en la plasa se quea.

Rehilete. *Estremeciéndose.* Oye, ¿vamos a cambiá de converzacíón?

Torerín. ¿Se te han aflojao otra vez los tirantes?

Rehilete. Ze me han aflojao hasta laz uñas.

Torerín. Fué una tarde pa quitá a cuarquiera der toreo.

Rehilete. ¿Cambiamos o no?

Torerín. ¡Habla tú de lo que se te antoje!

Rehilete. ¿De lo que ze me antoje? ¡Ze me antoja un chato con tapa de cocina!

Torerín. Vamos a vé si sale Juan Fransisco y nos lo paga.

Rehilete. *Con arranque súbito.* ¿Y zi nos fuéramos a América, Antonio?

Torerín. ¡A América!… ¿No tienes pa un chato y vas a tené pa er pasaje? Además, Rehilete, yo no dejo a mi novia aquí, acosa por ese Cojo sinvergüensa. ¡No la dejo!

Rehilete. Pero ¿tú desconfías de Custodia?

Torerín. No desconfío, pero no la dejo. ¡Y en manos de su padre como está,

que le liase er juego ar Cojo, menos toavía! ¡Mardita sea mi sombra!

Del colmao sale Moyate, de camarero, con cara de pocos amigos.

Moyate. (¿Aquí toavía estos dos *jambreras* espantando a los parroquianos?). Bueno, niños, esto no es un casino. ¿Qué van ustedes a tomá?

Torerín. ¿Eh?

Moyate. Que qué van ustedes a tomá.

Torerín. Yo, na más que er fresco.

Moyate. Es que estando aquí ocupan ustés er sitio de otro que pué dejá ganansia.

Torerín. Eso es por la otra puerta.

Moyate. ¡Vaya! ¿Cómo van a desirse las cosas? ¡Pa está sentao en estas mesas hay que consumí!

Rehilete. Pero ¿nos quié usté más conzumíos, Moyate?

Moyate. ¡Hay que pedí argo!

Torerín. Pos a mí tráigame usté *Er Notisiero*.

Rehilete. Y a mí un paliyo e dientes, pa hacerme ilusiones. Zeñó, ¿cómo tienen la narí los garbanzos, que ze me han ido de la imaginación?

Moyate. Basta de chungueo, ¿eh? En serio. O piden ustés argo o levantan er campo ahora mismo.

Torerín. *Levantándose.* Mira, tú: vamos pa dentro con Juan Fransisco, que no quiero liarme a bofetás tan temprano.

Moyate. ¿A quién iban a sé esas bofetás?

Torerín. ¡Estamos tres, y éste es un amigo!…

Rehilete. ¡Ze le ha zubío a usté er Moyate del apodo a la cabeza!… *Éntrase en el colmado.*

Moyate. Escucha, Antonio.

Torerín. ¿Eh?

Moyate. Que he dicho to lo que he dicho pa que se fuera ése. Toavía soy tu amigo. ¿Por qué eres tan suisida?

Torerín. ¿Suisida yo?

Moyate. Suisida con los toros y con los hombres. ¿Pa qué pasas nesesidá, si hay quien te paga a peso de oro que desaparescas de Seviya?

Torerín. ¿Qué está usté disiendo?

Moyate. Lo que tú oyes. Veinte mir pesetas, *pápiro* sobre *pápiro*.

Torerín. ¿Y tiene usté cara pa desirme a mí eso? ¡Er padre de Custodia!… ¡Usté no es su padre!

Moyate. ¡Eh! ¡Eh! ¡Por ahí no! ¡Cuidao con lo que dises tú!

Torerín. Pos yo lo que digo es que pienso morirme de to lo que usté quiera: de pena, de hambre; de to menos de asco. ¡Custodia es pa mí! ¡Y de eya no me separa nadie! ¡Pué usté contárselo de mi parte a tos los cojos de Seviya! *Le vuelve la espalda y se entra en el colmado resueltamente.*

Moyate. ¡Mar fin tenga tu casta, niño! ¡Er que va a morirse de camarero vi a sé yo! ¿Qué pan con mié le ha dao a mi hija este *asaúra*? ¿No hay pa matarla? *Mirando de pronto hacia la derecha.* ¡Ole! ¡Er Guapo, er Tipo y er Feo! ¡Los tres tíos más valientes de Seviya! ¡Estos son los que van a espantarlo! ¡Er Cojo Ventura ha seguío mis consejos! ¡Estos lo barren! *Éntrase en el colmado también.*

Música

Salen, uno tras otro, por la derecha, los anunciados bravos, con traza de perdonavidas.

Pepe.

¡Pepe er Guapo!

Juan.

¡Juan er Tipo!

Curro.

¡Curro er Feo!

Los tres.

¡Los tres quitamos el hipo

de un zopapo,

y repartimos er mieo!

¡Qué *trineo*!

Pepe.

¡Yo fumo pimienta!

Juan.

¡Yo masco arquitrán!

Curro.

¡Yo bebo petrólio!

Pepe.

¡Yo escupo aguarrás!

Juan.

¡Yo zudo veneno!

Curro.

¡Yo piedras pelás!

Los tres.

¡Los tres merendamos

puré de alacrán!

Pepe.

¡Yo barro las nubes

y detengo ar zó!

Juan.

¡Yo azusto ar demonio

de una mardición!

Curro.

¡Yo tumbo una torre

de un gorpe de tos!

Los tres.

¡Cuando hay terremoto

la cauza zoy yo!

To er que quiere librarze

de un enemigo,

pa liquidarlo pronto

cuenta conmigo.

En un zegundo

mando ar Cí que ze tercie

pa er otro mundo.

Y con estas agayas

y estos quehaceres,

zoy como er cloroformo

pa las mujeres.

Que no hay morena

que por estas hechuras

no paze pena.

Pepe.

¡Pepe er Guapo!

Juan.

¡Juan er Tipo!

Curro.

¡Curro er Feo!

Los tres.

¡Los tres quitamos el hipo

de un zopapo

y repartimos er mieo!

¡Qué *trineo*!

Cesa la música.

Pepe. ¡Zí que estamos un *trineo* regulá!

Juan. ¡O un *triángulo*!

Curro. ¡O un *trípode*!

Pepe. Vamos a zentarnos aquí una mijita pa concertá er negocio. *Se sientan y llaman.* ¡Moyate!

Sale éste solícitamente del colmado.

Moyate. ¿Qué se ofrese?

Pepe. Tres tiros.

Moyate. ¿Matarratas?

Pepe. Mataleones.

Moyate. ¿Y agua?

Pepe. Pa enjuagá las copas después. Nozotros no pazamos zustos.

Juan. Nozotros los damos.

Moyate. Pos ya estoy aquí con un aguardiente que ar lao de la boteya se prohibe fumá.

Curro. ¡Bueno, hombre, bueno! Tráete eze jarabe.

Moyate se vuelve al colmado.

Juan el Tipo saca un cigarro puro pequeño y una navaja para cortarle la punta.

Juan. Nos iremos entonando er cuerpo. No tengo más que éste, zeñores: ze rifa.

Pepe. Me paece mu poco cigarro y mucha navaja. Guárdate las dos cozas. *De su petaca, que es una maleta, saca tres puros grandes.* Ahí va, amigos.

Curro. ¡Ole!

Juan. ¿Der Cojo ya?

Pepe. Der Cojo. Don Calisto hace bien las cozas. ¿Y está argo emperrao con la chiquiya de Moyate?

Juan. Está, está emperrao.

Curro. Capaz es de arruinarze por eya.

Pepe. Arruinarze no, porque no tienen fin los biyetes que tiene. ¡Y porque

zabe retirarze a tiempo! Pero toa la vía le ha gustao lo mismo: una mujé nueva ca tres mezes. Ahora está en turno la hija de Moyate.

Vuelve éste con el servicio de aguardiente.

Juan. *A Pepe.* Dizimula.

Moyate. *Llenando las copas.* «Anís dinamita». Er que tengo ahí pa los valientes.

Pepe. *Después de probarlo.* ¡Ze ha empeñao este hombre en que tomemos agua! *Entonándose luego por fandanguillos.*

Yo le zaqué er corazón

y lo partí en peacitos.

Luego me fí ar corralón

y ze lo eché a unos poyitos.

¡Me busqué eza distración!

Curro. ¡Ole!

Juan. ¡Ole!

Moyate. *Adulando.* ¡Es que lo parió su madre completo!

Pepe. ¡Y tan completo! ¡Como que vine ar mundo en un parto triple!

Moyate. ¿Ah, sí? Y ¿qué ha sío de tus dos hermaniyos?

Pepe. Ze murieron der zusto ar verme.

Moyate. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene grasia hasta quitándose las botas! *Se vuelve al colmado.*

Juan. *Entonándose también por fandanguillos, muy alegre y muy satisfecho:*

En la caye mando yo

y no hay guapo que me caye;

er que esté tomando er zó,

que ze vaya de esta caye

o ze ponga a bien con Dió.

Pepe. ¡Ole!

Curro. ¡Ole! ¡Ahora me toca a mí!

Pepe. ¡No: tú no cantes, por tu zalú, que eres un disco estropeao!

Juan. ¡Ja, ja, ja!

Pepe. Bueno, y vamos a vé: ¿cuá de nozotros tres le va a dá er zusto ar Torerín?

Juan. ¡Cuarquiera!

Curro. ¡Cuarquiera!

Pepe. ¡Porque es mu poco azunto pa trez hombres!

Juan. ¡Por ezo! ¡Cuarquiera: tú!

Pepe. ¡Ezo es! ¡Cuarquiera: éste!

Juan. ¡Bueno: éste! ¡A mí me es iguá!

Pepe. ¿Vamos a reírnos un poco?

Curro. Vamos a reírnos.

Pepe. Lo echamos a zuerte. Zi paza un hombre, tú; zi paza una mujé, tú; zi no paza nadie, yo.

Juan. ¿Zi no paza nadie, hasta qué hora?

Pepe. ¡Hasta que paze arguien!

Curro. ¡Entonces tú no juegas!

Juan. ¡Claro!

Pepe. ¡Ja, ja, ja! ¿No les dije a ustedes que íbamos a reírnos? Bueno, yo me encargo de eza menudencia. Ejecutó: Pepe er Guapo. Esta tarde busco ar Torerín y me cito con é en un zitio zolo. Porque zi con agarrarlo por las zolapas y zamarrearlo ze me viene ar zuelo, ¿pa qué hacerle zangre? ¿No es verdá?

Juan. ¡Claro que es verdá!

Curro. ¡Digo!

Pepe. Porque ya me conocen ustedes. *Cantando de nuevo.*

Yo zoy valiente de noche

y zoy valiente de día;

zoy valiente a pie y en coche…

Salen del colmado el Torerín y Rehilete y se encaminan hacia la derecha. A Pepe el Guapo se le corta el resuello… y la copla.

Torerín. Rehilete, no me dejes solo, que vi a hase una locura.

Rehilete. No digas tonterías y echa pa alante.

Juan. *A Pepe, sorprendidísimo.* ¡Ahí lo tienes! ¿Quién iba a penzá que estaba aquí?

Curro. ¡No dejes que ze vaya!

Pepe. ¡No lo dejo! ¡Es que me ha piyao de zorpreza! ¡Lo mismo que a ustedes!

Juan. ¡Torerín!

Pepe. ¿Vas a encargarte tú?

Juan. No, hombre; es que lo yamo, pa que no ze te vaya.

Pepe. ¿Y yo no tengo boca? ¡Cuando uno ze encarga de los azuntos ze encarga uno zolo! *Llamando.* ¡Torerín!

Torerín. ¿Quién me yama?

Pepe. Un hombre.

Rehilete. *Como buscándolo.* ¿Dónde está?

Pepe. ¿Ez usté corto e vista? Aquí está el hombre.

Torerín. ¿Usté?

Pepe. Yo.

Torerín. Pos usté dirá.

Pepe. Aguarde usté que dé una chupaíta. ¿Les molesta a ustedes el humo?

Rehilete. Er de los puros de gorra, no.

Torerín. Bueno; ¿qué pasa?

Pepe. Paza que yo tengo que hablá con usté.

Torerín. ¡Ahora yevo prisa!

Pepe. Pos nos citaremos esta noche junto a un faró, pa vernos bien las caras.

Torerín. La de usté tiene poco que vé.

Pepe. ¿Zí, verdá? *A los otros.* ¿Ustés están oyendo?

Juan. No perdemos zílaba.

Pepe. En el azunto hay unas fardas.

Torerín. ¿Unas fardas, eh? ¡Ah, vamos! Pos como usté no viene de por sí, que viene mandao, a quien a usté lo manda, que es tan sivergüensa como usté…

Rehilete. ¡Ziguen las firmas!

Pepe. ¿Ustés están oyendo? ¡Yo voy a cargarme de razón!

Torerín. Tan sinvergüensa como usté, le dise usté que se entienda con mi apoderao, que es er que me arregla a mí los negosios. Vámonos, Rehilete.

Pepe. ¡Ay, qué niño! ¡Oiga usté, criatura!

Torerín. ¡No tengo na que oí ni que hablá con usté! Si no me he dejao cogé de ningún toro…

Pepe. ¡Por farta de toro, habrá zío!

Torerín. ¡Por lo que usté quiera! Si no me he dejao cogé de ningún toro, ¿ví a dejarme embestí de un carnero?

Pepe. ¿Eh?

Torerín. ¡De un carnero mocho!

Pepe. ¿Eh?

Rehilete. ¡Mocho, no; con cuernos!

Pepe. *A los suyos.* ¿Qué hago?

Juan. ¡Cárgate de razón!

Pepe. ¿Más cargao toavía? *Al Torerín.* Bueno; elija usté un taró pa la noche.

Torerín. ¡Elíjalo usté, que de faroles es de lo que entiende, por las trasas!

Pepe. ¡Este niño!… ¡Este niño!… ¿Han visto ustés qué niño? ¿Qué ze hace con un niño azín?

Rehilete. *Al Torerín, bajo.* (Antonio, lo has dejao pa el arrastre).

Por la derecha llega en esto el Cojo Ventura, que tampoco espera toparse allí con el Torerín. Éste, al verlo, lo detiene y se encara con él.

Torerín. ¡Hombre! ¡Don Calisto!

Cojo Ventura. ¡Torerín!

Torerín. ¡Que ni de encargo viene usté!

Cojo Ventura. ¿Quién te ha echao a ti por este barrio?

Torerín. Mi suerte. ¿Usté no pensaba encontrarme?

Cojo Ventura. No.

Pepe. Ni nozotros tampoco.

Cojo Ventura. Y ¿por qué vengo tan a tiempo?

Torerín. Porque quería yo desirle a usté dos palabras.

Cojo Ventura. Dilas.

Rehilete. ¡Está la mañana de *interviuves*!

Pepe. *A sus compinches.* (Nozotros ahora en er burlaero).

Torerín. Cuando usté nesesite entendérselas con un hombre, porque le envidie usté la novia, o por lo que sea, váyase usté a é cara a cara: no mande usté, pa que le saquen las castañas der fuego, a ningún muñeco der pin, pan, pun.

Pepe. (Quietos.

Juan. ¿Nos incluye?

Pepe. Zí: ¡zomos tres y ha dicho pin, pan, pun!… Pero quietos).

Cojo Ventura. Hombre, Torerín, voy a serte franco: yo no te he buscao a ti, como me dises, porque pensaba que te daban los hombres toavía más asco que los toros.

Torerín. Le diré a usté: asco, si me lo dan argunos que trato.

Rehilete. ¡Ole mi mataó!

Torerín. Usté, pa no í más lejos.

Rehilete. ¡Ziguen las firmas!

Torerín. Pero mieo, lo que se yama mieo, no ha nasío toavía quien me lo dé. Ni un toro, ni un hombre, ni un valiente de pega.

Rehilete. ¡Ole mi mataó!

Pepe. (¿Ha dicho de pega?

Curro. De pega ha dicho.

Juan. Pero no ha nombrao más que a uno.

Pepe. Quietos).

Torerín. Y si usté quiere quitarme a mí de en medio, porque le estorbo pa sus planes, eche usté por otro camino que ofreserme dineros pa que le deje er campo libre, o que asusarme a peleá con unas *tapas* de boquerones. *Pepe el Guapo, que está fumando, se atraganta al oírlo y tose fuertemente.* ¿Es a usté ahora ar que le molesta el humo, verdá?

Pepe. *Así que le pasa la tos.* ¿A mí el humo? ¡Cuando quiera usté me trago una locomotora en un túne, que es donde más jumea!

Torerín. Sí: tragaeras tiene usté bastantes.

Rehilete. ¡Ziguen las firmas!

Pepe. ¿Eh?

Hace como que va a acometerlo. Los otros lo sujetan.

Cojo Ventura. ¡To er mundo quieto ahora!

Pepe. Don Calisto, usté manda.

Cojo Ventura. Torerín, vamos nosotros dos a cuentas. Aunque a ti te paresca otra cosa, yo soy más amigo tuyo que tú mío.

Torerín. No discutamos eso.

Cojo Ventura. Pos sin discusión voy a probártelo. ¿Tú quieres vorvé a toreá en la plasa e Seviya?

Torerín. Esa pregunta…

Cojo Ventura. ¿Tú quieres vorvé?

Torerín. Si es burla, no la sufro. Si no lo es…

Cojo Ventura. ¡No lo es!

Torerín. ¡Pos daría sinco años de vida con tá de lograrlo!

Cojo Ventura. Pos cuenta con eyo. Yo te lo proporsiono. La Empresa anda buscando un mataó que se atreva con er sobrero de Miura que quedó sin lidiá en la corrida der jueves pasao.

Torerín. ¡Yo lo mato!

Rehilete. *Asustadísimo.* ¡No te *cepripites*!

Torerín. ¡Yo lo mato! ¡No se vuerva usté atrás!

Rehilete. *Entre sí.* (¡Ay!…).

Cojo Ventura. ¡Ni tampoco tú!

Torerín. Por mí, ya está firmao. Y no piense usté que no veo sus intensiones. Usté lo que quiere es que yo me quede muerto en medio e la plasa; que sea er miura er que me despene; er que le quite a usté el estorbo. No me importa: si er miura me mata, también se lo agradesco a usté. Y ar miura.

Rehilete. ¡Ze me han engarrotao los deos: no ziguen las firmas! Antonio…

Torerín. ¡Caya tú! *Volviendo al Cojo.* Y ahora lo que le digo a usté es que, er día que sea, yo me voy a poné er vestío de luses en casa e mi novia, y en la plasa vi a brindarle a usté er toro. ¿La mano?

Cojo Ventura. La mano.

Torerín. Vámonos, Rehilete.

Rehilete. *Siguiéndolo.* Vámonos. (¡Gachó, qué tripas tiene er Cojo!). ¡Antonio, tú te has *cepripitao*!

Se van por la derecha.

Cojo Ventura. Anda, que ya estás listo.

Moyate sale del colmado como una flecha y entusiasmado va a abrazar al Cojo.

Moyate. ¡Venga usté acá, que es usté lo más grande que hay en er mundo! ¡Ahora sí que espachamos der to ar niño ése!

Cojo Ventura. ¡Ahora sí que no va a estorbarnos ya más!

Moyate. ¡Y hasiéndole además un favó!

Cojo Ventura. ¡Eso es! ¡Sin remordimientos!

Moyate. ¡La grandesa es grandesa!

Los valientes lo felicitan alborozados.

Pepe. ¡Choque usté!

Juan. ¡Choque usté!

Curro. ¡Choque usté!

Gran algazara, ponderando la proeza del Cojo. A interrumpirla llega inopinadamente por la derecha Custodia, airada y frenética.

Custodia. ¿Qué me ha dicho Antonio? ¿Qué me ha dicho?

Cojo Ventura. ¡Custodia!

Moyate. ¡Hija!

Custodia. ¿Que usté lo compromete a matá er miura?

Cojo Ventura. Yo, no: ¡se ha comprometío é!

Moyate. ¡Ér solito!

Custodia. ¡Porque este mal hombre se lo ha propueto, con la intensión que ér sabe! ¡Y yo también la sé! ¡Y Antonio, er primero! ¡Pero no se sardrá usté con eya! ¡Dios va a castigarlo! ¡Antonio quedará como er torero más grande que haya habío! ¡Pero si er toro lo matara en la plasa, entérese usté, entérese usté, bicho malo, yo no querré ya nunca a ningún hombre, a ninguno; y si rodando la vía quisiera a arguno, ése no sería usté! ¡Así se lo yeve er demonio!

Moyate. Pero, niña, ¿te has vuerto loca?

Custodia. ¡Déjeme usté, padre! ¡Usté también quiere lo mismo! ¡Aquí se está jugando a cara o cruz la vía de un hombre: la vía del hombre a quien yo quiero, a quien querré siempre, siempre, siempre!

Cojo Ventura. ¡Escúchame, Custodia!

Custodia. ¡No tengo na que oí! ¡Y menos de usté! ¿Cómo voy a desírselo? ¡Mar corasón! ¡Mala sangre! ¡Mar bicho! ¡Mala pata!

Se aleja por la izquierda.

Cojo Ventura. Na, Moyate, na: eso no es na. Rabia, coraje, mieo, en definitiva. ¡Tú has de verlo! ¡Ya es pa mí! ¡Ya es pa mí!

Moyate. ¡Que sí, don Ventura!

Pepe. ¡Que sí!

Juan. ¡Los hombres!

Curro. ¡Los hombres!

Moyate. ¡Choque usté!

Pepe. ¡Choque usté!

Se reproduce la algazara anterior.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Habitación en casa de Moyate. Sobre una mesa, un altarcito improvisado, con una imagen de la Virgen de la Amargura. Luces y flores.

Música

La escena está sola. Luego sale Justilla, que viene a poner en el altarcito algunas flores más. Ante la Virgen dice, después de santiguarse: ***Justilla****. ¡Madre mía: que suseda lo que más le convenga a é! Yo, por si queda bien y se liase torero… ya tengo otro sapatero a la vista. De mí no te ocupes. Se va.*

A poco aparece Moyate, preocupadísimo. Ante el altar exclama: ***Moyate****. ¡Madre mía: a mí se me ha encogío er corasón a úrtima hora! ¡Te pío que sarga con bien ese muchacho! Yo soy un hombre que va con las ideas de su siglo, y que no debía hablarte así; pero ahora que no me escucha ningún colega, así te hablo. Se santigua y se va también.*

Llega el Torerín poco después, vestido ya para la corrida. Se acerca al altarcito montera en mano, se hinca un momento de rodillas y canta luego: ***Torerín****.*

¡Virgen la de la Amargura, Madre mía:

hoy me juego la ventura con la vía!

¡Si pa ti vargo la pena, si la vale mi morena,

que es dueña de mi queré, te pío una tarde buena, o quedarme ayí en la arena de una vé!

¡Mírame cómo yoro!

¡Gane yo la ovasión,

que es la gloria y el oro, mi costante ambisión,

o que en la plasa er toro me parta er corasón!

Fuente de luz, que yo la descubrí; concha der má, que yo me la encontré; sielo de abrí;

vara de nardos que yo cuidé; rosa que yo escogí

pa darle mi queré:

¡quiero pa ti la dicha que soñé; quiero la gloria que persigo yo; dame tu fe,

dame coraje, dame való, y tuyo ar fin seré!…

¡A nadie quiero más que a ti… mi amó!

Va a marcharse, cuando viene Custodia. Se abrazan en silencio y él huye. Ella, entonces, se acerca a su vez al altar, y canta.

Custodia.

¡Por er bien que yo haya hecho, por er laso tan estrecho que amarra nuestro queré, que vuerva a mí satisfecho, y que descanse en mi pecho de una vé!

¡Dame lo que te pío!

¡Córmame esta ilusión!

Y oye bien mi quejío

y oye mi desisión:

¡aunque ér vuerva vensío, le doy mi corasón!

Torerín. *Dentro, lejos.*

¡Quiero pa ti la dicha que soñé; quiero la gloria que persigo yo!…

Custodia.

¡Yeva mi fe,

yeva el hechiso que nos unió, que yo aquí resaré

pa darte más való!

¡Fuego en que yo me tengo de abrasá; luz de un queré que el arma me alumbró!

¡Ér venserá

con el aliento que le doy yo!

¡Suya seré na má!

¡A nadie quiero más que a ti… mi amó!

Cae de rodillas.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

A telón corrido ejecuta la orquesta la música del pasaje de los Chiquillos en el cuadro anterior.

CUADRO TERCERO

Aparecen Custodia, Justilla y Moyate en actitudes parecidas a las que tenían al comenzar la obra, cuando esperaban el resultado de la primera salida de Torerín a la plaza. La angustia, que reflejan sus rostros es aún mayor que la de entonces. Vibran en el aire, ejecutadas por la orquesta, las notas de sus lamentos y exclamaciones de aquella tarde.

Justilla. ¡Ay!

Custodia. ¡Ay, Virgen mía!

Moyate. ¡Ay, Señó! ¡Hasta en la carva van a salirme canas a mí!

Pausa. De repente asoma en la puerta de entrada Tormenta, el picador, que les devuelve el alma gritándoles entusiasmado: ***Tormenta****. ¡Moyate! ¡Custodia!*

Custodia. ¿Eh?

Moyate. ¿Qué?

Justilla. ¿Qué?

Tormenta. ¡Una tarde mu grande! ¡Una faena mu grande! ¡Un torero mu grande! ¡Las sinco mir pesetas por corría ya las tiene seguras! ¡En hombros lo van a paseá por to er barrio! ¡Y ahí viene Juan Fransisco, el apoderao, con media Seviya detrás! ¡Buenas tardes! *Desaparece.*

Moyate. ¡Hija de mi arma! *La abraza lloroso.*

Custodia. ¡Papaíto! ¡Qué alegría!

Justilla. ¡Qué alegría!

Moyate. ¡Dios nos ha ayudao!

Custodia. ¡La Virgen Santísima me ha oído!

Moyate. ¡Y a mí también!

Justilla. ¡Y a mí!

Moyate. ¡Y que er chiquiyo es un toreraso! ¡Si lo he dicho siempre!

Justilla. (¡Josú, qué cambio de camisa!).

Custodia. ¡Aquí está Juan Fransisco ya!

Música

Algazara, entusiasmo, alborozo. El pueblo sigue a Juan Francisco e invade el patinillo.

Unos.

—¡Venga usté!

Otros.

—¡Venga aquí!

—¿Cómo fué?

—¿Cómo fué?

—¡Yo lo vi!

—¡Yo lo sé!

—¡Cuente usté!

—¡Cuente usté!

Juan Francisco.

¡Es er torero más grande que vió Seviya,

sin discusión!

¡Es un torero que pronto será er delirio

de la afisión!

Unos.

—¡Venga usté!

Otros.

—¡Venga aquí!

—¿Cómo fué?

—¿Cómo fué?

—¡Yo lo vi!

—¡Yo lo sé!

Juan Francisco.

¡Contaré lo que vi!

Varios.

—¿Cómo fué?

—¿Cómo fué?

Juan Francisco.

¡Pos fué así!

De bote en bote la plasa entera, los burladeros y er cayejón.

Cuando a la muerte yegó la fiera,

yegó er sobrero

pa mi torero,

espanto daba la espertasión.

Cogió los trastos con valentía; le gritó ar Cojo: «¡Lo dicho, dicho!»,

y paso a paso se fué pa er bicho,

que traisionero se defendía.

No resoyaba ni una criatura;

era un silensio que daba mieo;

la sangre helaba verlo en er rueo,

solo en los medios con er miura.

Tan metío en los cuernos

lo empesó a toreá,

que la fiera y el hombre

eran uno na más.

Con asombro la gente

lo miraba pasá,

sin creé que era er mismo

de tres meses atrás.

en un pase de pecho,

como no ví otro iguá,

estayó er primer ¡ole!…

que se oyó en Arcalá.

ya pases y ¡oles!

marchaban a la pá,

y la plasa yevaba

con er trapo er compás.

Recordando y simulando la faena.

¡Ooooole!

Todos.

¡Ooooole!

Juan Francisco.

¡Ooooole!

Todos.

¡Ooooole!

Juan Francisco.

¡La Música, a to esto,

se arranca a resoplá,

y la Girarda sola

prinsipia a repicá!

¡Josú, qué borrachera

de parmas, de gritá;

aqueyo ya no es plasa,

aqueyo es un vorcán!

Torerín se perfila

y se tira a matá,

y le empuja to er mundo

con un grito la espá.

Todos con Él.

¡Hummm!

Juan Francisco.

Rodó er miura:

¡ni la puntiya presisa fué!

¡Ya es er delirio! ¡Ya es la locura!

¡La gente en masa se pone en pie,

hasta la teja le tira un cura,

y tos sartamos ar redondé!

¡Salió er torero que yo desía!

¡España entera lo aplaudirá!

¡Tengo con esto tanta alegría,

que no me importa morirme ya!

Cesa la música.

Sobrecogiendo a todos, en medio del bullicio y de la alegría, se presenta con Rehilete el Torerín, a quien acompaña alborotando y aplaudiendo otra muchedumbre de aficionados y chiquillos, amén de una murga popular.

Torerín. ¡Ya yegué! ¡Creí que no yegaba!

Moyate. ¡Torerín!

Torerín. ¡Custodia!

Custodia. ¡Antonio!

Se abrazan.

Torerín. *A Moyate.* ¡Ya no se muere usté de camarero!

Moyate. *Abrazándolo.* ¡Ven acá! ¡Me muero aunque sea de betunero tuyo!

Juan Francisco. ¡Se morirá usté de suegro de una gloria de España, que no es poco!

Risas generales.

Rehilete. ¡Vaya tarde que habernos tenío! ¡Jozú! Por zupuesto, es que no hay un público como er de Zeviya. ¡Da gusto toreá en esta plaza!

Torerín. ¡Yo creo toavía que estoy soñando!

Custodia. ¡Pos despiértate aquí conmigo!

Justilla. ¡Enhorabuena, Antonio! Que yo me alegro mucho, ¿sabes?

Varios. ¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena!

Como si le hubiera tocado la. Lotería llega Chuleta, el carnicero, buscando al Torerín para abrazarlo.

Chuleta. ¿Dónde está ese niño? ¡Ay, qué niño! ¡Déjame que te abrase, niño! ¡Este niño es un San Cristóba!

Torerín. Grasias, Chuleta.

Chuleta. ¡Si lo dije siempre! ¡Ese niño es un toreraso! ¡Lo que yo me he peleao por este niño!

Moyate. *A Justilla.* ¡Qué ladrón sinvergüensa!

Justilla. (¡Mía er que habla!).

Chuleta ha llegado tranquilo en comparación de cómo llegan don José y su señora. Ésta trae la americana de don José (que viene en mangas de camisa), el sombrero, el bastón, un termo, los gemelos y una banderilla.

Don José. ¡Torerasooo! ¡Torerasooo!

Moyate. ¡Don José!

Chuleta. ¡Don José!

Varios. ¡Don José! ¡Don José!

Don José. ¡Torerasooo! ¡Que me oigan los sordos! ¡Yo no me contento con abrasarte! ¡Toma un beso!

Torerín. Don José, muchas grasias.

Moyate. ¡Deme usté a mí otro!

Don José. ¡A ti no! ¡A tu hija! *Y se lo da.*

Doña Lola. ¡Viene loco, loco!

Don José. ¿Quién ha sío er miope, er siego que ha visto a este niño una sola vez y no ha dicho que era un maestro?

Chuleta. ¡Argún sarvaje!

Don José. ¿Dónde está, que vi a desafiarlo? ¡Pero si era novio su padre de su madre y ya este niño era torero!…

Juan Francisco. ¡Ole! ¡Esa es la *chipén*!

Rehilete. ¡A mí zí que va a habé que oírme en la cervecería!

Don José. ¡Y a mí!

Doña Lola. Es er torero más bonito que ha pisao la plasa de Seviya. Custodia, te lo digo yo, que he visto muchos toros. Estoy entusiasmá, entusiasmá. *A su marido.* ¿Me dejas tú que le dé otro beso?

Don José. ¡Ya se lo he dado yo! No base farta er tuyo. ¡No vayamos a soñá los dos esta noche!

Rehilete. ¡Zi acazo que me lo dé a mí! ¡Porque me paece que aquer pá cambiando los terrenos!…

Llegan, por último, el Cojo Ventura, Pepe el Guapo, Juan el Tipo y Curro el Feo, a felicitar al triunfador.

Pepe. Torerín, choque usté ezos cinco. Un armiradó más.

Torerín. Grasias.

Juan. Otro.

Torerín. Grasias.

Curro. Otro.

Torerín. Grasias.

Rehilete. (¡Ea! ¡Ahora vamos a zé tos republicanos!).

Cojo Ventura. Torerín, me has ganao la partía.

Torerín. En buen terreno.

Cojo Ventura. Por eso yo te doy la mano.

Torerín. Grasias, don Calisto.

Cojo Ventura. *Aparte con el Guapo.* (Hay que tragá er paquete con la sonrisita der conejo. ¡Pero yo me moriré disiendo que es un maleta!).

Pepe. (¡Toma! ¡Y yo! ¡Zólo que yo disfruto mucho perdonando a loz hombres, don Calisto!).

Cojo Ventura. Y ya es *vox populi*, Torería: eres un gran torero.

Moyate. ¡Y me desía usté a mí que no mataba ni una purga!

Cojo Ventura. ¡También es *vox populi* que no ha nasío un sinvergüensa mayó que tú!

Moyate. ¡No ha nasío más que uno!

Torerín. ¡Carma! ¡Esta es tarde sólo de alegría!

Custodia. ¡De alegría y de cariño! *Al público.*

Los toros dan y quitan:

sois los testigos.

Ahora lo felisitan

los enemigos.

Corma su gloria,

y seya con tus parmas

nuestra victoria.

FIN DE LA ZARZUELA

Fuenterrabía, agosto, 1930.

EL RINCONCITO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 8 de abril de 1932

A DON EDUARDO YÁÑEZ,

constante amigo nuestro y entusiasta

mantenedor del prestigio y decoro del

Teatro de Lara, cordialmente,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Casilda. Concha Catalá. Mariquitina. Ana M.ª Custodio. Doña Hiedra. Leocadia Alba, Rosaura. Anita Caruana. Sanchica. Soledad Domínguez. Doña Fausta. Matilde Galiana. Lolín. Carmen Villa. Pancracia. Amelia Noriega. La Melera. Irene Caba. Vicenta. Jacinta Alenza. Amelita. Julia Caba. Robustiana. Teresa Gisber. Don Paciano. Gaspar Campos. Don Siro. Manuel González. Ismael. Manuel Dicenta. Tinoco. Nicolás Rodríguez. Paniagua. Antonio Rodríguez. Ronquillo. Antonio Torner. Calomarde. Modesto Ribas. Buitrago. Emilio Gutiérrez. Serón. Manuel San Román. El Pintor. Emilio Gutiérrez.

EL RINCONCITO

ACTO PRIMERO

Jardín de *El Rinconcito*, finca de recreo de don Paciano López, situada entre Torrelodones y Galapagar. Al foro, una tapia medio cubierta de enredadera, que, por desgracia de don Paciano, linda con el jardín de junto. A la izquierda, la casa. A izquierda y derecha, en los primeros términos, sendos pinos, gala de la modesta finca. Árboles y arbustos nacientes. Un banco, un par de veladores y algunas butacas y sillas de mimbre.

Es por la mañana, entre nueve y diez, en un día de fines de junio.

Don Paciano, en piyama, en medio del jardín, hace gimnasia sueca, para conservar su agilidad.

Don Paciano. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… *Se oye una carcajada de burla, que viene no se sabe de dónde. Nuestro hombre se detiene y busca con la mirada al guasón.* ¿Quién es el risueño? ¡Bah! *Lo desprecia y sigue.* Seis, siete, ocho, nueve, diez… *Óyese la risa de nuevo. Él vuelve a detenerse y a mirar indignado. Luego dice entre sí:* ¡Estoy en mi casa, y hago en ella lo que me parece! ¡Gimnasia sueca o títeres de mi pueblo! ¡No faltaría más! *Nuevas risas, que ahora parten de lados distintos.* ¿Ah, sí? ¿No tendrán las vecinas, a las nueve de la mañana, otra cosa que hacer que mirarme? ¡Pues como den en ello, mañana tomo baños de sol, y va a haber que alquilar miraderos! ¡Bah! *Continúa su gimnasia.* Once, doce, trece, catorce…

Por la izquierda, entre el pino y la casa, sale Sanchica, una de las criadas.

Sanchica. Señor.

Don Paciano. *Contrariado.* ¿Qué hay?

Sanchica. Que si se quieren conejos.

Don Paciano. ¿Eh?

Sanchica. Que si se quieren conejos. Un hombre que está ahí…

Don Paciano. ¿A mí qué me cuentas? Eso pregúntaselo a la señora.

Sanchica. Es que dice el hombre que el señor lo ha mandado venir.

Don Paciano. ¡Mentira! Yo no he mandado venir a nadie.

Sanchica. Entonces, ¿tomo los conejos o no?

Don Paciano. ¡Pregúntaselo a la señora, mujer!

Sanchica. ¡Bueno! ¿En dónde estará la señora? *Desde la puerta de la casa, a gritos.* ¡Señora! ¡Que si se quieren conejos!

Don Paciano. Entra, mujer; no andéis a voces. ¡Ya tenemos bastantes con las de los vecinos!

Sanchica. ¡Bueno! *Y se entra en la casa.*

Don Paciano. ¿Me dejarán a mí entre todos?… Vamos a empezar otra vez. Uno, dos, tres, cuatro…

Por la derecha se oye la voz de Tinoco, dentista retirado por razones trágicas que ya se dirán, sorprendiendo al bueno de don Paciano.

Tinoco. ¡No es eso!

Don Paciano. *Desagradablemente sorprendido.* ¿Qué?

Tinoco. ¡No es eso! *Y aparece, acompañado de Rosaura, su bellísima y fragante esposa.* ¡No es eso!

Don Paciano. ¡Hola, vecinos! Buenos días.

Rosaura. Buenos días.

Tinoco. Al abrir los brazos, necesitas hacer la aspiración del aire, o no te sirve de nada el ejercicio. Es así: ¿ves? *Con exageradas aspiraciones.* ¡Aaaah! ¡Aaaaah! ¡Aaaaah!

Don Paciano. Mira, déjame algún aire en el jardín. No te lo tragues todo.

Rosaura. Van ustedes a perder el seso con la gimnasia. Vecino, usted perdone la hora de venir. Con permiso de usted voy a utilizar el teléfono.

Don Paciano. ¡Sí, señora! ¡Utilice usted el teléfono y al dueño del teléfono si lo necesita!

Rosaura. Siempre tan amable. Cometí el otro día la ligereza de darles el número de ustedes a dos amigas pesadísimas que tengo en Madrid y me van a llamar ahora a conferencia.

Don Paciano. Pues entre, entre usted. Ahí andará Casilda.

Rosaura. Con permiso. *Éntrase en la casa.*

Don Paciano. ¡Qué mujer más guapa tienes, sacamuelas!

Tinoco. ¡Ja, ja, ja! A mí me gusta más la tuya.

Don Paciano. A mí no. ¡La mía ha echado un genio!…

Tinoco. Eso sí. Sobre todo desde que labraste *El Rinconcito…* ¡Qué mal lo lleva!

Don Paciano. ¡Como si hubiera cometido un crimen!

Tinoco. Y como yo te empujé a ello, a mí tampoco me perdona. Pero, ¡ahí es nada!, diga tu mujer lo que quiera. Un rinconcito así da la vida.

Don Paciano. ¡Naturalmente! Se echa uno a cada paso tapas y medias suelas. El aire serrano es impagable. *Respirando con gusto.* Haces así… y te comes un huevo duro. ¡Aaaah!

Tinoco. Cierto, cierto. ¡Aaaah! Ya hemos desayunado. ¿De manera que tanto te gusta mi mujer?

Don Paciano. ¡Hombre! ¡En el buen sentido!

Tinoco. Ya, ya.

Don Paciano. Mil veces te lo he dicho, Felipe.

Tinoco. ¡Ja, ja, ja! ¡Y ella también!

Don Paciano. ¿Cómo ella?

Tinoco. Sí, chico, sí. Este es mi sainete interior. Ya conoces la manía de Rosaura: hombre que la mira, hombre que se abrasa por ella.

Don Paciano. *Riendo.* Sí, sí.

Tinoco. Y que va a perseguirla, y que la va a comprometer… Y luego, que yo voy a enterarme, y que va a haber tiros, y que vamos a salir en los periódicos.

Don Paciano. ¡Ja, ja, ja!

Tinoco. ¡Ja, ja, ja! Sueños de la infeliz, que es más tonta que una mata de habas. Y más buena que el pan. Pero yo tengo que fingirme celoso para halagarla. ¡Ja, ja, ja! Es su mayor ventura: verme rechinando los dientes ante algún supuesto rival. ¡Ja, ja, ja! Mi sainete interior, ya te digo.

Don Paciano. Chico, pues llevada a ese extremo la manía, yo no estaría del todo tranquilo. A lo mejor… por buena que ella sea…

Tinoco. ¡Quita, hombre, quita! Es una forma de su vanidad de mujer. Se ve guapa y joven y está empeñada en ser heroína. Es ella misma quien obliga a los hombres a cortejarla. Muy gracioso. Así goza ella y yo me divierto dándomelas de Otelo. ¡Ja, ja, ja!

Don Paciano. Qué sé yo, qué sé yo…

Tinoco. Hoy ha llegado un chiquilicuatro de Madrid, que le hace el amor en mis narices… ¡Ja, ja, ja! ¡No tiene un puntapié, te advierto! Nos reiremos mucho.

De la casa sale en esto Casilda, la hermosa y avinagrada consorte de don Paciano.

Casilda. Tinoco.

Tinoco. ¡Señora, buenos días!

Casilda. Buenos días. Rosaura, que vaya usted al aparato.

Tinoco. Inmediatamente. Los deseos de mi mujer son para mí órdenes. Pero ahora se ha empeñado en que orifique una muela por teléfono, y eso no ha nacido odontólogo que lo haga. ¡Ja, ja, ja! *Éntrase.*

Casilda. Mira, Paciano.

Don Paciano. ¿Qué quieres, Casilda?

Casilda. Vas a decirles a este sacamuelas y a la pava de su mujer, que cuando se entra uno de rondón en la casa del prójimo, por lo menos se tose. ¡Me ha cogido buscándome una pulga!

Don Paciano. ¿Ah, sí? ¡Qué casualidad!

Casilda. ¡Si en vez de entrar ella entra él!… ¡Es demasiada confianza!

Pon Paciano. ¡Claro! ¡Y a estas horas!…

Casilda. ¡A cualquiera! ¡Pulgas las hay aquí a cualquier hora!

Don Paciano. ¡A mí no me ha picado ninguna todavía!

Casilda. ¡Porque ya tienes la carne seca!

Don Paciano. Será eso: que voy para mojama.

De la casa sale el Pintor.

Pintor. Señor.

Don Paciano. ¿Qué ocurre?

Pintor. Si el señor quisiera… Yo no quisiera molestar al señor… El friso del cuarto de baño… Porque como luego, si uno no lo consulta… y como la señora… y el señor… Y esos colores son tan delicaos… Y que si yo dije, y que si usté dijo… y que si claro y que si oscuro… Ahí está la cosa. Así es que si el señor…

Don Paciano. Discipline usted las ideas, maestro. ¿Qué es lo que quiere usted de mí? Concrete.

Casilda. Está muy claro, hombre.

Don Paciano. ¿Está muy claro?

Casilda. ¡Clarísimo! Que subas a elegir el color del friso del cuarto de baño. ¿No es eso?

Pintor. ¡Eso es! ¡Mismamente lo que ha explicao la señora!

Don Paciano. Pues ahora subo.

Pintor. Mejor es que suba la señora también. Porque… no tengamos después… ¿Se acuerda el señor de lo del otro día? Ella que blanco… el señor que negro…

Don Paciano. Sí, sí, sí… Eso no es sólo del otro día. Ahora subiremos los dos.

Pintor. No haya luego tampoco que si se pierde tiempo… que si el obrero se cruza de brazos… que si no se adelanta… Yo no tengo la culpa de que lo que se pinte hoy se despinte mañana. Y esta es la cosa. Arriba estoy. *Vase.*

Don Paciano. ¡Eso último sí que lo ha dicho claro!

Casilda. *Con un suspiro que es un poema de desesperación.* ¡Ay! ¡El día que no vea yo más en la casa ni a un pintor, ni a un fontanero, ni a un estuquista, ni a un carpintero, ni a un albañil, me voy a volver loca! ¡Ay! ¡Dichoso *Rinconcito*! ¡Dos años así! ¡Hasta dónde estoy ya de la honrada blusa!

Don Paciano. ¡Schisss! ¡No tengamos una huelga de brazos caídos!

Casilda. Pero ¿cuándo se van a ir todos estos hombres, Paciano?

Don Paciano. Hija, ¿yo qué sé? ¡Cuando quieran! ¡Cuando acaben!

Casilda. ¡Cuando acaben contigo y conmigo! ¡Claro! ¡Así hay tantos obreros parados! ¡No hay renovación! ¡Los que cogen algo que hacer no lo sueltan nunca! A quien se le diga: ¡dos años para una *chabola* semejante! ¡Y lo que queda!

Don Paciano. Cálmate, que estás muy nerviosa.

Suena dentro un tiro: Casilda se estremece.

Casilda. ¡Jesús! ¿Qué es eso?

Don Paciano. Antón el guarda, que mata los tordos para que no se coman la fruta.

Casilda. ¿Qué fruta? ¿La que va a nacer dentro de quince años? ¡Son ganas de gastar cartuchos! ¡Cuando den fruta estos frutales, bonitos estaremos tú y yo! ¡Para que se nos coman los tordos!

Don Paciano. Cálmate, cálmate.

Vuelve Sanchica por el primer término de la izquierda.

Sanchica. Señora: que si quiere usté un pollo.

Casilda. ¿Eh?

Sanchica. Que si quiere usté un pollo.

Don Paciano. *Bromeando.* No: tiene bastante con un viejo.

Casilda. No digas tonterías, Paciano. ¿Quién trae el pollo?

Sanchica. La coja de ahí de Galapagar.

Casilda. Pues dile a la coja que sí, que un pollo sí lo quiero; pero un manguito de plumas, hueco por dentro, como el que trajo el otro día, que no.

Sanchica. Entonces se lo lleva; porque pa mí que éste es primo hermano de aquél. Yo no le he visto entre las plumas más que un ojo muy triste y una mijitica de cresta.

Casilda. Poca conversación. Vamos nosotros para arriba.

Se entra en la casa con don Paciano, quien al marcharse le dirige a Sanchica una mirada de resignación.

Sanchica. ¡Buena está la señora hoy! ¡Cómo no llueva pronto!… Este clima tan seco la revuelve mucho. *Mirando a la derecha.* ¡Andá! ¡Y ahora, visita! ¡Con lo bien que la sienta! ¡San Blas! Vamos a decirle a la coja de Galapagar que engorde el pollo y que lo traiga el mes que viene. *Se marcha por la izquierda.*

Por la derecha llegan Mariquitina, don Siro y Paniagua. Los primeros son padre e hija: ella muy moderna y él muy antiguo. Paniagua es un joven típico de las colonias veraniegas, de camisa escotada y alpargatas, de estos que parecen nacidos en serie.

Paniagua. Pasen, pasen por aquí. Yo entro en la casa con toda familiaridad.

Don Siro. Es usted muy amable, joven. Gracias a usted hemos dado con *El Rinconcito*. Pero ¿no será demasiado temprano?…

Paniagua. ¡Ca! ¡No, señor! Aquí en el campo se madruga mucho. Siéntese, señorita. Siéntense ustedes. Voy a avisarles a los dueños. Es raro que no hayamos encontrado aquí a don Paciano haciendo su gimnasia. ¿Me dijo usted, señor?… ¿Cómo he de anunciarlo?

Don Siro. Su amigo Garachaga.

Paniagua. Garachaga; muy bien. Su amigo Garachaga… acompañado de su bellísima hija. En seguida vuelvo. *Entra en la casa como si fuera suya.*

Mariquitina. ¿Y este niño del escote y de las alpargatas será de seguro el alma de la colonia; el mayor atractivo; el aliciente de la gran semana?

Don Siro. No lo sé, hija, mía, no lo sé.

Mariquitina. ¿Y has visto a las dos viejas que entraban en el hotel de junto? ¡Dos caprichos de Goya!

Don Siro. Las he visto.

Mariquitina. ¿Y los pelucones que llevaban?

Don Siro. No me he fijado en tanto.

Mariquitina. ¿Y en la casa de enfrente, no te fijaste en el señor que estaba a la puerta, de sombrero de paja, piyama, gabardina y babuchas? ¡Un elegante!

Don Siro. No me fijé. Miento: sí me fijé. El buen señor se viene a la vista demasiado. ¡Es mucho pelaje!

Mariquitina. ¿Y qué me dices de la tropa de gallinas y de cerdos que salió a recibirnos?

Don Siro. ¡Qué de milagro no los atropellaste a todos con el coche!

Mariquitina. ¡Qué día de luto para la colonia! ¿Y es aquí donde tú quieres que yo me pase una quincena?

Don Siro. Aquí. Con mi grande amigo Paciano. Y te la pasarás.

Mariquitina. ¡Y un jamón!

Don Siro. ¿Y un jamón?

Mariquitina. Sí, papá: ¡y un jamón! Antes me pinto el pelo de verde, único color que no he probado todavía, que vivir aquí ni media hora.

Don Siro. ¿Y si lo mando yo?

Mariquitina. *Cantando y danzando desenvueltamente por toda respuesta.*

I can't give you antyhing but love, Baby.

that's the only thing Ive plenty of, Baby…(*)

Don Siro. ¿Es decir que la autoridad paterna…?

Mariquitina. ¡Se ha ido de baños! *Sigue su canción.*

Drean awhile, scheme awhile, you're sure to find

Happiness, and I guess, all…

Don Siro. Mariquitina, no seas loca; ni me cantes a mí en inglés. ¡Piensa que estamos en el corazón de Castilla!

Mariquitina. Bueno, papá, pues te saldré por lo castizo.

Ninchi, no me camelices;

ninchi, no te carcajees…

¡Ay, que la diño, guayabo;

ay, que la diño, pochez!

Don Siro. ¡Horror! ¡Canta en inglés o en húngaro, Mariquitina! ¡En todo menos en esa jerga!

Mariquitina. ¡Ja, ja, ja!

Don Siro. ¡Camelizar!… ¡Carcajearse!… ¡Guayabo!… ¡Ninchi!… ¡Diñarla!… ¿Dónde estoy?

Mariquitina. ¡Ja; ja, ja! *Acariciándolo.* ¡Ay, qué papaíto más rancio me ha tocado en la *tómbola*!

Don Siro. ¡Ay, qué hija más desequilibrada me ha dado Dios! ¿A quién saldrá de aquella madre y de mí, que éramos los platillos de una balanza?

Mariquitina. En la mejor balanza cae a lo peor alguna chuchería falta de peso.

Don Siro. De seso, di más bien.

Mariquitina. De peso, de peso. Mira qué línea. *Torna a su canto inglés y a su baile.*

Don Siro. ¡Mariquitina, por el amor de Dios! ¡Que no estamos en nuestra casa!

Mariquitina. Razón de más: así me ven y los asusto.

Vuelve Paniagua muy en su papel.

Paniagua. Al instante viene don Paciano. Se está vistiendo.

Don Siro. ¡Cuánto me enojaría molestar!…

Paniagua. No se preocupe usted, señor. Las visitas en estos sitios son la salsa. Alegran, sorprenden, distraen…

Mariquitina. Ya lo oyes, papá: somos un *número*.

Paniagua. Y cuidado que en esta colonia no nos aburrimos. ¡Es animadísima!

Mariquitina. ¿Sí?

Paniagua. ¡Animadísima! Todos los días inventamos algo para pasarlo bien. Meriendas, excursiones, verbenas… Estamos muy unidos. Mi padre tiene aquí cuatro o cinco hoteles, que siempre alquilamos a familias *bien*.

Mariquitina. ¿*Bien*?

Paniagua. *Bien, bien*. Y yo soy el animador, como quien dice. De uno en otro, de uno en otro, enlazo voluntades, sacudo a los tumbones, limo asperezas, resuelvo picadurillas de amor propio… etc., etc.: ¡el ungüento amarillo!

Mariquitina. No hay más que verlo a usted. En cuanto yo lo vi se lo dije a papá: este chico es el alma de la colonia.

Paniagua. El alma de la colonia, aunque me esté mal el decirlo. Porque, además, en otro orden de cosas, intervengo también: no sé estarme quieto. Sobre todo, tratándose de los hoteles de papá. Mueble que falta, tubería que se rompe, gotera que aparece… allí está Pepitín Paniagua para remediar lo que sea.

Mariquitina. ¿Paniagua es usted?

Paniagua. Paniagua.

Mariquitina. ¡Huy! ¡Lo que más engorda!

Paniagua. Efectivamente, señorita. Me han hecho el chiste varias veces.

Mariquitina. ¡Caramba! Siento yo no haberlo estrenado.

Don Siro. ¡Esta chica!… Discúlpela usted.

Paniagua. No hay de qué, señor. Tiene mucho ingenio. Ya se nota la llama en esos dos ojazos, que son dos anuncios luminosos.

Mariquitina. Ahí verá usted: ¡eso no me lo han dicho a mí hasta ahora!

Paniagua. ¿No, verdad?

Mariquitina. Muy moderno, el requiebro. ¡Dos anuncios luminosos!… Muy moderno. Y ¿qué anuncian, se puede saber?

Paniagua. ¡Un *the dansant*!

Mariquitina. *All right*!

Paniagua. Pues si llego a honrarme con la amistad de usted, haré popular el piropo, ya que le ha gustado. Porque yo, a chiste que me cuaja o a piropo que me resulta bien, les doy cien golpes consecutivos. Como hay poco ingenio, cuando salta la chispa… Aquí está don Paciano.

Sale en efecto éste, en traje casero.

Don Paciano. ¡Pero, hombre, Siro!… ¡Y sin avisar!… ¿A quién se le ocurre?

Don Siro. A mi hija.

Don Paciano. *Abrazándolo.* ¿Cómo estáis?

Don Siro. Mi hija, loca; yo… viviendo.

Don Paciano. ¿Loca tú, chiquilla?

Mariquitina. Ya usted lo ha oído.

Don Paciano. Pero buena. No hay más que verte.

Mariquitina. Viviendo también. Viviendo mejor que papá.

Don Paciano. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! Sentaos. Ahora viene Casilda.

Paniagua. Yo dejo a ustedes, si no tienen nada que mandarme. Cumplida mi misión, los dejo.

Don Siro. Obligadísimo, joven.

Paniagua. A su disposición. Encantado, señorita, de haber conocido hoy a una preciosidad con dos anuncios luminosos en la cara.

Mariquitina. ¡Segunda representación!

Paniagua. ¡Hasta el centenar, usted calcule! Adiós, don Paciano.

Don Paciano. Adiós, Pepitín.

Paniagua. Luego le mandaré al lañador, al papelista y al de las alpargatas. Servidor de todos. *Se va el alma de la colonia.*

Don Siro. ¿Y Casilda, Paciano, que no te he preguntado por ella? ¿Está buena?

Don Paciano. Está buena también.

Casilda. *Apareciendo.* Está buena, está buena Casilda. No he salido antes, porque ese niño de Paniagua es superior a mí. No necesito verlo: con oírlo nada más, ya estoy fuera de quicio. ¡Qué empacho de criatura! ¡Hasta en la sopa lo tenemos! ¡Qué mosca! ¿Cómo va, don Siro?

Don Siro. Bien, ¿y usted, guapísima?

Casilda. Déjeme usted de flores.

Don Siro. ¡Imposible, Casilda! Ante sus ojos brotan solas.

Casilda. ¡Cuidado, don Siro! No me vaya usted a decir también, como acaba de decirme Paniagua, que mis ojos son dos anuncios luminosos.

Mariquitina. ¡Ah, ventajista! ¡Era *reprise*! ¡Lo había probado ahí dentro!

Casilda. ¿Y tú, chiquilla? ¡Tú sí que estás guapa!

Mariquitina. ¿Yo junto a usted?

Casilda. ¿En qué tren han venido?

Mariquitina. ¿Cómo tren? ¡En mi coche!

Casilda. ¿Tienes coche?

Don Paciano. ¿Le has comprado coche?

Don Siro. ¡Se lo ha comprado ella! ¡Llamándole coche a esa menudencia, que es un encendedor!

Mariquitina. ¡Sí, sí, encendedor! ¡El huracán de las carreteras! ¡En veinte minutos nos ha traído desde Madrid!

Don Paciano. ¡Ya es huracán, Mariquitina!

Casilda. ¡Ya es huracán! Y ¿conduce ella?

Don Siro. Sí: conduce ella. Generalmente conduce a la Casa de Socorro o a la Comisaría.

Mariquitina. ¡Sí, sí!

Don Siro. Chico, no gano para sustos, ni para multas, ni para disputas con los guardias, ni para peloteras con los peatones, ni para pagar animalitos muertos. De Madrid aquí han caído tres gallinas.

Mariquitina. ¡Porque iban contra mano, papá! Y no aguanto más insultos a mi dos mil caballos. ¿Qué hora tenemos? *Mirando rápidamente el reloj que lleva en un tobillo.* Las diez y cuarto. Voy a llegarme al Alto de León y vuelvo. A las diez y media estoy aquí. ¡En el encendedor!

Casilda. ¡Criatura!

Don Paciano. ¡Mariquitina, no hagas disparates!

Don Siro. ¿Ves cómo está loca?

Mariquitina. Pues todavía no me he roto ningún hueso importante. Les voy

a dar un baño a esos cafres que me pasaron antes en la carretera —porque yo quise, desde luego—, y me dijeron al pasar, aludiendo despectivamente a mi coche, que el Kodak se lleva en la mano. ¡El Kodak! ¡Ja, ja! ¡Ahora nos veremos en el Puerto! ¡A ver quién lo sube! Lo que es su cacharro, ¡ni con la respiración artificial! ¡Vuelvo! *Vase resueltamente cantando en inglés.*

Don Siro. ¡Pero, Mariquitina, oye!

Mariquitina. *Dentro.* ¡Ya voy a toda marcha!

Don Siro. Compadézcame ustedes: tengo una hija loca.

Casilda. Y la hija tiene un padre tonto.

Don Siro. ¿Eh?

Casilda. Y usted me perdone, don Siro; pero si usted no se lo consintiese…

Don Siro. ¡Si yo no se lo consiento, Casilda!… ¡Pero ella lo hace! Ha acabado con mi tranquilidad. Eso sí: en cambio ha acrecido mis sentimientos religiosos.

Don Paciano. ¿Y eso?

Don Siro. Apenas sale ella en el coche ya estoy yo en oración. Qué sé yo ahora si va a volver como se ha ido o si va a venir un peón caminero a traérmela en un volquete. Compadézcanme ustedes: tengo una hija loca.

Casilda. ¡Vaya por Dios!

Don Siro. Es siempre la pirueta, lo contradictorio, lo imprevisto, lo ilógico, lo desconcertante… ¡El reloj de pulsera en el tobillo! ¿A qué decir más? ¡Y es mi hija; y la he engendrado yo! ¡Yo, que aún vivo con las mismas ideas que bebí en la lactancia!

Casilda. ¡Vaya por Dios!

Don Siro. En fin, cambiaremos el disco, como ella dice. Ustedes aquí tan felices en su *Rinconcito*.

Casilda. *Con reconcentrada ironía.* ¡Tan felices!… ¡Una paz, un sosiego!… ¡Tan felices!…

Don Siro. ¿Quién me has dicho tú que te indujo a edificarte aquí esta casita?

Casilda. Un sacamuelas que está ahí dentro…

Don Paciano. ¡Schsss!

Casilda. Celebrando una conferencia telefónica de media hora… que luego pagará mi marido.

Don Paciano. ¡A ver si te oye!

Casilda. ¡No caerá esa breva!

Don Paciano. Es Felipe Tinoco, un amigote mío de otros tiempos. Dentista retirado.

Casilda. Retirado, que debía estar preso. En una semana se le quedaron tres clientes muertos en el sillón.

Don Siro. ¡Canástoles!

Don Paciano. Pero ya no ejerce.

Don Siro. Hace bien.

Don Paciano. Si acaso con algún que otro amigo.

Don Siro. A mí me harás el favor de no presentármelo.

Don Paciano. ¡Ja, ja, ja! Pues sí: me convidó un día a almorzar en su *Villa Rosaura*, muy mona, por cierto, vi estos dos pinos, que parecía que estaban esperándome, este terreno se vendía, y me dije: «Aquí me gasto yo mis ahorros y me hago un rinconcito para la vejez».

Casilda. ¡Ajajá! El presupuesto de *El Rinconcito* fué de quince mil duros, y ya llevamos gastados treinta mil.

Don Paciano. Ha subido mucho la mano de obra.

Casilda. *El Rinconcito* iba a estar terminado en seis meses, y han pasado dos años ya. ¡Y todavía colean los albañiles!

Don Siro. A Casilda no veo que le haga mucha gracia…

Don Paciano. Ninguna. Quiso quitármelo de la cabeza desde un principio.

No se pone en que un hombre de lucha como yo, de negocios, de empresas, que ha trajinado tanto en la vida, quiera tener, siquiera tres meses del año, un lugar de aislamiento, donde poder hacer lo que le dé la gana.

Casilda. ¡Que es lo que no haces aquí ni media hora!

Don Siro. ¡Ah! ¿no?

Casilda. ¡Qué disparate! ¡Dios nos dé soledad! Desde que amanece estamos a merced de todo el mundo.

Don Paciano. ¡Qué exagerada es!

Casilda. ¿Exagerada? Este *Rinconcito* es un comercio con entrada libre. ¿Usted acaba de conocer a Paniagua? Pues ese es el ejemplo. Aquí se nos cuela todo el que quiere, con el achaque de la vecindad. Tres casas más abajo vive una señora, que no tiene jardín…

Don Paciano. ¡Ah! Doña Hiedra.

Casilda. Doña Hiedra; que nació por lo visto destinada a adherirse donde cayera. Pues todos los días a estas horas —no sé cómo no está aquí ya— se nos presenta muy risueña, con su bolsita de labor, y aquí la tenemos de testigo todo el santo día, mudándose de sitio como un gato que busca el más fresco. Indefectiblemente pregunta al llegar…

Doña Hiedra aparece por la derecha oportunamente, con la frase que iba a decir Casilda.

Doña Hiedra. ¿Estorbo?

La miran todos y se miran comentando mímicamente el caso.

Casilda. ¿Eh?

Don Paciano. ¡Doña Hiedra! ¿Qué ha de estorbar usted?

Doña Hiedra. Nadie se levante por mí. Yo no soy visita, no soy visita. Soy un velador, un tiesto, una regadera… No hay que hacerme caso ninguno.

Don Paciano. *Presentándolos.* La señora viuda de Pavés… Don Siro Garachaga, íntimo amigo mío; mi generoso protector en mil empresas comerciales…

Don Siro. Calla…

Doña Hiedra. Tanto gusto…

Don Siro. A los pies de usted.

Doña Hiedra. Casildita, siempre tan hermosa.

Casilda. ¡Siempre!

Doña Hiedra. Y sigan, sigan sin mirarme siquiera. Prescindan de mí como de costumbre. Hablen de lo que gusten. Ya saben que por este oído no oigo. Y por éste hago que no oigo. A mi ganchillo, a mi ganchillo. *Se sienta a su labor en una butaca que hay bajo el pino de la derecha.*

Don Paciano. ¡Je!

Casilda. *Aparte a don Siro.* (¡Ea! ¡Así, hasta las siete de la tarde! Y luego a la noche se nos mete en casa a jugar a la correlativa. ¡O al tute chino! ¡Y se lleva los cuartos!).

Una pausa.

Doña Hiedra. Sigan, sigan hablando. No tengan reparo por mí. *Nueva pausa.* Si se callan, me voy.

Don Paciano. ¡Por Dios, señora!

Don Siro. ¿Tienen ustedes perro?

Don Paciano. Te diré: teníamos uno, mixto de lobo. *Lopillo* le llamábamos. Pero le dió por emplear lo que había en él de lobo en todas las visitas.

Casilda. Sí: de todas se llevó algún pedazo.

Doña Hiedra. ¡Menos de mí! ¡Me recibía con unos saltos de alegría!…

Don Paciano. Sí; con las mujeres era menos lobo. Con los hombres era feroz.

Don Siro. *Inquieto.* Y… ¿lo regalaron ustedes?

Casilda. No. Nos lo mató un guarda del campo porque su mujer tiene gallinas y no le comprábamos los huevos.

Don Paciano. ¡Miserias! ¿Dónde no las habrá?

Casilda. Ahora en lugar suyo tenemos un pachón, que nos ha regalado un amigo, porque él no lo quería, y que es una alhaja.

Don Siro. Menos mal.

Casilda. Muy inteligente. Pasa un ladrón por la carretera y poco menos que lo invita a entrar, lo introduce en casa, lo lleva al comedor y le enseña dónde están los cubiertos. Muy inteligente.

Don Siro. ¡Qué chusco!

Casilda. ¡Y muy a propósito para la finca!

Doña Hiedra. Los pachones son todos tontos: ya se lo dije a ustedes. ¡Y siempre con las lágrimas en los ojos! ¡Una angustia!

Casilda. Pero hay que tener perro.

Otra pausa.

Doña Hiedra. Sigan, sigan hablando.

Don Paciano. Vamos a enseñarle la casa a éste.

Casilda. Vamos, sí.

Don Siro. La veré con muchísimo gusto. Precisamente yo iba a hablaros… Porque, recordando tus ofrecimientos de hospedaje, había forjado un plan…

Casilda se coloca a la defensiva. Doña Hiedra también, a su modo. Don Paciano tantea el terreno tímidamente.

Don Paciano. A ver…

Don Siro. A primeros de mes necesito ir a París diez o doce días, a presidir uno de tantos Consejos de Administración en que ando metido.

Don Paciano. ¿A primeros de mes? ¿A cuántos estamos?

Don Siro. A veintiocho de junio. Y concebí la idea de dejaros aquí mientras tanto a Mariquitina, para irme yo más libre y más tranquilo.

Don Paciano. *Con voz opaca.* Sí, hombre, sí… Encantados nosotros… Eso y cuanto tú quieras…

Don Siro. Ya, ya sabía yo…

Durante estas palabras, lo mismo Casilda que doña Hiedra, a espaldas de don Siro, hacen a don Paciano vehementes señales para que se oponga a tal pretensión.

Don Paciano. Cuanto tú quieras…

Don Siro. A un matrimonio solo como ustedes…

Casilda. *Sin poderse contener.* ¿Solo?

Don Siro. Hasta les hubiera servido de compañía. Este era mi pensar.

Don Paciano. Muy lógico.

Don Siro. Pero ahora resulta que la niña acaba de decirme que ni a tres tirones se queda aquí; que esto no le sienta… que sin mar no hay verano… que qué sé yo qué… En fin, que no se queda aunque la hagan trizas.

Todos se animan al oírlo.

Don Paciano. ¡Pero, hombre!

Don Siro. ¡Nada, nada! ¡Es tan voluntariosa, tan especial! …

Casilda. Pues lo que es por nosotros, don Siro…

Don Siro. Ya, ya sé…

Don Paciano. Si no es ahora, cuando a ella se le antoje…

Don Siro. Gracias, chico; mil gracias…

Don Paciano. ¡Con toda libertad! ¿Para qué tenemos la habitación de huéspedes?

Casilda. Vamos a ver la casa; vamos.

Don Siro. Vamos a ver la casa.

Don Paciano. En su modestia, no deja de tener encanto.

Éntranse en la casa los tres.

Doña Hiedra. ¡Bueno! Esa niña acabará por quedarse aquí. Lo peor en estas cosas es insinuarlas. Y cuando vuelva el padre de París también pasará unos diítas. ¡Vaya! ¡Traerá un regalito de la *me de la Paix*!… Son habas contadas. Mi marido decía: «Cuidado con el huésped que se presenta con un pollito». Y yo le contestaba: «Y con el que viene sin pollito también». La humanidad es muy abusona.

Cantando, con música de «Marina»:

¡Dichoso aquel que tiene

su casa a flote,

su casa a flote…!

Por cima de la tapia del foro asoma Pancracia, criada de al lado.

Pancracia. Señora.

Doña Hiedra. ¿Qué?

Pancracia. Mi señora, que si podrían darle un ramito de tila.

Doña Hiedra. ¿Se ha puesto nerviosa?

Pancracia. Siempre que la llega carta de Madrid. Y dice que se le ha acabado la tila que tenía.

Doña Hiedra. Pues también aquí se ha acabado.

Pancracia. Pero ¿usté qué sabe, si no es de la casa?

Doña Hiedra. ¡Como si lo fuera! ¡Se ha acabado la tila!

Pancracia. ¡Jesús!

Doña Hiedra. ¡María y José!

Pancracia. Señora, usté *despense. Se retira.*

Doña Hiedra. *Despensá*. ¡Tanta bambolla, tanto coche a la puerta, tanta visita de relumbrón, tanto té por las tardes, y al vecino que no le pide tila, le pide hierbabuena, o perejil, o astillas para encender la lumbre, o una plancha para las medias! ¡Se ha acabado la tila! Yo no soy el pachón. *Continuando el canto empezado.*

… ¡Y a quien el mar le mece

su camarote,

su camarote!…

Por la derecha viene Robustiana, la guardesa, conduciendo a Ismael, muchacho de buen porte.

Robustiana. Pase usté, señorito.

Ismael. Buenos días.

Doña Hiedra. Buenos días.

Robustiana. Creí que estaban aquí los señores. Pero está esta señora, que es casi igual.

Doña Hiedra. ¿Qué hay, Robustiana?

Robustiana. ¿La señora sabe si los señores alquilarían el hotelito para el otoño?

Doña Hiedra. Me figuro que no. Pero entre usted a preguntárselo, para mayor seguridad. Ahora mismo se lo están enseñando a un caballero.

Robustiana. Pues aguarde usté, señorito. *Se va por la izquierda.*

Ismael. Sí, sí.

Doña Hiedra. Siéntese usted, joven.

Ismael. Gracias, estoy bien. ¿Esta villita tiene dos puertas, no es verdad?

Doña Hiedra. Sí, señor; dos puertas. La de servicio, que está allí detrás, da al cerrillo bajo.

Ismael. Ya. Por ahí se ha marchado.

Doña Hiedra. ¿Cómo?

Ismael. Nada: hablaba entre mí.

Doña Hiedra. Casa con dos puertas…

Ismael. ¿Qué?

Doña Hiedra. Hablaba entre mí.

Ismael. *Viendo aparecer a Rosaura en la puerta de la casita.* No; pues no se ha marchado.

Rosaura. *Saliendo.* ¿Esa voz? ¡Ismael! ¿Es posible?

Ismael. ¡Rosaura! ¿No ha de serlo?

Rosaura. Pero ¿usted no comprende…? Pero ¿qué hace usted aquí?

Ismael. ¡Buscarla a usted, sencillamente!

Rosaura. ¡Virgen de los Desamparados!

Doña Hiedra. *Cantando.*

¡Y oliendo a brea,

y oliendo a brea!…

Rosaura. ¡Doña Hiedra!

Doña Hiedra. ¡Rosaura!

Rosaura. Pero ¿quién le ha dicho a usted que yo estaba aquí?

Ismael. Mi corazón, Rosaura.

Rosaura. ¡Por Dios, Ismael!

Ismael. La he seguido a usted; la he visto entrar; la he aguardado… Y como no salía…

Rosaura. *Señalándole a doña Hiedra.* ¡Pero, por Dios!…

Doña Hiedra. No se ocupen de mí: yo no oigo. Sigan sigan.

Rosaura. Usted no oye, señora, pero oigo yo; y yo no puedo oír a este joven. No puedo: no debo oírlo.

Ismael. Pues me oirá usted, Rosaura; y muchas veces.

Rosaura. ¿Se atreverá usted a venir a pasar aquí el verano? ¿Será usted capaz?

Ismael. La prueba es que aquí estoy.

Rosaura. ¿Va usted a tomar casa?

Ismael. A ser posible, cerca de la suya.

Rosaura. ¡Jesús!

Doña Hiedra. Pues para alquilar, vea usted a Paniagua.

Rosaura. Pero ¿usted me quiere comprometer; usted quiere perderme?

Ismael. ¡De vista, nunca!

Rosaura. ¿Usted ignora mi tribulación? ¿No se da usted cuenta? ¿Usted no piensa que está ahí mi marido?

Ismael. Lo vi entrar con usted; pero no me preocupa.

Rosaura. Porque no lo conoce. ¡Es un monstruo de celos! ¡Usted no sabe la nube trágica que lo envuelve!

Ismael. ¡Bah! Nube de verano: leyenda.

Rosaura. No es leyenda, Ismael: es pura realidad. ¡Tiene tres muertos sobre su conciencia!

Ismael. No me importa. Yo conservo la boca muy sana.

Rosaura. ¿Qué dice?

Ismael. No me haga usted caso.

Rosaura. ¿Cómo no, en esta angustia? ¡Váyase ahora, por lo que más quiera! ¡Déjeme! ¡Los celos de mi marido son terribles! ¡Si lo hubiera usted visto ayer, cómo se puso, solamente porque un muchacho de la colonia me dijo que mis ojos son dos anuncios luminosos!

Ismael. Se pondría así, porque no le dijo a usted más que esa tontería. ¡De los ojos de usted se pueden decir tantas cosas!… ¡Tantas cosas, Rosaura! ¿Quiere usted que yo empiece?… Se puede decir de sus ojos…

En esto sale de la casa Tinoco, que en seguida se ajusta al papel de su sainete íntimo.

Tinoco. ¿Rosaura?

Rosaura. ¡Madre mía!

Tinoco. ¿Eh? ¿Qué es esto?

Rosaura. *Turbadísima.* ¿Esto?… Nada… Este joven, que…

Tinoco. ¿Qué?

Rosaura. Este señor, que…

Tinoco. ¿Qué?

Doña Hiedra. Qué ha venido buscando casa…

Tinoco. ¿Buscando casa?

Ismael. Sí, señor.

Tinoco. ¿Buscando casa?

Ismael. Sí, señor; quiero pasar aquí el verano. Y aun el otoño.

Tinoco. Y ¿busca usted casa?

Ismael. Ya lo he dicho.

Rosaura. *Acongojadísima.* (¡Ay!… ¡Ay!…).

Tinoco. Pues oiga usted: frente a la nuestra, *Villa Rosaura*, se alquila un

pisito.

Ismael. Lo veré.

Tinoco. Pero debo advertirle que yo por las mañanas hago ejercicios de tiro al blanco, con un rifle.

Ismael. ¿Sí, verdad? Yo me levanto tarde. Y el día que me levanto temprano… salgo por ahí a cazar mariposas.

Tinoco. Bueno, bueno. Ya está usted prevenido. ¡Rosaura!

Rosaura. ¡Tinoco!

Tinoco. ¡Vámonos a casa!

Rosaura. Vámonos, sí… Pero…

Tinoco. ¡Pero nada! ¡Vámonos!

La coge del brazo y se la lleva, mirando a Ismael con ojos terribles. Ella va más muerta que viva.

Ismael. ¡Qué energúmeno!

Doña Hiedra. Atroz. Una fiera.

Ismael. ¡Pero tiene una mujer guapísima! ¡Si no quiere que nadie la mire, que la esconda!

Doña Hiedra. Es que usted parece que pretende algo más que mirarla.

Ismael. ¡A ver! ¡Hay que vivir la vida!

Doña Hiedra. ¿La vida? Ya le ha oído usted que tira con rifle…

Ismael. ¡Bah! ¡Mientras no quiera sacarme una muela!…

Doña Hiedra. Es usted muy fresco.

Ismael. Lo da el sitio. ¿Este sitio no es fresco?

Doña Hiedra. Por las noches, sí: refresca bastante.

Vuelve Mariquitina, mirando todavía a Rosaura, con quien se ha cruzado al llegar.

Mariquitina. ¡Qué mujer más guapa y más elegante! ¡No sospechaba yo que pudiera encontrarme a una mujer así en una colonia tan cursi!

Doña Hiedra. Muchas gracias.

Mariquitina. ¡Ah! No había reparado. Tengo el vicio de hablar en voz alta. Y de no callar lo que pienso. Pero en todas partes hay de todo.

Doña Hiedra. ¡De todo!

Mariquitina. Y aquí también.

Doña Hiedra. ¿Usted es acaso Mariquitina?

Mariquitina. La misma. ¿Sabe usted de mí?

Doña Hiedra. Hija del señor Garachaga. Su papá está ahí dentro viendo el hotelito.

Mariquitina. Pues voy a entrar a tranquilizarlo. Porque estará en un ¡ay! temiendo por mí. Pero ¡bien me he vengado de unos cretinos que antes pretendieron burlarse de mi coche! Para todo el día tienen en el Puerto, inflando neumáticos. ¡Así se fortalecen! ¡Estos pollos idiotas que tanto abundan, verdaderos cafres modernos!… ¡Toma del frasco! *Se fija en Ismael, que está hace rato embobado mirándola.* ¿Eh?

Ismael. Buenos días.

Mariquitina. Buenos días.

Ismael. ¿Es usted hija de los dueños?…

Mariquitina. No: amiga nada más.

Ismael. Usted me disculpe. He venido a preguntar si alquilaban…

Mariquitina. ¡Ah! No sé.

Vuelve Robustiana por la izquierda.

Robustiana. No alquilan, señorito; no alquilan.

Ismael. ¿No, eh?

Robustiana. Dicen que han hecho la finca para ellos.

Doña Hiedra. Para ellos nada más.

Ismael. Bueno, guardesa; muchas gracias. Tome usted.

Robustiana. Deje, señorito: ya me dió antes…

Ismael. No importa: tome usted.

Doña Hiedra. (Es un *cupro*; no es una peseta).

Robustiana. Gracias. Allá abajo estoy, por si quiere que lo acompañe a ver otros hoteles. *Se va por la derecha.*

Mariquitina. Pero ¿usted va a tener el mal gusto…?

Ismael. ¿Qué mal gusto?

Mariquitina. ¿De veranear en esta colonia?

Ismael. Es posible; sólo que, en cuanto al gusto, no es tan malo como usted cree.

Doña Hiedra. No, no es tan malo.

Ismael. Por algo me he detenido mirándola a ella.

Doña Hiedra. Y otros ejemplos que yo conozco.

Mariquitina. ¡Ya! ¿Entonces es su novia de usted la del mal gusto?

Ismael. ¿Mi novia?

Mariquitina. No; si no lo digo por usted. Me refiero al capricho de veranear en este chicharrero.

Doña Hiedra. Ya le he dicho al pollo que refresca de noche. Y a ratos, de día.

Ismael. Vamos a ver: y tú ¿dónde veraneas, ya que tanto desprecias esta

colonia?

Mariquitina. Procuro hacerlo donde no haya cursis. Por eso no paro en cada sitio ni cuatro días. Yo no puedo ver a diario, por ejemplo, a esas dos viejas de la casa de junto. ¡No puedo! ¡Qué pelucas! *Levemente sobresaltada, a doña Hiedra.* ¿No serán parientas de usted?

Doña Hiedra. A Dios gracias. ¿Es que me parezco?

Mariquitina. ¡No, señora!

Doña Hiedra. ¡Son dos mamarrachos!

Mariquitina. ¿Verdad?

Doña Hiedra. ¡Como que si yo fuera su parienta, lo negaría!

Ismael. Pero, en fin, sepamos: tú ¿dónde veraneas?

Mariquitina. Pues, chico, de San Juan de Luz para arriba o para abajo. Como papá va mucho a París, siempre me deja en el camino. Hendaya, Biarritz, Hossegor… ¡Donde sea! ¡El mar, el mar sobre todas las cosas! ¡No sé quedarme sin el mar! ¡Yodo! ¡Mucho yodo! ¡Los ejercicios en la playa, los baños de sol, tumbarme boca arriba en la arena, tomar el coctel y almorzar en traje de baño!… ¡Oh! ¡Qué delicia!

Doña Hiedra. ¡Oh!

Ismael. ¿Te gusta el coctel?

Mariquitina. ¡Me bebo seis o siete diarios! Yo los sé hacer de quinientas cosas. ¡Y les doy un punto!… ¡Uh! ¡Las delicias del opio son una tontería!

Ismael. Y ¿cómo es que hoy estás aquí?

Mariquitina. Porque papá quería que pasase con estos señores una quincena. ¡Quincena que luego sería un mes!

Ismael. Y ¿tú no quieres?

Mariquitina. ¿Me lo preguntas después de oírme? ¡Si tú me enseñas aquí el mar!…

Doña Hiedra. El mar, no; pero los peces, sí.

Ismael. ¡Caramba, que lo siento! Pero, bien; espero y deseo volver a verte alguna vez. En Madrid, en Francia… donde se tercie.

Mariquitina. Sí; mejor es eso; no precisar nada: ¡donde se tercie!

Ismael. ¿No me parezco a los cretinos de la carretera?

Mariquitina. ¡Qué va! ¡Tú eres un muchacho estupendo!

Ismael. Gracias, Mariquitina.

Mariquitina. No hay de qué, Wenceslao.

Ismael. ¿Wenceslao? ¡Ismael!

Mariquitina. ¿Ismael? No me gusta el nombre.

Ismael. Ni a mí. Ni a mi padre. Ni a mi abuelo.

Mariquitina. Y ¿por qué lo lleváis?

Ismael. ¡Aberraciones de familia! Adiós, preciosidad.

Mariquitina. Adiós, guapo.

Ismael. Señora…

Doña Hiedra. Que usted lo pase bien, guapo.

Se va Ismael por la derecha.

Mariquitina. ¡Estupendo! ¡Es un chico estupendo!

Doña Hiedra. ¡Ja, ja, ja!

Mariquitina. ¿Se ríe usted?

Doña Hiedra. Me río de gusto. ¡Me agrada a mí esta manera de tratarse de la gente nueva!… ¡Yo no le hablé de tú a mi marido hasta después de la noche de novios!… ¡Y era de una dificultad!…

Mariquitina. ¡Ja, ja, ja! ¡Estupendo! ¡Es un chico estupendo!

Doña Hiedra. ¿Usted ve como aquí hay de todo?

Mariquitina. Sí: ya he visto… Donde menos se piensa… *O. K.!*

Doña Hiedra. ¿Qué quiere decir *O. K.*?

Mariquitina. Muchas cosas: ¡bien, magnífico, bravo, de acuerdo, encantada! … *O. K.!*

Doña Hiedra. ¡No puede estar más claro! Pues este chico viene siguiendo a la casada.

Mariquitina. ¿A qué casada?

Doña Hiedra. ¡A esa que salía cuando entraba usted!

Mariquitina. ¿Ah, sí?

Doña Hiedra. Es guapísima. Está loco por ella.

Mariquitina. ¿Sí, eh?

Doña Hiedra. ¡Loco!

Mariquitina. ¿Sí, eh? ¡Pues se lo quito!

Doña Hiedra. ¿Cómo?

Mariquitina. ¡Que se lo quito! ¡Esto ya va bien: esto me divierte!

Doña Hiedra. ¡Y a mí!

Mariquitina. ¡Se lo quito!

Doña Hiedra. Me parece que va a ser difícil: yo acabo de presenciar una escenita…

Mariquitina. ¡Es igual! ¡Se lo quito!

Doña Hiedra. ¡Claro! ¡No está bien que un muchacho así enamore a una mujer casada!…

Mariquitina. No, no, no: ¡eso es lo único que está bien! ¡Pero se lo quito!

Doña Hiedra. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tiempos!… ¡Qué cosas!…

Vuelven por la izquierda Casilda, don Siro y don Paciano.

Don Siro. Precioso, precioso. Podéis estar contentos. El hotel, las vistas… Precioso todo.

Don Paciano. ¿Verdad que sí?

Mariquitina. ¡Aquí me tienes ya de vuelta, papá!

Don Siro. ¡Chica!

Mariquitina. ¡Mírame bien: no me falta nada!

Casilda. ¡La muela del juicio nada más!

Don Siro. ¡Qué temporadita te pierdes, por caprichosa, por extravagante!

Mariquitina. ¿Cómo que me la pierdo?

Don Siro. ¡No quedándote aquí los días que yo esté fuera! Mariquitina. Pero ¿no me voy a quedar?

Casilda. ¿Eh?

Don Siro. Pues ¿no me has dicho antes que primero te hacen picadillo?

Mariquitina. Pero, papá, ¿lo has tomado en serio? ¿Había yo de cometer una falta de educación semejante? ¡Sin contar con que esto es muy hermoso!

Don Siro. ¿Les parece a ustedes?

Mariquitina. ¡Jesús! Tengo un padre con quien no se puede bromear. ¡Todo ha de ser en serio! La broma más ligera la toma él como un título en pergamino. ¡Mañana mismo estoy aquí con todo mi equipaje!

Don Paciano. ¡Encantados nosotros!

Casilda. ¡Encantados!

Don Siro. ¡Esta chiquilla, esta chiquilla!…

Mariquitina. Venga usted a ver mi coche, Casilda. Ya la llevaré de paseo. Anda, papá, que te voy a poner en Madrid en diez minutos.

Don Siro. ¡Recen por nosotros!

Mariquitina. ¿Vamos, Casilda?

Casilda. Vamos, monería.

Mariquitina. ¡Anda, papá! ¡Qué calma tienes!

Don Siro. Pero ¿qué prisa hay?

Mariquitina. ¡Para ti nunca hay prisa! ¡Pero yo la tengo! ¡Me espera Fanny para tomar un coctel indio en *Chacachuski*! *Y se va con Casilda.*

Don Siro. ¡Fanny! ¡Un coctel indio! ¡*Chacachuski*! ¡Viva España, Paciano!

Don Paciano. ¡Hombre, no te pongas así! De modo que ha dicho tu chica que mañana…

Don Siro. Sí… Pero ¡qué sé yo lo que pensará dentro de media hora!

Se marchan los dos tras de Casilda y Mariquitina.

Doña Hiedra. ¿No lo dije? Primero la niña y luego el padre, con el regalito de París. ¡Lo que abusa la gente, señor! ¡Lo que abusa! ¡Y esto sí que no pasa de moda! *Cantando de nuevo.*

¡Dichoso aquel que tiene

su casa a flote,

su casa a flote…!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, quince días después, a la una de la tarde. Algunos abanicos en los veladores.

Doña Hiedra aparece sentada al pie del pino de la izquierda, entregada a su labor habitual y a su predilecta canción.

Doña Hiedra.

¡Y oliendo a brea,

y oliendo a brea,

al arrullo del agua se balancea!

Pancracia, la criada del hotel vecino, canta a voz en grito una jota.

Pancracia.

Anda y quítate las botas

y ponte las alpargatas,

que no te sienta mi padre

cuando entres a verme a gatas.

Doña Hiedra. ¡Qué rabanera! Yo no sé cómo una señora con tantas pretensiones y tantos humos consiente en su casa a esa mujer.

Salen de la casa, con don Paciano, sus invitados, doña Fausta, Ronquillo y su hija Lolín.

Don Paciano. Vámonos ahora allá a la entrada del jardín, que estará muy fresco.

Ronquillo. ¡Llévanos donde quieras! ¡Qué día, Paciano! ¡Qué perspectiva la del almuerzo! ¡Voy a comer como un tiburón! ¡Ja, ja, ja!

Lolín. Papá, no te pongas payaso.

Doña Fausta. Es inevitable: como lo conviden a almorzar, vuelca el saco de su repertorio.

Don Paciano. ¡Que haga todo lo que se le antoje, Fausta! ¡Cuando yo invito a mis amigos es para que estén aquí como en su casa!

Doña Fausta. Cuidado, Paciano: no le dé usted vuelos. ¡Usted no sabe cómo está en casa mi marido!

Ronquillo. ¡Ja, ja, ja!

Don Paciano. ¡El gran Ronquillo! Vamos, vamos para allá abajo.

Doña Fausta. Vamos.

Lolín. Vamos, sí.

Ronquillo. Mi mujer y mi hija son dos pamplinosas… ¡Si un día de campo, como hoy, en confianza, no va uno a poder echar las piernas por alto!…

Don Paciano. ¡Claro que sí! ¡Ja, ja, ja!

Se van por la derecha.

Por la izquierda, a poco, sale Casilda, que se va tras ellos, diciendo:

Casilda. ¡Hoy me da a mí un hervor de sangre!

Doña Hiedra. ¡Y a mí otro!

Viene también por la izquierda Sanchica.

Sanchica. Doña Piedra.

Doña Hiedra. Doña Hiedra. ¿Qué hay?

Sanchica. Que la señora está hoy de un destemple, que no me atrevo a preguntarla… ¿Cuánto arroz echo?

Doña Hiedra. Según los invitados. ¿Cuántos se sentarán a la mesa?

Sanchica. Pues mire usté: los señores de casa…

Doña Hiedra. Dos.

Sanchica. El señor que está de huésped y su hija…

Doña Hiedra. Don Siro y Mariquitina; sí. Cuatro.

Sanchica. Y el matrimonio y la niña de *Villa Fausta* Son siete.

Doña Hiedra. Ocho.

Sanchica. ¿Ocho?

Doña Hiedra. Porque el marido come por dos.

Sanchica. ¡Qué bueno!

Doña Hiedra. ¿No vienen los de *Villa Rosaura*?

Sanchica. No, señora. Al arroz no vienen. Vendrán luego a tomar el café.

Doña Hiedra. Y a hablar por teléfono.

Sanchica. El señor ya está hablando arriba.

Doña Hiedra. ¿Ves tú?

Sanchica. ¡Suelta unas carcajadas!…

Doña Hiedra. ¡Quizá le cuenten chascarrillos! ¡Cómo abusan de tus señores!

Sanchica. Diga usted, doña Piedra.

Doña Hiedra. ¡Y dale! Doña Hiedra.

Sanchica. ¡Y dale! Dice la Vicenta que mientras una está hablando por teléfono la ven a una.

Doña Hiedra. Eso todavía no ha llegado aquí.

Sanchica. Yo, por si acaso, cuando hablo con mi Celedonio, me doy brillantina en el pelo y me pongo otro delantal.

Doña Hiedra. Haces bien. Y aunque te lo hubieses puesto para hablar

conmigo no habría estado de más. ¡Porque yo sí te veo!

Sanchica. ¡Si estoy trajinando en la cocina, doña Piedra!

Doña Hiedra. ¡Bueno, sí! Volvamos al arroz, porque mi nombre no lo aprendes.

Sanchica. ¡Soy más bruta pa esto de los nombres!

Doña Hiedra. Te voy a dar una receta que no falla. Apréndetela de memoria. A mí me la enseñó mi abuelo, que guisaba muy bien. Había sido cocinero de barco…

Para el arroz echarás,

si has de hacerlo con justeza,

un puñado por cabeza

y uno más.

Sanchica. ¡Mira qué bien cae! Apúntemela usté en un papelico.

Doña Hiedra. Luego te la daré. No falla. Sobrará arroz.

Sanchica. Oiga usté: la señora me ha dicho que le ponga unas ruedecicas de chorizo pa darle gracia.

Doña Hiedra. ¡Quita allá! ¡El arroz a banda no lleva tropezones! Sabe a todo y no se ve nada. ¿Me lo van a contar a mí, que soy de Valencia? Voy a la cocina contigo.

Sanchica. Sí, señora, sí; muchas gracias. Es lo mejor.

Doña Hiedra. Aquí al lado comen hoy *papas en paseo*, como las llaman los andaluces. ¿No las hueles?

Sanchica. ¡Se huelen en toa la colonia!

Doña Hiedra. ¡Tanto *postín*… tanto *postín*… y luego *papas en paseo*! ¡Bah!

Y se van las dos por la izquierda.

Simultáneamente aparece por la derecha Casilda, que viene indignada. La sigue don Paciano, que ha perdido dos kilos.

Don Paciano. ¿Adónde vas, mujer?

Casilda. ¡A la cocina! ¡No me da la gana de comer el arroz como quiera esa vieja, sino como me agrada a mí! ¡Encima de comerlo con invitados, que tampoco se guise a mi gusto! ¡Es mucho cuento!

Don Paciano. ¡Casilda, por Dios! ¡No murmures más de los invitados! ¡En esta vida hay que corresponder!

Casilda. ¿A qué? ¡Eres un simple! ¿Qué les debemos a doña Fausta y al adán del marido?

Don Paciano. El año pasado nos convidaron a unos macarrones…

Casilda. ¡Que estaban crudos y por poco me muero yo del cólico que tuve!

Don Paciano. ¡Toma! ¡Y yo!

Casilda. ¿Y a eso quieres corresponder? ¿Les vas a ofrecer otro cólico?

Don Paciano. No hay modo de entenderse contigo cuando te da esta vena. ¡O se vive en sociedad o no se vive!

Casilda. ¡Pues no se vive! ¿Es que esto es vivir? ¡Cuando no es uno es otro! ¿Tienes aquí un minuto de soledad, tú que la cantas tanto?

Don Paciano. ¡Chsss! ¡Qué pueden oírte!

Casilda. ¡Descuida! Están en el metro…

Don Paciano. ¿En el metro?

Casilda. ¡En el metro de sombra que hay a estas horas ante la casa de los guardas! ¡Esto es un vergel! ¡*El Rinconcito!… ¡El Rinconcito*! ¡Y Ronquillo ya se ha quitado la americana! ¡Muy decente! ¡Estamos en el campo! ¡Y doña Fausta, como quien trae un regalo especial, un postre selecto, se ha traído su aparato de *radio*! ¡Nos dejará sin siesta! ¡Y Lolín, la cursi de la niña, presumiendo de que ella no se casa porque no quiere! ¡Y ha recorrido ya toda la Sierra buscando uno que se atreva a decirle algo!

Don Paciano. ¡Ay!

Casilda. ¡Suspira, suspira! ¡Ah! ¡Y Mariquitina, todavía en piyama, preparando el coctel y revolviendo cuanto coge! ¡Y don Siro, el padre, con un cuello que parece de porcelana, que o se lo quita o morimos todos!

Don Paciano. ¿Cómo todos? Morirá él, en tal caso.

Casilda. ¡Todos, antes que él! ¡Él es de aluminio, como las cacerolas! ¡Yo me asfixio de angustia viéndolo metido en aquel tubo! ¡Me asfixio! ¡Me muero!

Don Paciano. ¡Tú te mueres si Ronquillo se quita la americana y te mueres si don Siro no se quita el cuello! ¡Tú te mueres de todos modos!

Casilda. ¡Pues también has elegido un día para el dichoso almuerzo!…

Don Paciano. ¿Lo he elegido yo? ¡Ayer hacía un fresco muy agradable!

Casilda. ¡Y hoy se abrasan los pájaros! ¡Es el día de más calor del verano! ¡El de San Lorenzo no hará más!

Don Paciano. ¡Pffff!…

Casilda. Sopla, sopla, que buena falta hace.

Don Paciano, por no pegarle a su mujer, se pone a hacer gimnasia sueca. La Melera, que llega por la derecha en esto, suelta la risa al verlo.

Melera. ¡Ja, ja, ja!

Don Paciano. ¿Eh?

Melera. ¡Me ha hecho gracia ver al señor!

Don Paciano. ¿Ah, sí?

Melera. ¿Está eso de moda? ¡Porque en *Villa Camila* lo hace también el señorito; pero aquél lo hace en cueros! ¡Yo me tumbo de risa!

Don Paciano. ¿Sí, eh? ¡Pues yo no soy tan fácil a la hilaridad!

Melera. ¿Cómo?

Don Paciano. ¡Comiendo! Y le he dicho a usted cincuenta veces…

Casilda. Y yo cincuenta y una…

Don Paciano. Que por esta puerta no tiene usted que entrar para nada; que ahí detrás está la puerta de servicio.

Melera. Por ahí es por donde siempre salgo.

Don Paciano. ¡Pues por ahí debe usted entrar y salir!

Melera. Bueno, señor; no se sofoque. Ya estoy *avertía*.

Don Paciano. ¡Está usted *avertía* desde el año pasado!

Melera. ¡No volverá a ocurrir! *Vase por la izquierda.*

Don Paciano. ¡Es que como vuelva a ocurrir…!

Doña Hiedra reaparece oportunamente.

Doña Hiedra. ¡Ocurrirá todos los días! ¡Es muy cazurra y muy testaruda esta mujer! Y además, la miel que trae yo sé que no es de abejas: es de avispas. ¿Cómo se la toman ustedes?

Casilda. ¡Nos la recomendó Tinoco, que es aquí el amo!

Don Paciano. ¡Je!

Doña Hiedra. ¡El amo del teléfono, por lo menos! He ido arriba a ver si podía comunicar con Aravaca, y ¡que si quieres! ¡Allí está el hombre ríe que ríe, a carcajada suelta! ¡Un abonado!… Hasta luego, hasta luego.

Don Paciano. ¿Se marcha usted? ¿No quiere almorzar con nosotros? ¡Donde comen seis, comen siete!

Doña Hiedra. Lo agradezco; pero no me gusta importunar. Ustedes querrán estar solos con sus amigos… y sus amigos solos con ustedes. Y que no quiero quebrantar mi régimen.

Casilda. ¡Ah! ¿Está usted a régimen de comidas?

Doña Hiedra. Desde hace mucho tiempo. Mis sopitas de ajo, mis huevos, mi

pescado, mi carne, mi ensalada, mi fruta, mis dulces… De ahí no puedo salir.

Don Paciano. ¡Yo no saldría tampoco!

Doña Hiedra. ¡Je!

Casilda. ¿Y café, no toma?

Doña Hiedra. No; en casa, no.

Don Paciano. ¿En casa, no?

Casilda. ¡Pues véngase a tomarlo con nosotros! ¡Un día es un día!

Doña Hiedra. Eso sí lo acepto. Por la sobremesa; por la charla. Hasta después.

Casilda. Adiós.

Don Paciano. Adiós.

Se va doña Hiedra por la derecha.

Casilda. ¡Ea! *Dándole a don Paciano un pellizco, de puro rabiosa.* ¡Y ahora se va a guisar el arroz según la receta de mi abuelo, y no del abuelo de doña Hiedra!

Y se va por la izquierda resueltamente.

Don Paciano. *Respirando un momento a sus anchas.* ¡Ay!… ¡Cuando yo vuelva a convidar a nadie!…

Pancracia grita desde el fondo.

Pancracia. ¡Paciano!

Don Paciano. ¿Qué?

Pancracia. ¡Paciano!

Don Paciano. ¿Quéee?

Pancracia. ¡Que no hay agua! ¡Que subas a bañarte!

Don Paciano. ¿Cómo? ¿A bañarme sin agua? ¡Ah, canastos! ¡Si es al niño de junto, que se llama Paciano, como yo! ¿A quién se le ocurre ponerle Paciano a una criatura?

Vase por la derecha.

Por la izquierda sale Mariquitina, en piyama y agitando una «coctelera».

Mariquitina. ¡Como este coctel no le alegre el humor a Casilda, pobre don Paciano! ¡Del arroz no sale! Pero, sí, sí: éste los emborracha a todos. Lo he preparado con muy mala intención. *Tararea y baila una danza moderna, popular, del día.* ¡Que no sea sólo la *coctelera* lo que se mueva! ¡Un poco de baile le da al coctel un puntito muy especial!

Aparece por la derecha Rosaura, siempre atribulada, con su tragedia intima.

Rosaura. ¡Mariquitina!

Mariquitina. ¡Hola, amiga! Aquí estoy preparándoles a ustedes la felicidad, por si el arroz está incomible, como me figuro.

Rosaura. ¿Coctel?

Mariquitina. Sí. Esto arregla y desarregla muy bien el estómago.

Rosaura. Yo no puedo probarlo.

Mariquitina. ¿Por qué?

Rosaura. Tengo prohibidos todos los alcoholes. Y Tinoco también. ¡Trastornillos circulatorios!

Mariquitina. ¡Bah! ¡Tonterías de los médicos! ¡Sobre que este coctel no tiene malicia! *Whisky*, coñac, anís, jerez, naranja, limón, vermut, canela, clavo, gasolina, gotas amargas y una cucharadita de mi secreto. ¡Porque yo tengo también mi secreto para el coctel!

Rosaura. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Se me ha subido a la cabeza nada más que de oírlo! Y atiéndame usted un minuto antes que alguien llegue.

Mariquitina. Usted dirá. *Deja la «coctelera».*

Rosaura. ¿Mi marido?…

Mariquitina. No sé.

Rosaura. Entró antes, a saludar a doña Hiedra.

Mariquitina. No lo he visto. Habrá salido al montecillo por la puerta falsa.

Rosaura. Puede ser. ¡Ay qué diítas estoy pasando! ¡Ay, qué veranito se me presenta!…

Mariquitina. ¿Pues?

Rosaura. ¿Usted es muy amiga de Ismael Ayala?

Mariquitina. ¡Uh! Somos íntimos.

Rosaura. ¿Íntimos?

Mariquitina. Lo conocí aquí mismo hace quince días.

Rosaura. ¿Y ya son íntimos?

Mariquitina. Ya. No charlamos una sola vez en que él no me llame a mí tarabilla, loca, sin seso, torbellino, calamidad… y yo a él, calabaza, cretino, idiota, sinvergüenza, cerebro de canario, corazón de rana, ciruelo… ¡íntimos! De usted me habla mucho.

Rosaura. *Con vehemencia.* ¿Sí, verdad?

Mariquitina. ¡Mucho! ¡Y siempre echando chispas!

Rosaura. ¿Por los ojos?

Mariquitina. ¡Por todas partes! El nombre de usted lo electriza, lo sacude como una corriente.

Rosaura. ¿Ve usted? ¿Ve usted? ¿Hay mayor desgracia? Mariquitina, por Dios bendito, ¿por qué no le aconseja usted a ese chico que deje esta aventura imposible; que le ofrezca su corazón a otra mujer?… ¡Hay tanta muchacha soltera esperando!… ¿Por qué no se fija en usted, por ejemplo?

Mariquitina. ¡Qué sé yo!

Rosaura. ¿Por qué no le dice usted que se fije?

Mariquitina. ¡Yo qué le he de decir eso a nadie! ¡Dígaselo usted!

Rosaura. ¡Ya se lo he dicho! ¡Y no me ha hecho caso ninguno! ¡Está ciego, ciego! Es mi tragedia, Mariquitina. Y no me pasa sólo con Ismael, que en su juventud tiene disculpa. Es mi tragedia. Yo no soy una mujer guapa; a mí no me engaña el espejo; no soy más que agradable, un poquito vistosa… ¡Del montón! Bonitos ojos, si usted quiere…

Mariquitina. ¿Por qué no he de querer?

Rosaura. Bonita risa, buen tipo… Pero del montón. Bonito cuello, bonita oreja… Una mujer algo inteligente, que se pone cuatro trapos y no le caen mal… pero del montón. ¡Bueno! ¡Pues al montón van a buscarme todos! Me presentan a un hombre, y el primer día palidece en cuanto me ve; y el segundo, me pone ya los ojos en blanco; y el tercero, suspira; y el cuarto, me aprieta la mano al despedirse; y el quinto, mi marido lo huele… y ya está la tragedia en casa. ¿Hay mayor desventura?

Mariquitina. ¡Sí que es para tomar sublimado!

Rosaura. ¡Calle usted, por Dios! ¿Sabe usted lo que me ocurrió el otro día con ese Ronquillo, el marido de doña Fausta? Vaya de confidencias íntimas.

Mariquitina. ¿Qué les ocurrió?

Rosaura. Estaba yo en bata, en mi casa —una bata un poco llamativa, lo reconozco: escotada… dibujo de frutas… los brazos al aire…—; llegó Ronquillo con no sé qué pretexto me encontró sola, comenzó a bizquear y a balbucir, y de buenas a primeras me plantó un beso.

Mariquitina. ¿Un beso? ¿Ese cochino? ¡Usted le daría una bofetada!

Rosaura. No se me ocurrió: me quedé sin habla y sin movimiento. Eso sí: cuando me repuse le dije, con toda energía: ¡Se equivoca usted, señor Ronquillo: yo soy una señora!

Mariquitina. Y ¿qué contestó él?

Rosaura. Que no se equivocaba… ¡Que precisamente por eso me había besado: porque era una señora!

Mariquitina. ¡Ja, ja, ja!

Rosaura. Eso tuve yo que hacer: reírme. ¡Tanto me desconcertó la salida! Afortunadamente, mi marido no estaba en casa. ¡Por una de esas casualidades que se dan, había venido aquí a hablar por teléfono! Dios, que me protege contra el diablo.

Mariquitina. ¡Los caracoles! Pues no se apure usted por Ismael: hoy me lo llevo yo a almorzar a cualquier parte —porque, naturalmente, prescindo de este arroz familiar— y le llamaré unas cuantas cosas que no le he llamado todavía.

Rosaura. ¡Ay! ¡Dios se lo pague a usted! ¡Gracias, Mariquitina! ¡Muchas gracias! ¡Este favor no puede pagarse más que con una amistad verdadera! *Besándola con efusión.* ¡Gracias! ¡Gracias! Voy a buscar a mi marido. ¡Y enamóreme usted a ese loco! ¡Que me olvide a mí! *Se va por la izquierda.*

Mariquitina. Ella es más tonta de lo que yo creía, y él más bruto de lo que me habían dicho. *Coge de nuevo la «coctelera» y la agita precipitadamente.* ¡Lo que yo me voy a divertir cuando vea a los convidados perder la cabera!

Asoma a la puerta de la casa Vicenta, doncellita que va a servir el almuerzo, y a quien le dice: Oye, Vicenta. Lleva allí los vasitos para el coctel y unos pedacitos de hielo.

Vicenta. Sí, señorita. *Vuelve a entrar en la casa, y a poco cruza hacia la derecha con el servicio necesario.*

Por la izquierda sale Casilda.

Mariquitina. Ya voy a repartir el coctel. ¿Viene usted allá?

Casilda. ¿Yo? ¡Yo no tomo brebajes!

Mariquitina. ¡Brebaje mi coctel, y hay quien me ofrece veinte mil *dollars* por el secreto! ¡Brebaje! ¡Sí, sí!

Casilda. ¡Llegarás a los treinta años con el estómago hecho migas! ¡Y yo, que tengo algunos más de treinta, me trago todavía a mi marido, y lo digiero!

Mariquitina. ¡Pues que a usted le aproveche! *Grita hacia la derecha, por donde se retira cantando y danzando.* ¡Allá voy con el aperitivo! ¡Allá voy! ¡El paraíso artificial!

Casilda. ¡Bien! ¡Bien! ¡A emborracharse! ¡Bien! ¿Y esta niña será capaz de sentarse a la mesa así? Por supuesto, ¿qué puede extrañarme, si Ronquillo está ya en mangas de camisa? ¡Bien! ¡Bien! ¡Me espera un almuerzo encantador!

Por la derecha llega don Siro indignadísimo, mas sin que esta indignación altere en un ápice la esplendente tersura de su cuello de porcelana.

Don Siro. ¡Esta hija mía es contra todo yo! ¡Si no fuera por aquel lunar tan significativo, que por su posición y caracteres es como un sello de autenticidad, yo dudaría, dudaría!… ¡Y que me perdone aquella santa!

Casilda. ¿Qué es eso, don Siro?

Don Siro. ¡Que cada día puedo menos con las genialidades de mi hija! ¡Míela usted! ¡Todavía en piyama!

Casilda. ¡Así se acostumbra a ir llevando los pantalones! ¡Es cosa del siglo!

Don Siro. ¡Y además me ha dicho ahora mismo que no almuerza aquí!

Casilda. ¿Ah, no?

Don Siro. ¿Hay mayor falta de cortesía, de correspondencia a la amabilidad de ustedes?

Casilda. Por eso, no, don Siro… ¡En el campo!…

Don Siro. ¡Y que es inútil hacerle reflexiones!… En seguida me llama anticuado, diecinuevesco, reloj de pesas… ¡Bah!

Casilda. Entonces ¿dónde va a almorzar ella?

Don Siro. ¡Quién lo sabe! A mí me ha dado miedo preguntárselo. ¡No le digo a usted más! ¡Uf!…

Casilda. Mucho calor, ¿eh?

Don Siro. No, señora…

Casilda. ¡No diga usted que no! No hemos tenido suerte con el día… ¡Yo estoy abrasada! Este calor tan seco me desquicia, me revuelve un poquillo… Y ya ve usted que me he puesto bien fresca. Sin pantalones como Mariquitina, pero bien fresca.

Don Siro. Diríase una magnolia en un hermoso búcaro…

Casilda. ¡Si lo oyese a usted Paniagua!

Don Siro. ¡Je!

Casilda. *Cada vez más nerviosa ante la persistente impasibilidad de don Siro, cuyo cuello le hace el efecto de una horca,* Don Siro, si el calor le molesta, con toda confianza, quítese usted el cuello.

Don Siro. ¡Casilda, no me ofenda usted!

Casilda. ¡Estamos en el campo! ¡Ronquillo se lo ha quitado ya!

Don Siro. ¡Si no se hubiera quitado más que el cuello!… Pero Ronquillo es Ronquillo… y yo soy yo.

Casilda. ¿Usted suda muy poco?

Don Siro. Muy poco. Y en casa nada más.

Casilda. ¿Nada más?

Don Siro. Nada más. ¿Cómo he de permitirme sudar en casa ajena?…

Casilda. Pero ¿usted puede remediarlo?

Don Siro. Ya usted lo ve.

Casilda. ¡Ea, pues vamos hacia el comedor, que allí sí me parece que va usted a sudar!

Don Siro. Si usted lo desea, sudaré.

Casilda. *Gritándoles a los invitados.* ¡Vamos al comedor que ya es hora!

Ronquillo. *Dentro, lejos,* ¡Ya es hora, ya! ¡Me voy a comer hasta a la doncellita!

Risas y algazara allá dentro.

Don Siro. ¡Qué animal!

Vicenta. *Cruzando de derecha a izquierda.* (Si la doncellita se deja comer; que eso habría que verlo).

Don Siro. ¿El brazo, Casilda?

Casilda. El brazo, don Siro. Y vea usted, vea usted su pulserita. Prueba de que me gusta mucho.

Don Siro. ¡Ah! ¡No vale la pena! ¡Modesto recuerdo de la *rué de la Paix*!

Éntranse en la casa.

En seguida vienen por la derecha doña Fausta y Lolín.

Doña Fausta. Lo de siempre: tu padre está dando ya el espectáculo.

Lolín. Sí, mamá: lo de siempre. Temprano empieza hoy con sus gracias.

Doña Fausta. ¡Mira que le he dicho que los cuentos verdes los deje para la sobremesa!…

Lolín. ¡Para la sobremesa y para cuando yo me vaya!…

Doña Fausta. Pues nada, ya lo has visto: revienta si no larga el primero de la colección con el coctel.

Lolín. Y ¡qué cuentecito, mamá! ¡Ése no se lo había yo oído nunca!

Doña Fausta. ¿Lo has entendido?

Lolín. A medias. Pero me ha hecho gracia. Ahora, que comprendo que yo no he debido entenderlo.

Doña Fausta. ¡Ni casi yo!

Lolín. Por eso está mal que papá…

Doña Fausta. Por eso… y por mil cosas. ¡Es incorregible! ¡Sabiendo que nos van a dar coctel, manda al ventorro de enfrente por una cerveza!

Lolín. Mamá, ¿se dice cóctel o coctel?

Doña Fausta. No lo sé, hija. A mí me hace daño de las dos maneras. Como

tu padre, cuando le da el naipe de hoy.

Lolín. Nos pone en ridículo constantemente. Yo te soy franca: a veces me abochorna.

Doña Fausta. ¡Y a mí! ¡Si llego a sospecharlo…! Porque cuando nos casamos no era así. Te aseguro que si sospecho este cambio, no naces tú.

Lolín. ¡A ese precio no, mamaíta!

Doña Fausta. Dices bien, ángel mío. Las groserías de tu padre me llevan a disparatar. Tú verás cómo después del arroz pide unas babuchas.

Lolín. ¡Si no las pide antes! ¡Y con el arroz se atorará!

Doña Fausta. ¡Se atorará! ¡Por comerlo de prisa! ¡No escarmienta!

Lolín. ¡Y le entrará hipo, y se levantará de la silla, y empezará a dar vueltas por el comedor, asustando a todos!

Doña Fausta. ¡Qué hombre; qué hombre! ¡Ni al médico hace caso! Le ha dicho que tiene *sifonafe* difícil, ¡y nada! ¡El mejor día se nos ahoga!

Lolín. ¿El mejor día, mamá?

Doña Fausta. ¡Es una frase hecha, hija!

Lolín. ¡Y por este almuerzo pierdo yo la excursión en burro que ha organizado Pepitín Paniagua! ¡Y va ese muchacho que tanto me mira y que se interesa por mí! ¡Y yo me he sacrificado en atención a Mariquitina, y ahora resulta que Mariquitina va a almorzar por ahí con ese otro chico madrileño! ¡Que no está para ella, yo lo sé; pero se lo lleva a almorzar!

Casilda asoma a la puerta de la casa.

Casilda. ¿Vienen ustedes o no vienen? ¡Que el arroz tiene un punto y va a pasarse!

Doña Fausta. Sí, hija, sí: discúlpenos. Esperábamos a aquellos dos, que con los chascarrillos de mi marido…

Casilda. Vamos, vamos; que se dejen de chascarrillos ahora. *Éntrase.*

Doña Fausta. *A los rezagados.* ¡Paciano, ande usted, que nos llama Casilda! ¡No le haga usted caso a ese majadero!

Lolín. ¡Anda, papá, anda! ¿No ves que esperan por nosotros?

Doña Fausta. ¿Le has mirado la cara a Casilda? ¡Está verde: de un humor del diablo! ¡Para esto no se convida a nadie!

Lolín. La que más y la que menos está tan contrariada como ella. Y una disimula por educación.

Doña Fausta. ¡Así da gusto! ¡En fin, que no nos siente mal el arroz!

Entran en la casa, a la vez que por la derecha llegan, muertos de risa, don Paciano y Ronquillo.

Don Paciano. ¡Qué bárbaro! ¡Se te está llamando bárbaro veinticuatro horas y no se te ha llamado bastante!

Ronquillo. ¡Pero tú bien te ríes!

Don Paciano. ¡Es que tiene muchísimo salero! ¡Ja, ja, ja!

Ronquillo. ¡Pues ya verás el del gallo miope! ¡Te vas a tronchar! ¡A los postres te lo contaré, cuando se vayan las señoras! Sí, porque ante las señoras no me atrevo.

Don Paciano. ¡Cómo será él, cuando tú te detienes! ¡Ja, ja, ja! ¡Sólo de pensarlo me tumbo!

Ronquillo. ¡Ja, ja, ja!

Don Paciano. ¿Sabes que el coctelito de Mariquitina tiene los demonios?

Ronquillo. ¡Y mezclado con la cervecilla que tomamos antes!… ¡A mí me ha puesto al pelo! ¡Un día así no se paga con nada!

Don Paciano. ¡Pues sí y al arroz!

Ronquillo. ¡Al arroz!

Don Paciano. ¡Y ten cuidado con Casilda, que está que humea!

Ronquillo. ¡Hombre, qué lástima que no hayas convidado también a Rosaura, la del dentista!

Don Paciano. ¿Te gusta esa mujer?

Ronquillo. ¡Me disloca!

Don Paciano. A mí me entontece; ahora que Casilda no nos oye.

Ronquillo. No te digo más sino que el otro día fui a su casa, la encontré sola… y no me pude contener y le di un mordisco.

Don Paciano. ¿Un mordisco? ¡Ella me ha dicho a mí que un beso!

Ronquillo. ¡Pues fué un mordisco!

Don Paciano. Pues ten ojo con el marido, que es un cafre.

Ronquillo. ¡Bah! ¡A ese hombre no hay que temerle más que con la llave de sacar muelas en la mano!

Don Paciano. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bárbaro eres!

Ronquillo. ¡Ja, ja, ja!

Éntranse en la casa, riendo.

Reaparece Mariquitina.

Mariquitina. ¡Yo no almuerzo con este salvaje, aunque me lo manden a la vez mi padre, el Padre Santo y el Padre Eterno! ¡Qué berzotas! ¡Qué bruto!

Sale Ismael por la derecha.

Ismael. ¿Quién?

Mariquitina. ¿A ti qué te importa? ¿Me venías siguiendo?

Ismael. ¿Yo? ¡Vamos! ¡Eso era en tiempos de tu padre! Ahora sois vosotras las que nos seguís a nosotros.

Mariquitina. Se dan casos, sí. Pero también se dan excepciones. Y aquí tienes una, majadero. ¿Yo qué te he de seguir a ti ni a ningún pelele?

Ismael. ¿Pelele?

Mariquitina. ¡Pelele!

Ismael. Bueno. ¿Dónde me llevas a almorzar?

Mariquitina. ¿Ves como me seguías? ¡Qué poca espiritualidad y qué poca vergüenza! ¡Ya no piensas sino en las magras, con tomate!

Ismael. Chica, es que viene de ahí un olor y de ahí otro… ¡que turban la cabeza más firme!

Mariquitina. Bueno, pues márchate a almorzar donde quieras; yo almuerzo sola.

Ismael. ¿Qué?

Mariquitina. ¡Que no almuerzo contigo!

Ismael. ¡Podías habérmelo dicho un poco antes!

Mariquitina. Pero ¡qué ganso eres! No te interesa más que el almuerzo: no mi compañía. Bien hago en dejarte sin él. Alguien se alegrará.

Ismael. ¿De qué?

Mariquitina. De que te deje libre.

Ismael. ¿Cómo?

Mariquitina. ¡Que no te sale el juego, pollo; que conmigo no le das tú achares a nadie!

Ismael. ¡Anda con Dios! ¡*La revoltosa*!

Mariquitina. ¡Puede! Las madrileñas, por muy *traducidas* que estemos, como, yo, tenemos cuando hace falta desplantes castizos, y sabemos decir como la primera ¡miau! ¡pa el gato! ¡vamos, anda! y ¡qué te crees tú eso!

Ismael. ¡Ole! ¡Estás ahora para comerte!

Mariquitina. ¿Vuelta al apetito? ¡Mira, vete ya donde yo no te vea ni te oiga! ¡Qué asco! ¡Qué falta de cutis! ¡Qué falta de pundonor… y lo que hay que tener!

Ismael. ¡Ahora *La verbena*! ¡Mi madre!

Mariquitina. ¡Mi padre!

Ismael. ¿Eh?

Mariquitina. Está en el comedor; no te asustes. Corre tú a alimentarte también.

Ismael. ¡Pero ponte en mi lugar, criatura! ¡A las dos de la tarde y con un vermut en el estómago, un anacoreta es y coge unas yerbecitas del campo para irse sosteniendo!

Mariquitina. Pues yo no quiero que te riñan por mí, ¿lo oyes? ¿No está claro? Vete con viento fresco… si lo encuentras.

Ismael. Pero… ¿quién había de reñirme?

Mariquitina. Tampoco te regalo el oído.

Ismael. ¡Ah, ya!

Mariquitina. ¡Ah, ya! Ahora caes, ¿eh?

Ismael. Ahora.

Mariquitina. ¡Hipócrita! ¡Si hablas de ella y te baja el color!…

Ismael. Me baja el color, ¿eh? ¿Me baja el color?

Mariquitina. ¡Ajá! Parece que nos ponemos serios.

Ismael. Sí… Mientras mayor es el temor de que se rían de uno, más serios nos ponemos los hombres.

Mariquitina. ¡Metafísico estás!

Ismael. ¡Es que no como!

Mariquitina. ¡Qué culto es este chico! Y aquí ¿a quién le tocaba reírse?

Ismael. A ti, la primera.

Mariquitina. ¿A mí? ¡Qué gracia! Pero ¿tú te crees que me importas algo?

Ismael. ¿No te importo nada?

Mariquitina. ¡Ni un comino! ¿Habrá presuntuoso? Por mí puedes seguir adelante con tu gran pasión, pasando las noches en vela, adivinando en la penumbra los ojos de esa tonta fatal… y oyendo los tiros del dentista. ¡Allá tú! A mí todo eso se me da un rábano.

Ismael. Mariquitina, si tú me llevas a almorzar contigo, o aceptas que yo te convide, tanto monta, te confieso lo que me ocurre con esa mujer.

Mariquitina. ¡Me lo has contado ya muchas veces!

Ismael. Lo que te he contado no ha sido la verdad.

Mariquitina. ¿Qué?

Ismael. La verdad es otra muy distinta.

Mariquitina. ¿Sí? ¡Pues ahora es cuando de veras te mando a paseo si no me la dices!

Ismael. ¿Y si te la digo almorzamos juntos?

Mariquitina. ¡Almorzamos dos veces!

Ismael. Pues oye.

Mariquitina. Toma un cigarrillo, que esto abre el apetito.

Ismael. ¡Eres pérfida como la onda!

Mariquitina. Fuma y no cites más.

Ismael. Óyeme. En dos palabras. Yo conocí a Rosaura en casa de una familia amiga; me agradó, porque es guapa y simpática; le dije cuatro flores; bailé con ella… y alguien me advirtió entonces que era casada.

Mariquitina. Y ¿te gustó más?

Ismael. ¡No!

Mariquitina. ¡Pues eres tonto de caerte!

Ismael. Escucha. Pocos días después volvimos a encontrarnos y a bailar, y yo me di cuenta de que aquella mujer estaba temblando, turbadísima. Acabó el baile y me dijo, poniéndose muy pálida: «Mi desgracia es cierta: usted se ha enamorado de mí».

Mariquitina. La tonta era ella.

Ismael. Y, por galantería, no tuve más remedio que contestarle afirmativamente.

Mariquitina. ¡Los caracoles!

Ismael. Noches después me dijo: «Yo veraneo en tal parte. ¡Por Dios, que no se le ocurra a usted veranear allí!». Lo que equivalía a indicarme delicadamente que se me ocurriera.

Mariquitina. Y ¿se te ocurrió?

Ismael. Bien lo ves. Por eso estoy aquí. Y de una en otra concesión, ella va trazándome el programa y yo he venido a ser el enamorado por fuerza.

Mariquitina. ¡Jajay, qué risa!

Ismael. ¡Déjame que acabe!

Mariquitina. ¿Es ella la que se ha enamorado de ti? ¡Guayaba cubana! *Inicia el baile de la rumba.*

¡Ay neguito, neguito mío…

caña dulce quelo pa ti!…

Ismael. ¡Déjame que acabe!

Mariquitina. Acaba, si puedes.

Ismael. Llego aquí, conozco al marido, me amenaza… y en esta situación, ¿quién huye? ¡Fuera una cobardía!

Mariquitina. *Un poco nerviosa.* Pero, bueno; vamos a dejarnos de cuentos: ¿a ti te interesa esa mujer?

Ismael. ¿Cómo?

Mariquitina. ¡No te lo he preguntado en chino! ¡El proceso del amor me importa otro rábano! ¿Te gusta o no te gusta? ¿La quieres o no la quieres? ¿Son verdad o no son verdad tus insomnios? ¿Has sentido el frío del cañón de la pistola en la sien, o era el de una rueda de patata porque te dolía la cabeza?

Ismael. ¡Ya te he dicho que nada de eso es cierto!

Mariquitina. ¿No, eh?

Ismael. ¡No!

Mariquitina. ¡Pues eres una canalla!

Ismael. ¿Un canalla?

Mariquitina. ¡Un farsante de la peor ley!

Ismael. ¡Mariquitina!

Mariquitina. ¡Así, así!… ¡Un farsante! ¡Y no ya no almuerzo hoy contigo; es que no quiero verte más en mi vida! ¡Puedes irte a Madrid cuando te parezca! ¡Qué desencanto! ¡Qué cosa más absurda! ¡Qué revelación tan ridícula! Si no quieres a esa mujer, ¿qué mérito tiene que yo…?

Ismael. Que tú ¿qué?

Mariquitina. ¡Nada!

Ismael. ¡No; algo ibas a decir!

Mariquitina. ¡Pues ya no lo digo!

Ismael. ¿Qué mérito tiene que tú…?

Mariquitina. ¡Que no lo digo, hombre, que no lo digo! ¡Adiós!

Ismael. ¿Adiós?

Mariquitina. Sí, sí: adiós. ¡Que te aproveche el almuerzo solo! ¡O almuerza con ella… y que el dentista te dé el postre!

Ismael. Pero ¿a qué viene esto? ¿Por qué te has enfadado, Mariquitina?

Mariquitina. ¿Enfadarme yo? ¿Y por ti? ¿Se te ha subido el cigarrillo a la cabeza? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ilusiones! ¡Vaya una cara de idiota que has puesto! ¿Yo enfadarme?… ¡Si en mi vida he estado de mejor humor! ¡Veo que el hambre te quita la poca inteligencia que tienes! ¡Come, a ver si te inspiras! Adiós, monada. ¡Oh! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre tan interesante; tan fotogénico! ¡Todas nos enamoramos de él! ¡Qué hombre! ¡Memo!

Ismael. ¡Loca!

Mariquitina. ¡Pavo!

Ismael. ¡Liebre!

Mariquitina. ¡Cursi!

Ismael. ¡Fea!

Mariquitina. ¡Mequetrefe! ¡Alcaparrón! ¡Angula! *Éntrase en la casa.*

Ismael. *Perplejo.* ¡Pues, señor, cualquiera entiende a esta mujer! ¡Yo creí que iba a alegrarla mucho oírme decir esto de Rosaura!… ¡Cualquiera la entiende! *Queda pensativo.*

Pancracia, la de al lado, canta otra jota de su repertorio, que Ismael, abstraído, no oye.

Pancracia.

Cuando no entiende mi novio

las cosas que'o le digo.

me dan ganas de metéle

los puños por los hocicos.

Durante esta copla sale Vicenta de la casa y dispone el servicio de café sobre los veladores. Luego se va.

Llega doña Hiedra, que ya ha comido y viene contenta de la vida.

Doña Hiedra. ¡Ya te contestaría yo con otra jota que me enseñaron en Teruel! ¿Qué es eso, Ismael? ¿Cómo tan solo?

Ismael. ¡Ahí verá usted, señora!

Doña Hiedra. ¿Ha almorzado usted ya?

Ismael. No.

Doña Hiedra. ¿A la hora que es? ¿Pues a cuándo aguarda? ¿Lo va usted a dejar para mañana?

Ismael. ¡Quién sabe! Mariquitina me invitó… pero se ha enfadado de pronto…

Doña Hiedra. ¿Por qué?

Ismael. ¡Lo más incomprensible! ¡Porque le he dicho que Rosaura no me interesa!

Doña Hiedra. Y ¿no se lo ha creído?

Ismael. No se lo ha creído.

Doña Hiedra. Ha hecho bien.

Ismael. ¡No, señora: usted sabe también la verdad! ¡Voy a tener que irme de la colonia, para que se me crea!

Doña Hiedra. Eso es lo que yo le aconsejo a usted, si es cierto que la que le interesa es Mariquitina.

Ismael. Sí, señora, es cierto. ¡Y cada minuto que pasa, más! ¡Y cuantos más disparates dice, más me gusta! ¡Y cuanto menos la entiendo, más me atrae!

Doña Hiedra. ¡Toma del frasco!

Ismael. ¡Esa frase es de ella!

Doña Hiedra. Sí. A mí se me van pegando mucho sus muletillas. Mariquitina es muy salada; muy moderna. Yo voy con el tiempo. Procuro no quedarme atrás. *O. K.!*

Ismael. ¡Ja, ja, ja!

Doña Hiedra. ¡La otra tarde me hizo fumar un cigarrillo!

Ismael. ¿Ah, sí?

Doña Hiedra. ¡Y no me supo mal!

Ismael. ¿Quiere usted otro ahora?

Doña Hiedra. ¡Venga!

Ismael. ¡Vaya! ¡De los mismos!

Encienden los dos los cigarrillos.

Doña Hiedra. *All right!* Digan lo que quieran los rancios, se vive ahora mejor que nunca. ¡Dónde va de los candiles a la luz eléctrica! ¡Y de la calceta a las medias de seda!… ¡Dónde va!… ¡Como esto de fumar las muchachas!… ¡Es un encanto! *Lanza bocanadas de humo con cierto aire de «cabaret».*

Ismael. A mí no me gusta que las muchachas fumen.

Doña Hiedra. ¡Oh! ¡Pues después de almorzar, un cigarrillo de boquilla de oro!… *O. K.!*

Por la derecha óyese a Tinoco, que viene también muy satisfecho, tararear el Himno de Riego, entusiasmado. Ismael se estremece.

Ismael. ¡Cristo Padre! ¿Viene el sacamuelas?

Doña Hiedra. ¡Y muy alegre, por lo que se ve!

Ismael. ¡Pues no quiero encenderle los celos! ¡Adiós, señora! *Vase corriendo por la izquierda.*

Doña Hiedra. Adiós, galán. Este pardillo está como burro entre dos piensos aunque sea mala comparación. *Se sienta bajo uno de los pinos y canta.*

¡Dichoso aquel que tiene

su casa a flote,

su casa a flote!…

Aparece Rosaura, seguida de Tinoco, que sale sin dejar el tarareo del Himno.

Rosaura. (¡Tinoco no lo ha visto! ¡Qué temerario es ese muchacho!).

Tinoco. (Un galgo no lo coge. ¡Mi sainete interior!).

Mientras tanto Pancracia canta otra jotica, y las tres músicas se unen en el aire, proclamando la alegría de vivir.

Pancracia.

Siempre piensan de un acuerdo

Nicetico y la Tomasa:

así que los case el cura

'a veremos lo que pasa.

Vuelve Vicenta con el café y con un servicio de coñac. La sigue Casilda, a quien el almuerzo no le ha variado el humor. En este momento repite doña Hiedra su canto, Tinoco prosigue tarareando el Himno de Riego y Pancracia canta esta otra jota: ***Pancracia****.*

No te rasques en la frente,

que es una mala costumbre,

y que si te casas luego

pué que la gente murmure.

Vicenta. (¡Andá! ¡Qué contentos estamos!).

Casilda. El café, aquí, aquí fuera, que tenemos música y todo. ¿Se ha almorzado bien, doña Hiedra?

Doña Hiedra. Se ha hecho por la vida, como siempre.

Rosaura. ¿Y ustedes, Casilda?

Casilda. Eso que lo digan los convidados. A mí no me toca.

Tinoco. ¡Pero nosotros ya sabemos cómo se trata aquí a los amigos!

Van saliendo de la casa sucesivamente todos ellos, cada uno con su frase de elogio y de satisfacción. Ronquillo sale ya en babuchas.

Ronquillo. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo estaba el arroz! ¡Inconmensurable! ¡Yo vengo hasta el gollete!

Don Siro. ¡Han sido las bodas de Camacho!

Doña Fausta. ¡Las de Camacho y las de su hijo!

Lolín. Muy rico me ha sabido el arroz, pero ¡mira que el pollo!

Ronquillo. ¡La obsesión de los pollos que tiene mi hija!

Lolín. Papá, no seas cafre.

Don Paciano. Cafre, tienes razón, cafre. ¡Mira que nos ha dado un susto!

Doña Fausta. A nosotras, no, porque ya estamos acostumbradas. Le pasa siempre con el arroz. Se atora fatalmente.

Ronquillo. ¡Sobre todo si me convidan! ¡Ja, ja, ja!

Casilda. Pues lo que es a arroz no espere usted que vuelva yo a convidarlo. ¡Qué hipo le entró! ¡Creí que había llegado su última hora!

Doña Fausta. ¡Ca!

Se van sentando unos y otros, y tomando el café, que sirven Casilda y Vicenta.

Casilda. ¿Café solo, don Siro?

Don Siro. Con usted, Casilda.

Casilda. Muy amable. ¿Y una copita?

Don Siro. ¡Nunca! En verano… ¡Son demasiadas calorías!

Casilda. ¿Y usted, Rosaura?

Rosaura. Gracias, yo no tomo café: me desvela.

Casilda. ¿Usted sí, Tinoco?

Tinoco. Yo, sí. ¡A mí no me desvela nada!

Ronquillo. *Mirando a Rosaura con ojos calenturientos.* ¡Ay!…

Tinoco. *Volviéndose a él, amenazador.* ¿Qué hay?

Rosaura. (¡Santo cielo!).

Ronquillo. Nada, amigo Tinoco, no hay nada. Un espléndido día, un suculento almuerzo… ¡unas ganas terribles de revolcarse!…

Don Siro. ¿Cómo ha dicho usted?

Don Paciano. ¡Es un hotentote!

Ronquillo. ¡Soy un hombre que dice lo que siente! ¡Lo que sienten todos, además! ¿A que todos ustedes tienen ahora mismo ganas de revolcarse?

Don Siro. ¡No generalice usted, señor mío! ¡Yo no tengo ganas de revolearme nunca!

Ronquillo. ¿Nunca?

Doña Fausta. ¡Es de lo que no hay! ¡Todavía si hubiera empleado otro verbo!…

Don Siro. Ningún verbo sinónimo, señora mía.

Lolín. No lo tome usted en cuenta, don Siro. Le gusta hacerse el ganso. ¡Es él quien me ahuyenta a mí todos los pretendientes!

Ronquillo. Pues a pesar de eso, ¡tengo ganas de revolearme!

Casilda. ¡Pues nadie se lo impide a usted! ¡Pero aquí, no! ¡Váyase a revolcarse al campo!

Ronquillo. ¡Ca! ¡Cualquiera me mueve a mí ahora de bajo este pino! ¡Este pino vale un millón!

Doña Hiedra. ¡Y éste, otro!

Casilda. *Con ironía.* ¿Dan muy buena sombra, verdad?

A una indicación de doña Fausta ha ido Vicenta al interior de la casa por su aparato de «radio», que saca ahora, dejándolo sobre otro velador.

Vicenta. ¿Sabe usted que esto pesa más de lo que yo creía?

Doña Fausta. Sí, pesa, pesa. Ponlo aquí.

Don Siro. ¡Hombre! ¿Tienen ustedes aparato de *radio*?

Casilda. No, no es nuestro, don Siro; es de doña Fausta.

Doña Fausta. Es de usted, Casilda; es de todos ustedes.

Don Siro. Gracias, señora. ¡Qué prodigioso invento!

Don Paciano. ¡Oh!

Tinoco. ¡Oh!

Doña Hiedra. ¡El mayor del siglo!

Rosaura. Sobrenatural; inverosímil. A mí me da frío; miedo.

Casilda. A mí me conmueve; me atrae.

Lolín. A mí me aburre.

Ronquillo. A mí me da sueño nada más.

Don Siro. ¿Nada más? ¿No lo admira usted como todo el mundo?

Ronquillo. Ese es otro cantar. Lo admiro; lo admiro mucho, y al considerar lo que nos acerca las cosas más lejanas, me hago siempre esta reflexión: yo estoy oyendo ahora lo mismo que está oyendo mi sastre; como si estuviéramos juntos; y, sin embargo, mi sastre me busca hace tres meses y no da conmigo.

Carcajadas y comentarios de todos.

Doña Fausta. ¡Qué pata de gallo!

Doña Hiedra. ¡Qué salida!

Don Siro. ¡Bah! ¡bah!

Ronquillo. Pero ahora, amigos míos, el portentoso invento nos va a dar la puntilla. ¡Con el calor que hace y lo que se ha comido y bebido!… ¡Cinco duros al que no se duerma!

Doña Fausta. ¡Si cogemos la sesión del Ayuntamiento de Madrid, no se duerme nadie!

Doña Hiedra. ¡Oh! ¡Se ponen como trapos! ¡Es una maravilla oírlos en la Sierra!

Doña Fausta abre y pulsa el aparato, que al cabo rompe a hablar.

Doña Fausta. Me parece que la sesión del Ayuntamiento ya ha pasado.

Ronquillo. ¡Gracias a Dios!

Vicenta. ¿Ya ha pasado? ¡Mire usté qué desgracia!

Doña Fausta. ¿Por qué lo sientes tú?

Vicenta. Porque el señor donde yo servía antes es concejal. ¡Y me río mucho de oír las cosas que le dicen!

Doña Fausta. ¿Ah, sí? ¿Qué le dicen?

Vicenta. ¡Todo lo que yo no le pude decir el día que me plantó en la calle!

Doña Fausta. ¡Ja, ja, ja! Pues otro día te avisaré.

Casilda. Vete a almorzar ahora.

Vicenta. Sí, señora, sí. *Se va por la izquierda.*

Doña Fausta. Voy a coger la onda.

Ronquillo. ¡Y yo voy a coger el sueño!

Radio. Acaban ustedes de oír, señores, la danza macabra de…

Ronquillo. ¡De quien sea! ¡Cierra, mujer, cierra!

Don Paciano. Ahora tiene razón este bruto: ¡danzas macabras, no!

Doña Fausta. ¡Pero si ya ha pasado; ha dicho que acaban de ejecutarla!

Casilda. ¡Más vale!

Radio. … Y en seguida van ustedes a oír el *Souvenir* de Franz Drdla, por el famoso violinista Pérez Macarrón.

Ronquillo. ¡Bueno! ¡Pues a dormir se ha dicho!

Casilda. Yo aprovecho la ocasión para repetirlo: el que tenga sueño, el que quiera dar una cabezada…

Don Paciano. ¡Ah, sí! ¡Con absoluta libertad! ¡Todo menos el suplicio de aguantar el sueño! El almuerzo ha sido fuertecillo… No hay más que perderse…

Casilda. Ahí dentro tenemos camas turcas…

Don Paciano. Butacas cómodas…

Don Siro. ¡Ave María! ¿Quién piensa?…

Todos tienen ya los ojos cuajados de sueño, que la música, que principia a sonar, aumenta y acentúa.

Lolín. *A su madre, en voz baja.* Mamá, yo me voy a ver si alcanzo aún a los de los burros. Quizá no hayan salido todavía.

Doña Fausta. Haz lo que quieras.

Lolín. Hasta luego. *Se va por la izquierda sigilosamente.*

Breve pausa.

Tinoco. *A don Paciano, también bajo.* Oye: ¿Antón tiene la escopeta de tirar al blanco?

Don Paciano. Sí. Y la pistola de salón.

Tinoco. Pues voy a entretenerme un ratillo. *Y se va de puntillas por la derecha.*

Otra pausa.

Doña Hiedra. *Adormeciéndose.* (El cigarrillo de Mariquitina debía de tener opio).

Rosaura. *A Casilda.* ¿Y Mariquitina, dónde está?

Casilda. Creo que arriba; en su cuarto.

Rosaura. Voy a hablar un poco con ella. *Éntrase en la casa, también muy silenciosamente.*

Don Siro y don Paciano se están durmiendo, sentado éste y don Siro de pie, detrás de él. Ronquillo ya ronca.

Radio. Señores: acabamos de oír el famoso *Souvenir* de Franz Drdla, magistralmente interpretado por el notable violinista Pérez Macarrón.

Don Paciano. *Entre sueños.* ¿Macarrones ahora… con lo mal que me cayeron el año pasado?

Radio. Va a comenzar la lección de alemán, por el profesor Brausewetter.

Don Paciano. Casilda, cierra eso.

Radio. El profesor Brausewetter tiene la palabra.

Don Paciano. ¡Casilda, cierra, por tus ojos!

Casilda. ¡Jesús! *Y obedece, cerrando la «radio».*

Doña Fausta. Se duermen.

Casilda. Así parece, sí. Y usted también tiene unos ojillos…

Doña Fausta. ¡Je! ¡He almorzado de tal manera!… ¡Y hace tanto calor!…

Casilda. ¿Por qué no se echa usted un poco en mi cama?

Doña Fausta. Oiga usted, voy a hacerlo, aunque no sea más que para no ver a mi marido en esa posturita.

Casilda. Ése ya ha hincado el pico hace rato.

Doña Fausta. ¡Es un mal educado! ¡Me vuela, Casilda!…

Casilda. ¡En el campo!… Venga usted, venga usted.

Doña Fausta. Se lo agradezco muy de veras.

Y se meten las dos en la casa. Ronquillo ronca al pasar ellas. Casilda dice, sin poder contenerse: ***Casilda****. (¡Animal!).*

Don Paciano. *A don Siro, cayéndose a pedazos.* ¿Tú no quieres reposar un momento?

Don Siro. *Más en el otro mundo que en éste.* No en mis días. Ni sudo ni duermo la siesta en casa ajena.

Don Paciano. ¡Eres de celuloide!

Don Siro. He de estarme una hora de pie después de las comidas, aunque me muera.

Don Paciano. Si te mueres, ya no estás de pie… Lo malo es que me muera yo.

Doña Hiedra. *Soñando.* ¡Ay!… ¡Ay!…

Sale de la casa Mariquitina, vestida ya en traje de paseo y dispuesta a marcharse.

Mariquitina. ¡Buena me iba a caer! ¡No estoy yo ahora para confidencias amorosas! ¡Qué mujer más inaguantable!

Don Siro. *Despertándose a medias.* ¿Qué es eso, hija? ¿Adónde vas?

Mariquitina. ¿Tú lo sabes?

Don Siro. ¿Yo?

Mariquitina. ¡Porque yo no lo sé!

Don Siro. ¿No has almorzado todavía?

Mariquitina. ¡Ni almuerzo!

Don Siro. ¡Muchacha!

Mariquitina. ¿A ti te parece imposible, verdad? ¡Después del arroz y de los

pollos que os habéis comido!… ¡Así estáis todos, delirando de sueño!… ¡Qué espectáculo! Las muchachas del día, tan calumniadas por materialistas, tenemos un poco más de espíritu de lo que se cree. Seremos ligeras, caprichosas, tornadizas, coquetas, pero tenemos alma. ¡Somos capaces todavía de llorar mirando a la luna!

Don Siro. ¿A la luna a estas horas?

Mariquitina. ¡A la hora que salga!

Don Siro. ¿Qué dices, hija mía? ¿Qué te ocurre?

Mariquitina. ¡Ay, papá! ¡El primer conflicto grave de mi vida! ¡Estoy desesperada!

Don Siro. ¿Pues?

Mariquitina. ¡Me gusta un muchacho… que yo creía que estaba enamoradísimo de una mujer casada!

Don Siro. ¿Y lo está?

Mariquitina. ¡No lo está! ¡Ni le importa la casada un pitillo turco! ¿No es una desesperación? ¡Qué ridículo el mío! ¿Qué vale que me quiera a mí si no quiere a la otra?

Don Siro. ¡Chiquilla!

Mariquitina. ¡Tú no me puedes comprender! ¡Me voy en busca de aire libre! ¡Aquí me ahogo! ¡Voy a coger mi coche, y a lanzarme a ciegas a ciento por hora! ¡A correr! ¡No a correr: a volar! ¡Hoy no almuerzo ni como! ¡A volar! ¡Que no se me ponga nadie delante, porque lo dejo en la carretera! ¡A volar!

Se va por la derecha disparada. Don Siro la sigue, creyendo en serio que ha perdido el juicio.

Don Siro. ¡Pero, Mariquitina, esta es ya la demencia sin atenuantes! ¡Mariquitina!

Doña Hiedra. *Despertándose. O. K.!* Me llegué a dormir… *Contemplando a don Paciano y a Ronquillo.* ¡Qué dos!… Y todos los demás perdidos por la casa… ¡Es un abuso!… ¿Quién habrá cerrado la *radio*? Con lo que a mí me arrullan los anuncios… *Se levanta y va a abrirla, tornando después a su asiento y durmiéndose.*

Vuelve a roncar Ronquillo.

Radio. El que siga nuestro consejo nos lo agradecerá. Salitre, 8.

Don Paciano. *Casi dormido ya también.* ¿Comprendes Siro?… Cuando *El Rinconcito* tenga árboles… ¿Comprendes?

Radio. ¿Están ustedes acatarrados?

Don Paciano. No… yo, no… ¿Por qué me dices eso?

Radio. Porque si están ustedes acatarrados…

Don Paciano. ¿Te ha dado el vino por ahí?

Radio. No hay como tomar las pastillas del doctor Mazagrán…

Don Paciano. ¡Bueno!

Radio. ¡Del doctor Mazagrán! ¡Pastillas del doctor Mazagrán!

Don Paciano. ¡Ya lo he oído, Siro!

A soma a la puerta de la casa Casilda.

Casilda. ¡Bonito cuadro! ¡Por estilo del de dentro!

Radio. Evitan la tos, curan el dolor de cabeza…

Don Paciano. Pero, hombre, Siro, ¡qué manía!

Radio. Y no perjudican al estómago…

Don Paciano. ¡Dale, bola!

Casilda. ¿Sueña? ¡Y está dialogando con la *radio*, creyendo que es don Siro!

Radio. No lo olvidéis: pastillas del doctor Mazagrán.

Don Paciano. Mazagrán, Mazagrán…

Casilda. *Rompiendo a reír escandalosamente.* ¡Ja, ja, ja! *A la risa se despiertan todos, con mayor o menor sobresalto.* ¡Ja, ja, ja!

Doña Hiedra. ¿Eh?

Ronquillo. ¿Qué sucede?

Don Paciano. ¿Qué pasa? *Busca con la mirada a don Siro.*

Casilda. ¡Nada, Paciano! ¡No pasa nada! ¡Ja, ja, ja! ¡Primera vez que me río en *El Rinconcito*! ¡Ja, ja, ja! *Y continúa riéndose, con gran asombro de los demás.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Continuamos en el jardín de *El Rinconcito*. Ha pasado una semana más. Es por la tarde.

Don Paciano ha perdido otros dos kilos. En un momento de soledad, sentado al pie del pino de la izquierda, lee a Fray Luis de León.

Don Paciano.

Del monte en la ladera,

por mi mano plantado tengo un huerto,

que con la primavera

de bella flor cubierto,

ya muestra en esperanza el fruto cierto.

¡Cómo le agradezco a Siro este regalo! ¡Qué bien dicen estos versos lo que siento yo!

Y como codiciosa

de ver y acrecentar su hermosura…

De repente, en la casa de junto, se arranca un gramófono por fandanguillos, interrumpiendo la sabrosa lectura de nuestro héroe.

¡Ea! ¡Al diablo el silencio y la soledad! ¡Esto de que no me duren nunca ni cinco minutos!… ¡No me faltaba más en *El Rinconcito* que el gramófono de ahí al lado! *Deja el libro con desesperación.* ¡Y con lo que a mí me fastidia el flamenco, además!

Sale de la casa Casilda.

Casilda. *Refiriéndose al gramófono.* ¡Empieza la audición de la tarde!

Don Paciano. Ya, ya.

Casilda. Óyeme una cosa.

Don Paciano. ¿Qué quieres?

Casilda. Mariquitina y su padre ¿son ya de la familia?

Don Paciano. ¿De qué familia?

Casilda. ¡De la nuestra!

Don Paciano. ¿Por qué?

Casilda. ¡Porque lo parecen!

Pon Paciano. Calla, mujer.

Casilda. ¿Cuándo se van?

Don Paciano. No se lo he preguntado.

Casilda. ¡Pues pregúntaselo!

Don Paciano. ¡Por Dios, Casilda! ¡A ese hombre, a quien tanto le debo!… No hay más que aguantarse.

Casilda. Un señor tan correcto, bien podía darse cuenta de que… La niña iba a pasar con nosotros solamente unos días mientras él estaba en París… ¡y ya llevan los dos un mes largo!

Don Paciano. ¡Pues no hay más que aguantarse!

Sanchica viene por la izquierda.

Sanchica. Que si se quiere…

Casilda. *Cortándole la palabra.* ¡Que no!

Sanchica. ¿Qué no?

Casilda. ¡Que no! ¡Que hay de sobra!

Sanchica. ¡Bueno! *Se va por donde vino, gritando.* ¡Que no se quiere! ¡Que hay de sobra!

Casilda. *Creyendo que es burla.* ¡A ésta la voy yo a plantar en la calle! ¡De mí no se divierte ninguna paleta!

Don Paciano. Mira lo que haces, Casilda, que es recomendada del alcalde de Torrelodones.

Casilda. ¿Sí, eh? ¡Pues que se la lleve a su casa! ¡O al Ayuntamiento! *Reparando hacia la derecha.* ¡Ea! ¡Por si no te bastaba el gramófono para distraerte! ¡Ahí tienes a una comisión de las *fuerzas vivas* de la colonia!

Don Paciano. ¡Válgame Fray Luis!

Casilda. ¡Y voy a ver yo de qué le he dicho a Sanchica que hay de sobra! *Vase por la izquierda.*

Don Paciano. ¡Ay!… ¿Qué diablos traerán éstos? ¡Ay!… No puedo más. Como Siro me vuelva a insinuar la idea de comprarme la finca, le digo lo que el aragonés de la suegra: «¡Ya es tuya!». ¡Ay!… *A los que llegan por la derecha.* Pasen, señores, pasen: ésta es su casa. (¡Es de cualquiera menos mía!…).

Y pasa la comisión de las «fuerzas vivas», compuesta de los ciudadanos Calomarde, Buitrago y Serón, modestos propietarios de la colonia.

Calomarde. Buenas tardes.

Buitrago. Buenas tardes.

Don Paciano. Buenas tardes, señores.

Serón. Felices, don Paciano y la compañía.

Calomarde. ¿Qué compañía, hombre?

Serón. ¡Ah!… Como oí cantar…

Don Paciano. ¡Je! Es el gramófono del hotel de junto. ¡Me da unas tabarras! …

Calomarde. Como que estos chismes debían de prohibirse en el campo. Eso está bueno pa un bar o pa un ventorro, pa que baile la gente… Pero como en esta colonia no hay autoridá, ni ordenanzas municipales… y aquí hace ca uno lo que le da la gana…

Don Paciano. Sobre ese particular ya hablaríamos. Siéntense ustedes… y díganme en qué puedo servirles.

Buitrago. No, señor, gracias; no nos sentamos.

Serón. No queremos incomodar.

Buitrago. Aquí el amigo Calomarde le espondrá a usté en pocas palabras nuestro ojecto.

Calomarde. Estaba aguardando a ver si se callaba ese bicho.

Don Paciano. Entonces van ustedes a tener que sentarse. Diga usted, diga usted…

Calomarde. Pues allá voy sin arrodeos. Al pan, pan, y al vino, vino. Los compañeros Buitrago y Serón, aquí presentes, y un servidor de usté —Tadeo Calomarde: me llamo como el odioso inquisidor; las vueltas que da el mundo—, somos modestos propietarios de esta colonia, y traemos la representación de las *fuerzas vivas*, a ver si de una vez acabamos con el favoritismo.

Don Paciano. Muy bien.

Calomarde. Usté sabe que aquí hay un señor Paniagua, que lo quié to pa él: un ansioso, un déspota.

Buitrago. ¡Un cacique!

Serón. ¡Un cacique! Ni má ni menos.

Calomarde. Y eso del caciquismo en estos tiempos no pué ser. Si él tiene buenas aldabas en el Ayuntamiento del pueblo y en Madrid, nosotros tenemos la razón y una lengua limpia como piedra de arroyo pa hacerla valer. Y hemos redactao un comunicao sobre el asunto, que va a salir en los rotativos madrileños y en *El Gurriato* de El Escorial —¡por si las moscas!…

Serón. ¡Por si las moscas!…

Buitrago. ¡Por si las moscas!…

Calomarde. ¡Porque ya Felipe II se ha terminao!

Don Paciano. ¡Toma! ¡Ya lo creo! ¡Y Felipe III y Felipe IV también!

Buitrago. ¡Ele! ¡Usté es de los nuestros!

Don Paciano. Ya no queda más Felipe que el de

¡Ay, Felipe de mi vida!…

que lo oigo yo todas las mañanas mientras me desayuno.

Calomarde. Pues bien: en ese comunicao, que le leeré a usté si lo desea, por más que es largo y pué cansarle…

Don Paciano. No hace falta, no…

Calomarde. Tiramos de la manta, ponemos las cartas boca arriba, denunciamos y probamos, con pruebas, tos los abusos que aquí se cometen, y le llamamos aprovechao al Alcalde, Chupa-del-bote al Secretario del Ayuntamiento…

Buitrago. Manos-sucias al concejal Renduélez…

Serón. Traga-ladrillos a Rufo el contratista…

Calomarde. Y tos los adjetivos juntos al señor Paniagua.

Don Paciano. Pero… pero…

Calomarde. Y andamos recogiendo firmas, pa que vaya bien autorizao el escrito.

Don Paciano. Ya.

Calomarde. Y queremos que la de usté lo encabece.

Don Paciano. ¿La mía?… Pero si yo aquí…

Calomarde. ¿Usté aquí, qué? ¡Usté aquí es la primera víctima, como propietario de *El Rinconcito*!

Don Paciano. ¿La primera víctima?… Quizá… sí… pero no por culpa sólo de Paniagua…

Calomarde. ¡Sí, señor! ¡Porque aquí no hay alcantarillao, por Paniagua!… ¡Y no hay alumbrao, por Paniagua!… ¡Y no comemos pescao fresco, por Paniagua!…

¡Y las obras del Casino están interrumpías, por Paniagua!

Buitrago. ¡Por Paniagua!

Serón. ¡Por Paniagua!

Calomarde. Con que ¡a ver si no nos asiste la razón!

Buitrago. Y a más hay dos creterios: que si no se publica el comunicao, se le pegue una paliza al saltamontes del hijo del señor Paniagua.

Don Paciano. ¡Qué atrocidad!

En esto sale violentamente por la izquierda Pepitín Paniagua, a quien acompañan Amelita y Lolín. A Lolín ya la conocemos. Amelita tiene más nariz que estatura.

Paniagua. ¿Quién me va a dar a mí esa paliza?

Calomarde. ¿Eh?

Don Paciano. ¡Pepitín!

Calomarde. ¿Estaba usté emboscao?

Paniagua. ¿Quién me va a dar esa paliza?

Calomarde. ¡Elíjalo usté en nuestro Sindicato, pa que quede contento!

Paniagua. ¡Del dicho al hecho hay mucho que andar!

Buitrago. ¿Sí, eh?

Don Paciano. ¡Calma, calma! ¡Respeten ustedes el hogar ajeno! ¡Izquierdas y derechas, no! ¡Calma!

Calomarde. Tiene usté razón, don Paciano. Quieto aquí to el mundo. *A sus compañeros.* Respetemos las ideas contrarias, que tiempo hay de darle la paliza. Lo primero es la educación, que por lo general les falta a toas las personas educadas. Buenas tardes. Vámonos nosotros.

Buitrago. Vámonos.

Serón. ¡Buenas tardes!

Calomarde. ¿Usté ve como ni contestan? ¡Buenas tardes!

Don Paciano. Los acompaño a ustedes.

Buitrago. No sirve darle vueltas, señor: ¡no hay ciudadanía!

Serón. ¡No ha ciudadanía!

Calomarde. ¡Y que llega hasta aquí la sombra de Felipe II! *Airado, a Pepitín.* ¡Que ustedes sigan buenos, es lo menos que se contesta!

Se van los tres por la derecha, con don Paciano.

Paniagua. ¡Me quieren dar una paliza y todavía pretenden que yo les diga que sigan buenos! ¡Están listos! ¡Este Calomarde es de lo más bruto!… ¡Con los favores que él y todos ellos le deben a mi padre!…

Lolín. Bueno, tranquilízate, Pepitín.

Amelia. Tranquilízate: no les hagas caso.

Paniagua. ¡Yo qué he de hacerles caso! ¡Pero he querido enseñarles los dientes!

Vuelve don Paciano.

Don Paciano. Perdona, Pepitín…

Paniagua. Perdóneme usted a mí, don Paciano. A estos tíos hay que hablarles así. No supe reprimirme al oírlos… ¿Venían a sacarle a usted su firma para un papelucho, verdad?

Don Paciano. Sí, hijo, sí… Pero no te preocupes… ¿Cómo había yo de…? Con la amistad que… ¡Vamos! Y además… ¡Ni hablar de eso!… En fin, ¿a qué debo esta agradable visita?

Paniagua. A cosa muy distinta, don Paciano.

Lolín. ¡Pero muy distinta!

Amelia. Necesitamos que nos haga usted un gran favor.

Don Paciano. ¿Yo?

Amelia. Como la persona más respetable de la colonia.

Lolín. Y más simpática.

Paniagua. Y más buena.

Don Paciano. Vaya, vaya, no me abrumen ustedes. Siéntense y díganme… díganme…

Paniagua. Usted Sabe que la gente joven pensamos celebrar un concurso de belleza.

Don Paciano. ¡Ah! No lo sabía. Pero no me choca en estos tiempos…

Paniagua. Vamos a elegir *Miss Colonia*.

Don Paciano. ¿*Miss Colonia*? Me parece muy bien. No me opongo.

Lolín. Y queremos…

Amelia. Queremos…

Paniagua. Que sea usted el Presidente del Jurado.

Don Paciano. ¡No! ¡Eso sí que no!

Amelia. ¿Cómo qué no?

Don Paciano. ¡Como que no! Y ustedes me dispensen.

Lolín. Pero ¿por qué no, don Paciano?

Don Paciano. Por qué no. Yo no quiero mezclarme… no quiero mezclarme… Yo he venido a pasar un verano tranquilo… —¡ilusiones!—… No me dejan, pero he venido a eso. No, no, no… Luego todos son piques, y disgustos, y venganzas de los novios y de las mamás… ¡Hay cada mamá que es un pistolero!… No, no, no…

Lolín. Pero ¿me va usted a hacer a mí ese desaire, don Paciano? Yo concurro.

Amelia. ¿Y a mí, me va usted a dejar más fea de lo que soy? Yo también concurro.

Don Paciano. ¿Usted también?

Amelia. Yo también. ¿Eso sí le choca?

Don Paciano. ¡De ninguna manera!

Amelia. ¡Pues es usted el único! Porque a todo el que le digo que concurro yo, se muere de risa.

Paniagua. Sí; como ésta…

Amelia. No te violentes, Pepitín. Yo sé de sobra que no tengo cara ni cuerpo; pero sé también que hay jurados que se pagan mucho de la expresión. Y en cuanto a eso… ¡entérese usted!

Don Paciano. ¡Oh! ¡Para caer redondo!

Amelia. ¿Verdad que sí? Y en último caso, ponga usted que me presento… tan sólo por favorecer a las otras.

Don Paciano. ¿Cómo?

Amelia. ¡A mi lado cualquiera resulta!

Don Paciano. ¡Je!

Paniagua. Tiene gracia esta chica. Con qué buen humor toma ella…

Amelia. Papá quería llevarme a Hollywood a que me arreglaran la nariz. Pero este verano ya no hay tiempo.

Paniagua. No hay tiempo, no.

Amelia. Y aunque lo hubiera. Dice mamá que mi nariz no tiene arreglo, y que con una parecida conquistó ella a papá. ¡Conque a ver!

Paniagua. ¡Ríete tú de todas las narices, Amelita, con esos ojos… que son dos anuncios luminosos!

Lolín. ¿Otra vez, Pepitín?

Don Paciano. ¿Dónde he oído yo eso? Pues… siento mucho no poder complacer a ustedes.

Lolín. ¡Don Paciano!

Amelia. ¡Don Paciano!

Paniagua. Es que… verá usted lo que pasa. Lo necesitamos a usted en el Jurado, porque el dentista…

Don Paciano. ¿Tinoco?

Paniagua. Sí, señor: Tinoco: está empeñado en que se presente su mujer y en que se lleve el premio.

Lolín. ¡Y es casada!

Amelia. ¡Y el concurso es para solteras!

Don Paciano. ¡Claro está!

Lolín. ¡Las casadas ya tienen bastante con sus maridos!

Don Paciano. ¡Algunas, de sobra!

Paniagua. Y el dentista, como es tan terco —y tan animal, todo ha de decirse —, jura que si no se admite a su mujer habrá cabezas rotas en el Jurado.

Don Paciano. ¿Y por eso se les ha ocurrido a ustedes ofrecerme a mí la presidencia?

Paniagua. ¡Natural!

Don Paciano. ¡Ah! ¿Es natural?

Lolín. ¡Claro!

Don Paciano. ¡Ah! ¿Es claro? ¡Pues no la acepto, ni honoraria!

Paniagua. Es que como usted es tan amigo suyo, podrá convencerlo por las buenas…

Don Paciano. No, no, no… no me *enrolo*, como dicen ahora; no me comprometo, como decíamos antes.

Paniagua. Usted lo pensará, don Paciano.

Don Paciano. No, no, no…

Lolín. Usted lo pensará.

Don Paciano. No, no, no…

Amelia. Usted lo consultará con la almohada.

Don Paciano. ¡Mi almohada ya no me oye! ¡La tengo harta!

Paniagua. ¡Pues no nos resignamos a la negativa! ¡Vea usted lo que hace! Y ahora nos marchamos; que aún nos queda mucho que trajinar.

Don Paciano. Vayan con Dios, vayan con Dios.

Amelia. Adiós, don Paciano.

Lolín. Don Paciano, que usted lo pase bien.

Don Paciano. ¡Eso quisiera!

Lolín. ¡Ay, qué gracioso!

Amelia. ¡Qué gracioso!

Don Paciano. ¡No me adulen, porque es inútil! ¡No entro por uvas!

Paniagua. ¡Usted lo pensará!

Se retira por la derecha con las dos muchachitas.

Don Paciano. ¡Vamos, vamos! ¡Ocurrencia es! ¡Este niño es imbécil! ¡Le voy a decir a Calomarde que yo le ayudo en la paliza! ¡De manera que por si en el Jurado del concurso hay cabezas rotas, piensa este zascandil en la mía! ¿Por qué no habrá pensado en la de su papá?

Por la izquierda sale Sanchica, de tiros largos.

Sanchica. Don Paciano.

Don Paciano. ¡Chica! ¿Adónde vas tan elegante?

Sanchica. A la boda de una paisanica.

Don Paciano. ¡Creí que ibas también al concurso!

Sanchica. De eso iba a hablarle a usté. ¿Se admiten cocineras?

Don Paciano. ¿Eh?

Sanchica. ¡Porque en el estranjero se admiten! El ser bonita o fea no tiene na que ver con el fogón. Y yo tengo un mantón de Manila. Y una peineta verde. Y unos zapatos coloraos. ¡Ande usté! Yo me presento… y usté hace trampa y me da el premio a mí.

Don Paciano. ¡Muchacha! ¿Qué dices? Vete ya a la boda y déjame en paz.

Sanchica. ¡Ande usté! ¡Lo que se iban a reír en mi pueblo!

Don Paciano. ¡Y en el mío!

Sanchica. ¡Yo *Miss*… lo que sea! ¡Vamos! ¡A mí, que me llamaban allí la *Churretes! Se aleja por la derecha, soñándose «Miss»… cualquiera cosa.*

Llega Tinoco, que se cruza con ella, exaltado y nervioso.

Tinoco. ¡No hay caso, Paciano, no hay caso!

Don Paciano. ¿Qué?

Tinoco. ¡No hay caso!

Don Paciano. ¿Cómo?

Tinoco. ¡Que no hay caso! ¡No te preocupes, que no hay caso!

Don Paciano. ¡Bueno! ¡Pues no hay caso!

Tinoco. Estoy al cabo de la calle. Yo quería que Rosaura fuese elegida *Miss Colonia*; pero ya, no; ya, no. Eso ha sido hasta ayer, en mi continuo afán de halagarla. Pero ya, no; ya, no.

Don Paciano. Ya no, ¿por qué?

Tinoco. ¡Porque se me ha descorrido un velo pavoroso!

Paciano. Pero ¿qué te ocurre, Felipe? Estás fuera de ti.

Tinoco. ¡Estoy fuera!

Don Paciano. Pues regresa y dime qué te ocurre.

Tinoco. Me ocurre… me ocurre… ¡Desde anoche acaricio terribles ideas… y me llenan el corazón siniestros presagios!…

Don Paciano. ¿Es que vuelves a tu profesión?

Tinoco. *Agarrándolo violentamente por las solapas.* ¡Que no estoy para burlas, botarate! ¡Que tengo sed de sangre de gato!

Don Paciano. Perdona, chico. No creí… (¡Qué bestia!).

Tinoco. Aquellos burlescos celos míos, mis celos ficticios, los son ya reales, desgraciadamente.

Don Paciano. ¡Felipe!

Tinoco. Mi mujer, anoche, en sueños, nombró con fruición a una persona… pronunció un nombre entre suspiros…

Don Paciano. ¿Entre suspiros? ¿Y en sueños?

Tinoco. ¡Que es cuando no se disimula! ¡Y esa persona ya está sentenciada por mí! *Hace ademán de retorcerle el pescuezo.*

Don Paciano. *Asustadísimo, con voz que parece salirle del ombligo.* ¿Qué dijo: Paciano?

Tinoco. *Zamarreándolo de nuevo.* ¡Que no estoy para burlas! ¡El nombre que dijo tú lo sabes mejor que yo!

Don Paciano. ¿Yo?

Tinoco. ¡Tú! ¡Dijo Ismael! ¡Y a ti te consta! ¡Y lo voy a matar! ¡Y lo voy a matar aquí!

Don Paciano. ¿Aquí?

Tinoco. ¡Aquí! ¡Debajo de ese pino!

Don Paciano. Y ¿por qué no te vas a San Rafael?

Tinoco. ¡Porque quiero matarlo en *El Rinconcito*, que es donde habla con ella! ¡Y tú lo consientes!

Don Paciano. ¡Oye, oye!

Tinoco. ¡Nada tengo que oír! ¡Voy al teléfono! *Se mete flechado en la casa.*

Don Paciano. ¡Qué enormidad! ¡Ahora sí que está loco este hombre! ¡Era lo que me quedaba que pasar en *El Rinconcito*! ¡Por supuesto, esa insinuación ofensiva, se la traga! ¡Por bruto que sea! ¡Se le traga! *Va a seguirlo.*

Aparece la Melera por la derecha.

Melera. Buenas tardes.

Don Paciano. *Volviéndose a ella, como quien ve al diablo.* ¿Eh?

Melera. ¿Hoy no hace usté títeres?

Don Paciano. ¡No, señora! ¡Hoy le toca a usted! ¿Adónde va?

Melera. ¡A la cocina!

Don Paciano. ¿A la cocina? ¿Y no sabe usted que por aquí no se entra en la cocina? ¡Me duele la campanilla de repetírselo!

Melera. ¡Y es verdá!… ¡Se me ha pasao!… Como también vengo aquí junto y me pilla la verja tan a orilla… por no dar la vuelta… Pero ya lo tendré presente pa otra vez.

Don Paciano. ¡No, señora! ¡Está usted engañada! Ahora se va usted, da la vuelta que no quiere dar, y entra en la cocina por donde debe. ¡Por aquí no pasa usted hoy!

Melera. ¡Bueno, señor, bueno! ¿Es que mancho?

Don Paciano. ¡Manche o no manche, no pasa por aquí!

Melera. ¡Tampoco es pa ponerse de esa forma!…

Don Paciano. ¡Y como replique usted más, no vuelve a entrar por ninguna parte! ¡Ni con miel ni con moscas!

Melera. ¡Bueno, señor, bueno! *Entre sí, marchándose por donde llegó.* ¡Rediez, qué alcaldillo!

Don Paciano. *Viéndola marcharse.* Así, así. Un paso tras de otro. ¡Y vamos a ver ahora a ese energúmeno! *Se dirige a la casa.*

Mariquitina sale de ella cuando él va a entrar.

Mariquitina. ¡Don Paciano! ¿Qué le sucede al sacamuelas?

Don Paciano. ¡Qué sé yo!

Mariquitina. ¡Está dando unos gritos por teléfono!…

Don Paciano. ¿Sí?

Mariquitina. ¡Feroces! ¡Le está diciendo a no sé quién que lo va a desollar con agua caliente!

Don Paciano. ¡Comunicará con algún cochino!

Mariquitina. ¡Un hombre que tanto se reía!…

Don Paciano. Pues ahora brama. Los celos lo han llevado al delirio. Está furioso contra Ismael.

Mariquitina. ¿Contra Ismael? ¡Pero si Ismael no mira siquiera a Rosaura! ¡Si además hace ya cuatro días que es mi novio!

Don Paciano. ¿Tu novio?

Mariquitina. ¡Mi novio! ¡Y nos vamos a casar la semana que viene!

Don Paciano. ¡Criatura! ¿Qué me dices? ¿Consiente el padre de él?

Mariquitina. ¡Probablemente no!

Don Paciano. ¿Y el tuyo?

Mariquitina. ¡Espero que tampoco! ¡Por eso decidimos casarnos! ¡Si los dos consintieran no tendría gracia!

Don Paciano. ¡Ah, bien! ¡Que no consientan es morirse de risa! ¡Pues le voy

a echar fuera a Tinoco dos muelas, por un procedimiento que él desconoce, y luego le voy a dar esas noticias, a ver si lo calmo! Ahí tienes a Rosaura, haciendo gestos. Cálmala tú también.

Se entra en la casa decidido.

Mariquitina. ¡Sí! ¡Ya lo creo que la calma! *A Rosaura, que aparece por la derecha.* ¡Rosaura! ¡Aquí estoy!

Rosaura. Oye, Mariquitina: ¿has visto a Ismael?

Mariquitina. Ahora voy a verlo.

Rosaura. ¡Qué oportunidad! Dile de mi parte que se esconda.

Mariquitina. ¿Que se esconda? ¿Por qué?

Rosaura. ¡Porque mi marido lo busca!

Mariquitina. Y ¿para qué lo busca?

Rosaura. ¡Para matarlo! ¡Para comérselo!

Mariquitina. ¡Las calabazas!

Rosaura. ¿Cómo las calabazas?

Mariquitina. No te apures por Ismael, que no corre peligro.

Rosaura. Mira que mi marido arde en celos furiosos desde esta madrugada.

Mariquitina. ¡Qué tontería! ¡Apágalo tú!

Rosaura. ¡No consigo nada! ¡No me cree!

Mariquitina. Puede que te crea después de oír a don Paciano.

Rosaura. ¿A don Paciano?

Mariquitina. Que le va a decir ahora mismo, para apaciguarlo, que Ismael y yo somos novios.

Rosaura. ¡Mariquitina! ¿Es eso verdad?

Mariquitina. ¿Te alegras?

Rosaura. ¿Es eso verdad?

Mariquitina. ¿Por qué te había de decir una cosa por otra?

Rosaura. Pero ¿desde cuándo sois novios?

Mariquitina. Desde hace cuatro días.

Rosaura. ¡Muy bonito! ¡Fíe usted en los hombres!

Mariquitina. ¿No querías que te dejara en paz? ¡Pues ya te ha dejado!

Rosaura. ¡Muy bonito!

Mariquitina. ¿No deseabas que se fijara en mí? ¡Pues ya se ha fijado!

Rosaura. ¡Muy bonito!

Mariquitina. ¿Ismael? ¡Precioso! ¡Una porcelana!

Rosaura. Si yo me llego a resbalar… ¿Eh? ¡Qué hombres! ¡Si yo creo en sus juramentos y en sus promesas!… ¿Eh? ¡Qué hombres! ¡Me ha jurado cien veces llorando que sólo yo lo haría dichoso!

Mariquitina. ¿Habrá embustero?

Rosaura. ¡Embustero, embustero!

Mariquitina. ¡Farsante!

Rosaura. ¡Farsante, farsante!

Mariquitina. ¡Sinvergüenza!

Rosaura. ¡Sinvergüenza, sinvergüenza!

Mariquitina. ¡Sinvergüenza! Pues ¿por qué lo quiero yo tanto?

Rosaura. ¡Engañarme así; decirme cuanto me decía…!

Mariquitina. ¡Sin gustarle poco ni mucho!

Rosaura. ¿Que yo no le gustaba?

Mariquitina. ¡Ni poco ni mucho!

Rosaura. Entonces ¿por qué me hacía el amor?

Mariquitina. ¡Si él no te lo hacía! ¡Se lo hacías tú a él!

Rosaura. ¿Yo a él?

Mariquitina. ¡Tú a él!

Rosaura. ¿No será ese tu caso?

Mariquitina. Es posible.

Rosaura. ¿Qué es posible?

Mariquitina. ¡Naturalmente! ¡Seguí tu consejo!

Rosaura. ¿Mi consejo?

Mariquitina. Tu consejo. ¡Si te debías felicitar!

Rosaura. No, no; y me felicito; eso es otra cosa. ¡Me felicito! ¡Es claro que me felicito!

Mariquitina. ¡Ya lo estoy notando!

Rosaura. Me felicito… ¿cómo no? Pero ¡que hombres! ¡Qué hombres! Si una mujer crédula se desliza… se deja ir… ¡No repara en nada!… Su capricho, su aventurilla… Si como da conmigo da con otra… ¡Ah! ¡Pero dió conmigo! ¡Dió conmigo!

Mariquitina. ¡Con quien dió fué conmigo!

Rosaura. ¡Qué tonta estás, Mariquitina!

Mariquitina. ¡A todo hay quien gane!

Rosaura. ¡Bah! ¡bah! No quiero descender… ¡No quiero! ¡No quiero! Voy con Felipe.

Mariquitina. En el teléfono lo tienes. ¡Por variar!

Rosaura. ¡No quiero oír impertinencias tampoco! Voy con él; con el único hombre que me quiere y a quien yo he querido y querré.

Mariquitina. ¡Pues estás aviada!

Rosaura. ¡No me ofendas, Mariquitina!

Mariquitina. En todo caso ofendo a tu marido, que quería matar a mi novio. ¡Mataban!

Rosaura. ¡Bah!

Mariquitina. ¡Bah!

Éntrase en la casa Rosaura y Mariquitina rompe a reír, a tiempo que llega doña Hiedra.

Doña Hiedra. ¿Qué? ¿Qué? ¿De qué te ríes tanto?

Mariquitina. ¡De Rosaura, que está endemoniada!

Doña Hiedra. ¿Sí? ¿Por qué? ¿Se ha enterado ya de lo tuyo?

Mariquitina. ¡Acaba de enterarse! ¡Y le ha sabido a rejalgar!

Doña Hiedra. ¡Toma del frasco, que es carne de liebre!

Mariquitina. ¡Ja, ja, ja!

Doña Hiedra. Pero, oye, ¿ella misma no fué quien te indicó…?

Mariquitina. ¡Ella misma!

Doña Hiedra. ¿Y ahora que lo ve realizado, se enfurece? No hay quien nos entienda a las hijas de Eva. ¿Te entiende a ti Ismael?

Mariquitina. ¡Cada, día menos! ¡Por eso nos queremos tanto! Voy a buscarlo ahora, a ver si reñimos un poquito.

Doña Hiedra. ¿Por qué habéis de reñir?

Mariquitina. ¡Porque ayer no reñimos nada… y nos aburrimos de muerte! *Good-by. Se va por la derecha.*

Doña Hiedra. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué disparate!… Es decir, no tan disparate… porque yo era lo mismo que ésta a sus años. *Cantando con música de «El juramento».*

¡Qué bella es la vida

que el cielo nos dio!

Vuelve don Paciano hecho una breva; como si le hubieran dado a él la paliza con que amenazaban a Pepitín. Parece que lo han reducido de tamaño. Las ojeras empalman con las cejas.

Don Paciano. Lo vendo, lo vendo… No aguanto más aquí… Lo vendo. Como me salga un buen comprador, lo vendo. ¡Hola, doña Hiedra! La había echado de menos hoy.

Doña Hiedra. No me gusta abusar…

Don Paciano. Lo vendo, lo vendo…

Doña Hiedra. ¿Qué es lo que vende usted?

Don Paciano. Esto: *El Rinconcillo*.

Doña Hiedra. *Asombrada.* ¡Don Paciano! ¡No puedo creerlo!

Don Paciano. Acabo de tener una bronca con el dentista y con Rosaura, que me ha decidido. ¡Ha puesto el límite al día de hoy! Lo vendo. Me faltan las fuerzas. Voy a morirme si sigo aquí. Lo vendo.

Vuelve Casilda por la izquierda, a tiempo de oírlo.

Casilda. ¿Qué vendes, Paciano?

Don Paciano. Te voy a complacer, Casilda.

Casilda. ¿Cómo?

Don Paciano. Si me sale un buen comprador, lo vendo.

Casilda. Pero ¿qué es lo que vendes?

Don Paciano. Esto: *El Rinconcito*. ¡La finca!

Casilda. *Como si hubiera oído el mayor despropósito.* ¿Quéeee?

Don Paciano. Lo que oyes. ¿Tú te alegrarás?

Casilda. ¿Yo?

Don Paciano. ¡Sí, tú!

Casilda. ¡En el nombre del Padre! Pero ¿te has vuelto loco?

Don Paciano. ¿Eh?

Casilda. ¿Usted ve, doña Hiedra? ¿Usted ha oído? Este es el hombre; este es mi marido; este es el personaje.

Doña Hiedra. Ya, ya.

Don Paciano, de aquí en adelante, no puede hablar; no hace sino inflar los carrillos y mirar entre indignado y sumiso a una y a otra.

Casilda. Es decir, que llevamos dos años —¡dos años, que se dice pronto!— ¡dos años!… ¡llevamos dos años, doña Hiedra!… usted lo sabe…

Doña Hiedra. Sí, sí; dos años. ¡Yo vi poner la primera piedra!…

Casilda. Dos años aguantando albañiles, pintores, contratistas, maestros de obra, carpinteros, vidrieros, fontaneros… ¡una plaga de hombres!, hasta ver terminada la finca; y ahora que acaba de irse el último, gracias a Dios, se le ocurre a este hombre venderla. ¡Bien! ¡Bien!

Doña Hiedra. ¡Bien!

Casilda. Si no es la idea de un perturbado, venga Dios y lo diga. Las molestias, los sofocones, las rabietas diarias, si se podían sufrir, era por llegar a este momento; y cuando llega, cuando puede empezarse a disfrutar un poco de *El Rinconcito*, ¡a venderlo! ¡Con lo que por él hemos peleado los dos con todo y contra todo! ¡Que si los andamios, que si los cimientos, que si los ladrillos, que si los azulejos, que si los tabiques, que si los techos, que si ya está un piso, que si ya está el otro, que si cubre aguas, que si se pone la bandera!… Y tanto afán, y tantas ilusiones, y tantos domingos viniendo a ver las obras, y tantos berrenchines, y

tantos disgustos, el día que se concluyen del todo, ¡a regalárselos al primer postor! ¡Muy bien pensado! ¡Qué talento de hombre! ¡Te metes a hacer una finquita de recreo, para pasar tú todo lo malo y ofrecerle luego al prójimo el recreo! ¡Absurdo; absurdo! ¡Paciano, no me digas que estás en tus cabales!

Doña Hiedra. No lo está, no lo está.

Casilda. ¡No lo está! ¿Por qué quieres vender *El Rinconcito*? ¿Por qué quieres venderlo? ¡Dímelo! ¡Hazme el favor, hombre! ¡Dame una razón: una siquiera! ¡Dámela! ¿Por qué quieres venderlo?

La Melera aparece en esto por la izquierda tranquilamente y se marcha por la derecha.

Melera. Que lo pasen bien los señores. De aquí al domingo.

Casilda. ¿Por qué quieres venderlo? ¡A ver! ¡Habla, hombre! ¡No infles más los carrillos! ¿Por qué quieres venderlo?

Don Paciano. ¡Por no matar a una melera!

Casilda. ¡Alabado sea Dios! ¿Usted se hace cargo? ¡Porque la melera lo desobedece, a vender la finca! ¡Vamos, hombre! ¡Como no tengas más razones que ésa no te sales con este capricho! Porque es un capricho; no es otra cosa. ¡No puede ser más que un capricho! ¡Digo! ¡Y ahora, que ya empezamos a tomarle el gusto, a gozar de él… ahora que todo es un recreo y una distracción!… El pinito que tú sembraste; el que yo sembré, que crece más que el tuyo; las enredaderas, que casi cubren ya las tapias; los rosales, que se llenan de flor… los arbolitos todos, que empiezan a espigar… Porque un jardín, el placer de un jardín es éste: no es lo que uno se encuentra ya puesto y crecido, sino lo que uno mismo va sembrando. ¡Que no vendes *El Rinconcito*, Paciano! ¡Que no lo vendes!

Doña Hiedra. ¡Que no lo vende usted!

Casilda. ¡Que no lo vendes! ¿No quisiste tener *Rinconcito*? ¡Pues *Rinconcito* tienes para rato!

Don Paciano. Sí, ya lo veo, sí. ¡Para rato! ¡Cavaré en él mi sepultura, como un cartujo!

Salen de la casa, del brazo, Rosaura y Tinoco, y cruzan hacia la derecha, por donde se van, sin mirar a nadie, con aire de personas ofendidas.

Tinoco. Buenas tardes.

Rosaura. Buenas tardes.

Doña Hiedra. Buenas tardes.

Don Paciano. ¿Qué es esto?

Casilda. Parece que van ofendidos.

Doña Hiedra. Sí; eso parece.

Don Paciano. *Llamándolos:* ¡Tinoco! ¡Rosaura!

Casilda. ¡Deja, hombre, deja!

Doña Hiedra. ¿Va usted a llamarlos?

Don Paciano. *Achicadísimo.* ¡Ah! ¿Debo dejarlos ir?

Casilda. ¡Claro! A enemigo que huye… ¡Vayan con Dios!

Don Paciano. Pero ¿por qué se han puesto de ese modo? Casilda. ¿A ti qué te importa?

Doña Hiedra. No se preocupe usted: ahora se van con Dios… y mañana vuelven con Dios también.

Casilda. ¡O con el diablo!

Doña Hiedra. ¡La cuestión es que vuelven! Tienen el abuso en la sangre.

Casilda. Ven, ven conmigo allá abajo, que te voy a decir en qué sitio quiero que me plantes las malvalocas.

Don Paciano. ¿Eh?

Casilda. Y otros planes y otras ideíllas que tengo. En la tapia… Ahora te diré… ¡Si este es *El Rinconcito*, Paciano; esta es la gracia, esta es la gloria de *El Rinconcito*! Anda, pichón, anda.

Se va por la izquierda.

Don Paciano. *Anonadado.* ¿Pichón? ¿Ha dicho pichón?

Doña Hiedra. Pichón.

Don Paciano. Verdaderamente, yo ya no hablo: arrullo. Pero usted comprenderá que esta mujer…

Doña Hiedra. Son cosas del sexo, don Paciano. Igual era yo.

Don Paciano. ¿Sí, eh? ¿Y su marido…?

Doña Hiedra. Se murió muy joven.

Don Paciano. Por allá me espere muchos años. Esa ventajita le llevo yo. Indudablemente soy un hombre de hierro.

Casilda. *Dentro.* ¿Qué haces, pichón?

Don Paciano. ¡Allá voy, pichona, allá voy! *Marchase por la izquierda también.*

Doña Hiedra. ¡Je! Cada casa es un mundo… *Se sienta a hacer labor bajo el pino de la derecha, y canta a poco.*

Cual brilla el sol en la verde pradera…

Se oye reír a Mariquitina y a Ismael, que luego aparecen hablando y riendo sin tregua. ¿Qué traen esos dos? ¡Vienen locos y muertos de risa!…

Ismael. ¡Qué cosa más cómica! ¡Ja, ja, ja!

Doña Hiedra. ¿Qué? ¿Qué es ello?

Mariquitina. ¡Doña Hiedra, qué cosa más cómica! ¡Ja, ja, ja!

Ismael. ¡Ay, qué pareja! ¡Ja, ja, ja!

Mariquitina. ¡Qué dos tipos! ¡Ja, ja, ja!

Doña Hiedra. ¿Quiénes?

Mariquitina. ¡El dentista y Rosaura! ¡Ja, ja, ja!

Ismael. ¡Risa para un año! ¡Ja, ja, ja!

Doña Hiedra. *Contagiada.* ¡Ja, ja, ja!

Mariquitina. ¡La mirada que te echó ella!

Ismael. ¡Y el resoplido de él!

Mariquitina. ¡Como si hubieran visto a un demonio!

Ismael. Él iba así: de palo.

Mariquitina. Y ella muy digna: sin chistar. ¡Qué mal le ha sentado que yo quiera a éste, doña Hiedra!

De la casa sale don Siro, sin sospechar la que le espera en el jardín. Una araña le ha picado en un ojo, y lo trae inflamado y rojizo.

Don Siro. ¡Mariquitina!

Mariquitina. ¡Papaíto!

Ismael. Buenas tardes, señor.

Don Siro. Buenas tardes, joven.

Doña Hiedra. ¿Qué es eso del ojo, don Siro?

Don Siro. Fruta del campo, doña Hiedra. No sé qué bichejo, esta noche, mientras dormía, me lo ha puesto así.

Doña Hiedra. Pues amoniaco, amoniaco en él. Dese amoniaco con un algodoncito.

Don Siro. Doña Hiedra, aunque pierda el ojo, yo no puedo oler a amoniaco.

Doña Hiedra. ¡Ah! Eso es otra cosa.

Mariquitina. *Resueltamente, después de haber discutido con viveza con Ismael.* Papaíto, oye.

Don Siro. ¿Qué quieres, hija mía?

Mariquitina. Tengo que hablarte. Tenemos que hablarte.

Ismael. Y muy en serio.

Don Siro. ¿Muy en serio?

Mariquitina. No hagas caso a éste. Tenemos que hablarte de algo muy divertido.

Ismael. Regular.

Don Siro. ¿De las fiestas de la colonia, acaso?

Mariquitina. ¡No! Tú verás cómo vas a reírte.

Don Siro. Habla ya, hija mía.

Mariquitina. ¿Ves a Ismael? ¿Me ves a mí? Pues aquí donde nos ves vamos a casarnos.

Don Siro. ¡Cuerno!

Ismael. Señor don Siro, esa interjección no la creo la más adecuada. ¡En persona tan escrupulosa!…

Don Siro. En efecto, joven: usted me dispense. No sé cómo ha subido a mis labios… Tan grande ha sido mi sorpresa… La sorpresa no elige interjecciones.

Mariquitina. Pero ¿tú no sabías ya que éramos novios?

Don Siro. ¿Yo? ¿Por qué? Barruntaba una atracción… una simpatía… pero nada más.

Mariquitina. Papaíto, estás muy antiguo. Ahora en un día se viven veinte años. Nos vamos a casar.

Don Siro. Paso, paso, nenita. ¿Qué tiempo llevan ustedes tratándose, estudiándose…? ¿Qué tiempo llevan de relaciones?

Mariquitina. ¡Poquísimo, a Dios gracias! Si lleváramos mucho, ¿cómo se nos iba a ocurrir casarnos?

Don Siro. ¿Qué oigo, Mariquitina?

Mariquitina. ¿Lo extrañas?

Don Siro. Pero ¿han podido apreciar ustedes, en tan poco tiempo, si coinciden en gustos, si congenian…?

Mariquitina. ¡Qué hemos de congeniar!

Don Siro. ¿No?

Ismael. ¡No, señor! ¡Nos pasamos el día riñendo!

Mariquitina. ¡Un matrimonio anticipado!

Doña Hiedra. *Riendo.* ¡Qué gracia!

Don Siro. ¡Bah, bah, bah! No se pueden tolerar estas burlas en cosa tan grave; la más trascendental en la vida humana.

Mariquitina. Perdona, papaíto: hueles a rancio de una legua. Éste es insoportable. Y por eso quiero casarme con él.

Don Siro. *Atónito.* ¿Usted oye, señora?

Doña Hiedra. Por este oído, muy poco.

Don Siro. ¿Y usted, jovencito, no se defiende de tal acusación?

Ismael. No.

Don Siro. ¿Se cree usted insoportable?

Ismael. Sí. Pero ella es más insoportable que yo. De que me guste tanto.

Mariquitina. De ahí que queramos casarnos en seguida.

Doña Hiedra. ¡Je! ¡Tal para cual!

Don Siro. Pero ¿ustedes ignoran que el matrimonio cabalmente eso: soportar?

Mariquitina. ¡En estos tiempos, no: ya hay divorcio! El mismo día que lo conocí, al notar que me era tan simpático comprendí que era una calamidad.

Don Siro. ¡El mismo día de conocerlo! ¡Qué opinión más ligera… más improvisada!…

Ismael. ¡Le advierto a usted que mi padre opina lo mismo, y me trata hace veintiséis años!

Don Siro. ¡Pues yo no le entrego mi hija a ninguna calamidad!

Mariquitina. ¡Pero si yo soy otra! *Baila.*

Don Siro. Insisto en que asunto tan grave no se puede tratar así. Y menos, bailando. Mas me invita en tal forma la actitud de los dos, que le voy a decir a usted, joven, cuatro palabras.

Ismael. Usted dirá, señor.

Don Siro. Afirma usted con aire de broma, sin pararse a meditar lo que afirma, que mi hija es una calamidad.

Ismael. Estoy convencido.

Doña Hiedra. ¡Ja, ja, ja!

Don Siro. Convencido, en broma. Pues yo se lo aseguro a usted en serio.

Ismael. Muy bien.

Don Siro. ¿Ha dicho muy bien?

Mariquitina. Pues ¿qué otra respuesta cabía, papaíto?

Don Siro. Muy bien. El matrimonio se constituye para crear un hogar…

Mariquitina. ¡Uh! ¡Qué antigualla!

Don Siro. No me interrumpas, niña: más respeto. Pues sepa usted, joven, que mi hija no ama la casa.

Ismael. Me consta.

Don Siro. De los menesteres hogareños no hay que hablarle.

Ismael. Me consta.

Don Siro. No sabe de ellos ni chispa.

Mariquitina. ¡Ni chispa!

Don Siro. Se levanta tarde.

Ismael. Yo también. ¡Ya era hora de que coincidiéramos en algo!

Don Siro. Y apenas se levanta y se arregla —baño, pinturita, caricias a un perro horroroso que tiene…

Mariquitina. ¿Horroroso mi *Cuqui*? ¡Rico mío!

Don Siro. ¡Horroroso!… Se va a la calle en busca de amigas por su estilo, a tomar un bocadillo en *Chacachuski* o a beberse un coctel en *Chiquichaska*.

Ismael. Muy bien. No siendo más que uno…

Don Siro. Prosigo el capítulo de cargos. Descargos para mi conciencia. Mi hija no sé yo con qué fin se casa.

Mariquitina. ¡Porque me divierte!

Don Siro. Porque le divierte: ya usted lo oye. Razón suprema. Mi hija no quiere tener hijos.

Mariquitina. ¡Porque no me divierte!

Don Siro. ¡Porque no le divierte! ¡Ave María Purísima!

Doña Hiedra. ¡Sin pecado concebida!

Don Siro. En nuestros tiempos no había estas mujeres.

Doña Hiedra. ¡Psché!

Ismael. Pues yo voy a contestarle a usted, señor mío…

Mariquitina. Calla tú ahora.

Ismael. Voy a contestarle…

Mariquitina. ¡Que calles, te digo!

Don Siro. ¡Déjalo hablar, mujer, que no te has casado todavía!

Mariquitina. ¡Es que como se empeñe en hablar, no me caso!

Ismael. ¡Sí te casas!

Mariquitina. ¡Bueno! ¡Me casaré, pero me divorcio a los tres días!

Don Siro. ¡Ajajá!

Ismael. Quiero que sepa usted, futuro suegro…

Don Siro. ¡Paso, paso!

Ismael. Quiero que sepa usted, papaíto…

Don Siro. ¡Paso!

Ismael. Que estoy persuadido de que Mariquitina es como usted la pinta: una verdadera calamidad.

Mariquitina. Así se habla: no nos engañemos.

Ismael. Que no dice cosa con cosa ni hace más que su propio capricho, y diabluras y extravagancias.

Mariquitina. ¡Qué bien me conoce!

Ismael. Que me va a sacar el sol de la cabeza o que me lo ha sacado ya; pero que a pesar de esto, o por esto mismo, yo la adoro. ¡Y me caso con ella!

Doña Hiedra. *O. K.!*

Don Siro. Pero, pero… Vengamos a otras cuentas, joven. Usted quiere ponerle flores a la barandilla del Viaducto: allá usted con su insensatez… Pero ¿qué es usted para osar llamarme a mí papaíto?

Ismael. ¡El novio de su hija!

Don Siro. No, no; no es eso; aquí no hay tangente. ¿En qué se ocupa usted; qué profesión es la de usted; con qué cuenta usted para sostener la casa de mi hija?

Ismael. ¡Eso pregúnteselo usted a mi padre!

Don Siro. No tengo el gusto de conocerlo. Ni paso adelante en este asunto.

Mi hija es una tarabilla y usted lo que ahora se suele llamar un fresco. Me opongo decididamente a ese matrimonio. Ustedes podrán querer jugar a los disparates: yo, no. No cuenten de ninguna manera con mi consentimiento para su boda.

Mariquitina. *Radiante de gozo.* ¡Ay! ¡Lo que queríamos! ¡Qué bueno eres, papá! ¡Ole, mi papá! ¡Nos has adivinado el pensamiento!

Ismael. *Compartiendo la alegría de ella.* ¡Lo que queríamos! ¡Lo que queríamos!

Don Siro. ¿Qué querían ustedes? ¿Que yo no consintiera?

Mariquitina. ¡Claro!

Don Siro. ¿Cómo claro?

Mariquitina. ¡Porque así es mucho más divertido, papá! ¡Mucho más divertido! Ven acá tú, Ismael. Vamos a hablar un poco de los muebles, que a mí no me gusta improvisar las cosas.

Ismael. Ni a mí tampoco.

Mariquitina. Y hay que ganar tiempo.

Se retiran al fondo, y se sientan a charlar muy entusiasmados.

Don Siro. *Contemplándolos*. Masco el ridículo en que estoy en esta época y en este planeta… tan querido, por otra parte.

Mariquitina. El comedor, desde luego, no ha de ser como tú querías.

Ismael. Desde luego.

Mariquitina. La alcoba, ni pensarlo.

Ismael. ¡Ni pensarlo!

Don Siro. *A doña Hiedra.* Decía yo, doña Hiedra, que masco mi ridículo en la actualidad.

Doña Hiedra. ¡Bah! Todo esto son palabras; hojarasca… Se hacen más loquillos de lo que son. Luego se cambia mucho.

Don Siro, preocupado con los desatinos de la pareja, pasea con las manos atrás, de

izquierda a derecha, apareciendo y desapareciendo a discreción, y mirando a los tórtolos de reojo.

Don Siro. ¡Inverosímil, increíble!… ¡Es el desquiciamiento que reina, el absurdo que manda… la befa de todos los principios de la moral eterna!… ¡Vivir para ver!

Sale Casilda de la casa, con don Paciano. Trae una labor y se sienta al lado de doña Hiedra. Don Paciano coge su librito de Fray Luis, y a su vez se acomoda bajo el otro pino, y se pone a leer.

Casilda. Ahora que va pasando un poco la fuerza del sol, es cuando está esto más agradable.

Doña Hiedra. ¡Esto está agradable a todas horas! ¡Tienen ustedes aquí un paraíso!

Don Paciano. ¡Ah!… ¡Soñemos, alma!…

Mariquitina. Lo de pasar la noche de bodas en un hotel, que se te quite de la cabeza, querido.

Ismael. Entonces ¿en dónde vamos a pasarla? ¿En casa?

Mariquitina. ¿En casa? ¡Qué cursilería!

Ismael. ¡Pues tú dirás en dónde!

Mariquitina. ¡En un avión! ¿No te parece?

Ismael. ¡Magnífico! ¡Qué *ideorra*!

Don Siro. *Oyéndolo al paso.* ¿*Ideorra*? ¿Qué aumentativo es ése? ¿Cómo he de autorizar yo que se unan dos seres con tan poco seso, para que nazca otro con menos seso todavía, que ya sería un mosquito?

Casilda. ¡Ay, qué delicia de fresco éste!

Doña Hiedra. ¡Qué delicia!

Casilda. ¿Te ha llegado este soplo de brisa, Paciano?

Don Paciano. Sí me ha llegado, sí. ¡Riquísimo! Un beso de la naturaleza.

Casilda. Huele un poco a tierra mojada.

Doña Hiedra. Habrá llovido por ahí.

Don Paciano. *Leyendo entre sí, procurando abstraerse.*

¡Qué descansada vida

la del que huye del mundanal ruido…!

En el gramófono de la casa de junto empieza a sonar el intermedio de «La boda de Luis Alonso».

Don Paciano se inquieta. Poco después exclama:

¡Pero, hombre! ¡Este librito atrae al gramófono ése como la altura al rayo!

Pausa. Él continúa leyendo y el disco sonando.

Mariquitina. ¡Mira que es alegre esta música!

Ismael. ¡Muy alegre; mucho! ¡Y muy pegadiza!

Mariquitina. ¡«La boda de Luis Alonso»!

La tararean animadamente los dos. Don Paciano a duras penas puede atender a lo que lee. Pausa. Ismael y Mariquitina, burlándose del desasosiego de don Paciano, se han colocado ya detrás de él tarareando la música. El buen hombre muda de sitio y va a sentarse junto a doña Hiedra y Casilda.

Doña Hiedra. ¡Cómo me gusta a mí este disco!

Casilda. ¡Qué garbo tiene y qué salero!

Contagiadas, tararean ellas también, a la par que los novios. Nueva pausa. Don Paciano, molesto, vuelve a cambiar de sitio y se aleja de todos.

Don Siro. ¡La Humanidad camina hacia el caos! ¡No hay que darle vueltas! Y *contagiado a su vez, tararea, casi inconscientemente, la deliciosa música.*

Don Paciano. *Desistiendo al cabo de leer.* ¡Vaya! ¡Imposible prestar atención! ¡El mundanal ruido se ha metido en el Huerto de Fray Luis! ¡Huyó el reposo de la

tierra! *Se une al «concertante».*

En vista de lo cual, y estimulados por el general entusiasmo todos alzan el tono, siguiendo la graciosa y brillante melodía.

FIN DE LA. COMEDIA

Madrid, marzo, 1932.

NOTA

La canción inglesa que entona «Mariquita» en el primer acto, puede sustituirse, a gusto de la actriz que represente el personaje, por otra canción extranjera.

La pronunciación de las voces y frases no españolas empleadas en el diálogo es como sigue:

Rue de la Paix Ri de la Pe. *The dansant* Té dansán. *O. K.!* Okey! *Dollars* Dolars. *Souvenir* Suvnir. *All right* Ol rait. *Good by* Gud bay.

Volver <<

LAS ENCUESTAS

CHARLA POPULAR

POR

MARIQUILLA TERREMOTO

Estrenada en el **Teatro del Príncipe**, de San Sebastián, el 24 de abril de 1932, por Catalina Bárcena

LAS ENCUESTAS

Decoración a gusto de Mariquilla Terremoto.

Sale ésta, vestida también a su gusto, y se dirige a la concurrencia en la siguiente forma:

Mariquilla. Respetable público: no asustarse, que yo no voy a anunsiá que se ha puesto ningún cómico enfermo, ni que se suspende la funsión, ni que se le devuelve er dinero ar que no esté conforme. En estos tiempos, dinero que se agarra no se devuerve ni en un desmayo. No hay na de eso. No hay más sino que a mí me dan ganas de cuando en cuando de hablá con ustedes. ¿No las tengo a lo mejó de hablá sola y hablo conmigo en el espejo? Pos hoy quiero hablá con ustedes, pa desahogarme. Yo no soy mujé que se guarde lo que se le ocurra; yo tengo que largarlo. Dispensarme si me pongo pesá. A una también le agrada echá un ratito con las personas que la aplauden a una; no va una a contentarse siempre con salí a saludá sonriente y hasiendo reverensias. Claro que argunas veses entre las personas suena una lechusa: «¡Ssss!». ¡Una lechusa que manda er padre de otra artista! Bueno: pos si aquí ha venío hoy arguna de esas, que no haga: «¡Ssss!»… porque yo le hago «¡Ssss!»… y a ve qué lechusa gasta más aseite. ¡Es argo entretenío esto de hablá!… Y hablá sin que una misma sepa lo que va a desí ni a dónde la va a yevá la lengua. Porque los políticos, cuando hablan en un esenario, ya sabemos tos lo que van a desí, porque lo han dicho antes en cuarenta banquetes y en cuarenta periódicos. ¡Como que si yo fuera político, impresionaba discos pa provinsias! ¡Y me ahorraba er viaje! Que hay que hasé declarasiones en Arbasete: ¡un par de discos sertificaos pa Arbasete, y a otra cosa! ¡Porque si no resurta que los ministros no son ministros, sino comisionistas que viajan colocando su género! Y basta de política, que yo no he venío aquí a hablá de política. Pero la política siempre sale ar paso. ¡En tó ha de mesclarse!

Verdaderamente, señores, da gusto sé famosa. ¡Da gusto! Y, sin embargo, la gloria, como tó, tiene sus tropesones; sus malos ratos, y hay días que se quisiera una escondé en un rincón pa que nadie la viera. Sólo que es inútil. La popularidá es un *tronío* que no armite sejuelas, como las guitarras. Siempre tiene que hasé ruío. De ná me vale a mí, si estoy mala, es un suponé, mandá a mi donseya por las pírdoras pa que nadie se entere de lo que tengo. En seguía, er boticario: «¿Qué tiene Mariquiya?». ¡Ya lo pué usté carculá por las pírdoras que le mandan, si es buen boticario! ¡Y a la media hora to er barrio sabe lo que tengo yo! ¡Y hay pírdoras que se puén tomá al aire libre; pero hay otras pírdoras que no hay pa qué publicá que las toma una! Pero es inúti: ya lo dije. *Dirigiéndose a un espectador.* ¿No es verdá? ¡No se ponga usté colorao; que tos tomamos cosas que no quisiéramos

tomá! Otro de los inconvenientes de la fama es er teléfono. Y cuidao que el invento es grande; pero da la lata muchas veses. No debía serví más que pa yamá una a quien quisiera; no pa que la yamen a una. ¡Claro que si tó er mundo piensa lo mismo, esto no tiene arreglo! Tampoco hay que osecarse con las ideas. Las que más me desconsiertan a mí son las yamás de los periodistas. ¡Esas encuestas por teléfono! Bueno, los periodistas son como los gatos en Seviya. Y ustedes me preguntarán: «¿Por qué en Seviya? ¿También en Seviya van a sé los gatos espesiales?». Hombre no; los gatos en Seviya son gatos, como en cuarquier sitio; pero entran y salen en las casas como en ninguna parte, sin abrí la cansela. En los demás sitios, está serrao er portón y es mesté yamá pa entrá dentro. ¡Aunque sea er gato! En Seviya, no. ¡O por la cansela o por la asotea se meten en las casas sin que les abra nadie! Y esto les pasa a los periodistas en tos laos.

Y no es que a mí me den mieo los periodistas frente a frente. Me dan mieo por teléfono. Yo con un periodista cara a cara, mirándole a los ojos, me cresco; me agrando. Soy capás de hablarle hasta de la cuadratura der Sírculo de Labradores. —¡Ea! ¡Otra alusión a mi Seviyita! Se va una pa ayá sin darse cuenta. Es una verea cuesta abajo—. Pero los periodistas por teléfono son cosa mu distinta. Oí la voz y no ve la cara der que te pregunta una cosa, no se ha hecho pa mí… Si no lo ves, ¿qué sabes tú con qué tripitas pregunta? En cambio, si lo ves, su misma cara te enseña a ti er camino de la contestasión. Sin contá con que no siempre acuden a yamarte en momento oportuno. La otra mañana —se van ustedes a reí— estaba yo en er baño, y de pronto yega mi donseya a la puerta y yama con los nudiyos mu arterá. ¡Pa mi donseya son los periodistas er Tribuná Supremo! ¡Y, sobre tó, con tá de que la nombre, se dejaría cortá la mano derecha!… «¡Señorita —me dijo—; un periodista en er teléfono!». «¿Un periodista? ¿Y qué te ha dicho? ¿Qué pregunta?». «Que cómo está usté». «Dile tú que se lo carcule: que estoy en er baño». Y prinsipió a í y a vení der teléfono ar cuarto de baño con las preguntas der periodista y mis contestasiones. ¡Primero la cuergan a eya que corgá eya el aparato siendo un periodista er que le habla! «Que quiere verla a usté». «¡Pos dile que como estoy ahora no me ve ni er canario!». «Que nesesita haserle a usté una pregunta urgente». «¡Pos que me la haga!». «Que tiene que sé a usté». «¡Que se espere un cuarto de hora!». «Que no se pué esperá, que es pa la edisión de esta tarde». Totá: que sarté der baño, me metí las chinelas y el albornoz y me fí ar teléfono, expuesta a cogé una purmonía. «¿Quién es?». «Yo: Manteca». «¡Hola, Manteca! ¡Tanto gusto!» —esto «der gusto» pa tranquilisá a mi donseya—. «¿Cómo está usté?». «¡Chorreando, hijo!». «Ja, ja, ja». «Tengo mucha grasia, ¿verdá? ¿Qué quieres de mí tan temprano?». «Que me conteste usté a una pregunta que vengo hasiéndoles a toas las personalidades der género frívolo». «Vamos a verla». «¿Con qué se desayuna usté?». «¡Con café con leche, con pan y contigo!». «¿Conmigo?». «¿No te yamas Manteca, mardita sea tu sombra?». ¡Y corgué el aparato! A mi donseya medio la dió un síncope; pero yo corgué… ¡Cuidao con la urgensia de la pregunta

pa la edisión de por la tarde!… ¡Hase farta humó! ¡No se iba a vendé er número der periódico si no publica lo que yo desayuno! ¡Cuarquier cosa! Pos toavía más que las encuestas por teléfono me cargan las encuestas por escrito. ¡Esas cuartiyitas que te mandan con las preguntas y con er hueco pa que tú escribas debajo las contestasiones!… Me revientan: no pueo resistirlas. Yo no sé más que bailá y que hablá. De escribí, ni cartas. ¡Como que muchas veses, cuando tengo que contestá aunque sea una postá, prefiero hasé un viaje! «Mariquiya, ¿tú por aquí? ¡Yo no te esperaba! ¿Qué te trae?». «¡Pos que he venío a contestarte a la postalita!». No sé escribí: se me engarrotan los deos y se me nubla la calabasa. ¡Y me yega la tinta ar sobaco! ¡No sé escribí! Ahora mismo tengo en casa tres encuestas de esas por escrito —que por eso me he acordao—, y estoy negra pa contestarlas. ¡Porque hay que ve también las cositas que te preguntan! Una de eyas dise: «¿Cómo besa usté?». ¡Como me dá la gana!, es lo primero que se te ocurre. ¡Pero no va una a ponerse a malas con la Prensa! ¡Digo! ¡Y con la donseya que tengo! Pero ¿cómo explica usté eso escribiéndolo sin dibujá la posturita? ¡Imposible! Pa salí der paso. Se me ha ocurrío —a vé qué les parese a ustedes— desirle ar periodista; «¿Que cómo beso yo?». Mándeme un fotógrafo de cara dura y que me saque unas instantáneas dando besos. ¡Y si no me quié ve, que se tape los ojos! ¡Por más que eso de los besos está ya tan barato, que a nadie le importa verlos dá ni que lo vean dárselos quien sea! Después de las lesiones que tos tomamos en er *sine*, ¿quién repara en ná? ¿Habrá argún hombre que no sepa ya a lo que sabe la pinturiya de los labios? Ustés habrán oído contá de seguro ese chascarriyo que se cuenta. Un señó que yega a una perfumería y pide lápi de coló pa los labios. Y er perfumista le pregunta: «¿De qué clase lo quiere usté?». Y er señó le responde: «¡Der mejó que haya! ¡Me lo ví a comé yo!…». La otra encuesta también se las trae: «Mariquiya; ¿en qué piensa usté cuando se acuesta?». ¿Qué tá? ¡Y a contestarlo por escrito! Si digo que pienso en la Virgen der Carmen, no me creen. Si digo en argunas de las cosas que pienso, sí me creen, ¡pero no las digo! ¡Y éste, además, tampoco es caso de pedí que venga un fotógrafo! Las estreyas der Norte de *Jolibú*, o como se yame, se puén retratá en la arcoba, ar meterse en la cama: ¡son espárragos! Las estreyas der Sur, que grasias a Dios estamos más yenitas, por curpa der jamón serrano, ¡no nos retratamos más que en la sala! De manera que después de mucho pensá, y de darle a la preguntita vuertas en la oya, he desidío contestá así: «¿En qué piensa usté al acostarse?». «En dormirme. Y en soñá una mijita con lo que yo me sé». A lo que yo me sé la pongo una rayita por debajo, ¡y que cavilen los lertores!

La úrtima de las tres encuestas por escrito que me esperan en casa, es la más sensiya de las tres: «¿A qué le saben a usté los aplausos?». ¿A qué van a saberme? ¡A arroz con leche, como a tó er mundo! Pero como no ví a escribí arroz con leche porque a lo mejó, atorruyá con la escritura, la hache de la leche se la pongo al arroz, y hay risa pa un rato, no ví a contestá más que dos palabras: «¿A qué le saben a usté los aplausos?». «¡A gloria!». Y luego yamo ar periodista por teléfono y

le digo que vaya a casa a oírme qué gloria es esa. ¡Y me vi a quedá sola! ¡Los aplausos! ¡Los aplausos! Por muchos que me den siempre me paesen pocos; por mucho que arboroten siempre creo yo que meten poco ruío. A una le gusta ar salí a esena, vé que aplauden hasta las luses. Y lo que son las cosas: han de está moviéndose toas las manos, y como haya un gachó, uno solo, que las tenga crusás y no aplauda, a é se te va la vista. Y no va una a encararse con é y a desirle: «Oiga usté, señó; ¿qué hase usté? ¿Está usté resando ahora por sus muertos? ¡Aplauda usté, mal ánge, como aplaude tó er mundo! ¡Aunque sea así, sin armá ruío, pero que se te vea er movimiento, guasón!».

En fin, no canso más. Ya saben ustedes lo que me gustan los aplausos; la mié que tienen pa las artistas; la gloria que son pa toas nosotras; ¡la mejó música que suena! ¿He dicho argo? Hasta otro ratito.

¡No dirán que se atortola

Mariquiya!… ¡Ya los dejo!

¡Y ahora me voy con mi espejo…

pa seguí charlando sola!

FIN

LO QUE HABLAN LAS MUJERES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 21 de octubre de 1932

A CONCHA CATALÁ,

maestra de un arte en que pocos llegan

a ser maestros, con devoción creciente,

nacida en los años juveniles,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Agustina. Concha Catalá. Pepita. Ana María Custodio, Felipa Luengo. Leocadia Alba. María Reyes. Angelina Vilar, Matea. Irene Caba Alba. Natividad. Soledad Domínguez. Don Miguel de los Santos. Manuel González. Curro Cortina. Gaspar Campos. Aurelio. Vicente Moya. Ramonón. Nicolás Rodríguez, Todos hablan con pronunciación andaluza

LO QUE HABLAN LAS MUJERES

ACTO PRIMERO

Estamos en Puebla de las Mujeres y en la casa del muy querido cosechero de vinos don Miguel de los Santos Cortina. Los sucesos de esta comedia se desarrollan en el lugar denominado allí «media casa» y que es tan característico de las de Puebla y de muchas otras ciudades andaluzas. Al foro, a la derecha del actor, en un martillo que forma la estancia, y de frente al público, está la cancela, siempre entreabierta, tras de la cual se ve el zaguán. La puerta de la calle se supone a la derecha de éste. Al fondo, en lo más hondo de la estancia y hacia la izquierda, un amplio ventanal, con alféizar, que deja ver un jardincillo primoroso y alegre. En los extremos del alféizar, sendas macetas de geranios. Dos cortinas de lienzo azul velan la luz en las horas de sol. En la pared de la derecha, una hornacina con algunos cacharros de cerámica sevillana, sobre la cual luce un cuadro de azulejos con una imagen de la Virgen. Bajo ella, la palabra «Salve». En la pared de la izquierda, dos puertas, que comunican, respectivamente, la primera con el interior de la casa, y la segunda, con el jardín. Un velador, un sofá al pie de la hornacina, dos mecedoras junto al ventanal y varias sillas de rejilla o de junco. Un par de maceteros con plantas en los rincones. Algunos cuadros. Suelo de «olambrilla».

Es en un domingo de mayo, por la mañana.

Se percibe un charloteo de mujeres que hablan a la puerta de la calle. Matea, una de las criadas, escucha cautelosamente desde el zaguán.

Matea. ¡Es que no hay otra converzación en Puebla de las Mujeres desde que ha yegao eza forastera! ¡Ni que fuera una estreya der cine! *Huye de improviso hacia el interior al sentir pasos.* ¡Huy!

Quien llega es el amo de la casa, don Miguel de los Santos, persona fina, de agradable presencia.

Don Miguel. ¡Lo que hablan las mujeres, Señor! ¡Antes de misa, en misa, después de misa, a la puerta de la iglesia, a la puerta de cada casa!… ¡Jesús bendito! Tú, ¿qué haces aquí?

Matea. Que zentí yegá ar zeñorito y dije: pos le voy a decí que ha estao aquí Juan er de la bodega.

Don Miguel. ¿Juan?

Matea. Er cazo es que yo no estoy zegura de que zea Juan. Uno arto que vino el otro día y que cuando ze fué dijo usté: «¡Azí lo parta un rayo!».

Don Miguel. Por esas señas me confundo mucho. Lo mismo puede ser Juan, que Antonio, que Roque.

Matea. Él es bizco de los doz ojos.

Don Miguel. Eso ya está más claro. ¿Te ha dejado alguna razón?

Matea. ¡Zi viera usté, zeñorito don Migué, que yo no me fijo en las razones! …

Don Miguel. ¡Ah! ¿no te fijas?

Matea. No, zeñó: es lo malo que tengo. Ya ze lo arvirtió mi madre a doña Agustina cuando me ajustó. Y doña María Reyes ar recomendarme.

Don Miguel. Menos mal. En fin, ya me enteraré yo por los periódicos de lo que quería el bizco que ha estado aquí. Toma mi sombrero y llévalo a mi cuarto. Y a ver dónde lo dejas.

Matea. ¡En la percha! ¿Dónde lo vi a dejá? ¿Porque no me fije en las razones no vi a zabé donde ze ponen los zombreros? ¡Qué coza! *Se marcha por la puerta que conduce al jardín.*

Don Miguel, atraído por la charla femenina, que sigue en la calle, se acerca a la cancela a escuchar.

Don Miguel. ¡Bueno! ¡Me ha venido Dios a ver a mí con el viaje de la niña a Puebla! ¡La forasterita en todas las bocas y a todas horas! Como no se vaya pronto… Pero, sí; sí se irá: yo me encargo de ello. ¿O es que no voy a poder hacer un sueño tranquilo?

Tres de las señoras que hablaban con otras a la puerta de la calle entran en el zaguán y pasan luego la cancela, sin dejar su charla. Son ellas, Agustina, la compañera de don Miguel de los Santos, esposa modelo y dama de nobles virtudes; María Reyes, viuda de buen ver, y Felipa Luengo, crónica viva y parlante de Puebla. Las tres vienen de velo.

Felipa. ¡A mí que no me cuente Clara Joaquina!… ¡La que a mí se me vaya en Puebla!… Conozco yo aquí hasta las ratas… Llevo toda la vida, y además tengo una gran afición a meterme en todo. Afición y derecho. ¡Y memoria! De manera

que sé al dedillo la edad que tiene ella, y la que tienes tú, y la que tienes tú, y la que tiene tu marido.

Don Miguel. ¿Está usted segura, Felipa?

Felipa. ¡Y tan segura!

Don Miguel. ¿Qué edad tengo yo?

Felipa. Cinco años más de los que se pone usted en la cédula.

María Reyes. ¡Ja, ja, ja!

Felipa. Los cumplió usted el día de la Cruz. Nació usted el año que se incendió la confitería de la calle Albahaca. Que fué el mismo año en que se casó mi primo Rodolfo —lo tengo muy presente, porque me había hecho el amor a mí de pollita—, y en que vino a predicar el padre Ciriaco a la novena de la Virgen. Ya sabe usted la fecha. ¡A mí!

Don Miguel. Esa es la fecha: tiene usted razón. Esa edad es la mía.

Felipa. *A Agustina.* Diez años largos más que tú.

Agustina. Justamente.

Don Miguel. ¡Yo no he podido remediarlo!

María Reyes. Ni creo yo que hacía falta. Está usted en muy buena edad, Miguel de los Santos.

Agustina. Pero las ha tenido mejores.

Felipa. Y su hermano de usted…

María Reyes. Mira, Felipa; deja ya esto de las edades, que es una conversación muy antipática.

Felipa. Pues que no me busque la lengua. Mira como a ti no te digo nada. ¡Y sé la edad que tienes! Y la que tenía tu difunto: que se murió de veintisiete años, y hace cuatro que se murió. ¡Los números no fallan! Y se murió precisamente el mismo día que un *auto* me atropelló a mi *Pimpinela*. *A un gesto de don Miguel de los Santos.* A mi *Pimpinela*: una perrita de lanas, preciosa. ¡Más inteligente! ¡Animalito! No le faltaba más que hablar.

Don Miguel. ¿Y era perra?

Felipa. Perra, sí, señor.

Don Miguel. ¡Pues algo hablaría!

Felipa. Se equivoca usted: ladraba nada más. Sobre todo cuando entraba en casa algún hombre. Muy inteligente; ya digo.

Agustina. *A su marido.* No te pongas nervioso… ¿No la conoces ya?

María Reyes. Miguel de los Santos se irrita siempre con nuestra charla, sea de lo que sea.

Felipa. Sí; tiene el tema, tan de los hombres, de que las mujeres hablamos mucho.

Don Miguel. Infundado, ¿verdad? Y no es lo peor que hablen ustedes mucho, sino que hablan por hablar, venga o no venga a cuento; de lo que entienden y de lo que no entienden; de lo divino y de lo humano… Nada callan, en todo se meten, todo lo tergiversan… ¡La cuestión es hablar!

Agustina. Sí, señor: ahora me toca a mí defendernos: ¡la cuestión es hablar! Hablar es como respirar, Miguel de los Santos. El que habla descansa, goza, se desahoga, se explaya… ¡Hablar es muy sano! Es igual que el que suda, que echa fuera los malos humores. En cambio, el que calla, se traga todo ese veneno, se pudre, se consume, adelgaza… ¡se muere, por callar!

Felipa. ¡No acabaré yo de esa muerte!

María Reyes. ¡Ni yo!

Agustina. ¡Ni yo!

Don Miguel. ¡Ni yo tampoco! Pero esta mañana ya no puedo más. ¡Ni en la misa han callado! Felipa, cuando no tiene con quién, habla sola.

Felipa. No, señor; es que rezo, y parece que hablo. ¡Hablo con Dios, naturalmente!

Don Miguel. ¿No digo yo? ¡Hasta con Dios habla!

Felipa. Y me gusta mucho, porque no me contesta nunca. Dice mi sobrinilla

Guadalupe que las mujeres no ayudamos a misa porque le contestaríamos al cura antes de tiempo.

Agustina. Punto final. Ven, Miguel, allá dentro conmigo. Dame la bolsa de los cuartos, que nos vamos a llegar al Convento a dar la limosna.

Don Miguel. ¡Y a seguir dándole a la sin hueso!

María Reyes. Sí, señor, sí; sesión continua. ¿No acaba usted de oírle a Agustina que el hablar es salud?

Don Miguel. ¡Para el que habla! Pero ¿y el que escucha, María Reyes? ¡Hay que ponerse en todo!

Agustina. Anda ya, majadero. *Se va con él al interior de la casa.*

Felipa. ¡Cuando se le teme a la lengua de las mujeres, siempre es por algo!

María Reyes. Oye, Felipa, ahora que estamos solas: ¿no notas tú estos días un poco preocupado a este hombre?

Felipa. ¡Vaya!

María Reyes. ¿Verdad que sí?

Felipa. ¡Digo! ¡Y sus motivos tiene!

María Reyes. ¿Sí, eh? ¿Tú sabes?…

Felipa. ¿Qué no sabré yo? Siéntate, y me confesaré contigo; porque si no, reviento. ¡De algo hemos de hablar!

María Reyes. Cuenta, cuenta…

Felipa. Hablar en voz alta es un encanto siempre; pero hablar en voz baja es encanto y medio. Es como hacer comiditas las personas mayores.

María Reyes. Cuenta, cuenta…

Felipa. Llevo tres días con esta desazón en el cuerpo. Estoy queriendo decirle esto a alguien, sin encontrar la persona ni la coyuntura, y hoy te ha tocado a ti. Tú vas a ser. En esta casa, que es la más tranquila de Puebla, va a estallar una bomba el día menos pensado.

María Reyes. ¿Qué me dices?

Felipa. Una bomba que no va a dejar un cristal ni un cacharro en su sitio. Este matrimonio, que se cita aquí como buen ejemplo, va a andar a la greña muy pronto.

María Reyes. ¿Por qué?

Felipa. Y bien sabe Dios que ella no lo merece. Tan buena, tan equilibrada, tan digna, tan cumplidora, tan caritativa, tan amable… ¡No lo merece! Pero va a llorar mucho.

María Reyes. ¿Por qué, Felipa?

Felipa. Porque los hombres no tienen conciencia; porque son unos desalmados, que tienen un tesoro junto… y se van por ahí a buscar un duro en calderilla.

María Reyes. Pero ¿cómo? ¿Algún devaneo de Miguel de los Santos?

Felipa. ¡Y qué devaneo!

María Reyes. ¿Es posible, Felipa?

Felipa. Entérate: esto ha estado oculto hasta ahora, porque ha sido lejos de aquí, y nadie ha levantado la caza; pero la llegada a Puebla de esa niña forasterita sacará al aire todos los trapos sucios.

María Reyes. ¿Sí? Pues ¿qué tiene que ver?…

Felipa. *Bajando la voz.* ¿De quién te crees tú que es hija esa forasterita?

María Reyes. ¡De su padre, que viene con ella!

Felipa. ¡Ca!

María Reyes. ¿Cómo ca?

Felipa. De su padre, sí; pero no del que viene con ella, que no es su padre.

María Reyes. ¡Felipa!

Felipa. Su padre es Miguel de los Santos.

María Reyes. ¡Felipa!

Felipa. Ahí donde lo ves, tan caballeroso como parece, al poco tiempo de casado —¡al poco tiempo!— tuvo un amorío en Las Canteras, y del amorío nació esa niña.

María Reyes. ¡Jesús!

Felipa. Y cuando apenas había cumplido dos años el pimpollo, se preocupó de legitimarla buscándole un marido a la madre. Y lo encontró en un pariente lejano de él, que con tal de vivir a la sopa boba pasa por todo. Curro Cortina: Cortinilla, como le llamo yo. Quiso Miguel que su hija llevara su apellido, y de ahí que se fijara en ese pariente.

María Reyes. ¡Quién lo había de pensar de Miguel de los Santos!…

Felipa. El mejor, para la sartén, que es un anticipo del infierno, donde han de arder todos.

María Reyes. ¿De manera que ese que viene con la niña como su padre…?

Felipa. Es el Cortinilla de que te hablo. ¡Y su padre lo cree todo el mundo! ¡Al cabo de los años, quién va a presumir otra cosa!… Se casó con la madre, han vivido como un matrimonio dichoso, con un buen pasar —a costa de Miguel de los Santos, es claro—, y jamás se les había ocurrido venir por aquí. Miento: él sí ha venido alguna que otra vez. Pero ella murió… y, pasado el luto, se conoce que el hombre ha creído pertinente hacerse visible.

María Reyes. ¿Con qué fin?

Felipa. De seguro con el de sacarle más dinero a este botarate, asustándolo con su presencia… ¡Supongo yo!… Ahora que aquí estoy yo para vigilarlo. Si se contenta nada más que con eso y se vuelve con viento fresco a Las Canteras, vaya con Dios; la nube no descarga ni estalla la bomba. Me hago un nudo en las tripas, y me callo. Pero como quiera vivir aquí, y entrar en sociedad, y alternar, y hacer pasar el contrabando como cosa legítima, y hasta buscarle a la niña un novio, entonces soy yo Felipa Luengo, *Siete Lenguas*, como me dicen, quien pone al corriente de todo a Agustina. Una amiga mía como ella no corre ese ridículo mientras tenga yo, no siete lenguas, una, y muy pelada. Me sobran seis.

María Reyes. ¡Jesús, Jesús, Jesús!…

Felipa. Conque ¿qué tal? ¿Qué te parece el cuentecito?… ¡Señor! ¡Lo que hablan las mujeres!

María Reyes. No vuelvo de mi asombro, Felipa. Porque tú me lo cuentas lo creo. ¡Qué hombres!

Felipa. A saber si el tuyo se llevaría al otro mundo algún secreto por el estilo.

María Reyes. ¡No! ¡Pobre Ricardo! ¡Si no se separaba nunca de mí!…

Felipa. Eso sí es verdad.

María Reyes. ¡Siempre pegadito a mis faldas!…

Felipa. ¡Cómo que les llamaban a ustedes la carta y el sello! Pues, a pesar de eso, María Reyes…

María Reyes. ¡No! ¡Pobrecito él!

Felipa. Paz a los muertos. Pero mira que yo una noche he sorprendido al mío, a mi tímido Cayetano, en un jolgorio de gente baja, bailando el *agarrao* con una cocinera comunista. Me dolió más porque lo hizo el mismo día que nos retratamos en grupo con los cinco chiquillos. ¡Hijos de mi alma! Un cuadro de familia. Y por la noche, el sivergonzón, ¡venga *schotis*!… ¡Te digo!

Vuelve Agustina. Trae consigo el bolso de las limosnas que nombró antes.

Agustina. ¿Vamos?

Felipa. Vamos, sí.

María Reyes. Aquí hemos estado cortándote una falda.

Felipa. ¿Una falda? ¡Y una salida de teatro!

Agustina. Lo creo. Antes de llegar al Convento vamos a pasarnos por casa de María Manuela Montemayor, que tiene al marido con la gripe.

Felipa. ¡Anda y que se muera!

Agustina. ¡Mujer!

Felipa. ¡No compadezcas a ningún marido!

Agustina. ¡Qué cosas dices! Claro que de labios afuera… Me gusta cumplir con la gente, Felipa; me gusta cumplir.

Y, charloteando, se van a la calle las tres amigas. Queda un momento sola la escena, y en seguida reaparece por donde se marchó nuestro preocupado don Miguel de los Santos, que habla esta vez consigo mismo.

Don Miguel. ¿Por qué me desconcierta y me inquieta a mí de este modo la presencia aquí de esa criatura? ¡Con el tiempo que hace que no la veo!… ¡Si no me conocerá siquiera!… Sí; conocerme, sí… Y un encuentro con ella delante de gente… A lo mejor no soy dueño de mí… ¿Para qué querrían más comidilla en Puebla?…

Inopinadamente llega por la cancela Curro Cortina, de quien ya tenemos las referencias suficientes.

Curro. ¡A la paz de Dios!

Don Miguel. *Dando un salto.* ¡Curro!

Curro. ¡No te asustes, hombre; vengo solo! Y además he visto salir a Agustina. Y la he saludado.

Don Miguel. ¿A Agustina?

Curro. Sí; a tu mujer. ¿Por qué no? Al pronto no cayó en quién yo era. ¡Una ausencia tan larga!… Por cierto que me ha presentado a una viuda que apaga las luces. ¡Vaya una mujer guapa! ¡Guapa… junto a la tuya! ¿He dicho algo?

Don Miguel. Sí; has dicho algo. Pero no desvíes la conversación. Esta visita es impertinente.

Curro. ¿Por qué?

Don Miguel. ¿A qué diantres vienes; me lo quieres decir?

Curro. A verte, como otras veces he venido…

Don Miguel. Varían las circunstancias, Curro. Tú no sabes el revuelo que ha movido en Puebla la niña.

Curro. ¡En los pueblos todo es motivo de revuelo! Pero ¿acaso porque yo sea el padre de tu hija, cosa que no sabemos más que tú y yo, vamos a dejar de tratarnos?

Don Miguel. ¿Tú el padre de mi hija?…

Curro. ¡O tú el padre de la mía!… ¡Como quieras! ¿No somos parientes? ¿No llevamos el mismo apellido? ¿Hemos roto alguna vez nuestras relaciones? ¡Entonces!… ¿Has visto a la niña?

Don Miguel. No. Rehuyó el encuentro.

Curro. Ese miedo va a delatarte.

Don Miguel. Es posible. Desde que nació la criatura lo siento, sin poder desecharlo. ¡Figúrate ahora! Esa niña es testimonio vivo de una traición mía a la mujer más buena del mundo, a la más noble de las mujeres; no quiero pensar en la catástrofe moral que sería para mi Agustina el descubrirlo Creo que la mataría el desengaño.

Curro. No exageres, hombre. ¿Ni por qué ha de descubrirlo a estas alturas? Tú hiciste lo que debiste hacer para lavar tu falta: le buscaste a tu amante… un marido, que además se llamara Cortina, como tú, para que la criatura llevase tu apellido y ese matrimonio se consolidó, y hemos vivido veinte años felices y contentos. La pobrecita llegó a tomarme ley. Te aseguro que a los pocos años de casados, ya casi no se acordaba de ti… más que cuando te retardabas en mandar la mesada por ejemplo.

Don Miguel. Pocas veces habrá sido entonces.

Curro. No te vayas a picar ahora encima de todo. El favor que yo te hice también fué de arroba.

Don Miguel. ¡El mayor que me han hecho en este mundo! No lo olvido, no. Y buenas pruebas creo que tienes tú de ello. Dame un abrazo, Curro.

Curro. Y ciento. Pero, Miguel, ¿estás emocionado? ¿Tiemblas? ¡Eres un chiquillo! ¡No lo eche a rodar todo tu flaqueza de última hora!

Don Miguel. ¡Picaros años!… ¡Cómo lo enternecen a uno!… Oye, dime: ¿sigue pareciéndose a su madre la niña?

Curro. ¿Cómo no? Los ojos, sobre todo, son idénticos.

Don Miguel. ¿Los ojos, eh?

Curro. Pero, mira tú lo que son las cosas; te vas a reír; todo el mundo dice que se parece más a mí que a su madre.

Don Miguel. ¡Hombre!

Curro. Te lo cuento para que te tranquilices.

Don Miguel. ¡Qué disparate!

Curro. ¿Disparate que la gente encuentre en una hija parecido a su padre?

Don Miguel. ¡Curro!…

Curro. ¡Miguel!… Nada te conviene a ti más, después de todo. Además, si lo recapacitas, hasta lógico es.

Don Miguel. ¿Lógico?

Curro. Tú has vivido lejos de ella, y ella ha vivido y ha crecido junto a mí, bajo el mismo techo… El trato común, el reflejo de las miradas moldean las fisonomías de las criaturas, engendran una semejanza particular, no lo dudes. Sobre todo, la gente lo dice.

Don Miguel. ¡La gente ve visiones!

Curro. ¡Ah! ¿Porque se parece Pepita a mí ve visiones la gente? ¡Buenas van las máscaras!

Don Miguel. Dejemos esto. ¿Me quieres decir ahora, Curro Cortina de mis entretelas, a qué santo me la has traído a Puebla de las Mujeres?

Curro. ¡Alto, Miguel de los Santos, también Cortina! Yo no la he traído a ella: ella me ha traído a mí.

Don Miguel. ¿Cómo es eso?

Curro. Una compañerita de colegio —ya recuerdas que la educamos en Alcalá de los Gazules— cayó el mes pasado por Las Canteras, y la invitó cariñosamente a pasar unos días en su casa. Y aquí estamos. No hay más.

Don Miguel. ¿Tú también en casa de esa compañerita?

Curro. No, no; eso hubiera sido un abuso. Y yo no abuso más que de ti, con quien me une, además del sanguíneo, este parentesco tan original.

Don Miguel. Pero tú has debido quitarle de la cabeza a Pepita…

Curro. ¿Yo, de la cabeza, a Pepita? No seas iluso. Pepita no hace nunca más que su antojo. Es terca, caprichosa, tenaz… No hace más que su antojo. En esto se parece también a mi idolatrada Consuelo, que santa gloria haya. ¿Tú te acuerdas?

Don Miguel. Sí, hombre, sí.

Curro. Y por si fuera poco, yo, como padre, no sé negarle nada a Pepita. No sé. Me hace una zalamería… un arrumaco… y me convence siempre. ¡Es tan salada!… Soy un padrazo, hijo. Si te pica, te rascas; pero soy un padrazo.

Don Miguel. No, pues ni me rasco, ni me pica. Pero, vamos a ver: ¿cómo se llama la muchachita ésa que ha invitado a la niña?

Curro. Natividad Carbón.

Don Miguel. ¡Atiza! ¡En buena casita ha caído! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Las Carbonillas! ¡Tres hermanas solteras que se levantan hablando y se acuestan hablando!

Curro. Y que creo que duermen hablando. La niña me lo ha dicho.

Don Miguel. Bien: yo procuraré verla cuanto antes… y en seguida, con cualquier pretexto, te la llevas de aquí.

Curro. Falta que ella quiera, Miguel. Soy un padrazo.

Don Miguel. ¡Deja de ser padrazo una vez siquiera! ¿Tanto trabajo ha de costarte?

Curro. Mira: se me ocurre de momento una idea feliz.

Don Miguel. ¿Una idea feliz?

Curro. Que te va a costar el dinero.

Don Miguel. Es una felicidad relativa.

Curro. Nunca llueve a gusto de todos.

Don Miguel. Dime.

Curro. Cumplido ya de sobra el luto de su madre, la chiquilla tiene la ilusión de un viaje a Granada, a Córdoba, a Sevilla…

Don Miguel. Llévala.

Curro. ¿Y si la Carbonilla que la ha invitado… quisiera acompañarla?…

Don Miguel. Llévala también. Así es más seguro el viaje.

Curro. Evidentemente. Bueno, pero…

Don Miguel. ¡Sí, hombre, sí!

Curro. ¡Es que no tienes idea de lo que estoy gastando!

Don Miguel. ¿Que yo no tengo idea?

Curro. La muchacha ha crecido mucho, el espejo no para de piropearla, le gusta vestirse, es elegantita… Y yo, te lo repito, Miguel, ¡no sé negarle nada!

Don Miguel. ¡Ni yo tampoco! ¡Todo se andará! ¡Dame otro abrazo, Curro!

Curro. ¡De la mejor gana! ¡Lo que encierra una cancela, Miguel!

Don Miguel. ¡Lo que cuesta un secreto, Curro! ¿Viene alguien?

Curro. ¡Venga quien quiera, desdichado! ¿Vuelta al miedo otra vez?

Don Miguel. Márchate ya, por tu salud.

Curro. Ahora mismo. Ya nos veremos por ahí. Adiós, Miguelillo.

Don Miguel. Adiós, Currete.

Curro. Ve por el Casino, que me he hecho socio transeúnte.

Don Miguel. Iré por el Casino.

Curro. Te ganaré al billar.

Don Miguel. ¡Me ganas a todo!

Curro. *Saludando en el zaguán a Aurelio y a Ramonón, que llegan.* Buenos días, señores.

Aurelio. Buenos días.

Ramonón. Buenos días.

Curro. Aquí tienes visita, Miguel. Y *se va a la calle, cada vez más contento de su suerte.*

Aurelio y Ramonón son dos muchachos de la buena sociedad de Puebla. El uno es muy listo y el otro muy bruto, y sin embargo, son íntimos amigos.

Aurelio. ¡Don Miguel!

Don Miguel. ¡Hola, buena gente!

Ramonón. ¿Está usté malo, don Migué?

Don Miguel. No. ¿Por qué? ¿Tengo mala cara?

Aurelio. Como no ha ido usted por la bodega… ¿No íbamos a tomarnos esta mañana unas copitas después de misa?

Don Miguel. ¡Es verdad! ¿Dónde se me ha ido a mí la cabeza? Perdonadme. Y no hay nada perdido: vamos a tomarlas aquí.

Aurelio. Deje usted…

Ramonón. ¡No, hombre, no; que no deje! ¡Deja tú!

Don Miguel. *Llamando.* ¡Matea!

Aurelio. *Impaciente.* ¿Es usted muy amigo del padre de…?

Don Miguel. *A Matea, que sale por la puerta que da al jardín.* Oye, Matea; llévanos al jardín una botella de vino y unas copas.

Matea. Zí, zeñó.

Ramonón. ¡Y unas lonjitas de jamón pa empaparlo!

Don Miguel. ¡Eso no hace falta decírselo, hombre!

Matea. ¡Ya ze ve que no! ¡Una coza tira de la otra! ¿De cuá jamón pongo, don Migué?

Don Miguel. Del que pruebas siempre al cortarlo.

Matea. Ya zé cuál es. *Y se retira relamiéndose.*

Don Miguel. ¿Qué me preguntabas tú, Aurelio?

Aurelio. Si es usted muy amigo del padre de… de Pepita Cortina; de la forasterita.

Don Miguel. ¿Eh?

Aurelio. ¿No es ése que salía?

Don Miguel. Sí; ése es.

Ramonón. ¿Y hasta argo parientes zon ustedes, no?

Don Miguel. ¡El parentesco no lo alcanza un galgo!… Es que llevamos el mismo apellido…

Aurelio. Cortinas los dos.

Don Miguel. Sí; pero esos son otros Cortinas.

Ramonón. ¡Cortinas de otra tela!

Don Miguel. No; no es que yo lo rebaje, no… Apenas nos tratamos. De higos a brevas alguna vez…

Aurelio. ¡Qué chiquilla tiene!

Don Miguel. ¿Sí, verdad?

Aurelio. ¿Usted no la conoce? ¿No la ha visto ahora?

Don Miguel. Ahora, no.

Aurelio. ¡Pues está hecha un clavel! ¡Qué chiquilla, don Miguel de los

Santos! ¡Qué hermosura!

Don Miguel. ¿Sí, eh?

Ramonón. To lo que diga es poco. Una revolución. ¡Pa que vayan detrás de eya los guardias de Azarto! Paza por er Cazino y no hay un zocio que no relinche.

Aurelio. ¿Quieres callarte, burro? ¡No seas bestia! Yo soy socio, y la veo pasar y no relincho.

Ramonón. ¡Pos date de baja!

Aurelio. ¿Usted entiende que yo sea amigo de este animal?

Ramonón. ¡Como que es mentira! Vaya usté por er Cazino temprano, que es cuando paza eya. ¡Zu padre ze mete en er biyá pa no tené cuestiones!…

Aurelio. Refiriéndose a esa mujer no se pueden decir ciertas atrocidades.

Ramonón. ¡Ya zartó er romántico!

Aurelio. No, hombre; ya saltó la persona que no anda en cuatro patas. Don Miguel, le aseguro a usted que la hija de ese hombre me ha vuelto el juicio.

Don Miguel. ¡Muchacho!

Ramonón. No es la primera ni zerá la úrtima: es más enamorao que un mico.

Aurelio. Calla, borricote. He hablado con ella dos días en los que lleva aquí, y me he prendado como un tonto.

Don Miguel. ¡Muchacho!

Ramonón. Como un tonto: ér lo ha dicho.

Oye don Miguel a Aurelio con disimulada emoción de padre, y a Ramonón, con ganas de pegarle, que es claro que también disimula.

Aurelio. Lo vale, don Miguel. No es una muchacha bonita como hay tantas; es algo especial. Los ojos hablan, la boca mira, las manos ríen…

Ramonón. Usté verá que es un fenómeno: ¡to lo tiene cambiao!

Aurelio. ¿Quieres callarte?

Ramonón. Y ¿qué hacen laz orejas, que no lo has dicho?

Aurelio. Las orejas cerrarse, como dos capullos, para no escuchar groserías, y abrirse, como dos claveles, para oír todas las flores que pueden decírsele. ¡Quién fuera poeta!

Don Miguel. Tú lo eres ahora mismo. ¡Pero te veo muy encandilado, Aurelio!

Aurelio. Por algo le preguntaba yo a usted si es amigo del padre. Cuando usted la vea me dirá si no tengo razón para estar así. A mis años, hubiera usted sentido lo mismo que yo. ¡Qué preciosidad, don Miguel! ¡Qué gracia, qué salero hablando! ¡Qué ángel en toda su persona! Pues ¿y el color que tiene? ¡No le he dicho a usted nada del color! No hay palabras para describirlo: hay que verlo.

Ramonón. ¿No zerá pinturiya?

Aurelio. ¡Lo que te dé la gana!

Don Miguel. Ya tengo yo deseos de encontrarme con esa preciosidad.

Aurelio. ¡Y me dará usted la razón!

Ramonón. Farta le hace, porque la ha perdío. No es que no zea bonita; pero no hay pa zublimarze tanto como éste. Es una mujé de un peazo; pero es una mujé pa corré una juerga con eya.

Aurelio. ¡Animal!

Ramonón. Pa convidarla una madrugá a calentitos y aguardiente.

Aurelio. ¡Hombre, por Dios!

Ramonón. ¡Pa verla bañarze en la playa de Rota —¿eh, don Migué?— y atracarze de pescao ar día ziguiente!

Aurelio. ¿Qué hago, lo estrangulo?

Don Miguel. Lo que es yo, en tu lugar…

Ramonón. Y además, eza niña es de las que engordan.

Aurelio. ¿Usted oye?

Ramonón. Eza, en cuanto ze caze, ze pone hecha un baú.

Aurelio. ¡Ramonón, no sigas! ¿Ve usted, don Miguel? Este bárbaro, apenas me gusta una muchacha, empieza a decirme esas cosas por desilusionarme. ¡Y yo no lo mando a coger coquinas! ¡Y soy su amigo! ¡Y hasta tengo cierta debilidad por él!

Ramonón. ¡Por agradecimiento! Zi no hubiera zío por mí, te habrías cazao ya zeis o ziete veces. «En cuanto acabe la carrera, me cazo». Esto no ze le cae de la boca, don Migué. Y yo creo que ezo de cazarse ze ha quedao ya antiguo. Y él es er listo y yo zoy er bruto.

Don Miguel. Eso es un axioma, Ramonón.

Ramonón. ¿Un qué?

Don Miguel. El listo me ha entendido.

Ramonón. Y yo también, no crea usté que no: ¡por cauza de un arzioma me revorcaron a mí en Matemáticas!… Er tribuná me pidió que puziera un ejemplo, y yo dije: er gazpacho en verano zabe mucho mejó que en invierno. ¿Nezesita esto demostrarze? ¡Pos me dieron un zuspenzo que me vorvieron loco!

Ríen los tres.

Don Miguel. Escúchame, Aurelio: como yo hace mucho que no veo a Pepita… ¿Se parece tanto a su padre como dicen algunos?

Aurelio. ¡Vamos! ¡Qué más quisiera el padre!

Don Miguel. ¿No, verdad?

Aurelio. ¡Ni sombra, don Miguel! Ya es bastante gloria para ese hombre haberla traído al mundo —Fidias le llamo yo—; pero parecerse… ¡ni en un pelo!

Ramonón. A quien ze parece es a la madre.

Aurelio. ¿A la madre?

Don Miguel. *Turbado.* ¿Tú la conociste?

Ramonón. No, zeñó: pero cuando una criatura no ze paece a zu padre, ze paece a zu madre. ¡A arguien ze tiene que parecé! ¡Écheme usté a mí arziomas!

Aurelio. ¡No se parece a nadie, sino a ella misma! ¡Al rosal de donde ha nacido!

Ramonón. ¡Arrea!

Aurelio. Arreo. Al lado tuyo es inevitable, Ramonón.

Vuelve Matea.

Matea. Ya están zervidos los zeñores.

Don Miguel. ¡Ea! pues vamos a tomarnos esas copitas, por el deseo de cada uno.

Aurelio. ¡Hágamelo usted bueno!

Ramonón. A éste va a zé mesté amarrarlo. ¡Está como nunca! Bueno, don Migué, y zi nos ponemos pezaos, noz echa usté a la caye.

Don Miguel. No, no será preciso…

Éntranse hacia el jardín.

Matea. *Apenas se ve sola.* ¡De las cozas que me estoy enterando yo!… ¡Huy!… ¡Lo que ez esta noche, en la ventana, ze las cuento a mi Vicentiyo!

De pronto, en la puerta de la calle, óyese una voz de muchacha quejarse dolorosamente. Es Pepita, que viene acompañada de su amiga Natividad, y que acaba de sufrir un percance.

Pepita. ¡Ay!… ¡ay!…

Matea. ¿Qué ez ezo?

Pepita. ¡Ay!…

Matea. ¿Qué ha pazao?

Natividad. ¡Vaya por Dios!

Pepita. ¡Ay!…

Natividad. Levántate; no habrá sido nada.

Pepita. ¡Ay!… ¡No puedo levantarme! Ayúdame tú.

Natividad. ¡Dichosos tacones!…

Pepita. ¡Ay!… ¡Me parece que me he roto el tobillo!

Matea. ¿Eh? Pero ¿quién es? ¿Zerá la zeñora?

Corre a la calle.

Pepita. ¡Ay!… ¡ay!…

Natividad. No ha sido nada, no… El susto…

Pepita. ¡Ay!…

Natividad. Vamos a entrar aquí, que es una casa amiga.

Matea. Entre usté, zeñorita, entre usté… ¿Ze ha resbalao en las lozas? Entre usté.

Pepita. ¡Ay!…

Entran las tres en el zaguán. Pepita, cojeando, se apoya en su amiga y en Matea, y así pasan a la media casa, donde sientan a Pepita en una silla.

Natividad. Ya se te aliviará; no ha sido nada… nada…

Pepita. ¡Tú no sabes lo que me duele! ¡Jesús, qué batacazo más tonto!

Matea. Ziénteze usté aquí. ¿Ze habrá usté roto argo?

Pepita. ¡Ay!…

Natividad. ¿Están los señores?

Matea. La zeñora ha zalío, pero don Migué está ayá dentro. ¿Quié usté que lo yame?

Pepita. ¡No, no, por Dios!…

Natividad. Mujer, ¡pues ya lo creo! Vamos a explicarle este asalto a su casa.

Pepita. ¡Ay!… Lo que tú quieras.

Natividad. Llama, llama al señor.

Matea. *Desde el ventanal, a voz en cuello.* ¡Don Migué! ¡Don Migué! ¡Venga usté corriendo, que la zeñorita forastera ze ha roto una pierna en la caye!

Pepita. ¡Ave María Purísima! ¡No! ¡no!

Natividad. ¡Gracias a Dios no se ha roto nada! ¡Qué ocurrencia!

Matea. *Insistiendo.* ¡Que no ze ha roto na, pero que ze ha azustao!

Pepita. ¡Ay!… Eso, sí.

Matea. ¿Quiere usté una poquita e agua?

Pepita. Sí, sí. Tráeme un vasito.

Matea. Corriendo estoy aquí. *Vase a escape por la primera puerta.*

Pepita. ¡Ay!… ¡Ay!… ¡Ay!…

Natividad. ¡Eres una cómica, Pepita! Pero ¡qué cómica! ¡Hasta a mí misma me lo has hecho creer! ¿No te duele de veras?

Pepita. ¿Qué ha de dolerme, simple? ¿Tú sabes lo que grito yo cuando me duele de verdad siquiera una uña? Para que te convenzas. *Se levanta un momento y da un gracioso paseíto.*

Natividad. ¡Ja, ja, ja!

Pepita. *Volviendo a sentarse.* ¡Luego bailaremos en tu casa unas sevillanas! Yo te dije que hoy entraba aquí sin que me presentara nadie, y aquí estoy ya.

Natividad. Sí; pero el porqué de esta comedia no me lo descubres.

Pepita. ¡Cosas mías! *Sintiendo llegar gente.* ¡Ay!… ¡Ay!… ¡Aaaay!…

Desolado aparece Aurelio por donde se marchó y corre a ella. Inmediatamente lo siguen don Miguel de los Santos y Ramonón, que también acuden a Pepita, aunque con muy diversos sentimientos.

Aurelio. ¿Qué ha sido eso, Pepita?

Pepita. ¡Aurelio! ¿Tú aquí?

Aurelio. ¿Qué ha sido eso?

Pepita. ¡Ay!…

Natividad. Nada; no ha sido nada…

Pepita. Un resbalón, un batacazo… Me he torcido un tobillo… ¡Ay!…

Aurelio. ¿Te duele mucho?

Pepita. ¡Ay!… ¡ay!…

Don Miguel. ¿Qué? ¿Qué ha sido? ¡Pepita!

Pepita. ¡Don Miguel! ¡Dichosos los ojos!… *Le tiende una mano.* He tenido que caerme a la puerta de su casa para que usted me vea…

Don Miguel. A este precio, no hubiera yo querido…

Natividad. ¡Claro!

Pepita. ¡Ay!… ¡Ay!…

Ramonón. Pero, Pepita, ¿a quién ze le ocurre caerze? ¡Los tacones! ¡ezos zon los tacones!

Pepita. ¿Tú también aquí? ¡Digo! ¡Estando Aurelio!…

Natividad. Ha dado la infeliz una caída más tonta…

Ramonón. ¡Me hubiera gustao verla!

Pepita. ¡Animal!

Ramonón. ¿Oye usté, don Migué? ¡Me yama animá y me conoce hace cuatro

días!

Pepita. ¡Figúrese usted lo que le llamaré cuando llevemos un mes de trato! ¡Ay!

Viene Matea con el vaso de agua.

Matea. ¡El agua! ¡Aquí está el agua!

Pepita. Trae acá. ¿Ustedes gustan?

Ramonón. ¡La que gusta eres tú! ¡Y zi no que lo diga éste!

Aurelio. ¡Pero cuidado que eres ganso e inoportuno!

Pepita. Dios te lo pague, hija. *Le devuelve el vaso a Matea.*

Matea. Zervidora. *Se marcha hacia el jardín, haciendo grandes aspavientos.*

Pepita. ¡Ay!… ¡Ay!…

Don Miguel. No dejas de quejarte… ¿Habrá rotura, niña?

Pepita. No, no creo… Me dolería más…

Natividad. Dislocado el tobillo, acaso…

Aurelio. ¡Voy a ir yo por mi hermano, que es médico!

Pepita. No, Aurelio, no; no vale la pena…

Don Miguel. Quizá baste con una fricción…

Pepita. Puede…

Ramonón. ¡De arcohó de romero! ¡Yo mismo ze la doy, zi me deja!

Pepita. ¡Vamos!

Natividad. Si hiciera falta, yo se la daría.

Irrumpe en este momento en la casa, en trágica actitud, a tono con sus sentimientos de padre, asustando a todos con sus gritos, Curro Cortina.

Curro. ¡Hija! ¡Hija!

Pepita. ¡Papá!

Curro. ¿Qué me han dicho? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te has roto?

Pepita. ¡Nada absolutamente!

Curro. ¿Nada?

Pepita. ¡Nada, papaíto! ¡Mírame entera! *Se levanta y vuelve a sentarse.* ¡Ay!… No puedo moverme. Me duele mucho. ¡Ay!…

Aurelio. ¡Yo voy por mi hermano, Pepita!

Pepita. ¡No, Aurelio, no!

Aurelio. ¡Vaya si voy! ¡Ahora mismo!

Ramonón. ¡Y yo por el arcohó pa las friegas!

Se van los dos corriendo.

Pepita. Es una tontería… Una molestia inútil… ¡Ay!…

Don Miguel. No, niña, no… Es preciso que alguien te vea…

Pepita. ¿Usted cree?

Curro. ¿Tú sabes lo que a mí me habían dicho?

Pepita. Pero ¿ha corrido ya la noticia?

Natividad. ¿Qué le habían dicho a usted?

Pepita. ¿Qué te habían dicho?

Curro. ¡Que te habías roto las dos piernas y una costilla, y te habías deshecho la cara! ¡La cara! ¡Nada más!

Pepita. ¡En el nombre del Padre!

Natividad. ¿De dónde habrá salido eso?

Don Miguel. La imaginación de la gente…

Curro. Sí; pero tú calcula mi susto; hasta venir y verla sana… *Conmoviéndose.* No sabes lo que pasó por mí. Los padres somos como Dios nos ha hecho.

Don Miguel. Sí; ya, ya…

Pepita. Pues no te apures, papaíto; que gracias a Dios no estoy coja. Tú me verás bailar.

Curro. ¡Hija de mi vida!

Pepita. ¡Que no te apures!

Curro. ¿Lo ves, Miguel? Soy un padrazo.

Viene en esto de la calle, atribuladisima también, Agustina. Don Miguel, al verla, no puede reprimir un movimiento de contrariedad, de temor.

Agustina. *Todavía en el zaguán.* ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Pepita. ¿Eh?

Agustina. ¡Ya me ha dicho Aurelio! ¡Pobrecita!

Pepita. ¡Señora!

Agustina. ¡Quieta! ¡No se levante! ¿Se ha hecho usted mucho daño?

Pepita. No… sí… ¡Ay!…

Agustina. ¡Pobrecita! ¿Le duele mucho? ¡Hola, Natividad! Discúlpame.

Natividad. ¡Agustina, por Dios!

Agustina. Aurelio me ha dicho que viene en seguida con su hermano.

Pepita. ¡Ay!…

Agustina. A mí me pasó lo mismo esta primavera… ¿Te acuerdas, Miguel? En la Huerta, al entrar…

Don Miguel. Sí…

Agustina. Y no fué nada. Cuatro días de reposo. ¿Te acuerdas?

Don Miguel. Sí, sí…

Natividad. En estas cosas suele ser más el susto…

Pepita. ¡Ay!…

Agustina. Sí, sí; al principio no deja de doler… Pero pasa pronto. Eso, sí: cuatro o cinco días quietecita tendrá usted que estarse… Así descansarán los muchachos. ¡Hija mía, cómo los trae usted!

Pepita. ¿Yo? ¡Pobre de mí!

Agustina. ¡El pueblo entero está revuelto!… ¡La forasterita!… ¡la forasterita! … ¡Qué cosas se oyen! Y yo creía que exageraban… Pero ya veo que no… La vi a usted primero de lejos y ahora de cerca, y ya veo que no… ya veo que no… ¡Todo es merecido!

Pepita. Señora, no me abochorne usted… ¡Ay!…

Agustina. Es encantadora la chiquilla, Cortina… Ha tenido usted mucha suerte en su matrimonio.

Curro. ¡Je! No puedo negarlo.

Agustina. ¿Y es… hija única?

Don Miguel. ¡Única!

Curro. Sí, sí; única. Por eso la tengo tan consentidota y tan mimadilla…

Pepita. *Con explosión de amor filial.* ¡Ay, qué retebueno es mi papaíto!

Curro. ¡Hija de mi alma! *Lloriqueando.* No me digas esas cosas delante de gente, que me hago una jalea.

Don Miguel. Vaya, vaya…

Curro. Yo lo comprendo: me pongo en ridículo…

Agustina. No… ¿Por qué? ¿Dónde hay nada más respetable que un cariño así?

Natividad. ¿Se te va pasando el dolor?

Pepita. Un poquito.

Curro. Pues vamos a ir pensando en la manera de trasladarte a casa.

Natividad. Que traigan un coche.

Agustina. Pero ¿qué están ustedes diciendo? Esta niña no se mueve de aquí hasta que venga el médico y la vea y ella pueda salir por su pie.

Pepita. No…

Natividad. En casa estará bien atendida.

Agustina. No te ofendas, Natividad… ¿Quién puede dudarlo? Pero no es eso… Es que sería imprudente… Ahora, quietud, quietud completa…

Curro. Yo lo agradezco, pero comprenda usted, Agustina…

Pepita. Tiene papá razón: sería una molestia… un abuso…

Agustina. Ni hablar de eso, niña. Ya que ha tenido usted la suerte o la desgracia de caer aquí, yo he de hacer lo que debo.

Don Miguel. *Como con una soga al cuello.* ¡Claro!

Pepita. A mí me da mucha fatiga…

Agustina. En último caso, el médico decidirá. Por de pronto vamos a llevarla a usted, entre Natividad y yo, a una cama turca que tenemos ahí junto al jardín…

Pepita. Si usted se empeña… Mucho había oído hablar de su amabilidad, pero…

Agustina. Déjese de cumplidos… Ande, apóyese en mí…

Pepita. ¡Ay!…

Natividad. Agárrate bien.

Agustina. Procure usted no pesar sobre el pie lastimado.

Pepita. ¡Ay!…

Natividad. Me duele a mí, de oírla, tanto como a ella.

Agustina. Vamos: un pasito. Así… ¿Usted ve?

Pepita. Pero, ¡qué cariñosa!… ¡Qué buena!… ¡Qué amable!…

Agustina. Otro pasito. Así, así… ¿Ve usted? ¡Si es lo mío de esta primavera! …

Pepita. ¡Ay!… ¡Ay!…

Agustina. ¡Vaya por Dios!

Pepita. ¡Ay!…

Agustina. Nada, nada… No se asuste… No es nada.

Natividad. Vamos, vamos…

Pepita. ¡Ay!…

Agustina. Vamos.

Pepita. ¡Ay!…

Éntranse por la puerta que conduce al jardín. Don Miguel de los Santos y Curro se miran entonces interrogándose en silencio. Luego rompen a hablar.

Don Miguel. ¿Lo ha hecho Dios o lo ha hecho el diablo?

Curro. ¡Ni el diablo ni Dios! ¡Lo ha hecho ella!

Don Miguel. ¿Ella?

Curro. ¡Ella! ¡Ni le duele nada, ni está coja, ni ese es el camino! ¡La conozco como si fuera mi hija! ¡Lo ha hecho ella!

Don Miguel. Y ella… ¿por qué? ¿Por qué?

Y Curro no sabe qué contestarle.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo sitio que el anterior, a los ocho días. Es a media tarde.

De la calle viene María Reyes y simultáneamente sale Matea por la puerta que conduce al jardín.

Matea. ¿Quién?

María Reyes. Gente de paz. Buenas tardes.

Matea. Tenga usté buenas tardes.

María Reyes. ¿Están los señores?

Matea. Zí, zeñora. Están en er jardín. Hoy ha armorzao aquí la zeñorita forastera, y ha tenío er capricho de que ze puziera la meza en er jardín.

María Reyes. ¿Hay alguien más con ellos?

Matea. Ez zeñorito Aurelio y er zeñorito Ramonón han yegao hace un rato. A tomá café. Por más cierto que er zeñorito Ramonón ze ha tomao ya tres tazas. Zin leche y zin azúca. Esta noche no coge er zueño.

María Reyes. Bueno, pues ve y dile a don Miguel de mi parte que deseo hablarle un momentito; que aquí lo aguardo.

Matea. ¡Y yo que tengo que contarle a usté la má de cozas!…

María Reyes. Bueno, ya me las contarás. Anda a lo que te he dicho.

Matea. En zeguía. A ve qué ta me porto; porque ya zabe usté que no me fijo en las razones. *Se va.*

María Reyes se sienta, atento el oído a la puerta de la calle.

María Reyes. El viudo me venía siguiendo… ¡Vaya! ¿No entrará? ¡Sí! ¡Digo! Ya está ahí. Le gusto yo a ese hombre; le gusto.

En efecto, Curro Cortina, que ha venido siguiéndola, llega a acreditar que ella no se ha engañado.

Curro. ¡María Reyes!

María Reyes. ¡Cortina!

Curro. ¡Buen encuentro! En esta casa siempre se cae bien. ¿Cómo aquí tan sola?

María Reyes. Esperando estoy a Miguel. Vengo a pagarle los alquileres. ¿No sabía usted que es casero mío?

Curro. No.

María Reyes. Pues sí; es mi casero. Yo vivo en esa casa que llaman de los Pájaros, que es suya.

Curro. ¡Ah!

María Reyes. He querido comprársela, pero no la vende porque es un recuerdo de Agustina. Y ya ve usted, yo que tengo fincas propias en Ronda, en Jerez y en Utrera, vivo aquí de prestado, también por un recuerdo. ¡A mi Ricardito le encantaba Puebla de las Mujeres! ¡Le sentaba tan bien este clima!…

Curro. ¿Qué clima?

María Reyes. Este de Puebla; deje usted las malicias ahora.

Curro. ¡Ah!

María Reyes. Y a usted ¿qué lo trae?

Curro. Mi chiquilla. Vengo a recogerla. ¡Si Agustina me deja llevármela!

María Reyes. ¿Le ha tomado cariño?

Curro. Usted lo ve: no hay día que no se la traiga aquí un rato, con cualquier pretexto.

María Reyes. ¡Agustina es tan buena! Y luego, como no tiene hijos, y los ha echado siempre tanto de menos… Sin contar con que Pepita se da a querer en dondequiera; en todas partes.

Curro. Favor que usted le hace, María Reyes. A Sevilla debíamos habernos ido ya, porque ella tenía el capricho de un viaje de recreo; pero ahora, con esta

amistad nueva, se olvida de todo.

María Reyes. Pues, en Sevilla, por ahí se dice que había algo más que la Giralda que le llamaba la atención…

Curro. ¡Psché!… Las muchachas, siempre… Son cosas de la edad. Pero no lo quiero pensar, María Reyes: me da frío que se me la lleven tan pronto.

María Reyes. ¿Quién me lo dijo a mí? ¡Ah, sí! Felipa Luengo. Ella lo supo por Concha Puerto, a quien se lo contó en secreto Mariquita Carbón, que lo había sabido por su hermana Natividad, que es uña y carne de Pepita.

Curro. *Suspirando.* ¡Ay!

María Reyes. Suspira usted como si fuera a ser la boda mañana.

Curro. ¡Je!

María Reyes. Y no creo que vayan las cosas tan aprisa.

Curro. Pero ¿qué será que ni el amor ni el dinero pueden estar ocultos?

Vuelve Matea.

Matea. Dice la zeñora que en zeguía viene.

María Reyes. ¿La señora? ¡Si yo quería hablar con don Miguel!

Matea. ¡Ah! ¡Con don Migué! ¿Usté ve como no me fijo?

María Reyes. No importa; es igual. Vete.

Matea. *Marchándose camino del jardín.* ¿Qué haría yo pa fijarme, zeñó?

María Reyes. ¿Ustedes paran en casa de las de Carbón, no es eso?

Curro. La niña nada más. Yo paro en la fonda.

María Reyes. ¿En *Los Leones*?

Curro. Justo: en *Los Leones*. Los leones en esa fonda son los mosquitos. Mire usted cómo me han puesto la cara en ocho días.

María Reyes. Carne forastera; ya se sabe: la prefieren siempre. Y que tendrá usted quizá la sangre muy dulce.

Curro. Por lo menos del agrado de los mosquitos.

Pausa. Se miran; se sonríen.

María Reyes. ¿Qué está usted pensando?

Curro. Que en las pestañas de usted se puede tender ropa.

María Reyes. ¡Jesús! ¡Qué exagerado!

Curro. ¿Su marido de usted se moriría de gusto, verdad?

María Reyes. Calle usted, calle usted.

Curro. Yo lo conocí.

María Reyes. ¿A mi marido?

Curro. Sí; de soltero. Todavía no había echado a la Lotería, ni sabía el hombre lo que era el premio gordo.

María Reyes. Calle usted.

Curro. Lo conocí en el Puerto; en los toros. Estaba con unos amigos míos. Era morenito, aceitunoso, casi verde.

María Reyes. Sí; no tenía buen color… El hígado.

Curro. Bajito de estatura…

María Reyes. Sí; era bajito.

Curro. Muy bajito, mucho.

María Reyes. No; no tan bajito ya. Está usted señalando como si me hubiera casado con una sombrilla de moda. Además, a los hombres no se les mide por la estatura, sino por la frente.

Curro. ¿Por la frente? ¿También a los casados?

María Reyes. ¡También! No sea usted malévolo. Tiene usted mucha picardía.

Curro. ¿Encuentra usted?

María Reyes. Mucha pimienta: en las palabras y en los ojos.

Curro. ¡Y usted mucha sal en todas partes!

María Reyes. Calle usted, calle usted. Yo no he venido a esta casa hoy a oír ciertas cosas.

Curro. Donde menos se piensa…

María Reyes. Y menos de un hombre que hace dos años perdió a su mujer; a su compañera.

Curro. Es verdad.

María Reyes. Perdió a la madre de su hija.

Curro. *Después de otro suspiro.* ¡Ay! ¿A qué se parece María Reyes —usted que también ha pasado por ello—, a que se parece esa soledad en que se queda uno?

María Reyes. ¡A nada, Curro, a nada!

Curro. A nada, ¿verdad?

María Reyes. ¡A nada!

Curro. ¡A nada! Yo, porque me dejaba una hija, no me tomé un veneno y me fuí tras ella.

María Reyes. Pues yo, como no tenía a quien guardar —el Señor me perdone—, más de una vez pensé en esa locura.

Curro. ¡En esa locura! *Contemplándola.* ¡Sí que hubiera sido una locura!

María Reyes. ¿Vuelta? «¿Para qué vivo yo? —me decía—. ¡Si ya no tengo el árbol que me daba sombra!».

Curro. ¡Él arbolito!

María Reyes. Una mata que fuera, Curro: me daba sombra.

Curro. ¿Más de la que usted tiene?

María Reyes. ¡Que estoy hablando en serio, hombre!

Curro. Y yo también. Y es mucha verdad todo eso, María Reyes… Pero llega una mañana en que uno se levanta y dice: «¡Vaya! ¡Esto es un contra Dios! ¡Esto no puede ser! La vida es la vida».

María Reyes. Cabalito: así me levanté yo un día. Miré a mi Dios y dije: «Esto se acabó, corazón. Hay que vivir. ¿Verdad, Padre mío, que hay que vivir?».

Curro. ¿Cómo si hay que vivir? ¡Hay que vivir… como se pueda, pero hay que vivir! ¡Es ya mi oración cuando me levanto y cuando me acuesto! ¡Hay que vivir!

María Reyes. ¡Qué chuflón y qué gracioso es usted!

Sale Agustina, que viene del jardín.

Agustina. Pero ¿por qué no has entrado, criatura? ¡Hola, Curro! No sabía que estaba usted también.

Curro. Dios guarde a usted, señora.

María Reyes. La muchacha se ha equivocado. Yo le dije que avisara a Miguel. Vengo de inquilina.

Agustina. ¡Ah, ya!

María Reyes. No quiero que me llame tramposa.

Agustina. Pues pasa al despacho: allí lo tienes.

María Reyes. Voy allá. Adiós, Curro.

Curro. Hasta la vista, amiga mía.

Agustina. Vete luego por el jardín, que allí estamos.

María Reyes se marcha al interior de la casa, sonriéndole al descuido a Curro.

Curro. ¿Da mucha guerra mi chiquilla?

Agustina. ¿Guerra? ¡Gloria es lo que da! Me explico que esté usted como tonto con esa muñeca.

Curro. Como tonto estoy.

Agustina. ¿No querrá usted llevársela ya?

Curro. A eso venía…

Agustina. Déjela usted todavía un rato… Ahora tiene allí a Aurelio y al amigo… Vamos a no estorbarles. Siéntese usted aquí conmigo un poquito.

Curro. Como quiera usted, Agustina. (Esta señora, frente a frente y a solas, me da un poco de miedo).

Agustina. Nos trae cautivados Pepita, Curro. A mi marido tanto como a mí.

Curro. Sí… Ya…

Agustina. A veces la mira de manera que parece un novio.

Curro. ¡Je!

Agustina. Si yo fuera celosa…

Curro. ¡Qué disparate!

Agustina. No, no es disparate. En una mujer celosa cabe todo. Por fortuna mía, ni lo soy ni lo he sido nunca.

Curro. Es que Miguel es un hombre ejemplar.

Agustina. Déjese usted de hombres ejemplares. ¡Descubre una todos los días cada gazapo!… Dice mi marido que hablamos mucho las mujeres… ¡Hablamos poco todavía! ¡Si yo le contara a usted cuatro cosas, Curro!…

Curro. Pues ¿y yo a usted, lo que podría contarle?

Agustina. ¡Claro! Usted, con más motivo… Los hombres, siempre… Sin embargo, Curro, con dificultad podría usted contarme a mí nada que yo no sepa.

Curro. ¡Je!

Agustina. De gente de este pueblo, naturalmente, Pero sí le repito a usted, volviendo a los celos, que no caben en mi condición. O se cree o no se cree; o se tiene o no se tiene confianza en un hombre. Si yo la hubiera perdido alguna vez en mi marido, hubiera sido con razón y para siempre. Nada de sospechas ni de equívocos. Me habría matado el desengaño. Créalo usted.

Curro. ¿Quién piensa?…

Agustina. Nadie; no es que yo lo piense. Estamos hablando, porque ha rodado la conversación. ¿Hay nada más ridículo que los celos? ¡Mire usted que esos matrimonios que se ponen como los trapos todos los días para luego hacer las paces todas las noches! «¡Sinvergüenza! ¡Granuja! ¡Sé que tienes una querindonga! ¡Sé dónde la ves! ¡A mí no vuelvas a mirarme a la cara!». Y a las pocas horas, a comerse un bizcochito en vino entre los dos. ¡Vamos! *A un movimiento de él.* Su mujer de usted ¿era quizá celosa?

Curro. Tenía sus ramalazos… Pero como, gracias a Dios a, mí no me ha faltado nunca jarabe de pico, duraban poco las tormentas, y hemos vivido muy felices.

Agustina. ¿Era de Sevilla?

Curro. No; de la provincia: de Écija.

Agustina. ¿Murió muy joven?

Curro. Sí; muy joven. Yo le llevaba cinco años y ya me ve usted…

Agustina. Ya, ya. Está usted para conquistar todavía.

Curro. No diría yo tanto…

Agustina. Yo, sí. Y después de lo que he visto con María Reyes…

Curro. ¿Qué ha visto usted?

Agustina. ¡Lo que únicamente un ciego no hubiera visto!

Curro. ¡Je! ¡Qué buen humor!

Agustina. ¡Con qué pena se moriría su esposa, Curro! No tanto creo yo por

dejarlo a usted como por dejar a su hija.

Curro. Ciertamente. Adoraba en ella.

Agustina. ¡Hija única, además! ¿La tuvieron ustedes de recién casados?

Curro. ¡Digo! ¡Y tan recién casados! ¡No pudimos tenerla antes! Trajo sello de urgencia.

Agustina. Y después de Pepita… ¿nada?

Curro. Nada. Un desbarato. Yo esperaba un varón… y se deshizo en el camino.

Agustina. ¡Qué lástima! Vea usted una cosa que está muy mal repartida en el mundo.

Curro. ¿Qué cosa?

Agustina. ¡Los hijos, Curro! Matrimonios que los desean, como ustedes, tienen una hija, y se acabó. Otros, como nosotros, que también los hemos deseado, ninguno. En cambio, ¡cuántos matrimonios querrían no tenerlos y Dios los carga de criaturas!

Curro. ¿A usted le hubiera gustado tener hijos?

Agustina. ¡Hubiera sido mi completa felicidad! ¡Esa falta sí la deploro en mi matrimonio! ¡Las cosas que yo he hecho, los viajes, las experiencias, para ver si Dios me los daba!…

Curro. ¡Je!

Agustina. Miguel llegó a temer por mi juicio. Y yo le aseguro a usted, Curro, que cuando me convencí de que ya no venían, pasé los meses más amargos de mi existencia. No quiero acordarme. Porque hasta ofendí a Dios. ¿Qué derecho tenía yo a quejarme de nada cuando me había tocado en suerte un marido tan bueno?

Curro. ¡Claro, claro!

Agustina. Pero estaba tan desquiciada y tan loca, que recuerdo que alguna noche, durante el insomnio… llegué a pensar en este absurdo: «¡Ya podía Miguel no ser tan bueno, tan bueno… y tener por ahí alguna cosilla de contrabando!».

Curro. *Tosiendo inesperadamente.* ¡Ejem! ¡Ejem!

Agustina. ¿Qué es eso?

Curro. El tabaco. ¡Ejem! ¡Ejem! Se me agarra de una manera… ¿Decía usted?

Agustina. Nada; que llegué a pensar hasta esa locura: que mi marido tuviese por ahí… ¡Usted calcule: con mi condición…! En frío sería capaz de ahogarlo.

Curro. ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Qué cosas!… ¡Qué demonio!

Agustina. Acaba usted de hacer ahora un gesto clavado de Pepita.

Curro. ¿Sí, eh?

Agustina. ¡Clavado! ¡Qué misterio éste! ¡Cómo sacan los hijos!…

Curro. *Turbadisimo.* ¡Sí; cómo sacan!…

Agustina. La voz, los ademanes, un no sé qué en los ojos, en la sonrisa…

Curro. Sí; claro…

Agustina. Porque no es que sea Pepita una estampa de usted…

Curro. No, no…

Agustina. Pero hay momentos, hay detalles… ¿Ve usted? ¡Ahora mismo! ¡Otra cosa!

Curro. ¿Qué ha sido? ¿Qué?

Agustina. Nada concreto… nada… Un matiz… un… un… qué sé yo… ¡Señor, que no puede usted negar que es su padre!

Curro. ¡Naturalmente! Y, sin embargo, hay quien se asombra de este parecido.

Agustina. ¿Por qué?

Curro. No sé… Como ella es mujer y yo hombre… y ella es bonita y yo soy feo…

Agustina. ¡Toma! ¡Pues ahí está la gracia! ¡Ese es precisamente el misterio de los parecidos!

Curro. ¡Claro!

Agustina. La gente, por decir cosas originales… ¡Lo lógico es que la criatura se parezca a usted!

Curro. ¡Claro!

Agustina. ¡No se va a parecer a mi marido!

A Curro le da un golpe de tos mucho más fuerte que el de antes.

Curro. ¡Ejem! ¡Ejem!

Agustina. ¡Caramba! Malo está eso, Curro.

Curro. Malo, malo está. Voy a tener que dejar el tabaco.

Agustina. ¿Vamos ya otro poquito al jardín?

Curro. Vamos, vamos donde usted diga.

Agustina. ¿O prefiere usted esperar aquí a que salga la de la casa de los Pájaros?

Coreo. ¡No, Agustina, no!… ¡No juegue usted con fuego!

Agustina. ¿Yo? ¡Dios me libre!

Curro. Pues vamos, vamos al jardín.

Agustina. Vamos al jardín.

Pasa delante de él Agustina y él dice, entre sí, siguiéndola luego:

Curro. ¡Qué ratito! ¡He sudado sangre!

Salen del interior de la casa María Reyes y don Miguel.

María Reyes. Aquí lo dejé yo con Agustina.

Don Miguel. ¿Y dice usted que el hombre parece tocado?…

María Reyes. Sí, señor, sí… No mienten las señales… Las mujeres no nos equivocamos en eso.

Don Miguel. ¿Se insinúa en cierta forma?

María Reyes. Se insinúa… Unas miraditas, unas reticencias… Algún suspirillo desde el sótano… ¿Qué clase de persona es?

Don Miguel. ¡Buena persona!

María Reyes. ¿Persona delicada? ¿Tiene corazón?

Don Miguel. Hará usted lo que quiera de él.

María Reyes. ¡No, por Dios! ¡No corra usted tanto! Ahora, que nunca está de más enterarse… ¿Qué sabe Dios lo que estará escrito?

Don Miguel. ¡Dios es el único que lo sabe, María Reyes!

María Reyes. ¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad! Adiós, casero.

Don Miguel. Adiós, inquilina.

Ella va hacia el zaguán y él se vuelve al interior de la casa.

Dentro se oye la voz de Ramonón, que sale en seguida con Aurelio. Vienen del jardín.

Ramonón. ¿Adónde va usté tan corriendo?

María Reyes. ¿Eh? ¿Quién?

Ramonón. ¿Adónde va usté?

María Reyes. ¡Hola, Ramonón! ¡Hola, Aurelio!

Aurelio. ¡Hola, María Reyes!

Ramonón. ¿Ze va usté a í zin vé a Agustina? Pa er jardín va ahora mismo.

María Reyes. Me iba distraída. Pero voy a entrar a despedirme. Saldré por

el postigo.

Ramonón. No perderá usté er tiempo. ¡Y habrá quien lo agradezca!

María Reyes. *Disimulando.* ¿Quién agradezca qué?

Ramonón. ¡Vamos, no ze haga usté la tonta! ¿Uzté zabe lo bien que zabe un vazito e agua con la caló que hace?

María Reyes. ¡Qué Ramonón este! Sí hace calor hoy, sí…

Ramonón. ¡Como que ya vamos pa junio! Pero éste toavía es er caló. Luego le zigue la caló, y después los calores y las calores, que ya es abrazarze.

María Reyes. ¿Cómo, cómo? ¿Qué retahila es ésa?

Ramonón. ¡La marcha der caló en er verano! Ezo ze dice por aquí. Er caló, la caló, los calores y las calores. En er caló ze duerme con la corcha y la zábana; en la caló, con la zábana zola; en los calores, zin zábana ni na, y en las calores ze quiziera uno quitá hasta er peyejo.

María Reyes. ¡Ja, ja, ja!

Ramonón. Ya lo zabe usté: er caló, la caló, los calores y las calores.

María Reyes. Nunca lo había oído. Yo sabía que hacía más o menos calor, pero sin tantas clasificaciones. Vaya, hasta luego.

Aurelio. Adiós, María Reyes.

Ramonón. ¡Ande usté con Dios, que tiene usté hoy un coló de zandía como pa no dejá ni las pepitas!

María Reyes. ¡Jesús! *Éntrase.*

Aurelio. ¡Qué mendrugo eres!

Ramonón. ¿Mendrugo? ¡Poco que le ha gustao! Las mujeres están hartas ya der nardo y de la roza y de la parmera y de toas ezas curzilerías. Eze estilo tuyo ze ha quedao mu antiguo. Las comparaciones con cozas de comé zon las que les gustan. Y ahí tienes tú: con esta María Reyes era yo capaz de cazarme.

Aurelio. ¡Hombre! ¡Qué novedad! Y con ésta ¿por qué?

Ramonón. ¡Porque ya ze ha cazao con otro… y no ha engordao más que uña mijita! ¡Lo justo!

Aurelio. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué manía con las carnes!

Ramonón. Ca uno tiene las zuyas. Ya verás cómo ze te va a poné a ti Pepita, zi no me haces cazo. Y zi er de Zeviya te la deja.

Aurelio. ¡El de Sevilla!… ¡Y dale! ¡Si eso de Sevilla es un cuento!…

Ramonón. Ríete de cuentos. Cuando er río zuena… Quien dice er de Zeviya… dice er de aquí… que la ve a toaz horas.

Aurelio. ¿El de aquí? Ahora no te entiendo.

Ramonón. Pos mira; me vas a entendé. Esto no ze me pudre a mí en las tripas, Aurelio. *Confidencialmente.* Zomos mu diferentes de cararte, pero zomos buenos amigos. Pa ti Pepita ez una azucena y pa mí una torta de aceite o un mostachón. ¡Aum!

Aurelio. Bueno, deja ahora…

Ramonón. Pero zomos leales el uno con el otro. Y yo te lo digo a ti, Aurelio: don Miguel de los Zantos está demaziao melozo con eza niña.

Aurelio. ¡Ramonón!

Ramonón. Te lo arvierto pa que te fijes.

Aurelio. ¡Qué desatino!

Ramonón. Delante de eya no manda en zu perzona. Quiere dizimulá… y no zabe. Tartamudea, dice lo que no pienza loz ojos ze le ponen tiernos… ¡Yo lo he visto y tú también lo has visto!

Aurelio. ¡Qué manera de interpretar!… ¿En qué cabeza cabe?… Lo que le ocurre a don Miguel es que no ve más que por los ojos de Agustina, y basta que a Agustina le haya sido tan simpática Pepita para que a él también se lo sea.

Ramonón. ¡Zí, zí!…

Aurelio. ¿No?

Ramonón. ¡Zí, zí! ¡Tú ziempre en los tejaos! ¡Ni que no zupieras tú tan bien como yo que don Migué ez un punto filipino!

Aurelio. ¡Don Miguel es un caballero!

Ramonón. Aquí en Puebla, zí.

Aurelio. ¡Don Miguel es un marido intachable!

Ramonón. En Puebla. Pero zale de Puebla, que es donde le leyeron la carta de Zan Pablo, y en ca rincón tiene un compromizo.

Aurelio. ¡Vamos, Ramonón, no calumnies!

Ramonón. ¡Zí, zí; calurnias! Y que le gustan tiernecitas, como ésta. Er jamón lo deja pa las tapas.

Aurelio. Mira, vámonos a la calle, porque te voy a dar dos guantazos y no quiero dártelos aquí.

Ramonón. Ni en la caye me los das tampoco. Pero vámonos. *Llevándoselo para el zaguán.* Yo no quiero más zino que tú ozerves; que te fijes; que zé te caiga un minuto la venda. Don Migué ez un tenorio, Pepita mu ligera de cascos…

Aurelio. ¡O te callas o!…

Ramonón. A propózito: echa un ojo pa ayá… ¡Echa un ojo! *Dice esto señalando a Pepita, que viene del jardín y se entra por la puerta del interior de la casa.* Ahí la tienes. En busca zuya va.

Aurelio. *Gritando, sin poder contenerse.* ¡Pepita!

Ramonón. ¡Hombre, no zeas bruto! ¡Ahora me toca a mí yamártelo!

Pepita. *Volviendo, sorprendida.* ¿Qué es eso? ¿Todavía por aquí? ¿Me llamabas, Aurelio?

Aurelio. Sí… Te vi pasar… ¿Adónde ibas?

Pepita. A despedirme de don Miguel. Ha venido mi padre a recogerme…

Ramonón. ¡Pos de ti estábamos hablando!

Pepita. ¿De mí?

Ramonón. ¿Tú crees que éste zabe hablá de otra coza?

Pepita. Sabe hablar de muchas.

Aurelio. No le hagas caso a este melón.

Ramonón. ¿Que no me haga cazo? ¿No hablábamos de eya, quizá? ¡Me carga a mí la hipocrezía!

Pepita. Y a mí también.

Ramonón. ¡Chúpate eza! Fíjate que te etoy ganando er terreno. Vamos a vé, Pepita: un compromizo entre dos. Zi nos estuviéramos ahogando Aurelio y yo, y tú nos vieras y ze te ocurriera tirarte al agua pa zarvarnos, ¿a cuá de los dos te agarrabas primero?

Pepita. ¡A ti!

Ramonón. ¿Eh? ¡Toma argarrobas! ¡Pa que te enteres, prezumío!

Pepita. A ti; porque como yo no sé nadar, y el corcho siempre flota…

Aurelio. ¡Ja, ja, ja! ¡Toma algarrobas tú! ¡Te ha llamado alcornoque!

Ramonón. Zí; ya lo veo. ¡Pero a ti no te lo yama… y te deja ahogarte!

Aurelio. Bueno, sí; basta ya de simplezas; vete ahora.

Ramonón. ¿Qué me vaya? ¿Pos no noz íbamos los dos?

Aurelio. Pero yo decido quedarme. Quiero hablar con Pepita sin tu mosconeo.

Ramonón. Azí me gusta a mí: las cozas, claras. ¡Yo también estoy ya un poco harto de arropías y de ermelaítos! Buenas tardes, Pepita.

Pepita. Adiós, diplomático.

Ramonón. ¿Diplomático? Ten tú cuidao con éste, que ze va a í der zeguro. En la «Bodeguiya» te aguardo, Aurelio. ¡Ya me dirás zi te da calabazas!

Se marcha a la calle.

Aurelio. ¡Qué bruto es el pobre!

Pepita. ¡Y gana por horas! ¿Cómo lo aguantas tú?

Aurelio. Porque no deja de divertirme. Y porque es un buenazo: muy leal, muy francote… Yo me he llevado ya muchos chascos con otros amigos. Con éste, no; éste está sin pulir, pero es oro de ley. Le tengo bien visto el contraste. ¿Tú tienes amigos, Pepita?

Pepita. Algunos tengo. Y amigas también.

Aurelio. Ya me lo figuro.

Pepita. No; pues tengo más amigos que amigas.

Aurelio. Eso sí que es notable.

Pepita. No lo creas. Las amigas son muy difíciles. Entre amigas hay siempre celillos, piques, desconfianzas; que si Fulano viene por mí, que si viene por ti, que si tú me lo quitas…

Aurelio. Y tus amigos, ¿qué necesitan para serlo?

Pepita. Con que sean inteligentes me basta. Y me entiendo con todos. Y les doy palique donde me los encuentro. Y si están fuera, les escribo.

Aurelio. ¿Ah, sí?

Pepita. Yo soy muy comunicativa, muy charlatana, y palabra o por escrito tengo que darle salida al gas.

Aurelio. ¡Ya me gustaría a mí recibir una carta tuya!

Pepita. ¡Pues no tienes más que irte fuera!

Aurelio. ¡A ese precio!… ¡Dejar de verte!…

Pepita. Si prefieres mi vista a mi carta…

Aurelio. Prefiero las dos cosas, Pepita.

Pepita. Bueno, hombre; no te apures. Mañana te escribo una carta por el interior.

Aurelio. ¿De veras?

Pepita. Ya lo verás.

Aurelio. ¿Qué vas a decirme?

Pepita. ¡Si te lo digo ahora no te escribo! La pregunta parece de Ramonón. Ten paciencia.

Aurelio. Me interesa conocer tu estilo…

Pepita. ¿Mi estilo? ¡Te creerás que estoy junto a ti y que me estás oyendo! Hablo con la mano, ¿tú te enteras? Y bastante aprisa. Sas, sas, sas: un pliego; sas, sas, sas: otro pliego. Luego los cruzo en todas direcciones… y ya tiene entretenimiento el amigo.

Aurelio. ¡Ja, ja, ja! ¡No dejes de escribirme esa carta, Pepita!

Pepita. Yo no pienso ni lo que escribo ni lo que hablo. Me vuelco en la charla; me vuelco en el papel. El que escribe despacio o el que habla poco se ve que procede con cautela, que no quiere entregarse. Yo, no: ¡allá va eso! ¡Dios mío, si me escuchara don Miguel de los Santos, que las trae con que las mujeres hablamos mucho!

Aurelio. ¡Sí; es cierto! Tiene esa manía.

Pepita. Anteanoche me enseñó una caricatura inglesa en que un señor le preguntaba a un amigo: «¿De manera que a usted le gustan más las mujeres que hablan mucho que las otras?». Y el amigo le respondía: «¿Qué otras?». ¡Ja, ja, ja!

Aurelio. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué otras? ¡Tiene gracia! No concebía el hombre…

Pepita. Y voy a despedirme ya.

Aurelio. Escucha…

Pepita. Que me estoy entreteniendo demasiado, Aurelio.

Aurelio. ¿Te pesa?

Pepita. Ni me pesa ni deja de pesarme; es que iba antes a eso, y me he detenido por ti.

Aurelio. *Con dificultad, con esfuerzo.* ¿Don Miguel te quiere a ti mucho?

Pepita. Mucho. Me conoció de niña… Fué muy buen amigo de mi madre… No me veía hacía un siglo. Y ahora que he venido aquí casualmente, al encontrarme ya hecha una mujer… los recuerdos… las cosas…

Aurelio. ¿Le escribes también a don Miguel desde Las Canteras?

Pepita. Hasta ahora, no.

Aurelio. ¿No? ¡Qué raro!

Pepita. Nada raro, Aurelio. Don Miguel ¿cómo ha de contar entre los amigos de que hablábamos? Un señor de cierta edad ya… casado…

Aurelio. ¿Tus cartas son sólo a los solteros?

Pepita. En general… Ahora, cuando me marche a Sevilla, te escribiré a ti.

Aurelio. ¿Vas a Sevilla ahora?

Pepita. A Sevilla, a Córdoba, a Granada…

Aurelio. Pero has dicho primero a Sevilla.

Pepita. ¡Es la capital!

Aurelio. ¿Tienes allí amigos también?

Pepita. En Sevilla uno sólo.

Aurelio. ¿Uno sólo?

Pepita. Que vale por siete. Excelente muchacho.

Aurelio. Y ¿te escribe?

Pepita. Bastante.

Aurelio. Y ¿tú le contestas?

Pepita. ¡Claro! Primero, por gusto… y luego… por educación.

Aurelio. Detrás de cada amigo suele haber un enamorado, Pepita.

Pepita. Detrás y delante. No me descubres nada. Todos los amigos de una mujer están siempre un poquito picados de la tarántula.

Aurelio. ¿De la tarántula?

Pepita. ¿No te gusta el bicho? Pues sustitúyelo a tu gusto. Picados, Aurelio. Enamoradillos, envenenados… inquietos… con un no sé qué… que una sí sabe qué…

Aurelio. Sí sabe qué…

Pepita. ¡Todos, todos! La prueba es que en cuanto se les pasa esa calenturilla… enfrían la amistad. Tú estás ahora en lo más fuerte del ataque.

Aurelio. ¿Yo?

Pepita. Tú.

Aurelio. Lo mío es otra cosa.

Pepita. Eso se creen todos también.

Aurelio. Lo mío, Pepita…

Pepita. Lo tuyo déjalo estar así, que está en su punto. No te lances, Aurelio; no te despeñes. Déjalo estar. No te comprometas, no avances; no ahondes. Amigos, amigos siempre. Mira que los novios son algo absurdo, aburridísimo, insoportable para ellos y para los demás. Así, así estamos muy bien. Tú buscas, y a mí me agrada verte; tú me hablas, y yo te respondo; tú me dices flores, yo te las agradezco; tú te alegras al lado mío, yo me alegro al tuyo; tú te ríes, yo también… Pero nada de que todo eso sea una obligación; nada de: «¡Ayer no me miraste en misa!». «¡Sí te miré, pero tú no me viste porque estabas distraída mirando a otro!». ¡Nada de esto, Aurelio! ¡Novios, no! *A don Miguel, que, sombrero en mano, sale a punto del interior de la casa.* Don Miguel, me pilla usted charlando.

Don Miguel. ¡Como te dejé en el jardín! ¡Lo extraño hubiera sido encontrarte callada!

Pepita. ¿Qué otras, verdad?

Don Miguel. ¡Eso! ¿Qué otras? ¿Te ha hecho mella la caricatura?

Pepita. ¡Pues ha sido culpa de éste!

Don Miguel. ¡Lo creo!

Aurelio. Sí; yo ya me iba; salió ella…

Pepita. ¡Cabalito! Y como ya te ibas, vete ahora y hazme un favor.

Aurelio. ¿Ahora, Pepita?

Pepita. Ahora, sí.

Aurelio. *Disimulando su contrariedad.* Tú dirás qué quieres.

Pepita. Si te coge de camino, y si no te coge procura que te coja, vas a llegarte a casa y a decirle a Natividad, que me está esperando desde las tres, que iré a recogerla a las seis. ¡Tres horas de retraso! ¡Más se retrasa un tren cuando descarrila! Le voy a dar esquinazo a papá.

Aurelio. ¡Bueno!

Pepita. ¿Lo harás, precioso?

Aurelio. Ahora mismo, Pepita.

Pepita. Dios te lo pague. La propina será mi carta de mañana.

Aurelio. Gracias. Adiós, don Miguel.

Don Miguel. Adiós, muchacho.

Aurelio. Adiós, Pepita. *Vase preocupado a la calle.*

Pepita. Adiós, mensajero. ¡Qué serio se ha puesto de pronto!

Don Miguel. Es que yo no sé si tú te has dado cuenta, pero lo has echado a la calle.

Pepita. Sí me he dado cuenta; sí, señor.

Don Miguel. Y ¿cómo has hecho eso, chiquilla?

Pepita. ¡Don Miguel, porque vino a verme a la hora del café y ya va a llegar la hora del refresco!

Don Miguel. Para refresco… el que le has dado tú.

Pepita. Como el que él le dió a Ramonón hace dos minutos. El que a hierro mata…

Don Miguel. ¿No te agrada charlar con ese muchacho?

Pepita. ¿Con Aurelio? Sí, señor, que me agrada; pero también me agrada el cambio de caras frente a mí. Así se me ocurren más cosas.

Don Miguel. Aurelio es de lo más formalito de Puebla. Trabajador, inteligente, rico, delicado…

Pepita. Si él sospechase que iba usted a recomendármelo de esta manera… quizá me perdonaría lo que he hecho.

Don Miguel. Pues es verdad todo, Pepita.

Pepita. Pues ya lo sé: no hace falta insistir… Y siéntese usted aquí conmigo un ratito; no se vaya tan pronto a la calle que con usted sí que me agrada hablar.

Don Miguel. ¡Chiquilla!… ¿Más que con…?

Pepita. ¡Más que con nadie!

Don Miguel. Habrá que creerte.

Pepita. Si no fuera así, yo no tenía por qué decírselo.

Don Miguel. Esa es la verdad.

Pepita. Yo no sé qué clase de simpatía le encuentro a usted. De esas cosas que no se explican. ¿No?

Don Miguel. Sí, que no se explican…

Pepita. Que tendrán su explicación, como todo en el mundo, pero que una no se las explica. ¡Porque es que estoy tan contenta a su lado!…

Don Miguel. Suerte mía que una muchacha como tú, que me ha visto en la

vida cinco o seis veces, esté tan contenta junto a un viejo.

Pepita. ¿Y usted, cómo está junto a mí?

Don Miguel. ¡Pepita! Pregúntale a ese álamo viejo del jardín si le gusta que se le acerque al tronco un rosalillo.

Pepita. Y ¿me contestará que le gusta?

Don Miguel. ¡Pregúntaselo tú!

Pepita. ¡Digo si le gusta!… ¡Se lo estoy leyendo a usted en la cara!

Don Miguel. ¡Yo no soy aquel álamo!

Pepita. Ni yo el rosalillo; pero usted ha buscado la comparación.

Pausa. Se miran complacidos.

Don Miguel. Vamos a ver, Pepita: a propósito de preguntas. Ayer, en un instante en que también estuvimos solos…

Pepita. Me iba usted a hacer a mí una, y llegó a impedirlo… mi padre. ¿A que sí?

Don Miguel. Justamente.

Pepita. ¿Creía usted que a mí se me había escapado?

Don Miguel. No; ya veo que a ti no se te escapa nada.

Pepita. ¡Pues hágamela usted ahora, y prontito, porque puede llegar otra vez!

Don Miguel. Prométeme decirme la verdad.

Pepita. La digo siempre.

Pon Miguel. Vamos a verlo. El accidente aquel que dió ocasión a tu entrada en mi casa, ¿fué verdadero o fué fingido?

Pepita. ¿Le hace a usted falta que yo se lo declare?

Don Miguel. Sí.

Pepita. Me parece que no.

Don Miguel. Pues no.

Pepita. ¿Usted lo ve?

Don Miguel. Pero, bien; ¿por qué lo fingiste?

Pepita. Porque yo tenía mucho empeño en entrar aquí… y tenía también el presentimiento de que por las buenas no entraba.

Don Miguel. ¿Cómo por las buenas?

Pepita. Se me había metido en la cabeza —mire usted qué disparatón— que usted no quería verme a mí. Y menos en su casa.

Don Miguel. ¡Sí que es disparatón! ¿Por qué, chiquilla? ¿Qué razón ha podido llevarte…?

Pepita. Razón, ninguna. Pensando en razón habría imaginado todo lo contrario. El caso es que di en esa idea. Y como soy muy voluntariosa y muy testaruda, y en ocho días no había logrado tropezarme en ningún sitio con usted, pensé para mí: ¡pues lo que es metiéndome en su casa, sí me lo tropiezo! ¡Para algo han de servir los tobillos! Y se me torció uno en su misma puerta. ¿Se ríe usted?

Don Miguel. De tu travesura… de tu gracia… Pero ¿por qué había yo de resistirme… por qué no había yo de querer…?

Pepita. Que estamos diciendo la verdad, don Miguel de los Santos… Como usted apenas se acordaba de mí…

Don Miguel. ¿Qué no?

Pepita. ¡Y tan que no!

Don Miguel. ¿Tú de mí sí?

Pepita. ¡Huy!

Don Miguel. ¿Sí?

Pepita. ¡Huy! De tres años; de dos años y medio, tengo yo recuerdos de usted. El día que usted aparecía de pronto en mi casa, yo lo veía entrar como a un rey mago. Siempre me llevaba usted alguna cosa. Caramelos bonitos, chocolatinas, un juguete que ninguna niña tenía en Las Canteras, estampitas de santos… ¡Siempre algo que a mí me ilusionaba!… «El caballero bueno» le llamaba yo a usted. Y a mamá le gustaba oírmelo.

Don Miguel. Pero ¿cómo es posible…? ¡Qué memoria!

Pepita. Una memoria que no es sólo de la cabeza. Y oiga usted un paso. Como cuando yo nací papá estaba fuera, yo no lo conocía…

Don Miguel. ¡Claro!

Pepita. Y el día que llegó de Buenos Aires, donde andaba por sus negocios, y mamá muy alegre fué a decirme: «Pepita, ya está aquí papá; ¿no querías tú verlo? ¡Este es papá!», me entró a mí una llantina qué no me consolaba nadie. ¿Verdad que es un paso?

Don Miguel. Un paso… de comedia, sí.

Pepita. ¿Ha visto usted? ¡Y todo era acordarme del «caballero bueno», del caballero de los juguetes!

Don Miguel. Era natural, después de todo… La imaginación infantil… los primeros halagos… el despertar de la conciencia… Era natural, era natural… Llegaba un extraño para ti… mientras que el «caballero bueno» te había mimado, te había hecho regalitos… Era natural tu llantina.

Pepita. ¡Eso, eso era! Luego dejó usted de ir mucho tiempo por casa.

Don Miguel. No sé… no recuerdo.

Pepita. Y volvió usted una vez que estuve yo muy mala: por poquillo las lío.

Don Miguel. Eso sí lo recuerdo.

Pepita. Mamá se creyó que me moría. Tenía yo diez años entonces.

Don Miguel. Sí; una cosa así…

Pepita. Y una noche —estaba yo más en el otro mundo que en éste— lo vi a usted a los pies de mi cama. ¡Y me alegré más!… Yo creo que desde aquella noche

empecé a mejorarme.

Don Miguel. ¡Je!… ¿Acaso la ilusión de algún juguetillo?…

Pepita. ¡Acaso! ¡Vaya usted a saber!

Don Miguel. ¿Y ya no has vuelto a verme hasta ahora?

Pepita. Una vez más lo vi en Las Canteras.

Don Miguel. ¿Cuándo?

Pepita. Cuando fué usted a venderle a papá la casa en que vivimos.

Don Miguel. ¡Ah, sí! Sí estuve. Al año siguiente de tu enfermedad, poco más o menos. Pero no creía yo haber estado entonces en tu casa.

Pepita. Y no estuvo usted. Pero yo si lo vi. En la Plaza.

Don Miguel. ¡Ah!

Pepita. Paseaba usted con dos caballeros. Y…

Don Miguel. ¿Y qué?

Pepita. No, no; esto no se lo digo a usted.

Don Miguel. ¿Por qué no?

Pepita. Porque no; porque debo callármelo. Es una chiquillada.

Don Miguel. Pues yo quiero saberla.

Pepita. No, no. No se lo he dicho nunca ni a mi madre: ni al cura en confesión. A nadie, a nadie. Es una chiquillada.

Don Miguel. Pues me la vas a decir a mí.

Pepita. No, no, no.

Don Miguel. Sí: al «caballero bueno».

Pepita. ¡Al «caballero bueno»!. ¡Qué tonta he sido! Por hablar, por hablar.

Usted tiene razón: la sin hueso nos pierde a las mujeres. Pero, vaya, después de todo, se lo voy a decir a usted, no se piense que es algo más que una tontería. Es un cuento de vieja.

Don Miguel. A ver.

Pepita. Va usted a reírse.

Don Miguel. Mejor que mejor.

Pepita. Salía yo solita de la iglesia aquella tarde en que usted se paseaba por la Plaza, y una mendiga que me vió embobada mirándolo a usted, se me acerca y va y me pregunta: «¿Te gusta a ti ese caballero, niña?». «Sí que me gusta, sí» —le contesté—. «Pues es tu padre», fué y me dijo.

Don Miguel. ¿Cómo?

Pepita. «Es tu padre», me dijo.

Don Miguel. ¡Jesús!

Pepita. ¡Qué paparrucha! ¿No?

Don Miguel. ¡Justo! ¡Qué paparrucha! ¡No tiene otro nombre! ¡Un cuento de vieja! Decías bien. Aquella mendiga, por hablar… por hablar… ¡Lo mismo que eso pudo decirte que yo era un cura protestante!…

Pepita. ¡Lo mismo! Pero a mí me dejó de piedra. ¡Imagine usted! Y no pude pegar un ojo en toda la noche. ¡Con lo que a los chiquillos les impresiona todo! Busqué al día siguiente a la mendiga, y se la había tragado la tierra. Me dijeron que era una pobre ambulante… y eché al saco de los cuentos lo que ella me dijo.

Don Miguel. ¡No cabía otra cosa!

Pepita. ¡Claro que no!

Don Miguel. *Viendo, por el ventanal, acercarse a Curro.* Tu padre viene, niña.

Pepita. ¡Es verdad, que está ahí! ¡Se me había olvidado! No, pues ahora no quiero verlo.

Don Miguel. ¿Eh?

Pepita. ¡Que ahora no quiero verlo! ¡Como si llegara de Buenos Aires! Es otra persona desde que mamá se murió. ¡Mamá lo tenía en un zapato!

Don Miguel. ¿Sí?

Pepita. Hemos de hablar de él. Ya le he dicho antes a usted que con usted hablo más a gusto que con nadie.

Don Miguel. Y yo contigo. Hasta mañana.

Pepita. Hasta luego, mejor. Y escapo a correr, no me coja Don Miguel. ¿Quién?

Pepita. Mi… mi padre. *Lo mira con ternura diabólica y se va a la calle corriendo.*

Don Miguel. ¿Lo sabe?… ¡Lo sabe, lo sabe! ¡Toda su conducta me lo confirma! ¡Lo sabe! ¡Es un peligro que siga aquí! *Queda pensativo.*

Y sale en esto Curro Cortina, que vuelve del jardín diciendo a su ver para su capote:

Curro. ¡Lo sabe! ¡Esa mujer lo sabe!

Don Miguel. ¡Lo sabe!

Curro. ¡Lo sabe!

Don Miguel. ¿Eh?

Curro. ¿Eh?

Don Miguel. ¿Soy yo tu eco?

Curro. ¿Y yo, soy el tuyo? Agustina lo sabe.

Don Miguel. ¿El qué?

Curro. Nuestro secreto.

Don Miguel. ¡No! Quien lo sabe es la niña.

Curro. ¿La niña? ¡La niña no sabe una palabra!

Don Miguel. Te equivocas, Curro.

Curro. Te equivocas tú. Agustina me está asando a pullas.

Don Miguel. ¿Sí?

Curro. ¡Sí!

Don Miguel. Pues la niña me habla a mí de un modo… me evoca unos recuerdos…

Curro. ¿Sí?

Don Miguel. ¡Sí! Y aunque no me dijese nada, Curro, me mira con una ternura, con un cariño que se esfuerza en disimular…

Curro. ¡Pero si no te ve hace mil años! ¡No te hagas tú ilusiones tampoco!

Don Miguel. ¿Ilusiones? Sea de ello lo que quiera, es indispensable que la quites de aquí en seguida.

Curro. ¡Mañana mismo!

Don Miguel. *Con sentimiento súbito.* ¿Mañana?

Curro. ¡Mañana! Cuanto antes, mejor.

Llega de la calle, a cortarles la conversación, Felipa Luengo.

Felipa. *Todavía en el zaguán.* Santas y buenas tardes.

Don Miguel. (¡Esta chismosa ahora!…). Vámonos, Curro.

Curro. Vámonos.

Don Miguel. Buenas tardes, Felipa.

Curro. Venga usted con Dios.

Felipa. ¿A paseo, eh?

Curro. Sí; antes de que nos manden…

Don Miguel. En el jardín estará Agustina.

Felipa. A verla vengo.

Don Miguel. Pues nosotros, a nuestro tresillito.

Felipa. ¿A la botica?

Don Miguel. Sí.

Felipa. Díganle ustedes a Magdalena que su marido perdió anoche en el Casino cincuenta duros; y que a ese paso no hay drogas que basten.

Curro. Ya lo sabrá ella.

Don Miguel. Y si no lo sabe, yo no se lo digo.

Felipa. Bueno, bueno, se lo diré yo. No tengo otra cosa que hacer…

Don Miguel. Pues esa costumbre de dar malas noticias le va a costar a usted muchos disgustos.

Felipa. ¿Y los que yo doy, dónde los deja usted? ¡Salgo ganando siempre!

Don Miguel. Usted allá, Felipa.

Felipa. *A Curro, con mala intención.* Acabo de encontrármela.

Curro. ¿Cómo?

Felipa. Cada día se parece a usted más.

Curro. ¿Quién?

Felipa. ¡Su abuela! ¡Pepita, hombre! La he visto ahora mismo. ¡Qué monada! Pero ¡cómo se parece a usted! Son ustedes dos gotas.

Curro. No tanto…

Felipa. ¿No es verdad, Miguel? Digo lo que se parecen Curro y su hija.

Don Miguel. ¡Ah, sí! ¡Mucho! Hasta luego.

Felipa. Adiós; muy buenas.

Curro. Que lo pase usted bien, Felipita.

Felipa. Gracias, Currito; adiós. ¡Que gane en el juego!

Curro. Dios dirá. *Se va escapado con don Miguel, huyendo de la quema.*

Felipa. Huyen… ¡No dan la cara!… Me parece que me encuentro el terreno abonado. ¡Esta vez no te vale ni la bula de Meco, hipocritón! ¡Le abriré los ojos a esta santa! ¡Menudo tole-tole hay en Puebla! ¡Hoy estalla la bomba!

Sale oportunamente Agustina, que viene del jardín y que exclama al ver a su amiga:

Agustina. ¡Felipa! Pero ¿estabas aquí?

Felipa. Ahora mismo he llegado. Acabo de ver a tu marido y al sinvergonzón del pariente. Juntos se van a la botica.

Agustina. ¿Al sinvergonzón?

Felipa. Sí; a Curro.

Agustina. ¡Felipa! ¿Curro Cortina es un sinvergonzón?

Felipa. Mira, Agustina; se podrá discutir que Dios haya hecho el mundo, porque ahora hay mucho laico; pero ¡que Curro Cortina sea un sinvergonzón!…

Agustina. Pues ya ves tú lo que son las cosas, Felipa: yo lo tengo por un buen hombre. ¿No te sientas?

Felipa. Sí. Tú, porque juzgas por tu corazón el ajeno y no vives en este mundo; pero Curro Cortina tiene fama de eso desde antes de nacer. En Las Canteras le llamaban el *Dos de copas*.

Agustina. ¿Por qué?

Felipa. Porque siempre tenía que llevarlo otro curda desde la bodega a su casa.

Agustina. ¡Ah! ¡El *Dos de copas*! ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. ¡Qué cuentos traes siempre, Felipa! ¡Qué historias, qué chismes, qué motes!…

Felipa. Soy la voz de todos. ¡Y lo que es con tu marido las ha corrido buenas!… ¡Buenas!… ¡Eso lo sabes tú!

Agustina. Y tú sabes también, porque te lo he repetido mil veces, que soy tan feliz en mi matrimonio porque precisamente de mi marido no he sabido nunca más que lo que él ha querido contarme.

Felipa. Mal sistema.

Agustina. Malo o bueno, es el mío. Lo aprendí de mi madre. Él mismo me ha dicho —no te lo oculto— lo que le gustó en su juventud el cante flamenco, el baile, la guitarra, el vino…

Felipa. ¡Pues ése es un terrenito muy peligroso!

Agustina. Pues nunca creí que pasara Miguel ningún peligro; y si lo pasó, como él no me lo ha dicho, no me importa saberlo.

Felipa. ¿Ni siquiera por curiosidad femenina?

Agustina. Carezco de ella; bien me conoces.

Felipa. Si yo te contara…

Agustina. No me lo cuentes, porque no me importa.

Felipa. Si yo te contara…

Agustina. ¡Te repito que no! Y si te empeñas, no lo oigo. Me va muy bien así.

Felipa. De todas maneras, Agustina, las amigas hemos de servir para algo. Yo, por lo menos, no sé estarme quieta cuando alguna amiga mía anda en lenguas y yo puedo advertirla. Aquello de «todo Madrid lo sabía, todo Madrid menos él», no será en mis tiempos ni en mi círculo. Cosa que sé, cosa que se me sale. No es de hoy ni de ayer: es de siempre. Por insignificante que parezca. Ahora mismo acabo de descararme con Teresa Galván, empeñada en sostenerme a mí que no tiene más que treinta y cinco años. ¡Treinta y cinco años! ¡Y su madre tiene ya noventa y la echó al mundo de diez y ocho! ¡Saca la cuenta tú! ¿Puede una callarse?

Agustina. ¡Imposible!

Felipa. Teresa Galván nació el día que se cayó el gallo de la veleta de la Parroquia; que le dió en la cabeza al tenor que cantó el Miserere, y se hicieron la mar de chistes a cuenta del gallo y del tenor. ¿Lo estás viendo? Soy la voz de todos, y hay que oírme.

Agustina. Y yo siempre te oigo con mucho gusto. Siempre que no quieras entrar en terreno vedado.

Felipa. Pues, hija de mi alma, lo que es hoy, en ese vedado vengo a entrar.

Agustina. ¡No, Felipa!

Felipa. Sí, Agustina, sí; soy tu amiga, y entro.

Agustina. Yo soy también tu amiga, y no te dejo entrar.

Felipa. Es que cuando una esposa honrada está en ridículo…

Agustina. Calla. Recuerda —tú que tienes tan buena memoria— lo que le contestó mi madre a aquella señora que fué un día a descubrirle con mucho misterio que mi padre, a la chita callando, tenía un par… un par de distracciones. «¿Nada más?», le preguntó mi madre ingenuamente. Y luego le dijo: «Hija mía, por Dios; pero ¿usted cree que para aguantar a un hombre basta una mujer sola? ¡Hacen falta lo menos tres o cuatro!». Se fué corridísima la chismosa.

Felipa. Me has llamado chismosa ya, de bola a bola y por tabla, yo no sé las veces.

Agustina. No ha sido esa mi intención.

Felipa. ¡Qué teorías, hija, las de tu madre! ¡Se podría escribir con ellas el libro de las casadas tontas!

Agustina. Tonta o no, ella supo ignorar muchas veces, y fué muy feliz. Yo también ignoro todo lo que él me calla, y también lo soy. Me consta que en el altar mayor de su corazón no hay más que mi imagen. ¿Para qué me voy a meter en las capillitas por lo que me traigan o me lleven las beatas y los sacristanes? Más te digo: si algún día me sorprendiera yo en la debilidad de registrarle lo bolsillos a mi marido, de olfatear su ropa, creo que me moriría de vergüenza.

Felipa. ¡Oh! De todo ha de haber. Yo al mío le registro hasta las plantillas de las botas. En un zapato de charol le encontré un billete de cinco duros. ¡No, que se juega! Desde aquello de la cocinera comunista, duermo con un ojo nada más. Cuando se cansa uno de estar alerta, lo cierro y abro el otro.

Agustina. ¡Ja, ja, ja!

Felipa. ¡A mí! Y lo que no concibo es tu santa pachorra; tu calma, tu

frialdad, tu falta de dignidad de esposa: ya te lo dije.

Agustina. Por Dios, Felipa, no lo tomes en trágico. No vale la pena. Porque, después de todo, ¿qué vienes a contarme hoy? ¿Esa ridícula invención, ese chisme que corre ya de boca en boca referente a Pepita y a Miguel de los Santos?

Felipa. ¡Ése! ¡Ése!

Agustina. ¡Alabado sea Dios! ¿Que Pepita, que es una muchacha tan linda, le gusta a mi marido?

Felipa. ¡No!

Agustina. ¡Sí; si lo sé; si lo he oído sin que me lo digan! ¡Bueno! ¿Y qué? ¿Le gusta? ¡Pues me parece muy natural! ¡Sí, Felipa, sí; a mí me parece muy natural, y hasta me agrada, que a mi marido le gusten las mujeres bonitas! ¡Lo que no me agradaría sería que le gustasen las feas!

Felipa. ¡Vamos, que le gustase yo!

Agustina. En ti se me figura que no ha pensado nunca.

Felipa. ¿No soy su tipo?

Agustina. No.

Felipa. ¡Pues no creas tú que dejo de darle que pensar!

Agustina. No sé una palabra. El buen gusto se lo he perdonado siempre a Miguel. Mientras se fije en las bonitas y yo siga siendo para él lo que soy, allá cuidados. *Después de un instante de reflexión.* ¿Sabes tú lo único que yo no le perdonaría a mi marido nunca?

Felipa. ¿Qué?

Agustina. ¡Que porque yo no haya tenido la suerte de darle un hijo, él los hubiese buscado con otra mujer!

Felipa. ¡Ay!

Agustina. ¡Eso sí que nunca se lo perdonaría!

Felipa. ¡Ay!

Agustina. ¡Nunca!

Felipa. ¿No, verdad? ¡Pues prepárate a perdonárselo!

Agustina. ¿Qué dices?

Felipa. ¡Que te prepares a perdonárselo!

Agustina. ¿Por qué?

Felipa. ¿La suelto? ¿La suelto? ¿La suelto ya? ¡Sí, sí; ahora o nunca: la suelto!

Agustina. ¡Suéltala ya, mujer!

Felipa. Pues óyelo; la suelto: ¡Pepita… Pepita es hija de tu marido!

Agustina. ¡Felipa! ¿Qué hablas?

Felipa. ¡Hija de tu marido! ¡Lo que oyes!

Agustina. *Rompiendo a reír, con nervosidad irreprimible, engendrada por sentimientos diversos, encontrados, contradictorios, pero todos gratos a ella.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora sí que si no lo hubiera oído no lo creería! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gentes! ¡Qué lenguas! ¡Pobre Curro! ¡Ya me explico que le llamaras sinvergonzón! ¡Ja, ja, ja! ¿A cuántos alcanza la especiota? ¡A él, a Pepita, a su pobre madre, a Miguel, a mí!… ¡Buena redada! ¡Ja, ja, ja!

Felipa. ¡Pero, Agustina; me indigno de oírte!

Agustina. ¿Te indignas… tú?

Felipa. ¡Yo, sí! ¿Nada más que risa te da lo que te he dicho?

Agustina. ¡Nada más! ¡Ya lo ves! ¡Ja, ja, ja! Pues ¿qué otra cosa podría darme?

Felipa. Lo que le daría a cualquier mujer con sangre en las venas. ¡Lo que me daría a mí! ¡Celos, rabia, ira, ganas de coger un martillo y machacarle los sesos a Cayetano!…

Agustina. Pues a mí no me da nada de eso. ¡Líbreme el Señor! Somos muy distintas, Felipa. Pero si quieres que te oiga de otro modo, que te hable de otro modo, voy a complacerte.

Felipa. ¡Ya era hora!

Agustina. En tu casa estás; tu casa es ésta. Vuelve a ella cuantas veces quieras; pero vuelve a todo menos a lo de hoy, ni a nada parecido. Si has de venir a pretender envenenar una dicha segura, constante, labrada por Miguel y por mí a costa de mutuos sacrificios, no vuelvas más; no vuelvas.

Felipa. ¿Eh?

Agustina. ¡No vuelvas más! ¡No vuelvas a mi casa!

Felipa. ¡Eso quisieras tú! ¡He de volver hasta hacerte ver claro!

Agustina. ¡No!

Felipa. ¡Sí!

Agustina. Pero ¿es que va nadie a ser más celoso de mi dignidad y de mi ventura que yo misma? ¿Quién eres tú para infernarme? ¿Quién es el pueblo todo? *Conmoviéndose, a su pesar.* Miguel y yo… mi marido y yo… siempre, siempre… ¿lo oyes?… desde el primer día… Este cariño nuestro… este cariño mío… *La vence el sentimiento y dice entre lágrimas y sollozos.* ¡Ay, Virgen santa! ¡No puedo más!… ¡Vete, Felipa, vete! *Va a marcharse ella al interior.*

Felipa. ¡Agustina!

Agustina. ¡Déjame en paz!

Felipa. ¡Pero, oye!

Agustina. ¡Que te oiga el diablo!

Felipa. ¡Pero si es el diablo el que me ha contado todo esto!

Agustina. ¡Pues ni tú ni el diablo tenéis nada que hacer en esta casa!

Éntrase, conteniendo a duras penas el llanto.

Felipa. ¡Estalló la bomba! *Y se va a contarlo a la botica.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Cuatro días después del segundo y en el mismo lugar. Es por la tarde.

Pepita y Curro se van a marchar de Puebla de las Mujeres, para que las imaginaciones y las lenguas descansen, y han venido a despedirse de Agustina y de don Miguel de los Santos. A sabiendas de ello, las aguardan allí para conspirar contra su propósito Felipa, María Reyes y Natividad, que, con Agustina, tratan de impedirlo. Ni Pepita ni Curro desean, por su parte, marcharse tampoco; pero las circunstancias los ponen en el ineludible deber de fingir. Todas las mujeres le hablan a Curro a un mismo tiempo, aturdiéndolo. Antes de levantarse el telón se oye ya el rumor de las voces, que continúa luego hasta que Curro, gritando, logra hacerse oír. Unas y otras, en esa intervención simultánea, se expresan con palabras y frases por este orden: «Nada, nada; no hay pretextos que valgan; no se van ustedes tan pronto». «¿Es que aquí se les trata mal?». «Ni viajes ni pamemas». «En último caso, váyase usted solo y venga luego a recoger a la niña». «¡Eso, eso! Nos la deja aquí y viene dentro de unos días por ella». «No se haga usted ilusiones, que no se va». «¡La secuestramos!». «¡La secuestramos!».

Curro. *Imponiéndose.* Pero, amigas mías, ¿me dejan ustedes hablar?

Felipa. ¡No!

Agustina. ¡No!

María Reyes. ¡No!

Pepita. ¡Como lo dejen ustedes hablar los convence a todos!

Felipa. ¡Pues no lo dejamos!

Agustina. ¡No lo dejamos!

María Reyes. ¡Que se calle!

Natividad. ¡Que se vaya si quiere él!

María Reyes. ¡Tampoco es necesario eso!

Curro. ¿Me van ustedes a volver loco? ¿Tendré yo ganas de marcharme de aquí, y menos después de esta manifestación de simpatía? ¡Pero es que necesito estar mañana mismo en Granada!

Agustina. ¡Nadie se lo impide: ya le decimos que se vaya usted solo!

Natividad. ¡Claro!

Felipa. ¡Y que vuelva luego por Pepita!

Agustina. Aquí está segura; puede usted ir tranquilo.

Natividad. ¡Y no hay ya más que discutir!

Agustina. ¡Pepita se queda!

Felipa. ¡Pepita se queda!

Natividad. ¡Vaya si se queda!

Curro. *A don Miguel, que sale del interior de la casa, y se va a la calle para escurrir el bulto.* ¡Miguel, por Dios, no te marches ahora; ayúdame tú a convencerlas!

Don Miguel. ¡Ese es un empeño imposible, Curro! ¡Yo me quito de en medio!

Curro. ¡Pero si no tienen razón ninguna!

Don Miguel. ¡Pues hay que dársela! *Y se va, sonriéndoles.*

Felipa. ¿Lo oye usted? ¡Tengamos razón o no, hay que dárnosla!

Curro. Se acabó: me rindo. Hagan ustedes de mi hija y de mí lo que quieran.

María Reyes. ¡Viva! ¡Viva!

Natividad. ¡Ole, don Curro!

Agustina. Tú, Pepita, esto ya está resuelto. Vente al jardín conmigo. Y tú, María Reyes. Venid, venid todas.

Pepita. Vamos, vamos, sí. ¡Qué alegría! ¡Dios se lo pague a usted! *Se va hacia el jardín con Agustina.*

María Reyes. ¡Era una tontería marcharse tan pronto!

Curro. María Reyes, si es que se trata de un negocio importante…

María Reyes. Y ¿aquí no tiene usted ninguno? *Sigue a las otras al jardín.*

Felipa. ¡Ande usted con esa!

Matea sale del interior en este momento y le pregunta a Natividad, cuando va a marcharse tras de María Reyes.

Matea. ¿Qué? ¿Ze quea por fin la zeñorita?

Natividad. Por ahora, sí.

Matea. ¡Ole! ¡Me alegro más!… Es más zalá que las pezetas. *A Curro, al paso.* ¡Que me alegro muncho de que no ze vayan ustedes! *Y se va ella a la calle.*

Curro. ¿También ésta?

Natividad. Don Curro, a *Los Leones* a deshacer el equipaje. *Marchase al jardín.*

Curro. Sí, hija, sí; lo que quieran ustedes. *A Felipa, que lo está contemplando con sorna.* ¿Pues no se me han saltado las lágrimas, Felipa? Soy un sentimental; está visto.

Felipa. No hay más que hablar con usted dos veces para comprenderlo.

Curro. Detrás de los ojos tengo dos fuentes: nunca me falta agua.

Felipa. ¿Fresca?

Curro. Tibia. ¡Y si viera usted qué trastorno me produce aplazar el viaje a Granada!

Felipa. Pero no le faltará a usted aquí algún consuelillo. Ya ha oído usted a María Reyes.

Curro. Sí; se dejó caer…

Felipa. Eso va en buen camino, ¿verdad?

Curro. Con usted, Felipa, no valen disimulos. ¡Lo que yo no le diga a usted, usted va a inventarlo!… Me gusta, me gusta la viuda. Y a ella le caen en gracia mis cosas. Esto ya es un principio.

Felipa. Casi es un postre, Curro. Se conoce que la viudez tiene imán para la viudez.

Curro. Sí; hay una coincidencia de pena y de alivio… ¡Y que esa mujer avasalla!… Tan guapa, tan joven todavía…

Felipa. ¿Usted sabe la edad que tiene María Reyes?

Curro. La que tenga; me da lo mismo.

Felipa. Se quita cuatro años.

Curro. ¡Mejor para mí!

Felipa. Nació el año del terremoto.

Curro. ¡Era de esperar!

Felipa. ¡Para usted aquí todas son ventajas!

Curro. ¡Todas! ¡Mi suerte!

Felipa. Ella tampoco irá desnuda a la boda.

Curro. No la dejaría yo. ¡Ni el alcalde!

Felipa. Ya usted me entiende, Curro.

Curro. He querido desviarme de eso con una broma. De intereses no me hable usted a mí en este caso. Soy todo corazón.

Felipa. ¿Todo?

Curro. Todo: de arriba abajo. No lo tome usted a chufla, Felipa. En mis carnes no hay más que corazón. Ni bazo, ni hígado, ni riñones, ni estómago; corazón. A mí me pincha usted en una pantorrilla y me pincha en el corazón.

Felipa. ¡Qué fenómeno!

Curro. ¿Quién piensa en los cochinos cuartos con esta complexión tan sentimental?

Felipa. Sobre todo, a la hora de casarse. Porque con la madre de Pepita se

casó usted también por el corazón.

Curro. Ahí pronúncielo usted con letra mayúscula. ¡Un corazón así! *Conmoviéndose.* ¡Pobrecita mía!

Felipa. A rey muerto, rey puesto. La vida manda, ¿no?

Curro. Calle usted; no quiero acordarme… Calle usted.

Felipa. Ni yo quiero tampoco mortificarlo, Curro. Hablemos de otra cosa. ¿Qué fué aquello que ayer tarde le oí yo a Miguel de los Santos, cuando pasé junto a ustedes, que charlaban con mucho calor?

Curro. ¿Cuándo dice usted? No recuerdo.

Felipa. Sí, hombre; en la calle de Sal si puedes.

Curro. ¡Ah, sí! íbamos a casa de las Carbonillas.

Felipa. Me lo imaginé.

Curro. Pero no recuerdo la conversación.

Felipa. Pues Miguel le decía a usted —lo oí muy claramente—: «No, no; es regla de los montepíos. Si te casas con la viuda pierdes la pensión».

Curro. ¡Ejem! ¡Ejem! Usté lo ha soñado, Felipa. No tengo ni la menor idea de esa frase.

Felipa. ¿Ah, no? Será eso; lo habré yo soñado. ¡Qué cara más dura tiene usted, amigo!

Curro. ¡No, que la de usted es de manteca!

Felipa. *Viendo reaparecer a Matea, que vuelve de la calle y se va al interior de la casa. Curro la oye perplejo y Matea con cada ojo como un duro.* Y entonces fué —¿comprende usted, Curro?— cuando mi marido cogió la pistola que tiene en la mesilla de noche, y, enloquecido, me apuntó a la cabeza. Gracias a que el perro, el animalito, saltó sobre él y le desvió el brazo. Si no, me asesina. La bala dió en un San Antonio que tengo en mi alcoba.

Curro. *Cuando ha desaparecido Matea.* Pero ¿se ha vuelto usted loca, Felipa? ¿Qué me está usted diciendo?

Felipa. Es que esa tonta de Matea no para de pasar por aquí para enterarse de lo que hablamos. Y a mí no me da la gana de que se entere. Al que quiera saber, mentiras en él.

Curro. ¿Usted, por lo visto, quiere ser sola en eso de enterarse de lo que no le importa?

Felipa. ¡Ajajá! ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Ahí tiene usted ya a su viuda.

Curro. *Asustado.* ¿A mi viuda?

Felipa. A la viudita que se quiere casar…

Curro. ¡Ah, vamos!

Con el conde, conde de Cabra,

conde de Cabra se le dará.

Felipa. ¿Le gusta a usted el título de conde de Cabra?

Curro. ¡Ni pizca!

Felipa. Ni a mí tampoco. *Se va para el jardín.*

Curro. En efecto; ahí viene María Reyes. ¡Como que me iba a coger a mí en alta mar y desarbolado el retiro de la pensión! ¡A buena tabla te agarras, náufrago!

Sale radiante la viudita.

María Reyes. ¡Pero qué mala es esa Felipa del demonio!

Curro. ¿Te ha dicho algo?

María Reyes. ¡Me ha dicho una cosa muy fuerte! ¡Muy fuerte! ¡Me ha puesto colorada! ¡Le llaman *Siete Lenguas* aquí!…

Curro. ¡Pues le debían llamar también *Catorce Orejas*! ¡Oye hasta lo que piensa uno!

María Reyes. Dios nos libre. Escúchame, chiquillo.

Curro. ¡Ay! ¡Chiquillo!

María Reyes. ¿Qué te pasa?

Curro. ¡Que cuando me llamas chiquillo me parece como si me dijeran que hay natillas de postre!

María Reyes. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! Escúchame.

Curro. ¿Qué quieres, monumento?

María Reyes. ¿No te vas de Puebla todavía?

Curro. ¡No me voy hasta que te lleve conmigo! ¡Pero tenía que hacer la comedia! ¡Miguel de los Santos no ve el día!

María Reyes. *Maliciosamente.* Y eso, ¿por qué, Curro?

Curro. Un negocio de habas.

María Reyes. ¿De habas?

Curro. ¡De aves! ¡De uvas, mujer! ¡Se me trabucan las palabras en cuanto te miro!

María Reyes. No, Currito, no; a mí no me engañas.

Curro. ¿Engañarte yo a ti, catedral?

María Reyes. Por lo menos no eres franco conmigo. Tú me callas a mí una cosa… que ya debías decirme.

Curro. Yo no te callo más que lo que debo. Y lo que debo te lo callo, porque debo mucho. ¡Y como tú eres rica!…

María Reyes. ¡Ja, ja, ja! ¡Tienes gracia, Curro; tienes gracia!

Curro. ¡Si te la hago a ti, tengo gracia! Y si no fuera para hacértela a ti, ¿para qué la querría?

María Reyes. ¿Me vas a querer mucho, chiquillo?

Curro. ¡Ay! ¡Chiquillo otra vez! ¡Natillas con bizcochos!

María Reyes. ¿Me vas a querer mucho, Curro?

Curro. ¡Hasta que tú me digas: «basta»! Yo no tengo en el mundo, para darle mi corazón, más que a una persona: mi nena, mi Pepita. ¡Y a mi Pepita me la van a robar muy pronto! ¡Porque va a ser un robo, María Reyes! Pero yo no puedo gritar: «¡Ladrones! ¡A ése! ¡A ése!». ¡No puedo gritarlo! De manera que lejos de mi nena, mi cariño completo será para ti.

María Reyes. ¡Mira que yo necesito mucho!

Curro. ¡Pues conmigo te llevas un manantial que no se agota! ¡Un corazón de cuerpo entero!

María Reyes. ¿Vas a hacer siempre lo que yo quiera, Curro?

Curro. ¡Por las mañanas me darás en un papelito el programa de cada, día, como si fuera la lista de un comedor, y no te faltará ningún plato!

María Reyes. ¡Ole mi chiquillo!

Curro. ¡Morena!

María Reyes. ¡Curro!

Curro. ¿Qué pasa en Cádiz?

Se cogen las manos entusiasmados, y se las sueltan en seguida al ver a Pepita, que llega, y que parece haber estado esperando el momento.

Pepita. ¿Estorbo?

Curro. ¿Eh?

María Reyes. ¿Qué?

Pepita. ¿No estorbo?

María Reyes. ¡Por Dios, Pepita! Tú no estorbas nunca donde yo esté. No sé si yo estorbaré donde estés tú.

Pepita. ¡Ni muchísimo menos!

Curro. ¡Aquí no estorba nadie, esté quién esté, más que Felipa!

María Reyes. Me despedía de tu papá.

Pepita. Sí; ya he visto que se despedía.

María Reyes. Voy a casa a decir que no saquen el coche… Como ya no vamos a la estación… ¡Que me alegro de que se queden ustedes entre nosotros unos diítas más! Haremos todos porque no se aburran. Una tarde la pasaremos en una huerta que tengo yo cerca de aquí. ¡Un paraíso! En fin, me voy ya. Adiós, preciosa. Que te quiero mucho, Pepita; que te quiero mucho. Es una amistad de pocos días, pero te quiero mucho.

Pepita. Yo procuraré corresponderle.

María Reyes. Adiós, hija mía. Que si yo te quiero mucho, tú tienes que quererme más. ¿Lo oyes? Más; más.

Pepita. Se hará lo que se pueda.

María Reyes. Adiós, Curro.

Curro. Adiós, María Reyes.

María Reyes. *Aprovechando un descuido de Pepita.* Adiós, chiquillo. *Se marcha a la calle satisfecha.*

Pepita. ¿Al santo por la peana, no?

Curro. ¡Pepita!

Pepita. ¿Más claro?

Curro. Niña, ni tú puedes ser nunca peana, y menos mía, ni yo santo tampoco.

Pepita. ¿Te gusta María Reyes?

Curro. *Mirando al cielo.* ¡Ay!… Me gusta; ¿a qué negártelo?

Pepita. No mires al cielo, porque no hay ninguna necesidad. Mamá sabrá ponerse en todo.

Curro. ¿Y tú?

Pepita. ¡Yo todavía más que ella!

Curro. ¡Así lo esperaba de ti! María Reyes se llevará muy bien contigo.

Pepita. ¡Seguro! Yo no riño con nadie… ¡Y como, además, no he de vivir con ella!…

Curro. ¡Ah! ¿no?

Pepita. No.

Curro. ¿Con quién has de vivir, entonces?

Pepita. ¡Yo también tengo derecho a elegir! Vete, vete tras de María Reyes, que aún la alcanzas.

Curro. ¿Qué?

Pepita. Que aún la alcanzas, que te vayas tras ella. Irá despacito.

Curro. ¡Siempre ha de ser tu gusto!

Pepita. ¡Siempre! Hasta luego.

Curro. Hasta luego, corazón, hasta luego. *Y se marcha un tanto corrido.*

Pepita. Se casan; se casan… ¡Nadie se alegrará más que yo! ¡Me iba pesando ya mucho esta cadena! *Se sienta, abstraída.*

Del jardín viene, en esto, Agustina, quien después de observarla un momento, se le acerca.

Agustina. ¿Qué es esto, niña?

Pepita. *Como despertando.* ¿Qué?

Agustina. ¿Por qué te has venido aquí sola?

Pepita. Vine a ver a papá…

Agustina. Natividad y Felipa se han sorprendido un poco…

Pepita. Ahora volveré allí con ellas.

Agustina. Te noto algo triste.

Pepita. Y lo estoy.

Agustina. ¡Criatura! ¿Triste tú, con esa cara, con tus veinte años, con más mimos que antojos?… No ofendas a Dios. ¿O es que te ha contrariado, aunque otra cosa me hayas dicho, que te obliguemos a quedarte unos días más en Puebla?

Pepita. ¡Quite usted, por Dios! ¡Con lo que aquí se me distingue, empezando por usted misma!

Agustina. ¿Temes quizá que se disguste ese amigo predilecto que en Sevilla te aguarda?

Pepita. ¡Ca! Ese amigo no se disgusta por esto. Y si se disgustara, ya se le pasaría. Para mí, bien mirado, sería buena señal.

Agustina. Entonces, ¿qué tienes? ¿No te merezco confianza para decírmelo? Tu carita no es la de diario; no es la de siempre. *Pepita le sonríe.* Ahora, sí.

Pepita. ¿Usted cree, Agustina, que la persona que no llora un ratito por los rincones, para ella sola, se entera de que vive?

Agustina. Y ¿tú lloras por los rincones?

Pepita. Un poquito. Pero no me ve nadie. Reírme, que me vea quien quiera; otra cosa, no.

Agustina. ¿Ni quien como yo tan bien te quiere?

Pepita. *Con arranque súbito, mirándola como si quisiera penetrar en su alma.* Vamos a ver, Agustina: y usted ¿por qué me quiere a mí tanto?

Agustina. *Algo desconcertada.* Hija… porque sí… porque me has sido muy simpática… porque Miguel te conoce desde niña y te quiere mucho… por lo que de ti me cuenta tu padre… ¡Qué sé yo! ¡Porque sí!… ya te digo.

Pepita. ¡Porque sí!… A mí hay cariños que me dan miedo.

Agustina. ¿Miedo?

Pepita. ¡Miedo de perderlos! ¡Mire usted que si llegara un día en que usted, que ahora me mima tanto, no me quisiera ver ni en pintura!

Agustina. *Riéndose.* ¡Ave María!… ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué ha de llegar ese día, siendo tú quien eres?

Pepita. ¿Siendo yo quien soy? *Acongojada, de improviso, se echa a llorar.*

Agustina. ¡Pepita! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Pepita. Agustina, déjeme usted… Son nervios, niñerías…

Agustina. No, no… Algo te sucede. ¿Aurelio, quizá?…

Pepita. No…

Agustina. ¿Quizá los amores de tu padre y…?

Pepita. ¡Sí! ¡Sí, señora! ¡Eso es!

Agustina. *Dándose cuenta de la ficción.* ¡No! ¡No es eso!

Pepita. ¡Es verdad; no es eso!

Agustina. ¡Pues dime lo que sea!

Pepita. ¡Como usted no lo adivine y me lo diga a mí!…

Agustina. ¿Adivinarlo yo?…

Pepita. Estoy como la que sueña que la persiguen, que la acosan, y quiere gritar pidiendo auxilio y le falta la voz… ¡Qué angustia! Yo quiero gritar, quiero que me oigan, y me ahogo, y la voz no sale… ¿No ha soñado usted nunca así?

Agustina. He soñado y sueño, Pepita. Sé bien la angustia de ese sueño tuyo. He pasado… y paso por él. ¡Si tú supieras que yo también deseo dar un grito… y no puedo darlo! ¡Me lo pide mi corazón y se me ahoga la voz en la garganta!

Pepita. Entonces, Agustina…

Agustina. Entonces, Pepita…

Se miran, en actitud de ir a abrazarse, sin duda comprendiéndose. Pero en este momento llegan de la calle Aurelio y Ramonón, que las interrumpen, contrariándolas vivamente.

Pepita. ¿Quién viene ahora?

Agustina. ¡Este par de tontos!…

Aurelio. Agustina… Pepita…

Pepita. ¡Aurelio!

Ramonón. Buenas tardes.

Agustina. Buenas tardes.

Aurelio. ¿Qué me ha dicho tu padre? ¿Que no se van ustedes ya?

Pepita. No, no nos vamos.

Agustina. Se detienen algunos días.

Aurelio. ¡Cuánto me alegro!

Ramonón. ¡Ar revés que yo!

Pepita. ¿Tú no te alegras de que nos quedemos?

Ramonón. No zólo no me alegro zino que lo ziento en el arma.

Aurelio. ¡Siempre tan amable, como ves!

Ramonón. ¡Ni amable ni no amable! Es que estoy viendo que mientras esté aquí Pepita no van a pará las trifurcas entre nozotros. ¡Y no me hace gracia! Ahora mismo hemos tenío un agarre que pa qué. ¡Y vamos a acabá por pegarnos en zerio! ¡Y no me hace gracia!

Pepita. Ni la tiene. Pero ¿qué ha sido ahora?

Agustina. ¿Qué ha sido?

Aurelio. Nada, si se va a ver…

Ramonón. ¡Mucho, ze vea o no ze vea!

Aurelio. Cosas de esta caballería.

Ramonón. ¿Usté lo oye? ¡Cabayería! ¡Me voy cargando yo de estos calificativos! ¡Ze ha creío Aurelio que tiene más talento que er que lo inventó, y no para de inzurtarme a mí! ¡Que zi burro de noria, que zi cabayo de molino, que zi mula manchega!… ¡Hombre! ¡Basta ya! ¡No tanto; no tanto! Yo zoy er primero que comprendo que cuando discuto ze me va el aparejo a la barriga…

Aurelio. Él mismo me autoriza, como ustedes ven…

Agustina. Bueno, bueno, no vale la pena…

Ramonón. Zí lo vale, zí…

Pepita. Pero ¿por qué ha sido lo de hoy?

Ramonón. Y ¿tú lo preguntas? ¿Por qué va a zé? ¿Es que desde que tú has yegao hablamos éste y yo na más que de ti? Vas a enterarte de lo de hoy.

Aurelio. *Queriendo atajarlo.* Mira, Ramonón…

Ramonón. Miro: ¡ya ze ve que miro! ¡Pa ezo tengo loz ojoz; pa mira! Lo de hoy, Pepita —ze acabó; a mí no ze me atascan las cozas en er cuerpo—; lo de hoy, Pepita…

Aurelio. Ramonón, como digas una palabra más…

Ramonón. ¿Qué?

Aurelio. ¡Reñimos de veras!

Agustina. Vamos, vamos…

Ramonón. ¡No, zeñora, déjelo usté! ¡Zi ezo es lo que estoy yo dezeando ya: reñí con é de veras! ¡Que esté ziquiera una zemana zin hablarme, pa que vea la farta que le hago!

Aurelio. ¿Tú a mí?

Ramonón. ¡Yo a ti, pamplinozo! Zi no me tuvieras a mí ¿quién te iba a aguanta toas las curzilerías que ze te ocurren? ¡Porque tú has tenío amigos mu zabios, pero no te ha podio aguantá ninguno! Y uh día me lo dijiste: «¡Estoy ya hasta los pelos de inteletuales!». Verás tú, Pepita…

Agustina. No, no; Ramonón. Deja eso ahora.

Aurelio. Sí; más vale que lo deje.

Pepita. Está muy excitado.

Agustina. Vente al jardín conmigo.

Ramonón. Como quiera uzté. A mí tampoco me gusta echá los pies por arto en una caza ajena. ¿Y zabe usté lo que le ocurre, después de to, a este ezaborío? ¡Pos que to lo malo que le anuncio yo, le rezurta luego! ¡Y me ha tomao entre ojos!

Aurelio. ¡Eso es!

Pepita. Bueno, pues yo no quiero que por mí riñan dos amigos como ustedes. Otra vez será, pero hoy, no. Ramonón, ahora mismo vas a darle un abrazo.

Ramonón. ¿Yo, a éze?

Pepita. Sí; tú a ése.

Ramonón. ¿Un abrazo?

Pepita. Sí; un abrazo.

Ramonón. ¿Te dejas tú?

Aurelio. *Abriéndole los brazos y sonriéndole.* Sí, hombre, sí.

Ramonón. ¡Es verdá, que lo pide Pepita! *Lo abraza hasta estrujarlo.*

Aurelio. ¡Bárbaro! ¡Que me ahogas!

Ramonón. ¡Había de echá er bárbaro por delante! ¡Pero ningún inteletuá te abrazará azí nunca! *A Agustina.* ¿Ve usté? ¡Ya estoy yo contento! Vámonos pa er jardín.

Agustina. Vámonos.

Sale Natividad oportunamente. Al verla, Ramonón le dice al marcharse, a modo de piropo: ***Ramonón****. ¡Ole los bizcochos de abujerito!*

Natividad. ¡Ramonón, que me has asustado!

Ramonón. ¡Ja, ja, ja!

Agustina. Anda para el jardín, tabardillo. *Se va con él.*

Natividad. Oye, Pepita.

Pepita. ¿Qué quieres?

Natividad. No te alarmes, Aurelio, que en seguida me voy.

Aurelio. ¿He dicho yo palabra?

Natividad. Con los ojos me has querido comer. Voy a llegarme a casa, Pepita, a decirle a mamá que no te marchas por ahora.

Pepita. ¡Ya se lo habrá dicho medio pueblo!

Natividad. No; las buenas noticias no corren tanto como las malas. ¿Te espero allí?

Pepita. Sí; espérame. Dentro de diez minutos.

Natividad. ¿De diez minutos y está aquí éste? ¡Vamos! Ya serán las ocho de la noche.

Pepita. ¿A que no?

Natividad. ¿A que sí? ¿Verdad que sí, Aurelio?

Aurelio. No sé.

Natividad. Yo sí; ésta goza dando plantones. No puede remediarlo. Ni a misa llega nunca a tiempo. Quiere oír la de ocho y oye la de diez. Quiere oír la de diez y oye la de doce. Tiene que comprar alguna cosa y sale cuando cierran las tiendas. Hasta luego.

Pepita. Adiós, mujer. ¡Vaya un cartelito que me dejas!

Natividad. Adiós, Aurelio. ¿He sido discreta, verdad?

Aurelio. Siempre.

Natividad. Adiós. *Se va a la calle.*

Pausa. Aurelio, turbado, no acierta a hablar. Pepita lo observa con temor y esperanza.

Pepita. ¿Estás disgustado de veras, Aurelio?

Aurelio. ¿No me ves?

Pepita. ¿Por causa mía?

Aurelio. Por causa de todos, pero a cuenta tuya. Y ese Ramonón es tan… tan bueno, tan ingenuo, tan burdo, que hiere, que lastima sin enterarse. Hay cosas que se pueden pensar, pero que no se pueden oír. Por poco andamos a bofetadas.

Pepita. ¿Y todo a mi cuenta? ¡Pues casi me arrepiento ya de quedarme!

Aurelio. ¡No, Pepita, no! ¡Eso no! Así, yo, siquiera te veo. Y, además, resuelvo lo que quiero antes de que te vayas.

Pepita. ¿Lo que quieres?

Aurelio. Hubiera sentido mucho que te marcharas sin hablarte de ello. Pepita…

Pepita. ¿Qué? Habla ya; no vaciles. No me tengas miedo; yo no soy Ramonón.

Aurelio. *Sonriéndole.* No, no eres Ramonón… pero miedo… sí que me lo das.

Pepita. ¡Aurelio! Pues ¿qué temes de mí?

Aurelio. Si tú me quieres, nada.

Pepita. ¿Sí yo te quiero?

Aurelio. Sí, Pepita; no me conformo con ser tu amigo. ¡Te quiero! ¿Tú a mí no?

Pepita. No lo sé todavía.

Aurelio. ¿No lo sabes?

Pepita. No; no lo sé. Yo no quiero así tan de pronto, Aurelio. Quiero más despacito. Esto que me ha pasado en Puebla, de llegar y que todo el mundo me

coma a besos y me traiga y me lleve como cosa propia, a mí me inquieta mucho. Querer es muy grave, muy hondo; y querer una mujer a un hombre… ¡figúrate tú!

Aurelio. ¿Cómo?

Pepita. ¡Figúrate tú! Te repito que no sé, no sé todavía…

Aurelio. Pero, si no me quieres aún, ¿crees que me querrás más adelante, Pepita?

Pepita. ¡Eso ha de depender de tantas cosas!…

Aurelio. ¿De tantas?

Pepita. ¡De tantas!… Por ahora conténtate con saber esto: yo quiero… que me quieras tú.

Aurelio. ¡Ah! Pues te quiero ante todo y por cima de todo. ¡Como seas, te quiero; como eres, te quiero! Y porque así te quiero, padezco cuando hablan de ti, sin saber lo que dicen, sin pensarlo, sin sospechar que puede llegar a tus oídos.

Pepita. Pero, oye, Aurelio, no me asustes: ¿qué dicen?

Aurelio. Nada, Pepita; ¿cómo he de referirte yo?… En los pueblos, las hablillas, las murmuraciones, no hallan dique que las contenga: en la vida un poco quieta, un poco parada que llevan estas gentes, cualquier accidente extraordinario es una sacudida que todos aprovechan para salir de su marasmo, de su inacción. Y ¿te parece poco accidente la llegada de una encantadora muchacha como tú, alrededor de la cual flota una leyenda de misterio? ¿Quién es capaz de contener las imaginaciones ni las lenguas? Sólo puede lograr esto, definitivamente, una verdad clara, indiscutible, y esa verdad, Pepita, por suerte para mí, es este cariño que has sabido inspirarme.

Pepita. ¿Ves tú? Ahora ya te quiero un poquitito más… Y no han pasado ni dos minutos.

Aurelio. ¡Un poquitito más!… Yo me atengo, desde luego, a lo que me has dicho. Quieres que yo te quiera.

Pepita. Lo quiero, sí. Vanidad de muchacha engreída, simpatía por ti, por tus delicadezas, por tus palabras… ¡Vete tú a averiguarlo! ¡Quiero que me quieras, Aurelio!

Aurelio. Pues mírame y responde, Pepita: ¿me permites que le hable a tu padre de este cariño?

Pepita. *Con emoción.* ¿A mi padre?

Aurelio. A tu padre, sí; ya sabes quien, yo soy.

Pepita. Háblale cuando quieras. ¡Lo que siento es que no puedas hablarle a mi madre también!

Aurelio. Y yo contigo. Gracias, Pepita. Buscaré a tu padre y le hablaré.

Llega don Miguel de la calle en este momento.

Don Miguel. ¡Hola, pareja! Buenas tardes.

Aurelio. ¡Don Miguel!

Pepita se turba hondamente. Mira a Aurelio y mira a don Miguel.

Don Miguel. Siempre juntos… Esto va a acabar yo no sé cómo…

Aurelio. Yo sí.

Don Miguel. ¿Me marcho, entonces?

Aurelio. ¡No!

Pepita. *Con resolución instantánea.* Al contrario; llega usted muy a tiempo. *Aurelio la mira interrogándole. Ella, con emoción suprema, sin reflexionar, sin medir el alcance de sus palabras, continúa así:* Éste quiere hablar con usted.

Don Miguel. ¿Conmigo? ¿De qué? ¿De quién?

Pepita. Él se lo dirá… Ahora la que se marcha soy yo. ¡Ahí se quedan ustedes!

Y echa a correr hacia el jardín.

Don Miguel. *A Aurelio.* No alcanzo… No me explico… ¿Qué lleva Pepita? ¿Qué quieres tú conmigo, Aurelio?

Aurelio. *Cortado, ante la máscara de don Miguel.* Yo, don Miguel… A mí me

cuesta una violencia… Acaso yo no tenga derecho…

Don Miguel. Conmigo, a todo; te consta cuánto te estimo yo.

Aurelio. Sí, pero… Pepita y yo hablábamos… de lo que usted ha supuesto al llegar y encontrarnos juntos. Le decía yo que deseaba hablarle a su padre de mi cariño…

Don Miguel. ¿A su padre?

Aurelio. Sí.

Don Miguel. Bien, bien… Me parece bien. ¿Es mi consejo lo que querías? Pues… me parece bien. Busca a su padre y dile…

Aurelio. ¿Me aconseja usted que lo busque?

Don Miguel. Sí…

Aurelio. Y ¿dónde podré hallarlo, usted sabe?

Don Miguel. Tú verás…

Llega Agustina del jardín.

Agustina. Miguel; Aurelio…

Aurelio. ¿Qué?

Agustina. ¿Qué tiene Pepita?

Aurelio. ¿Pepita?

Agustina. Sí. Me ha encontrado ahí dentro, se me ha abrazado y ha roto a llorar. ¿Qué tiene?

Don Miguel. Yo llego ahora mismo; no sé…

Aurelio. ¡Yo sí!

Agustina. Pues corre a consolarla.

Aurelio. ¡Sí, señora! *Y se va al jardín resueltamente.*

Marido y mujer se contemplan entonces en silencio, con gravedad llena de reciprocas interrogaciones.

Agustina. ¿De veras no sabes tú lo que tiene Pepita?

Don Miguel. De veras… ¡Si he llegado en este momento!…

Agustina. Pero… ¿piensas que lo que tiene es cosa de este momento?

Don Miguel. No sé… ¿Y tú, lo sabes?

Agustina. Si no lo sabes tú, yo tampoco.

Pon Miguel. Como tú estás con ella más tiempo que yo, como la observas más…

Agustina. No es seguro que yo la observe más que tú… Tú también la observas, Miguel; bien te he visto.

Don Miguel. Sí, es verdad… Es una niña que se da a querer… y ¡se ha quedado tan sola con su padre!… A lo mejor todo lo que tiene es que Curro no ve con gusto este noviazgo.

Agustina. ¿Curro?

Don Miguel. Curro, sí.

Agustina. ¿Puede desagradarle Aurelio a Curro para su hija?…

Don Miguel. ¡Qué sé yo! ¡Es una hipótesis que se me ha ocurrido!…

Agustina. Si fuera Pepita hija tuya, ¿a ti te desagradaría?

Don Miguel. ¿A mí? Creo que no… Tengo muy buen concepto de Aurelio.

Agustina. Y… ¿nunca se lo has dicho a Curro? Porque yo creo que eso bastaría… si eso fuera todo. Curro no hace más que lo que tú quieras.

Don Miguel. No siempre.

Agustina. Por lo menos en lo que pueda importarle a Pepita.

Don Miguel. ¿Qué me quieres decir?

Agustina. Decirte yo, nada; lo que espero y deseo es lo que digas tú.

Don Miguel. Agustina…

Agustina. *Tras una mirada de estupor.* ¡Hasta cuándo, Dios mío, va a callar este hombre!

Don Miguel. ¿Qué dices? No te entiendo…

Agustina. ¡Llevas veinte años sin entenderme!

Don Miguel. ¿Eh?

Agustina. ¡Sin entenderme en esto, Miguel!

Don Miguel. ¿En qué, Agustina?

Agustina. ¡En esto, Miguel! ¡Qué mal me has juzgado! ¡Qué mal me conoces! ¿Es posible qué me sigas ofendiendo con tu silencio? ¿Hasta cuándo, Miguel, hasta cuándo? ¿O es que han llegado ya las cosas a un punto que te abochorna haber callado toda la vida, y es esa vergüenza la que ahora no te deja hablar? Pues si es así, Miguel, no vaciles: habla; habla, que yo sé perdonártelo todo: ¡hasta eso! Habla: dime… lo que ya sé. ¡Pero habla!

Don Miguel. Y… si ya lo sabes… ¿a qué he de decírtelo yo?

Agustina. Porque si no lo oigo de tu boca, lo seguiré ignorando. La norma mía para contigo ha sido siempre no saber de ti sino lo que tú me dijeras. Por eso hemos podido vivir felices. ¡Qué bien te has hallado a mi lado! ¿verdad? ¡Qué cómodamente! ¿Y habrás sido capaz de creer que yo era una ciega, una tonta, una simple? Pues no he sido ni seguiré siendo más que una mujer muy habladora —como todas, a tu juicio—, que ha tenido la abnegación y el arte de callar. ¡Una mujer que calla más que habla! ¡Como muchas mujeres!

Don Miguel. Eres una santa, Agustina.

Agustina. ¡No; por María Santísima! ¡Me falta mucho para llegar a los altares! Pero del teje maneje de algunos pecadores, sobre todo si me tocan de cerca, sé lo suficiente.

Don Miguel. Y… ¿desde cuándo sabes…?

Agustina. ¿Qué? ¿Te cuesta violencia preguntármelo? Pues nada, no te libro

de ella; has de pasarla. Algo hay que sufrir alguna vez.

Don Miguel. Bien. ¿Desde cuándo sabes… que Pepita es mi hija?

Agustina. ¿Qué Pepita es tu hija?

Don Miguel. Sí.

Agustina. Pero ¿es tu hija Pepita?

Don Miguel. *Desconcertado un punto.* Pero… ¿no aseguras que lo sabes?

Agustina. ¡Ah! ¿Luego no era una invención, una calumnia femenina, creada sólo para atormentarte, por el torpe vicio de hablar por hablar? ¿No era eso, Miguel?

Don Miguel. No me tortures con tus ironías, Agustina, si me has de perdonar. ¿Desde cuándo lo sabes?

Agustina. Lo supe horas después de nacer la criatura.

Don Miguel. ¿Es posible?

Agustina. ¿Te asombra? Una mujer vino a decírmelo.

Don Miguel. Y ¿cómo has podido callar y disimular tantos años?

Agustina. Los mismos que tú. Cuando él no me lo confiesa —pensaba—, no debe de querer que yo me entere.

Don Miguel. Temí, la verdad —lo temí siempre, y ésta ha sido la única razón de mi silencio—, destruir la paz que había entre nosotros. Al fin y al cabo, yo te había ofendido. Una flaqueza, una debilidad… una historia antigua… una cadena que yo creía rota y que no lo estaba…

Agustina. Todo eso es así; pero lo único que me ha ofendido de veras ha sido tu obstinado silencio, tu increíble disimulo. ¿Cómo no has visto, en tanto tiempo, las lágrimas detrás de mis ojos? ¡Lo que lloraron cuando nació esa niña! ¡Y tú, sin enterarte! Y todo era buscar pretextos inocentes para ir a verla con frecuencia. Esto, al principio. ¡Hasta que se te ocurrió la triste idea de buscarle un padre postizo! ¡Qué vergüenza! Entonces sí que estuve yo tentada de hablar.

Don Miguel. Y ¿por qué no hablaste?

Agustina. ¡Porque callabas tú! Y así, un día tras otro, mientras tú me juzgabas dichosa, y resignada con mi pena de no tener hijos tuyos, he seguido incesantemente la vida de esa niña… a la que quiero más que tú.

Don Miguel. ¿Qué?

Agustina. ¡Más que tú! ¡La quiero más que tú! ¡Ha dormido su sombra entre los dos tantos años, Miguel, tantos años!… ¡Y mientras tú la temías, yo la deseaba!

Don Miguel. Agustina…

Agustina. Y ahora tú querías que se fuese de Puebla, por cobardía, por temor a no sé qué escándalo, por miedo pueril a lo que hablan las mujeres; y soy yo quien hace que se quede aquí con nosotros, ¡para que hablen más!

Don Miguel. ¿Estás resuelta?

Agustina. ¿Cómo no he de estarlo, Miguel? ¿Es que, muerta su madre, se puede dejar a esa niña —mucho menos después de conocerla— en poder de ese vividor de Curro Cortina? ¿Tú tienes valor para eso, Miguel?

Don Miguel. De mi valor no hables. He sido el hombre más ciego y más cobarde del mundo. ¡Pero era perderte lo que me daba miedo! Si esto me disculpa a tus ojos, absuélveme ya. Y Pepita es desde este instante más hija tuya que lo es mía; lo que tú quieras, Agustina, se ha de hacer. ¿Ella conoce?…

Agustina. Como yo. Y como yo… ha sabido callar. ¡Y eso que también es muy charlatana! ¡Pero callamos más que hablamos todas las mujeres!

Don Miguel. ¿Ella te ha dicho…?

Agustina. Ni palabra. Pero sé que lo sabe. Me han bastado unos días a su lado para comprenderlo. ¡Y tú, en veinte años de vida conmigo, no te has enterado hasta ahora de que lo sabía yo!

Sale Pepita, dispuesta a marcharse.

Pepita. Una que se va.

Agustina. ¡Pepita!

Pepita. ¿Qué?

Agustina. Abraza a mi marido.

Pepita. ¡Señora!

Agustina. Abrázalo; quiero yo que lo abraces.

Pepita. Mire usted que dicen por ahí malas lenguas que me hace el amor.

Agustina. Que lo digan; yo no soy celosa. Abrázalo.

Don Miguel. *Recibiéndola en sus brazos paternalmente.* ¡Pepita!

Agustina. ¡Así!

Don Miguel. ¡Esta es la verdad! ¡Ya podemos decírsela a todos!

Agustina. No hay más verdad en este mundo que la verdad de los corazones.

Pepita. Si son como el suyo, Agustina.

Pon Miguel. ¡Es que si no son como el suyo, no son corazones!

Agustina. ¡Pepita!

La atrae hacia si y la besa muy conmovida.

Asoma entonces Felipa a la puerta que conduce al jardín y exclama con graciosa ironía:

Felipa. ¡Jajay! ¡Lo que hablan las mujeres…!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, agosto, 1932.

LA PÍCARA VIDA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Avenida** el 30 de noviembre de 1932

A CARLOS ARNICHES,

fértil ingenio, creador en nuestros

días de la tragedia grotesca y sainetero

de caudalosa gracia, en recuerdo

de las amarguras y alegrías compartidas

con él a lo largo de nuestra vida

de escritores.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Cristeta. Josefina Díaz de Artigas. Salomé la Bonita. Josefina Tapias. Mari-Tere. Julia Pachelo. La Garatusa. Amparo Astort. Tonina. Julia Tejera. Señora Luz. Carmen Pomés. Nemesia. Concepción Campos. Lydia. Amelia de la Torre. La Hija de. Carmen Reyes. Claudio Ginés. Manuel Collado. Jacinto Lozoyuela. Manuel Díaz González. Guzmán el Bueno. Luis Manrique. Don Marciano Arévalo. Pedro F. Cuenca. Carrasco. Ricardo Juste. Señor Simón. Alfonso R. Candel. Emilio Francisco. José Pidal. Un Bibliófilo. Delfín Jerez. Un Caballero. Luis Latorre. Una Cocinera. Ana Santa María. Un Chiquillo. Consuelito Morales.

LA PÍCARA VIDA

ACTO PRIMERO

Rinconada pintoresca y graciosa del madrileño barrio de las Musas, en el que vivieron Cervantes, Lope, Quevedo y Moratín. En un chaflán, hacia el foro y hacia la derecha del actor, modestísima librería con pobre escaparate y un puestecillo portátil a la puerta, en el que luce un cartelito que dice: «Todo a 15 céntimos». A la izquierda, una tabernilla. Ante ella, una pequeña mesa y tres banquetas. Al foro, una casa cuyo piso primero se alquila.

Salidas por el primer término de la derecha y por el segundo de la izquierda.

Mañana de otoño. El sol alegra y templa la rinconada.

Carrasco el librero, madrileño castizo, sentado junto a su puestecillo, lee en un periódico las noticias del día. La señora Luz, portera de la casa del foro, y costilla del señor Simón, sale a la puerta, de mal aire.

Señora Luz. ¡Maldita sea la!… Pero ¿dónde se habrá metido ese hombre? ¡Qué tío berzotas! ¡Nunca que me hace falta está a mano! *Mira impaciente a un lado y otro.* ¡Maldita sea la!… Señor Carrasco.

Carrasco. ¡Hola, señora Luz! Buenos días.

Señora Luz. Buenos serán pa usté. ¿Ha visto usté por un casual al bragazas de mi marido?

Carrasco. Hace un rato le vi salir, sí, señora. Volver no le he visto.

Señora Luz. ¡Rediez, qué demonio de vago! ¡Lo que se pasea por Madrí!… ¿Y a eso le llaman un obrero parao? ¡Qué risa! *Va a entrarse en la casa.*

Por la izquierda sale un Caballero y la detiene.

Caballero. ¡Portera! ¿Es usted la portera?

Señora Luz. Sí, señor. ¿No lo está usté viendo?

Caballero. ¿Qué piso se alquila?

Señora Luz. ¡El primero! ¿No lo está usté viendo también? ¿Hay más que mirar los papeles?

Carrasco. *Comentando, entre sí.* Hoy los papeles, antes los albaranes.

Caballero. ¿Cuánto renta?

Señora Luz. ¡Ni dos reales!

Caballero. ¿Cómo ni dos reales?

Señora Luz. ¡Porque lleva dos años vacío, señor! ¡Paece usté bobo!

Caballero. ¡Oiga, oiga! Menos faltar, portera. ¿Qué piden por él?

Señora Luz. Doscientas pesetas mensuales. ¡Que las va a pagar el héroe de Cascorro!

Caballero. ¿Por qué?

Señora Luz. ¡Porque no vale ni setenta y cinco! ¡Pero el amo es un cabezota! …

Caballero. ¿Puede verse?

Señora Luz. Puede subirse; ¡lo que es verse!… ¡Como no lleve usté cerillas o encendedor!… ¡Más oscuro es que un cine! A estas horas, en los pasillos, hay que andar a tientas.

Caballero. ¿No tendrá baño, por supuesto?

Señora Luz. ¡Baño va a tener! ¡Vamos, hombre! ¡Lo que tiene es un motorista en el patio y una señorita con gramófono en el tercero! ¡Na más que eso tiene! ¡Una ganga! ¡Pa mudarse a él con los ojos cerraos! Porque, además, igual da abrirlos. ¡Una ganga pa un príncipe! *Le vuelve la espalda al Caballero y se entra en sus dominios.*

El Caballero, que ha ido de asombro en asombro al oírla, se dirige entonces a Carrasco, deseando comentar el lance.

Caballero. Se explica que el cuarto no se alquile, porque esta portera es una ametralladora. ¡Bien lo defiende! ¿Cómo tolera el dueño?…

Carrasco. ¿Qué?

Caballero. ¿Cómo el dueño de la casa no echa de la portería a esta mujer?

Carrasco. ¡Porque no se atreve!

Caballero. ¿Que no se atreve?

Carrasco. ¿Con la señora Luz? ¡Ni él ni los guardias de Asalto! ¡Está sindicada con la Casa de Fieras!

Caballero. ¡Ya, ya!

Carrasco. Y el secreto de todo es que ella explota el piso en provecho suyo, alquilándolo para dormir. ¿Usté se hace cargo?

Caballero. ¡Vaya! ¡Qué abuso! *Se pone a mirar los libros del puestecillo.*

Carrasco. Todo a quince céntimos, señor. La cultura al alcance de cualquier bolsillo. Novelas, viajes, teatro, historia, ciencia, economía… Todo a quince céntimos. El tranvía es más caro. *Al señor Simón, que aparece por la derecha.* Señor Simón, no entre usté ahora en su casa.

Señor Simón. ¿Eh?

Carrasco. Digo, si no quiere usté ver lo que nunca ha visto: ¡el Arco Iris en una portería!

Señor Simón. ¿El Arco Iris?

Carrasco. A la señora Luz… descompuesta. ¡Metáforas!

Señor Simón. ¡Metafórico! Ese Arco Iris, señor Carrasco, le tengo yo delante de los ojos a todas horas, que llueva, que truene, que haga sol. Y usté que es tan leído, dígame: las nuevas dotrinas por que se va a regir el mundo, ¿mandan que tos los hombres sean iguales?

Carrasco. Sí, señor.

Señor Simón. ¿Y toas las mujeres?

Carrasco. ¡Iguales también!

Señor Simón. ¿Iguales a la mía? ¡Pues ha hecho la Humanidá las diez de últimas! En fin, ahora me alegro de no tener hijos varones: el sexo débil se presenta grave pa lo por venir. Y qué, ¿se ha puesto mi señora por las nubes porque me he tardao un poco?

Carrasco. Justamente.

Señor Simón. Es ciega: no razona. Calcule usté que he tenido que ir na menos que a la calle del Colmillo…

Carrasco. Hoy de Pérez Galdós.

Señor Simón. Y a la de la Princesa…

Carrasco. Hoy de Blasco Ibáñez.

Señor Simón. Y a la plaza de Isabel II…

Carrasco. Hoy de Fermín Galán.

Señor Simón. Y últimamente a la calle de la Colegiata.

Carrasco. En lo antiguo de la Compañía, después de San Isidro, más tarde del Burro, luego de Padilla, actualmente de la Colegiata… y mañana… ¡vaya usté a saber!

Señor Simón. Según eso, la gloria callejera es un mito. Y usté, señor Carrasco, un callejero histórico.

Carrasco. Ilustro al que no sabe.

Señor Simón. ¡Vaya! Me voy a la taberna a matar el tercer gusanillo.

Carrasco. ¿El tercero?

Señor Simón. Sí, señor: tengo tres. Yo los mato toas las mañanas y ellos resucitan al día siguiente. *Se mete en la taberna.*

Caballero. *A Carrasco.* ¿Este es el marido de esa portera?

Carrasco. El mismo.

Caballero. ¡Pobre hombre! *Pagándole un libro que ha cogido.* Tome usted: me

llevo este *Tratado de la bilis.*

Carrasco. Gracias.

Caballero. Quede usted con Dios. *Y se marcha por la derecha.*

Carrasco. Que usté lo pase bien, caballero.

Cruza una Cocinera con la cesta al brazo, de la derecha hacia la izquierda, por donde se va, después de cambiar unas palabras con el librero.

Cocinera. ¿Qué hora es, señor Carrasco; que se me ha parao mi reló de pulsera?

Carrasco. Las diez y media, poco más.

Cocinera. ¡Atiza! Voy a tener que entrar riñéndole a la señora pa no perder la casa.

Un momento después salen por la izquierda Claudio Ginés y Guzmán el Bueno, pícaro literario el uno y el otro su espolique.

Guzmán. *Deteniendo un instante a su admirado amigo.* Repara, Claudio. *Le muestra un magnífico melocotón.*

Claudio. ¿Qué?

Guzmán. Un melocotón. De la cesta de esa ilustre fregona. Me tienta la fruta. *Se la guarda.*

Claudio. ¡Bravo! Ya tenemos postre. Vamos por el almuerzo. *Se acercan a la librería.* ¡Salud, Sansón Carrasco!

Carrasco. Carrasco, sin Sansón. Soy bachiller, pero no de tantas campanillas.

Claudio. Yo te lo he dicho por molestarte, como librero que eres. A mí me carga el bachiller que venció a Don Quijote.

Carrasco. Bien; ¿qué queréis del puesto?

Claudio. Un libro cualquiera. Pero intonso.

Guzmán. ¿Intonso? Intenso, dirás.

Claudio. ¡Intonso! ¡Sin abrir, ignorante!

Guzmán. ¡Lo que sabes, Claudio Ginés!

Carrasco. ¿Prosa o versos?

Claudio. Lo mismo me da. ¿Se distingue hoy lo uno de lo otro?

Carrasco. A ver si éste te sirve. Versos.

Claudio. *Tomando el libro.* Mejor que mejor. ¿Cómo se titula? *Leyendo la cubierta.* «Insomnios dormidos».

Guzmán. ¡Ole su madre!

Claudio. «Rimas fatales, por Isaac B. Sánchez Mirador». Idiota primero. Te lo debo, Felipe.

Carrasco. No, no, no; si te lo llevas, me lo pagas. Ya sabes que yo no le fío a nadie. Vivo al día.

Claudio. ¡Toma! ¡Y yo al día… siguiente! Pero no tolero humillaciones. Págale, esclavo.

Guzmán. *Obedeciéndolo.* Tome usted, hombre, tome usted; que no va a subir ni a bajar la peseta por quince céntimos cochinos.

Carrasco. ¡Pues por eso los cobro yo, porque sé que no se alteran los cambios! *Sigue leyendo su periódico.*

Claudio. Que te aproveche. *Se va con Guzmán hacia la taberna.* Al fin, librero; hijuela de editor. Vampiros todos, que chupan la sangre de los vivos.

Carrasco. De los *vivos* como tú no chupamos nada.

Guzmán. ¡Queda terminado el incidente!

Guzmán y Claudio se sientan a la mesa de la taberna.

Claudio. Vamos a ver: léeme una de estas rimas fatales, al azar. A ver qué vistas tiene este Mirador.

Guzmán. *Leyendo.*

«Marea baja».

Claudio. A ver…

Guzmán.

«Alma seca vaporiza emanaciones hipersensuales…».

Claudio. ¿Has leído bien?

Guzmán. Sí; eso dice.

«Alma seca vaporiza emanaciones hipersensuales…».

Claudio. Continúa.

Guzmán.

«Cangrejos roqueros —suciedad y miseria— trepan arañosos.

Espuma lunera, rastro impotente, algas jironizadas, gimen…

Es bajamar.

Callar, callar…

Pulgas de mar».

Claudio. ¡No hay más que hablar! *Levantándose indignado.* ¡Se creyó el vanidoso de Gutenberg que hacía un beneficio a la cultura cuando inventó la Imprenta! ¡Y se imprime eso!

Guzmán. ¡Y está la cárcel llena de infelices!

Claudio. Nos vengaremos en la dedicatoria. ¡Qué ajeno está el autor a que le vamos a sacar un duro a su libro!

Guzmán. ¿A quién se lo vas a mandar?

Claudio. A Gómez Rodaballo.

Guzmán. ¿Otra vez? Le tenemos muy castigado a ése.

Claudio. No importa: es amnésico. No se acuerda ni del nombre que lleva. Y además lo emborracha la adulación. ¡Como a todos los necios! Escribe.

Guzmán. *Disponiendo su estilográfica.* ¿Qué letra hago?

Claudio. De poeta que se educó con los frailes y luego huyó de la casa paterna con una bailarina.

Guzmán. ¡Soberbio!

Claudio. ¡Cómo creo caracteres, Guzmán! Soy un gran dramaturgo.

Guzmán. ¡Y cómo te los interpreto yo de pendolista!

Claudio. Escribe. «Al excelentísimo señor don Froilán Gómez Rodaballo, el gran magnífico, cerebro doble, doble corazón e hidalguía doble».

Guzmán. *Mientras escribe.* ¡El seis doble!

Claudio. «Hundido en éxtasis admirativo y contrito, y con cordialidad subrayada. El autor».

Guzmán. ¡Toma canela! No se quejará de ti el poetastro.

Claudio. ¡Hombre, más clara está la dedicatoria que sus versos! ¡A ver esa rúbrica!

Guzmán. Vas a quedarte bizco. *Mostrándole luego lo hecho.* ¡Mira qué letrita! Y mira qué rúbrica, ya que me has retado. ¡Dime si este hombre no se ha educado con los frailes y no ha huido después de su casa!

Claudio. Te agigantas por días, Guzmán. ¡Es una maravilla grafológica! ¿Qué precio tiene el libro?

Guzmán. Cuatro pesetas.

Claudio. ¡Lástima que no marque diez! En fin, a ver si ese fantasmón te da las cinco.

Guzmán. Casi las palpo ya. Y eso que el portero de la casa tiene patillas y me odia, y siempre me pone inconvenientes. Pero ya me conoces tú. Le doy cuatro

golpecitos en el hombro, le acaricio los botones de la librea… le pido un cigarrillo… y lo ablando al postre. Hasta ahora. ¿Me aguardas aquí?

Claudio. *Por el tabernero.* ¡Si no me echa Gervasio!

Guzmán. ¿Gervasio? ¡Deslúmbralo con cuatro frases! ¡Bueno eres tú! Hasta ahora. *Se va por la derecha.*

Claudio. *Desperezándose.* ¡Ay!… El otoño sería la estación característica de la pereza, si no existiesen el verano, la primavera y el invierno. ¡Ay!… *Saca del bolsillo unas cuartillas, como si se decidiera a trabajar.* Veamos qué tal va esto. *Lee un poco para sí.* ¡Soberano, Claudio, soberano! ¡Tienes más talento que Dios! *Lee otro poco.* Pero no es este el momento preciso para continuar. Debo almorzar primero.

Sale de la taberna el señor Simón, y lo saluda.

Señor Simón. ¡Hola! Buenos días, perdis.

Claudio. Dios te guarde, San Simón, mártir.

Señor Simón. Desde que no duermes en mi *hotel*, casi que no te vemos el pelo.

Claudio. Eso os perdéis todos; pero dos reales por un jergón de crin vegetal, con más bultos que el mostrador de una estación, no vuelve a darlos el hijo de mi padre.

Señor Simón. Está bien, hombre. ¿Dónde duermes ahora?

Claudio. En lecho de plumas.

Señor Simón. ¿De plumas, eh? Y ¿escribes con alguna de ellas?

Claudio. Yo escribo con lápiz.

Señor Simón. ¡Si escribieras, fuese con lo que fuese, sería menos malo! De aquí a otro momento. Pásalo como puedas.

Claudio. ¡El diablo que te lleve!

Señor Simón. *A Carrasco, que ahora pasea delante del puesto, al tiempo de entrar en su casa.* ¡Qué pena de chico! ¡Con un talentazo que no le cabe en la cabeza, y tan

golfo!

La señora Luz, que sale con un lío de ropa, le da un empellón cuando él va a entrar y se despide con estas cariñosas palabras: ***Señora Luz****. ¡Vamos, hombre! ¿Pareciste ya? ¡Valiente cuajo! ¿No sabes que hoy tengo que ir al río? ¿No sabes que haces falta en la portería pa defender el piso primero, ladrón? ¡No te doy en la calabaza con la ropa, porque el lío no está duro! ¡Rediez, qué ganas tengo del tercer marido! Se va hecha una furia por la derecha.*

Señor Simón. *Reflexivo.* ¿Toas iguales a ésta?… ¡Bueno! ¡Que se fijen los legisladores en lo que hacen! *Éntrase.*

Por la izquierda viene Salomé la Bonita, madrileña agraciada, digna del sobrenombre que lleva. Pasa sin ver a Claudio Ginés, el cual la reconoce y exclama: ***Claudio****. ¡Las hay que cada día pisan con más garbo!*

Salomé. *Volviendo la cabeza al oirlo.* ¿Eh?

Claudio. ¡Vaya con Dios Salomé la Bonita!

Salomé. ¡Calamidá! ¿Tú aquí?

Claudio. Yo aquí.

Salomé. ¿Qué haces?

Claudio. Esperando a Guzmán el Bueno.

Salomé. ¡Infeliz! ¿Te aguanta todavía?

Claudio. ¿Quién, ése? ¡Hasta la tumba! Y besa sus cadenas. Le subyuga mi ingenio. ¿Adónde vas tú?

Salomé. Al estudio de un pintor que me está copiando.

Claudio. ¿Desnuda?

Salomé. Casi: en traje de playa. Tú quizás le conozcas a él. Vive ahí, en la calle de Santa María.

Claudio. ¿Y en esa calle pinta un cuadro de mar? ¡Ya hace falta imaginación! Según eso, ¿eres modelo ahora?

Salomé. Les saco renta a las hechuras.

Claudio. Porque se puede, ¿no?

Salomé. Y porque me deja mi novio.

Claudio. ¿No es exigente?

Salomé. ¡Qué va! Es un chico comisionista, que me tiene muy bien. Ya ves cómo voy. Me quiere mucho, y no le importa que me copien… si el pintor es viejo.

Claudio. ¡Ya!

Sale por la derecha un Bibliófilo. Se acerca al puesto de los libros y empieza a examinarlos uno por uno detenidamente. Carrasco, seguro de que queda aquello bien guardado, se sonríe y se entra en el local.

Salomé. ¿Y tú, tan perdis como el año pasao?

Claudio. Con un año más… de aprendizaje.

Salomé. Pero, Claudio Ginés, ¿por qué no sientas ya la cabeza? ¡Con lo que tú vales! ¡Si podías ser el amo del mundo!

Claudio. ¿El amo del mundo? ¿Y quién te ha dicho a ti que yo quiero esa porquería?

Salomé. ¡Tus salidas de siempre! Pero así no medrarás nunca. Decídete alguna vez a trabajar en serio: agradécele a Dios la chispa que te puso en la chola.

Claudio. Ya se ve que estás con un hombre práctico.

Salomé. Oye; me dijeron que habías entrao en la redación de un periódico. ¿Es verdá?

Claudio. Sí; pero no estuve más de cinco días.

Salomé. ¿Y eso?

Claudio. Porque al cuarto —que es honrar padre y madre— me di cuenta de que el director quería que yo tuviera menos talento que él; y ¡eso era imposible!

Salomé. Lo de siempre.

Claudio. Sí; lo de siempre, chica. Yo no he de remediarlo. Escribí un artículo muy valiente, muy original, lleno de arrogancia —¡un artículo macho!—, y me dijo que no me lo publicaba.

Salomé. ¿Por qué?

Claudio. ¡Por envidia rastrera! Yo lo miré de arriba abajo, le llamé antropopiteco y le volví la espalda. Él, por lo pronto, se echó a reír, porque no sabía lo que era antropopiteco; pero al día siguiente lo vió en el Diccionario de la. Academia y me plantó en la calle.

Salomé. ¿A la cuenta es algún insulto?

Claudio. De mí para él, no. El antropopiteco es un mamífero que algunos creen que es el animal que precedió al hombre. ¡Un elogio, casi, para aquel director!

Salomé. ¿Igual que en el periódico te sucedió en la Casa editora?

Claudio. Igual. Yo no me someto a ningún cretino. Ni a nadie. Soy libre como el águila.

Salomé. ¿Caudal?

Claudio. Sin caudal, pero libre. Con alas… y garras, y pico.

Salomé. Dime, Ginés, ¿y la Mari-Tere?

Claudio. ¡Ah! ¡Mi *Lirio Chulo*!…

Salomé. ¿Terminaste con ella?

Claudio. ¡Sí! ¡Por lo mismo! ¡Porque quería también someterme, esclavizarme, anularme a fuerza de besos! ¡Que no, chica, que no! ¡Mi libertad es intangible! ¡Ni la doy ni la vendo! ¡El espacio infinito es mío!

Salomé. ¿Entonces vives solo?

Claudio. Sin ligaduras; pero solo, no.

Salomé. ¿A que va a ser verdá que vives con la *Garatusa*?

Claudio. Con ella vivo.

Salomé. ¡Con una echadora de cartas… vieja y loca! ¿Adónde has ido a rodar, Claudio Ginés? ¡Tú te mereces otra cosa, hombre de Dios!

Claudio. Pero, oye, oye, oye; ¿qué te piensas? ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! La *Garatusa*, admiradora mía, me protege y me da un cuartucho para dormir; pero con entera pureza. ¡Al menos por mi parte!

Salomé. Chico, me alegro; porque el gusto es lo último que debe perderse. A mí, la verdá, se me resistía mucho creerlo.

Claudio. Y yo te agradezco la resistencia. Vive tranquila. A la *Garatusa* estoy estudiándola para una novela que, cuando la publique, ¡mal año para el propio Balzac!

Salomé. Eso sí: humos en la cabeza no te faltan.

Claudio. Ni sustancia gris.

Salomé. Pero nunca harás cosa de provecho.

Claudio. También es posible.

Salomé. En fin, adiós; que mi pintor me aguarda. Me alegro haberte visto.

Claudio. Y yo a ti, diosa.

Salomé. Un poco menos, ¿no?

Claudio. ¡O un poco más! ¡También entre las diosas hay reputaciones usurpadas!

Salomé. Bueno, que te alivies.

Claudio. Anda con Dios, pimpollo.

Salomé. (¡Me da una lástima este chico!…). *Se va por la derecha.*

Claudio. ¡Siempre veo con gusto a esta verbena!… ¡Qué brisas me trae!… ¡La Mari-Tere… mi *Lirio Chulo*!… ¡Ay!

Éntrase melancólicamente en la taberna.

Pasa de un lado a otro un Chiquillo, dependiente de una tienda de comestibles, con

una cesta al hombro, silbando una música popular.

Poco después aparece por la derecha Cristeta, gentil señorita, de aspecto original y atractivo. Se dirige a la librería.

Cristeta. *Saludando al librero, que está en el interior.* Buenos días. Carrasco.

Carrasco. *Asomándose.* Buenos días, señorita Cristeta. Mucho madruga usté.

Cristeta. Al que madruga… Estoy en la calle desde las ocho.

Carrasco. ¡Digo! ¡Y yo abro la tienda a las nueve!

Cristeta. ¿Antes de las nueve nadie compra libros?

Carrasco. Ni después de las nueve tampoco. En estos tiempos…

Cristeta. ¿Ni en el barrio de las Musas, Carrasco?

Carrasco. ¡De las Musas! Ríase usté. Eso era en lo antiguo. Bien me lo advirtió mi mujer con un chiste, cuando tuve el empeño de establecerme aquí. ¡Ya te lo dirán de Musas! me dijo.

Cristeta. ¡Ja, ja, ja!

Carrasco. Si todos fueran como usté…

Cristeta. ¿Encontró usted mi encargo?

Carrasco. Sí, señorita; ahí está. No tenía noticia de ese libro: *La miseria en el mundo.*

Cristeta. Esa traducción española es reciente. Pero el libro, de actualidad eterna.

El Bibliófilo entra en la librería.

Carrasco. ¿Usté conoce a este señor?

Cristeta. Cabalmente iba yo a preguntarle por él. Lo he encontrado ya aquí dos o tres veces, mirándolo todo y sin decir una palabra. ¿Es mudo?

Carrasco. No lo sé. Como parroquiano es una lotería.

Cristeta. ¿No compra un libro?

Carrasco. Pero en cambio los palpa todos. Aquí y ahí dentro.

Cristeta. Y usted ¿no le pregunta quién es?

Carrasco. ¡El primer día que me compre algo! Antes, no me decido.

Cristeta. A mí estos tipos aislados, solitarios, me interesan mucho, me atraen. Yo puedo pasar indiferente ante una multitud; pero como vea una persona sola, ensimismada, me llama la atención; la sigo. ¿Cómo será la casa de ese hombre? ¿Tendrá gato, perro, mujer, cuñada?… ¿Cómo serán los cuadros? ¿Y las cortinas?

Carrasco. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué señorita ésta! Voy por su encargo. *Éntrase en el establecimiento y vuelve en seguida con un libro. Mientras tanto, Cristeta curiosea en el puestecillo.* Aquí lo tiene usté.

Cristeta. Este es, sí. *La miseria en el mundo.* Lo he leído en inglés, pero con mucho esfuerzo. ¿Qué le debo, Carrasco?

Carrasco. Tres pesetas marca.

Cristeta. Tome cinco por el servicio.

Carrasco. Gracias, señorita. Da gusto ver a una persona como usté, rica, independiente, que lo tiene todo en la vida…

Cristeta. ¡Todo no, Carrasco!

Carrasco. ¡Todo lo que puede necesitarse y halagar en el mundo! Da gusto ver cómo se interesa por los que nada tienen.

Cristeta. ¡Por lo mismo, acaso!

Carrasco. Pero lo corriente no es eso, señorita.

Cristeta. No es eso, no; lo reconozco: somos un poquito bichos raros en la Humanidad los que queremos más a los demás que a nosotros mismos.

Carrasco. ¡Qué distintas lecturas las de su señor padre de usté y las de usté! …

Cristeta. ¡Ah, mi padre! También es distinta la edad. Él se encierra en sus clásicos y no sale de ellos ni a tres tirones. Dice que los clásicos le serenan el alma. Y yo lo que quiero son libros que me la remuevan; de exaltación, de rebeldía. Un alma en perpetua quietud, en remanso, es estéril.

Carrasco. Ya, ya sé yo de sus andanzas cristianas, señorita. Pero, si vale mi consejo, ándese con cuidado. En Madrí hay mucha hampa, mucho pillaje, y usté se mete en todos los rincones sin reparar… El mejor día…

Cristeta. Mire usted, Carrasco; para sermones de prudencia, con los de mi padre tengo bastante.

Carrasco. Discúlpeme usté.

Cristeta. De nada. La intención siempre la agradezco.

Carrasco. *Mirando hacia la izquierda.* Fíjese usté ahora disimuladamente en aquella muchacha que viene allí.

Cristeta. ¿Quién es?

Carrasco. La hija de…

Cristeta. ¿El gran escritor?

Carrasco. Sí. Usté verá.

Se aparta entonces de la librería para salir al encuentro de la Hija de… que llega con un libro. Tímida y pudorosamente se lo entrega a Carrasco, el cual le da a cambio algunas monedas. La escena, por lo que se ve, acaso es frecuente.

Hija de… *Al librero, sin voz apenas.* Muchas gracias. *Y se aleja por donde vino.*

Carrasco. *Enseñándole a Cristeta el volumen comprado.* Entérese usté, señorita.

Cristeta. ¡Qué dolor!… Pero ¿ese hombre no vende?…

Carrasco. Vende… así.

Cristeta. ¡Qué dolor! ¡Qué tristeza! ¡Qué vergüenza, también! Y la pobre criatura pasa por la pena de venir y…

Carrasco. Ahora, casi a diario.

Cristeta. ¡Pícara vida!

Carrasco. Voy a ver si ese señor se arranca por fin hoy. ¡Se me da bueno el día!… *Éntrase en la tienda.*

Cristeta. Adiós, Carrasco.

Cristeta abre el libro adquirido por ella y se abstrae leyendo una página.

Claudio Ginés sale a la puerta de la taberna, la mira, y con la rapidez del rayo concibe un plan de ataque.

Claudio. *Después de vagar en torno a Cristeta, como temeroso de abordarla. Sombrero en mano, con voz turbada y lacrimosa y gesto de angustia.* Señorita… Señorita…

Cristeta. ¿Eh?

Claudio. Perdón por la audacia. Usted no me conoce…

Cristeta. No, señor; no caigo…

Claudio. No, si no me conoce usted. Yo a usted tampoco. Pero la he visto… la he visto… y Dios me ha dicho al oído que me acerque a usted. Perdón de nuevo.

Cristeta. ¿Qué le ocurre?

Claudio. Ahora mismo yo no soy un hombre: soy una encarnación del Dolor.

Cristeta. ¿Del Dolor? Pues ¿qué tiene?

Claudio. Desposado desde mi adolescencia con la Pena, no sabía que contase con tantos instrumentos de tortura. Un hijo mío…

Cristeta. ¿Qué?

Claudio. Un hijo mío…

Cristeta. ¿Enfermo, quizá?

Claudio. No, señorita: ¡muerto!

Cristeta. ¿Muerto?

Claudio. Este amanecer. ¡Esa negra luz me trajo la aurora, que para todos es rosada!

Cristeta. ¡Pobre! ¿Era pequeñito?

Claudio. ¡Tres años!

Cristeta. ¡Jesús!

Claudio. ¡Y un prodigio de inteligencia! Como yo.

Cristeta. ¿Eh?

Claudio. No sé lo que me digo… El dolor me trastorna… ¡Y no tengo para el entierro de ese pedazo de mi alma y de mis carnes! ¡Y he de implorar! ¡He de pordiosear! Los ojos de usted son de buena, de comprensiva… Usted me ayudará ciertamente. La Providencia la ha puesto a mi paso. Usted me ayudará. ¿Verdad que usted me ayudará? ¡No me diga usted que no, señorita!

Cristeta. No, no…

Claudio. ¡Cuatro tablas para guardarlo entre ellas… y una mísera losa en la sepultura!… ¡Que no se pierdan entre los anónimos sus despojos queridos! *Le acomete una fuerte congoja.*

Cristeta. Vamos, vamos; serénese usted…

Claudio. Algunos amigos, compadecidos, me ayudan… Pero son pocos… No me basta…

Cristeta. Bien, bien; pues no en vano, como usted pensaba, ha dado conmigo…

Claudio. ¿Qué oigo, señorita? ¡Dios la bendiga a usted!

Cristeta. *Dándole un billete.* Tome.

Claudio. ¡Hay Dios! ¡Hay Dios! *Le besa las manos en silencio.*

Cristeta. ¿De qué se ocupa usted? ¿En qué trabaja? ¿Qué es usted?

Claudio. Escritor… por mi desventura. En España, ser escritor…

Cristeta. ¿Escritor? ¿Cómo se llama usted?

Claudio. Soy todavía desconocido, señorita. Claudio Ginés, me llamo.

Cristeta. Sí; no me suena…

Claudio. He publicado poco aún. ¡Pero espero ser famoso algún día! Ahora, un editor que sabe de mi ingenio me va a imprimir un par de novelas.

Cristeta. ¡Vamos! ¿Ve usted? Dios aprieta…

Claudio. ¡Aprieta más el editor que Dios! Pero no me importa, señorita. Yo le juro a usted, rodilla en tierra, que el primer dinero que cojan mis manos, será para restituirle a mi bienhechora lo que acaba de darme.

Cristeta. Levántese, por Dios, y no piense en eso.

Claudio. Sería yo un miserable, señorita. Esta es deuda sagrada. Usted no necesita decirme quién es ni dónde vive. ¡Yo la buscaré! ¡Seguro estoy de dar con su casa!

Cristeta. ¿Tiene usted más hijos?

Claudio. Dos o tres más tengo. ¡Ángeles de mi vida!

Cristeta. ¿Y esposa?

Claudio. ¡Compañera de mis infortunios! ¡No sé si fué suerte o fué desgracia para ella topar conmigo!

Cristeta. Bien, adiós… Procure serenarse.

Claudio. ¡Otra vez imploro su perdón!

Cristeta. No insista en eso. *Y se va por la izquierda secándose las lágrimas.* Me ha conmovido la desventura de este hombre. ¡Pícara vida!

Guzmán reaparece, cruzándose con Cristeta al salir. A la cuenta lo ha visto todo. Cuando Cristeta se halla lejos, corre a Claudio y lo abraza entusiasmadísimo.

Guzmán. ¡Bravo! ¡Pistonudo! ¡Eres grande, Claudio; eres grande!

Claudio. Lo soy, chico. Actor y autor, como Moliére. ¡Una de mis mejores páginas!

Guzmán. He oído algo. Y como te conozco… ¿El hijo muerto, eh?

Claudio. El hijo muerto, sí. ¡Pero mejor que nunca! ¡La he hecho llorar!

Guzmán. Y… ¿cuánto?

Claudio. Mira.

Guzmán. ¿Un *Velázquez*?

Claudio. ¡Con *Las Lanzas* detrás! ¡*Las Lanzas*, que se van a volver cañas ahora mismo! ¡Cañas de cerveza!

Guzmán. Y un almuerzo opíparo en el acto.

Claudio. ¿Y tú, que traes? ¿Cayó el farolón?

Guzmán. No; porque había salido. ¡Caerá mañana! Pero no vengo de vacío: date cuenta. *Le muestra dos plátanos.* ¿Qué tal?

Claudio. ¿Dos plátanos?

Guzmán. Aumento del postre. ¡La fruta me avasalla!

Claudio. ¿De otra cocinera?

Guzmán. No; de la frutería de Paco el apóstol. ¡Todo es de todos! ¿No?

Claudio. Pues anda y encárgale a Gervasio el almuerzo.

Guzmán. ¡Y que va a ser de obispo! Queda a mi elección el *menú*.

Claudio. La minuta.

Guzmán. Perdona, académico.

Sale el Bibliófilo de la librería y vuelve a detenerse en el puesto. Carrasco, a la puerta de su establecimiento, lo observa.

Claudio. Oye.

Guzmán. ¿Qué?

Claudio. ¿Es aquel que viene allí Jacinto Lozoyuela?

Guzmán. Sí; él es.

Claudio. ¡Mi madre, qué elegancia!

Guzmán. ¡Siempre le dió el naipe por ahí! ¡Con guantes!… ¡Es un lila; un desertor; cursi! *Éntrase en la taberna.*

Bibliófilo. *A Carrasco, tomando un volumen del montón.* ¿Qué vale este libro?

Carrasco. Quince céntimos nada más; como todos esos.

Bibliófilo. ¡Ah! No me había fijado en el cartelito. *Hojea el tomo con cierta curiosidad y luego lo suelta.* Adiós; buenos días.

Carrasco. Vaya usté con Dios. Hasta mañana si Dios quiere.

El Bibliófilo se aleja por la izquierda. Por la derecha aparece el mencionado Jacinto Lozoyuela, guapo mozo, muy pagado de sus prendas personales y elegantemente vestido.

Claudio. ¡Petronio!

Jacinto. ¡Sinvergüenza! ¿Qué haces aquí?

Claudio. Buscarme honradamente la vida.

Jacinto. ¿Honradamente?

Claudio. Desde luego más honradamente que tú.

Jacinto. ¿Qué sabes? Desde que no nos vemos soy otro.

Claudio. Por fuera.

Jacinto. Por algo ha de empezarse, Claudio. Tengo un destinito.

Claudio. ¿Sí, eh? ¿Y vas a la oficina?

Jacinto. No; pero lo tengo. El jefe me tapa las faltas. De alguna manera hay que principiar a regenerarse y a ser persona.

Claudio. ¡Claro! ¡No yendo a la oficina!

Jacinto. Eso es accidental. Yo quiero ser persona, Claudio. Y tú debieras pretenderlo también. Los dos hemos nacido en pañales decentes…

Claudio. ¡Ay, sí! Te veo muy currutaco. ¿Quién te viste?

Jacinto. Con estas hechuras, ¿crees que puede faltarme a mí eso? Cada cual explota lo que tiene. Tú tienes ingenio y vives de él; yo no lo tengo. Pero tengo buena figura, y este es mi capital. ¡El harapo no, Ginesillo, el harapo, no! ¡Nunca más el harapo! Prefiero la tripa vacía. ¡La buena ropa abre tantas puertas cerradas! … Y que ¡bien está ya de bohemia! Un año, dos, tres, de picardía, de salto de mata, de sablazos, de risa y de miseria, pasen; pero eso ¡como norma de vida!… ¡No, por mi abuela! ¡No! La vida es más larga de lo que parece y hay que pasarla bien.

Claudio. Y ¿crees tú por ventura que yo la paso mal? ¡No me cambio por nadie! ¡Y por ti mucho menos!

Jacinto. Ya te cansarás. Hay que ser persona, te repito. Persona decente. Que lo estimen a uno; que la gente le quite el sombrero; que lo envidie, si es menester. Nada se envidia tanto como la vergüenza.

Claudio. Se envidia más lo que más escasea.

Jacinto. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tienes, condenado! Eso sí que algunas veces lo quisiera yo para mí. Tu gracia, tu chispa, tu salero…

Claudio. ¿Te hacen falta, quizá?

Jacinto. Mucha; y ahora sobre todo.

Claudio. ¿Por qué?

Jacinto. Tengo a la vista algo que, sin ingenio, sin la travesura y la audacia que el ingenio da, me temo que me va a ser difícil lograrlo.

Claudio. ¿Qué es ello? Si yo puedo ayudarte… ¡A mí se me ocurre todo! ¡Todo, Jacinto! ¡Yo no duermo… de las cosas que se me ocurren! Dime tú.

Jacinto. Conoces mis sueños; sabes adonde he apuntado siempre.

Claudio. ¿Una buena boda?

Jacinto. ¡Para redondearme de una vez; para situarme definitivamente en la vida! Esta vida, Claudio, es un gran banquete. Tú no quieres sentarte a la mesa y te contentas con las sobras que te arrojan por una ventana; yo, no. Yo he de ocupar un sitio entre los comensales. ¡Y un buen sitio! Estoy resuelto. Ya lo verás.

Claudio. Y, por lo que hablabas, andas a caza de la invitación; la tienes a la vista.

Jacinto. Creo que he dado con quien puede facilitármela.

Claudio. ¿Sí, eh?

Jacinto. Sí. Pero he de andarme con pies de plomo para no malograr la ocasión.

Claudio. ¿Pues?

Jacinto. Se trata de una muchacha encantadora; muy rica —¡ay, qué rica es; pero qué rica!—, hija de un general de Caballería retirado —este es el hueso—, que escribe dramas calderonianos y que le pega un tiro al sol.

Claudio. ¿Hola? ¿Tratas ya a la heroína?

Jacinto. Todavía no. Porque como no es una muchacha de tantas, sino un poco fantástica, singular, quiero llegar a ella de un modo imprevisto, extraordinario. ¡Si tú con tu talento me lo sugirieras!…

Claudio. ¡Pero, hombre! ¿Para qué crees tú que me has encontrado a mí esta mañana más que para eso? ¡La casualidad rige el mundo! ¿Quieres verla en mi casa?

Jacinto. ¿En tu casa?

Claudio. ¿Hay nada más original? ¡Por fantástica que tu diosa sea, no se la imagina!

Jacinto. No es caso de broma, Claudio Ginés.

Claudio. Te lo digo en serio.

Jacinto. Pero ¿dónde vives tú ahora?

Claudio. Con la *Garatusa*.

Jacinto. ¡Muchacho! ¿La echadora de cartas?

Claudio. Exactamente. Voy a escribir una gran novela.

Jacinto. ¿Será la casa un antro?

Claudio. ¡Un capricho de Goya, más bien! Pero ¿quién te dice que no ha de interesarle a tu pretendida? ¡Yo soy capaz de escribirle una carta que la lleve ilusionada allí!

Jacinto. ¿Una carta? ¿De quién?

Claudio. ¡Toma! ¡El diablo dirá! ¡De un obrero, de un mendigo, de un enfermo, de un músico, de un poeta, de un enamorado, de un loco!… ¡El diablo dirá! ¡Todos viven dentro de mí!

Jacinto. Pero…

Claudio. Pero ¿qué? Ella acude a mi casa, tú estás allí esperando, sales, te ve… le dices que has recibido otra carta análoga… ¡y así le disponían las carambolas a Fernando VII!

Jacinto. *Riendo, sugestionado por la traza discurrida por el tunante.* ¡Ja, ja, ja!… No deja eso de tener gracia… Dado lo que me dicen que es ella… Porque tengo noticias… Yo lo pensaré, yo lo pensaré… No me resuelvo…

Claudio. ¡Estas cosas no se piensan, tontaina!

Jacinto. No se piensan… ¡Lo que a ti no se te ocurra, diablo!

Claudio. Pues, oye…

Jacinto. ¡Chito!

Claudio. ¿Qué?

Jacinto. ¡Allí viene!

Claudio. ¿Allí? ¡Qué casualidad! ¿Ves cómo la casualidad nos gobierna?

Jacinto. Aquélla es; aquella que habla con la mendiga: mírala.

Claudio. ¡Sopla!

Jacinto. ¿Qué?

Claudio. ¡Más casualidades, Jacinto!

Jacinto. ¿La conoces?

Claudio. ¡Oh! ¡Acaba de darme diez duros para enterrar a un hijo que se me ha muerto esta madrugada!

Jacinto. ¡Claudio!

Claudio. ¿Qué?

Jacinto. ¡Por favor! ¡Métete en la taberna! ¡Que no me vea contigo!

Claudio. ¡Al contrario, simple! ¡Que te vea; que te vea dándome otros diez duros, y ya hay entre vosotros una coincidencia sentimental! ¡Saca la cartera!

Jacinto. ¡Vete a la taberna ahora mismo!

Claudio. ¡Allá tú! ¡Era un golpe maestro! ¡Aunque yo luego te los devolviese!

Jacinto, que, para disimular, se ha puesto a hojear libros, lo conmina con un gesto imperioso, y Claudio se mete en la taberna obedientemente.

Un instante después vuelve por la izquierda Cristeta, y pasa hacia la derecha, por donde se retira, no sin cruzar una mirada con Jacinto y un saludo con el librero.

Cuando Cristeta desaparece vuelve a salir Claudio.

Claudio. ¡Enhorabuena, chico! ¡Es preciosa!

Jacinto. ¿Te ha gustado, eh? Voy tras ella. Y ya hablaremos de tu plan.

Claudio. Llégate por casa.

Jacinto. Bueno, sí. Iré uno de estos días.

Claudio. ¡Confía en mi cacumen!

Jacinto. Adiós. *Se marcha presuroso.*

Claudio. Adiós. *Con alegría triunfal.* ¡Mañana completa!

Y se va en busca de su almuerzo. Carrasco pasea filosóficamente por delante de la librería.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación en que la *Garatusa*, echadora de cartas, madrileña de nacimiento, ejerce en Madrid su arte supersticioso, con modistillas, criadas de servir, viudas inconsolables, señoritos troneras y gente de azar, y tal vez alguna aventurera o alguna gran dama. En el foro, hacia la derecha, en un rincón, está la misteriosa puerta de entrada, que da inmediatamente a la pieza de espera. A la izquierda, una puertecilla con cortina, que conduce al interior de la casa. Componen el ajuar de la habitación una cómoda, una camilla, algunas sillas colocadas con orden, y, en las paredes, cuadros de santos, y santitos de escayola sobre palomillas. En la camilla, una baraja de uso corriente. Encima de la cómoda, un fanal con una imagen de la Virgen y dos floreros de rosas contrahechas.

Es de día.

La Garatusa despide a Nemesia, sirvienta en una casa del barrio, a quien le ha predicho lo que le va a ocurrir con un telegrafista viudo y tuerto.

La Garatusa es mujer de agradable palmito, cincuentona ya y de cabellos blancos, peinados un poco a la flamenca. Usa zapatillas y una bata de colores fuertes y llamativos.

Nemesia. ¿Qué la debo a usté?

Garatusa. Dos cincuenta. Y tu voluntá.

Nemesia. Tome usté tres.

Garatusa. Dios te lo pague, palomita. Y ten en cuenta to lo que te ha salido; que las cartas no mienten.

Nemesia. ¡Ya se ve que no! ¿Se acuerda usté de la otra vez que vine?

Garatusa. ¿Cómo no he de acordarme? ¡Bien resplandeció la verdá! Mucho cuidao ahora con ese telegrafista tuerto.

Nemesia. Sí, señora, sí.

Garatusa. El ojo que a él le falta, tenlo tú de más.

Nemesia. Sí, señora.

Garatusa. Y anda ya con Dios, clavellina.

Nemesia. Buenas tardes.

Garatusa. No olvides el camino y cierra la puerta.

Nemesia. Sí, señora; ya sé. *Se marcha con todo sigilo y cierra la puerta tras de sí.*

Garatusa. *Guardando el dinero en la cómoda.* ¡Ay! ¡Si se ensartaran en un hilo las mentiras del día!… ¡Era un collar pa las Pirámides! *Llamando en la puertecilla que da al interior* ¡Tonina!

Inmediatamente sale Tonina, chicuela avispada y graciosa toda imaginación, que pretende darles a sus servicios a la pitonisa con gestos y desplantes, una apariencia de cosa extraordinaria y solemne.

Tonina. ¡Señora!

Garatusa. Sin aspavientos ni mohines, porque estamos solas. Y cuando haya gente no exageres tampoco mucho, no se piensen que to es comedia. Que las cartas podrán mentir alguna vez, pero casi siempre dicen el Evangelio. Escúchame ahora.

Tonina. Mándeme usté.

Garatusa. Que pase Juliana la modista.

Tonina. ¡Se acaba de ir!

Garatusa. Pues ¿no estaba esperando?

Tonina. Sí, señora; y va a volver luego; pero se la ha hecho tarde, y ha ido a darle el pecho a su crío.

Garatusa. ¿A qué crío?

Tonina. ¿A cuál va a ser? ¿No se lo he dicho a usté esta mañana? ¡Al que tuvo de la mala faena del estudiante!

Garatusa. Sí, hija, sí; es verdá. ¡Si me lo dijiste en el desayuno! Sólo que con tantas historias, esta cabeza mía es como el bombo de una *tómbola*: ¡no pué ya con más papeletas!

Tonina. Pues al chico le ha bautizao por lo civil: le ha puesto Rafael, como se llama el estudiante…

Garatusa. ¿Sí, eh?

Tonina. Pero el estudiante no ha vuelto a verla. Se ha fugao de Madrí. Y yo me he enterao por el droguero, que es novio de una hermana de ella, que está en Barcelona. Y a ella la está pretendiendo ahora otro estudiante, que acaba la carrera este año y que la ha dicho que la ampara el crío.

Garatusa. Los hay generosos. Y, por lo general, son rubios.

Tonina. Este es rubio, buen mozo, con los ojos azules…

Garatusa. ¿No te digo?

Tonina. ¡Lo que sabe usté, tía!

Garatusa. Ya sé lo bastante. A ver quién más hay en la sala de espera.

Tonina. Sí, señora. *Se asoma cautelosamente por la puerta del foro y en seguida la cierra y se vuelve hacia, el ama con gestos y muestras de asombro. Se lleva las manos a la cabeza, las cruza, se santigua, etc.* ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Garatusa. ¿Qué?

Tonina. ¡Oh!

Garatusa. ¿Qué has visto, chica?

Tonina. ¡Oh! ¿Quién cree usté que está ahí?

Garatusa. ¿Quién, muchacha? ¿El Director de Seguridá por un caso?

Tonina. ¡La Mari-Tere!

Garatusa. ¿La Mari-Tere? ¿El *Lirio Chulo*, como la llama…?

Tonina. ¡La que estuvo un año con el huésped! que yo me he enterado ¡Paece muy pensativa!

Garatusa. Bueno, sí; dile a él que venga, lo primero.

Tonina. ¿Sabrá ella que está aquí?

Garatusa. ¡Qué disparate! ¡No se hubiera atrevido!… Vendrá a ver qué la dicen las cartas. Va a ir bien servida. Anda a llamarlo tú.

Tonina. ¿Y si está trabajando?

Garatusa. ¡Ca!

Tonina. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

La Garatusa, *con sigilo y cuidado, entreabre levemente la puerta del foro y atisba para cerciorarse de que en efecto está allí el* Lirio Chulo.

Garatusa. Sí; ella es. ¡Qué desencajá viene! Después de to no me gana más que en los años. Yo la consolaré con las cartas.

Sale Claudio, seguido de Tonina.

Claudio. ¿Es cierto que está ahí la Mari-Tere?

Garatusa. Sí. ¿Quieres verla?

Claudio. ¿Yo?

Garatusa. Por eso te he llamao. ¿Cómo la trato?

Claudio. ¡Como quieras!

Garatusa. ¿Qué la digo con la baraja?

Claudio. ¡Aprovecha ese viaje por mar que siempre sale, y a ver si se va a Filipinas!

Garatusa. ¿De verdá?

Claudio. ¡Y está cerca aún! Le huyo cielo y tierra. ¡Es más pegajosa y más simple!…

Garatusa. Pues de mi cuenta corre. Vete tú. ¿Está ahí Guzmán el Bueno?

Claudio. Vendrá ahora.

Garatusa. ¿Te ha disgustao quizá que te llame pa esto?

Claudio. ¡No!

Garatusa. Yo… por hacer tu gusto siempre.

Claudio. Gracias. (¡Mamarracho de vieja! ¡Un día del año que va a uno a trabajar!…). *Vuélvese al interior.*

Garatusa. ¿Qué clase de hechizo tié pa mí este hombre, que me ha puesto como en mis quince? Ni que esté despegao ni que esté amable; ni que prometa ni que niegue: es igual. Me hinotiza.

Tonina. Tía, está usté *mochales*.

Garatusa. *Mochales*, sobrina; ya lo ves. Vamos a alejar a esta prenda. Que pase.

Tonina. Ahora mismo. *Se va por la puerta del foro.*

La Garatusa se sienta a la camilla, adoptando una actitud serena y dulce.

En seguida vuelve Tonina, con Mari-Tere, bella y melancólica madrileñita.

Mari-Tere. Buenas tardes.

Garatusa. Venga usté con Dios, azucena. Tonina.

Tonina. Ya. *Cierra bien la puerta del foro, se santigua tres veces, cruza las manos, mira al cielo, y silabeando como si rezara, se va por la puerta de la izquierda.*

Garatusa. Siéntese usté.

Mari-Tere. Con su permiso.

Garatusa. Y tranquilícese, que veo ese pecho muy alterao.

Mari-Tere. *Suspirando.* ¡Ay!…

Garatusa. Y el suspiro quema.

Mari-Tere. ¿Quema, verdá?

Garatusa. A la cara me ha llegao el soplo, y quema. Y la manita, como la nieve. ¿Qué es esto, niña?

Mari-Tere. Que el fuego va por dentro.

Garatusa. Y la risa por barrios, ¿no?

Mari-Tere. De risa no hablemos, señora.

Garatusa. De to ha de hablarse, prenda. Hoy se llora y mañana se ríe. Es la vida.

Mari-Tere. La de otras, será; la mía, no.

Garatusa. ¿Tú sólo lloras?

Mari-Tere. ¡A ver!…

Garatusa. ¿Muchas penitas?

Mari-Tere. Una, pero grande.

Garatusa. ¿Los hombres?

Mari-Tere. Uno también; pero ¡más perro!… ¡Más ingrato!… ¡Ay!…

Garatusa. ¡Ay!… Ahora sabremos la verdá. Déjame mirarte. *La mira en silencio fijamente.* No me huyas los ojos.

Mari-Tere. Es que me ha impresionao usté con los suyos.

Garatusa. Vamos, que no voy a comerte. *Vuelve a mirarla.*

Mari-Tere. No me mire usté más.

Garatusa. Compasión me vas dando, criatura. *Coge los naipes y los baraja.* La verdá está aquí: ahora la veremos. Corta. Con la izquierda. Yo quisiera que saliese pa ti lo mejor del mundo…

Mari-Tere. Lo mejor o lo peor, usté me dirá lo que salga.

Garatusa. Tocante a eso, descuida; pero si te sale la contraria, no me guardes luego mala voluntá. Que con las cartas suele ocurrir eso, morena; halagan

el deseo: las cartas dicen la verdá; echan por tierra la ilusión o el capricho: las cartas mienten. Y las cartas no mienten nunca; tú lo has de ver rodando el tiempo.

Mari-Tere. Porque así lo creo vengo a usté: pa conocer mi sino. ¡Ay!

Garatusa. ¡Bueno está ya de aire, mariposa! *Mientras habla, va haciendo filas de cinco naipes, cada una de las cuales le sugiere una observación, Cuando ha formado cuatro filas, después de leer en ellas las recoge y vuelve a barajar.* ¡Vaya por Dios! Malo empieza esto… Sí… Sí… Aquí hay una esperanza… Sí… Sí… ¡Pero otra vez se tuerce el carro! ¡Jesús!… ¡Jesús!… Mucho habrás llorao, ¡pero lo que te aguarda!…

Mari-Tere. ¿Sí?

Garatusa. No hables ahora. *Después de un momento de silencio y de mirarla nuevamente a los ojos.* Ten valor, hija mía. *Baraja los naipes.* Corta. *Una vez que lo hace Mari-Tere, forma un círculo de ellos.* Hazme ahora pa tu interior tres preguntas, sin distraerte, sobre lo que te trae aquí. Muy metida en ti misma.

Mari-Tere. Sí, señora.

Garatusa. ¿Has comprendido bien? Piensa y pregúntame sin decir palabra. A tu intención.

Mari-Tere. Sí, señora.

Garatusa. *Leyendo en los naipes.* ¡María Santísima! ¡No me atrevo a decírtelo, niña!

Mari-Tere. Atrévase usté por más duro que sea.

Garatusa. Un hombre moreno, que ha sido tuyo en cuerpo y pensamiento, ese hombre por quien tú has penao, te fingió cariño, pero ni te quiso ni te querrá nunca.

Mari-Tere. ¿Ni me quiso tampoco?

Garatusa. Tampoco: aquí está. ¡No pué verse más claro! Él es guapillo, de buen ver, con la artes del engaño en la boca, pero muy sinvergüenza.

Mari-Tere. ¿Muy sinvergüenza?

Garatusa. Aquí está: lo dicen las cartas.

Mari-Tere. ¡Las cartas!… ¡Lo dice to el mundo! ¡Mi sino!

Garatusa. Otra pregunta, niña.

Mari-Tere. Ya la he hecho pa mí. ¡A ver qué sale!

Garatusa. Sale una mujer que se ha entremetido.

Mari-Tere. ¿Una mujer?

Garatusa. Sí; que le adora. Aquí está.

Mari-Tere. ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿No lo dicen las cartas?

Garatusa. ¿Cómo es?

Mari-Tere. ¡Sí!

Garatusa. Las cartas no hablan, hija mía: señalan… indican…

Mari-Tere. ¿Y no indican si es una vieja la que me quita el hombre?

Garatusa. ¿Cómo una vieja?

Mari-Tere. ¡Una vieja! ¿No dicen las cartas si es una vieja? ¿Una vieja chismosa, mal nacida, embustera, ladrona? ¿No lo dicen?

Garatusa. No; Ha de eso dicen.

Mari-Tere. *Levantándose.* ¡Pues lo debían decir!

Garatusa. ¿Eh? ¿Cómo?

Mari-Tere. ¡Comiendo, tía lagarta!

Garatusa. ¡Niña!

Mari-Tere. ¡Ni niña, ni na! ¿De qué la sirve a usté mirar tanto a los ojos de una y la experiencia que tié de to lo malo? ¿De qué le sirve a usté tanta ciencia embustera, si no ha visto desde el principio que en lugar de engañarme usté a mí la engañaba yo a usté?

Garatusa. ¿Ah, sí? ¿Qué es esto? Pero ¿tú te atreves?… ¿Qué es esto?

Mari-Tere. ¡Esto es que yo quería enterarme de una cosa y ya me he enterao! ¿Se cree usté que yo soy tan imbécil como pa venir aquí de buena fe a que usté me lea el porvenir en esa baraja asquerosa?

Garatusa. ¡Menos ofender o te araño la cara, *Lirio Chulo*!

Mari-Tere. ¡*Lirio Chulo*! ¡Así me llamaba ese mal hombre! *Gritando hacia la izquierda.* ¡Eh! ¡Tú! ¡Desharrapao! ¡Que te estoy sintiendo aguantar el resuello ahí detrás de la puerta! ¡No creas que me muero de angustia! ¡Yo pensé que era algo pa ti; pero al ver con la prenda que me sustituyes, no me da más que risa! ¡Vamos, anda! ¡Dejar a un lirio por un repollo! ¡Se ve que tiés hambre! ¿Y eso es un poeta? ¡De verano! *Se marcha por la puerta del foro, riéndose.* ¡Ja, ja, ja! ¡A reírse tocan! ¡Ja, ja, ja!

Garatusa. ¡Que te crees tú eso! ¡A mí me ha paralizao la sorpresa, pero tú no te vas sin que yo te señale! ¡Morá como un lirio te pongo la cara! ¡No que no! *Corre tras ella.*

Un momento después vienen, comentando la gresca, Jacinto Lozoyuela y Guzmán el Bueno.

Jacinto. ¡Chico, qué escándalo! A la calle llegan las voces. ¿Qué habrá sido?

Guzmán. ¡La Mari-Tere, que está ciega por él, que no puede olvidarlo, y habrá venido a armar jaleo!

Jacinto. ¿Sí, eh? Pues si no ha venido más que a eso, lo ha conseguido. Oye, oye. ¡Qué atrocidad!

Guzmán. ¡Se rifan las mujeres a ese tunante! ¡Como tiene el pico que tiene el muy bandolero! Y mucha simpatía personal. Yo lo admiro con mis cuatro sentidos.

Jacinto. ¿Cuatro, tú?

Guzmán. Sí, chico. El olfato lo perdí este verano.

Jacinto. No te importe.

Guzmán. ¿Es que huelo mal?

Jacinto. Peor es meneallo, Sancho amigo.

Sale Tonina, despavorida, por la puerta del foro.

Tonina. ¡Madre la mi madre!

Guzmán. ¿Qué?

Tonina. ¡Lo de aquí no fué na pa lo que se están diciendo en la escalera!

Guzmán. Pero ¿todavía siguen?

Tonina. ¡Andá! ¡Si hasta la portera se ha indinao! ¡Miusté la portera, que la mejor palabra que dice es…! *Conteniéndose.* Bueno, me callo, que hay aquí una persona decente.

Jacinto. Gracias.

Guzmán. Hay dos.

Tonina. Se lo voy a advertir a él, por si quié bajar a defender a mi tía; que me paece que no. *Se va al interior, santiguándose.*

Jacinto. ¡Y cree Claudio Ginés que a esta casa va a venir Cristeta!… ¡Mujeres como esa chulilla son las que vendrán, en todo caso!

Guzmán. ¡Y Cristeta también!

Jacinto. ¡Vamos, hombre! Deliras.

Guzmán. Deliras tú, porque desconoces a Claudio. ¡Si con la pluma tiene todavía más poder que con la palabra! ¡Si es un genio, Jacinto! Y cuenta además que Cristeta —yo lo sé como tú— no se asusta de nada; tiene a gala meterse en la cueva de un bandido, si es menester, con tal de hacer una caridad, de enjugar una lágrima.

Jacinto. Eso sí es cierto.

Guzmán. Pero había de ser la princesa Micomicona, y viene aquí después de la carta que ese animal le ha escrito. ¡Tiene una habilidad pasmosa! Ayer, sin ir más lejos, le mandó una al Obispo de Madrid-Alcalá, aparentando ser de una monja exclaustrada, de un convento de los incendiados en Málaga, que tú no puedes calcularte. Partía el corazón. En fin, qué tal no sería, que el Obispo, que corta un pelo en el aire de vivo que es, le contestó con cien pesetas, sin meterse en hacer indagaciones.

Jacinto. Estaría de prisa. ¿Y si llega a hacer las indagaciones porque le coge más despacio? ¿Si envía un familiar?…

Guzmán. ¡Uh! ¡Familiares a mí! ¡Le tenía yo preparada ya una característica, que ha hecho la abadesa del *Tenorio* no sé las veces!

Jacinto. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué manera de vivir, Guzmán!

Guzmán. ¡Toma! ¡Como has vivido tú algún tiempo!

Jacinto. Por desgracia. Me repugna esto más cada día… Casi estoy arrepentido ya, a pesar de las aficiones de Cristeta… ¿Qué diablos le habrá dicho ése en la carta?

Guzmán. ¿Quieres conocerla, para asombrarte?

Jacinto. ¿Eh?

Guzmán. Yo guardo el borrador.

Jacinto. ¿Ah, sí?

Guzmán. ¡De todas las grandes, lo guardo! Cosa mía; él no lo sabe, por supuesto. Pienso publicarlas en *La Farsa* cuando Claudio se muera.

Jacinto. ¡Si no te mueres tú antes que él!

Guzmán. ¡O si no me matan de un leñazo!

Jacinto. Bien, sí, sí; a ver la carta de Cristeta.

Guzmán. Verás. *Saca varios papeles de los bolsillos, para buscar el borrador, y de entre ellos una pera de agua, y dice enseñándosela al amigo:* Del apóstol. Se la tengo jurada. ¡Querer que no haya ricos!… ¿De qué íbamos a vivir nosotros? ¡Y él el primero! Aquí está el borrador. Aguarda un instante.

Vuelve del altercado la Garatusa, ronca y descompuesta, y se va por la puerta de la izquierda al interior a ver a Claudio, sin reparar casi en los otros.

Garatusa. ¡De rositas se iba a marchar!… ¡Como no, morena! ¡Una lombarda lleva por nariz!… ¡Repollo yo… repollo yo!… ¡Lirios y azucenas a mí!… ¡Sí, sí!… ¡Ya, ya!… *Éntrase.*

Guzmán. También esta venerable matrona está chalada por ese trucha. ¡Lo que él se ríe!… ¡Que podía haberle dado por mí!… ¡Y quién sabe!…

Jacinto. Bueno, léeme la carta ya.

Guzmán. Es gran ocasión, porque ella lo entretendrá allá dentro. Escucha. *Lee.* «Para Cristeta Arévalo. Bienhechora mía: Yo soy aquel cuitado que, en una mañana de dolor y amargura y en una solitaria calleja, vió surgir ante sí, semejando las dulces apariciones de los místicos, a una criatura que no era santa ni mujer, sino luz humana y divina a un tiempo mismo, que inundó, piadosa, la lobreguez de mi corazón atormentado». Verás, verás; pone el vello de punta.

Jacinto. Sigue.

Guzmán. «Luz aquélla radiante de calor, el cual secó unas lágrimas que en mi rostro han dejado surco, como nacidas de un dolor invencible y antes no sentido por mí. Me dió usted aliento y ayuda material para enterrar a un hijito muerto, y yo, besando emocionado las rosas vírgenes de que parecía brotar la limosna, le aseguré a usted que no tardaría en averiguar cuál era su dorado albergue y quién era usted. Pocos días han mediado de entonces a hoy; pero desde el día siguiente a aquel prodigio, lo sé ya todo: sé que es usted quien, lejos de asustarse de las desventuras humanas, las busca ansiosa, con el afán de aliviarlas o de remediarlas en lo posible. No haría más que usted en este siglo la inefable Santa de Ávila». ¡Escribe como Dios!

Jacinto. Calla y continúa.

Guzmán. «Del cementerio vengo. He besado el sitio en que reposa el cuerpecito de mi hijo. Mis labios eran carne y besaban tierra; pero a mí me pareció que eran tierra que besaba carne».

Jacinto. ¿Qué te sucede?

Guzmán. Chico, que me afecto; y sé que es mentira; pero me afecto.

Jacinto. Anda, anda, que me estás contagiando a mí.

Guzmán. ¡Este niño nos ha dado la mar de pesetas! ¡Un dineral! Es una mina. Y ya verás ahora qué párrafo en que cita a Santa Casilda. ¿Tú conocerás el milagro, no?

Jacinto. ¡El milagro es que no estéis los dos en la cárcel!

Guzmán. ¡No digas! ¡La cárcel ha cambiado mucho de algún tiempo a esta parte! Y luego también cita a San Francisco de Asís, el de la hermana mosca, la hermana chinche, la hermana pulga… ¡Que de esto sabe él más que nadie!

Jacinto. ¡Seguro!

Guzmán. ¡Y a San Agustín y a San Jerónimo, que parecen vecinos suyos, según los trata!

Jacinto. Sigue, hombre. ¿Le dice a Cristeta que venga aquí?

Guzmán. ¿Que si se lo dice? Ahora, ahora verás. *Leyendo.* «… a mí me pareció que eran tierra que besaba carne. Yo no quiero importunar a mi bienhechora. Yo no he de verla más si ella no quiere volver a verme. Pero si ella, al leer estas palabras mías, vaho de mi corazón y de mi llanto —vaho: fíjate; vaho— diera en el deseo o en la curiosidad de venir a verme, fatigado y enfermo; de llegar hasta este mísero tugurio en que he puesto el humilde telar de mi fantasía, ¡qué aliento me daría para seguir luchando… para seguir viviendo y bendiciéndola! si esto fuera así…».

Llega inopinadamente Tonina por la puerta del foro, la cierra con todo misterio y solemnidad, y les dice, poseída de la importancia singular de su aviso: ***Tonina****. ¡Chist!*

Guzmán. ¿Qué?

Tonina. ¡Ahí está ya esa señorita!

Jacinto. ¿Quién?

Tonina. ¡La de la carta!

Guzmán. ¿De veras, perra policía?

Jacinto. ¿Es posible?

Tonina. ¡Sí, señor, que ahí está! ¡Doña Cristeta Arévalo!

Guzmán. ¿Eh? ¿Te convences? ¿Lo ves, tonto, lo ves? ¡Si es un gigante! ¡Si es Cervantes y Shakespeare reunidos!

Jacinto. ¿Qué hacemos?

Guzmán. Vámonos ahora nosotros con él y que ella pase aquí.

Jacinto. Sí; que él disponga… que él nos aconseje…

Guzmán. *A Tonina.* Ya lo oyes: que pase aquí esa señorita.

Tonina. *Yéndose.* ¡Más bonita es!…

Guzmán. A escape, Jacinto. Sígueme.

Jacinto. ¡Buena va a ser ésta!

Guzmán. ¡El mundo es nuestro!

Se entran por la puerta de la izquierda.

Por la del foro aparecen a poco Cristeta y Tonina. Cristeta revela en su semblante extrañeza y curiosidad.

Tonina. Entre usté, señorita.

Cristeta. ¡Qué distinto es esto de lo que yo me figuraba!…

Tonina. ¿La chocan los cuadros a usté?

Cristeta. ¿Hay aquí mucha devoción?

Tonina. ¡Anda! ¡Y si viera usté el dormitorio de mi tía! ¡Siete estampas de Santa Rita, y tres Niños Jesús vestidos por ella!

Cristeta. ¿Y estos naipes?…

Tonina. ¡También de mi tía, que echa las cartas!

Cristeta. ¿Eh?

Tonina. ¿Usté viene a eso?

Cristeta. ¡No! ¡Yo vengo en busca de Claudio Ginés!

Tonina. Ya, ya. *Viendo a la* Garatusa *que, ya normalizada, acude a tiempo por donde se marchó.* Mi tía la dirá ahora…

Garatusa. Servidora de usté. Buenas tardes.

Cristeta. Buenas tardes. ¿Claudio Ginés?

Garatusa. Siéntese un momentito. Está usté honrando esta humilde casa y a su humilde dueña. Siéntese.

Cristeta. Muchas gracias. *Se sienta con algún recelo.*

Cristeta. *A Tonina.* Márchate tú, y que nadie entre ahora.

Tonina obedece, nerviosa de curiosidad.

Cristeta. ¿Es usted echadora de cartas?

Garatusa. ¡De algo hay que vivir! ¡Los gabrieles!…

Cristeta. Pero ¿esto da para vivir?

Garatusa. Para mal vivir, cuando menos.

Cristeta. No podía imaginarme… ¿Viene mucha gente?

Garatusa. A diario.

Cristeta. ¿A diario? ¿Mujeres del pueblo, quizá?

Garatusa. Y más de un hombre, señorita.

Cristeta. ¿También?

Garatusa. ¡Y más de un señorito tronera; y más de una artista; y más de una gran dama!

Cristeta. ¿Qué me dice usted? ¿Gente ilustrada, gente culta?

Garatusa. Sí, sí: no todos mis clientes —¡mis clientes: se me llena la boca!— son personas de baja clase, sin educación y sin estudios… Aquí viene de todo.

Cristeta. ¡Quién lo diría!

Garatusa. Al que le acierto, vuelve; al que no le acierto, vuelve también, por si acaso erré con los naipes… Es el dolor que busca alivio; es el sino, en el que se quiere penetrar; es el «qué va a ser de mí», que pide una respuesta. ¡La ilusión, señorita, la esperanza, que por fortuna viven y duran más que los desengaños! Esa

escalerita roñosa que usté ha subido hoy, se podrá bajar tristemente, pero se sube siempre con ilusión…

Cristeta. ¡Pícara vida!

Garatusa. ¡Pícara vida! Usté lo ha dicho.

Sale Jacinto por la puerta de la izquierda.

Cristeta. *Levantándose sorprendida al verlo.* ¿Eh?

Jacinto. Buenas tardes.

Garatusa. Con permiso de usté. *Se marcha por la puerta del foro y la cierra tras sí.*

Cristeta. ¿Eh? Pero ¿qué significa?…

Jacinto. No se alarme usted, señorita.

Cristeta. ¿Yo? ¿Por qué?

Jacinto. Nada tema.

Cristeta. Nada temo, señor.

Jacinto. Viene usted en busca de Claudio Ginés.

Cristeta. Justamente.

Jacinto. Necesitará usted esperar un poquito, porque no está ahora.

Cristeta. ¡Ah! ¿No está?

Jacinto. No. Pero vendrá en seguida.

Cristeta. ¿Y si tardase?… Me marcho. Otro día volveré.

Jacinto. No vale la pena esa molestia. Seguramente viene pronto. ¡Si espera como loco esta visita; si sueña con ella! Para él sería un gran disgusto que usted se marchara sin verlo.

Cristeta. ¿Es usted su amigo?

Jacinto. Hasta donde se puede ser amigo de semejante loco.

Cristeta. ¿Es loco, verdad?

Jacinto. Incorregible. No dejará de interesarle a usted cómo vive este hombre. Usted, tan dada a la caridad verdadera, a visitar a la miseria en sus escondrijos… Porque yo tengo el gusto de conocerla a usted, aunque usted no me conozca a mí.

Cristeta. ¿Qué usted me conoce?

Jacinto. Por el eco de sus bondades.

Cristeta. Ya. Nunca creí que tan poca cosa dejara eco.

Jacinto. Pues sí; lo deja.

Cristeta. *Desviando la conversación.* ¿Esta señora que ha hablado conmigo no será la mujer de Claudio?

Jacinto. ¿Quién? ¿La *Garatusa*? ¡No!

Cristeta. ¿La *Garatusa*?

Jacinto. Es el nombre *histórico* de esta pobre. ¡Ya ve usted en qué casa ha caído!…

Cristeta. ¡Demonio de muchacho!

Jacinto. ¿Sabe usted quién me ha hablado mucho de usted y de sus sentimientos?

Cristeta. Déjeme usted a mí. ¿Entonces, la mujer de Claudio Ginés?…

Jacinto. ¡La mujer de Claudio Ginés!… ¡Si Claudio es soltero!

Cristeta. Pero ¿la madre de sus hijos?…

Jacinto. *Un tanto turbado.* ¡Ah! ¡Claro! ¡La madre de sus hijos!… Otra desgraciada.

Cristeta. ¿Vive aquí también?

Jacinto. Sí; pero, no… Señorita, esto es delicadísimo… A mí me violenta hablar con usted de estas cosas… Yo no debo hablarle…

Cristeta. Bien, bien; no se violente… Me basta con lo oído para figurármelo todo. ¿Cuántos hijos tiene Claudio Ginés?

Jacinto. ¡Uh! ¡Qué sé yo!

Cristeta. ¿Usted no lo sabe? ¿Tan amigo?…

Jacinto. ¡Ni él puede que tampoco!

Cristeta. ¿Tampoco él? ¡Ave María! Eso ya me parece increíble. ¡Qué pintura más triste, señor; qué tonos más sombríos!… ¡Y cómo contrasta todo ello con lo que yo esperaba!

Jacinto. ¿Hace mucho tiempo que no ve usted a los Duartes?

Cristeta. Estuve ayer allí.

Jacinto. ¡Qué desolación de familia!

Cristeta. ¡Oh!… ¿De manera que los hijos de Claudio?…

Jacinto. *Decidiéndose, tras momentánea vacilación.* Mire usted, señorita, amiga mía —disculpe que le dé este título, que tanto me honraría que usted me otorgase —; el azar me ha traído aquí hoy, y me concede el premio de haberla conocido; pero yo no quiero, de ninguna manera, contribuir al engaño en que usted vive respecto de este desdichado. *Después de mirar hacia el interior, asomándose a la puerta de la izquierda.* Claudio es un hombre digno de otra suerte; vale, vale mucho; tiene un talento privilegiado, excepcional; pero lo echa todo a rodar con su condición de bohemio, con su mala vida, de que no hay fuerzas humanas que lo saquen.

Cristeta. *Con noble arranque de protesta.* ¡Ah! ¡Pues hay que sacarlo! ¡Esa es nuestra misión!

Jacinto. *Viendo el cielo abierto.* ¿Nuestra misión, ha dicho usted?

Cristeta. ¡Nuestra, sí! ¿No es usted tan su amigo?

Jacinto. ¿Me acepta usted por aliado?

Cristeta. Para esta empresa, ¿por qué no? ¡Hay que regenerar a ese pícaro,

hay que sacudirle la lepra moral, hay que purificarlo, hay que salvarlo!

Jacinto. ¡Sí, sí! ¡Me anima usted con su indignación! ¡Qué feliz encuentro! ¿Verdad?

Cristeta. ¿No sería un crimen por nuestra parte no intentarlo con todas nuestras fuerzas? ¡A mí me empuja a ello este espíritu redentor, sin el cual me consideraría una criatura más de las muchas que hay inútiles en el mundo! Es un deber de los que lo vemos orientar en la vida a los desorientados, a los que erraron su camino, sea por lo que sea; remediar a los que padecen y compadecer a los que no tienen remedio, porque en nuestra compasión hallan a lo menos una caricia para su desventura.

Jacinto. ¡Bien, Cristeta, bien! ¡Hay que salvar a Claudio! ¡Hay que salvar a nuestro amigo!

Cristeta. ¡Aunque él se resista; aunque él no quiera, por apego a la bohemia, de que ha hecho una costumbre, un hábito perverso! ¡Hay que salvarlo!

Claudio. *Presentándose de repente por la puerta del foro, enardecido y descompuesto.* ¡En buen hora, sí!

Cristeta. ¡Claudio!

Jacinto. ¡Claudio!

Claudio. ¡Pero antes necesito el perdón!

Cristeta. ¿Qué perdón?

Claudio. ¡El de mi farsa, el de mi engaño, el de mi abyección! ¡La voz de usted acaba de decirme que aún tengo conciencia, cuando yo me reía de ella a todas horas! ¡Su presencia de luz, en este hogar plebeyo y oscuro ha roto las nieblas de mi hipocresía y me ha hecho ver que todavía puedo ser sincero!

Jacinto. Pero, escucha…

Claudio. ¡Ahora no me escucho más que a mí!

Jacinto. Cálmate, muchacho.

Claudio. ¡No quiero! ¡Ni yo tengo hijos, por suerte para ellos, ni se me ha muerto nunca ninguno!…

Cristeta. *Horrorizada.* ¡Oh!

Claudio. ¡Ni lloro más que mi propia miseria moral, cien veces más repugnante y recusable que la otra!

Cristeta. Pero ¿qué dice usted? ¿Que no es verdad lo de su hijo muerto?

Claudio. ¡No es verdad!

Cristeta. ¿Todo su dolor es fingido?

Claudio. ¡Todo!

Cristeta. ¿Mintieron sus palabras de aquel día, miente la carta que aquí me ha traído y que me ha hecho llorar?

Claudio. ¡Ya oye usted que todo es mentira; que ha sido usted víctima de la farsa más negra!

Cristeta. ¡Oh!

Claudio. ¿Le doy a usted asco?

Cristeta. Asco, no; miedo, tal vez un poco; lástima profunda, primero que nada. Pero ¿cómo puede llegarse a tal extremo, Claudio? ¿Cómo se pueden emplear como armas del engaño los sentimientos más tiernos y más nobles con que se honra la Humanidad? ¿No le repugna a usted hacer esto?

Claudio. ¡Hoy, sí; ahora, sí! ¡A usted se lo debo, Cristeta! ¡Como todo el bien que sobre mí ha caído desde que la conozco!

Cristeta. ¿Por qué vive usted así, Claudio?

Claudio. ¡No lo sé!

Cristeta. ¿No querría usted vivir de otro modo?

Claudio. ¡Sí!

Cristeta. ¿De veras?

Claudio. ¡De veras! ¡Estoy en un relámpago de prodigiosa sinceridad! ¡Créame usted, como antes me creyó, que ahora son de cristal mis palabras!

Cristeta. Bien: le creo, Claudio, le creo.

Claudio. *A Jacinto.* ¿Tú oyes? ¡Me cree!

Cristeta. Sin mi fe en usted y la de usted en mí, nada haríamos. ¿Quiere usted obedecernos a este amigo suyo y a mí, y acatar lo que le propongamos?

Claudio. ¡Sin ninguna duda!

Cristeta. ¿Quiere usted trabajar noblemente?

Claudio. ¡Quiero lo que usted quiera!

Cristeta. ¿En qué trabajaría?

Claudio. ¡En todo! ¡Lo que usted me dé, me dignifica, me redime!

Cristeta. ¡Pues basta ya! ¡Ojalá no sea esto una nueva burla de quien vive como un histrión, como un farsante, como un pordiosero, pudiendo vivir como un artista digno!

Claudio. ¡No, no; ya verá como no!

Cristeta. ¡A verlo voy! No vacilo un segundo, ni me detengo un instante más; no quiero que cualquier hecho fortuito pueda desviar mi pensamiento y torcer mi intención. *A Jacinto.* Usted, como buen amigo de Claudio —que ni siquiera sé su nombre…—. *(A un movimiento de él),* ni me importa saberlo ahora, acompáñeme. Hablaremos, resolveremos… Claudio, no olvide usted lo que me ha prometido en ese relámpago de prodigiosa sinceridad que le ha alumbrado la conciencia. ¡No lo olvide usted!

Claudio. *Intentando besarle las manos.* ¡No lo olvidaré nunca, Cristeta!

Cristeta. Deje, deje… ¡Ni me dé las gracias tampoco! Estas conquistas para el bien, de los espíritus descarriados que lo merecen, me dan las mejores alegrías de mi vida. Usted sabrá de mí. Sígame, amigo.

Jacinto. ¡Sí! ¡Vamos!

Cristeta. ¡Vamos! *Marchase presurosa.*

Jacinto. *Abrazando rápidamente a Claudio.* ¡Estoy loco de júbilo, Claudio Ginés! ¡No lo malogres todo con alguna genialidad! ¡Hay que salvarse! ¡Hay que

regenerarse! *Corre tras de Cristeta.*

Claudio. *Asomándose a su interior.* ¿Es esto un sueño, Claudio? ¿Regenerarte? … ¿Salvarte?… ¿Limpiarte el alma hasta dejarla nítida?… ¿Podrás?… ¿Sabrás?… *Con infernal sonrisa.* ¿Querrás?…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Galería de paso en casa de don Marciano Arévalo, padre de Cristeta. Ventanal al foro, que da a un jardín. Sendas puertas a derecha e izquierda, en los primeros términos. Paso hacia el recibimiento por la izquierda del foro. Muebles cómodos y elegantes.

Es a media tarde.

Don Marciano, sentado cerca del ventanal, lee a un clásico —cuál sea no nos importa—, con poca atención ciertamente: está nervioso y distraído. Es hombre de presencia agradable y de enérgica condición, que se refleja en su fisonomía.

Don Marciano. *Mirando su reloj, impaciente.* ¡Este muchacho… este muchacho!… Verá usted si… He mirado el reloj y no he visto la hora. *Vuelve a mirarlo.* ¡Digo! Las cuatro ya. *Sigue leyendo. Luego le dice a Lydia, doncellita que no podía faltar, y que pasa del foro hacia la derecha:* Lydia.

Lydia. Señor.

Don Marciano. ¿Está la señorita Cristeta en su gabinete?

Lydia. Creo que lo dudo.

Don Marciano. ¿Cómo?

Lydia. Que no sé dónde está.

Don Marciano. Pues búsquela usted y dígale que venga.

Lydia. ¡Y oro molido! *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Marciano. ¿Y oro molido? ¿Qué muletilla más confianzuda es ésa? ¡Esta democracia de mi hija!… *Intenta continuar leyendo y al cabo suelta el libro.* ¡Vaya, que no puedo leer! Se me va la atención. Perdóneme Saavedra Fajardo.

Él mismo nos ha dicho ya cuál era el clásico a quien leía… o pretendía leer.

Por la puerta de la derecha sale Cristeta. Con ella viene Lydia, que se retira por el foro.

Cristeta. ¿Me llamas, papá?

Don Marciano. Sí.

Cristeta. ¿Qué quieres?

Don Marciano. Que me acompañes un ratito, hija.

Cristeta. ¡Y oro molido!

Don Marciano. ¡Ah! ¿Tú también? ¿Has tomado la muletilla de la doncella o ella la ha tomado de ti?

Cristeta. Yo de ella. La suelta a tontas y a locas y me ha contagiado. ¿No sales esta tarde?

Don Marciano. Por ahora, no. ¿Ha venido Jacinto?

Cristeta. No.

Don Marciano. Pero ¿vendrá?

Cristeta. ¡Antes falta el sol en el cielo!

Don Marciano. Lo dices así como si te pesara.

Cristeta. ¡Psché!

Don Marciano. ¿Te encoges de hombros?

Cristeta. Ya lo ves, papá.

Don Marciano. ¿No te importa Jacinto?

Cristeta. Le importo yo mucho más a él.

Don Marciano. ¡Diablo! Y yo que creía…

Cristeta. Pues te engañas. *Tampoco* es Jacinto, papá.

Don Marciano. ¿Qué quieres decirme, nenita?

Cristeta. Mi general, que sueña usted con que me guste un hombre, y ese

hombre no es tampoco Jacinto.

Don Marciano. ¡Qué cosa! A mí me es muy simpático.

Cristeta. Ya, ya. Pero no basta.

Don Marciano. ¡Tan correcto siempre, tan amable, tan en su sitio a toda hora!…

Cristeta. ¡Demasiado en su sitio!

Don Marciano. ¿Eh?

Cristeta. Demasiado correcto, papá; demasiado atento… y demasiado guapo y demasiado esclavo de la moda. ¡Son muchas demasías!

Don Marciano. Pero todas buenas, Cristeta.

Cristeta. Sí; pero empachan. A mí, a lo menos. Sobre todo, si tan bien te parece, búscale una novia. Conmigo no cuentes para él.

Don Marciano. *Tras un gran suspiro.* ¡Ay! ¿No querrá Dios que te vean mis ojos enamorada? ¿Que me recuerdes a mí en algo?

Cristeta. ¿En qué?

Don Marciano. ¡En que pienses alguna vez más en ti misma que en los demás!

Cristeta. No ha llegado mi hora, por lo visto.

Don Marciano. No quieres tú que llegue.

Cristeta. Además, papá; aunque llegara, ¿crees que ese amor mío podría matar nunca en mí la piedad nativa que me inclina constantemente a pensar en los pobres, en los miserables?

Don Marciano. ¡Ah! ¡De eso ya hablaríamos!

Cristeta. Te equivocas. Aunque yo quisiera a un hombre hasta la esclavitud; te equivocas. ¡Si va con mi naturaleza!… Cuanto más tengo yo, más me duelo de que no tengan los demás. Mira: estas noches de invierno me desvelan la lluvia, el viento, el frío… de que estoy a salvo en mi casita. ¡Me desvelan, sí! Se me va el

alma, y con el alma el sueño, a los que carecen de abrigo y de hogar. Porque verás tú… Cuando voy a una fábrica, el espectáculo de los obreros, sudorosos, tristes, rendidos, agotados, me explica las constantes convulsiones sociales, las airadas protestas de muchos… ¡Ha sido demasiado buena la Humanidad!

Don Marciano. ¡Ay, ay, ay, ay!… Pero ¿pretendes tú arreglar el mundo, nena?

Cristeta. El mundo, no. Mi mundo, en lo que alcance, sí. ¡Ya lo creo! Si cada cual arreglara con piedad su pequeño mundo, mejor andaría el mundo de todos. Y a lo que iba. Hay dos castas de seres, papá: los que protestan, los que gritan, los que reclaman, los que al fin se toman, o quieren tomarse, hartos ya de sufrir, una bárbara justicia por su mano, y los resignados, los humildes, los silenciosos, los que no gritan nunca, porque creen que su grito ofendería a Dios, que ve tanta injusticia social y la tolera. Entre esos busco yo a mis amigos.

Don Marciano. Yo muy al contrario, hija mía. Yo los he buscado siempre entre los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, que dijo Don Quijote; los que dan y no quitan, en fin. Pero, bueno; yo no te he llamado para esto; para renovar la eterna controversia de nuestros espíritus. Día llegará… Dejemos ahora la disputa. Y dime: ese chico Claudio, ¿es absolutamente de fiar?

Cristeta. ¡Claro que sí! Pruebas tienes de ello. ¿Se ha portado mal desde que lo conoces? ¿En la redacción de tu revista?…

Don Marciano. No. Allí agradó a todos.

Cristeta. Como secretario de tu amigo…

Don Marciano. Sí, sí; también. Se hizo lenguas de él el poco tiempo que lo tuvo a sus órdenes.

Cristeta. Por eso justamente me resolví yo a traértelo aquí, a que te ordenara la biblioteca.

Don Marciano. Sí, sí… que falta le hace.

Cristeta. ¡Entonces!… Tiene agrado, es servicial, es inteligente…

Don Marciano. Desde luego…

Cristeta. Es bueno en el fondo…

Don Marciano. Eso ya no lo sé.

Cristeta. ¿No lo sabes?

Don Marciano. No lo sé. ¿Tú sí?

Cristeta. Creo saberlo, papá. Si no lo creyera…

Don Marciano. El talento finge la bondad admirablemente. Y talento se lo reconozco. Mucho talento.

Cristeta. Pues sí es bueno Claudio; sí lo es. *El padre la mira con atención.* Y… ¿por qué me has hecho ahora esa pregunta?

Don Marciano. Porque hoy me tiene un poco inquieto, francamente.

Cristeta. ¿Debido a qué?

Don Marciano. Esta mañana me oyó quejarme de que Ceferino está enfermo y lo necesitaba para mandarlo al Banco con un cheque de tres mil pesetas. Al oírme… se me ofreció a ir él a cobrarlo. Y yo… ¡figúrate!… ¿qué había de hacer? Le entregué el cheque. Y aún no ha vuelto.

Cristeta. ¿No ha vuelto?

Don Marciano. Hasta ahora…

Cristeta. A lo mejor, cualquier amigo… un encuentro cualquiera… ¡Es tan hablador!

Don Marciano. Sí; pero es demasiado hablar ya. Son más de las cuatro.

Cristeta. No, no; pues no temas. Puedes estar seguro.

Don Marciano. ¿Lo estás tú?

Cristeta. ¡Sí!

Don Marciano. Me alegro; pero yo te confieso que mientras antes leía las *Empresas políticas,* pensando en mis tres mil pesetas me acordaba de las golondrinas de Bécquer.

Cristeta. *Sonriendo sin ganas.* No, no… ¡Tiene gracia!… Eso no, eso no…

Don Marciano. Pues mira, niña: de hoy en adelante…

Vuelve Lydia otra vez por el foro.

Lydia. Señor.

Don Marciano. ¿Qué hay?

Lydia. Una señorita joven que pregunta por el señor.

Cristeta. ¡Hola, hola!

Don Marciano. ¿No te ha dicho quién es?

Lydia. Se lo he preguntado como era de ordenanza; pero me ha respondido que no la conoce el señor.

Don Marciano. Entonces, dile…

Cristeta. Recíbela, papá. Así te distraes. A lo mejor es esa mecanógrafa que necesitas.

Lydia. ¿Necesita el señor una mecanógrafa?

Cristeta. Sí; pero tu prima no le sirve mientras no deje al novio. Hasta luego, papá. *Vuélvese al interior, preocupada.*

Don Marciano. Adiós, hija. *A Lydia.* Que pase quien sea. *Lydia se marcha.* ¡Ese hombre!… ¡Esta hija mía!… Ello dirá.

Y reaparece por el foro Lydia, conduciendo a Mari-Tere, nuestro Lirio Chulo. Trae un par de libros en la mano. Lydia se retira inmediatamente.

Lydia. Aquí está el señor.

Mari-Tere. Buenas tardes.

Don Marciano. Muy buenas tardes. *Después de mirarla con curiosidad.* Siéntese usted, joven.

Mari-Tere. Se agradece, señor.

Don Marciano. Y usted me dirá quién es y en qué puedo servirla.

Mari-Tere. Procuraré molestarle poco tiempo.

Don Marciano. No hay para mí molestia…

Mari-Tere. Verá usté como sí. Esto de molestarle no es ahora un cumplido. Vengo a darle a usté el té.

Don Marciano. *Poniéndose en guardia.* Es difícil, porque no acostumbro tomarlo.

Mari-Tere. Pues hoy, aunque sea a tragos, le va usté a tomar.

Don Marciano. Veremos. Diga usted.

Mari-Tere. Una Servidora se llama Mari-Tere Juncal. Vivo con mi madre, que tié pensión de huéspedes extranjeros, en la calle del Divino Pastor, 25. Y me trae aquí, sin ambages, ni más ni menos que un deber de conciencia.

Don Marciano. ¿Ni más ni menos?

Mari-Tere. Ni menos ni más. Usté necesita que alguien le abra los ojos y aquí estoy yo con un cristal de aumento.

Don Marciano. Los tengo bien abiertos, joven; y también los oídos.

Mari-Tere. Pues mal se conoce —y usté me dispense la libertá—; mal se conoce, cuando ha dao usté lugar en su casa a un granuja.

Don Marciano. ¡Alto, señorita! ¡En mi casa no hay ningún granuja!

Mari-Tere. No se ofenda, señor. A eso estoy yo aquí; a desenmascararlo. Usté tié en su casa al granuja más grande de los Madriles. Y le ha dao usté entrada hace poquito.

Don Marciano. ¿Se refiere usted acaso a…?

Mari-Tere. ¡Dígalo, señor; que no le agravia!

Don Marciano. ¿A Claudio Ginés?

Mari-Tere. ¡Como que no mienten las señales! ¡Cascó usté el huevo y dió en la yema! Claudio Ginés ha entrao en su casa pa arreglarle a usté la biblioteca, ¿no?

Don Marciano. Exacto.

Mari-Tere. ¡Pues sí que se la está arreglando a usté! ¡Mi madre! Como dure mucho el arreglo, no le van a quedar a usté más que las tablas de la anaquelería. A ver si son de usté estos libros, que he comprao yo en una librería de viejo.

Don Marciano. A ver… Menéndez y Pelayo, Picón… Sí me parecen míos.

Mari-Tere. ¡Pues con verlo basta! Mire usté si faltan de su estante.

Don Marciano. *Levantándose descompuesto y yendo hacia la izquierda.* Pero ¿será posible?…

Mari-Tere. ¡Toma, si es posible! ¡Y esto no es más que el aperitivo pa el té! Ahí van los bizcochos ingleses. ¿Ha recibido usté días atrás una carta de una monja exclaustrada?

Don Marciano. Sí; sí la he recibido: Sor Filomena… no sé cuantos.

Mari-Tere. Pidiendo una limosna, ¿verdá?

Don Marciano. Sí.

Mari-Tere. Pues está escrita por Claudio Ginés.

Don Marciano. ¿Por Claudio Ginés? ¡Ay, ay, ay, ay!

Mari-Tere. O por un compinche que le ayuda en esas hazañas y que se llama Guzmán el Bueno. ¡Que también es una ironía! ¡No sabe usté la de personas piadosas a que han explotao ya con esa misma carta!

Don Marciano. En efecto, joven; me está usted dando el té, como usted decía; me lo está usted dando.

Mari-Tere. Ya se lo anuncié, caballero. Pero en su mano tié usté las galletas. Sin segunda.

Don Marciano. ¡Oh! En cuanto a eso… Yo le aseguro a usted que como compruebe lo que usted me dice…

Mari-Tere. Que sí que lo comprobará…

Don Marciano. Más me inclino a creerlo que a dudarlo. *Mirando de nuevo su*

reloj. ¡Bueno! ¡Y ya las cinco largas! ¡*Esas no volverán*! ¡Cosa perdida!

Mari-Tere. ¿Qué?

Don Marciano. Nada. Voy a ver esto de los libros.

Mari-Tere. Véalo usté, porque yo estoy en ascuas y me marcho en seguida, no vaya a llegar él y me coja aquí.

Don Marciano. No; por eso, no. ¡Él… me estoy temiendo que no llega!

Mari-Tere. Por un si es caso. Si quiere usté más pormenores, en casa de mi madre le podré colmar las medidas.

Don Marciano. Iré, iré…

Mari-Tere. Allí le hablaré hasta cansarme de ese criminal. ¡Criminal, sí, señor! Porque no se figure usté que eso de la carta y lo de los libros es lo que en fin de cuentas me ha empujao a venir. Hay algo de más monta. Yo quería prevenirlo a usté de que está enamorando a su hija.

Don Marciano. ¡No!

Mari-Tere. ¡Sí, señor! ¡Y es un canalla! ¡Y abusa cuanto puede de las mujeres! ¡Me costa que abusa!

Don Marciano. ¡Ira de Dios!

Mari-Tere. Ande usté a comprobar lo de los libros, que como lo de los libros es todo.

Don Marciano. ¡Mal haya! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Mari-Tere. ¡Así! ¡Hasta las cachas el cuchillo! ¿Qué se creía ese perro? ¿Que el *Lirio Chulo* no daba más que miel? ¡Pues también da veneno! ¡To el que recoge, que no es poco! ¡A ver qué vida!

Por el foro, con Lydia, llega Jacinto Lozoyuela.

Saluda con una inclinación de cabeza a Mari-Tere, y le dice a Lydia.

Jacinto. Pregúntale a la señorita Cristeta si puede recibirme ahora.

Lydia. ¡Y oro molido! *Vase por la puerta de la derecha.*

Jacinto entonces se acerca a Mari-Tere, y hablan en tono confidencial, como buenos amigos que han concertado un plan de defensa.

Jacinto. ¿Qué me dices?

Mari-Tere. Que ya está to hecho. Gran idea fué la de los dos libros que me llevaste. Picó como un besugo.

Jacinto. Eres castiza, Mari-Tere.

Mari-Tere. ¡A ver!

Jacinto. No se merece otra cosa ese charrán.

Mari-Tere. ¡Se merece que le fusilen por la espalda!

Jacinto. ¡Le ayudo a entrar en esta casa para su bien, y va a echarlo todo por tierra! ¡Mi porvenir incluso!

Mari-Tere. Ya me paece que no.

Jacinto. Al padre le tengo en un bolsillo.

Mari-Tere. ¿Ah, sí?

Jacinto. ¡No, que se pierde el tiempo! Le escucho los dramas que escribe, lo embobo con mis alabanzas… y voy a hacer que le estrenen uno en el Español.

Mari-Tere. ¡Tú también te pierdes de vista!

Jacinto. De país montañoso que soy.

Mari-Tere. ¡Aparta, piedra fingida!

Dice esto porque ve venir a don Marciano. Jacinto obedece. Don Marciano lo saluda rápidamente al salir y luego se dirige a ella.

Don Marciano. ¡Jacinto!

Jacinto. ¡Don Marciano!

Don Marciano. Dispénseme usted un instante. *Aparte, con el Lirio Chulo.* — Evidentemente: los libros son míos.

Mari-Tere. Pues ahí le quedan.

Don Marciano. Yo iré por su casa de usted.

Mari-Tere. Es lo mejor; hay tela cortada.

Don Marciano. La acompaño hasta la salida. No sabe usted cuánto le agradezco…

Mari-Tere. Un deber de conciencia, señor.

Don Marciano. ¡Oh! Es de lo que no se sabe cómo pagarlo.

Se va por el foro con Mari-Tere, mientras dicen estas últimas frases.

Jacinto. *Una vez a solas.* Así. Al maestro, cuchillada.

Vuelve Lydia.

Lydia. La señorita está descansando, señorito.

Jacinto. Bien. No la moleste entonces. *Entre sí.* (¡Ese bribón me pisa el terreno!).

Reaparece don Marciano y le dice a Lydia, que se marchaba:

Don Marciano. Lydia.

Lydia. Señor.

Don Marciano. Adviértale a la señorita que me voy con don Jacinto a la calle. *A una sonrisa de la muchacha.* ¡Sin oro molido! ¡Es ya demasiado moler!

Lydia. Discúlpeme el señor. ¡Una frase hecha!… *Y se va de nuevo por donde llegó.*

Don Marciano. Jacinto.

Jacinto. Don Marciano.

Don Marciano. Necesito urgentemente hablar con usted.

Jacinto. Estoy a su disposición.

Don Marciano. Vámonos de aquí, que las paredes oyen.

Jacinto. ¿Pues?

Don Marciano. Se trata de informarme de Claudio.

Jacinto. ¡Ah!

Don Marciano. ¿No le sorprende?

Jacinto. No me sorprende demasiado; pero yo le suplicaría a usted que acudiese para ello a otra persona.

Don Marciano. ¿Por qué razón?

Jacinto. Porque yo tengo que llamarme amigó de ese hombre, y…

Don Marciano. Y yo quiero que se llame usted amigo mío. Jacinto. ¡A ese precio!… ¡Me brinda usted oro por cobre!…

Don Marciano. He sabido cosas irregulares… he comprobado alguna… Luego, lo mandé esta mañana al Banco con un cheque…

Jacinto. ¿A Claudio?

Don Marciano. Sí, señor; y me alarma que aún no haya vuelto.

Jacinto. ¡Caray, caray! ¿Importante la cantidad?

Don Marciano. Importante.

Jacinto. ¡Caray, caray!

Don Marciano. ¡Silencio, que ahí viene!

Jacinto. ¿Claudio?

Don Marciano. ¡Sí! ¡Declaro que no lo esperaba!

Jacinto. ¡Ni yo tampoco!

Llega Claudio de la calle, contento y locuaz.

Claudio. ¡Don Marciano de mi alma! ¡Imploro su perdón! ¿Qué habrá usted pensado de mí?

Don Marciano. ¡Nada!

Claudio. ¿Nada? ¿Estaba usted tranquilo?

Don Marciano. ¿Por qué no había de estarlo?

Claudio. Por mi injustificada tardanza. ¡Yo estaba intranquilo pensando en que usted lo estuviese! *A Jacinto, con familiaridad.* ¡Hola, sinvergüenza!

Jacinto. *Con la cara larga.* ¡Hola, bandido! A todo hay quien gane.

Claudio. ¿No le he perjudicado a usted con mi demora? Don Marciano. No, señor. Es pago que ha de hacerse a la noche. ¿Retiró usted esa cantidad?

Claudio. ¿Cómo no? Si el detenerme ha sido porque, en primer lugar, había cola en la ventanilla del Banco; ya se me hizo tarde; al salir me encontré un poco débil y me entré a almorzar en un cafetucho…

Don Marciano. Bien; no tiene importancia…

Claudio. Y con el calorcillo del almuerzo se me alegraron las pajarillas, se me enardeció la imaginación, me sopló la musa de los sonetos… y he escrito uno definitivo. ¡Definitivo! Resabios de mi vida bohemia. Se lo voy a leer a usted.

Jacinto. Hombre, deja ahora… Entrégale ya a don Mariano las pesetas…

Claudio. *Sin hacerle caso, y buscándose el soneto en los bolsillos.* ¡Ya perdí la cuartilla! ¡Ya la perdí! ¡Lo pierdo todo!

Don Marciano. ¿Todo?

Claudio. ¡Soy un distraído incorregible! Mentira parece que en algunos momentos me envuelvan rachas de hombre de orden. ¡Que hable la biblioteca, si no, don Marciano! ¡Cómo la estoy dejando!

Don Marciano. Ya habla, ya…

Claudio. Pero contra mis distracciones está mi memoria. Tengo una memoria que graba. ¡Así tuviera voluntad como tengo memoria y entendimiento! Un soneto acabo de escribir improvisado casi, y ya no se me va. ¿Quiere usted oírlo? Parece de Lope.

Don Marciano. *Conteniendo su cólera.* Venga, venga.

Claudio.

Noche, fabricadora de embelecos,

loca, imaginativa, quimerista,

que muestras al que en ti su bien conquista

los montes llanos y los mares secos.

¿No es verdad que parece de Lope?

Don Marciano. ¡Lo parece… y lo es!

Claudio. ¿Cómo?

Don Marciano.

Habitadora de celebros huecos,

mecánica, filósofa, alquimista,

encubridora vil, lince sin vista,

espantadiza de tus mismos ecos.

Claudio. ¡Ja, ja, ja! ¡Nada, que no puedo darle una pega chico! ¡Se sabe a los clásicos como el Padre nuestro! ¡Qué cultura más vasta la de este hombre!

Don Marciano. Bien, Claudio; no puedo detenerme.

Claudio. Pero ¿yo le detengo a usted? ¡Por el amor de Dios, don Marciano! ¡Váyase enhorabuena!

Don Marciano. No, si es que antes de irme quiero dejar a mi hija ese dinero…

Claudio. ¡Ah, caramba! ¡Qué cabeza la mía! ¿No digo? ¡Y yo, sin caer! ¡Millones de disculpas!… ¡El dinero!… *Se lo busca afanosamente en todos los bolsillos, hasta dar con él.* ¡Claro! ¡La falta de costumbre!… *Entregándole los billetes a don Marciano.* Ahí van los tres *Veraguas*. Como tres soles. *Mira jactanciosamente a Jacinto, a hurtadilla del general.* ¿Eh?

Don Marciano. Gracias por el favor.

Claudio. ¿Gracias usted a mí? ¡A mí me manda usté rodar y ruedo! ¡Si es usted el escultor de mi nueva alma! Era de sucio y deleznable barro y usted la labra en mármol puro.

Don Marciano. Un segundo, Jacinto. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Claudio. Chico, ni en Marruecos, cuando estaba en activo ha pasado el general un susto como éste que yo acabo de darle. ¡Ja, ja, ja!

Jacinto. *De mal temple.* ¡Darás con todo al traste con tus patochadas!

Claudio. Mira, Jacintuelo, no me riñas. ¿Te parece poco lo que estoy haciendo por ti? ¡He tenido tres mil pesetas en mis manos, y se las he entregado a este señor religiosamente! ¡Quéjate! ¡Pero no me quites mis patochadas! Digo yo lo mismo que *Lord* Byron. Yo me parezco un poco a *Lord* Byron, ¿no?

Jacinto. Te parecerás más cuando el general te deje cojo.

Claudio. ¿Cojo a mí el general? ¿Por qué motivo? ¡En todo caso lo dejaría yo a él, para que no escribiese más dramas!

Jacinto. *Indignado.* ¡Oh! ¡Oh!

Claudio. ¡Oh! ¡Oh! ¿Vas a defender también los dramas de tu suegro? ¡Adúlalo, pero cuando él esté delante! ¿Te ha leído por casualidad *La muerte de Favila*? ¡Antes de acabar el primer acto ya te sientes oso!

Jacinto. ¡Calla!

Claudio. Bueno, a mí no ha habido nadie que me excite la risa y a burla como este cosaco.

Jacinto. ¡Claudio, por Dios vivo! ¿Vienes borracho?

Claudio. ¡Es de opereta! Al fin, admirador de Goethe. ¡Me carga Goethe, los admiradores de Goethe, las mujeres de Goethe, el secretario de Goethe!… ¡Jesús, qué genio!

Jacinto. ¿No te callarás, majadero?

Claudio. Sí, hombre, sí. A otra cosa. Dime: ¿ha venido por aquí hoy el *Lirio Chulo*? ¿Tú sabes?

Jacinto. No creo; no sé una palabra.

Claudio. Chico, pues al doblar yo ahora la esquina de la calle, vi de refilón a una mujer que me pareció ella.

Jacinto. No sé. ¡Se te antojan los dedos huéspedes!

Claudio. ¿A mí?

Vuelve don Marciano.

Don Marciano. ¿Vamos, Jacinto?

Jacinto. Vamos donde usted mande.

Don Marciano. Una palabra, Claudio, antes de marcharme.

Claudio. Dígame.

Don Marciano. A usted, que tanto le seduce el documento humano… He recibido esta mañana una carta interesantísima. Y muy bien escrita, además.

Claudio. ¿De quién?

Don Marciano. De una monja exclaustrada. *Cruzan una mirada Claudio y Jacinto.* Una de estas pobres de los incendios de los conventos malagueños.

Claudio. ¡Ah!

Don Marciano. Aquí la traigo: es muy curiosa: muy tierna. Mírela usted.

Claudio. A ver… *Mientras pasa la vista por la carta, entre sí.* (¡Ese canalla de Guzmán guarda borradores!…).

Don Marciano. ¿Decía, usted?

Claudio. ¡Que sí, que sí; que está escrita como los ángeles! Mira, Jacinto. ¿La ha leído Cristeta?

Don Marciano. No.

Claudio. ¡Pues esta monja cae dentro de su apostolado!

Don Marciano. Y… ¿será verdad? ¿Qué cree usted?

Claudio. ¡Que puede ser verdad… y no haber sucedido! ¡Ja, ja, ja! Si le parece a usted yo me llegaré luego a las señas que trae y averiguaré lo que haya. ¡Porque hay mucho timo, mi general!

Jacinto. *Devolviéndole la carta a éste.* Mucho timo, sí.

Don Marciano. Y mucha persona que se deja timar inocentemente. ¡Ea! ¡A dar esa vuelta, Jacinto! Hasta luego, Claudio.

Claudio. Hasta luego.

Jacinto. Adiós, muchachín. *Se va del brazo de don Marciano por el foro.*

Claudio. Adiós, granuja. *Después de verlos alejarse. ¡* qué tonto es este pillo! ¡Vaya si ha estado aquí el *Lirio Chulo*! ¡Mejor! ¡Que nos quite a los dos la máscara! ¡Cuatro meses de persona decente son ya muchos trabajos forzados! ¡Qué pamema! *Se sienta cómoda e indolentemente.*

A poco sale por la puerta de la derecha Cristeta, con adusto ceño. Al verla aparecer, Claudio se levanta y se transfigura.

Claudio. ¡Cristeta!

Cristeta. *Con desabrimiento.* ¡Claudio!

Claudio. ¿Qué tono es ése?

Cristeta. ¿Se merece usted otro, quizá?

Claudio. ¿Eh? ¿Qué dice usted, Cristeta?

Cristeta. ¿Así corresponde a mi interés? ¿Así me paga lo que he hecho por

usted, arrancándolo piadosamente del fango en que vivía?

Claudio. No comprendo… ¿De qué me acusa usted, amiga de mi alma?

Cristeta. ¡Amiga de su alma!

Claudio. ¡Sí, Cristeta, sí! ¡Amiga de mi alma! ¿De qué me acusa usted?

Cristeta. ¡De varias cosas, y todas indignas!

Claudio. ¡No! ¡La han engañado a usted! Yo, Cristeta desde que usted me tendió sus manos generosas, soy un hombre honrado. ¡Podría dejar de serlo dentro de diez minutos, si usted desconfiara de mí; pero mientras usted crea en mí, mientras usted no me abandone, yo soy un hombre honrado! ¡En presencia de usted, en su casa de usted, yo soy un hombre honrado! ¡Milagros de la vida!

Cristeta. ¡Un hombre honrado que se lleva para venderlos los libros de la biblioteca de mi padre!

Claudio. ¿Yo? ¿Y usted ha podido creerlo? ¿Quién ha inventado esa mentira?

Cristeta. ¡Un hombre honrado que sigue escribiendo cartas falsas, para explotar la misericordia de los demás!

Claudio. ¡No! ¡Esa carta a que usted se refiere la ha escrito un pícaro que vivió conmigo!

Cristeta. ¡Un hombre honrado al que persigue una mujer porque él la abandonó!

Claudio. ¡Una de tantas aventuras de toma y daca, de las que no dejan en el corazón un eco ni una fecha! ¿De dónde han salido todas esas imputaciones? ¿De qué boca? Dígamelo usted, aunque lo sospecho.

Cristeta. De boca de mi padre.

Claudio. ¡Imposible!

Cristeta. ¡De boca de mi padre, Claudio!

Claudio. Y ¿quién ha engañado a su padre de usted?

Cristeta. Usted mismo.

Claudio. ¿Yo había de acusarme ante él de esas fechorías? No, Cristeta, no; el juego está ya muy claro para mí. Y voy a convencerla a usted de que su padre ha sido engañado por interés ajeno. ¿No le ha dicho, entre tantas culpas, que acabo de entregarle una importante cantidad que me dió a cobrar esta mañana?

Cristeta. *Sorprendida.* No; nada me ha dicho de eso.

Claudio. Pues, según me afirmó, a poner esa cantidad en manos de usted había ido él ahora. ¡También miente, por lo que voy viendo, el general de Caballería!

Cristeta. ¡Claudio! ¿Qué habla usted?

Claudio. Perdóneme, Cristeta, si me he expresado en forma poco respetuosa. No he querido ofenderle. No he querido más que defenderme yo. Su padre de usted es un caballero incapaz de mentir; pero Jacinto Lozoyuela es un pícaro disfrazado de señorito, capaz de calumniarme.

Cristeta. ¿Jacinto? Y ¿por qué había de calumniarle a usted Jacinto?

Claudio. ¡Ah!…

Cristeta. No lo entiendo. Jacinto se unió a mí para favorecerle a usted.

Claudio. ¿Usted cree que se unió para eso?

Cristeta. ¿Para qué, si no?

Claudio. No soy yo quien ha de decírselo.

Pausa: se miran. Cristeta ve claro en un segundo en la taimada conducta del amigo.

Cristeta. ¡Pícara vida! ¡Con lo hermosa que es la verdad!…

Claudio. Para los buenos.

Cristeta. Al cabo, para todos. Sólo la verdad puede labrar algo perdurable. La mentira no tiene cimientos. Y el camino de la verdad es siempre el más seguro, aunque esté más solo, porque nadie cree nunca que vamos por él.

Claudio. Pues sígalo usted para averiguar mis delitos en esta casa.

Cristeta. Ya creo estar en él y verlo hasta el fin. Pero, sea como sea, Claudio, le repito ahora lo que tantas veces le he dicho: ¡no se burle usted de su suerte!

Claudio. ¿Qué suerte? ¿La de haberla hallado a usted en mi vida?

Cristeta. La de haber nacido con sus cualidades… Fuerte, simpático, animoso, con talento…

Claudio. ¡Tener talento aquí es una desgracia!

Cristeta. ¡Qué tontería!

Claudio. Una desgracia; porque es como ser cuerdo en tierra de locos.

Cristeta. También debe curarse de esa candorosa vanidad, tan insolente.

Claudio. ¡Ja, ja, ja! ¡Yo mismo me río de ella! Mi única vanidad legítima, de la que lejos de reírme me enorgullezco, es otra.

Cristeta. ¿Cuál?

Claudio. Tampoco he de decirlo yo.

Nueva pausa. Vuelven a mirarse.

Cristeta. ¡Pícara vida!

Claudio. ¿Otra vez?

Cristeta. ¡Y siempre, Claudio; siempre!

Claudio. Pero en este momento no es pícara: es bella. Por momentos así vale la pena de vivirla. ¿Verdad?

Cristeta. ¿Usted lo cree?

Claudio. Y usted también, Cristeta. Dice el mamarracho de Voltaire que él mal tiene alas y el bien va a paso de tortuga ¡Je! Voltaire, que asustaba a nuestros abuelos, hoy no pasa de ser un niño malo que dice picardías. El que tiene alas es el bien y no el mal; y el bien ahora es usted… eres tú, Cristeta, que, tan suave aparentemente, vienes a mí con el ímpetu de los vendavales, me elevas y me salvas.

Cristeta. ¿Lo crees así, Claudio? ¿Lo esperas así?

Claudio. ¡Así lo espero! Y más te diría… si me atreviese a pensar lo que estoy sintiendo.

Cristeta. Pero ¿no te atreves?

Claudio. No.

Cristeta. ¡Yo, sí!

Claudio. ¡Cristeta! ¿Tú, sí?

Cristeta. ¡Yo, sí! Y porque me atrevo quiero que seas bueno, que olvides lo que fuiste, que merezcas lo que ya te ofrezco… lo que ya te doy. Y esto no te lo pido por ti, Claudio, sino por mí… ¡No seas tú el que pudra las raíces de lo que yo quiero sembrar! Porque he perdido mi voluntad al conocerte; porque sueño con tu redención como en una gloria de mi alma; porque acaso estás tú discurriendo una mala acción… y ya estoy yo pensando cómo he de disculparla y absolverla…

Insensiblemente han ido atrayéndose, acercándose, y en este instante juntan sus manos. Pero es sólo un instante. Don Marciano vuelve inopinadamente por el foro a tiempo de verlos. Ellos se separan desconcertados.

Don Marciano. ¿Eh?

Silencio. Don Marciano mira a Claudio acusándolo, queriendo confundirlo, y a su hija, interrogándole.

Cristeta. Pronto has dado la vuelta.

Don Marciano. Sí. No sé quién me dijo al oído que donde tenía que hacer era en mi casa. Déjame hablar con este hombre.

Cristeta. Bien; yo me iba ya a la calle… Me estaba despidiendo de él.

Don Marciano. Lo celebro. Anda con Dios.

Cristeta. Hasta luego, papá. Hasta ahora.

Se aleja por el fondo. Don Marciano la sigue hasta verla desparecer. Entretanto, Claudio dice para su capote: ***Claudio****. (Es increíble que este fantasmón sea el padre de esa*

hija. ¿Estará seguro?).

Don Marciano. *Volviendo ante Claudio.* Claudio Ginés.

Claudio. Señor mío.

Don Marciano. Una tolerancia inverosímil, una pueril ceguera de esa criatura que se acaba de ir, le abrieron a usted las puertas de mi casa, en mal hora.

Claudio. ¿En mal hora?

Don Marciano. ¿Y osa usted preguntármelo?

Claudio. ¡Oso!

Don Marciano. De esa burla plebeya se va usted a arrepentir en seguida.

Claudio. Sería la primera vez que yo me arrepintiese de algo.

Don Marciano. No me importa. Ha de saber usted que he concebido un drama que tal vez sea una revolución.

Claudio. Mal hecho: los militares no deben sublevarse nunca.

Don Marciano. Los militares y todas las personas de honor nos sublevamos siempre ante la canalla. *La canalla*. Así titularé mi obra.

Claudio. Es un título de cartel.

Don Marciano. Presentaré en ella a esa hez social, a esas barreduras humanas que son el oprobio del mundo. Gentes sin alma y sin conciencia que no saben trabajar ni rezar y se burlan de los que rezan y de los que trabajan. Plebe inmunda que asusta a la bondad, que de ella se esconde temerosa, y que consigue hasta que la misma caridad recele y dude; porque cuando va un caballero a dar una limosna, le hace pensar así: «Guarda, que es podenco. Este mendigo explota miserablemente a ese niño que lleva con él». Y no da la limosna. Esa es la chusma que yo quiero retratar en mi drama y que barrería a cañonazos.

Claudio. Muy interesante. Procure usted documentarse bien para no malograr ese asunto tan bello. Es un hallazgo.

Don Marciano. He vivido demasiado para no haberlo estudiado ya suficientemente. Pues bien —entérese usted, que tiene pujos literarios—: en esa

obra hay una escena fundamental entre un caballero y un tunante.

Claudio. Ya. Como usted y yo, por ejemplo.

Don Marciano. ¡Justo! Y el caballero le dice al tunante:

«Usted es un bellaco; usted es un mal hombre, que se atreve a enamorar a mi hija».

Claudio. ¡Ah, ya! ¡Entendido!

Don Marciano. *Sarcásticamente.* ¿Hasta ahora no, verdad? Pues el caballero le añade al ladrón: «Aquí hay dos caminos para usted… *Arrojándole un sobre cerrado.* O toma ese dinero y con él huye de Madrid… o le meto una bala en el corazón». *Dice esto sacando del bolsillo una pistola.*

Claudio. ¡Magnífico final de acto! Y el pícaro contesta entonces… Vamos a colaborar en esta escenita. *Diciendo y haciendo.* El desheredado de la fortuna, el miserable vagabundo, coge los billetes y se los guarda; pero el poeta, el artista de quien se ha prendado románticamente una mujer, se los tira a usted con el mayor desprecio.

Don Marciano. ¿Eh?

Claudio. No he concluido. Este es el arranque primero; el primer arranque. Ahora bien: el pobre hombre que de pronto va a verse en el arroyo con el día y la noche, vuelve a coger el dinero y a guardárselo; y entonces grita: «Fastasmón ridículo, que quieres comprar mi conciencia y mi libertad con un puñado de billetes: tú ignoras que eso no puede comprarse, porque es de naturaleza que no se vende. ¡Me guardo tu dinero y no me voy!».

Don Marciano. ¿Que no te vas?

Claudio. ¡Que no me voy!

Don Marciano. *Abalanzándose a él.* ¡A escobazos saldrás de aquí!

Vuelve oportunamente Cristeta, que sale por la puerta de la izquierda, y se interpone entre los dos.

Cristeta. ¡Papá! ¿Qué haces? ¡Claudio!

Don Marciano. No fuí dueño de mí: iba a manchar mis manos, hija.

Cristeta. Pero, Claudio, ¿qué es esto?

Claudio. Sencillamente que tu padre me arroja de su casa. Hablaremos, Cristeta.

Don Marciano. ¡Ay de ti, si no me obedeces!

Claudio. ¡Al que pretende mandarme con violencia es al único a quien yo no acato jamás! *Se marcha con aire arrogante.*

Cristeta. ¡Papá!

Don Marciano. ¡Hija! ¡El fango que ese truhan traía en sus plantas iba a salpicarte a ti al rostro!

Cristeta. ¿Y si yo te dijera…?

Don Marciano. ¡No me digas lo que no quiero oír: lo que no puedo oír! ¡Ese hombre indigno…!

Cristeta. ¡Mientras más indigno te parezca, mayor será el triunfo de mi amor, de mi fe!

Don Marciano. ¡En el nombre de Dios, hija mía!

Cristeta. Pero ¿no querías que el amor llamase a mis puertas? ¡Pues ya llama, ya! ¡Y con qué fuerza, con qué ilusión voy a responderle!

Don Marciano. ¡Antes que consentir esa iniquidad, yo mato a ese hombre como un perro!

Anonadado, cae en una butaca. Cristeta va corriendo a abrazarlo.

Cristeta. ¡Jesús! ¡No; no! *Entre lágrimas.* ¡Ya verás como no!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Modestísimo estudio de tres pintorcillos indigentes, pero vanidosos, en el último piso de una humilde casa madrileña. Ventanal al foro. A la derecha, la puerta de entrada. A la izquierda, otra puerta. En las paredes, bocetos de pinturas de tres manos distintas pero de una sola chifladura. Un caballete con un lienzo empezado, que no ve el público; una cama turca, una estufilla, y tres o cuatro asientos, entre pobres sillas y banquetas, amén de los útiles de pintar de los tres «jóvenes maestros».

Es por la mañana, a los dos días del acto anterior.

Emilio Francisco aguarda a su modelo para trabajar y entretanto procura encender la estufilla, con mal resultado.

Emilio. Me parece que esta golfa no tira hoy. Va a ser como tener un tío en Alcalá. Me templaré con el calor de la inspiración… y con el de la pipa. Fumaré doble que de costumbre. *Deja la estufilla, enciende la pipa y contempla luego su obra.* ¡Magnífico retrato, Emilio! ¡Magnífico retrato! ¡No se parece en nada! Por ahí, por ahí… ¿Quién?

Es Claudio Ginés, que llega abstraído, quebrantado, con visibles huellas de cansancio y fatiga.

Claudio. Buenos días.

Emilio. Buenos días.

Claudio. ¿Me he confundido yo o es este el estudio de Feliciano Atienza?

Emilio. De Feliciano Atienza, de otro compañero y de un servidor. Lo alquilamos el mes pasado entre los tres. Y ni aun así nos alcanza para pagarlo. ¿Usted es el famoso Claudio Ginés?

Claudio. ¿Famoso?

Emilio. Famoso… entre nosotros.

Claudio. Sí, señor; yo soy. Y no le digo a usted que para servirle, porque yo no sirvo para nada. ¡Para nada bueno! ¿Es de usted el retrato éste?

Emilio. Mío. Es el retrato de una modelo guapa y muy cariñosa… que protege generosamente a la juventud desheredada.

Claudio. Buen corazón.

Emilio. Una perla. ¿No la conoce usted?

Claudio. No.

Emilio. Salomé la Bonita.

Claudio. ¡Amigo! ¡Lo que es aquí ni la conozco yo ni la conoce nadie!

Emilio. ¿No se parece?

Claudio. ¿Me lo pregunta usted en serio?

Emilio. ¡Es que eso he pretendido!

Claudio. ¡Ah! ¡Entonces, que sea enhorabuena!

Emilio. Gracias.

Claudio. No hay de qué.

Emilio. Ayer estuvo aquí una hermana de ella, y no la conoció tampoco.

Claudio. ¡Ni su madre que hubiera venido!

Emilio. Estoy muy contento. Pienso hacer una réplica.

Claudio. ¿Para qué replicar? ¡Esto no lo discute nadie!

Emilio. ¿Se chunguea usted ligeramente?

Claudio. Unas miajas. Pero le advierto a usted, joven artista, por si lo ignora, que descubren ustedes el Mediterráneo con esa disparatada teoría de que los retratos no deben parecerse. ¡Ya habló de ello Pablo de Céspedes, hace cuatro siglos!

Emilio. Y ¿quién se acuerda de nada ni de nadie de hace cuatro siglos? Para nosotros el mundo empieza ahora.

Claudio. Otra enhorabuena, querido. *Después de un vistazo por las paredes.* ¡Qué barbaridad! ¡Lástima de luz la de este estudio!

Emilio. ¿Por qué?

Claudio. ¡Por lo mal empleada!

Emilio. ¡Esa es una opinión de usted!

Claudio. ¡Claro! ¡Y a lo mejor tendrá usted talento; y podría pintar bien! *Asomándose al ventanal.* Desde aquí se ve el Museo del Prado… ¡Son ustedes valientes!

Emilio. ¡Las cosas! ¡Todo, antes que estancarse, amigo! Hay fórmulas caducas.

Claudio. ¿Sí, eh? También las hay eternas, joven iconoclasta. Los artistas modernos —de todas clases— padecen ustedes una sed delirante, que se quieren templar bebiendo porquerías, brebajes y venenos; y en arte, como en todo, la sed no se calma sino con agua clara. *Señalando al Museo.* Y ésa, está allí.

Emilio. Lo que usted quiera. ¡Hoy se ha despertado usted clásico!

Claudio. No me he despertado de ninguna manera, porque no he dormido esta noche. *Tiende la vista hacia lo lejos, y exclama, sin hacerle caso ya al pintorcillo:* ¡Ay, Madrid, Madrid, tierra de mi alma!… ¡Vivero de sátiras contra tus vicios incontables!

Fabio, las esperanzas cortesanas…

.....

No he de callar, por más que con el dedo…

.....

Déjame, Andrés, que de la Corte huyendo…

¡No todos, sin embargo, son en ti vicios y picardías, Madrid! ¡Algún día Claudio Ginés cantará tu generosidad y tu hidalguía! *Encarándose de repente con Emilio, que lo oía como a un loco, y que en seguida está a punto de creer de veras que lo es.* Bueno; vamos a ver; ¿vende usted este cuadro?

Emilio. ¿Eh?

Claudio. Yo lo compro.

Emilio. ¿Eh?

Claudio. ¿Cuánto vale?

Emilio. No; burlarse de mí, no; esto ya es demasiado.

Claudio. ¿Yo burlarme de un artista que sueña? ¡Usted no me conoce! *De un bolsillo saca unos billetes y se los da.* ¿Estará bien en esto?

Emilio. *Resistiéndose a creer en tanta dicha, pero cogiendo los billetes.* ¿No ha de estar bien? ¡Ahora es cuando me parece que sueño! ¡Ya es de usted el cuadro!

Claudio. ¡Ya es mío! ¡Y no hay más que hablar! Yo sé que los tiempos son malos.

Muchos *Mecomes* y ningún *Mecenas*…

Voy a ver lo que hay por aquí. *Éntrase por la puerta de la izquierda, ante la atónita mirada de Emilio.*

Emilio. Pero ¿le ha tocado a este hombre la Lotería? ¡Trescientas pesetas!… ¡No son prospectos, no; son billetes del Banco! *A Salomé la Bonita, que aparece a punto.* ¡Salomé de mi vida!

Salomé. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes tan alegre? ¡Te echan chispas los ojos, chiquillo!

Emilio. ¡Figúrate! ¡Acaban de comprarme el cuadro!

Salomé. ¿Mi retrato? ¿Qué dices?

Emilio. ¡Lo que oyes!

Salomé. ¿Quién? ¿Un yanqui?

Emilio. ¡No!

Salomé. ¿Un bilbaíno?

Emilio. ¡No!

Salomé. ¿Quién te lo ha comprao, entonces?

Emilio. ¡Abrázate a mí, para no caerte!

Salomé. ¡Ya estoy bien agarrá!

Emilio. ¡Claudio Ginés me lo ha comprado!

Salomé. ¡Vamos, anda!

Emilio. ¡Claudio Ginés! Ahí dentro lo tienes.

Salomé. ¡Muchacho!

Emilio. ¡Mira, mira!…

Salomé. Pero ¿es de verdá?…

Emilio. ¡No le digas nada a Feliciano ni a Tolín! ¡Les voy a dar una sorpresa! ¡Ahora mismo me llego por mi novia y encargo en casa de Parrita un almuerzo de boda! ¡Hasta ahora *Fornarina*! *Echa a correr para la calle, entonando la Marsellesa.*

Salomé. ¡Mi madre! Pero ¿anda por aquí Santa Rita? ¡Lo veo y no lo creo! ¡Pa mí que este perdigón se ha confundido!… ¿Claudio Ginés?…

Reaparece éste.

Claudio. ¿Quién me nombra?

Salomé. ¡Claudio!

Claudio. ¡Lucero! ¿Tú aquí?

Salomé. Yo aquí.

Claudio. ¡Sí; porque lo que es *ahí*… no estás! *Por el retrato.*

Salomé. ¿Has visto?

Claudio. ¡Mira que querer retratarte a ti con líneas rectas! ¿Hay locos en el mundo?

Salomé. ¡Y tú a la cabeza de tos ellos! ¿Es verdá que has comprao este adefesio, Claudio?

Claudio. ¡Y tan verdad! ¿No te ha enseñado el autor los billetes?

Salomé. ¡Si ese es mi asombro! ¿Tan sobrao de ellos andas?

Claudio. Tengo los precisos para lograr un gusto. ¡Quería yo ver la cara de un pintor, que vende inesperadamente el único cuadro que va a vender ya en toda su vida!

Salomé. Pero ¿ese dinero?…

Claudio. Chica, tú que me conoces de siempre: ¿es la primera vez que me acuesto a dos velas y me levanto hecho un magnate? ¡Ay, lucero mío!

Salomé. ¿Qué te pasa, muchacho? Estás ojeroso, desencajao… las manos te arden…

Claudio. Pues tengo frío, nena.

Salomé. ¿Quieres un poco de café? Ahí en una guardilla vive un anarquista italiano que lo hace muy rico. ¿Quieres?

Claudio. No. A menos que en vez de azúcar le eche dinamita.

Salomé. No digas simplezas. ¿Tan desesperao estás? ¿Qué te pasa? *Llevándoselo hacia la cama turca.* Ven aquí, hombre, ven aquí. Siéntate a mi lao. Desahógate conmigo. ¿Te arropo con unos trapajos que tienen ahí estos artistas?

Claudio. No, mujer, no. Yo te agradezco tu cuidado; pero este frío mío es muy de adentro, y no se cura así. Ni sé yo cómo. Ahora me basta con tu compañía.

Salomé. Pues aquí me tienes. Ya tú sabes lo bien que te quiero. Es de toda la vida, Claudio. Me apena verte siempre así, tropezando y cayendo. ¡Con lo que tú vales!… Yo quisiera ser, no tu novia; tu hermana, tu madre, pa ver si sacaba de ti to el partido. Cuéntame lo que te sucede ahora.

Claudio. No sé… No he dormido en toda la noche.

Salomé. ¿Los dineros no te han dejao?…

Claudio. Un poco, no te creas.

Salomé. ¡El rico duerme menos tranquilo que el pobre! Eso ya se sabe.

Claudio. ¡Ay, modelito de mis ojos! No quieras tú saber… no quieras meterte dentro de mí. ¡Qué noche! Huyendo la he pasado.

Salomé. ¿Huyendo? ¿Has hecho alguna cosa mala?

Claudio. ¡No!

Salomé. Entonces, ¿por qué huías? ¿De quién huías?

Claudio. Huía de mí mismo. No quería verme ni escucharme: quería ser otro… y era yo.

Salomé. Por las trazas, esta vez no me han engañao.

Claudio. ¿Qué?

Salomé. Me han dicho de ti una cosa que va a ser verdá.

Claudio. ¡Siempre te dicen cosas de mí!

Salomé. Porque yo me intereso, bobo; porque pregunto; porque me da compasión de ti, Claudio. ¿Se ha enamorao de ti una señorita muy rica?

Claudio. No sé.

Salomé. ¿Cómo no has de saberlo tú? ¿Se ha enamorao?

Claudio. No sé. No sé si cabe en una sola criatura tanta desgracia.

Salomé. ¿Tú la quieres a ella?

Claudio. Sí. Y por eso precisamente me alejo de su lado.

Salomé. ¿Porque la quieres? ¿Quién entiende eso? ¡Si ella se ha enamorao de ti y tú también la quieres a ella!… ¿Qué mejor arreglo pa tu vida?

Claudio. Para la mía, tal vez… Pero ¿y la suya?

Llegan de la calle de improviso Jacinto Lozoyuela y Guzmán.

Salomé. ¿Eh?

Claudio. ¿Quién? ¡Por vida!…

Guzmán. ¿Ves tú como dimos con la madriguera? ¿Conozco o no a mis clásicos?

Salomé. ¡Guzmán!

Guzmán. ¡Tesoro!

Claudio. ¿Qué queréis aquí? ¿A qué venís aquí?

Jacinto. ¡Hombre, no te alborotes! Queremos saludarte queremos verte…

Guzmán. Saber qué tal noche has pasado… ¡Las cosas naturales entre buenos amigos! ¿O es que, porque ahora te rozas con gente adinerada, me vas a preguntar a mí que en qué bodegón hemos comido juntos? ¡Porque podría citarte tantos!…

Claudio. ¡Lo que te voy a preguntar es qué hago con un pillastre que utiliza borradores míos para escribir cartas pidiendo dinero a las personas que me han amparado! ¿Qué hago con él, Guzmán?

Guzmán. ¡Vaya una duda! Lo que has hecho siempre: ¡convidarlo a café con media!

Claudio. ¡Pues ha cambiado mucho el aire desde que no nos vemos, y en lugar del café te voy a dar tres bofetadas!

Guzmán. ¡Y yo te presento las tres mejillas!

Claudio. ¡Hombre!

Guzmán. ¡A mí no hay aire que me cambie! ¡Para ti tengo siempre tantas mejillas como bofetadas me quieras dar!

Claudio. ¡Te reconozco, esclavo! *Abrazándolo.* Eres tú el único truhan de quien me dolía no despedirme.

Guzmán. ¿Despedirte, Claudio? Pero ¿adónde te vas?

Claudio. Es cuenta sólo mía.

Guzmán. Pues éste quiere hablarte.

Claudio. ¿Tú, Jacinto?

Jacinto. Yo.

Claudio. ¿Te atreves?

Jacinto. ¡Claro que me atrevo! ¿Por qué no? Hemos de hablar, Claudio; hemos de hablar.

Claudio. ¡Falta que yo quiera escucharte!

Jacinto. ¡Hemos de hablar, quieras o no quieras!

Claudio. ¡Mira que vas a salir perdiendo!

Jacinto. ¡Con todo!

Claudio. Bien, hombre, bien: hablemos entonces.

Salomé. Pues ahí os quedáis. Vámonos nosotros, Guzmán; que ellos ventilen sus asuntos. Ahora vuelvo yo, Claudio. *A Guzmán.* Ven tú, que quiero preguntarte una cosa.

Guzmán. Vamos, primavera.

Salomé. ¿Cómo tienes a la chica, Guzmán? ¿Se le pasó aquello?

Se marchan.

Claudio. ¡Tú dirás!

Jacinto. ¡Ah! Pero ¿necesitas que yo diga?

Claudio. ¡Naturalmente!

Jacinto. ¿No sabes lo que quiero?

Claudio. En general, sí: vivir al revuelo de unas faldas. Lo que quieres ahora conmigo no lo sé.

Jacinto. ¡Qué cínico!

Claudio. El cinismo, según Oscar Wilde, consiste en verjas cosas como son,

y no como debieran ser. Veámoslas como son: tú eres un pillo y yo soy otro. No hay más.

Jacinto. Y este pillo va a cruzarte la cara.

Claudio. Baja la mano, como te diría el general.

Jacinto. ¡El general! ¡Por el dinero que le has robado vengo!

Claudio. ¡Ja, ja, ja! Jacinto, yo te creía torpe, simple, inhábil, vanidoso; huero… ¡pero tonto de capirote no te creí nunca! ¡El dinero del general!… ¡Vete al mar a recoger un cubo de agua que echaron ayer noche!

Jacinto. ¿Lo has gastado ya, acaso?

Claudio. ¡No!

Jacinto. ¿Lo tienes en tu poder aún?

Claudio. ¡Tampoco! ¡He dado hasta el último céntimo! ¡Regístrame! Lo he dado, ¿te enteras?

Jacinto. *Airado.* ¡Claudio! ¡Eres… eres!…

Claudio. ¿Y tú, qué eres? —como le dice Otelo a Yago—. ¿Qué eres tú? ¿Quién eres tú para pedirme cuentas? ¿Tan pronto pensabas que el dinero del general iba a ser tuyo, que ya te apresuras a cuidar de él?

Jacinto. ¡Ese dinero se te ha entregado a ti para que huyas!

Claudio. Y voy a huir; pero no porque me haya comprado nadie, sino por conciencia.

Jacinto. ¿Conciencia, tú?

Claudio. Mira, Jacinto; la tuya me la sé de memoria: en la mía no te dejo entrar. Entre otras razones porque te ibas a marear allí dentro.

Jacinto. *Cambiando de tono y de táctica.* Bueno, Claudio; no hablemos como dos rivales, como dos enemigos: hablemos en paz.

Claudio. Tú me diste el tono.

Jacinto. La vida nos ha unido en una misma casa. Yo he entrado en ella… —no te lo oculto— por tu ingenio, por tu mediación…

Claudio. ¡No me recuerdes lo que quiero olvidar!

Jacinto. ¿Es cierto que huyes? ¿que te vas de Madrid?

Claudio. Y aun de España me iré algún tiempo.

Jacinto. ¿No volverás, entonces, a aquella casa?

Claudio. He salido para no volver.

Jacinto. ¿Ni a ver a Cristeta?

Claudio. ¿A ti qué te importa? Pero, bueno, sí; ni a ver a Cristeta. ¡No te rías, imbécil!

Jacinto. No he hecho ni el menor gesto, Claudio.

Claudio. Eso te figuras. Pero tu alegría interior ha asomado a tus ojos, y yo la he visto. He oído además yo solo, los cascabeles de tu risa bellaca.

Jacinto. Déjate de insultos, Claudio Ginés. Estábamos hablando como buenos amigos.

Claudio. Sí; es verdad. ¡Ay!… Jacinto, estoy deshecho. *Se sienta abatido.*

Jacinto. Eso sí que se te conoce a ti en la cara.

Claudio. No eres tú el interlocutor que yo querría para esta confidencia; pero óyeme. Cristeta…

Jacinto. ¿Qué?

Claudio. Cristeta tiene el don divino de convertirme. Asegura Séneca…

Jacinto. ¡Hombre, deja a Séneca ahora!

Claudio. ¡No me da la gana! ¡La noche en vela me ha encendido la erudición barata! Asegura Séneca que no puede tener el alma un color y el ingenio otro. Una de tantas tonterías como dijo Séneca, a quien valen los siglos y las muchas que también han dicho otros sabios después. Yo me tiño el alma y el ingenio del mismo

color siempre que se me antoja. Para todos he sido y soy un histrión; pero ante Cristeta no sé mentir: sus ojos me descubren siempre a mí mismo; y a su luz de milagro, me doy a una lealtad sin sombras. Quizá en estos momentos lean una carta en que le digo adiós; en que me despido con sinceras palabras, no usadas por mi pluma pecadora jamás: palabras nuevas, limpias, blancas como el armiño, inventadas o nacidas en mí para esta ocasión.

Jacinto. ¿De veras te despides de ella?

Claudio. ¿Tú no lo entiendes, eh? Pues me despido, sí; me despido, y le digo por qué me voy… ¡Pero no te alegres ahora tampoco, porque también le digo quién eres tú!

Jacinto. ¿Qué?

Claudio. ¿Te asombras? ¡Eres ahora más tonto que nunca! Si la quiero y me quiere, y por no mancharla me alejo de ella, ¿habría de irme sin descubrirte, vividor? ¡Ella sabe de sobra quién eres tú; pero yo se lo confirmo, con una airada saña, con un gusto insensato!…

Jacinto. ¡Canalla!

Claudio. ¡Canalla, claro es! Ya te lo dije antes: somos dos granujas, dos pillos: uno tú y otro yo. Y de un pillo así, ¿qué puede esperar otro más que un honrado compañerismo? ¡Concertarse para nada con Monipodio tiene tales quiebras! ¿Comprendes, Jacinto?

Jacinto. ¡Lo que comprendo es que debiera ahogarte!

Claudio. Pues mira, te dejo: hazlo; no vaciles. Harás algo bueno en tu vida. ¡Y en el infierno te pagaré el favor!

Jacinto. ¡El favor!…

De pronto Claudio, al mirar hacia la puerta de la derecha, por donde de improviso ve venir a Cristeta, con Salomé y Guzmán, exclama estremecido: ***Claudio****. ¿Eh? ¡Cristeta! ¿Quién te trae aquí?*

Y huye como avergonzado por la otra puertecilla.

Cristeta. *Dentro aún.* ¡Claudio! *Apareciendo, seguida de los otros.* ¡Claudio!

Jacinto. Cristeta…

Cristeta. No es con usted con quien vengo a hablar.

Jacinto. Bien; pero yo…

Cristeta. Déjeme.

Jacinto. Es que me creo en el deber de decirle…

Cristeta. ¡Déjeme!, se lo ruego. Vaya, ¡se lo mando!

Jacinto. *Respetuoso.* No es menester, Cristeta. El ruego basta. Ya veré a usted en mejor ocasión.

Guzmán. *Acompañándolo benévolamente y dándole su amistoso consejo.* Tren perdido, muchacho. No te emperres. Déjate de expresos de lujo. ¡A ver si coges el corto de Guadalajara!

Se va con él.

Cristeta, entre tanto, ha ido con curiosidad hacia la puerta de la izquierda, y luego se vuelve a Salomé para preguntarle:

Cristeta. ¿Podrá huir por ahí?

Salomé. No; no tiene salida. Eso es casi un desván de trastos inútiles; y allá dentro, otro camaranchón. Ya que se ha quedado usté sola, él vendrá. Espérelo aquí. Yo lograré que salga.

Cristeta. Gracias, niña. ¿Por qué ha hecho usted tanto por mí?

Salomé. Por cariño a él. Cariño puro, bueno: su madre, su hermana, su amiga… *Éntrase.*

Cristeta. *Interrogándose, en su tribulación.* ¡Cristeta!… ¿Adónde vas?

Aparece Claudio.

Claudio. Cristeta, ¿por qué has venido aquí?

Cristeta. Pues ¿no estás tú aquí, Claudio?

Claudio. ¡Qué orgullo y qué dolor que me sigas!

Cristeta. ¡Qué espanto que me huyas! ¿Por qué huyes de mí, Claudio?

Claudio. ¡Porque debo huir!

Cristeta. ¡No!

Claudio. ¡Sí! ¡Me aterra ligarte al horror de mi vida!

Cristeta. Cámbiala, que puedes cambiarla. Por mí, puedes cambiarla. Yo te ayudo. Creo en ti, Claudio; creo en ti.

Claudio. No creas; no creas. Te merezco, si acaso, un instante: cuando te veo, cuando te oigo. Pero luego, apartado de ti, me arrolla la ola ignominiosa.

Cristeta. Por eso justamente quiero yo tenerte a mi lado; para secar en tu corazón esa ola.

Claudio. No podrás conseguirlo, pobre criatura. Tu amor al bien te enamora de lo imposible.

Cristeta. ¿Imposible, queriendo? ¡No lo hay!

Claudio. Este, sí lo es.

Cristeta. Te repito, Claudio, que creo en ti; en tu bondad, en tu corazón. ¡No te lo escondas a ti mismo! ¿Cómo no he de creer en tu corazón, si sé que el dinero que te dio mi padre para que me dejaras lo has repartido entre los pobres a quienes yo socorro?

Claudio. No he sido yo: has sido tú, aunque por mi mano, quien ha repartido esas limosnas. ¡Has sido tú!

Cristeta. No, sino tú, Claudio. ¿Quién fué a decirte al oído que lo hicieras?

Claudio. El amor que te tengo; el amor que me tienes.

Cristeta. Y si ese amor no es un engaño, ¿cómo huyes de mí?

Claudio. Te lo digo serenamente, con toda nobleza, en mi carta de despedida; te lo he dicho al verte entrar aquí; te lo repito ahora: ¡tiemblo de hacerte mía!

Cristeta. ¿Y eres capaz de ese sacrificio? ¿De quererme y dejarme?

Claudio. ¡Soy capaz!

Cristeta. ¿Pero no es grande, muy grande el sacrificio, Claudio?

Claudio. ¡Ni los libros ni mi propia vida me enseñaron uno mayor!

Cristeta. ¿Ves? ¡Y aún te encastillarás en que no eres bueno! El sacrificio, Claudio, es la prueba mejor de un alma. No eres malo, no; si lo fueras sin remisión, yo no te querría. O quizá sí; acaso más… ¡quién sabe! Pero es la vida, la picara vida, la que nos hace buenos o malos; la que hunde o levanta; la que destroza o crea; la que da la risa o las lágrimas… ¿Hemos de creer malo a un pobre enfermo, postrado entre dolores terribles, si lo oímos maldecir?…

Claudio. ¡Ay, Cristeta! Yo he oído rezar a muchos enfermos y he oído blasfemar a muchos dichosos. La vida podrá cambiarnos más o menos, torcernos el camino o la senda; pero nada puede contra el germen que late en nosotros al nacer a la luz, y que es consustancial de nuestro organismo y de nuestro espíritu: ese germen es indestructible y orienta nuestros actos hasta el final.

Cristeta. ¡No, no! ¡Ese germen también se transforma, Claudio! ¿Vas a negar la redención posible? ¿La salvación de los arrepentidos, de cuantos caen en la lucha y quieren levantarse, hombres o mujeres? ¡El mundo está lleno de ejemplos! ¡Tú eres capaz de redimirte! ¡Lo quiero yo, Claudio! ¡Lo pido yo!

Claudio. ¡Cristeta!

Cristeta. Vendrás a mi vida; te traeré a ella de mi mano. Cambiarás de condición y de ideas: no te complacerás en burlarte de todo ni en despreciarlo todo. La vida no es eso: la vida es comprensión y piedad y ternura; todo el que nace, por el hecho de haber nacido, ya las merece. Déjate llevar adonde te llevo: ¡verás qué fuente de salud, de alegría!

Claudio. *Sonriéndole enamorado.* ¡Qué dulce misionero! Si fueras tú, Cristeta, en vez de ser tú, un fraile barbudo, macilento, que pretendiera ganar mi voluntad y llevarme a su propia ermita a comer lo que diera la tierra y a beber el agua de un arroyo, yo discutiría bravamente con él; yo destrozaría sus sofismas, su torpe dialéctica; pero ante un misionero como tú, con lágrimas en las bellas pupilas de unos ojos que miran besando; con una flor que habla y perfuma todo cuanto me dice; con unas manos que amorosas buscan las mías para arrastrarme a una soñada felicidad… no sé, Cristeta, no sé ya resistirme: se nubla mi imaginación; se anula y

se somete mi pensamiento.

Cristeta. ¿Me prometes obedecerme entonces?

Claudio. Sí.

Cristeta. ¿Me juras que no has de irte de Madrid?

Claudio. Te lo juro.

Cristeta. Hablaremos mucho; hablaremos todos los días, hasta que llegue el que yo espero.

Claudio. ¿Cuál es?

Cristeta. Un día en que tú rías sin sarcasmo, sin rabia, sin avergonzarte luego de haber reído; un día en que tú, en vez de querer alejarte de mí, temas que yo me vaya de tu lado; me busques, me llames…

Claudio. *Subyugado.* Y ¿crees tú que tardará mucho en llegar ese día, Cristeta?

Cristeta. ¡Ay, si hubiera sido el de hoy!…

Claudio. *Abrazándose a ella.* ¡Cristeta!…

Ella se deja acariciar. Cuando él busca sus labios para besarlos, lo aparta.

Cristeta. ¡Quieto, loco!

Claudio. ¡Loco después de oírte!

Cristeta. Podría venir alguien… ¿Dónde estamos, Claudio?… ¿Qué casa es ésta?… ¿Qué estudio es éste?…

Claudio. El de unos pintorcillos audaces… que pintan como quieren… Como tú.

Cristeta. ¿Cómo yo, Claudio? ¡Como tú! En eso eres maestro.

Cristeta, contenta, dichosa, pasea su piadosa mirada por los lienzos que cubren las paredes. Claudio la contempla con melancólica ternura.

Claudio. *Entre sí.* (¡Pobre criatura de mi alma!). *Y estalla en su ánimo de nuevo, imperiosamente, el impulso de huir; la idea de librarla de su sombra.* (¡No puede ser! ¡No puede ser!).

Cristeta. ¿De quién me has dicho que es este estudio?

Claudio. De tres muchachos soñadores. El que más vale de ellos está ahí dentro, en un camastro miserable, muriéndose tísico.

Cristeta. *Apiadada.* ¿Sí?

Claudio. ¡La pícara vida, Cristeta!

Cristeta. ¿Y vale?

Claudio. Mucho, sí. Vale mucho. ¡Nada de esto es suyo, por supuesto!

Cristeta. ¿Y se muere sin remedio, Claudio?

Claudio. Se muere.

Cristeta. ¡Qué dolor! *La llevan sus pasos hacia allá.*

Claudio. *Fingiendo querer detenerla.* ¡No entres, Cristeta!

Cristeta. ¿Por qué no?

Claudio. O entra, si quieres. Verás qué triste cuadro. Una frente pálida, que transpira luz; una respiración fatigosa; unos ojos negros, que casi miran desde el más allá… Parece un Cristo. Te recordará la cabeza de Eduardo Rosales. Y todos los días amanece con el mismo grito: «¡Otra aurora! —exclama el infeliz—. ¡Y yo no la pinto! ¡Cuándo llega mi aurora!».

Cristeta. *Conmovida.* ¡Oh! *Y corre adentro.*

Claudio. *Resolviéndose.* ¡Ahora o nunca! ¡Pobre niña, engañada por tu propia bondad! ¿Ves como los que se engañan son los buenos? ¡Por lo que me quieres y por lo que te quiero, te salvo de mí! *Huye hacia la puerta.*

Guzmán el Bueno, que aparece, le cierra el paso.

Guzmán. ¡Por aquí no!

Claudio. ¿Eh?

Guzmán. ¡Que por aquí no escapas!

Claudio. ¡Pues será por aquí, majadero! *Va a saltar por el ventanal.*

En este momento vuelve Cristeta, a quien acompaña Salomé. Su presencia sobrecoge a Claudio, que se queda como petrificado. Guzmán y Salomé se unen, y los contemplan y oyen en silencio, Cristeta, que acaba de ser víctima de otro engaño, mira primero a Claudio y le habla luego con dolor y amargura.

Cristeta. ¡Claudio! ¿Qué haces? ¿Un engaño detrás de otro? ¿Qué es esto? ¡Y me has jurado!… ¿Qué es esto?

Claudio. *Torturado; vergonzosamente.* El mal y el bien que se disputan una vida.

Cristeta. ¿Tendré que renunciar a todo, Claudio?

Claudio. No sé, no sé… pero temo que sí. ¿No has visto?

Cristeta. Pues si el mal te ha hecho ya tan suyo, si te ha cogido tan fieramente entre sus garras, y si tan a gusto vives entre ellas, haces bien en huir. Te lo agradezco. Vete, salta, huye: descuida, que no te llamaré nunca más. ¡No vuelvas el rostro en la fuga, porque no te llamo! ¡Sería la mujer más necia y más despreciable si té llamara!

Claudio. ¿Lloras, Cristeta?

Cristeta. Sí; pero no te importe. Este llanto es un premio una compensación. Siempre que algo bueno he intentado o he hecho en mi vida, se ha bañado en alegría mi alma. Ahora, padezco, Hoto; como los desheredados, como los miserables… ¡Es un premio, te digo! ¡Vete!

Claudio. ¿Qué me vaya?

Cristeta. ¡Sí!

Claudio. ¿Quieres tú que me vaya?

Cristeta. ¡Sí! ¡Vete!

Claudio. *Sintiendo como en sus raíces la conversión súbita y entera de su ser.* ¡No! ¡Ya, no! ¡Acabo de sentir que ha muerte en mí el germen maldito! ¡Ya no temo! ¡Ya, no!

Cristeta. *Iluminada.* ¿Qué dices, Claudio?

Claudio. Si después de mi última farsa, de esa red que te había tendido para librarme yo —¡para librarme de tus brazos!—, vuelvo a ellos arrepentido y como tú querías, ¿me rechazarás?

Cristeta. ¡Rechazarte yo!… Ven a mí; que ahora sí que veo de verdad que me hablas como nunca. ¡Ven a mí!

Claudio. ¡Cristeta!

Cristeta. *A brazada a él.* ¡Salve yo tu vida, Claudio Ginés o hundas tú la mía, ya no tenemos otro camino que éste!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial. - Madrid, noviembre, 1932.

LOS EMBUSTES DE PEPITÍN

MONÓLOGO

Estrenado en el **Teatro Beatriz** el 29 de enero de 1933
por Josefina Díaz

LOS EMBUSTES DE PEPITÍN

I

Los cuatro nietecillos se sentaron y acomodaron en torno de la abuela, disputándose el sitio, como las gallinas al acostarse. Por aquello de déjame aquí, quítate tú, esta silla es mía etcétera, etc., hubo entre ellos algazara y gresca, y aun algunos sopapos. Al fin todo quedó satisfactoriamente resuelto. La abuelita, que se hallaba muy cerca del hogar, sintiendo el confortante halago del calor de las inquietas llamas, que jugaban como apostándose a cuál consumía primero un tronco de leña, una vez que se cercioró de que el pequeño concurso estaba silencioso y atento, pendiente de sus labios, soltó la voz, un tantico temblorosa ya. Y muy segura de la lección, que sabía de memoria, habló de la siguiente manera.

II

Érase que se era un niño muy embustero, muy embustero; tan embustero, que dijo una vez que se había comido un tomate del tamaño de una calabaza; y otra vez que tenía en su casa un gato que cantaba: «¡Al alimón, al alimón, la fuente se ha caído!…». ¡Un gato cantando! ¿Queréis mayor mentira? En fin, no decía una palabra de verdad. Vivía este niño, que se llamaba Pepitín, con una tía suya, vieja y arrugada como una castaña pilonga, pero que lo quería muchísimo y era además muy digna de respeto. A esta buena señora la entristecía sobremanera el vicio de su sobrinito, y no hallaba forma humana de remediarlo. Paseaba un día por el campo su tribulación, y fatigada de la caminata, sentose en un tronco caído a reposar un poco, para regresar luego a su casa antes que llegase la noche, cuando percibió que alguien se acercaba cantando. Extendió la vista por todo el paraje y no encontró bicho viviente. ¿Quién diablos cantaba? Ella no lo dijo así, ya que la voz no parecía de ningún diablo, sino más bien de ángel; fina, aguda y tan que penetraba el corazón. Y se desojaba la viejecita oteando y buscando por el contorno a la persona que daba al aire aquella cantinela tan encantadora… ¡y nada! ¡Nadie! Pero, señor ¿quién canta? Porque la voz se escuchaba cada vez más cerca. Parecíale a la buena mujer unas veces que bajaba del cielo, y que el cantor, se escondía en una nube hecha jirones, que al ponerse el sol iba cambiando de colores; otras, que subía de la tierra, y que no serían sino las propias florecitas silvestres las que cantaban; otras, en fin, que brotaba del propio tronco donde ella se sentó a descansar… Esto le dió miedo y se puso de pie… La voz sonaba ya como si el dueño o la dueña de ella estuviese a dos pasos. La viejecita, asustada, trémula, saboreó y entendió entonces el romance, porque tal era la canción que decía así:

«Sólita voy por los campos,

sólita por la ciudad,

nada temo ni me asusta

que nadie me ha de matar.

Zumben sobre mi cabeza

truenos de la tempestad,

que yo seguiré mi marcha

entonando mi cantar.

Si cayese y me abrasase

un rayo de Satanás,

de entre mis propias cenizas

mi voz eterna saldrá.

Al desbordarse los ríos

aumentando su caudal,

valles, colinas y montes

en su furia anegarán;

pero mi cuerpo divino

tampoco sucumbirá,

y, Jesús sobre las aguas,

seguiré mi caminar.

Malhechores y bandidos

me acechan en su maldad;

sedientos de la mi sangre

me quieren asesinar.

A un roble amarran mi cuerpo,

se burlan de mi ansiedad;

y dardos, flechas y balas

hacen mi sangre brotar.

Y cuando me juzgan muerta

ebrios de orgullo se van;

pero yo mis ligaduras

logro al cabo desatar…

Si me duelen las heridas

el viento las sanará,

y sigo por los caminos,

y sigo con mi cantar…

De esas noches en que el hombre

teme que no acabarán,

yo soy la aurora segura

que expende su claridad.

Forjada de duro hierro

no hay quien me pueda cambiar;

no hay fragua, ni fuego hirviente

que tuerza mi voluntad.

Unos me quieren y adoran

como ninfa celestial,

otros tratan de enterrarme

por toda la eternidad.

Contra los muchos peligros

de la tierra y de la mar,

más que mi paso mi vuelo

al mundo consolará.

Sólita voy por los campos,

sólita por la ciudad,

nada temo ni me asusta

que nadie me ha de matar.»

Y se apagó la voz divina y su eco misterioso. La viejecita daba diente con diente, absorta ante caso tan extraño y desconcertador. No obstante, embelesada por la propia cantata, que la hacía trasudar y estremecerse, era dichosa. Adivinaba ella no sabía qué de sobrehumano y de milagroso en la singular aventura. Se rehízo, y ya se decidía, más animosa, a emprender su regreso pensando que al referirle lo ocurrido a Pepitín, era el propio mocoso el que le iba a llamar a ella embusterísima, cuando de repente, en un abrir y cerrar de ojos, como si fuese una mariposa, que no se sabe ni adónde va, ni de dónde viene, ni de qué mata o de qué flor salió, se le apareció una muchacha preciosa… Los cabellos de oro, los ojos como dos luceros, las manos muy cuidadas y un vestido hecho todo de flores, por entre las cuales se veían unas carnes rosadas y finas.

—¿No me conoces? —preguntó a la vieja, embobada frente a su belleza.

—No te conozco. ¿Eres por ventura la que cantaba?

—La misma, doña Cotufina.

—Ah, ¿tú sí me conoces a mí?

—Ya lo ves. Eres la tía de Pepitín, el embustero, y sufres porque no puedes

corregir la fea costumbre de tu sobrino. ¿No es así?

—¡Así es! —afirmó la viejecita entre suspiros. Es incorregible; cada día está peor. Esta mañana me ha dicho que ha visto a un ratón abriendo un paraguas, porque llovía a cántaros. ¿Y tú, quién eres, que así me conoces?

—Yo soy la Verdad —respondió la bella criatura—. Y si quieres curar radicalmente a tu sobrino, toma esta sortija; pónsela en un dedo a Pepitín, y cada vez que diga un embuste le crecerá la nariz dos pulgadas. Y como no querrá verse tan narigudo y feo, se enmendará.

—¡Ave María Purísima! —exclamó la vieja—. ¿Y no volverá la nariz a ponérsele de su tamaño?

—¡En cuanto no diga mentiras!

—¡Ah! ¡Bueno es eso!

Vaciló la viejecita, sin embargo, ante tan extraño remedió; pero estaba tan harta de las bolas del bribón del sobrinito, que decidió probar fortuna. Conque fué a su casa y llamó a Pepitín.

—Mira, Pepitín —le dijo—; mira qué sortija me he encontrado en la calle. Verás qué bonita está en tu mano.

Se encantó el mocoso con el inesperado regalo de la tía y se lo encajó en el dedo meñique. Llegó en esto un vecinito de su edad, el cual se quedó al ver la joya muertecito de envidia.

—¿Quién te ha traído esa sortija? —le preguntó, celoso y boquiabierto.

—¡El Papa! —contestó Pepitín.

Decir el Papa y sentir que la nariz le crecía, todo fué uno.

—¿Cómo el Papa? —replicó doña Cotufina aterrada, viendo que empezaba a confirmarse lo anunciado por la linda muchacha que le dió la sortija. ¡No mientas! ¡Di la verdad! ¿Quién te la ha traído?

—¡El Papa! —insistió impertérrito Pepitín—. ¡El Papa, que venía montado en un camello, y traía un mono rabón, que le iba espantando las moscas con el rabo!

¡Bueno! La nariz de Pepitín, con este nuevo embuste, creció cuatro pulgadas de una vez y era ya un chorizo de Pamplona. La vieja y el vecinito lloraban al ver aquel fenómeno. Y Pepitín, al mirarse de pronto en un espejo, rompió también a llorar amargamente. Pero tan arraigada se hallaba en él la fea costumbre de mentir, que se rehízo en seguida, y dijo con el mayor aplomo: —¡No llores, tita; no llores, Joselito: si esta nariz es de cartón y se la he comprado yo a un viejo que vende narices que él roba por las noches!

La de Pepitín, con esto, aumentó de tal suerte, que daba espanto verla. ¡Era ya de este porte! A Pepitín no le alcanzaba el brazo para hurgarse en ella ni para rascarse en la punta.

Desolada la tía, corrió al campo, a buscar a la niña del vestido de flores. Y la encontró cantando risueña.

—Mi sobrino —le dijo— tiene ya una nariz que se la puede liar al cuello como una bufanda. ¿Qué remedio me das para él?

—El único que puedo darte, ya te lo advertí: que no mienta.

—Y si sigue mintiendo, ¿le seguirá creciendo la nariz, aunque le quite la sortija?

—¡Seguro!

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué he hecho yo? ¡En vez de un sobrino voy a tener una tubería para el cuarto de baño!

Vió la hermosa doncella tan acongojada a la pobre mujer, que le pidió que la llevase a presencia del niño. Y allá fueron.

Quedose Pepitín como alelado contemplando a aquella preciosa criatura que parecía cosa del cielo, la cual le dijo: —Yo soy la Verdad. ¿Te gusto, Pepitín?

—¡Mucho! —contestó el niño embelesado. Y como de verdad le gustaba, en lugar de crecerle más, le menguó un palmo la nariz.

—¿Quién te ha regalado esa sortija? —le preguntó luego la joven.

—La tita, que me dijo que la encontró en la calle.

Y la nariz se encogió otro palmo.

—Y tú, que ya conoces la Verdad, ¿la dirás siempre?

—¡Siempre!

—¿Me querrás siempre?

—¡Siempre! —gritó entonces con sinceras lágrimas en los ojos la arrepentida criaturita.

Y por ser verdaderas sus palabras, la nariz se le quedó de pronto tan bonita como la tenía antes de ponerse la sortija mágica.

La cual sortija se llevó la hermosa Verdad otra vez; la tita dió gracias a Dios por aquel prodigio, y Pepitín tomó tanto miedo a las mentiras, que jamás volvió ya a salir ninguna de su boca. Hasta tal punto quedó corregido, que un día que doña Cotufina le dijo a una visita que en su mesa había siempre tres postres, cuando bien sabía Pepitín que no había más que uno, le gritó; —Tía, tía; ¡que te van a crecer las narices!

Y ya cuando fué mayorcito, compuso unos versos muy graciosos que no eran sino un diálogo de su tía con él en recuerdo del pasado y terrible lance. Y eran de este modo:

—Yo tengo de una batalla

cuatrocientas cicatrices…

—Calla, mentiroso, calla

que te crecen las narices.

—Al puerco le da el porquero

dulces en vez de maíz.

—Que no mientas embustero,

que te aumenta la nariz.

—Ayer me tomé un repollo

y hoy me han salido lombrices.

—¡Válgame Dios y qué embrollo!

¡Ya tienes dobles narices!

—Cogí en el campo un pepino

con seis metros de raíz.

—Pero ¿no notas, indino,

que se alarga tu nariz?

—Mi padre en el desayuno

se engulle doce perdices.

—¡Ay que grandísimo tuno!

¡No ganas para narices!

—Con una escoba y pintura

yo he pintado ese tapiz.

—¡Que no mientas más criatura!

¡Oh, que espanto de nariz!

—Ayer vino a verme el Conde

de Chichapinpuntarices.

—¡Madre del Señor! ¿adónde

van a llegar sus narices?

—Esta mañana un vencejo,

gritaba: «¡Yo soy feliz»!

—¿Si? ¡Pues mírate al espejo

y ya verás tu nariz!

—Yo cazo con mi escopeta

millones de codornices...

—Pues yo tomo una rabieta

con cuantos embustes dices,

y me voy a hacer calceta

por que no me martirices,

¡y que te lleve Pateta

con cien pares de narices!

FIN

UN PREGÓN SEVILLANO

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro Español**, de Madrid, el 24 de abril de 1933, en función organizada por la Cámara Oficial del Libro

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Reglita. Milagros Leal. Manola. Elvira Noriega. Don Isidoro. Pedro Zorrilla. Caliche. Mariano Azaña.

UN PREGÓN SEVILLANO

Modesta habitación en casa de don Isidoro, en Sevilla. Sendas puertas a derecha e izquierda. Balcón al foro, que da a la calle. Muebles adecuados.

Es por la tarde, en primavera.

Reglita, hija de don Isidoro, y su vecinita Manola, cosen junto al balcón. Aunque este entremés es actual, esto no significa un anacronismo: todavía quedan en Sevilla muchachitas que cosen en casa.

Reglita. ¿Tú has visto una cosa más triste que pasa una semana sin dinero, Manola?

Manola. Sí, Reglita: más triste es pasá un mes.

Reglita. *Suspirando.* ¡Ay! ¡Dichoso dinero! ¡La de cosas que arregla… y que desarregla en este mundo!

Manola. Arregla más que desarregla, tú.

Reglita. Pero siempre sirve. El dinero no se despresia más que en las comedias cursis. «¡Hija!». «¡Padre!». «¡No quieras a ese hombre por el dinero! ¡La felisidá es esta otra!». Un ofisinista con rodiyeras en los pantalones y las suelas rotas. ¡Que no, hombre, que no!

Manola. Y ¡con qué poquito dinero basta en ocasiones pa sé feliz! Por ejemplo, esta tarde: ¡lo a gusto que estaríamos nosotras dos en el sine, si tuviéramos cuatro pesetas ahora mismo!

Reglita. No me hables del sine; que hoy dan por última vez en el Yorén esa película tan sélebre de *El ladrón de besos*, y me voy a quedá sin verla.

Manola. ¡Ay, *El ladrón de besos*! ¡Es verdá! Yo también quería verla, Reglita. Disen que es presiosa.

Reglita. Tú calcula, por el asunto: un hombre que en lugá de roba dinero roba besos. ¡Y creo que acaba miyonario!

Manola. Y ¿dura mucho?

Reglita. ¿El hombre?

Manola. La película.

Reglita. Lo comente; pero, aunque fuera corta: aprovechando bien el tiempo, ¡en diez minutos se hase una fortuna!

Manola. Hay que vé esa película, niña. ¿De dónde sacaríamos cuatro pesetas?

Reglita. ¿Por qué no bajas y se las pides a tu madre?

Manola. ¿A mi madre? ¡Mi madre está ya a fin de mes!

Reglita. ¿A fin de mes y estamos a sinco?

Manola. ¡Pues ya está a fin de mes! ¿Y tu padre, no nos las daría?

Reglita. ¡Qué sé yo! Pero lo primero es que ya se ha ido y no volverá hasta la noche. Y lo segundo, que, si no a fin de mes, está lo menos a veintisinco.

Manola. ¡Vaya por Dios! ¿Cómo nos las compondríamos nosotras?…

Reglita. ¿Cómo nos las compondríamos…?

Pausa. En la calle, a lo lejos, se oye a Caliche pregonar: ***Caliche****. ¡Sombreros, muebles, libros… y los paraguas viejos que vendé!*

Reglita da un salto de alegría.

Reglita. ¿Has oído, Manola?

Manola. ¿El pregón de Caliche? Sí. ¿Es quisá que tienes algo que venderle?

Reglita. ¡Si por eso me alegro! ¡Este hombre viene como avisao! ¡Tres o cuatro cosas tengo ahí!

Se asoma al balcón.

Manola. ¡Yámalo, no vaya a echa por otra caye!

Reglita. No; que viene pa acá.

Manola. *Asomándose al balcón también.* ¡Yámalo!

Reglita. ¡Caliche!

Caliche. *Pregonando más cerca.* ¡Sombreros, muebles, libros… y los paraguas viejos que vendé!

Reglita. ¡Caliche, suba usté! ¡Suba usté un momento!

Manola. ¡A vé si le sacamos pa el sine!

Reglita. ¡Vamos a vé si tenemos grasia! *Vase por la puerta de la derecha.*

Manola recoge la costura.

Manola. ¡Ay, que me veo viendo *El ladrón de besos*! Pero ¡qué cosas hase la casualidá! Está una suspirando por un caprichito, y de pronto… ¡sas! ¡Caliche! Un premio al trabajo viene a sé esto.

Y llega Caliche con Reglita.

Caliche es un pintoresco muestrario ambulante de cuanto pregona. Trae, sobre el suyo, dos o tres sombreros, encajados unos en otros, un par de paraguas inútiles al brazo, un marco sin cuadro, y al hombro, unas alforjas con algunos libros.

Caliche. Presisamente ayé me ha caío a mí la Lotería: de no que estoy en fondos. A vé qué tesoros son esos que quiere usté venderme. *A Manola.* Buenas tardes, niña.

Manola. Buenas tardes, Caliche.

Caliche. Pero debo hasé una arvertensia.

Reglita. ¿Cuá?

Caliche. Que aunque me haya tocao la Lotería, si me van ustés a vendé los ojos, yo reconozco que no me ha tocao lo bastante.

Reglita. Pues esté usté tranquilo, que no son los ojos. Porque usté no pregona tampoco que compra ojos.

Caliche. ¡Pero pregono que compro libros! Y ¿dónde habrá libros más

bonitos que los ojos de una mujé?

Manola. ¡Ja, ja, ja!

Reglita. ¡Ja, ja, ja!

Caliche. Lo dijo Salomón. Y si no lo dijo Salomón fué que se le pasó por arto. ¡Ole las cuatro niñas más guapas de Seviya!

Reglita. ¿Viene usté borracho, Caliche? ¿Ve usté cuatro donde somos dos?

Caliche. ¡Son ustedes seis! Las cuatro niñas de los ojos… y las dos niñas que los manejan… pa martirio de uno.

Reglita. No se entusiasme usté, que se le van a caé los sombreros.

Caliche. ¡Mientras no se me caigan los párpados!… Pero dejaremos toa la impedimenta pa hasé er trato con mayó desahogo. *Suelta cuanto trae encima.*

Reglita. Voy yo por las cosas. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Manola. El trato hay que haserlo con mucha consiensia, Caliche.

Caliche. ¿A un hombre como yo va usté a desírselo? La consiensia tiene que está más en er vendedó que en er compradó. Que no se le orvide a usté esto. ¡Miste que yevo una semana!… Pa haberla regalao.

Manola. ¿Sí, eh? ¿A pesá de la Lotería?

Caliche. A pesá de la Lotería y aunque usté lo dude. Me han engañao tres veses: las que San Pedro negó a Cristo; antes de que er gayo cantara. ¡Y han sío mujeres las que me han engañao! ¡Conque usté verá si voy yo a andá con ojo!

Manola. ¡Que lo han engañao!… ¡Qué cosas sueña usté, Caliche!

Sale Reglita. Trae en la mano un sombrero de copa sin tapa.

Reglita. Vamos a vé, Caliche. ¿Qué me da usté por esto?

Caliche. *Tomándolo en la mano.* ¿Por esto? Y esto ¿qué es? Reglita. ¡Ay qué grasia! ¡Una chistera! ¿No la está usté viendo?

Caliche. Esto es un poso, niña. ¡Da mieo mirá pa dentro! ¡Se comprende er

sinsombrerismo!

Reglita. No tanto, hombre: no la despresie usté. Le pone usté a esta chistera una tapa y queda como nueva.

Caliche. Pero ¿quién usa ya estos chismes?

Reglita. ¡En los entierros!

Caliche. ¿En los entierros? ¡Como un individuo se ponga esto en un entierro ahora, hasta er muerto se ríe de é!

Reglita. Bueno, ¿qué me da usté por eya?

Caliche. Las grasias.

Reglita. ¿Las grasias?

Caliche. ¿Le paese a usté poco? ¡Si debía usté dármelas a mí si me la yevo! ¿No tiene usté otra cosa que vendé, hija mía?

Reglita. Sí, señó; dos cosas más tengo; pero si empesamos así…

Caliche. Vamos a verlas y luego apresiaremos er lote.

Reglita. Vamos a verlas. *Vuelve a marcharse al interior.*

Caliche. *Dándole vueltas a la chistera:* No le veo compostura: palabra de honó. ¡Como no le recorte el ala y haga un manguito!…

Manola. Ya usté se ingeniará pa sacarle los cuartos.

Caliche. Mucho ingenio hase farta, niña.

Sale Reglita nuevamente. Trae ahora una silla con el asiento roto y una pata de menos, y la armadura de un paraguas. Manola, al verlas, exclama desilusionada entre sí.

Manola. (¡Jesús! ¡Nos quedamos sin sine!).

Reglita. Aquí tiene usté.

Caliche. *Soltando el trapo a reír.* ¡Pfff!…

Reglita. ¿De qué se ríe usté, de la siya?

Caliche. ¿De qué siya? ¿Esto es una siya?

Reglita. ¡Una siya! ¡Que le falta una pata, señó!

Caliche. ¡Y el asiento! Vamos, ¡que le farta la siya! ¿Y esto otro ha sío un paraguas?

Reglita. ¡Y lo es! ¡Póngale usté el forro!

Caliche. ¡Póngaselo usté… y entonses sí será un paraguas! ¡Lo que es así no es más que un pretesto pa no salí de casa si yueve!

Reglita. Bueno, bueno; no discutamos. ¿Qué me da usté por las tres cosas?

Caliche. ¡La enhorabuena, si me las yevo! ¡Y eso, por sé usté; que en otra casa me iban a tené que da a mí dinero, ensima!

Reglita. ¡Sí que es usté un aprovechao! *A Manola.* To esto lo dise pa rebajá la mercansía. En serio, Caliche: ¿qué me va usté a da?

Caliche. Pida usté… y veremos entonses.

Reglita. Sinco pesetas, quiero.

Caliche. ¡Toma, y yo! Porque er dinero de la Lotería se va como el agua. ¡Sinco pesetas!…

Reglita. ¡Sinco pesetas! ¡Y es regalao! Otro hombre que pasó ayé por aquí me daba seis.

Caliche. ¡Er carárte seviyano! Ese hombre era un guasón, por muchas tragedias que nos pasen, siempre estamos de broma. Pa terminá: ¿hase en tres perriyas?

Reglita. ¿Tres perriyas ca cosa?

Caliche. ¡Er lote!

Reglita. ¿El lote? ¿Habrá descarao? ¡Qué ganguero! Pero ¿cómo se atreve usté…?

Caliche. ¡Er negosio es er negosio, niña! Lo dejamos si no conviene. Ni siquiera er tiempo hemos perdió; porque hablando con usté y con su amiguita, no se pierde er tiempo; se gana.

Manola. Pero póngase usté un poco en rasón…

Caliche. ¡Que prinsipie por ponerse eya! En fin, pa que no digan ustés que no soy galante. Voy a vorverme loco: un día es un día… Me lo yevo to por dos gordas.

Reglita. No, Caliche, no; no queremos que usté se arruine. Otra vez será.

Caliche. Conforme. *Comienza a recoger sus trastos, y de pronto se detiene y pregunta:* Vamos a vé: ¿y argún librito de esos yenos de porvo y telarañas que tiene su papá de usté…?

Reglita. Pa eso venga usté cuando él esté en casa.

Caliche. Si digo de los que tiene arrumbaos en er saquisamí, que ni siquiera se acuerda de eyos.

Manola. ¿Tiene tu padre libros en el saquisamí?

Reglita. En toas partes tiene mi padre libros. Pero si le vendo uno y se entera, me mata.

Caliche. Y ¿quién va a í a contárselo?

Reglita. Pero ¿usté se cree que no había de echarlo de menos?

Caliche. De esos der saquisamí estoy seguro de que no.

Manola. Dise bien el hombre.

Reglita. ¿Qué hago, Manola?

Manola. Anda ve y tráete uno. Si se entera tu padre… ¡el libro se ha perdío en una mudansa! ¡Acuérdate de *El ladrón de besos*!

Reglita. ¡Ay, *El ladrón de besos*! *Resolviéndose.* Aguarde usté, Caliche. *Y se va por la puerta de la derecha.*

Caliche. He insistido, porque me ha querío paresé que entre las dos buscan

ustés un duro.

Manola. Sí, señó, sí; que lo buscamos.

Caliche. A lo mejó pa í a vé esa película que han nombrao.

Manola. ¡Cabalito!

Caliche. Pos no deben ustés dejá de verla: es una verdadera presiosidá. ¡*Er ladrón de besos*! Se aprende mucho.

Manola. ¡No me ponga usté los dientes largos, Caliche!

Caliche. Ahora, que pa que yo dé un duro por libros viejos voy a tené que yevarme er saquisamí.

Manola. *Asustada de pronto.* ¡Vinge!

Caliche. ¿Qué?

Manola. ¡Él padre de Reglita!

Caliche. ¡Agua! ¡Er casteyano viejo!

En efecto, por la puerta de la derecha llega don Isidoro.

Don Isidoro. ¿Quién ha dejado la puerta abierta? ¡Hola vecinita! ¡Hola, Caliche! ¿Qué haces tú por aquí?

Caliche. Las señoritas, que me yamaron pa enseñarme estas antigüedades.

Don Isidoro. ¡Ah! ¿Y mi hija?

Manola. Pues… pues…

Vuelve Reglita con dos libros, que oculta al ver allí a su padre.

Reglita. ¡Ay!

Don Isidoro. ¿Qué?

Reglita. ¡Papá!

Don Isidoro. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te asustas?

Reglita. Porque… porque como me dijiste que hasta la noche no vendrías…

Don Isidoro. Y ¿qué traes ahí? A ver, a ver… ¡Vamos! Ya estoy al cabo de la calle. Dame acá esos libros. ¿Se los ibas a vender a este… bibliófilo?

Caliche. Don Isidoro, a mí no me yame usté esas cosas. Yo no soy más que un pobre hombre que compra lo que estorba en las casas.

Don Isidoro. Pues en mi casa no estorban nunca ni estos dos libros ni ninguno. Ni ninguno bueno, se entiende. Tú sabes muy bien que yo no vendo libros: lo que hago es comprar todos los que puedo.

Caliche. Pos miste; a propósito: en las alforjiyas traigo yo varios de sustansia.

Don Isidoro. Pues llégate por aquí el domingo. Ahora no puedo entretenerme. Y que tengo que predicarle a mi hija un sermoncito literario.

Caliche. Entonses, aquí hay uno que está de más. Buenas tardes, don Isidoro.

Don Isidoro. Adiós.

Reglita. Vaya usté con Dios.

Caliche. *A Manola, bajo.* ¡La jisimos! ¡Nos ha piyao in fraganti Rodríguez Marín! *Se va por la puerta de la derecha.*

Manola. (¡Nos ha piyao!).

Don Isidoro. *A su hija.* Porque está delante tu amiguita, y comprendo que es algo cómplice en este *crimen* que ibas a cometer, no te riño más duramente.

Reglita. Yo pensé que los libros del saquisamí…

Don Isidoro. Los del zaquizamí están allí porque no tengo otro sitio donde tenerlos. Pero, además, tú no olvides que los libros son como los amigos, estén donde estén. Te pasas un año, dos, sin necesitar dé algunos de ellos; casi ni te acuerdas de que existen… Mas de pronto te hace falta el amigo, y entonces lo buscas… y lo encuentras. Vender un libro que te entretuvo y te deleitó algún día es

como traicionar a un amigo bueno. Yo sé bien, y quiero que lo aprendas tú, que quien ama los libros nunca está ya solo en la vida. Un hombre, una mujer pueden engañarte alguna vez; un libro, no sólo no te engaña nunca, sino que acierta a consolarte siempre. Una casa sin mujer es triste, porque faltan en ella el calor y la luz del amor; sin niños lo es también, porque falta la esperanza, la ilusión del mañana fecundo; pero no es menos triste una casa sin libros, porque los libros son el espíritu de los demás educando al nuestro, la colaboración en el vivir de las almas ajenas superiores. Oye a Quevedo, cuando dijo desde la Torre de Juan Abad:

Retirado en la paz de estos desiertos,

con pocos, pero doctos libros juntos,

vivo en conversación con los difuntos

y escucho con mis ojos a los muertos.

El libro es también un modo de riqueza. Y no porque pueda venderse por cuatro cuartos, como tú ibas a hacer con estos míos, sino porque la persona más pobre que tenga un libro bueno, cuenta con que ya tiene tanto oro como guarden las páginas del libro en sus renglones. Dos poetas paisanos tuyos y amigos míos han cantado el libro muchas veces, y de una de ellas recuerdo estos versos:

«Amigo de los amigos,

amigo del corazón,

quien de amigo te dió el nombre,

¡cuán propio nombre te dió!

.....

.....

Amigo de los amigos,

huésped de predilección,

eres amigo y maestro,

confidente y confesor;

compañero en las vigilias;

en la pereza, aguijón;

en la soledad, recreo,

y en los caminos, mentor,

¡Flor de cien hojas iguales,

relicario evocador,

mariposa multiforme,

amigo del corazón!»

A Reglita le da una «llantina», de la que se contagia Manola.

¿Qué es eso? ¿Vas a llorar ahora? No llores, no. Ni tú tampoco, Manolita. No lo dije por tanto.

Reglita. Le advierto a usté que ha tenido la culpa Caliche. Yo no pensaba vendé libro ninguno.

Manola. ¡Es verdá! Caliche, Caliche ha tenido la culpa.

Don Isidoro. ¡Claro! ¡Caliche! ¡Siempre tiene la culpa de todo el que ya se ha ido! Pero, vamos a cuentas: ¿para qué queríais vender esos trastos viejos y estos libros míos?

Reglita. Pa í esta tarde al sine, papá.

Don Isidoro. ¡Ah! Para ir al cine. Está bien. Está regular. Bien mirado, el cine es un libro abierto a los ojos de las generaciones actuales. Unas veces refleja tremendos folletines y otras veces bellas novelas e instructivas páginas de Geografía y de Historia. ¿Qué película queríais ver hoy?

Se miran las amigas como consultándose. De repente Reglita exclama: ***Reglita****. Dante en el Infierno.*

Don Isidoro. ¡Ah! ¡*Dante en el Infierno*! Entra en la modalidad educadora. Yo os convido; yo os llevo a verla.

Reglita. ¡Papá!

Manola. ¡Don Isidoro!

Don Isidoro. Yo os llevo. Pero habéis de jurarme no atentar nunca más contra mi modesta biblioteca. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Reglita. *Explicándole a la amiga el embuste.* Y luego le diremos que han cambiao la película por *El ladrón de besos*. ¡Pero que no lo sepa hasta que ya esté sentao en la butaca!

Al público

Un aplauso. No a nosotras, que íbamos a malvendé unos libros, sino a papá, que ha dicho lo que ha dicho de eyos.

FIN

Madrid, 7 de abril de 1933.

EL SUSTO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Fontalba** el 28 de abril de 1933

A JOSÉ CABELLO GARCÍA, uno de nuestros primeros amigos, que heroicamente, ha presenciado todos los estrenos de nuestras obras, desde el de Esgrima y amor hasta el de El susto, participando con nosotros de todos los sustos consiguientes.

Con el deseo de que presencie todavía otros ciento ochenta y seis más, SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Dolorcitas. Carmen Díaz. María Manuela. Rafaela Satorres. Celeste. Montserrat Blanch. Tomasa. Carmen León. Ignacio. Vicente Soler. Papá Rafael. Ricardo Simó-Raso. Arturo Rincón. Ricardo Canales. Galea. Miguel Pozanco.

EL SUSTO

ACTO PRIMERO

Un corredor del piso principal de la modesta casa que habitan en Sevilla Dolorcitas e Ignacio, su marido. Paso hacia la escalera, por la derecha del actor, y hacia el interior del piso, por la izquierda. Balcón al fondo, que da al patio. Cerca de él, tirador para abrir la cancela. En el primer término de la izquierda, puerta del despacho de Ignacio. Frente, a la derecha, una ventana que da a la escalera. Paredes de color de heliotropo y suelo de losetas encarnadas. Algunos cuadros, muy sencillos. Muebles, los indispensables en el lugar, que hace de antedespacho. Macetas con plantas y flores.

Es mediodía, en uno de abril.

La escena está sola. Resuena luego abajo el sonoro timbre de la cancela, y a poco sale por la izquierda y se asoma al balcón Celeste, criada de la casa. Es una muchachita de buena familia venida a menos, que hace alarde de su exquisita educación y que se ha visto precisada a ponerse a servir porque ahora está todo muy malo.

Celeste. ¿Quién es?

Arturo. *Abajo.* Gente de paz.

Celeste. ¿Qué se le ofrese a usté?

Arturo. ¿Está don Ignasio?

Celeste. Sí, señó, que está.

Arturo. ¿Se le puede vé?

Celeste. Sí, señó. Tenga usté la bondá de subí.

Tira del tirador, y se oye el abrirse y cerrarse de la cancela.

Unos momentos después aparece por la derecha Arturo Rincón, sombrero en mano. Es hombre como de treinta años, no mal parecido. Viene de americana y sombrero flexible.

Arturo. Buenos días.

Celeste. Buenos días tenga usté. ¿Cómo está usté?

Arturo. Bien… ¿y tú?

Celeste. Yo, bien, grasias. ¿Su familia buena? Siéntese usté. Voy a avisarle al señorito. Aquí estará más cómodo.

Arturo. Igual da.

Celeste. Traiga usté el sombrero.

Arturo. Grasias; no me estorba.

Celeste. De todos modos… *Lo toma y lo deja sobre una silla.* ¿A quién anunsio?

Arturo. Al señor Rincón. Arturo Rincón.

Celeste. Mucho gusto de conoserlo. ¿Es usté por casualidá pariente de los Rincones de Jerez?

Arturo. Que yo sepa, no. ¡Hay tantos Rincones en el mundo!

Celeste. Eso sí. Con su permiso. *Cuando va a marcharse suena de nuevo el timbre de la cancela y se vuelve a asomar al balcón.* ¿Quién es?

Papá Rafael. *Desde abajo.* ¡Abre!

La muchacha obedece, y explica:

Celeste. Es el padre del señorito Ignasio: don Rafaé.

Arturo. Sí; lo conozco. ¿Vive aquí con el matrimonio?

Celeste. No, señó: vive ahí dos casas más abajo. Con permiso de usté. Y usté dispense que le vuelva la espalda. *Éntrase en el despacho.*

Arturo. ¡Qué fina es esta niña! *Pausa.* Ayá veremos si yego con suerte. Que sí yegaré; porque estamos a 13, que es mi día… ¡El corasón me baila un poquito!…

Sale por la derecha Papá Rafael, vejete cómico de traza y de espíritu, gestero y hablador. Cruza hacia la izquierda, y de pronto le llama la atención la presencia de Arturo y se detiene a saludarlo.

Papá Rafael. ¡Hombre! ¿Usté por aquí? Buenos días.

Arturo. Don Rafaé, buenos días.

Papá Rafael. ¿Qué lo trae a usté por esta casa?

Arturo. En busca de Ignasio.

Papá Rafael. Pero ¿también tiene usté tierras de labó y nesesita máquinas agrícolas?

Arturo. No, señó; pero tengo un amigo en Carmona que las nesesita, porque piensa labrá… ¡si lo dejan! Su hijo de usté me ofresió el otro día enseñarme los últimos catálogos…

Papá Rafael. ¡Ah, sí! Verá usté maraviyas. Ignasio representa a las mejores Casas del estranjero. Hay una alemana —no me acuerdo del nombre; pero aunque me acordara no lo sabría desí— que ha lansao hase poco una máquina de milagro. ¡De milagro! Una máquina que ara, siembra, siega, coge, triya… En fin, que no para hasta que saca el pan del horno. ¡La máquina sola! Y la pué manejá un chiquiyo.

Arturo. ¡Qué barbaridá!

Papá Rafael. ¡Pues no acaba ahí! Le toca usté luego a un resorte, y le ajusta a usté la cuenta, de lo que se ha trabajao en el día y de lo que les corresponde al amo y a los jornaleros. Y si hay barruntos de huelga, toca un pito. ¡No sé adónde van a yegá estos inventores!

Arturo. ¡Asombroso, don Rafaé!

Papá Rafael. Asombroso; pero ahí está el busilis del malestá del mundo. Usté calcule: ¡el trabajo de dosientos hombres hecho por una maquinita!…

Arturo. Ya, ya.

Papá Rafael. Como Dios no agrande el planeta, medio mundo parao. Pero, bueno, esto es aparte. Mi hijo se gana la vida vendiendo esas máquinas… ¡no voy yo a protesté! Ahora, que no estoy conforme con un progreso tan disparatao. Mis tiempos eran otros. Lo de la fabricasión por series no va conmigo. A mí me hase las botas un ofisiá de sapatero, pa mí; con hormas pa mí; con materiá de un beserro matao pa mí. ¿Qué es eso de hasé botas al por mayó? ¡Ahí van dos miyones de

botas toas iguales pa media Seviya! ¡Vamos, hombre! ¿Somos de madera? ¿Y el que tenga juanetes o un deíto encorvao? ¿No está usté conmigo?

Arturo. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. ¿Sabe Ignasio que usté lo aguarda?

Arturo. Sí, señó; ha ido la muchacha a avisarle.

Papá Rafael. ¿Seleste?

Arturo. No sé cómo se yama.

Papá Rafael. ¿Le habrá hecho a usté veinte saludos?

Arturo. ¡Sí!

Papá Rafael. Es muchacha de buena familia. Se han quedao sin un cuarto, y la chiquiya tiene que serví. ¡Cosas de los tiempos! Y to su afán es que se note que es de otra clase. Saluda más que esos que cuando van en *auto* quieren que to el mundo los vea. A la disposición de usté. Voy a echa un cachito con mi nuera. ¡Con nadie!

Arturo. Vaya usté con Dios.

Papá Rafael. Mi nuera, que se yeva con el padre mejó que con el hijo. ¡Fenómenos! *Vase por la izquierda.*

Arturo. ¿A quién se lo vas a contá? ¿Estoy yo aquí por otra cosa?

Vuelve Celeste, y deteniéndose en la puerta del despacho, pregunta:

Celeste. ¿Se puede?

Arturo. Adelante, niña.

Celeste. Creía que estaba aquí don Rafaé; por eso preguntaba… Don Ignasio tiene ahora mismo una conferensia telefónica con Madrí. En cuantito la acabe, pasará usté al despacho. Así me ha dicho que se lo diga.

Arturo. Está bien.

Celeste. Pero ¿usté no se sienta?

Arturo. Tiempo tengo luego.

Celeste. Tome usté un periódico pa distraerse.

Arturo. Grasias, mujé.

Celeste. Es el que salió ayé, porque hoy no sale; y el de mañana no viene hasta pasao. ¿Tiene usté algo que mandarle a esta servidora?

Arturo. Nada; muchas grasias.

Celeste. Con su permiso. *Y se marcha por la derecha, procurando no volverle la espalda.*

Arturo. ¡Sí es de buena familia! *Curiosea por el corredor, mirando a uno y otro lado, y luego se sienta a leer el periódico.*

Inopinadamente llega por la izquierda Dolorcitas, la bella esposa del amo de la casa. La aguijonea un malsano propósito, que estorban, no obstante, su propio decoro y su bondad. Al salir y observar a Arturo sonríe maliciosa, Luego se torna seria, como arrepentida. Mira hacia el despacho con coraje; va a retirarse al fin, y en esto repara en ella Arturo, que se levanta a saludarla.

Dolorcitas. ¿Eh?

Arturo. ¿Usté, Dolorsitas?

Dolorcitas. ¿Usté, Arturo?

Arturo. ¿Cómo está usté?

Dolorcitas. No tan bien como usté… Pero ¿es usté de veras? ¡Vamos! Es que me lo dijo mi suegro y no me lo creí…

Arturo. ¿Por qué, Dolorsitas?

Dolorcitas. ¿Viene usté a ver a mi marido?

Arturo. Sí. Los cambios de las cosas, ¿verdá?

Dolorcitas. ¿Cómo?

Arturo. Sí; porque en otro tiempo…

Dolorcitas. ¡Ah! ¿Quién se acuerda…?

Arturo. Yo, por lo visto.

Dolorcitas. Pero ¡qué tonta he sido! ¿Se sienta usté?

Arturo. Cuando usté se siente.

Dolorcitas. A mí me va usté a dispensa, pero estoy muy nerviosa.

Arturo. ¡Entonses!…

Dolorcitas. ¿Qué más da?

Arturo. Yo aquí estoy bien de cualquier manera: sentao, de pie, de rodiyas…

Dolorcitas. ¡Jesús! ¡De rodiyas! ¿Quién lo ha castigao?

Arturo. Mi sino, a lo mejó.

Dolorcitas. ¡Ah, vamos! Pues con el sino no hay más remedio que aguantarse.

Arturo. ¿Aguantarse?

Dolorcitas. ¡Aguantarse!

Arturo. Lo dise usté de una manera…

Dolorcitas. No lo digo más que convensía.

Arturo. Según eso…

Dolorcitas. Según eso, a cada cuá le toca lo que le toca, y Dios en el sielo sabrá por qué. ¿Quiere usté que le dé prisa a Ignasio?

Arturo. ¡No!

Dolorcitas. ¿No lo aguarda usté?

Arturo. Sí; pero no tengo prisa… ahora.

Dolorcitas. Pues yo, ya que lo he saludao a usté, voy a la asotea con mi suegro, que también me aguarda.

Arturo. Espérese usté un poco. Porque supongo que no le molestará…

Dolorcitas. ¿A quién?

Arturo. A su marido…

Dolorcitas. ¿El qué?

Arturo. Verla a usté charlando con un antiguo amigo como yo.

Dolorcitas. ¡Qué disparate!

Arturo. ¿No, eh?

Dolorcitas. ¡Qué disparate! A mi marido, en ese particulá, no le molesta na que usté vea. Está muy seguro de mí. ¡Pero muy seguro! ¡Y de é! No conose usté un hombre más tranquilo.

Arturo. ¿Sí, verdá?

Dolorcitas. Ni una estatua. ¡Ya pué yoverle ensima!

Arturo. Pero, bueno, como entre nosotros…

Dolorcitas. Entre nosotros ¿qué?

Arturo. Entre nosotros hubo…

Dolorcitas. Entre nosotros no yegó a haber na.

Arturo. Es sierto; no yegó a haber na. Pero hubo…

Dolorcitas. ¿Qué hubo?

Arturo. ¡Hubo, que me gustaba usté a mí más que una naranjá en agosto!

Dolorcitas. ¿Y qué, Arturo, si se pasaron ya aqueyos calores? ¿Ve usté? Eso mismo se lo dise usté a mi marido… y se encoge de hombros. ¡Y le da a usté un sigarro!

Arturo. ¿Sí?

Dolorcitas. ¡Si es que no manda por el refresco!

Arturo. ¿Es posible?

Dolorcitas. ¡Dígaselo usté y lo verá!

Arturo. Pero, Dolorsitas, ¿se pué sé tan frío junto a usté?

Dolorcitas. Ha de habé de to en este mundo.

Arturo. Y ¿cómo sobreyeva usté tanto hielo?

Dolorcitas. ¡Hijo, como el pescao: a lo menos me sirve pa conservarme bien!

Arturo. ¡Ja, ja, ja!… Ahora me doy cuenta de lo que se dise… de lo que malas lenguas murmuran.

Dolorcitas. *Muy seria.* ¿Qué murmuran?

Arturo. ¿Lo digo?

Dolorcitas. ¿Por qué no, si viene usté a eso?

Arturo. *Desconcertado.* ¿Eh? Yo no he venido a eso, Dolorsitas; yo he venido a hablá con Ignasio, sobre la compra de unas máquinas sembradoras…

Dolorcitas. Sembradoras, ¿eh?

Arturo. Sembradoras, sí. Quien no siembra, no coge.

Dolorcitas. Y ¿usté se propone sembrá? Porque entre lo que se dise, entre la verdá que haya y la mentira que pueda habé, entre lo que hubo o no hubo entre nosotros, ¿quién quita un lanse afortunao? ¿No?

Arturo. ¡No, no, Dolorsitas! No es eso.

Dolorcitas. En fin, sea lo que sea: ¿qué se miente por ahí de este matrimonio?

Arturo. Se dise… y no sé si se miente, que no es usté dichosa.

Dolorcitas. ¿Usté ve? Pues se miente, Arturo; porque dichosa sí lo soy. Dichosa… como se puede sé dichosa en la vida. ¿Quién es dichoso siempre, un año tras otro, con el gusto colmao día por día? ¿Quién es dichoso así?

Arturo. ¡Ay, Dolorsitas, que va a sé verdá que no lo es usté ni así ni asao!

Dolorcitas. ¡Que lo soy, Arturo, que lo soy! Mira…

Arturo. ¿Mira?

Dolorcitas. ¡Jesús, me equivoqué!

Arturo. No, no te has equivocao; porque nosotros nos tuteábamos, Dolorsitas. Acuérdate.

Dolorcitas. Dises bien. ¡Y nos vamos a seguí tuteando!

Arturo. ¿De veras? ¿No temes que…?

Dolorcitas. ¡Que no, hombre, que no! ¿Cómo ha de desirse? Ignasio es espesiá. Ni lo entiendo yo ni lo entiende su padre. Cuando salga luego aquí, me tuteas. ¿Lo oyes? ¡Me tuteas!

Arturo. ¡Como siempre!

Dolorcitas. Eso: ¡como siempre! Y a lo que iba a desirte. Yo he sido una mujé —tú lo sabes— que a toas horas ha tenido el corasón contento.

Arturo. Y se esplica: ¡hay que vé dónde vive!

Dolorcitas. ¿Dónde vive? ¡Ah! ¡Tus cosas! ¡Estoy *jilando* esta mañana! ¿Ves? ¡Por eso no te hise yo cara entonses; porque eres un sinvergonsón, que a todas les desías lo mismo!

Arturo. ¡A todas, no!

Dolorcitas. ¡A todas, sí! O a una sí y a otra no, pa hablá lo justo.

Ríen los dos, recordando los pasados días. Riendo están cuando sale Ignacio del despacho, y, sin hacer caso de Dolorcitas, se dirige a Arturo.

Ignacio. Perdone usté, Rincón. *Le tiende la mano.*

Arturo. ¡Hola, amigo!

Ignacio. Perdone usté. Nesesitaba habla con Madrí, ha habido un cruse, no nos entendíamos… Pase usté al despacho.

Arturo. Donde usté guste. Adiós, Dolorsitas.

Dolorcitas. Adiós, Arturo.

Ignacio. Pase usté.

Dolorcitas. ¡Que estoy yo aquí, hombre!

Ignacio. Ya te he visto, mujé. *Al otro.* Pues en el último catálogo alemán viene un modelo de sembradora de rejas, pa líneas pareadas, que quisa le convenga a su amigo.

Éntranse en el despacho los dos.

Dolorcitas. *Atónita.* ¡Se ve y no se cree! ¿De qué es ese hombre? ¿De amianto? ¡Aunque me piye tomando café con Barba Asú se quea tan *jilocho*! ¡Ay!… ¡Ay!… *Lloriquea despechada.* ¡Es que no me quiere; que no me ha querío nunca! ¡Ay! ¡Y como sabe que yo soy desente!… Nos encuentra riéndonos a carcajás a los dos y ni me mira. Otro cualquiera, sin malisia ninguna, lo menos que hase es preguntá: «¿De qué se ríen ustedes?». ¿Estoy yo fuera de la rasón? Pero ¿con quién hablo? ¡Ea! ¡Pues ahora mismo voy a meterme ahí y me voy a comé a Arturo con los ojos! ¡A vé qué pasa! ¡A vé si se entera ese poste! *Se retoca y compone furiosa, y se entra también en el despacho.*

Por la izquierda viene a poco Papá Rafael.

Papá Rafael. Pero, niña, ¿dónde te has ido? ¿Le párese a usté? Yo que vine a charla con eya… Vamos a esperarla sentao. *Se sienta y se pone, a leer el periódico.* «Ha dado a luz una hermosa niña la señora de Ruiz Pradiyo, *née* Currita Ochoa…». ¡Lo que me carga a mí esto de *née*! «Ha sido pedida la mano…». «Ayé fayesió repentinamente…». ¡Ay! En esto sí que no cambia el mundo: se nase, se quiere… y se palma.

Suena el timbre de la cancela. Acude Celeste al balcón, como antes.

Celeste. ¿Quién es?

Galea. *Desde abajo.* Gente de paz. ¿Está don Ignasio?

Celeste. Sí, señó: suba usté. *Abre la cancela.*

Papá Rafael. ¿Quién es, tú?

Celeste. Un señorito muy grasioso que vino el otro día.

Papá Rafael. ¿Muy grasioso?

Celeste. Sí; porque yo no sé las veses que metió la pata. Hasta don Ignasio se reía. Entró, pisó al gato, se puso a hablá mal de los de Mairena —que ya sabe usté que el señorito nasió en Mairena—, le preguntó a la señorita por su madre —que se murió hase un siglo…— se cayó por las escaleras, se yevó un sombrero que no era el suyo… En fin, muy grasioso. Se lo digo a usté por si se quiere quitá de enmedio.

Papá Rafael. ¡Ca! A mí me gusta mucho conosé caras nuevas y habla con la gente.

Y aparece Galea, nervioso y aturdido, a corroborar cuanto de él ha dicho Celeste.

Galea. Buenos días.

Papá Rafael. Buenos días.

Celeste. Buenos los tenga usté. ¿Usté sigue bueno?

Galea. Tan bueno; muchas grasias.

Celeste. ¿Y su señora?

Galea. ¿Mi señora? Mi señora está si lo suerta esta tarde o lo suerta esta noche. Ayá veremos. Si es niña, me hase porvo; y si es niño, también.

Celeste. ¡Pues tiene que sé una de las dos cosas!

Galea. ¡Si no son las dos cosas juntas, que era lo único que me fartaba! ¡Porque está hecha un baú! Da miedo verla.

Celeste. ¡Vaya por Dios! Traiga usté el sombrero.

Galea. ¡No; si este es er mío!

Celeste. Es pa que no le moleste a usté en la mano.

Galea. ¡Ah, ya! Tome usté. Como el otro día me yevaba otro… ¡Esas planchas, que no se le orvían a uno nunca!…

Celeste. Siéntese usté. Así que se vaya una visita que ahora mismo está con don Ignasio, pasará usté.

Galea. Conforme.

Celeste. Con su permiso. *Se aleja por la izquierda.*

Galea. *Mirando su reloj.* La una ya. Se me va a hasé tarde. *Al Papá Rafael.* Usté disimule, buen hombre: ¿espera usté también a don Ignasio?

Papá Rafael. Sí; pero yo no tengo prisa ninguna. Cuando termine con esa visita entra usté.

Galea. Se agrádese. ¿Es usté quisa er cobrado de la luz elértrica?

Papá Rafael. ¿Tengo pinta de eso?

Galea. Se da usté un aire ar de mi casa.

Papá Rafael. Pues no, no lo soy. Yo vengo a vé un modelo nuevo de escardadoras.

Galea. ¿Ah, sí?

Papá Rafael. Sí; pa escardá seboyinos.

Galea. Ya.

Papá Rafael. ¿Y usté, a qué viene?

Galea. A vé si este amigo, que es persona de mucho temple, me libra de un pleito.

Papá Rafael. ¡Hola! Eso es más grave.

Galea. Un granuja, ladrón, mar nasío, quié yevarme a los Tribunales. Se ha quedao con unas máquinas que son mías, y pretende hasé creé que son suyas. Y este Ignasio tiene tos los papeles y documentos que acreditan mi propiedá.

Papá Rafael. ¡Entonses!…

Galea. Sí; pero mientras se aclara o no se aclara… Yo le temo a un pleito más que a un ensierro desmandao… Veo cornás por toas partes. Porque ya sabe usté lo que ocurre: tos los abogaos son unos sinvergüensas.

Papá Rafael. Muchas grasias.

Galea. ¿Es usté abogao?

Papá Rafael. No, señó: pero soy sinvergüensa.

Galea. ¿Cómo es eso?

Papá Rafael. Calcule usté: mi padre era abogao; mi hermano es abogao; un primo mío, abogao, y mi segundo hijo, abogao. Sinvergüensas tos, según usté. ¿Cómo voy yo a desentoné en la familia?

Galea. Señó, usté dispense. Ese es un dicho a burto. Entre los abogaos hay de to, como en botica. Ahora: er que es un sinvergüensa sin arreglo es er mala madre que me echan a mí: el abogao de la parte contraria.

Papá Rafael. Cáyese usté, porque estoy viendo que resulta mi hermano.

Galea. Ér vive en la caye Gravina.

Papá Rafael. ¡Que se caye usté, hombre!

Galea. Creo que en er número 24.

Papá Rafael. ¿Lo está usté viendo?

Galea. ¿Su hermano de usté?

Papá Rafael. ¡El mismo!

Galea. ¡To sea por Dios! No sé donde meterme. ¡Tengo una mañana más negra! En fin, cambiemos la tocata. ¡Con asúca va a sé peó!…

Papá Rafael. Yo le aconsejo a usté que no hable nunca de na en términos generales, si no es alabando.

Galea. ¿Alabando?

Papá Rafael. Sí; porque si yo le digo a usté, por ejemplo, que en su pueblo de usté son muy brutos, usté se incomoda.

Galea. ¡Según!

Papá Rafael. Bueno, ¡según! Pero si le digo, en cambio, que en su pueblo de usté son muy listos, usté me da las grasias.

Galea. ¡Claro!

Papá Rafael. Aunque añada después que, naturalmente, hay esepsiones.

Galea. ¡Claro!

Papá Rafael. ¡Y tos tan contentos!

Pausa.

Galea. ¿De manera que una máquina pa escardá seboyinos?

Papá Rafael. Pa escardá seboyinos.

Galea. Bueno, bueno… *Mirando otra vez el reloj.* ¡Y ese permaso que no sale! …

Papá Rafael. ¿Qué pelmaso?

Galea. Los dos, si me apura usté mucho. Er que está con Ignasio y er propio Ignasio, que nunca tiene prisa.

Papá Rafael. ¿Conose usté al que está con Ignasio? ¿Arturo Rincón?

Galea. ¡Ah! ¿Es Arturo Rincón? ¡Muy amigo mío! ¡Ya me dió a mí en la nariz que era un permaso! ¡Permaso y medio! Y ¿con qué achaque viene por aquí?

Papá Rafael. ¿Achaque? No sé qué máquina de labó nesesita…

Galea. ¿Ese? ¿Máquina de labó? ¿Usté me deja que me ría un ratiyo?

Papá Rafael. ¿Por qué?

Galea. ¡Por na! ¡Porque las tierras que ér quiere labrá no se labran con máquina! ¡Yo me entiendo y bailo solo! ¡Y er *pampli* de Ignasio se estará tragando

to lo que le diga! ¡Los hay predestinaos!

Papá Rafael. ¿Sí, eh?

Galea. ¡Usté verá! El arma se le pasea po er cuerpo. ¡Qué hombre más parao! Es de gelatina. Mentira párese que un tío tan *sombran* se haya yevao a una mujé tan guapa. ¿Usté la conose?

Papá Rafael. Sí.

Galea. Guapa, ¿eh?

Papá Rafael. ¡Guapísima!

Galea. A mí me pone malo. Es una mujé que vuerca los coches. Si yo fuera su marío viviría sin sombra. To lo contrario que este simple; que paese que no le hase caso ninguno.

Papá Rafael. ¿No?

Galea. ¡Como que hay quien piensa ya en represalias de eya!

Papá Rafael. ¿Qué?

Galea. ¡Y no lo digo por er que está ahí dentro!

Papá Rafael. ¿Qué?

Galea. Y me cayo, pa no *colarme*.

Papá Rafael. Pero, bueno, poyo, ¿usté por dónde sabe…? ¿Cómo asegura usté…?

Galea. Yo, lo que disen por ahí. Y cuando er río suena… De una mujé tan guapa to pué esperarse… ¡Cuidao si es guapa! ¿A usté no le pone malo esa mujé?

Papá Rafael. Al contrario: a mí me pone bueno.

Galea. ¡Je! ¡Claro! Se esplica… Otros años que yo… Usté, ¿qué edá tiene?

Papá Rafael. Amigo, la sufisiente pa no resistí ya más majaderías.

Galea. ¿Qué?

Sale Dolorcitas en esto.

Dolorcitas. ¿Papá?

Galea. *Apunto de un desmayo:* ¿Papá?

Dolorcitas. Oiga usté, papá.

Papá Rafael. ¿Qué quieres, hija?

Dolorcitas. *Viendo a Galea.* ¡Ah! ¿Cómo está usté?

Galea. Regulé, ¿y usté?

Dolorcitas. ¿Espera usté a Ignasio?

Galea. Sí; pero está ahí con un guasón y no pueo entretenerme. Usté me hará er favó de desírselo… Vorveré otro día. Y si no, lo encontraré en la caye. Que usté siga buena.

Dolorcitas. Vaya usté con Dios. ¿Se deja usté el sombrero?

Galea. Es verdá. Por haberlo sortao. Buenos días. *Se va por la derecha ciego y se le oye luego rodar las escaleras.*

Papá Rafael. ¡Jesús! ¡Se mata!

Dolorcitas. Pero ¿qué le ha pasao a ese hombre?

Papá Rafael. ¡Que ha hecho una dosena de planchas en diez minutos! ¡Na más que eso!

Dolorcitas. ¿Sí, eh?

Papá Rafael. ¡Y lo peó es que a mí me ha sacao de tino! ¡Me ha desquisiao!

Dolorcitas. ¿Por qué?

Papá Rafael. ¡Por na; pero me ha desquisiao! Mira cómo me baila la niña del ojo derecho. Es señá que no faya.

Dolorcitas. ¡Pues a buena parte viene usté! ¡A mí me bailan las dos niñas! ¡Y la nariz también me baila! ¡Cuidao que es difísi que baile una nariz! ¡Pues me baila!

Papá Rafael. Y eso ¿por qué, nena?

Dolorcitas. ¿Por qué? ¡Por el marido que Dios me ha dao! ¿Usté sabe quién está con é?

Papá Rafael. ¿Arturo Rincón?

Dolorcitas. ¡Cabalito!

Papá Rafael. Lo vi aquí antes, y maldita la grasia que me hiso verlo. Lo disimulé con cuatro chirigotas; pero no me hiso grasia. ¿A qué viene?

Dolorcitas. Viene con un pretesto.

Papá Rafael. ¡Naturá!

Dolorcitas. Pero Ignasio se cree de verdá to lo que le cuenta, y ahí lo tiene usté, como si le trajera un plato de dulse. ¡No le falta más que tomarle la cara!

Papá Rafael. ¡Ese hijo mío!… Pero ¿es posible que sea hijo mío? Bueno, sí; es hijo mío… y de su madre, que santa gloria haya. Yo le tengo que abrí los ojos.

Dolorcitas. ¡Toma! ¡Y yo! ¡Aunque sea inúti, se los abro!

Papá Rafael. ¡Pué sé que no lo sea! ¡Voy yo sabiendo cosas ya! Luego volveré por aquí.

Dolorcitas. ¿A la noche?

Papá Rafael. Sí; a la noche. Vendré a tomá café.

Celeste, que oportunamente pasa de izquierda a derecha, ex, clama al oírlo, con su acostumbrada finura: ***Celeste****. Que aproveche.*

Papá Rafael. ¿Eh? ¡También esta tonta!… Vendré a tomá café. Ahora nesesito toma el aire. Adiós, hija mía. *Se va de estampía por la derecha.*

Dolorcitas. Adiós, papá. ¡Es naturá, señó! A la cuenta le han dicho algo… ¡Si esto lo ve el más siego! ¡Lo que me pasa a mí lo ve el más siego! ¡El más siego! ¡Lo ve el más siego! ¡El más siego lo ve!

Salen del despacho charlando, de despedida, Ignacio y Arturo Rincón.

Ignacio. Usté viene a su casa cuantas veses quiera, amigo mío. Y si no se quiere usté incomodá, me sita donde le parezca. Me yama por teléfono…

Arturo. Sí, hombre, sí. Vendré, vendré… No me cuesta trabajo.

Ignacio. A gusto de usté.

Arturo. Dolorsitas, me alegro verte buena.

Dolorcitas. Adiós, Arturo. Y ya que has aprendido el camino, no lo olvides. Que no vengas sólo a vé a Ignasio…

Arturo. No…

Dolorcitas. Que vengas a verme a mí alguna vez; que charlemos de aqueyos tiempos…

Arturo. Sí…

Dolorcitas. ¡Aqueyos tiempos!… *Vuelve la cara hacia su marido creyéndolo pendiente de sus palabras, y se lo encuentra tomando notas en un librito.*

Arturo. Bueno; con Dios, Ignasio.

Ignacio. Lo acompaño a usté.

Arturo. No se moleste.

Desaparecen por la derecha.

Dolorcitas, rabiosa, aprieta los dientes y los puños, y da un chillidito prolongado, expresión de su despecho y de su corajina.

Dolorcitas. ¡Hiiiiii!…

En seguida vuelve Ignacio, silbando con indiferencia; tira del tirador para abrirle al amigo la cancela, y aun se asoma al balcón a despedirlo con un adiós afectuoso.

Ignacio. Adiós. Hasta la vista. Y *se encamina luego a su despacho serenamente.*

Dolorcitas. ¿Por qué no te asomas a la caye y le tiras un beso?

Ignacio. ¿Eh?

Dolorcitas. Que te asomes a la caye y le tires un beso. Un beso soplao; en la manita; como a los niños. Así…

Ignacio. *Como si viniera de otro mundo.* ¿Qué dises, mujé?

Dolorcitas. Es lo que te ha faltao: tirarle un beso.

Ignacio. ¿A quién?

Dolorcitas. A ese hombre.

Ignacio. ¿Qué dises?

Dolorcitas. Digo que cuando hay que viví en la tierra, no se anda por los aleros de los tejaos.

Ignacio. Y ¿quién anda por los aleros?

Dolorcitas. Yo, no: a mí se me va la cabesa.

Ignacio. Sigo sin entenderte, Dolorsitas. ¿Qué me quieres desí?

Dolorcitas. Vas a enterarte, Ignasio. Pero deja un rato las máquinas y atiéndeme a mí; que de tanto trata con máquinas te has vuelto tú otra. Atiéndeme a mí; mírame a mí.

Ignacio. Pero ¿es que no te estoy mirando?

Dolorcitas. Y dedícame a mí también alguna sonrisa; que no sean toas pa los que vienen al negosio.

Ignacio. Mujé, a los que vienen al negosio, que es el pan nuestro de cada día, es naturá que los resiba afablemente; con amabilidá.

Dolorcitas. ¿También a ése?

Ignacio. ¿A cuá?

Dolorcitas. A ése que se ha ido.

Ignacio. A ése, ¿por qué no? Los que me vienen a favoresé, pa mí son tos iguales.

Dolorcitas. *Suspirando desesperada.* ¡Ay!…

Ignacio. ¿Qué hay?

Dolorcitas. Na; que voy a tené que desírtelo.

Ignacio. ¿Que desirme qué?

Dolorcitas. Quién es ese hombre.

Ignacio. Arturo Rincón: ya lo sé. ¿No es Arturo Rincón?

Dolorcitas. Arturo Rincón.

Ignacio. El dueño de un café de la Macarena.

Dolorcitas. ¿Y no sabes más?

Ignacio. Ni me importa.

Dolorcitas. ¡Ah! ¿No te importa? ¿No te importa que yo le haya gustao a ese hombre?

Ignacio. ¿Qué tú le hayas gustao?

Dolorcitas. Sí: que yo le haya gustao.

Ignacio. ¿Y ya no le gustas?

Dolorcitas. ¡Al contrario, garrafa: le gusto ahora más!

Ignacio. Y a mí también. El matrimonio te ha sentao al pelo. Que hay otras mujeres que se desmejoran, que pierden, que se ajan… Tú, no. ¿Qué tiempo yevamos nosotros de casaos?

Dolorcitas. *Indignada.* ¿No te acuerdas?

Ignacio. Ahora mismo, fijamente, no.

Dolorcitas. ¿Que no te acuerdas?

Ignacio. Que no me acuerdo. Aguárdate. *Haciendo memoria.* Yevamos de casaos… Estamos a medíaos de abrí… Hazse tres años que tengo yo la

representasión de las máquinas…

Dolorcitas. ¡Las máquinas no podían faltá!

Ignacio. Cuatro años y medio hase que nos casamos.

Dolorcitas. ¡Vaya, hombre! ¡Por fin te acordaste! ¡Después de veinte cálculos! ¡Una fecha que a ningún casao se le olvida!

Ignacio. ¡A ninguno! Ni a mí tampoco, ya lo ves. Y ¿a qué sale esto ahora?

Dolorcitas. Pues sale a que Arturo Rincón, que quiso sé mi novio, como te he contao algunas veses, ahora viene aquí con el achaque de las máquinas; pero a lo que viene es a otra cosa.

Ignacio. ¿A qué? ¿A mirarte, de paso?

Dolorcitas. ¡A eso!

Ignacio. Pues no salgas tú cuando venga é, si no te agrada que te mire. A mí ni me enfría ni me calienta.

Dolorcitas. ¿Qué hablas?

Ignacio. La verdá, como siempre; no abras tanto los ojos. Ya me conoses. Pa mí nuestro cariño no está a mersé de que los hombres te codisien y me envidien. ¿Cómo va a estarlo? Tú eres honrá y yo también lo soy. Tú me quieres y yo te quiero. No vamos a perdé el sosiego ni a envenená la casa por las intensiones de nadie.

Dolorcitas. ¿Eso es to lo que se te ocurre?

Ignacio. ¿Te párese poco? Además, Dolomitas, yo no voy contigo a ninguna parte —teatro, café, sine, paseo— donde tú no me digas señalando a algún hombre: «Aquel que está ayí me pretendió; a aquél le di yo calabasas; aquél me perseguía en to tiempo; aquél bebía los vientos por mí; aqueyos dos se pelearon por mi persona…». Si les voy a serrá las puertas de mi casa a cuantos te quisieron o a cuantos puedan quererte o desearte, ¡yo no vendo un torniyo!

Dolorcitas. ¡Ajajá! ¡Así se discurre! ¡Adelante con los faroles! ¡Que diga la gente lo que quiera! ¡Que pase lo que pase!

Ignacio. No, Dolorsitas, no: no me finjas una amenasa que estás muy lejos

de sentí.

Dolorcitas. Lo que antes te dije de garrafa fué poco: ¡la fábrica de hielo está en mi casa!

Ignacio. Pero ¿qué quieres? ¿Que yo, porque ha venido Arturo Rincón, con los propósitos que sean tocantes a ti, que a mí me tienen sin cuidao, arrugue el entresejo de selos y me dé a cavila y hasta te ofenda con mis dudas?

Dolorcitas. ¡Sí; eso quiero! ¡Que hagas tú lo que hasen los hombres!

Ignacio. ¡Lo que hasen los hombres! ¡Los hombres que no tienen otra cosa que hasé son los que hasen eso! A ti te agradaría, por lo visto, que yo anduviera mohíno y preocupao, asechando si ése u otro yega o no yega aquí en busca tuya…

Dolorcitas. ¡Es claro que me agradaría!

Ignacio. Y te agradaría también que a media noche me despertara sobresaltao y fuera a registrá la casa pistola en mano, a vé si encontraba un hombre a quien pegarle un tiro.

Dolorcitas. ¡Esa sería mi felisidá!

Ignacio. Pues, hija, ésa no sé yo dártela.

Dolorcitas. ¿No, eh?

Ignacio. No. Yo, por la noche, si me despierto y veo que duermes, te miro un rato enamorao y te dejo dormí; y si estás despierta o desvelá… lo que procuro de alguna forma es que cojas el sueño. Tú lo sabes, Dolores. To, menos echarme de la cama a vé si en la despensa hay alguien. ¡Si lo hay… que cada uno pase la noche como pueda!

Dolorcitas. Mira, Ignasio: eso que estás disiendo y el despresio de mí es una misma cosa.

Ignacio. ¿El despresio de ti? Yo lo veo al contrario.

Dolorcitas. ¡Tú, porque te has yegao a pensá que estás casao con una triyadora! ¡No, hijo, no: las mujeres no somos máquinas: tenemos corasón, tenemos sentimientos; echamos de menos que el hombre nos mime, nos acarisie, nos sele… hasta yore alguna vez de miedo de perdernos! ¡Tanta seguridá en la honradez de una ya es otra cosa que seguridá: es indiferensia; es no queré enterarse; es desvío…

es algo que hay que sé de hielo como tú eres pa poderlo sufrí!

Ignacio. Pero, oye, oye, vamos a cuentas un istante sobre eso; que el hielo, en ocasiones, también quema. ¿A ti te inquieta algo el deseo de ese hombre que acaba de irse?

Dolorcitas. ¿A mí? ¿Qué dises, Ignasio? ¡No me ofendas! Ignacio. ¿Se altera tu consiensia quisás en presensia suya? Dolorcitas. ¡No me ofendas!

Ignacio. ¿Te alegras de mala manera cuando lo ves?

Dolorcitas. ¡No sigas por ahí! ¡No me ofendas, te digo!

Ignacio. Pues entonses, Dolores; si tú vives con el alma en paz y a sien leguas de ninguna traisión, ¿por qué quieres que yo viva intranquilo? ¿No lo comprendes?

Dolorcitas. ¡Vaya! Tú no te enteras… o no quiés enterarte.

Ignacio. Sí me entero. Y entérate tú de una vez de que yo te tomé por esposa y no por amante. Si hubiera querido una amante, otra mujé y no tú estaría conmigo. Pero quise esposa y te elegí a ti. A ti, Dolorsitas; pa esto: pa que fueses mi compañera; pa que respetaras mi trabajo; pa que tú yenaras mi casa; pa tené hijos contigo…

Dolorcitas. ¡Esos encárgaselos ya a la Casa alemana!

Ignacio. ¡La Casa alemana tiene en Seviya un buen representante! Al tiempo. ¿Te has enterao ya? Pa eso te elegí por esposa; no pa exhibirte por ahí ofendiendo a nadie con mi ventura, ni pa desirte requiebros a ca paso, ni pa ensendé con tu hermosura a los demás hombres. No lo olvides, prenda Hasta luego.

Y se mete de nuevo sosegadamente en el despacho.

Dolorcitas. *Llorando de desesperación.* ¡Así! ¡Sin pedirme un beso siquiera! ¡Sin tomarme la cara! ¡Sin queré consolarme!… ¡Me da una rabia!… ¡Meresía…! ¡Es que lo meresía!… *Crispado el puño, sin atreverse a proferir lo que merecía, queda en actitud amenazadora, mirando hacia el despacho con vivo rencor.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, varios días después.

Es a primera llora de la tarde.

Por la izquierda, de mal humor, sale Ignacio, seguido de Papá Rafael.

Papá Rafael. Pero ¿adónde vas, hijo?

Ignacio. Al café. Me está esperando uno.

Papá Rafael. ¿Crees tú que es de personas regulares deja la sobremesa como la has dejao?

Ignacio. Y ¿usté cree que hay quien resista más tiempo, por pasiensia que tenga, ese bloqueo de dos mujeres? Se ha empeñao Dolorsitas en que yo cambie de condisión y ya tengo los huesos muy duros pa semejante cosa. Y toa vía paso que eya me yame, si quiere, perro judío; pero que esa amiga suya, tan afisioná a las películas foyetinescas, se crea con el mismo derecho, eso no está en mis libros, papá. Hasta luego. *Se va por la derecha.*

Papá Rafael. Anda con Dios. ¡Ay, qué niño me ha tocao en suerte! ¡Ay, qué niño! Se piensa que, pase lo que pase, un hombre no tiene que cambiá; y no sabe que, corriendo la vida, cambia uno hasta el peyejo. ¡Ay, qué niño!

Acuden por la izquierda Dolorcitas y María Manuela, amiga suya, desenvuelta y vistosa, que ha sido invitada a almorzar. Dolorcitas viene llorosa y agitada.

Dolorcitas. Pero ¿se ha ido ese hombre?

Papá Rafael. Sí, hija mía; se ha ido.

Dolorcitas. ¿Que se ha ido? ¿Sin despedirse de ésta?… ¡Vamos! Eso ya no es frialdá; eso ya es mala educasión.

María Manuela. No hagas caso, mujé; somos de confiansa. El hombre tiene sus quehaseres…

Dolorcitas. ¡Déjate de quehaseres! No son más que achaques pa no está conmigo. Eso es lo único que él tiene que hasé: no está conmigo.

Papá Rafael. Ni una cosa ni otra: es que se ha impasientao un poquiyo con la conversasión. Él está yeno de trabajos esa es la verdá; pero yo reconosco que no se comporta contigo como tú mereses.

Dolorcitas. ¡Ya se ve que no!

Papá Rafael. Con to, tú no lo eches tampoco a mala parte. Él te quiere a ti más que a nadie en el mundo. Ahora que es frío de condisión y no te lo demuestra a diario como tú quisieras. Tiene a quien salí. Es una estampa de su mamaíta que esté en gloria.

Dolorcitas. Su mamaíta no lo haría sufrí a usté ele este modo.

Papá Rafael. ¡Toma! ¡Porque yo, en vez de echarlo por lo trágico, como tú, me torsía de risa!

Dolorcitas. ¿Es pa reí quisa lo que a mí me susede?

Papá Rafael. Eso… según se mire.

María Manuela. ¿Su mujé de usté no era seviyana, verdá?

Papá Rafael. ¿Seviyana? ¡Vamos! Mi mujé era de un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, como Servantes.

María Manuela. ¿Del Norte, quisá?

Papá Rafael. ¡De más ayá toavía! ¡De la estratosfera! ¡Qué sé yo! ¡Un pueblo donde hasta en verano nevaba! Usté verá. ¡Yo no me he puesto más camisetas nunca! ¡Al termómetro había que abrigarlo!

María Manuela. Y ¿cómo fué usté a casarse ayí?

Papá Rafael. Hija mía, porque casamiento y mortaja, del sielo baja. Yo era entonses empleao del Catastro. Del Catastro: fíjese usté, María Manuela; una silabita más… y ya tenemos la catástrofe.

María Manuela. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. ¡Esa fué la mía… por lo que me ocurrió!

Dolorcitas. ¡Qué humó tiene usté siempre!

Papá Rafael. Al humó le debo la vida, ya te lo he dicho. Conosí a Pantaleona —porque además se yamaba Pantaleona—, que era un lusero de bonita, eso sí; me enamoré de eya como un tonto, se lo dije, nos pusimos en relasiones, eya se aburría con tanta nieve, yo también me aburría, y por fin desidimos casarnos pa distraernos y entrá fin caló. ¡Y nos casamos a siete bajo sero; que hasta el cura se tuvo que soplá la mano pa echá las bendisiones! Me la yevé a Mairena pa cambiá de clima, y en Mairena nasió mi niño entre naranjos. ¡Y nos ha resultao de grano de oro! ¡Soso perdió! ¿Qué le vamos a hasé, Dolorsitas? La culpa es de su madre.

María Manuela. ¡Ja, ja, ja! Tiene grasia tu suegro.

Dolorcitas. ¡La que le falta al hijo! Que si no fuera más que soso, se podría conyevá; pero es que no me quiere; que ya no me quiere.

Papá Rafael. No digas eso, Dolorsitas: ¡te quiere!

Dolorcitas. ¡No me quiere!

Papá Rafael. ¡Te quiere, hija! Pero te quiere como su madre me quería a mí; sin mimos, sin salamerías, sin demostrasiones… Son seres espesiales. No son espresivos, ¿comprendes? La prosesión la yeyan por dentro.

Dolorcitas. Y ¿no le párese a usté regulá que de cuando en cuando salga a la caye un día?

Papá Rafael. ¿No ha de pareserme, hija del alma? El cariño en los matrimonios, sobre to en los matrimonios sin hijos, ¡nesesita alimentarse con tantas cosas!… Sin olvida las flores del noviajo. No basta la mutua confiansa. Eso pué yegá a paresé indiferensia, como tú dises. Y no to el mundo tiene el genio que yo. Pantaleona era la mujé más crédula y más inosente del mundo. Me cogía abrasando a una cosinera muy guapa que tuvimos y me preguntaba: «¿Qué haces, Rafael?». Y yo le respondía: «Na, que le estoy esplicando a ésta la forma que ha de darle a una tarta de chicharrones». Y se lo creía.

María Manuela. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. Y se quedaba tan contenta. ¡Seres incomprensibles!

Dolorcitas. ¡Así ha salío el niño: incomprensible!

Papá Rafael. Así ha salío; pero vamos a ponerle algún remedio, porque yo no puedo verte a ti sufrí de esta manera. Levanta ya los ojos del suelo y confía en

mí. Yo cambio a mi hijo: te lo prometo. No te asustes; no es que lo vaya a cambiá por otro, porque yo bien sé que tú no quieres a más hombre que a ése: es que le voy a cambiá el genio. ¡Mírame ya, aunque me cueste un estornudo! *Después de la mirada de ella.* ¡Ah… chis! *A María Manuela.* A mí siempre que me da el sol de pronto, me cuesta un estornudo.

María Manuela. ¡Ya lo había entendido, don Rafaé!

Papá Rafael. ¡Lo menos me pensé que estaba hablando con Pantaleona! A mi mujé le echaba yo un piropo y luego tenía que esplicárselo. ¡Y hay piropos que no los esplica ni Aristóteles! ¡O se entienden o no se entienden! Recuerdo que una noche, en el caló de la inspirasión, le yamé ¡negra!… —¡negra!… ese piropiyo tan corriente— y me amanesió justificándome. ¡Y no la convensí! Pues ¿y la manera de pronunsiá que tenía? ¡Qué lengua! ¡Era de hierro! *Remedándola exageradamente.* Vámonos abajjjo. Y yo ponía la mano así, por si se le sartaba la campaniya, recogerla.

María Manuela. ¡Ja, ja, ja!

Dolorcitas. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. «¡Ya es hora de almorzarrr!». ¡Y la erre rompía un cristá o mataba un palomo!

María Manuela. ¡Ja, ja, ja!

Dolorcitas. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. Pues sin embargo, a pesá de los pesares, dichoso con eya y eya lo fué conmigo. ¡Ea! Ya me marcho contento. Ya te he visto la risa. Voy por Ignasio. Te lo voy a traé por una oreja y no he de para hasta que te diga seis requiebros seguíos.

Dolorcitas. ¡Lo que es eso!… ¡Como no se los apunte usté en un papé!…

Papá Rafael. ¡Le daremos pan en vino como a los loros a vé si habla!

Dolorcitas. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. ¡Vamos, que tené una mujé con esos dientes y haserla yorá en lugá de haserla reí pa vérselos! ¡Ay, qué alma mía! Hasta ahora mismito. *Se va por la derecha.*

María Manuela. Tiene grasia tu suegro; tiene grasia.

Dolorcitas. Tiene grasia. ¡Y me quiere!… Me quiere más que el hijo. Mucho más. Porque me comprende más bien. Él me alivia las penas; él me acompaña más que Ignasio. Y me consuela; y me refrena en mis arranques. Grasias a él no he hecho ya una locura.

María Manuela. Vale mucho una persona así al lao de una, en sircustansias como las que tú estás pasando. Pero no hay que pensá desatinos. To tiene arreglo en esta vida.

Dolorcitas. Yo dudo ya que esto mío lo tenga.

María Manuela. Muy frío de cueyo es ese hombre; ya lo he visto durante el almuerso. Y eso que tú has apretao bien los torniyos.

Dolorcitas. ¡A vé si saltaba, si no por mí, porque tú no lo juzgaras malamente! Pero ¡ca! Tiene mucho amor propio. No hay quien lo saque de su paso. Y tú no sabes lo más gordo, María Manuela.

María Manuela. ¿Qué es lo más gordo?

Dolorcitas. Lo más gordo es que hay un tipo que me ha puesto los puntos, que me serca, en las mismas narises de él; que viene a casa un día sí y otro no… esté o no esté Ignasio… y que ya se pone blanco en cuanto me encuentra.

María Manuela. ¿Y tú?

Dolorcitas. ¡Yo me pongo de tos colores! ¡Figúrate!

María Manuela. ¿Y tu marido?

Dolorcitas. Mi marido se quea del coló que le piya. No hay na que lo altere. ¿Puedo yo aguanta esto? ¿Puedo sufrí que él no se ofenda de que un hombre venga a su casa con engaños en busca mía?

María Manuela. Pero ¿él se ha dao cuenta, Dolores?

Dolorcitas. ¡Si se lo he dicho yo!

María Manuela. ¿Que tú se lo has dicho?

Dolorcitas. ¡Letra por letra! Le he dicho a lo que viene; le he dicho que me

pretendió de mosita; le he dicho que como corre por ahí que no soy dichosa, ese hombre quiere aprovecharse… ¿No es esto pa yorá? ¿No hay pa arrancarse los ojos ge pena? ¿Pido yo algo que no sea rasonable? ¡Yo no pido una escena diaria; yo no pido más sino que una vez, una vez siquiera en la vida, tema perderme, y tiemble de espanto, y yore, y haga alguna cosa grande de hombre enamorao! Preferiría verlo con una navaja barbera detrás de mí pa asesinarme, a esta frialdá y a este despresio.

María Manuela. ¿Él era así de novio?

Dolorcitas. ¡De novios estábamos borrachos los dos! De novios, ni los hombres ni las mujeres somos como somos. Además, María Manuela, tú lo sabes bien: un novio, sin queré, aleja del lao de una a tos los hombres; y en cambio, un marido paese que los atrae. Sobre to un marido como éste mío.

María Manuela. Pues mira; no te apures. Yo tengo un remedio para ti.

Dolorcitas. ¡Ay, si lo hubiera!

María Manuela. Lo hay: yo lo he esperimentao.

Dolorcitas. ¿Tú?

María Manuela. Yo, sí; con mi marido, que era como el tuyo.

Dolorcitas. ¡Como el mío no hay otro!

María Manuela. Te aseguro que el mío era igual. ¡Cuántas veses lo hemos comentao! Era de esa casta. Desdeñoso, indiferente, insensible… casi renegando a toas horas de mí. De estos que se creen que una vez que se casan ya han acabao de sé finos con una. Y yo comprendí to lo que me iba en demostrarle que cuando tenía que empesá a sé fino de veras, era entonses. ¡Y se lo demostré! ¡Vaya! Como que desde aqueya prueba vive día y noche pendiente de mí, y ni de tirantes se cambia sin pedirme permiso. Somos un matrimonio modelo. Pregúntalo en el barrio.

Dolorcitas. ¡Ay, por tu salú, María Manuela, dime lo que hisiste!

María Manuela. ¡Lo que tú debes hasé con tu pasmarote: darle un susto!

Dolorcitas. ¿Un susto?

María Manuela. ¡Un susto! ¡Pero un susto! El que yo le di a mi Casiano no se le olvida. Lo curó de repente. ¡En diez minutos se le puso blanco el bigote!

Dolorcitas. Ahora lo yeva negro.

María Manuela. ¡Porque se lo tiñe pa darme a mí gusto! Dolorcitas. Y ¿qué clase de susto fué?

María Manuela. De lo más sensiyo. Entérate. Yegó una tarde a casa; yamó con dos golpes, como siempre… y nadie acudió a abrirle. Volvió a yamá más fuerte, y lo mismo. Echó abajo la campaniya entonses, y prinsipió a oí por la casa carreras y voses en voz baja, de angustia. Asustao, aporreó el portón con los nudiyos. Y cuando ya se disponía a pedí socorro, salí a abrirle yo, una mijiya despeina, abrochándome aprisa la bata, con cara de miedo, temerosa, como la que acaba de cometé un delito. Ayí empesó el bigote a blanquearle. Me miró aterrao con dos ojos que paresían una dosena, echó el serrojo, y blanco como un sirio, temblón, con los pelos de punta registró corriendo toa la casa.

Dolorcitas. ¡Jesús!

María Manuela. ¡Y no quieras imagina lo que pasó por aquel hombre cuando vió debajo de su cama las piernas de otro!

Dolorcitas. ¿Qué dises?

María Manuela. Lo que oyes: las piernas de otro debajo de su cama. ¡El bigote ya era una tisa!

Dolorcitas. ¿Y el otro…?

María Manuela. ¡El otro era mi hermano, naturalmente; pero el susto se lo llevó! Luego me tocó a mí, es claro. Por poco me mata. Me tuve que enserrá en la despensa. Un mes estuvo si las lía. Dos meses en la cama. Cuando se levantó había cresido. Y salió de la enfermedá más suave que un guante y más enamorao que Otelo.

Dolorcitas. ¡Bah! Creí que era otra cosa.

María Manuela. ¿Otra cosa? ¿Qué otra cosa podía sé con esos detayes? ¡Hubiera ya pasao del susto!

Dolorcitas. Sí; pero Ignasio se encuentra —¿a quién te diré yo?—, se encuentra a don Juan Tenorio debajo de la cama, y es capaz de desirle: «Hombre, don Juan, ahora que nos vemos: ¿cómo son aqueyos versos que le dise usté a Doña Inés a la oriya del río?».

María Manuela. ¿A que no, Dolorsitas?

Dolorcitas. ¿A que sí?

María Manuela. ¿A que no?, te digo. Pero, en fin: si no quieres darle ese susto, dale otro.

Dolorcitas. ¡Si hubiera alguno capaz de enmendarlo!

María Manuela. Ponlo a prueba. Se me ocurre esto: escríbele una carta a ese hombre que te serca, Sitándolo en mi casa.

Dolorcitas. ¡Mujé!

María Manuela. Hija mía, a grandes males…

Dolorcitas. Yo no soy mujé que haga eso, María Manuela. Ni quiero tampoco consentí a ese hombre. Ni a ninguno. Yo soy una mujé desente.

María Manuela. Y yo también. ¡Toma! ¡Esa es la fuersa de eyos! En eso descansan. Pero esa carta que yo te digo no sale de aquí.

Dolorcitas. ¿Cómo?

María Manuela. Tú la escribes, la sierras, le pones hasta el seyo pa el interió, y la dejas donde él pueda verla. Un olvido tuyo, una distrasión… un aturdimiento…

Dolorcitas. ¡Ah!…

María Manuela. ¿Te liases cargo?

Dolorcitas. ¡Sí!

María Manuela. ¡Que él coja la carta, que vea el nombre del otro en el sobre, puesto de tu letra!…

Dolorcitas. ¡Eso es! ¡Aunque el plieguesiyo vaya en blanco!

María Manuela. ¡No, no! ¡La carta has de escribirla! ¡Por si la abre!

Dolorcitas. No la abre: Ignasio no la abre. Lo conosco bien.

María Manuela. ¿Y si la abre, chiquiya? ¿Tú sabes lo que lo va a asustá ese sobre con esa direcsión? ¿El vuelco que el corasón va a darle? ¿Lo que tienta una carta que vaya usté a sabé lo que yeva dentro? ¡La abre!

Dolorcitas. ¡No la abre!

María Manuela. ¡Vaya si la abre! ¡Y no va a dá respingo! ¡Al techo yega!

Dolorcitas. ¿Tú lo crees?

María Manuela. ¡Uh! Y la carta no han de sé más que cuatro palabras… «Lo sito a usté en casa de esta amiga, porque hay que sé discretos… ¡Tenemos que hablá de tantas cosas, Ramón!».

Dolorcitas. ¿Ramón?

María Manuela. ¡El que sea! ¿Quién es? ¿Cómo se yama?

Dolorcitas. Arturo Rincón.

María Manuela. ¿Arturo Rincón? ¿El hijo del dueño de mi casa?

Dolorcitas. ¡Ése!

María Manuela. ¡Escribe la carta, Dolorsitas! ¡Que ese hombre pasa por valiente y por afortunao! ¡Escríbela! Que paresca que te tiembla el pulso…

Dolorcitas. ¡Si la escribo, me tiembla!…

María Manuela. «Usté me ha prometido que será formalito… que ha de respetarme… Usté no se propasará…». ¡Así! ¡Con veneno! ¡Con bastante veneno! ¡Querría yo vé la cara de Ignasio si leyera esa carta!

Dolorcitas. ¡Y yo también quisiera verla! *Con súbita resolución.* Mira, por sí o por no, vamos a escribirla. Esta prueba la hago. Me gusta. La hago, la hago. La merese. Vámonos arriba al cuarto de los libros. La merese. ¡Ahora veremos, don Ignasio Pereira, si somos de carne como los demás, o somos de ladriyo refractario! ¡Ahora lo veremos, don Ignasio Pereira! ¡Ahora lo veremos! Anda, vamos a arriba. *Suena el timbre de la cancela.* ¿Quién será? No; pues yo no estoy. Vámonos arriba. *A la amiga, que se va a asomar al balcón.* ¡No te asomes tú!

Izaría Manuela. ¿Eh?

Dolorcitas. ¡Que no te asomes! *A Celeste, que viene por la derecha: en voz baja.* Sea quien sea, no estoy.

Celeste. *También en voz baja.* Bueno.

Dolorcitas. Y si vuelve el señorito con su padre, tampoco estoy.

Celeste. Bueno.

Dolorcitas. Me he ido a dá un paseo pa hasé la digestión.

Celeste. Sí, señora; es muy sano eso.

Dolorcitas. ¡Muy sano! Ven tú, María Manuela.

María Manuela. Vamos ayá.

Se marchan juntas por la izquierda.

Celeste. Veremos por dónde sale este cohete. Esto no ha pasao aquí nunca. Pero, en fin; yo, a lo que me mandan. *Vuelve a sonar el timbre de la cancela y ella entonces se asoma al balcón.* ¿Quién es?

Arturo. Gente de paz.

Celeste. No está don Ignasio.

Arturo. Ya lo sé; pero me ha dicho que venga y que lo espere.

Celeste. ¡Ah! Suba usté, entonses. *Abre la cancela.* Por tonta que una sea, una tiene oídos y tiene ojos… Y aun siendo de muy buena familia, se puede una escamá.

Llega Arturo por la derecha.

Arturo. Buenas tardes, niña.

Celeste. Buenas tardes. Me alegro verlo bueno.

Arturo. Grasias.

Celeste. Siéntese usté. Y deme usté el sombrero. Siéntese usté. *Pausa.* ¿Conque le ha dicho a usté el señorito…?

Arturo. Sí; que lo esperara un cuarto de hora; que él venía pa acá. ¿Y la señorita?

Celeste. Tampoco está en casa.

Arturo. ¿Tampoco?

Celeste. Tampoco. Salió a dá un paseo después de almorsá. Eso es muy sano.

Arturo. No lo creas tú. Ahora los médicos lo que mandan es un ratito de reposo. ¿De manera que te han dejao sola?

Celeste. Sola; sí, señó.

Arturo. Casi me alegro, mira. Porque yo tenía que hablá unas palabritas contigo.

Celeste. ¿Conmigo usté?

Arturo. Sí; no lo estrañes. A mí me has sido tú muy simpática… y tú y yo vamos a sé buenos amigos.

Celeste. *Alarmada.* ¿Eh?

Arturo. Siempre está bien contá con amigos; hasta en el infierno. Y esta casa no es el infierno presisamente. Más se párese al purgatorio, ¿verdá?

Celeste. No sé.

Arturo. Y ¿no te agradaría a ti que alguien, de cuando en cuando, se acordara en este purgatorio de tu persona y te ofresiera un regaliyo? Vaya que fuera un mantón, o unos pendientes, o una peina de concha…

Celeste. *Ofendida.* Usté se ha equivocao de caye, cabayero. Ha tomao mal las señas. ¿Usté conose el apeyido de mi padre?

Arturo. No tengo ese gusto.

Celeste. ¿Ni el de mi madre? Pues mi padre es Afán de Ribera, con be larga, y mi madre, Pulgar de las Hasañas, con hache. No le digo a usté más.

Arturo. Bueno, niña, no hay que tomarlo así…

Suena el timbre de la cancela.

Celeste. A vé si es don Ignasio. *Se asoma de nuevo al balcón.*

Papá Rafael. ¡Abre!

Arturo. ¿Es él?

Celeste. No, señó; que es el padre del señorito.

Arturo. ¿Don Rafaé?

Celeste. El mismo; sí, señó. *Abre la cancela y se retira por la izquierda, con aire muy digno.* Con su permiso, cabayero.

Arturo. ¡Escucha!

Celeste. No escucho. Pa otra vez, cómprese usté unas gafas.

Arturo. ¡Ja, ja, ja! Esto del suegro aquí sí que me fastidia. ¡Lo que me está estorbando a mí este vejestorio!

Aparece Papá Rafael, que ha seguido a Arturo y lo ha visto entrar en la casa. Viene lleno de indignación, que disimula y que traduce en pullas e ironías, que el otro recoge y contesta discretamente.

Papá Rafael. ¡Hombre!

Arturo. ¡Caramba!

Papá Rafael. ¿Cómo está usté?

Arturo. Bien, ¿y usté?

Papá Rafael. ¡Viviendo, que no es poco! ¿Qué hase usté aquí solito?

Arturo. Espero a Ignasio.

Papá Rafael. ¿Hase mucho?

Arturo. Un istante. Acabo de yegá.

Papá Rafael. Y ¿está en casa mi hijo?

Arturo. No.

Papá Rafael. Tiene usté mala suerte.

Arturo. ¿Por qué?

Papá Rafael. Porque ya ha venido usté cuatro o sinco veses cuando él no ha estao en casa.

Arturo. Es verdá.

Papá Rafael. Mala suerte. ¿Por qué no le avisa usté por teléfono cuando vaya a vení, y así se evitará estos plantones?

Arturo. No tiene importansia.

Papá Rafael. Lo acompañaré yo a usté mientras yega.

Arturo. No se moleste usté.

Papá Rafael. Molestia, ninguna. Digo, pa mí.

Arturo. Ni pa mí tampoco.

Papá Rafael. ¿Un sigarriyo?

Arturo. Venga.

Papá Rafael. El tabaco me cae como veneno; pero no me pueo quitá del arrastrao visio.

Arturo. No le hará a usté daño de veras; si no, lo dejaría.

Papá Rafael. ¿Cree usté?

Arturo. Lo creo, sí, señó.

Papá Rafael. No sea usté inosente. O hipócrita. ¡Cuántas cosas se hasen a sabiendas uno de que no debe haserlas y uno las hase, sin embargo! Y nos grita la consiensia que prosedemos mal; pero el gustito tira. Así fumo yo. Sé que pué costarme hasta un dijusto; un dijusto serio. ¡Y fumo! ¿Me comprende usté?

Arturo. ¡A un gustaso, un trancaso! ¿No he de comprenderlo, señó? Se lo

dise usté a un hombre que también tiene sus caprichos. Pero caprichos que valen más la pena.

Papá Rafael. Pa cada cuá los caprichos más respetables son los suyos.

Arturo. Eso sí. *Pausa. Fuman; se miran.* Hase hoy un día magnífico. Como de mayo.

Papá Rafael. Lo hase. Se está en la caye mejó que aquí.

Arturo. Yo ahora estoy aquí muy a gusto.

Papá Rafael. ¿De veras?

Arturo. ¿Por qué había de engañarlo a usté?

Papá Rafael. Tiene usté rasón. *Nueva pausa.* ¿Está usté seguro de que mi hijo vendrá?

Arturo. ¡Seguro! Me ha dicho que lo aguarde. Y cuando él me lo ha dicho…

Papá Rafael. A vé si en lugá de engañarme a mí es usté el que se engaña en eso.

Arturo. ¡Je! ¡Qué diferentes son ustedes!…

Papá Rafael. ¿Quiénes?

Arturo. Usté y su hijo.

Papá Rafael. No se fíe usté de las apariensias.

Arturo. ¡No me diga usté, don Rafaé! ¿En qué se paresen ustedes?

Papá Rafael. En algo coinsidimos, no crea usté que no.

Arturo. No sé en qué, la verdá.

Papá Rafael. En la temperatura. Él es un hombre frío, ¿no?… y yo… un hombre fresco.

Arturo. ¡Je! ¿Usté un hombre fresco?

Papá Rafael. Tan fresco que le digo las verdades al lusero del alba. De una forma o de otra, se las digo. Ninguna se me pudre en el cuerpo. Estoy hablando con un sinvergüensa, es un suponé, y me sube del estómago a la boca un amarguiyo, un amarguiyo, que hasta que no se lo yamo a boca, yena no me sabe la boca bien. «¡Es usté un sinvergüensa!». Y el amargo se vuelve dulse.

Arturo. Bueno, don Rafaé; pero cuando ponga usté un ejemplito como ése, ¡mire usté pa otro lao!

Papá Rafael. ¿Se va usté a dá por aludido?

Arturo. ¡Qué disparate! ¿De qué se hablaba?

Papá Rafael. Del paresido entre Ignasio y yo.

Arturo. ¡Cuánto vale Ignasio! No se lo digo a usté porque sea su padre, pero vale mucho.

Papá Rafael. Y ¿a quién mejó que a su padre se lo va usté a desí?

Arturo. Yo me refería a que no lo digo por halagarlo a usté. Pero es un hombre como hay pocos.

Papá Rafael. Como hay pocos.

Arturo. Siempre tan formá, siempre en su obligasión, en su sitio siempre, siempre tan cumplidó de su palabra…

Papá Rafael. Menos cuando lo sita a usté aquí, por lo que estamos viendo.

Arturo. Hombre, un retraso de diez minutos, ¿quien lo toma en cuenta? Vale, vale mucho su hijo de usté.

Papá Rafael. Y, sin embargo, hay quien vale más en la casa. ¿No?

Arturo. Basta que usté lo diga.

Papá Rafael. ¿Usté no lo dise?

Arturo. Con que lo piense, sobra, ya que estamos de acuerdo. ¿Se refiere usté a Dolorsitas?

Papá Rafael. ¡Claro! ¡No había de sé a mí! ¡Ni yo vivo en la casa tampoco!

¡Qué guapa es! ¿verdá?

Arturo. ¡Muy guapa! A mí me ha gustao siempre.

Papá Rafael. ¿Sí?

Arturo. Sí. Yo la pretendí de soltera.

Papá Rafael. ¿Sí? ¿De casada, no?

Arturo. ¿Cómo?

Papá Rafael. Digo que casada tiene más pretendientes que de soltera.

Arturo. El sercao ajeno, ya se sabe…

Papá Rafael. No pué usté imaginarse la de tontos que andan alrededó a vé lo que se pesca.

Arturo. ¿Tontos?

Papá Rafael. ¡Tontos perdíos!

Arturo. O que se lo liasen, quisa.

Papá Rafael. ¡Si viera usté que a veses el que se acostumbra a haserse el tonto acaba por serlo! ¿Estamos?

Arturo. No digo que no.

Papá Rafael. Pero ¡con qué mal pie ha venido usté hoy! Ni está en casa mi hijo, ni yega, ni Dolorsitas está aquí tampoco…

Arturo. ¡Bueno! No hay na perdió. He echao un ratiyo con usté. Se ha aprovechao el tiempo. Y no lo canso más. Volveré otro día.

Papá Rafael. *En serio.* Y si no volviese usté nunca, sería más asertao.

Arturo. ¿Qué?

Papá Rafael. Lo dicho.

Arturo. Y ¿por qué, y con qué autoridá me dise usté a mí eso?

Papá Rafael. Con la que tengo; con la de sé quien soy.

Arturo. A vé si va usté a resultá a última hora el tonto de que hablaba.

Papá Rafael. No se haga usté ilusiones, niño. Usté se asomó antes al café donde para mi hijo, y al verlo ayí con su tertulia, echó usté pa acá. Yo lo he seguido a usté y le he visto el juego. Ya ve usté como no soy tan tonto. Y ande usté con Dios, y piense usté más que en lo que le he dicho, en lo que me he cayao.

Arturo. Con Ignasio lo trataré. Buenas tardes. *Se va por la derecha.*

Papá Rafael. El que lo va a tratá con Ignasio voy a sé yo. Si mi hijo es simple o siego, aquí está el padre con siete ojos. ¿Es su voz? *Mira al patio desde el balcón, recatadamente.* Sí. ¡Me alegro! ¡Qué casualidá! ¡Él ha yegao al í a salí el otro! ¡Me alegro! ¡Ahora será eya! Vamos a vé, vamos a vé… ¿Le da la mano tan campante? ¿Y le pone cara de Pascuas? ¿Y lo despide con un abraso? ¡Vamos! ¡Yo estaba por gritá! ¡Este hijo mío es toavía más cándido que su madre! ¡Su madre, que en los tiempos que corren hubiera sido «*Miss* Papamoscas»! *Se aparta del balcón fuera de sí, y se pasea nervioso y descompuesto.* ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Nome quedaba más que vé! ¡A este párvulo le acuso yo las cuarenta! ¡A este parao yo lo echo a andá!

Por la derecha viene Ignacio, que al observar a su padre le pregunta:

Ignacio. ¿Qué es eso, papá? ¿Qué le susede a usté?

Papá Rafael. ¡Ah! ¿Nesesitas preguntármelo? ¡Ya has visto quién salía de tu casa!

Ignacio. ¿Arturo Rincón? No es la primera vez ni será la última.

Papá Rafael. ¿Que no será la última?

Ignacio. Supongo que no.

Papá Rafael. ¿No te ha dicho que yo lo he plantao en la caye?

Ignacio. ¿Usté?

Papá Rafael. ¿No te ha dicho na?

Ignacio. De eso, ni una palabra. Nos hemos sitao pa esta noche.

Papá Rafael. Pero, bueno, hijo mío: ¿tú estás loco? ¿Dónde has echao la brújula?

Ignacio. ¿Yo? ¿Por qué?

Papá Rafael. ¿Toavía no te has enterao de lo que trae a ese hombre a tu casa?

Ignacio. ¿Qué está usté disiendo?

Papá Rafael. ¡Si no fuea más que yo! ¡Pero lo está disiendo ya toa Seviya!

Ignacio. ¡Bah!

Papá Rafael. ¿Bah? ¡O has perdió la cabesa o es que pides a gritos que te la adornen!

Ignacio. ¡Papá! ¿Usté también?

Papá Rafael. ¿Cómo yo también? ¡Yo, el primero!

Ignacio. ¡Se pasa usté de listo! Se cree usté que vé cresé la yerba…

Papá Rafael. ¡Y la veo cresé! ¡Pero no quiero que tú te la comas!

Ignacio. ¡Papá!

Papá Rafael. ¡Hijo! ¡Han yegao las cosas a un punto en que hay que sé lo que yo no quiero que tú seas pa no enterarse!

Ignacio. ¡Dale, bola! Ca uno tiene su genio, papá. Yo no le puedo seguí la corriente a mi mujé, que se ha empeñao en que tos los hombres se enamoran de eya. Y aunque se enamorasen, ¿qué? ¡Peó pa eyos, que no han de conseguí cosa ninguna!

Papá Rafael. ¡Te figuras tú!

Ignacio. ¿Que me lo figuro? ¿Cree usté quisá que Dolorsitas es capaz de faltarme a mí? Dolorsitas tiene la honradez en la sangre; Dolorsitas me quiere con un cariño que es mi bendisión; Dolorsitas es más buena que el pan de rosa.

Papá Rafael. Conformes; pero al pan de rosa, pasa un hambriento y le clava el diente. Tú imaginas que las mujeres son de mármo, y las mujeres son de carne y

hueso. Y un día tras de otro, rodeás de halagos y tentasiones, se ablandan, a pesa de eyas mismas. ¡Si son las rocas, hijo mío, y golpe a golpe de las olas se vuelven arena! A las mujeres hay que cultivarlas, hay que mimarlas siempre, hay que vigilarlas…

Ignacio. ¿Vigiló usté a mi madre?

Papá Rafael. ¡Tu madre era única!

Ignacio. ¿Única? Porque Dolorsitas no había nasido entonses. Ya son dos.

Papá Rafael. ¡Tu madre! ¡Tu madre! ¿Vas a compás una mujé con otra? Tu madre era de Sarmiento de los Cabezones —que me tengo que apretá el sinturón pa podé pronunsiarlo bien— y Dolorsitas nasió aquí en Seviya, en la caye del Vidrio, ¡del Vidrio!, que salta de mirarlo. Ayí se hiela hasta el aliento al salí de la boca, y aquí las palabras son yamas. Ayí se vive to el año bajo sero —que va a habé un plante de termómetros—, y aquí, en cuanto asoman las flores de almendro, ya nos estamos quitando ropa. Pero, sobre to, Ignasio: confía cuanto quieras en Dolorsitas, que bien lo merese; pero no consientas por Dios, que un hombre a cara descubierta venga a enamorarla en tu casa.

Ignacio. Ese es mi orguyo.

Papá Rafael. ¿Qué?

Ignacio. Que ese es mi orguyo. Mi mujé es como esos enfermos aprensivos que a ca paso se toman la temperatura, a vé si tienen más o menos désimas. Mi mujé quiere que minuto a minuto le esté yo probando mi cariño. Y así se lo pruebo.

Papá Rafael. ¡Muchacho!

Ignacio. Así se lo pruebo. No dudando de eya ni un istante; no temiendo que nadie me la robe, aunque lo procure. Yo la ofendería con virtiéndome en su sentinela. Yo no soy capaz de selarla. Sin contá con que por mucho que un hombre vigile a una mujé, como la mujé se lo proponga, lo engaña. Y entonses la vigilansia, sobre inútil, resulta ridícula.

Madre, la mi madre,

guardas me ponéis;

si yo no me guardo,

no me guardaréis.

No soy yo quien tengo que velá por mi honra, que le di como un sagrao al casarme con eya; es eya la que la ha de guardá. Además, papá, la menor traisión que se le ocurriera a Dolorsitas, aunque fuera de pensamiento, yo se la vería primero en los ojos.

Papá Rafael. ¡No seas iluso, Ignasio! ¡Si me vas a negá también que las mujeres disimulan, anda ve ya a que te analisen la sangre, porque tú eres un caso!

Ignacio. Las mujeres disimulan, papá; pero la mía, no.

Papá Rafael. La tuya no, ¿eh? Bueno; vamos a pasarlo. Pero vamos a suponé también que tú un día te vas fuera de Seviya, y eya, en tu ausensia, como no te tiene a ti al lao para mirarle los ojos, siega, fuera de sí, por despecho, por selos, se vuelve loca y se resbala…

Ignacio. ¡Imposible!

Papá Rafael. Hablo en hipótesis na más, pa pintarte el cuadro. Vuelves tú del viaje y te encuentras con el resbalón… Enamorao de eya como lo estás, ¿no calculas adonde podría arrastrarte el doló de ese desengaño? ¡Eso ya no tendría remedio!

Ignacio. Como es un caso que no ha de yegá nunca…

Papá Rafael. ¡Qué cabesón eres!

Ignacio. ¡No, que usté!

Por donde se marchó vuelve a salir Celeste, con una cartita en la mano.

Celeste. Señorito.

Ignacio. ¿Qué hay?

Celeste. No sé si cometeré una indiscresión, por meterme en donde no me yaman; pero la señorita se fué a la caye y se ha olvidao en su alcoba esta carta, con el seyo puesto. ¿La echo en el estanco?

Ignacio. Si tiene el seyo, sí. Seguramente es un olvido.

Celeste. Eso he pensao yo.

Ignacio. Échala.

Celeste. Con permiso.

Papá Rafael. A vé… *Coge la carta de manos de Celeste; lee la dirección, y disimulando cuanto puede, dice:* Mira, déjala tú. Yo la yevaré al mismo Correo, que tengo ahora que pasá por ayí.

Celeste. Como quiera el señó. ¿Puedo retirarme?

Papá Rafael. Retírate.

Celeste. Con permiso. *Y se va por la izquierda de nuevo.*

Papá Rafael. Si no tuvieras a tu padre…

Ignacio. ¿Qué?

Papá Rafael. Mira.

Ignacio. ¿Qué?

Papá Rafael. ¡Mira! ¡Lee este sobre, escrito de letra de tu mujé!

Ignacio. *Leyéndolo.* ¡Qué raro!

Papá Rafael. ¿Qué tiene Dolorsitas que escribirle a Arturo Rincón? ¿A este hombre, que viene a tu casa un día sí y otro no y que se acaba de í hase media hora? ¿Qué tiene que escribirle?

Ignacio. Nada, realmente. Es estraño.

Papá Rafael. ¿Y ahora, qué me dises de nuestro cuento?

Ignacio. ¡Ja, ja, ja!

Papá Rafael. ¿Eh? ¿Te ríes, Ignasio?

Ignacio. ¡Me río! ¿No me he de reí? ¡De alegría y de orguyo! ¡Bendita sea eya, que no sabe ya lo que inventa pa que yo vea cómo me quiere! Esto es otra prueba que hase, papá. La más inosente de todas; la más simple.

Papá Rafael. *Perplejo.* Pero, Ignasio…

Ignacio. ¡A la fuersa he de pelea por eya con un hombre, a ja fuersa he de viví en continuo susto; a la fuersa he de haserle el amor tos los días! ¡No, Dolorsitas, no; yo te quiero como te quiero y sé que no me engañas!

Papá Rafael. ¿Tan confiao estás?

Ignacio. ¡Tan confiao! Como no me dejo yevá de pasiones ajenas, veo más claro que nadie.

Papá Rafael. En eso te equivocas. Siempre ve más el mirón que los jugadores.

Ignacio. Apostaría cualquier cosa a que este sobre no guarda más que un pliego en blanco, o alguna broma, o alguna paparrucha. La carta la ha dejao ahí como olvida, pa que yo la vea, y me yeve un susto, y apriete los puños, y rechine los dientes, y la abra con el mismo cuchiyo con que a eya he de intentá matarla después. ¡Si no, no la quiero bastante!

Papá Rafael. Eso no hay más que verlo. Abre la carta.

Ignacio. De ninguna manera, papá. Yo no abro más cartas que las mías.

Papá Rafael. ¿Ni las de tu mujé tampoco en un caso así?

Ignacio. Menos.

Papá Rafael. Pues al caló de la oya se abren y no hay quien lo advierta después. Yo sé un poco de eso.

Ignacio. Yo no quiero sabé. Esta carta, esté escrita en serio o en burla, la echo yo mismo al Correo dentro de diez minutos. Con otras que tengo ahí en el despacho.

Papá Rafael. Mira lo que hases, hijo mío: tienes en tu mano la verdá; mira lo que hases.

Ignacio. La verdá la tengo en la consiensia. ¡Y en el corazón! Hasta luego. *Éntrase en el despacho y cierra la puerta tras de sí.*

Papá Rafael. *Repitiendo la frase del hijo, exageradamente.* ¡Y en el corazónnn! ¡Lo ha pronunsiao como su mamaíta! ¡Por poco me salta un ojo con la ene! ¡Es un caso! ¡Es el Hombre de piedra! ¡Es la Cabesa del rey don Pedro, que tiene corona!

¡Se ha empeñao en yevá corona, ahora que manda la República! ¡Es un caso! ¡Voy a tené que montarle una guardia!

Se va por la derecha, y a poco se oye abrir y cerrar la cancela.

Después, cautelosamente, asoman Dolorcitas y María Manuela por la izquierda, con no disimulada ansiedad.

María Manuela. ¿Se han ido a la caye los dos juntos?

Dolorcitas. *Luego de asomarse al balcón.* No; se ha ido mi suegro solo. El sombrero de Ignasio está en el perchero del patio. ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde andará él? ¿Qué habrá hecho?

María Manuela. Sosiégate, chiquiya…

Dolorcitas. ¿Cómo podrán viví los que cometen un delito de veras? ¡Mira cómo estoy!

María Manuela. *Cogiéndole una mano.* ¡Criatura!

Dolorcitas. ¡Tócame el corasón!

María Manuela. ¡Criatura! Pero ¿es que el susto va a sé pa ti?

Dolorcitas. ¡Lo está siendo! ¿No ves? ¿Pa qué habré yo escrito esa carta? ¡Si me valiera!… ¡Qué arrepentida, estoy!

María Manuela. ¿Ya? ¿Quieres no sé tonta? ¡Ni que se tratara de algo más que de darle un susto! ¿No le has puesto hasta una señalita pa probárselo luego?

Dolorcitas. ¡Caya!

María Manuela. ¿Qué?

Dolorcitas. ¡Que él está en el despacho! ¡Caya!

Las dos prestan oído junto a la puerta.

María Manuela. No se le oye ni respirá.

Dolorcitas. Yo sí lo oigo. ¡Jesús!

María Manuela. ¿Qué?

Dolorcitas. Que ha estornudao, ¡Jesús!

María Manuela. ¿Otra vez?

Dolorcitas. Sí.

María Manuela. Se habrá quedao frío con la lectura de la carta.

Dolorcitas. ¡Pues iba a sé peó el remedio que la enfermedá! ¿La habrá leído?

María Manuela. ¡Naturalmente! ¡Ha echao a la caye a su padre pa eso; pa devorarla solo! Ahora mismo le correrán por el cuerpo sudores de muerte. ¡Por eso estornuda!

Dolorcitas. ¡No me lo digas! ¡Pobresito mío!

María Manuela. No lo compadescas y acuérdate de to lo que te ha yevao a escribí esa carta.

Dolorcitas. Dises bien. Pero tengo miedo, María Manuela.

María Manuela. ¿Miedo tú?

Dolorcitas. ¿Irá a pegarse un tiro?

María Manuela. ¡No le dará tan fuerte!

Dolorcitas. ¿A pegármelo a mí?

María Manuela. Ni a ti ni a nadie. No es hombre de pistola. Por más que estos genios tan fríos, cuando estayan…

Dolorcitas. ¡Ay, no me asustes!

María Manuela. ¡Aquí viene!

Dolorcitas. ¡Virgen del Carmen!

María Manuela. ¡Sí que eres tú mujé pa hasé una comedia!

Dolorcitas. No puedo remediarlo: to el fuego se me va por la boca. Y como

me dé dos gritos, canto claro y te echo a ti la culpa de to.

Sale Ignacio de su despacho. Trae varias cartas en la mano Las dos mujeres las miran de reojo.

Ignacio. *Acentuando su acostumbrada serenidad.* ¡Hola! ¿Ya de vuelta?

Dolorcitas. Sí…

María Manuela. No fuimos más que a dá un paseíyo por la Plasa.

Ignacio. Y ¿habrá seguido el tijereteo contra los hombres?

María Manuela. Como nos vemos tan de tarde en tarde siempre hay tela cortada.

Ignacio. Y si no la hay, se corta, ¿verdá?

María Manuela. Eso.

Ignacio. Adiós, María Manuela, hasta otro día. Déjese usté vé más por aquí.

María Manuela. Con mucho gusto siempre. Vaya usté con Dios.

Ignacio. Hasta la noche, Dolorsitas.

Dolorcitas. No vengas muy tarde.

Ignacio. ¡Ah, oye! Me yevo al Correo con mis cartas una tuya que antes me dió Seleste. Y *se va tan tranquilo, dejando a las dos mujeres pasmadas.*

Dolorcitas. ¿Qué ha dicho?

María Manuela. ¿Qué ha dicho? ¿Que él va a echa tu carta al Correo?

Dolorcitas. ¡Eso ha dicho! ¡Yámalo!

María Manuela. ¡No!

Dolorcitas. ¿Cómo que no? *Gritando sin poder reprimirse.* ¡Ignasio!

María Manuela. ¡No Jo yames tú!

Dolorcitas. ¿Que no lo yame?

María Manuela. ¿Pa qué si ya yeva tu carta en el cuerpo? ¡Eso que te ha dicho es mentira!

Dolorcitas. ¡No!

María Manuela. ¡Sí!

Dolorcitas. ¡Tú no lo conoses! ¡La echa al Correo sin mirarla! ¡Si no se la da a Arturo en propia mano!

María Manuela. ¡Hija, yo podía esperarlo to menos esta salida!

Dolorcitas. ¿Te convenses ahora? ¿Te convenses?

María Manuela. ¿De qué es tu marido, Dolores?

Dolorcitas. ¡Qué sé yo!

María Manuela. ¿De cartón piedra? ¿De hormigón armao?

Dolorcitas. ¡Qué sé yo! ¡Ay, Santo Cristo! ¡Qué apuro más grande! ¡Qué angustia! ¿Pa qué me has metido tú en esto? ¿Qué va a pensá de mí Arturo Rincón cuando lea esa carta? ¡Que soy una mujé cualquiera! ¡Yo, que estoy esquivándolo! ¡Yo, que le estoy huyendo siempre!

María Manuela. No te aflijas tanto, mujé; que si la resibe, como la sita es en mi casa, yo le esplicaré lo ocurrido.

Dolorcitas. ¡No! ¡No!

María Manuela. ¿Por qué?

Dolorcitas. ¡Porque no! ¡Porque esto pone ya el límite a mi aguante! ¡Porque este despresio no lo sufro! ¿Ves que estaba arrepentía de lo hecho? ¿Ves que me sentía amedrenté? ¡Pues ya no lo estoy! ¡Ojalá sea verdá que va a echá la carta al Correo, pa que ese hombre la resiba y vaya a tu casa a esperarme! ¡Ayí me encontrará! ¡Ayí le hablaré por fin de mi desgrasia, de mis penas, de mis desengaños! Y no haré na que no deba hasé, María Manuela; pero siquiera tendré el consuelo de oí unos minutos las palabras de un hombre enamorao de mí, que me descarguen y me alivien de tanto desvío. Y cuando Ignasio se entere después, veremos si también se encoge de hombros o me pide perdón y se enmienda. ¡Ayá

lo veremos! ¡Ayá lo veremos! *Rompe a llorar amargamente, con desconsuelo, con coraje, en el que late un contenido deseo de venganza.*

María Manuela. ¡Así; duro; así! ¡Y si este susto no te vale, le das otro!

Dolorcitas. ¡Y otro, y otro más! ¡Hasta que sufra; hasta que tiemble; hasta que yore como yo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salita en casa de María Manuela. Sendas puertas al foro y a la izquierda del actor. La primera conduce, hacia la derecha, a la calle, y hacia la izquierda, al interior de la casa. La segunda, sólo al interior. A la derecha, de frente al público, ventana a la calle, con celosía. Muebles sencillos y modestos.

Es por la tarde; dos días después del acto segundo.

Vienen de la calle nuestros amigos Arturo Rincón y Galea. Los introduce muy sonriente Tomasa, doncella de Huévar, que es feliz desde que se trasladó del pueblo a Sevilla. «¡Absentismo rural!».

Tomasa. Pazen ustedes.

Arturo. ¿Está la señora?

Tomasa. Zí, zeñó. Esperando a un cabayero me ha dicho que está. ¿Cuár de ustedes dos ez er cabayero?

Arturo. Yo. Este amigo mío…

Galea. ¡No vayas a desí que yo soy la cabayería!

Tomasa. *Riendo.* ¡Ay, qué buena zombra!

Arturo. Dile a la señora que ya me tiene aquí.

Tomasa. Ahora mismo. *Se va al interior por la puerta del foro.*

Arturo. Te he hecho entrá conmigo, porque había tres *vesindonas* en la puerta de enfrente, y no quería que me viesen entrá a mí solo. ¿Te das cuenta?

Galea. ¡Sí, hombre! *Mirando por la celosía.* Toavía están ahí.

Arturo. Pues espérate un poco.

Galea. Lo que quieras. Hoy me tienes a tu mandá. ¡Qué piso más bonito!

Arturo. ¿Te gusta?

Galea. Mucho. ¿Qué yevará por é er ladrón del amo?

Arturo. *Sonriéndose.* Treinta y sinco duros creo que yeva.

Galea. ¿Treinta y sinco duros? ¡Qué bárbaro! ¡Y er gobernado persiguiendo a los pistoleros! ¿Quién es ese bandido?

Arturo. ¿El amo de la casa? Mi padre.

Galea. ¡Hombre! ¡Habérmelo dicho!

Arturo. ¡Si no me has dao tiempo! Pues sí; mi padre es el ladrón. Y te advierto que está buscando otro ladrón que le compre la finca. Con que si tú te animas a eyo…

Galea. ¡Je! Yo no tengo dinero pa compra casas. Pero ¡mira que es historia esta mía! ¡Qué sino! No he de hablá dos palabras sin meterme en un bache. He de caminá por una caye ancha, ha de habé una hoja de lechuga en un laíto, y yo tengo que í a pisarla pa dá er batacaso. ¡Con toa la caye libre! El otro día, en una disputa en un café, dije a voz en grito que los boticarios son unos sacacuartos. Y no había terminao de desirlo cuando prinsipiaron a levantarse boticarios en toas las mesas, queriendo comerme. Era que se selebraba un banquete de la Facurtá y estaban ayí tomando er vermú.

Arturo. ¡Ja, ja, ja!

Galea. ¿Es sino o no es sino?

Arturo. ¡Pero, muchacho!

Galea. ¡Na más sino que tuve que salí juyendo por er sótano!

Arturo. Pero eso se corrige pensando un poco lo que vas a desí.

Galea. ¡Ya lo he probao! ¡Y como lo piense es peó!

Arturo. Entonses más vale que te cayes.

Galea. ¡O que corra mi suerte como la corro, qué caramba!

Arturo. Bueno; ya se fueron esas mujeres. Márchate tú.

Galea. Hasta luego en la tertulia.

Arturo. Hasta luego. Ya sabes la lecsión.

Galea. ¡De sobra! Irme a la servesería donde está Ignasio y darle ayí dos horas de palique. Tú estate tranquilo, que no lo suerto. Hoy por ti, mañana por mí. Estos son favores de hombres. Hoy te gusta a ti la mujé de Ignasio; mañana me gusta a mí tu hermana…

Arturo. ¡Agapito!

Galea. ¡Sí, hombre, sí! ¡Aquí no hay resbalón! ¡Tu hermana me gusta a mí mañana y pasao! ¿Que soy casao y tengo tres chiquiyos? ¿Y qué? ¡Tu hermana me gusta! ¡Se lo pués desí a su marío!

Arturo. Bueno, cáyate ya, que viene esta señora.

Galea. *Viendo llegar a María Manuela.* ¡Anda! ¡Quién es!

Arturo. ¿La conoses?

Galea. ¡Uh! ¡Y también me gusta lo mío!

Sale por la puerta de la izquierda María Manuela.

María Manuela. ¿Cómo está usté, Rincón?

Arturo. Bien, grasias; ¿y usté, María Manuela?

María Manuela. Pasando vamos.

Galea. *Al ver que no le dice nada.* ¿Ya no se acuerda usté de mí?

María Manuela. ¿De usté?

Galea. ¿No me reconose? ¿No recuerda usté de una mañana en «La Conejera»?

María Manuela. ¿En «La Conejera»? Yo no he estao nunca ayí.

Galea. ¿Cómo que no? ¡Pues le dije yo a usté aquer día pocos disparates cuando se subió en er columpio! ¡Y se rió usté poco!

María Manuela. Está usté confundido, señó.

Arturo. ¡Seguramente!

Galea. ¿Qué he de estarlo, señora? ¿No es usté la viuda der chato Rodríguez, er corredó de pasas de Málaga?

María Manuela. ¡No!

Arturo. ¿Qué ha de serlo, hombre? Esta señora es la esposa de don Casiano Rivas, ese amigo mío bajito de cuerpo que va a nuestra tertulia.

Galea. ¿Ese tan pesao?

María Manuela. ¡Ése!

Galea. ¡Ya me metí en er bache! Dispense usté, señora.

María Manuela. No hay de qué.

Galea. Me retiro.

Arturo. Es lo más prudente.

Galea. *Ofreciéndose a ella.* Agapito Galea, buen amigo de sus amigos… y de sus amigas. A la disposisión de usté.

María Manuela. Muy agradesida.

Galea. Adiós, Arturo.

Arturo. Adiós, calamidá. *Lo acompaña a la puerta del foro y allí se queda hasta verlo marcharse. Cruza Tomasa por el pasillo, de izquierda a derecha.*

María Manuela. Siéntese usté, Arturo.

Arturo. Lo primero que tengo que hasé es darle a usté las grasias por habé sido tan generosa conmigo.

María Manuela. Y lo primero que tengo que hasé yo es desirle a usté que viene engañao.

Arturo. ¿Engañao?

María Manuela. Sí.

Arturo. ¿No es este el número 7 de la caye?

María Manuela. El número 7.

Arturo. ¿No es este el piso bajo en que vive doña María Manuela Lusena?

María Manuela. Servidora de usté.

Arturo. ¿No son las sinco de la tarde?

María Manuela. Acaban de dá.

Arturo. ¿No estamos a 20?

María Manuela. A 20.

Arturo. Hoy ¿no es lunes?

María Manuela. Hasta las dose de la noche.

Arturo. Entonses no vengo engañao.

María Manuela. Sí, señó; viene usté engañao, a pesa de tantos pormenores. Siéntese usté.

Arturo. Usté me esplicará.

María Manuela. Siéntese usté; porque va usté a tené que espera sentao, Arturo.

Arturo. ¿Cómo?

María Manuela. Tiempo hasía que no nos veíamos tan de serca.

Arturo. Tiempo hasía.

María Manuela. Y ¡cuánto siento yo que sea el volvernos a vé con este motivo!

Arturo. ¿Por quién lo siente usté?

María Manuela. Vamos a aclararlo. Usté está hoy aquí porque ha resibido carta de una amiga mía, pidiéndole que venga.

Arturo. ¡Ajajá! Y desde que la resibí no vivo en mi ser esperando esta hora.

María Manuela. Lo creo. Pero es el caso que esa amiga mía…

Arturo. ¡Que es la mujé más guapa de Seviya… mejorando lo presente!…

María Manuela. Muchas grasias. La más guapa y también la más buena.

Arturo. También.

María Manuela. Pues esa mujé, esa amiga mía ha escrito esa carta, que lo tiene a usté tan ufano, por mi consejo, pero no pa que yegara a manos de usté, sino pa que yegara a las de su marido.

Arturo. ¡María Manuela!

María Manuela. Lo que usté oye… y no pensaba oí. Y usté debe ahora mismo darme a mí esa carta, o romperla… o quemarla.

Arturo. ¡No me pida usté un imposible! ¡Esta carta pa mí es un tesoro!

María Manuela. Lo sería, si se hubiera escrito pa usté y no pa Ignasio.

Arturo. Aunque me crea usté vanidoso, permítame usté que le diga que cuando una mujé escribe de su mano el nombre de un enamorao de eya, y le da una sita, con el propósito que quiera que sea, no está muy lejos de sentí que hoy o mañana…

María Manuela. No siga usté. Dolorsitas no es de esas mujeres. No se haga usté ilusiones. Dolorsitas se resistía a escribí esa carta. Yo la empujé a eyo, entre bromas y veras. Escribiéndola, yoraba y reía. «¡Qué susto va a yevarse! ¡Qué susto!». No pensaba más que en Ignasio. La carta quedaría como olvidá donde él pudiera verla. Ni por un momento imaginó que iba a yegá a manos de usté. ¡Ni por un momento!

Arturo. Y ¿cómo es que ha yegao?

María Manuela. Asómbrese usté, Arturo. Esto sí que nadie lo creería. Ha yegao a usté… porque el propio marido la echó al Correo.

Arturo. ¿Eh?

María Manuela. ¡El propio marido!

Arturo. ¿Sin leerla?

María Manuela. ¡Sin leerla!

Arturo. ¡Pues si la echó al Correo el propio marido, que venga Dolorsitas ya y hablemos de una vez mano a mano!

María Manuela. No sueñe usté en eso: Dolorsitas no viene.

Arturo. María Manuela, ahora es usté la que se engaña.

María Manuela. Dolorsitas no viene.

Arturo. ¡Viene!

María Manuela. ¡No viene!

Arturo. Me he crusao con eya esta mañana… —iba con su suegro— y con los ojos me dijo un «Hasta luego» que me estremesió. Yo leo bien en los ojos de las mujeres.

María Manuela. Ha leído usté quisá demasiao… y ya se le va cansando la vista. Y en lugá de ponerse cristales, lo que lee usté ahora no es lo que le disen, sino lo que quiere usté que le digan.

Arturo. No discutamos eso. Sin ofensa pa usté ni pa su casa, ¿puedo yo espera aquí un ratito?

María Manuela. ¿Hasta cuándo?

Arturo. ¡Hasta que Dolorsitas venga!

María Manuela. Antes que eya vendrá mi marido del sine.

Arturo. ¿Del sine?

María Manuela. Sí; lo he mandao a vé una película, pa que no se enterara de estos enjuagues. Porque si los descubre tenemos una gresca gorda.

Arturo. Bueno; pues si viene Casiano, le diré que estoy aquí pa hablarle de un negosio. Ya lo inventaré. Como usté me deje, yo de aquí no me muevo hasta que yegue Dolorsitas.

María Manuela. ¡Póngase usté en mi caso, Arturo!

Arturo. ¡Póngase usté en el mío, María Manuela! Hasta que yegue Dolorsitas no me muevo de aquí.

María Manuela. ¿Será en el día de hoy? ¡Porque no se va usté a quedá a viví con nosotros! Y cuidao que yo me alegraría: ¡pa que viera usté lo mal que funsionan las chimeneas, y se lo dijese a su papá!

Arturo. ¡Ja, ja, ja!

María Manuela. En serio, Arturo. Aquí no hay más que lo que usté me ha oído. No aguarde usté otra cosa.

Arturo. En serio, amiga mía. Déjeme usté yevarme de la imaginasión; déjeme usté que sueñe un poquiyo. Esto ya no es un capricho de ahora, no es una aventura del momento; esto tiene en mi corasón raises antiguas. No es que yo quiera aprovecharme de las sircustansias; no es que me guste pa un rato dichoso esa mujé: es que la quiero… y me figuro que la vida viene al fin a ponerla en mi camino pa que la logre. ¿Está esto claro? No soy yo que caprichosamente la busco —¿no lo está usté viendo?—; es el marido mismo que la hase infeliz y que la echa en mis brasos. ¿Comprende usté, María Manuela? ¡Es el marido mismo: es el marido!

E inopinadamente, por la puerta del foro, seguido de Tomasa, aparece Ignacio, sobrecogiéndolos.

Ignacio. Buenas tardes nos dé Dios.

Arturo. ¿Eh?

María Manuela. ¡Ay!

Ignacio. ¿Qué es eso, María Manuela? ¿Se ha asustao usté? Usté me perdone.

María Manuela. No… Sí… La sorpresa… Como no lo esperaba…

Ignacio. ¿No me esperaba usté?

María Manuela. No… Ahora, ni a usté ni a nadie.

Ignacio. ¿A nadie?

María Manuela. A nadie.

Ignacio. Ni yo esperaba vení tampoco. Pero andaba por ahí buscando a este… amigo, y no sé quién me ha dicho en la servesería que estaba aquí.

Arturo. *Maquinalmente.* ¿Galea?

Ignacio. No; a Galea no lo he visto. No sé quién me lo ha dicho. Y no me ha engañao. Yo nesesito hablá con usté.

Arturo. ¿Ahora?

Ignacio. Ahora, sí… De nuestros asuntos.

Arturo. Bien. Estoy a su disposisión. Vamos donde usté diga.

Ignacio. No; aquí mismo. ¿Usté nos lo permite, María Manuela?

María Manuela. ¿Por qué no? Están ustedes en su casa… *Con aire de broma.* Sobre todo, Arturo… ¡La casa es de su padre! ¡Je!

Arturo. ¡Je!

Ignacio. ¡Je! *Mira a los dos, desconcertándolos.*

Pausa embarazosa. Tomasa, aparte, le pregunta asustadísima a María Manuela: ***Tomasa***. *(¿He metío la pata, zeñora?*

María Manuela. *Sin oírla.* No.

Tomasa. ¡Otra vez zerá!). *Y se va por la puerta de la izquierda.*

María Manuela. Bueno, pues… para que se queden ustedes en liberta, yo los dejo.

Arturo. Mejó será que nos vayamos nosotros.

Ignacio. No… ¡Si despachamos en un istante! Quien se irá pronto seré yo. Y usté podrá quedarse en tan agradable compañía. ¿Me perdona usté, María Manuela?

María Manuela. ¡Por Dios, Ignasio! ¡Somos amigos de confiansa! ¿Cómo está Dolorsitas? Luego pensaba yo ir ayá.

Ignacio. ¿Usté ayá?

María Manuela. Sí…

Ignacio. ¿No le debe visita eya?

María Manuela. Entre nosotras…

Ignacio. ¡Pues no lo deje usté en pensamiento! Ya sabe con qué agrado la resibe a usté siempre.

María Manuela. Con el mismo agrado que yo a eya. Hasta ahora… Ahí dentro estoy yo… si hago falta. *Se marcha más muerta que viva.* ¡Ay!…

Los dos hombres se miran en silencio. Luego Ignacio cierra la puerta por donde se ha ido María Manuela y exclama: ***Ignacio****. ¡Qué chascos da la vida! ¿verdá?*

Arturo. ¿Por qué lo dise usté?

Ignacio. ¿Usté no lo sabe?

Arturo. ¿Quién desía usté que le ha dicho…? ¿Quién le ha dicho…?

Ignacio. ¿Que estaba usté aquí? Nadie. Lo he supuesto yo.

Arturo. ¿Cómo?

Ignacio. Mire usté, Arturo: yo no soy persona de disimulos ni de equilibrios, ni la situasión los permite.

Arturo. Conformes.

Ignacio. Vamos a hablá poquito y claro.

Arturo. Poquito y claro; bien.

Ignacio. Como los hombres hablan. Porque usté será un hombre.

Arturo. Por tal me tienen las mujeres.

Ignacio. ¿Los hombres, no?

Arturo. ¡Los hombres, también! ¿Qué hay?

Ignacio. Schss… En tono bajo, que no estamos en la Barqueta.

Arturo. Bueno; ¿qué hay?

Ignacio. En tono bajo. Y sin desplantes ni arrogansias. ¿Pa qué? Usté ha resibido una carta de Dolorsitas.

Arturo. No, señó.

Ignacio. ¡Que los hombres no mienten! Aunque lo niegue usté por supuesta cabayerosidá, usté la ha resibido.

Arturo. ¡Le digo a usté que no!

Ignacio. ¡Pero si yo mismo la yevé al Correo! Y si se hubiera estraviao —que no se pierden más cartas que las que no se escriben…—, si se hubiera estraviao, usté no estaría aquí. Porque en esa carta… Dolorsitas lo sita a usté en esta casa y a estas horas.

Arturo. ¿La abrió usté quisá por el camino pa enterarse?

Ignacio. ¡Yo no abro más cartas que las mías!

Arturo. ¡Entonses!…

Ignacio. Entonses… me he enterao por mi padre, que vino a hablá del caso con María Manuela… y María Manuela lo informó de lo hecho. A mi padre, naturalmente, le faltó tiempo pa contármelo a mí; y como Dolorsitas no ha de darle a usté el gusto de verla, a mí me ha paresido bien yegarme a desirle a usté que no la espere. ¡Es usté un hombre tan ocupao!… ¡Qué chascos da la vida! ¿verdá?

Arturo. ¡Oiga usté, amigo!

Ignacio. ¿Amigo? Amigo, no. El hombre que, como usté entra en mi casa con un pretesto, y lo que busca es mi deshonra, no es amigo mío.

Arturo. ¿Es enemigo, no?

Ignacio. Enemigo; ¡claro!

Arturo. ¡Pues vamos a hablá como enemigos!

Ignacio. No hay otro remedio. ¡A vé cómo acabamos!

Arturo. ¡A vé si acabamos, como sea!

Ignacio. A usté le gusta mi mujé.

Arturo. Me gusta.

Ignacio. Así se habla. Pero no es a usté solo: les gusta a muchos hombres. ¡Ya ve usté: a mí también me gusta!

Arturo. ¡Pues nadie lo diría!

Ignacio. Lo digo yo, que soy el que mejó lo sabe. Usté persigue a mi mujé.

Arturo. No tanto.

Ignacio. ¿No tanto? ¡Más! Usté la quiere.

Arturo. ¡La quiero!

Ignacio. ¡Así!

Arturo. ¡La quiero! ¿Qué pasa?

Ignacio. Ahora lo veremos. Pero en tono bajo. Porque que un hombre quiera a la mujé de otro es cosa tan frecuente, que no hay por qué darle esa importansia, ni levantá la voz, ni publicarlo. ¡Si fuera algo nuevo!…

Arturo. ¡Ah, vamos! Por lo visto, usté…

Ignacio. Yo…

Marta Manuela, atribulada, suspira dentro.

María Manuela. ¡Ay, Dios mío de mi alma!

Ignacio. ¿Eh? *Entreabriendo la puerta de la izquierda.* María Manuela, váyase usté ayá dentro a resarle al Señó del Gran Podé o al santo de su devosión, y déjenos aquí a los dos solitos ventilá el asunto, que no yegará la sangre al río. *Cierra nuevamente la puerta.*

Arturo. ¡Le advierto a usté que si se trata de una burla a mi costa, de usté y de su mujé de acuerdo, no la sufro!

Ignacio. ¡Qué poca correa tiene usté! ¡Había de sufrí yo que mi mujé acudiera a esta sita, y no pué usté sufrí ni la suposisión de una burla! Poca correa.

Arturo. ¡Poca o mucha; terminemos esto! En burlas o en veras yo no paso de aquí. ¡Terminemos ya! Usté sabe mis intensiones; usté quisá conozca cómo resuelvo yo estos asuntos: ¿qué quiere usté de mí?

Ignacio. ¿De usté, yo? ¡Ni agua!

Arturo. ¿Eso es to lo que usté le contesta al hombre que acaba de desirle que quiere a su mujé?

Ignacio. ¿Y a mí qué me importa que usté la quiera si a eya maldito lo que le importa usté?

Arturo. ¿Está usté seguro?

Ignacio. Lo estoy: pero he de remacharlo. Y eso presisamente es lo que aquí vamos a resolvé… de cualquier forma menos a tiros.

Arturo. ¿Qué?

Ignacio. De cualquier forma menos a tiros; porque los tiros nunca resuelven na en el mundo.

Arturo. ¡Ah! ¿no?

Ignacio. No, señó. Ni las personas ni los pueblos se arreglan a tiros. Un pueblo conquistao a cañonasos, no está conquistao: está rendido, arruinao, hecho polvo. Un hombre que pa conseguí a una mujé mata primero al que le estorba, no la consigue: la amedrenta. No la gana por cariño, sino por miedo de eya. A las mujeres, como a los pueblos, hay que conquistarles el corasón y el alma, y ésos se conquistan de otra manera: por rasones por méritos, por simpatía…

Arturo. ¡Yo no lo entiendo a usté!

Ignacio. ¿Es que no hablo en cristiano?

Arturo. Hable usté como quiera, no lo entiendo. ¿Adónde va usté?

Ignacio. A yegá al fondo de la verdá, y a conformarme, si me toca perdé, por mucho que me duela. Vamos a poné el pleito en manos de eya… y que eya desida.

Arturo. ¿Sería usté capaz?

Ignacio. ¿Por qué no, si es lo rasonable? Que se ha cansao de mí; que usté le ha ganao la voluntá y lo prefiere a usté: usté se la yeva. Que es al contrario: usté se aguanta. Siempre perdería usté menos que yo.

Arturo. Pero…

Ignacio. Pero ¿qué? Lo que no es, lo que no será nunca es lo que usté venía buscando como un cobarde.

Arturo. ¿Cómo un cobarde? ¡Mire usté lo que dise!

Ignacio. Mírelo usté. Como un cobarde. Lo que usté quería era la traisión, la burla de mi nombre; el disfrute de eya con toas las ventajas; y que me señalaran a mí como víctima y a usté como tenorio afortunao. ¡No! ¡Eso, no!

Arturo. ¡Tiene usté una frialdá que subleva!

Ignacio. *Descomponiéndose un momento.* Pero ¿no comprende usté, grandísimo nesio…?

Arturo. ¿Eh?

Ignacio. ¡Grandísimo tonto!… ¿No comprende usté que esta frialdá nase en mí de lo seguro que estoy de eya? ¿Qué adelanto yo con matarlo a usté? ¡Que haya por siempre ya una sombra en nuestro cariño! ¡No vale usté pa eso! ¡Prefiero reírme! ¿No le daría a usté risa también que yo estuviera aquí aguardando a su mujé, si la tuviera, y que eya no viniese? Pues ese es mi caso; ¡porque usté esperaba a la mía… y ya ve que no yega!

Arturo. Pues como no yega, ya estoy de más aquí; ¡porque yo a quien quería ver era a eya, y ni eya viene… ni encuentro tampoco quien sepa disputármela! ¿Algo más?

Ignacio. Sí; que vaya usté hasiendo la maleta pa escapá de Seviya. Es conveniente.

Arturo. Eso será… según la solusión que esto tenga.

Ignacio. También es sierto.

Arturo. Que será cualquiera… menos los tiros. ¡Usté no se juega la vida!

Ignacio. Tampoco se fíe usté demasiao… porque a lo mejó los genios

cambian de, un día pa otro.

Arturo. El mío en esto no cambia. Yo soy un hombre siempre. Por las cayes de Seviya ando. Ya lo sabe usté.

Ignacio. ¡Pues procure usté no pasá mucho por la mía! ¡Ya lo sabe usté!

Se miran, retándose. Arturo toma su sombrero y se va. Ignacio a su vez, se entra por la puerta de la izquierda.

Pausa. Arturo, en la calle, asoma tras la celosía de la ventana y mira receloso al interior.

Arturo. No, no ha sido cosa de eya. A vé… *Presta oído.* No; aquí no ha venido; ni viene ya… Pero si ahora la encuentro en su casa… ¡Pa luego es tarde! *Desaparece rápidamente.*

Vuelve Ignacio.

Ignacio. Lo tomó al pie de la letra María Manuela: resando está. Después de to, bien hecho. Así se limpia un poco de esta culpa. Y el otro tipo ya sabe con quién juega el dinero. Pero ¡qué hombre más vano! ¡Creerse aqueya carta!… ¡Ahí va a está mi mujé pa el primero que yegue! Bueno; esto acabó. A la caye. A mi casa, *A la criada, que sale por la puerta de la izquierda.* ¡Eh! tú; muchacha.

Tomasa. Mándeme usté.

Ignacio. Dile a tu señora que me he marchao.

Tomasa. Está rezando.

Ignacio. Ya la he visto. Que siga, que siga. Por eso me voy sin despedirme. No quiero molestarla. Díselo tú así.

Tomasa. Zí, zeñó.

Al ir Ignacio a coger el sombrero, ve por la ventana venir a Dolorcitas y no puede reprimir un grito de sorpresa, que asusta y detiene a Tomasa.

Ignacio. ¡Eh!

Tomasa. ¿Qué paza, zeñorito?

Ignacio. ¡Santo Dios! Pero ¿estoy yo loco?

Tomasa. ¿Está usté loco?

Ignacio. ¡Sí! *Disimulando su turbación.* Oye.

Tomasa. ¿Qué?

Ignacio. Ahí viene una señora. Mírala: aqueya.

Tomasa. Zí, zí.

Ignacio. Es a quien yo esperaba. Ya no me marcho. Que entre y que me aguarde. Yo voy a advertírselo a tu señora. ¿Te has enterao bien?

Tomasa. Zí, zeñó.

Ignacio. Dile que yo salgo en seguida.

Tomasa. Zí, zeñó. *Se va por la puerta del foro.*

Ignacio. ¡Dios mío! ¿Eya aquí? ¡No! ¡No! ¿Seré yo el siego? ¿Seré yo el engañao? ¡No! ¡No! *Éntrase por la puerta de la izquierda y la cierra tras de sí.*

Llega Dolorcitas, a quien Tomasa hace pasar.

Tomasa. Paze usté, zeñora.

Viene Dolorcitas excitadísima, combatida por crueles remordimientos y llena de súbitos temores. Tomasa la oye y la observa con creciente curiosidad, contagiándose de su nervosidad y siguiéndole maquinalmente, al cabo, gestos, movimientos y ademanes.

Dolorcitas. ¿Que pase? Yo no paso. Yo no debo pasá.

Tomasa. Paze usté, zeñora.

Dolorcitas. No debía pasá y ya estoy dentro. ¿A qué vengo yo?

Tomasa. Ahí hay un zeñó que la espera.

Dolorcitas. ¡No!

Tomasa. Zí, zeñora: ahí está. Iba ya a marcharze, y ar verla a usté vení por la

ventana, ze vorvió loco y ha ido a contárzelo a mi zeñora.

Dolorcitas. ¿Se volvió loco, eh?

Tomasa. Y me ha encargao que le diga a usté que lo espere un istante.

Dolorcitas. ¡Ah, no! ¡Pues no lo espero! ¡Si él se ha vuelto loco, yo lo estoy más!

Tomasa. ¿También usté, zeñora?

Dolorcitas. ¡Sí; pero la mía es otra locura diferente! Me voy, me voy ahora mismo. ¿A qué he venido yo, por un movimiento de despecho? ¿A que él se engría? ¿A que piense que soy como tantas? ¡No! ¡No! Dile a ese señó que no he venido.

Tomasa. ¡Zi la ha visto a usté!

Dolorcitas. ¡Pues dile que ha visto visiones; que se ha equivocao! ¿Está ahí tu señora?

Tomasa. Ayá dentro; ¿no ze lo he dicho a usté?

Dolorcitas. Yámala. Yámala de mi parte. Pero a eya sola ¿eh? Y si no, no la yames, no. Lo más asertao es que yo me vaya. Aquí no tengo na que hasé. Él ha venido; yo me voy. ¡Es una locura haber venido yo! ¡Que lo arregle María Manuela! ¡O que no lo arregle! ¡Me da lo mismo! ¡Qué disparate, Señó, qué disparate! Estoy loca, estoy loca. Y me marcho sin dudarlo más.

Tomasa. ¿Ze marcha usté?

Dolorcitas. Sí; me marcho.

Tomasa. ¿Zin vé a eze zeñó?

Dolorcitas. ¡Sin ver a nadie! ¡A nadie! ¡Cuando te digo que estoy loca! *Vacilando aún.* ¿Y si ese hombre se cree que le huyo? ¿Y si se cree que le tengo miedo?

Tomasa. ¡Ér dió un grito ar verla a usté vení!

Dolorcitas. Dió un grito, ¿verdá? ¡Pues yo le Voy a dá sincuenta! ¡Pero no los que él cree! Sí, sí; el primer pensamiento es el que vale. Me quedo. Comerme no

me va a comé tampoco. ¡Y como yo no he de hasé na que no deba!… ¡Ay! ¡Ni él ni el otro helao se meresen que pase yo este tormento! ¡Malditos sean los dos! Pues ¿y María Manuela? ¡Esa me las paga; me las paga! ¡Porque si a eya no se le ocurre lo que se le ocurrió, na de esto susede! ¡Me las paga; ésa me las paga!

Tomasa. ¿Qué hago, zeñorita?

Dolorcitas. ¿Eh?

Tomasa. ¿Qué hago? ¿A quién le avizo?

Dolorcitas. ¿Qué sé yo? ¿No oyes que estoy loca?

Tomasa. ¡Lo oigo… y lo veo! Pero ¿qué hago?

Dolorcitas. No me quedo, no: es un desatino.

Tomasa. ¿Qué hago?

Dolorcitas. Entre todos los desatinos, éste sería el más gordo.

Tomasa. ¿Qué hago?

Dolorcitas. Nada: no tienes na que hasé. Yo me voy a mi casa; yo no he venido. Si ese señó te pregunta por mí, le contestas que yo no he venido. Y si te pregunta tu señora, iguá. Le dises que el que yamó fué un pobre. ¿Qué nesesidá tengo yo de dá que desí más de lo que se dise? ¿Ni de que nadie tome el rábano por las hojas? ¡Y que a la gente no le gusta sacarle a una tiras de peyejo!… ¡Se iba a hablá poco de esta sita! ¡Ca! A mi casa, a mi casa, a busca a mi marido, que frío y to es el único hombre a quien yo quiero. A mi casa, a mi casa… ¿En qué estaba yo pensando al vení? Loca, loca, loca… De remate… sin atadero… ¡Loca!

Va a irse decidida, cuando la detiene y la hace gritar la voz de Ignacio, que a tiempo vuelve. La criada da un salto y otro grito al oír el de ella.

Ignacio. ¡Dolores!

Dolorcitas. ¡Ay!

Tomasa. ¡Ay!

Ignacio. ¿Te he asustao?

Dolorcitas. ¡Ignasio!… ¿Tú?…

Tomasa. ¿Quiere usté una poquita e agua?

Dolorcitas. No.

Tomasa. Yo, zí. *A Ignacio.* ¿He metío la pata, zeñorito?

Ignacio. No.

Tomasa. ¡Pues me creí que zí!

Ignacio. Vete.

Tomasa. Zí. En la puerta e la caye estoy. *Se marcha temblorosa y muy preocupada.*

Ignacio. ¿Esperabas a otro, verdá?

Dolorcitas. ¡No!

Ignacio. ¡A mí no me esperabas!

Dolorcitas. ¡No! Por eso me he asustao… Y por el grito que me diste. Estaba yo tan lejos de pensá…

Ignacio. ¡Claro! ¡Como que esperabas a otro!

Dolorcitas. Te digo que no… He venido a habla con María Manuela…

Ignacio. *Con ira.* ¡No mientas!

Dolorcitas. ¿Qué?

Ignacio. ¡No mientas!

Dolorcitas. ¡Ignasio!

Ignacio. ¡Será inútil que mientas, y será peligroso pa ti además de inútil! Cuando yo he venido a sorprenderte, debes comprendé que estoy enterao.

Dolorcitas. Equivocao es lo que estás… Déjame que te esplique…

Ignacio. Serénate primero. Y antes, déjame tú a mí que te pregunte…

Dolorcitas. Sí… Lo que quieras… Lo que tú quieras… Yo te contestaré…

Ignacio. Serénate primero.

Pasea silencioso, con el ceño fruncido, víctima de honda agitación.

Ella lo contempla, entre halagada y temerosa.

Dolorcitas. *Mirándolo, mientras pasea.* ¡Ay!… ¡Ay!… ¡Ay!… Ignacio. *Rompiendo a hablar al cabo.* ¿Te yama la atensión verme así? ¡Pues acuérdate de que muchas veses me has dicho que suspirabas por verme de esta manera!…

Dolorcitas. ¿Cómo?

Ignacio. ¡Así: frenético, indignao… seloso!…

Dolorcitas. ¡Ay!…

Ignacio. ¡Echando chispas de coraje, de rabia, de ira… furioso como un león que temiera que le arrebatasen su hembra!…

Dolorcitas. Sí… sí…

Ignacio. ¡Pues ese día, esa hora, han yegao! ¿A qué has venido tú a esta casa?…

Dolorcitas. Si lo sabes…

Ignacio. ¡Aunque lo sepa, nesesito oírtelo! ¿A qué has venido aquí?

Dolorcitas. ¡Ignasio!…

Ignacio. ¡Habla! ¿A qué has venido? ¿Por qué tiemblas?

Dolorcitas. ¿Yo?

Ignacio. ¡Sí, tú! ¿Por qué tiemblas?

Dolorcitas. Cualquiera temblaría en mi lugá… Tú no te ves los ojos que pones…

Ignacio. Pero ¿no era esto lo que querías?…

Dolorcitas. ¡Tanto, no!… Un poquito menos…

Ignacio. ¡Tanto, no! Y ¿quién mide el alcanse de una pasión que se desata? ¡Contéstame ya!

Dolorcitas. Nunca te has puesto así conmigo.

Ignacio. ¡Nunca me diste motivos pa eyo!

Dolorcitas. ¿Ahora, sí?

Ignacio. ¡Ahora, sí! ¡Los hombres fríos no gastamos pólvora en salvas; pero en un momento prendemos fuego de una vez a la que los demás gastan poco a poco a toas horas! Los hombres confiaos somos tan crédulos que nos engaña un niño; pero cuando la saeta de una duda se nos clava en el corasón, ya no hay podé que nos sierre los ojos a la verdá.

Dolorcitas. Y tú ¿de quién dudas, Ignasio?

Ignacio. ¡De ti!

Dolorcitas. *Con risa y con lágrimas.* ¡No!

Ignacio. ¡Sí, sí dudo!

Dolorcitas. ¡No!

Ignacio. ¡Sí! ¿Me habría puesto, si no, de esta forma, que no me conosco? ¡Esta agitasión mía nasió en un istante: cuando, seguro en mi consiensia de que tú andarías hoy muy lejos de la casa en que estamos, vi de repente por esa ventana que venías a eya! Lo que pasó por mí ya lo irás conosiendo. ¡El resultao es este desenfreno de mi corasón, del que si me dejara yevá, te ahogaría!

Dolorcitas. *Cada vez más intimamente gozosa, aunque disimulándolo.* ¿Me ahogarías?… ¡Ay!… ¡No, no! ¡Cálmate, por la Virgen, Ignasio!… *Como si él le hubiera ofrecido un halago.* ¿Es de veras que me ahogarías?

Ignacio. ¡De veras!

Dolorcitas. ¡Ay!… ¡Ay!… Perdóname el mal rato, Ignasio mío… perdóname el susto… ¡Ay, cómo me quieres! ¡Cómo me quieres!… ¡Y yo a ti también, Ignasio

de mi vida… yo a ti también! ¡Yo a nadie quiero en el mundo más que a ti! ¡Tos los Cristos de Seviya lo saben! ¡Que me muera ahora mismo si es mentira! No, que no me muera, porque tú vas a sentirlo mucho… ¡Que te mueras tú!… No, no; eso, menos… ¡Que no se muera nadie! ¡Yo te juro, Ignasio de mi alma, que vivo pa ti sola, pendiente de ti, de tus ojos, de tus palabras, de tu respirasión, de tu silensio… y que es este cariño siego el que alguna vez me ha empujao a la desconfiansa del tuyo!… ¡Perdóname, perdóname!…

Ignacio. ¿Que se muera…?

Dolorcitas. ¿Qué? ¿Quién?

Ignacio. ¿Que se muera…?

Dolorcitas. *Adivinándolo.* ¡Que se muera, hombre, que se muera! Pero ¿qué ha hecho ya que no se ha muerto? ¿Pa qué ha nasío? ¿Qué falta nos hasía a ti ni a mí?

Ignacio. A ti, por lo visto, te hasía falta.

Dolorcitas. ¿A mí?

Ignacio. ¿Pa qué le has escrito?

Dolorcitas. ¡Lo mismo me daba ése que otro! ¿A una carta puesta na más que pa darte a ti un susto vas a consederle ese való? ¿Pa qué la echaste tú al Correo?

Ignacio. ¡Pa probarte a ti!

Dolorcitas. Y ¿qué resulta de la prueba?

Ignacio. Por lo pronto, que acudes a la sita.

Dolorcitas. Ignasio, ¿crees eso de verdá?

Ignacio. ¿No lo he de creé, si has venido?

Dolorcitas. Pero ¿puedo yo habé venido a ofenderte? ¡No me digas que crees que sí porque entonses sí que me muero!

Ignacio. Vinieras a ofenderme o no, el hecho de que entraras en esta casa a verlo a él, ya me ofende.

Dolorcitas. Perdóname. Tuya ha sido la culpa. También a mí me ofendió que por tu mano yevaras tú la carta al Correo. ¡Eso sí que no tiene pareja! Té juro por mi nombre que comprendiendo ahora, cuando aquí yegué, que era una torpesa, una locura, una pesadiya, me iba pa casa arrepentía cuando tú me yamaste. ¡Esta es la verdá! ¿No la lees en mis ojos? ¿No la estás viendo en mi tembló, en mi alegría, en mis palabras, y en estas lágrimas de contento que son tan claras… y tan distintas de las otras? Hubiera yo querido que me vieras cuando venía pa aquí: daba dos pasos hasia alante y tres hasía atrás: paresía que estaba aprendiendo a bailá seviyanas. Y en fin de cuentas, yo no quería más que desirle a ese hombre que nos dejara en paz; que se fuera; que estaba equivocao conmigo y contigo. Grasias a Dios, si por causa tuya ha yegao la carta a su podé, él ha tenido el buen acuerdo de no creerla.

Ignacio. La ha creído y ha estao aquí.

Dolorcitas. ¿Qué me dises? ¿Con María Manuela?

Ignacio. Y conmigo.

Dolorcitas. *Aterrada.* ¿Contigo?

Ignacio. ¿Cómo no, si me advirtió mi padre de to el juego? Dolorcitas. ¿Y…?

Ignacio. Na. Se ha ido enterao de lo que le conviene. Quería arreglá las cosas a tiros.

Dolorcitas. *Abrazándolo.* ¡No!

Ignacio. Descuida. Como yo sé que a tiros na se arregla, le dije que tú elegirías.

Dolorcitas. ¿Que yo elegiría?

Ignacio. Sí: entre él y yo, si él era ya más de tu agrao.

Dolorcitas. ¡No, Ignasio; tú no le has dicho eso!

Ignacio. ¡Vaya!

Dolorcitas. ¡Que no! Por burla, si acaso, se lo has dicho.

Ignacio. En serio, Dolorsitas.

Dolorcitas. ¿En serio? ¿Has tenío esas agayas?

Ignacio. ¿Por qué no? Se mostraba tan seguro de que tú lo querías…

Dolorcitas. ¿Seguro ese tipo?

Ignacio. ¡Bien se podía ufaná de eyo!

Dolorcitas. ¿Qué?

Ignacio. ¡Si te estaba esperando, Dolores! ¡Si tú lo has yamao!

Dolorcitas. ¡No me repitas eso más! Te costa a ti que de mi voluntá no me esperaba. Te quise dá un susto y nos lo hemos yevao los dos. ¡Bastante castigá estoy ya con to esto!

Ignacio. ¿Sí, eh? Pues a vé si la lecsión te sirve. Que a lo menos valga este susto pa que aprendas, sin nesesidá de más testimonios, Dolores, que con mi honra y con mi cariño no se juega.

Dolorcitas. Perdóname otra vez. ¿Me perdonas? ¿Me has perdonao? *Mirándole a los ojos.* Dímelo.

Ignacio. Sí, mujé; sí.

Dolorcitas. Pero ¡qué frío eres!

Ignacio. Ya has visto que no tanto.

Dolorcitas. Es verdá, es verdá. Perdona también esto. Y ahora voy a entrá a desirle a María Manuela que nos vamos juntitos y contentos a casa; y que cuando se le ocurra la idea de dá otro susto, se lo dé a su marido. ¡Por más que a su marido ya se lo ha dao! ¡Y que fué bueno! ¡Pues que se lo dé a quien eya quiera menos a ti y a mí, que con el que ca uno nos hemos yevao, tenemos ya pa muchos años de cariño tranquilo!

Ignacio. Amén.

Dolorcitas. ¡Amén! ¡Amén! ¡Como si estuvieras ayudando a misa!

Ignacio. Pero ¿es que vamos a volvé a lo de siempre, Dolores? ¿Me quieres vé quisá como me has visto antes?

Dolorcitas. ¡Eso, nunca! ¡Pero entre lo de antes y lo de ahora, hay un término medio que es presioso, lagarto! *Lo abraza y lo achucha.* ¡Ay, lo que te quiero! *Se va por la puerta de la izquierda.*

Ignacio. Pues ¿y yo a ti, que has lograo que me paresca a cualquier hombre? *Se sienta, rendido.* ¡Qué cansansio, Dios mío! En una hora he vivido un año.

De la calle viene Papá Rafael, seguido de Tomasa; él muy alterado y ella inquieta.

Papá Rafael. ¡Hijo!

Ignacio. ¡Papá!

Papá Rafael. ¿Tú aquí?

Ignacio. Yo aquí.

Papá Rafael. No fué esto lo que convinimos.

Ignacio. No lo fué.

Papá Rafael. Yo te conté el cuento y tú me prometiste…

Ignacio. No venir a esta casa. Pero, en mi interió, a siensia y pasiensia de que vendría: de que debía vení. ¿A que a usté no le pesa?

Papá Rafael. No me pesa. Yo en tu lugá hubiera hecho lo mismo. Déjame que te abrase, Ignasio. ¡Sales a tu padre y a tu madre juntos! ¡Hay vergüensa en la sangre!

Ignacio. ¡Claro que sí! ¿Podía usté dudarlo?

Papá Rafael. ¿El conquistadó no habrá venido?

Ignacio. Sí, señó.

Papá Rafael. ¡Ole!

Ignacio. Nos hemos visto cara a cara.

Papá Rafael. ¡Ole! ¿Y es un blanco?

Ignacio. No.

Papá Rafael. ¿Es un lila?

Ignacio. No. No es más que un jugadó de ventaja, que dió conmigo y se ha ido chasqueao.

Papá Rafael. ¡Ole mi sangre!

Ignacio. Le he recomendao que haga la maleta y que se vaya de Seviya.

Papá Rafael. *Abrazándolo de nuevo.* ¡Ole la sangre de Sarmiento de los Cabesones!

Tomasa. *Recobrando su perdida tranquilidad.* (¡Vamos! ¡No he metío la pata! A la puerta otra vez).

Se marcha decidida.

Papá Rafael. Bueno, pues de esto, ni una palabra a Dolorsitas.

Ignacio. Yega tarde el consejo.

Papá Rafael. ¿Por qué?

Ignacio. Porque Dolorsitas está ayá dentro y lo sabe ya.

Papá Rafael. ¿Vino contigo?

Ignacio. No; que vino sola.

Papá Rafael. ¿Qué?

Ignacio. Y me encontró a mí en lugá del otro.

Papá Rafael. Y ¿qué hiso al verte?

Ignacio. No es pa dicho: ha habido que verlo.

Papá Rafael. ¿Y tú?

Ignacio. Yo no quisiera volvé a verme nunca como me he visto hoy. ¡Por primera vez en mi vida he temblao un minuto de selos!

Papá Rafael. *Enternecido.* ¡Ole!

Ignacio. ¡Por primera vez creí que iba a matarla!

Papá Rafael. ¡Ole!

Ignacio. ¡Pero fué un relámpago de calentura! ¡Entre tantísimos desvaríos, yo no tenía más remedio que contagiarme! Pero ya pasó el trago. ¡Ahí está ahora más dichosa que nunca!

Papá Rafael. ¡Pues ahora es cuando voy a reñirle yo, que nunca le he reñido! Ven conmigo, a verla.

Ignacio. Vamos, papá.

Énlranse por la puerta de la izquierda.

Simultáneamente llega Tomasa por la del foro, con Galea, que está hecho un mar de confusiones.

Galea. ¿De modo que vino la señora?

Tomasa. Zí, zeñó, que vino.

Galea. ¡Asúca!

Tomasa. ¿Qué?

Galea. ¡Asúca!

Tomasa. Místela: aquí la tiene usté.

Dice esto viendo acercarse por la izquierda del foro a Dolorcitas y a María Manuela, que salen comentando los lances pasados y en busca de Ignacio, a quien suponen allí esperándolas.

Dolorcitas. Una y no más, hija de mi vida: una y no más.

María Manuela. Ya lo pués dá por bien empleao.

Salen, y se sorprenden de ver a Galea y de no hallar a Ignacio.

Dolorcitas. ¡Galea! ¿Usté?

María Manuela. ¿Usté?

Galea. Yo mismo. ¡Mardita sea mi suerte!

Dolorcitas. ¿Dónde está mi marido?

María Manuela. ¿Dónde está Ignasio?

Galea. ¿Ignasio? ¡Cuarquiea lo sabe! Media Seviya he andao buscándolo, sin dá con é. *Las amigas se miran y lo dejan lucirse.* Yo no sé si voy a resbalarme. Probablemente sí, porque sino mío. Me figuro que usté estará enterá der negosio y de mi papé en er negosio. Arturo Rincón se quedó aquí aguardándola, y me dió el encarguito de que fuera en busca de Ignacio pa entretenerlo mientras él hablaba con usté de sus cosas. ¡To ha de haserse por los amigos! ¡Pero su marío de usté no parese por ninguna parte! *En este momento asoman Ignacio y Papá Rafael por la puerta del foro y se detienen a escuchar lo que dice.* ¡Por ninguna parte! Y yo estoy volao. Me dijo Arturo: Tú dale coba, empápalo bien y no lo suertes hasta la noche. ¡Pues como si se lo hubiera tragao la tierra! ¿Dónde se habrá metío? Yego a la servesería y no está Ignasio; voy a la tertulia de la Encarnasión, y no está Ignasio; me asomo a su ofisina, y no está Ignasio; me alargo a casa de Caroliya, y no está Ignasio…

Dolorcitas. ¿Caroliya? ¿Quién es Caroliya?

Galea. Una vieja que hase refrescos.

Dolorcitas. ¡Ah! ¡Tenían que sé refrescos, tú!

María Manuela. ¡Ja, ja, ja!

Gálea. No se ría usté, que un marío es una cosa seria. Yo lo comparo con un beserro en la dehesa.

Dolorcitas. ¡Oiga usté!

Galea. Que si embiste, que si no embiste; que si es manso, que si no es manso —tos los conosedores alrededó—… y er beserro se arranca de pronto y da un dijusto.

Dolorcitas. ¡Pero, Galea!

Galea. Su marío de usté es muy tranquilo; nadie cree que se arranca; pero un buen día se le calienta la cabesa, y va usté a vé toreros por el aire. ¿Dónde estará ese hombre?

Ignacio. *Presentándosele violentamente de improviso, harto ya de escucharlo.* ¡Aquí me tiene usté!

Galea. *Con terror.* ¡Eh!

Dolorcitas. ¡Ignasio!

María Manuela. ¡Ignasio!

Papá Rafael. ¡Y el padre de Ignasio, por si se tersia repartí bofetás!

Tomasa. ¡Vinge!

María Manuela. ¡Don Rafaé!

Dolorcitas. ¡Papá suegro!

Ignacio. *Zamarreando a Galea.* ¡Aquí me tiene usté dispuesto a sacarle el alma por la boca!

Galea. Hombre… yo…

Ignacio. ¡El alma por la boca!

Dolorcitas. *Muy alegre, a la amiga.* (¿Tú ves esto, María Manuela?

María Manuela. Pero, ¿qué te dije? ¡Lo que nesesitaba era un susto!).

Galea. Óigame usté un momento.

Ignacio. ¡Ya lo he oído demasiao!

Dolorcitas. ¡Por Dios, Ignasio, cálmate!

Ignacio. Déjame tú ahora: me queda pólvora toavía. *A Galea, con violencia creciente.* ¡Arturo Rincón ya se ha visto conmigo…!

Galea. ¡Josú! ¡Me mata!

Ignacio. ¡Y sabe a qué atenerse! ¡Sepa usté también que como vuelva a tomá en lenguas mi nombre, no lo cuenta!

Papá Rafael. ¡Ole!

Galea. No lo cuento, no, señó, no lo cuento. ¡Porque esto se cuenta y no se cree!

Ignacio. ¡Largo de aquí! *Le vuelve la espalda y se agrupa con Dolorcitas y María Manuela.*

Galea. ¡Como las balas, sí, señó! Buenas tardes.

Papá Rafael. ¡Pa que no olvide usté que el hijo del cobradó de la luz eléctrica no es un predestinao!

Galea. ¡Er predestinao a recogé tos los porrasos que aquí se pierdan, soy yo!

Tomasa. *Dándole el sombrero, que se le cayó en la refriega.* ¡No ze vaya usté destocao, aunque esté de moda! ¡Y no le pregunto zi he metío la pata, porque estoy cierta de que zí!

Galea. Pues ¿y yo, hija mía? ¡Esto es pa un pliego de aleluyas! ¡Un trimestre me vi a pasá sin hablá con nadie! *Se va disparado. Y Tomasa lo sigue.*

Ignacio. ¡Creo que estarás contenta, mujé! Ya me has visto a punto de reñí con dos hombres por causa tuya.

Papá Rafael. ¡Ya lo has visto!

María Manuela. No le eche usté la culpa a eya, que la tengo yo.

Dolorcitas. ¡Y yo te bendigo y me alegro de to lo que ha pasao! ¡Porque ha pasao ya, y porque me ha hecho vé claro pa siempre cuánto me quiere a mí este hombre!

Ignacio. ¡Como si antes no lo supieras!

Papá Rafael. Que cada uno se ponga ahora la mano en el pecho y averigüe su parte de culpa.

Ignacio. Yo quisá sepa ya hasta dónde alcansa la mía. Pero soy como soy. *A Dolorcitas.* Cree tú en mi cariño, como yo sé espresártelo, y déjame el alma serena, pa seguí trabajando pa ti, que eres mi vida.

Dolorcitas. ¡Ay, corasón! ¡Lo que te quiero después del susto!

Lo abraza enamorada.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, marzo, 1933.

LA MANGA ANCHA

ENTREMÉS

MÚSICA DE CAYO VELA

Estrenado en el **Teatro Pavón**, de Madrid, el 12 de junio de 1933

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Beatriz. Celia Gámez. Juanica. X. X. Boquete. Faustino Bretaño. Calero. Señor Pedrote.

LA MANGA ANCHA

ACTO ÚNICO

Salita en casa del cura de Campero del Molino, pueblo andaluz. Puerta al foro. A la derecha del actor, otra puerta y una ventana que da a un corralillo. Muebles viejos.

Es en una tarde de abril.

Calero, el sacristán, canturrea un fandanguillo, mientras limpia unos candelabros.

Calero.

Virgen mía milagrosa,

la de las manos de plata;

toma dos velas de sera

que te manda una beata

que quiere que yo la quiera.

Por la puerta del foro llega Juanica, su sobrina.

Juanica. Tito.

Calero. Sobrina. ¿Qué hay?

Juanica. Un hombre que está ahí preguntando por er zeñó cura.

Calero. Y ¿tú no sabes que el señó cura no está en casa?

Juanica. Es que dice que le da lo mismo er zacristán.

Calero. ¡Vaya! Argún pedigüeño. ¿Qué pinta tiene?

Juanica. Pinta de desahogao.

Calero. Pos más vale entonses que me vea a mí, porque ar señó cura lo engañaría.

Boquete, cómico de la legua, se presenta en esto por la puerta del foro, y dice así: ***Boquete****. ¡Como si lo estuvieras viendo!*

Calero. *Sorprendido.* ¡Boquete! Pero ¿eres tú?

Boquete. ¡Yo mismo! ¡Er cómico más grande der mundo! Hase cuatro días que he yegao ar pueblo.

Calero. ¡Si estuve anoche viéndote en er teatro! Yo, como haya funsión en er pueblo, no me la pierdo nunca.

Juanica. ¿Es quizá este zeñó aquer que bacía de rey?

Boquete. ¡Cabale!

Juanica. Me había querío a mi parecé.

Boquete. Ya ves tú, hija: ¡un rey en Campero der Molino! ¡Un rey en tu casa! ¡Cosas de los tiempos! Un rey que te pide permiso pa entrá, que te habla como una persona corriente… y hasta te toma la cara.

Juanica. ¡Ay, que hombre!

Calero. Tú, tú… ¡rey de la frescura!…

Boquete. Esta es tu sobriniya, ¿verdá?

Calero. Mi sobriniya; que por sierto me dijo antes que tenías cara de desahogao.

Boquete. Penetran mucho las mujeres. Y es juncá la ch avala.

La pimienta es chica y pica

y sasona los guisaos…

¡Tú eres chiquita y me pones

er cuerpo desasonao!

Juanica. ¡Ja, ja, ja!

Boquete. No tiene grande más que los ojos.

Juanica. ¡Ay, qué hombre!

Calero. ¿Quiés dejá ya a la niña, guasón?

Boquete. De las que a mí me manda er médico: los ojos grandes y to lo demás chiquitito.

Juanica. ¿Va usté a ponerme colorá?

Boquete. Eso sí: los ojos son dos solideos. Me parese, Anastasio, que en casa der cura es oportuno este piropo.

Juanica. ¡Ja, ja, ja!

Calero. ¡Qué sinvergüensa eres!

Boquete. Desde que nasí. Mi madre, que tenía ya seis hijos cuando yo vine ar mundo, lo dijo con un suspiro ar darme a mí a luz: «Ahí va otro sinvergüensa». Le preocupaba a la pobresita que tos saliéramos a papá.

Calero. Bueno, y ¿qué trae a este sinvergüensa por esta casa?

Boquete. Lo primero, er deseo de darle un abraso a mi gran amigo Calero, y otro abraso, ya que se tersia, a la sobrinita tan serrana que tiene.

Juanica. ¡Ay, qué hombre!

Calero. ¡Que dejes ya a la sobrinita, Boquete!

Boquete. ¡Si puedo ser su padre, Calero!

Calero. No importa. Dime ya lo que quieres aquí.

Boquete. Lo más sensiyo: que me prestéis una sotana vieja pa er drama que hago esta noche en er teatro.

Calero. ¿Una sotana vieja?

Boquete. Sí. ¡Ya verás que cura! Y no lo quiero hasé de paisano, porque no convense. La chaqueta me estropea toas las situasiones. ¡Tiene que yové mucho toavía pa que a nuestro público no le haga efecto una sotana!

Calero. Hombre, yegas con suerte.

Boquete. ¿Cómo no, si encuentro a un amigo?

Calero. Juanica, tráete esa sotana mía que estás tú remendando.

Juanica. Zí, zeñó. ¿Le quito las manchas?

Calero. ¿Las manchas? ¡No; no te va a dar tiempo! ¡La nesesita pa esta noche!

Juanica. Pos ya mismo está aquí. *Se va por la puerta de la derecha.*

Boquete. *Abrazándolo.* ¡Dios te lo pague, hijo de mi arma! No sabes er favó que me hases.

Calero. ¡Es que te quiero mucho y te armiro mucho! ¡Eres er Don Pedro Dergao de este siglo!

Boquete. Pos ya ves lo que son las cosas; tengo que anda rodando por los pueblos: ¡en Madrí no me tragan!

Calero. ¿Que no?

Boquete. ¡Que no!

Calero. ¿No gustas tú en Madrí, muchacho?

Boquete. Después de to yo no sé si gusto o no gusto.

Calero. ¿Por qué no lo sabes?

Roquete. ¡Porque cuando trabajo ayí, no va nadie a verme! ¡Mientras no me vean!… Las revistas han estragao ar público.

Vuelve Juanica con la sotana.

Juanica. Aquí la tiene usté.

Boquete. ¡Superió, chiquiya! Me has hecho hombre, Anastasio. Me la yevo pa ensayá con eya.

Calero. ¿Vas ar teatro ahora?

Boquete. Ahora mismito.

Calero. Pos por aquí, por er postiguiyo, sales enfrente.

Boquete. ¡Dame otro abraso! Te mandaré entradas pa la noche. Adiós.

Calero. Adiós.

Boquete. *Abrazando también a Juanica.* Consérvate bien, claveyina.

Calero. ¡Pero, hombre!

Boquete. ¡Si puedo sé su abuelo! *Se va por la puerta de la derecha.*

Juanica. ¡Vaya zi es dezahogao er cómico! ¡Cómo no me engañó a mí la pinta!

Calero. ¡Es er número uno de la clase! Ahora, que como artista es un fenómeno. ¡Se bebe los dramas! ¡Como si fuen cañas de mansaniya!

Por la puerta del foro aparece repentinamente Beatriz, bella y elegante mujer.

Beatriz. Buenas tardes.

Calero. *Volviéndose a ella, con asombro.* ¡Buenas tardes!

Juanica. ¡Jozú! Buenas tardes.

Beatriz. ¿El señor cura?

Calero. ¿Er padre Martín?

Beatriz. El padre Martín; si señó.

Calero. En este momento no está en Casa, señora.

Beatriz. Y ¿tardará mucho? Porque he venido en coche de Seviya por verlo. Nesesito verlo. Y además le traigo una limosna.

Calero. ¿Una limosna?

Beatriz. Importante.

Calero. ¿Importante? Siéntese usté.

Beatriz. ¡Me han dicho que es un padre tan bueno!…

Calero. ¿Quién? ¿Er padre Martín? ¡De lo que no se amasa! Juanica. ¡No ze dice en un año lo bueno que es!

Calero. Yégate tú a la botica a avisarle, a ve si está ayí. Mientras yo voy en un sarto a la iglesia. En uno de los dos sitios tiene que está. Aguarde usté sinco minutos, señora.

Beatriz. Con mucho gusto, sí, señó. ¿Usté es er sacristán?

Calero. Pa servirla. Voy, con su permiso… ¡Anda tú ya a la botica, criatura! Paeses tonta.

Juanica. Correndito voy.

Calero. *Aparte.* ¡Valiente mujé!

Juanica. *Aparte.* ¡Zi yega a verla er cómico!…

Calero se marcha por la puerta del foro y la sobrina por la de la derecha.

Beatriz. ¡Ay! ¡Veremos si este padre tan bueno me saca de mis tribulasiones y de mis dudas! ¡Porque es que mi confesó me trae frita la sangre!

Música

Me confieso con un cura

que en lugá de confesó

que aconseja a una criatura,

más parese inquisidó

que se gosa en la tortura

del infeliz pecadó.

¡Qué tiesura!

¡Qué rigó!

Según él es pecado to en este mundo: lo que se dise y lo que no se dise; lo que se hase y lo que se deja de hasé; lo que se piensa y lo que no se piensa… ¡Dios mío, que padre! ¡Es un sinapismo!

Se peca cuando al novio se yama;

se peca si se muerde un clavé;

se peca si se come en la cama,

y se peca soñando con é.

Y peca quien se bebé una copa,

y peca quien conserva una fió,

y peca quien se muda de ropa,

sobre todo de ropa inferió.

¡Ay, Dios mío de mi alma!

Y es malo procurarse un consuelo,

y es malo no enterarse en latín,

y es malo darse briyo en el pelo,

y en los labios untarse carmín.

es malo si al que pasa se mira,

y es malo que le hablemos de tú,

y es malo cuando el pecho suspira

y es malo darle un beso a un lulú.

¡Santo Cristo de las siete yagas! ¡Qué silisio!

¡Qué dichoso padre cura,

qué dichoso confesó,

que con mano siempre dura

más párese inquisidó

que se gosa en la tortura

del infeliz pecadó!

¡Qué tiesura!

¡Qué rigó!

Cesa la música.

Esto mismo, tan naturá, de cantá y de bailá un ratiyo pa distraerse, le paresería a mi confesó un pecado mortá. ¡Pa dá en los infiernos de cabesa! ¡Ay! ¡Quiera Dios que este padre Martín tenga la manga un poquito más ancha!

De improviso, y vestido de sotana ya, vuelve Boquete por la puerta de la derecha, con estas palabras: ***Boquete****. Bueno: ¡a mí me hase farta un bonete!*

Beatriz. *Sobresaltada.* ¿Eh?

Boquete. *Dando un salto al verla.* ¿Eh?

Beatriz. ¡Padre!

Boquete. ¡Hija! ¿Qué hase usté aquí sola? ¿Y er sacristán?

Beatriz. Ha ido en busca suya, padre mío. Yo vengo desde Seviya a verlo a usté.

Boquete. ¿A mí? Pero ¿usté me conose?

Beatriz. ¡De fama!

Boquete. ¿De fama?

Beatriz. ¿Quién no habrá oído hablá en Andalusía der padre Martín?

Boquete. ¿Eh?

Beatriz. Del hombre bueno… del hombre santo…

Boquete. ¡Ay!

Beatriz. Del hombre a quien una mujé puede confiarse, segura de su buen consejo…

Boquete. ¡Ay!

Beatriz. *Acercándosele.* ¿No es verdá, padresito?

Boquete. ¡Sí, hija mía, sí!

Beatriz. A mí me presisa hablá con usté; yo quiero que usté me oiga y me ilumine…

Boquete. ¿Más?

Beatriz. ¿Cómo más, si vivo en tinieblas? Yo quiero también que usté me acepte una limosna pa los pobres del pueblo.

Boquete. ¿Eh?

Beatriz. ¡Porque en este pueblo habrá muchos nesesitados!

Boquete. ¡Muchísimos! Y desde hase cuatro días hay argunos más.

Beatriz. Pues usté repartirá mi limosna a su gusto.

Boquete. Estate tranquila, hija mía, que será a mi gusto desde luego.

Beatriz. Tenemos que hablá un ratito largo, padre.

Boquete. ¿Un ratito largo?

Beatriz. Muy largo. Si a usté no le molesta.

Boquete. A mí, no. ¡Mientras no venga el sacristán!

Beatriz. ¿Cómo?

Boquete. Nada, hija, nada. Que delante der sacristán no conviene tratá siertas cosas. Es un hombre capaz de meté las narises hasta en er sepiyo de las Ánimas. De mo que vamos a vé si despachamos antes que ér vuerva.

Beatriz. Sí, padre, sí.

Boquete. Siéntate aquí, lusero. ¿Qué es lo que te pasa, corasón?

Beatriz. ¡Ay, qué cariñoso! ¡Si tos los curas fueran así!…

Boquete. *Aparte.* ¡Estaba listo er Papa!

Beatriz. Padresito, yo vivo mártir.

Boquete. ¿Tú, hija de mi vida? ¿Por qué?

Beatriz. Porque tengo un confesó muy tirano. Su ausensia me perdone.

Boquete. ¿Ah, sí? ¿Es curita de manga estrecha?

Beatriz. ¡Estrechísima! ¡Con esagerasión!

Boquete. ¿Joven o viejo?

Beatriz. Maduro.

Boquete. ¿Maduro? ¿Así como yo?

Beatriz. Poco más o menos… ¡pero que ha de paresérsele a usté!

Boquete. ¿Te gusto yo más?

Beatriz. ¡Por algo he venido a buscarlo! Mucho dise su fama, pero es poco pa lo que usté vale. Tiene usté una bondá en la mirada… en la sonrisa… en la voz…

Boquete. Bueno, no nos entretengamos en cumplidos… ¿En qué puedo servirte yo, hija mía? Me has dicho que traes una limosna…

Beatriz. Sí, padre; luego hablaremos de eya.

Boquete. Es que si antes viene er sacristán… Er tiene sus pobres, ¿sabes tú? … Yo tengo los míos… Tos son pobres, ¡claro!… tos son hijos de Dios… Tos tienen hambre, ¿tú comprendes?… ¡pero yo sé bien el hambre que tienen los de mi parroquia!

Beatriz. Comprendido, padre. Usté quiere repartí la limosna con toda

liberta… Y yo estoy muy contenta de eyo. *Dándole unos billetes.* Tome usté: doscientas pesetas.

Boquete. ¡Atisa! ¡Cuatro yenos!

Beatriz. ¿Eh?

Boquete. ¡Cuatro familias, cuatro infelises yenos de gratitú!… Ya tardo en yevarles este consueliyo.

Beatriz. Va usté a contestarme primero a unas preguntitas, porque quiero tranquilisá mi consiensia… Yo cometo muchos pecados según mi confesó, y usté me sacará de dudas, padre mío.

Boquete. Vamos a vé, vamos a vé…

Beatriz. ¿Es pecado bañarse dos veses al día?

Boquete. ¡Si hay tiempo y agua, no! ¡Qué dispárate!

Beatriz. ¿No, verdá?

Boquete. ¡Ni bañarse ni no bañarse es pecao! Podrá ser otra cosa, pero pecao no es.

Beatriz. ¿Y echarle al agua un botesito de colonia, es malo?

Boquete. ¿Por qué ha de sé malo, hija mía?

Beatriz. ¿Usté qué le echa al agua?

Boquete. Yo, una copita de aguardiente.

Beatriz. ¡Ay, qué buena sombra! Pues a mi confesó, hablarle de un perfume es matarlo. En seguida le dise a usté que va a condenarse.

Boquete. ¡Qué intransigensia! Pos ¿no hiso Dios las yerbas y las flores der campo, de donde se sacan los perfumes?

Beatriz. A mí, la verdá, padre, me gusta olé bien.

Boquete. ¡Y hueles a gloria, criatura!

Beatriz. Mire usté mi pañuelo…

Boquete. ¡Ay!

Beatriz. Mire usté mis guantes…

Boquete. ¡Ay!

Beatriz. Mire usté mi piel…

Boquete. ¡Ay! Perfúmate, hija, perfúmate sin preocupasiones… ¡que también los perfumistas son hijos de Dios! ¿Qué más quiere prohibirte ese tirano?

Beatriz. ¡Me lo prohíbe todo!

Boquete. ¿Todo?

Beatriz. ¡Casi todo!

Boquete. ¡Ah, vamos! Menos mal si te deja una ventanita…

Beatriz. A mí me agrada la buena mesa, ¿verdá? Pues como me vea comé con apetito, con deleite, me riñe, me habla de la gula… Dise que hay que yegá a la noche con hambre.

Boquete. ¿A la noche con hambre? ¿Habrá sío cómico? ¡Ay, si yo discutiera con él!

Beatriz. ¿Usté no cree eso?

Boquete. Yo ¿qué lo he de creé? ¡Yo creo que no hay que pasá hambre nunca! ¡Tos los conflictos der mundo no los trae más que el hambre! Es más; los locos que tú veas por ahí, la mita lo son por no comé… ¡Y hasta por no bebé!

Beatriz. Esa es otra. Mi confesó dise que peco si paladeo siquiera una copa de jerez o champagna.

Boquete. ¡Valiente primo! Perdóname la salida, hija. Y yo, sin oírte ya más, con la mano en er pecho, te aconsejo que cambies de confesó. ¡No hay derecho a mortificá con esos tiquis miquis a una mujé tan guapa y tan cristiana como tú! ¡Una mujé que de buenas a primeras me da a mí cuarenta duros pa que los reparta a mi antojo! ¡Vamos!

Beatriz. Pues aún hay otra cosa, padre.

Boquete. ¿Qué otra cosa hay?

Beatriz. ¡Que se empeña en que riña con un novio muy guapo que tengo!

Boquete. ¿Por qué?

Beatriz. ¡Porque dise que se cuida demasiao de su persona!

Boquete. ¡Dale! ¡Tu confesó debe de olé a argarrobas, por lo que yo estoy viendo!

Beatriz. No lo sé; porque como yo yevo siempre ensima tantas esensias, no me entero.

Boquete. Pero, bueno, contéstame a mí: ¿tú estás enamoré de tu novio?

Beatriz. ¡Con locura!

Boquete. ¿Ér te quiere a ti?

Beatriz. ¡Con delirio!

Boquete. ¿Crees tú que serás dichosa a su lao?

Beatriz. ¡Sólo a su lao! ¡Pa mí que en la vida no hay más que ese hombre!

Boquete. ¡Pues quiere hasta partirte el pecho!

Beatriz. ¿No me condenaré?

Boquete. ¡Quita ayá, hija mía! ¿Qué has de condenarte por obedesé a Jesucristo? Ér lo dijo: no lo invento yo. «Cresed…», ersétera… Tú ya has cresío bastante… ¡pos, ahora, ersétera, ersétera!

Beatriz. ¡Ay, padre! ¡Qué gusto me da oírlo! ¡Tiene usté la manga muy ancha!

Boquete. ¡La mía no es manga; es la vela de un barco!

Beatriz. ¡Padre!

Boquete. ¡Hija! *La abraza.*

Simultáneamente llegan por donde se marcharon Juanica y Calero.

Juanica. ¡Ahí viene er padre ya!

Beatriz. ¿Qué?

Juanica. ¡Que ahí viene ya er padre Martín!

Beatriz. ¿Cómo?

Boquete. ¡Ay!

Calero. ¡Ahí está ya er padre!

Beatriz. ¿Qué padre?

Calero. Er padre Martín. Ahí está ya.

Beatriz. ¿Cómo?

Calero. ¿Qué hase tú aquí otra vez, desahogao?

Beatriz. ¿Desahogao? Pero el padre Martín ¿no es éste?

Calero. ¡Señora! *A Boquete.* ¿Has sío capaz de suplantarlo, sinvergüensa?

Boquete. Señora, perdóneme usté. Yo no soy er padre Martín: yo no soy más que un pobre cómico que esta noche hase un cura en un drama, y me he estao ensayando un ratiyo. Tome usté su dinero.

Beatriz. No, hombre, no: quédese usté con él, que bien lo nesesita… y hasta lo merese, por la grasia que tiene.

Boquete. Dios se lo pague a usté, señora.

Calero. Pero ¡qué fresco y qué granuja eres!

Beatriz. ¡Con lo contenta que me iba yo con las cosas que este hombre me ha dicho! El padre Martín no tendrá la manga tan ancha como usté.

Boquete. ¡Ni tan estrecha como el otro!

Juanica. ¡Es más bueno!…

Calero. ¡Tan bueno es, que cuando se entere de este engaño que has hecho a cuenta suya, será capaz de perdonarte!

Boquete. Ar fin y ar cabo yo he estao en mi papé. He conseguío hasé pasa por er cura verdadero a un cura farso.

Beatriz. Así ha sido. Y a mí me ha dado un rato muy agradable. *Al público.*

El corasón se me ensancha

esperando al verdadero…

Yo vengo limpia y sin mancha…

pero, francamente, ¡quiero

que tenga la manga ancha!

FIN

Madrid, abril, 1933.

JUANITO ARROYO SE CASA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el **Teatro Benavente** el 26 de octubre de 1933

A ANTONIO VICO

Y A CARMEN CARBONELL,

felices intérpretes de Juanito Arroyo

y de Eloísa Pomares,

en prenda de viva simpatía y

deseándoles grandes triunfos.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Eloísa. Carmen Carbonell. Doña Ana. Amparo Villegas. Pepilla Suárez. María Luisa Arias. Clara la Valiente. Porfiria Sanchís. La Correntona. María Valentín. Carola. Consuelo Company. Aurorilla. Lina Yegros. Juanito Arroyo. Antonio Vico. Don Alicio Pomares. Arturo de la Riva. El Padre Peteneras. Manuel París. Conejero. Fernando Delgado. Don José Antonio. Ramón Camarero. Enrique. Edmundo Barbero. Castanedo. Antonio Albert. Jibaja. Enrique Vico. El Bizco. Erasmo Pascual. Pitaco. Ricardo Contreras. Botella. Alfonso Albalat. Cigarrón. Juan Correa. El Chato. Antonio Fernández. José María. Luis Zorita. Un Monaguillo. Luis Arano.

JUANITO ARROYO SE CASA

PRÓLOGO

Estamos de nuevo en Las Canteras, pueblo de Malvaloca y de Mariquilla Terremoto, y a la puerta de una modesta casa, donde varios ciudadanos pacíficos han establecido el llamado «Casinillo Nuevo». Veladores, sillas y sillones.

Es una mañana de principios de octubre.

Sentados a su comodidad, toman el fresco y un chatito de manzanilla o una gaseosa Enrique, Castanedo y Jibaja, joven el primero y hombres maduros los dos últimos.

Enrique. *Llamando.* ¡Pitaco!

Un momento después sale éste, que es un criado del Casinillo.

Pitaco. ¿Otro chatito, don Enrique?

Enrique. Sí. Y unas aveyanas pa distraerlo.

Pitaco. Aveyanas no me quedan ya. ¿Quié usté armendras?

Enrique. ¿Y chochos, no tienes?

Pitaco. Chochos, sí.

Enrique. Pues prefiero los chochos.

Pitaco. Mu fresquitos que están.

Castanedo. *Deteniéndolo cuando va a irse.* Oye. He visto entrá antes a Romera, er surdo.

Pitaco. Sí, señó. Jugando está ahora mismo ar dominó con don Blas Calero.

Castanedo. Y ¿cómo lo dejáis entrá, si no es sosio der Casiniyo?

Jibaja. ¿Que no es sosio?

Enrique. Sí es sosio, sí. Es sosio transeúnte.

Castanedo. ¿Transeúnte? ¿Se yaman así los que no pagan?

Pitaco. Yo no entro ni sargo —aunque no hago más que entrá y salí—; pero en cuanto me diga la Direrttiva que le ponga er pie, er primer día que vuerva se cae de boca. *Éntrase.*

Castanedo. Es un abuso. No lo debíamos consentí.

Jibaja. ¡Claro que no! ¡Porque además gana siempre que juega!

Por la izquierda del actor sale don José Antonio, también hombre de años.

Don José Antonio. Buenos días, señores.

Jibaja. ¡Hola, Pepe Antonio!

Enrique. Buenos días.

Castanedo. Buenos días.

Don José Antonio. *Sentándose.* ¿Qué hay por aquí?

Castanedo. ¡El abuso diario de Romera, er surdo!

Don José Antonio. ¡Ah! ¡que no paga!

Jibaja. ¡Y que juega y no pierde nunca!

Don José Antonio. ¡Ayá los que jueguen con é!

Enrique. Debe ya en la Casa veintisinco resibos.

Don José Antonio. ¡Bueno! ¡Pues que se los encuadernen! Yo no me quejo más. *A Pitaco, que trae los altramuces y el chatito pedidos por Enrique.* Pitaco.

Pitaco. Mande usté.

Don José Antonio. Una palomita.

Pitaco. Volando.

Don José Antonio. Volando, tú; pero la palomita, quieta.

Pitaco. ¡Ya estoy! *Éntrase. A poco vuelve con un vaso de agua y una copita de aguardiente, que le sirve a don José Antonio.*

Jibaja. ¿Se miente argo por er cortijo, José Antonio?

Don José Antonio. Se miente en toas partes.

Enrique. ¿Es verdá que le han quemao la finca a doña Cristina?

Don José Antonio. No es verdá, no; pero podía serlo. En los tiempos que estamos… Hombre, una notisia me acaban de dá, que será verdá… pero que parese mentira.

Castanedo. ¿Der campo?

Don José Antonio. No; de aquí, de Las Canteras; der pueblo. Notisia de otra clase. Disen —disen, yo no lo creo, ¿eh?, pero lo disen— que Juanito Arroyo se casa.

Enrique. ¡Camará!

Castanedo. ¡Vaya notisia!

Jibaja. De arroba es.

Don José Antonio. Eso disen. Yo repito que no lo creo.

Enrique. ¿Con la montañesa? ¿Con la hija de don Alisio Pomares?

Jibaja. Sí; con la que tiene relasiones, según disen.

Castanedo. ¡Relasiones tiene también con una de Ronda!

Don José Antonio. No es eso sólo. Pepiya Suárez, ¿lo va a consentí? ¿Se va a está quieta esa mujé, con un hijo de Juanito que tiene?

Castanedo. ¿Y el entretenimiento de Málaga?

Jibaja. ¿Y er compromiso de Arcalá?

Don José Antonio. ¿Y la nieta de la Correntona?

Enrique. ¿Y Clara la Valiente? ¡Con esa sí que no juega ni Juanito ni nadie!

Más de cuatro veses le he oído yo desí a eya, cuando han corrío rumores de boda, que primero que consentirlo lo mata.

Castanedo. ¡Y lo mata!

Don José Antonio. No, hombre, no; no lo mata.

Jibaja. ¡A fe que matá a nadie tiene importansia ahora!

Don José Antonio. Es que der dicho al hecho… Yo creo que Juanito no se casa porque anda mejó suerto y libre, pero no porque ninguna mujé se lo impida.

Castanedo. No será sin que yo les abra los ojos a los padres de esa muchacha, que vienen a sé como forasteros en Las Canteras, y los entere de quién es er mosito.

Enrique. ¿Usté se figura que eyos no lo sabrán?

Don José Antonio. El amigo Castanedo lo que quiere es sacarse una espina. ¿He dicho argo?

Castanedo. ¿Yo? ¿Qué espina?

Don José Antonio. ¡Toma! ¿A nosotros va usté a negárnoslo? Usté no le perdona a Juanito, y es muy naturá, que cuando estaba usté más *metío* con Loliya la Rubia, él entraba y salía por la puerta farsa.

Castanedo. ¡Vamos, hombre! ¡Si lo que me hasía era un favó!

Enrique. ¡Sí; claro! ¡Un favó de esos que no se orvidan! Ya lo estamos viendo.

Risas generales.

Don José Antonio. La Correntona viene ahí. Vamos a tirarle de la lengua.

Esperan el paso de la mujer, que se acerca por la derecha y se va por la izquierda, deteniéndose un punto. Es una vieja resuelta y andarina.

Correntona. Dios guarde a los señores.

Jibaja. Buenos días.

Enrique. Anda con Dios.

Don José Antonio. Escucha, Correntona.

Correntona. Diga usté, don José.

Don José Antonio. ¿Será verdá una cosa que a mí me han contao esta mañana?…

Correntona. *Atajándolo.* No, señó: no será verdá mientras yo tenga tabas y lengua.

Castanedo. ¡Ole!

Correntona. ¡Lo de mi nieta no lo orvío!

Castanedo. ¡Bien hecho!

Correntona. Ni usté lo de Loliya la Rubia, ¿eh, don Felipe?

Enrique. ¡Si le hiso un favó!

Castanedo lo atraviesa de una mirada.

Correntona. En Lebrija me lo contaron a mí.

Enrique. ¡Ya se sabe en Lebrija!

Nuevas risotadas.

Don José Antonio. Ni lo de tu nieta ni lo de otras muchas pué orvidarse.

Correntona. Pa vengá a mi nieta, que es lo que más me importa, me ando yo er pueblo ochenta veses y me acuesto con agujetas en la lengua. Ar tiempo. Los señores lo verán. Buenos días. *Vase presurosa.*

Don José Antonio. Y como lo dise lo hase.

Enrique. ¡No que no!

Castanedo. ¡Y se le emplea bien a ese poyito, aunque ustedes se rían de mí!

Jibaja. ¡Se le emplea bien! ¡Es mucho jugá con las mujeres!

Don José Antonio. *Con un guiño de alusión directa a Castanedo.* ¡Y con los hombres!

Castanedo. Y toavía, si valiera argo…

Enrique. Eso, no. Mientras menos varga, más mérito tiene lo que hase.

Sale en esto del Casinillo Juanito.

Juanito. ¡Salú, señores! ¿Qué dise de mí la Correntona?

Don José Antonio. ¡Juanito!

Jibaja. ¡Juaniyo!

Enrique. ¡Hola, Juan! ¿Estabas arriba?

Juanito. Sí; leyendo los periódicos. ¿Qué dise de mí? *A Castanedo, que se ha puesto a hojear el «Nuevo Mundo».* Se le saluda a usté, señó Castanedo.

Castanedo. Grasias; iguarmente.

Juanito. ¿Qué dise la vieja de mí? ¡Me tiene una *fila*!…

Don José Antonio. Sí, aquí ha estao echándote bendisiones.

Juanito. ¡Como si yo tuviera la curpa de que su nieta le haya salío… tan caprichosa!

Enrique. Ahora está enconá, porque parese que le han dicho…

Jibaja. ¡Ah, sí! Parese que le han dicho…

Juanito. ¿Qué le han dicho?

Don José Antonio. ¡Por eso ha sío toa la descarga!

Juanito. Pero ¿qué le han dicho?

Enrique. ¡Que te vas a casá! ¡Na menos!

Juanito. ¿Con su nieta?

Enrique. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué grasioso!

Don José Antonio. Pero, oye, Juanito: ¿es de veras que te vas a casá?

Jibaja. ¿Es de veras?

Enrique. ¿Piensas de veras en casarte?

Juanito. ¡Y tan de veras! ¿Por qué no? *Todos se ríen.* ¡No sé a qué vienen esas risas! *Se redoblan.* Pero, bueno, ¡es lo grande esto!… ¿Tanta grasia tiene que yo piense casarme?

Don José Antonio. ¡Aquí nadie quería creerlo!

Juanito. ¡Ganas de no creé! ¡Digo, y en esta reunión, en que hay tres casaos y uno en vísperas!

Don José Antonio. Sí, pero…

Juanito. Pero ¿qué? ¿No soy yo un hombre como ustedes? ¿Usté no se casó, don José Antonio?

Don José Antonio. Hase treinta años.

Juanito. ¿Y usté, Jibaja, no se casó?

Jibaja. Me casaron, que no es lo mismo.

Juanito. Pa el caso es iguá. ¿Y usté, señó Castanedo, no se ha casao también?

Castanedo. *Mohino.* Dos veses.

Juanito. ¿Y tú, Enrique, no te has tomao los dichos ya?

Enrique. Sí; ya he quemao las naves.

Juanito. ¡Entonses!

Don José Antonio. Bueno, pero es distinto. Porque aquí desíamos: ¿cómo le caerá la notisia a Pepiya Suárez?

Enrique. ¿Y a Clara la Valiente?

Jibaja. ¿Y a la morena de Arcalá?

Juanito. Alto el carro, señores. Vamos a cuentas. ¿Es que ustedes salieron de alguna Cartuja cuando se fueron a casá? ¿Yevaban asahá en la solapa? El que más y el que menos… liquidaría sus aventuras… ¡Sólo que yo no le yevo las cuentas a nadie! ¡Este pueblo dichoso!… Tos los pasos de Juanito Arroyo tienen que yamá la atensión, como si Juanito Arroyo fuera un bicho raro… *Mirando de pronto hacia la derecha.* ¡Ole! ¡Ayí va mi novia! ¡Ni que la hubieran yamao con campaniyas!

Don José Antonio. Es verdá.

Todos miran hacia ella curiosamente.

Juanito. ¡Pocha está la mosita! ¡Pocha! ¿Eh, don José Antonio? ¡Me voy a casá con una escoba! ¡Me yevo a casa una algofifa! Ahora mira pa acá. Ya me ha visto. *La saluda con la mano.* Abre los ojos y ya no se le ve la cara. ¡Vaya dos espejos pa afeitarme! ¡Cosas de la vida! La criaron en la Montaña pa que viniera a dá con Juanito Arroyo en los olivares de Las Canteras. Voy ahora mismo a pasearme por el pueblo con eya, pa corré la primera amonestación. Buenos días, señores. *Se va por la derecha.*

Don José Antonio. Adiós, hombre, adiós.

Jibaja. Adiós, bala perdía.

Enrique. Adiós, Juaniyo.

Don José Antonio. ¿Se convensen ustedes? A él le costará más o menos; pero como quiera, se casa.

Enrique. No lo deja Clara, don José.

Don José Antonio. ¡Se casa!

Castanedo. ¡No se casa!

Don José Antonio. ¿A que sí?

Castanedo. ¿A que no?

Enrique. Yo también estoy en que no.

Jibaja. Y yo lo mismo.

Don José Antonio. ¿Va una cardereta a que se casa?

Enrique. ¡Va la cardereta a que no!

Castanedo. ¡Yo ofresco er vino!

Jibaja. ¡Y yo los sigarros!

Don José Antonio. ¡Yo, que sí!

Enrique. ¡Yo, que no!

Castanedo. ¡Y yo, que no!

Jibaja. ¡Y yo, que no!

Don José Antonio. ¡Va la cardereta!

Hablan todos a un tiempo, exaltándose.

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Exterior de la casilla de los guardas de la Huerta de las Rosas, en el camino de la ermita de Las Canteras; casilla materialmente como sembrada entre naranjos llenos de flor y fruto, que la rodean y le dan fondo a su blancura. Puerta de entrada, de frente al público. Adosadas al muro, a derecha e izquierda de ella, sendas escalerillas de dos o tres peldaños, con macetas de rosas, geranios y claveles.

A la derecha se supone la entrada a la Huerta. Por la izquierda y por el fondo se pasa a su interior.

Es a los pocos días del prólogo, por la mañana.

Sentadas a la puerta de la casilla, en viva charla sobre el tema de actualidad en el pueblo, están tres mujeres de aire popular. Una, la Correntona, ya nos es conocida. Otra, Pepilla Suárez, es la hija del guarda de la Huerta, guapa moza, víctima de una de las muchas felonías de Juanito. La tercera, todavía en buena edad y aun de buen ver, es una resuelta amiga del tenorio, llamada, Carola.

Correntona. ¿Es desí que tú piensas crusarte de brasos?

Pepilla. ¿Yo?

Correntona. Por lo que estás disiendo…

Pepilla. Y ¿qué quiere usté que le haga? Los hombres no han de hasé nunca más que su gusto.

Correntona. ¡Porque las mujeres los dejan, Pepiya! En tu peyejo había yo de está ahora, con un hijo de cuatro años de ese hombre.

Pepilla. ¿Qué es lo que haría usté?

Correntona. Lo primero, poné ar corriente de eyo a los padres de la pobresita de la novia, que va engañá por ese granuja.

Carola. ¡Por Dios, Correntona, no le aconseje usté tonterías!

Correntona. Ya sartó la abogá defensora.

Carola. Y sí que lo soy. Y no será porque no haya yorao mis lágrimas; porque a mí me quiso Juanito antes que a ninguna en er pueblo, y me dejó a los cuatro meses.

Correntona. Pero no con un hijo, como a ésta.

Carola. Sería que no estaba de Dios. Yo sé que Juanito es un tronera, pero es bueno.

Correntona. ¿Bueno? La buena eres tú, que hablas como hablas, y que si no has roao la cuesta abajo como mi nieta, no ha sío por farta del empujón. Ca vez que lo pienso, lo ahogaría. Mi nieta no nasió pa roá, y está roando por su curpa. ¡Está roando, Carola, está roando!

Carola. Ése es er sino de las criaturas. En este mundo habemos dos castas de mujeres.

Pepilla. Sí: unas nasemos pa yorá y otras pa reí.

Carola. No: pa reí como pa yorá nasemos toas. Pero unas nasen pa casarse y otras pa no casarse. Y muchas de las que se casan nos vengan luego de los hombres, adornando un poco a los maríos.

Correntona. Pos será así, pero yo no sé estarme quieta. Er pueblo corro tres o cuatro veses ar día, levantando candelás pa vé si en arguna tuestan a ese pirata. Y ya le he puesto un anónimo a don Alisio, er padre de la novia, contándole esto tuyo.

Pepilla. ¿Er qué?

Correntona. Esto tuyo: lo del hijo de Juanito que tienes.

Pepilla. ¿Ha hecho usté eso?

Correntona. ¡Y haré más toavía! Le digo que si se quiere convensé, no tiene más que entrá aquí en la Huerta, cuando pase un día pa la ermita, y en cuanto le mire ar niño las narises verá que no lo engaño. Las narises son la marca de fábrica. ¡Como a tu padre! ¡A tu padre lo estoy cardeando pa que le dé un tiro!

Pepilla. ¡Jesús!

Carola. ¡Ave María! Eso es ya un disparate, Correntona. ¡Comprometé también a un pobre viejo!…

Correntona. ¿Un disparate? ¿Es que se me puén a mí ocurrí más que estos disparates? ¡Lo de mi nieta sangrará!

Carola. ¡Vamos, señora; déjenos usté ya en paz con su nieta! ¿Usté sabe lo que yo le digo? ¡Que en los delitos de hombre y mujé tanta curpa tiene el uno como la otra! ¡Y lo digo yo! De manera que si er guarda de la Huerta de las Rosas, por consejo de usté, yega a pegarle un tiro a Juanito, que prepare otro tiro pa su nieta de usté, y así hará completa la justisia.

Correntona. Mi nieta, la infeliz, ya tiene bastante con la vida en que él la ha metío.

Pepilla. ¿Quién viene? ¿Quién es?

Carola. ¿Quién es?

Correntona. ¡La que nos fartaba!

Pepilla. ¿Quién?

Correntona. ¡Clara la Valiente!

Pepilla. ¿Ésta es la Valiente?

Correntona. ¡Ésta es! ¡La Valiente, en Las Canteras! ¡Ahora sí que podéis desí que no se casa er niño! ¡Se va animando er baile!

Carola. ¡Jesús! ¡Tantas mujeres contra uno!

Esperan unos instantes con interés y aparece por la derecha Clara la Valiente, bella mujer, ardiente y rencorosa. Viene de mantoncillo negro, puesto a modo de chal, y juega nerviosamente con él y con sus flecos.

Clara. Buenos días.

Pepilla. Buenos días.

Carola. Venga usté con Dios.

Correntona. Me paese que no es Dios quien viene con eya. ¿Es usté Clara la Valiente, no?

Clara. Así me disen. ¿De dónde me conose usté?

Correntona. ¡Uh! ¡A mí me yaman la Correntona! ¿Viene usté de Seviya?

Clara. No: de Málaga.

Correntona. ¿Sola?

Clara. Con un primo mío.

Correntona. ¿Er Bisco, quisá?

Clara. Er Bisco. Se ha empeñao en vení. Pero vengo sola. No me hase farta ar lao ningún hombre.

Correntona. Y ¿a quién busca usté aquí?

Clara. Usté que me conose tan bien, ya supondrá a quién busco.

Pepilla. Pos búsquelo usté en otro lao, porque aquí no está.

Clara. ¿Aquí no está?

Pepilla. No, señora.

Clara. ¿Usté es la hija der guarda?

Pepilla. La misma.

Clara. ¿La madre de su hijo? *Pepilla baja la cabeza y no responde.* Sí será verdá que no está aquí. Ni vendrá nunca. Es su prosedé; son sus mañas. Unos meses dando la cara y la sonrisa, y la vía entera dando la esparda luego. Hasta que haya una mujé que aunque sea por la esparda lo mate. Y ésa… ésa voy a sé yo.

Pepilla. ¿Usté?

Clara. Yo. Como sea verdá que quiere casarse, yo. Esta burla ya es mucha burla. Y ér sabe bien que no me asusta verme sangre en las manos. Al artá, con otra, no yega.

Correntona. Sí; porque como yegue al artá y se case, to lo que se haga ya contra é es tiempo perdío.

Clara. Ni más ni menos. Y además no se le daña a ér sólo, sino a una mujé que no tiene curpa. Y ya es bastante castigo pa eya haberlo conosío. Ha de sé antes,

antes. Al artá, no yega. De eso me encargo yo. Buenos días.

Correntona. ¿Adónde va usté?

Clara. A dá los pasos que tengo que dá. A buscarlo; a encontrarlo. Aunque se esconda debajo der manto de la Virgen, doy con é. Buenos días.

Correntona. ¿Le importa a usté que yo la acompañe?

Clara. Como usté quiera.

Correntona. Le contaré a usté cosas que quisá no haya oído.

Clara. Traigo er saco yeno; pero si son cosas de é…

Correntona. Pos vamos.

Clara. Vamos. Y yo también le contaré a usté argunas… ¡que ojalá no hubieran pasao!

Correntona. ¡Quedarse con Dios!

Se va por la derecha con la Valiente, haciéndosele la boca agua.

Carola. ¿Te parese, la vieja? ¡No paga ni frita! ¡Qué rencores!

Pepilla. Pos ¿y la otra? A mí me ha dao frío. Una mujé con esas entrañas… ¡No lo quiero pensá!

Carola. No te asustes. Yo voy a í en busca de Juanito pa prevenirlo.

Pepilla. Sí, mujé. Y Dios te lo pague. Aunque ér no lo meresca…

Carola. Y tú, no seas tonta. Desídete. Lo que Juanito te propone es la sarvasión tuya, y la de tu niño… y la de tu viejo.

Pepilla. ¡Hija, Carola, quisiera yo sé como tú, que to lo ves siempre der coló más bonito! Anda, anda en busca de Juan. *Éntrase en la casilla.*

Carola. ¡Jesús, qué dramáticas están toas! ¡Como si engañá un hombre a una mujé fuera una cosa nueva! *Se va tras de las otras dos.*

Cautelosamente, como de haber estado oculto escuchando la conversación, sale de

detrás de la casilla Juanito, acompañado de Conejero, carpintero del pueblo, a quien piensa hacerle un favor, también de los que no se olvidan. A pesar de la gravedad de lo que ha oído, Juanito viene de buen humor. Viste traje campero de montar.

Juanito. ¡Vaya una tertulia pa pedí unas copitas! ¿Eh, Conejero?

Conejero. *Riéndose.* ¡Me mata usté, don Guan! ¡Tiene usté la grasia de Dios!

Juanito. Dios y la grasia me han sacao de apuros muchas veses. A vé si me valen ahora.

Conejero. Pos ándese usté con cuidao con esa mujé.

Juanito. ¿Con cuá?

Conejero. Con Clara la Valiente.

Juanito. ¡Bah!

Conejero. No juegue usté con eya.

Juanito. No; si no juego. Ya jugué bastante y me cansé.

Conejero. Cuando yegó anoche a la posá, dió la coinsidensia de piyarme a mí ayí —me habían yamao pa repasá los tableros de una alasena—, y no quiera usté sabé er veneno que echó por su boca. Porque no se recata.

Juanito. Mejó. Mientras más veneno eche, menos le quea en las tripas. ¡A enemigo que huye!…

Conejero. Miste que la acompaña er Bisco.

Juanito. ¡Conejero, niñerías, no, que tienes más de treinta años! Si Juanito Arroyo ha de morí de la muerte que le dé el Bisco, ¡ya va a vé cosas en el mundo! ¡Y mía que estamos viendo cosas!

Conejero. Es usté muy grande, don Guan. Lo armiro yo a usté como a pocos hombres. ¡Y lo quiero más que a mi padre!

Juanito. ¡Toma! Pues ¿por qué me he fijao yo en ti pa haserte este regalo? Porque sé que eres un buen amigo: plata de ley.

Conejero. Sí, señó.

Juanito. Capaz de entenderme… y de seguirme.

Conejero. ¡Que sí, señó!

Juanito. ¡A cualquier hora, si no es a un hombre como tú, le propongo yo a nadie casarlo con Pepiya, pa que le dé nombre a mi hijo! ¡A cualquier horita! ¡Esto es un regalo, Conejero!

Conejero. Así lo miro yo, don Guan; como un regalo.

Juanito. ¡Un regalo de Pascuas!

Conejero. Eso es: ¡un Nasimiento!

Juanito. ¡Ja, ja, ja! Ahora el de la grasia has sío tú. ¿Fumamos?

Conejero. Venga. Se agradese. ¿Cómo voy yo a discutirle a usté na de este mundo? Er suelo que usté pise en Las Canteras lo beso yo. ¡Ha sío usté mi providensia en tantos casos!… Usté me ha dao a mí trabajo, siempre que ha podío; usté me ha dao pan; usté me ha dao una copa de vino a tiempo —que eso no se paga con oro—; usté me ha desempeñao la capa cuando ha hecho mucho frío; usté me ha dao ropa de su uso pa que yo me vista y vaya desente… que argunas veses ar mirarme me he creío que era usté… ¿Cómo le voy a discutí na que usté me pida? Sobre que esta mujé, don Guan de mi arma, me ha gustao a mí desde mis quinse años… ¡Cuando uno prinsipia a echá piropos!

Juanito. ¿Pero te crees tú quisá que yo no sabía eso?

Conejero. Y ahora está toavía más guapa que antes; con perdón de usté.

Juanito. ¿Cómo con perdón? ¡Está ca día más guapa! Tú, que no duermes bien… ¡vaya un bromurá pa cogé el sueño! ¿Eh, Ramonsiyo?

Conejero. ¡De qué manera dise usté las cosas! ¿Y eya, me armitirá? ¿Le gustaré yo a eya?

Juanito. Er terno que hoy traes puesto es mío. Eso pué que influya. ¡Por algo hay que empesá!

Conejero. ¡Ja, ja, ja! ¡Que tiene usté salero, porque lo tiene!

Juanito. Aquí yega. Métete por ahí dentro, que yo te avisaré.

Conejero. ¿Querrá usté creé que se me ha arterao ér corasón? *Vase por la izquierda hacia el fondo.*

Juanito. *Mirándolo alejarse.* Ni con un candí encuentro otro. ¡Buena madera tiene este carpintero!

Vuelve Pepilla.

Pepilla. Ya desía yo que era tu voz.

Juanito. ¡Pepiya!

Pepilla. ¿Tú por aquí, hombre? ¿Qué viento te ha echao?

Juanito. ¿Es nuevo que yo venga aquí?

Pepilla. ¡Ojalá no hubieras venío nunca!

Juanito. No mientas, que se te conose en los ojos.

Pepilla. ¿Con quién hablabas?

Juanito. Conmigo.

Pepilla. ¿Hablas solo ya?

Juanito. Como no estabas tú…

Pepilla. Motivos tienes pa hablá solo, no creas. ¿Te has enterao de quién está en er pueblo?

Juanito. ¿Unos congresistas que han yegao anoche? Viendo las momias de Santiago los he dejao yo ahora.

Pepilla. ¡No es mala momia la que ha venío! No te hagas er tonto si lo sabes, porque debes guardarte de eya.

Juanito. ¿Qué dises?

Pepilla. Que no son toas tan mansas como yo. La Valiente está en Las Canteras y viene por ti.

Juanito. ¿La Valiente? No caigo… ¿Quién es la Valiente?

Pepilla. ¿No caes, verdá? ¡Qué farsísimo eres!

Juanito. ¿Soy falso?

Pepilla. ¿Y lo preguntas?

Juanito. Pero ¿sueno bien?

Pepilla. Eso es lo malo; como suenas. Por eso engañas tanto, ladrón.

Juanito. *Como haciendo memoria.* La Valiente… la Valiente… ¡Ah, sí! ¡Clariya Rastrojo!

Pepilla. ¿Caíste ya?

Juanito. Pero esa mujé, ¿qué pretende de mí? ¿Está en sus cabales? ¡Yo no he visto otro caso! En esta vida to lo que tiene prinsipio tiene fin. ¡Lo tenemos nosotros!… Aqueyo empesó y acabó.

Pepilla. ¿Que acabó? Eso sueñas tú. Pa eya no ha acabao.

Juanito. Pues ya se convenserá de que quien sueña es eya. Vamos a no hablá más de la caye y a hablá de nosotros: de ti, de la Huerta, del niño…

Pepilla. ¿Der niño? ¿Te importa a ti argo er niño?

Juanito. Pepiya, ¿que el niño no me importa a mí? No me digas eso.

Pepilla. ¿Te duele? ¿O te hases er dolío?

Juanito. ¿De manera que tú sabes que me quita el sueño la criatura, que estoy queriendo asegurarle el porvení y darle un nombre…?

Pepilla. Er que le corresponde es er tuyo, Juan.

Juanito. Y ¿quién se lo niega? ¡Hijo de mi sangre! Pero la vida empuja, Pepa. La vida empuja.

Pepilla. Pos si empuja la vida y a ti te empuja a casarte con otra, vete ya y no te ocupes más de mí, ni der niño, que yo lo ganaré pa é.

Juanito. Pepiya, por lo que más quieras, no eches el serrojo y entérate. ¿No es mejó que te juntes a un hombre honrao…?

Pepilla. ¡Caya!

Juanito. ¿A un hombre bueno, que te quiere…?

Pepilla. ¡No me hables de eso, Juan!

Juanito. Pues ¿no tengo de hablarte? Dejarías de sé la *amiga* de Juanito Arroyo —la *amiga*, con la mala intensión que lo dise la gente—, pa sé la esposa legítima de Ramón Conejero.

Pepilla. ¿Quiés cayarte, Juan?

Juanito. Un hombre de bien, trabajadó, desente…

Pepilla. ¿Desente?

Juanito. ¡Desente! ¡Donde esté el primero!

Pepilla. Si er primero eres tú…

Juanito. Un hombre que te mimará, que te adorará… que amparará al niño…

Pepilla. Ar niño con mi amparo le basta.

Juanito. No lo creas; porque cuando sea mayorsito le gustará yamarse a los ojos del mundo Fulano de Tá…

Pepilla. Sí: Conejero en lugá de Arroyo.

Juanito. ¿Qué tiene? Conejero. Más largo, pero más bonito.

Pepilla. *Rompiendo a llorar.* ¿Y yo te oigo esto? ¡Ni tú me quieres tanto así ni me has querío nunca! ¡Tonta de mí, que me engañaste!

Juanito. Pero ¿vas a yorá?

Pepilla. Pero ¿qué quieres, que me ría, oyéndote lo que te oigo? Me propones darme a otro hombre, Juan, ¿y quieres que lo escuche tranquila? ¡Vete, vete!

Juanito. Ni pensarlo. Esas lágrimas tuyas me forman una cadena de diamantes que me sujeta a ti más de lo que estoy. Pero también quiero que mires

en eyas, como en un espejo, la verdá de mi situasión. Pepiya, yo voy a casarme a la forsosa. Sí; no me eches esos ojos: a la forsosa. Esa boda es un cable que me tiende la suerte pa que no me ahogue. Estoy arruinao.

Pepilla. ¿Qué?

Juanito. ¡Arruinao! ¡Toas mis fincas, mis cortijos, mi hasienda, mis dehesas, to lo que me dejaron mis padres pa viví, está en las garras de la usura! ¡Nesesito un capitá pa sacarlo de eyas! De paso en paso he yegao a esto. No he aprendío en la vida más que a reírme, y ahora me veo así. Porque no es que tenga el agua al cueyo; es más grave; es que ya me entra a borbotones por la boca y me voy a ahogá. Aguarda.

Pepilla. ¿Qué?

Juanito. ¿No oyes?

Pepilla. ¿Qué?

Juanito. ¡El coche de mulas de mis suegros!

En efecto, principia a oírse el cascabeleo de un coche que se acerca.

Pepilla. Pero ¿no tienen *auto*?

Juanito. No. Lo tenían. Sólo que atropeyaron a un chiquiyo y a mi suegra le entró remordimiento y lo vendió. Mi suegra es lo mejó de la casa: ¡más religiosa!… Y ahora han comprao este coche. ¡Y vienen aquí!

Pepilla. Es posible; porque yo sé que ya le han dao er soplo.

Juanito. ¿Tú lo sabes, verdá? ¡Maldito sea el mengue! ¿Me van a cogé en una trampa? ¡Ca, hombre, ca! ¿Quién dijo miedo? Ya verás tú. *Echa a andar hacia el foro.*

Pepilla. ¿Adónde vas?

Juanito. Ahora verás grasia. *Llamando.* ¡Conejero! ¡Conejero!

Pepilla. ¿Eh? Pero ¿está ahí ese hombre?

Juanito. ¿Que si está ahí? ¡Y más enamorao que yo!

Pepilla. ¡Ay, Juan, qué sinvergüensa eres!

Juanito. ¡Déjate de detayes ahora!

Pepilla. ¡Y qué reteoveja soy yo!

Aparece en esto Conejero por donde se fué, un poco a ciegas, como todo buen enamorado.

Conejero. A la paz de Dios, Pepa.

Pepilla. *Examinándolo instintivamente con una mirada.* ¡Hola, Conejero!

Conejero. ¿Cómo lo pasa usté?

Pepilla. A duras penas.

Conejero. A su padre lo he visto ya tan terne…

Juanito. A un lao los cumplidos. El momento es de apuro. Pepiya, si tú me has querío, si toavía me quieres tanto así, ayúdame. *A Conejero.* Tú ya sé que me ayudas.

Conejero. ¿Qué hay que hasé?

Juanito. Ahí vienen mis suegros. Vienen de seguro a cogerme en la ratonera. Si me cogen, me hundo. Hay que haserme el quite. Ustedes dos ya son matrimonio.

Pepilla. ¡No!

Conejero. ¿Por qué no, cuando tanto le va?

Juanito. ¡Claro! ¿Por qué no? Ustedes dos ya son matrimonio, y se tutean, naturalmente, y tienen un hijo cresidito…

Pepilla. ¡Que no, Juan, que no!

Juanito. ¡Que sí; Pepiya! ¡Hazlo por el niño, si no por mí! ¡El niño es sagrao! ¡Ayúdame! ¿Tienes mi salvasión en tus manos y vas a negármela? ¡Tú no eres capaz de eso! ¿Verdá que no? Hasta ahora. *Corre hacia la derecha.*

Un poco antes se ha sentido parar el coche. Pepilla y Conejero se miran, ella turbada y él sonriente. Pausa.

Conejero. Hay que ayudarle, Pepa.

Pepilla. ¿Ayudarle? A subí ar patíbulo en la plasa le ayudaría yo.

Conejero. Eso lo dise usté con la boca chica… Vamos, con la boca toavía más chica… ¡porque hay que vé esa boca!

Pepilla. ¿Se quié usté dejá de floreos?

Conejero. Pepa… no seas intransigente. Usté perdone que la tutee… ¡pero no hay más remedio ahora! Por lo menos, mientras no se vaya esta visita.

Pepilla. *Reparando hacia dentro.* ¡Y que es completa! ¡Los padres y la hija! Pero ¿voy yo a tené pasiensia… voy yo a pasá por esto? ¡Qué reteoveja soy!

Conejero. Es muy bueno y hay que sarvarlo, Pepa. ¡Yo sé lo que le va en la boda! Hay que sarvarlo.

Llegan por la derecha, con Juanito, Eloísa, su novia, y los padres de ella, doña Ana y don Alicio Pomares, hidalgos montañeses. Eloísa es preciosa. Juanito es hombre de buen gusto.

Juanito. Pasen ustedes por aquí. Pero ¡qué sorpresa tan agradable!…

Doña Ana. Buenos días.

Don Alicio. Buenos días.

Juanito. ¿Cómo no me advertiste anoche?… Hubiera estao aquí mi tía… Habría tenido mucho gusto…

Don Alicio. Calle usted, por Dios…

Doña Ana. Si ha sido idea de ahora…

Eloísa. Volvíamos de la ermita, y a mamá se le ocurrió que entráramos.

Juanito. ¿Te dió a ti el corasón que ibas a encontrarme?

Eloísa. Sí; ¡vi tu jaca a la puerta!…

Doña Ana. ¡Ah, tunantilla!

Eloísa. Y como sabía que mis padres tenían tantas ganas como yo de conocer la Huerta de las Rosas…

Don Alicio. Tantas como tú después de ver la jaca, no creo. Pero en fin, es indudable que era un deseo común el de entrar aquí.

Doña Ana. Es que llama la atención esta Huerta. Yo, lo declaro: siempre que voy a la ermita o que vuelvo a ella, la miro con envidia, con embeleso.

Don Alicio. Esa distancia, y ya el olor de los azahares atrae hacia acá…

Eloísa. ¡Cómo están los naranjos! ¡Qué hermosura!

Juanito. Y en este tiempo están como en ninguno. Cuando se les juntan el fruto y la fló…

Doña Ana. Siempre, siempre…

Juanito. Siempre, es verdá. El naranjo es el árbo más bonito que hay. Yo no sé quién ha dicho que tiene la hoja de bronse, la fló de plata y el fruto de oro.

Don Alicio. Allá en nuestra Montaña, la visión de Andalucía se asocia siempre a la casa blanca y al naranjo, en fruto o en flor.

Doña Ana. ¡Quién nos había de decir, hace seis meses, que íbamos a vivir entre ellos!

Juanito. Ángel Huertas viene mucho por aquí a tomá apuntes.

Don Alicio. ¿Quién?

Juanito. Ángel Huertas, ese famoso dibujante tan andaluz. Claro que viene también a copiá a Pepiya.

Eloísa. ¿A quién?

Juanito. A Pepiya. *Presentándola.* Pepiya, asércate. La hija del guarda. Pepiya Suárez.

Pepilla. *Con rubor.* Servidora.

Juanito. ¡Una prenda! *Señalando a Conejero.* Su marío.

Conejero. Servidó.

Entre doña Ana y don Alicio se cruza una mirada de inteligencia.

Juanito. ¡Un hombre feliz! ¡Vaya parejita! Además tienen un chiquiyo de cuatro años que es una gloria.

Doña Ana. ¿Sí, eh?

Juanito. Y otro que está encargao. ¿No, Conejero?

Conejero. ¡Que yo sepa, no!

Doña Ana. ¡Ay, qué gracia!

Conejero. ¡Las cosas de don Guan!

Juanito. Lo que vale el matrimonio lo dise la Huerta, que está más bien cuidá que ninguna del pueblo. Vamos por ahí dentro a dá un paseíto.

Don Alicio. Con mil amores.

Eloísa. Que vayan ellos. Quédate tú aquí un poco conmigo.

Juanito. ¿Ustedes oyen? Eloísa no quiere que yo los atienda.

Doña Ana. Los guardas nos acompañarán.

Conejero. Sí, señora.

Juanito. Siempre será el gusto de la niña.

Doña Ana. Vamos, Alicio, vamos.

Don Alicio. Vamos.

Conejero. Por aquí…

Guiados por Conejero y por Pepilla se alejan hacia la izquierda, Huerta adentro.

Doña Ana. *Bajo, a don Alicio.* (¿Ves cómo no hay que fiarse de murmuraciones?

Don Alicio. Calla de eso ahora).

Juanito. *Rápidamente, a Pepilla, que va detrás como a remolque.* (¡Esconde al niño, por tus ojos!). *Y es indescriptible la mirada que esos ojos le echan.*

Eloísa. ¿Qué le has dicho?

Juanito. Que corte un ramo y unas naranjas pa tu madre. ¿De manera que le debo a mi jaquiya el *cachito* éste?

Eloísa. ¿Cómo?

Juanito. Este *cachito*. ¿Te yama la atensión? Aquí, a un rato de palique con una mujé se le yama un *cachito.*

Eloísa. ¡Un *cachito*! ¡Qué gracia! Pues sí: a tu jaquilla se lo debes. En cuanto la vi, como sabía que mis padres deseaban entrar en la Huerta —hace días que lo están queriendo—, aproveché la oportunidad. ¿Tú me lo agradeces?

Juanito. Yo, no. Yo soy un ingrato. ¿No me ves la cara de dijusto? Pero ¡las cosas que han tenío que pasá, Eloísa, pa que estés tú ahora mismo en la Huerta e las Rosas y yo mirándome en tus ojos!

Eloísa. ¡Huy! Calcula. La rueda de la vida. Lo que está escrito. ¡Morirse aquí mi tío Raimundo hace ya tres años; tener mi padre que venir a hacerse cargo de su herencia, de sus labores, de sus asuntos… y adiós a la Montaña donde nací… y vámonos a Las Canteras!

Juanito.

Canteritas del alma,

tu torre veo…

Eloísa. ¿Me gusta a mí tu pueblo porque es bonito o me gusta porque te he conocido aquí?

Juanito. Por las dos cosas. El pueblo es un encanto. ¡No le faltabas más que tú y ya estás en él! Y entre tantas naranjas… había aquí la mitá de una esperándote. ¿Qué le has pedío a la Virgen?

Eloísa. Que me quieras mucho.

Juanito. ¿Más toavía?

Eloísa. ¡Más!

Juanito. Cuidao con lo que hases. No hay que pedirle a la Divinidá lo que no puede consedé, porque de ahí salen los ateos.

Eloísa. ¡Qué cosas más notables dices!

Juanito. ¿Te gustan mis cosas?

Eloísa. Tus cosas y tú. ¡Si es que me pareces un hombre distinto de los otros!

Juanito. *Como intentando ir a besarla.* ¡Tu boca!

Eloísa. ¡Por Dios! ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco, Juan?

Juanito. Me vuelves tú.

Eloísa. Hay que tener prudencia.

Juanito. Mujé, como la Montaña no venía a mí, iba yo a la Montaña.

Eloísa. Ya irá a ti la Montaña; ya irá… ¿Qué remedio le queda? *Le tiende las manos, que él estrecha apasionadamente.* ¿Y tú, qué le pides a la Virgen cuando la visitas?

Juanito. Yo hase algún tiempo que no le canto más que un fandanguiyo.

Eloísa. ¿Cantarle un fandanguillo a la Virgen?

Juanito. ¿A la Virgen de Las Canteras? ¡Poco que le gusta! ¡Más flamenca es! …

Eloísa. ¿Flamenca?

Juanito. Mira lo que le canto; oye:

Virgen de mi devosión,

la del barquito en la mano;

perdí velas y timón

navegando en mar lejano…

¡Dame tú la salvasión!

Eloísa. ¡Qué bonita copla!

Juanito. ¡Y mi salvasión eres tú!

Eloísa. ¿Yo?

Juanito. ¡Tú! Si no yegas a vení a Las Canteras, no sé a estas horas lo que sería de mí.

Eloísa. ¿Por qué?

Juanito. ¡Qué sé yo! Porque no me encontraba a mí mismo. Andaba como barco sin brújula. No tenía ilusiones por na… no había camino de mi gusto… ¡A mis años, esto! Yo, que siempre era alegre, me había vuelto tristón, tasiturno… Mis amigos ya casi me echaban de su lao por *seniso*… Te digo que no me conosía… Y de pronto, el sino que se cumple: entras tú en Las Canteras, me doy cuenta yo, te veo, me enamoro de ti, te lo digo, a ti te caigo en grasia… ¡y Juanito Arroyo renase! ¡Y hoy me envidia to el mundo!

Eloísa. Pues si mi cariño ha hecho el milagro…

Juanito. Tu cariño, sí. ¡Y los que tienes que hasé toavía!

Eloísa. Los hará todos, si es que consisten en quererte.

Juanito. ¿Sí?

Eloísa. Sí. Te quiero mucho. Tú me has embrujado. Vivo como dormida, como sonámbula… Mi único horizonte eres tú y mi aire el que respiro a tu lado. Si no estás tú conmigo, parece que me ahogo. ¡Te quiero mucho!

Juanito. Pues a mí, como buen andaluz, me agrada poné más alta la rayita.

Eloísa. ¿De veras?

Juanito. Pero ¿no lo ves?

Eloísa. Lo veo, sí: ¡me quieres!

A medida que se han ido encendiendo las palabras, ha ido apagándose su eco. Terminan hablando en voz baja.

Por el fondo vuelven, con aire preocupado, don Alicio y su esposa. Los siguen a alguna distancia Pepilla y Conejero.

Don Alicio. *Aparte, con doña Ana.* (No le des vueltas, simple: la nariz del niño es delatora.

Doña Ana. Yo no veo tanto parecido.

Don Alicio. En casa lo discutiremos). *Alzando la voz, que saca de su abstracción a los enamorados.* ¡Es un verdadero paraíso! ¡Un vergel!

Doña Ana. ¡Para vivir aquí!

Juanito. ¿Sí, verdá? ¡Pues mi tía está deseando venderla!

Don Alicio. No, no; eso no. Ya tengo bastante con todo lo que me dejó mi pobre hermano.

Eloísa. Es preciosa, preciosa.

Don Alicio. Pero ¡si no la has visto, hija!

Eloísa. ¡Pues es preciosa! Si no hay más que asomarse… ¡Ay, qué olores!

Doña Ana. Eso sí: los olores embriagan.

Don Alicio. Bien: ¿vámonos ya a casita?

Doña Ana. Vamos, sí.

Juanito. ¿Me permiten ustedes que les dé escolta en mi jaquiya?

Don Alicio. ¿Cómo no? Si no lo apartamos de su camino…

Juanito. ¿Te enteras, Eloísa? ¡Mi camino!…

Eloísa. Anda, sí: danos escolta; danos escolta. Hasta casa.

Juanito. ¡Y hasta la fin del mundo!

Don Alicio. Buenos días.

Doña Ana. Buenos días.

Pepilla. Vayan ustés con Dios.

Conejero. Aquí dejan a unos servidores.

Juanito. *Despidiéndose.* Hasta otro ratiyo. Mañana o pasao volveré por aquí.

Conejero. Ya sabe don Guan que viene a su casa.

Eloísa. Que ustedes sigan bien. Yo también volveré alguna tarde.

Conejero. Cuando guste la señorita.

Se marchan conversando, por la derecha. Quedan solos Pepilla y Conejero. Pepilla se deja caer en una silla, llorando.

Pepilla. ¡Mar fin tenga su corasón!

Conejero. *Acercándosele, persuasivo.* Pepa, no se ponga usté así. Las penas sin remedio, no se remedian con yorarlas. Las que tienen arguno, más bien hay que reírlas. Y esta pena de ahora de usté… ¡es de las que tienen remedio! Y ¡qué remedio!

Por la derecha asoma un segundo Juanito, y les arroja una cartera, que cae a los pies de ella y que luego Conejero recoge filosóficamente.

Juanito. ¡Ahí va eso, matrimonio! ¡Pa el regalo de boda!

Conejero. ¡No hay quien le gane a este don Guan! ¡Está sembrao!

Pepilla. ¡De flores der baladre: venenosas! ¡De eso está sembrao!

Pretende Conejero entregarle la cartera a Pepilla; pero es inútil; ésta tiene los ojos clavados en el suelo, y permanece muda y quieta.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patinillo de la casa en que viven en Las Canteras don Alicio Pomares, doña Ana y su hija. Al foro, adosada a una tapia baja que remata en un tejadillo, una fuente. A la derecha, puerta de cristales. A la izquierda, un arco de paso al jardín. En los ángulos, sendos macetones con plantas de sombra. Una butaca de junco y dos o tres sillas.

Es a media tarde. Han pasado tres días desde el primer acto.

Salen por el arco la Correntona y Aurorilla, moza de Los Palacios, que sirve a los señores de Pomares.

Aurorilla. Paze usté y ziénteze usté, aquí en una ziyita.

Correntona. Grasias, hija.

Aurorilla. Ahora vendrán los zeñores, que están ahí en er jardín, en er cenadó. Usté viene quizá a procurá informes de la cocinera que han despachao. *Bajando la voz.* Rezurtó ladrona, con aqueya cara de monja que tenía.

Correntona. Ladrona, ¿eh?

Aurorilla. Y además, pistolera.

Correntona. ¡Una alhaja, vaya!

Aurorilla. Y luego le tenía mucho coraje ar gato, que está mu malito, y lo quieren mucho los zeñores.

Correntona. Pos no, no vengo a eso.

Aurorilla. ¿Entonces va usté a zé la de los mostachones y las bizcotelas?

Correntona. *Con ironía.* ¡Sí! ¡Mostachones y biscotelas traigo!

Aurorilla. ¡Ah! ¿Tampoco?

Correntona. Tampoco. Tú no eres de aquí.

Aurorilla. No, zeñora; yo zoy de Los Palacios. He venío hace un mes.

Correntona. ¡Claro! Si fueras de aquí, ya me conoserías.

Aurorilla. Güeno: ya lo acerté. Ez usté la que tiene una perra que los zeñores le quieren echá a *Garibardi*, er perro de acá. Esta mañana han hablao los zeñores de ezo. Cuando la zeñorita no estaba delante.

Correntona. Yo no tengo perra ninguna.

Aurorilla. ¡Pos no zé a lo que viene usté!

Correntona. A hablá con tus señores.

Aurorilla. Pero ¿a hablá de qué?

Correntona. ¡Ya se lo diré a eyos!

Aurorilla. ¡Ea! pos aquí yegan. (¡Ze pienza esta vieja que yo no me voy a enterá!).

Levántase la Correntona y aguarda a que salgan doña Ana y don Alicio, que en seguida aparecen.

Doña Ana. Buenas tardes.

Don Alicio. Muy buenas tardes.

Correntona. Buenas las tengan los señores.

Aurorilla. Esta es la mujé que viene… a yo no zé qué coza.

Correntona. Servidora de los señores.

Doña Ana. Siéntese usted.

Correntona. Con su permiso.

Doña Ana. Retírate, Aurorilla.

Aurorilla. Zí, zeñora. *Se va por la puerta de la derecha, seguramente no muy lejos.*

Pausa. El matrimonio mira con algún recelo a la vieja.

Don Alicio. Bien: usted dirá.

Correntona. Deje usté que puea. Es la primera ves en mi vía que me cuesta trabajo hablá.

Don Alicio. ¿Trabajo? ¿Por qué?

Correntona. ¡Porque no vengo con ninguna buena notisia, ni traigo ningún plato de postre!

Don Alicio. ¿Eh?

Correntona. Pero ya que he venío, vamos a eyo. Prinsipiando por pedirles perdón a los señores.

Doña Ana. ¿Perdón nada menos?

Correntona. Es que les voy a dá un mar rato.

Don Alicio. ¿Un mal rato?

Doña Ana. ¡No nos asuste usted!

Don Alicio. Y diga ya de una vez lo que trae, sin más preámbulos.

Correntona. Me he determinao a vení, porque yo tenía mucha mano en esta casa cuando la vivía don Reimundo, su hermano de usté, que en pas descanse.

Don Alicio. ¿Ah, sí?

Correntona. Hablaba lo mismito que usté don Reimundo, y tenía los mismos movimientos. Mi marío hasía aquí la matansa.

Don Alicio. Bien: todo eso es episódico. Yo he suprimido la matanza porque a mí no me agrada engordar durante un año a nadie para comérmelo después. Ni siquiera a un cerdo. Conque usted dirá, buena mujer.

Correntona. Sí, señó. Vámonos ya ar río, a vé si trae piedra o agua. Si he dicho lo que he dicho, ha sío pa que supieran los señores de mí. No soy ninguna entremetía. Pregúntele usté por más señas quién soy yo a don Amadó Garsía Peres, que usté lo conose. Y vamos ayá. Usté, señora, y usté, cabayero, tienen una hija mosita que es er lusero de la tarde.

Doña Ana. Muchas gracias.

Don Alicio. ¡Por Dios!…

Doña Ana. ¡Qué manera de expresarse más pintoresca!… ¿No, Alicio?

Correntona. Y esa niña, ese botón de rosa, esa fló der granao, esa campaniya de enredaera…

Don Alicio. Deje ya las imágenes…

Correntona. Imagen: ha dicho usté bien: carita de Virgen morena tiene la señorita. Y por su desgrasia —ayá va la bomba—, se ha dejao engañá por er señorito más tuno que hay en este pueblo.

Don Alicio. ¿Qué dice usted? ¿Cómo se atreve…?

Correntona. Digo lo que a usté no debía sorprenderle ya, porque de seguro ha resibío cuatro cartas sin firma en que se le dan pelos y señales.

Don Alicio. ¿Y quién puede hacer caso de cobardes cartas sin firma? Cuando no se firman, es por algo que no se puede confesar.

Correntona. Esta ves ha sío porque yo, que soy quien ha mandao ponerlas, no sé firmá. Pero aquí estoy, don Alisio Pomares, pa dá la cara. To lo que disen las cartas es el Evangelio.

Doña Ana. ¡Señora!

Correntona. ¡El Evangelio! Con perdón der de la misa. Pregúnteles usté a más de cuatro sosios der Casiniyo Nuevo; y a don Isaías Casteyón, er notario; y a doña Encarnasión Ramires, la maestra. Pregúnteles usté… Y si no quiere usté hasé investigasiones, asómese usté un día a la Huerta e las Rosas, en er camino de la ermita, y dígale usté a Pepiya Suares, la hija der guarda, que le enseñe er niño de cuatro años que tiene: ¡a vé si la narís de aquel angelito nesesita firma como mis cartas!

Se miran doña Ana y don Alicio.

Don Alicio. No estoy en el caso de descender…

Doña Ana. Ni de discutir ciertas cosas, como usted comprende.

Correntona. Pos pregúntele usté…

Don Alicio. No necesito tampoco preguntarle a nadie. Me basto yo y me sobro… Y si ha venido usted aquí solamente a esto…

Correntona. A esto y a argo más, que puede a usté importarle mucho. Dé usté por sierto que en to er pueblo no le hablará bien de Juanito Arroyo na más que una persona: er padre Peteneras.

Don Alicio. ¿El padre Peteneras?

Correntona. Así le yaman a don Manuel Rodrigues, que dise misa en Santiago.

Doña Ana. ¡El padre Peteneras!

Correntona. Por el hilo se saca el oviyo. Un cura marchoso, compañero de juergas de ese don Juan Tenorio de arfeñique.

Don Alicio. ¿Eh?

Doña Ana. ¡Madre de Dios Iluminada!

Correntona. ¿Ustés se fiarían de un cura que toca la guitarra y canta flamenco? ¿Usté se fiaría, don Alisio?

Don Alicio. Yo… yo… ¡Es una pregunta… una pregunta desconcertante!

Doña Ana. Yo tengo un hermano sacerdote que toca la flauta.

Correntona. La flauta, bueno; y hasta el acordeón y los platiyos; pero ¿y la reata que yeva consigo la guitarra? Aquí no viene un cantaó de estilo que no se haga oí der padre Peteneras. ¡Es un juerguista! Y pa cuando pasa una noche fuera de su casa, que, no son pocas, tiene un perro amaestrao que le deshase la cama, pa que su madre, cuando se levante y la encuentre vasía, se crea que ha madrugao. ¡Éste es er cura!

Don Alicio. ¡Basta ya!

Correntona. Y ese hombre es el único que en Las Canteras defiende a Juanito y er que dise que va a sé mejó casao que San José.

Doña Ana. ¡Oh! ¡Oh!

Correntona. Procure usté enterarse, don Alisio, si no se fía de mí. Y óigame lo úrtimo.

Don Alicio. ¡No oigo más, señora!

Correntona. Lo úrtimo. Tenga usté entendío que hay argunas mujeres que están resuertas a que esa boda no se haga. La primera, yo, por lo de mi nieta, que ustés ya conosen; la segunda, Pepiya, que se presentará en er púrpito con er niño a que desde ayí le yame papá; y la tersera, Clara la Valiente, que ha yegao de Málaga desidía a que haya sangre en los artares antes que consentirla.

Doña Ana. *Asustada.* ¡Jesús!

Don Alicio. ¡Sangre en los altares!

Correntona. Y ná más. Y ya me voy limpia. Ahora usté me echa a la caye a escobasos o me da las grasias, si quiere.

Don Alicio. Ni una cosa ni otra. Vaya usted con Dios… vaya usted con Dios… Por aquí.

Correntona. Sé mu bien la salía. Buenas tardes. ¡Mientras yo tenga tabas y lengua! *Vase por el arco.*

Don Alicio y doña Ana, anonadados y entristecidos, se contemplan unos instantes sin hablar.

Don Alicio. ¿Qué me dices ahora?

Doña Ana. ¿Qué he de decirte, Alicio? Estoy muerta; muerta. Por mucho que el rencor de esta mujer haya puesto…

Don Alicio. ¡Todo es verdad, Ana!

Doña Ana. ¿Todo?

Don Alicio. ¡Todo! ¡Y más que nos cuenten! ¿Es que yo, desde que empezó a zumbarnos la voz del pueblo contra ese hombre, me he cruzado de brazos y he tenido un sueño tranquilo? ¡Todo es verdad! Estos testimonios no vienen sino a fortalecerla por diversos caminos. ¡Todo es verdad! Desde que se hicieron públicos los amores de nuestra hija, no ha habido una voz que no nos advierta, ni una piedra que no se levante. Esta gratitud le debemos al pueblo.

Doña Ana. Sí, sí. Como ellos empezaron a quererse en secreto, mientras duró ese estado de cosas, realmente hemos vivido a ciegas.

Don Alicio. Yo, a ratos nada más.

Doña Ana. Yo, siempre, Alicio.

Don Alicio. Tú, siempre, sí. Y tu ceguera me daba a mí sombras también, que de cuando en cuando me engañaban.

Doña Ana. ¿A quién no engañará ese muchacho, Alicio, tan jovial, tan zalamero, tan bien parecido, tan alegre…?

Don Alicio. ¡Tan hipócrita!

Doña Ana. Por fuerza, sí; por fuerza ha de ser muy hipócrita.

Don Alicio. ¡Lo es! ¿Aún vas a dudarlo? Es, por lo visto, un niño mimado de la fortuna, que, fiado en ella, ha prescindido de la conciencia y es capaz de las mayores tropelías. ¡Farsante! ¡cínico! ¡En mala hora lo conoció Eloisita! ¡En mala hora!

Doña Ana. Hombre…

Don Alicio. No me digas, Ana. En cuanto la niña se entere…

Doña Ana. ¡Hija de mi alma! ¡Qué dolor va a costarle a la pobrecita!

Don Alicio. Bien lo sé; porque está muy enamorada… ¡Pero peor sería que nos la robara ese bergante!

Doña Ana. ¡Qué castillo de naipes deshecho! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Con lo felices que yo los soñaba!… El pícaro se adueñó de mí, yo creo que antes que de ella. ¿Por qué Dios les dará tanta gracia a estos hombres?

Don Alicio. ¿Gracia?

Doña Ana. Gracia, sí. ¿Cómo ha de llamársele? Juanito la tiene en grado peligroso. Ya lo hemos visto, ya.

Don Alicio. A mí nadie que sea un desalmado me hace gracia nunca.

Doña Ana. Es que tú también quizá exageras algo las tintas…

Don Alicio. ¡Ana! ¿Intentas defenderlo?

Doña Ana. ¡No!

Don Alicio. ¡Sí! ¡No quieras que tenga yo que defender a nuestra hija de tu ternura por ese miserable!

Doña Ana. ¡No me ofendas, Alicio! Una cosa es que a mí me fuera simpático, porque me lo era, y otra muy distinta que pretenda ampararlo. Sí te digo, no obstante, que yo no procedería de ligero…

Don Alicio. ¿Eh?

Doña Ana. ¿Qué hombre habrá que vaya limpio de culpa al matrimonio?

Don Alicio. Mira, Ana; no compares, por Dios, las locuras propias de la juventud con las villanías de quienes deshonran mujeres para abandonarlas. ¡Y esto es lo peor de todo!

Doña Ana. ¿Qué?

Don Alicio. ¡El ambiente propicio que encuentran; la disculpa indirecta, pasiva, que la sociedad presta a tales hombres! Se les ríen por travesuras las infamias; se les cuentan los atropellos como glorias… La misma Justicia, ¿cumple con su deber? ¿Oye nunca los gritos y los sollozos de las pobres víctimas? ¡Esto es lo peor de todo!

Doña Ana. ¡Pobre hija nuestra! Por la amargura que a ella le aguarda, y que bien quisiera yo evitarle, te digo todas estas cosas.

Don Alicio. Pues a grandes males, grandes remedios. Cortemos el árbol de raíz. Arranquemos de su corazón el naciente cariño, por mucho que le duela. Es muy joven. Conocerá luego otros hombres… y uno digno de ella la enamorará.

Doña Ana. ¡Ay, si yo estuviese segura!

Don Alicio. Mujer, a sus años… con la vida entera por delante…

Doña Ana. A sus años, justamente a sus años, es cuando se destroza una vida con un golpe así.

Don Alicio. No juzgues este caso con el sentir de tus juventudes… de tus tiempos.

Doña Ana. ¡Mis tiempos! Para el corazón de una enamorada del primer amor, todos los tiempos son iguales. ¡Ay, si hablaran los muros y las dobles rejas de los conventos!…

Don Alicio. ¡Aunque así fuere! Cabe la esperanza. En cambio, como destrozas su vida sin remedio y sin duda ninguna es entregándosela a ese aventurero.

Doña Ana. A veces, Alicio, estos calaveras, cuando se casan…

Don Alicio. ¡Silencio! No me irrites.

Doña Ana. Perdona.

Don Alicio. No me irrites. ¿No pareces la madre de él en ocasiones? ¡Se hará cuanto haya que hacer para alejarlos! ¡Cuanto haya que hacer! ¡Eloísa rechazará a ese hombre! Y si fuera preciso llevárnosla de Las Canteras…

Por la puerta de la derecha sale oportunamente Eloísa, angustiada y hecha un mar de lágrimas, exclamando: ***Eloísa****. ¡No; no es preciso!*

Don Alicio. ¡Hija mía!

Eloísa. ¡Mamá! *Se le abraza.*

Doña Ana. ¡Gloria de mi vida! No me llores tú…

Eloísa. ¿Que no le llore?

Don Alicio. Pero ¿es que has oído?…

Eloísa. ¡Todo! Desde que llegó esa mujer.

Doña Ana. ¿Todo?

Eloísa. ¡Todo! Y algo que me gritaba yo no sé qué sentimiento íntimo. Algo que me gritaba y yo no quería oír. En media hora he sufrido como en cien años. ¿No se han vuelto blancos mis cabellos?

Doña Ana. ¡No, por Dios! Cálmate, hija mía, cálmate…

Don Alicio. Cálmate… Estás empezando a vivir…

Eloísa. ¡Empezando a morir!

Doña Ana. ¡No digas eso!

Eloísa. ¡Qué desengaño! ¡Qué crueldad de la vida! ¡Qué desgarrarse mi corazón! Pero no teman nada; no me supliquen nada; porque más lejos de lo que ustedes me pidiesen que fuera, iré yo.

Don Alicio. ¿Oyes, Ana? ¡Así habla nuestra hija!

Eloísa. Pues ¿podía ser de otra manera? ¡Yo soy quien resuelve! ¡Yo, yo sola! ¡Sin consejos de nadie! ¡Sin predicaciones de nadie! ¡Esto acabó! ¡Acabó del todo! Me conocen ustedes bien. Soy, quizá, demasiado vehemente, impulsiva, pero cuando me dejo llevar de mis impulsos propios, siempre acierto. ¡Esto acabó! ¡Es mi propio desencanto el que me lo pide! ¡Mi desesperación! ¡Mi repugnancia! *Cayendo en lágrimas nuevamente.* ¡Y mi pena infinita!

Doña Ana. Vamos, hija mía… vamos…

Don Alicio. Serénate, corazón… Ya pasará todo…

Eloísa. ¡Pasará! ¡pasará!… Pero mientras pasa…

Por donde se marchó, reaparece Aurorilla.

Aurorilla. Zeñorita: ahí está er zeñorito Juan.

Eloísa. *Sobresaltada.* ¿Está ahí?

Aurorilla. Zí, zeñorita.

Doña Ana. No lo veas ahora.

Don Alicio. ¿Por qué no?

Doña Ana. Sería preferible…

Eloísa. No, mamá, no: ahora. Ya que ha venido, ahora. *A Aurorilla.* Dile que pase aquí.

Aurorilla. Ya mismito. *Yéndose.* (To esto lo ha armao la vieja de antes).

Eloísa. Ahora, ahora; ahora que la herida está sangrando; ahora que nada

podrá contenerme.

Don Alicio. Así, así. Ánimo. No olvides un segundo que en esta ruptura nace tu posible felicidad.

Doña Ana. Ya has visto, Alicio, que ella no necesita estímulos…

Eloísa. Nada; no necesito nada. Sabré ir hasta el fin, como debo.

Aparece Juanito por la puerta de la derecha, con su acostumbrado y risueño semblante.

Juanito. ¡Felises! ¡Hombre! ¡La familia completa! Buenas tardes.

Don Alicio. *Con gravedad.* Buenas tardes.

Juanito. *Sorprendido al oírlo y al mirarlos a todos.* ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Se ha muerto ya el gato?

Doña Ana. No; no se ha muerto el gato. Está el animalito mejor, afortunadamente.

Juanito. Pues que siga el alivio, señora. Pero me ha dao don Alisio unas buenas tardes que han sío una papeleta de defunsión. Y ésta ni me ha mirao siquiera. Algo susede aquí. ¿Qué te ocurre, niña? ¿Has yorao?

Doña Ana. Ha llorado, sí, señor; ha llorado.

Juanito. ¿Por qué?

Don Alicio. Por culpa de sus padres no ha sido. Ella se lo dirá a usted inmediatamente. Y si su delicadeza o su dolor no le consintiera decírselo todo, yo, luego, le prometo a usted no dejar nada en el tintero. Vamos, Anita.

Doña Ana. Vamos.

Éntranse por la puerta de la derecha. Juanito los mira alejarse en silencio, pero dándose cuenta de la seriedad de la situación. Después se vuelve hacia Eloísa, con fingida serenidad y extrañeza.

Juanito. ¿Qué pasa, tú? ¿Qué es esto? ¡Es la primera vez que vengo aquí y veo estas caras! ¿Qué hay?

Eloísa. Mucho… y muy triste.

Juanito. ¿Y muy triste?

Eloísa. ¿Estaría yo como me ves, si así no fuera? No te acerques a mí.

Juanito. ¿Ni asercarme? También esto es nuevo.

Eloísa. Hoy lo será todo entre los dos.

Juanito. ¿Qué dises, chiquiya? ¿Quién te ha trastornao?

Eloísa. Tú.

Juanito. ¿Yo? ¿Desde lejos?

Eloísa. Tu falsedad, tu maldad, tu perfidia, que ya conozco.

Juanito. ¡Muchacha! ¿Eres tú la que me estás hablando? ¿Es posible que de esa boquita de clavé…?

Eloísa. No sigas adelante y respóndeme: ¿vienes de la Huerta?

Juanito. ¿De qué Huerta?

Eloísa. ¡De la de las Rosas! No te hagas el desentendido, porque para ti no hay más Huerta que ésa.

Juanito. Te equivocas, que hay muchas. Pero, en fin, no vengo de ayá.

Eloísa. ¿Has ido esta mañana, acaso?

Juanito. No, mujé; si yo no voy ayí con frecuensia. Voy casi siempre cuando mi tía me manda í. Pero…

Eloísa. ¿Es que no te importa entonces ver a diario a tu hijo?

Juanito. ¿A mi hijo?

Eloísa. A tu hijo, sí. Al hijo que has tenido con aquella pobre muchacha. ¿No es tuyo?

Juanito. De los dos.

Eloísa. *Severamente.* ¿Aún te atreves a emplear un tono de burla? ¿Ni aun viendo mi temblor y mi pena me quieres hablar de otro modo?

Juanito. Porque me resisto a que esa pena sea verdá y tenga fundamento.

Eloísa. ¡Ah, pues lo tiene! Por desgracia, lo tiene. Nada me habías dicho nunca de ese hijo.

Juanito. ¿A qué atormentarte? ¡Estaba tan seguro además de que no faltaría quien te lo dijera!… Ni es nueva la historia.

Eloísa. Para mí, sí. Yo te daba mi vida creyéndote otro y creyéndote libre.

Juanito. No sé qué otro me creerías tú; porque yo no he cambiao; ya hablaremos de eso. Pero libre lo soy.

Eloísa. ¡Claro! ¡Cerrando a piedra y lodo la conciencia! ¿Cómo puedes considerarte libre? ¿Crees que no han llegado a mí ya los ecos de las cien aventuras de tu vida? ¿Crees que no sé que tienes un amor en cada sitio por donde pasas? ¿Crees que no conozco ya lo bastante de ti para sentir vergüenza de haberte querido y para desear que desaparezcas y olvidarte?

Juanito. ¡Qué inosente eres! ¡Olvidarme!… Tan imposible es eso como que yo te olvide a ti.

Eloísa. ¿Tú? ¡Al volver de la esquina!

Juanito. ¿Sien historias mías te han contao, verdá?

Eloísa. ¡Y más de ciento!

Juanito. ¿Vergonsosas, inicuas…?

Eloísa. ¡Sí!

Juanito. ¿Increíbles?

Eloísa. ¡Sí!

Juanito. ¡Pues todas son siertas!

Eloísa. ¿Qué dices?

Juanito. ¡Que todas son siertas!

Eloísa. ¿Lo confiesas, infame, embustero?

Juanito. ¡Embustero, no! Sería embustero si te lo negase.

Eloísa. Hasta ahora, bien lo has ocultado.

Juanito. ¡Porque no había salido la conversasión! Pero ya que se tersia… No seas tonta. Por to paso yo antes de que tú pienses de mí lo que ya he visto que has pensao. Yo a ti nunca te he mentido, Eloísa. Podré haberme cayao, por prudensia; pero mentirte, nunca. Y la prueba te la doy ahora mismo. Cuanto te han contao de mis trapicheos es verdá.

Eloísa. ¡Qué horror me da oírte!

Juanito. ¿Es que preferirías que te engañara? ¡Antes me cortaría la lengua! ¡Y la campaniya! To es verdá; to es verdá. Tan verdá como que en ninguna de esas aventuras he puesto tanto así de mi corasón.

Eloísa. ¡Calla, calla! ¡Qué espanto!

Juanito. Es verdá lo del niño de Pepiya Suares; es verdá que tuve otro con una bailaora…

Eloísa. ¡Oh!

Juanito. Miento: aqueya fué niña. Y se murió la inosentita a los dos meses. Angelitos al sielo. ¡Bailaba demasiao la mamá pa que viviera!

Eloísa. ¡Calla! ¡Qué lenguaje! ¡Qué burlas más tristes de las pobres mujeres!

Juanito. ¡Y es verdá también lo de una amante en Ronda, y otra en Alcalá, y una novia en el Puerto… y to cuanto te cuenten por ese estilo! ¿Cómo ha de desirse? Pero, contéstame tú a esto: cuando yo vivía de ese modo, ¿te conosía?

Eloísa. ¿Cómo?

Juanito. ¿Te conosía yo a ti? ¿Sospechaba siquiera que había de conoserte? ¿Quién vino a desirme al oído: Juanito, ten formalidá, que en la Montaña ha nasío esta mañana una niña a quien vas a queré con locura y que será la mujé que te redima y que te salve? ¿Quién me dijo a mí eso?

Eloísa. ¡La mujer que te redima y que te salve! ¡Busca otra!

Juanito. ¿Otra? ¿Pa qué, si eres tú? ¿La voy a encontrá más bonita?

Eloísa. ¿Yo?

Juanito. ¡Tú! Mi pasao se borró en el mismo momento en que por ves primera nos vimos nosotros. ¡Se borró! Hablá de mi pasao ahora es como hablá de la cosecha de hase sinco años, que ya no quea ni un grano de trigo en los graneros. Hay que hablá de la del año que viene, que es la ilusión y la esperansa. La vida de mi corasón empesó cuando tus ojos se fijaron en mí y me miraron.

Eloísa. Poco van a mirarte ya.

Juanito. ¡Poco dise! ¡Habían de sartártelos, y con los huecos que te quedaran, me mirarías!

Dice esto Juanito con cierta ternura graciosa, fingida o verdadera, que emociona momentáneamente a Eloísa. La cual, sin embargo, se rehace pronto, y busca en su dignidad y en su orgullo herido la respuesta.

Eloísa. ¡No! ¡No te engañes!

Juanito. ¿Qué?

Eloísa. Que no te engañes, suponiendo que me engañas a mí. ¿Cómo puedo creerte ya más después de haberte oído? ¿Cómo voy a borrar tu pasado de mi memoria?

Juanito. ¡Si no te conosía!

Eloísa. ¡Eso le dirás dentro de poco a cualquiera otra refiriéndote a mí! «¡La quise, porque no sospechaba que habías de nacer tú!».

Juanito. ¡Eso lo he dicho yo esta tarde por primera ves en mi vida, y permita Dios que muera arrastrao por las cayes si vuelvo a desirlo!

Eloísa. A mí, igual me da. ¿No ves que ahora no es lo que fuiste, con ser tan malo, lo que me aterra y me aleja de ti? ¡Es que eso me revela cómo es tu alma, que yo creía clara, ingenua y bondadosa, y es negra, y dura, y seca… y no la quiero para mí!

Juanito. ¡No pienses eso! Mi alma es como la veía tu cariño. Pero si tan

terrible te parese ahora, hasla buena tú; redímeme; sálvame.

Eloísa. Yo no sé hacer milagros.

Juanito. ¡Pídele a tu Virgen que haga éste!

Eloísa. ¡No tomes en tus labios a la Virgen, que no crees en ella!

Juanito. *Muy indignado.* ¿Que no creo yo en la Virgen? ¿En la Patrona? Mira, Eloísa; a mí me dises to lo que quieras; to lo que se te venga a la boca; pero eso no me lo vuelvas a repetí. ¡Si la Virgen es la que te ha puesto a ti en mi camino, pa que me haga un hombre formá! ¡Si yo le debo a la Virgen el salí con bien en transes muy difísiles! ¿Te piensas que no? Pues el sobresaliente que me dieron a mí en Fransés en el Instituto de Seviya, ¿a quién sino a eya se lo debo? ¡Se lo pedí con unas ganas…!

Eloísa, a su pesar, se muerde los labios para no reírse y vuelve la cabeza. Luego exclama: ***Eloísa****. ¡Hipócrita!*

Juanito. ¿Hipócrita? ¡Ahora, no!

Eloísa. ¡Sinvergüenza!

Juanito. ¡No me yames tú sinvergüensa; que eso me lo han yamao muchas mujeres! ¡Presisamente las que me querían por sinvergüensa! ¡Tú me quieres por cosas tan distintas!…

Eloísa. ¡Yo ya no te quiero!

Juanito. ¿Que no me quieres? Pero ¿me vas a abandoná? ¿No oyes que mi salvasión eres tú? ¿Vas a cargá a tu alma con el remordimiento de que yo me pierda?

Eloísa. Que te salve la Virgen, en quien dices que crees. Yo soy muy poco para tanto.

Juanito. ¡Pero empiesa siquiera por perdonarme! ¿Qué menos? De rodiyas te lo voy a pedí. Acuérdate de que nuestro Señó Jesucristo perdonó, porque había querío mucho, a la Madalena… ¡y hate cuenta de que yo soy una mijita Madaleno! …

Eloísa. ¿Y qué valdría, en último caso, que yo te perdonara, si aun perdonado no te había de querer?

Juanito. No adelantes los pasos, niña: las cosas, por su orden.

Eloísa. ¿Si hay además una mujer abandonada que te busca para matarte?

Juanito. ¿Pa matarme? ¿A mí? ¿Una mujé? No ha nasío. ¡Como no me mates tú esta tarde! Esa otra que dises no me mata. ¡Ibas tú a yorá mucho, y yo no quiero!

Eloísa. ¿Yo?

Juanito. ¡Tú! ¿Quién va a sé? ¿Me va a yorá tu padre?

Eloísa. Pues esa mujer, llena de furor y de celos, te busca, te acecha; y jura que al altar no llegas conmigo.

Juanito. Pues como, según tú, nadie se muere hasta que Dios quiere, si me mata, es que Dios lo ha querío. Los ojos y el pelo ya los tienes negros; de luto: te pones quinse días sobre los hombros un pañoliyo negro también, y a otra cosa. ¡Descanse en paz Juanito Arroyo! ¡Si lo dejan! Pero si esa mujé no me mata —¿tú oyes?—, si esa mujé no me mata será que lo que quiere Dios es que yo viva… pa que tú me quieras a mí. ¡Mía que está esto claro! ¡Mentira parese que me suspendieran dos años en Lógica!

Eloísa, de nuevo subyugada, lo mira como dejándose convencer; pero en seguida vuelve a reaccionar enérgicamente y grita: ***Eloísa****. ¡No!*

Juanito. ¿Por qué dises que no si por dentro estás disiendo que sí?

Eloísa. Porque esto ya no tiene remedio.

Juanito. Ni hay pa qué buscárselo. ¿Es que nesesita remedio lo que no es ninguna desgrasia? ¡Que me quieras tú; que te adore yo! ¿Qué remedio vas a ponerle a esto, cuando Dios lo ha querío?

Eloísa. No insistas; no te obstines. Esto acabó esta tarde.

Juanito. No delires tú, niña. Esto ha empesao y no acabará sino con nosotros.

Eloísa. ¿Qué dices?

Juanito. Y debes alegrarte, porque así hases tú aquel milagro de que me hablabas. Ni tú vivirás ya sin mi ni yo sin ti. Nos ha ligao la suerte, como al asero y a la piedra imán. ¡O como a las sarsamoras en los vayaos! Nos separaríamos esta

tarde pensando no volvé más a vernos, y tú no sentirías unos pasos en tu caye que no te yevaran a la ventana pa vé si eran los míos, ni yo pasaría veinte veses por eya sin más intensión que la de echá los ojos a esa misma ventana, con la ilusión de vé un visiyo levantarse, o de adiviná detrás de él unos ojos yorando. Y a los dos se nos subiría el corasón a la boca, y no habría pa nosotros ya ni campo ni sielo, ni más pensamiento que el de encontrarnos en toas partes, hasta que eso yegara: hasta que un día viniera el choque, y nos miráramos de una vez queriendo desquitarnos del ayuno de ojos, y nos cogiéramos las manos así…

Eloísa. ¡Suelta! ¡Déjame!

Juanito. ¿Toavía resistes?

Eloísa. Pero ¿no has oído que esto acabó?

Juanito. Lo he oído, sí; pero ¡si se creyera to lo que se oye!…

Eloísa. ¡Claro! ¡Podría llegar el caso de creerte yo a ti!

Juanito. Ese ya ha yegao; sólo que tú ahora no me lo confiesas.

Eloísa. Déjame, te repito. Te lo suplico, si no basta. Déjame.

Juanito. Ya está. Voy a hablá con tu padre.

Eloísa. ¿Con mi padre?

Juanito. Pa que me diga lo que a ti se te haya olvidao. ¿No quedamos en eso?

Eloísa. Oirás quizá lo que no esperas.

Juanito. ¡Y él también! De tos modos ya sé yo que esta tarde salgo por el balcón. ¡Buena le habrán puesto la cabesa disiéndole cosas de mí! ¡Yo estoy en el pueblo más desacreditao que un médico en su casa!… Pero si hoy salgo por el balcón, mañana vuelvo a entrá por la puerta. ¡No soy un apestao! Y hay muchas tardes por delante. Y una detrás de otra, acabarán por vé en esta casa —en tu madre tengo un gran abogao— quién es Juanito Arroyo desde que Eloísa Pomares lo cautivó. Era un arroyo yeno de mosquitos, fangoso, turbio… y ahora, con la luz de tus ojos, que entra por sus aguas como la de la luna, es ya un arroyo limpio, trasparente, sereno, en que hasta las chinitas del fondo se ven y puén contarse. *A doña Ana, que vuelve por la puerta de la derecha, curiosa de lo que allí esté pasando.* ¡Hola,

mamá suegra! *Le da familiarmente un suave golpecito en un hombro y se entra por la misma puerta.*

Doña Ana. *Atónita.* ¿Qué es esto, hija?

Eloísa. *Rindiéndose.* ¡Esto, mamá, es que tiene mi vida en sus manos; que me la ha robao: que no sé resistirme; que hará lo que quiera de mí!

Doña Ana. ¡Hija!

La abraza. Y en su rostro no hay asomo de contrariedad, sino que luchan un gesto de asombro y una sonrisa de complacencia. ¡Entienda usted a las mujeres!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una calle. Fachada posterior de la casa de don Alicio Pomares. En ella una ventana salidiza con reja, que llega hasta el suelo y que tiene puertas de cristales con visillos. Salidas por los primeros términos, y por el fondo.

Es de noche, dos días después del acto anterior. Un farol del alumbrado público quiere competir con la luna y con las estrellas.

La escena está sola. Por la derecha viene Carola y, simultáneamente, la Correntona por la izquierda. Al encontrarse se saludan.

Carola. ¡Correntona! ¿Adónde va usté por aquí?

Correntona. Adonde me yeven mis pasos.

Carola. ¿Con su manía?

Correntona. ¡Con mi manía! ¡Con mi chochera! ¡Cosas de los años! ¡Pero me voy saliendo con eya! ¿Y tú?

Carola. A casa de mi prima la bordadora.

Correntona. ¿Se ha mudao? ¿No vivía, en la Alamea Chica?

Carola. Sí; pero ahora vive ahí junto.

Correntona. Ya. Me alegro de saberlo. ¿Cómo se me ha pasao a mí esa mudansa?

Carola. Que sólo Dios está en toas partes. Y si usté, por casualidá, busca a Juanito Arroyo, en er cormao de la estasión lo tiene usté ahora.

Correntona. Mira, te agradesco que me lo digas.

Carola. ¡Ea! pos vaya usté con Dios.

Correntona. ¡Ea! pos anda tú con É, que pa eso está en toas partes. *Carola se va por la izquierda, para que la Correntona la vea. Ésta, por el fondo, no sin detenerse un instante para decir:* Ya sé yo que en cuarquier parte encuentro ahora a Juanito menos en er cormao de la estasión. ¡Pos no quería mandarme mu lejos! ¿Se habrá creío la

tonta que me engaña? ¡Y estuve yo con su madre en la *miga*!… ¡Vamos! *Aléjase.*

Vuelve a quedar la escena sola. Luego se abren las vidrieras de la ventana y se asoma Aurorilla, que escudriña la calle con los ojos. Cautelosamente vuelve Carola.

Aurorilla. *Llamándola.* Ssss… sss… ¡Carola!

Carola. Sí; aquí estoy. Aguarda. *Se asegura de que nadie la observa.* ¿Qué hay?

Aurorilla. Que le diga usté ar zeñorito que la zeñorita no pué bajá tan pronto, porque ni er zeñó ni la zeñora ze han acostao toavía.

Carola. Bueno; yo se lo diré. Pero ¿bajará?

Aurorilla. En cuantito ze acuesten. Er zeñó está estos días mu nerviozo. Con to er mundo riñe. Y la zeñora no hace más que yorá. En dos días ha perdío tres kilos.

Carola. Eso, a la vejez, más bien conviene.

Aurorilla. Y er zeñó ze ha pazao la tarde probando zu escopeta.

Carola. Irá a salí de casa. Vete tú ya; no nos cojan charlando.

Aurorilla. Vorveré a avizá azí que vaya a bajá la zeñorita. *Se retira de la ventana y cierra las vidrieras.*

Carola. Viene gente. *Atiende a los pasos que se perciben hacia el fondo.*

A poco asoman Pepilla Suárez y Conejero, en amor y compaña, ella de mantón, y él de pañosa.

Conejero. Vamos por aquí. Está la noche que es un regalo.

Carola. ¡Anda! ¡Pos si son Pepiya y Conejero!

Pepilla. ¡Carola!

Carola. ¡Matrimonio!

Pepilla. No, no corras tanto: eso de matrimonio, toavía…

Carola. Poco fartará, por las señas.

Conejero. Di tú que sí, que farta poco. Cuestión de detayes. Que eya quiere que sea por la iglesia y yo po lo siví.

Pepilla. Y arguna cosa más también.

Conejero. Ahora nos estamos estudiando los genios. Y esta noche, que está pa queré, fuí y le dije: anda, Pepiya, échate er mantón y vamos a tomarnos un pescaíto en ca e *Canela*. ¡Porque así es como se estudian las personas!

Carola. ¿Tomando pescao frito?

Conejero. No, mujé: ese es er pretesto. Comiendo y hablando a la pá. Yo creo que sí; que congeniamos.

Carola. ¿Y tú, qué crees, Pepiya?

Pepilla. ¡Eso no se sabe hasta luego!

Conejero. ¡Hasta luego, dise!… ¡Lo que ensierra ese luego! ¿Habrá mucha gente en ca e *Canela*?

Carola. No creo, porque es lunes.

Conejero se aparta de las dos y atisba por la derecha de la calle. Ellas, entre tanto, hablan confidencialmente.

Pepilla. ¿Qué me cuentas, Carola?

Carola. ¿Qué me cuentas tú a mí?

Pepilla. Que lo estoy pensando, pero que… Es un santo este hombre.

Carola. ¿No te lo dije yo?

Pepilla. Es un santo. Y entre un santo y un demonio, cuando er demonio ya te ha desengañao, ¡por mucho que te guste er demonio!

Carola. ¡Claro, mujé! ¿Y tu padre, qué dise?

Pepilla. Mi padre lo que quiere es perdé de vista a Juanito. Y me aconseja que no dude más. ¿Quién había de desirme a mi esto?

Carola. ¡Cuarquiera que conosca er mundo! Yo fuí la primera… y ya ves; ¡le

ayudo a que se case!

Se les acerca Conejero.

Conejero. ¿Qué, me están ustés cortando un sayo?

Carola. ¡Un *pijuama* pa er día de la boda!

Conejero. ¡Yo no soy tan elegante como to eso! ¿Vamos Pepiya?

Pepilla. Vamos.

Conejero. ¿Vienes tú, Carola?

Carola. No; yo tengo que quedarme aquí de sentinela. *Aparte con él.* ¿Tú eres de los nuestros, verdá?

Conejero. ¡Cómo! Y vengo con eya por disimulo. Y ahí están también *Sigarrón* y *Boteya.*

Carola. Sí; ya los he visto.

Pepilla. *Aludiendo al diálogo.* ¿Ahora er sayo es pa mí?

Conejero. ¡Pa ti! ¡Mañana te lo pruebo! Vamos por ese pescaíto, ¡que estará ya temblando de gusto la pescaíya que vayas a comerte con esa boca!

Pepilla. ¡Ja, ja, ja! *Se van por la derecha.*

Carola. Vayan con Dios. ¡Y que sea enhorabuena, matrimonio! *Los ve irse complacida.* ¡Por lo siví! ¿Qué más dará un cura que un siví? En yegando a las comiditas…

Por el fondo aparecen Juanito y el padre Peteneras. Juanito viene embozado hasta los ojos en su capa y con sombrero ancho. El padre Peteneras, jugueteando con los manteos. Es hombre joven, aunque no tanto como Juanito, de rostro moreno y mirada viva y audaz.

Juanito. *Acercándose por la espalda a Carola, a quien le da un susto.* Caroliya.

Carola. *Volviéndose.* ¿Eh? ¡Ah, que eres tú!

Juanito. ¿Té he asustao?

Carola. Sí; no te he visto yegá… Buenas noches, padre…

Padre Peteneras. Buenas noches, hija. *Canturrea en voz baja, asomándose a distintos lados de la calle.*

Juanito. ¿No ha bajao la niña?

Carola. No. Ha bajao Auroriya a prevenirme que la niña tardará toavía un poco, porque los padres no se han acostao. Y que apenas se acuesten me lo avisará.

Juanito. Bueno; mientras más tarde, más tranquilos. Vete tú ahora en ca e *Canela*. ¿Están ahí esos?

Carola. Ahí están tos. Me iré dando la vuerta, pa filá. Antes pasó por aquí la Correntona.

Juanito. ¡Naturalmente!

Carola. Yo la mandé ar cormao de la estasión. ¡Pa distraerla!

Juanito. Pero no habrá ido. ¿Y la otra? ¿la furia?

Carola. La furia, tan creía en que estás en er campo.

Juanito. ¡Y en el campo estoy! ¿No lo ves? ¡En mi campo!

Carola. Hasta luego, tarántula. *Vase por la izquierda.*

Juanito. Esto es hecho, padre Peteneras.

Padre Peteneras. Padre Manolito, o padre, simplemente, esta noche.

Juanito. Pues esto es hecho, padre. Porque si no es ahora no lo será nunca. Esa mujé me desbarata tos los planes.

Padre Peteneras. ¿La Valiente? Es posible, sí.

Juanito. Está emperrá; está siega. Y tiene mala uva; lo sé. No perdona. Conque a eyo, padre.

Padre Peteneras. A eyo, Juanito. No pensaba yo caé en más transes de estos, que me cuestan luego muy caros; pero como estoy seguro de que hago un bien, a eyo voy. Sólo que antes es presiso que hablemos.

Juanito. Tú dirás.

Padre Peteneras. Yo te quiero a ti…

Juanito. Como a un hermano; ya lo sé.

Padre Peteneras. Más que como a un hermano: como a un hermano chico.

Juanito. Es verdá.

Padre Peteneras. Y me he enterao bien de cómo te quiere a ti tu novia. La has dislocao, hijo de mi alma.

Juanito. Sí; ya te he dicho…

Padre Peteneras. No; no lo sé por lo que tú me has dicho. Lo sé por eya misma.

Juanito. ¿Por eya?

Padre Peteneras. Sí.

Juanito. ¿Te ha escrito?

Padre Peteneras. No.

Juanito. ¿Has hablao con eya?

Padre Peteneras. Sí.

Juanito. ¿Cuándo?

Padre Peteneras. Ayer de mañana. Con la aurora fuí a la ermita, a pedirle consejo a la Virgen, y ayí me la encontré. Fué lo primero que vi al entrá en el templo: a tu novia con los brasos en cruz. Me alegré de verla.

Juanito. ¿Estaba sola?

Padre Peteneras. Con su madre. La madre entró luego en la sacristía a encargá unas misas, y eya se salió a la puerta del templo. Y con las mismas, ayá fuí yo a enterarme de lo que me importaba. ¡Cómo te quiere, Juan! ¿Qué le has dao, chiquiyo? ¡Qué ojitos más tristes y más tiernos pone hablando de ti! La tienes loca. ¡Cómo pronunsia su boquita tu nombre! Si no le correspondes y la hases feliz, eres

un bandolero.

Juanito. ¡Bendito sea el cariño de esa criatura, que va a hasé de un pingajo un hombre de bien!

Padre Peteneras. A eso vamos, pingajo. Yo voy a casarte en la ventana esta noche, como casé en la suya a Lola Ruiz; como se casó en Mogué tu prima Consuelo…

Juanito. ¡Sí!

Padre Peteneras. Pero antes voy a confesarte.

Juanito. ¿A confesarme? ¿Dónde?

Padre Peteneras. Aquí mismo. Nos mira Dios desde ayá arriba. ¿Tú no lo ves detrás de las estreyas? Pues ayí está mirándonos. Y esperando oírte.

Juanito. Me ha dao un escalofrío, Manolo. Pregúntame ya lo que quieras, que te contestaré con el corasón en la mano.

Padre Peteneras. Así lo aguardo; así lo exijo.

Juanito. Así será.

Padre Peteneras. ¿Tú quieres a esa niña?

Juanito. Sí, padre.

Padre Peteneras. ¿Como eya a ti?

Juanito. Más, si fuera posible.

Padre Peteneras. ¿No será lo de siempre, Juanito Arroyo?

Juanito. ¡To lo contrario de lo de siempre, padre! ¡Si me ha hecho otro distinto! Junto a eya se me figura que acabo de nasé.

Padre Peteneras. Y ¿no influye en esa inclinasión ni en ese cambio…?

Juanito. ¿El qué?

Padre Peteneras. ¿La fortuna del padre?

Juanito. ¡No sigas, Peteneras!…

Padre Peteneras. *Reprendiéndolo.* ¡Juanito!

Juanito. Perdóname. Auméntame la penitensia luego. ¡La fortuna es la mía! A mí ¿qué se me da del padre ni de sus dineros? Que me pongan, pa que elija, a un lao las talegas y al otro a la niña, a vé lo que me yevo yo. No, padre mío, no: la quiero por sus ojos. Y digo por sus ojos, porque se le asoma el alma por eyos.

Padre Peteneras. ¿Entonses no me pesará a mí algún día este paso de hoy?

Juanito. ¡Nunca!

Padre Peteneras. ¿Serás un buen casao, Juanito?

Juanito. Como el mejó que tú conoscas.

Padre Peteneras. ¿No yegará a desirme nadie como un reproche: «Ahí tiene usté su obra; usté los casó»?

Juanito. Te lo dirán como una alabansa. ¡Hasta mi suegro ha de desírtelo!

Padre Peteneras. Pues dame un abraso. *Se abrazan.* Yo sé que te salvo casándote y que saco del purgatorio de este mundo a una criatura que lo merese.

Juanito. Lo merese. *Le estrecha las manos conmovido y luego se las besa.* Dios te lo pague. ¿Y de penitensia no hay na?

Padre Peteneras. ¡Ya lo creo!

Juanito. A vé.

Padre Peteneras. ¡Dejá tu vida de pingajo! ¿Te parese poca penitensia?

Juanito. Ahora eso, pa mí, casi es un premio.

Padre Peteneras. Pues con eso me basta pa quedá tranquilo. Aunque mañana en el pueblo se arme la gorda.

Juanito. ¡Que se armará!

Padre Peteneras. La responsabilidá entera es mía. Pero habrá que oí algunas lenguas.

Juanito. ¡Empesando por la de la Valiente!

Padre Peteneras. ¡Y siguiendo por la del pueblo entero, que arderá en discusiones! Que si vale, que si no vale, que si el Obispo, que si el Papa… ¡Pero yo te digo que quedarán ustedes más casaos que los Reyes Católicos! ¡Y habrá que oí también luego al Cardená! Me veo en Seviya aguantando un chaparrón de los suyos, con granisos como aveyanas. Ya pasará el nublao. No es nuevo: castigos, reclusiones, penitensias… Y otra ves sufrí que me yamen tarambana, y juerguista, y mal saserdote…

Juanito. ¿Mal saserdote tú?

Padre Peteneras. No lo soy, no. Y mira que seguí la carrera por empeño y obstinasión de mis padres. No era mi vocasión la de cura, ni con mucho.

Juanito. ¿A quién se lo cuentas?

Padre Peteneras. Ahora, ya que lo soy, procuro no deshonrá los hábitos. ¡Y dije yorando la primera misa, Juanito! Pero luego… Tú conoses mi vida. No es que yo me alabe, que eso está muy feo, ni mucho menos que me tenga por santo; pero a no pocas ovejitas descarriás las he yevao yo al buen camino…

Juanito. ¡Y a algún que otro borrego también!

Padre Peteneras. *Sonriéndole.* ¡También! Y he hecho bajá de lo alto del monte a alguna cabrita; y he unido a más de cuatro mal casaos; y he evitao muchos crímenes de esos que engendran la miseria y el visio, y el hambre y los malos ejemplos, y las malas predicasiones y la ignoransia… Ahora, que ayí donde haya un cantaó flamenco de mérito, ayí estoy yo a oírlo como me coja a mano. ¡Eso no tiene compostura! Si hay un consilio que nos prohiba oí seguidiyas gitanas y *soleares*, y tocá la guitarra, a tanto no yego; ¡ahorco los hábitos!

Juanito. ¡Después que me cases, Manolo!

Padre Peteneras. Después que te case, ¡claro es! ¡Si eso va a sé ya!

Juanito. En cuanto baje eya.

Padre Peteneras. Bien. Yo espero ahí, en casa de mi hermano José María.

Juanito. ¡Ajajá!

Padre Peteneras. Servirá de testigo. *Churrete* también espera ahí.

Juanito. ¿Quién es *Churrete*?

Padre Peteneras. Un monaguiyo.

Juanito. ¡Ole!

Padre Peteneras. La seña pa que venga yo…

Juanito. Te la hará Conejero.

Padre Peteneras. Conformes. ¿Las arras?

Juanito. Aquí tengo las trese moneítas. *Sonándolas.* ¡Vaya música!

Padre Peteneras. ¿El aniyo?

Juanito. Míralo. Y eya tiene otro, regalo de este cura…

Padre Peteneras. ¿De qué cura?

Juanito. De éste; que se lo pone siempre pa hablá conmigo.

Padre Peteneras. Pues no hay más que tratá. A mí me das una alegría y yo estoy seguro de que la tuya, con sé tan grande ahora, irá cresiendo con los años. Vivirás como una persona desente, y no como un perdío, a salto de mata; tendrás chiquiyos, que te encantarán…

Juanito. Si salen a eya…

Padre Peteneras. ¡Y aunque salgan a ti! ¿Es que crees que tú no vas a mejorá con la nueva vida? Tu cara será otra; y tu cuerpo también. Comerás tranquilo y satisfecho… engordarás… ¡Te vas a poné como chivo de dos madres!

Juanito. ¿Vamos a dejá las comparasiones con el ganao?

Padre Peteneras. *Riendo.* Vamos a dejarlas. Y hasta ahora, entonses. Espero la seña.

Juanito. Apenas eya baje.

Padre Peteneras. Apenas eya baje y la convensas tú. Porque ¡como esto le

coge de nuevas!…

Juanito. No te ocupes tú de ese particulá y prepara la Epístola.

Padre Peteneras. ¡Qué seguro estás, piyastrón!

Juanito. Piyastrón que va a dejá de serlo.

Padre Peteneras. Por eso te caso. *Se marcha por la izquierda canturreando.*

Juanito. ¡Qué suerte tienes, condenao Juanito! Primera noche que hase fresco. *Se emboza y pasea hacia el fondo.*

Por la derecha sale Enrique, que va hacia la izquierda, como queriendo alcanzar al padre Peteneras.

Enrique. ¡Manolo! ¡Manolo!

Juanito. *Deteniéndolo al verlo.* ¡No lo yames, que tiene que hasé!

Enrique. ¡Juaniyo! ¿Estaba contigo quisá?

Juanito. Conmigo estaba. ¿Qué quieres tú con é? ¿Lo buscas también pa que te eche las bendisiones?

Enrique. No. A mí me casará er padre Peña.

Juanito. Pues a mí, éste.

Enrique. Pero eso ¿va de veras, Juan? ¿Va de veras eso? ¿Va de veras?

Juanito. ¡Que sí, hombre, que sí! ¿Siguen las apuestas en el Casiniyo?

Enrique. ¡Tos los días!

Juanito. Y ¿qué apuestas tú?

Enrique. Yo, que no te casas.

Juanito. Pues vete al otro bando, que pierdes.

Enrique. ¿Que pierdo?

Juanito. To lo que hayas puesto a que no. Ven acá. Tú eres un buen amigo mío. Te debo dinero y nunca me lo pides. Eres un buen amigo. Y por algo te ha echao ahora la suerte pa aquí. Esta es la espalda de la casa e mi novia.

Enrique. Ya lo sé.

Juanito. ¿Quieres tú sé testigo de la boda, Enrique?

Enrique. ¿De qué boda?

Juanito. ¡De la mía! ¿Quieres sé testigo?

Enrique. ¿Cuándo?

Juanito. Esta noche.

Enrique. ¿Qué?

Juanito. Ahí: en la ventana: dentro de un ratiyo.

Enrique. ¿Peteneras?

Juanito. ¡Peteneras nos casa, sí!

Enrique. ¡Juaniyo, eres único!

Juanito. ¿Quieres sé testigo, sí o no?

Enrique. ¡Ya lo creo!

Juanito. Pues sigue a Manolo, como ibas, y júntate con é en casa de su hermano, que va a sé testigo también.

Enrique. Ya estoy. Hasta ahora mismo. *Echa a andar hacia el fondo.*

Juanito. ¿Adónde vas?

Enrique. ¿Adónde he de í? ¡Yo le saco partido a eso! ¡Voy ar Casiniyo a apostá con arguien que te casas!

Juanito. ¡No, hombre, no!

Enrique. ¡Sí, hombre, sí! ¡Con Rubio, er matatías, que es er más emperrao en

que no!

Juanito. No, no; no vayas, que se te pué í la lengua y comprometerme. Anda con el cura.

Enrique. Pero, hombre…

Juanito. Anda con el cura. ¡Ya apostarás cuando me veas casao!

Enrique. También tienes rasón. Y así voy ya sobre seguro. Un abraso, Juaniyo.

Juanito. Hasta luego, Enrique.

Enrique. ¡Lo que me voy a reí mañana! *Se aleja por la izquierda.*

Juanito lo mira marcharse. Y bien ajeno a lo que le aguarda está él, cuando aparece por el foro Clara la Valiente, seguida del Bizco, tipo gitanesco y mal encarado. Los dos se detienen observándolo, ella con ojos rencorosos y vengativos, y él dándose aires de matón.

Clara. *Al Bizco.* (Ahí está. Tenía rasón la Correntona).

Juanito. *Reparando en ellos y disimulando en seguida.* (¿Quién? ¡La Valiente y el Bisco! Con esto no contaba yo. ¡Otros dos testigos pa la boda!). *Inmediatamente concibe su plan de defensa. Se dirige hacia ellos, como queriendo ver quiénes son.* ¿Eh? ¿Quién anda ahí?

Clara. *Mirándolo con terrible fiereza.* ¿No me conoses ya tampoco?

Juanito. ¡Clara! ¿Tú?

Clara. ¡Yo misma!

Juanito. ¡Chiquiya!

Clara. ¡Suértame!

Juanito. ¿Que te suerte? ¿Qué pasa?

Clara. ¿Qué pasa? ¡Ladrón de honras! ¡Embustero!

Juanito. ¿Estás loca? ¿Qué hases en Las Canteras? ¿Cuándo has yegao?

Clara. ¿No lo sabes, quisá?

Juanito. ¿Cómo he de saberlo, si yevo una semana en el campo, muchacha?

Clara. ¿Y estás aquí tomando er fresco?

Juanito. No: es que ahora soy guarda de esta caye.

Clara. ¿Sí, eh? ¿Pa que no te roben la alhaja? Pos prepárate a morí en eya por traisionero y por charrán.

Juanito. ¡Qué diluvio de insultos! ¿Ha mesclao tu prima, Bisquiyo? ¿Cómo estás tú?

Bizco. Bien.

Juanito. ¿Ha mesclao?

Bizco. No, señó; no ha mesclao.

Bizco. ¿Y tu padre; está bueno?

Bizco. Como siempre.

Juanito. ¿Parao?

Bizco. Parao.

Juanito. Entonses está bueno.

Clara. ¿Guardas la caye donde vive tu novia, verdá?

Juanito. Eso es.

Clara. ¿Y me lo dises tan tranquilo?

Juanito. ¡Pa vé si te calmo!

Clara. *Agarrándolo por un brazo con ira.* ¿Con la que te quieres casá?

Juanito. Para la jaca.

Clara. ¿Qué?

Juanito. Que pares la jaca.

Clara. ¿Tendrás er való de negármelo, mal hombre?

Juanito. Si fuera verdá no te lo negaría. ¿Te he dicho yo alguna ves una cosa por otra?

Clara. ¡Siempre, mentiroso! ¡Una verdá es lo que nunca me has dicho! La verdá le repuna a tu boca como un veneno. ¡No; ahora ya no me engañas; ahora no te creo: tú te piensas casá, y yo te juro que no ha de sé mientras yo viva! Pa eso estoy aquí.

Juanito. Y tú no sabes el favó que me has hecho viniendo esta noche a este sitio. ¡Figúrate que aguardo a que baje mi novia a la ventana, pa reñí con eya!

Clara. ¿Qué?

Juanito. Lo que oyes. Pa reñí con eya. No quiero que me traigan y me yeven más con este noviajo. ¡Un capricho del aburrimiento!…

Clara. ¿Serás engañaó? ¡Qué való tienes!

Juanito. Si te esperas verás que no te miento, gitana. *Se vuelve al otro, aprovechando la momentánea perplejidad de ella.* ¿Un sigarriyo, Bisco?

Bizco. ¿Es flojo?

Juanito. Más que tú.

Bizco. Entonses, pa usté.

Juanito. A la fuersa, ni agua. No, Clara; no me mires así: no te miento. Me has hecho un favó con vení esta noche: sale mi novia, me vé contigo, y ya no me hasen falta más pretestos ni más rasones pa acabá con eya.

Clara. Pos pa eso no te sirve a ti Clara la Valiente. Pa darle achares a tu novia, no te sirvo yo.

Juanito. Si no es pa darle achares; si es pa peleá; ¿no te enteras? ¡Estoy harto de chismorreo! Si tú no me quieres hasé por grasia ese favó, yo te lo pido. ¿No sabes, mala entraña, que pa mí no hay en este mundo más mujé que tú?

Clara. ¿Quiés cayarte, mardito?

Juanito. ¿Que cuando yegas tú toas se borran, como las estreyas cuando sale la luna?

Clara. ¿Quiés cayarte?

Juanito. ¿Eh?

Clara. ¡Que no te quiero ahogá sin desirte primero to lo que mereses!

Juanito. ¡Yo iba a í a Málaga a verte uno de estos días!

Clara. ¡Pos he venío yo a Las Canteras pa ahorrarte er viaje! Y vengo a cumplirte un encargo que me diste una noche. ¿No te acuerdas?

Juanito. ¿Quién podrá acordarse, criatura? Han sío las nuestras tantas horas felises…

Clara. ¡Felises sobre tus engaños!

Juanito. ¡Sobre lo que quieras! ¡Felises!

Clara. ¡Sobre tus engaños! ¡Y por eso se vienen a tierra y las barre el aire!

Juanito. Anda, refréscame la memoria y no me riñas más: ¿qué encarguito es ése?

Clara. Me dijiste una noche…

Juanito. Que te quería…

Clara. No; me dijiste que yo sería sola pa ti…

Juanito. Y es verdá. No sé qué bebediso me has dao.

Clara. No lo sé yo tampoco. Er que te daba ahora, sí lo sé. Me dijiste que si argún día tú intentabas dejarme, yo te echara una cadena ar cueyo.

Juanito. ¡Claro: una cadena: la de tus brasos!

Clara. Me dijiste que si te intentabas casá, yo te matara como a un perro ladrón.

Juanito. Cabalito. Ahora ya me acuerdo.

Clara. ¿Hasta ahora, no?

Juanito. Hasta ahora, no. Y ¿vienes a matarme?

Clara. Pa está, como siempre, a lo que quieras tú.

Juanito. Bueno; pero déjame siquiera escogé la muerte. Ya que me mates…

Clara. ¿Te burlas?

Juanito. No es ocasión, Clariya. Lo que hay es que quiero morirme a gusto. Vas a matarme a besos.

Clara. ¿A besos? Caros vas a pagarlos.

Juanito. ¡Y tan caros! ¡Me vas a matá!… Hasta que me desangre por los labios no dejes de dármelos, ¿tú oyes? De veras. Quiero morí contigo así. ¡Pa vé si acabas de creerme!

Clara. *Titubeando.* Pero ¿qué clase de hipocresía es la tuya?

Juanito. Y ¿por qué ha de sé hipocresía? Anda, ven conmigo. Vámonos por ahí. Charlaremos hasta que apunte el día. No será la primera ves ni la última, si al cabo me perdonas y no me matas. Anda, Valiente.

Clara. ¿Por dónde hemos de í?

Juanito. Primero vamos a meternos en ca e *Canela* pa bebé unas copas. Siento yo fresquiyo esta noche.

Clara. En ca e *Canela* hay gente.

Juanito. ¡Así me ven contigo y se lo cuentan a mi novia! Si acaso nos bajamos a la bodeguiya del sótano, que esa siempre me la reserva Juan Fransisco. ¿No lo sabes? Ayí te diré…

Clara. Ayí te convenserás de que esta ves ya no me engañas; de que traigo muy abiertos los ojos; de que tus traisiones me han hecho reselá pa siempre hasta de los buenos días que me dés…

Juanito. ¡Cómo me gusta oírte ese lenguaje, asesina! ¿Vienes tú también, Bisco? Se te da una copa.

Bizco. Grasias.

Juanito. ¿No vienes? ¡Una copa!

Bizco. No. Me quedo esperando. ¿Quiere usté que le diga argo a su novia, si sale a la ventana?

Juanito. No podrás.

Bizco. ¿Por qué?

Juanito. Porque es muy medrosa. ¡En cuantito te vea la cara echa a corré pa dentro pidiendo socorro!

Bizco. ¿Sí, eh?

Juanito. Pero ¿no hay espejos en tu casa?

Bizco. Yo no me miro más que en las hojas de los cuchiyos.

Juanito. ¿Y no se meyan?

Bizco. *Mirándolo como con desprecio.* No se meyan. Vaya usté con Dios. *A Clara.* De aquí no me muevo, Valiente.

Juanito. ¡Pues vas a amanesé arresío! *A Clara, que lo mira fijamente, presa de sentimientos contradictorios.* Vámonos nosotros, amapola. Esos ojos terribles no pegan aquí ya. Ni ese seño. Ni estas mano tan frías. ¡Si dejo a mi novia por ti! ¡Si me voy de tu braso! ¡Si vas a matarme a besos en la bodeguiya!

Se van por la derecha, él impulsándola blandamente, y ella con los ojos clavados en los suyos, queriendo leer en ellos lo imposible.

Bizco. ¡Este niño!… ¡Me ha tomao a mí este niño por un *gruyo* de los que acuden a la feria!… ¿Y esa pantera, que venía a comérselo?… ¡Marditas sean las fardas! *Sintiendo que la ventana se abre.* ¿Eh? ¡Hola! Ahora me toca a mí. *A Aurorilla, que se asoma a la reja, como antes.* ¿Se ofrese argo?

Aurorilla. Usté ¿quién es?

Bizco. ¿Cómo que quien soy? Un amigo der señorito, que está aquí de guardia pa avisarle.

Aurorilla. ¡Ah! Pos dígale usté… Ér, ¿dónde está?

Bizco. Ahí en la esquina. ¿Lo yamo?

Aurorilla. No; dígale usté na más que ahora mismo baja la señorita.

Bizco. Volando. *Hace que se va.*

Aurorilla. *Retirándose.* (¡Qué feo es este hombre!). *Cierra las vidrieras.*

El Bizco se detiene satisfecho, meditando lo que debe hacer. Por el fondo acuden oportunamente y lo acechan Conejero, Cigarrón, Botella y el Chato, compinches de Juanito.

Bizco. ¡La yave! Esta ves no le ha valío la labia. Va a sé la mía la que entere a la novia de quién es ese peine. *Se acerca a la ventana.* ¡Que venga ya! ¡Que venga! *En este momento caen sobre él rápida y violentamente los cuatro aparecidos, lo amordazan con un pañuelo, lo maniatan, le atascan el sombrero hasta los ojos y se lo llevan a viva fuerza por la izquierda.* ¡Ah!

Conejero. ¡Duro!

Cigarrón. ¡Aprieta!

Botella. ¡Ya está!

Conejero. ¡Por ahí! ¡Adonde ya sabéis!

Cigarrón. ¿Y er sereno?

Conejero. ¡Lo ha convidao don Guan! ¡Pronto! ¡Vivo!

Desaparecen con el Bizco.

Sale a poco Juanito, por primera vez en la noche inquieto y excitado.

Juanito. ¡Bien por mi gente! ¡Baja pronto, lusero de mi vida, o me pierdes y te pierdes tú!

Vuelve presuroso Conejero.

Conejero. Don Guan, ya está seguro er pájaro. Ya nadie nos estorba. ¿Y la Valiente?

Juanito. Enserrá en la bodeguiya de *Canela*. Cayó como una tórtola.

Conejero. Usté, que es mu grande.

Juanito. Le he dicho a *Canela* que le va el peyejo si la suelta, por mucho que eya grite.

Conejero. No la suerta, no. *Canela* es buen amigo. Además están ayí también pa cuarquier cosa Carola y Pepiya.

Juanito. A Pepiya no la he visto yo.

Conejero. Pos ayí está.

Juanito. Pero… ¿Pepiya es nuestra, Conejero?

Conejero. Es nuestra, don Guan; completamente nuestra, Esté usté tranquilo.

Juanito. Pues tú a esa esquina a esperá mi seña pa avisarle al padre, que la aguarda.

Conejero. ¡To va saliendo dibujao! *Se va por la izquierda.*

Se abren las vidrieras de la ventana.

Juanito. *Con un suspiro.* ¡Ya! ¡Aquí acabó un pingajo! ¡Lo quemaron unos ojos divinos!

Sale Eloísa a la reja con un pañolillo de colores sobre los hombros.

Eloísa. ¿Juan?

Juanito. Aquí me tienes. ¡Ole! Tenía que sé a mí a quien le tocara vé un amanesé a media noche.

Eloísa. ¡Ay, Juan! ¡Ya te oigo! ¡Qué horas llevo! ¡Qué angustia constante! ¡Qué inquietud! ¡Sin más pensamiento durante el día que verte y oírte, y atormentada por la vigilancia y por el recelo de mis padres!… Creí que esta noche no se acostaban.

Juanito. Dime, dime de eso. ¿Tus padres…?

Eloísa. Mi madre —ya anoche te lo dije— parece que cede, que transige contigo, que ve por mis ojos. Delante de mi padre, disimula, calla; pero luego me coge en un rincón y me besa, como si me quisiera alentar… Pero mi padre está encastillado, ciego. Nombrarte es nombrar al demonio. Hoy me ha hecho llorar.

Juanito. ¿Otra ves?

Eloísa. ¡Y siempre que hablamos de lo mismo!

Juanito. Pues porque es tu padre lo perdono. Pero a esto hay que ponerle fin.

Eloísa. ¡Fin! ¡Qué más quisiera yo que encontrarlo! Dice mi padre, cuando me quejo de que me hace llorar, que esto no es nada para lo que habría de llorar contigo, si él cometiera el yerro de dejarme.

Juanito. Y ¿tú lo crees? ¿No te ofende por mí esa suposisión?

Eloísa. ¡Ay, Juan! Estoy tan acostumbrada a creer en mi padre, que al oírlo te confieso lealmente que vacilo, que dudo…

Juanito. ¡Eloísa!

Eloísa. Luego, a mis solas, me reprocho… Pero su voz… ha sido para mí siempre tan leal…

Juanito. ¡Como lo es ahora! Él habla noblemente, sinseramente, ¡pero está equivocao!

Eloísa. Así me digo yo para no desesperarme y morirme mientras no llegas tú. Me paso el día entero soñando con la noche, que es soñar con oírte, que es soñar con creerte. Y llega la noche, y me apena que se vaya en un soplo. Sólo con verte ya te creo. Me hablas… y te creo más aún. Pero la noche vuela. Yo quisiera que cada minuto durase como un día… ¿No hay países donde las noches son eternas? ¡Pues, llévame allí, para que yo te oiga continuamente, sin miedo a que llegue la luz del sol!

Juanito. ¿Eso quieres tú, corasón mio?

Eloísa. ¡Eso quiero con toda mi alma! ¿No tendré que arrepentirme de quererte?

Juanito. ¡Como no me den las viruelas y tú me huyas!

Eloísa. ¡Qué horror! ¡Yo, huirte! No me repitas eso. ¡Aunque te volvieras un monstruo, te querría! ¿No me mientes tú a mí, como a tantas les has mentido?

Juanito. Por lo mismo, chiquiya. Las mentiras pa las mujeres que traía yo en el cuerpo ya las agoté. Mi verdá la estreno contigo. ¡Por poca que sea, toa es pa ti!

Eloísa. ¡Qué cosas me dices!

Juanito. El tiempo le echará la firma a to esto. El tiempo lo dirá. Y tu padre se alegrará de oírlo. Y nos iremos a esas tierras de las noches largas, o donde tú quieras, a disfrutá de nuestra ventura, cuando tú seas mía y yo sea tuyo. Que va a sé muy pronto.

Eloísa. ¿Muy pronto?

Juanito. ¡Pué que esta misma noche!

Eloísa. *Entendiendo otra cosa.* ¡No, Juan; eso no!

Juanito. No te asustes, prinsesa, que no me has comprendío. ¿Había yo de intentá contigo ninguna cosa fea?

Eloísa. ¿Verdad que no?

Juanito. ¡Qué disparate! Ante to, por lo bien que te quiero, y eso basta. ¡Y si pienso en cómo está el tinglao!… ¡Jesús! ¡Con lo religiosa que es mamá! ¡Buena me caía! No, no, Eloísa, no. Antes moro. Nosotros hemos de hasé las cosas como Dios manda.

Eloísa. Sí; como Dios manda.

Juanito. Tú lo verás.

Eloísa. Pero ¿tú olvidas el cúmulo de obstáculos, de disgustos y de violencias con que vamos a tropezar?

Juanito. No los olvido; pero volarán como las hojas secas en cuanto seas mi esposa. Por eso quiero yo aligerá.

Eloísa. ¡Tu esposa! Y ¿cómo es posible aligerar ese plazo? ¿acercar ese instante? ¿anular esos inconvenientes?

Juanito. Es de lo más sensiyo. Tú no sabes de lo que es capás un enamorao

de Las Canteras pa quitarle yantos a su novia. ¡Tú no sabes a lo que se atreve un hombre loco por una mujé como tú!

Eloísa. ¿A qué se atreve, Juan? ¿A hacer locuras?

Juanito. Quisá se lo parescan a los demás, pero no lo son. ¿Es locura casarnos?

Eloísa. ¡Locura de felicidad!

Juanito. ¿Es locura desirle a un saserdote que nos queremos por esposos?

Eloísa. ¡Juan! ¡Compañero mío!

Juanito. ¿Tú no quieres sé mi compañera?

Eloísa. ¡Lo soy ya!

Juanito. ¡Pues la locura sería que yo dejase que te me yevara otro hombre!

Eloísa. ¡Nunca!

Juanito. ¡La locura sería que triunfara sobre nuestro cariño eterno la ofuscasión de unos días que padese tu padre!

Eloísa. ¡Sí, sí que sería una gran locura! Ven a mí, Juan; dame tus manos; mírame; júrame otra vez que me quieres, que no me engañas.

Juanito. Te lo juro, alma mía. ¡Te lo juro por lo que te quiere a ti tu madre! ¿Qué más? Te quiero yo; te quiero con delirio; me has hecho un hombre nuevo: un hombre cabá. ¡Si no me casara contigo, me moriría de pena!

Eloísa. ¡Juan!

Juanito. Pero no me muero, porque nos vamos a casá esta noche.

Eloísa. ¿Esta noche? ¿Qué dices?

Juanito. ¡Que la aurora nos cogerá casaos!

Eloísa. *Un poco asustada.* ¡Juan! ¿Qué disparate es ése?

Juanito. Un disparate que no es nuevo aquí, y que to lo resuelve a gusto. No

seremos los primeros novios de Andalusía que se casen en la ventana.

Eloísa. ¿Eh?

Juanito. No tiembles; no me mires con estrañesa. ¿Quieres un altá más bonito? *Hace una seña hacia la izquierda, valido de la turbación de la novia.* Los hierros de la reja forman cruses; luminarias, las hay: Dios las da; nos cobija el sielo, alumbrao por la luna y por las estreyas; de tu jardín yegan hasta nosotros los olores de los jasmines y de los asahares: la fló de las mositas: la fló de las bodas. ¿Falta algo? Tú y yo, queriéndonos hasta la muerte, seguros ya el uno del otro, y seguros también de que esta noche se puede salvá nuestro cariño, porque si el día no nos amanese casaos, ¡quién sabe si entre tos van a separarnos pa siempre! ¿Qué falta?

Eloísa. Pero ¿sueñas tú o sueño yo?

Juanito. ¿Falta algo? ¿Qué falta? Dos testigos y un cura. Y aquí están.

En efecto, aparece por la izquierda el padre Peteneras, sin manteo, con estola al cuello y un libro de oraciones en la mano. Lo acompañan un monaguillo, con un farolito, y Enrique y José María, el hermano del cura, que quedan a discreta distancia. Eloísa, al ver al sacerdote, sobrecogida, desfallece y cae de rodillas. Juanito se hinca también buscando sus manos.

Eloísa. ¡Jesús bendito!

Juanito. ¡Contigo yo!

Padre Peteneras. Alumbra, nene. *Se acerca a la pareja.* Levantaos un momento. *Los novios, impresionados, obedecen.* Eloísa, Juanito: sé que os queréis cristianamente: me lo habéis confesado los dos. Sé que queréis casaros, y sé que lo haséis en consiensia, como yo, en consiensia también, voy a bendesir vuestro enlase. *Comienza a leerles la Epístola. El telón cae lentamente y corta el cuadro.* «El matrimonio, hermanos míos muy amados, fué instituido por Dios en el Paraíso terrenal, y después elevado por Cristo nuestro Señor a la dignidad de Sacramento, el cual da gracia, a los que lo contraen con puras conciencias, para que más fácilmente puedan cumplir sus deberes…».[6]

Instantes después vuelve a subir el telón. Estamos en el mismo sitio. Amanece. Juanito se despide contento de la que ya es su esposa.

Juanito. Conque, a dormí. Y pa que to sea raro, tú en tu casita y yo en la

mía.

Eloísa. ¡Juan!

Juanito. ¿Era mentira que la nueva aurora nos iba a cogé ya casaos?

Eloísa. No, que era verdad.

Juanito. ¡Y paresía mentira!

Eloísa. Lo parecía.

Juanito. Pues así serán toas las mentiras que yo te diga ya: aunque no lo parescan, verdades. Y anda ya pa la camita, asusena, que te caes de sueño.

Eloísa. Todo es sueño esta noche. Pero no podré dormir ni un minuto. ¿Vas a quererme siempre?

Juanito. Eso no te lo contesto ya con palabras. Pa algo somos marido y mujé. Ven acá. *Le toma la carita y la besa con ilusión.*

Eloísa. *Estremecida de dicha.* ¡Juanito!

Juanito. ¡Vaya desayuno!

Eloísa. ¡Ja, ja, ja! ¿Nos habrá visto alguien?

Juanito. Aquí abajo, nadie. Ayá arriba había un luserito que sí nos miraba. Ya se fué. Se había quedao pa eso. Hasta luego, luz de mi vida nueva.

Eloísa. ¿Hasta luego? ¿Cuándo?

Juanito. ¿Cuándo? ¡Junto a ti me vas a vé cuando abras los ojos!

Eloísa. ¡Ojalá! Adiós.

Juanito. Adiós.

Eloísa. Adiós. No sé apartarme de tu lado. Adiós.

Se retira, cerrando las puertas de cristales. Después alza un visillo para verlo de nuevo. Ambos se sonríen.

Una vez que desaparece Eloísa, Juanito, sintiéndose el amo del mundo, dice con alegría:

Juanito. ¡Ahora que me echen a mí suegros, fieras y jaques! ¡Ea! ¡Ya se casó Juanito Arroyo!

Se emboza en su capita y se va por el foro, satisfecho y canturreando.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, setiembre, 1933.

CINCO LOBITOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

(El segundo compuesto de dos cuadros y un intermedio)

Estrenada en el **Teatro Cómico** el 13 de enero de 1934

Se engendró esta comedia de los *Cinco Lobitos*

en feliz maridaje de humorismo y ternura…

Son cinco muchachuelas que haciendo de hombrecitos afrontan los rigores de la existencia dura.

«¡Idénticos derechos e idénticos deberes

que el varón!», fué su grito después de la gran guerra, en que temieron juntos ancianos y mujeres

que no quedase un hombre sobre el haz de la tierra.

Y ahuyentando la turba de los viejos prejuicios, iniciaron valientes la atrevida cruzada,

y estudiaron carreras y aprendieron oficios,

el pendón contra el aire y en la mano la espada.

Y clínicas y escuelas, talleres y oficinas, sintieron de las hembras el gallardo aleteo,

invadidos de faldas y de manos divinas,

a la música alegre de un gentil taconeo.

Y hasta al rancio escribiente de la cara biliosa, de la pluma de ave y el gorro y los manguitos, lo quitó del pupitre una chica preciosa,

con los ojos muy grandes y los pies muy chiquitos.

Triunfadoras y firmes, con el alma engreída, que dominaban solas creyeron un segundo,

y olvidaron acaso su misión en la vida,

y al amor imperioso, que es el eje del mundo.

¡Oh hechiceros lobitos de leyenda o de cuento!

¡Meditad un instante que siempre vuestra queja, más que aullido del lobo codicioso y hambriento, será para los hombres balido de la oveja!

¡Y que toda muchacha que está entre abril y mayo «quiere ser golondrina, quiere ser mariposa;

ir al sol por la escala luminosa de un rayo»; ser la novia que aguarda o ser la amante esposa!

Pues con estos sentires y con estos pensares

que en pugna irresoluble batallan en el día,

animamos gozosos nuestros viejos telares,

con hebras que entrelazan verdad y fantasía.

Y ambicionando darles vida teatral y hechura a ideas multiformes y a temas infinitos,

en feliz maridaje de humorismo y ternura

se engendró esta comedia de los *Cinco Lobitos.*

A MARÍA LUZ MORALES,

gentil y bella luchadora, en cuyos trabajos

literarios resplandece siempre la luz

penetrante y suave de un fino espíritu

cultivado y de una encantadora femineidad.

Con la más viva simpatía.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Marisa. Pepita Díaz de Artigas. Yayata. Josefina Tapias. Olga. Julia Pachelo. Chatina. Julita Tejera. Lela. Amelia de la Torre. Doña Concha. Amparo Astort. Pimpín. Consuelito Morales. Don Félix Holgado. Manuel Collado. Lisardo. Manuel Díaz González. Beltrán. Ricardo Juste. Clemente. Luis Manrique. Agapito. Pedro F. Cuenca. Mateo. José Pidal. PONCIO. Alfonso R. Candel. Un Camarero. Luis Latorre.

CINCO LOBITOS

ACTO PRIMERO

Estamos en Madrid, en casa de don Félix Holgado, solterón que se halla más cerca de los cuarenta que de la funesta edad de amargos desengaños, y en la habitación donde suele hacer su tertulia de confianza. Comodidad, buen gusto, lujo discreto. Teléfono. Paso por el fondo, a derecha e izquierda, y sendas puertas laterales. (Derecha e izquierda, las del actor).

Es por la mañana, en octubre.

Aparece la escena sola. Luego, por la puerta de la izquierda, sale Beltrán, el mayordomo de la casa, hombre maduro. Viene frenético. Va de aquí para allá, golpeando y moviendo y removiendo maquinalmente muebles y objetos. Al principio no habla; después repite a cada momento la misma frase, primera que pronuncia.

Beltrán. ¡Porque tengo seis hijos!… ¡Porque tengo seis hijos!… Por eso, por eso me he callado… ¡porque tengo seis hijos!… Eso le vale, eso le vale… ¡que tengo seis hijos! ¡Desconsiderado… tarambana!… ¡Así paga veinte años de servicios leales! ¡De servicios de perro!… ¡Al mayordomo más honrado que ha nacido en Madrid! ¡Y en provincias!… ¡Porque tengo seis hijos!… ¡Porque tengo seis hijos!…

Por la derecha del fondo llega de la calle Lisardo, secretario y administrador de don Félix. Es joven y simpático. Trae una gran cartera.

Lisardo. ¿Qué es eso, Beltrán? ¿Qué le sucede a usted? ¿Otra gresca? ¿Por qué ha sido hoy?

Beltrán. ¡Porque tengo seis hijos!…

Lisardo. ¿Qué?

Beltrán. ¡Porque tengo seis hijos no lo he echado todo a rodar!

Lisardo. Pero, hombre, ¿no conoce usted ya a don Félix? ¡Al cabo de los años!

Beltrán. ¡Al cabo de los años llega uno a hartarse; al cabo de los años merece uno siquiera un poco de consideración y de cariño! ¡Al cabo de los años!… Si yo no tuviera seis hijos… ¡Seis hijos y un yerno, a quien también mantengo yo!

Lisardo. De todas maneras, no se sulfure usted, Beltrán. Reflexione. Fíjese en la causa posible de la reprimenda. Medítela. En la vida, la calma y la reflexión serán siempre las llaves del triunfo. *Se deja ir a una entonación oratoria, por cierta natural propensión a probar sus dotes ensayando discursos.* ¡Ay del hombre vehemente! ¡Ay del hombre impulsivo, en la lucha mundana, en este combate cuerpo a cuerpo que es el vivir!

Beltrán. ¡Déjese de discursos ahora, don Lisardo! ¡No se ensaye conmigo!

Lisardo. No son discursos; son pertinentes, son oportunas observaciones. Los caracteres inflamables no comprenden que sucumben al cabo abrasados en el fuego de sus propias llamas… Yo, Beltrán, yo…

En esto, por la misma puerta que Beltrán, viene Mateo, el ayuda de cámara, también echando pestes del señorito.

Mateo. ¡Maldito sea su padre!

Lisardo. ¿Qué padre?

Mateo. ¡Su padre!

Lisardo. ¡Aclara el posesivo, Mateo!

Mateo. ¿Cómo?

Lisardo. ¡Aclara el posesivo!

Mateo. ¡Aclare usted lo que me dice! ¡Maldito sea su padre! ¡Me ha tirado un cepillo a la cabeza! ¡Mire usted la señal!

Lisardo. ¿Pero así está el hombre?

Beltrán. ¿No le decía yo, don Lisardo?

Mateo. ¡Que busque otro ayuda de cámara! ¡Que busque otro que le dé friegas, y masaje, y le ponga inyecciones, y que haga de manicura y de pedicuro y de…! ¡Maldita sea!… ¡Que busque otro!

Lisardo. Pero, bueno, ¿es que cierra con todos hoy? ¿A qué puede obedecer ese ataque de cólera?

Beltrán. Parece, don Lisardo, que le han puesto anoche un anónimo…

Lisardo. ¡Diantre! Pero ¿no tengo dicho que toda la correspondencia se me entregue a mí, para que yo la revise primero? ¿No soy el secretario administrador?

Mateo. Y así se hace siempre, don Lisardo.

Beltrán. Lo que es que ese anónimo, quizá para que usted no lo viera, se lo han echado en un bolsillo del gabán. ¡En el Círculo, probablemente!

Lisardo. ¡Ah! Y ¿qué le dicen, usted lo sabe?

Beltrán. Lo barrunto. Barrunto que le dicen nada menos que se la pega la amiguita. ¡La Paquita López!

Lisardo. ¡Ah!

Mateo. ¡Y se la pega! ¡Si ha salido hasta en los periódicos! ¡Se la pega desde el primer día!

Lisardo. Desde el segundo, tú. ¡No me gustan las exageraciones!

Mateo. ¡Y el señorito se sorprende ahora!

Beltrán. ¡Que es ser un novato, teniendo ya el colmillo retorcido! ¡Se enreda con una segunda tiple… y se extraña de que se la pegue! ¡Los hombres quieren unas cosas!

Lisardo. ¡Ay, amigo Beltrán! ¡Es que por algo, de tiempo inmemorial, pintan al amor con los ojos vendados! Y aunque concedamos que en este caso sea lo de menos el amor; aunque no lo califiquemos de amor precisamente; aunque lo limitemos a la liviana esfera de las debilidades fisiológicas…

Beltrán. Pero, don Lisardo… ¿otro discursito? ¿Cree usted que está el horno para macarrones?

A interrumpirlo llegan juntos por la izquierda del fondo, curiosos de lo que sucede, Agapito, el «chofer», muchacho andaluz; Clemente, el cocinero, y Poncio, criado, los tres en sus respectivos trajes de faena.

Agapito. ¿Qué pasa? ¿Hay títeres? ¡Desde er *garage* he oído yo las voses!

Poncio. ¡Y yo desde el salón!

Clemente. ¡Toma! ¡Y yo desde la cocina! Pelando estaba un pollo…

Agapito. ¿Qué ha sío? ¿qué ha sío? ¿Se ha levantao por los pies de la cama?

Mateo. ¡Está que se tira a las paredes! ¡Como yo no lo he visto nunca!

Beltrán. ¡Ay, si yo no tuviera seis hijos! ¡A mí me ha dicho lo que no se le puede decir a un hombre con canas!

Mateo. ¡Y a mí lo que no puede aguantar un hombre con el pelo negro!

Clemente. Pero ¿por qué? ¡Pobre señor! ¿Por qué está tan furioso?

Agapito. ¿Queréis que yo lo diga? ¡Porque no duerme! Y el hombre que no duerme, no rige.

Clemente. No duerme, no. Hace una temporada que no duerme.

Agapito. ¡Que no dormimos! A las cuatro de la madrugá lo traje hoy. Y me pide er coche pa las onse de la mañana. ¡No hay derecho! Er día que yo le presente er resibo de las horas estraordinarias va a pegá un bote que va a yegá ar techo.

Poncio. Abusa de nosotros. A mí me dió ayer un puntapié que todavía me duele. No me dará el tercero.

Lisardo. ¿El segundo, sí?

Poncio. El segundo puede que se lo aguante, por mis hijos.

Beltrán. Ahí, ahí duele.

Clemente. *A punto de las lágrimas, porque es hombre sentimental.* Pues ¿y lo mío de la cena de anoche? ¡Rechazarme aquel besugo al horno!… ¡No tenía razón! Me puso como un trapo… y no tenía razón. Y en lo de la leche frita no tenía razón. No estaba agria. ¡Tú te la comiste, Agapito! ¡No tenía razón!

Agapito. ¡Yo me chupé los deos!

Lisardo. No se aflija demasiado, Clemente.

Clemente. Como tampoco tenía razón en la disputa sobre la salsa mahonesa. ¡Yo sé bien que es mahonesa y no mayonesa! ¡La inventó un cocinero de Mahón! Sólo que los españoles somos rutinarios y simples, y nos lo dejamos quitar todo… hasta los nombres de las salsas. Pero yo quiero mucho al señorito… Guisé a su padre, guisé a su madre… guisé a la señora marquesa…

Agapito. Bueno, Clemente; no prinsipie usté a yorá desde por la mañana, que yora usté sobre tos los guisos, y así luego le resurtan salaos y usté no se lo esplica. Aquí lo que hay que hasé…

Mateo. ¡Lo que hay que hacer aquí…!

Poncio. ¡Lo que hay que hacer…!

Agapito. Lo que hay que hasé es no dejarse avasayá. Un plante, una sublevasión. Ponernos tos de acuerdo…

Mateo. ¡Y cantarle las verdades, por amo que sea!

Lisardo. Calma, calma…

Beltrán. ¡Es difícil tenerla, don Lisardo! Cuando yo se lo digo a usted…

Agapito. ¿Vamos a tolerá nosotros que a este hombre…?

Poncio. ¡Un hombre que lleva en la casa media vida!…

Mateo. ¿Y el cepillo que a mí me ha tirado?

Poncio. ¿Y mi puntapié?

Agapito. ¡Vamos, hombre! ¡Somos unos borregos si no nos plantamos!

Lisardo. Calma, calma.

En este sentido de rebelión hablan todos unos instantes a un tiempo. El tumulto se corta repentinamente al aparecer por la puerta de la izquierda don Félix. Viene de bata, con cara de vinagre, descompuesto el peinado y como decidido a adoptar graves resoluciones.

Don Félix. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Bonito espectáculo! ¡Así anda la casa! ¡Todos aquí en vez de estar cada uno en su obligación! ¡Y por contera, hablando mal de quien les paga! ¡Conspirando!

Beltrán. ¡No, señor!

Don Félix. ¡Sí, señor!

Lisardo. ¡No, señor!

Don Félix. ¡Sí, señor!

Lisardo. Óigame usted a mí un momento, mi querido don Félix… Aplaque usted su cólera…

Don Félix. ¡No oigo una palabra, ni tengo nada que aplacar! ¡Ha rebosado mi paciencia! ¡Estoy ya harto de deslealtades y de traiciones!

Lisardo. ¿De traiciones? Mire usted lo que dice, don Félix.

Don Félix. ¡De traiciones!

Lisardo. ¿Insiste usted en ello? ¿Quién es aquí el traidor?

Don Félix. *Encarándosele, airado y lívido.* ¡Vamos a que sea usted el primero!

Lisardo. ¿Eh?

Don Félix. ¡El mayor de todos!

Lisardo. Usted no es dueño de sí en este instante…

Don Félix. ¡Sí lo soy!

Lisardo. Usted va a retirar esas palabras.

Don Félix. ¡No retiro una coma!

Lisardo. ¡Está usted ofuscado!

Don Félix. ¡Naranjas de la China!

Lisardo. Está usted ofuscado, y la ofuscación, mi respetado y querido don Félix, viene a ser como una ceguera intelectual; efímera, fugitiva, si se quiere calificar así, pero una ceguera. Ciego está el individuo que…

Don Félix. *Atajándolo.* Mire usted, Lisardo: déjeme de monsergas oratorias. Va usted para político, y tiene la costumbre de ensayar discursos y conferencias con el primero que se topa. Y este discursito de hoy lo va usted a ensayar en la calle.

Lisardo. ¿Cómo? No entiendo. ¿Qué quiere usted decir?

Don Félix. ¡Creo que está bien claro; que no he hablado en japonés! Repito que este discursito de ahora va usted a probarlo en la calle. ¡En la calle! ¡Se va usted a la calle ahora mismo! Y todos estos, que eran su público antes de llegar yo, lo siguen a usted a la calle.

Lisardo. ¿Qué?

Don Félix. ¡A la calle! ¡Todos a la calle en el acto!

Beltrán. ¿Nos despide usted?

Don Félix. ¿Cómo he de decirlo? ¡A la calle!

Lisardo. ¿Y yo con ellos?

Don Félix. ¡Y ellos con usted! ¡A la calle!

Clemente. *Lloroso, afligido.* ¿Yo también, don Félix?

Don Félix. ¡Claro que tú también! ¿Es que te figuras que el besugo al horno de anoche es una atenuante? ¡Todo lo contrario! ¡Ya he perdido dos veces el estómago con tu inventiva culinaria, y lo *he encontrado* por casualidad! ¡La tercera vez no lo pierdo! ¡A la calle!

Agapito. Pero, señorito, ¿usté sabe a lo que se espone con esta despedía?

Don Félix. ¡De memoria! ¿O es que pretendes tú aleccionarme a mí? ¡Pero sé mejor todavía lo que me aguarda de seguir servido por semejante chusma! ¡A la calle! ¡A la calle! ¡Todos a la calle! *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Agapito. Na; que se ha disparao.

Beltrán. Se ha vuelto loco.

Lisardo. Loco. Preciso es que el juicio esté de nuestra parte. Esperemos.

Agapito. ¿Qué dise usté esperá? ¡Yo me voy ahora mismo!

Mateo. ¡Y yo!

Poncio. ¡Y yo!

Agapito. ¡Lo primero en este mundo es tené vergüensa! ¿Qué hase usté,

Bertrán?

Beltrán. Marcharme también con ustedes.

Mateo. ¡Así!

Beltrán. ¡Si yo no robo lo que gano! ¡Si me quiere, si me echa de menos, que me busque! En mi casa estoy. Que me dé una satisfacción.

Mateo. ¡Y a mí otra!

Poncio. ¡Y a mí otra!

Agapito. *A Clemente que gime y solloza desconsolado.* ¡No yore usté más, hombre, que no se le ha muerto a usté nadie! ¿Es que no hay más amo que éste en España? ¡Ya nos yamará! ¡Vámonos tos a la caye, como él ha dicho!

Lisardo. Calma, calma… Yo aconsejo a todos la calma… Conozco a don Félix… Me sé de memoria estos arranques… Calma… mucha calma…

Charlando acaloradamente se marchan todos: por la izquierda del fondo, Clemente y Agapito, y por la derecha, los demás, a quienes en vano intenta apaciguar el secretario.

Don Félix. *Volviendo por donde se marchó.* ¡Me van a brear! ¡Me van a brear! Estos bribones me van a brear. Sí; porque ahora tienen medios de hacerme sudar tinta, gracias a Dios… y a los Jurados mixtos y *expresos*. ¡Me van a brear! Pero no es para mí el disimulo, y me indigné ante el cónclave… presidido por mi secretario, el cabecilla, el que siempre los disculpa de todo… les cubre las faltas… ¡Traidorzuelo! *Saca de un bolsillo de la bata el anónimo que le han puesto y lo relee tragando bilis.* «Félix, baja de la higuera, hijo mío». ¡Que baje de la higuera! ¡Luego se me supone en ella! «¡Paquita López te la pega!». ¡Ay! «Y te la pega con tu secretario, entre otros». *Estrujando el papel.* No sé lo que me irrita más: si los otros… o el secretario. Ello es que ando en lenguas; que soy objeto de chacota entre mis amigos… Ahora me doy cuenta de aquel toquecito de clarín, la otra tarde en el Círculo… Calma, calma… como dice el hijo… de su mamaíta… Calma. Vamos a enterarnos con calma de toda la verdad. Busquemos pruebas de la villanía. *Suena el timbre del teléfono.* ¡No estoy! *Sigue sonando.* ¡He salido! ¡No estoy para nadie! *El timbre no lo deja.* ¡Vaya! *Va, hecho un basilisco, al aparato y se pone a hablar con muy mal modo.* ¡Estas conquistas modernas también fastidian un poquito! ¿Quién es? ¿Quién es? —¿Beltrán? ¿Mi mayordomo? ¡No está en Madrid! —¡Lo he mandado a Trillo, a tomar las aguas! —¿Eh? ¿Mateo? ¿El ayuda de cámara? ¡Ése está en La Toja! —¡Sí! ¡Le han salido unos granos!… —¿El cocinero? ¡El cocinero está en Archena!… —¡Reuma en los dedos:

de sisarme! —¡Nada, no se moleste: toda la servidumbre se ha ido a baños! —¿Que quién soy yo? ¡Ay, qué gracia! ¡El amo! —¿Que se alegra usted? —¿Sí, verdad? —¡Jajay, qué risa! ¿Una cuenta del coche? Pues mándela mañana: ¡yo salgo esta tarde para Marmolejo! *Cuelga el teléfono.* ¡Una cuenta ahora!… ¡Otro embrollo del ladrón de Agapito! ¡Seguro! ¡Bien despedidos están todos! ¡Cueste lo que cueste! *Pasea muy excitado, en silencio.* Y me he quedado solo en la casa. Hay que proceder en consecuencia. Y lo primero es afeitarme. Afeitado se discurre mejor. *Va al teléfono.* Las conquistas modernas también sirven de cuando en cuando. *Llama.* ¿Es el Círculo? —Aquí el socio don Félix Holgado. —¿Eh? ¿Se ríe? Me parece que se ha reído. *Volviendo a hablar, con voz muy grave.* Don Félix Holgado y Risueño. ¿Me oye? —Dígale al maestro peluquero que mande a casa inmediatamente a un oficial, para afeitarme. —En seguida, sí. Pero que no venga ése que habla siempre de la Rusia soviética, porque tengo los nervios de punta. —¿Entendido? Uno que hable poco. —Gracias. *Deja el aparato. Se encamina tras ligera vacilación hacia la izquierda, y de pronto suena otra vez el timbre del teléfono y vuelve a él.* ¡Diablo! ¿Me dejarán en paz? Tienen de agrio y de dulce las conquistas modernas. *Al aparato.* ¿Quién es? *Con una sacudida.* ¿Paquita? ¿Tú? —¿Ah, no? —Usted perdone. Es una voz tan semejante… —Usted perdone. *Para sí.* (Estoy obsesionado). Diga usted, señora. —¿Señorita? —Mejor. Diga usted. —¿Un asunto urgente? —¿Urgentísimo? ¡Caramba! —¿Habla usted desde la casa de enfrente? ¿Desde la portería? —¡Ajá! —¿Que está usted enterada de todo? —¿De *todo*? *Infla los carrillos y se rasca la frente.* —¿Y quiere usted verme sin pérdida de tiempo? —Ahora no estoy presentable, señorita. —¿Que no le importa? ¡Pues venga usted si ello es tan urgente! —La espero, sí. —A sus pies. *Deja el teléfono.* La voz es preciosa. Ésta va a ser alguna parientilla de Paquita, que viene a sonsacarme. O a dorarme la pildora. Me arreglaré un poquillo. Hablo solo. No cabe duda en esto: hablo solo. *Y se entra por la puerta de la izquierda.*

Por el fondo del mismo lado vuelven poco después Agapito y Clemente, ya en traje de calle.

Agapito. ¿Se emperra usté en desirle condiós?

Clemente. *Afligido.* Sí.

Agapito. Es usté más cumplío que un luto. Después de la forma como nos ha echao… ¡No merese más que vorverle la esparda!

Clemente. Vete tú así, si quieres. Yo me despido como debo.

Agapito. ¡Pero no se me ablande usté! ¡Hay que dejarlo solo a vé si escarmienta! Y luego, cuando acuda a pedí perdón, ponerle condisiones. Y si se tiene firme y no nos quiere más, sacarle los hígados. ¡Ya se acabaron los señores

feudales!

Clemente. Bueno, voy a verlo.

Agapito. ¿A verlo? ¡Quieto aquí!

Clemente. ¿Cómo?

Agapito. ¡Quieto aquí! ¡Que ér venga! *Toca un timbre.*

Clemente. ¡Muchacho!

Agapito. ¡Que ér venga! Aquí no hay ahora criaos ni señoritos: aquí somos tres siudadanos. *Vuelve a tocar el timbre.* Tres particulares. Que aprenda don Félis.

Un tanto sorprendido sale éste.

Don Félix. ¿Qué es eso? ¿Quién llama? ¿Todavía estáis aquí? ¿Quién ha tocado el timbre?

Agapito. Yo.

Don Félix. ¿Tú, eh?

Agapito. Sí. Me paresió mejó que tocá las parmas.

Don Félix. Eres un fresco.

Agapito. Como nasío en las marismas de Huerva.

Don Félix. *Conteniéndose y con ironía.* Y… ¿qué se le ofrece al señorito?

Agapito. Eso, tampoco. Aquí Clemente, que es un infelís, y quié desirle a usté condiós.

Don Félix. Pues yo no estoy para cumplidos. Por la puerta se va a la calle.

Agapito. ¿Lo ve usté, borregaso?

Clemente. Pero ¿me deja usted ir de esta manera de su casa?

Don Félix. ¡Sí!

Clemente. ¿De su casa, donde me he hecho viejo?

Don Félix. ¡Sí!

Clemente. Pero ¿por qué? ¡Una razón siquiera… aparte del besugo de anoche!

Don Félix. ¡Pues te dejo ir porque de mi despensa desaparecen las botellas de coñac como si fueran de agua!… *Clemente solloza.* ¡Y te las bebes tú, que estás borracho todo el día! *Nuevo sollozo de Clemente.* ¡Y te da la llorona, que es lo peor de todo! ¡Conque basta!

Agapito. ¿Lo está usté viendo? ¡Vámonos ya, hombre!

Clemente. *Hecho un mar de lágrimas.* Vámonos. Buenos días.

Agapito. Buenos días.

Don Félix. Buenos días.

Clemente. Agapito, yo soy un hombre justo: en eso del coñac que me ha dicho es en lo único que lleva razón. *Hipando y sollozando, y del brazo de su compañero, se va por la derecha con él. Un instante después reaparece solo.* Señor.

Don Félix. ¿Otra?

Clemente. Dispense el señor. Ahora que no está aquí Agapito. Dígame. ¿El señor no se ha desayunado?

Don Félix. No.

Clemente. ¿Quiere que le haga el chocolate?

Don Félix. ¡No!

Clemente. ¿Quiere que le mande uno del café de ahí junto?

Don Félix. ¡No! Bueno, sí: mándamelo. Haz algo de provecho.

Clemente. *Compungidísimo.* Gracias, señor. ¿A la francesa?

Don Félix. ¡Como te dé la gana!

Clemente. ¿A la española?

Don Félix. ¡Hispano-francés! ¡Vete ya!

Clemente. Siempre a su servicio. *El sollozo que da al retirarse mueve hasta los cuadros.*

Don Félix. ¡Qué pelma es el hombre! *Se sienta y hojea una revista de actualidades.* ¡Que si quieres! ¡Cualquiera mira nada de esto! Ni veo los monos, ni veo las letras… *Suelta la revista.* ¡Ese bribón!… ¡Esa tunanta!…

De improviso se le aparece por la derecha del fondo Marisa Lobo, bellísima muchacha, gentil, pizpireta, risueña, rebosante de salud y optimismo. Viene dispuesta a conseguir una gran victoria para su causa feminista.

Marisa. Aquí me tiene usted, don Félix.

Don Félix. ¿Quién? *Volviéndose.* ¡Ah! Señorita… ¿Es usted quizá…?

Marisa. Justo. Soy la muchacha que ha hablado con usted desde la portería de enfrente. Llegué cuando salían el cocinero y el chofer… Por eso he entrado sin ruido.

Don Félix. Tengo mucho gusto… Hágame el favor de sentarse.

Marisa. Sí, señor.

Don Félix. La voz es divina, pero la cara…

Marisa. Deje usted las galanterías; se lo suplico. Vamos a tratar de un asunto que las rechaza enteramente. Vamos a hablar como si fuéramos dos hombres; dos amigos.

Don Félix. A mí me va a costar mucho trabajo.

Marisa. Dos camaradas. Haga usted un esfuerzo, que le conviene.

Don Félix. Lo haré. Me dijo usted antes que estaba enterada de todo.

Marisa. De todo.

Don Félix. Y *todo*… ¿qué es?

Marisa. Lo ocurrido esta mañana con su servidumbre.

Don Félix. ¡Ya! ¿Nada más que eso?

Marisa. Para mi objeto nada más. Y permítame usted que le diga que este zipizape de hoy se lo ha buscado usted.

Don Félix. Sin duda.

Marisa. Así opina toda la calle.

Don Félix. ¡Ah! ¿La calle ya…?

Marisa. Hierve en comentarios. Se lo ha buscado usted, por melón.

Don Félix. ¡Señorita!

Marisa. De camarada a camarada: por melón. Habla el camarada.

Don Félix. ¡Camarada!

Marisa. ¿A quién más que a usted se le ocurre no tener nunca ni siquiera una mujer a su servicio?

Don Félix. Es cierto. Pero las mujeres las he preferido siempre fuera de casa.

Marisa. ¡Pues aquí tiene usted ya las deplorables consecuencias!

Don Félix. Sí, pero… ¡He visto tantos casos en que el solterón acaba por casarse con la criada… que he querido huir de ese peligro!

Marisa. Para caer en otro.

Don Félix. No diré que no.

Marisa. Pues ya es indispensable, si quiere usted vivir tranquilo y a gusto, que dé una vuelta radical a sus ideas.

Don Félix. ¿Y eso?

Marisa. Convénzase, don Félix: son los tiempos, que mandan: son las evoluciones sociales que se imponen y barren normas y prejuicios. Ya es un hecho inconcuso: ¡el hombre está llamado a desaparecer!

Don Félix. ¡Camarada!

Marisa. Como usted lo oye.

Don Félix. Y ¿por qué razón, camaradita?

Marisa. ¡Porque no sirve para nada!

Don Félix. ¿Para nada?

Marisa. ¡Para nada! ¿Para qué sirve el hombre?

Don Félix. *Sin dar del todo con la respuesta* ¡Psché!…

Marisa. ¿Para qué sirve usted?

Don Félix. ¡Para que me tomen el pelo los criados!

Marisa. Usted ¿qué es en el mundo? ¿Se ocupa usted en algo útil? ¿Qué es usted?

Don Félix. *Perplejo.* Sí… en rigor… yo no soy más que un señorito ocioso, que vive de sus rentas… En rigor sirvo para poco.

Marisa. ¡Para nada!

Don Félix. ¡Bueno, para nada; como usted quiera!

Marisa. Y no es usted solo, don Félix: consuélese usted. El hombre, en general, ha fracasado en todo absolutamente.

Don Félix. ¿En todo?

Marisa. ¡En todo! ¿En qué no ha fracasado?

Don Félix. ¡Psché!… ¿Qué quiere usted que yo le cuente?… El mundo rueda; el mundo sigue… ¿Usted tiene hermanitas?

Marisa. Cuatro.

Don Félix. ¿Se parecen a usted?

Marisa. Bastante.

Don Félix. ¡Pues no me diga usted que ha fracasado su papá!

Marisa. ¡Ja, ja, ja! Me ha hecho usted reír, y no es caso de risa.

Don Félix. ¡Ni tampoco de llanto!

Marisa. Ello es que, siga o no siga, el mundo va cada vez peor… Y eso es por culpa de los hombres, que hasta ahora lo han regido a sus anchas. Por culpa de sus pasiones, de su limitación intelectual, de sus leyes estrechas, ridículas… ¡Por culpa de los hombres!

Don Félix. ¡Bueno, bueno! Perdón por la parte que me haya tocado.

Marisa. Y ahora, felizmente, fracasados ellos, el destino del mundo viene a nuestras manos; a las manos de las mujeres.

Don Félix. ¡Benditas manos! ¡Hasta cuando dan bofetadas!

Marisa. Benditas, sí. «La mano que mece la cuna, mueve el mundo». Y en esta hora, más. Es ley de gravedad de los siglos; es designio providencial. Si no es usted laico.

Don Félix. Hoy creo en Dios.

Marisa. Mi teoría es ésta.

Don Félix. A ver.

Marisa. Todo lo que sepa hacer el hombre lo hace la mujer mejor que él.

Don Félix. ¿Todo completamente?

Marisa. ¡Todo!

Don Félix. Permítame usted… ¡Eso es muy absoluto!

Marisa. ¡Pues es así!

Don Félix. Yo creo que algo —concédame usted esto— algo lo hará mejor que la mujer el hombre, algo, mejor que el hombre, ella, y algo, también… los dos igual.

Marisa. ¡Nada! ¡No le dé usted vueltas! ¡En todo lo aventajará siempre la

mujer! En la cátedra, en la clínica, en el foro, en la calle, en la casa… ¡Todo lo hará mejor! ¡Desde guiar un avión hasta limpiar unos zapatitos! Pues ¿por qué, si no, el hombre, que adivinaba esto, nos ha tenido hasta aquí como prisioneras? ¿Por qué? ¡Pero ya ha sonado la hora de la liberación! ¡El tiempo dirá bien pronto lo que somos! Deje usted que pasen cuatro o cinco generaciones sin hombres…

Don Félix. ¿Eh?

Marisa. Sin hombres que gobiernen, que legislen, que manden… ¡Otra cosa, no! ¡Si a pesar de ser tan inútiles… hemos de desearlos y de tolerarlos por compañeros!…

Don Félix. Algo tendrá el agua…

En este momento, y por la derecha del fondo, sale doña Concha, seguida de un camarero que trae un servicio de chocolate. Doña Concha es una cincuentona limpia y agradable. Viene con abriguito y velo.

Doña Concha. Dispense el señor.

Don Félix. ¿Eh?

Marisa. *Presentándola.* Mi tía Concha, que me ha acompañado y se quedó esperándome en el recibimiento.

Don Félix. Muy señora mía. ¿Por qué no entró usted?

Doña Concha. Por si alguien llegaba a la puerta. Como está usted solo…

Don Félix. Es una previsión que agradezco.

Marisa. ¿Ve usted? ¿A qué hombre se le hubiera ocurrido una cosa así?

Don Félix. ¡A ninguno! A mí no, por lo menos.

Doña Concha. Y acaba de llegar este camarero con un servicio de chocolate…

Camarero. Sí, señor: Clemente me encargó de subirlo. Ni francés ni español recomendó que fuera.

Don Félix. Eso es: de Andorra. Déjalo ahí.

Camarero. *Poniéndolo sobre una mesita.* Luego volveré por el servicio.

Don Félix. Perfectamente.

Camarero. Buenos días, señor. *Para sí.* (¡Vaya si vive bien el tío!). *Se retira.*

Marisa. Esta señora, doña Concha Lobo, es hermana de mi padre, que en gloria esté. Mi padre, don Alejandro Lobo, funcionario de Aduanas, murió hace cuatro años…

Doña Concha. ¡Cuatro años ya! ¡Y dejó cinco huérfanas!

Marisa. ¡Cinco Lobitos! Los cinco Lobitos nos llaman.

Doña Concha. Y a mí la Loba. Yo vivo con estas criaturas.

Marisa. Usted sabrá aquello que se canta a los niños:

Cinco lobitos tenía una loba…

Don Félix. Sí, sí.

Doña Concha. Pero antes, en mi juventud, cuando se moría un padre de familia, decíamos todos: «¡Se ha llevado la llave de la despensa!». Y ahora, cada una de estas niñas tiene un llavín en el bolsillo.

Marisa. Es verdad. Antes resolvían las huérfanas empeñarlo primero todo y morirse luego de hambre. Y ahora decimos: «¡Vamos a trabajar!». ¿Hay diferencia?

Don Félix. Evidente.

Doña Concha. *Con decisión, después de examinar el chocolate.* Y, vamos a ver: ¿usted va a tener el valor de tomarse esta porquería?

Don Félix. ¿Eh?

Doña Concha. ¡Esto no es chocolate; esto es almagra! ¡Indigestión segura, don Félix! Pues ¿y la manteca? ¡Huela usted la manteca!

Don Félix. Sí que tiene un tufillo…

Doña Concha. ¿Usted sabe cómo la dan en los cafés?

Don Félix. Me lo figuro.

Doña Concha. Pues ponen veinte o treinta tostadas en fila, y con una brocha… tras, tras, tras… Un asco. No se coma usted esto.

Don Félix. No, no; con ese aperitivo…

Doña Concha. ¿Me deja usted que yo le haga un chocolate a mi modo?

Don Félix. ¿Usted, señora?

Marisa. Déjela usted: verá qué manjar. ¡Ni en el Vaticano!

Doña Concha. ¿Me deja?

Don Félix. Señora…

Doña Concha. Sin cumplidos: sí me deja usted. Marisa, mientras, lo entretendrá con su palique. Me llevo esta pócima, para que se le olvide a usted cuanto antes.

Don Félix. ¿Sabe usted ir a la cocina?

Doña Concha. ¡Digo! Su cocinero, Clemente, aprovechando las ausencias de usted, ¡solía dar unas comilonas!… ¡Las bodas de Camacho! Y yo era siempre una invitada. Tiene el hombre cierta debilidad por mí.

Don Félix. ¡Caramba! No sabía nada de eso.

Marisa. Pues ya lo sabe usted.

Doña Concha. Y otras cosas más de que se irá enterando. ¡Bien lo clavaba a usted su gente! ¡Bien! Con permiso. *Se va por la izquierda del fondo con el servicio de chocolate.*

Don Félix. Es simpaticona su tía de usted.

Marisa. No es antipática.

Don Félix. Y ¿cómo la llamo a usted: Marisa?

Marisa. Marisa, sí, señor. Abreviatura de María Luisa. Estamos en la época de abreviarlo todo.

Don Félix. En efecto.

Marisa. Por consiguiente, vamos a abreviar mi visita.

Don Félix. Eso no hay para qué. Al contrario.

Marisa. ¿Usted habrá supuesto ya el objeto de ella?

Don Félix. *Titubeando.* Francamente… no.

Marisa. ¿No?

Don Félix. Soy muy torpe, Marisa. Hombre, al fin y al cabo. Melón me llamó usted a poco de llegar.

Marisa. ¡Ja, ja, ja! Le prevengo a usted que al calificativo de melón le doy yo siempre un matiz cariñoso, dulce.

Don Félix. ¡De Villaconejos! Me alegro mucho.

Marisa. Pues el objeto de mi visita es éste. ¿Quiere usted sustituir en un decir Jesús a los servidores despedidos? Más claro, teniendo en cuenta la torpeza de usted: ¿quiere usted que los cinco Lobitos nos encarguemos de cubrir las vacantes?

Don Félix. ¿Eh?

Marisa. ¿De regentar su casa?

Don Félix. ¡Por Dios!… ¡Qué más quisiera!… ¡No va a poder ser, Marisita! ¡Usted no se hace cargo!…

Marisa. De todo, don Félix. Vamos a tratarlo, si no.

Don Félix. ¡Lo trataremos!… Hablar con usted, aunque sea de imposibles, siempre es cosa grata.

Marisa. ¿De imposibles, verdad? ¡Qué emperrado está usted en su papel de hombre!

Don Félix. Muy emperrado; mucho. ¡Es lógico! ¡Emperrado desde que nací!

Marisa. Vamos a ver. ¿Le serviría yo a usted para sustituir a su

administrador y secretario?

Don Félix. ¿Usted?

Marisa. Yo. Debo advertirle que soy perito mercantil.

Don Félix. ¡Ah! ¿Es usted perita?

Marisa. Perito.

Don Félix. Perita me parece a mí.

Marisa. Pues soy perito. ¿Le serviría yo?

Don Félix. Para administrarme, desde luego. Pero ¿y la secretaría, Marisa?

Marisa. La secretaría, ¿qué?

Don Félix. La correspondencia de un solterón no toda es agua clara…

Marisa. ¡Oh! ¡Don Félix! ¡No sea usted tan cándido! ¡Las muchachas del día estamos al cabo de la calle! ¡De vuelta ya de todo!

Don Félix. ¿Ah, sí?

Marisa. ¡Sí! Aquella novia de Campoamor que preguntaba: «¿Para qué sirve un nido?» ¡se ha quedado ya tan antigua!…

Don Félix. Ciertamente.

Marisa. Porque hoy es menester haberse caído del nido para preguntar eso.

Don Félix. ¡Ja, ja, ja!

Marisa. Adelante. Yo puedo entrar aquí en lugar de Lisardo Ferrera.

Don Félix. ¿Lo conoce usted?

Marisa. Soy algo amiga de Maruchi: su hermana. Estudiamos juntas.

Don Félix. Bien: convencido. Puede usted sustituir a Lisardo. Pero ¿y en lugar de Agapito; del chofer?

Marisa. ¡Ay, qué tonto!

Don Félix. ¿Ahora tonto?

Marisa. ¿Usted ignora que Yayata es mecánico?

Don Félix. ¿Yayata?

Marisa. Yayata: la segunda de nosotras. Es mecánico.

Don Félix. ¿Mecánica?

Marisa. ¡Mecánico! ¡Tiene su *carnet*! ¿Y usted sabe cómo conduce un coche Yayata? ¿Y usted sabe cómo le tendría el suyo? ¡Crujiendo de limpio! ¿Y usted sabe el dinero que se iba a ahorrar?

Don Félix. Eso es lo que veo más claro de todo. En fin, conformes también en lo de Yayata. Pero vamos a un punto que es muy delicado; delicadísimo. Mateo, mi ayuda de cámara…

Marisa. Ya sé adonde va usted.

Don Félix. Me daba duchas… me daba friegas… me ponía inyecciones…

Marisa. ¡Magnífico! ¡Pintado el puesto para Olga!

Don Félix. ¿Para Olga?

Marisa. Mi hermana la mayor, que es viuda.

Don Félix. ¿Viuda?

Marisa. Dos veces. ¡Y ésa sí que no se asusta de nada que usted vea!…

Don Félix. ¡No se trata de lo que yo vea!

Marisa. Ya, ya. ¡Pintado el puesto para Olga! ¡Pintado!

Don Félix. De todos modos… Marisita…

Marisa. Además, don Félix, después de ver en las playas y en las piscinas el espectáculo de los hombres en cueros vivos, luciendo toda su fealdad, ¿cree usted que ya nada puede sorprender a las viudas… ni aun a las solteras? Aquello que se

llamaba pudor hoy no tiene sentido. Olga está curada de espanto: esté usted seguro.

Don Félix. Sí, sí; por lo que usted me dice…

Marisa. Por otra parte, ha corrido mundo; ha sido empresario; ha sido concejal…

Don Félix. ¿Concejal?

Marisa. Concejal.

Don Félix. Será concejala. Como generala, como mariscala, como oficiala…

Marisa. No, señor: concejal. Para los cargos hemos resuelto que rija la terminación masculina. Es una piadosa concesión a los pobres hombres al arrebatarles su dominio. Y ya le digo a usted: mi hermana Olga ha sido concejal, ha tenido un salón de té, una sala de armas; ha dirigido un periódico feminista; ha estado en África de enfermera…

Don Félix. ¿De enfermero, será?

Marisa. Eso es: de enfermero. Me he confundido. Total: la horma del zapato de usted, don Félix.

Don Félix. *Abrumado.* ¿La horma de mi zapato?… El caso es que yo no sé si me acostumbraría a esa horma… ¿Es bonita también?

Marisa. ¡Cuando se ha casado dos veces!… No encuentra usted otra. ¡Tiene un pulso para las inyecciones!…

Don Félix. Bien, bien… Convence usted a un poste, señorita.

Marisa. Y Chatina se podría encargar del manejo de la casa —que no la hay más dispuesta para esos menesteres—, y Lela, la pequeña, estaría al cuidado de la puerta, acudiría al teléfono, limpiaría el polvo… etcétera, etcétera. Y la tía Concha, en la cocina. ¡Que ahora empezaría usted a comer bien! ¿Hace?

Don Félix. ¡Psché!… Es tentador, es tentador…

Marisa. Pruebe usted. Sin compromiso alguno, don Félix… Pruebe usted una semana; dos… Y si no le resulta bien la prueba, nos despide… y tan amigotitos. ¿Qué? ¿Acepta o no acepta? En la cuestión de sueldos no habríamos de

reñir. Siempre seríamos mucho más baratas que esos bigardones que se han ido. Y siempre estaríamos más atentas a nuestro deber. Pregunte usted en oficinas, en Bancos y en talleres por el trabajo femenino. Decídase. No lo piense más.

Don Félix. Me decido: acepto. Por convencimiento y por gratitud. Estaba hoy de un humor endiablado y usted ha venido a serenarme. Y a ponerme contento además.

Marisa. *Estrechándole las manos con efusión.* ¡Gracias, don Félix!

Don Félix. Vuelva usted por aquí a la tarde con los otros cuatro Lobitos.

Marisa. ¡Encantada! ¡Encantada es poco! ¡Vibrando de alegría!

Vuelve también oportunamente doña Concha, con un servicio de chocolate brillante y primoroso, que contrasta vivamente con el anterior.

Doña Concha. El chocolate.

Don Félix. ¿Ya?

Doña Concha. Ya. ¿Qué? ¿Es distinto del otro? ¿Es distinto?

Don Félix. ¡Parece de otro mundo!

Doña Concha. Huela usted, huela usted.

Don Félix. Ya, ya huelo… y ya veo.

Doña Concha. Déjelo reposar un poquito antes de tomarlo.

Don Félix. Así lo haré.

Doña Concha. Y en el recibimiento estoy.

Marisa. Nos iremos ya.

Doña Concha. Bueno: ahí te aguardo. Adiós, don Félix. Buen provechito.

Don Félix. Agradecido, doña Concha. Ésta es su casa.

Doña Concha. ¡Hágamelo usted bueno! Adiós. *Se va por la derecha del fondo.*

Marisa. *Despidiéndose.* Don Félix… adiós. Hasta la tarde. ¡Yo quisiera que nos quedáramos aquí para toda la vida!

Don Félix. *Escamadillo.* ¡Je!… Y yo; yo también.

Marisa. A su servicio, digo.

Don Félix. ¡Es claro!

Marisa. Adiós. No; nada de acompañarme. Desayúnese usted tranquilamente. Ya es usted el jefe y yo la secretaria.

Don Félix. ¡La secretario!

Marisa. ¡Como usted quiera!

Don Félix. ¡Pues entonces, la secretaria! ¡Manda el femenino!

Marisa. ¡Ja, ja, ja! Hasta luego. *Vase tras doña Concha.*

Don Félix. Hasta luego. Fama de extravagante tengo, ¡pero lo que es ahora! … ¡Cinco Lobitos en mi casa!

Y se sienta complacido a saborear el chocolate.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En el mismo sitio que el acto anterior. Han pasado ocho días. Flores y plantas que no había revelan el gobierno de las mujeres en la casa.

Es por la mañana también.

La escena está sola. Suena el timbre del teléfono. Sale por la puerta de la derecha Lela, uno de los Lobitos, peripuesta y alegre, y va a ver quién llama tan pronto.

Lela. *Al aparato.* ¿Quién es? —Diga. —Sí, señor: aquí. —No está en casa. —¿Qué quiere usted? Hoy ha salido muy temprano. —No será su costumbre, pero hoy la ha alterado el señor. —¡Se levanta cuando se le antoja! —¿Quién le digo que lo ha llamado? —¿Que no lo conoce? ¡Me parece que sí; que lo conoce! ¡Y yo también! *Deja el aparato.*

Viene por la puerta de la izquierda Olga, con bata blanca, un paño, blanco también, al brazo, y en la mano un pulverizador.

Olga. ¿Quién era?

Lela. ¡Uno con una voz de sablista… que no hace falta la televisión! El número tres. Ya los voy calando. ¡Van a llevar todos buen aire!

Olga. Bien, Lela, bien. Hay que cuidar mucho a este hombre; hay que limpiarle la vida de molestias; hay que hacerlo vivir como si soñara, como si habitara en una nube rosa y no en la tierra.

Lela. ¡Naturalmente! Ya que Dios ha abierto este camino ante nosotras… ¡Un hallazgo!

Olga. ¡Oh! En buen hora vino Marisa a ver a don Félix. Es preciso afirmar esta posición. ¡Qué hombre más delicado y más generoso!…

Lela. ¡Con qué agrado manda! Digo, no manda; pide.

Olga. Parece muy contento hasta ahora. En ocho días de prueba…

Lela. ¿Lo has afeitado ya?

Olga. Lo he afeitado, le he puesto la inyección, le he dado las friegas, y al descuido le he hecho cosquillas en los pies, que le gusta mucho.

Lela. ¿Sí, eh?

Olga. ¡Mucho! ¡Chica, qué espalda tiene! Es una escultura. Y ¡cómo se ríe con mis cosas, mientras lo afeito! Hoy le he hablado de mis aventuras por África, de mis matrimonios, de lo golfo que era mi primer marido; de lo sinvergüenza que era el segundo… ¡de que Dios me libre del tercero!… ¡Abajo los hombres! —le grito frenética—. Y él se tuerce de risa. En fin, ayer, cuando terminé de afeitarlo, me dijo: ¿quiere usted afeitarme otra vez?

Lela. ¡Ja, ja, ja!

Olga. Dice que le estoy poniendo la cara de raso.

Lela. Calla.

Olga. ¿Qué?

Lela. Que han llamado y deben de ser ellos.

Olga. ¿Quiénes?

Lela. ¿No sabes? Sus criados, que vienen a parlamentar.

Olga. ¡Están frescos! Voy a prevenirlo. *Éntrase por la puerta por donde salió.* ¡A cualquier hora vamos a dejarles el puesto! Sí, sí; quien fué a Sevilla…

Lela. La mejor sonrisa para recibir a los caídos. *Se va por el fondo hacia la derecha.*

Momentos después aparecen con ella Lisardo, en primer término, y luego Beltrán, Agapito, Poncio, Mateo y Clemente. Vienen éstos endomingados, por el bien parecer, pero mohinos. Lela les habla con una afable superioridad irritante.

Lisardo. ¿Quiere usted avisarle a don Félix que estamos aquí?

Lela. Inmediatamente. Es mi obligación en este caso. Siéntense, si gustan. Creo que los aguarda el señor.

Lisardo. Sí: le escribí yo pidiéndole audiencia.

Lela. En seguida saldrá. *Vase por la puerta de la izquierda, contoneándose.*

Lisardo. Bueno, amigos: no es esto lo acordado. ¿Qué caras son ésas? Venimos con bandera blanca. Hay que poner un gesto agradable hasta última hora. Traemos el presentimiento y la esperanza del triunfo. No anticipemos en nuestro semblante la acritud de una derrota que juzgamos muy lejos.

Beltrán. Yo no sé si tendré paciencia, don Lisardo.

Agapito. Ni yo tampoco. Pa mí no son estos papeles.

Lisardo. Pues hay que acomodarse a las circunstancias, Agapito.

Mateo. Dice bien don Lisardo.

Poncio. Dice bien.

Clemente. *Enternecido, como de costumbre.* ¡Sí, hombre, sí! ¡Que volvamos todos a la casa! ¡Sea como sea! ¡A mí no me importa pedirlo de rodillas!

Mateo. ¡No será la primera vez que entremos por uvas! ¡Que haya grescas y paces!

Lisardo. Sobre todo, amigos: yo vuelvo a mi argumento Aquiles. Pedir trabajo ni abochorna, ni mancha, ni humilla, y mucho menos a quienes han recibido de quien lo puede dar, en otras ocasiones, beneficios y halagos, que obligan a reconocimiento. El trabajo, por otra parte, no es ya que dignifica al hombre; es que es consustancial del hombre moderno; es que viene a ser como una maldición o una bendición —más bien esto último— que recibimos en la cuna…

Beltrán. *Para su capote.* (¡Ya tomó carrerilla!).

Lisardo. La rebeldía, pues, contra el trabajo, contra la obligación, contra el deber, sean cualesquiera las pretendidas razones en que nos apoyemos…

Mateo. ¡Schsss! ¡Que viene ahí don Félix!

Lisardo. ¡Ah!

Silencio de todos, que adoptan una respetuosa actitud. Don Félix, de bata, aparece por la puerta de la izquierda, y, sin hacerles caso aún, mira hacia dentro y dice para sí, con acento de burla: ***Don Félix****. Es indudable: la mujer barbera habla todavía más que el*

hombre barbero. Volviéndose a ellos. ¡Hola, queridos! ¡Buenos días!

Lisardo. Buenos días, don Félix.

Agapito. Buenos días.

Todos repiten el saludo, con gestos de fingida complacencia, a excepción de Clemente, que lo recibe compungido.

Don Félix. ¿Llorando ya, Clemente?

Clemente. ¡Desde que pisé el dintel de la puerta!

Don Félix. Mira: el dintel de la puerta es la parte alta.

Lisardo. *Adulándolo.* ¡Exacto!

Don Félix. No lo puedes pisar… ¡por mucho coñac que hayas bebido!

Risas, también aduladoras. Clemente hipa por toda contestación.

Lisardo. *En la brecha.* Del mejor ingenio, don Félix.

Don Félix. ¿Sí, verdad? *Se arrellana en una butaca, enciende un pitillo y dice entonces:* Bueno: ya escucho. ¿Qué hay de nuevo?

Lisardo. *A los criados.* ¿Me dejan ustedes que yo le exponga brevemente al señor…?

Beltrán. ¿Quién mejor que usted, don Lisardo? Pero brevemente.

Lisardo. En cuatro palabras.

Don Félix. ¿En cuatro palabras? ¡Usted no se conoce!

Lisardo. Acepto el alfilerazo, don Félix. Es con punta de oro. Y vamos a las palabras esas. Cuatro, repito. ¡Ejem! Hemos dejado transcurrir una semana o poco más, después de nuestra salida de esta honorable casa, apaciguando nuestros sentimientos y deseando que los de usted recobrasen asimismo en tanto el perdido equilibrio.

Mateo. Muy bien.

Lisardo. ¿Lo hemos logrado? Por nuestra parte, sí. Hecho un sereno examen de conciencia, no alcanzamos a comprender, aunque sí a disculpar, el fundamento de la repulsa de que por parte de usted hemos sido objeto. ¿Por qué se nos despidió de manera tan arbitraria? —no diré arbitraria— ¿tan enojosa? —no diré tampoco enojosa— ¿tan insospechada? Éste es el vocablo. No creemos haberlo merecido.

Beltrán. Justamente.

Lisardo. Y en este singular estado de conciencia…

Don Félix. ¡Ya van más de cuatro palabras, Lisardo!

Lisardo. Permítame usted: termino pronto.

Agapito. (¡Mucha vaselina está gastando!).

Lisardo. En este singular estado de conciencia llega a nosotros, quizá por misteriosa telepatía, que acaso usted se pueda hallar arrepentido —no diré arrepentido— pesaroso —no diré pesaroso siquiera— levemente inquieto…

Don Félix. No siga usted, Lisardo. Adivino el final. Vaya mi respuesta a esa actitud de ustedes, tan finamente expresada por usted. Y vaya, no ya en cuatro palabras, sino en dos. ¡En absoluto!

Lisardo. ¿Qué?

Don Félix. En absoluto estoy inquieto, ni pesaroso, ni arrepentido de lo hecho. ¿Cómo he de estarlo si además me encuentro satisfechísimo de toda mi nueva servidumbre?

Beltrán. ¿Ah, sí?

Don Félix. ¡Satisfechísimo!

Agapito. ¡Ya lo dije yo!

Don Félix. Pues tú acertaste. Empiezo a mirarla como una prolongación de mi familia.

Clemente no puede reprimir un sollozo que es un poema de dolor.

En este momento vuelve Olga por la puerta de la izquierda. Las miradas

cómicamente rencorosas de todos se clavan en ella, como luego en los demás Lobitos que vayan saliendo.

Olga. Don Félix. Con permiso de los señores.

Don Félix. Usted dirá.

Olga. He mandado ya a casa del sastre, para que los planche, los tres pantalones de que me habló usted, y él ha devuelto el frac y los dos trajes de mañana. ¿Le doy una propina al chico?

Don Félix. ¿Cómo no?

Olga. Con permiso. *Se va por la derecha del fondo.*

Don Félix. Anda con Dios, monada.

Mateo. *Entre dientes.* (¡Monada!). ¿Esta monada es la que tiene usted en mi lugar?

Don Félix. Esta misma. La que ahora me afeita, me viste, etcétera, etcétera.

Mateo. ¿La viuda?

Don Félix. Eso es. He cambiado el ayuda de cámara por la viuda de cámara. ¡La elección no es dudosa!

Mateo. ¡Ah! Si también…

Don Félix. No. Cuidado con lo que se habla. Cumple su deber con dignidad completa. ¡Y figúrate la diferencia que va de que sea ella y no tú quien al afeitarme me coja las narices!

Mateo. *Tascando el freno.* Está bien; está bien.

Don Félix. ¡Vaya si está bien! Yo, que sabía ya muchas cosas de las mujeres, hasta estos días ignoraba una muy importante. Ignoraba yo…

Por la izquierda del fondo viene ahora Chatina, digna hermana de sus hermanas, con una factura.

Chatina. Don Félix. *Fingiéndose sorprendida.* ¡Ah! Discúlpeme: está usted ocupado.

Don Félix. No, no: ¿qué hay? Son personas de confianza. ¿Qué hay?

Chatina. Con permiso. ¡Que vienen a cobrar una factura de carbón que me parece un disparate!

Beltrán. *Sin poder contenerse.* ¿Eh?

Chatina. ¡Un disparate!

Don Félix. A ver.

Chatina. Mire.

Don Félix. ¡Atiza!

Chatina. ¡Yo no la pago!

Don Félix. Sí; páguela, páguela. ¿Qué le hemos de hacer? Ya se arreglará eso… y todo.

Chatina. ¡Y tanto como se arreglará! La pagaré… porque usted me lo manda. Pero, a este tenor, ¡se gastaba en esta casa más carbón que se gasta en la Marina española! Con permiso.

Se marcha por donde llegó.

Don Félix. Adiós, pimpollo.

Beltrán. *Como Mateo antes.* (¡Pimpollo!). ¿Con este perdigón sustituye usted a un mayordomo que es la honra de su clase?

Don Félix. ¡Con este perdigón!

Beltrán. ¡Pues yo tengo que decirle a usted y al perdigón, con todos los respetos, que yo también sé hacer economías en el carbón… pero es dejando helada la casa!

Don Félix. El perdigón las hace… y hasta ahora estamos muy calentitos.

Beltrán. ¡Es que si vamos a medir!…

Lisardo. ¡Calma, Beltrán, calma!

Beltrán. ¡No puedo tenerla, don Lisardo! ¿A usted le parece que esa acusación descarada se puede aguantar? ¡Por supuesto, que así va la vida! ¡Todo está de cabeza; todo está cambiado y revuelto! ¡Las mujeres metidas a hombres!… ¡los hombres, a mujeres!…

Don Félix. ¡Ja, ja, ja!

Beltrán. ¡Ríase usted lo que quiera! ¡Éste es el fin del mundo! ¡A mi casa, a enseñar a mis hijos, va un profesor de lenguas que se pinta los labios!

Don Félix. ¿Profesor? ¡Profesora, será!

Beltrán. No, señor: ¡profesor! Digo, ¡qué sé yo lo que es! ¡Bueno anda todo! ¡Bueno! Y usted me perdone.

Lisardo. A ese propósito me aventuro yo a comentar…

Don Félix. Estaba yo en el uso de la palabra, Lisardo. Y decía —cuando apareció ese pimpollo— que aunque tarde, con ocasión de este trastorno he venido a aprender que las mujeres hacen cuanto haya que hacer mejor que los hombres. Son más primorosas, más obedientes, más aplicadas, más finas… no se emborrachan… por ahora… *Clemente siente la puñalada.*

Agapito. Totá, don Félis: que, según usté se espresa, nos ha yegao a los hombres la hora de parmá.

Don Félix. Es posible.

Y a corroborarlo en este caso llega oportunamente por la derecha del fondo Yayata, la «choferita» actual de don Félix. Viene de «mono», vestido varonil que realza sin saber por qué su espléndida belleza femenina, y trae una gamuza en la mano. Agapito la mira entre indignado y admirativo.

Yayata. Perdón, don Félix. Con permiso de la compañía.

Don Félix. ¿Qué hay, Yayata?

Yayata. Si necesita usted el coche hoy por la mañana, puedo darle servicio.

Don Félix. ¿Cómo es eso?

Yayata. No he tenido que llevarlo al taller.

Don Félix. ¿Ah, no?

Yayata. No.

Don Félix. Me alegro, Yayata.

Yayata. Y yo más que usted, porque en el taller se eternizan los coches. Y luego… ¡vaya cuentecitas! Me levanté temprano, lo desmonté, vi que la avería no era nada, la arreglé en dos horas, y ya está el coche listo. ¿A qué hora quiere usted que salgamos?

Don Félix. A la una y media.

Yayata. Pues voy a vestirme, así que antes vea qué le sucede al ascensor, que no funciona. Anoche también arreglé la *radio*: ya sabe usted que no cogía bien a Inglaterra. ¿Manda usted algo más?

Don Félix. Nada más, clavellina. Eres una alhaja.

Yayata. Hasta después, entonces. Buenos días.

Se marcha por la izquierda del fondo.

Agapito. ¡Vaya competiora!

Don Félix. ¿Eh, Agapito? ¿Qué tal?

Agapito. ¡Vaya competiora!

Clemente. *Aparte a Poncio y a Mateo.* (¡Monada… pimpollo… clavellina!… ¡Estamos perdidos!).

Y asoma, para fin y remate, cruzándose con Yayata, que se aleja, doña Concha, con mandil reluciente y los brazos al aire; limpia y arrebolada del calor de la lumbre.

Doña Concha. Buenos días.

Lisardo. Buenos días.

Los demás contestan a regañadientes. Clemente, entre galante y conmovido.

Doña Concha. Don Félix.

Don Félix. Dígame, doña Concha.

Agapito. (¡Arsa! ¡Doña Concha, a la cosinera!).

Doña Concha. ¿Llega hasta aquí el olor de la langosta a la americana?

Don Félix. No.

Doña Concha. Porque en todo caso podría ponerse en el pasillo una cortina espesa, una mamparita…

Don Félix. No; no es preciso.

Doña Concha. ¡Es tan desagradable que se huela en toda la casa lo que se esté guisando!

Don Félix. Pues nada, señora; no se huele nada. Esté usted tranquila. ¿Ustedes huelen algo?

Agapito. ¡A chamusquina, sí, señó!

Doña Concha. ¡A chamusquina, dice! Comprendo que es una obsesión mía esta de los olores. Hasta lueguito. *Se marcha muy contenta, no sin dirigirle una amistosa mirada a Clemente, a quien le llega al alma.*

Don Félix. Pues bien, amigos; terminemos. Después de cuanto me han oído ustedes y de cuanto han visto, además, excuso añadir una palabra. Las muchas que podría decir… soy generoso y no quiero decirlas. Buena suerte… y salud para seguir viviendo. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Lisardo. Adiós, señor don Félix. *Los demás van a estallar en votos y en reniegos, que él contiene imponiéndose con el gesto y el ademán primero y luego con razones.* Calma, calma; no hay que descomponerse; calma. Que las paredes oyen y las puertas ven. Calma. No hay que dar rienda a la indignación. No está perdida la batalla ni con mucho.

Beltrán. ¿Cómo que no? ¿Más perdida la quiere usted?

Lisardo. ¡No está perdida! Se me ha ocurrido ahora mismo una idea feliz; he tenido una inspiración. En la calle hablaremos.

Agapito. ¡En la caye va a habé que oírnos!

Lisardo. Calma, calma. Vámonos cuanto antes.

Mateo. Vámonos, sí. Hay que andar con tiento en lo que se haga.

Beltrán. ¡Por vida de…!

Lisardo. Nada de ternos todavía ni de soñar venganzas legales. ¡Tiempo habrá de todo, si falla mi idea! Vámonos.

Poncio. Vámonos y veremos.

Clemente. ¡Me río yo de los suspiros de los moros!

Agapito. ¡Tar como van las cosas, me veo poniendo un tayé de plancha!

Se alejan por el fondo, hacia la derecha. Lisardo, que los sigue, se detiene un momento al ver salir por la puerta del mismo lado a la interesante Marisa, que trae unos papeles y unas cartas.

Lisardo. ¡Oh! ¡Marisa!

Marisa. ¡Lisardo!

Lisardo. *Tendiéndole la mano.* ¿Me recuerdas?

Marisa. ¡Ya lo creo! De cuando ibas a recoger a Maruchi a la clase de inglés.

Lisardo. ¡Buena memoria! Te felicito por tu empleo en esta casa.

Marisa. ¡Ah! Yo lamento, en cambio…

Lisardo. ¡Ni hablar de ello, Marisa! ¡Si yo era aquí más bien amigo agradecido que quiere auxiliar al amigo, que no administrador ni secretario! ¡Si yo tengo sobre mis hombros —¿quién no, en estos tiempos?— más tareas de las que puedo sobrellevar! Pero quiero aprovechar este dichoso encuentro para ofrecerme a ti. Hay en la administración de este hombre y en la secretaría papeles complicados y notas oscuras que yo me brindo a esclarecerte.

Marisa. Sí, señor; y yo te lo agradezco de veras.

Lisardo. Si no tienes inconveniente, vendré algunos ratos con ese fin… Cuando no esté don Félix. No quisiera enojarlo con mi presencia…

Marisa. Cuando a ti te convenga más… No te preocupes… Yo precisamente iba a llamarte para esto mismo. ¿Quién mejor que tú…? Hay detalles, hay cosas delicadas… que necesitan una aclaración.

Lisardo. ¡Pues estoy a tus órdenes!

Marisa. Ven libremente. Sin reparar en nada. ¿Por qué ha de molestarse don Félix?…

Lisardo. Es muy raro.

Marisa. ¡Ah! ¿Es muy raro?

Lisardo. Ya lo irás conociendo.

Marisa. Chico, pues, a mí, hasta ahora no me lo ha parecido. Es cordial, delicadísimo, caballeroso… Te digo más: yo he tratado a pocos hombres tan simpáticos. Tiene una atracción especial.

Lisardo. ¡Qué elogio, Marisa!

Marisa. Justicia solamente, Lisardo.

Lisardo. ¿Justicia seca?

Marisa. Justicia. Astrea es mujer.

Lisardo. Bueno, pues… hasta pronto.

Marisa. Hasta que tú quieras. Afectos a Maruchi.

Lisardo. Gracias. Estás lindísima.

Marisa. ¡Por Dios!

Lisardo. Dicen que las mujercitas modernas rechazan la galantería. Como yo no lo creo… ¡Lindísima, Marisa!

Marisa. ¡Flores a una administradora secretaria! ¡Jesús!

Lisardo. Y ¿por qué no? ¿Vas por eso a dejar de ser aquella Marisita del Instituto, revoltosa, inquieta, parlanchina…?

Marisa. Comprende tú que el deber y el trabajo imprimen un sello.

Lisardo. Ya, ya lo noto. Adiós.

Marisa. Adiós, Lisardo.

Ella se marcha por la izquierda del fondo y él por la derecha. Reaparece don Félix, dichoso y esponjado.

Don Félix. ¡Todavía me río de la escena! ¡Lo corridos que van! ¡Qué conspiración tan diablesca armaron las muchachas! ¡Ja, ja, ja! *Sentándose con indolencia.* ¡Gloria de mujeres! ¡Sal y gracia del mundo! ¡Qué fascinación más grata y más suave la suya!… ¡Tienen tal encanto… que el verdadero encanto de la vida es ser hombre… y amarlas!

FIN DEL PRIMER CUADRO

INTERMEDIO

Telón de cuadro. Se ilumina lentamente de una luz azulada, que parece de luna.

Sale Marisa con todo sigilo, casi de puntillas, como si temiese que alguien pudiera sorprenderla en su travesura. Trae sobre los hombros un leve chal de gasa blanquecina, que al movimiento de sus brazos semeja unas alas.

Marisa. *Dirigiéndose al público.* ¡Silencio! ¡Silencio, por Dios! No piensen ustedes que vengo a decirles que la comedia no puede continuar… ¡Qué disparate! La comedia está ahora en su más precioso momento, y va a seguir su curso en seguida. Yo soy un personaje que se ha escapado de ella, cautelosamente, como en la noche se escapa una colegiala de la vigilancia de todos y va unos instantes al jardín, donde la espera novio o confidente a quien comunicarle algo secreto, íntimo. Todos, en la casa, me creen ahora en mi habitación descansando, tal vez dormida… Y allí estoy, en verdad; pero no dormida, sino en vela; más despierta que nunca, y atenta a la voz de mi conciencia, que me habla. Mis ojos, como en la alcoba no hay sino una densa oscuridad, buscan la luz para mirar dentro de mí misma, y se fijan curiosos en el interior de mi alma. Y allí no hay fantasmas del duermevela, ni menos delirios del insomnio: allí hay una limpia claridad transparente. Y es ésta que vengo a revelar aquí. Yo, amigos, advierto que me estoy aficionando a don Félix, de manera insensible. Me estoy aficionando. Las horas familiares con él, las charlas en la secretaría, el propio trabajo que desempeño al lado suyo, delicado y picante a la par, y su personal atractivo, me lo van acercando, acercando; van como abriéndole amorosamente minuto a minuto las puertas de mi corazón, en las cuales yo me figuraba que no necesitaría poner vigilante… Él quizá no lo nota. Y yo me alegro de que sea así, porque esto es muy grave. Los solteros impenitentes, los solterones, esos grandísimos egoístas, huyen por instinto de toda mujer que pueda sacarlos de su torre de nieve; y yo, si él advirtiera mi inclinación, me expondría a malograr en un instante esta afortunada aventura; me expondría no sólo a perder mi puesto en la casa, sino también el de los otros cuatro Lobitos… ¡No! ¡Eso, no! ¡Mi sacrificio antes! Para algo, a solas conmigo, he visto a tiempo el gran peligro en que me hallo. ¿Comprenden ustedes? ¡Si surgiera milagrosamente otro hombre, que se fijara en mí… y que a mí me agradara!… Otro hombre que, por de pronto, pudiera arrancar de mi corazón estas todavía débiles raicillas de mi inclinación a don Félix… Por ejemplo: Lisardo, mi antecesor en la secretaría. Es joven, es simpático, es trabajador, es monín, comprende a la mujer moderna… Si él me dijera una sola palabra intencionada, una de esas palabras nutridas de anhelo, a las que los ojos ponen siempre como un subrayado de luz, que las completa; si él me dijese una de esas palabras, yo le saldría al encuentro sin vacilar. Y así me

limpiaría de escrúpulos y de temores. ¿Verdad? Sería una solución; una suerte. ¡Ay!… Esto es, amigos, lo que me desvela esta noche en la profunda oscuridad de mi alcoba. Y he querido comunicárselo a ustedes, para que alguien más que yo esté en mi secreto, y por si los autores de la comedia no aciertan a exteriorizar debidamente sentimientos tan vagos aún; ideas que no quiero que se me escapen de la frente en que laten ya, ni por los ojos ni por los labios. Y nada más, señores. Personaje de la comedia, hecha esta escapadilla, a la comedia vuelvo. Y la comedia continúa. ¡Silencio! *Desaparece como llegó.*

FIN DEL INTERMEDIO

CUADRO SEGUNDO

Volvemos al mismo lugar. En sitio conveniente hay una máquina de escribir y una mesita auxiliar a su lado.

Es por la tarde, quince días después del cuadro primero.

Salen por la derecha del fondo Lela y Agapito.

Lela. Pase usted. ¿A quién anuncio?

Agapito. ¿No me conose usté? Agapito, er chofé que tenía.

Lela. *Sonriéndole expresivamente.* ¡Ah! ¡Qué tonta! ¡Ya decía yo!… ¡Yo he visto esta cara más de una vez!

Agapito. ¡Y las que va usté a verla!

Lela. ¿Sí, eh?

Agapito. *Confidencialmente y en voz baja.* ¡Vamos a sé cuñaos!

Lela. ¿Tan de prisa va eso, Agapito?

Agapito. Cuesta abajo y sin frenos. ¡No le digo a usté más!

Lela. ¡Pues cuidado con las vueltas de campana! Le voy a avisar a don Félix. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Agapito. Paese que caigo bien en la familia. ¡Es argo listo don Lisardo!… ¡Vaya idea! ¡Lo que discurre un abogao con pocos pleitos! *Entona por lo bajo un fandanguillo, esperando al señor.*

Pero antes que él llega por la izquierda del fondo Yayata, en traje de «chofera», pronta a prestar servicio y gorra en mano.

Yayata. *Sorprendida.* ¡Agapito!

Agapito. ¡Mi arma!

Yayata. ¿Qué es esto? ¿Qué traes tú por aquí?

Agapito. ¡Ganas de verte, lo primero! ¡Y yego con buen pie!

Yayata. ¡A ver si nos descubren!

Agapito. Descuida. Vengo a hablá con el amo.

Yayata. ¿De tu colocación?

Agapito. Cabale. ¿Tú tienes servisio esta noche?

Yayata. Creo que no. Ya te lo diré luego por teléfono.

Agapito. ¡Porque es que no me hayo a gusto más que mirándote, amapola!

Yayata. ¡Embustero!

Agapito. ¡Y hablando contigo!

Yayata. ¡Embustero!

Agapito. Pero ¿a ti no te pasa iguá?

Yayata. Y ¿vas tú a compararte conmigo, trapisonda?

Agapito. ¡Tus ojos!

Yayata. ¡Quieto! No salga don Félix.

Agapito. ¿Cómo está hoy de genio? ¿Lo has visto?

Yayata. Mal templado anda desde anoche; no sé qué le ocurre.

Agapito. Pos yo te lo diré: que ha entrao ya la pájara en juego.

Yayata. ¿Qué pájara?

Agapito. La amiguita que tiene. Er día que nos despidió a nosotros se había enterao de que se la pegaba.

Yayata. ¿A don Félix?

Agapito. ¡A don Félix! Er que juega con barro, se sarpica. ¡Y así se puso! Fué a verla por la tarde… pa haserle una carisia, y se encontró con que había volao a

Barselona, con el achaque de asistí a su mamá, que desía que se estaba muriendo; pero yo creo que más que na pa dá tiempo a que a é se le pasara er coraje. Y ha vuerto ayé la niña de Barselona y ya está en dansa. Vais a pasá unos días de tormenta.

Yayata. *Sintiendo a don Félix, que, en traje de calle, aparece por la puerta de la izquierda. Entre ceja y ceja trae una obsesión.* Calla. *Y se cuadra muy gentilmente.*

Don Félix. ¡Hola, Yayata!

Agapito. Buenas tardes, don Félix.

Don Félix. Buenas tardes.

Yayata. Abajo tengo el coche dispuesto.

Don Félix. Pues voy en seguida.

Yayata saluda respetuosamente y se aleja por la derecha del fondo.

Agapito. Si no se quiere usté entretené…

Don Félix. ¿Qué traes tú? ¿Qué hay?

Agapito. Señorito, que he encontrao una casa que me conviene… y van a vení a pedirle a usté informes; que no los dé usté muy maliyos.

Don Félix. Si diera los que te mereces… ¡aviado estabas! Pero no quiero hacerte daño.

Agapito. Grasias, don Félix.

Don Félix. Disimularé lo mucho malo de tu conducta… y ponderaré lo poco bueno.

Agapito. ¿Lo malo ha sío mucho?

Don Félix. Bastante.

Agapito. ¿Y lo bueno poco?

Don Félix. Muy poco; poquísimo. Tú lo sabes bien. Anda con Dios.

Agapito. Con Dios, don Félix. Y repito las grasias. (¡Los informes que ibas a dá, si además te enteraras…! ¡Buh!). *Se va por la izquierda del fondo.*

Don Félix. Creí que se me habría enfriado la ira en la ausencia de ella, y en cuanto ha llegado he visto que no. Mientras no le diga a esa golfa todo lo que he pensado decirle, no descanso. ¡Cuánto hiere el ridículo! *Pasea nerviosísimo.* Pues ¿y él? ¿Y Lisardo?… ¡Bergante! ¡El día que me lo tope cara a cara!… ¡Mala persona!… ¡Lo que los dos se habrán reído de mí! ¡Puf! ¡Asco de humanidad!

Viene por la puerta de la derecha Marisa, a alegrarlo momentáneamente… y luego a trastornarlo más aún.

Marisa. Don Félix, ¿qué hace usted?

Don Félix. ¿Qué hago?

Marisa. Habla usted solo… gesticula…

Don Félix. ¿Sí, eh? No me daba cuenta.

Marisa. Lo encuentro a usted desasosegado. Desde anoche.

Don Félix. ¿Se me nota?

Marisa. Sí, señor… Parece usted preocupadísimo. ¿Qué le pasa, si no es indiscreta la pregunta?

Don Félix. ¿Desde anoche? ¿Dice usted desde anoche?

Marisa. Justo. ¿No se puede saber…?

Don Félix. ¡Psché!… Sí, sí se puede… pero vale más que no se sepa. No vale la pena de ocuparse…

Marisa. ¿No vale la pena y lo trastorna a usted así? Usted no se ve, pero está usted que baila.

Don Félix. ¿Que bailo? Pues no vale la pena. Son cosas del fango del arroyo. Algo que está más allá de la secretaría.

Marisa. ¡Por Dios, don Félix! Que las mujeres no servimos sólo al lado de los hombres para lo indiferente y lo vulgar, o para dar unturas y poner sinapismos… Que también servimos alguna vez para aliviar su angustia y su desasosiego…

¡Pobres hombres! ¡Que para poco valen! No hacen más que tropezar y caer. Se desacreditan por puntos. Todo el mundo los burla, los engaña…

Don Félix. ¡Todo el mundo, no!… Las mujeres… las mujeres de cierta clase… No, y algunos hombres también.

Marisa. ¡Infelices! Convénzase usted de lo que le he dicho: están llamados a desaparecer.

Don Félix. ¡Alguno, puede que a mis manos!

Marisa. Y los que queden, los sensatos, los dignos de vivir, no tendrán más remedio que buscar nuestro amparo, nuestro consejo… nuestra indudable superioridad. Quizá para esto hemos nacido más que para nada las mujeres.

Don Félix. *Mirándola con embeleso.* ¡Quizá! Usted, Marisa, pienso yo que ha nacido para todo.

Marisa. ¡Lisardo!

Don Félix. *Dando un bote.* ¿Lisardo?

Marisa. ¡Ay, perdóneme usted, don Félix! Es que ha estado aquí Lisardo hace media hora…

Don Félix. ¿Ha estado aquí?

Marisa. Sí, señor.

Don Félix. ¿A qué?

Marisa. Nada le había dicho a usted de esto, porque el propio Lisardo tenía el temor de que a usted le enojase…

Don Félix. Pero, pero…

Marisa. Ha venido ya varios días…

Don Félix. ¿Cuando yo no estoy?

Marisa. Sí, señor. A resolverme algunas dudas de la secretaría… de las cuentas…

Don Félix. ¿Cuándo yo no estoy?

Marisa. Sí; por ese temor suyo…

Don Félix. ¿Ese temor, eh? ¡Muy fundado!

Marisa. Si a usted le enoja…

Don Félix. ¡Me enoja, sí!

Marisa. Perdóneme, entonces. Si yo hubiera creído…

Don Félix. A usted nada tengo que perdonarle. ¿Ha estado hoy ya, no?

Marisa. Hace media hora.

Don Félix. ¡Pues usted verá como mañana no vuelve! *Bruscamente.* Hasta luego.

Marisa. *Sobresaltada.* Adiós.

Don Félix. ¿Qué es eso?

Marisa. Que he dado un brinco. El influjo de sus nervios, don Félix.

Don Félix. Lo siento, Marisa. Discúlpeme. ¡Vaya, vaya!… ¡Ese mozo viene aquí cuando yo no estoy!… Es todo un sistema; ya lo he visto… *A ella.* ¿Me copió usted aquella quisicosa para don Gerardo?… ¡Aquellos versillos picantes! Tienen gracia.

Marisa. ¡Ah, sí! Tienen gracia, sí. Ahora iba a copiarlos. Son larguísimos.

Don Félix. Pues déjelos usted y se los mandaremos a un copista. Que se gane unas perras.

Marisa. ¡Ni pensarlo, don Félix!

Don Félix. ¡Es que se lleva usted el día entero tecleando!…

Marisa. Para eso estoy aquí. Cuando vuelva usted le entregaré la copia concluida.

Don Félix. No sé si volveré a cenar. Sí. No. No sé, no sé… Hasta luego. O

hasta mañana.

Marisa. ¡Hasta la vista! Vaya usted con Dios.

Se sienta a la máquina; teclea.

Don Félix. *Contemplándola a sus espaldas antes de retirarse.* (¡Empieza a darme lástima de que trabaje! ¡*Malorum*!). *Y se va por la derecha del fondo.*

Marisa. *Cuando se siente sola, suspendiendo el trabajo un punto.* ¿Celos de Lisardo?… ¿Qué significa esto?

Pausa. Trabaja.

Por la izquierda del fondo llega, como quien ha estado esperando el instante propicio, nuestro traído y llevado Lisardo.

Lisardo. ¡Marisa!

Marisa. *Levantándose sorprendida.* ¡Muchacho! ¿Aquí otra vez?

Lisardo. ¿Cómo aquí otra vez? ¿No quedamos en que volvería por unos papeles, cuando don Félix se marchara?

Marisa. ¡Ay! ¡Es verdad!

Lisardo. Llevo ahí dentro un rato aguardando.

Marisa. Bien hecho. Y yo, sin querer, he engañado a don Félix. Esto va a concluirse. No sabes cómo le ha sentado el saber que has venido unos días.

Lisardo. ¡Pero, hombre!

Marisa. Chico, sin que yo comprenda por qué, te tiene una antipatía rabiosa.

Lisardo. ¡Pero, hombre!

Marisa. Se ha puesto lívido cuando le he dicho antes…

Lisardo. A lo mejor, algún chismaco… ¡Oh! Necesito una explicación con él. Debe estar bien seguro de mi lealtad, de mi adhesión sincera. ¿Qué pruebas tiene de otra cosa? ¡Si hasta le llamé la atención una vez sobre el peligro de esa mujercilla que lo trae loco!…

Marisa. ¿Quién lo trae loco?

Lisardo. ¡Una segunda tiple!

Marisa. ¡Ah, ya!

Lisardo. ¡Si aquí el ofendido soy yo! Ha llegado la hora de decírselo. ¿Te parece a ti bien que me haya envuelto a mí en la despedida de los criados? ¿Qué hay en mi persona ni en mi conducta de común con ellos? ¿O es que se figura que trato ahora de minarte solapadamente el terreno a ti? ¿Que estoy dolido porque habéis venido las cinco hermanas a su casa?

Marisa. No creo.

Lisardo. ¡Pues no me conoce ni por el forro! ¡Si yo en su lugar hubiera procedido lo mismo! ¡Adorables mujeres! ¡Si yo aplaudo cordialmente su gesto! ¿Es que hay en España un feminista más convencido que yo? ¡Si yo soy feminista desde antes de nacer, porque lo era mi padre! ¿No ha leído ese hombre siquiera una página de mis libros? ¡Pues no se ha enterado del secretario que tenía! ¿Quién ha defendido más que yo el divorcio y el voto femenino? *Resbalando ya por la pendiente de la oratoria.* ¿Quién más que yo ha proclamado la igualdad de los sexos? ¿Quién ha pedido con más ardimiento los mismos deberes y derechos para la mujer y para el hombre? ¿Quién os ha creído como yo capacitadas hasta para las carreras militares? ¿Quién ha hecho un elogio como el mío de las Amazonas, y de María Pita, y de la Monja Alférez? ¿Quién, sino yo, ha escrito un folleto ensalzando a todas las mujeres notables que ha habido en España? ¿Quién ha glosado mejor que yo a Santa Catalina cuando dice que no puede ser feliz un pueblo en que no sean felices las mujeres? ¿Quién ha puesto como un trapo a Felipe V, porque pretendió implantar en nuestro país la ley Sálica? ¡Ah, señores!…

Marisa. Oye, tú, tú, tú…

Lisardo. *Despertando.* ¿Qué?

Marisa. ¡Que no hay aquí señores; que no estás en la Academia de Jurisprudencia!

Lisardo. Chica, has de perdonarme. Es una tendencia congénita… También la heredé de mi padre, que le espetaba un discurso a un farol.

Marisa. Pues ahora no gastes el ingenio, porque no tienes público.

Lisardo. ¿Que no tengo público, Marisa? ¡Y de calidad!

Marisa. ¿Te agrada este público… tan unipersonal, Lisardo?

Lisardo. ¡Por cima del más numeroso! Sé que me escucha inteligentemente y sé que me comprende también. Y además ¡es tan bello!…

Marisa. *Alentando su callada ilusión.* ¿Sí?

Lisardo. ¡Tan bello!… Dime, Marisa: ¿tú no conoces mi libro sobre el feminismo?

Marisa. No…

Lisardo. ¿No anda por la secretaría?

Marisa. No lo he visto. ¿Cómo se titula?

Lisardo. «Se acabaron las cursis».

Marisa. No lo he visto.

Lisardo. Yo te lo mandaré.

Marisa. ¿Y tú crees de veras que se han acabado las cursis?

Lisardo. Van quedando pocas.

Marisa. ¿Y los cursis?

Lisardo. ¡Ésos creo que no se acabarán nunca! ¡Ahí tienes a don Félix!

Marisa. *Protestando.* ¡Don Félix no es un cursi!

Lisardo. Sí es un cursi, Marisa. Se las echa de lord inglés y es un majadero. Estoy exasperado por su injusticia. No hablemos de don Félix.

Marisa. Hablemos de tu libro.

Lisardo. ¡Ah! ¡Mi libro! «Se acabaron las cursis». Pinto en él a aquellas pobrecitas muchachas, tan siglo XIX, que se marchitaban, que envejecían detrás de los cristales de sus balcones esperando al novio, al marido probable, como única solución de su vida.

Marisa. ¡Ay, sí! Mi madre nos ha hablado a nosotras mucho de esos tiempos… ¡Pobres chicas! ¡Qué trágicos esfuerzos para vestir decentemente, cosiendo recosiendo, y tiñendo cien veces los mismos trapitos humildes! Se hacían blusas y faldas y abriguitos que daba pena verlos… Y sombreros adornados con frutas contrahechas, con alas de pájaros. Y por las tardes se iban a Recoletos, a lucir las miserables galas, y a misa los domingos y fiestas de guardar, sin más pensamiento en las frentes de madres y de hijas que enganchar en el camino a otro cursi que las siguiera hasta su casa. ¡Un *oso*, como le decían!

Lisardo. ¡Ja, ja, ja! ¡Mi libro! ¡Mi libro! ¡He ahí una página de mi libro!

Marisa. Contaba mi madre también de una amiga suya, casada con un pobretón que tuvo nueve hijas, y siempre que daba una a luz decía, entre dolores, con mucha gracia: «¡Otra cursi!».

Lisardo. ¡Otra cursi! ¡Terrible pronóstico!

Marisa. Y ¡cómo se ocultaba el trabajo, si era para comer! «Estos pañolitos, y estos manteles, y estos gorros, los hacemos nosotras a deshora, y los vendemos por bajo cuerda… ¡Que no se enteren las de arriba ni las de abajo!… ¡Trabajar!… ¡Jesús, qué vergüenza!».

Lisardo. En cambio, ahora…

Marisa. ¡Oh! ¡Ahora! ¡El trabajo es la gloria, el escudo! ¡A la oficina, al taller, al laboratorio, a la clínica!… Y el domingo, al deporte; a la sierra. ¡El mundo es nuestro!

Lisardo. Pues dame un pedacito.

Marisa. ¿De qué?

Lisardo. De tu mundo.

Marisa. ¿Lo quieres tú?

Lisardo. Cuando te lo pido…

Marisa. A ver, a ver eso…

Lisardo. ¿Sabes que mi hermana Maruchi se me va a Alemania?

Marisa. ¿A Alemania?

Lisardo. Sí; a dar una clase de español.

Marisa. Y ¿te quedas solo?

Lisardo. Como un honguito. ¡Y no sé vivir solo, Marisa!

Marisa. ¿Cómo, cómo dices?

Lisardo. ¡Que no sé vivir solo!

Marisa. ¿Te da miedo quizá? ¿No es mejor que mal acompañado?

Lisardo. Es que yo querría acompañarme bien.

Marisa. A ver, a ver eso…

Lisardo. Marisita: estamos en el siglo XX.

Marisa. ¡Ya lo sé!

Lisardo. Somos dos criaturas que reciben gratamente en el rostro los aires modernos.

Marisa. Muy bien. Y ¿qué más?

Lisardo. Yo no voy a pasearte la calle a ti como el *oso* antiguo.

Marisa. ¿Eh?

Lisardo. Pero te pregunto sin rebozo… ¿Qué dices?

Marisa. Nada. Cuando me van a preguntar una cosa me callo para oírla.

Lisardo. ¿Quieres tú ser mi compañera?

Marisa. ¿Tu compañera?

Lisardo. Mi compañera, sí; la que comparta la vida conmigo: la que a mi lado pase alegrías y afanes; la que trabaje a la par que yo… ¿Quieres serlo, Marisa?

Marisa. ¡Don Félix!

Lisardo. ¿Don Félix?

Marisa. ¡Dispénsame, Lisardo! Como hablo todo el día con él… ¿Qué es lo que tú me dices?

Lisardo. Te digo, Marisa, que el hombre actual, asustado de la trágica dureza de la vida, necesita del auxilio de la mujer…

Marisa. ¿Y tú…?

Lisardo. Yo… ¡Yo te quiero, Marisa!

Marisa. ¡Lisardo!

Lisardo. ¿Ahora no te equivocas?

Marisa. ¡Dos veces seguidas no hubiera estado bien! Pero, dime, Lisardo, dime…

Lisardo. ¿Qué quieres?

Marisa. *Contrariada.* ¡Mal haya! ¡Don Félix está ahí!

Lisardo. ¿Don Félix ahora?

Marisa. Sí: ha sonado dos veces el timbre de la puerta. Es él.

Lisardo. ¿A qué vuelve este hombre?

Marisa. ¡Qué sé yo!

Lisardo. ¡A estorbar, por lo pronto!

Marisa. ¡Vete!

Lisardo. Pero ¿seguirá este capítulo?

Marisa. ¡Naturalmente que seguirá! Nos lo han cortado en un momento… ¡Vete!

Lisardo. Adiós, Marisa.

Marisa. Adiós, Lisardo. (¡A pedir de boca!).

Lisardo. (¡A pedir de boca!).

Él huye por donde llegó y ella, tras un suspiro de satisfacción, se sienta a la máquina.

Suena el timbre del teléfono. Acude a él Chatina por la puerta de la derecha.

Chatina. ¿Quién llama? Sí; aquí es. ¿Cómo? *Asustadisima.* ¿Qué dice usted? ¿Un accidente?

Marisa. *Dejando la máquina.* ¿Eh? ¿Qué?

Chatina. ¿Al coche de casa? ¿A don Félix?

Marisa. ¡Jesús! ¡Pero si debe de estar ahí!

Chatina. Gracias; muchas gracias. *Cuelga el aparato.* ¡Un trastazo, chica! ¡El coche que se ha metido por la cristalera de un café!

Marisa. ¡Ay, Dios mío!

Sale Olga por la puerta de la izquierda, alarmada.

Olga. ¿Qué? ¿Qué?

Chatina. ¡Un accidente a nuestro coche!

Olga. ¡Mi padre!

Se van las tres por la derecha del fondo, a la carrera.

De izquierda a derecha cruzan en esto Lela y doña Concha, también atribuladas.

Lela. ¡El portero me lo ha dicho por su teléfono!

Doña Concha. ¿Que el coche viene hecho pedazos? ¡Virgen de las Angustias!

Desaparecen hacia el mismo sitio.

La escena queda sola. Óyese a poco, lejos, el alboroto de las voces de ellas y de don Félix, que hablan a un tiempo. Este alboroto va acercándose gradualmente, hasta que reaparecen los cinco Lobitos y la Loba, aturdiendo a don Félix con su solicitud. Don Félix viene sin sombrero ni abrigo, todo descompuesto, como quien no ha salido del susto todavía.

Don Félix. ¡Nada; no ha sido nada! ¡Nada! Un susto. El peor parado ha sido el coche.

Yayata. Por no matar a un perro que se me atravesó.

Marisa. ¿No ha sido nada y ha dicho el portero que se ha roto usted una costilla?

Olga. ¿Una costilla? ¡A ver! *Lo palpa todo.*

Don Félix. ¿Qué sabe el portero? Sí que tengo aquí un dolorcito…

Olga. ¿Dónde?

Don Félix. Aquí. Pero el golpe mayor ha sido en esta mano.

Olga. ¿En esta mano? ¡A ver!

Marisa. Lo prudente es llamar al médico.

Lela. ¡Sí!

Doña Concha. ¡Sí!

Chatina. ¡Claro!

Don Félix. ¡De ninguna manera! ¡Por Dios!

Marisa. Sí; sí; ahora mismo.

Don Félix. ¡Pero si mi médico no está en Madrid!

Marisa. ¡Mejor! ¡Un vejestorio!… Voy a llamar a Gatita Olave, que es un hacha. *Va al teléfono.*

Doña Concha. ¿Le hago a usted mientras una taza de té? ¿Le pongo en la costilla lastimada un periódico de la derecha?

Don Félix. No; gracias, gracias… ¡Si todo va a quedar en el susto! Pero ¿a qué llama usted a nadie, Marisa?

Marisa. Para que lo reconozca, don Félix. ¿Qué se pierde? ¡A saber si tiene usted de veras un hueso roto!

Don Félix. ¡No! *A Yayata, que está muy afligida.* ¡Ni se apure usted tanto, Yayata! ¿No estamos los dos vivos? ¡Total, pagar unos cristales al del café!…

Yayata. Calle usted, calle usted, don Félix. Yo tengo la culpa; yo sola. ¡Nunca me lo perdonaré!

Marisa. *Desde el teléfono.* Usted se alegrará, don Félix, de que venga Gatita. Es un lucero.

Don Félix. No estoy ahora para luceros, secretaria; ¡ya he visto las estrellas, y es bastante!

Marisa. Gatita es doctor en Medicina, don Félix; y además doctor *honoris causa*… de no sé dónde.

Don Félix. *Quejándose, muy a su pesar.* ¡Ay! Y ¿entiende de huesos?

Marisa. ¿Que si entiende de huesos? ¡Se ha casado con uno hace cuatro años!…

Leves risas, para animar un poco al jefe.

Don Félix. ¡Ay!

Marisa. Callad ahora un instante. *Todas atienden al teléfono con interés.* ¿Casa de la doctor Olave?

Don Félix. *Entre sí, firme en su eterno tema.* ¡La doctor!… ¡La doctora, será! ¡La doctora de Ávila se ha dicho siempre!…

Marisa. *Con tesón cómico.* ¡Pues a pesar de eso ésta es la doctor! *Al teléfono.* ¿Está la doctor? —¿Con quién hablo? —¡Ah! —¡Aaaah! —¡Aaaaah! —Nada sabía. —¿Hoy se ha levantado de la cama? —Me alegro, me alegro mucho. —Yo soy Marisa Lobo. —La llamaba para que viese a mi jefe, que se ha lastimado. —¿La prima Chulin? —Pero ¿ha terminado ya la carrera? —¡Cómo se pasa el tiempo!… Bueno, sí, que venga; que venga Chulin.

Don Félix. ¡Chulin!

Marisa. En seguida, ¿eh? —Recuerdos y felicidades. *Deja el teléfono.* Es una lástima que no pueda venir Gatita.

Don Félix. Pues ¿qué le ocurre?

Olga. ¿Ha estado en cama? ¿Qué ha tenido?

Marisa. Una niña.

Chatina. ¿Una niña?

Marisa. Muy hermosa, dicen. ¡Otro Lobito!

Don Félix. ¡Caramba! ¿Conque Gatita ha tenido una niña?

Marisa. Una niña, sí.

Don Félix. ¿Está usted viendo claro como es doctora y no doctor?

Marisa. Doctor, doctor, a pesar de ello.

Don Félix. ¡Ah! ¿Ha dado a luz una niña y es doctor?

Marisa. Doctor.

Don Félix. ¡No! ¡Si nos pondrán ustedes que no va a conocernos nadie!

Marisa. Eso irán ustedes ganando. *Con zalamería, con extrema dulzura.* Qué, ¿se pasa un poco ese dolorcillo?

Don Félix. Sí; sí me parece que se pasa.

Olga. Ahora lo reconoceré yo detenidamente.

Marisa. ¡Lo que se asustan estos hombres en cuanto les duele un dedo siquiera!

Don Félix. No lo dirá por mí. ¡Ha sido usted quien se ha empeñado en llamar a ese médico que ha parido una niña!

Risas de todos.

Marisa. Me contagié del susto de usted… ¡Qué sabía yo de momento lo que era!… Estaba con Lisardo aquí…

Don Félix. ¿Con Lisardo?

Marisa. *Lamentando su inadvertencia.* ¡Ah!

Don Félix. Pero ¿ha vuelto a venir Lisardo?

Marisa. Un instante… A traerme unos papeles…

Don Félix. ¡No tenía que volver para nada! ¡Los papeles se envían por un continental!

Marisa. Por Dios, don Félix, no se enfade usted. ¿Qué importancia tiene?…

Don Félix. *Con sequedad y energía.* Ninguna. Bien está. Cada una a su puesto; a su obligación. Olga, venga usted. *A Marisa.* Prepare usted papel, que vamos ahora mismo a escribir una carta. *Se va por la puerta de la izquierda. Olga lo sigue.*

Las demás, que iban ya a marcharse desconcertadas, obedeciendo al amo, se agrupan otra vez al oír un angustiado sollozo de Yayata.

Yayata. ¡Ay!

Chatina. ¿Qué?

Lela. ¿Qué es eso?

Doña Concha. ¿Qué tienes?

Yayata. ¡Maldita sea mi estrella! ¿Sabéis la verdadera causa de lo sucedido?

Chatina. ¿El perro, no?

Lela. ¿Un viraje por causa de un perro?

Yayata. ¡Por causa de un perro, sí; por causa de un perro! ¡Por ese perro de Agapito!

Marisa. *Uniéndose a ellas.* ¿Qué?

Yayata. ¡Lo vi dentro del café en una mesa, amartelado con su amiga!

Chatina. ¡Ah, granuja!

Marisa. ¡Yayata! ¿Estás segura?

Yayata. ¡Con la que me dijo que había reñido para quererme a mí!

Doña Concha. ¡Ladrón!

Yayata. ¡Se me fué el coche dentro del café!

Chatina. ¡Y a cualquiera!

Lela. ¡Canalla!

Doña Concha. ¡Hombre, al cabo! ¡Y dices tú, inocente, que tienes la culpa! ¡Él!

Chatina. ¡Él!

Lela. ¡Él!

Marisa. ¡Que vuelve don Félix!

Desaparecen rápidamente: Chatina, por la puerta de la derecha; Yayata, por la derecha del fondo, y doña Concha y Lela, por la izquierda.

Marisa se sienta de nuevo a la máquina y dispone el papel para la carta de don Félix, el cual aparece por donde se fué ya un poco atusado.

Don Félix. Vamos allá.

Marisa. ¿Lo ha reconocido a usted Olga?

Don Félix. No. No ha sido menester.

Marisa. ¿Y la mano?

Don Félix. Un poco resentida está. Por eso le dicto esta carta.

Marisa. Usted dirá, entonces.

Don Félix. Ponga el sobre primero. Para Paquita López. Villanueva, 77, ático derecha.

Dicta don Félix, no tanto para su propio desahogo como para observar el efecto que le causa a Marisa.

Marisa. Ya está puesto el sobre. Dígame.

Don Félix. «Chatilla».

Marisa. ¿Eh?

Don Félix. «Chatilla».

Marisa. ¿Chatilla mía?

Don Félix. No: Chatilla, nada más. No estoy seguro de que alguna vez haya sido mía. Mía del todo. En esto de disimular sí que nos llevan ustedes ventaja a los hombres.

Marisa. *Comprobándolo con su actitud.* «Chatilla».

Don Félix. «Dos puntos». La sinvergüenza de la criada y ella.

Marisa. ¿Cómo?

Don Félix. No. Esto es para mí solo. Siga usted. «Te doy aún este cariñoso nombre de Chatilla, en recuerdo de días felices, que ya pasaron».

Marisa. «… que ya pasaron».

Don Félix. «Iba a ir esta tarde al nidito, a soltarte lindamente las frescas de rigor; pero me he detenido en un café… viendo el escaparate».

Marisa. ¿Eh?

Don Félix. «… viendo el escaparate. Y va esta carta puesta a máquina… porque me tiembla el pulso».

Marisa. «… el pulso».

Don Félix. «Antes de tu partida a Barcelona… y durante tu estancia allí, adonde fuiste celosa de la salud de tu mamaíta de tu alma, a quien Dios guarde —no se puede estar más correcto—, he comprobado con testimonios inequívocos… que me la pegabas».

Marisa. ¿Qué?

Don Félix. «… que me la pegabas». *A una mirada de Marisa.* ¡Que me la

pegaba, que me la pegaba!

Marisa. ¡Don Félix!

Don Félix. ¡Que me la pegaba! Hay otros verbos, pero ese ¡es tan rotundo!…

Marisa. ¡Oh!

Don Félix. «… que me la pegabas en Madrid. Sospecho que también me la habrás pegado en Barcelona… para no perder el viaje».

Marisa. «… el viaje».

Don Félix. «Te he querido y —pásmate, Chatilla— aún te quiero».

Marisa. *Borrando una letra.* Espere un instante, don Félix.

Don Félix. ¿Qué pasa?

Marisa. Que me he equivocado. Ya está. Siga usted. *Repitiendo la última frase escrita.* «… te quiero».

Don Félix. ¿Eh?

Marisa. Es de la carta. «… y —pásmate, Chatilla— aún te quiero».

Don Félix. ¡Ah! Continúo. «Pero como no me acerqué a ti enamorado, sino encaprichado, y sólo con el egoísta deseo de pasarlo bien…».

Marisa. ¡Bien!

Don Félix. «… de pasarlo bien al lado tuyo, dispuesto, por lo demás, a dejarte plantada en cuanto me cansase de ti, te perdono el engaño».

Marisa. «… el engaño».

Don Félix. «¿Qué otra cosa merezco… ni qué otra cosa podía esperar?».

Marisa. «¿… esperar?».

Don Félix. «Al que no perdono ni perdonaré nunca… es al miserable que me ha traicionado contigo».

Marisa. «… contigo».

Don Félix. «A mi ex secretario».

Marisa. ¿Cómo?

Don Félix. «A mi ex secretario».

Marisa. ¿Qué dice usted?

Don Félix. «¡A mi ex secretario!».

Marisa. Pero ¿eso es posible, don Félix?

Don Félix. Usted escriba lo que yo le dicte y no tome causa por nadie.

Marisa. Excúseme usted.

Don Félix. «A mi ex secretario: a Lisardo Ferrera».

Marisa. Ya; ya sé cómo se llama…

Don Félix. «A ése, no solamente no lo perdono… sino que le pienso romper la crisma, por canalla».

Marisa. (¡Ay!…).

Don Félix. *Repitiendo la frase.* «¡Por canalla!».

Marisa. *Tecleando nerviosa y como si fuera por su cuenta.* ¡Por canalla, por canalla, por canalla, por canalla, por canalla!…

Don Félix. ¡Yo no lo he dicho más que dos veces!

Marisa. ¡Pues yo lo he puesto cinco!

Don Félix. No importa: todo es poco.

Marisa. *Pretendiendo disculpar su ímpetu.* ¡Todo es poco! A un hombre como usted…

Don Félix. Sigamos. «A ese mozo, a ese cursilón…».

Marisa. ¿Cursilón?

Don Félix. Sí, sí, cursilón. ¿No le parece a usted?

Marisa. ¿A mí?…

Don Félix. Pues por si acaso escriba cursilón y medio.

Él dicta ya con saña creciente y ella escribe con turbación y angustia.

Don Félix. «… a ese ingratillo, a ese desalmado, fuí yo quien primero que nadie le ayudó a vivir en Madrid, en los años de lucha; quien lo relacionó con personas de viso; quien le mató el hambre algunos días…».

Marisa. «… algunos días…».

Don Félix. «Y luego le abrí las puertas de mi casa, y le otorgué mi confianza absoluta, y lo senté a mi mesa cordialmente».

Marisa. *Estallando.* ¡Ah, qué hombres! ¡Qué hombres! Usted me sabrá perdonar, don Félix, pero me he puesto muy nerviosa.

Don Félix. Ya, ya lo advierto. ¿Tanto le ha impresionado a usted?

Marisa. ¿Cómo no, don Félix? ¡Una conducta así!… ¡Tendría que ser de piedra! ¡Qué hombres! ¡Son el egoísmo refinado; la traición modelada en carne! ¡Es lodo y no sangre lo que les corre por las venas! ¡La leche que del pecho de la madre toman ellos, la vuelven veneno apenas la tocan con sus labios! ¿Quién sostiene en razón que somos de la misma arcilla mujeres y hombres? ¡La mentira es su sombra; la traición, su aire! ¿Cuál ha sido el estúpido que ha dicho que es la mujer un hombre detenido en su desarrollo? ¡Absurdo! ¡Desvarío! ¡No tienen ni una fibra nuestra; no tenemos de común ni un pelo, ni una uña! ¡Hay que combatirlos; hay que aniquilarlos; hay que acabar con todos!

Don Félix. *Que la ha oído con sonrisa irónica y más celoso que contento.* Marisa: usted está enamorada de Lisardo.

Marisa. ¿Yo?

Don Félix. Usted, sí.

Marisa. ¡No, señor!

Don Félix. Sí, Marisa.

Marisa. Bueno… No sé, don Félix… ¡Qué se yo! Lo único que sé es que no hace cinco minutos me ha dicho aquí que me quería.

Don Félix. ¡Ah, bandido! ¡Una hazaña más!

Marisa. ¡Y me ha propuesto casarse conmigo!

Don Félix. ¡Bien! ¡Bien! ¡El mozo es de provecho! ¡No pierde ripio!

Marisa. ¡Ya, ya!…

Don Félix. ¡No quiere perder baza! ¡Pues ya sabe usted de qué color tiene la conciencia… y lo que ha hecho conmigo!… ¡Presuma usted de todo lo que será capaz! ¡Yo en mi vida he sentido un impulso mayor de violencia ni de andar a tiros con un prójimo! ¡Termine usted la carta a su gusto!

Marisa. ¿A mi gusto?

Don Félix. Sí, sí; la dejo a usted en libertad.

Marisa. Muchas gracias. *Se retira hacia el fondo don Félix, desde donde con fruición la contempla. Ella, sin ocuparse de él, y con furia y despecho, golpea la máquina sin temor de romperla.* «¡Además, ese hombre, ese vampiro, ese aventurero, le ha ofrecido su amor a una muchacha honesta, inocente —¿se entera usted, segunda tiple?—; le ha ofrecido su amor eterno; le ha ofrecido casarse con ella!… ¡Le ha dicho, le ha dicho el bellaco…!».

Cae el telón mientras ella continúa tecleando sobreexcitada.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Continuamos en la misma estancia de casa de don Félix, varios días después de los sucesos anteriores. Ha desaparecido la máquina de escribir.

Es al mediodía.

Pasa por el fondo, de izquierda a derecha, Pimpín, botones monísimo. Poco después reaparece conduciendo a nuestro viejo amigo Clemente, en cuyo rostro se ha trocado la expresión melancólica por una sonrisa placentera.

Pimpín. Entre usted.

Clemente. ¿Está doña Concha?

Pimpín. Sí, señor, sí; aguardándolo. Ella misma me ha dicho que sería usted el que llamaba y que le abriese.

Clemente. Don Félix ¿no ha vuelto todavía de la calle?

Pimpín. No, señor: ya sabe usted que almuerza sobre las dos y media.

Clemente. ¿Tú eres nuevo?

Pimpín. Nuevo, sí, señor: trece años.

Clemente. Digo nuevo aquí, en la casa.

Pimpín. Sí, señor: el lunes justamente comencé mis servicios.

Clemente. ¿Y eres niño o niña?

Pimpín. *Con orgullo.* ¡Niña!

Clemente. No te enfades, mujer. Con ese traje, a primera vista, es muy difícil…

Pimpín. Soy prima hermana de Marisa y de las demás.

Clemente. ¡Ah, vamos! ¿Lobo también?

Pimpín. No, señor: Faldero, por mi padre.

Clemente. Faldero… Y Lobo por tu madre, ¿verdad?

Pimpín. Eso es. Hacía falta un botones para la puerta y para los recados urgentes, y Marisa se acordó de mí.

Clemente. ¿Cómo te llamas tú?

Pimpín. Pimpín me dicen.

Clemente. Pimpín…

Pimpín. Lo que pensó Marisa: ¿qué más da un botones que una botones?

Clemente. ¡Claro!

Pimpín. Voy a avisarle a doña Concha. *Se va por la izquierda del fondo.*

Clemente. Anda con Dios: ¡Ni los botones van a dejarnos en su sitio! *Pausa.* ¡Ay!… ¡Nunca esperé yo que mi drama al salir de esta casa había de tener un final tan dulce! ¡Y que estamos como dos chicos!

Aparece por la izquierda del fondo doña Concha, radiante de felicidad. Trae las manos ocultas bajo el mandil.

Doña Concha. ¡Clemen!

Clemente. ¡Concha! Dios te guarde. Cada día estás más guapa.

Doña Concha. ¡La intención de tus ojos!

Clemente. Dame un abrazo, gloria.

Doña Concha. Toma primero esto, corazón. *Con toda precaución le entrega una libra de chocolate y media botella de coñac.*

Clemente. *Enterneciéndose.* ¡Paloma! ¡Que Dios te lo pague!

Doña Concha. *Abrazándolo.* ¡Dios y tú, queriéndome mucho!

Clemente. ¡Queriéndote mucho!… ¿Más todavía?

Doña Concha. ¡Castigador! ¡De Pravia habías de ser para no ser bueno!

Clemente. *Conmovido, entona un aire de su tierra.*

… ¡Y por eso en mí no cabe

partida ninguna mala!

Doña Concha. ¡Ole, tu sangre! ¡Guárdate bien el contrabando! ¡Si lo viera Marisa!

Clemente. ¡A lo que te expones por mi cariño!

Doña Concha. Y ¿por qué mejor? ¡Si no es de ahora, Clemen! ¡Si tú sabes que no es de ahora! ¡Dichosa yo que puedo aliviarte en la desgracia! Y tú no tienes que preocuparte ya por nada de este mundo, cielín. Aquí estoy yo para que tú descanses.

Clemente. Eso no, Concha; yo he de buscar trabajo.

Doña Concha. ¡Tú no trabajas más!

Clemente. ¿Cómo?

Doña Concha. ¡Que no trabajas más mientras yo te viva!

Clemente. *Lloroso.* ¿Qué dices?

Doña Concha. ¡Que ya has trabajado bastante, rico mío! ¡Y que lo que me sobran a mí son comestibles y coñac para tu alimento y tu regalo! ¡Encantiño! *Clemente hace pucheros.* ¡Pero no llores, hombre! ¡Ríete; no seas infeliz! ¿Es de llorar el caso?

Clemente. *Riendo dichoso.* ¡De llorar de alegría! ¡Sino que a mí se me encoge el corazón! Y tú no olvides lo que te tengo dicho, pechugona. Plato que te pida don Félix, no dudes en ponérselo. Me llamas a mí. Yo sé bien sus caprichos y sus gustos. Los macarrones a la Julieta, el timbal de ave a la cazadora, las espinacas a lo jesuita, el capón a la canóniga…

Doña Concha. Disimula ahora, que viene Chatina.

Clemente. ¿Chatina?

Doña Concha. Chatina, sí. Y está muy tonta, muy severa. Se las echa de hombre; no te digo más.

Sale, efectivamente, Chatina por la puerta de la derecha.

Chatina. ¿Eh? ¿Qué es esto? Buenos días.

Clemente. Buenos días.

Doña Concha. Que don Félix tenía capricho por un plato, y he llamado a Clemente para que me lo enseñe y darle al señor esa sorpresa.

Clemente. Sí; el pavo a la diplomática, que le gusta mucho.

Doña Concha. Pero ya se iba.

Clemente. Sí; me iba ya. ¿Usted me manda algo?

Chatina. Nada; muchas gracias.

Clemente. Para servirla siempre. *Se encamina a la izquierda del fondo.*

Doña Concha. *Deteniéndolo.* Por aquí, Clemente. Baje por la escalera principal. ¡Si viene usted elegantísimo!

Clemente. Favor que usted me hace, doña Concha.

Y se van por la derecha los dos.

La indignación de Chatina estalla.

Chatina. ¡Ah, no! ¡Esto, no! ¡Por la escalera principal un catasalsas, no! ¡Ni que venga elegante ni que venga en mangas de camisa! ¡No!

En esto, por la puerta de la izquierda sale Lela, a compartir la indignación de su hermanita.

Lela. ¿Qué pasa, tú?

Chatina. ¡Que esto va a terminarse! ¡Ni como mayordoma, ni como mayordomo lo tolero! ¡Si a muchas mujeres les falta la muela del juicio, a mí, no!

Lela. ¿Pues?

Chatina. ¡Acabo de pescar aquí al cocinero y a tía Concha en idilio flagrante!

Lela. ¡Oh!

Chatina. Y lo peor no es eso: ¡sino que él lleva hinchados los bolsillos!

Lela. ¡Oh!

Chatina. ¡Está mudando la cocina a su casa! ¡Como si lo viera!

Lela. ¡Oh! Pero ¿es posible que así pierdan el seso hasta las mujeres de cierta edad?

Chatina. ¡Todas, Lela, todas! ¡En cuanto asoma el hombre, todas! ¡Es terrible tener que confesarlo! A la edad tuya y mía, nos creamos independientes o no, el amor llama sólo con los nudillos en la puerta; diez años después, da aldabonazos; a la edad de tía Concha, se pone a gritar en la calle para que le abran, sin temor al escándalo. ¡Todas, todas lo mismo! ¿No ves también a nuestras hermanas? ¿Es que están en lo que celebran ahora como antes?

Lela. No; no. ¡El propio don Félix se ha quejado!

Chatina. Suenan los timbres y no acude nadie; Marisa parece sonámbula; Olga le ha cortado una oreja al afeitarlo; Yayata, no se diga: no tiene el coche nunca a tiempo; la comida se quema un día sí y otro no… Vamos a la catástrofe. ¡Perderemos la casa! ¡Esta casa, Lela, que era para nosotras una lotería!

Lela. En cambio, tú y yo, las más jóvenes…

Chatina. Eso: las más jóvenes, sacrificándonos por todas.

Lela. Así, así: sacrificándonos… Porque si yo hubiera querido…

Chatina. ¡Toma! ¡Y yo! ¿Es que aquel de la tienda de las fajas venía nada más que a pasar el rato?

Lela. ¿Y el mío de los refrescos espumosos?

Vuelve Pimpín por donde se marchó.

Pimpín. ¿Chatina?

Chatina. ¿Qué quieres?

Pimpín. Ahí está un señor, que se dice Beltrán Ramírez…

Chatina. ¡Ah, sí! El que fué mayordomo. Mi antecesor. ¿Qué desea?

Pimpín. Empeñado en ver a don Félix.

Chatina. Tú le habrás dicho que no está en casa.

Pimpín. Y me ha contestado que le es igual ver a una de vosotras.

Chatina. ¿Sí, eh? Pues que entre. Justamente yo le tengo ganas y hoy me sobra pólvora en el cuerpo. Que entre, que entre.

Pimpín. *Marchándose.* ¡Tararí!

Lela. ¿Dónde está Marisa?

Chatina. En la secretaría creo que está.

Lela. Y allí, ¿qué hace?

Chatina. Fingir que trabaja cuando la ves y hablar sola cuando la dejas. Lo de Marisa es lo más grave.

Lela. ¡Dichosos hombres! ¡De una forma o de otra siempre vienen a trastornarnos!

Chatina. ¡Ay!… ¡A ver qué tripa se le ha roto a este cascarrabias de viejo!

Se sientan las dos para recibir a Beltrán, que aparece por la izquierda del fondo.

Beltrán. ¿Dan ustedes su permiso?

Chatina. Adelante.

Beltrán. *Reconociéndola.* (Me alegro, el perdigón). Buenos días.

Lela. Buenos días.

Chatina. Usted dirá.

Beltrán. Deseaba hablar con el señor.

Chatina. No está en casa.

Beltrán. Sí; eso me ha dicho el chico.

Chatina. No es chico; es chica.

Lela. Es chica.

Beltrán. ¡Ah! ¿También es chica? Me pareció chico. Bueno, ahora pasa con hombres y mujeres lo que con los canarios: que hasta que no ponen un huevo no se sabe qué son.

Chatina. Todo eso está de más. Y encima es una impertinencia.

Beltrán. No lo dije por tanto. Pues yo venía a despedirme de don Félix. Me marcho esta tarde a Sevilla, y no quería irme sin cumplir con él.

Chatina. Gracias en su nombre. Es usted muy fino. Yo le daré cuenta de su visita.

Beltrán. Era un deber mío el hacerlo así. Esté yo donde esté, siempre seré un servidor suyo. No salto como los gorriones porque sí de una rama a un alero.

Chatina. ¿Como los gorriones? ¿Tiene usted tienda de pájaros, por casualidad? ¡Porque gasta unas comparaciones de volatería!…

Beltrán. No, señorita, tienda no tengo; pero soy aficionado a las aves, por chicas que sean. Lo que tengo es un loro, que me entretiene mucho.

Chatina. Un compañero en la casa no estorba.

Beltrán. Por cierto que nunca he sabido explicarme por qué razón habla tanto el loro y la lora nada.

Chatina. ¡Caprichos de la Naturaleza!

Lela. ¿Y va usted a Sevilla de caza o de turista?

Beltrán. ¡Mira también el pájaro mosca! Nada de eso: voy muy bien colocado.

Chatina. ¿Sí, verdad?

Lela. ¡Que sea enhorabuena!

Beltrán. La recibo gustoso. Y esto, cabalmente, era lo que quería comunicarle a don Félix primero que nada. Voy a casa de una señora a quien hasta el presente le servían mujeres nada más.

Chatina. ¡Ah!

Beltrán. Pero un buen día se ha levantado decidida y las ha puesto a todas en la calle.

Lela. ¿Un buen día?

Beltrán. Y ahora va a hacerse servir tan sólo por hombres.

Chatina. ¿Se ha vuelto loca?

Beltrán. No: estaba loca y ha recobrado la razón.

Chatina. ¡Que se cree eso el médico!

Lela. ¿Es decir, que ha hecho esa señora todo lo contrario que don Félix?

Beltrán. ¡Ni más ni menos, señorita!

Lela. Allá cada cual con sus gustos.

Chatina. Pero no deje usted de venir también por aquí cuando se arrepienta la señora.

Beltrán. ¡Qué gracia! ¡No me iba yo del todo contento si no enteraba de esto a don Félix!

Chatina. O a nosotras, ¿no?

Beltrán. O a ustedes, sí.

Chatina. Pues lo sabrá don Félix con sus mismas palabras de usted. Soy taquimeca.

Beltrán. Muchas gracias.

Chatina. ¿Algo más?

Beltrán. Nada más.

Chatina. Pues el tiempo es oro.

Beltrán. Entendido. Que lo pasen bien.

Lela. Buenos días.

Chatina. *A Beltrán, que se dirige hacia la derecha.* ¡Chist, chist: por la escalera de servicio!

Beltrán. ¡Ah! ¡Bien! (¡Lástima de escopeta!). *Se retira por la izquierda del fondo.*

Lela. ¡Va que bufa!

Chatina. ¡Le ha sentado como un veneno!

Lela. ¡Y venía a darnos remoquete!

Chatina. ¡Muy divertido!

Por la derecha vuelve oportunamente doña Concha, a advertirles que ha llegado el señor.

Doña Concha. Don Félix; ahí está don Félix.

Chatina. *Sulfuradísima.* ¿Y la ha cogido a usted de charla con el cocinero?

Doña Concha. Sí. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? ¡Rediez con doña María la Brava! *Se va a sus dominios.*

Chatina. ¿Ves? ¿Ves tú?

Lela. ¿No he de ver, Chatina?

Chatina. ¡Voy a prevenir a Marisa, no ande por las nubes también! ¡Ay, Dios! ¡qué criaturas éstas! *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Lela aguarda en correcta actitud.

De la calle llega don Félix, con gesto de disgusto. Se quita el abrigo y el sombrero y se los da a Lela sin palabras. Ésta los coge reverentemente y se marcha por la puerta de la izquierda sin rechistar.

Don Félix. *Cuando se queda solo, dirigiéndose a la derecha del fondo.* Yayata,

pase usted.

Y pasa Yayata, con aire de persona que teme una reprimenda.

Yayata. Mándeme usted, don Félix.

Don Félix. No quiero que se enteren de esto Marisa ni sus otras hermanas.

Yayata. Descuide, por mí.

Don Félix. Me cuesta violencia, pero tengo que reñirle a usted.

Yayata. ¡Don Félix!

Don Félix. Y no es a usted sola. La casa, desde hace unos días, no es la misma. Aquel orden y aquella pulcritud se han convertido en desorden y en abandono.

Yayata. No, don Félix.

Don Félix. Sí, Yayata. Ahora mismo acabo de encontrarme en la escalera, de palique, a doña Concha y a Clemente, mi antiguo cocinero.

Yayata. Explicándole algún postre, quizá.

Don Félix. ¿En la escalera principal, Yayata? ¡He tenido yo que subir a pie porque ella había pedido el ascensor para que él bajase! ¿Qué es esto? ¡Y no le explicaba ningún postre, no; le estaba enseñando una praviana!

Yayata. ¡Santa María!

Don Félix. ¡Ésa!

¡Santa María!

¡Hay en el cielo una estrella

que a los asturianos guía!

¡Se la he oído muchas veces a ese borrachín! ¡Y ahora también comprendo por qué todos los platos de doña Concha me van sabiendo ya a lágrimas de Clemente! No, no; esto, no. Pero, en fin, vamos a lo de usted.

Yayata. Usted dirá la queja que tiene.

Don Félix. ¿Cree usted, en conciencia, que me sirve como cuando llegó? ¿Que cuida el coche como lo cuidaba?

Yayata. ¿No, don Félix?

Don Félix. Usted sabe demasiado que no. ¿Cuándo ha hecho mi coche al subir las cuestas ese ruido de taxi de toros?

Yayata. Desde el accidente…

Don Félix. No; no le echemos la culpa al accidente. El coche se arregló. Y el motor no había sufrido daño alguno. Es falta de cuidado; es no dedicarle la atención ni el tiempo que al principio. *Yayata se aflige.* No, no me llore usted, porque un chofer llorando no se concibe. ¡Sobre que estoy ya muy escarmentado de lágrimas! Y que no me han de ablandar las suyas. Porque, además, la puntualidad cronométrica de usted se ha evaporado: la cito a las cinco y viene cerca de las seis.

Yayata. Eso no ha pasado más que un día… y ya le dije a usted…

Don Félix. Eso pasa un día sí y otro no. Le hablo a usted y está pensando en otra cosa; le doy una orden y no se entera. ¿Qué le ocurre, niña? ¿Se ha enamorado usted? *Ella baja los ojos.* ¿Se ha enamorado usted, Yayata?

Yayata. *Con salvaje sinceridad.* ¡Como una burra!

Don Félix. ¡Yayata!

Yayata. Sí, señor don Félix. Disimule usted la expresión.

Don Félix. ¡Como una burra! ¡Una mujer que quiere llevarme siempre a ciento por hora se enamora como una burra!

Yayata. Tengo esa desgracia… o esa suerte.

Don Félix. Según quien sea el burro.

Yayata. No se burle usted; yo se lo ruego.

Don Félix. Usted ha tenido la culpa. ¿Quién es él, Yayata? ¡Porque esto nos va a traer unas complicaciones!… ¿Quién es él? ¿Lo conozco yo, acaso?

Yayata. Sí, señor… hasta cierto punto.

Don Félix. ¿Cómo se llama?

Yayata. Agapito.

Don Félix. ¿Mi chofer? ¡Yayata! ¡Ése no es un burro; es un pillo!

Yayata. Lo era.

Don Félix. ¡No se haga ilusiones, inocente! Cuando se han tenido las viruelas es muy difícil que no queden señales.

Yayata. Pues me trae loca. Yo no sé si es el habla andaluza… ¡Siempre había soñado con que me quisiera un andaluz!

Don Félix. ¡Mire usted qué demonio!

Yayata. Es un chico fino, de muy buena familia…

Don Félix. De la familia yo no he dicho nada. Pero ¿usted sabe… usted sabe que él tiene… o que él tenía…?

Yayata. Lo sé, sí, señor. Es una cuenta liquidada.

Don Félix. Será la única.

Yayata. Hemos mandado a su pueblo a esa mujer. Con los ahorrillos de él y los míos se ha dado por contenta.

Don Félix. Las hay condescendientes, sin duda.

Yayata. ¡Y me trae loca, ya le digo a usted!

Don Félix. Eso lo había advertido; aunque sin sospechar la causa.

Yayata. ¡Si yo le contara a usted que el accidente que tuvimos fué por culpa suya!

Don Félix. ¿De quién?

Yayata. ¡De Agapito! ¡Lo vi de pronto en el café con la prójima! ¡Y se me fué el coche al mostrador!

Don Félix. ¡Ah! Pues esto se enreda más aún, Yayata. Un amor tan impetuoso es un riesgo constante para mi coche. Y aunque lo tengo asegurado, mis costillas no lo están todavía.

Yayata. En cuanto a eso, yo le prometo a usted…

Don Félix. Nada, Yayata; no me prometa nada. Yo hablaré con Marisa. Esta revelación de usted me asoma a un horizonte nuevo. Nuevo y con muchas nubes… Hablaré con Marisa. ¿Usted sabe por casualidad si su tía Concha se ha vuelto también loca por el cocinero?

Yayata. Tanto como loca, no diría… Ellos siempre han tenido un *flirt*… un *flirt* dulzarrón…

Don Félix. Sí: ¡dulce de cocina! ¡Vaya, vaya! Ahora sí que sí… ¡Esto es bueno! Que sí, que sí… Hablaré con Marisa. Hasta luego, Yayata.

Yayata. ¿Encierro el coche?

Don Félix. Sí; enciérrelo usted. ¡Por si también se ha vuelto loco! *Se va por la puerta de la izquierda.*

Yayata. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡La mujer que se enamora, está perdida! ¡Perdida! *Lloriquea.*

Vuelve Pimpín por donde se marchó, flechada al teléfono. Pero al ver a Yayata, disimula su intención y se dirige a ella.

Pimpín. ¡Yayata!

Yayata. ¡Hola, Pimpín!

Pimpín. ¿Qué tienes, primita preciosa? ¿Estás llorando?

Yayata. ¡Llorando estoy, Pimpín!

Pimpín. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Yayata. ¡Ay, Pimpín! ¡No te enamores nunca!

Pimpín. ¿Eh?

Yayata. ¡No te enamores nunca! *Y se va por la derecha del fondo, conteniendo el llanto.*

Pimpín. ¡Mecachis! Tarde llega el consejo. *Se cerciora de que nadie la observa y va al teléfono a comunicarse con su amor.* Oiga: ¿es la Pensión China? —¿Está el botones? —Pedrito, sí. —Dígale que lo llama su madre. —¡Su madre! ¡Tres días sin verlo! —¿Pedrito? —Sí; soy yo; tu Pizquilla. —¡Ah! ¿Está ahí el suizo? Bueno; él no me oye; tú no me contestes más que sí o no. —Es que quiero decirte que te han visto con la taquillera del *Metro*, en un bar; y que soy capaz de partirte la cara, sinvergonzón. No se te olvide que tu novia es una pasional. *Por la puerta de la izquierda sale Olga, que va a la calle, y sorprende el coloquio.* Has pasado por aquí ayer de mañana y no has hecho por verme. ¡El domingo te ajustaré las cuentas!… ¡Tararí! ¡Ya cortó el suizo! Le ha debido de dar un puntapié. Porque he oído: ¡ay! ¡Y con aquella bota llena de clavos!… *Deja el aparato y se da de manos a boca con Olga.*

Olga. ¿Con quién hablas tú por teléfono?

Pimpín. *Sin inmutarse.* Con el chico de la tienda. Me dijo tía Concha que necesitaba judías…

Olga. ¿Judías, eh? Pues eso se pide por el teléfono de allá dentro. Y ten cuidado no sea cosa que a la vez que el suizo le da al otro mono con la bota de clavos, te dé yo a ti con mi zapato de punta fina.

Pimpín. ¡Tararí! ¡Me pescaron! *Y se va por la izquierda del fondo.*

Olga. ¿Habrase visto, la mocosa? ¡Qué pronto apunta el germen! ¿Quién lo habrá traído a la casa? ¡Va siendo epidémico!

Vuelve don Félix por donde antes se fué.

Don Félix. Olga, ¿usted viene pronto?

Olga. Sí, señor; muy pronto. No voy más que a la perfumería por algunas cosillas. El elixir del pelo, la crema para el cutis… *Acercándosele y tocándole la cara con mimo.* Sí; aquella espinilla se extirpó.

Don Félix. Sí, sí.

Olga. ¿Quería usted algo?

Don Félix. No… Sino que como me dijo usted esta mañana durante la friega

que deseaba hablarme…

Olga. ¡Ah, sí! Luego.

Don Félix. Luego; bien.

Olga. *Con decisión rápida.* ¡O ahora, qué demonio!

Don Félix. *Un tanto sorprendido.* ¡O ahora! A gusto de usted.

Olga. ¡Pues a mi gusto! ¡Ahora!

Don Félix. Vamos a ver: ¿qué es ello?

Olga. La cosa más natural del mundo, si algo en él tuviera pies y cabeza. Es idea mía, criterio mío. Lo defiendo, y al defenderlo rompo una lanza por la dignidad de la mujer.

Don Félix. Oiga usted, si es una conferencia, vamos a dejarla para la noche.

Olga. No, no es una conferencia: es una explosión sentimental. ¿Por qué ley divina ni humana ha de estar la mujer preterida desde la cuna, desde el primer aliento?

Don Félix. ¿Preterida? No lo veo yo así.

Olga. Pues así es, don Félix. Desde la cuna. Voy a demostrárselo a usted. En el caso de un parto doble…

Don Félix. ¡Vaya si es una conferencia!

Olga. No lo es; no señor. Esté usted tranquilo.

Don Félix. ¿Tranquilo?

Olga. Tranquilo, sí. En el caso de un parto doble, si son varón y hembra, la ley de los hombres establece una excepción que es irritante: aunque nazca primero la hembra, le concede la prioridad al varón. ¿Lo quiere usted más claro? ¿Qué le parece a usted?

Don Félix. A mí, muy mal. Las señoras, siempre delante.

Olga. No, no; sin bromas. Y así, desde ese desdichado comienzo, primero la

niña y luego la mujer soltera han de soportar toda clase de privilegios en favor de los hombres.

Don Félix. Sí, ya me ha dicho usted algunas veces, entre otras ocurrencias, que usted es partidaria de que las muchachas, por ejemplo, se vayan por ahí de juerga y gocen libremente de la vida.

Olga. ¡Igual que los muchachos! ¿Por qué no, don Félix?

Don Félix. ¡Porque no, Olga; porque no! La explicación me llevaría muy lejos… y no quiero ir. Pero, vamos a ver: toda esta conversación, ¿a qué viene ahora? ¡Yo estoy turulato!

Olga. Verá usted a lo que viene, amigo mío. Una de las cosas que más me sublevan a mí de esta constante vejación femenina es que la mujer haya de esperar siempre a que el hombre le diga: «Me gustas».

Don Félix. Pues ¿quién se lo ha de decir si no es el hombre?

Olga. No me ha entendido usted. ¿Qué razón hay para que ella no tome la iniciativa? ¿Por qué no ha de ser ella quien le diga a él: «Me gustas, hombre»?

Don Félix. Pues, sencillamente, porque sin llegar a esa claridad que su rubor rechaza, la mujer tiene mil medios delicados de insinuarle al hombre su predilección; de acercarlo a ella…

Olga. ¡Prejuicios, prejuicios anacrónicos! ¡El rubor es una zarandaja! Si a una mujer le gusta un hombre se lo debe decir.

Don Félix. ¡Bueno! ¡Por mí, que se lo diga!

Olga. ¡Es que… este es mi caso!

Don Félix. ¿Cómo?

Olga. ¡Que este es mi caso!

Don Félix. ¿Su caso?

Olga. ¡Usted me gusta a mí, don Félix!

Don Félix. ¡Olga! ¿Qué me descubre usted?

Olga. ¡Que usted me gusta; que no callo más tiempo!

Don Félix. ¡Pero, hombre! Digo, ¡pero, mujer! ¿Hoy es martes, 13? ¡Porque ha amanecido un diíta!…

Olga. Para mí el más dichoso, puesto que he abierto mi corazón.

Don Félix. ¡Vaya, vaya! ¡En mi vida me ha pasado otra! ¡Qué juego de ojos! … Yo estaba por pedir un abaniquito…

Olga. No se burle, don Félix; no se burle, que esto es muy serio.

Don Félix. No me burlo, Olga; ¡qué disparate! Me sobrecojo… casi me ruborizo… ¡Es indudable que el mundo cambia!… En fin, amiga mía, ¿qué decirle? … Yo lo pensaré… *Con transición brusca.* Pero, no; no lo pienso. El amor siempre es irreflexivo. En amor lo que vale es el impulso; el flechazo.

Olga. ¡Verdad!

Don Félix. ¿Yo le gusto a usted?

Olga. ¡Intensamente!

Don Félix. ¿Desde cuándo?

Olga. ¡Desde el primer día que le vi la espalda!

Don Félix. ¡Qué contrariedad, Olga!

Olga. ¿Por qué?

Don Félix. ¡Cuánto lo siento, amiga mía!

Olga. ¿Por qué?

Don Félix. ¡Porque usted a mí no me gusta!

Olga. ¡Don Félix!

Don Félix. ¡Olga!

Olga. Eso que usted me dice…

Don Félix. Es una descortesía indigna de mí…

Olga. ¡Justo!

Don Félix. Una grosería, si usted quiere. Pero tenga en cuenta que usted hacía ahora el papel de hombre y yo el de mujer. Y piense que, siendo así, he estado suave todavía; porque si a mí un hombre de veras me dice a quema ropa, como usted me ha dicho, que yo le gusto, ¡sale por el balcón!

Olga. ¡Mi madre! ¡Sigue el chaparrón de inconveniencias!

Don Félix. En estos cambios de posición modernísimos hay que estar a las duras y a las maduras. Compréndalo usted. Usted me gusta a mí para el puesto que hoy tiene a mi lado… para confidente… para amiga… Pero para otra cosa, no; para otra cosa, no…

Olga. *Despechada.* ¡Bien! ¡Bien! ¡El eterno obstáculo! ¡El absurdo eterno! ¡Pesa sobre ambos sexos una condenación perdurable! ¡Debemos atraernos, amarnos y entendernos, y no nos entenderemos nunca!

Don Félix. ¡Pues usted tuvo dos maridos!

Olga. ¡Y no me entendí con ninguno de ellos!

Don Félix. ¡Por eso se murieron, quizá!

Olga. ¡No lo sé! ¡No nos entenderemos nunca!

Don Félix. Disparatando, nunca.

Olga. Hasta luego, don Félix.

Don Félix. Hasta luego, Olga.

Olga. ¡Hacen bien algunos árabes en matar a sus hijos cuando les nacen hembras! *Se va por la derecha del fondo, rabiosa.*

Don Félix. ¡Buena va la danza! ¡Empiezan a sacar los dientes los cinco Lobitos!

Oportunamente sale Marisa por la puerta del mismo lado.

Marisa. ¿Era con Olga la disputa?

Don Félix. ¡Marisa!

Marisa. ¿Era con Olga?

Don Félix. Con Olga, sí.

Marisa. ¿Ha salido?

Don Félix. Ha salido… por peteneras.

Marisa. ¿Por qué peteneras?

Don Félix. ¡Oh! ¿Qué cree usted que me ha dicho… la viuda alegre?

Marisa. ¿Qué le ha dicho a usted?

Don Félix. ¡Que le gusto!

Marisa. ¿Que usted le gusta?

Don Félix. ¡Con todas sus letras: que le gusto yo; que le gusta don Félix!

Marisa. *Contrariada.* ¡No puede ser!

Don Félix. ¿No puede ser?

Marisa. ¡No!

Don Félix. Esto todavía es más curioso. ¿No puedo yo gustarle a una viuda?

Marisa. ¡Y a ciento! ¡Y a muchas casadas y a muchas solteras también! Pero la mujer que recibe de un hombre el premio de un trabajo, aunque ese hombre la atraiga como un abismo, debe callar, debe disimular sus sentimientos. ¡Es un principio de decoro!

Don Félix. Pues Olga no opina así, por lo visto. Usted, en su caso, ¿tendría resistencia para callar?

Marisa. ¡Estoy segura! Alguna vez le he puesto ya un candado a mi boca y un velo a mis ojos.

Don Félix. ¿Por quién, Marisa?

Marisa. Eso lo saben las sombras de mi alcoba, que se van con la luz del día.

Don Félix. Pero no se disguste usted demasiado.

Marisa. ¿Cómo no, don Félix, si estas hermanas…? ¡Qué cabezas! ¿Se ha enterado usted de lo de Yayata?

Don Félix. Diez minutos antes que de lo de Olga. Y me ha dado pena. Quería yo hablarle a usted… ¡Enamorarse de ese pillastrón… de ese desaprensivo! …

Marisa. Enamorarse es poco. Está ciega. ¡Se van a casar!

Don Félix. No me sorprende. Tal como se ha expresado ella… Y, figúrese usted, Marisa…

Marisa. Sí, sí, don Félix; me hago cargo…

Don Félix. ¡Todavía no son más que novios… y ya flaquea bastante en su obligación!

Marisa. ¡Ah! ¡Pues ese es mi disgusto! ¿Cree usted que no he visto el trastorno presente y que no adivino el porvenir? Yayata, como llegue a casarse, no hará ya más que lo que quiera su marido. ¡Como todas las mujeres que se casan!

Don Félix. ¿Como todas?

Marisa. ¡Como todas! Las que se casan, digo.

Don Félix. Ahí tiene usted: yo opinaba de otra manera. Yo creía que, hasta el matrimonio precisamente, no era la mujer dueña verdadera del hombre.

Marisa. ¡Está usted fresco! En todo matrimonio se ríe el marido de la mujer.

Don Félix. O viceversa.

Marisa. ¡Nada de viceversa!

Don Félix. Oiga usted la voz general. Refranes, sentencias, aforismos…

Marisa. ¡Bah! ¡Literatura de los hombres, sátira de los hombres, befa de los hombres!…

Don Félix. Y ¿por qué esa befa?

Marisa. ¡Por su egoísmo repugnante! ¡Porque sobre hacerlas esclavas, quieren fingirse víctimas!

Don Félix. Pero ya hay divorcio.

Marisa. ¡Divorcio! ¡Ríase usted! ¡Otra ficción legal para seguir burlándose de ellas!

Don Félix. Me parece, Marisa, que delira usted un poquito… Póngase el termómetro.

Marisa. No hace falta: deliro. Segura estoy de que deliro. Llevo tres días barajando quimeras y disparates en mi cabecita atormentada. No duermo. Paso las noches con los ojos de par en par.

Don Félix. ¿Y eso…?

Marisa. Pues eso… Eso, don Félix, es consecuencia de algo sucedido en esta casa. Eso, don Félix, es que usted y yo tenemos que hablar.

Don Félix. ¡Ay!

Marisa. ¿Qué hay?

Don Félix. ¿Otras peteneras, Marisa?

Marisa. No, señor: se trata más bien de unos pasos de baile.

Don Félix. No entiendo…

Marisa. Yo he dado esos pasos. Usted me perdona o no me perdona; pero como he creído un deber y una necesidad darlos, los di.

Don Félix. ¿Al son de qué música?

Marisa. De una música de mi conciencia. Vístase usted de serio para oírme.

Don Félix. Ya estoy como un ajo.

Pausa. Él la mira con curiosidad, queriendo penetrar en su pensamiento.

Marisa. Don Félix: Paquita López lo engañaba a usted.

Don Félix. ¡Pero, Marisa, si eso ya se ha dicho hasta por la *radio*!

Marisa. Es cierto: es cosa del dominio público.

Don Félix. Evidentemente.

Marisa. Pero esto otro es nuevo para usted: lo engañaba, sólo que no con Lisardo Ferrera.

Don Félix. ¡Marisa!

Marisa. Sino con otro hombre.

Don Félix. ¿Quién le ha contado a usted ese cuento chino?

Marisa. La propia interesada.

Don Félix. ¿Eh?

Marisa. Paquita López; sí, señor. Ella misma. Anoche, en su camarín del teatro…

Don Félix. ¿Ha ido usted allá?

Marisa. ¡No, que se juega! Me importaba muchísimo. Me recibió como vino a éste mundo.

Don Félix. Sí; con su traje de escena.

Marisa. ¡Y qué tristeza me dió verla cara a cara y considerar la ignominia de su trabajo! ¡Ignominia que alcanza a tantos hombres!… Yo, que me he sentido y me siento capaz de los mayores sacrificios por defender mi vida, le declaro a usted que a exhibirme como Paquita López no llegaría jamás. En fin, don Félix, me dió tal lástima, que me dominó en su presencia este pensamiento: «¡Qué bien hace esta infeliz mujer en burlar a todos sus amantes!».

Don Félix. No deja de ser una opinión. Por mí ya está absuelta. Y ¿ella le dijo a usted…?

Marisa. Ella habló por los codos. Con ingenuidad, con desenfado, con inconsciencia. Es monísima.

Don Félix. Monísima, sí…

Marisa. Me hizo pasar a la sala a ver la función… y luego me invitó a cenar en su casa, para explayarse más a gusto. Y cenamos juntas.

Don Félix. ¡Hola, hola! ¿De juerguecita con la segunda tiple? ¿Qué me cuenta usted?

Marisa. Lo que mucho vale, don Félix… A las cuatro de la madrugada me recogía…

Don Félix. ¡Ah, trasnochadora!

Marisa. Pero venía contenta. Ya sabía la verdad.

Don Félix. Y ¿cuál es la verdad?

Marisa. Que Paquita López engañaba a usted y engañará a todos sus amantes con un amigo predilecto. Ella dice que esa finca hay que tomarla con esta hipoteca.

Don Félix. ¿Le llama hipoteca?

Marisa. Es gracioso, ¿no?

Don Félix. Regular. Y el amigo predilecto ¿quién es? ¿No es Lisardo Ferrera?

Marisa. No es Lisardo: que es lo que a usted y a mí nos interesaba.

Don Félix. Y ¿qué explicación tiene entonces que Lisardo subiera algunas noches a deshora al ático en que vive Paquita?

Marisa. No subía tampoco a ese ático; sino al de la izquierda.

Don Félix. ¿Al de la izquierda?

Marisa. Donde habita una mujer casada. Ni era además Lisardo Ferrera, el calumniado ex secretario, sino un primo suyo, calaverón, de igual nombre. Por él precisamente supo nuestro Lisardo alguna vez de las trapisondas de Paquita, y pretendió con toda lealtad abrirle a usted los ojos.

Don Félix. Pero ¿eso es así?

Marisa. Pero ¿usted cree que una mujer que busca una verdad se deja engañar como un hombre?

Don Félix. Lo que yo creo, Marisa…

Marisa. Lo que debe usted creer ante todo es que ha cometido una injusticia; y lo que debe usted en seguida es remediarla.

Don Félix. ¡Remediarla!… Es que no se da usted cuenta, Marisa, del estado de mi ánimo en este instante… A mí me da usted una gran alegría demostrándome que Lisardo Ferrera no es un mal amigo; pero el interés que usted ha puesto en ello… me amarga, me enturbia esta alegría.

Marisa. Don Félix… Lo primero es que crea usted a pies juntillas en la verdad. Es la base de todo. Lisardo ha de venir a hablarle.

Don Félix. ¿Ha de venir?

Marisa. ¡Pues claro! Está dolido, apenadísimo; llagado del sambenito que usted le cuelga… Y ha de venir.

Lisardo, que momentos antes ha aparecido por la derecha del fondo y ha oído esta frase, se adelanta y dice: ***Lisardo****. No es que ha de venir: es que ha venido ya.*

Don Félix. ¡Lisardo!

Marisa. ¡Lisardo!

Don Félix. ¿Quién lo autoriza a usted…?

Lisardo. Don Félix, cuando se trata, como ahora, de la defensa de mi buen nombre, comprenda usted que no he de andarme con aquí la puse. Pero, en último término, me autoriza a volver a su casa de usted lo que Marisa ha hecho en defensa mía.

Marisa. Yo dejo a ustedes solos.

Lisardo. No. Es preciso que oigas cuanto le voy a decir a don Félix.

Don Félix. Antes sería preciso que usted me oyera a mí.

Lisardo. ¡Error de errores! ¡Permítame usted que le contradiga! Puesto que usted ha de fallar, no sólo es lógico, sino cristiano, que oiga mis descargos primero.

Don Félix. Acabo de oírlos de una boca más interesante que la suya. Sé ya cuanto pudiera usted decirme.

Lisardo. Pero no ha oído usted el acento de mi amargura y de mi protesta. Y ése va usted a oírlo.

Don Félix. ¡Lo oigo, lo oigo! ¡Vaya si lo oigo! ¡En ese terreno lo conozco a usted bien!

Lisardo. Usted podrá mofarse de mí, y llamarme aprendiz de orador, y mal abogado, y charlatán, y pedante, y cursi, si usted quiere; pero traidor no me lo llama. Ni se lo consiento, ni lo soy.

Marisa. ¡No lo es!

Don Félix. Y yo ya estoy convencido de ello. Creo que he empezado por declararlo.

Lisardo. Y si no lo estuviera aún, o si dudase luego todavía, tiene muchos días por delante para acabar de convencerse.

Don Félix. ¡Lo estoy ya, señor! ¿Cómo he de decirlo?

Lisardo. Pues a pesar de ello, voy a darle a usted ahora mismo una nueva prueba de que soy un hombre leal, de una sola cara; que no conspira en las tinieblas, sino que habla a la luz del sol.

Don Félix. Venga, venga esa prueba ya; la espero impaciente.

Lisardo. A mí me gusta esta mujer.

Marisa. ¡Lisardo!

Don Félix. Y a mí también me gusta.

Marisa. ¡Don Félix!

Lisardo. ¡Porque sé que le gusta a usted he querido yo decirle a las claras que me gusta a mí!

Don Félix. ¡Porque me gusta a mí esperaba impaciente que usted me dijera que le gusta a usted!

Lisardo. ¡Es que yo sueño con casarme con ella!

Marisa. ¡Lisardo!

Don Félix. ¡Toma! ¡Y yo también!

Marisa. ¡Don Félix!

Don Félix. Pues ¿qué otro sueño sino ése puede acariciarse con esta criatura?

Marisa, alternativamente, inclina su ánimo y dirige sus miradas y sus pasos al uno o al otro, según los va oyendo.

Lisardo. ¡Esas ideas son nuevas en usted!

Don Félix. Flamantes, mi amigo. ¡Como nacidas de ella misma!

Lisardo. Es que lo que en usted puede ser caprichoso y efímero, por ser tan nuevo, es en mí consustancial de mi educación y de mi espíritu. Yo he pensado siempre, he deseado siempre unirme a una mujer independiente, libre, trabajadora, con quien laborar y vivir.

Don Félix. Pues yo he resuelto en estos días hacerme esclavo de una mujer trabajadora para libertarla de la esclavitud de su trabajo.

Lisardo. ¡Y hacerla esclava de otro modo!

Don Félix. ¡Esclava! ¡Las cadenas de un amor compartido no son nunca cadenas! Tenemos muy distinta idea de la esclavitud y de la libertad usted y yo.

Lisardo. ¡Pero muy distinta! ¡De la libertad, de la esclavitud… y hasta del amor!

Don Félix. ¡De todo! Ayer estuvo aquí una amiguita de Marisa, mujer moderna, con aires de libre y de avanzada. Va a una oficina desde las ocho de la mañana a las dos de la tarde; va a otra oficina desde las cuatro hasta las nueve; y por la noche, para refrescar, tiene un novio celoso. ¡La mujer libre! Miren bien lo que hacen los feministas de última hora, no le den a la mujer dos esclavitudes en vez de una: la del amor y la del trabajo.

Lisardo. ¿Dos esclavitudes porque nos esforzamos en igualarlas en derechos al hombre; porque procuramos que para ese fin se hagan cultas; porque las

consideramos capaces de cuanto el varón pueda serlo; porque pretendemos que aprendan a trabajar con independencia del hombre, por si la voz del amor no llega a sus oídos; porque forjamos leyes que las protejan y las amparen?… ¿Dos esclavitudes por todo esto?

Don Félix. ¡Ah, sí, sí! ¡Entendido! ¡Los mismos deberes y los mismos derechos del hombre! ¡Y análogos trabajos, aunque su naturaleza y la misión que las trajo al mundo sea tan distinta! ¡Que bajen a la mina, que suban al andamio, que se agoten en oficinas y talleres!…

Lisardo. ¡No, no! ¡Hemos de seguir, por los siglos de los siglos, cegando sus ojos con el polvillo de oro de los madrigales, a fin de que no vean la feroz tiranía a que los hombres las condenan ni el cepo amable en que las quieren sujetar! ¡Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo…!

Don Félix. ¡Qué tontería! Más que con Don Quijote que, por lo menos a ratos, estaba loco, convengo yo con Sancho Panza, que decía como un sabio: «El hombre es hombre, y la mujer, mujer».

Lisardo. ¡Sí! «Las mujeres son los pájaros más bellos de la tierra», pensaba Musset.

Don Félix. ¡No! «Las mujeres son más que ángeles, porque son madres», pensaba Castelar. ¡Yo también tengo mis clásicos, amigo! Convénzase usted, joven feminista: cuantas veces cruce la Humanidad un desierto, abrasada y sedienta, el primer sorbo de agua que se encuentre se lo beberá una mujer.

Marisa. Pero ¿cuál entre todas, don Félix?

Don Félix. ¡Oh! La más tierna… la más bella… ¡la más mujer!

Lisardo. No crea usted que a mí me falta comprensión ni ternura para entender eso, por muy hombre de mi siglo que sea. De más me sé yo que en una civilización ideal, en una aurora muy lejana, quizá no trabajen las mujeres.

Don Félix. ¡En una civilización ideal, ni las mujeres ni los hombres!

Lisardo. Pero ¿concibe usted al hombre sin trabajar?

Don Félix. ¡Ya lo creo! ¡Y he visto muchísimos ejemplos!

Lisardo. Pues yo no sabría vivir sin el noble cansancio del trabajo.

Don Félix. Ya aprendería usted. Por mi parte le aseguro que sólo trabajaría, llegado el caso… para que no trabajase mi mujer: la madre de mis hijos.

Lisardo. ¡Viejas ideas!

Don Félix. Pero ¿presume usted que son nuevas las suyas? Las ideas, como las modas, se van y vuelven. Más firmes y más seguros son los sentimientos.

Lisardo. Bien, don Félix. Terminemos este torneo, esta discusión, que es enojosa para los tres. Ya sabe usted quién soy. Yo sé, en conciencia, que no soy indigno de su amistad. Y tú, Marisa, ya has oído que te quiero… y cómo te quiero. *Inclina ante los dos la cabeza y se va por la derecha del fondo.*

Marisa. ¡Lisardo!

Don Félix. Pues yo, Marisa, contaba con haberte hablado de todo esto en ocasión más íntima y discreta. Me ha forzado ese hombre. Ahora no quiero ya fatigarte ni confundirte más… y te dejo con sus mismas palabras: ya has oído que te quiero… y cómo te quiero. *Y tras otra inclinación de cabeza semejante a la de Lisardo se marcha por la puerta de la izquierda.*

Marisa. ¡Don Félix! *Turbado el ánimo, una vez a solas, se pregunta:* ¿Quién me dirá a mí ahora a cuál prefiero de los dos? ¿Qué espíritu extraño, qué diablillo travieso me lo dirá?

Una pausa de recogimiento. Sacude luego la cabeza como si despertara de un sueño, y se dirige al público.

Acabó la comedia. Nuevamente se rompe el hechizo de la ficción escénica: de nuevo rasgo con mis manos la malla sutil que separa a espectadores y comediantes; a testigos atentos de la invención y a personajes que le prestaron apariencia de realidad. Y Marisa se atreve a esperar de ustedes una luz y un consejo, en la duda en que la han sumido esos dos hombres. Porque Marisa, tan resuelta en la vida, vacila y tiembla ante su amor. ¿Por qué no han de ser ustedes, testigos de su angustia, conocedores de sus sentimientos, amigos imparciales, los que alumbren el desenlace de la comedia? ¿Quién mejor?… Comedia cuya solución no plazca a ustedes es comedia de vida corta; y yo bien quisiera que ésta en que vengo a ser heroína la alcanzase larga y volara lejos; y no por mi interés egoísta, que sería pueril, sino porque la lucha en ella planteada, con humorismo y con ternura, creo que merece la atención y asistencia de todos. Mi corazón está combatido por aires contrarios; mi simpatía la comparto entre los dos hombres, y mis ideas se mezclan confusamente y cambian de rumbo y de luz. ¿Qué hago?

¿Qué resuelvo? A uno de esos dos hombres no le repugna que yo trabaje; al otro, sí. ¿A cuál de los dos sigo? Nuestro trabajo ¿nos acerca a los hombres o nos separa de ellos? ¿No ha originado entre los sexos como una sorda hostilidad que antes no existía? La obligación fuera de casa, la responsabilidad de un deber como el de los hombres, ¿no ahuyentarán de nuestro corazón el santo deseo de los hijos? Éramos cándidas ovejas y la vida nos convirtió en lobos… en lobitos… Y luego fué el hambre quien nos sacó del bosque en el invierno, y nos obligó a llegar a poblado para disputarles la presa a los pastores… ¿Seguirá ese norte nuestra vida, con sacrificios dolorosos? ¿Es mentida o es cierta la felicidad de nuestra independencia femenina? No sé. Sólo sé que la noche pasada soñé que tenía un hijo… y que le cantaba la sencilla canción de madre de los cinco lobitos.

Cinco lobitos tenía una loba,

cinco lobitos detrás de una toba;

cinco tenía y cinco criaba

y a todos cinco tetita les daba.

Cae el telón cortando la estrofa.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, enero, 1934.

LAS COSAS CLARAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO POLIORAMA**, de Barcelona, el 22 de marzo de 1934

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Matilde. Antonia Herrero. Niceta. X. X. León. Fernando Granada.

LAS COSAS CLARAS

En Madrid y en una salita de casa de Matilde, dama dos veces guapa, porque es guapa… y casada.

Es de día.

Sale León, como disparado. Lo sigue Niceta, doncella de Matilde, que no lo puede contener.

León. ¡Estaría gracioso que a mí se me negara!

Niceta. Que no, señor: que no la niego: que es que no está.

León. ¡Sí, está!

Niceta. ¡No está, señorito!

León. ¡Sí está!

Niceta. Pues entonces, ¿por qué me ha preguntado usted si estaba?

León. Maquinalmente, por rutina. Pero bien sé que está.

Niceta. Bueno, sí, señor, está. Sino que me ha dicho que no está para nadie.

León. ¿Ni para mí?

Niceta. ¡Para nadie!

León. ¡Pues para mí sí está! Anúnciame.

Niceta. ¿Cómo?

León. Que me anuncies.

Niceta. Le pregunto a usted que cómo lo anuncio.

León. ¡Ah! ¿No me conoces?

Niceta. De sobra. Pero unas veces le oigo nombrar a usted por León… por don León… y otras veces le llaman «el guapo aburrido».

León. ¿«El guapo aburrido»?

Niceta. Sí, señor.

León. ¡Caramba! Y ¿quién me llama así: el señor o la señora?

Niceta. Los dos. ¡Y se ríen mucho!

León. ¡Caramba! Pues anda y dile a la señora que «el guapo aburrido» está aquí… y que viene a proporcionarle un ratito de risa.

Niceta. Sí, señor: se lo diré así mismo. Me va a despedir.

León. Yo te defenderé.

Niceta. Bueno, bueno… *Marchándose.* (¡Hoy no viene aburrido del todo!).

León. ¡El guapo aburrido! ¡Encima, la chacota! Pero ahora ajustaremos cuentas. Por supuesto, este es un paso inútil: estúpido. ¡El derecho del pataleo! Eso sí: muy sano, como todo desahogo.

Pasea hecho una fiera. Llega Matilde, de mejor humor que él.

Matilde. ¡Ah! ¿Eres tú?

León. Yo: ¡«el guapo aburrido»!

Matilde. ¡Ja, ja, ja! ¿Te ha dicho esa tonta?…

León. Sí: pero hay otro mote que me cuadra mucho mejor: «el idiota desesperado».

Matilde. ¡Muchacho! ¿Qué te ocurre de nuevo?

León. De nuevo, nada.

Matilde. La chica ha entrado asustadísima, diciendo que a todo trance querías verme.

León. A todo trance. ¿He venido a molestarte a destiempo? ¿Qué hacías tú?

Matilde. Estaba tiñendo a mi marido.

León. ¿A tu marido?

Matilde. Sí. Dice que nadie le tiñe como yo. Le pongo el pelo y el bigote de un negro insolente. El otro día le preguntaron en la «Peña» por quién llevaba luto. ¡Ja, ja, ja!

León. ¿Sí, eh? Y él ¿qué dijo?

Matilde. Que lo llevaba por su mujer. ¡La verdad! ¡Yo soy la que lo pone negro! ¡Ja, ja, ja!

León. ¡Dichosa tú, que estás casada y aún te ríes!

Matilde. ¿Qué hacer? Una vez consumado el disparate, disfrutar siquiera: sacarle algún partido.

León. A mí no me es posible. Es superior a mi carácter la mujer que tengo.

Matilde. ¿Otra pelotera?

León. ¿Qué quiere decir otra? ¡La misma, que empezó la noche de novios! ¡Estoy harto: frenético!

Matilde. ¡Bah, bah, bah!

León. No, no; Matilde. No es cosa de encogerse de hombros. Y tú, menos que nadie, porque a ti te debo esta ganga. Vengo a pedirte explicaciones.

Matilde. ¿Qué?

León. ¡A pedirte explicaciones, sencillamente! ¡Las cosas claras! ¿Quién sino tú me metió en la canasta, empezando por presentarme a mi mujer como un ángel del Paraíso?

Matilde. Poco a poco, ya que me llevas a ese terreno y lo tomas desde tan lejos, León. Fuiste tú, tú solito, el que en casa de los Olivares me preguntaste un día señalándome a Dora: «¿Quién es aquel ángel?». ¿Lo has olvidado ya?

León. ¿Yo te pregunté eso?

Matilde. Tú.

León. Y ¿la llamé ángel?

Matilde. Y me pediste que te la presentara.

León. ¿Qué idea tendría yo entonces de los ángeles? Pero vamos a cuentas. Pase el primer tropiezo, dado por mí inconscientemente. Vengamos ahora a tus informes.

Matilde. ¿A mis informes?

León. ¡Claro! Tú me dijiste que Dora era una mujer de su casa.

Matilde. Sí; eso te lo dije. ¿No lo es?

León. ¡Es una mujer de cualquier casa menos de la suya! ¡De la de enfrente, de la de junto, de la de arriba, de la de abajo!… ¡De cualquiera menos de la suya, que es la mía, por desgracia!

Matilde. ¿Qué significa eso?

León. ¡Ah! ¿No está claro? Tú también me dijiste que era una mujer prudente, discreta, callada.

Matilde. Y ¿no lo es?

León. ¿Callada? ¡Si habla más que la *radio*, que habla aunque no la oigan!

Matilde. ¡Ja, ja, ja!

León. No te rías. Tú además me dijiste que no iba desnuda al matrimonio.

Matilde. Hombre, para indicarte así que llevaba algún capitalito…

León. ¿Algún capitalito, eh? Ahora hablaremos de eso. En cuanto a no ir desnuda… te aseguro que ese es su traje habitual. ¡Si la hubieras visto en el baile de anoche! Y por lo que toca a las pesetas, me has engañado miserablemente.

Matilde. ¡León!

León. ¡Miserablemente! Yo me hice ilusiones fiado en tus palabras, y ahora resulta que no tiene dos cuartos.

Matilde. ¡Ya los tendrá cuando muera su madre!

León. ¡Es que su madre no se muere nunca!

Matilde. Y ¿qué quieres tú que yo le haga?

León. ¡Tú me aseguraste que estaba para un día!

Matilde. ¡Pues se conoce que el casamiento de la hija la ha sentado bien!

León. ¡Como que cada día está más gorda!

Matilde. ¡Dale disgustos!

León. ¿Crees que no se los doy? ¡Pero le engordan más, por las trazas!

Matilde. Llévale varios médicos.

León. ¡La visitan tres… y todo es inútil!

Matilde. ¡Pues no tienes más que aguantarte! ¡No la vas a matar por tu mano!

León. ¡No lo digas en broma! A punto he estado ya de ponerle un veneno en los flanes chinos, que le gustan a perecer.

Matilde. ¡Qué tontería! Veo que desbarras ya, León. Pero lo más gracioso es que quieras hacerme a mí responsable de todo eso.

León. ¡Como que lo eres!

Matilde. ¡Lo que te dé la gana! Yo te dije y sostengo, que Dora era una mujer inteligente, cuidadosa, limpia. ¿Es que tampoco es limpia?

León. ¿Que si es limpia? ¡Eso sí! ¡Con exceso, hija de mi alma! ¡Como que cuando está en casa no está más que en el baño! Me levanto por la mañana, pregunto por ella, y está en el baño. Me voy de casa, pregunto luego desde cualquier parte, y está en el baño. Vuelvo a última hora para formar un plan de noche, ¡y otra vez en el baño! ¡No sale del agua! ¡Me has casado con una pescadilla!

Matilde. ¿Sí, verdad? Pues mira, León: ahora me toca a mí. Ya han llegado a irritarme tus cargos injustos; tus reproches impertinentes. Dora será una pescadilla, como tú dices; pero el pez, el verdadero pez no eres más que tú. Y voy a demostrártelo. ¡Las cartas boca arriba!

León. ¡No deseo otra cosa! ¡A ver por dónde truenas!

Matilde. Pues de momento, por decirte que el engañado no has sido tú, sino Dora.

León. ¡Matilde!

Matilde. ¡Ella, ella! ¡A ella ha sido a quien yo engañé con mi silencio! Yo debí advertirle punto por punto quién eras tú. Yo le debí decir redondamente: «Mira, Dora, ese guapo aburrido que te corteja…».

León. ¡Y dale con el mote!

Matilde. «Ese guapo aburrido no te quiere a ti, sino que se te acerca al olor de los cuartos de tu mamaíta». ¡No lo niegues! ¡Tú mismo me lo confesaste!

León. ¿Yo? ¡Yo lo que te confesé en todo caso, fué que estaba con el agua al cuello y que la boda me convenía!

Matilde. ¡Tanto monta!

León. ¡No es igual, aunque quieras tú!

Matilde. Yo debí enterarla también de que tenías un lío con Jesusa la Gorda.

León. ¡Esa es una infame calumnia!

Matilde. ¡Esa es una verdad como un templo! Si te pica ráscate. Tan guapo y todo, estabas enredado con Jesusa la Gorda, que es un fenómeno de feria. ¡Y me lo callé!

León. No desbarres tú ahora, Matilde.

Matilde. Yo debí prevenirle de que eras un redomado hipócrita, que para hacerte el interesante y el romántico no comes bocado de día, y por las noches a deshora, te ponías como el chiquillo del esquilador. ¡Y no le dije nada tampoco!

León. ¡Bah, bah, bah!

Matilde. Yo debí contarle además que el día que te casaste hubo un mitin de sastres y de camiseros para estudiar cómo te cobraban. ¡Y cerré mi pico por no perjudicarte!

León. Pero ¿adónde vas a parar?

Matilde. ¡Las cartas boca arriba, ya que así lo quieres! Como una vez casado y tan quejoso como te muestras de ella y de mí, yo he debido decirle que se la pegas con una chica del conjunto de no sé qué teatro.

León. ¿Quién te ha contado eso?

Matilde. ¡El apuntador!

León. ¡Ya podía callarse el apuntador!

Matilde. ¡Si se calla el apuntador no habla nadie en escena!

León. ¡Pues que hable en la concha, pero que se calle cuando salga de su agujero!

Matilde. ¿Ves cómo ha sido Dora la engañada y no tú?

León. Y si tan mal concepto tenías de mí, ¿por qué no me delataste abiertamente a ella y me hubiera evitado este matrimonio?

Matilde. Hombre, te lo voy a decir también claro, ya que estamos de explicaciones. Yo creí de verdad que al cabo haríais buenas migas, y que a los dos podría conveniros el matrimonio; pero quizá me empujó a protegerlo y ayudarlo un íntimo deseo de que te casaras tú con Dorita… que por entonces traía algo soliviantado a mi marido.

León. ¿Sí, eh? ¡Ya cantas! ¡Por entonces… y por ahora!

Matilde. ¿Qué dices?

León. ¡Te enseño el fondo de mi alma, como tú a mí! ¡Mi mujer, desde que me casé con ella, le gusta aún más que antes a ese tiñoso!

Matilde. ¡A ese teñido, querrás decir!

León. ¿Qué más da?

Matilde. ¿No ha de dar? ¡De betún a tiña hay mucha diferencia! Pero ¿es cierto lo que me descubres, León?

León. ¡Como el sol alumbra! Obsérvalo, si no me crees. Mi mujer lo saca de quicio, lo trastorna, lo atrae. Obsérvalo. Apenas entra él donde ella está, la pone los ojos en blanco.

Matilde. ¡En blanco! ¡Es lo único que puede poner en blanco ese calamar! ¡Sinvergüenza! ¡Lo voy a desteñir ahora mismo!

León. Cálmate y espera, Matilde.

Matilde. ¡No puedo!

León. Reflexiona. Óyeme.

Matilde. ¿Qué más vas a decirme ya?

León. Escucha. Tú y yo somos dos víctimas de una misma ceguera. Si mi matrimonio ha sido un disparate, el tuyo lo es mayor.

Matilde. No sé…

León. Yo sí. ¿Crees en conciencia que puede ser tu pareja en la vida ese ridículo anuncio de «No más canas»?

Matilde. ¡León!

León. ¡Matilde! Yo a ti… Tú a mí…

Matilde. Mira, no vayas a decirme ahora que siempre te he gustado, porque no es verdad.

León. ¡Sí lo es, Matilde! ¡Sí lo es! ¡Me has gustado siempre más que los dulces a un diabético!

Matilde. ¡Mentira!

León. ¡Tan verdad como que son divinos tus ojos!

Matilde. ¿Y te casaste con la otra?

León. ¡Porque tú me empujaste a ello; porque estabas ya comprometida con el que había de ser tu verdugo! ¡Niégamelo!

Matilde. ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!…

León. ¡Dos víctimas iguales, no le des vueltas! Pero, por fortuna, esto tiene arreglo.

Matilde. No delires, León.

León. Los dos nos casamos en París, y en París hay divorcio.

Matilde. ¡Calla! ¡Divorcio!… ¿Y qué? Eso hay que meditarlo mucho.

León. El amor debe ser siempre irreflexivo.

Matilde. ¿Irreflexivo? ¡Pues ya estás viendo adónde conduce la irreflexión!

León. Digo el amor, Matilde. ¿Fué amor, por ventura, lo que a ti y a mí nos ha traído a este trance? ¡Todo lo contrario que amor! ¡Fué cálculo! ¿Cómo si no ibas tú a cargar con un marido que cuando se acuesta deja la risa en la mesa de noche?

Matilde. ¿Eh?

León. ¡Porque se quita la dentadura!

Matilde. ¡No tanto! ¡Los dientes de Felipe son suyos!

León. ¡Y bien suyos! ¡Como todo lo que se compra y se paga! Sí, Matilde, sí; por cálculo te casaste tú; por cálculo, igualmente, me casé yo.

Matilde. No chilles, que pudiera oírnos. Pero vamos a esperar todavía un año…

León. ¿Un año?

Matilde. ¡Un año, sí!

León. ¿Para qué? ¿Para qué? ¿Es que no te gusto yo más que ese estafermo? ¡Ha llegado la hora de hablarlo todo!

Matilde. ¡Es claro que me gustas más!

León. ¡Oídos que tal oyen!

Matilde. A pesar de ello, debemos esperar todavía un año antes de resolvernos a cortar este nudo.

León. ¿Por qué razón, Matilde?

Matilde. ¡Para estar seguros de no engañarnos nuevamente! ¡Para no hacer

otro disparate más gordo que el pasado! Un año se va en un segundo.

León. ¡Un año esperando tus brazos es un siglo!

Matilde. Así te será más grata la luna de enero. Convéncete. Es preciso pasar ese año de prueba. Yo, de tintorera distinguida, retocando a diario a esa papeleta de defunción; tú, soportando a tu perra de aguas; yo, comprobando las infidelidades de Felipe; tú, aguardando a que se muera tu suegra.

León. ¡Mi suegra es el *Quijote*!

Matilde. ¿Cómo?

León. ¡Inmortal!

Matilde. ¡Pues así hemos de vivir un año completo!

León. ¿Así, Matilde? ¿Sin ninguna entrevista para planear lo futuro?

Matilde. ¡Allá veremos! ¡Por de pronto, soñemos con ello los dos, cada uno en su tormento! Y ahora vete, que lo siento acercarse.

León. ¡Maldito sea!… ¿Por qué no estará en el agua, como mi mujer?

Matilde. ¡Porque le teme mucho!

León. Pero ¿no es fijo el tinte?

Matilde. Sí, pero él le teme. Vete ya.

León. Adiós. Llegué rabiando y te dejo riendo. Adiós, hermosa. ¡Buen augurio!

Matilde. Adiós, guapo… ¿aburrido?

León. ¡Ya no! Adiós, mi esperanza.

Matilde. Adiós, feo. *Con un gran suspiro.* ¡Ay!… *Él queda contemplándola desde el fondo mientras ella le dice al público.*

Se viva a gusto o infeliz se viva,

place poner las cartas boca arriba.

FIN

REQUIEBROS

MONÓLOGO

Estrenado en el **Teatro Cómico**, de Madrid, el día 4 de abril de 1934, en función de homenaje a sus autores por Carmen Díaz

REQUIEBROS

Habitación en casa de Enriqueta, sevillana que pone la bandera dondequiera que va.

Sale Enriqueta muy alegre, y vestida como si viniese de una fiesta.

ENRIQUETA. ¡Ay, grasias a Dios! ¡No hay mar ni bien que sien años dure! ¡Bendito sea San Cucufate, que no me niega cosa que le pido! ¡Que repiquen las campanas! ¡Que suerten palomas! ¡Que tiren cohetes! Yo voy a poné corgaduras. ¡Ay, qué alegría tengo! Y como cuando una tiene una alegría así nesesita comunicarla con arguien, voy a charlá un rato con ustedes. Porque ustedes, por su parte, dirán: «¿Qué le susede a esta mujé, que viene como loca? ¿De dónde sale con ese vestío y ese mantón? ¿Qué es lo que la ha sacao de quisio? ¿Se irá a casá?». No, señores; no me voy a casá; aunque pudiera, porque estoy viuda. Naturarmente que mi alegría no es porque esté viuda. ¡Claro que si yo les contara a ustedes…! Por aqueyo tan sabío que se dise:

Si la errastes ar casá no te queda en qué asertá.

Pero no quiero escarriarme. Yo estoy ahora tan contenta por cosa muy distinta; estoy como unas Pascuas… porque ha dimitido er gobernadó. Éste no ha esperao a que lo sustituyan: ha dejao er bastón por las buenas. En Seviya ahora tenemos un gobernadó cada quinse días: no son gobernadores; son estornudos. No ha acabao una de desirle «Jesús, María y José» o «De salú sirva», ar que yega, y ya hay otro nombrao. Por supuesto, este úrtimo, que se vaya con Dios y que no vuerva por aquí. ¿Querrán ustés creé que lo primero que hiso fué publicá un bando prohibiendo los piropos en la caye? ¿Tendrá mar ánge el arma mía? Ensima de to lo que nos pasa, condená a los hombres ar silensio y a las mujeres a la sordera. ¡Vamos! ¡Y echaba murtas! ¡Diez pesetas por la primera vez que se fartara ar bando y veintisinco por la reinsidensia! Er resurtao fué que los hombres iban por las cayes más cayaos que en misa; aburríos, tristes… Y to er mundo era a preguntarse: «¿Qué pasa en Seviya? ¿Qué pasa?». ¿Qué va a pasá, señó? Que se crusa una mujé bonita con un hombre, y el hombre no le pué desí, es un poné: «Niña, sierra los ojos que hoy no he sacao las gafas negras». ¡No se lo pué desí, porque le arrancan dos duros der borsiyo! Y no están los tiempos pa esos gastos. Pues ¡carculen ustedes la temporadita que habré yo yevao, sin escuchá un requiebro siquiera! ¡Yo, que sueño con eyos! Yo, que soy una mujé que sargo a la caye na más que pa que me digan piropos. ¡Me gustan, señó! ¿Ofendo yo con eso a nadie? Más de cuatro veses echo el achaque de las compras, de las visitas y hasta de los sermones, y ni voy a la iglesia, ni a casa ninguna, ni a ningún comercio: sargo sensiyamente a que

me digan cosas por ahí. ¡Como salen tantas!… Y me las disen. ¡Y vuervo a mi casa tan satisfecha! Pues ese esaborío de gobernadó me había quitao este gusto. ¡Así estoy de contenta porque se va! Lo que ha pasao, y por eso echó er bando contra los requiebros, es que er pobre señó tiene una mujé así de chiquitiya, que paese una mona. Y er primer día que salió por las cayes, un guasón que la vió fué y le dijo, dise: «Ponte de pie, mujé, que ya te han levantao er castigo». ¡Como si fuera de rodiyas! Y otra vez que pasó por delante de un aguaducho, dos o tres guasones que estaban ayí sentaos, tocaron las parmas y prinsipiaron a pedí: «¡Niño, anís der mono!». Cuando vorvió la señora ar Gobierno Siví creo que le dió una arferesía. Y a las veinticuatro horas salió er bando. Y pagamos toas. Señó, ¿tenía usté más que habé dicho: «Se prohíbe hablá con la gobernadora sin está presentao»? Ya sé yo que con esa libertá de las flores se escuchan también por ahí muchos disparates; muchas insolensias… Pero ¿y las cosas bonitas, no valen la pena de pasá por lo otro? De sincuenta cosas que te digan, tú te yevas a casa dos, y ya comes con más apetito. A mí, hasta un ¡ole! sin más añadidura me agrada. Porque hay que vé la diferente manera que tienen los hombres de desirlo. Según como son eyos. *Dice varios ¡oles! como ejemplo de su afirmación.* ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole! Y a mí se me figura que me echan bendisiones o me tiran rosas a los pies. Y me corren cosquiyas por to er cuerpo. Ar día siguiente de aparesé er bando en toas las esquinas, pasé yo por la caye Rioja, y un guardia de estos de la sirculasión, me ve, me mira, y como muy contrariao, se da un gorpe con la porra en er casco y entre dientes dise: «¡Mar fin tenga la Imprenta!». Y yo me eché a reí ar verlo tan serio y me vine a armosá como si me hubiera tocao la lotería. Está en nuestra sangre, en nuestra condisión. Aquí pensamos en vos arta, y no pué pasá una mujé por junto a un hombre sin que el hombre le diga lo que se le ocurra. Hoy, que me he puesto este vestío pa í a una fiesta, y pa selebrá a mi manera la dimisión der gobernadó, ¡yo no sé la de flores que he escuchao! ¡Claro! ¡Las lenguas libres, sin temó a las murtas, y los hombres deseando desquitarse! ¡Jesús! Porque er día en que una mujé que no sea un coco, pase entre los hombres como si no pasara, y eyos sigan hablando de política, ese día está er mundo más perdío que Carracuca. Pero, grasias a Dios, no yega. Ustedes verán como no yega. Y si yega, a Seviya va a yegá con retraso. A lo que iba. Esta mañana dos muchachos que paresían artistas me vieron vení, se echaron al arroyo pa dejarme la asera y uno de eyos le dise al otro: «Oye, Juan; niegan los milagros en estos tiempos: ¡y anda la Girarda, por las cayes!». Me hiso grasia. Y cuatro pasos más arriba, dos arbañiles, en el andamio de una obra: «¡Perico, si te vas a caé, aprovecha! ¡Un arsidente der trabajo a gusto!». Me hiso grasia también. Pues luego un mosito muy pinturero —torero paresía— señalándome a los pies le grita a un cura que pasaba: «Padre, fíjese usté en las manos de abajo». Y sortó er trapo er cura. Y yo también. Pero tentasión de risa, la que me ha dao ahora al entrá en casa. Se encara un tío muy feo conmigo y me dise, como si fuéramos matrimonio: «Bueno, tú; ar primero que tengamos le vamos a poné Anacleto, como papá». ¡Ja, ja, ja! Toavía me estoy riendo. Y va una mujé tan tranquila por la caye

pensando en sus cosas, y la saca de pronto de eyas una voz de hombre: «¿Han contao los astrónomos con usté pa anunsiá el eclise der domingo?». ¡Ja, ja, ja! O aqueyo otro que le dijeron a una prima mía er día de la Virgen, ar salí de misa en la Catedrá: «Oiga usté, morena; por una disputa: ¿cuánto tiempo echa usté en serrá los ojos?». ¿Y de mi boca, las cosas que he oído yo? «¡Ay, qué coló de labios! ¿Me quiere usté pintá los míos con esas dos barritas?». «¿Le sirvo a usté pa muela der juisio? ¡Vaya colocasión!». «¡Mardita sea mi suerte! ¿Pa qué me hise yo joyero y no dentista?». *A un espectador.* Usté está sartando en el asiento. Si se le ha ocurrío a usté arguna fló, dígamela usté. ¿No? ¿No se atreve aquí en público? Pues mándemela usté por escrito. Sin eya no me quedo. ¡Ay! ¡Benditos sean los requiebros y los hombres que los saben desí! ¡Me gustan, me entretienen, me echo a la caye a provocarlos! Ya lo he dicho antes. El requiebro, por lo mismo que sarta de pronto, es un grito der corasón contento; es un suspiro que se cuaja en palabras; es un beso en el aire; es una carisia con las manos en los borsiyos. Además, la mujé que los consigue con sólo haserse vé de los hombres, es primero que na, una buena mujé, una buena hija. Una buena hija, sí, señó: porque a mí me disen muchas cosas en tos laos, ¡pero hay que vé las que le disen a mi madre! «¡Ay, tu madre!». «¡Ole tu madre!». «¡Tu madre!». «¡Bendita sea tu madre!». «¡Un artá pa tu madre!». ¿No da gusto esto? En fin, pa no cansá, termino aquí mi desahogo. Hay quien opina que esto de los requiebros está ya pasao; que la sivilisasión no debe consentirlos; que son ana… ana… no sé qué: ¡la má de monsergas! Pero yo, ar nuevo gobernadó, que yega mañana, lo voy a visitá pa proponerle lo siguiente: «Si quiere usté echá raíses en Seviya respete usté la condisión y er gusto de los seviyanos y de las seviyanas; y no prohíba los piropos. Sin embargo, como hay quien se molesta con eyos, tome usté este partío: las mujeres que quieran piropos, que sargan a la caye con un lasito colorao en er pecho; y las que no los quieran, que se lo pongan verde». Y puen pasá dos cosas: que los hombres, pa vengarse, les digan más flores que a las otras a las der laso verde… ¡o que se agote en Seviya la tela colorá! Y na más. Y me voy otra ves a la caye. ¿Mereseré antes de irme ese requiebro tan particulá que tienen ustedes en sus manos? ¡Tos los demás los doy ahora mismo por él! ¡Me suena a mí como ninguno!

FIN

Madrid, 14 de octubre de 1933.

COLORES Y BARRO

ZARZUELA EN DOS ACTOS,
DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS

Música del Maestro Jacinto Guerrero

Estrenada en el **Coliseum**, de Madrid, el 4 de setiembre de 1934

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Mosqueta. Matilde Vázquez. Paquita Veloz. Pilar Saturnine La Giraldita. Lolita Astolfi. Librada. Victoria Argota. La Chulilla. Carmen González. Pepa. Margarita Balaguer. Pepe Galán. Ricardo Mayral. Gumersindo. Jaime Cárcamo. Tintín. Antonio Murillo. El Caribe. Carlos Román. Don Julián Archero. Arturo Lledó. Carlanca. Ricardo G. Urrutia. Rafael. Ricardo Robles-Briz. Comadres del barrio, Muchachas estudiantes, Modistillas, Criadas, *etc.* Las Buñoleras, Artistas de tablado, un Maestro tocador de guitarra y Amigas y Amigos de don Julián

COLORES Y BARRO

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Estudio, pobre y desmantelado, de tres artistas incipientes, en lo más alto de una casa del viejo Madrid. A la derecha del actor, puertecilla de entrada; a la izquierda, otra puertecilla; al foro, un ventanal y otra puerta, más pequeña que las laterales, y que da a una azotea en la que se ven dos o tres guardillas. Asientos de varias procedencias y hechuras y los útiles necesarios a un escultor y a dos pintores. En un rincón, una guitarra.

Es por la mañana, en septiembre.

En el centro del estudio, sobre una tarima, está sentada la Chulilla, cuya linda cabeza copian Pepe Galán y Tintín en sendos lienzos, y Gumersindo, en barro. Pepe Galán es un muchacho despreocupado y vivo; de la misma casta, el escultor, y Tintín, un hijo de familia rico, a quien no llama Dios por el camino de Velázquez. El escultor trabaja de blusa y los pintores en mangas de camisa. La modelo también está ligera de ropa. La paleta de Tintín es mayor que él. Por paleta no queda.

Música

Pepe Galán entona mientras trabaja un airecillo popular, y los otros lo siguen, tarareando y silbando.

Pepe Galán.

Hombre y mujer se hallaron

en un sendero:

él le dijo: «¿Me quieres?»

y ella: «¡Te quiero!».

Y estas palabras dichas,

otras buscaron

y sólo en dos suspiros

las encontraron.

¡Ay de mí, que me siento

más que tu amigo!

¡Ay de mí, que de noche

sueño contigo!

Se aparta unos instantes de su trabajo a mirar el de los compañeros y luego canta:

¡Colores y barro! ¡Pasiones! ¡locuras!

¡modelos! ¡quereres!

¡Un arte que deja vivas las criaturas!

¡Telas de pinturas!

¡Formas de esculturas!

¡Barro de mujeres!

Cesa la música.

Chulilla. *Después de una pausa.* ¿Qué hora es?

Gumersindo. Las doce dieron en la iglesia hace poco.

Chulilla. ¿Las doce ya? ¡Pues se acabó la tarea! Como los albañiles. ¿No os parece?

Pepe Galán. Sí, sí; ya está bien por hoy.

Tintín. Ya está bien.

Chuchilla. *Saltando de la tarima.* ¡Al avío! Vamos a vestirnos. Estará mi novio que se le habrá dislocao el brazo ya mirando su reló de pulsera. *Éntrase por la puertecilla de la izquierda.*

Tintín. *Dejando la paleta, y después de alejarse cómicamente para contemplar su pintura.* Va, va. A pesar de la modelito, va, va. Venid acá vosotros. ¿Qué os parece de esto?

Pepe Galán y Gumersindo van a verlo, conteniendo como pueden la risa.

Pepe Galán. Va, va.

Gumersindo. Va.

Tintín. ¿Va de veras? ¿Va?

Pepe Galán. ¡Ya lo creo que va! Teniendo en cuenta tus teorías, no puede ir mejor.

Tintín. ¿Hay temperamento, Pepe? ¿Hay temperamento?

Pepe Galán. Hay temperamento.

Gumersindo. Hay, hay temperamento.

Pepe Galán. *Como si le doliera algo.* ¡Ay!

Gumersindo. *Cantando, con música de* La Reina Mora.

«¡Ay, gitana,

pasó la pena tirana…!».

Tintín. No me cabe duda, muchachos: yo traigo algo nuevo.

Pepe Galán. ¿El pantalón hoy, no?

Tintín. Sin broma. Así no se ha pintado nunca.

Pepe Galán. ¡Nunca!

Gumersindo. ¡Nunca!

Pepe Galán. Esto va derechito al Museo de Arte Moderno.

Tintín. ¡Sin broma, hombre!

Pepe Galán. Sin broma estoy hablando.

Tintín. Traigo un temblor nuevo, ¡qué caray!

Pepe Galán. ¡Un temblor de tierra!

Tintín. Cada uno es como es. Vosotros, a copiar a la Chulilla, favoreciéndola; yo, afeándola todo lo posible. ¡El temperamento de cada uno, señor!

Gumersindo. *A Librada, la portera, que por la puertecilla de la derecha llega oportunamente.* Vamos a ver, Librada: usted que tiene su sentido crítico.

Librada. Yo lo que tengo ahora mismo en la portería son cuatro recibos del estudio… y al azministrador por las nubes.

Gumersindo. Ya se le pagarán; no se apure usted por tan poco. ¿Verdad, Tintín?

Pepe Galán. ¡Ni mezcle, por Dios, una cosa con otra!

Gumersindo. Vamos a ver: díganos con franqueza qué le parece lo que estamos haciendo.

Librada. ¡También son ganas de oírme a mí! *Tras una ojeada a las tres obras.* ¡Qué sé yo! ¡qué sé yo!… ¿Digo to lo que se me ocurra? ¿Hablo claro?

Tintín. ¡Claro, sí; claro! ¡Si a veces más acierta un salvaje que un docto!

Librada. Y el salvaje ¿quién es aquí?

Tintín. No lo tome a ofensa, Librada.

Librada. ¿Las tres quién ser la misma persona?

Pepe Galán. Eso quieren, sí.

Librada. ¡Mi madre! ¿Quieren ser la Chulilla, no?

Gumersindo. Justamente.

Librada. Pues allá va mi parecer, sin arrodeos ni pelos en la lengua. En este cuadro de don Pepe, se ve que pué sé la Chulilla; mirándolo con buena voluntá.

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja! ¡Muy bien, Librada!

Librada. Aquí en el barro, pué ser hasta una hermana de leche de la Chulilla, que por la leche ha tomao un aire de familia.

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja! ¡Es implacable esta mujer!

Tintín. ¿Y en mi cuadro, Librada?

Librada. Pues, la verdá, señorito Agustín: ésta es más bien que la Chulilla, la hija de la estanquera de abajo.

Tintín. Y eso ¿por qué?

Librada. ¡Porque la propia madre dice que su hija es to lo contrario de la Chulilla!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Tintín. Reíos, reíos; ella se cree que ha hecho una censura, y no ha podido hacerme mayor alabanza.

Librada. ¿Ah, sí? Pues si quié usté pueo seguir alabándolo.

Tintín. No, Librada, no: ya está bien.

Librada. ¡Y sin paleta que gasta el señorito! ¡Yo no he visto una paleta más pesada que ésa!

Tintín. *Picado.* Pues las hay más pesadas.

Librada. ¿Paletas?

Tintín. Y de Madrid.

Dentro, hacia la derecha, se oye la voz menuda y lastimera de Carlanca.

Carlanca. ¡Alabado sea Dios!

Pepe Galán. ¿Eh?

Gumersindo. ¿Quién?

Librada. ¿Un fraile ahora?

Tintín. *Cayendo en la cuenta.* ¡Ah, no! ¡No es un fraile! ¡Este va a ser un modelazo que encontré el otro día en la Ribera de Curtidores! Un mendigo. ¡Veréis qué modelazo! *Se va corriendo por la puerta de la derecha.*

Pepe Galán. ¡Por Dios, Librada! ¡De nosotros, diga usted lo que quiera; pero no se meta usted con Tintín!

Gumersindo. ¡Es el amo de los cuartos, Librada! ¿No lo sabe usted?

Pepe Galán. ¡Es el que nos paga el estudio!

Gumersindo. ¡Y los modelos!

Pepe Galán. ¡El que nos da comidas y cenas!

Librada. ¡El hazmerreír de ustedes, es lo que es, señor! Y a mí me da pena; porque serví en casa de los padres, que están locos con él y le consienten tos los gastos y to se les antoja poco pa el chico.

Pepe Galán. ¡Para eso tienen tanto dinero!

Librada. Pa eso, no, señor: porque este chico podía ser un buen telegrafista o un buen boticario, y no perdería el tiempo ni las pesetas; pero lo que es con los pinceles… ¡los milagros que haga!… ¡Es un crimen engañarlo, don Pepe!

Gumersindo. Pero ¿usted sabe lo feliz que es él entre nosotros?

Pepe Galán. ¿En este ambiente de arte y de bohemia?

Gumersindo. ¡No se cambia por nadie!

Pepe Galán. ¿Quiere usted que deje, por las drogas, colores y barro?

Vuelve Tintín seguido de Carlanca, mendigo sucio y haraposo. Apenas se le ven más que los ojos y la nariz roja y granujienta, entre la pelambrera de la cabeza, las barbas y el bigote. Durante el diálogo no para de rascarse en distintas partes del cuerpo.

Tintín. Pase usted, Carlanca, pase usted.

Carlanca. Santos y buenos días.

Librada. ¡Mi madre! ¡lo que trai! ¡No digo!

Pepe Galán. Buenos días, buen hombre.

Gumersindo. Venga usted con Dios.

Tintín. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Vale la pena de pintarlo?

Pepe Galán. ¡Ya lo creo!

Librada. ¡De lavarlo, más bien!

Gumersindo. ¡Un estudio precioso!

Librada. ¿Precioso?

Pepe Galán. Precioso, sí; Librada: precioso.

Librada. ¡Preciosísimo, pa acabar rascándonos todos!

En efecto, se van contagiando sucesivamente de los picores de Carlanca.

Pepe Galán. Chico, te felicito; es un Ribera. ¡Un Ribera!

Gumersindo. ¡Ribera de Curtidores; ya lo ha dicho él mismo!

Tintín. ¡Vaya un chistecito con mala pata!

Pepe Galán. Y ¿qué cuadro piensas hacer: cómo vas a llamarle?

Librada. ¡La quiebra de las peluquerías… digo yo!

Gumersindo. Calle usted, portera. Usted no entiende ciertas cosas.

Librada. De lo que trai encima este hombre sé yo un rato largo.

Tintín. No tengo idea fija. Mi intención, en cuanto lo vi, fué copiarlo; no dejarlo escapar.

Pepe Galán. ¡Bien hecho!

Tintín. Pero ahora me ha pasado por la cabeza hacer un Colón viejo; ¿eh?… un Colón vencido, en la cárcel de Valladolid…

Pepe Galán. ¡Bravo! Buena idea. Así vas a la cárcel antes…

Tintín. ¿Eh?

Gumersindo. ¡Sí, hombre! A documentarte para el cuadro…

Pepe Galán. ¡Eso es! ¡Antes o después de pintarlo has de ir a la cárcel!

Tintín. ¿Veis lo que yo os digo? ¡Esta sí es una cabeza bonita de pintar, no la de la Chulilla!

La Chulilla, que sale en este momento arregladita ya como para que el novio la vea, dice al oírlo, mientras cruza hacia la puerta de enfrente, por donde se va.

Chulilla. ¡Anda, Dios! ¡Que Santa Lucía te conserve la vista!

Risas generales.

Tintín. Gracias, Chulilla. ¡Y al que le pique que se rasque!

Librada. ¡Ya nos rascamos todos!

Tintín. De manera, Carlanca, que ahora se marcha usted a unas ferias, ¿no?

Carlanca. Sí, señorito: allí saco muy buenos cuartos. Ya es sabido: ferias y procesiones…

Tintín. Y volverá… ¿cuándo calcula usted?

Carlanca. Dentro de ocho o diez días me tiene usté aquí. ¿Va usté a retratarme?

Tintín. ¡Claro! ¿No ha oído usted?…

Carlanca. Pues yo me recojo en un tejar de la Carretera de Aragón; pero no hace falta que el señorito se moleste en buscarme; yo vendré en cuanto vuelva a los Madriles.

Tintín. ¡Magnífico, Carlanca! Pues tome usted para que no olvide el camino. *Le da un duro.*

Carlanca. Muchas gracias. Dios se lo pague a usted. Salú para todos los señores. *Volviéndose en la misma puerta.* ¿No será sevillano, verdá?

Tintín. ¿El duro? ¡No, señor! ¡Qué disparate! ¡Es madrileño neto!

Carlanca. ¡Je! Gracias; muchas gracias. *Se va por la puerta de la derecha.*

Tintín. ¡Menudo cuadro voy a hacer! ¡El niño es tuerto buscando modelos! ¡Estoy contentísimo, colegas! ¡Ea! ¡Os convido a almorzar!

Pepe Galán. Yo te lo agradezco, Tintín; pero hoy almuerzo con mi madre.

Gumersindo. ¡Y yo con mi padre! ¡Porque este Tintín es mi padre! ¡Qué Mecenas!

Tintín. ¡Qué *Mecenas,* y qué *Me-comes* y qué *Me-al-muerzas*!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Tintín. ¡Vamos a arreglarnos! ¡Y que se rían de mí los miopes!

Gumersindo. ¡Que se rían! *Éntranse por la puerta de la izquierda.*

Pepe Galán. ¿Comprende usted, Librada? ¡Hay que dejarlo! ¿Quién le quita esas ilusiones?

Librada. ¡Buen chuflón es usté! *Pausa.* Bueno, don Pepe, y en cuanto se vayan… ¿aviso a la otra?

Pepe Galán. Sí; en cuanto se vayan.

Librada. ¡Si viera usté que hoy se ha levantao con el guapo subido!

Pepe Galán. ¿Qué me cuenta usted?

Librada. Sin embargo, de que se la nota en los ojos que ha llorao esta noche.

Pepe Galán. No es la primera.

Librada. ¿No, verdá? Y ¿por quién serán esas lágrimas?

Pepe Galán. Ni usted lo sabe ni yo tampoco. Váyase a prevenirla, que yo voy a darles prisa a estos pelmazos.

Éntrase por la puertecilla de la izquierda.

Librada. *Antes de marcharse por la del foro.* ¿Qué mujer será ésa? El caso es que las porteras nos pasamos la vida diciendo que no queremos líos… ¡y no queremos otra cosa!

Queda la escena sola unos instantes. Luego, por la puerta de la derecha, aparece resuelta y ufana Paquita. Veloz, bella muchacha que en seguida nos cantará quién es. Usa boina, cartera grande para papeles, estilográfica y bastoncito.

Paquita. ¡Ah del estudio! ¿Qué es eso? ¿No hay nadie? ¡Ah del estudio! ¡Aquí está Paquita Veloz; aquí está *Ardilla*; representante de la Agencia informativa «Zig-zag»! ¿Nadie todavía? Esperemos.

Música

Noticiera periodística

de una Agencia universal,

es *Ardilla* mi seudónimo

para la publicidad.

Y parodio a aquel mamífero

de la fábula inmortal,

pues soy viva,

soy activa,

me meneo,

me paseo,

yo trabajo,

subo y bajo,

no me estoy quieta jamás.

Despido a viajeros en playas y andenes;

me subo al estribo de todos los trenes;

y narro lo mismo los leves sucesos,

que sigo las huellas de grandes procesos.

Me meto en bautizos, me siento en festines,

presencio revueltas, comento *mítines;*

ya estoy bajo tierra, ya en un avión;

que a todo me lleva

poniéndome a prueba,

lo vario, lo grande, lo vivo de mi profesión.

Imitando distintos medios de locomoción, danza graciosamente.

Cesa la música.

Sale Pepe Galán.

Pepe Galán. ¡Paquita!

Paquita. ¡Pepe!

Pepe Galán. Yo decía: en el estudio hay alguien. ¿Qué te trae por estas alturas?

Paquita. ¿Está ahí Gumersindo?

Pepe Galán. Ahí está.

Paquita. Pues me traen dos cosas: una para él y para ti, y otra para ti solo.

Pepe Galán. ¿Para mí solo? ¡A ver!

Paquita. *Confidencialmente.* Para ti solo, sí. ¿Qué pintas ahora?

Pepe Galán. Ya lo ves: pintó a la Chulilla.

Paquita. ¿Nada más?

Pepe Galán. Nada más.

Paquita. Embustero.

Pepe Galán. ¿Eh?

Paquita. Embustero. No quiero violentarte. Calla, en buena hora, lo que ya sé.

Pepe Galán. ¿Lo que ya sabes? Y ¿qué es lo que sabes, Paquita?

Paquita. Lo que tú me ocultas. Estás copiando recatadamente a una hermosa mujer.

Pepe Galán. ¡No!

Paquita. ¡Sí!

Pepe Galán. Te digo que no.

Paquita. Te digo que sí. Hermosa… y sevillana. Lo sé. Los periodistas se enteran de todo: ¡calcula tú las periodistas! Y mi deseo no es otro que prevenirte… porque… porque te quiero bien. Mejor de lo que piensas.

Pepe Galán. Bueno, pero…

Paquita. Esa mujer tiene quien la cele y quien la amenace. Te puede costar desde un palo hasta un tiro.

Pepe Galán. Pero ¡si estás soñando, Paquita!

Paquita. Estoy soñando, ¿eh? Pues no te digo más por ahora. Pero cuando despiertes tú, que eres el que sueña, llámame… y no te pesará. ¿Sigues pensando, como siempre, que el pintor ha de enamorarse de su modelo?

Pepe Galán. ¡Porque así es como se va el alma a los pinceles, Paquita! ¡Llena está de ejemplos la Historia!

Paquita. Pues mucho ojo con el alma, no te la rompan esta vez.

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Paquita. Celebro que te rías. Y punto final, que salen éstos. *A los muchachos que aparecen ya dispuestos para la calle.* ¡Gumersindo! ¡Tintín!

Gumersindo. ¡Paquita!

Tintín. ¡Paquita!

Gumersindo. ¡Qué sorpresa! ¡Tanto tiempo sin verte el pelo!

Paquita. Chico, mis quehaceres. Me faltan horas para todo. Pero no para traerles a mis amigos una buena nueva.

Gumersindo. ¿Qué dices?

Paquita. Lo que oís. Cayó pez. Un encargo.

Gumersindo. ¿De veras?

Pepe Galán. ¡Habla, por Dios vivo!

Paquita. Hay en el aire algunos cientos de pesetas, y yo he conseguido que sean para vosotros dos. Como Tintín es rico…

Gumersindo. ¿Me desmayo, tú?

Pepe Galán. Espera hasta enterarte.

Paquita. Allá por lo alto de la Castellana, en un hotel propio de tipo andaluz, vive un caballero de Sevilla, don Julián Archero, simpático, un poquito marchoso, con mucha *tela,* y que se ha enamorado perdidamente de una bailarina preciosa.

Pepe Galán. ¿Eh?

Paquita. ¡Perdidamente! ¡Hasta los tuétanos! Como no sois vosotros capaces de enamoraros nunca.

Pepe Galán. ¡Eso es mucho decir, Paquita!

Paquita. Ni tú, ni tú, ni tú.

Gumersindo. No discutamos ahora esas pequeñeces. Sigue con el cuento. ¡Hasta el almuerzo que va a pagarme éste se me ha olvidado!

Tintín. A mí, no.

Gumersindo. ¡Porque vas a pagarlo! ¡Sigue, Paquita!

Paquita. Pues ese hombre de tan buen gusto, tiene el capricho de que un escultor y un pintor —que sean baratitos— le hagan, copiando a su deidad, una estatua y un cuadro.

Pepe Galán. ¡Ay!

Gumersindo. ¡Ay!

Paquita. ¡Y yo os he propuesto a vosotros dos para tan alta empresa!

Pepe Galán. ¡Paquita!

Gumersindo. ¡Paquita!

Pepe Galán. ¡Ahora viene bien el desmayo!

Paquita. Dejadme acabar. El buen señor organiza con este motivo una fiesta andaluza en su hotel, a fin de que en ella conozcáis y veáis bailar a la bailarina de sus pensamientos: a la Giraldita.

Gumersindo. ¡Tente, cerebro! ¡Cálmate, corazón! ¡Espera, estómago!

Paquita. Nos va a trasplantar a Sevilla una noche: va a llevar buñoleras, guitarristas, cantaores, vino de largo, etcétera, etcétera. ¡Sevilla pintoresca! ¡Yo misma iré vestida a la andaluza!

Gumersindo. *Tirándose al suelo.* ¡Paquita! ¡Yo te beso los pies!

Paquita. ¡Gumersindo, no seas mamarracho!

Pepe Galán. ¡No hagas payasadas!

Gumersindo. ¡Pero si esta mujer es ahora mismo mi hada madrina! ¡Apenas llevo años suspirando por una cosa así!

Paquita. ¿Por qué?

Gumersindo. ¡Por hacer en barro una bailarina que salte, que se mueva, que vuele, que palpite! ¡Oh! ¡Dónde va a quedar la de Benlliure!

Tintín. Pues vas a sudar sangre para cuajar eso en el barro. La escultura es estática. Más que una bailarina te conviene una embarazada de seis meses, que se está quietecita.

Paquita. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¿Crees tú?

Tintín. Yo tengo una.

Paquita. ¿Eh?

Pepe Galán. ¿Qué?

Gumersindo. ¿Tú tienes una embarazada?

Tintín. ¡Entendedme! ¡La tengo a la vista! Otra cosa, no. ¡Qué gentuza!

Paquita. ¡Ja, ja, ja! Tú, Tintín, vendrás, si quieres, a la fiesta, pero no entras en el encargo, porque la bailarina no ha de gustarte.

Tintín. ¿No?

Paquita. No. ¿No has oído que es preciosa?

Tintín. Ya, ya. Vulgaridades, nunca. Cromitos, no. ¡Si vierais a qué gorda estoy siguiendo ahora! Como se deje convencer, ¡vaya cuadro!

Paquita. ¿Una gorda?

Tintín. Pesa ciento catorce kilos. Le tapas la cabeza y no sabes si está de espaldas o de frente. Paga tres billetes en el tranvía.

Paquita. ¡El sueño de una noche de verano!

Tintín. Y duerme en una cama de cemento armado.

Paquita. ¡Ja, ja, ja!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Tintín. ¡Pienso hacer un desnudo!

Pepa Galán. ¡Atiza!

Gumersindo. Bueno, pero aquí no la traes. ¡Yo no quiero verla!

Pepe Galán. ¿Por qué no? ¡Si lo deja para diciembre ya tenemos estufa!

Tintín. Sí, como calor, da bastante calor. Qué, Paquita, ¿te vienes a almorzar con nosotros?

Paquita. Mira, es una idea. Tengo que hacer veinte mil cosas todavía esta mañana; pero como una de ellas es almorzar… ¿con quién más a gusto?

Gumersindo. ¡Pues sobre la marcha!

Tintín. ¡Andando!

Paquita. ¡Andando! ¿Tú te quedas, Pepe?

Pepe Galán. Yo me quedo, sí.

Paquita. *Bajo a él.* (¡Pues ten cuidado con la andaluza misteriosa!).

Se va a la calle con los otros.

Pepe Galán. ¡Diablo de muchacha! ¿Qué no averiguará ella? Por lo que me ha insinuado, sabe todo lo que yo ignoro; lo que tanto me importa ya. La buscaré y me lo dirá claramente. Vamos por el lienzo. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Librada vuelve por la del foro.

Librada. ¿Don Pepe? ¿Don Pepe? Estará allá dentro. ¡Qué pícara mujer! ¡Cada vez que se la mira está más guapa! Y ¡qué bien la caen la falda andaluza, las flores en la cabeza y el mantón negro!

Sale Pepe Galán con el lienzo en que la retrata, y lo coloca en el caballete donde tenía el de la Chulilla. Mientras habla con Librada lo mira y lo retoca.

Pepe Galán. Qué: ¿ya está preparada?

Librada. Ahora viene. *Admirando el retrato.* ¡Ay, don Pepe, qué manos tié usté! ¡Cómo la va usté sacando toda ella!

Pepe Galán. ¿Habla?

Librada. Eso quisiera usté, que hablase, pa que le dijera quién es.

Pepe Galán. Ya me lo dirá.

Librada. La periodista ¿no le ha venido a usté con ningún cuento?

Pepe Galán. No.

Librada. ¿Seguimos entonces como estábamos?

Pepe Galán. Lo mismo.

Librada. Hay pa desesperarse. ¡Mire usté que llevar ya un mes viviendo en esa guardilla esa mujer, y estar yo toavía a buenas noches! No me ha pasao otra en los años de portera que tengo.

Pepe Galán. Pero ¿no habla con nadie?

Librada. ¡Si ni tan siquiera sale de su agujero na más que va venir a que usté la pinte! Porque a la calle sólo baja cuando ya está el portal cerrao. ¡Un enima! Mi marido dice que tié que ser masona; que no hay más remedio.

Pepe Galán. ¿Masona? ¿Por qué?

Librada. Cosas de ese hombre. Ya sabe usté que no tié una idea buena desde que se casó conmigo. En cambio mi cuñá dice que tanto misterio debe de ser que se ha enamorao de algún cura y que está haciendo penitencia. El resultao es que no damos una, y que la curiosidaz crece por minutos. Está la vecindá que no duerme. A la vieja del entresuelo A, la va a dar un hervor de sangre.

Pepe Galán. ¿Y a la del entresuelo B?

Librada. ¡A ésa ya la ha dao!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Librada. Ahí tié usté ya a su primavera.

Pepe Galán. Pues váyase usted y esté ojo alerta, como siempre.

Librada. Sé de corrido la lección. *Vase por la puerta de la derecha, sin dejar de*

mirar hacia las guardillas.

Un momento después viene por la del foro Mosqueta, de cuya belleza y atavío ya se ha dicho bastante. Llega con invencible inquietud.

Mosqueta. ¿Pepe?

Pepe Galán. Aquí estoy.

Mosqueta. ¿Sólo?

Pepe Galán. Con mis pensamientos.

Mosqueta. ¿No hay nadie ahí?

Pepe Galán. ¿Has de preguntármelo todos los días? ¿No te he ofrecido que no te verá nadie? ¡Para mis ojos nada más tu belleza!

Mosqueta. ¡La lotería que te ha tocao!

Pepe Galán. No lo digas con ese retintín, que así es. ¡Una lotería de ilusión!

Mosqueta. *Por el cuadro.* Esto va mu bonito, oye.

Pepe Galán. ¿Te gusta?

Mosqueta. ¡Digo!

Pepe Galán. ¿Más que si te miraras al espejo?

Mosqueta. ¡Qué tiene que vé!

Pepe Galán. Pero… ¿tiemblas?

Mosqueta. Una mijitiya.

Pepe Galán. ¿Qué temes, tonta?

Mosqueta. ¡Qué sé yo! Barruntos…

Pepe Galán. Vamos… no seas simple… ¿Trabajamos para que se te pase el miedo? Anda, siéntate.

Mosqueta. *Obedeciéndolo y disponiéndose a posar sobre la tarima.* Ya estoy. ¿Es así?

Pepe Galán. Un poquito más vuelta hacia mí la cabeza.

Mosqueta. ¿Así?

Pepe Galán. ¡Ajajá!

Mosqueta. ¿Y la guitarra?

Pepe Galán. Espera. *La coge del rincón en que está y se la da a Mosqueta, que se coloca en actitud de tocarla.* Así. *La contempla con embeleso antes de ponerse a pintar.* ¡Ay, Mosqueta! ¿Cuándo me dirás la verdad de quién eres y de la causa de tu encierro?

Mosqueta. Pero ¿no es más bonito así? A mí me agrada verte tan caviloso.

Pepe Galán. Entonces, sigue silenciosa. Si te agrada a ti…

Mosqueta. Pero no te olvides del trato. El cuadro queda entre los dos. Y ha de sé pa mí… o pa ti, si no quieres dármelo. Pero pa nadie más.

Pepe Galán. Y ¿no ha de verlo nadie tampoco?

Mosqueta. Nadie.

Pepe Galán. Lo siento… porque será mi obra maestra.

Mosqueta. ¡Pos no ha de verlo nadie!

Música

Ella calla, como absorbida por sus ideas, y él pinta, con supremo deleite.

Pepe Galán.

Mujer misteriosa,

fragante y hermosa,

¡quien pudiera copiar con pinceles

tu hechura garbosa,

tu cara de rosa,

tu boca de mieles,

tu frente de luz…!

Mujer hechicera,

graciosa y ligera,

¡quién pudiera robar sus colores

a todas las flores

de la primavera,

del campo andaluz!…

Copio tu frente…

Mosqueta.

Pero no copies los pensamientos

que dentro tiene.

Pepe Galán.

Copio tus ojos…

Mosqueta.

Pero no copies el yanto amargo

que triste escondo.

Pepe Galán.

Copio tus labios…

Mosqueta.

Pero no copies las maldisiones

que yo me cayo.

Pepe Galán.

Copio tu pecho…

Mosqueta.

Pero no copies las mil espinas

que así lo hirieron.

Pepe Galán.

¡Yo haré que este retrato

me diga tu sentir!

Mosqueta.

¡Será; si te lo dise,

regalo para ti!

Cae el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Calle. Puerta de la casa en que está el estudio.

Sale Librada seguida de unas Comadres del barrio, y, como a su conjuro, salen también por la derecha y por la izquierda Muchachas estudiantes, Modistillas, Criadas, etc.

Música

Unas.

Curioseo…

Otras.

Chismorreo…

Unas.

Fisgoneo…

Otras.

Cotilleo…

Todas.

¿Qué hay, portera?

Librada.

¿Qué ha de haber?

¡Aún estamos como ayer!

Todas.

¡Aún estamos como ayer!

Unas.

Pero ¿no se sabe…?

Librada.

¡Na!

Otras.

Pero ¿no aseguran…?

Librada.

¡Ca!

Unas y otras.

Pero si hay quien habla…

Librada.

¡Bah!

Unas.

Pero…

Otras.

Pero…

Unas.

Pero…

Librada.

¡Quiá!

Unas y otras.

Dicen y dicen y cuentan de su gran hermosura…

Librada.

¡Es que hay que ver!

Unas y otras.

Dicen que dicen que dicen que es sobrina de un cura…

Librada.

¡Sí que lo pué ser!

Unas y otras.

Dicen que dicen que es monja que rompió la clausura…

Librada.

¡Vaya usté a saber!

Unas y otras.

Dicen que dicen que tiene no sé qué de locura…

Librada.

¡Ganas de moler!

Librada.

Ayer subí yo a la guardilla, me puse junto al portón y le escuché por la mirilla que cantaba esta canción:

Mosqueta. *Dentro.*

«¡Mal haya la que nase bonita, mal haya la que nase mujer!…».

Unas y otras.

¡Mal haya la que nace bonita, mal haya la que nace mujer!…

Dicen que es ella tan guapa que lastima la vista…

Librada.

¡Es lo que hay que ver!

Unas y otras.

Dicen que dicen que dicen que es amor de un artista…

Librada.

¡Sí que lo pué ser!

Unas y otras.

Dicen que dicen que ha sido en París cancionista…

Librada.

¡Vaya usté a saber!

Unas y otras.

Dicen que dicen que hace propaganda anarquista…

Librada.

¡Ganas de moler!

Todas. *Retirándose en distintas direcciones.*

Curioseo…

Chismorreo…

Fisgoneo…

Cotilleo.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

En el estudio, tal como quedó al fin del primer cuadro.

Pepe Galán pinta con entusiasmo. A poco, vuelve por la puerta de la derecha Librada.

Librada. Don Pepe. *Éste, abstraído no la oye.* ¡Don Pepe!

Mosqueta. ¿Quién?

Librada. Soy yo: la portera.

Pepe Galán. ¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿A qué viene usted? ¿No le he dicho que mientras esté en este trabajo no asome por aquí?

Librada. Sí, señor; pero es que hay cosas… que la obligan a una. Y usted me dispense.

Pepe Galán. ¿Qué cosa la ha obligado a usted?

Librada. Un individuo que quiere verle con urgencia, pa comprarle un cuadro.

Pepe Galán. ¿Eh?

Librada. Eso me ha dicho. ¡A cualquier hora le dejaba yo irse sin decírselo a usted!

Pepe Galán. ¿A comprarme a mí un cuadro? ¡Qué asombro! ¡Hoy debe ser día de Santa Rita! ¿Qué pinta tiene el individuo?

Librada. No es mal portao.

Pepe Galán. Pues ha hecho usted bien en avisarme. *A Mosqueta.* Perdona tú un momento. Métete ahí mientras yo lo despacho. Anda.

Mosqueta. ¿Tú ves? ¡La lotería!

Pepe Galán. ¡La lotería, sí! Eres tú quien me trae la suerte.

Mosqueta. ¡Ojalá! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Pepe Galán. *A Librada.* Que pase ese hombre.

Librada. Ahora mismo. *Vase.*

Pausa. Pepe Galán espera. Instantes después aparece por la puerta de la derecha el Caribe, sujeto como de treinta años, de porte enérgico y de torvo semblante, que se expresa con suficiencia y seguridad de hombre voluntarioso. Es un tipo entre sargento retirado y «croupier»; grandes bigotes; cabello abundante y rizado; traje moderno, llamativo y camisa de color; corbata vistosa. Boina grande. Joyas.

Caribe. Buenos días.

Pepe Galán. Buenos días.

Caribe. *Fijándose en seguida en el cuadro y exclamando con aire triunfal.* ¡Bien!

Pepe Galán. ¿Cómo?

Caribe. ¡Bien! ¡Bien está Mosqueta!

Pepe Galán. (¡Por vida!… ¡Qué imprevisión la mía!).

Caribe. ¡Bien!

Pausa. Se miran observándose recelosamente.

Pepe Galán. Usted dirá.

Caribe. ¿No le ha anunciado la portera?…

Pepe Galán. Sí; algo me ha dicho… ¿Desea usted ver…?

Caribe. Ya he visto lo que deseaba.

Pepe Galán. ¿Ya?

Caribe. Ya. Quería comprarle a usted un cuadro, y es éste.

Pepe Galán. Lo siento mucho; pero este cuadro no puede comprármelo a mí, porque yo no soy el autor **Caribe**. ¿Qué?

Pepe Galán. Que no soy el autor.

Caribe. *Dudándolo.* Lo siento yo también, porque íbamos a acabar el trato muy pronto. ¿Quién es el autor?

Pepe Galán. Uno de mis compañeros de estudio.

Caribe. ¿Dónde está?

Pepe Galán. Ahora no lo sé.

Caribe. ¿Dónde vive?

Pepe Galán. Tampoco lo sé. Nos vemos aquí solamente.

Caribe. ¡Qué rareza! Pero ¿usted será hombre que le diga que yo quiero hablarle?

Pepe Galán. ¿Usted? Y ¿quién es usted?

Caribe. El Caribe me llaman los íntimos.

Pepe Galán. No es la mejor recomendación para anunciar a nadie.

El Caribe. Pues el Caribe soy. Dígale usted a su compañerito que el Caribe se llevará este cuadro.

Pepe Galán. Falta que él lo quiera vender.

El Caribe. Le daré lo que pida.

Pepe Galán. Es hombre de posibles; y a lo mejor no tiene usted dineros…

El Caribe. Si se coloca en ese terreno, peor para él. No sólo me llevaré el cuadro, sino a la modelo conmigo.

Pepe Galán. ¿A la modelo?

El Caribe. ¡A la modelo! ¡Dígaselo así!

Pepe Galán. ¿A quién? ¿A él o a ella?

El Caribe. ¡A los dos!

Pepe Galán. Viene usted engañado. Y yo lo he sido al dejarlo pasar aquí.

Esa es la puerta.

El Caribe. Justamente. Esa es la puerta por donde me he de llevar a la modelo y a su copia. ¡Abur! *Le vuelve bruscamente la espalda y se va.*

Pepe Galán. ¡Abur! ¡Necio de mí! ¡Debí presumir algo de esto! *Se asoma un instante a la puerta de la derecha.*

Mosqueta. *Volviendo, medrosa.* ¿Se fue ya? ¡Maldita sea su sangre!

Pepe Galán. ¿Quién es ese tipo?

Música

Mosqueta. *Con desesperación y coraje.*

¡Mal haya la que nase bonita,

mal haya la que nase mujé!…

Tiene su historia ya escrita

de continuo padesé:

¡ya siempre estará maldita

la tierra en que ponga el pie!

Pepe Galán.

¡Mal haya quien te daña, Mosqueta,

mal haya quien te causa temor!

Dime tu historia secreta

como al mismo confesor:

¡yo venderé mi paleta

para aliviar tu dolor!

¿Quién es ese hombre?

Mosqueta.

¡No te lo diré!

Pepe Galán.

¿Quién es el Caribe?

Mosqueta.

¡Dios te libre de él!

Pepe Galán.

¡Pues tras de tu frente

yo me esconderé

y tus pensamientos

me dirán quién es!

Mosqueta. *Desolada.*

¡Más quisiera haber nasío.

piedresita de la caye,

que me pisara la gente

y no me oyera quejarme;

más quisiera de la playa

sé montonsito de arena,

que me ye varan los vientos

adonde nadie me viera;

más quisiera yo

sé tierra, sé roca,

sé espuma, sé fió,

que sé Jo que el sielo me biso:

mujé desgrasiá

que tiene los ojos tan sólo

pa haserlos yorá!

Pepe Galán.

Si naciste más bonita

que una Virgen de Murillo,

que una diosa del Tiziano,

que la Dama del Armiño;

,si naciste más graciosa

que la pluma por el aire,

que en el trigo una amapola,

que una barquita en los mares,

¿por qué has de querer

ser piedra, ni espuma,

ni rosa, mujer,

si al ser lo que el cielo te hizo

ya no has de ganar?

¡Quien nace mujer bonita

no puede ser más!

Mosqueta.

¡Pues agua de fuente

me quiero volvé y en el arroyito

desaparesé!

Pepe Galán.

¡Pues junto a la orilla

me aposentaré

y hasta el mismo fondo

yo te seguiré!

¿Quién es ese hombre?

Mosqueta.

¡No te lo diré!

Pepe Galán.

¡Pues aunque no quieras,

Lo averiguaré!

¡Pero ya sé lo bastante, Mosqueta: sé que te quiere, que te persigue y que te amenaza si no lo quieres tú!

Mosqueta. ¡Eso! ¿Cómo lo has asertao?

Pepe Galán. ¡Porque yo te quiero más que él!

Mosqueta. ¿Tú, Pepe?

Pepe Galán. ¡Yo, Mosqueta! ¡Y aquí se acabó tu cautiverio! ¡Saldrás desde hoy libremente a la calle!

Mosqueta. ¡No!

Pepe Galán. ¡Sí! ¡Y conmigo a tu lado!

Mosqueta. ¡No, Pepe, no! ¡Es muy malo ese hombre! ¡Nos matará a traisión a los dos!

Pepe Galán. ¡Yo sabré guardarte y guardarme!

¡Llama de tu leña

ahora quiero ser,

y ardiendo en tu fuego

crecer y crecer!

Mosqueta.

¡Mi cuerpo y mis brasas

te doy yo con él

si sabes librarme

de este padesé!

Los Dos.

¡Si me quieres y te quiero

como yo no quise a nadie,

y si vamos a juntarnos

y a que nunca nos separen,

no temamos en la vida

a borrascas y a huracanes,

que este amor es más seguro

que una barquita en los mares!

Se abrazan apasionadamente. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

Uno de los corredores del patio de la casa andaluza que tiene en Madrid don Julián Archero. Al foro, cancela de tres cuerpos, que da al jardín, fantásticamente iluminado. Sillones y sillas propios del lugar, y un par de mesas con viandas ligeras y vinos de manzanilla y de jerez.

Es de noche, pocos días después del tercer cuadro.

Diversas luces, discretamente colocadas, dan a la escena una agradable entonación.

Don Julián, el dueño de la casa, charla en un lado con Pepe Galán y Gumersindo; Mosqueta y Paquita Veloz charlan al lado opuesto, y en torno a las mesas come y bebe la gente de tablado, cuyo buen diente es proverbial. Y sabido es que mientras se come se habla poco. Pepa y Rafael, criados de la casa, ella de vestido de volantes y pañuelo de talle, y él, de pantalón negro y guayabera blanca, atienden a unos y a otros, entre los que se cuentan, además, algunos amigos y amigas del anfitrión y un maestro de guitarra.

Pepe Galán. Dé manera, don Julián, que usted, aunque vive en Madrid, vive como en Sevilla.

Don Julián. ¡Igualito! Ya han visto ustés la casa. No sé presindí de mi tierra. ¡Ni quiero! Con esto no le falto a nadie. En el jardín, en serámica seviyana, tengo al Señó del Gran Podé; en el comedó, a la Virgen de la Macarena; en mi alcoba, al Cristo de Pasión…

Gumersindo. ¿Y a la puerta de la casa?

Don Julián. ¿No se han fijao ustés? ¡La Virgen del Vaye! Soy hermano de esa Cofradía. ¡Y de las otras tres!

Gumersindo. ¿Aunque no salgan en procesión?

Don Julián. ¡Ya saldrán todas! En cuantito se pase este sarampión laico que está padesiendo la República. ¡Como es una niña… le ha dao el sarampión!

Pepe Galán. ¡Claro! Da gusto oírlo hablar a usted de su tierra.

Don Julián. Hechos, hechos y no palabras. ¡Hasta respiro en seviyano! ¡Y sin estatuto! Yo me desayuno con una ruea de calentitos con chocolate, una torta de aseite y una copita de casaya.

Pepe Galán. ¡Vaya desayuno!

Gumersindo. ¡Venga desayuno! es lo que yo diría.

Don Julián. En el almuerso, el cosidito a la andalusa —la bersa— no me falta nunca. Papas y garbansos, habas y guisantes, calabasa y habichuelas… Algún día los convidaré a ustés a probarlo.

Gumersindo. ¡El día que usted quiera! ¡Mañana mismo! ¿A qué dejarlo para otro día?

Don Julián. El pan de Alcalá lo como a diario. En mi mesa tengo siempre pa postre alfajores, pestiños y yemas de coco de la Campana y la Victoria.

Pepe Galán. ¿Y de San Leandro?

Don Julián. ¡Hombre! ¡San Leandro es aquí como un compare mío! ¿Me van a faltá a mí sus yemas? Abajo en la cueva tengo una bodeguiya, y cuando viene una noche como ésta, de juerga por cualquier motivo —y yo procuro buscarlo a menudo—, se abren las caniyas de tos los barriles… ¡y a viví, que son tres días! ¿Qué más? Ahí están mis criaos: los dos son de la provinsia de Ávila, pero miren ustés cómo los he vestío. Eya se yama Siriaca y él Nicomedes: sólo que yo los he confirmao. Mientras estén a mi servisio él es Rafaé y eya es Pepa.

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Don Julián. Al gato le he puesto *Gayito.* Únicamente, mi portero, que es de Borox, le yama *Domingo Ortega.* ¡No lo voy a despedí por eso!

Pepe Galán. ¡Claro! No hay motivo.

Don Julián. Al loro lo yamo *Julio Sésar.*

Gumersindo. ¿Y al perro que nos ladró a la entrada, cómo le dice usted?

Don Julián. *San Femando.*

Pepe Galán. Pero bueno, pregunto yo…

Gumersindo. De seguro lo mismo que yo iba a preguntarle.

Don Julián. ¿Que por qué no vivo en Seviya, siendo tan seviyano, verdá?

Pepe Galán. ¡Eso!

Gumersindo. ¡Eso!

Don Julián. ¡Pues porque ayí vive mi mujé!

Pepe Galán. ¡Ah!

Gumersindo. ¡Ah!

Don Julián. ¡Y mi mujé ve a un flamenco y le da *tirisia*! ¡No transige con estas juergas!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Don Julián. ¡Vamos a toma otra copita! ¡Rafaé!

Rafael. Me yamo. *Acude a servirlos.*

Don Julián. Danos una copita.

Rafael. O dos, don Julián; que con un pie solo no se anda *Entonándose.* ¡Yayay!…

Don Julián. ¿Eh? ¡De Ávila!

Rafael. ¡De Navarreonda de la Sierra, na más; pero no puede dormí de flamenco!

Don Julián. ¿Qué será que to el mundo quié sé seviyano? *Beben.*

Pepe Galán. Parece que es usted un gran bebedor.

Don Julián. Amigo, yo estoy con Quevedo:

Dijo a la rana el mosquito

desde una tinaja:

Más quiero morir en el vino

que vivir en el agua.

Paquita. ¿Y usted antes vivía en Sevilla?

Mosqueta. En Seviya. Yo era modelo de pintores y de escultores. Me copiaban artistas de ayí y algunos ingleses y franceses también.

Paquita. Y llegó el Caribe…

Mosqueta. Yegó el Caribe en mala hora —de no sé qué tierras venía—, me conosió, por mi desgrasia, y ayí se acabó mi tranquilidá. Se enamoró de mí como un bruto y se empeñó en que no había ya de copiarme nadie. Ya usté ve: ¡mi modo de viví!…

Paquita. ¡Qué bárbaro!

Mosqueta. Pa sitiarme por hambre, como usté comprende, y que tenía que sé suya na más. Y a mí, desde el prinsipio, me repunó ese hombre. Estas cosas que no se rasonan. Antes que resibí un beso de su boca me tiro al río.

Paquita. ¡Claro!

Mosqueta. Y atienda usté: la manera de enamorarme que tenía era ponerme la pistola en el pecho. Y me escapé de Seviya huyendo de é, y husmeó mi rastro, y me siguió a Málaga, y luego a Granada, y después a Barcelona… y ahora a dao conmigo en Madrí.

Paquita. Pero ya parece que tiene usted quien la defienda. ¿No?

Mosqueta. Sí que lo tengo: Pepe Galán. Y bien sabe Dios que lo siento por é. ¡Más templao es y más valiente!…

Paquita. ¿Sí?

Mosqueta. Pero el Caribe es un mal hombre, y temo una traisión.

Paquita. Y ¿no sería bueno darle un susto?

Mosqueta. ¿A ése?

Paquita. ¡A ése!

Mosqueta. A ése no lo asusta ni un toro desmandao.

Paquita. Yo discurriré. Porque a veces un periódico asusta más que una ganadería.

Don Julián. *Estallando de pronto.* ¡Ea! ¡Ya están aquí mis gitaniyas! ¡Mis buñoleras! ¡Van ustés a vé la colecsión de prendas que me hasen a mí los buñuelos que nos vamos a comé esta noche! ¡Adelante, presiosas!

Movimiento de expectación. Salen varias Buñoleras gitanas, como mías perlas.

Buñoleras.

Son mis buñuelos

lo que se disen escurriuras

de caramelos.

Son confituras

que echan los santos desde los cielos

a las creaturas.

Son cosa güena,

más que el armiba y el piñonate

de la alasena.

No hay quien los cate

que no los pía para la sena

con chocolate.

Mosqueta y Paquita.

Buñoleritas gitanas,

los buñuelos de esas manos

los compran los parroquianos

como chochos y avellanas.

Buñoleras.

Buñoleritas gitanas,

que divierten el camino,

el Albaicín granadino

y las ventas seviyanas.

Mosqueta.

Son los buñuelos

lo que se disen escurriuras

de caramelos.

Paquita.

Son confituras

que echan los santos desde los cielos

a las criaturas.

Mosqueta.

De los peroles

sales briyantes, salen calientes

como unos soles.

Paquita.

Y entre los dientes

son más gustosos que huevos moles

con aguardiente.

Todas.

Buñoleritas gitanas,

los buñuelos de estas manos

los compran los parroquianos

como chochos y arveyanas.

Se van animadamente las Buñoleras y cesa la música

Aplausos, aclamaciones y jaleo.

Paquita. ¡Don Julián, es usted un artista!

Mosqueta. Verdá que sí que lo es.

Pepe Galán. ¡Un artista! El hombre que sabe vivir de este modo…

Gumersindo. ¡Y que se rodea de esta gente!…

Don Julián. ¿Les ha gustao a ustés ese manojo de gitaniyas?

Gumersindo. ¡Hombre!

Pepe Galán. Bueno, don Julián, y ¿cuándo llega nuestra hora?

Gumersindo. ¿Cuándo conocemos a esa bailarina que aquí nos ha traído?

Pepe Galán. ¡A esa Giraldita!

Don Julián. Ahora, ahora. Ya la he visto por el jardín dispuesta. Ustés me dirán si está o no justificá mi chifladura. A esta chiquiya la conosí yo en un corrá de la Alameda. Me paresió que había ayí barro fino, la saqué del corrá, le puse un maestro de baile… y vaya alhaja que he lograo. Ahora que, dicho sea entre hombres, del entusiasmo artístico he pasao a otra cosa más grave: aquí donde me

ven ustés, ¡me he enamorao de eya como un quinto!

Pepe Galán. ¿Sí?

Gumersindo. ¿Sí?

Don Julián. ¡Como un quinto! ¡Cojo griyos por eya!

Pepe Galán. ¡Don Julián!

Don Julián. Como ustés lo oyen. Y además, si eya me lo pide, como tomate en jaula, como los griyos.

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Don Julián. Ustés verán si lo merese. Partiendo del prinsipio de que a mí pocas cosas me gustan más que una mujé bailando. Ya una mujé sola, si es bonita, se yeva una primera medaya; pero si se echa a bailá con trapío, ¡la medaya de honó! Porque el baile no es más que el modo de lusí tos sus encantos, ponderándolos a la vista. Conque aquí quiero yo a los artistas grandes: ¡a vé si usté la copia en tos sus colores, y a vé si usté la cuaja en el barro, de manera que no paresca barro, sino carne morena!

Gumersindo. Mucho pide usted, don Julián.

Pepe Galán. ¡Mucho pide!

Don Julián. ¡Pues no me contento con menos! ¡Pero pa dos artistas jóvenes, que viven soñando con la fortuna, no es mucho pedí! *Al maestro de guitarra.* Maestro, allí en el jardín aguarda ya la Giraldita. Vamos ayá.

Música

Salen las Buñoleras y se acomodan para ver a la Giraldita. El Maestro principia a rasguear en la guitarra, y esto obliga a un silencio absoluto. Todos están pendientes ya de la aparición de la bailarina. Y a poco, por la cancela central, surge la Giraldita, como un geranio que impulsado por el aire llegara del jardín al patio a cautivar a todos. Gira, salta, vuela; repiquetea con los tacones. A su protector se le cae la baba. Pepe Galán y Gumersindo la miran con ojos de artistas. Cuando acaba el baile, estalla un aplauso nutrido, general, de convencimiento sincero, es verdad, pero también de halago al señor que convida. Todos lo felicitan efusivamente, así como a ella.

Pepe Galán. ¡Oro de ley, don Julián, oro de ley!

Don Julián. ¿Eh? ¿Eh?

Gumersindo. ¡Barro fino; usted lo ha dicho antes!

Don Julián. ¿Verdad que sí?

Pepe Galán. ¡Si logro pintarla como lo siento, me inmortalizo!

Don Julián. ¡Ole!

Gumersindo. ¡Pues como yo plasme lo que veo, va usted a tener que guardar la estatuilla en una vitrina para que no se le escape bailando!

Don Julián. ¡Ojalá sea verdá!

Pepe Galán. *A Mosqueta.* ¿Has visto qué chiquilla?

Mosqueta. Hijo mío, lo que da la tierra de María Santísima.

Pepe Galán. ¿Y tú, no te vas a lucir?

Mosqueta. A lusirme, no; pero a cantá, si tú lo quieres, ahora mismo. ¡Más contenta estoy esta noche!…

Pepe Galán. ¡Ea, pues a ello! Don Julián, Mosqueta va a cantarnos un poco en obsequio a usted.

Don Julián. ¡Venga! ¡Venga! Como la voz y el estilo salgan a las hechuras…

Mosqueta. *Al guitarrista.* Maestro, acompáñeme usté aqueya cansión de anoche en el estudio. ¡La del barrio de Santa Cruz!

Voces. ¡Silensio! ¡Silensio!

El maestro obedece, todos callan de nuevo y Mosqueta rompe a cantar.

Mosqueta.

¡Santa Cruz!

¡Barrio de la Judería!

¡Hechisero por el día

y amoroso sin la luz!

¡Santa Cruz!

¡Barrio de la plasa aqueya!

¡El rayito de una estreya

me besaba don su luz!

¡Ay mi chiquiyo! ¡Gloria mía!

¡Lo que te quiero!

¡Ven, que te espero

en la ventana floresía,

donde rebosan las masetas,

el año entero echando flores;

la qué cautiva a los poetas

y la que copian los pintores!

Y dejaremos la ventana

pa recorré los cayejones,

antes que yegue la mañana,

mientras la luna seviyana

junta en su luz los corasones.

¡Ay, gitano, buen amigo,

ven conmigo!

Yo estoy presa y tú estás preso;

y antes de que el nuevo día

nos separe con su luz,

yo te quiero dar un beso

en la caye más sombría

del barrio de Santa Cruz.

Cesa la música.

Aplausos generales, ¡oles!, etc., que interrumpe y corta la inopinada presencia del Caribe, que aparece por la cancela.

Caribe. En una fiestecita andaluza no están mal unas miajas de bronca. ¡Digo yo!

Don Julián. ¿Eh?

Pepe Galán. ¿Qué?

Mosqueta. ¡Mal haya!

Paquita. ¡El Caribe!

Don Julián. ¿Quién es usted? ¿Quién lo trae a mi casa?

Caribe. Mi voluntad

Don Julián. No es bastante. ¿Quién es usted? ¿Por quién viene aquí?

Caribe. Por esa mujer que cantaba.

Mosqueta. ¡No!

Caribe. ¡Sí! ¡Por ti vengo!

Pepe Galán. Pues sé irá usted sin ella —como siempre que da conmigo—, porque esta mujer tiene ya dueño.

Caribe. ¿Quién?

Pepe Galán. ¡Yo!

Mosqueta. ¡Pepe!

Caribe. ¿Tú?

Pepe Galán. ¡Yo!

Caribe. Ahora hablaremos de eso.

Don Julián. En mi casa no tolero yo intrusos ni cuestiones.

Caribe. Poco a poco. Me iré en cuanto diga tres palabras. *A Mosqueta.* Ya ves que te encuentro donde quiera; ya ves que es inútil que huyas de mí. Date ya a partido y acabe esta lucha, que se me está subiendo la sangre a la cabeza y no quiero que me baje a una mano.

Pepe Galán. A esa mano yo la cortaría.

Caribe. ¿Tú? *Saca una pistola.*

Don Julián. ¡Eh! ¡eh! ¡basta de desplantes! Eso, menos que ná. Está usté anticuao. El perdonavidas que yega a una fiesta y la barre enseñando un arma, es de los sainetes antiguos. Ya ve usté que to el mundo se ha quedao quieto. Yo soy el amo de la casa, el señorito, y miste cómo voy. *Saca también una pistola y le apunta con ella.*

A su ejemplo, todos los personajes que hablan van haciendo sucesivamente lo mismo.

Pepe Galán. ¡Pues claro, hombre! ¡El que más y el que menos va listo!

Gumersindo. ¡Natural!

Amigo Primero. ¡No, que se juega en estos tiempos!

Rafael. ¿Qué pasa en Cádiz?

Paquita. *Levantando su jalda y sacando a su vez, como si la llevara sujeta a la rodilla, una pistolita monísima.* ¡Estaría bueno que nos asustáramos de una pistola! ¡Vamos!

Caribe. *Sin perder su sangre fría.* Pero ¿este es el Congreso?

Don Julián. El Congreso o cosa semejante; porque tos tenemos pistola y nadie la dispara.

Pepe Galán. Como usted verá, este no es sitio ni esta es ocasión para que dos hombres se disputen de veras a una mujer. ¡Hay muchos testigos!

Caribe. Cierto: hay muchos testigos.

Gumersindo. ¡Muchas pistolas!

Pepe Galán. Pues en mi estudio me encontrará usted mañana solo. Pepe Galán me llamo.

Caribe. ¿En su estudio?

Pepe Galán. En mi estudio.

Caribe. ¿Solo?

Pepe Galán. En todo caso puede que esté también conmigo el autor del retrato de ella que usted quería.

Caribe. ¡Pues así liquidaré de una vez las dos cuentas!

Pepe Galán. ¡Pues allí lo aguardo!

Caribe. *A Mosqueta.* Si corre la sangre, tú lo has querido. *Mira a todos en actitud de reto y se marcha.*

Mosqueta. ¡El demonio te yeve! *Abrazándose a Pepe Galán.* ¡Pepe de mi alma!

Pepe Galán. ¡Siga la fiesta! ¡No llegará la sangre al río! ¡Siga la fiesta!

Don Julián. *Abrazándolo también.* ¡Es usté un hombre! ¡Así liasen los hombres!

Gumersindo. *Lo mismo.* ¡Bien, Pepiyo, bien!

Don Julián. ¡Siga, siga la fiesta! ¡Aquí no ha pasao na! Giraldita, otro baile. ¡Mosqueta, otras copliyas! ¡Siga, siga la fiesta!

Alegría, bullicio. Hablan todos a un tiempo, comentando el lance pasado. La orquesta contribuye con brío a realzar el instante.

FIN DEL CUADRO CUARTO

Intermedio musical

CUADRO QUINTO

El estudio del cuadro primero, sin los retratos de Mosqueta y de la Chulilla. Es al día siguiente del cuadro anterior.

Amanece.

Llega de la calle Pepe Galán. Viene soñoliento, excitado.

Pepe Galán. Ya apuntan las luces del día. ¡Qué noche de emociones!… ¡Si pudiera descansar un rato antes de que llegara ese bárbaro!… *Se tumba donde puede y duerme un poco. Entre sueños dice:* ¡Mosqueta!… ¡Mosqueta!… ¡Qué divinos colores los tuyos!…

Música

Una voz de mujer, que no se sabe de dónde viene, canta:

¡Despierta, pintor!

Musa intangible del color,

vengo a brindarte

los que te puede dar tu arte

para que pintes a tu amor.

La escena se va iluminando sucesivamente de los colores que se nombran.

Dentro se oyen las voces de Mosqueta y Paquita, que alternativamente cantan.

Mosqueta. ¡Yo soy la sangre de la herida abierta!

Paquita. ¡Yo soy el verde, gala de la huerta!

Mosqueta. ¡Yo soy naranja, fruto de azahares!

Paquita. ¡Yo azul del cielo que bajó a los mares!

Mosqueta. ¡Yo soy violeta que brotó en la aurora!

Paquita. ¡Y yo amarilla espiga que el sol dora!

Pepe Galán se incorpora soñando, y como que va y viene hacia los sitios de donde parece que llegan las voces. Después canta: ***Pepe Galán****.*

¡Ay Musa del color

que me brinda colores!

¿Dónde están los mejores?

¿Dónde los de mi amor?

Aquel fino terciopelo

de sus ojos y su pelo,

¡quién me lo puede brindar!

Aquel grana

de aquella boca gitana,

¡qué clavel me lo ha de dar!

Aquel nácar de su frente

transparente,

¡a qué mar iré por él!

¡Dónde hallaré de su cuello

aquel tono suave y bello,

pan y miel!

¡Colores son tan sólo de ella

que tú no me puedes dar!

¡Iré por todos a una estrella…

o no la podré pintar!

Despierta repentinamente. ¿Qué es esto, Dios mío? ¡Estaba soñando!… ¡Una Musa me ofrecía colores, y luego, las voces de ellos eran las de Paquita y Mosqueta! ¡Qué disparatada fantasía!… *De pronto, mirando hacia la puerta de entrada.* ¿Eh? ¿Quién? ¡Oh! ¡La portera! ¡Esto se llama despertar del todo!

Sale Librada.

Librada. Buenos días, don Pepe.

Pepe Galán. Buenos días, Librada.

Librada. ¡Mucho se madruga!

Pepe Galán. Para ver si me ayuda Dios.

Librada. ¿Y la señorita Mosqueta?

Pepe Galán. En casa de mi madre.

Librada. ¡Digo!

Pepe Galán. ¿Usted recuerda bien a aquel hombre que vino por sorpresa a comprarme un cuadro?

Librada. Sí, señor: no se me despinta.

Pepe Galán. Pues pronto va a volver. Que suba en seguida que llegue.

Librada. ¿Sin avisarle a usté?

Pepe Galán. Ya estoy avisado. Y no deje usted subir a nadie más cuando él esté aquí.

Librada. Conformes.

Pepe Galán. Pues ahora, a su cajón.

Librada. Y con siete ojos. ¡Líos, chismes, enredos, trapisondas!… ¡Si son la salsa de las porterías, don Pepe! ¡Las ojeras que trai!… *Vase por la puerta de la derecha.*

Pepe Galán. ¡Ay, Mosqueta! ¡No creí que iba a tener que jugarme la vida por tu cariño!

Llega Gumersindo de la calle.

Gumersindo. ¡Pepe!

Pepe Galán. ¡Gumersindo! ¿pareciste ya?

Gumersindo. ¡Chico, qué noche! De la fiesta me fuí a acompañar a su casa a la Giraldita. ¡Sí, sí; a su casa! ¡Nos ha amanecido en Rosales!

Pepe Galán. ¡Muchacho!

Gumersindo. ¡Me he enamorado de ella de un modo explosivo!

Pepe Galán. ¡Pero, hombre!

Gumersindo. ¡Y ella de mí!

Pepe Galán. ¡Pues don Julián no te pedía tanto!

Gumersindo. ¡Así me saldrá mejor la estatuilla! ¿No dices tú que hay que enamorarse de las modelos?

Pepe Galán. Sí; pero en este caso es una granujada. ¡Si se entera ese hombre! …

Gumersindo. No se enterará. ¿Quién va a ir a decírselo? Y si se entera… ya le diríamos que esto está también en las costumbres de la tierra. ¡Tipismo!

Pepe Galán. ¡Qué sinvergüenza eres!

Gumersindo. ¡Si es que me ha vuelto el juicio esa criatura! *Mostrándole un álbum de bolsillo.* Mira, mira los apuntes que le he hecho ya. Y esta tarde empiezo con ella en el barro.

Viene Tintín también de la calle.

Tintín. ¡Salud, compañeros!

Pepe Galán. ¡Tintín!

Gumersindo. ¡Tintín!

Pepe Galán. ¿Qué ha sido de tu vida?

Gumersindo. ¿Te ha ocurrido algo?

Tintín. Chicos, una catástrofe sentimental.

Pepe Galán. ¿Y eso?

Tintín. ¡Me he enamorado de la gorda!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Tintín. No os riáis, que es una pasión.

Pepe Galán. ¡Pues está el estudio que arde! ¿Ves tú como hay que elegir modelos bonitos?

Gumersindo. ¡Claro! ¡Para amarlos mientras se trabaja!

Tintín. En cuanto a eso, os advierto que a mi gorda no la cambio ya ahora por la Venus del espejo, de Velázquez. ¡Aberraciones, si queréis! ¡Pero no la cambio! ¡Y ella lo sabe! ¡Y ha engordado de satisfacción! ¡Un pintor a la moderna, amigos! ¡La pintura moderna, mientras más fea es más bonita! ¡Viva lo moderno! ¡Pintura moderna, cante moderno, baile moderno! ¡Estoy contentísimo! ¡A punto de romper a bailar!

Música

Para pintar,

para crear,

para asombrar

con un aliento juvenil,

no hay que escoger

una mujer

como hasta ayer,

sino una cuba o un barril.

Es gloria mi gentil jamón,

y pan con vino moscatel;

es lana del mejor colchón

y caldo fresco de un tonel.

Modernidad,

temeridad,

genialidad,

caracterizan mi arte azul,

y yo me sé

que venceré

y arrollaré

cuando retrate a mi baúl.

¡Mi gorda, mi vida,

la gloria me darás!

¡Mi gorda querida,

no engordes mucho más!

¡Oh *Fornarina* blanda y fiel,

Tintín será tu *Rafael*!

¡Mi gorda, mi anhelo,

el mundo llenarás!

¡Mi gorda, mi cielo,

no engordes mucho más!

Danza de puro gozo y cesa la música.

Tintín. ¡Ea! Y después de este desahogo lírico-bailable vamos a enredar un poquitillo con los pinceles.

Dentro, en la puerta de la derecha, pregunta la apagada voz de Carlanca.

Carlanca. ¿Se puede pasar?

Pepe Galán. ¡Adelante!

Y pasa Carlanca, que viene enteramente desfigurado. Se ha afeitado las barbas, se ha cortado el pelo, que se peina con raya, y se ha rizado con sortijillas el bigote. Las ropas también son distintas. Viste americana, chaleco y pantalones que no son suyos y que le están muy grandes. Completa su atavío con un sombrerito de paja y un bastoncito. Cuando lo reconocen, se llevan las manos a la cabeza los tres; indignadísimo Tintín y muertos de risa los otros.

Carlanca. Buenos días.

Gumersindo. Buenos días.

Pepe Galán. ¿Qué desea usted?

Carlanca. ¿No me recuerdan?

Tintín. ¿Eh?

Carlanca. ¿No me recuerdan?

Pepe Galán. ¡Ave María Purísima!

Gumersindo. ¡El mendigo!

Tintín. ¡El modelo! ¡Carlanca!

Carlanca. Carlanca: servidor.

Tintín. Pero ¿qué diablos ha hecho usted con sus pelos?

Carlanca. ¡Las mujeres!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Carlanca. Se ríen… Yo también me he reído… Fui a las ferias que les dije a ustedes; allí me encontré a la Sabina, la Cariñosa, que tiene una cantina muy maja… Que tú, que yo; que esto que lo otro; que tú no debes mendigar. Carlanca… que vente a vivir conmigo, como de antes… ¡Las cosas! Y me he puesto así.

Tintín. ¡Que no lo conoce a usted ni su padre!

Carlanca. Ni mi padre. Pero, lo que ella me ha dicho: «*Ves, ves* al estudio de esos señores, que ahora sí que quedrán retratarte».

Tintín. ¿Ahora?

Pepe Galán. ¡Naturalmente!

Gumersindo. ¡Ahora! ¡Si está precioso!

Tintín. ¿Ahora, eh? ¡Ahora tome usted otro duro y vaya a hacerse un retrato para un kilométrico!

Carlanca. ¿Y el kilométrico?

Tintín. ¡Que se lo saque a usted la Sabina!

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja! ¡Esto es para ponerse malo!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Pepe Galán. ¡Y tú querías hacer con él a Colón en Valladolid!

Tintín. ¡Y lo más que podría hacer ya serían los restos, que están en Sevilla!

Carlanca. ¿Entonces, no sirvo?

Tintín. ¿Qué ha de servir usted? Vaya con Dios, y dele recuerdos a la Sabina.

Pepe Galán. ¡Ja, ja, ja!

Gumersindo. ¡Ja, ja, ja!

Carlanca. Buenos días. ¡Que reír ya les doy! ¡Vaya una informalidad la de estos pintores!

Se marcha.

Tintín. ¡No os riáis más, que a mí me ha puesto de un humor del diablo! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Pepe Galán. Desgracias de Tintín. Ven tú a la azotea, Gumersindo, que quiero hablar contigo en reserva, antes de que venga el Caribe.

Gumersindo. ¡Es verdad, que tú estás pendiente de un reto! Dime, dime qué hay.

Pepe Galán. Ven y lo sabrás.

Se marchan por la puerta del foro.

Un momento después aparece el Caribe por la de la derecha.

Caribe. Nadie… *Se sonríe.* Del dicho al hecho… Y eso que el cachorrillo me pareció bravo. Pero, o gano hoy a Mosqueta para mí, o habrá aquí lo que no se espera.

Sale Tintín, dispuesto ya para el trabajo, canturreando muy alegre.

Tintín. ¡Ay, mi gorda!…

Caribe. ¿Eh? Buenos días.

Tintín. Buenos días.

Caribe. ¿Ha venido Pepe Galán?

Tintín. Sí, señor: ahí lo tiene usted en la azotea. ¿Quiere usted que lo llame?

Caribe. Un momento. ¿Usted, por lo visto, es su compañero de estudio?

Tintín. Servidor. *Sin dejar su estribillo.* ¡Ay, mi gorda!…

Caribe. ¿El autor de un cuadro que yo quiero?

Tintín. ¿Eh?

Caribe. Un busto de mujer que vi aquí el otro día.

Tintín. ¿No será de Pepe?

Caribe. No, señor; porque él mismo me dijo que era de un compañero.

Tintín. Entonces es mío. ¿Le agradó a usted?

Caribe. Mucho. Como que lo quiero comprar.

Tintín. ¿Comprarlo?

Caribe. Sí, señor.

Tintín. ¿Quiere usted clavarme el alfiler de corbata; porque debo de estar durmiendo todavía?

Caribe. ¿Y eso?

Tintín. La verdad… Un comprador así tan de repente… *Engreído ya.* ¡Claro que el cuadro, para quien sepa verlo…! ¡Ahí es nada! No cabe duda que yo vengo pegando… que traigo una retina nueva… un temblor nuevo… ¡Modestia aparte!

Caribe. Bien, bien… ¿Cuánto vale ese lienzo?

Tintín. ¡Hombre!… Me halaga tanto, que… Yo trabajo por amor al arte; pero, en fin… ¿Está bien en… en… en tres mil pesetas?

Caribe. ¿En tres mil pesetas?

Tintín. ¡Ya le he dicho a usted que vengo pegando!

Caribe. Conformes. Es asunto en que no regateo. Traiga el cuadro, y anúnciele a Pepe Galán que estoy yo aquí. ¿Cómo me dijo él que acaso usted no lo vendería?

Tintín. ¡Pelusa! Es un clásico; yo un revolucionario… ¡y lo traigo de coronilla!

Caribe. Óigame. ¿Quién le ha servido a usted de modelo para esa pintura?

Tintín. ¡Ah! ¡Figúrese usted!… Una chica que vive de eso. Digo, que vive de eso… ¡y de lo otro!

Caribe. ¿Sí, eh?

Tintín. ¡Bohemia! ¡Ambiente de arte! ¡Bueno, aquí nos reunimos tres puntos!… ¡Buh! Y ella, que se deja querer, la noche que no cena conmigo, cena con Pepe, cena con Gumersindo… ¡Ambiente de arte! ¡Sociedad en comandita!

Caribe. ¡Buena vida se dan ustedes!…

Tintín. ¿Qué hacer? ¡Bohemia! La modelito que entra aquí… ¡vamos!… Para qué voy a contarle a usted. Y cuidado que la chica de ese cuadro mío tiene un novio que es un tabardillo.

Caribe. ¿Ah, sí?

Tintín. Un *chulángano* de mal *arate,* que no quiere dejarla ni respirar… ¡Un hueso! Pero aquí nos lo saltamos al trascuerno entre todos. Voy por el cuadro. ¡Lo que van a envidiarme esta venta! ¡Ay, mi gorda!… *Éntrase por la puerta de la izquierda, tan ancho como el propio Tiziano cuando Carlos V le recogió un pincel del suelo.*

Caribe. Tendremos mucho más que palabras, pero el cuadro ya es mío. ¡Cómo será mía la modelo!

Vuelve Tintín con su lienzo de la Chulilla.

Tintín. Habrá que refrescarlo un poco… pero, en tres mil pesetas, ya puede usted decir que se lleva una ganga.

Caribe. ¿Cómo? ¿Qué es esto?

Tintín. ¿Cómo que qué es esto?

Caribe. ¡Esto es un bodegón de ensalada rusa!

Tintín. ¿Qué dice usted? ¿No es este el cuadro que quiere usted comprar?

Caribe. ¡Vamos, hombre! ¿Se piensa usted que he llegado del pueblo? Y si todo ello es una burla tramada entre Pepe Galán y usted… *Lo acogota y zarandea.*

Tintín. ¡Oiga, oiga! *Llamando al compañero.* ¡Pepe! ¡Pepe!

Caribe. Sí; que salga ya el otro. ¡Así acabaremos!

Tintín. ¡Vaya un chasco que me he llevado! ¡El que viene pegando es él!

Sale Pepe Galán

Pepe Galán. ¿Qué hay? ¿Qué quieres? ¡Hola!

Caribe. ¡Hola!

Tintín. Chico, este energúmeno… este señor, que iba a comprarme el cuadro… y antes de firmarle un recibo he empezado a cobrar.

Pepe Galán. Bueno, pues ahora déjame con él y vete a la azotea.

Tintín. ¡Como las balas! *Aparte.* (No te fíes, que es un loco). ¡Vaya si traigo un temblor nuevo! ¡Y que no me va a dejar en un rato! *Se va, temblando, por la puerta del foro.*

Pepe Galán. Me doy cuenta de lo ocurrido aquí. Él retrato de Mosqueta que vió usted y que quiso llevarse no es de este muchacho, sino mío.

Caribe. ¡Ah!

Pepe Galán. Y Mosqueta, como ya le he dicho otra vez, mía también.

Caribe. Pues dispóngase usted a olvidarla.

Pepe Galán. No pierda usted el tiempo.

Caribe. Es que esa mujer, o es para mí o no es para nadie.

Pepe Galán. Pues para usted no es, desde luego.

Caribe. Pues lo mato a usted y la mato a ella.

Pepe Galán. No es tan fácil. Es mucho matar.

Caribe. ¡Vamos a verlo!

Pepe Galán. ¡Vamos a verlo! Pero…

Caribe. Pero ¿qué?

De improviso llega de la calle Paquita Veloz.

Paquita. Buenos días.

Pepe Galán. ¡Paquita!

Caribe. ¡Hombre! ¡La de la pistolita en la media! ¿No viene nadie más, amigo?

Pepe Galán. Pero ¿cómo te ha dejado subir la portera?

Paquita. ¿La portera? ¡Ni me ha hecho caso! ¡Buena está la portera!

Pepe Galán. ¡Le encargué que no subiera nadie!

Paquita. Pero ¡si la pobre mujer está muerta de miedo! Hay abajo dos o tres agentes de la Policía…

Pepe Galán. ¿Qué?

Paquita. Y la están asando a preguntas. Parece que han visto entrar en la casa a un tipo a quien persiguen… ¡Figúrate, Librada!

Pepe Galán. ¿Un tipo a quien persiguen, dices?

Paquita. Sí. Según me ha informado Meléndez, que es amigo mío, un desertor de África, un renegado…

Pepe Galán. ¿Qué? *Al Caribe.* ¿Se pone usted pálido?

Caribe. ¡Yo no sé lo que es ponerse pálido!

Pepe Galán. Pues mírese usted en cualquiera de estos espejos y lo sabrá.

Paquita. ¿Eh? ¿Suben?

Pepe Galán. Sí; suben.

Caribe. *Con angustia.* ¿Por dónde puedo huir?

Pepe Galán. Pero ¿es usted, acaso?…

Caribe. ¡No sé quién soy! ¿Por dónde puedo huir? *Se encamina*

instintivamente hacia el foro.

Pepe Galán. ¡Por ahí, no! Todas esas guardillas dan a la misma escalera.

Paquita. Venga usted: yo lo escondo.

Caribe. ¿Por dónde?

Paquita. ¡Por aquí! *Se dirige a la puerta de la izquierda.*

Caribe. ¿No me delatarán?

Pepe Galán. ¡Calle usted! ¡Está usted entre artistas; gente generosa!

Paquita. ¡Pronto! ¡Por aquí! *Éntrase, seguida del Caribe.*

Pepe Galán. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Sí parece todo una borrachera! ¡Y esta criatura ha llegado providencialmente! ¡Si no llega, lo cogen frito! *Acercándose a la puerta de la derecha.* Pero ¡no sube nadie! O habrán entrado tal vez en otro cuarto.

Y sale Paquita con una sonrisa triunfadora.

Paquita. ¡La Laureada! ¡De esta hecha me dais la Laureada!

Pepe Galán. ¿Qué dices?

Paquita. Ahí tienes a ese hombre, a tu rival: la fiera, el Caribe, el desertor, el fugitivo… porque todo eso es. ¡Conozco bien su historia, a fuer de *Ardilla* periodística! Ahí lo tienes: metido por mí, como un gato, en el arcón de los trastos viejos.

Pepe Galán. Bueno, pero la Policía…

Paquita. ¡La Policía soy yo, tontaina, que como sabía quién es el pájaro, lo sigo desde anoche y acechaba su entrada aquí desde el *tupi* de enfrente!

Pepe Galán. ¡Paquita, eres inmensa! ¡Abrázame!

Paquita. ¡Sí, Galán! *Lo abraza con ganas.*

Pepe Galán. ¿Y qué te propones ahora?

Paquita. ¡Delatarlo, si no huye y te deja en paz!

Pepe Galán. ¡Paquita! ¡Abrázame otra vez!

Paquita. ¡Las que quieras, bandido!

Pepe Galán. ¡Lo qué te va a agradecer Mosqueta…!

Paquita. ¿Mosqueta? ¿Tú, no?

Pepe Galán. ¡Yo, el primero, muchacha!

Mosqueta lo llama desde dentro.

Mosqueta. ¡Pepe! ¡Pepe!

Pepe Galán. ¡Ahí está ella! *Se va por la puerta de la derecha a encontrarla.*

Paquita. *Con un suspiro de decepción.* ¡Ay, Dios santo! Pero ¿cuándo se va a enterar este hombre de que me gusta? ¡Una mujer archimoderna, chica de la Prensa, de cigarrillo, de coctel, de piscina… enamorada como la Dama de las Camelias! ¡Ay!

Vuelve Pepe Galán con Mosqueta.

Mosqueta. ¿Es verdá to lo que éste me dise?

Paquita. ¡Tan verdad como que el sol alumbra!

Mosqueta. ¡Dios te lo pague! ¡Déjame que te bese esa cara gitana! *La besa ardientemente. A Pepe.* ¡Nos creemos tan listas las andalusas, y sale una madrileñita de éstas, y nos da pocas vueltas! ¡Valiente niña!

Vienen por la puerta del foro Gumersindo y Tintín. Gumersindo se une a los otros y Tintín, canturreando, se mete por la de la izquierda.

Gumersindo. Qué, ¿qué ha habido?

Pepe Galán. ¡Muchas cosas!

Gumersindo. ¿Y esa fiera?

Pepe Galán. ¿Esa fiera?

Gumersindo. ¿Se fué?

Pepe Galán. No; no se fué.

Gumersindo. Pues ¿dónde está?

Pepe Galán. Que te cuente Paquita, que te cuente.

En esto sale Tintín despavorido.

Tintín. ¡Hombre, esto se avisa! ¡Qué broma más pesada!

Pepe Galán. ¿Eh?

Gumersindo. ¿Qué?

Tintín. ¡Que esto se avisa! ¡He ido a sacar del arcón unas babuchas viejas, y me encuentro allí al loco!

Risas generales.

El Caribe surge hecho un basilisco a interrumpirles.

Caribe. ¿El loco, verdad?

Mosqueta. *Abrazándose a Pepe.* ¡Ay!

Caribe. ¡Pues el loco le va a prender fuego a la casa!

Paquita. *Muy arrogante.* ¿Si, eh? Y ¿quién va a ser el incendiario? ¿Roque Antilla, el Caribe?

Caribe. ¡El mismo!

Paquita. ¿O Antero Guardián, el sargento desertor de África…?

Caribe. ¿Eh?

Paquita. ¿Que mató por una mujer a su capitán y se pasó al campo enemigo?

Mosqueta. ¡María Santísima!

Caribe. ¿Qué cuento es ése?

Paquita. Un cuento que es historia. Conozco la tuya, como ves. Andaba yo por África entonces. Si ahora te vas de España, me callo; si persistes en molestar a esta mujer, te descubro y publico quién eres y dónde estás, en los cuatrocientos periódicos de mi Agencia.

Caribe. *Mordiéndose los puños.* ¡Negra suerte la mía! ¡Acabarán ustedes por verme llorar! *Se aparta a un rincón, desesperado.*

Paquita. *A Mosqueta.* Se rindió el enemigo.

Mosqueta. Eso párese. Yo misma lo estoy mirando y no tiemblo.

Tintín. ¡Pues a mí no me ha salido el susto del cuerpo todavía!

Gumersindo. ¡Es que al diablo se le ocurre ir a buscar unas babuchas ahora!

Pepe Galán. *A Paquita.* Y a ti, Paquita, ¿con qué te pagaré yo esto?

Paquita. ¿A mí? ¿Me lo vas a pagar con lo que yo te diga?

Pepe Galán. ¡Pide por esa boca!

Paquita. ¡Pues con tu arte, hombre! Hazme un retrato.

Pepe Galán. ¿Un retrato? ¡Y cincuenta, si quieres!

Paquita. Sí, quiero, sí. ¡Cincuenta retratos! Te cojo la palabra. (¡Ya es mío! ¡No voy yo a ser la única modelo de que no se enamore!).

Mosqueta. ¡Ay, ésta ya es la gloria! Sobre to cuando desaparesca aquel bicho.

Paquita. Todavía vas a tenerle lástima.

Mosqueta. ¡Me ha hecho sufrí mucho, Paquita! ¡Que le dé grasias a Dios —o a Mahoma, si es que se ha vuelto moro— que no soy una mujé vengativa, y que ha caío entre gente buena, que sabe perdona!

Tintín. ¡Ambiente de arte!

Música

Los Cinco. *Al público.*

¡Colores y barro! ¡Pasiones! ¡locuras!

¡modelos! ¡quereres!

¡Un arte que deja vivas las criaturas!

¡Telas de pinturas!

¡Formas de esculturas!

¡Barro de mujeres!

Mientras cantan, el Caribe huye.

FIN DE LA ZARZUELA

LA RISA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Cervantes**, de Sevilla, el 13 de octubre de 1934

A RICARDO LEÓN

excelso novelista y poeta, de la más

gloriosa estirpe española, en prenda

de honda admiración y cordial amistad.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Estrella. Carmen Díaz. Pepa Juana. Esperanza Ortiz. Doña Lola. Rafaela Satorres. Elvira. Mercedes Segura. Anita. María Ángela del Olmo. Rocío. Carmen León. Silveria. Concha Soto. José Carlos. Nicolás Navarro. Hipólito. Vicente Soler. Don Servando Sanguijuela. Ricardo Simó-Raso. Paquito Rodó. Ricardo Canales. Villanueva. Guillermo Grases. Guadaira. Santiago García. A excepción de José Carlos, don Servando e Hipólito, todos hablan con dejo y pronunciación andaluces: Estrella y Elvira, y aun doña Lola, con el fino y gracioso acento sevillano; Pepa Juana, lo mismo, si bien con dicción más fuerte y recortada; Anita, Rocío, Silveria y Guadaira, con el suave ceceo de los pueblos de la comarca, más bien hacia Huelva que hacia Cádiz, y Paquito Rodó, con originalidad característica del andaluz cerrado.

LA RISA

ACTO PRIMERO

Modesto patizuelo de la casa donde actualmente vive en Sevilla doña Lola Romero, viuda de Guzmán. A la derecha del actor, un arco sin puerta que da al zaguán, el cual, como el de tantas casas sevillanas, és largo y estrecho como un callejón. A la izquierda, enfrente del arco, una puerta de cristales por donde se va al interior de la vivienda. Al fondo, la escalera y un corredor alto abierto y practicable, que se prolonga hacia la derecha, con baranda al patio. En la mesetilla, a la izquierda, la puerta de una habitación del entresuelo. Bajo el corredor, en el hueco de la escalera, otra puerta. Suelo de ladrillos. Sillas de enea fina. Alguna mecedora. Adornan la baranda del corredor varias macetas de geranios.

Es en una mañana de junio. Merced a la vela que cubre el recinto, su luz es igual, suave y apacible.

Dos muchachas enlutaditas, llamadas Anita y Rocío, sentadas cerca del hueco de la escalera, cosen. Ya se dirá lo que cosen y quiénes son. Doña Lola, tía suya, señora distinguida, que vive en un continuo lamento, asoma en el corredor por la derecha y baja lentamente al patio, donde se sienta luego.

Doña Lola. Sobrinas.

Anita. Tía.

Doña Lola. Que llaman.

Rocío. Sí; ya voy a abrir.

Anita. Este zaguán es tan hondo que apenas se oye la campanilla.

Rocío. ¡Coge el zaguán más sitio que media casa!… *Se va por el arco.*

Doña Lola. *Lanzando un suspiro, según costumbre de toda su vida, acentuada ahora por sus desventuras en los últimos años.* ¡Ay, Dios mío!

Anita. ¿Qué le pasa a usted, tía?

Doña Lola. Las criadas me matan; pero estar sin criadas me mata más. No es para mí esta lucha.

Anita. Las criadas cada día están peores. ¡Mire usted que la última! ¡Cuidado con la última! ¡Vamos, que la última! Se llevaba huevos, y por toda disculpa dice, cuando se le descubre el robo: «¡Como mi madre no tiene dientes! …».

Doña Lola. Pues la hará buena la que venga. Ya lo verás tú.

Vuelve Rocío, acompañada de Guadaira, viejo criado de la casa en otros tiempos y hombre tranquilo, bueno y servidor lealísimo de la señora.

Guadaira. Buenos días tenga usté, doña Lola.

Doña Lola. ¡Hola, Guadaira! Dios te guarde.

Anita. Buenos días.

Guadaira. ¿Cómo vamos por esta caza?

Doña Lola. ¡Ay, Dios mío!

Guadaira. ¡Qué le vamos a hacé, doña Lola! Zon cosas der tiempo. ¡Er tiempo no hace más que corré y muda! No tiene otro trabajo.

Doña Lola. ¡Qué distinta esta casa de aquélla!

Guadaira. ¡Ah!

Doña Lola. ¡Qué distinto este patio de aquél! ¡El más hermoso de Sevilla!

Guadaira. Como er mundo no para de dá vuertas, zeñora, unas veces nos toca está arriba y otras abajo. Pero es lo que yo digo: la jaula es lo de menos mientras los pájaros tengan arpiste.

Doña Lola. Eso es lo malo, Guadaira: que nos va faltando el alpiste también.

Guadaira. Pos zi no hay arpiste, habrá lechugas.

Doña Lola. Dios las dé, a falta de alpiste.

Guadaira. ¿Estas zefloritas zon las zobrinas?

Doña Lola. Sí; las hijas de Agustín, que santa gloria haya el pobrecito.

Guadaira. En paz descanze.

Anita. Gracias.

Guadaira. Y zalú pa encomendarlo a Dios.

Rocío. Muchas gracias.

Doña Lola. Vivían en Ayamonte, como sabes tú, y a la muerte del padre se han trasladado con la madre a Sevilla. Allá veremos lo que pasa. Mi hermana pretende un estanco.

Guadaira. Mar negocio va ziendo éze. Ca día hay menoz hombres que fuman…

Anita. Sí; pero como van fumando las mujeres…

Guadaira. Ezo zí es verdá. También me han dicho que vive ahora con usté la otra zobrina; la huérfana; eza que es pintora en er Muzeo.

Doña Lola. Sí: Elvira. Ahí le hemos dado esa habitación del entresuelito. *Bajando la voz, algo avergonzada.* Me ayuda la pobre lo que puede. ¡Ay, Dios mío! Puede poco. Y arriba tenemos de huésped a un señor, que es nuestra Providencia: con lo que me dá él es casi casi con lo que vivimos ahora. ¡Yo con huéspedes en mi casa, Guadaira!

Guadaira. ¡Más vale tené huéspedes que no tenerlos, doña Lola! ¡Zi er mundo está borracho!

Rocío. Eso le decimos nosotras dos.

Guadaira. ¿Qué está borracho er mundo?

Rocío. No, señor; que no hay que apurarse.

Guadaira. ¡Claro está que no hay que apurarze! ¡Quién zabe lo que va a pazá! Ni loz adivinos.

Doña Lola. Tú, como siempre has tenido esa calma…

Guadaira. Es la que me tiene de pie. Y las medias cañas de Viyanueva. ¿Ze acuerda usté de miz hermanos? Tos parmaron ya. Y eran fuertes, robustos… pero muy nerviozos. Y yo, que estaba *tábiro* desde que nací, aquí estoy tan firme, con

mis treinta y ziete años ar revés.

Anita. ¿Treinta y siete años?

Guadaira. Ar revés he dicho, zeñorita.

Anita. ¡Ah! ¡Setenta y tres! ¿No es eso?

Guadaira. Y como bien, y bebo mejó… y no duermo más e cuatro horas.

Rocío. ¡Jesús! ¿Cuatro horas nada más?

Guadaira. Lo menos pozible. ¡Me quea mucho tiempo por delante pa está luego tendío!

Doña Lola. Cuarenta años ha servido este hombre en mi casa, niñas.

Guadaira. Y pienzo zeguí otros cuarenta a zu dispozición, doña Lola. La zeñorita Estreya me ha mandao a yamá…

Estrella, que desde dentro lo escucha, grita:

Estrella. ¡Allá voy, Guadaira, allá voy!

Guadaira. *Contestándole.* ¡No tardes mucho, que hoy traigo más que nunca ganas de verte! ¡Esta noche he zoñao contigo! *Y una sonora carcajada es la respuesta que Estrella le da.* Ya ze está riendo.

Doña Lola. ¿Ya? Y ¿cuándo no?

Guadaira. ¡Dichosa eya, zeñora, que de to zaca partío pa reírze!

Rocío. Hasta de las penas; es verdad. Yo la envidio.

Anita. ¿Quién no le envidia esa condición, hermana?

Y por la puerta de la izquierda aparece entonces Estrella, guapa y saludable.

Estrella. Ven con Dios, Guadaira.

Guadaira. ¡Hola, bendición!

Estrella. Verás lo que me pasa. Por eso te he mandado a llamar. Como estos

días estamos sin criada…

Guadaira. Tú dispones de mí cuando gustes, lucero.

Estrella. Vas a hacerme un favor.

Guadaira. De cabeza.

Estrella. ¡Ay, lo que te quiero, Guadaira! Escúchame. Las cosas andan de manera que todas tenemos necesidad de arrimar el hombro al trabajo.

Doña Lola. ¡Ay, Dios mío!

Estrella. Y con las mismas, yo, que aprendí a bordar desde chica, valiéndome de ello he bordado en colores un mantón que es lo que se dice una prenda. ¡Una prenda! ¡Cuarenta chinos y cincuenta casas de chinos hechos por estas manos! ¡Y eche usted alrededor mariposas y flores! Luego lo verás. ¡Y un fleco de cerca de una vara! Bueno, pues esta prenda —entérate bien, Guadaira—, esta prenda me la encargó hace tres meses un inglés… ¡y ahora resulta que el inglés no parece por villa ni vivo ni muerto! ¡Ja, ja, ja! *Suelta estrepitosamente la risa.*

Doña Lola. ¡Eso es! ¡Y ha hecho el gasto sin poder hacerlo, y se ha pasado las noches en vela, y ha estado tres meses trabajando como una leona, y el inglés la deja plantada… y mi hija se ríe!

Estrella. ¡Mamá, para que no se ría sólo el inglés!

La risa de Estrella es como un manantial de agua clara, fresca y abundante, que no se sabe o no se puede contener. Ya es canto alegre de su salud privilegiada, ya comentario de sátira o de burla, ya arma de defensa, ya necesidad fisiológica, ya coqueteo para lucir los dientes, ya, por último, manifestación de ternura, de gozo o de íntima satisfacción, o ya también máscara del disimulo. Ríe cuando habla y aun mientras habla, y otras veces ríe cuando no puede hablar.

Doña Lola. Pero ¿tú la oyes, Guadaira? ¡Ay!…

Estrella. Mamá, por la Virgen Santa, ¡que suspiras hasta cuando te toca la lotería!

Doña Lola. Eso es porque no me tocan más que premios chicos.

Risas generales.

Guadaira. Ahora ha tenío gracia la zeñora. Bueno, Estreya, y ¿qué es lo que me mandas a mí?

Estrella. ¡Que me busques al inglés, por tus ojos! Esta es su tarjeta. Ve con ella al Hotel de Inglaterra, donde paraba… y a ver si me lo traes… ¡o si allí te dicen hacia dónde ha volado!

Guadaira. Está bien, zeñorita. De mi cuenta corre.

Estrella. Dios te lo pagará. Y ahora vamos a trabajar en la canastilla del hijo de mi alma. *Se sienta con las primas.*

Guadaira. ¿De quién?

Estrella. Del hijo de mi alma. ¡Del hijo que debía tener ya y que no tengo!

Guadaira. ¿Cómo?

Doña Lola. No le hagas caso, Guadaira, que es loca.

Estrella. ¿Loca, mamá? Pues ¿no me casé hace más de año y medio? ¿Quién quita que ya pueda tener un hijo?

Doña Lola. ¡Cualquiera que sepa que has tratado a tu marido sólo por cartas!

Guadaira. ¡Ah! Pero ¿zigue zin zaberze toavía der zeñorito Hipólito?

Estrella. Se sabe menos que del inglés del mantón. ¡Para mí que están por ahí juntos corriéndola! ¡Ja, ja, ja!

Doña Lola. ¡Por los clavos de Cristo, Estrella! ¡No te rías también de lo que va a enterrarme a mí!

Estrella. Vaya, mamá, pues no me río; pero déjame que trabaje en la canastilla de tu nieto. ¿Que no llega a venir? ¡Pues será para el primero que le nazca a una de estas dos, que ya tienen novio!

Rocío. ¡Como que te creerás tú que no estoy yo ayudándote a la canastilla con alguna intención!

Estrella. Y me parece muy puesta en su punto.

Anita. Pues yo no, hija mía; yo no me hago ilusiones. ¡De aquí a que mi novio acabe la carrera!…

Estrella. ¿Se cansa mucho, eh?

Anita. Apenas ve los libros, ya está muerto.

Estrella. ¡Hasta que se harte tu madre!

Anita. Ese será el final.

Guadaira. Ahí yega la otra zobrinita. Yo le abriré la cancela ar tiempo de irme.

Estrella. Gracias, Guadaira. Y a ver cómo te portas con mi inglés.

Guadaira. A vé qué zuerte me da Dios. Buenos días.

Doña Lola. Buenos días.

Guadaira. Zervidó de la zeñora. *Se va por el arco.*

Anita. Es muy simpático este hombre.

Rocío. Muy simpático es.

Doña Lola. ¡Y más bueno!…

Estrella. ¡Mira qué camisita, mamá, mira qué finura! ¡Lo guapo que va a estar con ella mi Pepín!

Doña Lola. ¿Hoy se llama Pepín?

Estrella. ¡Y mañana se llamará Isidoro! Tenemos tiempo de escoger.

Doña Lola. ¡Ay, Dios mío! Me mata esta hija.

Elvira llega de la calle. Su vestido y su aire de mujercita independiente la distinguen de las otras primas. Se dirige resuelta a su habitación del entresuelo.

Elvira. ¡Qué bien se conserva Guadaira!

Estrella. Es verdad: no pasan días por él.

Anita. ¿Hace mucho calor por la calle?

Elvira. Se empieza a notar que estamos en junio.

Doña Lola. ¿Alguna novedad, Elvira?

Elvira. Sí, tía: parece que cuaja el encarguito de la copia de la Concepción grande.

Doña Lola. Vamos, mujer; Dios lo haga. Que sea enhorabuena.

Elvira. Aplácela usted para cuando lo cobre. Porque el encargo me lo ha hecho la señora del secretario del Ayuntamiento de un pueblo de aquí cerca. Y no quiere que lo sepa ningún concejal. ¡Calcule usted en un pueblo un secreto así!…

Anita. ¡Jesús María!

Rocío. ¡La cuestión es estar con el alma en la boca hasta que se coge el dinero!

Estrella. ¿Te acuerdas de mi inglés, Elvira?

Elvira. ¡No se me cae de la imaginación! Pero ¿qué va una a hacerle? Hay que trabajar a la ventura. ¡Está todo tan malo!… *Deteniéndose a la puerta de su habitación, antes de entrar en ella.* Oye, prima: ahí tienes a Paquito Rodó.

Estrella. ¿Dónde?

Elvira. Conmigo venía. Se ha quedado con Guadaira, contándole por cierto un cuento de ingleses, que porque era verde no ha querido contarlo delante de mí. *Éntrase.*

Estrella. ¡Ja, ja, ja!

Doña Lola. ¡Ea! ¡Ya tenemos fiesta y risa para media hora! No puedo con el tal Paquito.

Anita. Pues, mire usted, tía Lola: yo comprendo que al principio de tratarlo choque la manera de hablar de ese hombre; pero luego tiene mucha gracia.

Rocío. Sí que la tiene. Y sin quererlo, que es lo particular.

Anita. Eso es: él habla siempre en serio.

Estrella. A mí me hace más gracia que nadie. Como que yo voy a muchos sitios si antes me entero de que va a ir Paquito Rodó. Y no voy si él no va. Este año no he ido al Rocío porque no ha ido él.

Doña Lola. ¡Las ganas de chufla que tiene a todas horas ese hombre, con mujer, siete hijos, tres o cuatro sobrinos huérfanos a su sombra… lleno de obligaciones, con poco dinero!… ¡Vamos, vamos!… Se ve y no se cree.

Y se presenta Paquito Rodó, hombre como de treinta y cinco años, andaluz cerrado en el hablar y serio en apariencia, pero que sin pretenderlo hace reír, ya por contraste entre los lances desgraciados que cuenta y la pintoresca manera de contarlos y de decir las cosas, ya por la gravedad con que se refiere a lo más cómico.

Paquito. Buenos días tenga usté, doña Lola.

Doña Lola. Buenos días, Paco.

Paquito. ¿Y este coro de ángeles, cómo está?

Estrella. Como siempre: cosiendo y cantando. ¿Te sientas un ratito?

Paquito. Como siempre también. Este ratito pa mí es la gloria.

Estrella. ¿De dónde vienes?

Paquito. De la Huerca.

Estrella. ¿De la Huerta?

Paquito. Del Instituto Provinsiá, que pa mí es la Huerta.

Estrella. ¿Calabazas a Periquito?

Paquito. ¡Calabasas! ¡No le dan otra cosa nunca! Sigue la tradisión de la casa. ¿Qué te paese que ha dicho er niño en el esamen de Geografía?

Estrella. ¿Qué ha dicho?

Paquito. Que er río Támesis pasa por Carrión de los Séspedes.

Una carcajada general acoge la ocurrencia. En Estrella la tentación y la explosión de risa son crecientes, a medida que Paquito habla. Todas, cuál más, cuál menos, celebran

riendo los sucesivos dichos de nuestro hombre. La propia doña Lola, contagiada, ríe al cabo también. Elvira sale de su habitación, se une al corro y se pone a coser como las demás.

Doña Lola. ¡Ave María Purísima!

Paquito. ¡No sé de dónde lo habrá sacao!

Anita. A lo mejor se lo ha dicho mi novio, que creo que le repasa la asignatura.

Paquito. ¿Ah, sí? Y ¿quién se la repasa a tu novio, niña? Porque me gustaría conoserlo.

Anita. Lo que es yo no soy.

Doña Lola. Pues usted tiene la culpa de eso que le sucede, Paco.

Paquito. ¿Yo? ¿Por qué, doña Lola?

Doña Lola. Porque es usted demasiado blando con sus hijos.

Paquito. Es la obligasión de un buen padre, señora mía. Ensima de que los traje ar mundo con tan poca sá en la moyera, no los voy a amaestré como a los monos. ¿Usté sabe los palos que le cuesta a un mono aprendé a tocá la pandereta con la rodiya? Además, la madre me tiene a mí atemorisao, porque dise que hay chiquiyos pundonorosos que se suisidan si los suspenden y er padre les riñe. No, no; que vivan los pobresitos míos; que, después de to, como eyos han empesao muchos catedráticos. ¿De qué se ríen ustedes? ¿Es que tiene grasia quisá esto que estoy disiendo?

Estrella. El que tiene gracia eres tú.

Paquito. ¿Sí, eh? Pos no querría tené esta clase de grasia. Entre mis hijos y mis sobrinos me están quitando el armidón.

Elvira. Pero ¡cómo dice las cosas!

Paquito. El Evangelio, Ervira. Cuando empiesa junio, tengo la tiriya apretá; y cuando acaba junio con los esámenes, se me paran los pájaros ar borde creyéndose que es un bebeero. ¿También usté va a reírse, doña Lola?

Doña Lola. ¡Estas me contagian!

Paquito. Pos ahora se va/usté a reí toavía más. ¡Me he reío hasta yo, que soy el hombre más serio de Seviya! Atiendan ustedes. Anteayé, a uno de mis sobrinos, en el esamen de Derecho Canónico, le dise er Presidente der Tribuná, tendiéndole un cable pa vé si lo aprobaba, porque lo ha recomendao hasta San Isidoro: «Vamos a vé, hombre; no te turbes. Define er matrimonio rato. Es muy sensiyo. Fíjate bien: er matrimonio rato». Y la arrastrá criatura va y contesta tan fresco: «Er matrimonio rato es er que está separao y no se reúne más que por las noches». ¡Bueno! ¡La que se armó en la sala! ¡Toavía dura la juerga! ¡Hasta los bedeles sortaron er trapo! Uno de los catedráticos se metió debajo e la mesa pa que no le vieran reírse; er Presidente se comió er pañuelo… ¡En fin, un escándalo! Pos el arma mía entró en casa como si le hubieran dao la fló naturá.

Doña Lola. ¡Qué humor tiene usted siempre!

Paquito. ¡Lo que tengo es que de arguna manera he de desahogarme! Hay que vé mi carga e familia, los negosios quebraos, los comestibles por las nubes… peseta que diviso se sube a los barcones huyendo de mí… y pa ayuda a yevarlo to, unos cuantos niños míos y ajenos que no dan un gorpe a tiempo y en su sitio. Después de to, peó que yo están los serenos, que tienen sueño de noche y de día. ¡Esa sí que es desgrasia! ¡Lo que compadesco yo a los serenos! Pero no hablemos de cosas tristes. Te traigo una buena notisia, Estreyita.

Estrella. ¿Sí? ¿Sobre qué?

Paquito. Pa que te orvides tú de tu boda y yo de mi gente. ¿Está arriba er huéspe?

Estrella. ¿Quién? ¿Don Servando? Creo que sí, que está.

Doña Lola. Sí; todavía no ha salido hoy. Pero mucho cuidado, Paco, con lo que diga usted. El buen señor me ayuda a sostener la casa, y yo he de guardarle en ella todas las consideraciones. Aquí no tolero que se ría nadie de él.

Estrella. Entonces nos saldremos a la calle, mamá, porque comprende tú que no hay más que verlo para reírse.

Elvira. Ayer estuvo en el Museo y ha dejado recuerdo la visita.

Paquito. ¡Le pasa dondequiera que va!

Doña Lola. ¡Pues yo no quiero que en mi casa le pase!

Rocío. ¡Callarse, que baja!

Estrella. ¡Jesús!

En el corredor alto, por la derecha, asoma en esto don Servando, en traje de calle. Pero en traje de calle de hace cuarenta años. Chaqué, pantalón a cuadritos, abotinado y con caída de fuelle; bota de tope alto y punta cuadrada; hongo plano, bastón con puño de marfil y macferlán. Así viste desde su juventud, desafiando modas y sátiras. Llega hasta la mesetilla, donde se detiene como si algo recordara de pronto que le obliga a desandar lo andado, y vuelve a desaparecer por donde apareció.

Paquito. *Cuando don Servando se ha ido.* ¡De *La Ilustrasión Española y Americana*!

Doña Lola. ¡Por Dios, Paco!

Paquito. Grabao en madera.

Doña Lola. ¿Se quiere usted callar?

Vuelve a aparecer don Servando. Las muchachas se esfuerzan en contener la risa, mientras pasa. Baja nuestro hombre, se quita ceremoniosamente el sombrero y se encamina hacia la calle.

Don Servando. Buenos días.

Doña Lola. Buenos días, don Servando.

Todos repiten los «buenos días» como pueden.

Paquito tose sin querer cuando Servando ha traspuesto el arco.

Paquito. ¡Ejem!

Doña Lola. ¡Adiós mi dinero!

Don Servando, que ha oído la tos y que no puede soportar a Paquito, vuelve rápidamente y se le encara: ***Don Servando****. ¿Usted no cose?*

Paquito. No, señó; yo canto na más. ¡Como los griyos!

Don Servando. Pues que le diga a usted la señora de la casa lo que hice el

otro día yo con un grillo de la de enfrente. ¡Payasos a mí!…

Le vuelve la espalda para marcharse.

Estrella. *Soltando la carcajada.* ¡Ja, ja, ja!

Don Servando gira sobre los talones y la mira airado, dispuesto a decirle una fresca. Pero se reprime, por prudencia, y solamente dice: ***Don Servando****. Dientes blancos no ofenden. Y se va de estampía.*

Estalla entonces la risa general y se suceden los comentarios con gran algazara. Todos, menos doña Lola, claro es, dicen frases por este estilo: «¡Jesús, qué salida!». «¡Qué caricatura!». «¡Qué señor!». «¡Qué tipo!». «¡Es para el Carnaval!», etc., *etc.*

Doña Lola. *Con una energía que no parece de ella.* ¡Por Dios, que puede oírlo! ¡Prudencia, niñas! ¿Qué es esto, en mi casa? ¡Silencio! ¡Silencio, digo! *Logra imponer silencio.* Mire usted, Paco, todas las bromas que usted quiera y con quien usted quiera; pero a este señor le repito que aquí hay que respetarlo. Le debo el pan de cada día.

Paquito. Dispénseme usté, doña Lola; pero por mucho que usté lo respete, hase reí ar verdugo.

Doña Lola. Bueno, bueno, pues no hay más que hablar. Niñas, se acabó la costura por hoy. A casita, sobrinas.

Rocío. Sí, tía, sí.

Doña Lola. Lo primero que debiera enseñarse en Universidades e Institutos es a tener educación. ¡Ay, Dios mío! Me matan, me matan entre todos.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Paquito. ¡Se enfadó la patrona!

Estrella. Como que no se le puede tocar a don Servando. Voy a ver si la tranquilizo.

Paquito. Pos adiós, Estreya, que me marcho ya.

Estrella. Adiós. Hasta mañana. Ya me dirás la noticia que me traías.

Paquito. Ya te la diré; pero no aquí. ¡Guarda, Pablo!

Estrella. ¡Así será ella! ¡Mamaíta! *Vase en busca de doña Lola.*

Rocío y Anita dejaron la costura y entraron por la puerta del foro a ponerse sus velitos para la calle. Entre tanto, Paquito sigue charlando con Elvira.

Paquito. Como que, según veo a doña Lola, si cuento er caso aquí yama a un munisipá pa que me eche a la caye.

Elvira. ¿Es quizá alguna cosa de don Servando?

Paquito. ¡Na más sino que ha escrito un drama y que lo va a estrena en Servantes!

Elvira. ¿Será posible?

Paquito. Como lo estás oyendo. Unos cómicos desaprensivos lo han cogío por su banda, y lo han embarcao. Eyos saben de más que un estreno de don Servando Sanguijuela en Seviya les yena a rebosá er teatro. ¡Y al estreno van, aunque arda Servantes!

Elvira. ¿No son cosas tuyas, Paquito?

Paquito. ¡Que no, te digo! ¡Que es verdá, aunque paesca mentira! *Epaminondas* se titula er drama. ¡*Epaminondas*! Es menesté está loco. Se ha ido a Gresia, que está ahí ar lao. ¡Y a Gresia se va a tené que í de veras después del estreno! ¿Qué dirá doña Lola? Cuando no sabemos en España lo que vamos a comé ar día siguiente, se le ocurre a ese hombre contarnos lo que pasaba en Gresia cuatrosientos años antes de Jesucristo.

Elvira. ¡Ja, ja, ja!

Paquito. Los ensayos creo que son pa pagá dinero por verlos. Están tos los cómicos malos del estómago de aguantá la risa. Er primer artó disen que va a salí con er traje der capitán de los Armaos de la Macarena.

Elvira. ¡Vamos, hombre!

Paquito. ¡Que sí! Y entre los estudiantes y la gente joven del Ateneo ¡hay una guasa armá!… Le preparan coronas de ajos, triquitraques; van a tirarle un gato desde la grada… ¡Qué sé yo!

Elvira. Paquito, eres de lo más pintoresco que Dios ha criado.

Paquito. Er tiempo dirá si es así o no es así. Yo te juro que esa funsión no me la pierdo. ¡Pero claro está que la veo con Estreya! ¡Y no nos vamos a reí!

Elvira. A Estrella no la deja su madre.

Paquito. ¡Pos la robo yo! ¡El estreno de *Epaminondas* lo veo con Estreya!

Elvira. ¡Ja, ja, ja!

Salen Anita y Rocío, de velito ya.

Paquito. Niñas, las acompaño a ustedes a su casa.

Anita. Se agradece, Paquito.

Elvira. Y cuéntales por el camino lo de *Epaminondas.*

Rocío. ¿Lo de quién?

Paquito. *Epaminondas.* ¡Un sosio transeúnte del Ateneo!

Elvira. Se reirán ustedes.

Paquito. Adiós, Ervira.

Elvira. Adiós, hombre, adiós.

Paquito. Vamos, niñas. ¡Vaya compañía que me yevo! Menos má que mi mujé no es selosa.

Anita. ¡Ja, ja, ja!

Rocío. ¡Ja, ja, ja!

Se marchan los tres. Elvira se entra en su aposento. Queda la escena sola unos instantes.

Por la puerta de la izquierda reaparecen luego Estrella y doña Lola.

Doña Lola. No me cansaré de repetírtelo, hija: a don Servando hay que cuidarlo. ¡Si nos da los sesenta duros con que ahora vivimos!… ¡Quién me lo tenía

de decir! Yo, que de nada carecía, pasando por esta humillación; por estas privaciones…

Estrella. No te apures, que ya cambiará el tiempo.

Doña Lola. No lleva trazas de cambiar, Estrella. Por lo mismo hay que extremar el cuido de ese hombre.

Estrella. En cuanto a eso, él no puede quejarse. Está aquí como de la familia. Ahora, que hace reír a una piedra. ¿A ti te parece que no es para reírse verlo salir de macferlán en el mes de junio?

Doña Lola. Calla. *Mirando hacia el zaguán.* ¿Quién llega ahora?

Estrella. ¡Jesús! ¡Pepa Juana Cavero!

Doña Lola. ¿Pepa Juana? Y alguien con ella, ¿no?

Estrella. Sí: Villanueva, el viajante de los artistas. Vendrá a ver a la prima Elvira.

Doña Lola. Pues atiéndelos tú, y dile a Pepa Juana que me disculpe si no salgo, pero que tengo un poco de jaqueca.

Estrella. No te preocupes. Ella traerá su canción de siempre: mi marido. Rompecabezas: ¿dónde está mi marido? La tiene sin sueño mi situación. ¡Le importa mucho más que a mí! ¡Si él lo supiera, yo creo que era capaz de tomar un barco, pedir mi divorcio y casarse con ella!…

Doña Lola. Eso es: ¡y tú te ríes de todo mientras tanto!

Estrella. ¿No es mejor reír que llorar? Voy a abrirles.

Doña Lola desaparece por la puerta del foro. Estrella se entra por el arco y a poco vuelve con Pepa Juana y Villanueva. Pepa Juana es una solterona vehemente, que lleva muy a mal su estado. Villanueva es un amigo de los artistas, que organiza exposiciones fuera de España; hombre exagerado, charlatán y embustero.

Pepa Juana. Se nos ha echado encima el calor: vengo hecha un ascua. Dame tu abanico.

Estrella. Tómalo.

Villanueva. Ha dejado usted abierta la cancela.

Estrella. Ha sido queriendo: estamos sin criada hace días… y es un ir y venir… A nadie se le ocurrirá entrar a robarnos.

Villanueva. ¡Pues ya hay que robar en la casa!

Estrella. ¿Alguna copia del Museo, de Elvirita?

Villanueva. ¡Qué disparate! ¡Un original de doña Lola!

Estrella. Si lo dice usted por mí, se engaña. A mí no hay quien me robe. Ya ve usted: ¡ni mi propio marido me quiere!… ¿No es verdad, Pepa Juana?

Pepa Juana. Mira, no empieces con tus bromas, Estrella.

Estrella. Villanueva, en serio: ¿usted vendrá en busca de Elvira?

Pepa Juana. No, no; hoy viene en busca tuya. Y viene por consejo mío.

Estrella. ¿Ah, sí?

Villanueva. Sí, señora. Anoche, incidentalmente, hablando de mi próximo viaje a la Argentina, con motivo de la exposición que voy a hacer allí de pintura sevillana moderna —llevo cuadros del maestro Bilbao, de Santiago Martínez, de Grosso, de Pino… de todos ellos—, me habló Pepa Juana de lo que a usted le ocurre, y me ofrecí en el acto a servirla a usted de coronilla.

Estrella. Muchas gracias, Antonio.

Villanueva. Pepa Juana es una amiga de usted de lo que no se amasa.

Pepa Juana. Desde el colegio, sí, señor. Desde los nueve años. Amiga de ley. Le tengo a Estrella un cariño y una simpatía de comérmela a besos.

Estrella. Es verdad. Come, hija, come, si tienes ganas.

Pepa Juana. *Besándola con ardimiento.* ¡Ay!

Estrella. ¡Sí tenía ganas, sí!

Pepa Juana. Y cuando la veo ahora, que pudiendo ser feliz no lo es, casada sin estar casada, me vuelo, me abraso, me acongojo. La situación de esta mujer a mí

me quita años de vida. Las primeras canas que me han salido se las debo a ella.

Estrella. ¡Ja, ja, ja!

Villanueva. ¿A usted le hace gracia el asunto?

Estrella. Ya usted lo ve. ¿Qué consigo con achicharrarme la sangre como Pepa Juana? ¡Yo no sé lo que le sucedería si estuviera en mi caso!

Pepa Juana. Pero ¿usted no ve cómo toma esto?

Estrella. Y ¿usted no ve cómo lo toma ella?

Villanueva. Bueno, bueno, bueno; vamos por partes, porque yo quizás pueda servirle a usted de mucho. Y de paso a Pepa Juana, que pierde carnes a cuenta de usted. Ha dicho usted «su caso». Cuénteme usted su caso, sin las vehemencias ni exageraciones de Pepa Juana. Que yo me entere bien. Usted se casó por poderes; por mandatario.

Estrella. Cabalito: ante un juez de Sevilla, íntimo amigo de mi casa.

Villanueva. Y su novio de usted estaba entonces en la Argentina.

Estrella. Cabalito. La campanilla me duele de contarlo.

Pepa Juana. Lo que mucho vale mucho cuesta. ¡Y un hombre vale mucho! ¡Para una soltera no hay nada que más valga en la vida! ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡La mitad! ¡La mitad mayor!

Estrella. Calla ahora. Oiga usted, Villanueva. Y cuando ya estaban cumplidos todos los trámites legales, cuando él era ya mi esposo y yo su esposa, este hombre desaparece del mundo y no lo encuentran ni los pájaros.

Pepa Juana. ¿Es eso o no es eso lo que yo le he contado a usted?

Villanueva. Eso mismo. Y ¿lleva usted mucho tiempo así?

Estrella. Año y medio largo.

Pepa Juana. ¡Año y medio, que se dice pronto! ¡Año y medio en vísperas de la noche de boda! ¡Se dice pronto!

Estrella. Año y medio haciendo investigaciones de todas clases y en todos

los sitios… hasta que me he cansado ya.

Pepa Juana. ¡Y se cruza de brazos! ¡Una mujer que no está soltera, casada, ni viuda! ¡No es posible que siga así ni un mes más! ¡Es necesaria una certeza! ¿No le parece a usted, Antonio?

Villanueva. Evidente. ¡Para tranquilidad de usted, en primer término!

Estrella. Pues, mire usted; mis cuentas son éstas: que después de creerme casada estoy soltera todavía: ¡pues tal día hizo un año!

Pepa Juana. ¡Pero que sepamos el día, mujer!

Estrella. Yo no lo voy a tomar como tú, que eres la soltera que más rabia de no casarse.

Pepa Juana. Rabio, rabio y no lo disimulo. Por supuesto: yo rabio como todas; como todas. Todas rabian, aunque la procesión vaya por dentro. Y ¡qué procesión! La del *Silencio,* pero ¡qué procesión! En cambio, yo grito y alboroto.

Estrella. ¡La de la Macarena! Déjame acabar. Que sigo casada, pero lejos de mi marido: ¡ya parecerá, si es de ley!

Pepa Juana. Pero ¿cuándo? ¿Eso no va a tener un límite?

Estrella. ¡Me haré cuenta de que es viajante o de que es marino!

Pepa Juana. ¡Ay!

Estrella. Que no estoy casada ni soltera, sino viuda; que a estas horas, por cierto, es lo que más me convendría: ¡pues ya sabemos los escalones de la viudez! A los nueve días de la desgracia, ya le dice la viuda a un amigo: «Por Dios, Federico, no me haga usted reír, que no tengo ganas…».

Pepa Juana. ¿Quién es Federico?

Estrella. ¡Un ejemplo, mujer! Al mes, ya se come lo que le gustaba al difunto. —¡Pobrecito él! Se perecía por el arroz con leche—. A los seis meses asoma en los trajes un vivito blanco… Y al año, que quieras que no, ya pasan por la frente otros pensamientos y otras ilusiones… Y como yo llevo más de año y medio de viuda, he traspuesto ese punto, y me visto de todos colores y me río de lo que se tercia, esté mi hombre bajo tierra, como cree mi madre, o esté en el Nuevo Mundo dándole disgustos o caramelos a otra morena, que es lo que pienso yo.

Villanueva. ¡Y que es lo más probable!

Pepa Juana. ¡No me lo diga usted, Villanueva!

Villanueva. Bien. Pues yo salgo para la Argentina la semana que viene; conozco a Buenos Aires como la taberna de «Las Escobas» o como la Casa de los artistas de San Juan de la Palma; el cónsul español es como mi hermano; la colonia española, como mi familia… ¡No le digo a usted más! ¡Yo doy con ese tío! Si se ha muerto, que sería lo mejor, por lo que saco en claro, le traigo a usted la esquela; si vive, le traigo a usted aunque sea un mechón de los pelos, y si se ha metido en un convento por casualidad, le traeré un pedacito del hábito como reliquia.

Pepa Juana. Y ¿cuándo vuelve usted?

Villanueva. ¡Ah! ¡Ya quisiera saberlo yo! De aquí voy a París primero, y luego vuelvo a España y embarco en Galicia. Y cuando embarque… ¡écheme usted un galgo! Pero ahora hay correo aéreo para dar las noticias pronto.

Pepa Juana. Sí, sí; que las tengamos cuanto antes. Porque lo más malo de todo esto…

Estrella. ¡A ver qué es lo más malo!

Pepa Juana. Que mientras se averigua si son pares o nones, te salga al paso un hombre que te guste y que te convenga… ¡y se te vaya a ir!

Estrella. No, no te apures por eso: como me salga otro, ¡lo amarro a una pata de la cama!

Pepa Juana. A una pata, ¿eh?

Estrella. ¡O a las cuatro! ¡El segundo no se me escapa! ¡Me caso con él en los altares —nada de mandatarios—, y con un yugo que ni las carretas del Rocío… aunque sea mala comparación! ¡Y la Guardia civil custodiando la iglesia! No; no se me va el segundo: duerme tranquila.

Pepa Juana. Pero ¿y el primero? ¡No hay que despreciar todavía al primero!

Estrella. Del primero ya no hablamos más. ¿Usted quiere ver a la pintorcita?

Villanueva. Sí; quiero llevarme unas copias que tiene de Valdés Leal y de Murillo. Porque he inventado una pátina, que completo dándoles a los lienzos cuatro tiros con perdigones, que hace pasar las copias por originales. En París

tengo un nuevo rico que se las traga como los sellos para los dolores de cabeza. Le vendí un Zurbarán por doscientos mil francos y me había costado a mí en el *Jueves* veinticinco reales. ¡La pátina!

Estrella. ¡Ja, ja, ja! Pues vamos a ver a Elvirita.

Se dirigen a la habitación del entresuelo. Cuando van a entrar llega de la calle José Carlos, hombre como de treinta años y de buen ver. Se detienen los tres, con curiosidad de la llegada, y Estrella se adelanta a atenderlo.

José Carlos. Buenos días.

Estrella. Buenos días.

José Carlos. Perdonen… He encontrado la cancela abierta…

Estrella. Sí. ¿Qué desea usted?

José Carlos. ¿Vive aquí el señor…? *Como resistiéndose a pronunciar el apellido.* ¿El señor don Servando…?

Estrella. ¿Sanguijuela? ¿Don Servando Sanguijuela?

José Carlos. Precisamente.

Estrella. Sí, señor: aquí vive.

José Carlos. Y ¿está en casa?

Estrella. Salió… no hará veinte minutos. *Señalando hacia el arco.* ¡Pero ahí lo tiene usted!

José Carlos. Es verdad. Mil gracias. Llego oportunamente.

Estrella. Con permiso. *Uniéndose a los otros.* ¿Vamos?

Pepa Juana. *Aparte con ella, rápidamente.* (¿Quién es, tú?

Estrella. No sé; no lo conozco.

Pepa Juana. ¡Es muy guapo! ¿Será tu marido?

Estrella. ¡Hija, por Dios! ¡Qué pesadilla!).

Éntranse, acompañadas de Villanueva.

José Carlos. *Refiriéndose a Estrella.* No he podido verla más pronto: ésa es.

Viene don Servando abstraído y se dirige a la escalera, sin ver a José Carlos. Cuando lo ve, experimenta una gran sorpresa, no exenta de contrariedad.

Don Servando. ¡José Carlos! ¿Qué es esto?

José Carlos. Que vengo a visitarte.

Don Servando. ¿Tú aquí, sin avisar? ¿Tú en Sevilla? ¿Qué traes?

José Carlos. ¿Te disgusta, acaso?

Don Servando. Me desconcierta, al menos.

José Carlos. ¿Tanto… que no me abrazas? ¿No me abrazas?

Don Servando. *Mirándolo primero de arriba abajo.* A un hijo que reniega del apellido de su padre…

José Carlos. ¡Papá! ¿Todavía…?

Don Servando. Pero, en fin… *Abrazándolo.* Ven con Dios. ¿Qué nueva pampirolada es ésta?

José Carlos. Ninguna. Aquí no hay pampirolada ninguna. Vengo en viaje de descanso y de estudio a la par. Comisionado por la Universidad en donde enseño el castellano. ¡Hay fiebre de aprender el castellano en Norteamérica! Vengo además a verte… Y traigo, en fin, un encargo delicadísimo de un buen amigo, que ha llegado de arribada forzosa a aquellas tierras. De esto hablaré contigo; pero en otro lado.

Don Servando. En otro lado tendría que ser siempre, porque me voy de aquí esta misma tarde.

José Carlos. ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Don Servando. Porque ya estoy harto de soportar la risa de la señorita de la casa, que se ríe de todo y por todo, con una inconsciencia irritante, que me pone malo. Y de mí podrá seguir riéndose, pero desde lejos.

José Carlos. ¿Se ríe mucho esa señorita, verdad?

Don Servando. ¡A tontas y a locas!, ya te digo.

José Carlos. Y ¿adónde te trasladas?

Don Servando. Todavía no lo sé.

José Carlos. Te lo pregunto, para vernos. ¿Vas a alguna tertulia de café o de casino?

Don Servando. Iba a una de café. Varios amigotes de antaño… Pero ayer cabalmente he reñido con uno de ellos, y no vuelvo más por allí.

José Carlos. ¿Por cuestión de ideas?

Don Servando. Por cuestión de ideas, no, porque al tal individuo no le caben dos juntas en la cabeza. Huelga el plural. Pero se ha hecho tarjetas con el nombre y los apellidos en letra minúscula, y lo he puesto verde. Era tonto de capirote y yo no lo sabía.

José Carlos. *Riéndose, no sin amargura.* ¡Ja, ja, ja! Tus genialidades de siempre.

Don Servando. ¡De siempre! ¡Hasta que me muera! ¡O hasta que me maten! Que yo no sé por qué barrunto que va a ser una de estas noches… Pero el que no se arriesga…

José Carlos. *Un poco inquieto.* Entonces, ¿en qué sitio podríamos reunirnos para charlar un rato?

Don Servando. Yo voy a la Biblioteca Colombina todas las tardes a trabajar.

José Carlos. Pues mañana mismo iré a buscarte.

Don Servando. El portero, que es idiota, te dirá que no estoy.

José Carlos. ¿No es orden tuya?

Don Servando. Sí. Lo que no quita que el portero sea idiota. Le das un empujón y entras.

José Carlos. No será menester. Hasta mañana. *Con cierta reserva.* ¡Ah! No

digas aquí que soy tu hijo.

Don Servando. ¿Te avergüenza?

José Carlos. No, papá. ¡Qué majadería! Ya te explicaré… Hasta mañana. *Lo abraza fuertemente.*

Don Servando. Hasta mañana.

José Carlos. Sobre las cuatro iré a la Colombina. *Márchase a la calle.*

Don Servando. *Entre sí.* ¿A qué diablos vendrá este niño ahora? ¡Descastado!…

Por la puerta del foro aparece en esto la dueña de la casa.

Doña Lola. ¡Ya decía yo…! Me pareció oír la voz de usted… ¿Con quién hablaba?

Don Servando. Con quien hablaba ya se ha ido.

Doña Lola. Y ¿cómo ha dado usted la vuelta tan pronto? No es esta su costumbre… ¿Se ha puesto usted malo?

Don Servando. No, señora: me fui malo de aquí. Y para aliviarme me urge comunicarle a usted que la dejo, y que esta noche ya no duermo en su, casa.

Doña Lola. *Atónita.* ¡Don Servando! ¿Qué me dice usted?

Don Servando. ¡Que me mudo de domicilio!

Doña Lola. Pero ¿qué he hecho yo para esto?

Don Servando. ¡Usted, nada, señora mía! Usted es una persona correctísima y estimable, a quien beso los pies. Pero su hija de usted me saca de quicio, me revienta, es contra mis nervios.

Doña Lola. ¡Por la Virgen!

Don Servando. ¡Ni por la Virgen ni por todo el Año Cristiano! ¡No la aguanto más! ¡La risa constante de su hija de usted, escandalosa y estridente, me subleva, me pone frenético, me martillea el cráneo! ¡No la aguanto más! La risa, señora mía, cuando obedece a una causa humana, puede ser hasta una necesidad

fisiológica; pero la risa en todo instante y con todo o con ningún motivo, la risa porque sí, es algo tan insoportable que por respeto a usted no lo califico como merece, pero que no estoy en el caso de seguir tolerando. Y si esto también le cae en gracia a esa señorita, que se ría cuanto guste, pero que no la escuche yo. Y si por acaso soy yo manantial de su risa, queda cortado desde hoy.

Doña Lola. Pero, amigo mío…

Don Servando. ¡Que se ría de su abuela!

Doña Lola. Su abuela era mi madre.

Don Servando. De la cual me ha dicho usted mil veces que era graciosísima. De modo que se ría de su abuela. *Echa a andar escaleras arriba.*

Doña Lola. ¡Por el amor de Dios, don Servando; reflexione un momento!… ¡Esto es para mí una catástrofe!… *Atribuladísima, a Estrella, que asoma a punto a la puerta del entresuelo.* ¿Te has enterado, Estrella?

Estrella. ¿De qué, mamá?

Doña Lola. ¡Nos abandona don Servando!

Estrella. ¿Por qué?

Doña Lola. Dice que por tu causa; por tu risa…

Estrella. ¿Por mi risa?

Don Servando. *Ya en el corredor.* ¡Ni más ni menos!

Estrella. ¿Por mi risa? ¡No lo puedo creer!… *Lo mira de pronto, y le hace tanta gracia su actitud de gato enfurruñado, que empieza a bullirle la risa en el cuerpo hasta que estalla en una carcajada estruendosa.* ¿Que usted se marcha por mi ri… por mi ri… por mi risa?… ¡Ja, ja, ja!

Don Servando. ¿Lo ve usted, señora? ¡Ni un momento más en esta casa! *Y huye por la derecha como de la peste.*

Doña Lola. *Entre lágrimas.* ¡Pero, hija!… ¿No te haces cargo…? ¡Pero, hija!…

Estrella. ¡Pero, mamá! ¿Tú le has visto la cara? ¿Quién no se ríe? ¡Ja, ja, ja! *Y*

continúa riéndose sin freno ni medida.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, por la tarde.

Ha pasado un mes. Estamos en julio.

Elvira, cubierta con blusa de trabajo, se entretiene en barnizar una de sus copias del Museo. Anita sale por la puerta del foro, arreglándose el velito para irse a la calle.

Anita. ¡Ea! Vamos a dar ahora una vueltecita por mi casa.

Elvira. ¿Ya has acabado aquí?

Anita. Sí: ya está todo listo.

Elvira. No se quejará la tía Lola de las dos criaditas honorarias con que se ha encontrado.

Anita. Hija, cuando viene a las familias la mala racha, hay que ayudarse unos a otros. Pero la tía Lola se queja siempre. ¡Qué agoniosa es!

Elvira. ¿Hoy está en tu casa?

Anita. Dándole la monserga a mi madre. Esta mañana, después de misa, la dejó allí Estrella.

Elvira. Se pasarán las dos el día hablando de sus tiempos. Y así se desahogan.

Anita. Eso sí. Dices tú… Lo que yo hago aquí lo hago además por gusto. A mí el arreglo de una casa me agrada y me entretiene. En cambio la cocina me aburre. Ni por los pelos entro. Al revés que Rocío. A mi hermana no le hables tú de mullir un colchón ni de limpiar un mueble; pero ve un huevo y ya está pensando en freírlo. Y te hace un dulce en cuanto tiene a mano agua y azúcar. Y cuando le mandan hacer chocolate parece que la han convidado al teatro. ¡Aficiones!…

Elvira. Total: que estas dos primitas pueblerinas, cada una por su estilo, son dos alhajas.

Anita. ¡Dos alhajas, sí!… Pero de las que no se llevan ya… y nadie las quiere.

Elvira. No digas eso, que las dos tienen ustedes novio.

Anita. ¡Otras dos alhajas! Sobre todo el mío. Tú ¿quieres algo de la calle?

Elvira. Gracias. Voy a salir dentro de un rato.

Anita. *Bajando la voz.* ¿No te da miedo de que te deje sola con el huésped nuevo? ¡Tan guapo como es!…

Elvira. El huésped nuevo no se ocupa de mí.

Anita. Pues ¿de quién se ocupa: de Estrella?

Elvira. De mí no se ocupa.

Anita. Eres tú la mujer más tranquila que he visto yo, j unto a los hombres.

Elvira. ¡Y tan tranquila! Los conocí bien siendo muy niña, y me formé la idea de que mi vida no dependiera nunca de ellos, como la de tantas. Por eso copio cuadros.

Anita. Hemos ganado mucho con el cambio de huésped. ¡Siquiera éste es un muchacho fino!

Elvira. ¡Ya lo creo! ¡Entre el mamarracho de don Servando y él…! Particularmente en la mesa. No teníamos una comida en paz.

Anita. ¡Y éste le da veinte duros más a la tía Lola!

Elvira. Ya lo sé.

Anita. ¡Y lo recomendó el mismo don Servando!

Elvira. Sí: en una carta muy graciosa. ¡Por variar! Le decía a tía Lola: «Es un tarambana, un zascandil; pero le pagará a usted escrupulosamente».

Anita. ¡Ja, ja, ja! Bueno, hasta la noche.

Elvira. Hasta la noche.

José Carlos asoma por la derecha en el corredor.

José Carlos. ¡Anita!

Anita. Diga usted.

José Carlos. ¿Va usted a la calle?

Anita. Ahora mismo. ¿Quiere usted algo?

José Carlos. ¿Sería usted tan amable que me echara una carta al Correo?

Anita. Casualmente tengo que pasar por allí.

José Carlos baja y le entrega la carta.

José Carlos. Tome usted. Y un millón de gracias, Anita.

Anita. No vale la pena. ¿Para Nueva York?

José Carlos. Para Nueva York.

Anita. Usted no le escribe nunca a nadie en España.

José Carlos. Cuando estoy en Nueva York, sí. Ahora toca al contrario.

Anita. No había yo caído en eso. Hasta después.

José Carlos. Vaya usted con Dios.

Anita. En la cocina queda Rocío, por si algo se le ocurre.

Vase por el arco.

José Carlos. ¿Estamos de barnizado, Elvira?

Elvira. A mis compradores les gustan los cuadros muy brillantes.

José Carlos. ¿Ah, sí?

Elvira. Yo, cuando no vendo una copia, ya se sabe: ¡barniz en ella!

José Carlos. Y ¿la vende usted?

Elvira. Mejor que sin barniz, desde luego.

José Carlos. ¿Sigue siendo Murillo el pintor que aquí más se copia?

Elvira. ¡Siempre! Y en Madrid, Velázquez. ¡La suerte de los sevillanos! Así no perdemos el gusto las copistas.

José Carlos. Ni la cabeza.

Elvira. Bien dicho está: ni la cabeza. Porque el mundo, en general, está loco; pero el mundo del arte es un manicomio desatado. ¡Quién había de decirles a nuestros maestros que algún día había de pasar por pintura lo que ahora pasa! ¿Quiere usted ver una cosa que tengo ahí de un compañero… de paleta? Va usted a verla, sí.

José Carlos. La veremos.

Elvira, sube a su cuartito y vuelve a poco con un lienzo de la más disparatada extravagancia. Desde la mesetilla se lo muestra a José Carlos.

Elvira. ¿Qué le parece a usted? ¿No da risa?

José Carlos. ¡Ja, ja, ja! Déjeme mirarlo de cerca. *Contemplando el cuadro.* Bueno, y ¿qué es esto? ¿Qué quiere ser esto?

Elvira. Un hermano del autor.

José Carlos. ¡Ja, ja, ja! ¡Pues si esto hace el autor con su hermano!… ¿Firma Caín?

Elvira. Quiso que Villanueva se lo llevase a la Exposición que está organizando para América; pero Villanueva no se lo llevó, porque dice que a él no le gusta que delante de él se hable mal de la familia de un compatriota.

José Carlos. ¡Ja, ja, ja!

Elvira. Lo que hablábamos: ¿no da risa?

José Carlos. ¿Qué ha de dar más que risa? ¡Lo mismo que los poetas que escriben versos como éstos pintan cuadros! Y la risa siempre es una opinión.

Elvira. Pero no es un aplauso nunca.

José Carlos. Alguna vez, sí. El primer aplauso que logró en el mundo el *Quijote* fué la risa.

Elvira. ¡Diferencia de una risa a la otra!

José Carlos. Cabal: la que va de reírse con algo a reírse de algo.

Elvira. En fin, nosotros les llamamos locos a ellos… y ellos nos llaman tontos. ¿Quién reirá el último? *Vase a dejar el cuadro y vuelve en seguida.* ¿Lo vamos a tener a usted por aquí mucho tiempo?

José Carlos. Más de lo que yo calculaba.

Elvira. *Con cierta malicia.* ¿Hola?

José Carlos. *Esquivando la intención de ella.* Sí; mis trabajos se ensanchan… se complican…

Elvira. Ya.

José Carlos. Vine por quince días y llevo en Sevilla un mes corrido. Y aún pasaré otro tanto.

Elvira. ¿A gusto?

José Carlos. A gusto, sí. Y desde que estoy en esta casa, más. La fonda me enojaba. Aquí vivo en una paz y en una confianza encantadoras.

Elvira. ¿No le ataca a usted los nervios, como a don Servando, la risa de Estrella?

José Carlos. ¡Ni muchísimo menos! Lo que hago es envidiarla de cuando en cuando.

Elvira. ¿Hola?

José Carlos. ¿Otra vez?

Elvira. No, no es malicioso. Es una muletilla con que respondo a cualquier novedad. Se me escapa…

José Carlos. Pues me había parecido…

Elvira. No, no, José Carlos; es que se me escapa.

José Calos. Realmente no se alcanza a entender cómo don Servando ni nadie puede sentirse molesto al lado de Estrella.

Elvira. ¿Hola? ¿Lo ve usted?

José Carlos. Ya, ya lo veo.

Elvira. A usted bien que le agrada su palique.

José Carlos. Ciertamente. Me agrada y me interesa. Su palique y su risa son como una lluvia saludable, como una brisa fresca, como un baño de sol… Y su caso en la vida, su estado social… ese matrimonio en el aire, esa boda absurda ¿a quién no harán pensar un poco?

Elvira. ¡La tía Lola le habrá puesto a usted la cabeza como una olla de grillos!

José Carlos. ¡Oh! ¡Pobre señora! No tiene otro cantar.

Elvira. Pues son remordimientos. Ella fué quien, acobardada por el agobio económico que siguió a la muerte de mi tío, comprometió y obligó a Estrella. Hipólito, el marido, parece que tenía gran fortuna…

José Carlos. ¿Y Estrella, ahora…? ¿Cómo lleva eso al cabo del tiempo?

Elvira. Como usted ha visto. Se ríe…

José Carlos. Pero ¿es siempre sincera esa risa?

Elvira. ¡Averígüelo usted, que no para de hablar con ella!

José Carlos. Ayúdeme usted, que ha de conocerla mejor.

Elvira. ¿Hola?

José Carlos. ¿Eh?

Elvira. No; ahora es que han llamado. *Mirando hacia el zaguán.* No se vaya usted, que es Pepa Juana. Voy a abrirle.

José Carlos. ¿Quién? ¿La solterona histérica?

Elvira. Justamente. *Deteniéndose un instante.* Se va usted a reír.

José Carlos. ¿Yo también?

Elvira. A esta chiflada se le ha metido entre ceja y ceja que es usted el marido.

José Carlos. ¿Cómo?

Elvira. El marido. ¡El marido de Estrella!

José Carlos. ¡Diablo! ¿El desaparecido?… Pero ¿de dónde ha podido sacar…?

Elvira. ¡Yo qué sé! ¡Lo cree a cierra ojos! *Va abrir la cancela.*

José Carlos. ¡Ja, ja, ja! ¡He aquí un aspecto del caso que yo no podía presumir!

Dentro se oye gritar a Pepa Juana, que en seguida sale y que viene excitadísima y muy contenta. En la mano trae una carta.

Pepa Juana. ¡Vive! ¡Vive! ¡Se acabaron las cábalas! ¡Vive!

José Carlos. ¿Qué dice esa mujer?

Pepa Juana. ¡Vive! ¡Hola, José Carlos!

José Carlos. ¡Hola, Pepa Juana!

Pepa Juana. ¡Cuánto me alegro de verlo a usted! ¡Vive! ¡Vive!

José Carlos. ¿Quién vive?

Pepa Juana. Ahora contaré… ¡Ay! Vengo sofocadísima. ¿Hay un abanico para mí?

Elvira. Toma.

Pepa Juana. ¡En diez minutos de mi casa a esta casa! Claro que la novedad lo merece. ¡Vive!

Elvira. Pero ¿quién vive?

José Carlos. ¿Quién vive?

Elvira. ¡Habla ya por Dios, que parece que estamos en la guerra! «¿Quién

vive? ¿Quién vive?».

Pepa Juana. Por supuesto, ¿a quién le cuentan la noticia? ¡Yo la sé antes que nadie! ¡A mí no me descubren nada! *A José Carlos, intencionadamente.* ¡Siempre pensé que estaba vivito y coleando! ¿Y Estrella? ¿Qué me dirá ahora Estrella? ¿Dónde está Estrella?

Elvira. Probablemente en casa de la tía Mercedes.

Pepa Juana. ¡Ah! ¡Pues allá voy corriendo! Es preciso que se entere en seguida. ¡Qué alegría va a tener!

Elvira. Pero antes sácanos de dudas a nosotros. ¿Qué traes? ¿Qué te pasa? ¿Qué noticia es ésa que así te ha puesto?

Pepa Juana. ¡Ay! ¡Qué triunfo! ¡Qué triunfo, Elvira, qué triunfo! ¡Vive ese hombre! ¡Vive!

José Carlos. Pero, bueno, ¿quién es el vivo?

Pepa Juana. ¡El vivo! ¡Bien calificado! ¡El vivo! *A Elvira.* Escucha: carta de Villanueva.

Elvira. ¡Ah!

Pepa Juana. Carta de Villanueva: desde París.

Elvira. ¡Ah!

Pepa Juana. ¿Me quieres dar una poquita de agua, qué se me pega la lengua al paladar?

Elvira. Al instante.

Pepa Juana. Y si no, mejor es que no me la des; porque con lo sofocada que vengo, si está fresca y me quedo afónica y no puedo hablar, estallo. Carta de Villanueva.

Elvira. ¿Dice algo de mis cosas?

Pepa Juana. Sí; algo dice: parece que el franchute multimillonario, el del timo de los perdigones, se ha escamado un poquito con la pátina de Villanueva. Pero esto no tiene importancia.

Elvira. ¡Para mí, muchísima! ¡Era mi cuento de la lechera!…

Pepa Juana. El notición es éste. Oye. Oiga usted, José Carlos; oiga usted también.

José Carlos. Oigo complacidísimo. Me mira usted de un modo, Pepa Juana…

Pepa Juana. Oiga usted. *Lee en la carta que trae:* «En el dificultoso asunto de Estrella me ha acompañado la mejor estrella. Soy un gran perro policía. He topado aquí con un amigo colombiano, íntimo de Hipólito Espinar, el cual me asegura que Hipólito vive». ¡Vive!

José Carlos. Y viva muchos años.

Pepa Juana. ¡Qué satisfecho lo dice usted!

José Carlos. ¿Por qué no? ¿Es quizá para menos?

Pepa Juana. ¿Te das cuenta, Elvira?

Elvira. Sigue, sigue leyendo.

Pepa Juana. «Dice mi amigo que Hipólito en la actualidad reside en Londres, y que, como él va a ir a Londres un día de éstos, desde allí me remitirá pelos y señales: su dirección fija, su ocupación, sus medios de vida; si está con alguna pelandusca —pelandusca dice—… etc., *etc.* Cuéntele usted a Estrella todo esto». ¿Eh? ¿Qué tal?

Elvira. Hija, si es así, digo lo que tú has dicho: un verdadero notición para Estrella.

Pepa Juana. ¡Y para nosotras, sus amigas! ¡Por más de una razón! *A José Carlos, con mucha zumba.* ¿Usted cree, José Carlos, que el colombiano ése encontrará *ahora* en Londres al marido de Estrella?

José Carlos. Ni lo creo ni dejo de creerlo. Como no conozco a ese señor, ni al marido de Estrella tampoco… y además hay tanta niebla en Londres…

Pepa Juana. ¿Al marido de Estrella no lo conoce usted?

José Carlos. No, señora.

Pepa Juana. ¿No lo conoce usted?

José Carlos. Ni de vista. ¡Si toda esta historia es nueva para mí! A Estrella misma no la he conocido hasta hace unos días…

Pepa Juana. ¡Caramba! Pues mire usted lo que son las casualidades: Hipólito, el marido, se le parece a usted enormemente.

José Carlos. ¿A mí?

Pepa Juana. ¡Que le enseñe a usted Estrella un retrato! Le quita usted la barba a aquel hombre…

José Carlos. ¡Dios me libre!

Pepa Juana. Lo peina usted luego como usted se peina…

José Carlos. ¿A qué santo?

Pepa Juana. Pero, en fin, los hechos dirán, y bien pronto, lo que deban decir.

José Carlos. ¿Qué es lo que dirán, Pepa Juana?

Pepa Juana. ¡Al tiempo!

Elvira. ¿Al tiempo, qué?

Pepa Juana. ¡Al tiempo! Yo me voy en busca de Estrella. Cuanto antes conozca la novedad… ¡Pobrecilla! ¡Qué alegrón voy a darle! ¡Ya sale de la duda angustiosa! ¡Ya sabe que tiene un marido! ¡Y con ella nos alegramos todas las solteras! Porque como ella cuenta ya con su hombre, otro que pudiera haberse dirigido a ella, creyéndola viuda, queda ya para una de nosotras. Yo no digo que sea para mí; pero es un hombre disponible. Adiós, Elvira.

Elvira. Adiós, Pepa Juana. Y que sea enhorabuena.

Pepa Juana. La recibo, la recibo. *Recalcando el nombre.* Adiós, José Carlos.

José Carlos. Adiós, amiga.

Acompañada de Elvira se marcha Pepa Juana, con aire de triunfo.

José Carlos. Es indudable que una soltería tan aguda puede arrastrar a los

mayores disparates.

Elvira. *Volviendo.* ¿Qué dice usted?

José Carlos. Decía que una soltería como la de Pepa Juana es muy peligrosa.

Elvira. ¡Y que no tiene otro pensamiento! Es su obsesión. Dondequiera que va, en busca de un hombre que la mire. Desde que se levanta hasta que se acuesta. El novio, el pretendiente, el marido… Un farolero que la siga, porque vaya por el mismo camino… la trastorna de júbilo. ¡Y la de noviazgos y enredos amorosos de todo el mundo que lleva en la cabeza! Ella podrá perdonarle a un hombre que tenga dos mujeres; pero como averigüe que una mujer tiene dos hombres, ¡le avisa a la Guardia civil!

José Carlos. Pues es digna de lástima.

Elvira. *Mirando hacia el zaguán.* ¡Anda con Dios! Nos deja una loca y llega un loco.

José Carlos. ¿Quién?

Elvira. Don Servando: su antecesor de usted en la casa.

José Carlos. *Disimulando su disgusto.* ¿Don Servando?

Elvira. Yo me quito de en medio. Vendrá furioso. Anoche estrenó un drama en Cervantes, y creo que la grita se oyó en la Alameda. Y no es que la radiaron; es que se oyó naturalmente. ¿Cómo sería? Hasta luego. *Coge sus bártulos y se mete en su entresuelito.*

Una profunda melancolía se ha apoderado de José Carlos.

Llega por el arco don Servando, en la traza de siempre, aunque parezca inverosímil, porque estamos en julio. Un instante se miran sin hablarse padre e hijo.

José Carlos. Te esperaba. Hoy te esperaba.

Don Servando. Pues ten en cuenta que me he decidido a venir porque he visto en la calle a la niña de la risa estúpida.

José Carlos. Sea como quiera, yo te esperaba hoy. *Intenta abrazarlo y don Servando lo detiene.*

Don Servando. Compadecerme, no. ¡Ojo!

José Carlos. ¿Quién de los dos tenía razón, papá?

Don Servando. ¡Yo, siempre!

José Carlos. ¿Tú, al obstinarte en estrenar tu *Epaminondas,* después de más de un mes de dilaciones y de burlas, o yo, pidiéndote hasta de rodillas que no fueras a eso?

Don Servando. ¡Yo, siempre, te repito!

José Carlos. ¿Aun después de la escandalera de anoche; de la befa de anoche?

Don Servando. Lo de anoche, que es un accidente, pero que viene a corroborar el mérito de mi tragedia, lo liquidaré poco a poco por el mejor procedimiento. ¿Sabes lo que he hecho esta mañana?

José Carlos. ¿Escribir, quizá, a los periódicos protestando…?

Don Servando. ¡Ca! Eso, si acaso, vendrá luego. ¡Hato de badulaques!… Lo que he hecho ha sido sentarme a la puerta de una cervecería con este bastoncito que ves aquí. ¡De tu abuelo! Pasaba un transeúnte por la acera. Yo, inmediatamente, le decía, deteniéndolo: «Hágame el favor. —¿Qué desea usted? —¿Estuvo usted anoche en Cervantes, en el estreno de *Epaminondas*? —No, señor. —Siga su camino». Me miraba un poco sorprendido, y se iba. Pasaba otro: la misma pregunta: «¿Estuvo usted? —No, señor… —Adelante». Pasaba otro. «Sí, señor: yo estuve». ¡Zas! ¡Un bastonazo en la cabeza!

José Carlos. *Luchando entre la compasión y la risa.* Pero, papá, ¿es posible?

Don Servando. ¿Cómo si es posible? ¿El autor de *Epaminondas,* el heroico guerrero, había de tener la sangre de horchata? ¡Ca! La colectividad es cobarde; por eso insulta. Descompuesta luego en fracciones, ya es diferente. Pero al cuarto estrenista descalabrado me detuvo un guardia de la porra. ¡Que no había estado en el estreno, por supuesto! *Blandiendo el bastón sin darse cuenta.* ¿Estuviste tú? ¿Te ríes?

José Carlos. Le temo a tu bastón, papá. Estuve, sí: estuve sólo unos momentos. Porque al oír la gritería desenfrenada y la cruel chacota que se hacía de tu persona y de tu nombre me salí a la calle llorando.

Don Servando. No había por qué llorar. Eres un sentimental inoportuno. El único hombre superior que había anoche en Cervantes era yo. Sevilla es un pueblo de caribes.

José Carlos. Sevilla es un pueblo fino, de buen humor, que se ríe de su sombra.

Don Servando. ¡Con una inconsciencia salvaje! ¡Con una incultura bochornosa! Anoche pude comprobarlo con amargura: en Sevilla, hijo mío, no sabe nadie quién fué Epaminondas. Pero, no así como se quiera: ¡nadie!

José Carlos. No delires, papá. Yo, como te digo, me asomé con curiosidad al teatro… ya poco me fuí. Y hoy, al mediodía, un compañero me ha contado el lamentable espectáculo.

Don Servando. ¿Qué compañero?

José Carlos. El Rector de la Universidad, que es persona bien seria.

Don Servando. ¡Pero que tampoco sabe a ciencia cierta quién fué Epaminondas!

José Carlos. ¡Papá!

Don Servando. ¡Nada, nada! ¡El día que yo se lo pregunté a quema ropa en la plataforma del tranvía, se quedó turulato! ¡Ni siquiera sabía dónde está Tebas, la cuna del héroe! ¡Así anda la enseñanza! ¡Mi tragedia es una lección! ¡Yo desafío al claustro en pleno a que me señale siquiera pecado tan venial como un anacronismo en toda ella!

José Carlos. ¡Por Dios, no digas! ¡Si hasta me han asegurado que hay un ciudadano de Esparta que pide vino tinto con sifón!

Don Servando. ¿Y tú lo has creído de mí? Tú *quoque?* ¡Esa es una burda morcilla de un cómico de Carabanchel, y ya he pregonado su cabeza!

José Carlos. Bien hecho. Lo que no cabe en la de nadie, papá, es que un hombre de juicio como tú se exponga a sabiendas a una vejación semejante. ¿Es que no se mascaba en las conversaciones y se respiraba dondequiera la diversión fraguada a costa tuya? A veces pienso que te complaces en excitar la risa ajena, para desahogar con ese motivo tu mal humor, tu cólera constante. El jaleo no fué contra el autor de un drama más bueno o más malo, sino contra el señor

extravagante que de todo critica, que se pelea con todo el mundo y que se atreve a salir en el mes de julio en Sevilla con ese macferlán.

Don Servando. ¡Y dale con el macferlán! ¿Suda nadie por mí?

José Carlos. ¡Y con ese hongo chato!

Don Servando. ¡Preferible es tener chato el hongo a tener el cerebro!

José Carlos. Pero ¿por qué te empeñas en vestir así?

Don Servando. Porque soy una persona seria, y no un mono, que imita lo que ve. Cambiar de modas todos los años es cosa de mujeres. Para mí no hay más traje que el de mi juventud. El que no me quiera ver, que eche por otra calle. Pero ¿a quién le hablo? Tú, mi propio hijo, ¡me has hecho ascos tantas veces!…

José Carlos. A ti, nunca: a tus exorbitancias, a tus manías…

Don Servando. ¿A mis manías, y empiezas por no querer llamarte Sanguijuela, que es mi apellido?

José Carlos. No, no, Sanguijuela no me llamo, papá. Es demasiado cómico. Llevo tu segundo apellido, que es bastante más noble.

Don Servando. ¡Pues yo me moriré Sanguijuela!

José Carlos. Pues yo, no.

Don Servando. Aquí mismo, ¿no has pretendido ocultar que soy tu padre?

José Carlos. Por un motivo de carácter particular, que al cabo voy a confiarte, para que no interpretes el hecho a tu antojo.

Don Servando. A ver.

José Carlos. El marido de Estrella, ese ser misterioso a quien todos buscan, vive ahora en Los Ángeles y es gran amigo mío.

Don Servando. ¡Demonches!

José Carlos. Las razones de su conducta no son de este momento. Pero él, al enterarse de que yo venía a Sevilla, me dió el encargo delicadísimo de averiguar discretamente la situación de ánimo de Estrella y la de su casa. ¡Le va en ello tanto!

… Quizá la orientación futura de su vida. Y yo, para cumplir bien mi cometido, evitando engaños y disimulos, he creído prudente mostrarme aquí como un ser ajeno a cuanto me rodea; casi como un extranjero en Sevilla. Pero ahora que Sevilla se ríe de ti, siento imperiosamente el deber de declarar *coram populo* que eres mi padre.

Don Servando. Reconozco mi sangre en ese rasgo tuyo.

José Carlos. ¡Aunque no quiera apellidarme Sanguijuela!

Don Servando. En ése se me agua.

José Carlos. *Mirando hacia el zaguán.* Estrella está ahí.

Don Servando. ¿La niña impertinente? ¡Pues me voy en el acto!

José Carlos. Espera, hombre; que no te ha de comer. Voy a abrirle yo.

Don Servando. Déjame a mí que yo le abra. Quédate tú. Le hará mucha gracia el encuentro. ¡Y se reirá, que es todo lo que hace! Pero dile a tu amigo, el marido de ella, que hasta ahora ha procedido como discreto huyéndole; que no se descubra, y que antes que venir a unirse a esa mujer intolerable, se tire al mar y lo devore un tiburón. Hasta la vista. *Marchase por el arco a la calle, a buscar espectadores de «Epaminondas».*

José Carlos. *Con un suspiro de amargura.* ¡Ay, Señor! ¡Qué dolor en la vida éste mío!… ¡Querer a mi padre… y que sea así!… Tengo la boca seca. ¡Me sabe a hiel! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Dentro se oye entonces reír a carcajadas a Estrella, que aparece luego por el arco sin dejar de reírse y se sienta lo mismo. Así la sorprende saliendo a punto de su cuarto, Elvira, ya en traje de calle y con unos pinceles en la mano. Estrella viene de velito.

Estrella. ¡Ay, qué hombre! ¡Me mata!… como dice mi madre. Pero a mí es de risa. ¡Ja, ja, ja!

Elvira. ¿Qué es eso? ¿Hasta sola te ríes ya, Estrella?

Estrella. ¿Y tú te crees que es sin motivo, Elvira?

Elvira. ¿De qué te ríes?

Estrella. Muertecita de calor venía de la calle a refrescarme en casa, cuando de pronto me doy de manos a boca en la cancela con don Servando, ¡de macferlán! ¡Figúrate! Intenté saludarlo, conteniendo la risa, y va y me pregunta: «¿Usted estuvo anoche en el estreno de *Epaminondas*?». Le contesté que sí, como pude… y no te miento si te digo que creí que me iba a dar un bastonazo. Pero de pronto se contiene y refunfuña, poniéndose colorado como un tomate: «¡Primera vez en mi vida que siento ser hombre!». Y se fué como perro con lata. ¡Ja, ja, ja! *Se le renueva el ataque de risa con el cuento de lo sucedido.*

Elvira ríe también.

Elvira. Sí que ha sido un lance a propósito para ti.

Estrella. A la noche tengo que referírselo a mi madre. ¡A ver si una vez siquiera se ríe de don Servando!

Elvira. Óyeme ahora una cosa; que me esperan en el Museo.

Estrella. Tú dirás.

Elvira. Hemos tenido aquí a Pepa Juana.

Estrella. ¿Con su tema?

Elvira. ¡Naturalmente! Pero con novedades de importancia, si hemos de creer a Villanueva.

Estrella. ¡Oh! En ese caso…

Elvira. Pepa Juana tiene una carta suya en que le afirma que tu marido vive en Londres.

Estrella. ¡Elvira, hija! ¡Por. Dios! ¡Eso no se dice así tan de golpe! ¡Cortarle a una la risa, es más malo que cortarle el sudor!

Elvira. ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

Estrella. ¡Es que me iba hallando ya tan a gusto de viuda… sin haber aguantado a un marido!… ¡Sin tener que ir al cementerio a dejarle flores!… ¡Sin la pena a la espalda!… Ese Villanueva miente mucho, ¿verdad?

Elvira. ¡Mucho! No para su boca. Se cree que siempre está vendiendo

cuadros. ¡Y antes que cuadros vendía automóviles!…

Estrella. Entonces vamos a no creer la noticia.

Elvira. Más vale pensar que a rey muerto… ¿No?

Estrella. No seas maliciosa, primita.

Elvira. Hasta luego.

Estrella. Hasta luego. Deja la cancela entornada. *Entre sí.* ¡Serán cosas de Villanueva!

Elvira se marcha a la calle y ella se entra por la puerta del foro a quitarse el velo.

José Carlos vuelve por donde se fué y se sienta abatido.

José Carlos. ¡Qué lejos se halla esa mujer de vislumbrar siquiera quién soy yo y a lo que vengo aquí!… Pues ¿y el cuento del otro… el Villanueva ése?

Estrella. *Dentro.* ¿Está usted ahí José Carlos?

José Carlos. Sí, Estrellita; aquí estoy.

Estrella. *Saliendo.* ¿Vino a verlo a usted don Servando?

José Carlos. Sí.

Estrella. ¿Le ha dicho a usted algo del estreno de anoche?

José Carlos. ¡Bah! Deje usted eso.

Estrella. ¿Que deje eso? ¡Eso no lo puedo yo dejar en todo el verano! ¡Usted no sabe lo que yo me reí!

José Carlos. En usted el reírse no parece que sea nada extraordinario, Estrella.

Estrella. ¡Como anoche, sí!

José Carlos. Ya me contó usted esta mañana…

Estrella. Aquello no fué más que empezar la torta. ¡Yo necesito contárselo a

usted todo! Hubo incidentes y detalles para escribir un libro. Al cómico que hacía de *Epaminondas,* con lo que sudaba el infeliz, entre los gritos y el calor, se le despegó la barba por un lado, y a cada gesto heroico del pobre hombre la barba le volaba como un plumero. ¡Ja, ja, ja! «¡Vasallos míos!». ¡Y allá iba la barba! El público no es que se reía; es que lloraba; es que tenían que agarrarse unos a otros. A mi lado estaba Paquito Rodó —usted lo conoce— y no paraba de hacer comentarios de gracia. Al apuntador se le oía en todo el barrio. Y me decía Paquito: «¡Ese apuntador es un altavoz! ¡Estamos escuchando el drama dos veces! ¡Y con una bastaba!». ¡Ja, ja, ja!

José Carlos. *Un poco fascinado, aunque a su pesar, por la risa de Estrella.* Pero ¡con qué ganas se ríe!…

Estrella. Pues oiga usted, oiga usted esto otro… *La risa le impide unos instantes hablar, y con graciosos ademanes le indica a José Carlos que aguarde a que a ella le sea dable continuar el relato. José Carlos llega a contagiarse y ríe a su vez de mirarla.* ¡Ay!… A ver si puedo… Oiga usted esto otro. El comiquillo que representaba el traidor es muy conocido en Sevilla; muy gracioso, muy popular… Da sablazos a diestro y siniestro… ¡Le debe dinero a todo el mundo! Y en una escena del drama tiene que decir: «¿A quién he de pagar cuanto aquí debo?». Y de todas las localidades empezaron a salir voces: «¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!». ¡Un alboroto! ¡Unos carnavales! ¡Ah! Y un guasón, desde la delantera de paraíso, cada vez que *Epaminondas* soltaba un discurso, decía él, muy serio: «¡Ole tu madre!». Pero muy serio, ¿eh? «¡Ole tu madre!». En fin, José Carlos, que vine a casa, mala; con agujetas de reírme. En la cama estaba, y mi madre me preguntaba desde la suya: «Pero, Estrellita, ¿todavía te ríes? ¿De qué te ríes ahora, hija del alma?». «Mamá, de lo mismo: ¡de *Epaminondas*!». ¡Ay! Me faltan las fuerzas. *A un gesto de tristeza que de improviso sorprende en José Carlos.* ¿A usted no le hace también mucha gracia?

José Carlos. No, Estrella, no: no me hace ninguna.

Estrella. ¿Ninguna?

José Carlos. ¿No ve usted mi semblante?

Estrella. Pero ¿tan amigo es usted de don Servando?

José Carlos. Soy algo más que amigo, Estrella.

Estrella. ¿Más que amigo?

José Carlos. Es mi padre.

Estrella. ¿Su padre de usted?

José Carlos. Mi padre.

Estrella. Hijo, ¡por Dios!, que llevo esta tarde dos golpes… Me han quitado la risa del susto… como si fuera hipo…

José Carlos. No se burle usted.

Estrella. No me burlo, no; ¡qué disparate!… Pero ¿por qué ha ocultado usted ese parentesco?

José Carlos. Por razones íntimas.

Estrella. ¿De modo que usted no se apellida Beleño, sino Sanguijuela?

José Carlos. Ese es el primer apellido de mi padre, que yo me he negado a llevar porque me parece ridículo. Yo creo que los apellidos ridículos debieran proscribirse o anularse. Uno no puede elegir nacimiento ni hechura, pero nombre, sí. Y esto de que a mí me nombraran algunos aguantando la risa, no era para mi genio. Y adopté otro apellido. De mi padre también; pero otro. Y ahí empezó a abrirse la sima, la distancia que nos separa y nos aleja a mi padre y a mí.

Estrella. ¡Pobre José Carlos! ¿Quién podía suponer…?

José Carlos. ¡Pobre José Carlos! Sí, Estrella. Eso del apellido de mi padre viene a ser todo un símbolo. Mi padre… No tiene usted idea de la tortura que significa, para quien no es un mal nacido, ver siempre la burla, latente u ostensible, en torno a quien nos dió la vida; a quien por ley de naturaleza debemos respetar y querer. Las genialidades de mi padre, sus ridiculeces —¿por qué no llamarlas por su nombre?—, me hirieron hondamente de niño y me volvieron sombrío y taciturno. De mozo ya, con mayor conciencia de todo, di en huraño, en misántropo casi. Huía de las gentes. Y me fui de mi patria. No podía soportar en presencia de él mi continuo e íntimo reproche de cuanto hacía y decía. Espero que después de escucharme se reirá usted ya un poco menos de ese viejo desventurado.

Estrella. ¿Cómo he de reírme, ni poco ni mucho? ¡Si me ha dejado usted heladita!… Mire usted como estoy. Y es que de esa tela también tengo yo un retalillo.

José Carlos. ¿Usted?

Estrella. Mi madre…

José Carlos. No compare usted… Su madre de usted no es nunca ridícula…

Estrella. Me refería a otra cosa. Me refería precisamente a que, siendo tan buena y tan santa, tenga yo también que reprocharle algo íntimamente…

José Carlos. ¡Ah! ¿Su boda, acaso?…

Estrella. ¡Mi boda! ¡Nada menos! ¡Eso que hace o deshace una vida!

José Carlos. Pero ¿esa boda…? ¿Usted me permite…?

Estrella. A esa boda me arrastró ciegamente, a la muerte de mi pobre padre, el miedo que a mi madre le entró… «¿Qué iba a ser de nosotras?». ¡Se vió pidiendo limosna por las calles!

Y puso los ojos en Hipólito, a quien yo conocí y traté sólo de niño, y con quien luego, ausente él, primero en Madrid y después en América, sostuve año tras año una correspondencia… amistosa, esta es la verdad, pero que bien podía tenerse por relaciones de unos novios… que no lo eran. Frases de simpatía… alguna flor… cambio de retratos, tal cual chuchería de presente… Además, su nostalgia de España… «¡Yo también me siento muy solo, Estrella!». En resumen: que un buen día me propuso casarnos… ¡y mi madre perdió la cabeza!

José Carlos. ¿Su madre nada más?

Estrella. Nada más. ¡Si a mí al principio me dió por reírme! ¡Aquello era un escopetazo! Pero mi madre lo tomó tan en serio, con tanto calor, sermoneándome a todas horas y en todas partes —en la mesa, en la alcoba, en paseo, en visita, en la iglesia—, que a la postre me rendí… para que descansara. Y para descansar yo, por supuesto. Y temiendo ella que yo, por las ligerezas de mi genio, fuera a arrepentirme, lo dispuso todo en un decir Jesús, y nos casamos por poderes. Ya se lo referí a usted el otro día. Me embarqué, como Colón, a ver lo que encontraba.

José Carlos. Pero firmó usted los poderes riéndose, según me han dicho.

Estrella. Hay risas de risas. Me reía por fuera, pero las lágrimas me corrían por dentro. Aquella risa escondía un sacrificio que hacía yo por mi casa. ¡Y me reía!

José Carlos. ¿Igual que cuando su marido, a raíz del matrimonio, se sumió en el misterio absoluto? ¡Caso más singular!…

Estrella. También me reí entonces. Pero ¡si viera usted con qué sangrecita! Risa forzada, hipócrita, de despecho, de rabia, del ridículo de mi situación… ¡Es que había que verla despacio! Casarme a toda prisa, como si los dos estuviéramos impacientes… y de la noche a la mañana a mi marido se lo traga la tierra. ¡O el mar! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! Todo el mundo era a preguntarme y a decirme: «Pero ¿qué ha pasado? Pero ¿qué ha sido? Pero ¡si no se entiende! Pero ¡qué cosa!». Las amigas venían a mí a montones, con los alfileres dispuestos. Y yo pensaba: «¿Estas vienen a ver si ahora también me río? ¡Pues les voy a dar gusto!». «¿Qué hay, Estrella? ¿Sigues todavía sin saber de ese hombre?». «¡Ni palabra, hijas! ¡Ni palabra! ¿Qué risa, verdad?». ¡Ja, ja, ja! Cada carcajada era un mordisco.

José Carlos. ¿Y luego?

Estrella. Luego imaginé que acaso la desaparición de Hipólito era providencial, y como un signo de que Dios no aceptaba mi sacrificio al casarme con él de aquella manera. Y a despecho de las lágrimas de mi madre y de los punzantes comentarios de la gente, como si soñara y despertara, me tranquilicé… y me dió por reírme de veras de la preocupación de los demás. Ahí tiene usted a Pepa Juana, que al cabo de año y medio todavía sufre por mi cuenta. ¡Ja, ja, ja!

José Carlos. ¡Ha estado aquí!

Estrella. Ya lo sé: me lo ha dicho Elvira. ¡Y con la noticia de que mi marido vive en Londres!

José Carlos. ¿Usted no lo cree?

Estrella. ¿Yo? ¡Ave María! ¡Ni quiero creerlo tampoco! ¡Como parezca se lo regalo a Pepa Juana! ¡Y la hago feliz!

José Carlos. ¡Ah! ¿De manera que hasta ese punto lo ha dado usted por muerto?

Estrella. ¿Cómo se han de decir las cosas, José Carlos? ¿Es que puede vivirse pendiente de un hombre que hace lo que él hizo? ¡No en mis días! En el momento que le he contado a usted me di por viuda y lo enterré voluntariamente. ¡No faltaría más! En paz descanse.

José Carlos. Pero ¿usted cree que vive?

Estrella. ¡Sí, señor! ¡Estoy segurísima!

José Carlos. ¿Por qué?

Estrella. No lo sé; pero estoy segurísima. Los muertos no se esconden. Los que se esconden son los vivos. Y si se hubiera muerto, ¿habría faltado alguien que me lo anunciara? Vive, vive; seguro que vive. Oiga usted: ayer mismo, en la siesta, tuve una pesadilla: soñé que andaba por aquí y que se ha afeitado para que yo no lo conozca si lo veo. En esto llamó un pobre a la cancela y me desperté dando un grito que asustó a todos en la casa.

José Carlos. ¿Se ha enterado usted de que Pepa Juana sospecha que soy yo?

Estrella. ¿Qué es usted quién?

José Carlos. Su marido: Hipólito.

Estrella. ¡Ah, sí! ¡Otro tema suyo!

José Carlos. ¡Y hasta me encuentra parecido!

Estrella. ¡Como que a mí llegó a sugestionarme!

José Carlos. ¿De veras?

Estrella. Al principio de conocerlo a usted. ¿Usted sabe? ¡Si no me dejaba! «Fíjate en los ojos; fíjate en la frente; fíjate en las orejas, que son igualitas…». ¡Ja, ja, ja! Todo esto a cuenta de un retrato de Hipólito que tengo por ahí… Y yo lo examinaba a usted con el rabillo del ojo… ¡Una diversión!

José Carlos. ¿Y está usted enteramente convencida de que no soy Hipólito?

Estrella. *Vacilando un poco.* ¡Claro que sí! Y eso que finge usted como nadie. Porque, ¡vamos, que resultar ahora hijo de don Servando!… Es usted mucho mejor cómico que todos los de anoche.

Se miran: él le sonríe y ella lo observa un poquito desconcertada.

José Carlos. No, Estrella, no: no soy su marido. Esté usted cierta de que si lo fuese no hubiera hecho lo que él ha hecho.

Estrella. ¡Vaya usted a saber!

José Carlos. Pues si lo hubiera hecho, la vida que me quedara sería para pedirle a usted perdón. ¡Es inexplicable su conducta!

Estrella. ¿Sólo inexplicable?

José Carlos. Cuando hablo de pedir perdón el resto de una vida, comprenda usted el juicio que me merece. Es más, Estrella: si yo fuera amigo de ese hombre, no dude usted que le diría ahora mismo: «¿Qué hiciste, mentecato? ¿Has abandonado y has ofendido a una mujer generosa y bella; dos veces bella, porque sabe perdonar y reír? Y ¡cómo ríe! Y ¡cuánto ríe! Disfruta y hace disfrutar de su risa; regala su risa a los demás… Esa risa, Hipólito, qué es privilegio humano, bendición de Dios a sus criaturas, pan y sal de la vida. Esa risa que es don precioso de los fuertes, de los saludables y de los buenos».

Estrella. Cabalito: de los buenos también; porque nadie comete un crimen ni hace ninguna cosa mala riéndose.

José Carlos. Y más le diría: «Los que hemos llorado y luchado como tú y como yo…».

Estrella. Pero ¿usted lo conoce?

José Carlos. Por lo que usted me ha dicho de él. «Los que hemos luchado y llorado en la vida tanto como nosotros, ¿qué mejor premio podemos desear que una risa como la de Estrella? Agua fresca que te acompaña en el camino; música del contento y de la ilusión; eco sonoro y grato de las almas; risa que es menos que hablar y es más que hablar…». Estrella, yo bendigo la hora…

Estrella. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué entusiasmo, hijo!

José Carlos. *Turbado.* ¿Qué es eso, Estrella?

Estrella. ¡Agua fresca! ¿No le parece a usted mi risa agua fresca? ¡Pues he querido echarle un chorro, que le está haciendo falta!

José Carlos. Pero ¿se ríe usted de mí?

Estrella. Pero ¿no está usted ponderando mi risa?

José Carlos. ¿Es que le hace reír que yo diga que bendigo la hora en que la he conocido?

Estrella. ¡Por Dios, José Carlos… que Hipólito vive!

José Carlos. ¿Y qué? ¿No me ha asegurado usted que maldito lo que le importa?

Estrella. Eso creo. Pero, a pesar de ello, ¡qué sé yo lo que me ocurriría si se me apareciera de pronto! ¡Una cosa es darlo por perdido… y otra encontrárselo de repente!

José Carlos. Segú eso, y no obstante aquel entierro voluntario, si Hipólito llegase a Sevilla, y la buscara a usted, y le implorase su perdón, y le justificara su proceder incomprensible…

Estrella. No siga Usted. Si sucediera todo eso… ¡me iba a reír más que en el estreno de *Epaminondas*! ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, usted me disculpe! Tengo el ejemplo tan fresquito…

José Carlos. Disculpada, Estrella. Ya sé que ha sido involuntario. Pero… dígame usted…

Estrella. ¿No basta de palique?

José Carlos. ¡No!…

Estrella. Sí… De palique… del *difunto…* y de risa. ¡Si don Servando nos oyera!… Me voy. Quede usted con Dios, José Carlos. *Éntrase por la puerta de la izquierda, no sin mirarlo una vez más, con sonrisa endiablada.*

José Carlos. ¡Peregrina mujer! *Con súbito descontento de sí.* ¡Pero no fué el encargo de Hipólito que la enamorara!… Ahora, que… *Se sienta ensimismado.*

Silenciosa e inopinadamente aparece por el arco Hipólito, diríase que como atraído por la conversación anterior. Repara en José Carlos, que ni lo ve ni lo siente llegar. Cuando Hipólito se le acerca y le pone una mano encima, la impresión que recibe lo sobrecoge y lo trastorna violentamente.

José Carlos. ¿Quién? ¿Eh? ¿Tú?

Hipólito. Yo mismo.

José Carlos. ¿Tú, Hipólito?

Hipólito. ¿No me ves? ¿Te he sobrecogido?

José Carlos. ¿Cómo no? ¡Dime, por Dios, qué es esto!

Hipólito. Esto es que hago al final lo que debí hacer al principio. Al recibir

tu carta salí para España. Llegué a Sevilla anoche. De tu fonda vengo, y allí me han dicho que ahora vivías aquí.

José Carlos. *Con el aliento casi, para no ser oído.* Pero ¿tú sabes qué casa es ésta? ¿Quién vive en esta casa?

Hipólito. No.

José Carlos. Estrella Guzmán: tu mujer.

Hipólito. *Atónito.* ¿Aquí? ¿Mi mujer?

José Carlos. Esta casa es la suya. *Sintiendo que llega.* Pero, calla ahora. Disimula.

Hipólito. Sí.

Vuelve Estrella por donde se marchó y cruza hacia el foro. Al reparar en el recién llegado hace un gesto de curiosidad y pasa en silencio, inclinándole levemente la cabeza. En la puerta del foro se detiene y lo observa momentáneamente, con una grave interrogación en el lindo ceño.

Los dos hombres, de espaldas a ella, permanecen inmóviles. Estrella, al fin, se entra por la puerta del foro.

José Carlos. ¿Te habrá reconocido?

Hipólito. No es fácil. Desde niña no me ha visto sino en retrato… Y estoy cambiado, envejecido… Cayeron aquellas barbas características…

José Carlos. *Fingiendo.* ¿Por qué no sube usted a mi cuarto? Mejor es. Allí podré enseñarle notas y apuntes que he tomado estos días…

Hipólito. Bien. Como usted quiera.

José Carlos. Vamos. Por aquí.

Suben ambos y desaparecen por la derecha del corredor. Un instante después torna a salir Estrella, curiosa, impaciente, desasosegada.

Estrella. ¿Es Hipólito?

De la calle llega don Servando, quien, contrariado al hallarla allí, va a marcharse de nuevo.

Don Servando. ¿Eh?

Estrella. *Deteniéndolo con estas palabras:* Arriba tiene usted a su hijo.

Don Servando. *Pasmado.* ¿A mi hijo dice usted?

Estrella. Sí; a José Carlos. ¿No es su hijo? Arriba está con otro individuo que acaba de venir.

Don Servando. Gracias. *Sube. Desde el corredor dice, observando a Estrella y en el colmo del estupor.* Y ¿por qué ahora no se ríe de mí?

Vase por la derecha.

Estrella. *Cuando se siente sola.* ¡Es Hipólito, sí! ¡Es Hipólito! *Con angustia creciente.* ¡Y no me río! ¡No me río! ¡No me río!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Seguimos en el patio de doña Lola, tres días después del acto anterior. Es por la tarde.

Sale por la puerta de la izquierda Silveria, muchacha que está al servicio de la casa desde la víspera, y se dirige hacia el zaguán cantando. Doña Lola, cuyo ánimo parece más sosegado, le llama la atención desde la baranda del corredor.

Silveria.

… Yega a Triana:

es de noche y parece

por la mañana.

Doña Lola. Silveria.

Silveria. Mándeme usté.

Doña Lola. ¿No te he dicho que no quiero que cantes?

Silveria. ¿Y no le he dicho yo a usté que zi no canto no zé trabaja?

Doña Lola. Pero ¿de cuándo acá es un trabajo abrir la cancela?

Silveria. ¡Digo! ¡Poz está poco fuerte la yáve! ¡La primera vez que ayé la abrí, por poco me escoyunto la mano! ¡Y er zaguán, que tiene una legua! *Sigue su camino continuando la copla empezada.*

¡Viva er Rocío,

que alumbra con zus luces

el amor mío!

Doña Lola. ¡Ay qué potros de niñas! Malo es estar sin ellas, pero domarlas…

Vuelve Silveria con Guadaira.

Guadaira. A la paz e Dios.

Doña Lola. ¡Hola, Guadaira!

Guadaira. Dios guárde a la zeñora.

Doña Lola. ¿Qué te trae por aquí?

Guadaira. A vé a don Jozé Carlos.

Doña Lola. ¡Ah! Pues nosotras ya no te necesitamos como antes; de modo que si te causa desavío el venir…

Guadaira. Dezavío, ninguno. Zabe la zeñora que nazí pa zervirla.

Doña Lola. Y yo te lo agradezco. Pero desde ayer tenemos ya a esta muchacha.

Silveria. Zervidora de usté.

Doña Lola. Aunque no sé lo que va a durarnos; porque le he dicho que no me cante y no para su pico.

Silveria. ¡Como que no zé trabajá de otro modo! Ya lo arvirtió mi madre. Yo barro, yo argofifo, yo voy a los mandaos, yo guizo, yo lavo, yo plancho pero que me dejen cantá. Me mandan que no cante, y me ziento.

Doña Lola. Bueno, pues ahora vete a la cocina.

Silveria. Zí, zeñora.

Va a marcharse por la puerta de la izquierda, cuando salen por ella Anita y Rocío, a quienes deja paso. Las dos hermanas van muy serias y silenciosas, y cruzan como indiferentes a la puerta del foro por donde se entran.

Guadaira. Tengan muy buenas tardes las zeñoritas. Ziempre las dos tan bonitas y tan primorozas. *Sorprendido de la actitud de ellas.* ¿Qué ocurre? ¿Lez he fartao en argo?

Doña Lola. ¡Ja, ja, ja!

Silveria. ¡Ay qué bueno!

Doña Lola. No, Guadaira: es que están haciendo la novena del Niño Mudo…

Guadaira. ¿Der Niño Mudo?

Doña Lola. Sí: en la Catedral. Como nos han escrito que ha parecido en Londres quien tú sabes, en acción de gracias hacen esa novena. Salen de casa sin hablar, recorren el trayecto sin hablar y vuelven sin hablar. Una sola palabra que digan anula el sacrificio.

Guadaira. ¿Qué le paece a usté? Pero, ¡zi ahora me acuerdo! ¡Eza novena la empezaba mi mujé tos loz años diez o doce veces!…

Silveria. Zi fuera zin cantá, no era pa mí.

Doña Lola. Ni sin hablar tampoco. Anda a tu obligación.

Silveria. *Yéndose por la puerta de la izquierda.*

Blanca carreta,

¿dónde vas por los campos,

blanca carreta?…

Guadaira. Ahora yega don Jozé Carlos.

Doña Lola. Pues quédate con él. Yo me voy allá dentro, que tengo visita. *Vase por la derecha del corredor.*

Guadaira. Quiziera Dios que esta caza vorviera a lo pazao. La zeñora va estando más tranquila.

Viene José Carlos de la calle.

José Carlos. ¡Qué calor hace por ahí! Se gana el cielo. Da gloria meterse en un patio. *Se sienta a refrescarse.*

Guadaira. Poz esto po es na. Ya verá usté cuando noz entremos en agosto. ¿En agosto estará usté aquí?

José Carlos. No lo sé. *Queda pensativo. Por la puerta del foro reaparecen Anita y Rocío, de velo, y se van a la calle sin decir palabra.* ¡Qué valientes! ¿Desafían ustedes al

calor? No lo entiendo… si no las esperan los novios. ¿Eh? ¿Se han ofendido?

Guadaira. ¡Ja, ja, ja! Igualito que a usté me ha pazao a mí.

José Carlos. ¿Cómo?

Guadaira. No hablan con nadie, porque están haciendo la novena der Niño Mudo.

José Carlos. ¡Ah, sí! ¡Si me lo dijeron anoche!… Pero no creí que lo llevaran con tanto rigor…

Guadaira. Como ha parecío… zegún escriben…

José Carlos. *Atajándolo.* Sí. Vamos a lo nuestro. *Hablándole un poco en reserva.* ¿Ese mantón?

Guadaira. Ya lo tiene usté en caza de zu padre. ¡Verá usté qué alhaja! ¡Buen recuerdo ze yeva usté de la zeñorita! To bordao y rematao por zus manos. Una preciozidá.

José Carlos. Bueno; te repito que no ha de saberse que el comprador he sido yo. Invéntalo a capricho.

Guadaira. ¿Ni cuando usté ze marche de Zeviya?

José Carlos. Tampoco.

Guadaira. Ze hará como usté manda.

José Carlos. *Dándole unos billetes de Banco.* Toma lo convenido.

Guadaira. Esto es más de lo convenio.

José Carlos. No importa. Como en la familia hay apuros…

Guadaira. Dios ze lo pague a usté. Locas van a vorverze. *Viendo a Estrella, que aparece por la derecha en el corredor y baja al patio.* ¡Estreya!

Estrella. ¡Guadaira!

Guadaira. ¡Una buena noticia te traigo!

Estrella. ¿Buena de verdad?

Guadaira. ¿Cuándo te ha engañao a ti Guadaira?

Estrella. ¡Es que aquí a lo mejor les llaman buenas noticias a unas cosas!…

Guadaira. A vé zi ésta es de ley. He vendío er mantón del inglés.

Estrella. ¡Hombre! ¿Qué me cuentas?

Guadaira. Lo que oyes.

Estrella. ¿A quién se lo has vendido?

Guadaira. A un francés.

Estrella. ¿No son cosas tuyas?

Guadaira. *Alargándole los billetes.* Ten ahí.

Estrella. *Sin tomar el dinero.* Súbeselo a mi madre.

Guadaira. Pero ¿no te alegras, criatura?

Estrella. Se alegrará ella más. Anda, súbeselo. Y que te dé a ti el corretaje.

Guadaira. Yo me contento con habé hecho er zervicio. ¡Y con verte la cara!

Estrella. Pero nosotras, no.

Guadaira. Lo que tú dispongas. *Sube y se aleja corredor adentro.*

Pausa. José Carlos, turbado ante ella, quisiera hablarle y no sabe cómo empezar. Maquinalmente coge su sombrero y va como a subir también. Ella, que ha bajado precisamente a hablar con él, le hace graciosamente esta pregunta: ***Estrella****. ¿Está usted también haciendo la novena?*

José Carlos. ¿Qué?

Estrella. ¡La novena del Niño Mudo!

José Carlos. ¡Ah! No. ¿Por qué?

Estrella. Como se marchaba usted sin dirigirme la palabra…

José Carlos. Ya nos vimos esta mañana, Estrella. Iba a trabajar un rato en mi cuarto.

Estrella. A mí me pareció otra cosa.

José Carlos. ¿Qué le pareció a usted?

Estrella. Que esquivaba usted el hablar conmigo.

José Carlos. ¡Estrella!

Estrella. Hace ya dos días que, al contrario que antes, que aprovechaba todas las ocasiones para que charláramos, las rehúye. ¡Las cosas, claras!

José Carlos. No creo…

Estrella. ¿Será quizá que teme usted haber hablado más de la cuenta la otra tarde?

José Carlos. La otra tarde hablé lo que quise, ni más ni menos.

Estrella. ¿Tan dueño es usted siempre de sus palabras?

José Carlos. De mis sentimientos procuro serlo siempre, y como las palabras no son otra cosa que su expresión…

Estrella. Y sus sentimientos respecto de mí, ¿no han cambiado?

José Carlos. ¿Por qué habían de cambiar?

Estrella. ¡Qué sé yo! Yo creía… En fin, serán figuraciones… Vaya usted con Dios. *Él no se mueve.* Vaya usted, con Dios. ¡Vaya usted con Dios, hombre!

José Carlos. Es que ahora no me quiero marchar, Estrella.

Estrella. ¿Ahora no?

José Carlos. Porque he visto claro que tiene usted algo que decirme.

Estrella. ¡Vaya si tengo! ¡Y no algo: mucho!

José Carlos. Pues venga lo que sea.

Estrella. Lo primero es lamentarme de un desengaño que he sufrido. Un desengaño grande; ¡grande! Esta vehemencia de las sevillanas… Trabamos amistad con una persona, y como esa persona nos caiga en gracia, nos la metemos en el corazón y la tratamos ya como si la amistad de unos días fuera de años enteros… Y, confiadas, esperamos el mismo pago… y ¡qué distinto pago se nos da casi siempre!

José Carlos. ¿Por qué me dice usted a mí eso?

Estrella. Porque no corresponde usted a mi amistad… a lo sevillano. Aquí, hasta los duros fuera de la ley son de plata.

José Carlos. Y eso ¿qué significa?

Estrella. ¿Por qué no me ha dicho usted que era amigo de Hipólito Espinar?

José Carlos. ¡Estrella!

Estrella. ¿Por qué no me ha dicho que el aparecido de la otra tarde es él?

José Carlos. Estrella…

Estrella. Llevo tres días esperándolo en balde. Y usted, ¡en la novena del Niño Mudo! ¡Qué desengaño, José Carlos!…

José Carlos. Yo procuraré justificarme, Estrella. Pero, dígame usted primero… ¿Reconoció en seguida a Hipólito?

Estrella. ¡En cuanto lo vi! ¿Se acuerda usted de que lo estuvimos nombrando en la conversación? ¿Se acuerda usted de mi pesadilla de una siesta? ¡Si a mí al verlo se me figuró que lo habíamos llamado y que por eso mismo venía! Y no lo reconocí por sus retratos últimos, sino por mis recuerdos infantiles… ¡Qué escondrijos éstos de la memoria! Y usted y él, a lo mejor, pensarían quizá que a mí se me había ido por alto.

José Carlos. Él lo cree a pies juntillas.

Estrella. ¿Qué cree? ¿Que no lo he conocido?

José Carlos. A pies juntillas.

Estrella. ¿Y usted?

José Carlos. Yo, sinceramente, temía que sí. Más que a usted me desconcertó a mí su llegada. Ahora le contaré. Y temí, como le digo, que usted se dió cuenta en el acto de quién era aquel hombre, y lo he venido comprobando en estos tres días de ese silencio que usted me reprocha. He visto con pena su inquietud, su malestar, su angustia; he visto que había huido de su boca, como un pajarillo asustado, la risa que nació con ella y con su alma, para alegrar y hechizar a cuantos la oyesen.

Estrella. Y, sin embargo, se callaba usted.

José Carlos. Porque ofrecí callar y observar… Porque mi misión era ésa… Porque todo podía esperarlo yo menos que él llegase de pronto.

Estrella. Tampoco creo que esperase usted al venir a mi casa lo que ha encontrado en ella.

José Carlos. ¡Bien sabe Dios que no! ¿Habría tardado tanto en venir?

Estrella. Entonces, José Carlos, si así son las cosas… todavía me explico menos el silencio de usted.

José Carlos. Pero ¿qué había de hacer, amiga mía? Llega de improviso un hombre que tiene sobre usted todos los derechos legales… Ahí está. Ya no es un fantasma. Luego, decidido al fin, después de varias conversaciones conmigo, vendrá a hablar con usted. Hasta entonces, yo debo callar. Callar… y sufrir.

Estrella. ¿Sufrir?

José Carlos. Sufrir.

Pausa. Se miran, entendiéndose.

Estrella. Derechos sobre mí no tiene ya ese hombre más que los que yo quiera darle.

José Carlos. Y ésos ¿qué sé yo adónde alcanzan, Estrella?

Estrella. *Confusa.* Yo misma ahora tal vez no lo sepa tampoco.

José Carlos. ¿Ve usted como dije bien cuando dije sufrir?

Estrella. Pero, bueno, y, por los clavos de Cristo, acláreme usted algo del proceder de Hipólito. ¿Por qué haberse como sepultado más de año y medio? ¿Por qué su vuelta ahora? ¿Cómo tiene valor de encararse conmigo? ¿Qué idea tiene de mí?

José Carlos. Todo es a él a quien le corresponde decirlo. Lo oirá usted bien pronto. Yo, ahora más que nunca, he de callar hasta que usted resuelva.

Estrella. ¿Ahora más que nunca? ¿Por qué?

José Carlos. Voy a confesárselo. La inopinada vuelta de Hipólito ha empezado por herirme a mí. Me confió un encargo de hermano, y al verlo llegar he pensado en una desconfianza que me lastima. La habrá habido o no, pero por mí ha pasado. Y no debe de haber sido infundadamente, porque al hablarle estos días de usted con entusiasmo, he creído ver en sus ojos un chispazo de celos.

Estrella. ¿De celos?

José Carlos. De celos, sí: celos que tal vez encubrían como una acusación de deslealtad o de engaño. Bien es verdad que esos celos suyos chocaron también con alguna chispa igual de mis ojos.

Estrella. ¡José Carlos!

José Carlos. Y no digo más… porque las palabras se empujan unas a otras en mi alma… y estoy traicionándome a mí mismo. ¿Había o no había razón para mi silencio, Estrella?

Estrella. Ya sé yo que la había, José Carlos… ¡pero quería oírlo!

José Carlos. Pues ya lo ha oído usted. Discúlpeme ahora… y espere a ese hombre. *Gravemente preocupada queda Estrella. Él sube, mirándola. En el corredor se detiene y dice:* (Me cautivó su risa… y ahora me encanta que no ría). *Vase.*

Estrella. *Entre sí.* Habló de celos… De celos, que es hablar de cariño.

Pausa. Dentro, a la izquierda, acercándose y alejándose, se oye cantar una nueva copla a Silveria.

Silveria.

La carreta y los bueyes

zon de mi padre;

er carretero es mío;

Dios me lo guarde.

Estrella. ¡Lo que trabaja aquella criatura!

Baja Guadaira, que se marcha contento.

Guadaira. ¿Quieres tú argo, niña?

Estrella. Nada, Guadaira; como no sea darte las gracias otra vez. Y no dejes de dárselas de mi parte a ese comprador tan rumboso.

Guadaira. Ze las daré, zi lo encuentro toavía en Zeviya; porque estoz estranjeros zon como los pájaros.

Estrella. Sí lo encuentras, sí. Y si no lo encuentras tú lo encontraré yo. Puede que esté en casa.

Guadaira. ¿Eh?

Estrella. Que puede que esté en casa.

Guadaira. *Estupefacto.* (¡La que a ésta ze le escape!). Me ze figura que te equivocas, niña.

Estrella. Pudiera ser. Pero dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y yo digo que lo que no sabe ni por diablo ni por viejo, se lo pregunta siempre a una mujer.

Guadaira. ¡Cuando tú lo dices!…

Estrella. Anda con Dios… y ábrele la cancela a don Servando, que ahí llega. ¡Y que cualquiera lo conoce!

Guadaira. Hasta mañana zi Dios quiere. *Se va por el arco.*

Estrella. Haré de tripas corazón para no reírme.

Se presenta don Servando vestido de seda cruda y jipijapa. El mismo comprende que está gracioso.

Don Servando. Buenas tardes, señorita Estrella.

Estrella. Bien venido, señor don Servando. Mucho calor, ¿verdad?

Don Servando. Sería una insensatez pedir otra cosa en el mes de julio, a las puertas de la canícula.

Estrella. ¡Claro! Por eso se ha puesto usted tan fresquito.

Don Servando. Es mi costumbre desde los veinte años.

Estrella. Ya, ya.

Don Servando. Y este terno ya no me lo quito hasta el doce de octubre. Fiesta de la Raza.

Estrella. ¿Ni aunque llueva? ¿Ni aunque se salga el río?

Don Servando. ¡Ni aunque se salga el mar! ¿Sabe usted si anda por la casa el bobo de mi hijo?

Estrella. ¿Bobo?

Don Servando. ¡Bobo!

Estrella. Sí, señor; está arriba.

Don Servando. ¿Y su madre de usted?

Estrella. También está arriba. Con Paquito Rodó.

Don Servando. ¡Ah! *Blande el bastón al oír este nombre.* No aguante usted la risa si quiere reírse.

Estrella. ¿Yo, don Servando?

Don Servando. Usted: en cuanto me ha visto llegar de seda cruda…

Estrella. Se equivoca usted. Voy cambiando mucho. Desde que han pasado ciertas cosas… No me deja él remordimiento. Cada vez que pienso que por causa de mi risa dichosa nos abandonó usted… Yo le aseguro que ya puede volver aquí sin recelo ninguno, y hasta vivir como antes con nosotras.

Don Servando. ¿Sí, eh? Pues, mire usted, Estrella: hechos más desconcertantes registra la Historia.

Estrella. ¿Ah, sí?

Don Servando. Yo soy hombre de resoluciones a rajatabla. En la pensión donde me refugié me han dado una broma tan necia, que ya no duermo allí esta noche.

Estrella. ¡Caramba! Pues ¿qué broma ha sido, si puede saberse?

Don Servando. Puede y debe saberse, para que se mida hasta dónde alcanza el cretinismo humano.

Estrella. ¿Qué broma ha sido?

Don Servando. ¡Una estupidez! Tenía yo sobre mi mesa de trabajo una cajita de un ciento de tarjetas. Tarjetas oficiales, con todos mis títulos. «Director de Esto; Presidente de lo Otro; Miembro de Tal; Secretario de Cuál, etc.». Y un idiota ha escrito debajo, como si fuera un título más: «Vacunado directamente de la ternera».

Estrella. *Soltando la carcajada, aunque a pesar suyo.* ¡Ja, ja, ja!

Don Servando. ¿Se ríe usted ahora?

Estrella. No… Sí… Convengamos en que es una estupidez… pero tiene gracia.

Don Servando. Ninguna estupidez tiene gracia nunca.

Estrella. No… ¡claro!… Sino que sorprende… *Hace esfuerzos por contener la risa.* ¿Y eso se lo ha escrito a usted en una tarjeta?

Don Servando. ¡En el centenar!

Estrella. *Ahogando heroicamente otra carcajada.* En el centenar…

Silveria canta dentro.

Silveria.

La Virgen der Rocío

no ez obra humana,

que bajó de los cielos

una mañana.

Don Servando. ¡Pero va a comérselo el chusco! Ya sé que es un estudiante extremeño que hay allí, y no lo libra ni Pizarro que resucite y venga adrede del Perú.

Estrella. Bueno, don Servando… Con permiso de usted… Esta muchacha que hemos tomado dice que no puede trabajar si no canta… y yo voy a que descanse un ratito.

Don Servando. Vaya usted enhorabuena.

Estrella. Hasta luego. *Éntrase por la puerta de la izquierda. Bien se ve que va a soltar el trapo apenas la trasponga.*

Don Servando. *Con un suspiro que obedece a sus más recientes reflexiones.* ¡Ay, ay, ay! ¡Valiente pampirolada la de mi hijo si se enamora de esta niña! *Se dispone a subir, cuando ve que sale por la derecha del corredor y viene hacia abajo Paquito Rodó.* (¡Hombre! ¡El payaso *honoris causa*! ¡Pues me coge con ganas de pisarle un pie!).

Paquito. ¡Hola, amigo!

Don Servando. ¿Cómo amigo? ¿Qué es eso de amigo? ¿Desde cuándo? ¿Cuándo ha nacido nuestra amistad?

Paquito. Don Servando, usté me dispense. Si usté no quiere sé amigo mío, yo me honraría mucho en serlo de usté. Ahí van esos sinco.

Don Servando. En verano no doy la mano nunca.

Paquito. ¿Ah, no?

Don Servando. No, señor; porque doy una mano esperando otra, y a lo mejor me dan una esponja caliente: **Paquito**. Es verdá; a mí también me pasa eso. Y hay quien le coge a usté la mano entre las dos suyas, y se la pasa por agua mientras dura la conversasión.

Don Servando. No me ha hecho gracia el comentario.

Paquito. ¡Vaya por Dios, hombre!

Don Servando. *Por el atajo, repentinamente.* ¿Usted estuvo en el estreno de *Epaminondas*?

Paquito. *Viéndole venir.* ¿En el estreno de *Epaminondas*? No, señó; no estuve.

Don Servando. ¿Cómo que no estuvo?

Paquito. ¡Como que no estuve!

Don Servando. Me habían asegurado que sí.

Paquito. Es que me confunde mucha gente con un primo mío.

Don Servando. ¿Con un primo suyo? ¿Y ese primo de usted sí estuvo en el estreno?

Paquito. ¡Por lo visto! Pero ar día siguiente por la mañana, con la fresca, huyéndole ar caló salió pa Polonia, que es donde ér vive. ¿Por qué lo preguntaba usté?

Don Servando. ¡Psché!… ¡Artimañas del pensamiento! Pero no quiero desaprovechar la ocasión. Hace mucho tiempo que busco un instante propicio para decirle a usted frente a frente que me molesta más que la langosta a la americana, ¡que no la puedo digerir; que siempre me hace daño!

Paquito. ¡Hombre, y yo tan ajeno!… ¡Qué cosas se descubren!

Don Servando. ¡Me irrita usted; me saca de quicio! ¡No sé de dónde ha nacido esa fama de gracioso que tiene usted! ¡En el café estoy, refieren una ocurrencia suya entre carcajadas y a mí se me corta la digestión! ¡Y me voy a la calle!

Paquito. Pos, hombre, no es pa tanto… ¿Quién me tenía e desí…? ¡Con la grasia que usté a mí me hase! ¿No serán rivalidades del ofisio? Entre compañeros…

Don Servando. ¿Cómo entre compañeros? ¿Qué quiere decir entre compañeros?

Paquito. Que lo somos, aunque a usté le fastidie. Usté hace reí sin proponérselo… y yo también. ¿Somos compañeros o no?

Don Servando. ¡Oiga usted!

Paquito. Yo no tengo la curpa de que la gente se eche a reí cuando cuento arguna desgrasia o arguna esaborisión de mi familia. ¡Pos la cuento y se ríen! ¿Qué le voy a hasé yo? ¡Es lo mismo que usté! Usté yega a un sitio, y na más e con verlo, to er mundo se empiesa a escondé pa reírse. ¡Y usté no se encontrará tanta grasia! ¡Me paese a mí! Otro cuarquiera se pone ese traje que usté se ha puesto, y a nadie le yama la atensión. Se lo pone usté… y estoy seguro de que no pasa por un puesto de agua que no prinsipien a pedí barquiyos e canela.

Don Servando. Se está usted buscando, y se los va a ganar como siga, los dos palos preconcebidos.

Paquito. ¡Ca; no, señó! Si usté va a acabá por quererme a mí mucho.

Don Servando. ¿Eh?

Paquito. ¡En cuanto me trate de serca! Yo soy un hombre serio. ¡Pero muy serio! Más serio que usté. Un hombre que a costa de su trabajo sostiene a un familión que tiene ensima. ¡Na más! ¡Con la desgrasia de que mis hijos me han salío de caoba! ¡Y la gente se ríe! Que usté no me quiere dá la mano en er mes de julio: ¡pos ya me la dará usté en disiembre! Con Dios, compañero. ¡Compañero, sí! ¡Los dos hasemos reí sin queré! Ahora voy a comprá una espuerta e yeso pa escayolarle a uno de mis niños una patita que se ha roto. ¡Salero que hay en casa! ¡Hasta la vista! *Se marcha a la calle.*

Don Servando reprime su primer impulso de echar tras él; coge con coraje su «jipi», sube las escaleras y se va por la derecha del corredor, diciendo, furioso, entre dientes: ***Don Servando****. ¡Por vida!… ¡No tiene razón ese bufoncillo! ¡Es que yo decaigo de un modo vergonzoso! ¡Compañeros!… ¡Compañeros!… ¡Antípodas!*

Vuelve Estrella por donde antes se fué.

Estrella. Creí que iba a haber más que palabras… Bueno, ¡lo que no se le ocurra a Paquito!… Con el ojo de gallo inglés que traía don Servando esta tarde, ¡llamarle compañero! No hay otro; no hay otro. *A Elvira, que de sopetón llega por el arco.* ¿Qué te pasa, Elvira? ¿Qué te pasa?

Elvira. Hija mía, que aquí no ganamos para sustos.

Estrella. ¿Eh?

Elvira. Pepa Juana está desquiciada y va a desquiciarnos a todos.

Estrella. ¿Dónde la has visto?

Elvira. En casa de la tía Mercedes. De allí vengo. Y ahora vendrá ella. Prepárate, porque va contigo.

Estrella. ¡Espantárame yo!

Elvira. No hay quien la contenga ni quien la calle. ¡A Anita y a Rocío, que están con la novena del Niño Mudo, las ha hecho hablar! Les cuesta empezar mañana otra vez la novena.

Estrella. Pero ¿qué sucede?

Elvira. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo bien que vive una sin que los hombres la miren, ni la sigan, ni la celen, ni se ocupen de una para nada! ¡No quiero más novio que Murillo! Y ése porque está en bronce, en el Museo, y no se mueve de su pedestal. Verás lo que sucede.

Estrella. Sí, por Dios; termina.

Elvira. Villanueva ha vuelto de París.

Estrella. ¡San Antonio me valga! ¿Y trae quizás a mi marido en la maleta?

Elvira. ¡Todo lo contrario! Noticias terribles, espeluznantes…

Estrella. ¡No me lo digas!

Elvira. Yo vengo de avanzada, para irte disponiendo el ánimo.

Estrella. ¡Por la Virgen!

Elvira. Pero no lo tomes demasiado a pechos, no sean invenciones de Villanueva para terminar con el asunto.

Estrella. ¡Como si lo viera!

Elvira. ¡Figúrate que dice que tu marido murió en Irlanda en un accidente de automóvil!

Estrella. ¡Ja, ja, ja!

Elvira. ¿Te ríes?

Estrella. ¿No me he de reír? ¡Ja, ja, ja! Mi marido, Elvira, no sólo no ha muerto, sino que vive… y está a estas horas en Sevilla.

Elvira. ¡Muchacha!

Estrella. El susto ha sido para ti. Y no es que esté en Sevilla por casualidad… sino que de un momento a otro va a venir a verme… ¡Y que en este instante llama a la cancela! ¡Míralo!

Elvira. ¡Jesús! ¡Ah! ¿Es aquel que llegó la otra tarde?…

Estrella. ¡El mismo! Ven acá… Aconséjame tú… Ven acá, primita…

Elvira. Estás temblando… Lo que yo te decía, Estrella: ¡no hay como mi Murillo!

Estrella. Ven acá, ven acá…

Éntranse por la puerta del foro.

En seguida sale Silveria por la de la izquierda. Va a abrir la cancela y viene cantando en voz tan baja que no hay quien la oiga.

Silveria.

De buena gana jiciera

escritura con er mengue…

Azín tan de quedito no me oyen cantá y no me riñen. ¡Y yo canto! *Desaparece por el arco.*

Instantes después vuelve con Hipólito.

Hipólito. ¿No sabe usted si está?

Silveria. No, zeñó. Lo vide zalí; pero vorvé a caza no lo he visto. Me yegaré arriba a zu arcoba.

Hipólito. Deje usted; iré yo.

Silveria. ¿Pa qué va usté a incomodarze, zeñorito?

Sale oportunamente Estrella. Elvira, que la sigue, sube a su cuarto mirando con disimuladle curiosidad a Hipólito.

Estrella. ¿Quién?

Hipólito. *Impresionado al verla.* Buenas tardes.

Estrella. Buenas tardes.

Silveria. Este zeñó procura por don Jozé Carlos.

Estrella. ¿Por don José Carlos? No tardará en venir. Siéntese usted.

Hipólito. Así que él llegue.

Estrella. A su gusto.

Pausa. Silveria se retira de nuevo por el zaguán.

Hipólito. ¿No molesto?

Estrella. De ninguna manera. El que debe de estar arriba es el padre de su amigo de usted.

Hipólito. ¡Ah, sí! Don Servando. Lo conocí anoche.

Estrella. ¿Hasta anoche, no? Pero ¿no es usted de Sevilla?

Hipólito. Casi no lo soy. Aunque nacido aquí, salí hecho una criatura… y hasta estos días no he vuelto.

Estrella. ¡Qué cosa!

Hipólito. ¡La vida!…

Estrella. ¡La vida!… ¿Ha encontrado muchos cambios en la ciudad?

Hipólito. Algunos. Y he echado de menos otras cosas que me embelesaban de niño.

Estrella. ¿Las ha echado de menos? ¿Al llegar… o antes?

Hipólito. *Rehuyendo la contestación.* ¿Quién viene? ¿José Carlos?

Estrella. No; no es José Carlos. ¡Qué visita ahora!

Desolada, llega de la calle Pepa Juana y se abraza a Estrella con frenesí. Villanueva la acompaña con cara de pésame. Silveria, que no está para penas, se va por la puerta de la izquierda en cuanto mira el cuadro.

Pepa Juana. ¡Estrella! ¡Estrella! ¡Amiga de mi alma!

Estrella. ¡Pepa Juana!

Pepa Juana. ¿Has visto? ¿Has visto?

Estrella. ¡He visto! ¡He visto!

Pepa Juana. ¿Has visto, hija, has visto?

Estrella. ¡Y lo que nos queda que ver!

Estrella habla con zumba e ironía, fingiendo compartir el duelo de su amiga. Hipólito, apenas oye a ésta y a su acompañante, lleno de estupor mira desconcertado a unos y a otros, y como que quiere intervenir para hacer luz en el asunto, hasta que al postre se decide.

Villanueva. *Estrechándole la mano a Estrella.* La acompaño a usted en el sentimiento, Estrellita.

Estrella. Gracias, Villanueva.

Villanueva. Aquello que se dice que de la risa al duelo, un pelo, viene aquí ahora como de encargo. ¡Qué atrocidad! Mi carta desde París a Pepa Juana fue para darle a usted una alegría, y ahora vengo en persona a traerle a usted la triste nueva.

Pepa Juana. ¡Qué lástima de hombre!

Hipólito. *Tímidamente.* ¿Alguna desgracia de familia?

Estrella. Sí, señor, sí: mi marido, que ha muerto.

Hipólito. ¿Su marido de usted?

Estrella. Mi marido, sí.

Hipólito. Pero ¿qué marido?

Estrella. ¡El que tengo! ¡No tengo otro!

Pepa Juana. ¡Ay!

Estrella. Yo, para servir a usted, soy casada. Es decir lo era.

Pepa Juana. ¡Qué lástima de hombre! ¡En la flor de la edad, guapísimo, con barba corrida!… ¡Una desolación!

Hipólito. Bien, pero…

Villanueva. ¡Golpetazos de esta vida perra, señor mío! Cuando está uno más descuidado… Y que no cabe duda, Estrella: enterrado está en Londres. Yo he visto la lápida: «R. I. P. Hipólito Espinar Saavedra».

Hipólito. ¿Eh?

Estrella. El sino de los hombres.

Hipólito. Y ¿de qué murió ese señor, quiere usted decirme?

Estrella. ¡De miedo de encontrarse conmigo, probablemente!

Hipólito. ¿Cómo?

Estrella. ¡Ay, no sé lo que hablo!

Pepa Juana. No lo sabes, no. ¡Se comprende todo! ¡Yo en un caso así estaría deshecha! ¡Qué derrumbamiento!

Estrella. *Llorando de risa.* ¡Ja, ja, ja!

Pepa Juana. ¡Pobrecita! ¡Es risa nerviosa! Desahógate, desahógate como sea, no te dé un ataque.

Estrella se vuelve de espaldas para que no la vean reír, pero las convulsiones de su cuerpo la delatan.

Villanueva. Pues ese hombre murió en una carretera de Irlanda. Un

accidente de automóvil. Espantoso; horrible. ¡Esas velocidades sin objeto!… Perdió la dirección, dió cuatro vueltas de campana, y el cristal del parabrisas le cortó la cabeza como un cuchillo. Allá fué a parar a no sé cuántos metros.

Pepa Juana. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡No lo repita usted más, Villanueva! ¡La de seres que han muerto con él!

Villanueva. No, señora: iba solo en el coche.

Pepa Juana. Pero ¿y los hijos que ha podido tener de su matrimonio? ¡Con treinta y dos años!

Villanueva. ¡Ah! ¡Sí!, ¡empieza usted a sumar generaciones!…

Hipólito. Y ¿quién le ha referido a usted el accidente, señor?

Villanueva. Un criado negro que tenía y que lo seguía en otro coche. ¡Más buena persona! Lloraba el infeliz como un chiquillo. Y eso que luego me contó la vida que llevaba el amo. Vida de desenfreno, de locura. Siempre con mujerzuelas, borracho siempre…

Hipólito. *Con gravedad y energía.* ¡Basta ya!

Villanueva. ¿Eh?

Hipólito. ¡Que basta ya de falsedades y de desvaríos!

Villanueva. ¿Qué dice usted?

Pepa Juana. ¿Cómo desvaríos?

Villanueva. ¿Quién es usted para ponerme a mí de embustero?

Hipólito. Quien puede hacerlo mejor que nadie.

Estrella. Sí, Villanueva, sí: se lo dice a usted el propio Hipólito Espinar.

Hipólito. *Bajando la cabeza.* Estrella… *Se aparta avergonzado.*

Pepa Juana. Pero ¿qué hablas?

Villanueva. Pero ¿qué habla usted?

Estrella. Hipólito Espinar es este hombre.

Villanueva. ¡Mi abuela!

Pepa Juana. Pero ¿cómo es posible? ¿Entonces ese negro, esa catástrofe, esta historia de usted, esa lápida funeraria…?

Villanueva. Hija mía…

Pepa Juana. ¿Qué me dice usted, Villanueva?

Villanueva. Aguarde usted a que pueda hablar, y ya veremos lo que le digo.

Pepa Juana. *Fijándose en Hipólito.* ¡Y es él; es él: no hay más que mirarlo! ¿De dónde ha sacado este enredador…?

Estrella. *Con Villanueva, aparte.* (Villanueva, esto no tiene más arreglo sino que se vaya usted a tomarse una horchata a la Plaza del Duque.

Villanueva. ¡Lo estaba pensando ahora mismo!

Estrella. ¿Por qué miente usted tanto?

Villanueva. Esta vez ha sido para ver si me dejaba en paz Pepa Juana.

Estrella. Pues vaya usted con Dios, que ya lo ha logrado.

Villanueva. Volveré un día de éstos a comentar el lance. Si llego a estar en el circo me tocan la música).

Se marcha a la calle corridísimo.

Pepa Juana. *Mirando a Hipólito sin cesar.* (¡Y no se parece en nada al otro! ¡Qué aberración la mía!).

Estrella se le acerca y le dice:

Estrella. Déjanos ahora. Vete con Elvira a su habitación.

Pepa Juana. *Oprimiéndole nerviosamente las dos manos.* ¡Nadie se alegra de esto más que yo, querida!

Estrella. Ya lo sé.

Pepa Juana. ¡Y si el que está arriba es soltero!…

Estrella. ¿El que está arriba? ¿Dios? Sí es soltero, sí.

Pepa Juana. ¡No, mujer: José Carlos!

Estrella. ¡También es soltero! Anda con Elvira.

Pepa Juana. ¡Dame primero un beso tú! *La besa como nunca y se entra en la habitación del entresuelito.*

Una vez solos Hipólito y Estrella, se contemplan unos momentos en silencio, considerando la gravedad de su situación. Viendo Estrella, al cabo, que él no acierta a pronunciar palabra, estalla vivamente.

Estrella. ¿De manera que es usted… que eres tú el ausente de tanto tiempo?

Hipólito. Yo soy.

Estrella. ¿El misteriosamente desaparecido?

Hipólito. Yo soy.

Estrella. Trabajo me cuesta reconocer en ti al niño que jugaba conmigo en un patio… que no era éste.

Hipólito. Pues lo soy... aunque no lo parezca.

Estrella. ¿Aquel que luego, de muchacho, huérfano en el mundo, se fué a América desde Madrid, y me pidió un retrato para que lo acompañara en el viaje?

Hipólito. El mismo.

Estrella. ¿El que luego desde allí me contaba luchas y tristezas, y me hablaba de nostalgias frecuentes, y me nombraba con ternura?

Hipólito. Sí; yo, yo. ¿Desde cuándo sabes que soy yo?

Estrella. Desde que te vi aparecer el primer día.

Hipólito. Por algo hace poco me sonaron a burla tus palabras.

Estrella. Y de burla eran. En buena hora llegaron Pepa Juana y el otro a

hacerme reír en presencia tuya. El duendecillo de la risa, que surge aun en los momentos más dolorosos de la vida… Agradécele a esa risa el temple que ha cobrado mi ánimo. ¿Qué has hecho conmigo?

Hipólito. Estrella…

Estrella. ¿Qué has hecho conmigo? ¿Tú te das cuenta de tu infamia? ¿Por qué lo has hecho? ¿Te llamé yo a ti o eras tú quien desdé lejos me llamaba? ¿Te dije yo que te quería o fuiste tú quien me pidió que te quisiera?

Hipólito. Yo, yo fui.

Estrella. Y si fuiste tú, ¿por qué luego huiste? ¿Por qué te has escondido? ¡Habla! ¡Explícate! ¿Cuál es tu conciencia? ¿Hasta dónde ha llegado tu cobardía? ¡Habla!

Hipólito. Mi conciencia…

Estrella. ¡Si es que la tienes!

Hipólito. Si no la tuviera no estaría aquí.

Estrella. ¡Si la tuvieras habrías venido antes!

Hipólito. Pues la tengo, Estrella, y por eso he venido ahora.

Estrella. ¿A qué?

Hipólito. Óyeme.

Estrella. Te oigo, te oigo: después de tan largo silencio, ya es razón que te escuche; ya es razón que hables. ¡Habla! ¡Habla! ¡Ay, Dios mío!

Hipólito. Fui sincero cuando te pedí tu cariño.

Estrella. ¿Para burlarme luego?

Hipólito. Fui sincero, Estrella. Obedeció mi ánimo a hondas añoranzas. Todos los días, desde mi soledad, cruzaba mi espíritu los mares, y venía a la patria lejana, a Sevilla, a tu casa… a tu cuarto.

Estrella. ¡Hipócrita!

Hipólito. ¡Hipócrita, no! Antes me llamaste cobarde y bajé los ojos abochornado, porque lo fuí. Pero hipócrita no lo he sido nunca.

Estrella. Y ¿cómo sin serlo se le puede mentir a una mujer a quien se llega a llamarle esposa? ¿Cómo si se la quiere de verdad se la burla cínicamente, exponiéndola al ridículo de una ciudad entera? ¡No, no! ¡Ni me quisiste, ni me quieres… ni quiero que me quieras tampoco!

Hipólito. Pues que te quise es cierto, Estrella. Y si pareció que te engañé, has de convencerte de que no siempre el silencio encubre una anterior hipocresía, ni menos una falsedad abominable. Óyeme, te repito.

Estrella. Habla. Veré si puedo oírte. Habla.

Hipólito. La vida, Estrella, nos da días y años de remanso y de paz, y después, como que se complace en trastornarlos y en destruirlos, acumulando sobre nuestro confiado corazón desdichas y pesares sin cuento, terremotos morales que no dejan cosa sobre cosa. ¿Qué?

Estrella. No he dicho nada. Sigue.

Hipólito. A raíz de mi promesa para contigo, de nuestro compromiso legal, perdí en pocos días toda mi fortuna.

Estrella. Mira no vayas a ofenderme de otro modo.

Hipólito. Una inesperada catástrofe dió en tierra con todo lo mío. Mi insensata ambición, tal vez; traiciones de unos y de otros; engañosos cálculos; un trágico maretazo de la suerte… ¡Todo se encadenó para perderme, Estrella!

Estrella. ¿Y ya era yo tu esposa?

Hipólito. Sí. Y porque lo eras me hirió más vivamente aquel infortunio.

Estrella. Lo comprendo; pero entre marido y mujer, los duelos que se lloran juntos, se endulzan.

Hipólito. ¡Ay!

Estrella. Y si todavía no hubiera sido tu esposa, ese dolor tuyo me habría empujado a querer serlo para consolarte.

Hipólito. Todo eso es así; todo eso es muy noble de parte tuya. Pero, en

rigor, compréndelo, aún nosotros no éramos dos en uno. Besos a tan larga distancia no encienden los labios. Y por primera vez en la vida fuí cobarde. Tan cobarde que…

Estrella. ¿Qué?

Hipólito. No pienses tú, como tantos que no piensan, Estrella, que desertar voluntariamente de este mundo es simple cobardía. ¡No! Hace falta mucho valor, o mucho dolor, para ello, por mísera y despreciable que sea nuestra vida.

Estrella. ¿Y tú?…

Hipólito. Yo, ante mi ruina absoluta, y al reflexionar que lejos de ser para ti un amor y un alivio quería la fatalidad que fuese una carga angustiosa, resolví quitarme de en medio.

Estrella. ¡Qué horror!

Hipólito. Sí, Estrella. La vida de bienestar y de dicha que soñó tu madre al idear unirnos, yo ya no podía dártela; el hombre que a través de mis cartas imaginaste tú, ya era otro. ¡Pero otro tan distinto, Estrella!… ¿En qué se parecen un ser que al cabo de afanes y de luchas cree que han llegado para él en el mundo las horas del amor y del reposo, que toca ya ese alegre término, y otro repentinamente desheredado de la fortuna, que tiene que empezar de nuevo a rehacerse y a levantarse, sin más medios que sus fuerzas cansadas ni más horizonte que unas tinieblas infinitas? La bala de mi revólver no destrozó mi corazón… ¡pero yo estaba muerto! Y por muerto me di. Y entre avergonzado y dolido de mi negra suerte, huí… no sé dónde. ¡Quería huir de mí mismo! ¡Mi obsesión no fué otra que desaparecer; borrarme de la vida!

Estrella. Mucho me has ofendido abandonándome, Hipólito; pero callando todo eso hasta ahora me has ofendido más.

Hipólito. Es que me espantaba que pudieses pensar de mí que había sido un impostor o un aventurero.

Estrella. ¿Por qué había de pensarlo?

Hipólito. Porque la razón, si además la ayuda la distancia, vacila, desfigura los sentimientos, se turba ante ciertos hechos increíbles. *Silencio.* Tú, al cabo de unos meses, me diste por muerto, ¿verdad?

Estrella. No.

Hipólito. ¿No?

Estrella. Ni un instante. No sé qué instinto particular, qué soplo de mujer me susurraba continuamente que vivías.

Hipólito. Y ¿no presumiste…?

Estrella. ¿Qué? ¿Algo de lo que ahora me declaras?

Hipólito. Sí.

Estrella. ¡En absoluto! En eso no di nunca.

Hipólito. Pues, entonces, ¿a qué atribuías…?

Estrella. Al principio, toda era confusión mi cabeza ante lo inexplicable; luego, ese instinto de que te hablaba, me hizo pensar en otra cosa. En otra cosa de la que ya estoy cierta; en una mujer.

Hipólito. ¿Que estás cierta, dices?

Estrella. ¿No la hay ahora entre tú y yo?

Hipólito. ¡No la había! ¡No la hubo!

Estrella. ¡Pero ya la hay!

Hipólito. Sí.

Estrella. Y ¿a qué has venido, entonces?

Hipólito. A confesar, para poder vivir. En los meses que siguieron a mi ruina, meses de galeras, de trabajos forzados, de hambre, de desesperación y miseria, quiso el azar que se acercase a mí una mujer… Una pobre mujer… desventurada como yo, triste como yo. El dolor, compartido, se descarga un tanto de su gravedad y se alivia. Los desgraciados se buscan entre sí como los enfermos de un mismo mal, para animarse. Aquella mujer me dió en aquellas horas aflictivas primero pan y luego aliento y compañía. Bebió mis lágrimas… y su boca un día, al besarlas, bajó desde mis ojos a mi boca.

Estrella. ¿Vive esa mujer?

Hipólito. Vive. Y yo que, por dicha, voy rehaciendo mi vida y mi espíritu, y empiezo a parecerme a aquel que te agravió sin culpa, me halló ahora entre dos corrientes… que me llevan a distintas orillas; pero las dos me arrastran. Cuando recibí la primera carta de José Carlos y supe que tu risa era a veces como un extraño eco de tu dolor callado, y que vivías estrechamente, y que trabajabas para vivir, todo el pasado me subió al pecho como una marea que me ahogaba, y no quise ser otra vez cobarde, y aquí estoy, Estrella, para que tú decidas lo que ha de ser de mí.

Estrella. ¿Lo que ha de ser de ti? Pero ¿no lo ha decidido ya la propia vida?

Hipólito. No, puesto que aquí estoy. Te ofrecí mi nombre.

Estrella. El del otro; el del que tú mataste. El de ahora, el nuevo, es de…

Hipólito. Es que con mi nombre te ofrecí también mi fortuna.

Estrella. La que perdiste. La que ahora tengas le pertenece a la que te dió pan y besos. Si yo hubiera bebido tus lágrimas, Hipólito, como debí beberías, porque para eso era tu esposa, ¡qué palabras tan distintas de las que me oyes te diría ahora mismo!

Hipólito. Entonces, Estrella, mi vida…

Estrella. ¡Es de aquella mujer! Lo quiere ella… lo quiero yo… ¡y lo quieres tú!

Hipólito. ¿Yo también?

Estrella. ¡Tú también! Si no es que hay alguien más que lo quiera.

Hipólito. ¿Eh?

Estrella. ¿Esperas un hijo?

Hipólito. *Conmovido, bajando los ojos.* Sí.

Estrella. ¿Ves, hombre, ves?

Hipólito. ¿Cómo lo has pensado?

Estrella. Me lo has dicho tú… con las palabras que no me has dicho. ¡Todo es de él! ¡Todo es de ella! Vete.

Hipólito. ¿Sin tu perdón?

Estrella. ¡Mi perdón!… Ése lo tienes hace tiempo. Los que sabemos reír espantamos el rencor con nuestras carcajadas. ¡La risa es luz de alondras! Baja mi madre. Vete. Ella no entiende de esto.

Hipólito. Pero ¿hablaremos otro día?

Estrella. Cuantos quieras. Yo, a pesar de todo, lo deseo ya también.

Hipólito. ¿De verdad, Estrella?

Estrella. ¡Sí! ¡Para que me conozcas del todo! ¡Para que empieces a conocerme! ¡Para que veas cómo me río, viviendo en esta humilde casa, trabajando para ayudarme, renunciando a cuanto tú me ofreces, perdonándote… y dejándote ir a los brazos de otra mujer! ¡Verás cómo me río!

Hipólito. Pero, Estrella…

Estrella. Vete ahora; vete. Ante eso que tú esperas, Hipólito, ¿qué valen unos pobres papeles que firmamos tú y yo?

Hipólito. Adiós, Estrella. *Le toma las manos, se las besa enternecido y se va por el arco.*

Estrella. *Con súbito arranque, como quien anhela descargarse de un peso tormentoso.* ¡Ay, risa! ¡Bendita risa! ¡Vuelve a mí! ¡Pero vuelve ahora; hoy, hoy; que nadie sabe lo que será mañana!

Doña Lola, que ha aparecido por la derecha en el corredor, la ve desde él y le pregunta: ***Doña Lola****. ¿Qué haces, hija?*

Estrella. ¡Ensayo a ver si vuelo, mamaíta!

Doña Lola. Pero ¿has perdido la cabeza?

Estrella. ¡Ojalá!

Doña Lola. ¿Ojalá? *Baja.*

Estrella. ¡La cabeza no es más que un estorbo! ¡Y el corazón otro, mamaíta!

Doña Lola. ¿Qué dices, casquivana? ¿Con quién hablabas tú?

Estrella. ¿Eh?

Doña Lola. ¿Con quién hablabas?

Estrella. ¡Con mi marido!

Doña Lola. ¿Qué?

Estrella. ¡Con mi marido: con Hipólito!

Doña Lola. ¿Qué dices?

Estrella. ¡Que ha estado a verme! ¡Por fin se ha decidido a venir! ¿Verdad que no se ha dado mucha prisa? ¡Yo le he dicho que se vaya por donde ha venido! ¡Ja, ja, ja!

Doña Lola. ¡Estrella! ¡Pero, Estrella!…

Estrella. ¿No sabes? ¡Vive con otra! ¡Va a tener un hijo!… ¿Ves como no era trabajo perdido la canastilla que yo hacía? ¡Se la regalo! ¡Se la regalo!

Doña Lola. Pero ¿qué disparates ensartas y qué cosas inventas?… ¡Y te ríes! ¡Encima te ríes!

Estrella. No, mamá, esto no es risa, no… más bien es llanto… Aunque tampoco es llanto… ¡Ja, ja, ja! Es una risa nueva, muy honda, muy grata… ¡una risa con lágrimas de contento!… ¡Una risa que me hace feliz! ¡Ja, ja, ja! Mi deber cumplido… un fantasma que huye… un horizonte que se aclara… una esperanza lejos… ¿Tú lo ves? ¡Es un llanto alegre y una risa con llanto!… ¡Una risa nueva!

Doña Lola. *Asustada al oírla.* ¡Ay, ay, ay!

Aparece como disparado don Servando en el corredor, y baja apresuradamente, huyendo de José Carlos, que lo sigue, y que se queda asomado a la baranda.

Don Servando. Nació tonto, y el amor lo ha vuelto más tonto todavía.

Doña Lola. ¡Ay, ay, ay!

Don Servando. *Deteniéndose un punto.* ¿Qué pasa, señora?

Doña Lola. ¡Que mi hija no está en sus cabales, señor!

Don Servando. ¡Eso lo sé yo desde que la conozco!

Estrella. ¡Pues no lo diga usted muy alto, porque todavía va usted a ser mi suegro!

Don Servando. *Dando un bote.* ¿Eh?

José Carlos. *Desde arriba.* ¡Es posible!

Estrella. ¡Ay! ¿Estaba usted ahí? ¡Ja, ja, ja!

Doña Lola. Pero ¿usted oye todo esto?

Salen del entresuelito y bajan muy abstraídas en su conversación Pepa Juana y Elvira.

Pepa Juana. Lo primero que hay que averiguar a ciencia cierta es si José Carlos es soltero.

José Carlos. ¡Por averiguado, Pepa Juana: soy soltero!

Baja a unirse a ellas. Elvira y Pepa Juana se abochornan ligeramente.

Estrella. ¡Ja, ja, ja!

Pepa Juana. ¡Ay, usted perdone! No había reparado…

Elvira. ¿Ves, mujer? ¡Cómo no piensas en otra cosa!…

Don Servando. Pero ¿me quieres decir, hijo mío, qué es lo que te ha podido gustar de esta criatura?

José Carlos. Lo que a ti te alejaba de ella, papá: la risa.

Don Servando. ¿La risa?

José Carlos. La risa, sí: la bendita risa. ¡Miel del enjambre humano!

Estrella. ¡La bendita risa, dice bien! ¡La risa, que a mí me ha hecho fuerte y generosa! *Acariciando a doña Lola.* Sosiégate, mamá. No te apures. ¡Mientras yo me ría!…

Hablan todos a un tiempo, comentando lo sucedido. Estrella, sin dejar a su madre,

ríe gozosa con su nueva risa.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid y El Escorial, julio, 1934.

PARA MAL, EL MÍO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 18 de febrero de 1935

A Teresita Perinat

y Torreblanca,

cuyo corazón ha sido siempre

de los demás antes que suyo,

sus buenos amigos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Serafina Marondo. Concha Catalá. Beatriz. Ana María Custodio. Tula Castellar. Angelina Vilar. Coquita. Carmen Villa. Afrodisia. Irene Caba Alba. Polonia. Matilde Galiana. Nuncia. Soledad Domínguez. Crisanta. Amelia Noriega. Don Beltrán Saucedo. Manuel González. Revuelta. Gaspar Campos. Tato Villafranca. Vicente Moya. Don Remigio Marondo. Nicolás Rodríguez. El General. Manuel Arbó. El Doctor. Antonio Torner. Arturito. Antonio Rodríguez. Mariano. Modesto Ribas.

PARA MAL, EL MÍO

ACTO PRIMERO

Salita de paso contigua al recibimiento de la casa que habita en Madrid Serafina Marondo, hermosa viuda amiga nuestra. A la derecha del actor, cristalera con puerta en el centro, tras de la cual se ven los muebles y plantas del vestíbulo. A la izquierda, frente a esa puerta, otra que conduce a las habitaciones interiores. A la izquierda del foro, paso a los saloncitos en que se forma la tertulia diaria de Serafina. Elegancia; buen tono. Muebles escogidos. Es por la tarde, a primeros de octubre.

El hermano de Serafina, don Remigio, hombre un tanto averiado, pero más aprensivo que averiado, sale por la puerta de la izquierda, en bata y zapatillas; se acerca al foro, y presta cautelosamente oído hacia la tertulia.

Don Remigio. No se oye una mosca. ¡Ese vicio del juego es tan silencioso!… Pero, no; no habrá llegado todavía. *Deja de escuchar, pone su reloj sobre una mesita, se toma el pulso y se cuenta las pulsaciones.* ¡Atiza! ¡Ochenta! ¿Es posible? Habré contado mal. Comprobaremos. *Lo hace.* ¿Ochenta y siete ahora? ¡Bah! Esto ya es nervioso. Es el sobresalto de las ochenta. No compruebo más, porque me pongo en ciento una como me descuide. *Irónicamente.* ¡Y no tengo nada! ¡Son aprensiones mías! ¡Ay, qué mediquitos de Dios! ¡No saben jota! *A Crisanta, peripuesta doncella, que pasa del foro hacia el vestíbulo.* Oye, Crisanta.

Crisanta. Mándeme, señor.

Don Remigio. ¿Está el Doctor jugando ya?

Crisanta. No, señor; hoy no ha venido todavía.

Don Remigio. Pues quédate al cuidado, y en cuanto llegue, antes de que pase a jugar a los saloncitos, avisame.

Crisanta. Descuide el señor.

Don Remigio. Que no se te escape; porque como coja las cartas sin haberme visto, estoy perdido. ¡Le importa el tresillo más que mi pellejo!

Él se va por la puerta de la izquierda y ella al recibimiento.

Un momento después sale don Beltrán, que viene de la tertulia. Este don Beltrán, administrador de Serafina, es un cincuentón a ratos vehemente y enérgico, que está tímida y silenciosamente enamorado de ella.

Don Beltrán. Será ridículo a mis años; pero tienen sus ojos y su voz el poder de hacerme temblar en presencia suya, cuando nos hallamos a solas, como un colegial. ¡Como un colegial de mis tiempos!

Don Remigio, que ha sentido a alguien, vuelve a salir, obsesionado.

Don Remigio. ¿Doctor? ¡Ah! no es el Doctor; es usted. ¿Está el Doctor en la tertulia?

Don Beltrán. Yo no lo he visto. Me parece que no; que no está.

Don Remigio. ¿Quiere usted cerciorarse?

Don Beltrán. Estoy Casi seguro.

Don Remigio. Vamos a quitar ese casi. Vaya usted; hágame el favor. Él suele ponerse, para que no lo vean, en la mesita de detrás del biombo. Como es tan rata…

Don Beltrán. Allí acabo de estar yo hablando con su hermana de usted. Y como no sea debajo de la mesa…

Don Remigio. No lo eche usted a broma, porque tengo ciento sesenta pulsaciones.

Don Beltrán. ¿Cómo?

Don Remigio. ¡Entre los dos pulsos!

Don Beltrán. ¡Ah!

Don Remigio. Y un sabor de boca y un malestar de cuerpo… ¡Me dijo esta mañana por teléfono que no merendara hasta que él me viese, y son ya las seis y media de la tarde! Vaya usted, vaya usted.

Don Beltrán. Sí, señor; ahora mismo. *Obedece, con un gesto y una mirada que quieren decir: «Pero ¡qué chinche es este prójimo!». Opinión —dicho sea de paso— muy compartida entre los contertulios de la casa.*

Don Remigio. El señor don Beltrán ha llegado a creerse que es aquí el amo. ¡Qué cara de vinagre siempre! Si yo fuera mi hermana, ¡en seguida iba a administrarme a mí este ciprés!… ¡Ay!… ¿Hacia dónde cae el hígado, que si no me duele se me olvida? Estoy seriamente mal esta tarde. *Extiende el brazo izquierdo, para ver si le tiembla la mano.* Seriamente mal. Este temblorcito… *Repite la experiencia.*

Y Polonia, enferma «honoris causa», pero de muy buen ver, llega por el recibimiento y lo sorprende con la mano extendida.

Polonia. ¿Es que llueve aquí dentro, Remigio?

Don Remigio. ¡Ah! ¡Polonia!

Polonia. ¿O hay goteras?

Don Remigio. Me pesca usted en bata; perdóneme.

Polonia. ¡Por Dios, Remigio! ¿Lo vemos nunca a usted en casa de otro modo?

Don Remigio. Algunas tardes sí suelo vestirme. Pero hoy no tengo humor, la verdad. Estoy… ¡Si usted supiera cómo estoy!…

Polonia. *Sentándose, sin hacerle caso ninguno.* ¡Ay! Cada día me cansa más el ascensor.

Don Remigio. Oiga usted; pues a mí también. Lo he observado en el Casino. Pero a mí me cansa más cuando bajo.

Polonia. A mí cuando bajo y cuando subo. ¡Ver pasar todas las mesetillas!… Entresuelo, primero, principal… Muy molesto.

Don Remigio. ¡Claro que cansan más las escaleras!

Polonia. A mí no, porque no las subo.

Don Remigio. ¡Toma! ni yo tampoco. Yo hablo de recuerdos.

Polonia. ¿Qué gente ha venido a la tertulia?

Don Remigio. ¡Qué sé yo! No me he asomado. Los de siempre. ¡Llamándole tertulia a una timba!

Polonia. ¿Tanto como timba, Remigio?

Don Remigio. ¡A ver! ¡Vienen a desvalijarse unos a otros!… El tresillo es un trabuco elegante.

Polonia. ¡Oh! Pues si fuera usted a otras casas…

Don Remigio. Dios me libre. Mis achaques no me dejan tiempo. ¡Qué diíta llevo, amiga Polonia!

Polonia. ¿Usted? ¿A que no lo cambia por el mío? ¡Eché el pie de la cama con unos mareos…!

Don Remigio. ¡Anda! ¿Al echar el pie de la cama? A la madrugada, que cantaban los gallos, estaba yo como en un camarote.

Polonia. ¡Así me acosté yo, mira qué chusco! Y esta mañana me dió por desayunarme con plátanos…

Don Remigio. ¡Qué más hubiera querido yo que plátanos! Tomé chocolate y me cayó como rejalgar.

Polonia. A mí los plátanos, como ácido sulfúrico.

Don Remigio. A mí el chocolate me produjo una pirosis… un ardor, que creí que me abrasaba.

Polonia. A mí los plátanos me descompusieron de tal manera, que mi hija se asustó. «¡Mamá, qué mala cara se te ha puesto!…». Y luego estas piernas, estas piernas dichosas…

Don Remigio. ¡Ay, las piernas! Las mías son de algodón en rama con un alambrito.

Polonia. Sí; pero usted no ha tenido reuma, compadre.

Don Remigio. ¿Que no he tenido reuma?

Polonia. ¡Mi reuma, no, señor!

Don Remigio. ¡Claro! ¡El de usted, no! ¡Tuve y tengo el mío!

Polonia. ¡Me han dado una noche las rodillas!…

Don Remigio. ¡A mí, los hombros! A cada vuelta en la cama veía a Jesús crucificado.

Polonia. ¿Sigue usted llevando en el bolsillo la patata?

Don Remigio. *Mostrándosela.* ¡No que no! Aquí la tiene usted. Cuando los médicos no dan pie con bola, hay que apelar a lo inverosímil. ¡Ahora resulta que todos mis trastornos van a ser de una muela picada! ¡Vamos!

Polonia. Yo, patata, no; pero un pimiento sí llevo en el bolso. Concha Fandiño se curó así.

Don Remigio. ¡Será de la Rioja! ¡Disparate!

Polonia. Pero todo eso es nada, convénzase usted, si se tiene bueno el estómago.

Don Remigio. Que es lo que yo tengo hecho trizas, precisamente.

Polonia. Pero no como yo. ¿Usted sabe? No son dolores, son unos latigazos terribles. Salgo a la calle y me baila todo lo que veo.

Don Remigio. Pues yo salgo y me tiembla el piso, que es bastante peor.

Polonia. ¡Se figura usted! ¡El temblor del piso no importa! Lo he sufrido también y sé a qué atenerme. A lo mejor es un camión que pasa. ¿Y estas angustias? ¿Estos rubores que a mí me dan de pronto?

Don Remigio. A mí lo que me da de pronto es un miedo… un miedo…

Polonia. ¡Ah! ¡El miedo! Para miedo el que me quedó a mí después de mi primer mal parto. *A un gesto de él.* No, no; esto no lo ha pasado usted, Remigio.

Don Remigio. Casi, casi.

Polonia. ¿Qué me descubre usted? Hablaremos de eso.

Vuelve don Beltrán.

Don Beltrán. En efecto, señor don Remigio: no ha venido el Doctor. Amiga Polonia…

Polonia. Amigo Saucedo.

Don Remigio. Tendré que pensar en sustituirlo. ¡Este médico y la carabina de Ambrosio son todo uno! *Sintiendo pasos en el recibimiento.* A ver… ¿Él, acaso?

Don Beltrán. No, señor: es el General.

Don Remigio. ¡Bien vengas, mal, si vienes solo! ¡Este fantoche ahora!

Polonia. ¡A insultarnos con su salud!

Aparece el General, con un ramo de rosas en la mano. Es un contemporáneo de don Remigio, alegre, decidor, robusto.

General. ¡Amigos!… ¡Oh, Polonia!

Don Remigio. General…

Don Beltrán. General…

Polonia. ¿Qué hay, Maximiano?

General. Una tarde espléndida.

Polonia. ¡Florido viene usted!

General. ¡Siempre! Rosas de otoño para Serafina.

Polonia. Hermosas son.

General. Si no estuvieran destinadas…

Polonia. Y muy bien destinadas, por cierto. Gracias.

A don Beltrán se le alarga la cara.

General. De mi finca de la Sierra las traigo. He pasado la mañana allí. En la Sierra, y en este mes de octubre, se recibe la salud a oleadas. ¡Qué sol! ¡Qué aire más puro! ¡Ah!

Don Remigio, ahora, lo quiere asesinar con un ojo.

Polonia. ¡Dichoso usted, que así goza de ella!

General. *A Crisanta, que cruza la escena desde el vestíbulo.* Monada.

Crisanta. ¿Es a mí?

General. A ti, simpaticona. Lleva al oratorio de la señora este ramo. Y no le adviertas nada, ¿eh? Que las encuentre allí.

Crisanta. Sí, señor. Se va con el ramo por la puerta de la izquierda.

Don Beltrán, molesto, se retira disimuladamente hacia el vestíbulo.

General. ¿Y ustedes, qué? ¿El dulce lamentar de los pastores?

Polonia. De una pastora y de un pastor.

Don Remigio. Más bien de una pastora y de un borrego.

General. En el pecado llevan la penitencia. ¡Si ustedes están malos porque les da la gana!

Don Remigio. ¿Sí, eh? No abuse usted de los entorchados, General.

Polonia. No nos abochorne.

General. ¡Los potingues los tienen a ustedes así! Háganme a mí caso; tiren por el balcón todas las medicinas que toman —gotas, papelillos y sellos—, dense buena vida… y ya me lo agradecerán dentro de dos meses. Dice un proverbio inglés que una hora de aire libre equivale a una tonelada de medicinas.

Don Remigio. Sí, sí.

Polonia. Ya, ya.

General. ¡Si es el secreto a voces! ¡Si ya no las toman más que los incautos! En el tercero de mi casa vive un farmacéutico, que tiene abajo la botica, y cuando cae malo lo primero que previene es esto: «¡De lo de abajo, nada!».

Polonia. Maximiano, ¡si ese es un cuento más viejo que el andar!

General. No es cuento; es histórico, Polonia. Vamos a ver: ¿con qué creen ustedes que me he desayunado yo hoy?

Don Remigio. No me lo diga usted porque me va a hacer daño el relato.

General. ¡Ja, ja, ja!

Don Remigio. No es que insulta con su salud, como usted dice; es que da bofetadas.

General. ¡Ja, ja, ja! Pues he tomado… oiga usted, Remigio…

Don Remigio. ¡Bueno!

General. Dos huevos fritos con jamón, una chuleta de ternera, un trozo de queso manchego untado de miel y una copa de leche.

Polonia. ¿Y de postre nada?

General. ¡Ja, ja, ja! *A don Remigio, que lo mira colérico.* Usted está pensando para su sayo: «¡Qué animal!». ¡Se lo leo en la frente!

Don Remigio. General, por Dios, yo soy un hombre bien educado…

General. ¡El pensamiento es libre!

Don Remigio. Sobre que he de advertirle a usted que a mí los huevos fritos me sientan mal y no me gustan; ni el queso manchego tampoco.

General. ¡Ah! En cuestión de gustos, cada uno que le hinque el diente a lo que quiera. ¡Hay donde escoger! ¡Son las mujeres, tan apetitosas, y no le gustan a todo el mundo!…

Don Remigio. Sobre eso yo le diré a usted, General: a mí las mujeres sí me gustan… ¡pero también me sientan mal de algún tiempo a esta parte!

General. ¿Como los huevos fritos?

Don Remigio. ¡Mucho peor, por desgracia!

General. ¡Ja, ja, ja! ¡Pues de todo eso tiene la culpa la botica! ¡Insisto! ¿Vamos a nuestra partidita, Polonia?

Polonia. Vamos. ¡Ay, mis piernas, que ya no me tienen!

General. El brazo.

Polonia. Encantada.

Se van hacia los saloncitos. El General, sin dejar su tema.

General. ¡Nada, nada, Polonia, fíese usted de mi! ¡A la basura todos los menjurjes! ¡Y aire libre! ¡Mucho aire libre! Que hace sol: ¡a la calle! Que llueve: no importa: ¡a la calle! Que truena: mejor: ¡a la calle!

Don Remigio. *Remedándolo.* Que cae un rayo: ¡a la calle! ¡Pero a la calle donde vive ese hombre, y al tiempo de salir él de su casa! Decía que me leía en la frente que yo le llamaba animal… ¡Se quedó en el principio del capítulo!… Y mi Doctor, bueno, gracias. ¡Vaya si cambio de asesino! *Márchase por la puerta de la izquierda hecho un demonio.*

Vuelve don Beltrán, acompañado ahora de Coquita, avispada hija suya, soltera, que lleva muy a mal cierta pasividad que ha advertido en su padre.

Don Beltrán. Veamos. ¿Qué querías?

Coquita. Decirte una cosa que no ha de sorprenderte mucho. Vengo escandalizada, papá.

Don Beltrán. ¿Y eso?

Coquita. Acabo de encontrar a Beatriz, a la puerta de *Aquarium*, con una pandilla lo menos de diez o de doce, casi todos chicos, de merendona, bebe que bebe… ¿Cómo se lo consiente su madre?

Don Beltrán. Hija mía, la madre no se lo consiente… pero la hija lo hace sin su consentimiento. Se ha puesto el mundo por montera. Hoy no ha almorzado aquí; anteanoche se recogió a las tantas… Y así siempre. No hay quien la corrija.

Coquita. Yo no sé cómo se puede desobedecer a una madre de esa manera tan descarada.

Don Beltrán. ¿No, verdad? Pues ayer te fuiste tú a un teatrucho bien contra mi deseo.

Coquita. Tú no eres mi madre.

Don Beltrán. ¡Pero soy tu padre!

Coquita. Además me dijo la tía Gregoria que la obra podía verse.

Don Beltrán. La tía Gregoria puede verlo todo; pero tú, no. Y si no, cuéntame, cuéntame de la obra.

Coquita. ¡No quieras oírlo, papá! ¡Qué asco! ¡Qué frases! ¡Qué palabras! Me salí al final con las manos en la cabeza.

Don Beltrán. Y ¿por qué te quedaste hasta el final?

Coquita. ¡Para no llamar la atención! Pero, en fin, el caso de Serafina y de su hija, que nos ha traído a hablar de estas porquerías, es un cuento aparte. Vamos a lo que importa más. ¿El General habrá venido ya, por supuesto?

Don Beltrán. *Un tanto sorprendido de la pregunta.* ¿Eh?

Coquita. ¿Con sus flores correspondientes?

Don Beltrán. Sí; ha traído unas rosas…

Coquita. La galantería de diario.

Don Beltrán. Hija, no lo extrañes… Es asiduo de la tertulia… casi siempre toma el té con nosotros… ¡Llamándole té a lo que toma el General!

Coquita. ¿Y el Doctor estará al caer, y el Marqués habrá caído a primera hora? ¿No?

Don Beltrán. Exacto. Y Polonia, y las de Hinojar, y las Rodríguez, y Paco Antúnez… ¡Los habituales!

Coquita. ¿Y tú en la higuera?

Don Beltrán. ¿Qué?

Coquita. ¡En la higuera! Ya no me cuestas más insomnios. Llevo cuatro noches de no hacer un sueño tranquilo, y no callo más. Lo he resuelto esta madrugada. Yo te respeto a ti como cumple a una buena hija, pero no callo más. Papá, eres tonto de capirote.

Don Beltrán. ¡Niña! ¿Cómo se entiende?…

Coquita. Déjame concluir.

Don Beltrán. Según empiezas…

Coquita. Déjame concluir: tonto de capirote. A ti te gusta Serafina.

Don Beltrán. ¡Niña! ¿Qué dices? Baja la voz.

Coquita. Te gusta Serafina, la dueña de esta casa.

Don Beltrán. *Turbadísimo.* Pero ¿de dónde sacas tú…?

Coquita. Y te la va a quitar uno de estos moscones.

Don Beltrán. ¡Silencio!

Coquita. Y es tu porvenir… y es el mío… ¡y ella misma espera ya que te arranques!

Don Beltrán. ¿Quieres no desbarrar?

Coquita. ¿Crees que no lo sabemos todos? ¿Crees que no eres la comidilla de la tertulia?

Don Beltrán. ¿Eh?

Coquita. Pues ¿de qué nacen mis noches de vela? ¡Yo estoy volada! ¡Y por eso he decidido hablarte! ¡Lo que se ríe Beatriz de los ojos que pones mirando a su madre a hurtadillas!

Don Beltrán. ¿Que se ríe?…

Coquita. Sí, papá, sí; no creas que guardas un secreto. Baja de la higuera. Y si lo que te detiene es el temor de disgustarme a mí, por el recuerdo de mamá, deséchalo del todo: yo veo esa boda con mucha alegría; con mucha ilusión. ¡Verás tú lo que tardo en casarme cuando pase, de ser la pobre hija del administrador, a ser la hijastra de doña Serafina Marondo, que no hay quien cuente el dinero que tiene!

Don Beltrán. Mira, mira, vete a la tertulia y no delires más, hija mía.

Coquita. Me voy a la tertulia; pero ya estás advertido, papá. ¡Baja de la higuera! *Y, satisfecha, se va a los saloncitos.*

Don Beltrán. *Confuso, abochornado.* ¿Es decir que se sabe…? ¿Que no he acertado a disimular…? Me transparento, por lo visto… ¿Qué pensará ella? Pero ¿de qué le sirve al hombre haber vivido tantos años… tener lo que se llama mundo…? *Queda abstraído.*

Mariano, criado de la casa, de librea, asoma en la puerta del vestíbulo.

Mariano. Señor.

Don Beltrán. *Saliendo de su ensimismamiento.* ¿Eh? ¡Ah! ¿Qué hay, Mariano?

Mariano. Ahí está… ahí está ese hombre… ése que viene muchas veces…

Don Beltrán. ¡Son tantos los que vienen muchas veces!…

Mariano. Éste viene más que ninguno. Es aquel que un día dió un escándalo porque lo metieron por la escalera interior.

Don Beltrán. ¡Ah, sí! No me digas más. El de los folletines: Revuelta. Pásalo a mi despacho. Pero, no, mira: que pase aquí. *Se retira Mariano.* ¡Sobre este tipo va a caer toda la descarga de mis nervios! A tiempo llega.

Espera unos instantes al anunciado personaje, que a poco dice desde el recibimiento, antes de presentarse: ***Revuelta****. ¡Ah de la casal!*

Don Beltrán. Adelante.

Revuelta. *Apareciendo.* Ave María.

Don Beltrán. Sin pecado concebida.

Revuelta es hombre de aspecto singular, arbitrario, con tendencia a lo luctuoso. Y, sin embargo, y aun cuando él pretende ser dramático, más que compasión inspira risa.

Revuelta. Señor don Beltrán.

Don Beltrán. Amigo Revuelta. Siéntese usted, si no trae mucha prisa.

Revuelta. ¿Prisa yo… en esta casa? ¡Yo viviría en este sillón! Cierto que debería entrar en ella de rodillas y salir de rodillas.

Don Beltrán. Cierto.

Revuelta. Pero desde que me partí la pierna en el desafío, ¡me es tan difícil arrodillarme! ¿Usted conoce mi desafío?

Don Beltrán. ¿Cómo no?

Revuelta. Corría el año de gracia de mil novecientos…

Don Beltrán. Déjese usted ahora, Revuelta, de páginas de folletín.

Revuelta. ¿Es usted, entonces, el que tiene prisa?

Don Beltrán. Sí, señor. Vamos a lo importante.

Revuelta. Vamos a lo importante. Pasaron… veinte años.

Don Beltrán. Pasaron y estamos en el momento presente.

Revuelta. ¿Leyó mi carta la señora?

Don Beltrán. La leyó, y aquí tengo yo la respuesta. *Saca de su cartera un sobrecito.*

Revuelta. *Emocionado:* ¿Favorable, verdad?

Don Beltrán. Como siempre.

Revuelta. *Tomando el sobrecito y palpándolo, con una práctica reveladora.* ¡Favorable, sí! *Rompe en un sollozo conmovedor y luego se enjuga los ojos.* Creía el desheredado que no le quedaban ya lágrimas, y eran dos fuentes sus pupilas. Gracias, don Beltrán. ¿Puedo entrar a dárselas a doña Serafina, y a besarle las manos?

Don Beltrán. No… ahora no es pertinente… Está con sus amigas…

Revuelta. Bien, bien. Usted le transmitirá mi gratitud. *Le coge una mano y se la besa como a un obispo.* Por tabla.

Don Beltrán. *Fastidiado.* ¡Deje usted!… Y vamos ahora a la segunda parte.

Revuelta. *Escamado.* Nunca fueron buenas.

Don Beltrán. Buenas o malas, hay segundas partes. La señora me ha dicho que le advierta a usted que no vuelva con peticiones de este género; que son muchísimos a pedirle… y que no puede más.

Revuelta. ¿Cómo?

Don Beltrán. Que hoy lo socorre por última vez.

Revuelta. ¿Y eso lo ha dicho la señora… o lo pone usted de su cosecha? ¿Es de usted la segunda parte?

Don Beltrán. ¿Con qué derecho supone usted…? ¡Insolencia mayor! ¡La señora está harta, harta, ¿se entera usted?, de alimentar vagos!

Revuelta. ¿Vagos?

Don Beltrán. ¿Cómo se llama al que no quiere trabajar?

Revuelta. Perfectamente: vago; pero en esa lista no entro yo. A mí no puede referirse la señora. ¿Voy yo a ser como los demás pedigüeños? Ella bien sabe que en mí alienta un trabajador de toda la vida. Pero ¿qué culpa tengo yo de no saber hacer más que folletines? Es mi vena; es mi don. Y el folletín ha pasado de moda. ¿Tengo yo la culpa? Entre el cine, y la novela rosa, y la novela azul, y la novela blanca, y la novela lila, lo han sepultado. ¿Qué hace un hombre en esta situación, en esta crisis de su musa? ¡Pedir, implorar, vivir el folletín tantas veces escrito!

Don Beltrán. Esa es una postura muy cómoda. Ahora se lee más que se ha leído nunca, amigo mío, incluso folletines.

Revuelta. Está usted en un grave error; habla usted de memoria. El folletín ha muerto. No hay en las gentes de estos tiempos la sensibilidad necesaria. Empieza usted una novela narrando con pluma de oro una noche de nieve en un barrio bajo de Madrid, con un niño abandonado en un poyete de una puerta, y dice el lector que le rasque usted las narices. Y tira la entrega con desprecio.

Don Beltrán. Sea como quiera, las cosas han de llegar a un fin, Y la generosidad de la señora, que parecía no reconocerlo, ha llegado al suyo.

Revuelta. ¿Sí, verdad? Pues como yo no lo creo…

Don Beltrán. ¿Eh?

Revuelta. ¡No lo creo! Como yo no lo creo, siempre que mis pequeñuelos me pidan pan, acudiré a esta casa. Y siempre que mi mujer y mi hija Nuncia —¡pobrecito ángel de candor!— necesiten ropas para cubrir sus cuerpos, a esta casa vendré a pedirlas. ¡Porque tengo derecho! ¡Porque yo soy una excepción entre los desvalidos!

Don Beltrán. ¡No sé por qué!

Revuelta. Pero ¿usted ha olvidado —sé que doña Serafina no lo olvida— que yo salvé de un naufragio al marido de ella?

Don Beltrán. ¿Cómo he de olvidarlo, si lo repite usted todos los días que viene a pedir?

Revuelta. ¿Olvida usted que la niña Beatriz no había nacido para aquellas calendas? ¿Olvida usted que nació dos años después? ¿Y no considera usted, señor mío, que si yo, exponiendo mi propia vida, no me arrojo al agua para salvar la del que fué su padre, la niña no nace, y la alegría de este hogar no existiría al presente? ¡No se pueden olvidar tantas cosas!

Don Beltrán. Usted ha olvidado una muy principal.

Revuelta. Dígame.

Don Beltrán. Que cuadra muy mal en quien solicita el gallear de esa manera, y que si la generosidad de la señora tiene un límite, mi paciencia lo tiene también. Conténtese en buen hora con lo que ya se lleva y con todo lo que de aquí ha sacado, y no vuelva por esta casa.

Revuelta. ¡Ay, qué chusco! ¿Es que, por ventura, piensa usted heredar a doña Serafina?

Don Beltrán. *Sublevándose y sacudiéndolo por las solapas.* ¡Oiga usted, mamarracho! ¡Eso no se lo consiento un segundo!

Revuelta. ¿Mamarracho?

Don Beltrán. ¡Mamarracho!

Revuelta. *Rehaciéndose.* Basta. Recibirá usted la visita de dos amigos.

Don Beltrán. Si son como usted no los dejará subir el portero.

Revuelta. ¡Que se cree usted eso! Se continuará. *Lo mira jactanciosamente y se retira con aire muy digno.*

Don Beltrán. *Contrariado.* ¡Me ha hecho perder la serenidad ese farsante! ¡Por supuesto, aquí no entra más! Ya se lo diré a Serafina. *Al Doctor, que llega por el vestíbulo en este momento.* ¡Ah, Doctor! Bien venido.

Doctor. Gracias, Beltrán. Un poco tarde llego hoy a la partidita… Vengo loco. ¡Tres consultas en medio de la calle! No se puede andar más que en coche.

Don Beltrán. Pues don Remigio lo espera a usted hace mucho rato.

Doctor. ¡Pues ahora no lo veo! ¡No le diga usted que he venido!

Don Remigio sale, a tiempo de oírlo, por donde se fué antes.

Don Remigio. ¿No, verdad? ¡Mira que eres fresco!

Doctor. ¡Ja, ja, ja!

Don Beltrán. ¡Ja, ja, ja! *Se marcha hacia los saloncitos.*

Doctor. ¿Qué te pasa, calamidad? ¿Qué me quieres?

Don Remigio. ¿Calamidad, eh? ¡La primera calamidad es que el médico le hable de tú al enfermo! ¡Está uno perdido!

Doctor. Pero ¿qué te pasa?

Don Remigio. ¡Que te espero toda la tarde para ver si meriendo o no! ¿No me lo dijiste esta mañana? ¡Jugáis con la salud de uno!

Doctor. ¡Ah! ¿Yo te dije…? Pues se me había ido de la cabeza.

Don Remigio. ¡Esas cosas se apuntan!

Doctor. Pero, bueno, ¿a ti te pide el cuerpo merienda?

Don Remigio. ¿No me la ha de pedir, si estoy desfallecido?

Doctor. ¡Pues merienda, hombre, que no te ocurre nada!

Don Remigio. Es que me ha dado un vertiguillo muy alarmante.

Doctor. ¡Merienda, hombre! ¡No seas aprensivo!

Por la izquierda del foro aparece Crisanta.

Crisanta. Señor Doctor.

Doctor. ¿Qué hay?

Crisanta. La señora Marquesa de Alberol le llama al teléfono.

Don Remigio. ¡Dile que no ha venido!

Crisanta. Don Beltrán le ha dicho ya que está.

Don Remigio. ¡También don Beltrán podía meterse en su despacho!

Doctor. ¡Todo sea por Dios! Me han descubierto la madriguera, chico. Y me molesta menos que me llamen a las cuatro de la madrugada que cuando vengo a jugar mi partidita. Vamos a ver qué quiere esta vieja. Aguarda un instante.

Se va por la izquierda del foro. Crisanta desaparece con él.

Don Remigio. ¡Aguarda! ¡Aguarda! ¡Como si hubiera aguardado poco!

Se oye al Doctor hablar por teléfono. Don Remigio, nervioso, no cesa de hacer comentarios.

Doctor. *Alló? Alló?*

Don Remigio. ¿Qué *alló, alló*? ¿Quién es? ¿Quién llama? ¡Cursilería!…

Doctor. ¡Oh, Marquesa! A sus pies. Mucho gusto…

Don Remigio. ¡Mucho gusto! ¡Iba echando las muelas!…

Doctor. Usted me dirá. Encantado.

Don Remigio. ¡El médico galante!

Doctor. Sí. Sí. Sí, sí, sí. ¡Sí, sí, sí, sí!

Don Remigio. ¡Sí, sí! ¿Qué trabajo le cuesta?

Doctor. ¡Sí, sí, sí, sí! De acuerdo; de acuerdo. Una aspirina.

Don Remigio. ¡Bah! Se ha enfriado la vieja. ¡Que sude, señor! ¡Para eso no se interrumpe una consulta!

Doctor. Nada; esté usted tranquila; no es nada.

Don Remigio. ¡Claro que no es nada! ¡Los escotes a los ochenta años!

Doctor. Yo iré a la noche a verla. A sus pies. *Reaparece por donde se marchó.* Si esta señora consultara de cuando en cuando su fe de bautismo… *A don Remigio.* Bueno, chico, de lo tuyo hablaremos mañana.

Don Remigio. ¿Cómo vamos a hablar mañana de si meriendo o no esta tarde?

Doctor. Pero ¿no te he dicho ya que meriendes? ¡No seas sinapismo y déjame jugar!

Don Remigio. ¡Eso es! ¡Y si me muero!…

Doctor. ¿Qué vas a morirte, infeliz? ¿Te he recetado algo?

Don Remigio. Mira, deja las bromas, que esto mío no es caso de risa. Ese vertiguillo de hoy…

Enredados en su disputa se van para los saloncitos de juego. De pronto se percibe hacia el vestíbulo algazara de gente moza. Son Beatriz, Tato Villafranca y Arturito, que vienen jubilosos y entusiasmados con la perspectiva de una excursión dichosa. Beatriz es bella, interesante, caprichosa, rebelde; Tato Villafranca, un enamorado de ella, no correspondido hasta ahora; Arturito, un amigo de ambos, con personalidad de menos relieve: sólo aspira a casarse con una muchacha que tengo dinero, ¡y esto ya es tan vulgar! …

Beatriz. ¡Buena se va a poner doña Serafina, después de los tres días que llevo de «libertinaje y escándalo»!

Arturito. Pero traes abogado defensor.

Beatriz. Eso sí; que viene el formalito.

Tato. ¡El formalito va a acabar por desacreditarse! ¡Si es que no lo estoy ya! Acuérdate del roción que me soltó tu madre el otro día.

Beatriz. A mí no me hizo efecto. Fué un discreteo galante, junto a los que me suelta a mí. Hoy el primer golpe voy a descargarlo sobre la mollera del administrador. Y si da chispa, dejamos a doña Serafina en paz. *Llamando hacia el vestíbulo.* ¡Mariano! ¡Mariano!

Aparece éste.

Mariano. ¿Señorita?

Beatriz. Búscame a don Beltrán y dile que venga, que necesito hablarle ahora mismo. Con toda urgencia, ¿eh? ¡Como si hubiera fuego en la casa!

Mariano. Voy volando, señorita Beatriz. *Márchase por la izquierda del foro.*

Beatriz. ¡Ajá! Como le saque el dinero, ¡a Toledo en el acto!

Tato. ¿Y si te lo niega?

Beatriz. ¡Nos vamos a Toledo también!

Arturito. ¡O hacemos que nos traigan a Toledo a la Puerta del Sol!

Tato. ¡Aguanta! ¡Bueno ha puesto a éste el tercer coctel!

Llega presuroso don Beltrán, seguido de Mariano, el cual se retira al recibimiento.

Beatriz. Aquí viene ya mi rey mago. Beltrancito, amor mío…

Don Beltrán. ¿Qué pasa? Dios les guarde, señores.

Arturito. ¡Salud, don Beltrán!

Tato. ¡Insigne don Beltrán! ¡El hombre impagable!

Beatriz. ¡Impagable! Ven acá tú, lucero, encanto…

Don Beltrán. ¡Huy, huy!… Tanto halago me alarma… ¡Buena tiene usted a la mamá!

Beatriz. ¡Y tan buena, gracias a Dios! ¡Por eso estoy yo contenta siempre! Óyeme, precioso; óyeme, monín: dos palabras.

Don Beltrán. Vengan.

Beatriz. Necesito que me des mil pesetas inmediatamente.

Don Beltrán. ¿Eh?

Beatriz. ¿No lo he dicho claro? ¿Vosotros lo habéis entendido?

Tato. ¡Muy bien!

Arturito. ¡Muy bien!

Don Beltrán. No mejor que yo, desde luego. Pero ésas son algo más que dos palabras, señorita Beatriz.

Beatriz. ¿Cómo que son más? ¡Lo sustancial son dos palabras! Mil pesetas. ¡Dos palabras justas, Beltrancito!

Don Beltrán. Pues yo lamento mucho decirle a usted que tengo orden de no entregarle no ya mil, sino ni una sola peseta, bajo ningún pretexto.

Beatriz. ¿Ah, sí? Y ¿quién ha dado esa orden tan absurda y que tanto me perjudica?

Don Beltrán. La mamá.

Beatriz. ¡No es posible! ¡La mamá no me niega a mí nada! Estas son cosas tuyas, tesoro mío.

Don Beltrán. No, Beatriz, no. Con formalidad. La señora me ha prohibido terminantemente…

Beatriz. Pero en esta casa ¿quién manda: la señora o yo?

Don Beltrán. Yo a las dos obedezco; pero ahora, Tricita, la orden de la mamá es lo primero para mí.

Beatriz. Pimpollo, no te pongas así conmigo; no seas de bronce sólo con tú Tricita. Tú eres de cera siempre con las damas… ¡Derrítete una vez más al calor de mis ojos!

Don Beltrán. No, Beatriz, no; no puedo; lealmente no puedo.

Beatriz. ¿Conque no? ¡Pues llame usted en seguida a mi señora madre!

Don Beltrán. ¿Cómo?

Beatriz. ¡Que llame usted en seguida a mi señora madre! Y perdóname que te trate de usted. Cuando dos que se quieren riñen… ¡Llama a mi madre! ¡Llame

usted a mi madre!

Don Beltrán. Inmediatamente. Así salvo yo mi conciencia. Señores… *Se aleja por donde llegó.*

Tato. Chica, esto es violentísimo. Yo tengo dinero para el viaje. Vámonos.

Beatriz. ¡Ni hablar de eso, Tato! ¡He convidado yo! Vamos a Toledo y pago yo. Ahora vuelvo. *Va a marcharse por la primera puerta de la izquierda, cuando ve en el recibimiento a Tula Castellar, que llega, y le dice así a Tato:* Hombre, Tato: ahí tienes a tu casada inconsolable. Ya no te aburres si yo me entretengo.

Tato. ¿Mi casada…? ¡Ah, Tula! ¡Bah! No es mía…

Beatriz. ¡Pero tú quieres que lo sea, al menos de prestado!

Tato. ¡Psché!

Beatriz. ¡Castigador! *Éntrase.*

Tato. ¿Lo ves, Arturo? Tula es la única mujer con que se inquieta; la única con que puedo darle celos… ¡A ver si al fin me quiere! ¡Lo que yo daría!

Arturito. Pues haces a maravilla tu papel; porque todo el que te vea junto a Tula no puede pensar sino que le has puesto los puntos… y que llevas las cosas muy adelantadas.

Tato. ¿Sí, eh? ¡Pura ficción! La que me trae sin sentido es ésta. ¡Tú lo sabes! Como a ti Coquita, la hija de don Beltrán.

Arturito. No te precipites. La hija de don Beltrán no es que me gusta: es que me gustará muchísimo… si don Beltrán llega a casarse con tu suegra.

Tato. ¡No seas ganso, hombre!

Arturito. Chico, es constitución. Y te dejo con Tula. Yo voy a la tertulia a ver a Coquita. ¡Por si las moscas!… ¡Cada uno a lo suyo! *Vase.*

Y en este punto asoma Tula Castellar, guapa y elegante mujer, que está entre el verano y el otoño de su vida. Debería ser dichosa y parece que no lo es.

Tula. ¡Tato! ¡Qué solo!

Tato. Esperándote. Te he sentido llegar…

Tula. ¡Zalamero!

Tato. Contigo, nunca. ¡Vaya ojos que te traes!

Tula. ¿Me brillan, eh?

Tato. ¡Deslumbran!

Tula. Pues es que he llorado.

Tato. ¿Por mí?

Tula. En serio. ¿No se me nota que he llorado?

Tato. No…

Tula. ¡Pues he llorado! El pan nuestro de cada día… Ese marido mío… merecía… merecía cualquier cosa.

Tato. ¿A qué le llamas cualquier cosa?

Tula. No me hagas reír, que he llorado. Ni me aprietes la mano así, porque voy a llorar otra vez. ¡Ay, qué falta de cariño estoy! ¡Ay, qué hijos tengo!

Tato. ¿Qué han hecho tus hijos?

Tula. Después de todo, si no fuera por ellos…

Tato. ¿Qué? ¿Te decidirías a quererme?

Tula. En serio. ¡Ay, qué madre me ha dado Dios! *Saca de su bolso un espejito, se mira y se retoca.* ¡Vaya si se advierte que he llorado! Más tonta soy… Pero, en fin… ¿Recibiste mi carta de anoche?

Tato. Sí.

Tula. Esta mañana te he escrito otra.

Tato. Pero ¿hay novedad?

Tula. No: por si no la habías recibido. Yo, generalmente, escribo dos cartas,

por si se pierde una. ¿Irás mañana a casa a jugar un rato?

Tato. ¡Iré… a lo que tú quieras!

Tula. A jugar; no seas malo.

Tato. ¿A jugar a qué?

Tula. ¡Qué buen humor tienes tú siempre! ¿Está ahí el General?

Tato. Creo que sí.

Tula. Porque también he de escribirle.

Tato. Pues ahí está.

Tula. No, no; ahora no le hablo: le anunciaré la carta. Le quiero pedir un favor, y los favores es mejor pedirlos por carta. Las palabras se las lleva el viento. Y la contestación a una carta obliga mucho. ¡Ay, si yo no conservara las cartas de amor de mi marido! Pero las tengo todas. Y de cuando en cuando las leo. Un triste consuelo de su frialdad presente. ¡Ay, Tato, qué desgraciada soy!

Tato. ¡Tula!

Tula. Menos mal que me desahogo escribiendo cartas. Sí, sí; no te rías. Escribo mucho. En la conversación no siempre me decido; me callo muchas cosas. En las cartas me vuelco. ¡Alivia tanto comunicarse!… Esta carta del General es para recomendarle a un ahijado mío. Un ahijado que también me ha salido rana. Lo tuve en la pila del bautismo, le puse la sal en los labios… ¡y no me quiere! ¡Tampoco me quiere!

Tato. *Humorísticamente.* ¿No te quiere nadie?

Tula. ¡Nadie! ¡Esto mío no se parece a nada! ¡Este es el drama de mi vida!

Tato. Pero… ¿tú te dejas querer?

Tula. Quieto.

Tato. ¿Por qué no te vienes a Toledo con nosotros?

Tula. ¿Con quiénes?

Tato. ¡Con una pandilla! Beatriz, Paquita Vélez, sus dos primas, Josecho Verona, Arturo, yo, ¡unos cuantos! ¡Vamos a callejear por Toledo a la luz de la luna!

Tula. ¡Ay! ¡Uno de mis deseos no logrados! ¡La de veces que le he pedido a aquel hombre que me lleve a Toledo! Pero es inútil: es de corcho. Dice que en Toledo hay muchas cuestas. ¡Para matarlo!

Tato. Pues anímate: ¿mejor ocasión?… Yo te hago un huequecito en mi coche.

Beatriz ha vuelto a tiempo de oír esta frase y tose con malicia.

Beatriz. ¡Ejem!

Tula. ¡Beatriz!

Beatriz. ¡Hola, diosa!

Tato. Oye, la estaba invitando a la partida.

Beatriz. ¡Magnífico! Una más. ¡Para que te distraigas tú, si te cansa Toledo!

Tato. Pero no quiere, la muy simple.

Tula. No, no, no…

Beatriz. Pues idos ahora a la tertulia, que viene ahí mi madre, y creo que vamos a tener una escena fuerte. ¡Calderoniana!

Tula. Pues buena mano te dé Dios.

Tato. *Yéndose con Tula hacia los saloncitos.* Qué, ¿no te resuelves? ¡Mira que lo pasaremos muy bien! Le pones a tu marido una de esas cartas que tanto te agrada escribir…

Tula. No, no…

Beatriz. *Cuando se queda sola.* ¿Se cree ese bobo que me importa un comino? ¡Los enamorados son idiotas! *A Crisanta, que pasa hacia el vestíbulo con un saquito de viaje y un guardapolvo.* A mi coche, ¿sabes?

Crisanta. Sí, señorita; ya.

Beatriz. ¡Y a ver por donde me sale ahora doña Serafina! ¡Por más que ya la estoy oyendo!

Se presenta la noble dama, de sana y perenne belleza, de porte señoril. Trae cara de pocos amigos. Le habla a su hija con severidad, con profundo enojo.

Serafina. Aquí me tienes.

Beatriz. ¡Mamaíta de mi alma! ¡Déjame que te coma a besos!

Serafina. Quita, quita… Menos carantoñas y más respeto.

Beatriz. ¿Más respeto, reguapa? ¡No pidas imposibles!

Serafina. Que me dejes, te digo. ¿O piensas que con cuatro arrumacos me vas a engañar, como de costumbre? No, Beatriz, no. Ya estoy muy harta de tus locuras.

Beatriz. ¡Mamaíta!

Serafina. ¡Muy harta! Vas a matarte, y vas a matarme a mí primero.

Beatriz. ¿Qué dices? ¿Por dónde te descuelgas, mamá? ¡Matarte yo, que vivo de quererte!

Serafina. Tanto me quieres que te pasas la vida lejos de mi lado.

Beatriz. Lejos o cerca, mi pensamiento siempre es tuyo. No te pongas así, mamaíta. Óyeme.

Serafina. ¡Y cree la gente que yo tengo una hija! ¿Qué he de tenerla, si nunca está conmigo? ¿Adónde me acompaña? ¿Adónde la llevo? ¿Qué horas compartimos? ¿Qué expansión de mi ánimo puedo tener con ella? ¿Cuándo se acerca a mí que no sea para darme un disgusto? ¿Qué hija es ésta, madre?

Beatriz. ¡Ay, mamá, mamaíta! ¡Avanza unos siglos, por favor! ¡Que no aparezca en el horizonte el siglo quince!

Serafina. ¡El siglo quince! ¡Siempre la misma tontería! ¿Es que soy yo ridícula ni gazmoña? Yo lo que no quiero son insensateces ni diabluras.

Beatriz. Bueno, pues voy a complacerte, hermosa. No quiero verte así. Tú no sabes lo que yo te quiero, mamaíta, y es menester que vayas enterándote. ¿Para

quién vivo yo en el mundo más que para mi mamaíta de mi alma? Déjame darte un beso, ariscota. Y ya verás, ya verás en cuanto vuelva de Toledo, lo que vamos a hacer. Vamos a bordar un tapiz; vamos a ir a misa de alba con dos pajes con catrecillo, una dueña, un barbudo escudero…

Serafina. ¿Además te burlas?

Beatriz. ¡Ni por pienso, mamá! ¡Es en serio lo que te digo!

Serafina. ¿De Toledo hablaste? ¿Piensas ir a Toledo?

Beatriz. Vamos unos cuantos. A pasar allí la noche, a la luz de la luna.

Serafina. Si te dejo yo.

Beatriz. Sí, sí me dejas.

Serafina. ¡A la luz de la luna! Yo no sé lo que oigo, a pesar de que tú ya me has curado de espanto. ¿Te parece a ti regular que una señorita no duerma en su casa un día sí y otro no, y se largue por ahí libremente, con amigas y amigos de todo linaje?

Beatriz. ¿Vuelta al siglo quince, mamá? ¿A la escala de seda?

Serafina. ¡Qué siglo quince ni qué historias! ¡A cualquier siglo donde manden el decoro, la honestidad, el buen juicio y el sentido común! Y… ¿quién compone la comparsa?

Beatriz. Mi grupo de siempre: ya tú los conoces. Me convidaron el otro día a Salamanca y hoy los convido yo. ¡Cosa más inocente! Una excursión romántica, mamaíta: emociones de arte.

Serafina. ¿De arte?

Beatriz. ¡De arte, sí! Vida del espíritu. ¡Se ahoga una en prosa, si no!

Serafina. Pero no me has dicho quiénes vais.

Beatriz. Te he contestado que los de siempre.

Serafina. No faltará, de seguro, Josecho Verona.

Beatriz. ¡Ja, ja, ja! ¡Ya saltó el nombre trágico! ¡Josecho Verona! ¡Satanás!

¡Vaya un cartelito que se ha hecho! ¿No está en los tresillos tu canónigo? ¡Que venga, que venga en el acto, que me rocíe con agua bendita, que diga un exorcismo!… ¡Ja, ja, ja! ¡Que huya Satanás por la chimenea!

Serafina. Satanás no será ese hombre; pero su compañía no me agrada para mi hija. Cínico, desvergonzado, de turbia historia con las mujeres…

Beatriz. Pero tú ¿qué concepto tienes de mí y de mi generación, mamaíta? ¡Aquello de que el hombre es fuego y la mujer estopa es un refrán de los tiempos de Torquemada! La camaradería de un hombre, por perverso que quieras pintarlo, no nos quita ni nos pone nada. Vamos a pasar sencillamente unas horas de risa, de alegría, de entusiasmo, de juventud, de tontadas… ¡Ahora es cuando puede una divertirse, a los veinte años! ¡No luego, llena de goteras y de alifafes! ¡Ahora! ¡ahora!

Serafina. Esos alifafes y esas goteras llegarán para ti más pronto de lo que debieran llegar. Los siembras con la vida que haces. Cien veces te lo he dicho: vas a ser vieja antes que yo.

Beatriz. ¡Claro! ¡Como que tú no serás vieja nunca, reina mía! ¡Tú eres una magnolia eterna!

Serafina. Cumplirás, no mis años, sino tus treinta, y tendrás ya perdido el estómago de beber porquerías, ajado el cutis, cansado y marchito el espíritu, apagados los ojos, la boca sin frescura, los cabellos de cincuenta colores, las cejas desaparecidas de tanto arrancártelas…

Beatriz. ¡Calla, calla, por Dios, mamá! ¡Qué pintura más triste! ¡Qué porvenir más negro me anuncias!… Pero no será tanto. Vamos a dejar esta conversación para mi vuelta. Ahora voy a decirle a don Beltrán que me dé el dinero que necesito para el viaje… ¡Sí, sí, sí, mamaíta! ¡Estoy comprometida ya! ¡Está todo dispuesto! ¡Te prometo que es la última barrabasada!

Serafina. Si fuera la última…

Beatriz. ¡La última de este mes! ¡Y estamos empezándolo! Anda, guapota; ven conmigo; ampárame. Hazle a don Beltrán un guiño significativo, que va a agradecértelo mucho. ¿He dicho algo? Yo entro en la tertulia a recoger a esos dos amiguillos, te alboroto un poco a los viejos… y me voy en seguida, Y mañana —mañana o pasado—, cuando vuelva, ¡a bordar contigo el tapiz! Anda; ven… ¡No lo pienses más, que no es para tanto! *Se dirige a los saloncitos*.

Serafina. *Deteniéndose.* Pues, señor, no es verdad que tengo una hija: ¡tengo un hijo!

Lleno de pesadumbre el hermoso rostro, sigue a Beatriz.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa de Serafina y en el mismo lugar que el acto primero. Son las cuatro de la tarde de un buen día de abril.

Serafina y don Beltrán conversan. Ella, afablemente; él, con la invencible emoción del que está enamorado en silencio.

Serafina. Pero ¿por qué no se sienta usted, Saucedo?

Don Beltrán. Muchas gracias.

Serafina. Siéntese usted, hombre; no sea tan cumplido.

Don Beltrán. Gracias.

Serafina. Tantos años al lado mío ya le dan derecho… *Lo mira de un modo que aumenta la turbación del pobre señor.*

Don Beltrán. *Obedeciéndola y correspondiendo a la mirada con otra inefable. Si él se hubiera podido ver en un espejo, la reprime.* Gracias, gracias…

Serafina. ¿Firmó usted en casa de nuestro buen canónigo?

Don Beltrán. Sí, señora; firmé antes, al venir para acá.

Serafina. ¿Cómo está la sobrina?

Don Beltrán. Parece que ya está fuera de cuidado.

Serafina. A Dios gracias. Mañana hay que telegrafiarle a don Hermenegildo.

Don Beltrán. Sí; por su santo; ya lo sé. Descuide usted, que no olvido estas atenciones. No caerá usted en falta por mí.

Serafina. Segura estoy. Pero de algo ha de hablarse, ¿no?

Don Beltrán. ¡Claro!

Serafina. *Sin la intención que él cree ver.* ¡Nos lo tenemos todo dicho!…

Don Beltrán. *Turbado.* ¿Todo?… Sí… No sé… Algo había…

Serafina. ¿Qué había?

Don Beltrán. Creo recordar no sé qué de un regalo de boda…

Serafina. ¡Ah, sí! Para Juanita Olave, que se casa.

Don Beltrán. ¡Ah, sí! ¡Cuánta mujer se casa!

Serafina. ¡Y cuánto hombre!

Don Beltrán. ¡Naturalmente! ¡Cuánto hombre!

Ríen los dos, aunque la cosa, en verdad, no es para tanto.

Serafina. Esta tarde, con Tula, buscaré yo por ahí cualquier chuchería para esos novios.

Don Beltrán. ¡Siempre tan obsequiosa; tan comprensiva! ¡Siempre pendiente de los demás! ¡Qué corazón! ¡Qué corazón!

Serafina. No es eso, Saucedo; es que la vida en sociedad, obliga… La sociedad es una cadena de recíprocas atenciones. El día que desaparezca entre nosotros la educación, la cortesía, la delicadeza, ¡yo me quiero morir! Usted lo sabe; usted me conoce. ¡Si hasta he de hablar con una persona que no me sea grata y busco las palabras para no herirla! A veces doy en tonta, yo lo comprendo. ¿Querrá usted creer que desde anoche estoy preocupada porque tengo que darle a usted un disgusto?

Don Beltrán. ¿A mí?

Serafina. A usted.

Don Beltrán. *Con el alma en la boca.* Pero ¿he incurrido, involuntariamente…?

Serafina. *Atajándolo para tranquilizarlo.* ¡No siga usted, Saucedo! ¡Qué tontería! Es usted más simple que yo.

Don Beltrán. Entonces… no será un disgusto el que va usted a darme… Procediendo de usted…

Serafina. Pues sí; sí es un disgusto. Figúrese usted que esta tarde tendremos aquí de nuevo a Revuelta; el folletinista.

Don Beltrán. ¡Oh! ¡Oh!

Serafina. Y no viene solo: se trae a la consorte.

Don Beltrán. ¡Oh! ¡Oh! ¡A la enamorada del llanto, como él la llama! Pero ¿cómo ha podido usted acceder…? ¡Llevábamos cinco meses largos sin verlo!

Serafina. Sin verlo; porque dejarse sentir ya se ha dejado.

Don Beltrán. Pero lo más grave es la presencia personal, Serafina.

Serafina. Pues me he ablandado a recibirlo porque dice que les ocurre algo siniestro, bochornoso, que quieren revelarme.

Don Beltrán. ¡Por Dios, señora! ¡No crea usted jamás a esos dos farsantes por entregas!

Serafina. En este caso es fuerza creerlos. Parece que se trata de un mal paso que ha dado la hija.

Don Beltrán. ¿El ángel de candor?

Serafina. El ángel de pureza: la luz celeste de aquel hogar. He oído a la madre sollozar por teléfono.

Don Beltrán. ¡La madre solloza ya como quien respira! ¡No se fíe usted! Pero, en último término, Serafina, aunque sea verdad, ¿qué necesidad ni qué deber tiene usted de oír esas plagas?

Serafina. ¡Ah!

Don Beltrán. Con el tiempo que llevo ya a su servicio, no he logrado acostumbrarme a esta inagotable generosidad, para mí inverosímil. Me emociona la ingenuidad con que siempre la veo dispuesta a creer al primero que llega a contarle una cuita; la prodigalidad con que quiere socorrer a todos; la paciencia con que a todos escucha… Y bien está, todavía, cuando se trate de verdaderos necesitados; pero cuando cae usted en la trampa de los vividores, de los que la explotan conociendo su flaco… me exaspero, me sublevo, me descompongo.

Serafina. Cálmese, Beltrán, cálmese; considere usted que bastante trabajo

tienen unos y otros con vivir como viven…

Don Beltrán. Serafina… usted es buena, muy buena, porque Dios quiso hacerla así… porque no se puede tampoco ser mala cuando se tienen esos ojos…

Serafina. *Un tanto sorprendida.* ¿Eh?

Don Beltrán. *Desconcertado ya.* Cuando se tienen esos ojos… esos ojos… esos ojos, adonde asoma… esos ojos…

Serafina. Deje usted mis ojos, Saucedo.

Don Beltrán. *Sin querer decirlo.* ¡Que me dejen ellos a mí!

Serafina. ¿Cómo?

Afortunadamente llega Crisanta por el vestíbulo a resolver la situación. Trae un ramo de rosas, cuyas espinas son para don Beltrán.

Crisanta. Señora.

Don Beltrán. ¿Eh? ¿Quién? ¿Quién?

Serafina. Crisanta: ¿no la está usted viendo?

Crisanta. El señor General la envía estas rosas.

Serafina. ¡Oh! ¡Hermosísimas! ¡Pero este General tiene un paraíso en la Sierra! ¿Ha visto usted qué lindas, Saucedo?

Don Beltrán. *Tragando saliva.* Lindísimas, sí.

Serafina. Ponlas en ese jarroncito.

Crisanta. Sí, señora.

Serafina. Y no dejes de darle buena propina al asistente.

Crisanta. Como siempre, ¿verdad? Un duro.

Serafina. Sí.

Crisanta coloca las flores en el jarrón indicado por Serafina y se va, satisfecha, a

cumplir con el asistente.

Don Beltrán. También en esto de las propinas iría yo un poquito a la mano…

Serafina. *Sin atenderlo y acariciando levemente las rosas.* Este simplote del General es otro de los tontos que se creen que yo voy a volver a casarme. *Suspirando.* ¡Ay!…

Don Beltrán, al oírla, deplora haberse cortado el bigote a la americana, porque no puede mirarse las guías. Carraspea un poco, y quisiera que se lo tragase la tierra.

De repente sale por la puerta de la izquierda Beatriz, en traje de casa, como huyendo festivamente del Doctor.

Beatriz. ¡María Santísima! ¡Vaya pelma de médico!

Serafina. ¿Eh?

Beatriz. Ahí lo he dejado recetándome. ¡Qué rico! ¡Se creerá que voy a tomar algo de eso! ¿Para qué lo has mandado venir, mamaíta? ¡Si no tengo nada! ¡Si estoy buena! No estoy como tú; pero estoy buena.

Serafina. Bien, bien; ¿qué te ha dicho?

Beatriz. ¡Una de tonterías!… ¡Que te las cuente él! Todo su empeño es demostrarme un interés sin límites. ¡Adorando al santo por la peana! ¡Ja, ja, ja! ¡Como está enamorado de ti… también!…

Serafina. ¿También?

Beatriz. ¡También, también!

Don Beltrán se pone de todos colores. Serafina lo observa, y ambos disimulan.

Serafina. Vamos, vamos, Tricita, no seas loca.

Beatriz. ¡Los locos dicen las verdades! ¡Empieza ya a repartir calabazas; elige a uno ya, o va a haber aquí un día la de Dios es Cristo! ¡Tienes más pretendientes que yo! ¡Jesús! ¡Ahí viene el matasanos! ¡No me pesca otra vez! *Escapa por la puerta del foro, cantando alegremente.* ¡Que vea ese sabio que no me muero!

Simultáneamente aparece por la puerta de la izquierda el Doctor, que la oye.

Doctor. Tú comprenderás, Serafina, que tiene razón: de ésta no se muere tu hija. ¡Nos mata a todos antes! ¿Verdad, Saucedo?

Don Beltrán. Eso le decía yo a la señora no hace veinte minutos. Y, con permiso, voy a mi despacho, que espero al guarda de la finca de campo de un momento a otro.

Serafina. ¿A Molino?

Don Beltrán. A Molino, sí. Vendrá, como siempre, a moler.

Serafina. ¡Seguro!

Don Beltrán. Nunca viene a otra cosa. Si en la Academia Española se cotizase la gramática parda, Molino tendría allí un sillón.

Serafina. ¡Ja, ja, ja!

La halagadora risa de Serafina le endulza a don Beltrán los malos tragos anteriores, y se retira más tranquilo, por el recibimiento.

Doctor. ¿Estas rosas serán del General, por de contado?

Serafina. Sí.

Doctor. ¡Ese hombre es una batalla de flores! ¡No hay quien pueda con él!

Serafina. Deja ahora…

Doctor. ¡Qué bruto es el pobre!

Serafina. ¿Bruto porque me manda rosas?

Doctor. ¡Con independencia de las rosas: es bastante bruto!

Serafina. Te lo parece a ti. Pero no tiene un pelo de bruto ni de tonto.

Doctor. No me lo defiendas, Serafina. ¡Un hombre que habla a gritos siempre y que engulle de esa manera!…

Serafina. ¡Dichoso él! Esa es una prueba de salud.

Doctor. Un cliente mío padece una pesadilla muy curiosa: la de que todos los animalitos que se ha comido y que se come lo acometen de pronto: corderos, vacas, terneras, salmones, besugos, pollos, conejos, perdices. ¡Todos se le aparecen vivos pidiéndole cuentas!

Serafina. ¡Ja, ja, ja!

Doctor. Si el General sufriera esa pesadilla, tan bravo y todo, se moría de pavor.

Serafina. Mira, deja ya en paz al General y vamos a algo más interesante.

Doctor. ¡Es que lo odio a muerte!

Serafina. Ya, ya lo sé. ¡Como no llama a un médico nunca!… Vamos a lo nuestro.

Doctor. *Con cierta intención.* ¿A lo nuestro?

Serafina. *Desentendiéndose.* A lo nuestro, sí: al objeto de mi llamada de hoy. ¿Qué tiene mi hija?

Doctor. ¿Tu hija? Tu hija tiene la madre más guapa de España.

Serafina. ¡Y dale, bola! ¡Qué ganas de chirigota siempre! Comprendo que Remigio se vuele contigo. El médico a toda hora bromista es insoportable. Dime la verdad: ¿qué tiene mi hija?

Doctor. Nada, mujer; nada.

Serafina. ¿Nada?

Doctor. ¡Nada! Cuando lo tomo así… Veinte años, mucho glóbulo rojo… un espíritu inquieto… y los trastornos físicos y morales consiguientes…

Serafina. Mira que yo la he visto de poco tiempo acá ahogar más de una vez suspiros, esconder sus lágrimas, reír sin motivo, para que yo la vea reírse…

Doctor. ¡Los veinte años, Serafina! Nervios, nervios… ¡Ganas de casarse, en fin de cuentas!

Serafina. ¿Ganas de casarse? No creo; la verdad…

Doctor. Ganas de casarse… y disimulo de que las siente. Nada que no tenga buen remedio; créeme a mí, Tú no le hagas mucho caso tampoco. Que no se vea ni muy atendida ni muy mimada…

Serafina. Me parece que te equivocas. En fin, la vida dirá si es más lince una madre que un médico.

Doctor. La vida lo dirá.

Serafina. ¿Vendrás después a la tertulia?

Doctor. Sí.

Serafina. ¿A jugar un ratito?

Doctor. A verte un ratito.

Serafina. ¡A verme! ¡Para lo que yo tengo ya que ver!… Hasta luego, condenación… *Se va por la izquierda del foro.*

Doctor. Hasta luego. ¡Que no tiene que ver, dice esta criatura! ¡Mecachis! ¡Hay que matar al General, y al Marqués, y al Administrador… y al otro… y al otro!… ¡Hay que matarlos! ¡Cielos! ¡Cualquiera que oyese este monólogo de un médico!… Vámonos por ahí.

Va a marcharse cuando llega de la calle don Remigio, que lo detiene.

Don Remigio. ¡Hombre! ¿Qué es esto?

Doctor. ¡Hola, moribundo!

Don Remigio. ¿Qué es esto? ¿Cómo tú por aquí?

Doctor. ¡Porque sabía que tú no estabas!

Don Remigio. ¿Sí, eh? ¡Pues ya ves como no te libras!

Doctor. ¿Cuándo te mueres?

Don Remigio. Mira, bromas macabras, no.

Doctor. ¡Si no son bromas! ¡Te lo pregunto en serio!

Don Remigio. ¿En serio, verdad? En serio quisiera yo que se inventase, ya que tantas cosas se inventan, una transmisión del dolor. ¿Tú te das cuenta? Trasladarle al médico festivo, como por ensalmo, el dolor del cliente. Y cada vez que le preguntara a uno en son de broma: «¿Cómo es, cómo es el dolor que usted siente, querido?», responderle: «¡Pues así, doctor! ¡Así nada más! ¡Ahí va eso!». Y cuando el hombre viera las estrellas y se revolcase desesperado, hacerle un chistecito.

Doctor. ¡Gran invento sería!

Don Remigio. Bueno, siéntate unos segundos, que tenemos que hablar.

Doctor. No puedo: me aguardan para una consulta. He venido a ver a tu sobrina…

Don Remigio. ¿A mi sobrina? ¡Bah!

Doctor. Sí; la madre teme no sé qué…

Don Remigio. ¡La madre ve visiones! ¡Tienen las dos una salud a prueba de judías con chorizo! Todavía me resiento de la última vez que las comí. Y va para tres años. Aquí no hay más enfermo que yo.

Doctor. De acuerdo. Enfermo grave, tú. Pero te quiero hacer una preguntita.

Don Remigio. A ver si es la misma que yo quiero hacerte. ¿El *Pankreón*?

Doctor. ¡No, hombre!

Don Remigio. ¿La *Coleflavina*?

Doctor. ¡No seas majadero! Sobre Beatriz, sobre la nena es mi preguntita.

Don Remigio. ¡Bah!

Doctor. ¿Sabes tú…?

Don Remigio. ¿De mi sobrina? ¡Nada! ¡Ni sé nada ni quiero saber nada tampoco! ¡Lleva una vida absurda! ¡El día que yo hable de ella en esta casa, me pondrá mi hermana en la calle!

Doctor. Ya, ya… Pero, vamos a ver. Yo creo que a la madre y a mí nos engaña ahora. ¿Tiene novio esa chica?

Don Remigio. Pero ¿cómo te voy a decir que ni lo sé ni quiero? Vamos a lo mío.

Doctor. ¿A lo tuyo?

Don Remigio. ¡A lo mío, sí; que para mí tiene más importancia que lo de nadie! ¡Tú lo comprenderás! Ayer fué un día de prueba. ¡Qué altibajos! ¡Qué cambios! Entérate. *Saca de su cartera un papelito lleno de anotaciones.* Aquí está todo.

Doctor. ¡Cristo Padre! ¿Ya eres enfermo de papelito? ¡Temblemos!

Don Remigio. ¡Temblemos! ¡temblemos! Enfermo de papelito, porque la memoria es insuficiente para retener la serie inacabable de trastornos y de síntomas contradictorios. Escucha. A las cinco de la mañana…

Doctor. ¡Temprano lo tomas! ¿Cantarían los gallos?

Don Remigio. Un poco de formalidad. A las cinco de la mañana desperté con una tiritera terrible.

Doctor. El fresquillo de la madrugada. ¿Duermes bien abrigado?

Don Remigio. ¡Con tres mantas y el gato! Tú dirás. Adelante: a las cinco y cuarto…

Doctor. Oye, ¿pero las notitas van por cuartos de hora?

Don Remigio. ¡No, que se juega! A las cinco y cuarto, veinticinco estornudos seguidos. ¡Veinticinco estornudos; fíjate!

Doctor. ¿Y el gato ninguno?

Don Remigio. ¿Quieres dejar las cuchufletas? ¡O tendré que mandarte a paseo!

Doctor. No deseo otra cosa. Hace una tarde espléndida.

Don Remigio. ¡Bah! Logré coger el sueño, dormí una media horita, y a las seis menos cinco —aquí lo dice: asómbrate, Eduardo—, a las seis menos cinco, completo bienestar: euforia… ¿Tú lo entiendes?

Doctor. *Despidiéndose.* Hombre, pues ya que te dejo tan bueno…

Don Remigio. ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Esto no es tener médico; esto es tener un tío en Alcalá!

Doctor. ¡Pero si no hay paciencia, Remigio! ¿No te he dicho ya veinte veces que estás como una pera, y que te firmo un certificado asegurándote la vida hasta los noventa y cinco años lo menos? ¿Qué más quieres?

Don Remigio. ¡Noventa y cinco años! ¡Sí, sí!

Doctor. ¡Si no te mata un médico antes!

Don Remigio. ¡Ah!

Doctor. ¡Pero no de una receta, no: de un tiro, por no aguantar tus chinchorrerías! Adiós, tabardillo. Me voy a la consulta de ese pobre enfermo… que se morirá antes que tú. *Márchase.*

Don Remigio. ¡Eso es! Porque hay uno que va a morirse antes, ¡ahí te quedas, Remigio! ¡No, no, no, no! ¡Que no, que no! ¡Por amigo que sea! ¡Estar yo con estas irregularidades y no ocuparse más que de si tiene o no tiene novio la señorita de la casa…! ¡No, no! ¡Que no, que no! ¡Y sí tiene novio, según canta! ¡Puñales! *Dice esto porque oye a Beatriz que se acerca entonando una cancioncilla, y se va, huyéndole, por la puerta de la izquierda.*

Reaparece luego Beatriz por donde se marchó. Al hallarse sola calla de improviso, y su expresión se cambia por la de una profunda melancolía.

Beatriz. ¡Ay, Dios!… No sé fingir… no puedo… Me delataré, a pesar mío… ¿Cómo será posible vivir disimulando siempre; mintiendo siempre?…

Al sentir a su madre, que vuelve por la puerta de la izquierda, torna a cantar y a mostrarse risueña y jubilosa.

Serafina. Te buscaba. ¿No te animas, por fin, a venirte al Pardo conmigo?

Beatriz. No, mamaíta, no. Me da mucha pereza vestirme.

Serafina. Pero ¿qué zambullida casera es ésta?

Beatriz. ¿Es nueva, quizá? ¿No doy zambullidas así de cuando en cuando?

Serafina. Sí; alguna vez… Pero ya hacía tiempo que no las dabas…

Beatriz. Por lo mismo debe chocarte menos.

Serafina. Lo que tú quieras, hija.

Por el vestíbulo llega Mariano con una carta en una bandejita.

Mariano. Señora. Una carta para la señora.

Serafina. *Leyendo el sobre.* ¿Es posible? ¡De Tula! ¡Pero si me ha escrito esta mañana!

Beatriz. ¡Toma! ¡Y a mí!

Serafina. Déjamela en mi gabinete.

Mariano. Sí, señora. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Serafina. ¡Qué novelista se pierde España! ¡Qué pluma más ágil!

Beatriz. Se ha empeñado en que no hay en el mundo una mujer más desgraciada, y ¡qué de puerilidades cuenta, Señor, qué de niñerías!… ¡Y con qué aire de acontecimientos terribles!

Y a cualquiera podría esperarse en este instante menos a Tula, que ha escrito ya en el día tres cartas a la casa. Pues, sin embargo, es Tula quien llega por el vestíbulo.

Tula. ¡Aquí me tenéis!

Serafina. ¡Tula!

Beatriz. ¡Tula!

Tula. Mirad qué cara traigo: como una pepona. Todavía me dura el sofoco. ¿Habéis recibido mis cartas?

Serafina. La última, ahora mismo.

Tula. ¿Ahora mismo? ¡Qué le parece a usted! Esos criados… Mientras mejor los tratas, se portan peor. ¡A las doce de la mañana te la mandé! Yo creo que a nadie le ocurre con la servidumbre lo que me ocurre a mí. Cuantos más criados tengo, peor servida. Pero no es eso lo que traigo ahora. ¿No veis? Me arden las mejillas. Toca, toca. Me arden. ¿Cuál creéis que ha sido la hazaña de hoy de mi señor esposo? ¡A ver!

Serafina. ¡Cualquiera sabe!…

Beatriz. ¿Cómo vamos a adivinar…?

Tula. ¡Echad a volar la imaginación! No sé como lo sufro. Ni llorar, de rabia, he podido. Yo, que tengo siempre las lágrimas detrás de la cortina. ¡Ni llorar he podido!

Beatriz. Pues ¿qué ha hecho ese monstruo?

Tula. ¡Ese monstruo! ¡Bien lo has calificado, Beatriz! ¡Ese monstruo!

Serafina. Sepamos lo que ha hecho.

Tula. Nada podía ofenderme más. ¡Ha despedido de su secretaría al mecanógrafo, y ha tomado una mecanógrafa!

Serafina. ¡Ja, ja, ja!

Beatriz. ¡Ja, ja, ja!

Tula. ¡Ah! ¿Os reís?

Serafina. ¿Qué quieres que hagamos?

Tula. ¡Ah! ¿Tiene gracia que mi marido tome una mecanógrafa?

Serafina. ¿Es bonita?

Beatriz. ¡Por lo menos será más bonita que el mecanógrafo!

Tula. Sea como sea: es la ofensa; la vejación. Casi no dirigirme a mí la palabra —porque llevamos dos meses sin hablarnos— y meter en casa a una mecanógrafa para pasar el rato con ella; para distraerse. ¡Y están llenos los periódicos de caricaturas de jefes enamorados de sus mecanógrafas! ¡Y las películas también! ¡Y las comedias!

Serafina. Pero no lo tomes por ese lado, Tula.

Beatriz. ¡Ni hagas una tragedia de un sainete, por Dios! ¡Que da no sé qué oírte!

Tula. ¿Conque sainete, eh? ¡Sainete! ¡Una tragedia de un sainete! Escucha tú,

la del sainete. ¡Como si no lloviera sobre mojado! Escucha. Ayer le dejé una carta llena de quejas en el cajón de la mesa de noche. ¡Para que la leyera al irse a acostar! Y esta mañana, durante el desayuno, hice de tripas corazón, y con lágrimas en los ojos y hablándole de usted, naturalmente, le pregunté si la había recibido. Y él entonces, con una grosería de la que no hay ejemplo, le dió un manotazo al chocolate y a los picatostes —¡a los picatostes preparados por mí!—, se limpió los morros con la servilleta, la tiró con furia después y se levantó de la mesa, gritando como un energúmeno: «¡No puedo más, Tula! ¡No puedo más!». Y se fué de estampía. ¡Él no puede más! ¿Lo entendéis vosotras?

Serafina. ¡Sí: está muy claro!

Beatriz. ¡No puede más el hombre!

Tula. ¡No puede más conmigo!

Serafina. Sí, sí.

Beatriz. Ya, ya.

Tula. ¡Él conmigo! ¡Si fuese yo con él! ¿Le pasa a ninguna mujer cosa como ésta? Por supuesto, dice Benavente que mejor perdonamos una traición que una frase grosera. Una cosa así. Y tiene razón don Jacinto. Yo os aseguro que ese «¡No puedo más!» lo suda Romualdo. ¡Lo suda!

Serafina. Pues no olvides, Tula, que si él lo suda, lo sudarás tú con él, y será mal para los dos y para tus hijos.

Tula. ¡Ah! Mis hijos… mis hijos… Si no fuera por ellos… Pero ya veis qué ejemplo, qué educación les da. Oyeron lo de «¡No puedo más!», y, cosas de criaturas, que repiten todo cuanto oyen: empezaron a recorrer la casa diciendo: «¡Papá no puede más! ¡Papá no puede más!». Y de ellos pasó a los criados. «¡El señorito no puede más!». Y bajé las escaleras, y ya se comentaba también en la portería. Lo oí muy claramente: «¡El ingeniero del segundo no puede más!».

Serafina. Mujer, esa es una frase sin importancia, que se dice en un momento de cólera pasajera, casi inconscientemente…

Tula. Pero que la aprenden mis hijos. ¡Mis hijos! No parece sino que prefieren al padre. ¡Que lo prefieren! ¡Que lo prefieren! ¡Lo sé! Beatriz, no tengas nunca un hijo.

Un súbito sobresalto de la muchacha le enciende el semblante. En seguida se rehace y bromea.

Beatriz. ¡Con tiempo me predicas eso!

Tula. ¡Y aunque lo tengas, no te cases nunca!

Nueva turbación de Beatriz. Serafina estalla.

Serafina. Mira, Tula, no disparates más. No le digas a mi hija lo que no debe oír. ¡No te quejes de vicio, tampoco! ¡Eres una mujer mimada de la vida y no paras de inventarte desgracias!

Tula. ¿Mimada yo?

Serafina. ¡Mimada! Con suerte, con fortuna, con belleza, con hijos saludables… ¿Qué más quieres? ¿Felicidad completa? ¡Pues de ti depende, porque eres tú quien siembra las pocas espinas que te dañan!

Tula. ¡No me quedaba más que oír!

Serafina. ¡Si te ocurriera lo que a la pobre Cecilia Yuste, a quien traiciona su marido con una mujerzuela, de la que tiene hijos también!

Tula. Y ¿vas a comparar su caso con el mío?

Serafina. ¡Ya se ve que no!

Tula. Cecilia Yuste…

Serafina. Si te pasara lo que a Guillermina Suárez, que ha estado aquí esta mañana llorando; que tiene cuatro criaturas enfermas, sin medios para atender a curarlas, sin dinero ni para el pan de cada día… ¿qué lamentos no serían los tuyos? Piensa alguna vez en los miles de seres desgraciados de veras, no como tú, desgraciada por exceso de mimo, y verás adónde van a parar tus males irrisorios.

Beatriz. Mamá, tú tampoco te exaltes ni le hables así, porque no te oye.

Tula. Sí la oigo, sí; pero no me entero. ¡No me entero, no! ¡No quiero enterarme! Me arde la cabeza; me zumba dentro un no sé qué. ¡Ese «¡No puedo más!» de Romualdo y esa mecanógrafa luego!… ¡Porque vosotras no os dais cuenta del peligro que corre una mujer honrada como yo, solicitada a toda hora por cien hombres que saben que su marido «no puede más» y que aguardan el momento

propicio para la caída!… A lo mejor se rompe el freno de los hijos… ¡Os repito que esto mío no se parece a nada!

Crisanta llega por el vestíbulo a interrumpir la escena.

Crisanta. Señora.

Serafina. ¿Qué hay?

Crisanta. Revuelta y su mujer están ahí.

Serafina. ¿Cómo Revuelta? ¡El señor Revuelta! Más respeto, niña.

Crisanta. Perdone la señora. El señor Revuelta y su señora esposa acaban de llegar, llamados por la señora, según dicen la señora del señor Revuelta y el señor Revuelta.

Serafina. Bien, bien: ni tanto señorío ni tan poco, Crisanta. Diles que esperen un momento.

Crisanta se retira.

Beatriz. ¡Otras penas que vienen a contarle a mamá!

Tula. ¡Ah! Pues yo soy egoísta: con las mías me sobran. Serafina, voy a tu gabinete a escribir una carta.

Serafina. ¿Otra carta, Tula? ¿No será a mí?

Beatriz. ¿Ni a mí tampoco?

Tula. No, no; es a… a… Todavía no sé a quién; pero yo tengo que escribir una carta.

Beatriz. ¡Ah! Si es profilaxis, como diría el Doctor…

Tula. Y después nos iremos al Pardo un ratito. ¡Que me dé el aire!

Serafina. Sí, sí: ¡que nos dé el aire!

Tula. ¡Que nos dé el aire! *Se aleja por la izquierda del foro.*

Beatriz. Es indudable que la felicidad excesiva está expuesta a degenerar en

idiotez.

Serafina. No me hables. ¡Comprendo que no pueda más el marido!

Beatriz. ¡De todo hace esta mujer un drama en tres actos!

Serafina. Y ahora, estos otros.

Beatriz. Pero éstos siquiera tienen gracia.

Serafina. Déjame con ellos.

Beatriz. No, mamaíta: yo los quiero oír. Me divierten.

Serafina. ¿Sabes algo de lo que traen?

Beatriz. Me lo insinuaste esta mañana. Vamos a reírnos.

Serafina. No, hija, no: si es verdad lo que les sucede, esta vez no vamos a reírnos. *Se asoma al vestíbulo para llamar a los recién llegados.*

Y, entre tanto, una honda mirada de la hija sigue los pasos de la madre.

Revuelta. *Dentro.* La paz de Dios sea en esta santa casa.

Serafina. Pasen ustedes; pasen.

Revuelta. ¡Oh, voz del paraíso! *Aparece en el umbral del recibimiento.* ¿Has oído, compañera del alma? Atrévete a entrar; sobreponte a nuestra congoja y entra aquí, que entras en un templo.

Animada por esta frase, asoma en el quicio Afrodisia, la digna colaboradora de Revuelta, y rompe a llorar amargamente.

Afrodisia. ¡Ay, Virgen mía!

Serafina. Vamos, vamos… Tranquilícese usted…

Afrodisia. No puedo…

Revuelta. No puede… Así llevamos mes y medio.

Afrodisia. *Besándole las manos.* ¡Serafina!… ¡Serafina!…

Serafina. Deje, deje… Siéntese usted y repose un poco…

Afrodisia. Tricita… ángel de este hogar… *La abraza, llorando a moco y baba.*

Beatriz. ¡Por Dios, Afrodisia!

Afrodisia. ¡Cómo se abre, al verte, la herida de mi corazón!

Revuelta. Sabía yo, Serafina, que nuestra entrada aquí en el día de hoy había de ser melodramática…

Le besa las manos con efusión.

Serafina. Bien, bien; pero hay que procurar serenarse.

Revuelta. Todo se andará… El primer choque era forzoso que abriese al llanto su vereda… ¡Han sido tantas cosas!…

Mira a Tricita, y como atraído por misterioso imán, se le acerca y la besa en la frente.

Beatriz. *Entre sí.* ¡Con esto no contaba yo!

Serafina. Vamos a ver, vamos a ver… Siéntense ustedes ya, que acaso todo pueda tener arreglo… No hay que afligirse demasiado. Dios nos da inesperados remedios siempre… Ande, Afrodisia, siéntese junto a mí.

Afrodisia. ¡Ay, qué buena! ¡qué buena! ¿Ves, Lucrecio, ves tú? En vez de escupirnos a la cara…

Serafina. ¿Por qué? Siéntese usted también, Revuelta.

Revuelta. ¡Imposible! Yo, imposible. Perdóneme usted. Estoy muy excitado.

Serafina. A su gusto, entonces.

Revuelta. ¡A mi gusto, no!

Serafina. O a su comodidad.

Las tres mujeres están ya sentadas y Revuelta pasea. Pausa larga; terrible. Serafina y su hija se miran y miran al matrimonio, esperando que uno de los dos tome la palabra; pero es difícil empezar el capítulo. Por fin, Revuelta dice: ***Revuelta****. Reinó en la sala un*

profundo silencio.

Afrodisia. *Animándose a colaborar.* ¡Que rompió la madre infortunada! Yo querría hoy —pongo a Dios por testigo— haber venido a esta santa casa a todo menos a lo que vengo.

Revuelta. Por ahí.

Afrodisia. Preferiría venir a decirles a ustedes que mi hija había muerto.

Beatriz. ¡No!

Serafina. ¡Eso no!

Revuelta. ¡Sí! Seco como un disparo: ¡sí! La muerte es preferible a… *Un sollozo le ahoga la voz.*

Afrodisia. Preferiría venir a darles la noticia de que también había muerto éste. —*Éste la mira*—; de que había muerto yo.

Serafina. *Aventurando un comentario festivo.* Pero, Afrodisia, ¿cómo había usted de venir a anunciarnos su propia muerte?

Afrodisia. He dicho, Serafina, que lo preferiría a lo que vengo.

Nueva pausa.

Revuelta. Silencio trágico otra vez. En la estancia sólo se oía el tictac de los corazones y el de un reloj de pesas de la sala contigua.

Afrodisia. En mi casa, Serafina; en mi casa, Beatriz, hay una azucena.

Revuelta. ¡La hubo!

Afrodisia. En mi casa había dos tesoros: Nuncia, nuestra hija idolatrada —la azucena en cuestión— y la honra de sus padres.

Revuelta. ¡Eso! ¡eso! ¡La honra de sus padres!

Afrodisia. Pues bien; esta hija, esta desventurada hija…

Revuelta. No alteres el orden de los capítulos.

Afrodisia. Pues narra tú, Lucrecio, y así yo descanso.

Revuelta. Retrocedamos unos meses. Cierta tarde fría y desapacible del gélido enero, se presentó en mi hogar un joven caballero de no mal porte. Llevábalo allí, a lo menos tal dijo el miserable…

Afrodisia. Tampoco tú anticipes los calificativos.

Revuelta. La indignación, sin querer, me hace saltar páginas enteras de la negra historia. Abreviemos. Llevábalo allí el pretexto de adquirir un cuadro que quedaba en la casa, resto del pasado esplendor. Adornaban al mancebo gallarda apostura, azules ojos, habla generosa y simpática: cuantos atractivos podría el niño ciego reunir en un galán.

Beatriz. Y… ¿quién es ese chico tan guapo?

Afrodisia. El primogénito del Marqués de…

Revuelta. *Interrumpiéndola.* ¡Calla el título, que se me va la mano al arma homicida!

Serafina. Y ¿es ese hombre, quizá, el que ha enamorado a la pobre Nuncia?

Revuelta. ¡Ése! Pero no llamemos enamorar a lo que ha hecho. *Mira cínicamente a Beatriz, que se desconcierta.*

Beatriz. ¿A lo que ha hecho?

Revuelta.

Eres, mujer, un fanal

transparente de hermosura…

¡Ay de ti si por tu mal

rompe el hombre en su locura

tu misterioso cristal!

Válganos Espronceda.

Serafina. ¿Eh?

Beatriz. ¿Cómo?

Serafina. Según eso…

Revuelta. ¡Lo irremediable, Serafina: el cristal se ha hecho añicos!

Afrodisia. ¡Como nuestra honra!

Beatriz, que empezó escuchándolos con aire de burla, los oye ya con creciente ansiedad y zozobra.

Revuelta. ¡Reprímete, Afrodisia, si no quieres que la justicia de las balas principie a actuar!

Afrodisia. Éste todo quiere arreglarlo a tiros.

Serafina. No, no: los tiros nada arreglan, Lucrecio. ¿Ese hombre…?

Revuelta. ¡Ha huído, Serafina, con los jirones de nuestro honor!

Beatriz. ¿Que ha huído?

Afrodisia. Ha huído, sí: ha burlado a nuestra hija y ha huído.

Beatriz. *Con protesta sincera.* ¡Qué infamia! Pero ¿cómo podrán los hombres…? ¿Verdad, mamaíta?

Serafina. Es incomprensible, Beatriz. Tú eres muy niña todavía. Los hombres son capaces de todo.

Revuelta. ¡De todo! Y lo peor es que la deshonra no puede quedar escondida entre las paredes de la casa.

Serafina. ¿Por qué?

Beatriz. ¿Por qué?

Revuelta. Porque el fruto de la villanía no se hará esperar mucho tiempo.

Beatriz. ¡Jesús!

Serafina. ¿Qué dice usted, Revuelta?

Revuelta. Señora, que el genio de la especie no repara en convencionalismos sociales.

Beatriz. ¡Jesús!

Afrodisia. ¿Te impresionas, lucero?

Beatriz. ¿No he de impresionarme?… Comprendo la amargura de ustedes, la indignación, la rabia…

Serafina. Mi hija se las quiere echar de insensible y de despreocupada… y ya la ven ustedes… ya la ven…

Revuelta. ¡Tal hija de tal madre!

Serafina. ¿Buscarán ustedes a ese bandolero?

Revuelta. Lo buscaré yo; y o nos da la única reparación posible en este caso… o ¡que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

Sigo con Espronceda.

Afrodisia no puede con tantas emociones y comienza a sentirse desfallecer.

Afrodisia. ¡Ay!

Serafina. ¿Qué?

Revuelta. ¿Qué es eso?

Afrodisia. Un vahído… ¡Ay!… ¡ay!… Me pasará, me pasará…

Revuelta. Vamos, Afrodisia, ten ánimos…

Beatriz. Le daremos un poco de agua con éter…

Revuelta. De agua, no. Le causaría más flato… Todo ha de decirse: hace dos días que casi no probamos alimento…

Serafina. ¡Por Dios!

Afrodisia. ¡Ésa es la tremenda verdad! ¡Ay!…

Serafina. Pues vengan conmigo al comedor a tomar cualquier cosa. Ande, Afrodisia, ande…

Revuelta. Dios se lo pagará, Serafina.

Afrodisia. ¡Qué buena! ¡Qué santa! ¡Ay!… ¡ay!…

Serafina. Vamos, vamos…

Revuelta. Apóyate en mí…

El matrimonio y Serafina se van por la izquierda del foro.

Serafina. ¡Pobres amigos míos! ¡Pobres! ¡Pobres!

Revuelta. *Ya dentro.* ¡Pobres, sí, pobres!…

Beatriz. *Aterrada.* ¿Es esto una siniestra parodia o es que saben algo y quieren venderme su silencio? Pero ¿cómo pueden saber?… No, no…

Aparece por el vestíbulo don Beltrán.

Don Beltrán. ¿Sola usted? Pues ¿y esa pareja?

Beatriz. Han pasado al comedor con mamá.

Don Beltrán. ¡Dios del cielo! Y ¿qué cuento traen hoy? ¿El de la niña deshonrada?

Beatriz. Sí… Pero no me parece que sea cuento, sino historia. ¡Y bien triste!

Don Beltrán. ¿Usted también los cree? ¡Oh! ¡Estamos perdidos! Voy a ver si yo los espanto. *Vase por la izquierda del foro.*

Beatriz. *Con dolorosa espontaneidad.* Pues ¿no he de creerlos?… ¿Quién podrá creerlos como yo? *Cambia súbitamente de actitud y expresión al sentir a Tato, que llega de la calle.* ¡Tato!

Tato. ¡Por fin!

Beatriz. Por fin ¿qué?

Tato. ¡Por fin te veo!

Beatriz. Chico, ese es el principio de un cantable.

Tato. ¡Ni en tu casa creí que te encontraría! ¡Te has perdido!

Beatriz. ¡Pues de aquí no salgo hace una semana!

Tato. ¿Y eso?

Beatriz. ¡Ventoleras!

Tato. ¡Ya podíamos esperarte en la tertulia!

Beatriz. Me aburre la tertulia.

Tato. ¿Ahora?

Beatriz. Ahora, sí.

Tato. Porque meses pasados…

Beatriz. Meses pasados era yo tan idiota como todos vosotros.

Tato. Gracias.

Beatriz. Es favor.

Tato. Te aburre la tertulia, y por lo visto te aburren los cines, te aburren los teatros, te aburren los paseos… ¡porque no vas a ninguna parte!…

Beatriz. Cierto, cierto. ¡Me aburre todo! ¡A los veinte años, Tato, me aburre todo! O apreté demasiado el limón y ya no le saco jugo ninguno, o no sé qué me pasa.

Tato. ¿Que no lo sabes? Será porque no te has puesto a inquirirlo.

Beatriz. Será.

Tato. Porque yo creo que para cada uno es agua clara lo que suele ser turbia para los demás.

Beatriz. ¡Caracoles! ¿Qué me revelas? No te conocía pensador.

Tato. Es que nunca te has fijado en mí, chica. No soy tan huero como haya

podido parecerte.

Beatriz. Mira, quién sabe si he sido injusta contigo. Te estudiaré, te estudiaré…

Tato. ¿Sí verdad? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Beatriz. Ocasiones habrá en la vida.

Tato. Sí; porque este encierro tuyo no será duradero.

Beatriz. Como depende de mi voluntad, que ahora mismo no sé a qué viento obedece…

Tato. A nosotros nos has partido con tu ausencia. ¡Eras el alma de la pandilla! ¡Eras la que inventaba cosas! Aquello está muerto; sin gracia… sin ruido…

Beatriz. ¡Vaya por Dios! ¡Cómo os aburriréis!

Tato. Mucho más que tú sin nosotros.

Beatriz. Ya, ya. Siento haberos hecho tan flaco servicio.

Tato. Por ahí se ha dicho —¿querrás creerlo, Beatriz?— hasta que habías pensado meterte monja.

Beatriz. No me figuro estar en camino… Pero ¡qué fantasía la de la gente! ¿Qué he hecho yo para dar origen a esa estupidez? ¿Faltar a la tertulia unos días? ¿Cambiar de aire? Hay más cretinos por el mundo de lo que dicen las estadísticas.

Tato. Sí; la verdad es… ¡Con qué falta de fundamento…! *Deslizando una insidia.* ¿Sabes quién también nos ha abandonado, casi a la vez que tú?

Beatriz. *Temiéndole a un nombre.* ¿Quién?

Tato. Josecho Verona.

Beatriz. ¡Ése no era constante! ¡Cualquiera lo sujeta a nada! A lo mejor no está en Madrid.

Tato. ¿Tú no has vuelto a verlo?

Beatriz. ¡Si no salgo de casa! Y él por aquí no viene nunca.

Tato. ¿No te ha llamado por teléfono?

Beatriz. No suele.

Tato. ¿Ni has vuelto tampoco a su estudio?

Beatriz. No… Desde aquella vez que fuí con vosotros…

Tato. Hipócrita.

Beatriz. ¿Hipócrita? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! ¡Yo hipócrita, y le digo las verdades al Papa! A ti te las he dicho algunas veces, creo. Y lo que te rondaré…

Tato. Pues, a pesar de eso, Beatriz, ahora eres hipócrita. Porque al estudio de Josecho…

Beatriz. Al estudio de Josecho no he ido nunca más que acompañada, y en plan de coctel, de música, de diversión, de bailoteo…

Tato. ¿Nada más?

Beatriz. Nada más.

Tato. Y ¿sola, nunca?

Beatriz. ¡Qué sé yo! ¡Habré ido alguna vez, como a tantas casas!

Tato. Más de una vez has ido, Beatriz.

Beatriz. Oye, oye, ¿es que vas a pedirme cuentas? ¿Te alistas entre los innumerables cretinos de que antes hablábamos?

Tato. *Gravemente.* Me alisto, ahora y siempre, entre los que lamentan tu intimidad con Josecho Verona.

Beatriz. Pero, Tato, ¿moralista también? Antes pensador, moralista ahora… ¡No gana una para sorpresas!

Tato. No te burles. Ni moralista ni pensador soy a tu lado; no soy más que un hombre que te quiere, y a quien tú sistemáticamente desdeñas.

Beatriz. Baja la voz, que las paredes oyen.

Tato. ¿Y a mí, qué? Quien me interesa que me oiga eres tú.

Beatriz. Es que no sabes quién está allá dentro.

Tato. ¿Quién está?

Beatriz. ¡Tu amor irrefrenable! ¡Digo! ¡El moralista! ¡Una mujer casada!

Tato. ¡Bah! Inventa otro recurso para desdeñarme, Beatriz. No es digno de ti insistir en cosa tan poco seria. Ése no ha sido sino uno de tantos medios, más o menos ridículos, como un hombre enamorado emplea para contestar a un desdén que le hiere. Ni Tula ni ninguna mujer me importan nada desde que te conozco.

Beatriz. ¡Ah! Pero ¿te me vas a declarar?

Tato. Pero ¿no lo he hecho ya muchas veces?

Beatriz. ¡Por eso extraño la reincidencia! ¿Tijeretas, digo, calabazas han de ser?

Tato. Será lo que tú quieras, Beatriz. Óyeme en serio ahora. He podido conllevar tu desvío, resignándome a ser tu amigo nada más, por el deleite de vivir a tu lado, mientras una remota esperanza, creada, sin duda, por mi cariño, no me cerraba del todo el horizonte; pero hoy, que ya siento en mi alma la pesadumbre de que voy a perderte, de que te he perdido, de que nunca vas a ser mía, no he de quedarme sin decirte cómo te quiero. ¡Sin decírtelo… como no te lo he dicho nunca!

Beatriz. ¿Como no me lo has dicho nunca? ¡Será en inglés, porque en español me lo has dicho de tantas maneras!

Tato. Pero jamás como esta tarde. ¿No oyes que hoy obedezco a una convicción desesperada?

Beatriz. ¿Desesperada, chico?

Tato. Desesperada, sí. Y tú conoces mejor que nadie el fundamento de ella. ¡Conque déjate de disimulos! Sé bien que quieres a otro hombre; que te ha dominado; que te ha hecho su esclava; que vas a ser juguete de su voluntad.

Beatriz. ¡Jesús! ¡Mucho saber es eso!

Tato. Pues también sé —y esto sí que me duele— que no es digno de tu cariño.

Beatriz. Pero, Tato, ¿qué inventas?

Tato. ¡Lo que inventó la vida ya! Ni te digo cómo es ese hombre, de qué casta es su alma, porque no quiero que creas que habla mi despecho. Sobre que, desgraciadamente, tú has de experimentarlo mejor que yo al correr de los días. *Sin querer, instintivamente, inclina Beatriz la cabeza.* ¡Si no es que ya lo sabes del todo!

Beatriz. *Rebelándose, excitadísima.* ¡Mira, Tato, vienes insufrible! ¡Me estás dando la tarde! ¡Me has puesto de un humor endiablado! Te prefiero pensador, moralista… o simplemente idiota, como antes. ¡Enamorado no te quiero ni ver!

Tato. ¿Ni verme?

Beatriz. Ni verte.

Tato. Pues, descuida, que ya me voy.

Beatriz. No te vayas; pero habla de otro modo.

Tato. Hoy no puedo.

Beatriz. ¡Pues habla de otras cosas!

Tato. Tampoco puedo.

Beatriz. Entonces mejor es que te vayas. Y mejor habría sido aún que te hubieras quedado con la pandilla.

Tato. ¡Eso, no! Necesitaba verte; quería que me oyeras.

Beatriz. ¡Pues ya ves lo que has conseguido!

Tato. ¿Crees que ha sido poco?

Beatriz. No lo sé. Tú lo medirás como te plazca. Me has destemplado todos los nervios. ¡Todos, todos!

Tato. Lo que no había logrado nunca.

Beatriz. ¡Sí que es una gloria!

Tato. Según.

Beatriz. ¿Quieres dejarme en paz?

Tato. Ahora mismo. ¿No volverás por la tertulia?

Beatriz. ¡Qué sé yo! Puede que esta tarde. Pero no me anuncies, no sea que me arrepienta y quedes mal. Quiero dar la sorpresa. Y quiero desmentir lo del monjío. *Con risa irónica.* ¡Ja, ja, ja!

Tato. Sí que estás excitada.

Beatriz. Adiós.

Tato. Adiós. *Vase.*

Beatriz. *Resumiendo, después de una pausa, en un solo pensamiento sus tribulaciones.* ¡Me iré… me iré! ¿Qué otra cosa es posible? *Se sienta ensimismada.*

Por la izquierda del foro vuelve entonces Tula, con una carta, abstraída enteramente, y se marcha a la calle sin mirar a Beatriz.

Tula. ¡Allá veremos si resiste esta carta ese monstruo! ¡Allá lo veremos!

Beatriz. *Entre sí.* Sufriré yo sola; lloraré yo sola…

Don Remigio sale por la puerta de la izquierda, también para la calle, y cruza la escena sin mirar a Beatriz tampoco.

Don Remigio. Decididamente cambio de médico. ¡Mejor me irá con un curandero que con ese hombre!

Por la izquierda del foro reaparecen Serafina, Revuelta y Afrodisia y pasan hacia el recibimiento. Él va conmovido, a lo que parece, y su mujer, hipando. Serafina les habla con delicadeza compasiva.

Serafina. Nada, nada: se hará lo que se deba hacer… Es caso de honra, y por bellaco que sea ese prójimo… Cuenten ustedes con nosotras…

Beatriz. A mi madre, no… a mi madre, no…

Como siguiéndole los pasos al grupo anterior, viene don Beltrán, hablando solo de

puro indignado. Luego se dirige a Beatriz.

Don Beltrán. Pero ¿adónde van? Pero ¿qué se proponen? ¿A qué blanco apuntan? ¡Porque esos pillos apuntan a algo con tamaña invención!… Yo conozco muy bien a su hija… y no la creo capaz… ¿Qué dice usted, Beatriz?… ¿Qué dice usted?

Beatriz. Nada.

Don Beltrán. Y su santa madre, su santa madre, sí, oyéndolos con santa paciencia. ¡A ellos y a todos! ¡Cada cual con su llaga o con su arañazo! ¡Nadie cree que hay más caso que el suyo, ni más dolor que el suyo, ni más lágrimas que las propias! «¡Para mal, el mío! ¡Para mal, el mío! Lo que usted me cuenta es baladí. ¡Para mal, el mío!». Y yo, Tricita, le digo a usted, con mi experiencia, que eso que habla es el egoísmo; que el verdadero dolor es pudoroso, callado, y el egoísmo es lenguaraz. ¡Pero quítele usted a la humanidad, que es cada vez más egoísta, su muletilla sempiterna! «¡Para mal, el mío! ¡Para mal, el mío!». *Se va por el vestíbulo.*

Beatriz. *Con un sollozo irreprimible.* ¡Ay, no! ¡Para mal, el mío, que tengo que devorarlo yo sola y en silencio! *Llora.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Continuamos en el mismo lugar, varios meses después del acto segundo. Pasaron la primavera y el verano y media el otoño. Es en las primeras horas de la tarde.

Con motivo del cumpleaños de Serafina, ésta ha invitado a almorzar a varios amigos, que ya irán saliendo. Todos nos son bien conocidos. La sobremesa se prolonga, y Serafina aparece por la izquierda del foro, ansiando un momento de soledad, en un arranque de angustia contenida.

Serafina. ¡Ay, Señor, qué suplicio éste! ¡No lo quiero creer, no quiero creerlo… y parece que todos lo saben como cosa cierta y me martirizan con sus malicias y sus alusiones! ¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡No quiero que lo sea! *Al sentir que alguien llega se rehace y compone su gesto.*

Vienen también por la izquierda del foro Polonia y Coquita.

Polonia. La copita de benedictino la voy a llorar con lágrimas de sangre.

Coquita. ¡No, mujer!

Polonia. ¿Que no? Tú lo verás. Mañana me amanecen las manos hinchadas.

Serafina. ¡Jesús, lo que te quejas!

Coquita. Serafina, el General va a dar un estallido. Está más colorado ya que la corbata que hoy se ha puesto.

Polonia. ¡Qué hombre! No para de beber coñac. Parece que se ha propuesto devolver el casco de la botella.

Serafina. Lo peor no es eso, porque ya sabemos que resiste. Lo peor es que el coñac le enciende la vena poética.

Coquita. ¡Las armas y las letras juntas!

Polonia. Las armas de este General son los tenedores y los cuchillos.

Serafina. ¡Ja, ja, ja! Voy a ver si lo contengo un poco. ¡Con tal que no me suelte otra quintilla! No me quiero acordar.

«Serafina cumple años…

¡Hay que señalar el día!

Si yo fuera a los escaños…»

¡Jesús, qué horror! ¡Ja, ja, ja! *Se va riéndose.*

Polonia. ¿Has visto, Coquita? ¡Qué temple de mujer! Estas personas bien educadas fingen mejor que las mejores cómicas.

Coquita. Y si no, que lo diga Beatriz; la hipocritona de Beatriz.

Polonia. Pero ésa no está bien educada. ¡Pobre madre! Yo la compadezco. ¡Ay, mis piernas! Porque lo sabe todo. ¡Ay! Lo sabe todo. ¡Ay! El benedictino es un miserable. ¿Tú convendrás conmigo en que lo sabe todo?

Coquita. Lo sabemos nosotras, ¿no va a saberlo ella? ¡Sin que nadie se lo haya dicho, además!

Polonia. ¡Claro que lo sabe! Pero rebota todas las indirectas.

Coquita. Prueba mayor de que lo sabe. Yo, si tuviera un novio, me lo jugaba a que lo sabe. ¿Estaré segura?

Don Beltrán llega por donde ellas, a tiempo de oírla.

Don Beltrán. ¿De qué estás tan segura, hija?

Coquita. ¿De qué ha de ser, papá? De lo que ya para nadie es un secreto: de la deshonra de esta casa.

Don Beltrán. ¿Eh? ¿Qué dices?

Coquita. ¡Ah! ¿Tú finges también o sigues como de costumbre, fuera del mundo?

Don Beltrán. ¡Niña!

Coquita. Mira que yo te tengo respeto, papá; pero no puedo menos de hablarte así.

Don Beltrán. Pero, pero…

Polonia. Sí, don Beltrán; por doloroso y triste que sea, hay que resignarse a confesarlo. En Madrid entero no se habla de otra cosa.

Don Beltrán. ¡Bah! ¡Calumnias! ¡Calumnias!

Coquita. ¿Calumnias, eh? ¿Pero ya conoces qué calumnias son?

Don Beltrán. ¡Por eso insisto en llamarlas calumnias!

Polonia. No, don Beltrán, no. Usted es muy bueno… y, naturalmente… ¡Ay, mis piernas! Pero el hecho es cierto. Tan cierto —¡ay, ay!—, tan cierto como mis dolores. Después de todo, era de esperar de la insensata vida de Beatriz.

Don Beltrán. Pero ¿adónde va usted a parar, señora?

Coquita. ¿Habrá que decírtelo con todas sus letras?

Polonia. Por lo visto, sí. Don Beltrán, si usted verdaderamente lo ignora, yo creo que es un deber nuestro enterarlo. Beatriz, durante su ausencia del verano, ha tenido un hijo.

Don Beltrán. ¡En el nombre del Padre! ¿De dónde ha podido salir esa infamia?

Polonia. De infamias así está llena la vida.

Coquita. Sí, papá, sí: abre los ojos a la realidad. Quítate la venda que te los tapa. Te pasa un buey por delante de ellos y no lo ves. Con todos los respetos.

Don Beltrán. ¡Calla, calla!

Polonia. No se ofusque usted, don Beltrán; no se ciegue así.

Don Beltrán. ¡Calle usted también! ¡El vino ha desatado las imaginaciones y las lenguas! ¡Qué disparate! ¡Qué locura!

Coquita. Papá, me impacientas; me sacas de tino. ¿Quieres decirme dónde ha pasado Beatriz el verano?

Don Beltrán. ¡Qué sé yo! ¡Así que es nuevo en ella pasar los veranos donde le da la gana! Ahora, además, tiene esa amiguita flamante…

Coquita. ¡No está mala amiguita! ¿Usted ve, Polonia, qué candor de

hombre? ¡Aunque sea mi padre! Se traga el Peñón de Gibraltar y no le hace daño.

Polonia. En eso se parece a nuestro General.

Coquita. Oye, papá; entérate.

Don Beltrán. ¡No se hable más de esto en presencia mía!

Polonia. Pues ¡chitón! se ha dicho. Yo, por mi parte, no quiero molestarlo a usted. Y perdóneme siempre. Me voy en busca de Remigio, que desde que está bueno se exaspera cuando le cuento mis achaques. ¡Ay, qué piernas éstas! ¿Vienes, Coquita?

Coquita. En seguida voy, sí.

Polonia. Pues allá te espero. ¡Ay! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Coquita. Mira, papá. Delante de Polonia no he querido decirte que eres bobo; que eres el Papamoscas de Burgos.

Don Beltrán. ¿Eh?

Coquita. De Burgos; pero el Papamoscas. Sin faltarte. Lo creas o no lo creas, la verdad se abrirá camino, y entonces te convencerás de que ahora más que nunca se echa de menos en esta casa la presencia y la hombría de un caballero. Ése debes ser tú. No te dejo pasar otro año perdiendo el tiempo tontamente. ¡Perdiendo el tiempo yo! Hoy es el cumpleaños de Serafina. O le dices antes que acabe el día que la quieres, o se lo digo yo en tu nombre.

Don Beltrán. *Por alejar de sí la mosca.* ¡Ea! ¡Pues díselo tú cuando te parezca y déjame a mí!

Coquita. *Acercándosele colérica.* ¡Pero si se lo he dicho ya dos veces!

Don Beltrán. *Estupefacto.* ¡Muchacha! Entonces, ¿por qué me mareas? *Con cierta ansiedad.* Y ¿qué te ha contestado?

Coquita. ¡Que se lo digas tú, simplote! ¡Te morirás de bobo! *Y se va tras Polonia, dejando hecho cruces al autor —en colaboración— de sus días.*

Don Beltrán. Pero ¿qué tarabilla o qué castigo me ha dado Dios por hija?

Aparece Crisanta por el vestíbulo.

Crisanta. Señor.

Don Beltrán. ¿Qué quieres?

Crisanta. La señorita a quien esperaba usted está ahí.

Don Beltrán. ¿Quién? ¡Ah, sí! Ya sé. La hija de Revuelta.

Crisanta. La hija del señor Revuelta, sí, señor.

Don Beltrán. ¿Hay alguien allá en mi despacho?

Crisanta. Sí, señor: está ahora mismo el mecanógrafo con la visita de un señor que habla mucho. Creo que es un agente de la esencia *Power's*, que ahorra gasolina.

Don Beltrán. ¡Bah! ¡Mientras no se invente una esencia para ahorrar disgustos!… Que pase aquí esa señorita.

Crisanta. Muy bien. Y yo me voy a quedar escuchando al agente, a ver en lo que para eso de la esencia *Power's.* Porque como mi novio tiene un cochecito… ¿eh?… y queremos casarnos…

Don Beltrán. ¿Cómo? ¿Qué dices?

Crisanta. Digo que mi novio…

Don Beltrán. ¡Déjame de tu novio ahora! Que entre esa muchacha.

Crisanta. Ya mismo. *Retirándose.* (En vísperas de matrimonio, una esencia que ahorra es una cosa seria).

Don Beltrán. ¡Dios esté con todos en esta casa! Y ¿qué traerá esta chica?

Por la puerta del recibimiento aparece Nuncia, linda personita, de aire modesto y genio independiente, madrileña neta en su habla y que no parece hija ni de su padre ni de su madre.

Nuncia. ¿Da usted su permiso?

Don Beltrán. Entra, nena, entra.

Nuncia. ¿Cómo está usted, señor de Saucedo?

Don Beltrán. Vamos pasando, hija. A ti ya te veo con tan buenos colores y tan primorosa como siempre.

Nuncia. La pobreza vestidita de limpio parece que sea menos pobreza.

Don Beltrán. Es verdad. Por tus padres no quiero preguntarte.

Nuncia. Ni es menester. Porque, me pregunte usted o no, a hablar de ellos vengo.

Don Beltrán. ¿Ah, sí? Las confidencias que en tu carta me anuncias ¿se refieren, entonces…?

Nuncia. Sí, señor; a mis padres.

Don Beltrán. Siéntate, siéntate.

Nuncia. Muchas gracias. ¡Ay, qué padres, mis padres! Le digo a usted, señor, que porque no he conocido otros creo que sean mis padres. Pero lo que es parecerme yo a ellos ni parecerse ellos a mí, ni agua.

Don Beltrán. Efectivamente.

Nuncia. ¿Daría yo, si no, este paso que doy? Y lo doy porque me remuerde la conciencia de que exploten un día y otro día a una santa señora que nos ha matado muchas veces el hambre.

Don Beltrán. ¡Ah, no, no, no! Esa explotación se acabó, gracias a mi energía, esta primavera pasada.

Nuncia. ¡Esta primavera pasada!… ¡Ay, qué primavera! ¡Válgame la Virgen de la Paloma, don Beltrán! Perdone usted que yo le diga que vive en las estrellas.

Don Beltrán. ¿Tú también? A ver, a ver… aclara eso. ¡Porque parece que va siendo ya cosa indudable…!

Nuncia. ¿El qué?

Don Beltrán. ¡Que vivo en las estrellas!

Nuncia. Usted perdone, vuelvo a decirle. Mis padres no salen de un folletín cuando enredan otro. Lo increíble es que no reparen en cosa alguna para sus trapicheos. ¡Ni siquiera en deshonrar a su hija se han detenido! ¡Infamia mayor!

Esta primavera, justamente, vinieron aquí con una invención tocante a eso.

Don Beltrán. ¡Qué yo no creí ni un instante! ¡Que yo comprobé que era una patraña! ¡No tan en las estrellas siempre!

Nuncia. Ahora subiremos allá arriba.

Don Beltrán. ¿Falso todo, verdad? Aquel aristócrata que te sedujo y te abandonó…

Nuncia. ¡Mi madre! ¡Eso quisieran ellos! ¡Folletines para sacar cuartos! ¡Un aristócrata en mi casa y un cuadro viejo que vender!… ¡Qué ilusiones!

Don Beltrán. ¡Pues le dieron un tinte de realidad que los creía cualquiera!

Nuncia. ¡Sí, señor! ¡Es que hay que ver cómo inventa mi padre y cómo llora mi madre al oírlo! Aunque yo sea su hija, dígame usted cuál de los dos tiene menos lacha, don Beltrán.

Don Beltrán. ¡Tablas!

Nuncia. ¡Ja, ja, ja! Ahora ha estado usted bueno. ¿Es usted de Madrid?

Don Beltrán. De Burgos.

Nuncia. Pues figúrese usted que se enteró mi novio de lo que corrían, y a poco los mata.

Don Beltrán. ¡Claro es!

Nuncia. Y gracias a las amenazas de él echaron por otra vereda. Mi novio es muy formalito y muy decente, y me quiere a mí mucho.

Don Beltrán. ¿Qué es tu novio?

Nuncia. Casi arquitecto.

Don Beltrán. ¿Maestro de obras?

Nuncia. No, señor: hace decoraciones para el teatro. Y entre él y yo no ha habido nunca más que unas relaciones como es debido. Porque, mire usted, señor de Saucedo, es lo que se dice: besos y abrazos no llaman a papá y a mamá, pero tocan a vísperas. De modo y manera que la «perla en el fango», como me

nombraba mi señor padre, para creerse él mismo su invención, no será una perla, pero no ha caído en el fango tampoco.

Don Beltrán. Ya, ya. Le hablas a un convencido.

Nuncia. Y entérese usted ahora de lo mejor, a la cuenta de lo de las estrellas, que le dije a usted antes. ¿Usted está tranquilo creyendo que desde la primavera se concluyó el chorreo de esta casa?

Don Beltrán. ¡Completamente! Doña Serafina no ha vuelto a darles un real.

Nuncia. Doña Serafina, desde luego; pero ¿y la señorita Beatriz?

Don Beltrán. ¿Eh?

Nuncia. A la señorita Beatriz —usted me dispensará si ofenden mis palabras— ¡yo no sé el dinero que ya le han sacado! Algo oculta ella que no quiere que descubra doña Serafina, y ellos a la cuenta lo saben y le venden caro su silencio.

Don Beltrán. *Anonadado.* Pero ¿será posible?…

Nuncia. ¿Posible? En el mundo no hay cosa imposible, si es una picardía, don Beltrán. Cuando la señorita Beatriz volvió del extranjero, quiso Dios que yo la viera un día con mi padre en un cafetín de las afueras… Temblé al verlos juntos… lloré de rabia… Me di cuenta de lo que aquello podía ser. Y ayer sorprendí en un bolsillo de mi padre un papel de puño y letra de la señorita, que no decía más que esto: «¡Ni un céntimo más!».

Don Beltrán. ¡Miserables!

Nuncia. Conque por el hilo saque usted el ovillo. Yo, por mí, le aseguro a usted que esta noche dormiré más tranquila, después de este descargo de conciencia.

Don Beltrán. Bien, bien… Pero, digo yo, Nuncita, digo yo… Porque no alcanzo… no llego a entender… ¿Qué secreto puede tener la señorita…?

Nuncia. ¡Ah! En ese solar ni entro ni salgo. Estas son figuraciones mías para explicarme ciertas cosas. Figuraciones… sobre cosas que he visto. La conversación del café, el papel en el bolsillo de mi padre… ¡En mi casa ha habido una temporada más dinero que nunca! ¡Y ese dinero lo ha dado la señorita! ¡Esté usted cierto!

Don Beltrán. ¡No acaba uno de aprender! ¡Ni hay ¡alerta! posible contra tanta granujería!

Nuncia. ¿Pero usted me cree a mí, señor don Beltrán?

Don Beltrán. Sí, criatura; ¿no he de creerte?

Nuncia. Una verdad que en aquella casa se diga, sale de mi boca.

Don Beltrán. ¡La perla en el fango! Ya, ya. ¡Jesús, Dios mío!…

Nuncia. ¡Cuánto me duele que usted se disguste!…

Inesperadamente llega de sopetón por el vestíbulo Revuelta, como si el instinto de conservación le hubiese dado el soplo de la confidencia de su hija.

Revuelta. ¡Ah! ¿Tú aquí?

… ¡Me lo decía

a voces mi mismo afán!

¿Tú aquí?

Nuncia. Yo aquí. ¿Qué pasa?

Don Beltrán. ¿Usted aquí?, pregunto yo.

Revuelta. Yo en mi sitio siempre: donde hago falta, señor mío. La intuición me carcome. ¿A qué has venido aquí?

Don Beltrán. Pues ha venido a felicitar a la señora…

Nuncia. No, don Beltrán; yo le agradezco la disculpa, pero no es a eso a lo que he venido.

Revuelta. ¿Eh?

Nuncia. He venido a declarar en esta casa las infamias que estáis cometiendo.

Revuelta. ¿Eh? ¡Vaya si me carcome! ¡Qué corazón más fiel el mío!

Nuncia. He venido a ponerles fin; a que se acabe esta vergüenza. Y cuanto le he dicho a este señor, va a misa.

Don Beltrán. ¡Qué cosas van a misa!

Revuelta. *Amenazando a la muchacha.* Pues ¿qué le has dicho, hija de Lucifer? ¿Qué le has dicho?

Don Beltrán. ¡Quieto!

Nuncia. No se apure usted, don Beltrán. Eso, delante de usted, son bravatas. Pero fuera de aquí, óyelo, padre, ni un grito, ni una amenaza, ni un golpe. Sabes que tengo quien me defienda.

Don Beltrán. ¡Sí!

Nuncia. No es por usted, señor de Saucedo. ¡Faltaría otra cosa! Iba usted a bajarse… Lo digo por mi novio. Y ya conoces, padre, los puños que tiene y el coraje que contra vosotros dos lleva en el pecho. ¡Conque, ojito! Don Beltrán, buenos días. ¡Lo que siento yo…!

Don Beltrán. Adiós, nena.

Nuncia. Dispénseme usted. Buenos días.

Vase Nuncia a la calle. Don Beltrán la despide mirándola. Entre tanto Revuelta, crispados los puños, medita por qué camino ha de tomar. Imaginación no le falta.

Revuelta. *Decidido al cabo.* La tempestad que zumbaba en su frente ardorosa se deshizo en lágrimas, en lluvia benéfica.

Don Beltrán. ¿Qué está usted diciendo?

Revuelta. *Fingiéndose muy enternecido.* Don Beltrán, de hombre a hombre; de caballero a caballero.

Don Beltrán. ¿Dónde está el otro?

Revuelta. ¿Le vió usted nunca garras a la tórtola?

Don Beltrán. ¡Lo que no he visto en los días de mi vida es un cínico como usted!

Revuelta. ¿Cínico? ¡Yo, cínico! *Como resignado.* Pero, en fin, no protesto: seré cuanto usted quiera; cuanto quieran todos. ¡Infame me ha llamado Nuncia! ¿Qué más? Este golpe me entierra.

Don Beltrán. Eso habría que verlo.

Revuelta. ¡Ah! ¿También la crueldad, el sarcasmo? Bien está, bien está. Soy un vencido. No protesto.

Don Beltrán. Bueno, pues vaya usted con Dios.

Revuelta. ¡Así paga esa hija desnaturalizada, esa ingrata chicuela, cuanto por ella hice! ¡Ay! El corazón del Duque era un loco en la jaula. Porque ha de saber usted, señor don Beltrán, que Nuncita no es hija mía.

Don Beltrán. ¿No?

Revuelta. Ni de su madre.

Don Beltrán. ¿Cómo?

Revuelta. ¡Ni de la que pasa por su madre, naturalmente: ni de mi mujer! ¡Alto! Nada de *le cocu magnifique.* No es eso.

Don Beltrán. ¡Pues no se figure usted que ella no lo barrunta!

Revuelta. ¡Pues no será porque le hayan faltado las ternuras de madre ni tampoco los mimos de padre! Présteme atención. El Conde, ante aquella revelación inesperada, abrió desmesuradamente los ojos. Yo recogí a esa niña, a los tres años no cumplidos, en la bodega de un bergantín velero, donde las ratas hacían presa de sus carnes y de sus ropitas.

Don Beltrán. *Irritado.* Mire, Revuelta, basta de monsergas, de folletines y de embustes. ¡Váyase usted ya de mi presencia o haré un disparate! ¡Un bergantín velero a estas horas!…

Revuelta. No, don Beltrán, no. Todo menos que usted se disguste conmigo. ¡Bastantes dardos llevo ya en el alma! Pero ahora no amenazo como otras veces: suplico, imploro. Llamo con el aldabón de la lástima a las puertas de la generosidad.

Don Beltrán. ¡Dale, bola!

Revuelta. Soy un vencido. Me aguarda el desahucio. Si no deposito en el Juzgado una mensualidad siquiera de las que adeudo, me ponen los muebles en la vía pública. Son quince duros miserables.

Don Beltrán. ¡Ni un céntimo más sacará usted de aquí!

Revuelta. ¿Eh? ¿Dura roca cuando soñé blanduras?

Don Beltrán. ¡Dura roca!

Revuelta. ¿Y cinco duros, a lo menos, para sobornar a un escribiente…?

Don Beltrán. ¡Yo no soborno a la Justicia!

Revuelta. ¡Si voy a ser yo!

Don Beltrán. ¡Ni un céntimo más! Vea usted si en alguno de sus bolsillos encuentra un papel con esas palabras, de letra de Beatriz. ¡Ni un céntimo más!

Revuelta. ¡Oh! ¿Qué escucho? ¡La americana de los domingos!… ¡Traidores en mi propia casa!… *Simulando un gran aplanamiento.* ¡Vencido! ¡Vencido!… *En tono entre humilde y jovial.* ¿Y un durete para tomar yo por ahí unas judías…? ¡Fuego a la caldera!

Don Beltrán. No insista usted. ¿Cómo he de decírselo?

Revuelta. ¿Ni unos pasteles que hayan sobrado del opíparo almuerzo de hoy, para llevárselos a aquella santa?

Don Beltrán. La señora se los enviará si gusta.

Revuelta. Entonces…

Don Beltrán. ¡Ni un pitillo, Revuelta; ni un pitillo!

Revuelta. *Con suspiros desgarradores.* ¡Ay! ¡Ay!… Bien; bien; bien. Dios proveerá. ¡Sea! ¡sea! ¡Adelante; adelante! ¡Hasta que me hunda del todo la tremenda carga de infortunios! Ruede la hoja seca pisoteada. Quede usted con Dios.

Don Beltrán. Voy con usted, Revuelta.

Revuelta. ¡No lo consiento! Un vencido, un pobre vencido no merece tal

pleitesía.

Don Beltrán. Es que la última vez que estuvo usted aquí se llevó un gabán que no era suyo.

Revuelta. ¿Yo?

Don Beltrán. ¡Usted!

Revuelta. ¡Calumnia, que algo queda!

Don Beltrán. Algo, sí; pero el gabán se fué para siempre.

Revuelta. *Con melodramática risa.* ¡Ja, ja, ja! El infeliz se había vuelto loco. ¡Ja, ja, ja!

Vase por el recibimiento, vigilado por don Beltrán, que no le quita ojo, no obstante la locura.

A poco aparecen por la izquierda del foro Serafina y el General.

General. Bueno, amiga mía, que cumpla usted muchos tan hermosa. Y digo tanto, porque más no cabe en lo posible.

Serafina. ¡Válgame Dios! ¡Cómo me lo ha puesto a usted el *Soberano*!

General. ¿Qué soberano?

Serafina. ¡El coñac!

General. ¿El coñac? Pero ¿acaso es nuevo que yo admire rendidamente su belleza? ¡Sobre que el coñac es para mi agua de limón! A usted le consta.

Serafina. ¡Ja, ja, ja!

General. Adiós, Serafina.

Serafina. Adiós, Maximiano. Y no abuse del agua de limón.

General. ¡Ja, ja, ja! *Se miran. El General no se decide a partir. Y de pronto, con ímpetu, exclama:* ¡Vaya! ¡Que se lo digo a usted!

Serafina. ¿Qué? ¿Que me adora?

General. ¡Eso por sabido se calla! Pero se me ha metido en la cabeza que usted no quiere que la deje hoy sin confiarme antes no sé qué cosa.

Serafina. ¿Ah, sí?

General. ¡Sí!

Serafina. ¿Y a mí que se me figura que es al revés; que es usted el que no se quiere marchar sin decirme algo que le bulle en el cuerpo?

General. ¡Pues ha acertado usted, Serafina! ¡Ésa es la verdad! ¡Yo tengo que hacerle a usted una declaración!

Serafina. ¿Otra?

General. De muy distinta índole. Y quizá porque tantas veces le he dicho que el afecto que usted me inspira no se contiene en los límites de la amistad, ha nacido en mí este deseo.

Serafina. No me alarme usted, Maximiano.

General. Serafina, yo soy un hombre tosco, rudo.

Serafina. Conmigo nunca, General.

General. En el fondo, sí, Serafina, Mi cultura, mis aficiones literarias podrán darme en algún momento un barniz de finura social; pero en las ocasiones decisivas ese barniz se resquebraja y se cae, y asoma en mí por encima de todo lo que soy netamente: un viejo soldado, más curtido en las crudezas de los campamentos militares que en las blanduras de los salones.

Serafina. No entiendo, amigo…

General. *Acercándosele y vibrando de cólera.* Si necesita usted una mano de hierro que abofetee un rostro, aquí está la mía.

Serafina. *Confusa y sin poder tomarlo a broma.* Pero ¿qué dice? Pero ¿qué me dice?

General. Si necesita usted una espada que le atraviese el pecho a un señorito pervertido, esta mano sabe tenerla.

Serafina. ¡Ave María!

General. Si quiere usted que cambie cuatro balas con alguien que la haya ofendido, cuatro son pocas: ¡cuatrocientas estoy pronto a cambiar!

Serafina. Pero yo… pero ¿por qué he de querer yo…?

General. Serafina, yo no sé, en fin de cuentas, si le he debido decir a usted todo esto que le he dicho; pero dicho queda. A sus pies.

Serafina. ¡Le ha dado a usted bélica, Maximiano!

General. A sus pies, Serafina. Venerándola siempre. Y no es el coñac: es el corazón. *Se retira por el recibimiento.*

Serafina. *Estallando.* Pero ¿qué es esto, Madre mía? ¿Qué aire de deshonra vuela por Madrid y ya entra en mi casa?

Por donde se marcharon vuelven en este instante Polonia y Coquita, que se despiden.

Polonia. Te buscábamos para decirte adiós.

Serafina. ¿Os vais?

Polonia. Sí: un ratito de tiendas.

Serafina. A seguir el tijereteo, ¿no?

Coquita. ¿Qué hacer?

Polonia. Es la sobremesa, que se prolonga.

Serafina. Pues id con Dios.

Polonia. *Compungida.* Felicidades otra vez.

Serafina. ¡Con qué cara lo dices, Polonia!

Coquita. ¡Pobre Serafina!

Serafina. ¿Tú también? ¿Por qué he de ser pobre? Cumplir años no es una desgracia. Lo malo es no cumplirlos.

Coquita. Eso sí.

Serafina. Que os divirtáis mucho. ¿Vas mejor de tus piernas, verdad?

Polonia. Sí; no sé por qué, pero cuando voy de tiendas me alivio.

Serafina. Y entonces será tu marido el que se queje.

Polonia. ¡Seguro!

Coquita. ¡Ja, ja, ja!

Acompañadas de Serafina se retiran por el vestíbulo, y aún se las oye hablar alejándose.

Instantes después vuelve Serafina, seguida de Tato.

Serafina. Anda, hombre; pasa dos minutos siquiera. ¿Tanta prisa traes?

Tato. Visita de médico. Pero de médico cuando ha dado ya al enfermo de alta.

Serafina. Siéntate un instante.

Tato. Gracias, Serafina. No quiero detenerme. No he venido más que a decirle adiós.

Serafina. Beatriz no está en casa.

Tato. Ya lo sé; por eso he venido a esta hora.

Serafina. ¡Qué pena me da oírte!

Tato. Gemela de la mía. No hablemos de ello.

Serafina. ¡Mi cuento soñado se destruyó! ¡Qué pena!

Tato. No me lo repita usted, que no podré oírla sin lágrimas. Y no quiero; no quiero.

Serafina. Yo tampoco. ¿Adónde te vas?

Tato. A América. Mi carrera, por fortuna, me permite alejarme de aquí. Aquí… Han pasado cosas… Cuando un hombre se enamora como yo de Beatriz y sufre un desdén constante, agresivo… y ve además lo que yo estoy viendo…

¡Vaya, que no quiero hablar, Serafina! Quede usted con Dios.

Serafina. Pero, ven acá, Tato, criatura… no me alarmes… ¿Qué es lo que estás viendo… además del desdén?…

Tato. Pues estoy viendo que ella quiere a otro… que otro me la ha quitado… que no la merece… que es engañoso… que es indigno… que… que… Nada; nada más. Usted me perdone. No es despecho; es cariño desesperado; es pena infinita. Adiós; adiós. Ya escribiré a usted más tranquilo.

Serafina. Pero, Tato…

Tato. Mi entereza, que era casi una cólera sorda, se ha deshecho al entrar aquí. Si soy ridículo, no me importa serlo.

Serafina. ¿Ridículo? ¿Por qué? No se es nunca ridículo cuando se sufre, cuando se llora. Y tú estás llorando.

Tato. ¿Y usted también?

Inopinadamente aparece Beatriz, que llega de la calle.

Beatriz. ¡Tato!

Tato. ¿Eh? *Hondamente contrariado al verla.* ¡Beatriz!

Serafina. Viene de despedida.

Beatriz. Sí; ya sé. ¿Dejas el Ministerio?

Tato. Sí.

Beatriz. ¿A América?

Tato. Sí.

Beatriz. ¿A qué punto de América?

Tato. ¿Qué te importa? Lejos. Adiós, Serafina.

Serafina. Adiós, hombre.

Tato. Adiós, Beatriz.

Beatriz. Adiós.

Vase Tato tragando sus lágrimas.

Serafina. ¡Pobre muchacho! Un nudo lleva en la garganta.

Beatriz. Sí… llorando va…

Serafina. ¡Como a mí me deja!

Beatriz. ¿A ti?

Serafina. ¡A mí, sí! ¡Y los dos lloramos por lo mismo!

Beatriz. ¿Por lo mismo, dices?

Serafina. Sí, Beatriz, por lo mismo; por ti, por tu desgracia, por tu locura, ¡por tu crimen!

Beatriz. ¿Qué?

Serafina. ¡Basta ya! ¡Aquí han acabado las ficciones y los disimulos! ¡De hoy no pasa; de esta hora no pasa que las dos hablemos! ¡No pasa de este instante!

Beatriz. *Turbadísima.* ¿De este instante?…

Serafina. ¡Sí! Me duelen los oídos de escuchar insidias venenosas; la frente me arde, me estalla el corazón… ¡No duermo, no vivo!

Beatriz. *Rindiéndose, al cabo, conmovida ante la actitud de su madre.* ¡Ay! ¡Yo tampoco!

Serafina. ¿Tú tampoco, verdad?

Beatriz. ¡Porque me duele todo por ti y por mí!

Serafina. ¡Estamos iguales! ¿Lloras ya, hablas ya, confiesas ya? ¡Todo el mundo viniendo a esta casa a contarme apuros y cuitas, y yo prestándoles atención, y mi hija escondiéndome sus dolores porque yo no los oiga!

Beatriz. ¡Y éste sí que es dolor, mamaíta! ¡El de padecer en silencio, reprimiendo gestos y palabras, comiendo de las propias carnes antes que lanzar siquiera un gemido! ¡Éste sí que es dolor! ¡Dichosos los que vienen a ti con los

suyos, porque hablando de ellos se descargan! ¡Hablan por egoístas y por humanos; gritan porque el dolor los desespera, pero hablan y gritan! ¡Lo terrible es beberse el llanto que se oculta; lo terrible es el silencio obligado, es el tormento de arañarse las carnes a solas por no querer hablar! ¡Este sí que es dolor!

Serafina. Y ¿a quién culpas de ello?

Beatriz. ¡A nadie más que a mí! ¡Por eso es más grande mi amargura!

Serafina. ¡Pero no lo es mayor que la mía! Tu silencio, que encubre una vergüenza, porque si no no habría existido, es para mí más amargo que todas las hieles. ¿Qué has hecho, Beatriz? Lo que has hecho lo has hecho contra cuanto has podido aprender al lado mío; contra mis prevenciones, contra mis súplicas, contra mis lloros. El dolor que padezcas, tú te lo has buscado. Pero a mí, ¿por qué se me castiga? ¿Qué hice yo por ti sino prevenirte y protegerte? ¡Mira tú lo que has hecho conmigo!

Beatriz. ¡Mamá!

Serafina. ¡Tener un nombre inmaculado, un orgullo de casta, una tradición familiar, una casa bendita por todos, y que de pronto una mujer liviana —¡hija mía! — manche el nombre y deshonre la casa!

Beatriz. *Corriendo a ella.* ¡Mamá!

Serafina. *Rechazándola.* ¡No te acerques a mí!

Beatriz. ¡Es que quiero darte los besos y las caricias que te debo!

Serafina. ¡Pues ahora no los quiero yo!

Beatriz. ¿No?

Serafina. ¡No! ¡Hasta que hablemos, no!

Beatriz. Pero ¿podré yo hablarte, mamaíta?

Serafina. Es tu deber.

Beatriz. ¿Y si no pudiera cumplirlo?

Serafina. Yo te ayudaré, que es el mío. Ábreme ya tu alma, mírame; mírame a los ojos. *Beatriz baja los suyos.* ¡Mírame a los ojos, te digo! ¿No te miro yo a ti?

Beatriz la mira. Antes que nadie sé lo que te sucede; ¡antes que nadie! Pero he querido ser la última en creerlo. La sospecha vivía conmigo; dormía conmigo. Pero yo me aterraba y huía de ella, como un enfermo que se resiste a saber su mal; que no quiere saberlo. *Hija y madre, los ojos de la una en los de la otra, temen la confesión. Tras un silencio, ésta le pregunta a aquélla, con voz trémula:* ¿Tienes un hijo? *Beatriz baja la cabeza, sin palabras.* ¿De ese hombre? Y te ha abandonado, ¿verdad?

Beatriz. *Con angustia desesperada.* ¡Sí!

Serafina. *Lo mismo.* ¡Ay, que es verdad, que es verdad!

Beatriz. Pero ¿no lo sabías?

Serafina. Pero ¿y oírlo de tu boca? ¡Me muero! ¡Me muero!

Beatriz. ¡No!

Serafina. ¡Sí! ¡Y eres tú quien me mata! *Procurando rehacerse.* ¿Cómo caíste y por quién caíste, hija mía?

Beatriz. ¿Sabré yo explicártelo? ¿Sabré yo cómo fué? Inconscientemente, aturdida… ciega… tomando, sin pensar, la vida como una burla, como una diversión, como una fiesta… Y una fascinación de ese hombre sobre mis sentidos y mi alma, que me rendía a su gusto, que me robaba fuerzas, voluntad, conciencia de mí misma… No sé qué locura suave me trastornaba junto a él… ¡Hasta que el grito de otra vida me ha vuelto a la razón!

Serafina. Y ¿qué ves al cobrarla? La luz de esa razón, ¿qué te dice?

Beatriz. ¡Que la vida, lejos de ser un juego, es un martirio, y que ese hombre… ese hombre…! *El llanto le corta la palabra.*

Serafina. ¡Ese hombre ha huido como un ladrón!

Beatriz. ¡Lo que nunca pensé, mamaíta!

Serafina. ¡Lo que yo temí siempre! ¡Pues hay que buscarlo!

Beatriz. ¡No!

Serafina. ¿Que no?

Beatriz. ¡Que no!

Serafina. ¿Y tu nombre?

Beatriz. ¡No me importa mi nombre!

Serafina. ¿Qué dices? ¿Y tu casa?

Beatriz. ¡No me importa mi casa! ¡Ahora no me importa más que mi hijo! ¡Esa vida que se ha labrado en mis entrañas, entre zozobras y temores, entre silencios angustiosos, y que ha venido a hacerme ver lo que vale la mía!

Serafina. Y ¿no te enseña al mismo tiempo lo que ésa tuya vale para mí?

Beatriz. ¡Mamá!

Serafina. ¡No te acerques!

Beatriz. Pero ¿todavía no me perdonas, y me estás oyendo?

Pausa.

Serafina. ¿Cuándo nació tu hijo? ¿Cómo y dónde?

Beatriz. En setiembre… en París… en los arrabales de París… ¿Te acuerdas de aquella buena mujer que sirvió en casa…?

Serafina. ¿Martina?

Beatriz. Sí; Martina…

Serafina. ¿Que se casó con un mecánico francés?

Beatriz. Justamente. Viven con modestia, pero tranquilos. ¡Tranquilos! A unos kilómetros de París tienen una casa de campo… Allí me refugié, allí me ampararon cuidadosamente… y allí nació mi hijo. Y allí está.

Serafina. ¿Allí está? ¡Escondido como una vergüenza lo que pudo ser gloria de esta casa! ¡Qué espanto!

Beatriz. ¿Espanto dices? Pues si esto es como un castigo a mi falta, aún hay más.

Serafina. ¿Más todavía? ¿Qué más puede haber?

Beatriz. Que mi hijo está enfermo… está grave…

Serafina. ¿Eh?

Beatriz. Acaso se muere…

Serafina. ¡No!

Beatriz. ¿No, verdad? Todas las mañanas, por el teléfono de Roquita Hidalgo, ahí enfrente, hablo con Martina. ¡Y hoy he sabido esto! Ahora, a las cinco, volverá a llamarme. Compadéceme tú.

Serafina. Compasión, sí, compasión… Es lo primero que mereces. Pero hay en mí un mandato de dignidad que me lo estorba todo… Se me incendia la cara de un rubor que no he sentido nunca; se crispan mis manos, que hubieran querido abofetearte. ¡Pero a la vez se llena la boca de besos que te quisiera dar! *A un movimiento de su hija.* ¡No, Beatriz, no! ¡Sé ahogarlos lo mismo que si fueran blasfemias! Compréndeme, ya que has recobrado el juicio. ¡Bien cumplo mis años! ¡Bien los cumplo! *Yendo hacia el foro.* ¡Que me aconseje Dios! Beatriz, deja a tu madre ahora… y vete a saber de tu hijo.

Beatriz. ¡Sí!

Serafina se aleja por el fondo y Beatriz, impetuosamente, por la puerta del recibimiento.

Queda la escena sola. Instantes después reaparece Serafina, tal vez arrepentida o pesarosa de su severidad, y se encamina hacia el vestíbulo, como si quisiera seguir el rastro de su hija. La detiene Tula Castellar, que llega de la calle muy contenta.

Tula. ¡Serafina!

Serafina. ¡Tula! ¿Has visto a Beatriz?

Tula. Sí: por la escalera, desde el ascensor. Iba escapada. Ella no me ha visto. ¿Tú recibiste mi cartita?

Serafina. Sí. Muchas gracias, mujer.

Tula. ¡Por Dios! Te deseo mil años de felicidades. Tú sabes que soy de las

buenas buenas amigas que tienes. ¿Leíste la posdata?

Serafina. ¡Claro!

Tula. Y ¿qué te ha parecido?

Serafina. Nada nuevo.

Tula. ¡A quien se le cuente!… ¡Qué fenómenos éstos del matrimonio! El mes pasado tirándonos los trastos a la cabeza, y ahora haciendo comiditas a diario, como los chicos. ¡Otra luna de miel! ¡No tienes idea de lo tontísimos que estamos los dos! ¡Si nos hubieras visto esta mañana partir un tocinito del cielo, nos das de azotes! ¡Ja, ja, ja! Con tu permiso le voy a llamar por teléfono. Ahora está en un consejo de administración y se ríe mucho de estas sorpresas mías.

Serafina. Ve donde quieras.

Tula. ¿Qué te pasa a ti? ¿Te pasa algo?

Serafina. ¡Ay, Tula!

Tula. ¿Qué te pasa?

Serafina. Mi hija…

Tula. ¡Ah! No me hables: los novios. Temblando estoy de que la mayor mía cumpla quince años. Doce tiene y ya me da disgustos con los mocosos que la rondan. ¡Cosas de la vida! Voy a escape, no se acabe el consejo y se vaya ése. *Márchase por la izquierda del foro.*

Serafina. Sí, sí.

Serafina, entre indignada y atónita, la mira ir en silencio. Luego, postrada, se sienta con melancolía. Hasta ella llegan las frívolas palabras de Tula hablando por teléfono con su marido, y su rostro refleja los mudos comentarios que le sugieren.

Tula. *Dentro, al teléfono. Allô? Allô?* —Dígale al Ingeniero-director que se ponga al aparato un instante. —Su señora. —Su señora, sí. —Gracias. —Muchas gracias. *Pausa. El Ingeniero-director acude en seguida.* ¿Eres tú, bobito? —Te he conocido antes de llegar: en la respiración. —¿Estás bueno, eh? —Yo, encantada… Sí. —Sí. —Sí, sí. —Que sí; que sí. —Lo que quieras. —Como quieras. —Cuando quieras. —Yo misma encargaré la mesita. Por este teléfono, sí. —Hasta ahorita,

entonces. —Adiós. —Adiós, pichón. —Adiós. —Adiós.

Se oye un beso. Un momento después llama a un restaurante. —Allô? Allô?

Sale por la puerta de la izquierda don Remigio, que va a la calle remozado y hecho un figurín.

Don Remigio. *Allô?* ¿Quién dice *allô*?

Serafina. Tula.

Don Remigio. ¡Ah! Y tú ¿qué tienes? Cansada, ¡claro! Estas comilonas extraordinarias son siempre un palizón. Sólo por ellas son terribles los cumpleaños. Como si la gente quisiera acabar con uno para que no cumpliese más.

Tula. ¡Vaya! No contestan.

Don Remigio. Y yo no he visto una mujer más simple ni más majadera que esa Polonia. ¡Se cree que nadie ha tenido un cólico más que ella! ¡Qué pretensiones! Y he pasado yo tres añitos… ¡No me quiero acordar! ¿Qué es eso? ¿No me escuchas?

Serafina. *Levantándose y abrazándolo llorosa.* ¡Ay, hermano!

Don Remigio. ¿Eh?

Serafina. ¡Ay, hermano! ¡Lo que me queda que sufrir en la vida!

Don Remigio. ¿Pues? ¿A qué viene ahora eso?

Serafina. ¿No sabes?… Beatriz…

Don Remigio. De Beatriz no me hables, Serafina. Te he dicho mil veces que es loca. Loca, loca. Y yo me he curado ya el hígado y no es cosa de que la sobrinita vaya a estropeármelo otra vez. No me hables de Beatriz.

Reaparece Tula.

Tula. Inútil. Cuando el teléfono se niega… Iré yo en persona. ¡Hola, Remigio!

Don Remigio. ¡Tula!

Tula. ¡Qué bien está usted! ¡Es otro hombre!

Serafina. No lo creas: es el mismo.

Don Remigio. ¡Usted sí que es la misma mujer! ¡Siempre bella, siempre perfumada!

Tula. Gracias, Remigio. ¿Va usted a salir?

Don Remigio. A tomar el aire un poquito.

Tula. ¿Me acompaña usted a *Tedeum*?

Don Remigio. ¿A *Tedeum*?

Tula. ¡El *restaurant* de moda! Voy a encargar una mesita para la merienda.

Don Remigio. Pues sí la acompaño, con mucho gusto.

Tula. *Despidiéndose de Serafina.* Adiós, princesa. Mil y mil y mil felicidades otra vez. ¡Mil y mil!

Serafina. Gracias, Tula.

Tula. ¿Vamos, Remigio?

Don Remigio. Vamos. Hasta luego, hermana.

Serafina. Hasta luego, hermano.

Don Remigio. No conozco yo ese *restaurant*…

Tula. ¡Ah! pues está de moda. Se llena a rebosar por las tardes. De público *bien*. Tiene todas las condiciones: bajo de techo, ahogado, sin sitio apenas para las mesas… ¡pero cómo sirven! Tardan mucho en servir, ¡pero cómo sirven! Todas las condiciones.

Don Remigio. Pues no lo conozco. *¡Tedeum! ¡Tedeum!* El nombrecito… la verdad…

Y se marcha por el recibimiento con Tula, charlando alegremente.

Serafina. *Cuando se queda sola exclama, con profunda tristeza:* ¡Ni me escucha la

amiga, ni quiere oírme el hermano!… ¡A mí, que me pasé la vida escuchando a todos, no me escucha nadie en esta hora!

Don Beltrán, que acechaba desde su despacho el momento oportuno, aparece por el recibimiento y le dice: ***Don Beltrán****. Sí, Serafina, alguien la escucha a usted.*

Serafina. *Sorprendida.* ¡Beltrán!

Don Beltrán. Yo la escucho a usted, Serafina. Y ¡cómo la escucho!

Serafina. ¡Ay, Beltrán, ahora me toca a mí decirlo! ¡Para mal, el mío!

Don Beltrán. Pero ¡con cuánta verdad lo dice usted!

Serafina. ¡Para mal, el mío!

Don Beltrán. Pues yo conozco bien ese mal, amiga, y quiero compartirlo generosamente. Dar oídos a quien de veras sufre es partir el dolor. En la vida hemos de buscar un alma compañera con quien comunicarnos, o la vida se convierte en odioso monólogo. Pero sólo escucha quien es capaz de teñir su alma del matiz que tiene el alma ajena. Sólo escucha, en rigor, quien quiere.

Serafina. Y ¿qué sabemos, en verdad, de quién nos quiere, amigo mío?

Don Beltrán. Sí lo sabemos, sí. Tenemos medios de presumirlo… de adivinarlo… ¿Es que acaso no nos lo revela una invencible turbación junto a la persona querida, unas palabras temblorosas, un no acertar a dirigir nuestros ojos…?

Serafina. *Sonriéndole bondadosamente.* Pero, amigo, ¿qué dice usted? ¿Qué va usted a decirme?…

Don Beltrán. No, sino lo que ya le han dicho tantas veces mi timidez y mis silencios…

Serafina. ¡Calle, calle, por Dios bendito! Continúe silencioso…

Don Beltrán. ¡No puedo ya!… El dolor presente de usted me da ánimos…

Serafina. ¡Calle, calle…!

Don Beltrán. Pero ¿he callado poco, Serafina? Y ¿no ha pensado usted nunca en cuánto he callado? ¿No tengo ahora el deber de decirle…?

Serafina. No, no, Beltrán… no tiene usted deber ninguno. ¡Jesús, qué cosas! Hoy he de oír de todo, por lo visto… *Extremando la afabilidad, sin querer herirlo ni disgustarlo.* No se ponga usted triste… Ni me mire con esos ojos, que no quiero reír… ¿Quién llega?

Don Beltrán. Nadie.

Serafina. Sí, sí; alguien llega. ¿Es mi hija? *Va hacia el vestíbulo.*

Don Beltrán. *Entre sí.* (¡Esta Serafina adorable me va a dar unas calabazas melancólicas como para mí solo! ¡Y es que quizá sea éste el único día que no he debido hablarle!).

Beatriz. *Gritando, en el recibimiento, con alegre ternura.* ¡Mamita! ¡Mamita!

Serafina. Aquí estoy.

Beatriz. ¡Vengo muy contenta! ¡Muy contenta! ¡Ahora, que quieras que no, te como a besos! ¡Guapa, reguapa! ¡Buena, rebuena!

Serafina. Quita, loca, quita…

Beatriz. ¡Bésame tú también, por tus ojos! ¡Vas a alegrarte mucho conmigo! ¡Te voy a compensar del mal rato de antes! ¡Mi hijo está bueno ya! ¡Mi hijo está a salvo!

Serafina. ¿Hablaste con Martina?

Beatriz. No.

Serafina. ¿Con quién, entonces?

Beatriz. ¡Ay! ¡ay!

Serafina. ¿Con quién?

Beatriz. ¡Con Josecho!

Serafina. ¿Con Josecho, dices?

Beatriz. ¡Sí, con Josecho: con ese demonio, a quien yo quiero como si fuera un santo!

Serafina. ¡Jesús! ¡Jesús!

Beatriz. ¡El mujeriego, el libertino, el traicionero, el engañador, está ahora clavado a la cabecera de la cama de nuestro hijo! ¡El hijo va a juntarnos allí! ¡Y desde allí me grita, y me llama, y me espera: y esta misma noche, mamaíta, preciosa, guapa, encanto mío, esta misma noche salgo para París!

Serafina. ¿Eh?

Beatriz. ¡Salgo para París! ¡Esta noche, esta misma noche! Don Beltrán, abra usted la bolsa: ¡el último sablazo! ¡Esta noche! ¡Esta noche! ¡Voy a hacer la maleta! *Éntrase por la puerta de la izquierda, saltando y gritando.*

Serafina. ¿Ha visto usted, Beltrán? ¡El hijo! ¡Todo lo ha hecho el hijo! ¡Y sólo en él piensa! ¡Qué triste lógica tiene la vida! Yo, ya, apenas le importo…

Don Beltrán. En cambio…

Serafina. Amigo y confidente de tantos años, no tiemble usted más en presencia mía. Conservemos nuestra pura amistad, enfrenando los dos esta indudable simpatía que nos acerca…

Don Beltrán. *Con un rayo de sol en la cara.* ¿Eh?

Serafina. Silencio. No quiero ligarme a un nuevo afecto ya tardío, por noble que se nos antoje, que pueda desviar a mi corazón del que hoy es su único camino. Casaré a mi hija cristianamente, y seguiré luego en mi papel de paño de lágrimas. Pero no esperaré a que el dolor o la miseria llamen a mi puerta, sino que iré a buscarlos. Visitaré tugurios, prisiones, hospitales… Y a todo el que me diga: «¡Para mal, el mío!», yo le diré, contenta: «¡Cuéntamelo a mí, que quizá yo pueda consolarte!».

Y al mismo tiempo que don Beltrán parece que se apaga, ella resplandece con nueva luz.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, diciembre, 1934.

MARTES, 13

COMEDIA EN TRES ACTOS
(EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS)

Estrenada en el **Teatro Eslava** el 20 de abril de 1935

A JOSÉ MANUEL DE PUELLES

espíritu generoso y culto, en prenda de

buena amistad y en recuerdo del cordial

afecto que nos unió a su padre,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES ACTORES Elisabeth. Josefina Díaz de Artigas. Doña Inocencia. Amparo Astort. Aurorina. Montserrat Blanch. Doña Nicasia. Julia Pachelo. Doña Sol de Toledo. Clara Luz. Porfiria Sanchís. Mirta. Luisita Jerez. Dionisio. Manuel Collado. Don Ángel Roncal. Ricardo Juste. Tinoco. Luis Manrique. Restituto. Alfonso R. Candel. Antero. Delfín Jerez.

MARTES, 13

ACTO PRIMERO

Estancia caprichosa e irregular de la casa donde vive en Madrid Dionisio Aladares, célebre escritor humorista. Sendas puertas laterales en los primeros términos: la de la derecha del actor conduce al recibimiento y la de la izquierda a las habitaciones de Dionisio. En ángulo con la de la derecha, de frente al público, dos o tres peldaños, sobre el último de los cuales se abre la amplia puerta vidriera de una alegre terraza. Un chaflán a mitad de la escena forma hacia la izquierda gracioso rincón, cerrado al fondo por artística cortina de dos paños, que dejan ver, al entreabrirse, otras habitaciones de la casa. En el chaflán, una ventana, con vidriera también. Al pie de ella, una butaca. Muebles sencillos, de buen gusto. Un reloj. Algunos cuadros.

Es por la mañana, en abril.

La escena está sola. Luego, por la puerta del recibimiento, salen Restituto, criado joven, vestido de americana negra, y don Ángel Roncal, viejo médico, jovial y campechano.

Restituto. Pase usted, doctor, pase usted.

Don Ángel. Santos y buenos días, muchacho. ¿Quién quiere morirse en esta casa?

Restituto. Nadie, que yo sepa, doctor.

Don Ángel. Pues ¿por qué se llama al médico entonces? No será por el gusto de saludar al vecino de al lado. ¿Quién es la enferma? ¿Doña Inocencia? ¿Doña Nicasia?

Restituto. Doña Nicasia está en Fortuna, en los baños.

Don Ángel. ¡Es verdad! ¡Si nos despedimos!

Restituto. Y doña Inocencia vendrá ahora.

Don Ángel. ¿El mal, por lo visto, anda en la cocina?

Restituto. No, no, señor: a la cocinera no la parte un rayo. La sisa no ha hecho daño nunca. Es el señorito el que lleva unos días desquiciado, rarísimo.

Don Ángel. ¿Es posible? ¡Un hombre que vende salud! Serán nervios… intelectuales del humorista insigne.

Restituto. Puede ser. Pero ya sabe usted lo que son estas dos señoras en cuanto al señorito le duele una uña.

Don Ángel. ¡Y aunque no le duela ni lo diga! ¡Hay entre ellas una edificante competencia de mimos y ternuras pará él!… Realmente tu amo es un humorista de lo fino.

Restituto. ¿Por qué lo dice usted, doctor?

Don Ángel. A ver si me citas otro ejemplo: ¡un hombre dos veces viudo y que vive con sus dos suegras juntas, en el mejor de los mundos posibles!

Restituto. Pues además hay que estar en la casa para darse cabal idea. Las dos le adivinan los pensamientos. Y cuando se queda una sola, como ahora, se desvive. Y la otra, desde los baños, no para de escribir dando consejos, para que no se olvide nada. Y a ésta de aquí hay que oírla: «¡Qué ganas de escribir tonteras! ¡Ni que lo quisiera ella más que yo!».

Don Ángel. ¡Ja, ja, ja!

Restituto. ¡Pero lo grande, señor, es que las dos están soñando con que él vuelva a casarse!

Don Ángel. ¡Será para ver si también se trae a la otra suegra y juegan al tresillo!

Restituto. ¡Ja, ja, ja!

Don Ángel. La tradición de la suegra arisca y regañona se rompe en esta casa. Tal vez porque son dos… y fuerzas iguales se destruyen.

En esto, por entre las cortinas, aparece doña Inocencia, señora de buen ver, tierna como un flan y amable como una sonrisa. Viene muy afectada.

Restituto se vuelve al vestíbulo.

Doña Inocencia. Buenos días, don Ángel.

Don Ángel. Dios la guarde, doña Inocencia. Pero ¿qué carita de pena es ésa?

Doña Inocencia. Siéntese usted, siéntese usted.

Don Ángel. ¿Qué ocurre?

Doña Inocencia. ¡Ay, Dios mío! Llevo tres noches que no pego un ojo. Y esta vez no son niñerías, como usted las llama.

Don Ángel. ¡Veremos!

Doña Inocencia. Nicasia se marchó a Fortuna, y a mí me coge sola esta novedad. ¡Con lo que yo quiero a ese hijo! La simple de Nicasia me escribe a diario recomendándomelo. ¡Cree que lo quiere más que yo!

Don Ángel. En eso rivalizan ustedes; esta es la verdad.

Doña Inocencia. Pero ¿cómo ha de quererlo la madre de la primera mujer —se casaron a los veinte años; eran dos criaturas— como la madre de la segunda, doctor? Mi hija lo adoraba, y yo vivo a su lado mimándolo por ella y por mí.

Don Ángel. Pero, bueno, doña Inocencia: todo eso me lo sé de memoria. Vamos al grano, si lo hay, antes que yo me inquiete. ¿Qué le pasa a ese afortunado mortal?

Doña Inocencia. ¡Ay, don Ángel! Para una madre, aunque sea suegra, como yo, es esto muy duro. A mí me parece que ha perdido el juicio.

Don Ángel. ¡Ave María Purísima!

Doña Inocencia. Que lo ha perdido… o que está a punto de perderlo. ¡Tanto escribir… tanto inventar historias!… Se pasa las noches, como don Quijote, leyendo… ¡y casi siempre libros en inglés!

Don Ángel. ¡Bah, bah, bah!

Doña Inocencia. No, no; no empecemos con el ¡bah, bah, bah!

Don Ángel. ¡Pero si yo lo he visto hace cuatro días en su entero juicio! ¿De dónde saca usted…?

Doña Inocencia. ¿Que de dónde lo saco? De vivir a su lado; de no perderle movimiento. ¿Usted sabe? Mire usted, don Ángel: se pasea por toda la casa muy nervioso, dando unas zancadas como nunca; de pronto se para y suelta una carcajada estridente: ¡ja, ja, ja! La sangre se hiela de oírlo. Pone el vello de punta. A

lo mejor tira por alto el libro que lee y grita, furioso: «¡No me entero de una palabra! ¡Se me ha ido el cerebro!». ¡Se le ha ido el cerebro! A veces estamos en la mesa comiendo tranquilos y le oigo decir entre dientes: «¡Idiota!».

Don Ángel. ¿A quién se lo llama?

Doña Inocencia. ¡Cualquiera lo adivina! ¿No es todo esto para alarmarse?

Don Ángel. Para alarmarse por usted; sí, señora.

Doña Inocencia. ¿Cómo?

Don Ángel. Porque tan grave como la locura es la tontería.

Doña Inocencia. ¿La tontería?

Don Ángel. ¿Él sabe que usted me ha llamado?

Doña Inocencia. Sí, señor; se lo he dicho… con un pretexto.

Don Ángel. ¡Pues que venga inmediatamente!

Doña Inocencia. Doctor, no sea brusco conmigo, que me ahogo.

Don Ángel. ¡En almíbar! Que venga, que venga ese hombre y hablaremos. Pero que venga solo. Quédese usted allá.

Doña Inocencia. Sí, señor, sí. ¡Nadie comprende este cariño! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Don Ángel. *Estallando.* ¡No hay paciencia ni educación que basten! ¡Quince enfermos que esperan mi visita; la clínica luego; la cátedra después… y quiere este merengue de fresa que la oiga sin impacientarme! ¡Vamos! ¡vamos! *Se sube a la terraza a respirar libremente un poco.*

Instantes después sale de sus habitaciones Dionisio. Viste un trajecillo peculiar de trabajo.

Dionisio. ¿Doctor? ¿Don Ángel?

Don Ángel. *Dejando la terraza.* ¡Aquí estoy, escritor ilustre!

Dionisio. *Echándole un brazo por los hombros.* Conste que yo no soy

responsable de este aviso tan intempestivo.

Don Ángel. No me lo cuentes; huelga la disculpa. Con todo, doña Inocencia me ha dicho que tú conocías…

Dionisio. ¡La he dejado hacer, por no oírla! ¿Usted sabe lo que es una suegra cariñosa? ¡No hay cataplasma semejante!

Don Ángel. Pues, mira, en medio de todo, y ya que me hallo aquí, no siento haberte visto, porque te encuentro paliducho, excitado… inquieto…

Dionisio. ¡Y lo estoy!

Don Ángel. ¿Qué tienes? ¿Exceso de trabajo, quizá?

Dionisio. ¡Ni por pienso! ¡Si no cojo la pluma qué sé yo desde cuándo!

Don Ángel. ¿Exceso, entonces, de buena vida?

Dionisio. ¡Quiá! ¡Mi vida actual es de cartujo, don Ángel!

Don Ángel. ¡No estás tú mal cartujo! Pero, en fin, ¿qué te pasa, si es que te pasa algo?

Dionisio. *Con resolución humorística.* ¡Vaya! ¡Se lo voy a decir a usted, ya que lo ha traído por los pelos mi segunda suegra! ¿Usted sabe qué es hoy?

Don Ángel. ¿Cómo que qué es hoy?

Dionisio. Qué día de la semana.

Don Ángel. ¡Ah! Martes.

Dionisio. Y ¿a cuántos estamos?

Don Ángel. A 13, creo.

Dionisio. ¡Bueno! ¡Pues voy a darme la satisfacción de que hoy, martes, 13, una persona de sentido común me llame imbécil a las nueve de la mañana!

Don Ángel. Ya son las nueve y media.

Dionisio. Pues a las nueve y media.

Don Ángel. Y ¿quieres que sea yo esa persona? ¡El portero te hubiera servido perfectamente!

Dionisio. He dicho una persona de sentido común.

Don Ángel. ¡Por eso te he indicado el portero, y no la portera!

Dionisio. *Bruscamente.* Señor don Ángel.

Don Ángel. *Remedándolo.* Amigo Dionisio. *Lo observa un tanto receloso.*

Dionisio. ¿Qué me mira usted?

Don Ángel. Espero a oírte, para llamarte imbécil o no.

Dionisio. Pues va usted a oírme. Aquí tiene usted al escritor famoso, al humorista celebrado, al zumbón, al irónico, al hombre que, según dicen, no se sabe nunca si habla en broma o en serio, que cree a pies juntillas que se va a morir.

Don Ángel. ¡Anda! ¡Como todos los nacidos!

Dionisio. No, no: que va a morirse a plazo fijo, don Ángel.

Don Ángel. ¿A plazo fijo? Y ¿cuándo te vas a morir?

Dionisio. Hoy.

Don Ángel. ¿Hoy, eh?

Dionisio. Justamente hoy.

Don Ángel. Supongo que en esta ocasión el humorista me habla en broma.

Dionisio. Pues supone usted mal: le hablo completamente en serio. Temo morirme hoy, doctor; temo liquidar hoy.

Don Ángel. ¿A que va a tener razón doña Inocencia?

Dionisio. ¿Me quiere usted escuchar un ratito?

Don Ángel. Mucho que hacer me aguarda; pero la cosa vale la pena. ¿Era por esto por lo que deseabas que te llamara imbécil?

Dionisio. Escúcheme usted.

Don Ángel. Es lo menos que merece de mí un caso clínico.

Se sientan.

Dionisio. Yo no sé si le he hablado a usted alguna vez de esta singularidad de mi familia; pero es el hecho que algunos antepasados míos, por una misteriosa fatalidad, han muerto de manera inesperadísima, en tal día como hoy, y al cumplir los treinta y tres años.

Don Ángel. *Zumbón.* ¡Caramba!

Dionisio. Sin ¡caramba!… porque existe un libro de un pariente fraile que trata de este particular. 1871.

Don Ángel. ¡Con la iglesia hemos dado, Sancho!

Dionisio. Esta gracia —el origen de esta gracia— se pierde en la noche de los tiempos. Sin embargo, ya en el siglo dieciséis consta que a don Gil de Aladares, festejando unas bodas, le sacó un novillo el mondongo en la plaza de un pueblo. Y murió el pobrecito dos horas después.

Don Ángel. ¿Y era martes, 13, aquel día?

Dionisio. Y cumplía don Gil los treinta y tres años.

Don Ángel. ¡Se malogró don Gil!

Dionisio. En el siglo dieciocho, a don Baltasar de Aladares le cortó la cabeza el barbero, también al cumplir los treinta y tres años, en martes, 13.

Don Ángel. ¡Qué pícara casualidad! Y ¡qué barbero! ¡Dios nos libre!

Dionisio. En el diecinueve —cito los más salientes: uno en cada siglo—, mi bisabuelo don Adelardo, poeta y escritor, como yo, perdió la cabeza, y con la cabeza todos los versos que en ella incubaba para lo por venir, por el tremendo golpe de una cornisa que se desprendió de la casa donde vivía su novia. ¡Se juntaron ripio y cascote!

Don Ángel. ¿Y claro que era 13 y martes?

Dionisio. ¡Y que el poeta cumplía la edad de Cristo!

Don Ángel. ¡Cristo sea con todos!

Dionisio. Otro murió ahogado en el pozo de un corralón; otro, envenenado por el cigarrillo que le dió una mujer; otro…

Don Ángel. Basta, basta; no sigas. ¿Y ahora te toca a ti?

Dionisio. ¡A ver! ¡Hoy es martes, 13, y anoche he cumplido los treinta y tres años!…

Don Ángel. ¡Ja, ja, ja!

Dionisio. ¡Ah! ¿Se ríe usted?

Don Ángel. Pues ¿qué cabe hacer más que reírse, Dionisio? Dime, dime: de aprensión, de miedo, ¿no se ha muerto ninguno de tus ascendientes?

Dionisio. ¿De miedo?

Don Ángel. De miedo, sí.

Dionisio. Sí, señor: hay de todo en la historia. Hay quien murió de miedo: Don Gundemaro se llamaba. Abuelo político. Lo había callado por decoro de la familia. Fué en época de barricadas; oyó a las turbas pregonar su cabeza; le entró un terror pánico; corrió por la casa a esconderse… en ese lugar innombrable donde todo el mundo entra solo, se encerró para estar más seguro… y allí murió sobre sus laureles.

Don Ángel. ¡Ja, ja, ja! ¿Y era político?

Dionisio. Abuelo político, sí, señor. Fabricante de chocolate. Mi padre, cuando yo era niño y tenía miedo, siempre me decía, para avergonzarme: «¡Morirás como don Gundemaro!».

Don Ángel. Y yo estoy con tu padre, Dionisio: ¡como don Gundemaro vas a morir!

Dionisio. Eso, no; pero sinceramente le declaro a usted, aunque sea grotesco, que a medida que se me ha ido acercando la fecha de hoy, ha ido apoderándose de mí, hasta dominarme, un miedo invencible; ridículo, pero invencible.

Don Ángel. Mira, Dionisio: si todo esto no ha sido más que el tema de un

cuento humorístico del autor de *Superstición*, que has querido probar a mi costa, te perdono el tiempo que me has hecho perder, y siga el buen humor; ¡qué diantre! Pero si me has hablado con sinceridad…

Dionisio. ¡Con sinceridad absoluta!

Don Ángel. ¡Pues entonces mereces que te llame imbécil, no una sola vez, como querías, sino cien mil! ¡Ni qué tiene aquí que hacer el médico! ¡Toda la Facultad de Medicina no puede impedir que a un señor le abra el vientre un novillo, ni que lo degüelle un rapabarbas, ni que el cigarrillo de una mujer lo envenene! ¡Ni en martes, 13, ni en miércoles, 14! Déjate de majaderías, sacúdete el ánimo, vete a almorzar con esa amiga tan guapa de que gozas, disfruta alegremente de tu cumpleaños, y esta noche, cuando yo retorne a casa después de mis visitas y hayan dado las doce, volveré a verte: si te has muerto, descansa en paz; certifico la defunción; pero si no te has muerto, nos beberemos unas copas juntos. ¡Pagadas por ti, naturalmente! ¡Por cretino! ¡Abur! *Y se marcha refunfuñando.* ¡Juegan con mi trabajo… con mi tiempo!… ¡Bah, bah, bah!

Dionisio. ¡Ja, ja, ja! ¡Era de esperar la salida! ¡Era de esperar! Pero ¡que yo haya podido sentir de veras ese miedo! ¡Ja, ja, ja! Ridículo; atrozmente ridículo. ¡Ja, ja, ja!

Riendo así lo sorprende doña Inocencia, que vuelve, y que, es claro, se alarma.

Doña Inocencia. ¿Eh?

Dionisio. ¡Hola, doña Inocencia!

Doña Inocencia. ¿Se ha ido ya el doctor? ¿Qué te ha dicho?

Dionisio. Me ha llamado imbécil.

Doña Inocencia. Pero ¿te ha recetado algo?

Dionisio. Sí: que me vaya a almorzar con el Delegado de Hacienda.

Doña Inocencia. ¿Con el Delegado de Hacienda? ¡Qué cosa más rara! *Lo mira asustadísima, como afirmándose en su temor.*

Dionisio. Sí: dice que me hace falta distraerme…

Doña Inocencia. ¡Vaya una distracción aburrida! ¡Con el Delegado de

Hacienda!…

Dionisio. ¡Ja, ja, ja! ¡Cosa grande es el miedo! ¡Ja, ja, ja!

Doña Inocencia no le quita ojo. Él se pasea riéndose en diversos tonos.

Por la puerta de la derecha sale Restituto.

Restituto. Señor. *Dionisio no lo oye.* Señor.

Dionisio. ¿Eh? ¿Qué?

Restituto. Ahí está el barbero.

Dionisio. ¿Cómo?

Restituto. Que ahí está el barbero.

Dionisio. ¿El barbero?

Restituto. Sí, señor; el barbero.

Dionisio se pone serio repentinamente.

Dionisio. ¡Claro! Es su hora de costumbre. El caso es que hoy no pensaba salir… y me había olvidado… No me ha crecido mucho la barba esta noche, ¿verdad? No se me nota casi. Como soy rubio…

Doña Inocencia. ¿Rubio?

Restituto. No es Julián el que viene; no es el maestro.

Dionisio. ¿Ah, no?

Restituto. Creo que está con la gripe. El que viene es el primer oficial; ese tan decidido… ¡Ese que discute tanto con usted!

Dionisio. ¡Ya! *Se lleva la mano a la nuez instintivamente.* Pues hoy no tengo ganas de discusiones: dile que no me afeito.

Doña Inocencia. ¿Que no te afeitas?

Dionisio. Sí, señora; que no me afeito. ¿Tiene algo de particular? ¿Y si me

dejase la barba?

Doña Inocencia. ¡No, por Dios! Las barbas no se llevan ahora…

Dionisio. *Súbitamente avergonzado de su flaqueza.* ¡Bueno, de esto a pedir tila con azahar no hay más que un milímetro! *Con resolución y energía, que sobrecogen a doña Inocencia y al criado.* ¡Que entre ese hombre!

Restituto. ¿Que entre?

Dionisio. ¡Que entre, sí! ¿No viene a afeitarme?

Restituto. Como el señorito decía…

Dionisio. ¡Pues ahora digo lo contrario! ¡Que entre!

Restituto se va, mirando a doña Inocencia, a modo de mudo comentario de la actitud en que ven a Dionisio. Doña Inocencia, cada vez más firme en sus recelos, se queda al cuidado, yendo de un lado a otro, como si se ocupase en poner bien los muebles y cosas de la escena. Un momento después aparece Antero.

Antero. Buenos días, señor.

Dionisio. ¡Oh! ¡Querido Antero! Buenos días. ¿Qué le pasa al maestro?

Antero. Sus cosas… ¡Nada! Un constipadillo. Lleno de aprensiones que está. No se quiere morir.

Dionisio. ¡Y hace muy bien el hombre!

Antero. ¡Je! El señor siempre tan humorista.

Dionisio. ¡Qué humor ni qué ocho cuartos! No quiere morirse y hace bien.

Antero. Como le han ido a pedir de boca las cosas en la vida… ¡Claro!

Dionisio. *Desconcertándolo.* Siéntate.

Antero. ¿Qué?

Dionisio. Que te sientes.

Antero. Pero ¿no pasamos ahí a…?

Dionisio. Ahora, ahora. Siéntate.

Antero. El señor me manda. *Se sienta tímidamente, un poco sorprendido.*

Dionisio. Aquí; junto a mí. Aquí estarás más cómodo.

Antero. Como guste el señor.

Dionisio. ¿Un cigarrillo?

Antero. Se agradece, señor.

Dionisio. Aunque yo no fumo, me gusta obsequiar a los amigos. ¿No traerás prisa, eh?

Antero. Ninguna.

Dionisio. Vamos a echar un párrafo. ¿Hace buen día?

Antero. Magnífico. De primavera.

Dionisio. Uno de esos días que cantan la alegría de vivir, ¿no?

Antero. Sí, señor, sí: los árboles con los brotes nuevos… el aire lleno de buenos olores… Mujeres hermosas por las calles… ¡Una delicia! Lo que decía el señor: la alegría de vivir.

Dionisio. Y qué, Antero: ¿cuándo nivelamos el mundo?

Antero. ¡Je! No me tire el señor de la lengua… ¡Lo que se ríe el señor conmigo!

Dionisio. No, no; te equivocas. Nunca me río de ti; ¡y muchísimo menos hoy! Siempre te oigo con interés; medito sobre tus teorías igualitarias…

Antero. ¡Que medita, dice! ¡No me tome el pelo el señor!

Dionisio. ¡En la vida, Antero! Tú crees, y estás en tu derecho, y contigo lo está muchísima gente, que llegará un día, tal vez próximo, en que la humanidad sufrirá un cambio brusco, desconcertante; en que habrá una nivelación; en que hasta el último barrendero de la calle tendrá coche propio a la puerta —coche que no sea el de la basura—, mesa regalada, cuarto de baño… para no bañarse… una bodega con excelentes vinos… una dulce amiguita… ¿no?

Antero. ¡Vaya, vaya! No exagere el señor las cosas para divertirse. ¡Cómo ha de tener nunca un miserable barrendero lo mismo que un señor! Cada uno es cada uno. Mi fórmula, con permiso del señor, es la de León XIII: ni unos tanto ni otros tan poco.

Dionisio. ¡Muy bien!

Antero. Y de ahí nacerá lo que yo llamo, con frase que ya es mía, «el día de la compensación social».

Dionisio. A ver, a ver…

Antero. Es muy claro. *Animándose.* Yo no pretendo que esto sea siempre, pero sí un día de cada mes… o lo que se establezca. Porque bien está que durante todo el mes el camarero, pongo por ejemplo, sirva el café con leche al señor; pero ¿por qué, siquiera un día del mes, no ha de servir el señor al camarero?

Dionisio. ¡Bravo! ¡Bravo!

Antero. ¿Es algún disparate?

Dionisio. ¡Ni por pienso! ¡No es ningún disparate! *Se levanta de un salto.* ¿Cómo ha de ser un disparate? ¡Es un acierto lógico! ¡Nada de disparate! Tan no es un disparate —fíjate, Antero—, tan no es un disparate, que hoy, hoy, te afeito yo a ti.

Antero. *Levantándose de otro salto.* ¿Qué?

Dionisio. Que hoy te afeito yo a ti.

Doña Inocencia. ¡No!

Dionisio. ¿Quién ha dicho que no? Mamá suegra, usted es del siglo pasado; usted no entiende de estas reivindicaciones sociales… *A Antero.* ¡Hoy te afeito yo a ti! ¡Este es «el día de la compensación social»!

Antero. *Inquieto; temeroso.* Pero, don Dionisio, no lleve usted las cosas al extremo… Estas son teorías… para una *aurora boreal* aún lejana…

Dionisio. ¡Ca!

Antero. ¡Sí, señor!

Dionisio. ¡No, señor! ¡Déjate de *auroras boreales*! El ambiente está ya propicio… Algún convencido ha de ser el primero. ¡Y yo lo estoy! Obras son amores… Anda, anda; que te voy a afeitar.

Doña Inocencia, en el colmo del susto, le hace a hurtadillas señas a Antero para que no acceda, indicándole que su yerno está loco.

Antero. Pero… pero… don Dionisio…

Dionisio. ¡Yo, desde ahora, en este momento, no soy don Dionisio! ¡Vamos a ver si son verdad tus convicciones! ¡A afeitarse! ¡Y durante el afeitado te diré de usted y tú a mí de tú!

Antero. ¡Je! ¡El señor!… ¡Qué humor tiene siempre!… ¡Las cosas del señor!

Dionisio. ¿Mis cosas? *Invitándolo a entrar por la puerta de sus habitaciones.* Pase usted, señorito; pase usted…

Antero. ¡Pero si usted no sabe afeitar!

Dionisio. ¡Me ensayo con usted! Pase, pase…

Antero. ¡El señor!

Dionisio lo empuja hacia dentro. Antero ríe muy escamado, sin saber si aquello es un sainete o una tragedia. A doña Inocencia se le abren las carnes.

Doña Inocencia. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cuando digo yo que no está en sus cabales! ¿Dónde se ha visto…? ¡Voy a decirle a Restituto que avise a la Casa de Socorro!…

Cuando va a ello, la detiene precisamente Restituto, que llega.

Restituto. Señora.

Doña Inocencia. A buscarte iba yo. ¿Sabes lo que ocurre?

Restituto. ¿Qué ocurre?

Doña Inocencia. ¡Lo más desatinado! ¡Que mi yerno se ha empeñado en afeitar a Antero!

Restituto. ¡Ja, ja, ja!

Doña Inocencia. ¡No te rías!

Restituto. Pues ¿no es de risa el caso, señora? ¡Qué genialidades!

Doña Inocencia. Si no fueran más que genialidades…

Restituto. Pues yo venía a avisarle a usted que ahí está su amiga.

Doña Inocencia. ¿Qué amiga?

Restituto. ¡La de don Dionisio!

Doña Inocencia. ¿Aurorina?

Restituto. Ahí en la terraza la tiene usted.

Doña Inocencia. ¿Tú le habrás dicho que él ha salido?

Restituto. ¡Es lo primero que me previno esta mañana! «¡Bajo ningún pretexto dejes entrar hoy a esa tonta! ¡Hoy no quiero verla ni asado!». Tonta es lo menos que la llama.

Doña Inocencia. ¡Vaya! Menos malo. A ratos tiene rasgos de cuerdo.

Restituto. Pues ella quiere a todo trance hablar con usted. Viene muy asustada, a cuenta de una carta del señorito…

Doña Inocencia. ¡Ay! ¡Ay!… ¿Qué será? Ésta puede aclararnos… Yo no me quedo con la duda. Ve tú al cuarto de baño, y adviértele lo que sucede… ¡Que no vaya a salir ahora! Y vigila aquella faena, ¡no le corte la cabeza a ese pobre hombre! ¡Ay! ¡ay!…

Se va por la terraza.

Restituto. La verdad es que el señorito no rige estos días. ¡Son muchas rarezas! Pasan de la raya. Voy allá. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Simultáneamente vuelve doña Inocencia por donde se fué, acompañada de Aurorina, elegante mujer, cuya cabeza se parece a la del busto de la fábula.

Doña Inocencia. Venga usted, venga usted. Aunque sea un instante, Aurorina.

Aurorina. Sí, un instante; porque yo tengo que buscarlo.

Doña Inocencia. Siéntese usted y descanse un poco, que está muy agitada.

Aurorina. No es para menos. Y con lo que usted acaba de decirme… ¡Que no ha dormido aquí esta noche!…

Doña Inocencia. No; no ha dormido aquí.

Aurorina. Pues ¿dónde habrá dormido?

Doña Inocencia. Eso es lo que no sabemos ni usted ni yo.

Aurorina. Cuidado, doña Inocencia, que no son celos. ¡Estoy muy segura de él! Me adora; me idolatra. La vida amorosa de ese hombre se llama Aurorina. Pero de algunos días a esta parte vengo observando cosas muy extrañas.

Doña Inocencia. ¿Sí, eh?

Aurorina. ¡Muy extrañas! Parece como ausente; como distraído. ¡Como aquel que no está en lo que celebra! Ni en los momentos de intimidad. ¡No está en lo que celebra! ¡Cuando yo se lo digo a usted!

Doña Inocencia. Sí, sí; ya me hago cargo. Pero cuénteme, cuénteme pormenores. Porque yo también estoy muy preocupada…

Aurorina. Sin ir más lejos; la otra noche cenamos juntos… ¡como tantas noches! Y ¿qué quiere usted que yo le diga? ¡No era mi Dionisio de mi alma!

Doña Inocencia. ¿Ah, no?

Aurorina. ¡No! Ni una terneza, ni un obsequio galante… ni un compartir una aceituna —¡que le gusta mucho!—, ni un beber en la misma copa —¡que le gusta aún más!—… ¡No era él! ¡No era él!

Doña Inocencia. ¿No era él?

Aurorina. Y luego, un hombre tan zumbón, tan alegre, tan irónico —¡tiene la gracia por arrobas!—, ¡qué conversaciones más lúgubres!…

Doña Inocencia. ¿Sí?

Aurorina. ¡Sí, señora! Nos sirvieron pescadilla a la andaluza, que delira por

ella, y al trincharla, va y dice: «¡Pobre bicho! Esta pescadilla paseaba anteayer sus escamas de plata en el Mediterráneo… y hoy está: aquí, frita, mordiéndose la cola, y mirándome con ese ojo muerto. ¡No somos nada!».

Doña Inocencia. Bueno; pero esas son sus ocurrencias de siempre; su estilo…

Aurorina. No, doña Inocencia. ¿Sabré yo distinguir? ¡Lo decía con una voz tan triste!… La prueba es que luego llegó el pollo asado, y lo mismo. ¡Las mismas reflexiones! «Este pollo se divertía anteayer en el corral con seis u ocho gallinas, a su elección, y ahora… ahora…».

Doña Inocencia. Mire, Aurorina, si no me cuenta usted más que eso…

Aurorina. Doña Inocencia, cuando he venido hoy a esta casa, sabiendo lo que a él le enoja que entre aquí, ya comprenderá usted que hay algo más que eso.

Doña Inocencia. Pues ¿qué más hay?

Aurorina. ¡Una carta terrible que me envió el domingo por la mañana!

Doña Inocencia. ¿Terrible?

Aurorina. ¡Terrible! Por primera vez desde que nos queremos me habla de la muerte.

Doña Inocencia. ¡Jesús!

Aurorina. «Aurorina —me escribe, poco más o menos—, si yo de improviso desapareciera de este mundo, te ruego que no vayas a mi sepultura…».

Doña Inocencia. ¿Eh?

Aurorina. «Y menos con el último sombrero que te has comprado, que es muy bonito, pero que no te favorece». Una cosa así: ¿Ha visto usted qué incoherencia?

Doña Inocencia. Sin embargo, es muy suya.

Aurorina. Y después me pone en una posdata: «¡Por Dios te pido que no se te ocurra nunca publicar mis versos en ninguna parte! ¡Ni en *El Defensor de Albacete*!». Yo soy de Albacete, y suscritora de *El Defensor*. Y seguía: «Estoy en un buen momento con la gloria, y no quiero dar ocasión a que mis admiradores

puedan pensar que su modesto ídolo era tonto de caerse en la intimidad». ¿No es para no dormir esta carta?

Doña Inocencia. Sí, hijita, sí. Parece un testamento. *A punto de llorar.* ¡Ay, Dios mío! ¿Quiere usted enseñármela?

Aurorina. No la tengo aquí. Ya está con todas las suyas, en mi archivo. Yo las conservo, agrupaditas en paquetes, por semanas. Cada semana las ato con cinta de un color… ¡De un color siempre alegre! Según el color de la semana. Azul, verde, lila…

Doña Inocencia. ¿Verdes habrá muchas?

Aurorina. ¡Y rosas y violetas más! No me haga usted el agravio de suponer que yo me he enamorado de ese hombre por… por… por… sino por… por… Ya usted me comprende.

Doña Inocencia. ¡De sobra, hija! Usted no lo quiere por… por… sino por… por… Comprendido.

Aurorina. Pues me voy a ver si lo encuentro.

Doña Inocencia. ¿Dará usted con él?

Aurorina. Mejor que un *detective*. Conozco todos sus rincones… El Casino, la Peña, las casas de varios amigos…

Doña Inocencia. ¿Amigos?

Aurorina. Amigos, sí. De amigas no se hable. ¡Soy yo sola en su corazón! ¡Yo sola! ¡Su vida se llama Aurorina! Y no olvide usted que si yo soy su encanto, doña Inocencia, él es mi orgullo, ¡mi orgullo! ¡Este amor de un intelectual es mi orgullo! Señora, yo daré con él. Usted tendrá noticias.

Doña Inocencia. Adiós, hijita, adiós.

Aurorina. ¡Llevo el alma en los pies y en los ojos! *Vase por la puerta de la derecha.*

Doña Inocencia. ¡De bastante te va a servir! Mi pobre marido decía mucho: «Dios nos libre de una lagarta tonta». Y este peine de yerno mío dice que no la quiere ver ni asado, mientras ella sueña que la adora. ¡Ooooh! *Va a marcharse por*

entre las cortinas del fondo, cuando por la puerta de la izquierda reaparece Antero, como quien acaba de pasar un susto inolvidable. Trae revuelto el cabello, y dos parchecitos blancos en la cara, recién afeitada.

Antero. ¡Vamos, hombre! ¡Vamos!

Doña Inocencia. ¿Qué? ¿Qué?

Antero. ¿Qué? ¿Qué? ¡Pues ya lo está usted viendo, señora!

Doña Inocencia. ¿Lo ha afeitado, al fin?

Antero. ¡Llamándole afeitar a esto! ¡Me ha desollado vivo! ¡Y además ha querido rizarme el pelo!

Doña Inocencia. ¿Rizárselo?

Antero. Sí; porque tomármelo me lo ha tomado bien. ¡No, hombre, no! ¡No tiene gracia! ¡Con todo su talento! ¡Ni *humour* inglés, ni *esprit* francés, ni naranjas de la China! Lo que es al hijo de mi padre…

Doña Inocencia. Pero usted, ¿cómo se ha dejado…?

Antero. ¡Ay, qué bueno! ¡Que cómo me he dejado! Si lo hubiera usted visto afilar la navaja y decirme: «¡Nada, nada, Antero, farsas, no; con la idelología no se juega! ¡Usted es hombre de convicciones arraigadas y se deja afeitar ahora mismo!».

Doña Inocencia. ¡Ay! ¡ay!…

Antero. Y como usted me había hecho señas de que está loco…

Doña Inocencia. ¡Y lo está el pobrecito mío!

Antero. ¡Pues que lo aten o lo encierren! ¡Qué ratito me ha dado!

Doña Inocencia. ¡Claro! ¡Con seis hijos que tiene usted!

Antero. ¡Seis hijos… y una sola nuez para todos ellos! ¡Pídale usted a Dios que esté loco de veras! ¡Porque si no está loco, me las paga! ¡También me sobran a mí teorías contra los burgueses! ¡Que no, hombre, que no! *Marchándose.* ¡Ni *humour* inglés, ni *esprit* francés, ni guasa madrileña! ¡Que no, hombre, que no!

Doña Inocencia. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!… Va hecho un basilisco el infeliz. ¡Ay! ¡ay!… *Se retira por entre las cortinas.*

La escena queda sola. Un momento después irrumpe inopinadamente en ella Elisabeth, por la puerta de la derecha, con la alteración y el espanto de una persona que viene amenazada y perseguida. Elisabeth es la bella heroína de esta fábula.

Elisabeth. ¡Señor! ¡Señor! Pero ¿adónde va a llevarme ese hombre? ¿ese asesino de mi ventura? ¿ese pirata? Y ¿dónde me he metido yo? ¿Qué casa será ésta? ¡Ay, Dios del cielo!

Restituto acude a las voces.

Restituto. ¿Eh? ¿Quién?

Elisabeth. ¡Ah!

Restituto. Señora… ¿Qué desea usted?

Elisabeth. ¿Lo sé yo acaso?

Restituto. Pues ¿cómo ha entrado usted aquí?

Elisabeth. ¡A la vez que un hombre que salía! ¡Pero habré dejado abierto el portón! ¡Corra usted a cerrarlo inmediatamente! ¡Corra usted!

Restituto. *Sobrecogido.* Sí, señora, sí. *Vase a ello.*

Elisabeth. ¿Habré llegado a puerto de refugio? ¿Me acogerán en esta casa? ¡Ay, Virgen Santísima! Quienquiera que aquí viva, sabrá compadecerme, sabrá oírme, a lo menos…

Vuelve Restituto.

Restituto. Ya cerré. ¿Me quiere usted decir, señora…?

Elisabeth. ¿Ha visto usted si en la escalera había un hombre escondido?

Restituto. No, señora, no: en la escalera no había nadie.

Elisabeth. ¿Nadie?

Restituto. Nadie.

Elisabeth. Un hombre arisco, verde, antipático, de ojos felinos… con un tic nervioso que marea…

Restituto. Nadie; nadie, señora.

Elisabeth. Y aquí ¿quién vive?

Restituto. ¿No conoce usted al señor?

Elisabeth. ¡Si no sé dónde he entrado!

Restituto. Pues ahí lo tiene usted. *Dice, señalando a Dionisio, que asoma por entre las cortinas.*

Dionisio. ¿Eh? ¿Quién es?

Elisabeth. ¿Qué? ¡Ah! ¡Oh!

Al reconocer a Dionisio todo su pavor se trueca como por ensalmo en una alegría desbordante.

Dionisio. ¿Qué?

Elisabeth. ¡Oh! ¡Oh!

Dionisio. ¿Qué, señora, qué?

Elisabeth. ¡Ah! ¡Ah!

Dionisio. *Imitándola, maquinalmente.* ¡Ah! ¡Ah! Pero ¿a quién tengo el gusto? …

Elisabeth. ¡En qué casa estoy! ¡A qué casa he venido! ¡Hay que ser creyente! ¡Dónde me ha traído Dios! ¡O el azar, o la vida! ¡Ah! ¡Ah!

Restituto. *Entre sí.* (¡Vaya! ¡Otra admiradora!). *Y se retira por la derecha.*

Elisabeth. Porque, sí, sí: es usted. ¡No me cabe duda! ¡Es usted!

Dionisio. A mí me parece que sí, que soy yo; pero me están pasando hoy unas cosas…

Elisabeth. ¡Sí, sí! ¡Es para un capítulo de una de sus novelas! Dionisio

Aladares, ¿no es verdad?

Dionisio. Para servirla.

Elisabeth. ¡Oh, qué suerte increíble! ¡Que en el trance en que estoy me hayan traído mis pasos junto a usted! ¡Increíble, increíble! Pero ¡cómo es más verdad que nada todo lo increíble! Esta frase es de usted.

Dionisio. ¡Seguro! He escrito muchas tonterías.

Elisabeth. ¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Qué *boutade*! ¡El autor de *Superstición* no escribe tonterías!

Dionisio. *Halagado.* ¡Ah! ¿Conoce usted mi libro?

Elisabeth. ¡Me sé de memoria páginas enteras! Podría recitárselas a usted.

Dionisio. Hay libros con suerte.

Elisabeth. Pero ¿es verdad que estoy en presencia de Dionisio Aladares? ¿Es verdad? ¿Es verdad?

Dionisio. *Palpándose.* ¡No vaya usted a hacer que yo lo dude!

Elisabeth. ¡Oh, sí! ¡Sí! ¡Sí lo estoy! ¿Qué duende misterioso me ha empujado aquí? ¿Qué hilo invisible me ha guiado?

Dionisio. Señora, yo no soy vanidoso; pero, oyéndola a usted, en esa exaltación de que está poseída, estoy a punto de creerme genial. Siéntese usted y honre mi casa. Hablemos un rato.

Elisabeth. No puedo.

Dionisio. ¿No puede usted hablar?

Elisabeth. No puedo sentarme. No puedo todavía. Me ha sacudido como una descarga de electricidad este dichoso encuentro. ¡Déjeme usted ir libremente de un lado para otro!

Dionisio. Haga usted lo que guste: como si estuviera en su casa.

Elisabeth. ¡En mi casa, no!

Dionisio. ¿En su casa, no? Bueno, pues donde haga usted lo que se le antoje.

Elisabeth. ¡Aquí!

Dionisio. ¡Encantado!

Elisabeth. ¡*Superstición* es el libro más hermoso que se ha escrito; el más bello que han visto mis ojos!

Dionisio. El libro podría decir lo mismo a la inversa.

Elisabeth. ¡Qué páginas más bonitas y más sugestivas! ¡Cómo encierran todos los matices de la superstición! Ya parecen escritas por un filósofo, ya por un poeta, ya por un irónico refinado, ya por un gitano con muchísima gracia.

Dionisio. Muchísimas gracias.

Elisabeth. ¡Qué generosa comprensión de las pobres flaquezas de los supersticiosos! ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué nombrar la superstición con las más encantadoras palabras! «Flor de la desventura, suspirillos de la ilusión, dulces cadenas del deseo… eco del más allá…». ¡Oh! ¡Oh! Cuando parece que el autor se burla, por mandato de su temperamento, hay entre líneas un no sé qué que nos lo revela como el más supersticioso de todos los supersticiosos del mundo.

Dionisio. Quizá, quizá.

Elisabeth. Y ¡qué capítulo el de los jorobados! Lo acabé de leer la vez primera y me dije: «¡Yo necesito conocer a este hombre!».

Dionisio. ¿Usted es muy supersticiosa, desde luego?

Elisabeth. ¡Mucho! Pero si no lo hubiera sido, desde hoy lo sería de un modo fulminante.

Dionisio. ¿Por qué, señora?

Elisabeth. Por el hecho de haber dado aquí por azar.

Dionisio. Pero ¿no venía usted a sabiendas?…

Elisabeth. ¡No! Yo he tenido en la calle un funesto encuentro. Temblé; huí despavorida. Corrí ciega dos o tres calles: me seguían por todas. En una revuelta me metí en un portal. Monté en el ascensor. Se paró en este piso. ¿Por qué? ¡Porque

sí! Del portón abierto salía un hombre que hablaba solo. Entré decidida y aquí estoy.

Dionisio. ¡Y aquí estamos!

Elisabeth. ¿Por qué se paró el ascensor en este piso?

Dionisio. ¡Porque es el último!

Elisabeth. *Sentándose.* ¿Ve usted como no me puedo sentar?

Dionisio. ¡Ya lo veo! Y ¿quién es quien así la persigue? ¿De quién huye usted de esta manera?

Elisabeth. De la persona que tiene el alma más negra, más solapadamente vengativa que cabe en cuerpo humano: de mi marido.

Dionisio. ¡Ah! ¿De su marido?

Elisabeth. ¡No! ¡De mi marido, no! ¡Ya no lo es, por suerte! ¡Del que fué mi marido! He vivido seis meses en Roma, hasta conseguir del Santo Padre la anulación del matrimonio. ¡Que me ha costado un pico!

Dionisio. Entonces…

Elisabeth. Entonces se ha apoderado de ese miserable una rabia tan sorda, una ira tan salvaje, que jura que donde me encuentre me mata.

Dionisio. ¡Qué cafre! Perdóneme usted.

Elisabeth. ¿Yo? Pero no sólo se propone matarme a mí, sino a quien me mire, a quien me oiga, a quien me quiera, a quien me proteja, a quien me ampare… ¡Ampáreme usted!

Dionisio. ¿Yo?

Elisabeth. ¿Quién mejor para mí? *Le toma las manos.* ¡Ampáreme usted!

Dionisio. Señora…

Elisabeth. ¿Qué le pasa? Se ha puesto usted muy pálido.

Dionisio. La impresión…

Elisabeth. ¡Pero muy pálido!

Dionisio. Mucho, mucho…

Elisabeth. Y las manos se le han quedado frías… ¿Qué le pasa? ¿Es que le da a usted miedo?

Dionisio. Me da, me da miedo.

Elisabeth. ¿Es posible? ¿O es otra *boutade*?

Dionisio. No, no es otra *boutade…* ¡Es que me da miedo!

Elisabeth. ¡Y lo confiesa ingenuamente!

Dionisio. Sí, sí; ya lo ve usted. No le temo al ridículo. Tengo miedo, señora.

Elisabeth. ¡Qué cosa más interesante!

Dionisio. ¿De veras?

Elisabeth. ¡Y yo que le iba a proponer a usted, segura de que mi ex marido me acecha, que me acompañara al hotel donde vivo!

Dionisio. ¡Oh! ¡Si hubiese usted venido ayer!…

Elisabeth. ¿Cómo?

Dionisio. ¡O si volviese usted mañana!…

Elisabeth. Pero ¿tiene usted miedo un día sí y otro no?

Dionisio. Por lo visto. Sé que lo tengo hoy… y que no puedo desecharlo.

Elisabeth. ¡Oh! ¡Cada vez más interesante! Este es el miedo que yo traía, el miedo mío, que se le ha traspasado a usted.

Dionisio. No, no, señora: es otro. Este miedo es mío; enteramente mío.

Elisabeth. ¡Oh! ¡De qué tornasoles más curiosos se adorna el espíritu de los artistas, de los grandes hombres! ¡Qué genialidades más insospechadas y más atrayentes! Dionisio… óigame usted.

Dionisio. Bella desconocida, usted dirá.

Elisabeth. Yo me considero aquí segura y estoy tranquila. Es más: estoy contenta. Yo no me muevo de esta casa.

Dionisio. ¿Cómo?

Elisabeth. Que no me muevo de esta casa.

Dionisio. ¿Hasta cuándo, señora?

Elisabeth. ¡Oh! *Chi lo sa!*

Dionisio. ¡Y decía que no podía sentarse!

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja! Pero ¡qué miedo tiene! ¡Es curioso!

Dionisio. Muy, muy curioso…

Elisabeth. Ya me explicará usted este miedo.

Dionisio. ¿Llaman?

Elisabeth. *Con gran sobresalto.* ¡Sí llaman, sí! ¡Que no abra el criado!

Dionisio. ¿Qué?

Elisabeth. ¡Que no abra el criado!

Dionisio. *Gritando.* ¡Restituto!

Restituto. *Dentro.* ¡Señor!

Dionisio. ¡No le abras a nadie!

Elisabeth. ¡A nadie! ¡A nadie!

Dionisio. ¡A nadie! ¿Vuelve usted a temblar, bella desconocida?

Elisabeth. Ahora es por usted más que por mí…

Dionisio. Estimo la delicadeza.

Elisabeth. ¡Silencio!

Dionisio. *Maquinalmente.* ¡Silencio!

Los dos prestan oído hacia el interior.

Elisabeth. ¡Es él; es él!…

Dionisio. ¿Quién?

Elisabeth. ¡Él!

Dionisio. Pero ¿usted oye algo?

Elisabeth. ¡Oigo hasta la respiración de ese monstruo! ¡Silba lo mismo que una serpiente!

Dionisio. ¡Lagarto! ¡lagarto!

Elisabeth. ¡Silencio! *En voz muy baja.* ¡Quiere entrar! ¡Quiere entrar!…

Dionisio. ¡Y entra! ¡Sigo la tradición de la familia! ¡Muerte inesperada! ¡Treinta y tres años! ¡Martes, 13!

Elisabeth. ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¡Silencio! ¡Quiere entrar!

Dionisio. ¡Y entra! ¡Le digo a usted que entra! ¡Cuando vuelva el doctor esta noche a beberse esas copas, encuentra al juez de guardia!

Elisabeth. ¡Silencio!

Ella sigue prestando atención, temerosa, abstraída, y él pasea meditando su última voluntad.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En la misma estancia del acto anterior.

Son las diez de la noche. Luces.

Por entre las cortinas del fondo sale Restituto con un servicio de café y coñac, que deja en sitio conveniente. Doña Inocencia, más atribulada y desconcertada que nunca, lo sigue.

Restituto. Sí, señora: el café quieren tomarlo aquí.

Doña Inocencia. ¡Eso es: aquí! ¡Ancha es Castilla!

Restituto. Quien manda, manda.

Doña Inocencia. Pero, bueno, Restituto, ¿tú has visto en los días de tu vida una mujer más fresca que ésa?

Restituto. Yo todavía soy joven, señora.

Doña Inocencia. ¿Es que va a vivir con nosotros?

Restituto. Por las señales…

Doña Inocencia. Pero ¿quién es? ¿Cómo se llama? ¿De dónde ha salido? ¡No se admite en una casa a una persona sin más ni más! ¡Es indudable que Dionisio está trastornado! ¡Ay! ¡ay!…

Restituto. Puede que el señorito la conozca.

Doña Inocencia. ¡No sabe de ella una palabra! ¡Él mismo me lo ha confesado! ¡Y ha almorzado aquí, y ha comido aquí… y va a dormir aquí!

Restituto. ¿Cómo si va a dormir? El señorito le deja su alcoba. Dice que hasta que amanezca el miércoles ni él sale de esta casa ni la deja salir a ella.

Doña Inocencia. ¡Oh!

Restituto. Ya me ha mandado a mí al hotel en que se hospeda la señora por su ropa de noche.

Doña Inocencia. ¡Qué escándalo!… Yo no sé si debiera… ¡Ay! ¡ay!… Pero ¿qué ha de hacer una? ¡Aquí quisiera yo ver a doña Nicasia! Oye, ¿y el marido sigue rondando por la calle?

Restituto. No, señora: ha desaparecido ya. Por lo menos yo no he vuelto a verlo. ¡Pero ése nos da un susto esta noche!

Doña Inocencia. ¡Ay! ¿Tú lo crees?

Restituto. ¡Seguro! Cuando yo, a fuerza de puños, lo eché esta mañana por las escaleras, bajaba rugiendo: «¡Es inútil que se me atropelle; o ella sale o yo entro! ¡Es inútil!». ¡Con una cara de bilis y de malas tripas que tiene el tío!…

Doña Inocencia. ¡Ay! ¡Ay!… Dame una copita de coñac.

Restituto. *Sirviéndosela.* Sí, señora, sí.

Doña Inocencia. Tómate tú otra.

Restituto. Ya me he tomado dos. Esto da coraje.

Doña Inocencia. ¡Es mucho, hijo mío! ¡Qué cabeza! ¡Ay! ¡ay!… *Se sorbe el coñac.* Todo es poco para tener ánimos. ¿Tú habrás prevenido a la pareja?

Restituto. ¡Y al sereno!

Doña Inocencia. ¡Y doña Nicasia, en sus baños calientes! ¡Ay! ¡ay!…

Viene Dionisio muy alegre, también por el fondo. Ha comido bien, ha bebido bien y ha charlado bien, acaso olvidando los temores de la fecha en que está. Canturrea, con música suya.

Dionisio. *Oh, là là! Oh, là là! Oh, là là!* ¿El café está dispuesto?

Restituto. Sí, señor. ¡Y su inseparable compañero el coñac! Dios los cría y ellos se juntan. ¡No falta más que el puro! *Se va por la puerta de la derecha.*

Dionisio. ¡Canario! ¿Otro humorista en casa? *Oh, là là! Oh, là là!* ¡Qué día estoy pasando tan distinto del que me amaneció y del que yo esperaba! *Oh, là là!*

Oh, là là!… Mamá suegra, vivimos un momento interesantísimo, climatérico, nuevo en la historia de la humanidad.

Doña Inocencia. ¡Para mí completamente nuevo!

Dionisio. ¡Viva lo inverosímil!

Doña Inocencia. ¡Viva, hijo mío!

Dionisio. La Lógica se ha enamorado del Disparate; la Razón coquetea con el Absurdo: los nombres propios se escriben con minúscula; al que tiene fea la nariz se la ponen más fea en Nueva York… Lo imprevisto manda, lo inesperado nos gobierna… *Oh, là là! Oh, là là! ¡Le charme* de lo inesperado, que dice Elisabeth! Y lo inesperado ¿no es un beso de la fortuna? ¿No es un beso?

Doña Inocencia. *Compungidísima.* (¡Está como una cabra!).

Dionisio. Lo inesperado, mamá suegra…

Aurorina habla dentro, hacia la derecha, discutiendo con Restituto.

Aurorina. Pero ¿cómo me lo vas a negar, si lo estoy oyendo?

Doña Inocencia. ¡Jesús! ¡Aurorina!

Dionisio. ¡Lo inesperado! ¡Esto no es un beso; es un mordisco!

Dice, a la vez que Aurorina aparece violentamente y se le abraza con frenesí.

Restituto, tras un gesto expresivo de que no lo ha podido evitar, se vuelve adentro por donde salió.

Aurorina. ¡Corazón mío! ¡Dionisio de mi alma! ¡Qué día más largo llevo!

Dionisio. ¡Aurorina! ¡Luz de mis ojos!

Aurorina. ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué te escondes? ¡Todo el día buscándote! ¿Qué te pasa?

Dionisio. No sé… no sé…

Aurorina. ¿No sabes qué te pasa?

Dionisio. Ni sé lo que me pasa… ni sé lo que me va a pasar tampoco. ¿Verdad, mamá suegra? Déjame ahora… vete…

Aurorina. ¿Que me vaya?

Dionisio. Yo iré luego allá… Déjame, sí… vete…

Aurorina. Pero ¿estás malo? Yo no sé qué te encuentro…

Dionisio. Nada, lucero mío, nada… Mis catarros nasales… Tú sabes que tengo el pudor de estos catarros… Se me salen los sesos por la nariz… y no me gusta que nadie me vea los sesos. Por eso me escondo de la gente… Pero yo iré luego al nidito… yo iré…

Aurorina. ¿No me engañas?

Dionisio. ¿Yo? ¿Yo? ¿Engañarte yo, sangre de mis venas? ¿Puedes pensarlo tú de mí? Anda, vete… Mira qué cara tiene doña Inocencia… Doña Nicasia está al llegar… ¡Mis dos suegras y tú!… Es muy violento… Vete… Espérame allí a las doce y cuarto… Son las diez y cinco… *Trata de llevársela hacia la puerta del recibimiento.*

Aurorina. Pero… pero…

Dionisio. Pero ¿qué?

Y en este instante sale Elisabeth por entre las cortinas del fondo, no menos jubilosa y feliz que Dionisio, y canturreando su misma muletilla.

Elisabeth. *Oh, là là! Oh, là là!*

Aurorina. ¿Eh?

Doña Inocencia. ¡Uh!

Dionisio. *En registro bajo. Oh, là là! Oh, là là!*

Elisabeth. Buenas noches.

Aurorina. *Con acritud.* ¡Buenas noches!…

Dionisio. Muy buenas. (¡Martes, 13!). ¡Je!… *Queriendo hacer una presentación*

que no le sale. Mi… mi… y mi… mi: ¡Je!…

Elisabeth. ¿Su hermana quizá?

Dionisio. ¡Vaya usted a saber!…

Elisabeth. ¡Vaya usted a saber!… ¡Siempre el irónico! ¡Qué cena más dichosa! Nunca la olvidaré, maestro. Dice usted bien: el pollo es un animalito que ha nacido para que se lo coman dos mano a mano. ¡Ah! Ya tenemos aquí el café. Voy a mi cuarto por un cigarrillo. *Y se entra por la puerta de la izquierda.*

Aurorina. ¿A su cuarto ha dicho esa, mujer? *Clavándole en un brazo a Dionisio las uñas.* ¡Canalla!

Dionisio. ¡Ay! ¡Suelta, Aurorina, suelta! ¿Qué es lo que te figuras?

Doña Inocencia. ¡Aurorina!

Aurorina. ¿Qué me he de figurar? ¿Tan tonta me crees?

Dionisio. Pues te engañas; no es lo que supones.

Aurorina. ¡Quien me engaña eres tú! ¡Farsante!

Doña Inocencia. Calma, calma…

Dionisio. No me insultes, paloma; no te ciegues… Si es una discípula de español… ¿No la has oído llamarme maestro?

Aurorina. *A punto de un síncope.* ¡Ay! ¡Ay!, ¡mi corazón!

Dionisio. Que te diga doña Cataplasma…

Doña Inocencia. ¿Qué?

Dionisio. ¡Doña Inocencia!… ¡Ni sé lo que hablo!… Vete, vete, y espérame tranquila…

Aurorina. No puedo… no puedo… ¡Este desengaño me mata! ¡Desengaño es poco!… ¡Más que desengaño! ¡Traición! ¡Ay!… ¡ay!… Me va a dar un ataque…

Dionisio. ¡Aquí, no! ¡Que te dé en la escalera!

Aurorina. ¿Eh? ¡No eres tú quien me habla!…

Dionisio. Sí, soy yo: ¿no me ves? Anda, vida mía… Restituto te irá por un taxi… *Empujándola hacia la puerta del recibimiento.*

Aurorina. ¡Ay!… ¡ay!…

Dionisio. Luego te explicaré… Anda, tontuela, anda… A las doce y cuarto estaré allí…

Aurorina. *Deshaciéndose en lágrimas.* ¡Ay!… ¡Ay, mi Dionisio!…

Dionisio. No alborotes, mujer, ¡que hay un enfermo abajo!…

Aurorina. ¡Ay!… ¡ay!…

Dionisio. Anda, anda… *Se la lleva lo mejor que puede.*

Doña Inocencia. ¡Jesús mío, qué paso! Chilla como una perra esa mujer. Tiemblo toda… Pero de esto me alegro. ¡A ver si se la quita de encima!

Vuelve Elisabeth con una monada de pitillera en la mano y fumándose un cigarrillo.

Elisabeth. ¡Ah! ¿Se ha ido ya esa intrusa?

Doña Inocencia. *Con retintín.* ¿Esa… intrusa?

Aurorina. *Dentro, lejos.* ¡Ay!… ¡ay!…

Doña Inocencia. Todavía no del todo, como usted oye.

Elisabeth. Por de contado, ¿no es su hermana?

Doña Inocencia. ¡Qué ha de ser su hermana!

Elisabeth. A mí no me ha hablado nunca de ella.

Doña Inocencia. ¡Pero si lo ha conocido usted hoy!

Elisabeth. Y eso ¿qué? ¿Usted sabe lo que dos espíritus que se comprenden, que se llaman, hablan en un día?

Doña Inocencia. ¡Que se llaman!… ¡que se llaman!… Y ¿cómo se llaman?

Elisabeth. ¡Oh! ¡Cómo se llaman! ¡Se llaman tú y yo; se llaman ella y él; se llaman éste y ésta! ¿Un cigarrillo?

Doña Inocencia. Gracias; yo no fumo.

Elisabeth. Son muy suaves: tienen algo de anís…

Doña Inocencia. ¡Aunque tengan cabello de ángel! ¡No fumo!

Elisabeth. Una vampiresa no parece.

Doña Inocencia. ¿Quién?

Elisabeth. La supuesta hermana.

Doña Inocencia. Y una vampiresa ¿qué es?

Elisabeth. ¿Usted no va al cine?

Doña Inocencia. *Como quien recibe un insulto.* ¿Yoooo?

Elisabeth. ¡Ay, cómo lo ha dicho! Debe usted de ser muy divertida.

Doña Inocencia. ¿Sí, verdad?

Elisabeth. ¿Se cree que el cine es el infierno?

Doña Inocencia. De eso habría que hablar; pero no tengo ganas ahora. Yo soy del siglo de las luces; ¿lo oye usted? ¡de las luces!… y en cuanto se apagan las luces, ya no estoy en mi siglo.

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! Parece de Dionisio esa frase.

Doña Inocencia. Algo se pega.

Dionisio retorna por donde se marchó, canturreando muy sonriente y como si no pasase nada; se acerca a Elisabeth, y tomando en la mano una tacita de las de café le pregunta: ***Dionisio****. ¿Cuántos terrones?*

Elisabeth. Uno solo. Me gusta amarguito.

Dionisio. Como a mí. ¿Y este coñac, le gusta a usted?

Elisabeth. ¡Es el que tomo siempre!

Dionisio. ¿Ah, sí? ¡Telepatía alcohólica! ¡Qué cosas! ¡Ja, ja, ja!

Elisabeth. ¡Qué cosas! ¡Ja, ja, ja!

Doña Inocencia. *Se va por el fondo entonando maliciosamente la misma cantinela de los dos. Oh, là là! Oh, là là! Oh, là là! Elisabeth y Dionisio, una vez solos, toman el café.*

Elisabeth. ¡Deliciosa es esta suegra, maestro!

Dionisio. ¡Deliciosa! Y la otra que tengo en los baños, más deliciosa aún. Un capricho de Goya. ¡Y supersticiosa hasta morirse de risa!

Elisabeth. ¿Sí?

Dionisio. ¡De las que creen que comiendo sopas de ajo los martes se evitan los choques de trenes, y que cortándose las uñas en día de fiesta no caen rayos en casa!

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja! Por supuesto, Dionisio, había de ser usted el hombre que fundase su hogar en el amor de dos suegras juntas. *Intencionadamente.* ¿Será verdad que no hay dos sin tres?

Dionisio. ¡Psché!…

Elisabeth. Mamá lo dice mucho.

Dionisio. ¡Oiga! ¿Está usted fumando?

Elisabeth. Ya lo ve usted.

Dionisio. Pero ¿usted fuma?

Elisabeth. Mírelo. Y no he fumado antes por no sé qué de despectivo y de zumbón que dijo usted de las fumadoras. ¿Usted no fuma?

Dionisio. No.

Elisabeth. ¡Raro en un escritor! ¡Con lo que acarician a la musa las espirales azuladas del humo!… ¿No?

Dionisio. No lo he experimentado… A mi pobre musa le daría tos seguramente.

Elisabeth. Pruébelo, a ver. Ensaye con un cigarrillo de los míos. ¿No quiere?

Dionisio. ¡Viniendo de usted!…

Elisabeth. Tome. Son inofensivos.

Dionisio. Gracias.

Elisabeth. Y dígame ahora: ¿quién es esa mujer que se ha ido?

Dionisio. ¿Qué le importa a usted si se ha ido ya?

Elisabeth. Pues me importa. ¿Quién es?

Dionisio. Una modista de mi suegra.

Elisabeth. ¡Embustero! Algo muy suyo debe de ser cuando así finge. ¿Quién es esa mujer… con cara de pánfila?

Dionisio. ¡Con cara de pánfila, es verdad!

Elisabeth. ¿Quién es? Dígamelo, Dionisio.

Dionisio. ¿Para qué, criatura?

Elisabeth. Dígamelo usted… o lo enveneno. *Dionisio, que en este punto iba a aplicarle al pitillo la llamita del encendedor, la apaga repentinamente de un soplo.* ¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre?

Dionisio. Que estaba embelesado… y me he acordado de un pariente con quien tengo una cuenta atrasada.

Elisabeth. No cambie usted la conversación.

Dionisio. ¿Quiere usted encenderme el cigarrillo, preciosa?

Elisabeth. ¿Yo? *Coqueteando.* ¡Qué caprichito!… Pero, bueno, sea.

Dionisio. Con su boquita dulce.

Elisabeth. ¿Dulce? ¿Usted qué sabe?

Dionisio. ¡Lo quiero saber!

Elisabeth. ¡Curioso! *Devolviéndole el cigarrillo encendido.* Ya está. Cuidado con el veneno que lleva.

Dionisio. ¿Veneno, eh? ¡Ya será néctar!

Elisabeth. ¡De los dioses!

Dionisio. ¡De los labios de una mujer! Muchas gracias. ¿Quién probó licor más sabroso? ¡Oh, tierno vaso humano!

La dulce boca que a gustar convida…

Elisabeth. Nada, no se me escurre, aunque se suba usted al Olimpo. ¿Quién es esa pánfila?

Dionisio. ¡Vaya! ¡Tendré que decírselo a usted! Callaba… por bochorno mío. Esa pánfila es para mí el cansancio amoroso, el hastío; el triste hastío. Y no hace dos años me fascinaba… ¡hasta jugar con ella al dominó!

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja!

Dionisio. Antes, una hora a su lado era un minuto; hoy, un minuto es una hora. ¡Pero una hora leyendo un periódico atrasado; una hora de un sordo en un concierto… junto a su mujer! ¡Oh! ¡Lo que yo daría porque se enamorase de ella un tonto como yo *in illo tempore* y se la llevara a los infiernos!

Elisabeth. ¡O a la gloria, hombre; no sea usted ingrato!

Dionisio. ¡O a la gloria! ¡Donde yo no la viera más! ¡Donde usted quisiera ver a su marido!

Elisabeth. ¡A mi ex marido! ¡Pero a ése no quiero verlo en ninguna parte!

Dionisio. ¡Ni creo que vuelva usted a verlo ya más! *Otra le queda.*

Elisabeth. ¿Qué habla usted?

Dionisio. *Tentando el vado; sintiéndose de nuevo acometido de su miedo supersticioso.* Con los trastazos que esta mañana le dió Restituto…

Elisabeth. Usted no lo conoce, Dionisio.

Dionisio. No, no; ni ganas.

Elisabeth. ¿Ve usted que parece que se ha borrado del horizonte?

Dionisio. Sí; eso parece…

Elisabeth. Pues no dude usted que a estas horas está tramando una venganza horrible.

Dionisio. ¿Horrible?

Elisabeth. ¡Horrible; tremenda!

Dionisio. ¿Contra quién?

Elisabeth. Contra mí, que le huyo; contra usted, que me ampara; contra el criado, que no lo dejó entrar.

Dionisio. *Riendo a la fuerza.* ¡Je, je! ¡El pobre Restituto!… ¡Estuvo muy templado Restituto!

Elisabeth. ¡Pero muy templado! ¡Porque mi ex marido es una fiera! ¡Si viera usted cómo le crujen los huesos de rabia, y cómo rechina los dientes, y cómo le chisporrotean los ojos!

Dionisio. *Entre sí.* (¿Para qué habré yo sacado esta conversación?).

Elisabeth. De cerca huele a tigre.

Dionisio. Yo no he olido de cerca a ninguno.

Elisabeth. ¡A jaula de tigre!

Dionisio. ¡Ah!

Elisabeth. ¡Guárdese usted de él!

Dionisio. Ya, ya.

Elisabeth. ¡No olvida; no perdona! ¡Ojo por ojo y diente por diente!

Dionisio ¡Ojo! Vaya, vaya… Tan tranquilos como estábamos hace un ratito… Pero ¿cómo pudo usted dar en sus brazos, Elisabeth?

Elisabeth. ¡Ah! ¿Cómo dió usted en los de la boba? ¡Dieciséis años, dieciséis millones… y dieciséis parientes acuciándome! ¡Pero ya, gracias a Dios y al Papa, soy libre! ¡Libre! *Tras una breve pausa.* Dionisio, maestro, providencial amigo mío, he tenido muchas razones, y todas de peso, para implorar y conseguir la anulación de mi matrimonio; pero la más grave de ellas, la fundamental —óigalo usted—, no he necesitado alegarla. Ésta la conocerá solamente el hombre que de nuevo me lleve a la alcoba nupcial. Ya se la diré a usted.

Dionisio. ¿A mí?

Elisabeth. ¡Jesús! ¡Qué tontería! Me desconcierta la conversación sobre ese maldito, a la que hemos vuelto sin querer.

Dionisio. ¡Sin querer! ¡sin querer!

Elisabeth. ¡Pero basta ya! ¡Cruz y raya! ¡Aquí terminó este suplicio! ¡No es tema para que nos ocupemos de él en esta noche nacarada!

Dionisio. ¡Ni en ninguna noche! ¡Aunque no sea tan nacarada como ésta! *Asustado de pronto.* ¿Llaman? No; no llaman.

Elisabeth. Hablemos, como durante el día, de cosas más bellas, más hondas; no del pasado, sino de la esperanza; de cosas más gratas para ti.

Dionisio. *Un poco alarmado por el tuteo.* Para mi… y para ti también.

Elisabeth. Discúlpeme usted la confianza… ¡Lo he tuteado!

Dionisio. ¡Psché!

Elisabeth. Por ejemplo, vamos a hablar ahora de esa otra mujer con la que *usted —usted—* me ha dicho que tiene un serio compromiso amoroso.

Dionisio. ¡Ah, sí!… *Luego de ligera reflexión.* Sí… ¡Bien pensado! Vamos a hablar de ella. ¡Debemos hablar de ella!

Elisabeth. Eso es: debemos hablar de ella.

Dionisio. ¿Quiere *usted —usted—* para comenzar, conocer sus retratos?

Elisabeth. ¡Ya lo creo!

Dionisio. ¡Pues va a ser ahora mismo! Aguarde usted unos segundos.

Vase por la puerta de la izquierda.

Elisabeth, nerviosa, excitada, con relámpagos en los ojos, pasea barajando diabluras y profiriendo sonidos que no acaban de ser palabras, en un monólogo incoherente.

Vuelve Dionisio con cuatro fotografías de una bella mujer. Trae otro ánimo.

Dionisio. Aquí la tiene usted: mírela.

Elisabeth. *Admirada.* ¡Oh! Hermosa mujer, querido maestro.

Dionisio. ¿Verdad?

Elisabeth. Hermosa. Buen gusto, Dionisio. Buen gusto… y buena suerte.

Dionisio. Nunca se vieron estos retratos ante juez más temible.

Elisabeth. ¿Por qué?

Dionisio. Porque el juez más severo de una mujer bella es otra mujer también bella.

Elisabeth. Déjese de madrigales ahora, que me he puesto de mal humor. ¡Temible no es el juez, maestro, sino esta mujer! Esta… rival, iba a llamarla; pero ¿con qué derecho?… *Él traga saliva.* ¿Cómo firma, que no lo leo bien?

Dionisio. *Gioconda.*

Elisabeth. *¡Gioconda! Leyendo ahora sucesivamente las dedicatorias de los retratos.* «Al poeta de la superstición, *Gioconda*». «Al gran amigo de mi alma…». Ésta es más grave. ¿Lo es usted, Dionisio?

Dionisio. No es hora de mentir: lo soy.

Elisabeth. «A Dionisio, *Gioconda*». ¡Malo! ¡Malo! «Para ti, yo». ¡La hemos hecho buena! Ganas me dan, maestro… *Como si fuera a romper los retratos.*

Dionisio. *Estorbándolo y recogiéndolos.* ¡Elisabeth!

Elisabeth. Por las barbas de Leonardo de Vinci: ¿quién es esta *Gioconda*?

Dionisio. ¡Oh!…

Elisabeth. ¡Exijo que me lo confiese!… ¿Quién podía presumir?… ¡Después de este día!… Pero ¿por qué hemos de vivir siempre sometidos a los vaivenes del azar?

Dionisio. Yo quisiera recordarle a usted, nada amiga de lo imprevisto, que nos hemos conocido esta mañana a las nueve y media.

Elisabeth. ¡No se rebaje usted a mis ojos! ¡No caiga en vulgar, que nunca lo ha sido! ¡Esta amistad nuestra tenía ya raíces profundas mucho antes de vernos!

Dionisio. ¡También es posible!

Elisabeth. ¿Qué vale el tiempo entonces? Hábleme ya de su *Gioconda*. ¿De qué color tiene los ojos? ¿Cómo son sus cabellos? ¿Cómo son sus manos? ¿Cómo es su voz?

Dionisio. No puedo contestarle a su satisfacción completa, Elisabeth… porque yo no la he visto nunca.

Elisabeth. ¿Cómo es eso?

Dionisio. ¡Nunca!

Elisabeth. Pues ¿de dónde nace esta intimidad?…

Dionisio. Escúcheme. Se trata de la más preciosa aventura de mi vida.

Elisabeth. ¡Mejorando lo presente, se dice!

Dionisio. Cabal. Esta mujer vive en París.

Elisabeth. ¿Es francesa?

Dionisio. No: colombiana. De padres españoles. A raíz de la publicación de mi último libro, de *Superstición*, me escribió una carta, deliciosa. Le contesté embobado…

Elisabeth. ¿Embobado?

Dionisio. ¡Embobado! ¿Qué hombre no se rinde a la suave adulación de una mujer inteligente? Replicó a mi carta con otra de exquisitos matices, y a partir de ella se entabló entre los dos un gustoso diálogo, cada vez más sugerente y expresivo… ¡Y cartas van y vienen…! Cartas blancas y azules… Para mí, el día que entraba por mis puertas la palomita azul, era día de fiesta. Y *Gioconda* me respondía que lo era para ella la llegada a París de la paloma blanca. ¿De qué se sonríe usted?

Elisabeth. De las palomitas. Me acuerdo del tiro de pichón.

Dionisio. Al pichón, debiera decirse.

Elisabeth. ¡No estoy para tiquismiquis gramaticales! ¿Qué más?

Dionisio. Yo veía en las cartas de *Gioconda* un espíritu claro, luminoso, flexible, con misteriosos e interesantes recovecos, muy grato al mío; ella, por su parte, me decía cosas… ¡qué cosas me decía!… Tratábamos en nuestras cartas de todo: de arte, de amor, de música, de versos, de la Naturaleza, del misterio del alma, del más allá… Y después de escribirnos y escribirnos durante seis meses, convinimos que ya era indispensable que nos conociéramos, y que hasta ese instante ni ella se comprometería en amor con hombre ninguno, ni yo con ninguna mujer. Y en mayo próximo iré a París a conocerla.

Elisabeth. No irás.

Dionisio. ¿Cómo?

Elisabeth. No irá usted.

Dionisio. ¿Por qué no? ¿Quién ha de impedirlo?

Elisabeth. ¡Qué sé yo! El azar, el destino, la vida… Son ideas de usted; de su famoso libro. «Todo está en un segundo —dice usted, maestro—. La felicidad o la catástrofe, la vida o la muerte. ¡Todo está en un segundo!».

Dionisio. *Preocupado.* Todo, sí… todo…

Elisabeth. Verá usted como algo sucede para que no vaya usted a París.

Dionisio. ¡Qué empeño!

Elisabeth. No es empeño mío: es… lo que es… lo que sea.

Dionisio. Pero ¿cuándo y por qué ha de suceder ese algo…?

Elisabeth. ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Y lo pregunta el autor de *Superstición*!… ¡Cuándo! ¡Quién lo podrá decir!… ¡En el momento más impensado! Mañana, el mes que viene, ¡esta misma noche!…

Dionisio. ¿Esta misma noche? ¿Qué hora es?

Elisabeth. ¡Qué más da!

Dionisio. No, no es indiferente del todo.

Elisabeth. ¡Usted verá como no va a París! *Y estando en esto lanza un grito terrible.* ¡Ah!

Dionisio. *Sobresaltado.* ¿Qué?

Elisabeth. ¡Ah!

Dionisio. ¿Qué?

Elisabeth. ¡Mire usted! *La luna ha proyectado la sombra de un hombre en los cristales de la ventana de la terraza.* ¡Mire usted esa sombra!

Dionisio. *Con los pelos de punta.* ¡Diablo! ¿De quién es?

Elisabeth. ¡De Tinoco!

Dionisio. Y ¿quién es Tinoco?

Elisabeth. ¡Mi marido!

Dionisio. ¿Su marido? ¡Qué mala sombra tiene!

Elisabeth. ¡Asesino de hombre! ¡Malvado! ¡Inquisidor!

Dionisio. ¡Éste es el que viene a impedir mi viaje! Pero ¿cómo ha entrado en la casa? ¿Quién le ha abierto?

Elisabeth. ¡Habrá buscado la complicidad de algún ladrón de oficio!

Dionisio. Calma, serenidad… No tiemble usted, Elisabeth…

Elisabeth. ¿Y me lo dice usted temblando?

Dionisio. ¿Yo? No me ofenda usted, amiga mía… ¡Yo no tengo por qué temblar!

Elisabeth. ¡Es muy malo! ¡Muy malo! *Cogiéndole las manos con efusión.* ¡Pero nos va la dicha!

Dionisio. *Inconscientemente.* ¡Toma del frasco!

Y se abren de súbito las vidrieras de la terraza y aparece haciendo visajes y en hosca actitud, lleno de cólera reconcentrada, el temido Tinoco. Mira aviesamente a los dos, baja los escalones y se les encara. Silencio tragicómico. Dionisio, en su presencia, alterna su invencible miedo por la fecha en que está, con la rabia que la situación le produce, como a hombre bien nacido, y con rasgos de valor y de hombría a que lo lleva su propia dignidad ante Elisabeth.

Tinoco. ¡Juré por mis muertos que entraba hoy en esta casa, y ya he entrado en ella!

Dionisio. ¡Aquí no hay que hablar de los muertos de nadie!

Tinoco. Yo aquí, y dondequiera, hablo de todo cuanto me viene en gana.

Dionisio. ¡Será mientras lo dejen!

Tinoco. *Amenazador.* ¿Eh?

Dionisio. *Dulcificando el tono.* Será mientras lo dejen. Y yo, como dueño de mi casa que soy, le pregunto: ¿quién le ha abierto la puerta de ella?

Tinoco. Nadie.

Dionisio. ¿Nadie? *Mira desconcertado a Elisabeth.*

Tinoco. ¡Nadie! Pero juré por mis muertos entrar…

Dionisio. ¡Dale con los muertos!

Tinoco. ¡Y he entrado!

Dionisio. ¿Saltando acaso a la terraza como un ladrón?

Tinoco. ¿Eh?

Dionisio. Como un gato, he querido decir.

Tinoco. *Acercándosele mucho.* ¡Ni soy ladrón, ni he sido gato nunca!

Dionisio. (¡Sí que huele a tigre!).

Tinoco. He entrado por la puerta, como debía entrar. *Extremando los visajes a que lo lleva su tic nervioso.* La encontré cerrada, no me ha abierto nadie, y he entrado. Pero esto no tiene importancia.

Dionisio. *Remedándolo nerviosamente.* ¿Cómo que no?

Tinoco. ¿Qué es eso? ¿Pretende usted burlarse de mí?

Dionisio. De ninguna manera: ¡es que me contagio!…

Tinoco. ¡Ah! ¡Lo que tiene importancia es a lo que vengo!

Elisabeth. *Estallando.* Y ¿a qué viene usted, hombre ruin?

Tinoco. ¡Por ti vengo, mujer ligera!

Elisabeth. ¿Por mí?

Tinoco. ¡Por mi esposa legítima!

Elisabeth. ¡Ya no lo soy, gracias al Papa!

Dionisio. ¡Ya no lo es!

Tinoco. ¡Sí lo eres, quieras o no, mientras alientes; mientras vivas!

Elisabeth. ¡No!

Tinoco. ¡Sí!

Dionisio. Pero eso, al Papa, al Papa. ¡O al Nuncio, para que se lo cuente!

Tinoco. ¡Insisto en que eres y serás mi mujer mientras alientes, mientras vivas, mientras viva y aliente yo!

Elisabeth. Y ¿qué haces ya que no te mueres?

Dionisio. ¡Claro!

Tinoco. ¿Claro?

Dionisio. ¡Claro, sí!

Tinoco. ¡Ah! ¿Usted encuentra claro que yo debo morirme?

Dionisio. ¡Claro como el agua!

Tinoco. ¡Pues yo no estoy por complacerlo a usted! ¡Y pocas burlas con mis gestos!

Dionisio. ¡Si no son burlas, señor mio; si es que contagia usted a un retrato al óleo! Yo he tenido el honor de conocer inopinadamente a Elisabeth esta mañana a primera hora.

Elisabeth. *Con entusiasmo.* ¡Yo lo conozco a él hace mucho tiempo!

Tinoco. ¡Pónganse de acuerdo antes de hablar!

Dionisio. Entérese usted: lo que quiere decir es que, como escritor, me conoce…

Elisabeth. ¡Lo conozco y lo admiro hace muchos años! Tiemblo con sus libros; gozo con su humor; ¡estoy enamorada de su obra… de su arte!…

Dionisio. Lo que yo le decía: una estimación literaria…

Elisabeth. ¡Y personal! ¡Personal también!

Dionisio. ¿También?

Tinoco. ¿También?

Elisabeth. ¡También! ¡Quiero al hombre! ¡Persigo al hombre! ¡Me gusta el hombre!

Dionisio. ¡Hombre! ¡hombre!

Tinoco. ¡Oh!… ¡Esta es la mía!

Dionisio. (¡Ya está aquí! ¡Otro capítulo para el libro del fraile!).

Tinoco. ¡Acabas de confesarlo todo, mujer! ¡No he menester más testimonios! ¡Óiganme ahora los dos!

Dionisio. Oiga, oiga…

Tinoco. ¡Seré tu sombra eternamente! ¡Nunca podrás librarte de mí! ¡Escríbeselo al Papa! ¡Y si, a pesar de esto que te digo, no me sigues ahora, y pasas la noche en casa de este prójimo, en deshonra mía, juro que este prójimo no ve la luz del miércoles! *A Dionisio se le escapa un silbido.* ¡Sígueme, Elisabeth!

Elisabeth. ¿Qué dice usted, Dionisio?

Dionisio. ¿Yo? ¿Que qué digo yo? Ahora verá usted; ahora verá usted lo que yo digo. *A la vez medroso y valiente.* Esta infeliz mujer entró en mi casa esta mañana pidiendo socorro. Huía de un hombre: de usted. La amparé yo; yo mismo… ¿Qué pasa?

Elisabeth. ¡Siga, siga!

Dionisio. Hemos hablado durante el día de que durmiera aquí, o de que volviese acompañada a su hotel; y decidimos al fin que aquí durmiera. ¿Qué?… ¿Qué?… Y ahora, señor mío, después de su provocadora amenaza, yo le aseguro a usted que duerme aquí, aquí; en esa alcoba; y que yo velaré su sueño, respetándola, como un caballero que soy, o como un perro que la guardase. ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Elisabeth. *Abrazándosele.* ¡Dionisio! ¡Maestro!

Tinoco. ¿Es ésa la última palabra de usted?

Dionisio. ¡Sí, señor! ¡La última! *Mirando a Tinoco, que está en actitud de sacar de su bolsillo un arma.* (¡Y me parece que va a ser la última de veras!).

Doña Inocencia y Restituto asoman por entre las cortinas del fondo: ella, aterrada, más muerta que viva, él, dispuesto a lo que sea preciso.

Elisabeth. *Interponiéndose de pronto valientemente entre los dos hombres.* ¡Pero falta la última mía! ¡Dispara contra mí, si te atreves!

Tinoco saca su pistola; doña Inocencia lanza un grito que estremece a todos;

Restituto se abalanza sobre Tinoco.

Doña Inocencia. ¡Ay!

Cae el telón. Inmediatamente suena como un tiro.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Continuamos en el mismo lugar y son las once y media de la propia noche.

Dionisio, sentado en una butaca, duerme, rendido. Ante la puerta de la izquierda hay unos zapatitos de Elisabeth.

Doña Inocencia sale sigilosamente por la de la derecha, y Restituto baja de la terraza.

Restituto. Imposible, señora, imposible.

Doña Inocencia. Calla, que el señorito duerme ya.

Hablan a media voz.

Restituto. ¿Y ella, señora?

Doña Inocencia. También duerme hace rato. ¡Mentira parece que se coja el sueño después de haber oído a aquel energúmeno! ¡Y del susto que nos dió el neumático que reventó ahí enfrente!

Restituto. ¡Estaban rendidos los dos!

Doña Inocencia. Y si no llega a ser por ti, Restituto…

Restituto. ¡Para las ocasiones son los puños, señora!

Doña Inocencia. Pero ¡cómo se fué cuando llegó la Policía! ¡Qué palabrotas! ¡Qué insolencias!

Restituto. Cómo se fué lo vimos todos. Cómo pudo entrar es lo que a mí va a quitarme el sueño.

Doña Inocencia. Y a mí, Restituto. ¿No le abriría la cocinera?

Restituto. Jura por su madre que no. Ni Sabina tampoco. Y dos minutos antes vi yo que la puerta estaba cerrada. Y la cerradura no se ha forzado. ¡Y a la terraza no se puede saltar por parte ninguna! ¿Cómo entró ese tío?

Doña Inocencia. *Temblando.* ¡Ay! ¡ay!… Doña Nicasia pensaría que ha sido

cosa de duendes o de brujas. Mira, mira cómo estoy: helada.

Restituto. ¿Quiere usted otra copita de coñac?

Doña Inocencia. No; porque si a cada paso empino el codo, ¡voy a acabar con una *toquilla*!…

Dionisio. *Entre sueños.* Elisabeth… *Gioconda…*

Doña Inocencia. Está soñando el pobrecito. Vámonos nosotros a descansar también, si podemos.

Restituto. Yo me quedo en vela, señora. Acuéstese usted.

Doña Inocencia. ¡Qué bueno eres, Restituto! *Prestando oído desde la puerta de la izquierda.* Ésa está en siete sueños. ¡El fregado en que nos ha metido y lo tranquila que ahora duerme! *Se acerca a Dionisio y le da un beso en la frente con el mayor cuidado. Dionisio, cuando lo recibe, se pega un manotazo. Ella comenta:* Ha creído que era una mosca. *Apaga las luces y se aleja silenciosamente por entre las cortinas del fondo.*

Restituto se retira por la puerta del recibimiento, sin desechar su preocupación.

Restituto. ¿Por dónde entró ese hombre?

Queda la escena a oscuras. Dionisio sueña. Una música lejana acompaña y glosa su sueño, y una luz nueva, extraña y misteriosa, ilumina de pronto su figura. De las sombras profundas surgen luego sucesivamente y se acercan a él, doña Sol de Toledo, bella dama del siglo XVI; Mirta, gentil pastora del XVIII, y Clara Luz, hermosa enamorada, de los años del Romanticismo. Lo rodean y son vistas a la luz que a él lo envuelve.

Doña Sol. *Apareciendo por la derecha.* ¿Dionisio?

Dionisio. *Inmóvil.* ¿Quién?

Doña Sol. Yo; soy yo.

Dionisio. Y ¿quién eres tú?

Doña Sol. Doña Sol de Toledo. No me conoces. Ni conoces nada tampoco, por tu desgracia, de cuanto enaltece a tu linaje. En cambio llevas hoy un día de desconcierto y de zozobra, porque has creído como artículo de fe un libro ruin,

escrito por un villano y harto de ajos, enemigo de tu familia.

Dionisio. Pero ese libro ¿no dice la verdad?

Doña Sol. Ese libro miente en todas sus páginas; de la cruz a la fecha. ¡Es un haz de calumnias!

Aparece Mirta por la izquierda, y por el fondo, Clara Luz.

Mirta. ¡Es un atajo de mentiras del bellacón del fraile!

Clara Luz. ¡Es un libelo inmundo, que ni la pena del fuego merece!

Dionisio. ¡Pues me dais una buena noticia! ¿Por qué no habéis venido antes, monadas?

Doña Sol. Porque sólo a estas horas nos es permitido salir de las sombras eternas.

Dionisio. Y tú, pastorcita linda, ¿de qué Arcadia rosada vienes, tan peripuesta de sedas y de terciopelos?

Mirta. De la que crearon los poetas de mi siglo.

Dionisio. ¿Y tú, dama romántica?

Clara Luz. Yo soy la llama de un corazón enamorado. Pertenezco a aquel instante hermoso de la Humanidad en que los pechos de los hombres eran volcanes y las frentes hogueras.

Doña Sol. Yo vengo a sacarte del error en que estás y a defender ante ti el honor de tu casta.

Mirta. Y yo lo mismo.

Clara Luz. Y yo también.

Doña Sol. ¡Ningún abuelo tuyo murió como el libraco miente!

Clara Luz. ¡Uno solo, a decir la verdad!

Mirta. ¡Uno solo, sí!

Dionisio. ¿Don Gundemaro, acaso?

Doña Sol. ¡Don Gundemaro!

Dionisio. ¡Me lo estaba dando el corazón!

Clara Luz. ¡Y como él vas a morir tú, por lo visto!

Dionisio. ¡No!

Mirta. ¡Para tu vergüenza!

Dionisio. ¡No!

Doña Sol. ¡Para deshonra de tu linaje!

Dionisio. ¿Cómo voy a deciros que no?

Doña Sol. Don Gil de Aladares, caballero español, me amaba con locura, y una noche, al pie de mi ventana, le atravesó el pecho a un rival insolente.

Dionisio. ¡Bravo por don Gil!

Doña Sol. ¡Lo que no hubieras hecho tú!

Dionisio. ¿Tú qué sabes?

Doña Sol. Huyó de España luego, para no caer en manos de la Justicia, y halló muerte gloriosa peleando por su Dios y su patria.

Mirta. Y tu abuelo Marfiso, mi enamorado, que era pastor, como yo pastora, no murió tampoco degollado por ningún rapabarbas, como asegura la odiosa leyenda, sino de dolor infinito, porque mis padres me casaron con mi tutor, viejo y gotoso.

Dionisio. ¡Ocurrencia es! ¡Son ganas de que haya viudas!

Clara Luz. Pues óyeme ahora a mí. Tu ascendiente don Adelardo deliraba por mi persona. Y yo por la suya, Pero éramos pobres; no podíamos amarnos…

Dionisio. ¡Contigo pan y cebolla, se decía en tus tiempos!

Clara Luz. ¡No te burles, humorista cobarde! Pretendes burlarte de todo y

no sabes burlarte de nada. Don Adelardo, mi poeta, por no verme en los brazos de otro, se dió un tiro en la sien.

Dionisio. ¡Sopla!

Clara Luz. ¡Aprende a morir, mamarracho!

Mirta. ¡Aprende a amar, escritorzuelo!

Doña Sol. ¡Aprende a matar, poco hombre!

Dionisio. ¡Me están poniendo como un trapo entre todas!

Doña Sol.

Es consejo del Dolor

que en la misma esclavitud

hay que vivir con virtud

y hay que morir con honor.

Clara Luz. ¡Muere siquiera, puesto que la vida te ofrece la mejor ocasión, defendiendo gallardamente la de esa peregrina mujer que hoy se te ha entrado por las puertas!

Doña Sol. ¡Es noble como una princesa de fábula!

Mirta. ¡Es bella como un amanecer en los campos floridos!

Clara Luz. ¡Es apasionada como una misionera del amor!

Doña Sol. ¡No te la dejes arrebatar!

Clara Luz. ¡Protégela contra quien la hostiga!

Mirta. ¡Defiéndela!

Dionisio. ¡Ya la he defendido, preciosas! Cuando se llega tarde no se entera uno…

Doña Sol. No es la defensa de un momento la que reclama, sino la de la

vida entera.

Clara Luz. Amar es ofrecer la vida y la muerte.

Mirta. ¡Aquí está!

Clara Luz. ¡Aquí está!

Doña Sol. ¡Aquí está!

Dionisio. ¿La muerte?

Doña Sol. ¡La vida! ¡Elisabeth!

Mirta. ¡Elisabeth!

Clara Luz. ¡Elisabeth!

Dionisio. ¿Elisabeth?

Elisabeth llega por la terraza, en moderno y singular atavío, y se acerca a Dionisio, mientras las otras se hunden lentamente en las sombras de donde surgieron.

Dionisio. ¡Elisabeth!

Elisabeth. ¿Elisabeth? ¿Por qué me nombras Elisabeth?

Dionisio. Porque por Elisabeth te conozco. Estaba aquí como insensible, como narcotizado, y a tu presencia advierto que recobro todos mis movimientos, y que despiertan mis sentidos, y que vive mi alma. ¡Bendita seas, Elisabeth!

Elisabeth. ¿Insistes en llamarme así? ¿Es que has caído en un nuevo amor, faltando a nuestra mutua promesa? ¿Has olvidado lo que convinimos en nuestras dos últimas cartas?

Dionisio. Pero ¿qué dices? ¿Vas a trastornarme, ahora que empezaba a sentir mi espíritu plenamente? ¿Qué dices?

Elisabeth. ¡Que yo no soy Elisabeth ni lo he sido nunca!

Dionisio. Pues ¿quién eres entonces?

Elisabeth. ¡*Gioconda*! ¿Cómo lo dudas un instante?

Dionisio. ¡Porque te veo en la figura de Elisabeth!

Elisabeth. Y Elisabeth ¿quién es, te pregunto yo ahora?

Dionisio. ¡Una enamorada de mis libros!

Elisabeth. ¡Bah! Tendrás tantas… Déjala estar y agradéceme la sorpresa que llego a darte esta noche de luna.

Dionisio. ¡Sí que es una sorpresa como para perder el juicio!

Elisabeth. ¡Claro! No me esperabas. Ibas tú a ir a buscarme a París.

Dionisio. A ti, no, puesto que estás conmigo, sino a *Gioconda.*

Elisabeth. ¡Si *Gioconda* soy yo, Dionisio!

Dionisio. ¡*Gioconda*!

Elisabeth. La de las cartas azules, tembladoras, que te hacen llorar y reír; la de las frases que te besan; la de las letras puntiagudas y ágiles, que como duendecillos saltan ante tus ojos…

Dionisio. ¡Esas son mis palabras mismas!

Elisabeth. ¡Naturalmente! ¿Y quién más que yo podría, saberlas?

Dionisio. Tú las sabes por arte diabólico de mujer; tú no eres *Gioconda*; tú eres Elisabeth… y quieres apartarme de ella.

Elisabeth. ¡No seas vanidoso!

Dionisio. ¡Esos ojos tuyos no son los de *Gioconda*! ¡Son los de Elisabeth!

Elisabeth. ¡Míralos bien, que son los de *Gioconda*!

Dionisio. ¡Esta boca tampoco es la suya!

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo te engañas!

Dionisio. ¡Ni esa voz, ni esa risa!

Elisabeth. Pero ¿qué sabes, si nunca las oíste?

Dionisio. ¡Es verdad! ¡Nunca las oí!

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja!

En medio de la risa de ella suena una vibrante y lejana campanada, que estremece a Dionisio.

Dionisio. ¿Qué es eso?

Elisabeth. ¡Medianoche! ¡Acabó el martes, 13!

Dionisio. ¿Acabó?

Elisabeth. ¡Y no te has muerto! ¡Ya no mueres como temías!

Dionisio. ¡Ya no!

Elisabeth. ¡Pero, mucha o poca, es mía la vida que te reste en el mundo!

Dionisio. ¡Elisabeth!

Elisabeth. *Hundiéndose en las sombras.* ¡*Gioconda*!

Dionisio. *Yendo hacia ella.* ¡Elisabeth!

Elisabeth. ¡*Gioconda*! *Desaparece.*

Dionisio. ¿Qué confusión es ésta? ¡Me quedará memoria del martes, 13! *Principian a sonar a diversas distancias y con timbres y metales múltiples, las campanadas de las doce.* ¡Oh! ¡Oh! ¡Las doce! ¡Las doce! ¡Qué alegre serenata! ¡Dan las doce en todos los relojes del barrio, de Madrid, de España, del mundo! ¡Las doce! ¡Las doce del fatídico martes, 13! ¡Ya es miércoles, 14! ¡Pero yo debo de estar soñando! ¡Todo esto no puede ser más que un sueño! Sí, sí; estoy soñando… A ver: ¡luz, luz, que me ahogo! *Enciende la luz y se despierta.* ¡Ah! ¡Qué pesadilla! Digo, pesadilla; ¡un sueño delicioso! ¿Qué hora es de veras, a todo esto? *Mira su reloj.* ¡Las doce! ¡Las doce y tres minutos! ¡Soy feliz! *Fijándose en el reloj de la estancia.* Éste se ha parado en las seis y veinte. *De improviso empieza a dar las doce.* ¡Canario! ¡Da las doce a las seis y veinte! ¡Pero si además este reloj nunca ha tenido timbre! ¿Seguiré soñando todavía?

A sacarlo de su perplejidad llega por la puerta de la derecha don Ángel, el doctor.

Don Ángel. *Desde dentro.* ¡Dionisio! ¡Dionisio!

Dionisio. ¿Eh? ¿Quién es?

Don Ángel. *Saliendo jubiloso.* ¡Dionisio!

Dionisio. ¡Doctor!

Don Ángel. *Abrazándolo.* ¿No te has muerto, verdad?

Dionisio. ¡No, señor, no; no me he muerto! ¡Digo, me parece que no me he muerto!

Don Ángel. ¡Ja, ja, ja!

Elisabeth grita en el interior, a distancia.

Elisabeth. ¿Con quién habla, Dionisio?

Dionisio. ¿Eh?

Elisabeth. ¿Con quién habla usted?

Don Ángel. ¡Ooooh!… ¡Ya veo que no te has muerto!

Dionisio. ¡Que no es lo que usted se imagina!…

Don Ángel. ¡Ni te has muerto ni te piensas morir!

Dionisio. ¡Que no es lo que usted se imagina!…

Don Ángel. *Cogiendo los zapatitos de Elisabeth y mostrándoselos.* ¡Si no hace falta ninguna imaginación! ¡Bastan los ojos!

Dionisio. ¡No bastan, no, señor! ¡Es una apariencia!

Elisabeth. *Presentándose por la puerta de la izquierda en bata o quimono.* Pero ¿no me dirá usted con quién habla?

Don Ángel. ¡Conmigo!

Elisabeth. Y usted, ¿quién es?

Don Ángel. ¡El médico de al lado!

Elisabeth. ¿El médico? ¿Está malo Dionisio?

Don Ángel. ¡Ya quisiera yo estar como él! ¿Y usted, como está?

Elisabeth. ¡Como nunca! ¡Mejor que nunca! ¡Más dichosa que nunca! *Vuélvese adentro.*

Don Ángel. ¡Pues aquí el que sobra es el médico, como esta mañana!

Dionisio. Yo le explicaré a usted…

Don Ángel. ¡Con azúcar va a ser peor, querido Dionisio! ¡Ya nos beberemos esas copas! ¡Adelante la vida! *Se marcha, riéndose.*

Dionisio. ¡Adelante la vida! ¡Y si viene la muerte, que venga con amor y con gloria! ¡Yo no me muero como don Gundemaro!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Seguimos en casa de Dionisio y en la misma estancia. Es en la mañana del miércoles, 14.

Por entre las cortinas del fondo sale Restituto, y se va por la puerta de la derecha, diciendo mientras cruza: ***Restituto****. ¡Vamos, que haberme pasado yo la noche soñando con ese espantapájaros! ¿Cómo se las compondría para entrar aquí?*

También por el fondo aparecen seguidamente doña Inocencia y su compañera doña Nicasia, vieja flaca como un escobón, pulcra y bien vestida. Usa mitones y lleva dos parchecitos negros en las sienes, ella sabrá por qué. Se apoya en un bastoncito de ébano. A poco de salir se sientan las dos.

Doña Nicasia. Dejémoslo arreglarse, y hablemos nosotras mientras tanto de lo mucho que tenemos que hablar.

Doña Inocencia. ¡Pobrecita! ¡La he privado a usted de sus baños!

Doña Nicasia. No se apure usted, doña Inocencia: ya había tomado nueve cuando llegó su segunda carta sobre los trastornos de Dionisio. Y ¡claro está! arreglé mis cosas en seguida para venirme.

Doña Inocencia. ¡Cuánto se lo agradezco!

Doña Nicasia. Hubiera hecho muy mal en dejarla a usted sola. ¿Y si yo le dijese a usted que no me sorprendió la carta; que la estaba esperando?

Doña Inocencia. ¿Había usted notado ya los venates antes de irse…?

Doña Nicasia. No, señora. ¡Pero yo sabía que en esta casa tenía que pasar algo gordo! Desde que el carbonero le enseñó al lorito a decir: «¡Yo no voy a misa!».

Doña Inocencia. ¡Ah!

Doña Nicasia. Además, había soñado la noche antes con un gato morisco, y al despertar pensé: carta viene con mala noticia. No falla.

Doña Inocencia. ¿Usted cree?

Doña Nicasia. No falla. Y si el sueño hubiera sido con gata en vez de gato, la noticia habría sido buena.

Doña Inocencia. ¡Doña Nicasia!

Doña Nicasia. Sí, sí.

Doña Inocencia. ¡Mire usted que la diferencia por un cambio de sexo!…

Doña Nicasia. ¿Le parece a usted poco?

Doña Inocencia. Y ¿qué tal le ha caído a usted el desayuno después del viaje?

Doña Nicasia. ¡Admirablemente! ¡Si yo tengo un estómago a prueba de disgustos!

Doña Inocencia. Dios se lo conserve.

Doña Nicasia. ¿No ve usted que duermo todos los sábados al revés?

Doña Inocencia. ¿Cómo al revés?

Doña Nicasia. ¡Con la cabeza a los pies de la cama y los pies en la cabecera!

Doña Inocencia. ¡Qué mareo! ¿Y por eso tiene bien el estómago?

Doña Nicasia. Por eso, por eso. ¿Cómo ha de dudarse?

Doña Inocencia. ¡Vamos, vamos! Es increíble, doña Nicasia, que una tan buena cristiana como usted diga esas paparruchas.

Doña Nicasia. Pasito, pasito, doña Inocencia. Yo no sé más sino que durmiendo al revés todos los sábados conservo un estómago de lata, y que usted, que duerme todas las noches al derecho, rabia con el suyo. Allá cada una con su sistema.

Doña Inocencia. Pues si hubiera usted pasado aquí estos últimos días, sobre todo ayer martes, habría usted perdido su estómago, aunque durmiese con la cabeza en el cajón de la mesa de noche.

Doña Nicasia. Sí, sí.

Doña Inocencia. Usted no puede darse idea. ¡Qué invasión en esta santa casa! ¡Qué mujer más loca! ¡La cola que ha traído!… ¡Vaya una visitita! Se nos coló a las nueve de la mañana y todavía la tenemos ahí.

Doña Nicasia. ¿No se le ocurrió a usted en todo el día poner la escoba detrás de la puerta?

Doña Inocencia. ¡Si me llego a acordar de la escoba lo que hago es darle con ella en la cabeza!

Doña Nicasia. Pues si yo estoy aquí la pongo detrás de la puerta con unas tijeras clavadas y un puñado de sal encima, y sale la visita a espetaperro.

Doña Inocencia. ¡Lo que es ésta!… ¡Usted no la conoce!

Doña Nicasia. ¡Esta y todas! ¡Pues así que no está probado, y por usted misma, con el matrimonio del entre suelo! ¿Más pesados los quiere usted? Aguarde, aguarde ahora.

Doña Inocencia. ¿Qué pasa?

Doña Nicasia. Que he tenido un mal pensamiento, *Santiguándose.*

Pensamiento insano,

vete de mi pecho,

que está satisfecho

con sólo albergar

la paz y dulzura

de conciencia pura

que a la sepultura

me quiere llevar.

Cuando tenga usted un mal pensamiento, repita este exorcismo seis veces.

Doña Inocencia. ¿Usted lo va a repetir ahora?

Doña Nicasia. No; porque no han dado las doce todavía. Y el pensamiento no ha sido malillo del todo.

Doña Inocencia. ¡Ya!

Doña Nicasia. Pues le decía a usted…

Pasa Restituto de la puerta de la derecha a la de la izquierda. Doña Inocencia lo detiene.

Doña Inocencia. ¿Adónde vas tú?

Restituto. A ver si la señora quiere ya el desayuno.

Doña Nicasia. Pero ¿no se ha desayunado todavía?

Restituto. ¡Si no ha salido de la alcoba! ¡Si el señorito no ha querido que se la despierte!

Doña Inocencia. No, no, pues ya es razón. Llámala, llámala.

Doña Nicasia. Yo no la hubiera dejado dormir hasta tan tarde.

Doña Inocencia. Pero ¿no le he dicho a usted que ha tomado la casa por una fonda? Llámala, Restituto.

Éste obedece, y toca en la puerta de la izquierda con los nudillos. Los tres esperan la voz de Elisabeth.

Restituto. ¿No me oye?

Doña Inocencia. Toca más fuerte, hombre de Dios.

Restituto. *Después de tocar.* ¡Está como una piedra!

Doña Nicasia. ¡Qué *lirona*!

Doña Inocencia. ¡Desde antes de las doce acostada!

Doña Nicasia. Toca, toca más fuerte todavía.

Restituto. *A la par que toca.* ¡Señorita Elisabeth! Aquí no hay nadie.

Doña Inocencia. ¿Cómo que no hay nadie?

Restituto. Nadie, señoras. Esta mujer ha huido.

Doña Nicasia. ¿Eh?

Doña Inocencia. ¿Qué?

Restituto. ¡Esta mujer ha huido!

Doña Nicasia. *Cruzando muy nerviosa las manos.* ¡El perro tuerto de la estación!

Perro tuerto,

fuga o muerto.

Doña Inocencia. ¡Llama al señorito!

Doña Nicasia. ¡No; todavía no lo llames! Insiste; aporrea…

Restituto. *Gritando y tocando a la puerta.* ¡Señorita Elisabeth! ¡Señorita Elisabeth! ¡Nada! Desde que la vi como llegó me hizo a mí la impresión de una rata de hotel esta señora.

Doña Inocencia. ¡Oh!

Restituto. ¡Ha huido, ha huido!

Doña Nicasia. ¡Vamos a contar los cubiertos!

Restituto. Un instante.

Doña Nicasia. ¿Qué?

Restituto. Ahora pienso que yo no la he sentido salir, y estoy despierto desde las ocho; de manera que si no ha huido, se ha muerto, que sería peor.

Doña Inocencia. ¡Ay!

Doña Nicasia. ¡Ay!

Doña Inocencia. ¿Se habrá suicidado?

Restituto. ¿Fuerzo la puerta y entro a ver…?

Doña Inocencia. ¡No!

Doña Nicasia. ¡Sí!

Restituto. ¡Pues ahora mismo! No hace falta: la puerta cede. ¿Se puede pasar? *Éntrase.*

Doña Inocencia. Si se ha muerto, ¿cómo va a decirle adelante? ¡Qué miedo!

Doña Nicasia. *En oración.*

Santo Dios,

somos dos,

San Ginés,

somos tres…

¡Igual es!

Repita usted conmigo.

Doña Inocencia. ¡Yo no estoy para repetir nada, señora! *Vuelve Restituto.*

Restituto. No; pues no se ha muerto.

Doña Inocencia. ¡Ah!

Doña Nicasia. ¡Ah!

Restituto. Pero no está ahí; de manera que ha huido, sin duda ninguna.

Doña Nicasia. ¡Avisa al juez inmediatamente!

Doña Inocencia. ¡Avisa a la Comisaría!

Doña Nicasia. ¡Avisa al señorito primero!

Doña Inocencia. ¡Avisa al doctor!

Doña Nicasia. ¡A contar la plata ante todo!

Restituto. ¡No es preciso!

Doña Nicasia. ¿Por qué no es preciso?

Restituto. *Mirando hacia la puerta de la derecha.* Porque, a Dios gracias, aquí viene ya la señora.

Doña Inocencia. ¿Viene aquí?

Restituto. ¡Y muy contenta, a lo que parece!

Doña Nicasia. ¡A verla!

Doña Inocencia. ¡Qué susto nos ha dado el demonio de la mujer!

Doña Nicasia. ¡El demonio, el demonio!

Y llega Elisabeth de la calle, risueña y jubilosa.

Elisabeth. Buenos días.

Doña Inocencia. Buenos días.

Doña Nicasia. Buenos los tenga usted.

Elisabeth. ¡Oh, doña Nicasia!

Doña Nicasia. ¿Usted me conoce?

Elisabeth. ¡Ya lo creo! ¡Por el retrato de la sala! ¡Está muy parecido! ¡Tiene usted una pinta que no se confunde!

Doña Nicasia. ¿Una pinta?

Doña Inocencia. Pero, bueno, ¿cómo ha salido usted?

Elisabeth. ¡Por la puerta!

Doña Inocencia. ¿A qué hora?

Elisabeth. Aún no eran las siete. En la casa dormía todo el mundo. Salí de

puntillas; tomé un *taxi*; me fuí al hotel; me he bañado con agua caliente, me he dado luego una ducha fría, me he cambiado de ropa… y aquí estoy. ¡Qué contenta vengo! ¡Qué noticia le traigo a Dionisio!

Doña Inocencia. Y ¿quién le ha abierto ahora?

Elisabeth. Nadie.

Restituto. ¿Nadie?

Elisabeth. ¡Nadie!

Restituto. Pero ¿ha podido usted entrar?

Elisabeth. Creo que sí.

Restituto. ¡Como su marido!

Elisabeth. ¡Como mi ex marido! ¡Oh! ¡Qué dicha! ¡Ya no tengo nada que ver con ese hombre, señoras! ¡Nada! ¡Nada! ¿Y Dionisio? ¿Dónde está Dionisio? ¡Qué noticia le traigo! ¡Lo que se va a reír! ¡Yo por la calle venía riéndome! ¡Llamaba la atención! Sígueme, Restituto. *A doña Nicasia, de repente.* ¿Usted echa las cartas, verdad?

Doña Nicasia. ¿Eh? Según y cómo…

Elisabeth. No; no me lo niegue usted: me lo ha dicho Dionisio, Tiene usted que echármelas. ¡A ver qué me espera! ¡Qué suerte me espera! ¡Qué cambio en la vida me espera! Sígueme, Restituto. *Oh, là là! Vase por la puerta de la izquierda.*

Restituto. *Deteniéndose un punto.* Ya son dos las personas que han entrado en la casa sin que les abra nadie. Como entre la tercera, yo escribo una carta a *El Liberal*. ¡Porque yo no creo en duendes! *Sigue a Elisabeth, muy preocupado.*

Doña Inocencia. ¿Qué me dice usted de la dama? ¿Dónde se ha visto igual frescura?

Doña Nicasia. Ya, ya.

Doña Inocencia. ¡Y creía usted que con una escoba iba a largarse!

Doña Nicasia. ¡Es que esto no es visita, hija mía!

Doña Inocencia. ¡Ya se ve que no! ¡Es pensión completa! Pero… ¿quién le ha abierto? ¿Quién le abrió también al marido, Dios santo?

Doña Nicasia. ¡Y dice Restituto que no cree en duendes! ¡Yo no he visto ceguera igual!

Sale Dionisio por el fondo, recién afeitadito y en traje de calle.

Dionisio. ¿Qué hacen aquí mis dos ángeles tutelares?

Doña Inocencia. ¡Dionisio! ¡Hijo mío!

Doña Nicasia. ¡Nene!

Dionisio. *Después de darle un beso a cada una.* ¿Se comentan los hechos pasados?

Doña Inocencia. Se comentan, para enseñanza del futuro, que es para lo que el pasado sirve. ¿Se fué ya el barbero?

Dionisio. ¡Hace rato!

Doña Inocencia. ¿Pero hoy ha venido otro oficial?

Dionisio. ¡Cómo que al de ayer no lo trae ni la Guardia civil! Ya haremos las paces algún día.

Doña Nicasia. ¡Y tanto! En cuanto él reflexione. ¿Es que hay nada más edificante ni más justo que tu lección de ayer?

Doña Inocencia. ¡Cómo se conoce que no le vió usted la cara cuando se iba!

Doña Nicasia. Tiene usted demasiado miedo y no razona. Yo le daré a usted una estampita que lleva detrás una oración contra los sustos.

Doña Inocencia. Pero ¿ha visto usted qué guapito está nuestro Dionisio?

Doña Nicasia. ¿Cómo si lo he visto, señora? ¡Si gana por días!

Dionisio. ¡Los mimos de las suegras, que me embellecen!

Doña Inocencia. ¡Ja, ja, ja!

Doña Nicasia. ¡Para todo tiene salida! ¡Se comprende que se vuelvan locas por él!

Dionisio. ¡Mamá suegra!

Doña Inocencia. ¡Se comprende! ¡Pero que no nos vuelvan locas a nosotras de paso!

Doña Nicasia. ¡Se comprende aquella pasión que tuvo por ti mi santita! ¡Cómo te quería! ¡Qué cariño más puro el suyo!

Doña Inocencia. ¡No, que mi hija de mi alma se casó por el interés!

Doña Nicasia. No sea usted picajosa.

Doña Inocencia. No lo he sido nunca, doña Nicasia.

Cruza Restituto, muy sonriente, de la puerta de la izquierda a la de la derecha, por la que se va.

Doña Nicasia. ¡Qué cara de buena propina lleva ése! ¿Cuánto le habrá dado?

Doña Inocencia. A propósito, niño: tenemos que hablar de esa mujer.

Doña Nicasia. Sí, sí: tenemos que hablar de ella.

Dionisio. ¡Bueno! Como ustedes gusten. Así que yo la deje luego en su hotel…

Doña Inocencia. ¿En su hotel? ¡Ya ha estado allí muy de mañana! ¡A refrescarse!

Dionisio. ¿Cómo?

Doña Nicasia. ¡A las siete ha salido de aquí!

Doña Inocencia. ¡Sin que la sienta nadie!

Dionisio. ¿Qué me dicen ustedes?

Doña Inocencia. ¡Y ha entrado, como su marido, sin que le abran la puerta!

Dionisio. ¡Diablo!

Doña Inocencia. ¡Y ha vuelto como un cascabel, diciendo que te trae una gran noticia!

Dionisio. ¿Una gran noticia?

Doña Nicasia. ¿Te ha picado la mano izquierda esta noche? ¡Porque eso es dinero seguro!

Dionisio. ¡Voy a hablar con ella inmediatamente!

Doña Inocencia. Aguarda. Antes, con nosotras.

Dionisio. ¿Con ustedes?

Doña Nicasia. Con nosotras, sí. ¿Quién te quiere más en el mundo?

Doña Inocencia. ¿Quién te aconsejará mejor?

Doña Nicasia. ¿Quién sueña más con tu ventura?

Doña Inocencia. *Acariciándolo.* Nene mío…

Doña Nicasia. Nene nuestro…

Dionisio. ¡Qué lástima que no haya aquí un fotógrafo que retratara el grupo!

Doña Inocencia. Ya iremos los tres a una fotografía, no creas tú que no lo he pensado.

Dionisio. Sí, sí: este grupo tiene que pasar a la historia.

Doña Inocencia. Pero oye ahora: esa mujer es para ti un peligro.

Dionisio. ¡No!

Doña Inocencia. ¡Sí lo es! ¡Duerme con pantalones!

Doña Nicasia. ¡Sí lo es! Las dos lo vemos igualmente.

Dionisio. Pero ¿por qué ha de serlo? ¿Qué peligro cabe…?

Doña Nicasia. ¿Y lo preguntas tú, hombre de talento y de experiencia?

Doña Inocencia. Un viudo dos veces está mucho más expuesto a un batacazo que un solterón cualquiera.

Doña Nicasia. Y ya sabes lo que se dice del solterón: o lo guisa la cocinera… o se lo come la… lagarta.

Dionisio. Pero ¡por Dios! no se alarmen ustedes. No hay motivo. Entre esa dama y yo, pasada la noche en que hube de ampararla como un caballero, no quedará sino el recuerdo de la aventura y una buena amistad. ¡Aunque duerma con pantalones!

Doña Inocencia. ¡Tu tu tu!…

Doña Nicasia. ¡Ta ta ta!…

Doña Inocencia. Todavía, si no fuese bonita… ¡Pero con esa cara de sol que tiene!…

Doña Nicasia. Y aunque fuera un coco, doña Inocencia. ¡Hay feúchas con mucho garabato! Mi marido —Dios lo tenga donde se merezca— me dió muy malos ratos a mí a cuenta de una chata que lo volvió tarumba. Como dicen que el caso es cambiar… ¡Y yo entonces era preciosa!

Doña Inocencia. ¡Vaya memorión que tiene usted, doña Nicasia!

Dionisio. ¡Ja, ja, ja! Yo les doy a ustedes mi palabra de honor…

Doña Inocencia. ¡Tu tu tu! Las palabras se las lleva el aire.

Doña Nicasia. Nada de palabras: hechos, hechos. Es menester que sientes la cabeza.

Dionisio. ¿Otra vez? ¿No la he sentado ya dos veces? ¿No se cansará de la posturita?

Doña Inocencia. No; sin humorismo. Yo, madre de aquella santita que te adoraba, te lo aconsejo formalmente.

Doña Nicasia. Y yo, madre de la otra *que te adoró primero*, te lo pido; te lo suplico.

Doña Inocencia. ¿No te gusta la hija de don Ángel; del doctor?

Dionisio. Sí, señora; sí que me gusta.

Doña Inocencia. ¿Verdad?

Dionisio. Me gusta mucho.

Doña Nicasia. Tan modosita, tan estudiosita…

Dionisio. Eso es lo malo, ¿sabe usted?… Que como hija de su padre estudia Medicina… y ya me ha dicho un par de veces que en el beso hay microbios. ¡Y no es ese mi tipo!

Doña Inocencia. ¡Que te hablamos en serio, nene!

Doña Nicasia. En serio; muy en serio.

Doña Inocencia. ¡Y hasta con lágrimas en los ojos!

Dionisio. Pues en serio, mamás. En serio enteramente. No se cansen ustedes en buscarme novia por ahora. De las pocas cosas que he tomado en serio en mi vida, una es mi singular amistad —amistad entremezclada de amor— con una hermosa mujer que no vive en España.

Doña Nicasia. ¡Ah! ¡La de París! ¡*Traviata*!

Doña Inocencia. ¡*Gioconda*!

Dionisio. *Gioconda*, justamente.

Doña Inocencia. *Oh, là là!*

Dionisio. Ustedes saben de esto porque yo no tengo secretos para mis ángeles de la guarda; y ustedes saben, por lo tanto, el noble compromiso que existe entre ella y yo. Este mes de mayo iré a París a conocerla…

Aparece Elisabeth por donde se marchó, radiante de alegría.

Elisabeth. ¡Que se cree usted eso!

Dionisio. ¿Eh?

Elisabeth. ¿Cómo le voy a decir a usted que a París no va?

Dionisio. ¡Elisabeth!

Elisabeth. ¡Maestro!

Le tiende las manos, que él estrecha gozosamente. Entre tanto comentan entre sí las dos suegras: ***Doña Nicasia****. (¡Se ahoga la de París!*

Doña Inocencia. ¡Se ahoga… porque ésta es una inundación!).

Dionisio. ¡Ya sé de su escapatoria de esta mañana!

Elisabeth. ¡Sí! ¡Y traigo un borbotón de noticias, todas agradables, luminosas, para reírnos a la par! ¡Tenemos que hablar mucho, mucho, muchísimo! ¡Más que ayer todavía!

Doña Nicasia. ¡Ea! Pues no les estorbamos. También doña Inocencia y yo, que ya hemos hablado bastante, tenemos que hablar mucho más.

Doña Inocencia. ¡Pero mucho más!

Doña Nicasia. Y luego iremos un ratito a la iglesia, a rezar por los pecadores.

Elisabeth. Yo traigo de Roma la bendición del Papa; pero agradeceré un Padrenuestro.

Doña Nicasia. Cuente usted también con una Salve. *Se retiran por entre las cortinas, cuchicheando.* Doña Inocencia, esté usted tranquila: ¡he colgado en la puerta una herradura que me encontré al llegar a Madrid! Y parece de burro, que son las mejores.

Doña Inocencia. *Con un gran suspiro.* ¡Ay!…

Dionisio. *Anhelante, gozoso.* ¿Conque un borbotón de noticias, verdad?

Elisabeth. ¡Una tolvanera!

Dionisio. ¡Vengan, vengan ya, que me muero de ansia!

Elisabeth. ¡Y yo me lo explico; pero va usted a quedar satisfecho! ¡Ja, ja, ja!

Dionisio. ¡Vengan!

Elisabeth. ¡Si es la risa, que no me deja hablar! Ya sé de su miedo insensato de ayer; ya sé por qué no lo tiene usted hoy; ya sé lo que hizo Aurorina al marcharse de aquí; ya sé cómo entró mi marido; ya sé lo que va a ser de él, y de Aurorina, y de usted, y de *Gioconda*, y de mi . ¡Porque ya sé también quién es *Gioconda*! ¡Ya sé todo lo que tenemos que saber!

Dionisio. Y ¡ojalá sea verdad tanta sabiduría! Pero, por Dios, Elisabeth, démela usted a cucharadas, como a un niño enfermo; que estoy que brinco sólo de oír el sumario.

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja! Cálmese, cálmese para oírme.

Dionisio. ¿Dice usted que conoce la causa de mi miedo de ayer?

Elisabeth. ¡De su insensato miedo! ¡No omita usted el calificativo!

Dionisio. ¡Hasta le añado el de grotesco! ¿Cómo conoce usted la causa?

Elisabeth. ¡Porque me la ha revelado un libro que encontré en su mesa de noche!

Dionisio. ¡Ah! ¡El libro del fraile! ¿Estaba allí?

Elisabeth. ¡Allí está! Lo cogí para dormirme leyendo… ¡y no puede usted figurarse cuánto me hizo reír! ¡Especialmente con la muerte de don Gundemaro!

Dionisio. ¡Ja, ja, ja! ¡No me lo jure usted!

Elisabeth. ¡Qué socarrón de fraile! Pero, sinceramente, Dionisio, ¿temió usted que ayer iba a morirse?

Dionisio. ¡Ay, Elisabeth! Yo me reía de la superstición; yo empecé a imaginar mi libro burlándome de ella; pero al estudiarla, a fuerza de tratar a adivinadoras, echadoras de cartas, gitanas, pitonisas; a fuerza de conocer casos y ejemplos extraordinarios, no ya sólo de seres ignorantes, sino de personas educadas y cultas, di en supersticioso también. ¡Y ayer temí que me moría!

Elisabeth. Y por fortuna no se ha muerto usted… para oírme.

Dionisio. ¡Por fortuna!

Elisabeth. ¡Vaya! Tenga usted este *portebonheur*… que le alejará todo maleficio. Es muy mono. *Le cuelga un juguetillo en la solapa, mirándolo con coquetería.*

Dionisio. Gracias, Elisabeth. Explíqueme ahora, ya que lo ha averiguado usted, cómo entró en mi casa su ex marido.

Elisabeth. Como acabo yo de entrar hace diez minutos.

Dionisio. Y usted ¿cómo ha entrado?

Elisabeth. Amigo mío, la vida, a lo mejor, desenlaza del modo más simple lo que se nos figura más complejo. Anoche, al salir Aurorina de aquí, furiosa de despecho y de celos, topó con Tinoco, que rondaba enloquecido la casa. Los dos, heridos de un mal semejante, se atrajeron por fuerza magnética. Y hablaron… hablaron… hablaron…

Dionisio. ¿Hablaron? ¿Dónde?

Elisabeth. Primero, en la calle, y luego… ¡en la propia casa de Aurorina!

Dionisio. ¡Eso está muy bien!

Elisabeth. ¡Pues está mejor lo que queda! A Aurorina le dejó usted un día un llavín de esta casa… y con él entró anoche mi marido y esta mañana yo. ¡Me parece que más sencillo!

Dionisio. ¡Ja, ja, ja! ¡Y todos aquí haciendo cábalas disparatadas y pensando en fantasmas y duendes! ¡Cuando se entere Restituto! ¡Ja, ja, ja!

Elisabeth. El fin de fiesta de la tragicomedia viene ahora.

Dionisio. Pero ¿aún hay más?

Elisabeth. ¿Que si hay más? ¡Usted va a tirarse al suelo de risa!

Dionisio. A ver, a ver… ¡que ya me regodeo! ¡Es usted hechicera!

Elisabeth. ¿En qué sentido?

Dionisio. ¡En todos! A ver, a ver…

Elisabeth. Aurorina, la tonta de Aurorina, le leyó a Tinoco algunos versos y cartas de usted…

Dionisio. No me choca: ¡hasta en la *Gaceta* querría publicarlos!… Pero usted ¿cómo sabe?…

Elisabeth. Déjeme seguir. Le leyó los versos más ardientes, las cartas más apasionadas…

Dionisio. ¡Mi madre!

Elisabeth. Y Tinoco, que había ya cenado con ella…

Dionisio. ¿Hola, hola?

Elisabeth. Da de pronto un rugido y grita: «¡No los mato!».

Dionisio. ¿No nos mata, verdad?

Elisabeth. «¡No los mato! ¡La muerte es una liberación! ¡Que sufran lo mismo que sufrimos nosotros!».

Dionisio. *Conteniendo la risa.* ¡Acabe usted; que ya me veo en el suelo!

Elisabeth. «¡Ojo por ojo, y diente por diente! ¡A ella la desprecio por otra y a él le robo la mujer a quien más ama!».

Dionisio. ¡No!

Elisabeth. ¡Sí!

Dionisio. ¿Me quita a Aurorina? ¿Se la lleva?

Elisabeth. ¡A la Costa Azul!

Dionisio. ¡La Costa me es igual! ¿Se la lleva?

Elisabeth. ¡Esta misma noche!

Dionisio. ¡Ja, ja, ja!

Elisabeth. ¡Ja, ja, ja! ¡Es la venganza más feroz que ha podido idear ese bellaco! ¡También la maldad fracasa a veces con estrépito, y queriendo arrancar lágrimas arranca carcajadas! ¡Ja, ja, ja!

Dionisio. Pero ¿quién es usted, mujer ideal, que me trae tales nuevas? Y,

sobre todo, ¿cómo ha podido averiguarlas?

Elisabeth. ¡Ay, maestro! Cuanto le acabo de contar a usted… lo he soñado esta noche.

Dionisio. ¡Adiós mi dinero! *Se deja caer en una butaca desalentado.*

Elisabeth. ¿Por qué desfalleces, hombre de poca fe? ¿Es que ignoras que cuanto soñamos suele tener sus raíces en la verdad que nos ha ocurrido o que nos va a ocurrir?

Dionisio. ¡Qué sé yo! ¡Lo que sé es que me has echado un jarro de agua fría! ¡Con lo alegre que yo me había puesto!

Elisabeth. Pues yo te digo que desperté de madrugada con tal sueño, y que pensé, poseída de una rara intuición: este sueño no es sólo sueño: este sueño es la realidad. Y corrí a casa de Aurorina.

Dionisio. ¿Sí, eh? ¿Y ella?

Elisabeth. ¡Ella confirmó mi presentimiento! ¡Ella me refirió los hechos como yo los soñé, con una inocencia que creía que era venenosa! ¡Ja, ja, ja!

Dionisio. ¿Es posible?

Elisabeth. ¡Porque es posible hay supersticiones desde que el mundo es mundo! ¿Necesitaré probártelo a ti? Tinoco y Aurorina se marchan juntos… con el dinero de él… creyendo así tomar venganza de nosotros. Tal como lo soñé sucede…

Dionisio. ¡Ay, si mi sueño de esta noche también fuera verdad!

Elisabeth. ¿Lo deseas? ¿Qué has soñado?

Dionisio. ¡Que *Gioconda* eres tú!

Elisabeth. ¿Que *Gioconda* soy yo? ¡Dionisio! ¿De veras lo deseas?

Dionisio. ¡De veras!

Elisabeth. Bueno, ¿y si lo fuese…?

Dionisio. Si lo fueses… ¿qué quieres preguntarme? ¿No me estás oyendo

desde ayer?

Elisabeth. ¡Pues lo soy!

Dionisio. No me atrevo a creerte, Elisabeth.

Elisabeth. ¡Pues lo soy! ¿Qué pruebas tienes de lo contrario?

Dionisio. ¡Tengo tantas!…

Elisabeth. Dime una siquiera.

Dionisio. ¡Los retratos dedicados a mí!

Elisabeth. ¿Los retratos? ¡Ja, ja, ja! ¡Retratos de una amiga mía que sueña con las glorias de Hollywood! La mediadora en esta aventura. Desde Roma le mandaba yo las cartas que ella te mandaba a ti de París. Dime otra prueba menos inocente…

Dionisio. ¿Menos inocente? Charlando estamos desde ayer… y te he dado cien ocasiones de descubrirte…

Elisabeth. ¡Pero yo no he querido hacerlo! ¿Tú sabes lo que me halagaba verte enamorado de mí y ver a la vez que te me alejabas por amor de *Gioconda*? ¿Tú sabes cómo me estremecía de orgullo y de placer oírte, en la ignorancia de que le hablabas a *Gioconda*, todo lo que de ella me decías y cómo tu compromiso de amor te ataba las manos ante mí y sofocaba tus palabras?

Dionisio. ¿Elisabeth… *Gioconda*?…

Elisabeth. ¿Otra prueba más? En mi última carta te digo que no esperes a mayo… que te aguardo en abril… y que si tú no vas a París, yo vengo en tu busca.

Dionisio. ¡Ah, mujer, mujer! ¡Eres un diablillo perturbador que ha tomado tu forma divina! ¡Cómo te has delatado! ¡La última carta de *Gioconda* está en mi mesa de noche con el libro del fraile… y tú la has leído! Queriendo probarme una cosa acabas de probarme la contraria.

Elisabeth. ¿De modo que… no crees que yo sea *Gioconda*?

Dionisio. Ya, no.

Elisabeth. Pero entre todas las pruebas negativas… ¿nada te ha dicho en

nuestras charlas que lo pudiera ser? ¿Tan distinto del suyo es mi espíritu? ¿Tan otras de las suyas mis palabras?… Aquí quiero yo ver al psicólogo.

Dionisio. ¡Tú eres capaz de confundir al mismísimo Sócrates! No creas que no he fluctuado… que no he sospechado en algún momento que *Gioconda* eras tú… Y no como psicólogo, que no lo soy, sino simplemente como enamorado. Pero si tú fueras *Gioconda*, en alguna de tus cartas habrías aludido a lo menos a las torturas de tu matrimonio y a tu anhelo de libertad…

Elisabeth. Efectivamente, no eres psicólogo. ¿No comprendes que esas cartas mías eran el huerto en que me refugiaba yo huyendo de mi vida? Yo quería interesarte, no por las sombras de ella, sino por la luz de mi alma. *Él se queda perplejo; ella lo mira sagazmente.* ¿Qué? ¿Aún vacilas? ¿Aún no me crees *Gioconda*?

Restituto sale por la puerta de la derecha con una bandejita de plata y en ella una tarjeta azul.

Restituto. Señorito.

Dionisio. ¿Qué hay?

Restituto. Con permiso: esta señora acaba de llegar.

Dionisio. *Tomando la tarjeta y leyéndola estremecido.* ¡Oh! ¡*Gioconda*!

Elisabeth. ¿*Gioconda*? ¡Oh! ¡Se frustró mi comedia!

Dionisio. ¡No eres tú!

Elisabeth. ¡La hemos atraído!

Restituto. Dice que ha llegado de París esta mañana.

Dionisio. ¡Según eso, viajaba ayer para venir a verme! ¡El martes, 13! ¡Cuando yo pensaba morir!

Elisabeth. *Con arranque súbito.* ¡Dile que ahora no está el señor!

Dionisio. ¡Elisabeth!

Elisabeth. ¡Ah! Perdóneme usted el arrebato. No lo he podido reprimir. Recíbala usted ya… y luego nos despediremos nosotros para siempre. *Suspirando.*

¡Ay!… *Entrase por la puerta de la izquierda.*

Dionisio. Pero, escuche usted… Por más que… realmente… ¡Este torbellino de mujer no se pone en nada!… *A Restituto.* Dile a esa señora que pase.

Restituto. ¿Adónde?

Dionisio. Aquí.

Restituto. Bien, señorito. *Se marcha.*

Dionisio. *Aturdido.* ¿Qué iba yo a hacer? ¿Qué iba yo a hacer?… ¡Gran Dios, qué sorpresa! ¡Para que me cure yo de supersticiones!… ¿Qué iba yo a hacer?… ¡Nada, hombre, nada! ¡No ibas a hacer nada!

Aguarda emocionado, perfilándose inconscientemente para un bien parecer.

De pronto reaparece Elisabeth y le dice:

Elisabeth. ¡Espérala sentado!

Dionisio. *Volviéndose hacia ella.* ¿Qué?

Elisabeth. ¡Pero, qué tontísimo eres!

Dionisio. ¿*Gioconda*?

Elisabeth. ¡*Gioconda*, sí! *A una mirada de él a la otra puerta.* ¿Todavía la aguardas por ahí, majadero? ¡Ja, ja, ja! *Mostrándole unos papeles que trae.* Mira, hombre, mira: mira lo que anoche escribí, temblando de gozo, cuando me quedé a solas en tu habitación.

Dionisio. ¡Tu letra! ¡Tu embrujada letra! ¿Entonces ha sido comedia tuya todo esto?

Elisabeth. ¡Todo, no! Yo entré aquí ayer mañana sin saber adónde venía; huyendo con pavor del que fué mi verdugo; y al ver que milagrosamente había dado en tu casa, bendije el misterio impenetrable que rige nuestras vidas.

Dionisio. *Conmovido.* ¡*Gioconda*!

Elisabeth. ¡Elisabeth! Mi nombre es éste. Me has dicho, sin presumir que me

lo decías, que te ha cautivado mi alma. ¿Te cautiva lo mismo su albergue?

Dionisio. ¡Elisabeth! *Le estrecha fervorosamente las manos.*

Elisabeth. ¿Te gustan mis ojos y mi boca? ¿Te estremecen mi voz y mi risa? ¿Te penetra hasta el corazón el calor de mis manos?

Dionisio. ¡Elisabeth, no sigas, si no quieres que me muera de felicidad el miércoles, 14!

Elisabeth. ¡Siendo al lado mío!…

Una y otro se dirigen al público y le dicen, quitándose sucesivamente la palabra: ***Dionisio****. ¡Martes, 13! La Superstición es tan vieja como la Humanidad…*

Elisabeth. Todo el que vive, expone, y porque expone, teme… y da en supersticioso…

Dionisio. ¡Hasta los modernos caballeros del aire! ¿Los habrá más valientes? ¡Pues todos llevan su amuleto! Nos pasamos la vida jugando con la muerte…

Elisabeth. O con la felicidad… o con el amor…

Dionisio. O con la desventura… La Superstición es a veces agua para el sediento, que aunque no sea clara, templa un poco la sed.

Elisabeth. ¡Es tan bello mirar a la luna en la noche, creyendo que la está mirando al mismo tiempo otro ser querido!

Dionisio. ¡Mentiras que son ilusiones!

Elisabeth. Ya sabe la Ciencia que no hay milagros, pero mientras haya Dolor habrá quien crea en ellos.

Dionisio. La Superstición es una mujer que casi siempre nos engaña, y, sin embargo, nos domina. ¡Es mujer!

Elisabeth. El Miedo es un sentimiento que en todos los pechos reside, y que vergonzosamente se disimula. ¡Es hombre!

Dionisio. En esta república de la Farándula, que vive entre ficciones, hay miles de supersticiosos.

Elisabeth. Yo conozco a un autor aguerrido que no se corta el pelo en día de estreno aunque se lo pida su novia.

Dionisio. Y no existe cómico que pruebe las aceitunas en día solemne.

Elisabeth. ¡Y es que exponemos tanto!…

Dionisio. Al salir hoy de casa, para venir a la representación de *Martes, 13*, un moscardón negro cruzó ante mis ojos y temí. ¡Mal agüero, canario!

Elisabeth. Pero yo, al salir de la mía, he visto dos mariposas blancas disputándose el aire. ¡Buen agüero, pensé! Porque también la Superstición nace de la Belleza.

Dionisio. ¡Claro! ¡No es lo mismo encontrarse de pronto con una mujer como una rosa que con tres curas juntos!

Elisabeth. Y he aquí nuestra duda en este instante: ¿vencerán las mariposas al moscardón?

Dionisio. ¿Vencerá el moscardón a las mariposas?

Elisabeth. Yo tengo para mí que no; que son las mariposas las que triunfan. Porque además —y óiganlo bien todos— sé, como cosa evidente y mil veces probada, que al que aplaude lo acompaña luego la buena suerte.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, abril, 1935.

Índice Alfabético

Cien comedias y un drama <<

Cinco lobitos <<

Colores y barro <<

Doña Hormiga <<

El niño me retira <<

El nombre de un teatro <<

El peligro rosa <<

El reparto de mujeres <<

El rinconcito <<

El susto <<

Juanito Arroyo se casa <<

La esposa y la chismosa <<

La manga ancha <<

La pícara vida <<

La risa <<

Las cosas claras <<

Las encuestas <<

Las rayas de la mano <<

Lo que hablan las mujeres <<

Los duendes de Sevilla <<

Los embustes de Pepitín <<

Los mosquitos <<

Madreselva <<

Mariquilla Terremoto <<

Martes, 13 <<

Novelera <<

Noviazgo, boda y divorcio <<

Para mal, el mío <<

Pitos y palmas <<

Requiebros <<

Rondalla <<

Solera <<

Un pregón sevillano <<

Visita de prueba <<

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 26 de marzo de 1871 - Madrid, 12 de abril de 1938) y su hermano

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 20 de enero de 1873 - Madrid, 14 de junio de 1944) fueron unos dramaturgos y poetas españoles conocidos popularmente como los **hermanos Álvarez Quintero** o, simplemente, los **Álvarez Quintero**.

Desde Utrera se trasladaron a Sevilla, donde vivieron bastante tiempo como empleados de Hacienda, mientras colaboraban en diversas publicaciones como *El Diablo Cojuelo*, e iniciaron paulatinamente su dedicación exclusiva al teatro.

Desde muy jóvenes comenzaron a escribir, siempre escribieron juntos, para el teatro, llegaron a ser insignes comediógrafos y maestros del habla castellana, al extremo de que los dos fueron miembros de la Real Academia Española de la Lengua.

Iban siempre juntos y se querían tanto, que cuando murió el mayor, el más joven vivió tan quebrantado que seis años después falleció también.

Los restos de ambos se encuentran en el cementerio de San Justo de Madrid.

Debutaron estrenando su primera obra, *Esgrima y Amor*, en el Teatro Cervantes de Sevilla el 30 de enero del año 1888, cuyo gran éxito indujo a su padre a trasladarlos a Madrid en octubre del mismo año, donde durante más de nueve años, y trabajando como funcionarios en el Ministerio de Hacienda para poder mantenerse, combinaban sus escritos y trabajo. A partir de 1889, estrenan varios sainetes líricos y juguetes cómicos con buen éxito, lo que consolida su carrera.

Su primer éxito resonante lo obtuvieron en 1897 con *El ojito derecho*. A este éxito sucedieron muchos otros más, siendo especialmente recordados *Las flores* (1901), *El genio alegre* (1906), *Malvaloca* (1912), *Puebla de las mujeres* (1912), *Las de Caín* (1908) y mucho después *Mariquilla Terremoto* (1930).

Fueron nombrados hijos predilectos de Utrera y Sevilla y adoptivos de Málaga y Zaragoza.

Sus obras fueron traducidas a todos los idiomas; se representaron en las más apartadas latitudes como en el Teatro Colón de Buenos Aires, por la compañía Guerrero-Mendoza que llevaba varias de sus obras cuando construyó aquel teatro y sus autores gozaron de innumerables homenajes, entre ellos uno muy conocido en los años veinte en Madrid en que colaboró todo el mundillo escénico.

Comenzaron a escribir en la época en que aún gustaba mucho el género dramático de José Echegaray; pero ellos, frente a esa forma de escribir muy altisonante y frente a esas escenas terribles de angustia y muerte, peculiares del gran dramaturgo, crearon un teatro sencillo, gracioso, alegre y luminoso, que pronto arrebató el entusiasmo del público.

Amaron lo más gracioso de la vida. Pintaron el hermoso paisaje andaluz, con sus gentes dicharacheras y amistosas, con su ingenio y su donosura. Presenciar una obra de los dos hermanos era lo mismo que estar en un patio andaluz lleno de frescura, con sus mármoles blancos y sus fuentes cantarinas.

Cincuenta años de su existencia dedicaron a escribir ese teatro amable, noble y jugoso.

Aunque no escribieron únicamente comedias, sainetes, libretos de zarzuela y piezas cómicas, sino también dramas, fue en esos géneros en los que fundamentalmente se les recuerda a causa de su gran talento cómico.

Muchas de sus piezas son de naturaleza costumbrista, describiendo el modo de ser de diferentes tierras de España, sobre todo las andaluzas, pero dejando al margen la visión sombría y miserable de las lacras sociales; su Andalucía es la de la

luz y la del colorido; su ideología es tradicionalista. El lenguaje de sus piezas es un castellano depurado y elegante pasado por el tamiz fónico del dialecto andaluz; sus chistes son finos y de buen gusto, sin llegar nunca a la chabacanería; con ello estilizaron e idealizaron el género chico; abunda la gracia y la sal y hay una genuina vis cómica.

En total escribieron cerca de doscientos títulos, algunos de ellos premiados, como por ejemplo *Los Galeotes*, que recibió el premio de la *Real Academia* a la mejor comedia del año.

Su última obra conjunta es *La Giralda*, zarzuela de José Padilla.

Notas

[1] Este cantar y los demás que van en letra bastardilla, son populares. <<

[2] Méndez Bejarano, *Andalucía y Ultramar, Breviario apologético*, Madrid, 1929. <<

[3] Debido a la iniciativa del insigne literato y poeta don Luis Montoto y Rautenstrauch, merced también a cuyo entusiasmo se realizó. <<

[4] Leído por uno de los autores al comienzo de la función a que se refiere. <<

[5] Considérense nombrados, no obstante, y no achaquen la omisión sino a falta de datos precisos, todos los autores e intérpretes que hayan significado algo en la vida de Lara. <<

[6] Si el público, con sus aplausos, obligara a levantar el telón, los actores deben permanecer en la actitud en que se hallen, para no interrumpir la emoción de la escena. <<